

SVEN BECKERT



EL IMPERIO DEL ALGODÓN

Una historia global



CRÍTICA

SVEN BECKERT



EL IMPERIO DEL ALGODÓN

Una historia global



CRÍTICA

Índice

Portada

Dedicatoria

Introducción

1. El surgimiento de una materia prima global
2. Los cimientos del capitalismo de guerra
3. Los réditos del capitalismo de guerra
4. Mano de obra cautiva y tierras conquistadas
5. La esclavitud toma el mando
6. El capitalismo industrial levanta el vuelo
7. La movilización de la mano de obra fabril
8. El algodón adquiere dimensión mundial
9. Los ecos de una guerra que repercute en todo el globo
10. Una reorganización de alcance global
11. Destrucciones
12. El nuevo imperialismo algodonero
13. La reaparición del sur
14. De tramas y urdimbres: epílogo

Agradecimientos

Créditos de las ilustraciones

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

Para Lisa

INTRODUCCIÓN



El imperio del algodón visto por Edgar Degas: comerciantes en Nueva Orleáns, 1873.

A finales de enero de 1860, los miembros de la Cámara de Comercio de Manchester se daban cita en el ayuntamiento de esa ciudad para celebrar su reunión anual. Entre los sesenta y ocho hombres congregados en los salones municipales de la que por entonces era la ciudad más industrializada del mundo destacaba la presencia de los productores y comerciantes de algodón. En los ochenta años anteriores, esos hombres habían convertido la campiña de la región en el eje de una actividad totalmente desconocida hasta entonces: una red global integrada por una concatenada secuencia de procesos de producción agrícolas, comerciales e industriales. Los comerciantes compraban por todo el mundo el algodón en rama y lo transportaban después a las factorías británicas, en las que operaban incansablemente las dos terceras partes de los husos de algodón

del planeta. Un ejército de obreros hilaba el algodón, enrollándolo después en madejas con las devanaderas y tejiendo a continuación telas bien acabadas. Transformadas de ese modo en mercancías, estas eran finalmente enviadas por los distribuidores a los distintos mercados mundiales.

Los caballeros congregados en la casa consistorial de Manchester mostraban un claro ánimo festivo. El presidente Edmund Potter glosaba ante sus colegas el «asombroso crecimiento» que había experimentado la industria en la que trabajaban, subrayando «la prosperidad general de que disfruta el país entero, y más concretamente la zona en la que nos hallamos». Se hallaban inmersos en un debate muy animado en el que se hablaba de expansión y de negocios, no solo en Manchester, sino también en Gran Bretaña, Europa, Estados Unidos, China, la India, Sudamérica y África. El productor algodonero Henry Ashworth sazónaba la conversación con superlativos de su propia cosecha, ensalzando la existencia de «un grado de prosperidad comercial que muy probablemente no haya conocido igual en toda la historia».¹

Estos productores y comerciantes de algodón, tan espléndidamente satisfechos de sí mismos, tenían motivos para mostrarse engreídos: ocupaban el vértice de un imperio en expansión que llegaba a los cuatro puntos cardinales: el imperio del algodón. Gobernaban fábricas con decenas de miles de trabajadores dedicados al manejo de enormes máquinas de hilar y ruidosos telares mecánicos. Compraban la materia prima en las plantaciones de esclavos de las Américas y vendían el producto de sus tejedurías en los mercados de los más remotos rincones del mundo. Los industriales del algodón abordaban los asuntos mundiales con una asombrosa displicencia, olvidando que el carácter de las ocupaciones en que ellos mismos participaban era poco menos que trivial, ya que consistía en fabricar hilo y telas de algodón para dedicarse a pregonar después sus excelencias y ponerlas a la venta. Poseían un conjunto de fábricas tan estrepitosas como sucias, además de atestadas y decididamente toscas. Vivían en ciudades ennegrecidas por el hollín del carbón que alimentaba las máquinas de vapor. Respiraban una atmósfera hedionda, saturada de olor a sudor, orina y heces. Regían un imperio, pero nadie los habría tomado por emperadores.

Solo cien años antes, los antepasados de estos peces gordos de la industria algodonera se habrían muerto de risa ante la sola idea de levantar un imperio. El algodón se cultivaba en pequeños lotes y se trabajaba a mano junto al fuego del hogar. Aun siendo muy generosos, todo cuanto podía decirse de la industria del algodón de esa época era que desempeñaba un papel sencillamente marginal en el Reino Unido. Desde luego, había europeos que conocían la existencia de las hermosas muselinas, quimones y percales que llegaban a los puertos de Londres, Barcelona, El Havre, Hamburgo y Trieste procedentes de la India —y que los franceses denominaban genéricamente *indiennes*—. En las zonas rurales de casi todos los países de Europa mujeres y hombres hilaban y tejían el algodón, transformándose así en modestos competidores de los tejidos finos de Oriente. Tanto en las dos Américas como en África, y sobre todo en Asia, la gente sembraba algodón en medio de los plantíos de boniatos, maíz y sorgo. Hilaban la fibra de la planta para tejerla después y elaborar así las telas de uso doméstico que ellos mismos necesitaban o que les pedían sus gobernantes. Los habitantes de un gran número de ciudades, como Dacca, Kano o Tenochtitlan entre otras, llevaban siglos, e incluso milenios, elaborando paños de algodón y tiñéndolos de bellos colores. Algunas de esas telas se vendían en los mercados del mundo entero. Y unas cuantas eran tan extraordinariamente refinadas que sus coetáneos las describían diciendo que se trataba de «paños de viento».

Sin embargo, en lugar de un panorama de mujeres sentadas en una banqueta baja y atareadas en hilar el algodón en las pequeñas ruedas de madera de sus hogares, o enfrascadas en trabajarlo con ruecas y devanaderas delante de su choza, lo que vemos en el Manchester de 1860 son millones de telares mecánicos —movidos por motores de vapor y manejados por trabajadores asalariados, muchos de ellos niños— que funcionan sin descanso, hasta catorce horas al día, para producir miles de toneladas de hilo. En vez de un puñado de padres o madres de familia afanosamente dedicados a cultivar el algodón para transformarlo en una madeja de hilo hecho en casa y más tarde en una tela tejida a mano, nos encontramos frente a una legión de millones de esclavos obligados a trabajar en las plantaciones algodoneras de las dos Américas, a miles de

kilómetros de las ávidas factorías que se abastecen de su esfuerzo y que también se encuentran, a su vez, a enormes distancias de las personas llamadas a servirse en último término de las telas producidas. Y lo que vemos es que los tejidos, en lugar de viajar en las caravanas del África occidental que transportan a lomos de camello este y otros artículos de un extremo a otro del Sáhara, navegan ahora a bordo de los potentes barcos de vapor que surcan los océanos del mundo, con las bodegas repletas del algodón producido en el sur de Estados Unidos o de los paños que se fabrican en Gran Bretaña con esa misma fibra. En el año 1860, los capitalistas algodoneros que vemos reunirse con el propósito de festejar sus logros consideraban que la existencia del primer complejo fabril de la historia dedicado a procesar el algodón mediante un sistema de articulación internacional era un hecho perfectamente natural, pese a que el universo que ellos mismos habían contribuido a crear fuese en realidad de muy reciente aparición.

No obstante, el futuro que les aguardaba era casi tan inimaginable como el pasado que habían dejado atrás. Si alguien les hubiera expuesto los cambios radicales que iba a experimentar el mundo del algodón en el transcurso del siguiente siglo, tanto los productores como los comerciantes de algodón habrían esbozado una sonrisa burlona. En 1960, la mayor parte del algodón bruto había vuelto a provenir de Asia, China, la Unión Soviética y la India, al igual que el grueso de la producción de hilo y tela de algodón. Tanto en Gran Bretaña como en el resto de Europa y Nueva Inglaterra quedaban ya muy pocas tejedurías de algodón. Los antiguos centros dedicados a la producción de paños —como los de Manchester, Mulhouse, Barmen y Lowell, por citar solo unos cuantos— mostraban en sus solares la llaga abierta de las fábricas desiertas, ensombrecidas por el espectro de los trabajadores en paro. De hecho, en 1963, la Asociación Algodonera de Liverpool, que había sido en su día la agrupación comercial más importante del sector del algodón, se veía forzada a vender su mobiliario en pública subasta.² El imperio del algodón, dominado por Europa, siquiera parcialmente, había terminado por venirse abajo.

Este libro narra la historia del auge y posterior desplome del imperio del algodón que un día alcanzara a presidir Europa. Sin embargo, debido al carácter central de un artículo como el algodón, la historia de su comercio es también la historia de la activación y la reactivación del capitalismo global y por ende del mundo moderno. Al subrayar y traer al primer plano la escala internacional de nuestro análisis podremos comprobar que un puñado de empresarios audaces y de poderosos estadistas europeos consiguieron reorganizar la industria textil en un plazo de tiempo asombrosamente breve, aunando para ello las fuerzas de la expansión imperial con el empleo de una mano de obra esclavizada, la introducción de máquinas nuevas y la creación de una masa de obreros asalariados. La más que peculiar organización que crearon para el fomento del comercio, la producción y el consumo de sus artículos hizo saltar en pedazos los muy dispares universos algodoneiros que habían venido funcionando en los milenios anteriores. Los industriales europeos insuflaron vida al algodón, le aplicaron las energías del momento —que estaban transformando la faz de la Tierra—, y se sirvieron después de él como de una palanca con la que mover el mundo. Apoderándose de la prodigalidad biológica de un arbusto muy antiguo y subyugando la pericia profesional y los enormes mercados de una industria ya vieja en Asia, África y las dos Américas, los empresarios y los gobernantes de Europa levantaron un imperio algodoneiro de enorme empuje y vastísimo radio de acción. Por eso resulta irónico que su pasmoso éxito fuera también lo que diera en despertar las fuerzas mismas que terminarían por reducirles a una posición marginal en el seno del imperio que habían creado.

Pero antes de sucumbir, millones de personas habrían de dedicar la vida entera a labrar las numerosas hectáreas de algodón que estaban surgiendo poco a poco en todo el mundo, plantando miles de millones de semillas de la resistente planta del algodón, llevando carros repletos de balas de producto hasta los barcos que, una vez llegados a puerto, los distribuían en tren por el continente, y trabajando, muy a menudo desde edades muy tempranas, en los «satánicos telares» repartidos por el globo, de Nueva Inglaterra a China. Los países implicados no dudaron en librar guerras para tener acceso a esos fértiles campos, los dueños de las

plantaciones pusieron grilletes a un sinnúmero de personas, los patronos mutilaron la infancia de sus operarios, la novedosa maquinaria puesta a contribución trajo consigo el despoblamiento de los antiguos centros industriales, y los obreros, ya fueran libres o esclavos, tuvieron que luchar para liberarse y obtener un salario con el que subsistir. Hombres y mujeres que durante largo tiempo habían sido perfectamente capaces de subvenir a sus necesidades cultivando pequeñas parcelas de tierra y plantando algodón entre las hortalizas y legumbres con las que se alimentaban, vieron cercenado su modo de vida. Tuvieron que abandonar sus aperos de labranza y partir rumbo a las fábricas. En otros lugares del mundo, muchas de las personas que hasta entonces habían tenido ocasión de manejar un telar propio y de vestir ropas tejidas por ellos mismos vieron barridos sus productos del mercado a causa del incesante rendimiento de las máquinas. Dejaron sus ruecas y se trasladaron a la campiña, atrapados de pronto en un ciclo de interminables presiones y perpetuas deudas. El imperio del algodón fue, desde un principio, un espacio de constante pugna global entre esclavos y colonos, mayoristas y políticos, granjeros y comerciantes, obreros y patronos. Tanto en este como en otros muchos aspectos, el imperio del algodón iba a encargarse de alumbrar el mundo moderno.

En la actualidad, el algodón está tan extendido que resulta difícil percatarse de lo que es: uno de los mayores logros de la humanidad. Mientras lee usted estas líneas, es muy posible que lleve puesta alguna prenda tejida en algodón. Y existen prácticamente las mismas posibilidades de que jamás haya cogido una planta de algodón por el tallo, visto la delicada fibra del algodón en rama o escuchado el ensordecedor bramido de una máquina de hilar o un telar mecánico. El algodón nos es tan familiar como desconocido. Damos su omnipresencia por sentada. Lo llevamos pegado a la piel. Dormimos envueltos en él. Lo usamos para envolver a los recién nacidos. Hay fibras de algodón en los billetes de banco que manejamos, en los filtros del café que contribuye a espabilarnos por las mañanas, está presente en los aceites de semillas que empleamos para cocinar, en el jabón con el que nos lavamos y en la pólvora que empleamos en las guerras (y, de hecho, Gran Bretaña concedió a Alfred Nobel una patente británica en 1877 por haber inventado la «ballestita», un nuevo

explosivo que combinaba nitroglicerina y el «algodón pólvora»).* El algodón es incluso un componente del libro que sostiene ahora mismo en sus manos.

Durante unos novecientos años, del 1000 al 1900 d.C., el algodón constituyó la base de la más importante industria textil del mundo. Pese a que en la actualidad se haya visto superado por otros sectores, el algodón sigue teniendo relevancia debido a la cantidad de empleos que genera y al volumen del comercio mundial que mueve. Está tan difundido que en 2013 el planeta tuvo que producir al menos 123 millones de balas de algodón con un peso de unos 180 kilos por unidad: cantidad suficiente para fabricar veinte camisetas de manga corta para cada uno de los habitantes del globo. Puestas una encima de otra, esas balas habrían levantado una torre de más de 64.000 kilómetros de altura, y colocadas horizontalmente habrían dado una vuelta y media al ecuador. La Tierra está salpicada de plantaciones de algodón, desde China hasta la India, pasando por Estados Unidos, el África occidental y el Asia Central. La fibra bruta que producen esas plantaciones, fuertemente compactada en balas, sigue embarcándose en buques que navegan por los siete mares y enviándose a fábricas que emplean a centenares de miles de trabajadores. Las prendas y tejidos terminados se venden después en todas partes, desde la más remota de las aldeas hasta el mayor de los supermercados. De hecho, los productos derivados del algodón podrían contarse entre los pocos artículos artificiales disponibles prácticamente en cualquier punto del globo, circunstancia que da fe tanto de la utilidad del algodón como del impresionante incremento que el capitalismo es capaz de imprimir a la productividad y al consumo de los seres humanos. Como decía muy acertadamente una reciente campaña publicitaria de Estados Unidos: «El algodón es la urdimbre de nuestra existencia».³

Deténgase un instante e imagínese, si puede, un mundo sin algodón. Se levanta por la mañana en una cama cubierta con pieles o paja. Se viste con ropa de lana, o, según el clima en el que habite o su grado de prosperidad, con tejidos de lino o de seda incluso. Como no es fácil lavar esos vestidos y además resultan caros —o es preciso trabajar con esfuerzo para elaborarlos, si es usted mismo quien los confecciona—, los cambia de tarde en tarde.

Huelen mal y producen picor. En la mayoría de los casos son de un único color, dado que, a diferencia del algodón, la lana y otras fibras naturales aceptan mal la tinción. Y además vive usted rodeado de ovejas: sería preciso contar aproximadamente con unos siete mil millones de ovinos para generar una cantidad de lana equivalente a la actual producción mundial de algodón. Esos siete mil millones de ovejas necesitarían setecientos millones de hectáreas de terreno para pastar, lo que multiplica por 1,6 la superficie total que ocupa hoy en día la Unión Europea.⁴

Es difícil hacerse una idea. Sin embargo, en una buena porción de las tierras situadas en la vertiente más occidental del continente euroasiático, ese universo desprovisto de algodón fue durante mucho tiempo la norma imperante. Y al hablar de esa sección geográfica me estoy refiriendo a Europa. Hasta el siglo XIX, el algodón, pese a no ser una fibra desconocida, tuvo un rol meramente marginal en la elaboración y el consumo de productos textiles europeos.

¿Cómo es posible que Europa, es decir, la región del mundo que menos relación tenía con el algodón, fuera al mismo tiempo la creadora y dominadora última del imperio del algodón? Cualquier observador que hubiera realizado un análisis en 1700, pongo por caso, habría considerado razonable esperar que la producción de algodón continuara centrada en la India, o quizá en China. Y de hecho, hasta el año 1780 esos países estuvieron produciendo un volumen de algodón bruto y tejidos de algodón inmensamente superior al de Europa y Norteamérica. No obstante, después de esa fecha cambiaron las cosas. Los estados y los capitalistas europeos maniobraron con asombrosa prontitud y consiguieron que el eje de la industria algodonera pasara por sus países y empresas, dedicándose después a poner en marcha una Revolución Industrial desde su recién conquistada posición. Tanto China como la India, al igual que otras muchas regiones del mundo, pasaron a actuar cada vez más como estados vasallos, subordinados al imperio del algodón que acababa de establecer su centro en Europa. Más tarde, esos mismos europeos empezarían a valerse del dinamismo de su industria algodonera como de un trampolín con el que crear otras industrias. De hecho, el algodón acabó convirtiéndose en la pista de despegue de la Revolución Industrial como tal.

En 1835, Edward Baines, propietario de un periódico de Leeds, decía que el algodón estaba permitiendo asistir a un «espectáculo sin parangón en los anales de la industria». Argumentaba que «el estudioso haría mejor en dedicar sus desvelos» al análisis de ese espectáculo que al examen de «las guerras y las dinastías». Coincido con ese diagnóstico. Siguiéndole la pista al algodón, como veremos, podremos remontarnos a los orígenes del mundo moderno, a los primeros balbuceos de la industrialización, al inicio de un rápido y continuado proceso de crecimiento económico, al advenimiento de una era marcada por un enorme incremento de la productividad y al panorama de una desoladora desigualdad social. Los historiadores, los científicos sociales, los responsables políticos y los ideólogos de todas las tendencias han intentado desentrañar el misterio de esos orígenes. Una de las cuestiones que resiste de forma particularmente enojosa los esfuerzos de los especialistas es la que debiera permitirnos averiguar por qué unas cuantas ramas del linaje humano de finales del siglo XVIII se vuelven súbitamente mucho más ricas que antes, tras tantos miles de años de lento crecimiento económico. Los eruditos llaman hoy a esas pocas décadas la «gran divergencia», que se corresponde con el inicio de la inmensa fisura que todavía hoy marca la estructura del mundo que conocemos, estableciendo una línea divisoria entre los países que se industrializaron y los que no, entre colonizadores y colonizados, entre el hemisferio norte y el hemisferio sur. En tales condiciones resulta tan fácil plantear magnas argumentaciones como observar que unas caen en el pesimismo mientras otras se aferran a la esperanza. Sea como fuere, lo que me dispongo a hacer en el presente libro para abordar este rompecabezas es atenerme a un enfoque de carácter global, fundamentalmente centrado en el curso histórico de los acontecimientos. Empezaré, por tanto, a centrar mis indagaciones en la industria que se encuentra en el origen mismo de esa «gran divergencia».⁵

El hecho de atacar la raíz del problema desde el doble ángulo de la producción de algodón y de la frecuente brutalidad con la que este se desarrolla arroja una sombra de duda sobre las distintas explicaciones que tienden a dar por sentadas un gran número de observadores —demasiados, a mi juicio—. Me refiero a las que guardan relación con la idea de que es

posible dar cuenta del explosivo ascenso económico de Europa tomando como base la múltiple circunstancia de que abrazara un conjunto de ideas religiosas más racionales, de que poseyera una tradición ilustrada, de que sus habitantes se desarrollaran en un determinado clima, de que la geografía del continente fuera de esta o aquella índole, o aun de que contara con instituciones de influencia beneficiosa, como el Banco de Inglaterra o la primacía del derecho. Sin embargo, todos esos atributos esenciales y muy a menudo inmutables son tan incapaces de explicar la historia del imperio del algodón como de dar razón de los constantes cambios a que se ve sometida la estructura del capitalismo. Y es más: responden con frecuencia a un diagnóstico erróneo. Sería difícil considerar que el primer país industrializado, Gran Bretaña, fuese, como tantas veces se dice, un estado liberal, austero, y provisto de instituciones fiables e imparciales. Antes al contrario, se trataba de una nación imperial caracterizada por asumir enormes gastos en materia militar y encontrarse poco menos que en permanente situación de guerra, con una burocracia tan poderosa como intervencionista, una elevada presión fiscal, una astronómica deuda pública y una amplia batería de aranceles proteccionistas —sin olvidar que, desde luego, no era en modo alguno democrática—. Y las tesis sobre la «gran divergencia» que centran únicamente la atención en la existencia de conflictos entre las distintas clases sociales presentes en un particular conjunto de regiones o países son igualmente inexactas. Este libro adopta, en cambio, una perspectiva global a fin de mostrar que los europeos aunaron las energías del capital y el poder del estado para forjar, a menudo con métodos violentos, un complejo productivo de alcance mundial, valiéndose después de ese mismo capital, junto con las destrezas técnicas, las redes de relaciones y las instituciones vinculadas con el algodón, para iniciar el crecimiento tecnológico y la creación de riqueza que define al mundo moderno. Al contemplar el pasado del capitalismo, esta obra ofrece al lector una historia dinámica de su despliegue.⁶

A diferencia de gran parte de lo que se ha escrito en relación con la historia del capitalismo, *El imperio del algodón* no busca explicaciones en una sola parte del mundo. Comprende el capitalismo del único modo en que puede ser adecuadamente entendido: en un marco global. El movimiento de

capitales, personas, mercancías y materias primas por todo el planeta, junto con los lazos creados entre zonas del mundo muy alejadas entre sí, es lo que constituye el núcleo mismo de la gran transformación del capitalismo, y por ello forma también la columna vertebral de este libro.

Si se ha producido una reconstitución del mundo tan rápida y completa se ha debido únicamente al surgimiento de nuevas formas de organizar la producción, el comercio y el consumo. La esclavitud, la expropiación de los pueblos indígenas, la expansión imperial, el comercio protegido por escoltas armados y el hecho de que los empresarios se declararan soberanos de gentes y territorios han sido todos ellos elementos centrales de esa transformación. He dado a este sistema el nombre de *capitalismo de guerra*.

Solemos pensar que el capitalismo surgió en torno al año 1780 con la Revolución Industrial —al menos el que hoy conocemos, definido por su globalización y su capacidad de producción en masa—. Sin embargo, el capitalismo de guerra, que empezó a desarrollarse en el siglo XVI, es muy anterior a las máquinas y las factorías. El capitalismo de guerra no floreció en las fábricas, sino en el campo, y no nació con la mecanización sino con la explotación intensiva de la tierra y la mano de obra, apoyándose en la violenta expropiación de territorios y fuerza de trabajo en África y las dos Américas. Este expolio produjo grandes riquezas y generó conocimientos nuevos que contribuyeron a su vez al fortalecimiento de las instituciones y los estados europeos —requisitos previos que en todos los casos resultaron cruciales para el extraordinario desarrollo económico que iba a experimentar Europa a partir del siglo XIX.

Muchos historiadores han coincidido en dar a este período el nombre de era del capitalismo «comercial» o «mercantil», pero la fórmula «capitalismo de guerra» expresa mejor su cruda y violenta realidad por un lado y su íntima vinculación con la expansión imperial europea por otro. El capitalismo de guerra, que constituye una fase particularmente importante —aunque con frecuencia ignorada— del desarrollo del capitalismo, fue

desplegándose en un conjunto de puntos geográficos en constante cambio, acompañado de una serie de relaciones en permanente transformación. Y en algunas regiones del mundo se prolongó hasta bien entrado el siglo XIX.

Cuando pensamos en el capitalismo nos viene a la mente la imagen de una legión de trabajadores asalariados, cuando, en realidad, la fase del capitalismo a la que me refiero es anterior a esta y no se fundaba en el empleo de obreros libres, sino en la esclavitud. Asociamos el capitalismo industrial con la firma de contratos y el establecimiento de mercados, pero en la mayoría de los casos la base del capitalismo primitivo se asentaba en la violencia y la coerción física. El capitalismo moderno prioriza los derechos de propiedad, pero el período temprano al que aquí aludo se caracterizaba tanto por las expropiaciones masivas como por la garantía de la propiedad. El capitalismo tardío se afianza en la primacía del derecho y en un conjunto de potentes instituciones respaldadas por el estado, pero la fase inicial de ese proceso, pese a requerir en último término la cooperación del poder estatal para crear imperios de dimensión mundial, se basó en muchas ocasiones en la acción irrestricta de un puñado de individuos particulares —como se aprecia en la dominación de los amos sobre los esclavos y de los capitalistas de los territorios fronterizos sobre los indígenas que los habitaban—. El resultado acumulado de este capitalismo marcado por el ejercicio de una agresividad exacerbada y una voluntad de acción en el exterior terminará poniendo en manos de los europeos el control de un universo comercial que llevaba siglos operando —el del algodón—, permitiéndoles absorberlo en un imperio unificado con sede central en Manchester y crear con él la economía global que tan claramente se nos antoja en nuestros días.

Por consiguiente, el capitalismo de guerra será el encargado de echar los cimientos sobre los que vendrá a levantarse más tarde el capitalismo industrial —con el que ya estamos más familiarizados—, un capitalismo caracterizado por la existencia de estados muy poderosos, dotados de una enorme capacidad de acción en los ámbitos de la Administración, el ejército, la justicia y las infraestructuras. Al principio, el capitalismo industrial permaneció estrechamente unido a la esclavitud y a la confiscación de tierras, pero a medida que sus instituciones fueron ganando

fuerza —y por instituciones me refiero a todos sus elementos operativos, desde el trabajo asalariado a los derechos de propiedad— encontró la manera de poner en práctica, en inmensas regiones del mundo, una forma nueva y diferente de integrar la fuerza de trabajo, las materias primas, los mercados y el capital.⁷ Y estas nuevas formas de integración acabarían llevando las revoluciones del capitalismo a un número de zonas del planeta cada vez más amplio.

Al ir llegando el mundo moderno a su mayoría de edad, el algodón acabó por dominar el comercio mundial. Las fábricas de algodón descollaban entre todas las demás formas de manufactura de Europa y Estados Unidos. En este último país, el cultivo del algodón iba a ser la actividad económica más extendida durante buena parte del siglo XIX. Los nuevos sistemas de fabricación se aplicaron por primera vez en el sector del algodón. La propia fábrica, como instalación, fue un invento de la industria algodonera. Y lo mismo puede decirse del vínculo entre la agricultura esclavista de las dos Américas y la capacidad productiva que empezó a extenderse por toda Europa. El hecho de que durante muchas décadas el algodón fuese el motor de la industria europea de mayor peso explica que se convirtiera también en fuente de enormes beneficios y que estos acabaran invirtiéndose en otros sectores de la economía del continente. En el resto de las regiones del mundo, el algodón se halla también, prácticamente en todos los casos, en la base de la industrialización, ya se trate de Estados Unidos, de Egipto, de México, de Brasil, de Japón o de China. Al mismo tiempo, el predominio que Europa había logrado alcanzar en la industria algodonera global generó también una oleada de desindustrializaciones en buena parte del planeta, poniendo en marcha un tipo de integración en la economía internacional tan novedoso como distinto a lo intentado anteriormente.

Sin embargo, y a pesar de que en la edificación del capitalismo industrial —que en el Reino Unido se inicia en la década de 1780 para extenderse después por la Europa continental y Estados Unidos en los treinta o cuarenta primeros años del siglo XIX— se confiere un enorme poder tanto a los estados que lo adoptaron como a los capitalistas radicados en su seno, también iba a sentar las bases de las ulteriores transformaciones que estaba llamado a experimentar el imperio del algodón. A medida que se

fue extendiendo el capitalismo industrial, el capital mismo empezó a quedar unido a un conjunto de estados concretos. Y al ir asumiendo el estado un papel cada vez más central, revelando ser la más duradera y poderosa de todas las instituciones en adición, además de la de expansión más rápida, también comenzaron a crecer las dimensiones y el poder de la fuerza de trabajo. El hecho de que los capitalistas dependieran del estado y de que este dependiera a su vez de la gente otorgó un cierto poder a los trabajadores que generaban a diario ese capital en las plantas fabriles. En la segunda mitad del siglo XIX, los trabajadores empezaron a organizarse de forma colectiva, tanto a través de sindicatos como por medio de partidos políticos, consiguiendo mejorar poco a poco, a lo largo de un gran número de décadas, sus salarios y sus condiciones laborales. Esto incrementó a su vez los costes de producción, ofreciendo oportunidades a los trabajadores de otras zonas del mundo que estuvieran dispuestos a operar con costes inferiores. En el arranque del siglo XX, el modelo del capitalismo industrial lograría arraigar en otros países, siendo recibido con los brazos abiertos por las élites ávidas de modernización. En consecuencia, la industria del algodón abandonó Europa y Nueva Inglaterra, retornando a su tierra de origen en el hemisferio sur.

Es posible que surja en algunos lectores la pregunta de por qué estas afirmaciones relativas al imperio del algodón no pueden aplicarse a otras materias primas. A fin de cuentas, los europeos habían iniciado sus actividades mercantiles antes del año 1760, así que llevaban tiempo comerciando ampliamente con un gran número de productos básicos procedentes de las regiones tropicales y subtropicales —de entre los que cabe destacar el azúcar, el arroz, el caucho y el índigo—. No obstante, a diferencia de estas materias primas, la industria del algodón pasa por dos fases que requieren un uso intensivo de la mano de obra: una en los campos y otra en las fábricas. En Europa, el azúcar y el tabaco no crearon una vasta masa de proletarios industriales. El algodón sí. El tabaco no provocó el surgimiento de nuevas y titánicas empresas manufactureras. El algodón sí. El cultivo y procesado del índigo no abrió nuevos y enormes mercados a los fabricantes europeos. El algodón sí. Las plantaciones de arroz de las dos Américas no generaron un crecimiento explosivo de la esclavitud y el

trabajo asalariado. El algodón sí. Y en consecuencia, el algodón se extendió por todo el globo con una fuerza que ninguna otra industria alcanzó a igualar. Y debido a las innovadoras formas en que vino a trenzar el destino de los continentes, el algodón nos ofrece la clave para comprender el mundo moderno, las grandes desigualdades que lo caracterizan, la dilatada historia de la globalización, y los constantes cambios a que se halla sometida la economía política del capitalismo.

Una de las razones que determinan que no resulte nada fácil percatarse de la importancia que tiene el algodón radica en el hecho de que las imágenes de las minas de carbón, los ferrocarriles y las gigantescas plantas siderúrgicas lo hayan eclipsado con gran frecuencia, superponiéndose a él en la memoria colectiva —ya que esas son las manifestaciones más tangibles y monumentales del capitalismo industrial—. Hemos ignorado demasiado a menudo el destino de las zonas rurales para centrarnos en la ciudad y en los milagros que la industria moderna se afanaba en realizar en Europa y Norteamérica, omitiendo al mismo tiempo los vínculos que unían a esa misma industria con los productores de materias primas y con los mercados de todos los rincones del mundo. Y en nuestro afán de fabricarnos un capitalismo más noble y más limpio también hemos preferido construir con excesiva frecuencia una historia del capitalismo despojada de las realidades de la esclavitud, la expropiación y el colonialismo. Tendemos a representarnos el capitalismo industrial como un empeño predominantemente masculino, cuando lo cierto es que la mano de obra femenina fue en gran medida la responsable de alumbrar el imperio del algodón. En muchos sentidos, el capitalismo fue una fuerza liberadora, el fundamento de buena parte de cuanto constituye la vida contemporánea: nos hallamos inmersos en él, y no solo en términos económicos, sino también en los planos emocional e ideológico. Y hay veces en que lo más fácil es pasar por alto las verdades incómodas.

Los observadores del siglo XIX, por el contrario, eran perfectamente conscientes del papel que estaba desempeñando el algodón en la reorganización del mundo. Algunos ensalzaban la asombrosa capacidad de transformación de la nueva economía global. Ejemplo de ello es el *Cotton Supply Reporter* de Manchester, que en 1860 señalaba, no sin cierta

ansiedad, que «el algodón parece estar destinado a ponerse a la cabeza de las numerosas e inmensas instituciones del presente siglo, ya que opera como una entidad puesta en marcha para favorecer la civilización humana ... Con su comercio, el algodón se ha convertido en una de las muchas “maravillas del mundo”». ⁸

Con todo, si uno examina la planta del algodón convendrá en que no parece llevar la aureola de una potencial maravilla del mundo. Es un espécimen modesto sin nada de particular que presenta un gran número de formas y tamaños. Antes de que Europa diera en crear el imperio del algodón, los diferentes pueblos de las distintas regiones del mundo cultivaban plantas de esta especie, todas ellas muy diversas entre sí. Los habitantes de Suramérica tendían a centrar sus esfuerzos en el *Gossypium barbadense*, un arbusto bajo que da unas flores amarillas y produce un algodón de fibra larga. En la India, por el contrario, los agricultores cultivaban el *Gossypium arboreum*, una variedad de cierto porte que suele rondar los 2 metros de altura, tiene inflorescencias amarillas o moradas y da un algodón de fibras cortas, mientras que en África prospera un pariente muy similar, el *Gossypium herbaceum*. A mediados del siglo XIX, el tipo de planta que predomina en el naciente imperio del algodón es, en cambio, el *Gossypium hirsutum*, también conocido con el nombre de algodón mexicano o algodón de las tierras altas. En 1836, el médico y químico Andrew Ure describe esta variedad originaria de Centroamérica diciendo que «alcanza una altura de unos 60 o 90 centímetros, emitiendo después una serie de ramas pilosas. Las hojas están igualmente cubiertas de cerdas por su envés, presentando de tres a cinco lóbulos. El haz de las hojas es liso y con forma de corazón. Los pecíolos tienen la superficie aterciopelada. Las flores que se encuentran cerca del extremo de las ramas son anchas, y de un color un tanto deslucido. Las cápsulas son ovoides, con cuatro lóculos y casi tan grandes como una manzana. Producen un algodón notablemente fino y sedoso, muy estimado en el comercio». ⁹

Esta mullida fibra blanca forma el núcleo mismo de este libro. La planta, por sí sola, no es la artífice de la historia, pero si la escuchamos con atención nos relatará las peripecias de las personas que, en toda la superficie del globo, dedicaron su vida al algodón, desde los tejedores indios a los esclavos de Alabama, pasando por los comerciantes griegos de las pequeñas poblaciones del delta del Nilo o los bien organizados artesanos de Lancashire. Fueron su trabajo, su imaginación y sus habilidades las que levantaron el imperio del algodón. En 1900, cerca de un 1,5 % de la población humana —millones de hombres, mujeres y niños— intervenía en la industria del algodón, ya fuera cultivándolo, transportándolo o manufacturándolo. Edward Atkinson, un fabricante de algodón radicado en el Massachusetts de mediados del siglo XIX, da prácticamente en el clavo al señalar que «no ha habido en el pasado ningún otro producto que haya alcanzado a ejercer una influencia tan poderosa y nociva en la historia y las instituciones del país; y quizá no haya tampoco ningún otro del que tanto venga a depender su futuro bienestar material». Atkinson se está refiriendo a Estados Unidos y a la crónica de la esclavitud vivida en la nación, pero su argumento puede aplicarse al conjunto del planeta.¹⁰

Este libro sigue los pasos del algodón en el periplo que lo lleva de los campos a los mercantes, de las casas comerciales a las fábricas, de los recogedores a los hilanderos y de los tejedores al consumidor. No independizaremos la historia algodонера de Brasil de la de Estados Unidos, del mismo modo que no disociaremos la de Gran Bretaña de la de Togo ni la de Egipto de la de Japón. El imperio del algodón, y con él, la historia del mundo moderno, solo puede entenderse procediendo a la interconexión —y no a la separación— de los numerosos lugares e individuos que dieron forma a dicho imperio y se vieron a su vez amoldados por sus exigencias.¹¹

Uno de los puntos que centran mi interés académico es el de la unidad de lo diverso. Y precisamente en el algodón, como materia prima fundamental del siglo XIX, vienen a ensamblarse un conjunto de elementos aparentemente opuestos —elementos que de ese modo acaban transformándose, poco menos que al modo de la alquimia, en riqueza—. Pienso en factores como la esclavitud y el trabajo asalariado, en los estados y los mercados, en el colonialismo y el libre comercio o en los procesos de

industrialización y desindustrialización. El imperio del algodón dependía de las plantaciones y las fábricas, del sudor de los esclavos y del afán de los jornaleros, de la pugna entre colonizadores y colonizados, de los trenes y los barcos de vapor —en resumen, de una red global de tierra, trabajo, transporte, manufactura y venta—. Las actividades de la Bolsa algodонера de Liverpool tenían una enorme repercusión para los dueños de las plantaciones de algodón de Misisipi, las hilanderías alsacianas mantenían una estrecha relación con las de Lancashire, y el futuro de los operarios de los telares manuales de New Hampshire o Dacca dependía de factores tan diversos como la construcción de un ferrocarril entre Manchester y Liverpool, los planes de inversión de los comerciantes de Boston o las políticas arancelarias de Washington y Londres. El poder del estado otomano sobre los habitantes de las zonas rurales afectaba al desarrollo de la esclavitud en las Indias Occidentales, y las actividades políticas de los esclavos recién liberados de Estados Unidos incidía en la vida cotidiana de los cultivadores agrícolas de la India.¹²

Partiendo de tan volátiles pares de opuestos observaremos que el algodón posibilitó tanto el nacimiento del capitalismo como su posterior reinvenición. A medida que vayamos adentrándonos en el examen del emparejado recorrido que irán cubriendo con el paso de los siglos el algodón y el capitalismo por los senderos del mundo, veremos que los datos nos recuerdan una y otra vez que el capitalismo no conoce una sola situación que pueda calificarse de estable o permanente. Todos y cada uno de los nuevos períodos que vayan sucediéndose a lo largo de la historia del capitalismo habrán de renovar las inestabilidades, e incluso las contradicciones, poniendo de este modo en marcha vastos procesos de reorganización, tanto en el ámbito puramente espacial como en el contexto de la sociedad y la política.

La literatura relacionada con el algodón cuenta con una dilatada tradición. De hecho, es posible que el algodón sea la industria humana que más investigaciones haya suscitado nunca. Las bibliotecas están repletas de tratados sobre las plantaciones de esclavos de las dos Américas, sobre los

comienzos de las tejedurías del algodón de Gran Bretaña, Francia, los estados alemanes y Japón, y sobre los comerciantes que mantenían unido todo ese entramado. Mucho menos frecuentes son los esfuerzos destinados a establecer los vínculos de unión entre tan variados sucesos. De hecho, el que probablemente sea el más logrado de todos esos empeños tiene ya más de doscientos años de antigüedad. En 1835, fecha en la que Edward Baines redacta su *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, el autor concluye con las siguientes palabras: «Tal vez se me permita señalar ... que esta cuestión resulta de interés no solo por la magnitud de la rama de la industria que he tratado de describir, sino también por la asombrosa amplitud de las relaciones que aquella ha terminado por establecer entre este país y la totalidad de las regiones del mundo».¹³ Personalmente, comparto tanto el entusiasmo de Baines como la perspectiva global desde la que aborda su objeto de estudio.

Al dirigir un periódico en Leeds y residir cerca del centro neurálgico mismo del imperio del algodón, era casi obligado que Baines enfocara estos asuntos desde un punto de vista general.¹⁴ No obstante, al empezar los historiadores profesionales a ocuparse del estudio del algodón, se constata que su análisis viene a girar casi siempre en torno a un conjunto de aspectos históricos de alcance local, regional o nacional, cuando lo cierto es que solo un ángulo de observación global puede permitirnos entender que todas esas evoluciones de corto radio de acción formaban parte de un vasto movimiento de reestructuración —constituido, entre otros elementos, por los enormes procesos de cambio a que se estaban viendo sometidos los regímenes del trabajo agrícola, por la generalización de los proyectos de fortalecimiento del estado que habían empezado a poner en marcha las élites nacionalistas, y por el impacto de las acciones colectivas que ya entonces estaban emprendiendo los miembros de la clase trabajadora.

La presente obra bebe de esa amplísima literatura sobre el algodón, pero la sitúa en un marco nuevo. Y al proceder de ese modo tercia en la dinámica, aunque muy a menudo distorsionada, conversación presentista sobre la globalización. *El imperio del algodón* viene a contradecir así el alborozado descubrimiento de una fase supuestamente nueva y global en la historia del capitalismo al mostrar que ese sistema de intercambio tiene

dimensiones planetarias desde su mismo origen y que las fluidas configuraciones espaciales de la economía mundial llevan trescientos años constituyendo un rasgo habitual de su desenvolvimiento. El libro argumenta asimismo que durante la mayor parte de la historia del capitalismo, el proceso de globalización y las necesidades de los estados-nación no han discurrido por vías conflictivas, como con tanta frecuencia se cree, sino que, muy al contrario, se han reforzado mutuamente. Y si la era global que presumimos nueva ha llegado a introducir un elemento verdaderamente diferente del pasado, no es el haber planteado un mayor grado de interconexión global, sino por estar permitiendo hoy, por primera vez en la historia, que los capitalistas se vean capacitados para emanciparse de los estados-nación particulares, desentendiéndose de las instituciones mismas que sentaron en el pasado las bases para su afloramiento.

Como viene a sugerir el subtítulo de la obra, *El imperio del algodón* forma también parte de una conversación de mayor envergadura: la que mantienen actualmente los historiadores que intentan reconsiderar la historia examinándola desde la óptica de un marco espacial de índole transnacional e incluso global. Si la entendemos como profesión, lo que observamos es que la historia no solo ha surgido de la mano del estado-nación, sino que ha desempeñado un papel importante en su constitución. Sin embargo, al adoptar la perspectiva de las naciones, los historiadores han tendido frecuentemente a subestimar la relevancia de un conjunto de vínculos que trascienden los límites de los estados, conformándose con aquellas explicaciones que es posible extraer de los acontecimientos, las personas y los procesos presentes en el seno de los distintos territorios nacionales. Este libro se propone contribuir a los esfuerzos que intentan equilibrar esos planteamientos de alcance «nacional» con una atención más amplia a las redes, las identidades y los procesos que rebasan las fronteras políticas.¹⁵

Al centrarnos en el estudio de una materia prima en particular —el algodón— y estudiar los métodos de su cultivo, transporte, financiación, manufactura, venta y consumo quedamos en situación de percibir los nexos de unión que existen entre unas gentes y unos lugares que habrían de verse inevitablemente ocultos y en posición marginal en caso de que nos

embarcáramos en un examen más tradicional, circunscrito a las fronteras nacionales. En lugar de centrarse en la historia de un acontecimiento —el de la guerra de Secesión estadounidense—, un lugar —las factorías algodoneras de Osaka—, un grupo de personas —los esclavos de las Indias Occidentales obligados a cultivar el algodón— o un proceso —el de los labriegos convertidos en trabajadores asalariados—, este libro utiliza la «biografía» de un producto como ventana abierta a algunos de los interrogantes más significativos que podamos plantearnos en relación con la crónica de nuestro mundo, reinterpretando de este modo una historia de enormes consecuencias: la historia del capitalismo.¹⁶

Estamos a punto de emprender un viaje que nos llevará a recorrer cinco mil años de historia humana. A lo largo de este libro iremos fijando la atención y el análisis en un único objeto, de carácter aparentemente intrascendente —el algodón—, con la vista puesta en la resolución de un insondable misterio: ¿dónde se originó el mundo moderno? Demos pues el primer paso de nuestro periplo y trasladémonos a los campos de una pequeña aldea agrícola de lo que hoy es México, tachonados por las blancas flores de unas plantas de algodón nacidas en un mundo totalmente distinto al nuestro.

EL SURGIMIENTO DE UNA MATERIA PRIMA GLOBAL



Mujer azteca hilando algodón.

Hace quinientos años, en una docena de pueblecitos situados a lo largo de la costa del Pacífico de lo que actualmente conocemos con el nombre de México, la gente dedicaba la jornada a cultivar maíz, alubias, calabazas y pimientos. En esta zona, entre el río Santiago al norte y el Balsas al sur, estos pueblos se dedicaban a pescar, a buscar ostras y almejas, y a hacerse con la miel y la cera de las abejas silvestres. Además de la práctica de una agricultura de subsistencia y de los modestos productos artesanales que elaboraban a mano —su más reconocida creación eran unas pequeñas vasijas de cerámica pintada que decoraban con motivos geométricos—, estos hombres y mujeres reservaban parte de su tiempo al cultivo de una

planta que daba unas pequeñas cápsulas blancas y velludas. Se trataba de un arbusto de frutos incomedibles, pero era también el vegetal más valioso de cuantos centraban sus cuidados. Lo llamaban *ichcatl*: algodón.

La planta del algodón medraba entre las mazorcas de maíz y todos los otoños, una vez recogida la cosecha de los cultivos con que se alimentaban, los aldeanos arrancaban las suaves bolitas fibrosas de aquellas matas leñosas de forma piramidal que les llegaban a la cintura, metiendo en cestas o sacos las numerosas pelotitas que daban las plantas y trasladándolas después a sus chozas de cañas y barro. Una vez allí, se tomaban la molestia de quitar meticulosamente, siempre de forma manual, las abundantes semillas de la cápsula para batir después el algodón en una esterilla de palma a fin de suavizarlo todavía más y poder cardar luego las fibras y obtener pequeños cabos de varios centímetros de longitud. Valiéndose de un fino huso de madera provisto de un disco de cerámica y de una devanadera con la que sostener el huso mientras gira, los aldeanos de la zona iban trenzando esas hebras de algodón hasta convertirlas en un delgado hilo blanco. Después tejían con él un paño en un telar de cintura, una sencilla herramienta compuesta por dos palos sujetos por los hilos de la urdimbre. Uno de los palos se colgaba de un árbol, atándose el otro a las caderas de la propia tejedora, que de este modo podía estirar la urdimbre echando el cuerpo hacia atrás, valiéndose de su peso, y enhebrando a continuación, una y otra vez, el hilo de contraste (la trama) entre los cabos de la urdimbre en una coreografía sin fin. Lo que se obtenía era un tejido resistente y flexible al mismo tiempo. Después, los lugareños teñían la tela con índigo y cochinilla, creando una rica variedad de tonos azules, negro-azulados y carmesíes. Tras cortarlos y coserlos para confeccionar blusas, faldas y pantalones, los habitantes de la región solían vestir ellos mismos parte de los tejidos elaborados. El resto lo enviaban a Tenochtitlan como elemento integrante del tributo anual que debían entregar a sus distantes gobernantes aztecas. Solo en 1518, las gentes de estas doce aldeas costeras proporcionaron al emperador Moctezuma II 800 balas de algodón en rama (de 52 kilos cada una), 3.200 telas de algodón teñido y 4.800 grandes lienzos blancos, producto todo ello de miles de horas de un trabajo agotador y altamente especializado.¹

Siglos antes y después de este período habrán de desarrollarse escenas similares en un amplísimo conjunto de territorios habitados del planeta. En tres continentes, de Guyarat a la isla de Célebes, de las orillas del curso alto del Volta a las de Río Grande, de los valles de Nubia a las llanuras del Yucatán, habrá gente que dedique sus tierras de labor al cultivo del algodón, elaborando después tejidos de esa misma fibra en las casas inmediatamente adyacentes, tal como habían venido haciendo sus antepasados durante generaciones. El algodón es una planta resistente que parece capaz de prosperar con muy poca ayuda por parte de los agricultores, siempre que se den las condiciones naturales adecuadas. Crece en una gran variedad de entornos gracias a una cualidad conocida con el término de «plasticidad morfológica», que es la expresión que utilizan los botánicos para señalar que es capaz de «adaptarse a distintas condiciones medioambientales abreviando, dilatando o incluso interrumpiendo su período de floración efectivo».²

Durante miles de años, ninguno de los numerosos pueblos que cultivaban algodón tuvo conocimiento de que otras poblaciones del planeta entero estaban haciendo esfuerzos idénticos a los suyos —aunque todas ellas ubicadas en una banda geográfica situada aproximadamente entre los 32 y los 35 grados sur y los 37 grados norte—. Estas zonas contaban con un clima propicio para el cultivo del algodón. Al ser una planta subtropical, necesita temperaturas que no descendan en ningún momento por debajo de los 10 grados centígrados durante su período de crecimiento —y que permanezcan de manera habitual por encima de los 15—. Hoy sabemos que el algodón prospera especialmente bien en aquellas zonas que cuentan con lapsos temporales de unos doscientos días sin heladas y cuya horquilla pluviométrica se sitúa entre los 320 y 400 centímetros cúbicos de precipitaciones al año, concentradas además en la franja central del período de crecimiento de la planta —condiciones que delimitan el perfil de una zona climática nada infrecuente, lo que explica la abundancia de algodón en tantos continentes—. Las semillas se siembran en surcos, separadas por una distancia aproximada de 1 metro, y se cubren después con tierra. La planta necesita entre ciento sesenta y doscientos días para alcanzar la madurez.³

Ya fuera por sus propios medios o a través de contactos establecidos con otros pueblos, todos estos cultivadores de algodón habían descubierto que la esponjosa fibra blanca que sobresalía de la cápsula del algodón era verdaderamente idónea para la elaboración de hilo. A su vez, dicho hilo podía tejerse y convertirse en una tela fácilmente lavable, de tacto muy agradable y que no solo protegía eficazmente de los abrasadores rayos del sol sino que permitía resguardarse incluso del frío, al menos hasta cierto punto. Hacía ya mil años que la producción de tejidos de algodón había pasado a constituir la mayor industria textil del mundo, implantada tanto en Asia como en África y las dos Américas. Un complejo conjunto de redes comerciales, de carácter fundamentalmente local, pero también regional en unos cuantos casos, venía a conectar a los cultivadores con los hilanderos, los tejedores y los consumidores.

Es difícil reconstruir la historia de la vestimenta, dado que, en la mayoría de los casos, los tejidos usados para confeccionar la ropa no han logrado superar los estragos del tiempo. Sabemos que a partir del momento en que el *Homo sapiens* decidió abandonar la sabana africana para penetrar en regiones de clima más frío —hace unos cien mil años—, nuestros antepasados se vieron obligados a protegerse de las inclemencias del tiempo. El disperso e irregular registro arqueológico de que disponemos nos indica que los primeros materiales que utilizaron los seres humanos para cubrirse fueron la piel y el cuero de los animales. Tenemos pruebas de que hace treinta mil años ya hilaban y tejían el lino. Hace unos doce mil años, esa producción de telas se expandió muy notablemente, al sedentarizarse las poblaciones humanas y empezar estas a practicar la agricultura y la ganadería. A partir de ese momento, tanto hombres como mujeres comenzaron a probar la utilidad de una gama de fibras cada vez más amplia y variada, dedicándose a hilarlas y a tejerlas para conseguir telas capaces de protegerles del frío y del sol.⁴

Los métodos empleados para transformar las plantas en ropa se inventaron de forma independiente en varios puntos del globo. En Europa, la gente empezó a tejer distintas clases de plantas herbáceas, además del lino, ya en el período Neolítico, que arranca hace unos doce mil años. Cerca de ocho mil años más tarde, durante la Edad de Bronce, las poblaciones

humanas comenzarían a esquila también la lana de los animales. Siete mil años antes de la Era Común, las sociedades del Oriente Próximo y el norte de África hilaban y tejían ya varias clases de lana y lino. En ese mismo período de tiempo, los campesinos y los artesanos chinos se dedicarían a confeccionar ropas hechas en unos casos con ramio* y en otros con seda. A medida que la estructura social fue volviéndose más estratificada, la vestimenta irá convirtiéndose también en un importante indicador del rango y la posición económica de los individuos.⁵

En este universo dominado por el lino, la lana, el ramio y la seda, la importancia del algodón iba a ir aumentando de forma paulatina. Hasta donde nos es dado saber, el descubrimiento de que las fibras del algodón podían hilarse se produjo hace unos cinco mil años entre los habitantes del subcontinente indio. Casi simultáneamente, las gentes que vivían en la costa de lo que hoy es Perú, pese a desconocer los acontecimientos que se estaban produciendo en el Asia meridional, lograron una hazaña similar. Unos cuantos miles de años después, las sociedades del África oriental comenzaron a desarrollar también distintas técnicas para hilar y tejer el algodón. En todas y cada una de estas regiones del mundo, el algodón se convirtió rápidamente en la materia prima dominante para el hilado, ya que en la mayoría de los casos sus propiedades y aplicaciones superaban claramente a las del lino, el ramio y el resto de las fibras empleadas. A lo largo de estos primeros milenios de cultivo agrícola, la producción de prendas y artículos de algodón rara vez alcanzaría a expandirse más allá de la zona de crecimiento natural de la planta misma, pero todos cuantos la conocían veían en ella un material más que notable para la confección de ropa, dado que era suave, duradero, ligero y de fácil teñido y lavado.

Los mitos fundacionales y los textos sagrados de un gran número de pueblos nos proporcionan pruebas del esencial papel que desempeñaba el algodón en las sociedades primitivas. En las escrituras hindúes, el algodón aparece mencionado con gran frecuencia y ocupa además un lugar destacado. De acuerdo con las creencias de los hindúes, Vishnú tejó «los rayos del sol para elaborar su propia túnica». Las gentes de todo el África occidental atribuyen sus habilidades como hilanderos a Anansi, una deidad arácnida. En Norteamérica se cree que una diosa representada en forma de

araña por las tribus del grupo hopi fue la encargada de hilar y tejer inicialmente el algodón. Los navajos creen que Begochidi, uno de los cuatro hijos de los dioses Rayo de sol y Luz de día, fue el creador y el primer cultivador de la planta del algodón, introducida en el mundo tras la aparición de las montañas y los insectos —por obra también de Begochidi—. Una de las leyendas de los navajos sostiene que «si nace una niña en la tribu, el padre ha de salir en busca de una tela de araña ..., frotándola después en las manos y las extremidades de la recién nacida. De este modo, cuando crezca, sabrá tejer y sus dedos y brazos serán infatigables». En China, de acuerdo con lo que indica un texto fechado en 1637 y perteneciente al período tardío de la dinastía Ming, la ropa —en la que se incluye explícitamente la confeccionada en algodón— es uno de los elementos que distinguen a los hombres de las bestias, y lo que diferencia a su vez, entre los propios seres humanos, «a los gobernantes de los gobernados». Es más, la idea de que el destino es algo que va hilándose o tejiéndose poco a poco ocupa un lugar central en un gran número de culturas distintas, incluidas, como es lógico, aquellas en las que el algodón desempeña un papel dominante.⁶

Aunque los botánicos de nuestros días han estudiado el algodón al margen de su posible condición de regalo de los dioses, no por ello se manifiestan menos impresionados. Los biólogos piensan que el arbusto del algodón lleva entre diez y veinte millones de años medrando en el planeta Tierra. Desde que apareciera como tal especie vegetal, han ido desarrollándose cuatro especies de algodón genéticamente diferentes: el *Gossypium hirsutum* de la América Central, el *Gossypium barbadense* sudamericano, el *Gossypium herbaceum* africano y el *Gossypium arboreum* de Asia. A su vez, estas cuatro especies han dado lugar al surgimiento de centenares de variedades distintas, y de ellas solo unas cuantas han terminado por prevalecer en el universo de la producción algodонера. En la actualidad, más del 90 % de las cosechas de algodón mundiales pertenecen a diversas variedades cultivadas de la especie *G. hirsutum*, también denominada, como ya hemos dicho, algodón mexicano o algodón de las tierras altas. Esto significa que el hombre, al aclimatar y explotar la planta, ha introducido nuevas modificaciones en ella. Según uno de los expertos

consultados, tras utilizarlo y alterarlo durante cinco mil años, nuestros antepasados consiguieron transformarlo, haciendo «que pasara de ser un arbusto o árbol silvestre de pequeño tamaño y hoja perenne, provisto de pequeñas semillas impermeables cubiertas por una mata de toscas vellosidades poco diferenciadas, a convertirse en una planta de bajo porte, de ciclo anual y grandes semillas dotadas de una abundante cabellera de hebras blancas y capaces de germinar con rapidez». Los cultivadores de algodón experimentaron cuidadosamente con la planta, modificándola de forma gradual hasta conseguir un espécimen que pudiera satisfacer su creciente necesidad de vestimenta. Adaptaron la planta a los distintos y particulares nichos medioambientales en que vivían, la transportaron a través de largas distancias, ampliaron su ámbito de difusión e incrementaron su diversidad. Como tantas veces ha sucedido con muchas otras especies del universo silvestre, el cultivo humano aceleró y alteró de manera radical la historia biológica del algodón —un talento que los agricultores habrían de aplicar con la máxima intensidad a lo largo del siglo XIX, adquiriendo de ese modo una gran importancia para el imperio del algodón.⁷

Los labradores del valle del Indo fueron los primeros en hilar y tejer el algodón. En 1929, los arqueólogos encontraron varios fragmentos de tejido de algodón en Mohenjo-Daro, en lo que hoy es Pakistán, determinando que habían sido elaborados entre los años 3250 y 2750 a.C. La datación de las semillas de algodón halladas en las inmediaciones de Mehrgarh, no lejos de Mohenjo-Daro, indican que pertenecen al año 5000 a.C. Las referencias literarias señalan igualmente la gran antigüedad de la industria algodонера del subcontinente. Las escrituras védicas, redactadas entre el 1500 y el 1200 a. C., aluden al hilado y el tejido del algodón. Los primeros relatos de los exploradores extranjeros que viajaron al Asia meridional mencionan asimismo el uso del algodón: el historiador antiguo Heródoto (484-425 a.C.) conocía las finas telas de algodón de la India, y en 445 a.C. indica que en el subcontinente «los árboles agrestes llevan allí como fruto una lana, que en belleza y en bondad aventaja a la de las ovejas, y los indios usan ropa hecha del producto de estos árboles».⁸

Desde los tiempos más remotos hasta bien entrado el siglo XIX —es decir, durante varios miles de años— las gentes del subcontinente indio fueron los más importantes productores y trabajadores del algodón del mundo. Los campesinos de las regiones que hoy integran la India, Pakistán y Bangladesh cultivaban pequeñas cantidades de algodón junto con las plantas que les proporcionaban alimento. Hilaban y tejían el algodón tanto para uso propio como para vender los tejidos elaborados en los mercados locales y regionales. Prácticamente hasta mediados del siglo XIX, la mayor parte de las tierras del Asia meridional se revelaron capaces de producir la totalidad de los tejidos que consumían. Recogían la cosecha a mano, utilizaban una desmotadora de rodillo para separar las fibras de las semillas, eliminaban la suciedad y los nudos con la ayuda de un arco (una herramienta de madera con una cuerda atada que vibraba al recibir el impacto de otro trozo de madera), hilaban las fibras en una rueca (otro artilugio destinado en este caso a sujetar el algodón sin hilar), y se valían de un huso para recoger el hilo, tejiendo después este hilo hasta formar telas por medio de telares sujetos entre dos árboles.⁹

Hace tiempo que la excelente calidad de las telas de algodón indias viene siendo legendaria: en el siglo XIII, el viajero europeo Marco Polo abundará en las observaciones que ya había apuntado Heródoto cerca de mil setecientos años antes al señalar que en la costa de Coromandel podían encontrarse «las más finas y hermosas telas de algodón del mundo». Seiscientos años después, Edward Baines, un gran conocedor del algodón y dueño de un periódico de Leeds, sostiene que los mejores tejidos indios son de «una perfección casi increíble ... Algunas de las muselinas que elaboran podrían tenerse por labor de hadas, o de insectos, más que de hombres». Y es que se trataba, en efecto, de auténticos «paños de viento».¹⁰

Con todo, el subcontinente distaba mucho de ser la única zona de producción de tejidos de algodón. Tanto en la América del Norte como en la del Sur, y mucho antes de que los europeos llegaran al Nuevo Mundo, el algodón era abundantísimo, y los tejidos de esta fibra se hallaban muy extendidos en ambos continentes. El algodón era la principal industria textil de la zona, sobre todo en el vasto arco de 6.500 kilómetros que recorre la América Central y el Caribe antes de penetrar en Suramérica. Es posible

que el centro de manufactura algodonera más antiguo del mundo se encontrara en lo que hoy es Perú. En este país, los arqueólogos han hallado redes de pesca hechas dos mil cuatrocientos años antes de Cristo con fibra de algodón, así como varios fragmentos de tela cuya fecha de elaboración se sitúa entre el año 1600 y el 1500 a.C. En 1532, al atacar Francisco Pizarro al imperio inca, quedó maravillado por la calidad y la cantidad de telas de algodón que tuvo ocasión de ver. En la ciudad inca de Cajamarca, los conquistadores encontraron almacenes llenos de una enorme profusión de tejidos de algodón «muy superiores a cualquiera que hubieran visto por la suavidad de su tacto y la habilidad con la que habían sido mezclados los distintos colores».¹¹

Varios miles de kilómetros al norte, y una década antes, los europeos habían experimentado una sorpresa muy parecida al penetrar en el imperio azteca y encontrar telas de algodón extraordinarias. Además del oro y los demás tesoros, Hernán Cortés le envió a Carlos V tejidos de algodón magnífica y resplandecientemente teñidos con índigo y cochinilla. Al igual que su equivalente sudamericana, también la industria algodonera de Mesoamérica contaba con una larga historia. Ya en el año 3400 a. C. se plantaba algodón en todo lo que hoy es la región central de México, y de hecho la datación de los hilos de mayor antigüedad que se han encontrado en las excavaciones arqueológicas indican que se elaboraron entre el 1200 y el 1500 a.C. Se ha podido documentar que los mayas ya utilizaban el algodón en el año 632 a. C., y es probable que en las llanuras que circundan la actual Veracruz funcionara entre el 100 y el 300 a.C. una industria algodonera. Al difundirse el uso de prendas de algodón y pasar estas a no ser costumbre exclusiva de las élites, sino de empleo común entre el pueblo llano, la producción se incrementó, sobre todo después del año 1350, con el ascenso del imperio militar y económico de los aztecas. Y al aumentar el número de personas que empleaban el algodón para vestir, el procesado de la fibra adquirió igualmente una importancia creciente, de modo que las técnicas asociadas con su tejido y tinción se fueron refinando cada vez más, entre otras cosas para cumplir la nada secundaria misión de exhibir las diferencias sociales por medio de unos ropajes distintivos.¹²

La producción indígena continuó en el siglo XVI, tras conquistar Centroamérica los colonizadores venidos de España. A finales del siglo XVII, uno de los administradores españoles de Indias, don Juan de Villagutierre Soto-Mayor, elogia la habilidad de las mujeres nativas del antiguo reino de los mayas, que «hilan el algodón y tejen sus vestidos con energía y destreza, dándoles una coloración perfecta». Además de usarse para confeccionar ropa, el algodón se empleaba como ofrenda religiosa, como regalo, como artículo de trueque, para realizar cortinajes y tapices decorativos, para envolver las momias y como armadura, llegando a encontrársele incluso aplicaciones medicinales. Se estima que en el México precolombino se producían anualmente más de 52.000 toneladas de algodón, cifra que viene a igualar el montante total de la cosecha de algodón obtenida en 1816 en Estados Unidos. Al extenderse su ámbito de poder, los gobernantes de Tenochtitlan empezaron a recaudar tributos y a obtener artículos comerciales de las regiones especializadas en el cultivo de algodón y la elaboración de productos terminados de esa fibra. En el seno del imperio azteca, los lugares que se destacaban particularmente por su gran producción de algodón llevaban nombres en lengua náhuatl que significaban «junto al templo del algodón», «junto al río del algodón» o «junto a la colina de algodón».¹³

México y Perú fueron los principales centros de la industria algodonera precolombina, pero la producción de tejidos de algodón también se extendió a otras zonas del continente. En lo que hoy es Brasil, las fibras de algodón obtenidas de las plantas silvestres se empleaban en la elaboración de telas. Y en lo que andando el tiempo acabaría siendo el suroeste de Estados Unidos, los pueblos indígenas norteamericanos revelaron ser también industriosos productores de algodón —sobre todo en el caso de los navajos y los hopi—, y esto, posiblemente, desde el año 300 a.C. nada menos. Desde las tierras mesoamericanas, los conocimientos asociados con el algodón y sus propiedades ascendieron por el litoral occidental de México. Cuando los colonos españoles entraron en contacto con los indios que habitaban al norte de Río Grande tomaron buena nota de que «los indios hilan el algodón y tejen telas», añadiendo que también «visten mantos de algodón semejantes a los de Campeche, pues tienen

vastos campos de algodón». Para algunos indígenas norteamericanos, el algodón tenía también importantes usos religiosos: los hopi lo empleaban para representar los cúmulos nubosos en las ceremonias en las que imploraban lluvia y también lo colocaban sobre el rostro de los muertos «a fin de conseguir que el cuerpo espiritual adquiriese la ligereza de una nube». En el Caribe se observa asimismo una amplia difusión del cultivo algodonoero. En realidad, una de las razones que indujo a Cristóbal Colón a creer que había llegado efectivamente a la India fue el hecho de encontrar grandes cantidades de algodón en esa región centroamericana. Es sabido que refiere la existencia de islas «repletas de algodón». ¹⁴

El cultivo y aprovechamiento del algodón cuenta con una historia igualmente larga en África. Es probable que los primeros en cultivarlo fueran los nubios, en lo que actualmente es el Sudán oriental. Hay autores que afirman que en esta zona la planta ya se cultivaba, hilaba y tejía cinco mil años antes de Cristo, aunque los hallazgos arqueológicos realizados en Meroe —una antigua ciudad erigida en la orilla este del Nilo— únicamente permiten confirmar la presencia de tejidos de algodón entre los años 500 a.C. y 300 d.C. De Sudán, el algodón pasó al norte, a Egipto. Pese a que los tejidos de algodón no desempeñaran un papel significativo en las antiguas civilizaciones egipcias, sabemos que las semillas del algodón ya se utilizaban como forraje para los animales entre los años 2600 y 2400 a.C., por no mencionar el hecho de que en algunas representaciones del templo de Karnak, en Luxor, aparecen arbustos de algodón. Con todo, el cultivo de la planta y la confección de tejidos de algodón no habría de levantar realmente el vuelo en Egipto hasta un período comprendido entre el 332 y el 395 a.C. En el año 70 de la era cristiana, Plinio el Viejo señala que «la región superior de Egipto, en las inmediaciones de Arabia, produce un arbusto al que algunos dan el nombre de algodón. Se trata de una planta de bajo porte que da un fruto de apariencia similar a una nuez barbada que en su interior alberga una sustancia sedosa, cuyo vilano se hila para formar hebras. No hay tejido conocido que supere a los fabricados con este hilo, ni en blancura ni en suavidad ni en belleza». Después del 800 de la era actual, la difusión del algodón, y de la producción asociada con él, se acelerará todavía más gracias al empuje del islam. ¹⁵

Posteriormente, los conocimientos relacionados con el cultivo y el procesado del algodón viajaron hasta el África occidental. Todavía no sabemos con exactitud cómo llegó el algodón a esta zona, pero es posible que los tejedores y los mercaderes ambulantes lo trajeran del África oriental en algún momento próximo a los inicios de la Era Común. Con la irrupción del islam en el siglo VIII d.C., la industria del algodón conoció una significativa expansión, ya que los profesores musulmanes empezaron a enseñar a hilar a las niñas y a los niños a tejer, abogando al mismo tiempo en favor de una modestia en el vestir que nadie de la región hubiera podido imaginar hasta entonces, dado que se trataba de pueblos inmersos en unas condiciones medioambientales que apenas exigían vestimenta alguna. Las excavaciones arqueológicas han descubierto tejidos de algodón elaborados en el siglo X. Tanto las fuentes literarias como los descubrimientos de la arqueología dan fe de que en las regiones del África occidental se hilaba y se tejía algodón a finales del siglo XI, época en la que el empleo de la fibra se había extendido ya hasta lo que hoy es Togo. A principios del siglo XVI, León el Africano informa de que existe una «gran abundancia» de algodón en el «reino de Melli» y habla asimismo de los ricos comerciantes de algodón que operan en el «reino de Tombuto», refiriéndose, claro está, a los vastos imperios del occidente africano de Mali y Tombuctú.¹⁶

Hasta donde nos es dado saber, tanto la aclimatación y la explotación del algodón como el hilado y el tejido de sus fibras evolucionaron de forma independiente en estas tres regiones del mundo.¹⁷ No obstante, desde el Asia meridional, Centroamérica y el este de África, los saberes asociados con las virtudes del algodón se propagaron rápidamente por las rutas comerciales y migratorias ya existentes —pasando de este modo, por ejemplo, de Mesoamérica a América del Norte o del África oriental al oeste africano—. Una de las regiones de importancia capital en la génesis de esta expansión de la industria del algodón fue la India. Las técnicas vinculadas con el cultivo y el trabajo de la fibra de algodón saltaron del subcontinente en dirección oeste, este y sur, dejando a Asia en el centro de una industria algodonera global —posición que no habría de abandonar ya hasta bien

entrado el siglo XIX (aunque para recuperarla a finales del XX)—. La situación de la India y su habilidad para trabajar el algodón se correspondía perfectamente con el destacado papel que estaba llamada a desempeñar la planta en nuestro mundo, sobre todo a partir del momento en que un grupo de europeos —vestidos sin duda con pieles, lana y lino— quedó irremediablemente impresionado al topar de pronto, hace más de dos mil años, con aquellos maravillosos tejidos recién llegados del mítico «Oriente».

Sin embargo, antes de ser descubierto por los europeos, el algodón iba a alterar la vida de otros pueblos. La fibra emprendió viaje al oeste, partiendo de la India y cruzando el Turquestán hasta llegar al Oriente Próximo y alcanzar el Mediterráneo. Tenemos pruebas de que el algodón se cultivaba en Persia, Mesopotamia y Palestina antes incluso del comienzo de la era cristiana. En Nínive (en el actual Irak) se han encontrado telas de algodón del año 1100 a.C. aproximadamente, y en un cilindro asirio del siglo VII a.C. se habla de un árbol que da lana. Varios cientos de años más tarde, en los primeros siglos de la Era Común, los campesinos de la Anatolia revelan haber adoptado ya el cultivo del algodón. Como ya sucediera en África, la propagación del islam también iba a desempeñar en todo el Oriente Próximo un rol fundamental en la transmisión de las técnicas relacionadas con el cultivo, el hilado y el tejido del algodón, ya que las exigencias del recato religioso convirtieron a estas prendas en un «elemento corriente del vestir». En el Irán de los siglos X y XI se asistió a una «expansión explosiva del algodón», al hacerse necesario procurar suministros a los mercados urbanos, sobre todo al de Bagdad. En el siglo XIII, Marco Polo encontraría algodón y ropas hechas con él en las regiones que van de Armenia a Persia, hasta el punto de que la «abundancia» del algodón en toda Asia no tardaría en convertirse en uno de los hilos conductores de su crónica.¹⁸

Si el cultivo del algodón comenzó a progresar cada vez más en dirección oeste, no es menos cierto que los conocimientos asociados con su aprovechamiento también habrían de difundirse desde el subcontinente indio hacia oriente, atravesando el Asia y llegando en particular a China. Pese a que este país iba a acabar convirtiéndose en uno de los productores

más importantes de algodón y tejidos de algodón del mundo —siendo además el eje de la industria del algodón de nuestros días—, la planta no tiene aquí su origen. De hecho, la palabra que utilizan los chinos para referirse tanto al algodón como a la fibra de la planta es un préstamo tomado del sánscrito y otras lenguas indias.¹⁹ El algodón ya era conocido en China en torno al año 200 a.C., pero a lo largo de los mil años siguientes su expansión apenas iba a superar el marco geográfico delimitado por las regiones de la frontera suroccidental del país por las que había sido inicialmente introducido.

En el período de la dinastía Yuan (1271-1368), el algodón pasó a constituir una realidad relevante en el medio rural chino. En esos años terminaría sustituyendo *de facto* al ramio, que, junto con la seda, había venido constituyendo la fibra tradicionalmente utilizada por los chinos para la confección de prendas de vestir. En 1433, se permitió que los súbditos chinos pagaran los impuestos en algodón, circunstancia que dio al estado la posibilidad de vestir con dicha fibra a los soldados y oficiales de su ejército. Como veremos, la existencia de vínculos entre este cultivo y la fiscalidad de los estados acabará siendo uno de los muchos ejemplos que demuestran que las autoridades empezaban a interesarse por la industria del algodón. Durante el expansionismo de la dinastía Ming (1368-1644), la producción de algodón acompañó en paralelo a las nuevas conquistas chinas. Se estima que, al término del período Ming, China generaba unos veinte millones de balas de algodón al año. Había surgido una división del trabajo de carácter geográfico. De acuerdo con ella, los labriegos del norte enviaban el algodón en rama al sur en barcas que descendían hasta las regiones del curso bajo del Yangtsé, donde era utilizado por otros granjeros, junto con el algodón que ellos mismos cultivaban en sus propiedades domésticas, para fabricar productos textiles —que en algunos casos eran vendidos y remitidos de vuelta al norte—. Este comercio interregional poseía un dinamismo tal que las telas de algodón llegaron a representar la cuarta parte de la actividad comercial del imperio. En el siglo XVII, casi todos los hombres, mujeres y niños chinos vestían ropas de algodón. No tiene nada de extraño, por tanto, que al doblarse la población china a lo largo del siglo XVIII —hasta alcanzar los cuatrocientos millones de personas—, su industria algodонера pasara a

ser la segunda más importante del mundo tras la de la India, calculándose que en 1750 se cosecharon más de 680.000 toneladas de algodón, cifra aproximadamente igual a la que se obtuvo en Estados Unidos al producirse el pico productivo de las plantaciones durante la década inmediatamente anterior a la guerra de Secesión.²⁰

La tecnología algodонера india también se difundió por el Sureste Asiático. Al progresar los sistemas de producción, los tejidos de algodón pasaron a constituir el producto manufacturado más valioso de la región, tras los alimentarios. Los monjes budistas los llevaron consigo a Java en algún momento comprendido entre el siglo III y el siglo V d. C. Mucho después, entre el año 1525 y el 1550, el cultivo del algodón alcanzó las costas de Japón. Para el siglo XVII ya se había convertido en un relevante cultivo comercial en ese país, ya que los pequeños agricultores se dedicaban a explotarlo a modesta escala con el fin de obtener unos ingresos extras con los que poder pagar los impuestos —muchas veces haciéndolo crecer en régimen de rotación con el arroz—.²¹ Con la llegada del algodón a Japón, la extensión de la cultura algodонера originada en la India abarca ya casi toda Asia.

Tras haber sido moldeado durante un mínimo de cinco mil años por los campesinos, los hilanderos, los tejedores y los comerciantes africanos, americanos y asiáticos, este universo del algodón se halla en una fase tan dinámica como expansiva. Pese al muy diverso rostro que muestran en los tres continentes en que han ido implantándose, los centros productivos de esta inmensa industria textil manifiestan poseer muchas cosas en común. Y el rasgo más importante de cuantos comparten es el relacionado con el hecho de que el cultivo y el procesado del algodón se realicen casi siempre a pequeña escala, centrándose en la satisfacción de las necesidades domésticas. A pesar de que algunos cultivadores vendan el algodón bruto en los mercados —enviándolos incluso a centros comerciales lejanos— y de que un gran número de gobernantes obliguen a los agricultores a entregarles como tributo una parte de las cosechas, la subsistencia de estos campesinos no depende enteramente del algodón en ningún caso. Antes al contrario,

todos ellos diversifican sus oportunidades económicas con la esperanza de disminuir lo mejor que saben los riesgos de una mala cosecha. Y en una gran parte de África, así como en distintas regiones de Asia meridional y América Central, este tipo de prácticas persistirán hasta bien entrado el siglo XX.

Lo que vemos, por tanto, es que durante miles de años, los hogares se dedican a plantar algodón en delicado equilibrio con otros cultivos. Las familias hacían crecer el algodón junto con las plantas que empleaban para alimentarse, buscando con ello un contrapeso entre su propia necesidad de comida y tejidos —así como la de sus respectivas comunidades— y las exigencias tributarias de sus gobernantes. En Veracruz, por ejemplo, era habitual sembrar una doble cosecha de cereales y algodón, procurando así alimento y medios de subsistencia tanto a los que cultivaban la fibra como a quienes la hilaban y tejían. En el Yucatán, los campesinos mayas cultivaban el algodón en unos campos que se dedicaban también a la producción de maíz y alubias. En el África occidental, el algodón se plantaba «entreverándolo con cultivos destinados a la alimentación humana», como el sorgo (en la actual Costa de Marfil) o el boniato (en la región que hoy ocupa Togo). En Guyarat, «los arbustos [de algodón] se plantan entre las hileras de arroz», nos dice un documento. En las zonas del Asia Central dedicadas al cultivo del algodón, los campesinos no solo plantaban la fibra con el arroz, sino también con el trigo y el mijo, mientras que en Corea se incorporaba a los plantíos de alubias. Antes del siglo XVIII no se observa un solo caso significativo de monocultivo algodonnero y, sin embargo, cuando finalmente empieza a aparecer esta práctica, lo hará acompañada de un ávido e incesante deseo de nuevas tierras y mano de obra.²²

Al igual que el cultivo del algodón, también las manufacturas algodonnas de todo el mundo habrán de iniciarse en el ámbito doméstico, no abandonando dicho espacio, salvo raras excepciones, hasta el siglo XIX. En las zonas que controlaban los aztecas, por ejemplo, todo el procesado de la fibra se hacía en el interior de las casas. También en África «son muchos los casos en que la producción de artículos de algodón revela ser una

industria puramente familiar, constatándose que las unidades sociales son en todos los casos enteramente autosuficientes». Contamos con un conjunto de testimonios similares en la India, China, el Sureste Asiático, el Asia Central y el imperio otomano. La producción doméstica no solo permitía a cada familia fabricar la cantidad de tela que necesitara, sino que también dejaba un cierto margen para llevar algo del género a los mercados. Dado que en la mayor parte de las sociedades agrícolas la necesidad de mano de obra varía enormemente en función de las diferentes estaciones del año, y teniendo asimismo en cuenta que, una vez recogido, el algodón puede almacenarse durante meses, los agricultores encontraban en ello ocasión de dedicarse a la producción textil de forma intermitente, al hilo de las estaciones, en los tiempos muertos que les dejaba el cuidado de otros cultivos. Esto era especialmente cierto en el caso de las mujeres, ya que al girar fundamentalmente sus actividades en torno a las labores del hogar, podían dedicar una parte de la jornada de trabajo a la producción doméstica de hilo y telas.²³

En todas las sociedades fue emergiendo así una clara división del trabajo en función del género, estableciéndose un vínculo particularmente fuerte entre las mujeres y la producción textil. De hecho, hay un dicho chino anterior a la época moderna que sostiene que «los hombres labran la tierra y las mujeres tejen». Salvo entre los navajo, los hopi y algunos pueblos del Sureste Asiático, lo que se constata en todo el mundo es que las mujeres tenían una especie de monopolio virtual del hilado. Y como el hilado es una labor que se puede efectuar de forma intermitente y permite dedicarse simultáneamente a otras actividades, como la de vigilar a los niños pequeños y supervisar la cocción de los alimentos, el rol doméstico de las mujeres solía inducir las a encargarse también del hilado. Tan estrecha llegará a ser la relación establecida entre las mujeres y la fabricación de telas que en algunas culturas las mujeres serán enterradas junto a los instrumentos que empleaban para hilar. Por otra parte, con el telar no habrán de surgir unas divisiones de género tan marcadas. Pese a que los hombres tenderán a dominar la industria de las tejedurías en zonas como la India y el sureste de África, habrá también un gran número de culturas en las que las mujeres se dediquen asimismo a tejer, como sucede por ejemplo

en el Sureste Asiático, en China y el norte y el oeste de África. No obstante, incluso en aquellas sociedades en que el telar sea manejado indistintamente por hombres y mujeres, lo habitual será constatar que se especializan en la elaboración de diseños diferentes, produciendo telas de calidades dispares y trabajando en tipos de telares desiguales. Esta división del trabajo en función del género se reproducirá también más tarde al surgir el sistema fabril, lo cual determinará que las relaciones de género en el ámbito doméstico se conviertan en un factor relevante en la aparición de la producción industrial.²⁴

Enraizada en el interior de los hogares y de sus particulares estrategias de supervivencia, esta industria algodonera premoderna se caracterizará también por una lenta evolución tecnológica de los procesos de desmotado, hilado o tejido. En el siglo XVIII, por ejemplo, una mujer del Sureste Asiático, pongamos por caso, necesitaba todavía un mes para hilar medio kilo de algodón y treinta días más para tejer un trozo de tela de 9 metros de largo.²⁵ Esta enorme cantidad de tiempo se debía por un lado a lo que los economistas llaman «bajos costes de oportunidad» del trabajo dedicado al hilado y el tejido y, por otro, al hecho de que la actividad se desarrollara en un mundo en el que los gobernantes gravaban la producción de sus súbditos con la máxima fiscalidad posible. Es más, dado que muchas familias se autoabastecían en telas y vestidos, los mercados tenían un volumen limitado, circunstancia que reducía todavía más los incentivos que pudieran orientarse a mejorar las técnicas de producción.

Con todo, la lentitud de los cambios tecnológicos guardaba asimismo relación con los factores que restringían el suministro de materias primas. En la mayor parte de las regiones del mundo resultaba imposible transportar de forma eficiente el algodón en bruto y lograr que salvara una gran distancia. De cuando en cuando, las bestias de carga o los propios seres humanos llevaban sobre sus espaldas una pequeña cantidad de algodón en rama, cubriendo de ese modo trayectos relativamente cortos. En el imperio azteca, el algodón en bruto se acarreaba a las regiones montañosas para su procesado, recorriéndose así trechos de, digamos, 150 kilómetros. Más eficiente y común era el comercio del algodón por vía fluvial o marítima. En el segundo milenio de la era cristiana, por ejemplo, los observadores de

la época hablan de los centenares, cuando no miles, de barcos que descendían el Yangtsé para llegar a la región de Jiangnan. De manera similar, el algodón de Guyarat y el centro de la India también se subía a bordo de las barcazas que recorrían el Ganges o de los barcos que costeaban hasta el sur de la India y Bengala. Con todo, hasta el siglo XIX, el algodón en rama se hilaba y tejía, en la inmensa mayoría de los casos, a escasos kilómetros del punto en el que hubiera sido cultivado.²⁶

A lo largo de esos siglos eran tantas las personas de todo el mundo que se dedicaban a cultivar, hilar y tejer el algodón para confeccionar telas que es muy probable que la planta estuviera alimentando en esa época la mayor industria textil del planeta. Y a pesar de que hasta el siglo XIX la producción doméstica estuviera llamada a constituir su sector más importante, tampoco debemos dejar en el olvido los significativos cambios que habrían de producirse en el oficio antes de la Revolución Industrial, iniciada en la década de 1780. Y lo que es más relevante aún, los artículos de algodón — debido en parte a que su producción requería una notable cantidad de trabajo— se convirtieron en un valor refugio significativo, además de en un buen instrumento de cambio. Los gobernantes de todo el mundo exigían que se les entregaran telas de algodón a modo de tributo o de impuesto, y de hecho podría decirse que el algodón es uno de los elementos que intervienen en el alumbramiento de la economía como tal. Entre los aztecas, por ejemplo, la fibra era la materia más importante para la satisfacción de los tributos. En China, a principios del siglo XV, se pedía a las familias que abonasen una parte de los impuestos en telas de algodón. Y en África, el pago del tributo a base de paños era algo totalmente común. Siendo tan práctica como forma de cubrir las exacciones fiscales, la tela de algodón no tardó en utilizarse también como moneda, tanto en China como en el conjunto de África, además de en el Sureste Asiático y Mesoamérica. Los tejidos constituían una moneda de cambio ideal por la triple razón de que, a diferencia del algodón en rama, podían transportarse con facilidad, incluso a grandes distancias, no eran productos perecederos, y desde luego tenían valor. En casi todos los rincones del mundo premoderno se podían comprar cosas necesarias con un trozo de tela de algodón, ya se tratara de comida, de productos manufacturados o incluso de protección física.²⁷

El uso del algodón como moneda primitiva viene a ilustrar el hecho de que no todos los tejidos de esa fibra encontraran aplicación en la inmediata vecindad de su lugar de producción —debido fundamentalmente a la favorable relación entre su valor y su peso—. En realidad, los centros algodoneiros que fueron surgiendo de forma independiente en las dos Américas, África y Asia dieron en todos los casos pie al desarrollo de un conjunto de redes comerciales cada vez más complejas a fin de conectar a los cultivadores, los hilanderos, los tejedores y los consumidores en un vasto radio de acción, llegándose a cubrir en ocasiones distancias de envergadura transcontinental. En Irán, la industria del algodón de los siglos IX y X terminaría generando un significativo proceso de urbanización, dado que las ciudades absorbían la materia prima cultivada en la campiña circundante, poniendo después las condiciones necesarias para el hilado, el tejido y la confección de prendas que más adelante eran enviadas a mercados remotos, especialmente a los situados en lo que actualmente es Irak. Refiriéndose a la situación reinante en Burkina Faso en los tiempos anteriores a la colonización, un autor señala que «el algodón constituía el eje del comercio». Las telas de algodón de Guyarat empezaron a desempeñar un papel muy significativo —ya en el siglo IV a. C.— en el comercio entre los distintos territorios bañados por el océano Índico, vendiéndose además, en todo el litoral del África oriental, grandes cantidades de producto destinadas a su posterior venta en las lejanas tierras del interior del continente. En todos estos procesos de intercambio, los comerciantes, sobre todo los ubicados en puntos muy alejados de las sociedades que habían elaborado originalmente los tejidos, tenían que adaptarse a los gustos locales, viéndose obligados por tanto a ofrecer sus productos a un precio que resultara atractivo para los consumidores de la zona.²⁸

En Mesoamérica, las telas de algodón se vendían a varios centenares de kilómetros del lugar en el que habían sido confeccionadas, enviándose incluso a los estados vecinos, como sucedía por ejemplo cuando los mercaderes llevaban hasta Guatemala los tejidos elaborados en Teotitlán (en el actual estado mexicano de Oaxaca). En el suroeste de lo que hoy es Estados Unidos, el hilo y la tela de algodón también eran importantes

artículos de comercio. Se han encontrado artículos de algodón en excavaciones que se hallan muy alejadas de las regiones que cuentan con las condiciones climáticas precisas para el crecimiento de la planta. En el siglo XIII, los chinos empezaron a importar hilo y tejidos de algodón para abastecer la confección de prendas de su país, trayéndolos de zonas tan distantes como Vietnam, Luzón y Java. De manera similar, los tratantes africanos comerciaban con tejidos de algodón en un vasto radio de acción, como se constata por ejemplo al comprobar que cambiaban telas de algodón hechas en Mali por piedras de sal traídas por los nómadas del desierto. Los tejidos de algodón otomanos se abrieron paso hasta lugares tan distantes de la Anatolia como la Europa occidental, por no mencionar que Japón ya importaba artículos de algodón en el siglo XIII.²⁹



Los mundos del algodón: los primeros cinco mil años.

La India, situada en el centro de este círculo de actividad de alcance cada vez más global, comerciaba con el imperio romano, el Sureste Asiático, China, el mundo árabe, el norte de África y el África oriental. El algodón indio recorría de una punta a otra el Asia meridional a lomos de portadores y bueyes. Sus tejidos surcaban los mares a bordo de veleros árabes, cruzaban el gran desierto arábigo hasta Aleppo a lomo de camellos, descendían el Nilo hasta el colosal mercado de El Cairo y llenaban a

rebosar el fondo de los juncos que los enviaban a Java. El algodón indio llevaba vendiéndose en Egipto desde el siglo VI a.C., puesto que ya entonces los mercaderes del subcontinente transportaban algodón a los puertos del mar Rojo y el golfo Pérsico. Los comerciantes griegos lo compraban después en Egipto y Persia para distribuirlo por Europa. Y finalmente, los mercaderes romanos intervenían asimismo en el proceso, al convertir el algodón en un codiciado artículo de lujo y ofrecérselo a precio de oro a las élites imperiales. En todo el África oriental, los tejidos de algodón indio también se hallaban prácticamente omnipresentes. Y tanto en el mundo árabe como en Europa, la India continuaría siendo uno de los principales proveedores de prendas de algodón hasta el siglo XIX, dado que los comerciantes de Guyarat, por ejemplo, enviaban a ambos mercados, como muchos colegas suyos de otras localidades, inmensas remesas de este producto. Lo confirma la queja que expresa un funcionario otomano en 1647: «Son tantos los caudales en metálico que generan las mercancías de la India que ... la riqueza del mundo se acumula en ese país».³⁰

Las telas indias también viajaban al este, penetrando en otras regiones de Asia. Los comerciantes las vendían desde tiempos muy antiguos en los mercados de China. Enormes cantidades de tejidos indios se las arreglaban para llegar asimismo al Sureste Asiático, proporcionando vestimenta distinguida a las élites locales. A principios del siglo XVI, se estima que el volumen de prendas que se importaban de Guyarat, Coromandel y Bengala a Malaca llenaban todos los años las bodegas de quince barcos. Tan grande era el predominio de las prendas indias en los mercados mundiales que en torno al año 1503 el comerciante italiano Ludovico de Varthema refiere en los siguientes términos la actividad de la ciudad portuaria de Guyarat, en la región india de Cambay: «Esta población suministra seda y productos de algodón a toda Persia, así como a Tartaria, Turquía, Siria y Berbería, además de a la Arabia Felix, Etiopía, la India y una multitud de islas habitadas». La palabra que se usa en sánscrito para designar los artículos de algodón —*karpasi*— pasó al hebreo, el griego, el latín, el persa, el árabe, el armenio, el malayo, el uigur, el mongol y el chino. Hasta los nombres de unos cuantos tejidos específicos terminaron convirtiéndose en denominaciones acuñadas de extensión mundial: las voces «*chintz*» y

«*jaconet*»,^{*} por ejemplo, son deformaciones de términos existentes en lenguas hindúes que han acabado designando un particular estilo de tela en todo el globo. De hecho, a partir del siglo XVII, las telas indias de algodón se convirtieron, en la práctica, en lo que la historiadora Beverly Lemire ha llamado el «primer producto de consumo global».³¹

A medida que fue creciendo la demanda, el algodón comenzó a dar sus primeros y tímidos pasos fuera del ámbito doméstico. A lo largo del segundo milenio de la era cristiana empezó a resultar más común producir tejidos de esta fibra en pequeños talleres textiles, sobre todo en Asia. En la India surgió la figura del tejedor profesional. El principal cometido de estos trabajadores consistía en abastecer de género al comercio que se dedicaba a exportar a países lejanos, suministrando tejidos de algodón a los gobernantes y a los mercaderes prósperos, tanto en el ámbito doméstico como en el extranjero. En Daca, los tejedores que confeccionaban muselinas para la corte mogola realizaban su labor sujetos a una estrecha vigilancia, viéndose «obligados a trabajar únicamente para el gobierno, que les pagaba muy mal y les mantenía en una especie de cautiverio». También disponemos de documentos que nos indican que, ya en el siglo XV, en Alamkonda, en la región india que actualmente denominamos Andhra Pradesh, existían tejedurías que contaban con más de un telar. A diferencia de lo que ocurría con los tejedores cuya confección de prendas no superaba el nivel de subsistencia, los obreros cualificados que abastecían al mercado de exportación se hallaban concentrados en determinadas zonas geográficas: Bengala era famosa por sus finas muselinas, la costa de Coromandel se había ganado reputación como región productora de tejidos de quimón y calicó, y Surat se dio a conocer por sus telas de todo tipo, más fuertes y toscas, pero también más económicas. Pese a que los tejedores pudieran ocupar posiciones muy distintas en el sistema de castas indio, lo cierto es que en algunas zonas del subcontinente pertenecían a los escalones más altos de la jerarquía social, ya que gozaban de la prosperidad suficiente como para figurar entre los donantes más destacados de los templos locales. En otras regiones del mundo también habrían de surgir grupos de trabajadores dedicados a tiempo completo a la fabricación de telas de algodón. Por ejemplo, en la China del siglo XIV, sujeta a la dinastía Ming,

los tejidos de calidad superior se elaboraban en «establecimientos de tejeduría urbanos» que, en conjunto, proporcionaban empleo a varios miles de obreros. La ciudad otomana de Tokat disponía de hábiles tejedores capaces de producir cantidades muy notables de tejidos de algodón. Bagdad, Mosul y Basora, entre otras urbes del mundo islámico, contaban con grandes tejedurías de algodón, y de hecho la palabra «muselina», que utilizamos para referirnos a un tipo de tejidos refinados elaborados con esta fibra, deriva de «Musil», la voz curda con la que se designa a Mosul. En Bamako, la capital del actual Mali, llegaron a ejercer su oficio hasta seiscientos tejedores, mientras surgía en Kano, el «Manchester del África occidental», una vasta industria textil que abastecía de telas de algodón a los pueblos del Sahara. Y en Tombuctú había, ya en la década de 1590, veintiséis talleres productores de tejidos de algodón que trabajaban a pleno rendimiento y que contaban con cincuenta trabajadores o más cada uno. También en Osaka se afanaban miles de operarios en la confección de telas de algodón, hasta el punto de que los talleres textiles que se extendieron por toda la región terminarían por proporcionar trabajo a treinta o cuarenta mil personas a principios del siglo XVIII.³²

A medida que las tejedurías fueron volviéndose una realidad cotidiana sucedió otro tanto con un nuevo tipo de tejedor: un individuo, varón por regla general, dedicado a elaborar productos específicamente concebidos para su venta en los mercados. Sin embargo, aun después de que surgieran los talleres textiles, esta producción especializada no solo siguió caracterizándose por permanecer circunscrita al ámbito rural y no resultar propia de las ciudades, sino por continuar efectuándose en el ámbito doméstico en lugar de telares colectivos. El factor que distinguía a estos trabajadores rurales que producían para los mercados de los tejedores que elaboraban telas destinadas únicamente a garantizar su subsistencia era el hecho de que los primeros estuvieran aprovechando una de las fuerzas que por entonces afloraba en el comercio mundial: la relacionada con la puesta en marcha de redes aglutinadas por el capital mercantil. En dichas redes, llamadas a constituir el núcleo de la mecanizada producción algodonera del siglo XIX, los hilanderos y los tejedores trabajaban el hilo y las telas de algodón para un conjunto de comerciantes urbanos cuyo cometido consistía

en recoger el producto de todos esos operarios para venderlo después en mercados muy lejanos. Las particulares formas de relación que se establecían entre los capitalistas mercantiles y los productores eran extremadamente diversas. En el subcontinente indio, por ejemplo, los tejedores del campo dependían de los comerciantes para obtener el capital que precisaban si querían adquirir las cantidades de hilo que exigían sus objetivos de producción y la comida que necesitaban para subsistir mientras finalizaban su labor textil. Sin embargo, por regla general estos tejedores eran propietarios de sus medios de producción, trabajaban sin supervisión externa y podían controlar en cierta medida la disponibilidad de sus productos. En otras zonas del mundo, los trabajadores del ramo textil que operaban en la campiña tenían bastante menos poder. En el imperio otomano, por ejemplo, los comerciantes adelantaban el algodón y el hilo a los campesinos, que lo hilaban y tejían, para devolver después el producto elaborado a cambio de un pequeño beneficio. A diferencia de los tejedores de la India, estos obreros carecían de todo medio de control sobre la disponibilidad de lo que fabricaban. En China, los comerciantes también controlaban en gran medida la producción. Ellos eran quienes «compraban el algodón en rama, quienes lo distribuían en los mercados locales para que las mujeres de los campesinos lo hilaran y tejieran, quienes llevaban las telas a los talleres del pueblo o la ciudad para teñirlas y organizarlas, y quienes las exportaban y vendían después por toda China». De hecho, los comerciantes dominaban todas y cada una de las fases de la producción, anunciando así el papel central que habrían de desempeñar sus colegas del siglo XIX, al levantarse un imperio algodonerero de alcance global.³³

Al expandirse los mercados, la tecnología para el procesado de la fibra también experimentó modificaciones. De este modo, no tardaron en surgir varias innovaciones significativas, a pesar de que los principios básicos del tratamiento del algodón fuesen bastante parecidos en todo el mundo, y de que la productividad fuera tremendamente inferior a la que habría de registrarse tras la invención de las nuevas desmotadoras, hiladoras y telares mecánicos de finales del siglo XVIII y principios del XIX. En Mesoamérica, por ejemplo, las técnicas de hilado mejoraron con la introducción de las «ruedas de huso cerámicas y especialmente concebidas para su cometido».

Después del año 1200 de la era cristiana también se empezaron a utilizar devanaderas específicamente diseñadas para el hilado en la América Central, lo cual incrementó la productividad de los hilanderos, permitiéndoles, entre otras cosas, satisfacer el voraz apetito de tributos que mostraban sus gobernantes. Con todo, el epicentro de la innovación tecnológica seguiría encontrándose en Asia: tanto la desmotadora (con la que se eliminan las semillas de la cápsula) como la devanadera (que permite limpiar y desenredar el algodón ya desmotado), la rueda de hilar y las nuevas clases de telares, incluido el de urdimbre vertical, se originaron en Asia. La rueda de hilar, inventada en el siglo XI, fue una innovación particularmente significativa, ya que dio a los campesinos la posibilidad de hilar el algodón de forma mucho más rápida. Los tejedores de estas mismas regiones no tardarían en inventar un novedoso tipo de máquina con la que ejercer su oficio: el telar de pedales. Pese a que sus orígenes exactos sean inciertos, sabemos que comenzó a utilizarse en la India en algún momento entre los años 500 y 750 a.C., llegando a China (cuyo primer uso habría de centrarse en la elaboración de tejidos de seda) en el siglo III de la era cristiana.³⁴

Los mayores perfeccionamientos tuvieron lugar en el ámbito de la aclimatación y explotación del propio arbusto algodónero, produciéndose en este sentido tales diferencias que a los labriegos indios del siglo II a. C. les habría resultado prácticamente imposible reconocer el algodón que recogían a mano dos mil años más tarde los esclavos del XIX. El proceso de la selección humana logró que la planta pudiera medrar en un amplio abanico de condiciones medioambientales, haciendo que su fibra encontrara progresivamente un mayor y mejor número de aplicaciones en la producción de tejidos. Los cultivadores de la campiña de China, Japón, el Sureste Asiático, América del Norte y del Sur, el África occidental y la Anatolia traían semillas de algodón recogidas en tierras vecinas y las añadían a las demás variedades de plantas con las que trabajaban. Con el paso de los siglos, este proceso de aclimatación terminará alterando drásticamente las propiedades del algodón, dando lugar al surgimiento de arbustos capaces de producir unas fibras más largas y brillantes (andando el tiempo los expertos en las cualidades del algodón aludirán a la longitud de

dicha fibra con el término «estambre»), además de crecientemente abundantes y fáciles de separar de la cápsula que las contiene, similar a una avellana. Es más, los progresos de los sistemas de regadío y las técnicas agronómicas permitirán expandir la producción, colonizando nuevas regiones. Gracias a la selección de semillas y a las mejoras tecnológicas, la planta del algodón empezará a prosperar en zonas de África, Asia y las dos Américas caracterizadas por ser más secas y frías que las que hasta entonces toleraba, floreciendo incluso en los más áridos suelos del mundo islámico. En Irán, por ejemplo, la inversión en sistemas de regadío — iniciada ya en el siglo IX— posibilitará una significativa extensión de la agricultura del algodón. No obstante, si lo comparamos con la transformación que habrá de producirse en los siglos XVIII y XIX, el incremento general de la productividad que se constata en los dos mil años anteriores a la Revolución Industrial puede considerarse pequeño. Durante gran parte de su historia, la causa primordial de la expansión de la industria algodonera mundial hundirá sus raíces en el constante aumento del número de personas dedicadas al cultivo, el hilado y el tejido del algodón, así como a la paralela ampliación del número de horas consagradas a dichas tareas.³⁵

Estas redes de producción mediante las cuales se establecen vínculos entre los hilanderos y los tejedores rurales por un lado y el capital mercantil por otro —sobre todo en Asia— irán dando lugar a una gradual, aunque muy notable, expansión del volumen de artículos enviados a los mercados. Lo harán en gran medida, no obstante, sin dinamitar las estructuras sociales anteriores, sin alterar las formas en que se había venido organizando la producción en los numerosos siglos precedentes. Tanto el hogar como las tecnologías asociadas con él seguirían constituyendo su núcleo y su epicentro. Este mundo premoderno se hallaba protegido por dos gruesos muros de contención: en primer lugar, el de los mercados para productos terminados, que estaban creciendo, aunque a un ritmo moderado en comparación con la acelerada evolución del universo posterior al año 1780, y, en segundo lugar, el de los enormes obstáculos que se oponían a quienes se propusieran salvar grandes distancias para garantizar el suministro del algodón. Iba a necesitarse la intervención de una tremenda fuerza contraria para quebrar esas viejas protecciones.

En este mundo del algodón, con su notable diversidad, su fabuloso dinamismo y su relevancia económica, iba a pasar mucho tiempo antes de que pudiera verse a Europa desempeñar algún papel, por mínimo que fuera. Los europeos habían quedado al margen de las redes dedicadas al cultivo, el procesado y el consumo del algodón. Aun después de empezar a importar pequeñas cantidades de tejidos de algodón, al quedar griegos y romanos bajo los focos de la historia, seguirá siendo Europa un continente de poca importancia en el conjunto de la industria algodonera global. Como habían venido haciendo desde la Edad de Bronce, los europeos continuarán vistiéndose con vestidos confeccionados a base de lino y lana. Resuenan en este sentido las palabras de Mahatma Gandhi: mientras la India abastecía de algodón a Europa, los habitantes mismos de este continente «se hallaban sumidos en la barbarie, la ignorancia y el estado de naturaleza».³⁶

El algodón, sencillamente, resultaba un producto exótico en Europa. Se trataba de una fibra que crecía en tierras lejanas, y hay testimonios que señalan que los europeos imaginaban que el algodón era una especie de híbrido, mitad planta y mitad animal, una suerte de «oveja vegetal». En la Europa medieval circulaban rumores y relatos que decían que en esa región del mundo los corderitos crecían en los arbustos y se inclinaban por la noche para beber agua. Otras fábulas referían la existencia de ovejas unidas al suelo por un tallo de pequeña longitud.³⁷



El cordero vegetal: así imaginan los europeos la planta del algodón.

Al igual que en el África occidental, la primera incursión sería del algodón en Europa se produciría como consecuencia de la expansión del islam. En el año 950 d.C. se manufacturaba algodón en varias ciudades islámicas del continente, como por ejemplo Sevilla, Córdoba, Granada y Barcelona, además de Sicilia. Algunos de esos productos textiles se exportaban al resto de Europa. En el siglo XII, el botánico sevillano Abú Zacarías ibn el Awam publicaba un tratado de agricultura en el que figuraba una detallada descripción de los métodos de cultivo del algodón.³⁸ Tan estrecha era la vinculación entre el islam y el algodón que la mayoría de las lenguas europeas habrán de dar a esta fibra nombres tomados en préstamo del árabe, a través de la voz *qutun*. Tanto la palabra francesa *coton*, como la inglesa *cotton*, la española *algodón*, la portuguesa *algodão*, la holandesa *katoen* y la italiana *cotone* proceden de esa misma raíz árabe. (El término alemán *Baumwolle* y el checo *bavlna* —que podrían traducirse *grosso modo* como «árbol de lana»— son las excepciones que confirman la regla.)

Pese a que en la primera mitad del segundo milenio, la Reconquista cristiana de Iberia acabe por reducir seriamente la producción de algodón en la zona, los largos siglos de relación con la tecnología y la cultura árabes dejarán tras de sí en un gran conjunto de regiones de Europa un claro vínculo de familiaridad con los productos textiles y una alta valoración de los mismos.

En el siglo XII, algunas pequeñas comarcas europeas —entre las que destaca particularmente el norte de Italia— volverán a incorporarse al mundo de la producción algodonera, y esta vez para permanecer en él. Pese a que el clima europeo resulte en gran medida inadecuado para el cultivo del algodón, no debemos olvidar que los cruzados habían extendido el poder de Europa por una parte del mundo árabe, permitiendo así la presencia de europeos en zonas en las que el algodón crece de forma natural.³⁹ Las primeras y esforzadas iniciativas destinadas a la producción de algodón fueron bastante modestas, pero vinieron a marcar el inicio de una tendencia llamada a alterar tanto la historia del continente como la economía mundial.

El primer centro europeo de una industria algodonera de origen no islámico surgió en la Italia septentrional, en ciudades como Milán, Arezzo, Bolonia, Venecia y Verona. Tras arrancar a finales del siglo XII, la industria creció rápidamente, llegando a desempeñar en poco tiempo un papel vital en todas esas economías urbanas. En torno al año 1450, por ejemplo, la industria algodonera de Milán empleaba nada menos que a seis mil obreros, dedicados a la fabricación de fustanes, un tipo de tejido elaborado con algodón y lino.⁴⁰ Estas regiones del norte de Italia no tardarían en convertirse en los productores más importantes de Europa, conservando esa posición durante unos tres siglos.⁴¹

El hecho de que la producción de tejidos de algodón floreciera en la Italia septentrional obedece a dos razones. En primer lugar, las ciudades de esa zona contaban con una larga tradición histórica, todavía activa y dinámica, en el terreno de la fabricación de artículos de lana, circunstancia que les había permitido disponer de trabajadores bien cualificados, de comerciantes capaces de invertir fuertes sumas de capital, y de una notable capacidad profesional en el comercio con regiones situadas a gran distancia

de Italia. Los empresarios que decidían lanzarse a la elaboración de productos de algodón podían aprovechar directamente estos recursos. Lo que hacían era entregar, a modo de adelanto, algodón en rama a las mujeres de la campiña circundante a fin de que lo hilaran. Después contrataban a distintos artesanos urbanos, organizados en gremios, para que tejieran el hilo conseguido. A continuación, estandarizaban sus productos y les ponían una marca comercial, valiéndose de las redes mercantiles de larga distancia para exportar sus artículos a los mercados extranjeros situados por todo el litoral mediterráneo, así como en Oriente Próximo, Alemania, Austria, Bohemia y Hungría.⁴²

En segundo lugar, el norte de Italia podía obtener fácilmente algodón en bruto. De hecho, la industria de la Italia septentrional iba a depender por entero, desde el principio, del algodón que se cultivaba en el Mediterráneo oriental, en zonas como el oeste de la Anatolia o lo que hoy es Siria. Los puertos de Venecia, Génova y Pisa ya importaban en el siglo XI hilo y tela de algodón, de modo que los habitantes de esas regiones y otras limítrofes conocían y apreciaban esa fibra desde antiguo. Uno de los legados que dejaron las cruzadas fue precisamente el de la importación de algodón en rama, y en realidad el primer envío documentado de esta materia prima se remonta al año 1125.⁴³

El hecho de que la introducción de mejoras en la navegación fuera permitiendo poco a poco transportar de forma más económica las mercancías al por mayor permitiría que Venecia llegar a ser el primer y más importante centro de distribución algodonero de Europa, operando como una especie de Liverpool del siglo XII. Algunos comerciantes terminarían convirtiéndose en tratantes plenamente dedicados al algodón, ocupándose de comprar materias primas de baja calidad en la Anatolia y en procurarse al mismo tiempo en Siria fibras de más categoría. Las importaciones llegadas de Turquía, Sicilia y Egipto acabarían de completar estas existencias. No obstante, y a pesar de importar grandes cantidades de algodón, la actividad de los comerciantes europeos tuvo muy escasa repercusión, caso de poder atribuirle alguna, en los sistemas específicamente empleados en el Oriente Próximo para producir algodón, ya que se limitaban a comprar el producto bruto a los proveedores locales, a

estibarlos después en sus buques de carga y a transportarlos por último al otro lado del mar. Con todo, el talento de Venecia para incorporarse primero al comercio mediterráneo y dominarlo después fue sin duda uno de los elementos cruciales del éxito de la industria algodonera del norte de Italia. Es más, ese papel de la iniciativa veneciana anunciaba ya la estocada que, andando el tiempo, acabarían hundiendo los estados y los capitalistas europeos en el corazón mismo de los antiguos centros algodoneros.⁴⁴

Las redes comerciales del Mediterráneo no solo iban a facilitar a los manufactureros italianos un acceso relativamente sencillo al algodón en rama, también les iban a permitir entrar en contacto con las tecnologías de «Oriente». Los empresarios de la Italia septentrional no tardaron en hacer suyas las técnicas del mundo islámico —que en algunos casos procedían a su vez de la India y China—. El siglo XII asistió a una «inyección generalizada de tecnología exterior en la industria textil europea» —tecnología que tendrá su elemento más importante en la rueda de hilar—. Antes de que la rueda de hilar se introdujera en Europa a mediados del siglo XIII, los europeos habían venido hilando con husos manuales, igual que sus equivalentes de América y África. El trabajo con el huso hacía que los procesos resultaran muy lentos: un hilandero habilidoso podía producir unos 120 metros de hilo por hora. A ese ritmo necesitaba cerca de once horas para conseguir hilo suficiente con el que confeccionar una blusa. La rueca o torno de hilar incrementó enormemente la capacidad de trabajo de los hilanderos europeos, triplicando su productividad. De este modo, la disponibilidad de un material nuevo —el algodón— llevó a adoptar una técnica de fabricación igualmente inédita, lo que explica que en la Europa medieval la rueda de hilar reciba también el nombre de «torno de algodón». Pese a que el progreso no fuera tan espectacular como en el caso de la rueca, el trabajo de los tejedores acabaría mejorando asimismo con la generalización del telar de pedales horizontal. Usado por primera vez en Europa en el siglo XI, este artilugio permitía que el tejedor accionara con los pies la varilla de lizos —la barra que separa parte de los hilos de la urdimbre para permitir el paso de la lanzadera—, con lo cual tenía las

manos libres para insertar la trama y lograba producir unos tejidos más refinados. Traído de la India o China, este aparato llega a Europa a través del mundo islámico.⁴⁵

El crecimiento de la industria algodonera italiana se funda principalmente en una doble capacidad: la de conseguir algodón bruto por un lado y la de hacerse con las últimas técnicas de fabricación a través del universo musulmán por otro. Sin embargo, estos mismos vínculos y dependencias acabarán convirtiéndose en los más destacados puntos débiles de la actividad textil italiana, debido a que los centros de producción se hallaban muy alejados de las fuentes de obtención de materias primas y a que los empresarios del ramo no podían ejercer control alguno sobre el cultivo de la planta misma. Al final, la industria textil del norte de Italia acabará sufriendo las consecuencias del fortalecimiento de la industria algodonera musulmana y del carácter marginal de las redes comerciales que unen a la región con el mundo islámico.⁴⁶

No obstante, antes incluso de que terminen destejándose estas importantes redes, la industria italiana deberá hacer frente a otro desafío: el asociado con la irrupción en el mercado de los ágiles competidores afincados al norte de los Alpes, en las ciudades del sur de Alemania. Al igual que sus adversarios italianos, también estos industriales obtendrán el algodón en el Oriente Próximo. Sin embargo, mientras los fabricantes italianos se ven obligados a hacer frente a un entorno marcado por la fuerte presión fiscal, los elevados salarios, la bien rodada organización de los tejedores urbanos y las restricciones que les imponen los gremios, los productores alemanes disfrutaban de las ventajas que les ofrece la mayor anuencia de los campesinos de su país, gracias a la cual logran trabajar con una mano de obra barata. A principios del siglo xv, los fabricantes alemanes no solo empezaron a valerse de esta diferencia de costes para hacerse con un gran número de mercados de exportación —muchos de ellos explotados hasta entonces por los italianos, como, por ejemplo, los del este y el norte de Europa, junto con los de España, la región báltica, Holanda e Inglaterra—, sino que la aprovecharon para penetrar incluso en el propio mercado italiano.⁴⁷



Telar de pedales horizontal, Milán, mediados del siglo XIV.

Uno de esos emprendedores manufactureros se afincó en 1367 en la ciudad de Augsburgo, en la Alemania meridional. En un primer momento, el joven tejedor Hans Fugger se propuso dedicarse a la venta de los tejidos de algodón que fabricaba su padre, pero con el tiempo, él mismo acabaría revelándose un consumado artesano. En el transcurso de las décadas inmediatamente posteriores, Fugger iría ampliando sus inversiones, hasta terminar proporcionando empleo en Augsburgo a un centenar de tejedores a fin de atender la demanda comercial de toda una serie de regiones distantes. Al fallecer era uno de los cincuenta ciudadanos más acaudalados de esa población, habiendo sentado además los cimientos necesarios para el surgimiento de una de las familias de comerciantes y banqueros más ricas de toda la Europa medieval.⁴⁸

En el breve espacio de una generación, Hans Fugger lograba impulsar así el rápido establecimiento de una dinámica industria algodonera en el sur de Alemania. Entre los años 1363 y 1383, la producción de los tejedores alemanes lograría imponerse eficazmente, sustituyéndolos, a los fustanes lombardos que se habían venido vendiendo hasta entonces en los mercados europeos. Si Fugger y otros como él tuvieron tanto éxito se debió a que disponían de todos los factores necesarios: trabajadores textiles bien cualificados, importantes sumas de capital y buenas redes comerciales. Gracias a su larga historia como región productora de tejidos de lino, la Alemania meridional contaba con poderosos empresarios que no solo comerciaban con países lejanos sino que poseían el capital suficiente para fundar una nueva industria. Sin embargo, esos emprendedores se apoyaban a su vez en una mano de obra barata, en la posibilidad de acceder fácilmente a los mercados del norte de Europa, y en su capacidad para imponer un conjunto de normativas destinadas a garantizar la calidad de sus productos. En consecuencia, empezaron a surgir ciudades como Ulm, Augsburgo, Memmingen y Núremberg, rápidamente convertidas en centros clave de la producción de fustán. En último término, la industria textil se propagaría al este siguiendo el curso del Danubio, llegando hasta Suiza por el sur.⁴⁹

La posibilidad de mantener bajo control a la fuerza de trabajo rural era un factor crucial. En Ulm, por ejemplo, uno de los centros manufactureros más importantes, la producción de tejidos de algodón solo mantenía atareadas en el casco urbano mismo a unas dos mil personas, mientras que en la campiña trabajaba la fibra un ejército de dieciocho mil obreros. De hecho, la mayor parte de las labores de tejeduría se efectuaban en el campo, no en la ciudad, ya que los comerciantes proporcionaban dinero, materias primas e incluso herramientas a los hilanderos y los tejedores —creando así otra red productiva similar a las que caracterizaban al medio rural indio—. Esta organización de la producción resultaba mucho más flexible que la producción urbana, ya que no solo no existían gremios que la regularan, sino que los tejedores que trabajaban en el campo seguían labrando su propia tierra y alimentándose por tanto de sus mismos cultivos.⁵⁰

Con el surgimiento de una industria algodonera en el norte de Italia y el sur de Alemania, pudo constatarse por primera vez que las pequeñas regiones de Europa empezaban a convertirse en un partícipe menor de la globalizada economía del algodón. Sin embargo, en el ámbito europeo, la industria algodonera no poseía todavía una especial relevancia. Los habitantes del continente aún seguían vistiéndose mayoritariamente con tejidos de lino y de lana, no de algodón. En adición, eran muy pocos los artículos de algodón europeos que se consumían fuera de los límites de la propia Europa. Además, una vez superados los primeros años del siglo XVI, la industria europea, que dependía del vigor de los venecianos, comenzó a declinar, puesto que la guerra de los Treinta Años alteró la producción industrial, haciendo que la actividad mercantil abandonara las costas del Mediterráneo para dirigirse preferentemente al Atlántico. Lo cierto es que, en el siglo XVI, Venecia dejó de controlar el comercio del Mediterráneo en beneficio del imperio otomano, cuya creciente fortaleza le estaba llevando a estimular las industrias domésticas y a restringir simultáneamente las exportaciones de algodón en rama. En la década de 1560, los efectos de la dominación del vasto territorio imperial por parte de las tropas otomanas, que consolidan su poder en este período, se dejarán sentir en las lejanas poblaciones de Alemania dedicadas a la confección de tejidos de algodón. El surgimiento del imperio otomano como estado provisto de un gran poder y dotado de la capacidad de controlar los flujos de algodón, tanto en bruto como manufacturado, significará la ruina para las industrias algodoneras de Alemania y el norte de Italia. Por si fuera poco, a finales del siglo XVI el antiguo predominio marítimo de los venecianos habrá de encarar aún el perjuicio que le supone el hecho de que los barcos británicos recalen cada vez más en puertos como el de Izmir (o Esmirna, según la denominación otomana) —hasta el punto de que en 1589 el sultán concederá a los tratantes ingleses un conjunto de privilegios comerciales de notable alcance.⁵¹

Más de un sagaz observador se habrá percatado de que la malograda empresa de los primeros productores europeos de algodón se debió en parte —tanto en el caso de la Italia septentrional como en el de la Alemania meridional— al hecho de no haber sometido a los pueblos que les

abastecían de esa materia prima. Es una lección que no habrían de olvidar. Al llegar a su fin el siglo XVI, surgiría no obstante una industria algodonera enteramente nueva llamada a centrar sus desvelos en el Atlántico y no en el Mediterráneo. Con todo, lo que los europeos dieron por sentado fue que solo la proyección del poder del estado podría garantizarles el éxito en estas nuevas zonas comerciales.⁵²

LOS CIMIENTOS DEL CAPITALISMO DE GUERRA



La conquista de las redes algodonerías globales: factoría de la Compañía Británica de las Indias Orientales en Cossimbazar, Bengala occidental, c. 1795.

Pese a resultar impresionante, el surgimiento de la producción de algodón en la Italia septentrional del siglo XII, y más tarde en el sur de Alemania, ya en el siglo XV, no parece haber alterado el curso de los acontecimientos mundiales. En ambos casos, el explosivo crecimiento económico se vio seguido de un rápido desplome, de manera que el vasto universo de la industria algodонера, para entonces bien arraigada ya en tres continentes, continuó operando tranquilamente, sin modificar lo que llevaba siglos haciendo. La producción mundial siguió centrada en la India y China, y los productos de los tejedores indios no dejaron de dominar el comercio intercontinental. La industria europea no había generado ninguna

innovación tecnológica ni organizativa digna de tal nombre, así que los productores asiáticos siguieron constituyendo la punta de lanza de la tecnología textil. Desde luego, los recientes esfuerzos manufactureros de Europa habían puesto en los mercados del continente una cantidad de tejidos de algodón sin precedentes, divulgando y fomentando la apreciación de los artículos de esa fibra y dejando ampliamente fundados los conocimientos asociados con los principios de la fabricación de productos de algodón —factores todos ellos que acabarían revelándose de una importancia extraordinaria—. Sin embargo, por el momento, todos esos pequeños cambios resultaban irrelevantes para la industria algodonera global, dado que los europeos carecían de la facultad de competir en los mercados transoceánicos, y por la nada desdeñable razón de que la calidad de su producción era muy inferior a la de la India. Además, y a diferencia de los manufactureros indios o chinos, los europeos dependían de la importación de algodón en rama, teniendo que traerlo de lejanas regiones del planeta —unas regiones en las que, por añadidura, ejercían muy escaso control—. Y para colmo, en 1600, la mayoría de los europeos seguían vistiéndose con ropas de lana y lino.

No obstante, todo eso iba a cambiar en el transcurso de los dos siglos siguientes. Fue una transformación muy lenta, apenas perceptible en sus inicios, pero una vez llegado el impulso a un cierto umbral, la velocidad de las modificaciones fue acelerándose cada vez más hasta alcanzar un ritmo exponencial. En último término, lo que se consiguió fue reorganizar de forma radical la principal industria manufacturera del mundo, propiciándose una explosión de innovaciones —tanto en las formas de cultivar y procesar el algodón como en las zonas dedicadas a una y otra tarea— acompañada de un planteamiento impactante en cuanto a la posibilidad de aunar las fuerzas globales mediante la explotación de esa planta. El origen de esta reestructuración del aprovechamiento del algodón no hay que verlo en la introducción de un conjunto de progresos técnicos —al menos no en un primer momento— ni en la puesta en práctica de mejores sistemas de organización, sino en una realidad mucho más simple: la derivada de la capacidad y la determinación de cruzar vastos océanos y de proyectar capital y poder político a su orilla opuesta. Empezó a resultar cada vez más

frecuente ver a los europeos insertar una cuña, a menudo de forma violenta, en las redes globales del comercio del algodón —tanto en el interior de Asia como entre Oriente y el resto del mundo—, para pasar a utilizar después el poder así conseguido en la creación de un conjunto enteramente nuevo de urdimbres comerciales entre África, las dos Américas y Europa.¹ La primera incursión de los europeos en el universo del algodón había terminado fracasando al topar con una potencia superior. Las nuevas generaciones de capitalistas y políticos europeos tomaron buena nota de ello, de modo que, valiéndose de su voluntad y su talento para utilizar la fuerza, sentaron las bases de una situación comparativamente ventajosa que les permitió ampliar sus intereses. Si los europeos adquirieron relevancia en el mundo del algodón no se debió a la irrupción de nuevos inventos ni a la posibilidad de disponer de tecnologías de eficacia superior, sino a su capacidad para amoldar primero y dominar después las redes algodonerías globales.

Fueron muchos los medios que emplearon los capitalistas y los gobernantes europeos para modificar las redes mundiales. La poderosa disuasión del comercio con escolta armada permitió la creación de una compleja red comercial marítima con centro en Europa. La forja de un estado basado en los pilares del ejército y el sistema tributario hizo posible proyectar el poder político a los más remotos rincones del planeta. La invención de los instrumentos financieros —del seguro naval al talón de embarque— facilitó la transferencia de bienes y capitales, haciéndolos salvar grandes distancias. El desarrollo de un sistema legal introdujo un mínimo de seguridad en las inversiones de carácter global. La gestación de alianzas con autoridades y capitalistas radicados en puntos distantes proporcionó vías de acceso a los tejedores y los cultivadores locales de algodón. La expropiación de tierras y la deportación de poblaciones africanas creó prósperas plantaciones. Todas estas perturbaciones iban a sentar las bases de la Revolución Industrial sin que las personas que tuvieron oportunidad de vivirlo en su momento se percataran de ello. Siglos antes de que se instaurara la «gran divergencia» entre el producto interior bruto de los distintos países de Europa y el Asia oriental, un pequeño grupo de europeos se hacía con el control del hasta entonces puntual y paulatino

proceso de cristalización de los necesarios vínculos económicos globales — circunstancia llamada a tener consecuencias verdaderamente drásticas, y no solo para la industria del algodón, sino también para las sociedades humanas del conjunto del planeta—. En sus inicios, la «gran divergencia» fue sobre todo una desigualdad de poder estatal y el corolario de la peculiar relación que acababa de establecerse entre esos estados y los dueños del capital. Y en consecuencia, los numerosos universos del algodón pasaron a convertirse en un imperio algodonoero con eje en Europa.

En 1492, el desembarco de Cristóbal Colón en América constituyó el primer acontecimiento sustancial de esta reorganización de los vínculos mundiales. Aquel viaje iba a señalar la punta de lanza de la mayor apropiación de tierras de la historia, iniciada en 1518 al atacar Hernán Cortés al imperio azteca y proceder a la vasta reivindicación territorial de los españoles en América —que no tardaría en hacerse extensiva a la parte meridional del continente ni en ascender a las regiones situadas al norte del punto de llegada—. A mediados del siglo XVI, Portugal sigue los pasos de España, apoderándose de lo que hoy es Brasil. Los franceses partieron a las Américas en 1605, haciéndose con la región de Quebec; con varias zonas de lo que actualmente es el Medio Oeste y el sur de Estados Unidos —agrupadas en una misma unidad administrativa a la que se dio el nombre de Luisiana—; y con un puñado de islas caribeñas, entre las que destaca la colonia de Saint Domingue, constituida por el tercio occidental de La Española y fundada en 1695. El primer asentamiento que Inglaterra crea con éxito ve la luz en Jamestown, que pasa a formar parte de la colonia de Virginia en 1607 —a la que se irán incorporando poco después las nuevas posesiones que vayan anexionándose los británicos tanto en Norteamérica como en el Caribe—. Al final, como tendremos ocasión de ver, la dominación de esas enormes extensiones territoriales de las dos Américas permitirá, entre otras cosas, el inicio del monocultivo generalizado del algodón.

El segundo acontecimiento de trascendental importancia en la historia del algodón se producirá cinco años después del primero, en 1497, con la triunfal llegada de Vasco de Gama al puerto de Calicut, tras una singladura que le convertía en el primer hombre en abrir una vía marítima entre Europa y la India, doblando el cabo de Buena Esperanza. Los europeos se daban así la posibilidad de acceder a los productos de los tejedores indios —que eran los que dominaban en ese momento la producción mundial— sin tener que depender de los numerosos intermediarios que habían transportado hasta entonces los tejidos elaborados en el subcontinente, cruzando primero en barco el océano Índico, atravesando más tarde Arabia a lomos de camello y estibándolos de nuevo en buques para hacerlos llegar a sus puertos de destino en Europa. Las relaciones comerciales de los europeos en el subcontinente indio comienzan formalmente en el año 1498, al conceder los gobernantes locales de Calicut a Vasco de Gama el permiso necesario para comerciar en la región. A principios del siglo XVI los portugueses establecieron un conjunto de puestos comerciales avanzados en la costa occidental de la India —siendo los más duraderos los fundados en Goa—. Ochenta años más tarde, Holanda y Gran Bretaña empezaron a desafiar el monopolio que había ejercido hasta ese momento Portugal en el comercio con Asia, constituyendo para ello una serie de empresas conjuntas con la esperanza de hacerse con una parte del jugoso negocio de la compraventa de especias. Tras una serie de guerras entre británicos y holandeses, los dos países acordaron repartirse las esferas de interés que ambicionaban establecer en Asia, quedando el comercio textil indio fundamentalmente en manos de los ingleses.

En un primer momento, esta expansión hacia el Asia meridional pareció llamada a convertirse en la más importante intervención de los comerciantes y estadistas de Europa en las redes de la industria algodonera global. Gracias a ella, los europeos empezaron a desempeñar un papel relevante en el comercio transoceánico de los productos textiles indios, a cuya vanguardia se habían situado antes que nadie los portugueses, al traer a Europa una gran cantidad de telas venidas del subcontinente. Los comerciantes de Portugal también intentaron afirmar su predominio en el significativo ámbito de los intercambios entre Guyarat y el mercado

bicéfalo que formaban la península Arábiga y el este de África —intento que primero les llevó a imponer violentamente a los tratantes de Guyarat serios impedimentos de acceso a los mercados en los que habían operado tradicionalmente hasta entonces (con éxito cuestionable) y que les indujo después, ya en la segunda mitad del siglo XVI, a dictar normativas con las que regular a su conveniencia la actividad comercial—. Con el paso del tiempo, otros comerciantes europeos se irían sumando al empeño: en 1600, los mayoristas ingleses fundaban la Compañía Británica de las Indias Orientales, en 1602 se creaba en la misma región su equivalente neerlandesa, y en 1616 veía la luz su homóloga danesa. A principios del siglo XVII, los holandeses y los británicos comenzaron a sustituir a los portugueses en la violenta reglamentación del comercio textil de Guyarat, apresando los buques de los mercaderes locales y limitando el acceso de los negociantes de la zona a los mercados —primero a los de Arabia, y después, cada vez más, a los del Sureste Asiático, que se abastecían en las fábricas del sur de la India y efectuaban sus compras en toda la costa de Coromandel, situando en Madrás su centro neurálgico—. ² De las grandes potencias europeas, Francia fue la última en iniciar relaciones comerciales con Oriente. En 1664, los mayoristas galos fundaron la Compañía Francesa de las Indias Orientales, y llevaron a su país las primeras muestras de lo que los franceses pasaron rápidamente a denominar *indiennes* —un tipo de tela de algodón de estampados muy coloridos—. Cada una de estas Compañías de Indias trató de hacerse con el derecho a explotar en régimen de monopolio una zona específica, pero al enfrentarse unas a otras y tener que competir al mismo tiempo con los comerciantes independientes, su proyecto de acaparamiento no llegaría a verse plenamente coronado por el éxito. ³

En lo que todas las compañías comerciales europeas se imitaban era en el hecho de comprar en la India una serie de tejidos de algodón que luego trocaban por especias en el Sureste Asiático, aunque conservando también una parte para traerla a Europa. Una vez en casa, los negociantes podían dedicar sus mercancías al consumo del continente o embarcarlas rumbo a África con el fin de pagar esclavos con el producto de su venta y obligarles a trabajar en las plantaciones de algodón que precisamente empezaban a

establecerse por esta época en el Nuevo Mundo. Por primera vez en la historia, los artículos de algodón pasaron a formar parte de un sistema comercial repartido por tres continentes, dado que las consecuencias de los fundamentales viajes de Cristóbal Colón y Vasco de Gama se retroalimentaban mutuamente. Los consumidores europeos y los tratantes africanos deseaban ávidamente hacerse con las hermosas telas que hilaban y tejían los artesanos y las familias del Asia meridional, ya se tratara de quimón, muselina y calicó o de otros tejidos que, pese a ser más sencillos, resultaban de gran utilidad.

Por consiguiente, los tejidos de algodón se convirtieron en uno de los factores cruciales para la expansión del comercio europeo en Asia. A principios del siglo VII, los comerciantes europeos ya desempeñaban un papel muy relevante en las actividades mercantiles que se desarrollaban en el puerto bengalí de Dacca, que llevaba siglos siendo el punto de origen de algunas de las telas de algodón de mayor calidad del mundo. De acuerdo con las mejores estimaciones, en 1621 la Compañía Británica de las Indias Orientales importó a Gran Bretaña cincuenta mil artículos de algodón. Cuarenta años más tarde, esta cifra se había multiplicado por cinco. De hecho, los tejidos de algodón se habían convertido ya en la mercancía más importante de la empresa. En 1766 esos productos textiles integraban más del 75 % del total de las exportaciones de la Compañía Británica de las Indias Orientales. Por consiguiente, según comenta el escritor inglés Daniel Defoe —que no simpatizaba nada con las importaciones—, el algodón terminó por invadir «nuestras casas, nuestros armarios y nuestros dormitorios. Las cortinas, los cojines, las sillas, y hasta las propias camas, no se visten ya sino con telas de calicó y tejidos indios».⁴

Los comerciantes europeos apoyados por una escolta armada lograron hacerse un nicho en el comercio transoceánico de los tejidos de algodón indios. No obstante, en la propia India, Europa ejercía un poder bastante limitado. Podía decirse que terminaba, básicamente, a las afueras de las ciudades portuarias, o extramuros de los fortines que esos individuos, híbridos de soldado y negociante, habían comenzado a construir, a ritmo creciente, a lo largo de la costa. Para hacerse con las importantísimas cantidades de tejidos indios que luego iban a exportar, los comerciantes

europeos dependían de los tratantes locales, pertenecientes a la casta *bania*, ya que estos eran quienes preservaban las cruciales relaciones que los occidentales precisaban mantener con los labriegos y tejedores del interior, que eran quienes cultivaban, hilaban y tejían a su vez aquellos artículos de creciente valor. Los europeos construyeron almacenes —a los que dieron el nombre de factorías— por todo el litoral de la India, en ciudades como Madrás, Surat, Dacca, Cossimbazar y Calicut, y ordenaron a sus agentes locales que realizaran pedidos de telas a los *bania* y se ocuparan de recoger los bultos una vez listos para su embarque. Todas estas transacciones quedaban consignadas en centenares de dietarios encuadernados en cuero —libros que, en muchos casos, han conseguido llegar hasta nosotros.⁵

En sus registros del año 1676, la factoría de la Compañía Británica de las Indias Orientales de Dacca expone con detalle los mecanismos y vericuetos que debían seguirse para adquirir las telas, dando así fe de lo mucho que dependían los mayoristas europeos de los tratantes indígenas. De ocho a diez meses antes de que llegaran los barcos mercantes, y mediante una subcontrata, los negociantes británicos asignaban la misión de conseguir las telas a un cierto número de *banias*, especificando claramente las calidades, dibujos, precios y fechas de entrega que deseaban. Los consumidores africanos y europeos de tejidos de algodón exigían artículos muy concretos a precios perfectamente bien definidos. Entonces, los *banias* adelantaban dinero en efectivo a un grupo de intermediarios, siendo estos los encargados de recorrer una a una las aldeas para entregar a su vez diversos anticipos y contratar la entrega de los artículos terminados con unos cuantos tejedores de su elección.⁶ Al final, las telas recorrían el camino inverso, ascendiendo eslabón por eslabón la cadena comercial hasta llegar a la factoría inglesa de Dacca, donde los comerciantes británicos clasificaban los tejidos por calidades, preparándolos para su envío.

En este sistema de producción, eran los propios tejedores quienes podían controlar en parte el ritmo y la organización de su trabajo, siendo además propietarios de las herramientas que empleaban, como había ocurrido durante siglos —y de hecho conservaban incluso el derecho de vender sus artículos a quien les viniera en gana—. Al empezar a crecer la demanda europea, los tejedores indios se encontraron en condiciones de

incrementar la producción y de aumentar los precios, resultando de ese modo claramente beneficiados. En realidad, la llegada de los comerciantes europeos a la población de Barugaza, en la provincia de Gujarat, no tardó en proporcionar nuevos bríos a la industria regional del algodón —y lo mismo puede decirse de Orissa y Dacca—. Aunque no por eso dejaron de ser pobres, los tejedores aprovecharon la circunstancia de que los extranjeros estuvieran compitiendo por conseguir sus telas, como también estaban empezando a hacer los *banias* de su propio país y hasta los gobernantes indios, que se apresuraron a gravar con impuestos y aranceles la producción y la exportación de los tejidos de algodón.⁷ Parece obvio, por tanto, que la influencia de los comerciantes europeos en la India resultaba bastante significativa, aunque distara mucho de revestir un carácter general: los ingleses se quejaban de que los «árabes y los mogoles que comerciaban con las telas de Dacca alteraran con frecuencia este sistema al llevarse cantidades muy considerables de ese mismo producto y viajar por tierra con él, llegando algunos hasta regiones tan remotas como las de los grandes dominios turcos». La denuncia de esta perturbación les llevaría a lamentar asimismo que su entramado comercial se viera igualmente afectado por las «disputas, los problemas y los precios» que les hacían encajar los tejedores y los *banias* de la zona.⁸

El sistema de las «factorías», invariablemente dependiente de los tratantes y los capitales de la región, se mantuvo aproximadamente por espacio de dos siglos. En una fecha tan notablemente tardía como la del año 1800, la Compañía Británica de las Indias Orientales aceptó comprar artículos al detalle a dos mercaderes de Bombay llamados Pestonjee Jemsatjee y Sorabje Jevangee, por un importe superior a un millón de rupias, mientras, por su parte, el *bania* de Surat Dadabo Monackjee firmaba con los tejedores radicados al norte de la ciudad un conjunto de contratos destinados a obtener telas para los británicos. De hecho, en el momento de su llegada, tanto los negociantes portugueses como los ingleses, holandeses y franceses habían sido únicamente los últimos en incorporarse a un antiguo y dinámico mercado, intentando encontrar en él un nicho comercial propio entre los centenares de tratantes que venían de muy diversos puntos del Asia meridional y la península Arábiga. En el siglo XVIII, los mayoristas

europeos que operaban en Dacca todavía eran incapaces de adquirir en esa ciudad más de la tercera parte de la tela que vendían, aproximadamente. Por otro lado, la capacidad económica de los europeos que comerciaban con la India seguía dependiendo en esa época de los banqueros y los negociantes del Asia meridional que financiaban el cultivo y el procesado del algodón.⁹

Con todo, la irrupción de los comerciantes armados europeos en el mercado asiático, al expulsar violentamente de los numerosos mercados intercontinentales a los negociantes indios y árabes —que hasta entonces habían ocupado posiciones dominantes—, iría condenando poco a poco a espacios marginales al conjunto de estas viejas redes mercantiles. En 1670, un observador británico todavía encontraba motivos para señalar que los comerciantes del Oriente Próximo «se llevaban cinco veces más telas de calicó que los ingleses y los holandeses». Sin embargo, según concluye un historiador, con la aparición de barcos más fiables, rápidos y grandes, dotados además de una mayor y más destructiva capacidad de fuego, «la vieja ruta del comercio con la India y el Oriente Próximo, que había constituido hasta entonces la principal arteria de intercambio mundial, quedó sometida a un completo cambio estructural», siendo «el imperio otomano ... el principal perjudicado». Además, los tratantes de Guyarat que comerciaban con el África oriental también empezaron a verse enfrentados a la competencia europea. Si los negociantes europeos estaban transformándose en una presencia cada vez más común en la India, por idéntico proceso fueron estableciéndose también en los mercados del este de África, acentuándose de ese modo el predominio europeo a ambos lados del océano Índico. En el siglo XVIII, al producirse el declive de Surat y el simultáneo auge de Bombay, los comerciantes del oeste de la India pasaron a depender cada vez más del poderío británico.¹⁰

Al final, la creciente influencia que estaban consiguiendo ejercer en la India los comerciantes europeos y los estados que les patrocinaban empezó a repercutir de manera muy notable en la propia Europa. Con el enorme incremento de las cantidades de tejidos de algodón indio que llegaban al continente europeo comenzaron a surgir mercados y modas nuevos. Las bellas telas de quimón y muselina no tardaron en llamar la atención de las crecientes clases europeas que no solo tenían el poder adquisitivo suficiente

para comprarlas sino también el deseo de exhibir su posición social vistiéndolas. Dado que en el siglo XVIII la moda de los algodones indios no dejó de ganar adeptos, el afán de sustituir por telas nuevas las importadas hasta entonces se convirtió en un poderoso incentivo —tanto que la producción de tejidos de algodón, al comenzar a intensificarse en Inglaterra, terminaría por revolucionar la industria.¹¹

Además, el dominio ejercido en Asia encajó perfectamente con la expansión por las Américas. A medida que las potencias española, portuguesa, francesa, inglesa y holandesa fueran apoderándose de inmensas porciones del territorio americano, tanto al norte como al sur del continente, irían llevándose consigo cuantas riquezas consiguieran arrancar a la tierra: fundamentalmente oro y plata. Y en un primer momento fue de hecho el robo de esos metales preciosos lo que permitió financiar en parte la compra de tejidos de algodón en la India.

Al final, no obstante, el oro y la plata que alcanzaban a descubrir los colonos europeos de las dos Américas empezó a resultar insuficiente, así que se ideó una nueva vía de acceso a la riqueza: la de las plantaciones dedicadas al cultivo de especies vegetales tropicales y subtropicales, principalmente azúcar, pero también arroz, tabaco e índigo. La explotación de estas plantaciones exigía emplear a un gran número de jornaleros, y para conseguirlos, los europeos no dudaron en deportar primero a miles de africanos a las Américas, y después a millones. Los negociantes europeos construyeron puestos comerciales fortificados a lo largo de la costa occidental de África —Goree en lo que hoy es Senegal, Elmina, en la actual Ghana y Ouidah, en el Benín de nuestros días—. Pagaban a los caciques locales para que les permitieran salir a la caza y captura de mano de obra, entregándoles productos elaborados por tejedores indios a cambio de los hombres y mujeres que lograban apresar. En los tres siglos inmediatamente posteriores al año 1500 más de ocho millones de esclavos fueron transplantados de África a las Américas. Los primeros en hacerlo fueron fundamentalmente los tratantes españoles y portugueses, pero pronto se les unieron, corriendo ya el siglo XVII, sus colegas británicos, franceses, holandeses y daneses, así como los de algunas otras naciones. Solo en el siglo XVIII, estos comerciantes forzaron la deportación de más de cinco

millones de personas, abasteciéndose sobre todo en las regiones del centro y el oeste de África, los golfos de Benín y Biafra y Costa de Oro.¹² Llegaban esclavos casi a diario tanto a las islas del Caribe como al litoral de las dos Américas.

Este tráfico incrementó la demanda de tejidos de algodón, dado que los jefes y los mercaderes africanos exigían casi siempre que se les entregaran telas de algodón a cambio de los esclavos. Pese a que muy a menudo imaginamos que uno de los factores que animaba la trata de esclavos era el mero intercambio de armas y baratijas, comprándose con ellas el permiso de exportar seres humanos, lo más frecuente era que los esclavos se consiguieran a cambio de unos artículos mucho más triviales: simples lotes de tela de algodón. Un estudio de los 1.308 trueques que realizó, mediante regateo con los indígenas, el comerciante británico Richard Miles entre los años 1772 y 1780 —con los que adquirió 2.218 esclavos en Costa de Oro— descubrió que más de la mitad del valor del conjunto de los bienes adquiridos se había abonado en piezas de tela. Y las importaciones que efectuaron los portugueses a Luanda a finales del siglo XVIII y principios del XIX discurrieron por cauces similares, ya que cerca del 60 % de lo que llegaba a ese puerto de la actual Angola lo constituían artículos tejidos.¹³

Los consumidores africanos no iban a tardar en hacerse célebres por su experto y variado gusto en materia de tejidos, para gran consternación de los comerciantes europeos. De hecho, un viajero europeo señaló en una ocasión que las preferencias estéticas del consumidor africano eran «de lo más tornadizas y caprichosas», y que «apenas hay dos aldeas que coincidan en cuanto al canon de lo que juzgan bello». En 1731, el buque negrero *Diligent* soltaba amarras y abandonaba el puerto francés en el que había recalado, llevando en las bodegas un cuidado surtido de tejidos de algodón indios con los que poder atender la peculiar demanda de la costa de Guinea. Del mismo modo, Richard Miles acostumbraba a enviar a sus proveedores británicos instrucciones muy concretas respecto a los colores y los tipos de tejido que le solicitaban en cada momento sus clientes de Costa de Oro, llegando a detallar incluso los fabricantes concretos a los que se debían encargar las remesas. «Los [artículos] del señor Kershaw no son en modo

alguno iguales a los de [Knipe]», le indica a uno de sus contactos británicos en una carta fechada en 1779, «al menos no a los ojos de los comerciantes negros de esta zona, y es a ellos a quienes hemos de complacer». ¹⁴

Vemos por tanto que el negocio europeo de los tejidos de algodón vino a unir en una misma y compleja red comercial los continentes de Asia, las dos Américas, África y Europa. En los cuatro mil años que contaba ya por entonces la historia del algodón jamás se había llegado a idear un sistema de semejante alcance global. Nunca antes se había pagado con el producto de los tejedores indios la compra en África de unos esclavos destinados a trabajar en las plantaciones de las Américas con el fin de obtener materias primas agrícolas para un conjunto de consumidores europeos. Se había edificado un sistema formidable que ponía claramente de manifiesto la capacidad transformadora que surgía al unir la fuerza del capital con el poder del estado. El cambio más radical no residía en los pormenores de este tipo de negocios, sino en el sistema al que se hallaban indisolublemente asociados y en la forma en que las diferentes piezas de ese ensamblaje se retroalimentaban mutuamente: los europeos acababan de inventar una nueva forma de organizar la actividad económica.

Esta expansión de las redes comerciales europeas, que llegaban ahora hasta Asia, África y las dos Américas, no tenía su principal pilar en el hecho de que los mayoristas occidentales estuvieran ofreciendo artículos de superior calidad a buen precio, sino que se apoyaba fundamentalmente en el sometimiento militar de los competidores y en la coercitiva presión mercantil con la que se presentaban los europeos en muchas regiones del mundo. Este tema central se declinaba también en distintas variaciones, en función del equilibrio relativo en que se hallaran las fuerzas sociales en cada punto geográfico concreto. En un primer momento, los europeos fundaron en Asia y África diversos enclaves costeros, dominando al mismo tiempo el comercio transoceánico, sin necesidad de implicarse demasiado en el cultivo y la manufactura del algodón. En otras regiones del mundo —sobre todo en las Américas—, se expropió a las poblaciones locales, que en muchos casos tuvieron que padecer además a causa de su desplazamiento o su aniquilación. Los europeos reinventaron el mundo lanzándose a una agricultura basada en la explotación a gran escala de las plantaciones. Y una

vez que los occidentales pasaron a intervenir activamente en la producción, su destino económico quedó ligado a la esclavitud. Estos tres movimientos tácticos —la expansión imperial, la expropiación de tierras y la explotación de esclavos— se convirtieron en uno de los elementos axiales de la forja de un nuevo orden económico mundial, dando lugar en último término al surgimiento del capitalismo.

Este triple factor vino a sumarse a otra de las características inherentes a ese mundo nuevo: la constituida por los estados que respaldaban esas empresas mercantiles y coloniales, y que, de momento, no estaban afirmando su soberanía sobre los lugares y los pueblos de tan distantes territorios más que de un modo débil. En vez de esa reivindicación de poder político eran los capitalistas particulares, muy a menudo organizados en sociedades colegiadas (como la Compañía Británica de las Indias Orientales), quienes se postulaban como soberanos de las tierras a las que llegaban y las gentes con las que trataban, estableciendo al mismo tiempo una particular estructura de relaciones con los gobernantes locales. Los corsarios capitalistas fuertemente armados se convirtieron rápidamente en el símbolo de este nuevo mundo definido por la dominación europea, ya que sus barcos, repletos de cañones, sus comerciantes-soldados —verdaderas milicias privadas— y los colonos que les seguían se apoderaban de todas las tierras y la mano de obra que podían, haciendo saltar por los aires —en sentido perfectamente literal— a todos sus competidores. El ejercicio privado de la violencia era uno de sus principales privilegios legales. Pese a que hubieran sido los estados europeos los encargados de concebir, estimular y permitir la creación de los inmensos imperios coloniales de la época, lo cierto es que, sobre el terreno, continuaban dando muestras de flaqueza y contando con escasos efectivos, circunstancia que brindaba a los actores particulares el espacio y el margen de maniobra necesarios para alumbrar nuevas modalidades de comercio y producción. Lo que caracteriza a este período no es la consolidación de los derechos de propiedad, sino una oleada de expropiaciones de tierras y esclavización de la fuerza de trabajo, testimonio de los orígenes del capitalismo, que en modo alguno fueron de naturaleza liberal.

El pulsátil centro neurálgico de este novedoso sistema era la esclavitud. La deportación de millones y millones de africanos a las Américas intensificó el establecimiento de vínculos con la India debido a que incrementó las presiones destinadas a conseguir una mayor cantidad de tejidos de algodón. Fue ese tráfico el que sentó las bases de una presencia más significativa de los europeos en los ámbitos mercantiles de África. Y fue también esa trata de esclavos la que hizo posible asignar un valor económico a los inmensos territorios que Occidente acababa de usurpar en las Américas, doblegándose así el inconveniente que planteaba el hecho de que los recursos de que disponía la propia Europa fuesen limitados. Desde luego, con el paso del tiempo, este poliédrico sistema estaba llamado a experimentar variaciones y cambios, pero aun así iba a resultar lo suficientemente distinto del universo anterior y del mundo que habría de surgir de él en el siglo XIX, como para merecer que lo designemos con un nombre específicamente propio: el de capitalismo de guerra.

El capitalismo de guerra debe su existencia a la demostrada aptitud de los ricos y poderosos europeos para dividir el mundo en dos esferas: una «interna» y otra «externa». La «interna» comprendía las leyes, las instituciones y las costumbres vigentes en la madre patria, regida por el orden que imponía el estado. La «externa», en cambio, se caracterizaba por la dominación imperial, la expropiación de inmensos territorios, la aniquilación de los pueblos indígenas, el expolio de sus recursos, la acumulación de esclavos y el sometimiento de vastos territorios al control de un puñado de capitalistas privados facultados para operar prácticamente al margen de toda forma de supervisión por parte de los distantes estados europeos. En estas dependencias exteriores del imperio no tenían aplicación las reglas del ámbito interior. En esas regiones, el amo prevalecía sobre el estado y la violencia desafiaba al derecho, mientras la descarada coerción física que ejercían los actores *in situ* se encargaba de reorganizar los mercados. Pese a que, según argumenta Adam Smith, estos territorios coloniales «adelanten con más rapidez en el camino de la riqueza y el esplendor que cualquier otra sociedad humana», lo cierto es que lo logran

haciendo tabla rasa de todo cuanto encuentran, algo que, no sin ironía, sentará las bases para que en el ámbito «interno» del capitalismo de guerra terminen surgiendo unas sociedades y unos estados muy distintos.¹⁵

El capitalismo de guerra reveló poseer un potencial transformador sin precedentes. Esta forma de organización, que se halla en la base de la aparición del mundo moderno —en el sentido de haber propiciado un crecimiento económico sostenido—, causó una insondable cantidad de sufrimientos, pero fue también responsable de una significativa metamorfosis de la organización del espacio económico al hacer que el mundo multipolar que lo había precedido fuera adquiriendo un carácter cada vez más unipolar. El poder, que durante mucho tiempo había estado repartido por varios continentes y empleado un abundante número de redes de relaciones, comenzó a constituirse en una realidad crecientemente centralizada y capaz de canalizar sus operaciones a través de un único nodo activo, dominado a su vez por los capitalistas y los estados europeos. Y como pivote de esta serie de modificaciones encontramos al algodón, dado que los múltiples y diversos mundos dedicados a la producción y la distribución de este artículo básico estaban abocados a ir cediendo terreno paulatinamente ante el empuje del jerarquizado imperio destinado a adquirir, tras organizarse a su alrededor, una dimensión auténticamente global.

En el seno de la propia Europa, esta reorganización del espacio económico tuvo también repercusiones de alcance continental. Un pequeño grupo de potencias «atlánticas», como los Países Bajos, Gran Bretaña y Francia, sustituyó en poco tiempo a los antiguos puntales económicos europeos que habían sido Venecia y el interior de la Italia septentrional, entre otros. Al sustituir el comercio atlántico a los intercambios mediterráneos y convertirse el Nuevo Mundo en un importante productor de materias primas, las ciudades que poseían lazos con el océano que media entre Europa y América también empezaron a elevarse a posiciones destacadas en la manufactura de tejidos de algodón. De hecho, ya en el siglo XVI, la recrecida industria europea de manufacturas de algodón dependía del vínculo que la unía con los mercados en rápida expansión de todo el mundo atlántico —desde los espacios de compraventa textil de

África a los recién surgidos centros de producción de algodón en rama de las dos Américas—. En algunas ciudades flamencas —como Brujas (a partir de 1513) y Leyden (desde el año 1574)—, la manufactura del algodón prosperó a gran velocidad, dado que Amberes había empezado a convertirse en el punto de confluencia de un importante comercio de algodón en rama acompañado de una expansión ultramarina con la que Europa comienza a acceder a un enorme conjunto de nuevos mercados. Y por idénticas razones, los manufactureros franceses también irían embarcándose a finales del siglo XVI en nuevos empeños de hilado y tejido.¹⁶

De todos los arrolladores cambios que, según vemos, están experimentando las respectivas influencias geográficas de regiones y países, el más significativo a largo plazo habrá de ser el asociado con la irrupción de la manufactura del algodón en Inglaterra. Los flamencos perseguidos por motivos religiosos que hallan refugio en las islas británicas comienzan a tejer el algodón en las ciudades inglesas en torno a 1600. La referencia más antigua al trabajo de la fibra se remonta al año 1601, «fecha en la que vemos aparecer en las actas de los tribunales de audiencias trimestrales* el nombre de George Arnould, un tejedor de fustán afincado en Bolton». La industria no dejó de crecer, de modo que en el año 1620, las manufacturas de algodón británicas exportaban ya sus artículos a Francia, España, Holanda y Alemania. Las tejedurías de algodón florecieron de manera muy particular en el condado de Lancashire, en el norte de Inglaterra, donde el doble hecho de que los gremios no ejercieran un control digno de tal nombre y de la proximidad de Liverpool —un importante puerto negrero— se convertiría en una de las claves del éxito de los productores implicados en la oferta de esclavos africanos y en el abastecimiento de las plantaciones de las Américas.¹⁷

Este lento surgimiento de la industria algodonera inglesa encuentra apoyo en las experiencias vividas con anterioridad en el terreno de la producción de prendas de lino y lana. Al igual que en el continente, las telas de algodón empezaron a confeccionarse en el medio rural. Los comerciantes, que en muchos casos pertenecían al grupo confesional de los

puritanos y aun de otros disidentes protestantes ingleses, adelantaban el algodón en bruto a los campesinos —que empleaban estacionalmente a algunos miembros de su familia como mano de obra enfocada a las labores de hilado y tejido—, para entregar después las telas ya elaboradas a los comerciantes que se dedicaban a su venta. Al crecer de forma exponencial la demanda de prendas de algodón, los ingresos obtenidos gracias al hilado y el tejido de sus fibras empezaron a constituir un componente cada vez más importante de la economía de los labradores propietarios de pequeñas parcelas rústicas —hasta el punto de que, al final, algunos de ellos terminaron por abandonar sus cultivos tradicionales, pasando a depender por entero de la industria algodonera—. De manera similar, algunos de los negociantes que habían organizado la producción de algodón en el territorio de Inglaterra quedaron convertidos en empresarios de peso. Al ir acumulando capital, estos emprendedores expandieron la producción mediante la doble estrategia de proporcionar un creciente número de créditos a un volumen de hilanderos y tejedores igualmente en aumento y de estimular la «extensión» de la producción, fomentando así su dispersión geográfica con el objetivo de hacerla llegar a un conjunto de regiones rurales paulatinamente más amplio. Se trataba por tanto de un sistema productivo clásico, muy similar a los que varios siglos antes habían visto la luz en el conjunto de Asia —y notablemente parecido también a los previamente utilizados en la industria lanera británica—. La campaña fue industrializándose de forma gradual y sus habitantes pasaron a depender cada vez más de su capacidad para entregar el producto de su trabajo a un conjunto de comerciantes radicados lejos de sus tierras.¹⁸

A diferencia de los hilanderos y los tejedores indios, la creciente clase obrera inglesa dedicada a trabajar el algodón no tenía la posibilidad de acceder de forma independiente ni a las materias primas ni a los mercados. Se hallaban totalmente subordinados a los comerciantes —y tenían de hecho menos independencia y poder que sus colegas indios—.¹⁹ Por consiguiente, los comerciantes británicos que trabajaban en la producción de prendas de algodón disfrutaban de un poder muy superior al de los *baniyas* indios. Los tratantes de algodón británicos pertenecían a una difusa potencia económica de dimensiones globales que no solo se hallaba en

pleno auge sino que poseía una armada que ejercía un dominio creciente en todos los océanos del mundo, contaba con unas posesiones territoriales cuya extensión aumentaba rápidamente en las Américas y Asia —siendo precisamente la India la más destacada de todas—, y disponía de un ejército de esclavos con el que había creado una compleja red de plantaciones que dependían de diversos modos de la capacidad productiva de un conjunto de hilanderos y tejedores situados a miles de kilómetros de distancia, en las lejanas tierras montañosas de Lancashire y en las planicies de Bengala.

Pese a tan rutilantes comienzos, lo cierto es que solo la perspectiva del tiempo nos permite apreciar ahora la importancia de este estado de cosas. En los siglos XVII y XVIII, la industria algodonera europea no destacó de manera particular. En Inglaterra, así como en otros puntos de Europa, la «manufactura del algodón permaneció en una situación casi estacionaria». Creció de manera muy lenta, incluso después del año 1697.* Buen ejemplo de ello es el hecho de que se necesitaran sesenta y siete años para doblar aproximadamente la cantidad de algodón en bruto transformada en hilos y telas y alcanzar un volumen de 1.750 toneladas. Esa era la cifra de algodón que se empleaba en un año. En 1858, en cambio, Estados Unidos exportaba por término medio ese mismo tonelaje de algodón *en un solo día*. En la Francia de la época los movimientos de esta materia prima eran similares a los de la Inglaterra del mismo período, y si dejamos a un lado a estos dos países, esto es, a Gran Bretaña y a Francia, constataremos que la demanda de algodón europeo era aún menos significativa.²⁰

Una de las razones de que el crecimiento de las manufacturas de algodón europeas fuese relativamente lento radicaba en la dificultad de conseguir algodón en rama. Dado que la planta no se cultivaba en la propia Europa, era preciso traer de zonas geográficas muy lejanas la materia prima esencial para dicha industria. Antes del apogeo de las nuevas máquinas llamadas a revolucionar las manufacturas de algodón en torno al año 1780, la modesta demanda de algodón en rama de los fabricantes europeos de los siglos XVII y XVIII se atendía en gran medida por medio de toda una serie de cauces comerciales bien arraigados y diversificados, cauces en los que el algodón seguía siendo no obstante un producto básico más de los muchos disponibles. En 1753 llegaron al puerto de Liverpool 26 barcos procedentes

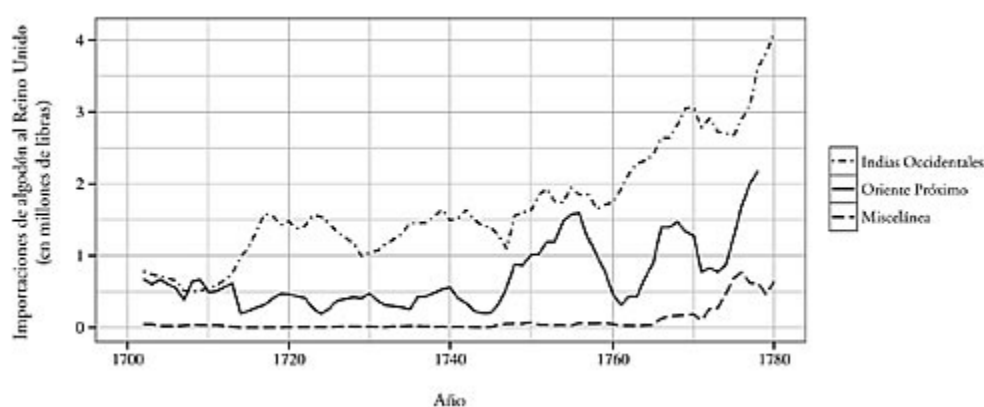
de Jamaica con un cargamento de algodón, y 24 de ellos llevaban menos de cincuenta balas de ese producto a bordo.²¹ No había en todo el mundo comerciantes ni puertos ni regiones que se especializaran en la producción de un algodón destinado a la exportación.

Desde el siglo XII, como hemos visto, la más importante fuente de algodón para Europa había sido el imperio otomano, sobre todo las regiones de la Anatolia occidental y Macedonia. A lo largo de todo el siglo XVII, el algodón de Esmirna y Tesalónica (es decir, la Salónica otomana) continuó siendo la materia prima predominante en los mercados locales, llegando a Londres y a Marsella junto con otros productos de Oriente, como la seda y el hilo de mohair. Pese a que la demanda europea de algodón en rama fue experimentando una lenta expansión en el transcurso del siglo XVIII, el algodón otomano siguió constituyendo la parte más significativa de la fibra consumida en Europa. De hecho, entre los años 1700 y 1745, el algodón turco supuso la cuarta parte de las importaciones británicas, enviándose a Marsella una cantidad muy parecida.²²

También llegaban pequeños volúmenes de algodón bruto de otras regiones del mundo, como sucedía por ejemplo con el algodón indio que conseguía abrirse paso hasta Londres en la década de 1690 por cortesía de la Compañía Británica de las Indias Orientales. De manera similar, en la década de 1720, la Real Compañía Africana refiere haber vendido «en su sede de la calle Leaden-Hall, a la vela,* el jueves día 12 de septiembre de 1723, a las diez en punto de la mañana ..., algodón procedente de Gambia». Un año después, los miembros de esa misma compañía ofrecían «Toneles de fino algodón de seda ... traídos de Ajudá»,** y doce meses más tarde «varias balas de algodón de Guinea». No obstante, estas ventas de poca importancia palidecen si las comparamos con otros artículos comerciales de mayor relevancia para estos mismos tratantes, como por ejemplo los colmillos de elefante.²³

Lo más significativo, sin embargo, fue el surgimiento de una nueva fuente de suministro de algodón: la de las Indias Occidentales. Pese a que en las islas de esa región del mundo el algodón continuara siendo un cultivo marginal comparado con la caña de azúcar, lo cierto es que un cierto número de pequeños propietarios rurales habían comenzado a plantar lo que

por entonces se llamaba el «oro blanco» —ya que sus recursos no les permitían realizar las grandes inversiones reservadas a los latifundistas azucareros—. La producción de esos *petits blancs*, como se les denominaba en las islas francesas, se mantuvo dentro de unos límites muy ajustados hasta el año 1760. Con todo, incluso esta exigua cantidad de algodón procedente de las Indias Occidentales representaba una parte relevante de las necesidades de materias primas de las industrias algodoneras británica y francesa. Y lo que es aún más importante, como veremos, el modo de producción de este algodón indicaba ya el camino a seguir en el futuro.²⁴



Importación de algodón al Reino Unido entre los años 1702 y 1780, ordenada en función de las diferentes fuentes y expresada en millones de libras. Los promedios expresan los resultados en períodos de cinco años.

No obstante, antes del año 1770, los comerciantes europeos recurrían a un bien establecido conjunto de redes comerciales ancladas en muy diversos enclaves para abastecerse de tan valiosa fibra. Si exceptuamos las Indias Occidentales, su ascendiente no rebasaba de forma notable el perímetro de las propias ciudades portuarias en que operaban, dado que no tenían ni la capacidad precisa para tratar de influir en los sistemas de cultivo algodonero que se practicaban en el interior de los países a los que acudían ni la disposición de ánimo imprescindible para adelantar a los productores el capital que habría requerido el incremento de la producción de fibra. El algodón llegaba hasta ellos debido a que estaban decididos a pagar un alto precio por él, pero no tenían modo de orientar la explotación agraria del arbusto en sí. En la vinculación global que el algodón en rama había

terminado creando entre regiones muy distantes, los cultivadores y los comerciantes locales seguían siendo unos actores extremadamente poderosos, entre otras razones porque no se habían especializado en la producción de algodón para la exportación ni habían centrado sus esfuerzos en explotar los mercados europeos.²⁵

Al ir llegando a Europa pequeñas cantidades de algodón en rama para abastecer la industria algodonera europea, que pese a hallarse en fase de expansión seguía siendo todavía bastante endeble en términos globales, la demanda de tejidos de algodón se elevó tanto en el continente europeo como en África, solicitándose asimismo un mayor esfuerzo a las plantaciones de esclavos de las dos Américas. No obstante, la producción europea no alcanzaba a satisfacer este incremento del volumen de pedidos. Para dar respuesta a ese estado de cosas, los comerciantes ingleses, franceses, holandeses, daneses y portugueses, animados todos ellos por un similar y febril impulso, intentaron conseguir una mayor cantidad de tejidos de algodón en la India, buscando al mismo tiempo unas condiciones de compra cada vez más favorables. Si en 1614 los negociantes británicos habían exportado 12.500 piezas sin confeccionar de tela de algodón, entre 1699 y 1701 la cifra experimentó una subida espectacular, situándose en 877.789 unidades al año. En menos de un siglo, las exportaciones de tela británicas se habían multiplicado por setenta.²⁶

Para conseguir tan fabuloso volumen de tejidos en la India y poder pagarlo a un precio interesante, los representantes de las distintas Compañías de las Indias Orientales de Europa empezaron a implicarse de forma creciente en el proceso de producción que se llevaba a cabo en el interior de la propia India. Los agentes de las sociedades colegiadas de las Indias Orientales europeas llevaban décadas quejándose de que los tejedores indios se mostraban extremadamente hábiles, ya que sabían optimizar la venta de sus productos tanto a las compañías europeas que rivalizaban entre sí para hacerse con ellos como a los banias indios —que también competían mutuamente—, a los comerciantes de otras regiones del mundo e incluso a los tratantes particulares europeos que operaban al

margen de las Compañías de Indias, generando así una pugna que solo contribuía a incrementar los precios. La única manera de aumentar los beneficios consistía en que los países europeos consiguieran obligar a los tejedores a trabajar exclusivamente para sus respectivas Compañías nacionales de Indias. El establecimiento de monopolios mercantiles se convirtió en la herramienta que permitió disminuir los ingresos de los tejedores y aumentar el precio de venta de todo un conjunto de artículos concretos.²⁷

En su empeño por obtener la cantidad y la calidad de tejidos de algodón que necesitaban, y al precio deseado, los tratantes europeos iban a contar con ayuda, dado que sus prácticas de negocio empezaron a encontrar el respaldo del control político de una porción de territorios indios progresivamente más extensa. Dejaron de venir como simples comerciantes para presentarse con frecuencia creciente como dominadores. En la década de 1730, la factoría de Dacca, por ejemplo, alojaba a un contingente humano formado por personal militar armado cuya misión consistía en proteger los intereses de la compañía. Uno de los casos más espectaculares es el de la Compañía Británica de las Indias Orientales —un grupo integrado por comerciantes—, que no solo gobernaba Bengala en el año 1765 sino que en las décadas inmediatamente posteriores habría de ampliar el control que ejercía en otros territorios del Asia meridional. A finales del siglo XVIII, estos sueños territoriales comenzarían a ganar impulso gracias a la creciente inversión de los negociantes británicos en el tráfico comercial de algodón en rama entre la India y China, implicación que les llevaría a abrigar la esperanza de incorporar también los campos algodoneros del occidente de la India a los territorios sujetos al control de la Compañía Británica de las Indias Orientales. Esta manifestación del poder político privado de una compañía colegiada y protegida por el estado, así como el desempeño de ese poder en territorios muy distantes de la metrópoli, constituía una reorganización conceptual del poderío económico. Los estados habían decidido compartir con un grupo de empresarios particulares la soberanía que ejercían sobre pueblos y territorios.²⁸

Entre otras muchas cosas, esta nueva combinación del poder económico y político permitió que los comerciantes europeos empezaran a controlar mejor la manufactura de los productos textiles, cosa que consiguieron fundamentalmente con un incremento del dominio que ejercían sobre los tejedores.²⁹ De hecho, toda la costa de Coromandel iba a asistir, ya en el siglo XVII, a la paulatina sustitución de los influyentes comerciantes de la India que operaban como mediadores entre los tejedores de su país y los exportadores europeos por otro tipo de agentes mucho más sujetos al control de las compañías europeas. En Surat, que en 1756 había quedado en manos de la Compañía Británica de las Indias Orientales, al igual que Bengala, la Cámara de Comercio del gobernador general se manifestará en 1795 descontenta con

el sistema puesto en práctica hasta la fecha, consistente en contar con un apoderado que carece de todo vínculo personal e inmediato con los manufactureros o los tejedores y que sin embargo firma subcontratas con un gran número de comerciantes indígenas de tan escasas propiedades como probidad y que, pese a compartir la responsabilidad del negocio, no cuentan con las competencias necesarias para abonar una multa si hay un decomiso y los artículos terminan por no llegar de hecho a sus manos, enterándose entonces de que las dificultades que acaban de presentarse no podrán ser solventadas sino con la abolición del acuerdo o una muy sustancial alteración del mismo.³⁰

La eliminación de los intermediarios indios prometía a los comerciantes extranjeros disfrutar de un mejor control de la producción, capacitándoles para conseguir una mayor cantidad de artículos al detalle. Con ese objetivo, los dirigentes de la Compañía Británica de las Indias Orientales intentaron puentear a los *banias* independientes de la región — que habían sido históricamente los encargados de ponerles en contacto con los tejedores—, trasladando esa responsabilidad a un conjunto de «agentes» indios a los que incorporó a sus nóminas. La Cámara de Comercio de Londres dio al gobernador general de la India instrucciones extremadamente detalladas sobre el procedimiento a seguir para reorganizar el sistema de compra de las telas de algodón, con la esperanza de que, en lo sucesivo, «la Compañía recuperara ese genuino conocimiento del *modus operandi* más apropiado para este negocio», adquiriendo de ese modo un mayor volumen de tejidos a precios más económicos mediante la simple

puesta en práctica del «gran principio fundamental del sistema de la actuación delegada». Gracias a sus agentes indios, la Compañía empezó a realizar sus propuestas directamente a los tejedores —una práctica que los británicos no habían llevado a efecto en los años anteriores—. En esta actividad dispuso además de la gran ayuda que le suponía el hecho de contar con el control territorial y el apoyo de la autoridad política competente. Aunque los tejedores siempre habían dependido del crédito, la reciente incorporación de los europeos a esas redes crediticias, así como los esfuerzos de los comerciantes occidentales, empeñados en monopolizar el control económico de un conjunto muy concreto de regiones indias, determinaron que su destino fuese depender cada vez más de la Compañía Británica de las Indias Orientales. A mediados del siglo XVIII, las compañías europeas confiaban ya a esos delegados misiones que les llevaban a operar en el corazón mismo de los centros manufactureros de la campiña situada en las inmediaciones de Dacca, consiguiendo que fueran imponiendo progresivamente las condiciones y las características de la producción y logrando reducir de ese modo los precios. En la década de 1790, la Compañía Británica de las Indias Orientales llegó a animar incluso a los tejedores a mudarse a Bombay para que pudieran producir sus telas en esa ciudad —y todo con la vista puesta en supervisarles de la mejor manera posible, «sin padecer por ello las extorsiones de los servidores del rajá de Travancore».³¹

Para los tejedores, la intrusión del poder político británico en el subcontinente indio llevó aparejada una creciente pérdida de la capacidad de establecer los precios de las telas. Según el historiador Sinnappah Arasaratnam, estos trabajadores «dejaron de poder producir para el consumidor que más les interesase. Tuvieron que aceptar que una parte del pago se les entregara en forma de bobinas de hilo de algodón. Y los empleados de la Compañía Británica de las Indias Orientales, que residían en sus mismas aldeas, sometieron el proceso de manufactura a una estricta supervisión». Empezó a resultar frecuente que los tejedores se vieran obligados a aceptar avances económicos de un particular conjunto de comerciantes específicos. La meta última, que nunca llegó a materializarse

por completo, consistía en convertir a los tejedores en obreros asalariados —siguiendo así la pauta de cuanto iban consiguiendo llevar a efecto en la propia campiña inglesa los negociantes británicos de la época.³²

Con el fin de promover su objetivo, la Compañía Británica de las Indias Orientales comenzó a valerse de su poder de coerción para someter directamente a los tejedores. La empresa contrató a un gran número de indios con el fin de supervisar y poner en práctica toda una serie de normas y reglamentos nuevos, burocratizando *de facto* el mercado textil. La imposición de un amplio conjunto de normativas de nuevo cuño determinó que los tejedores quedaran legalmente atados a la Compañía, impidiéndoles de hecho vender sus telas en el libre mercado. Los agentes de la Compañía pasaron a inspeccionar ahora la confección de las telas en el telar mismo — y no escatimaban esfuerzos para asegurarse de que los tejidos se vendían a la Compañía, según lo acordado—. El establecimiento de un nuevo sistema fiscal empezó a penalizar a los tejedores que decidieran producir para otras empresas o particulares.³³

La Compañía también comenzó a recurrir cada vez más a la violencia, aplicando incluso castigos corporales. En una ocasión en que un agente de la Compañía se quejó de que un tejedor estaba trabajando ilegalmente para un comerciante privado, «el gumashta* de la sociedad colegiada apresó al infractor y a su hijo, azotó al desdichado hasta despellejarlo, le pintó el rostro con rayas negras y blancas, le ató las manos a la espalda y le hizo desfilar por todo el pueblo, escoltado por unos cipayos [soldados indios al servicio de los ingleses] que iban pregonando que “todo tejedor que sea sorprendido trabajando para los tratantes particulares recibirá un castigo similar”». Este tipo de medidas terminaron generando el resultado pretendido: el descenso de los ingresos de los tejedores indios. A finales del siglo XVII, la cantidad que percibía un tejedor por su trabajo podía llegar a representar incluso la tercera parte del precio de las telas. Cien años más tarde, según el historiador indio Om Prakash, la parte que se dejaba a los productores había caído cerca de un 6%. Al ir descendiendo los ingresos y el nivel de vida de estos trabajadores se observan algunos cambios significativos, como el de la canción de cuna que entonaban las tejedoras de la casta Saliya, cuya letra habla con sentida añoranza de una era mítica en la

que sus telares tenían una varilla de plata. En 1795, la propia Compañía constatará que se están registrando «entre los tejedores unos índices de mortandad sin precedentes».³⁴

Como es lógico, los tejedores trataron de resistirse a la coercitiva intrusión del capital europeo en el proceso de producción. Hubo algunos que optaron por tomar el portante y alejarse de los territorios sometidos al control de los europeos. Otros se arriesgaron a producir en secreto para otros competidores, pero la imperiosa necesidad de evitar que se les detectara los exponía a recibir presiones que acabaran abocándolos a bajar también los precios. Y de cuando en cuando surgían asimismo grupos de tejedores que se dirigían de forma colectiva a la Compañía Británica de las Indias Orientales para exponer sus quejas por la intromisión de esa sociedad mercantil en el libre mercado.³⁵

En algunas ocasiones, esa resistencia conseguiría reducir el poder de los capitalistas europeos. Por lo tanto, y a pesar de querer eliminar a los intermediarios indios, la Compañía Británica de las Indias Orientales terminaría comprendiendo que resultaba «imposible operar sin la cooperación de los contratistas delegados», ya que los agentes de la Compañía jamás lograrán disponer de unas redes sociales tan densas como las de los indígenas en las aldeas de los tejedores, de modo que tampoco alcanzarán a sustituirlos por completo. Los intereses de los comerciantes europeos independientes también actuarían a menudo en contra de la Compañía británica, dado que acostumbraban a ofrecer a los tejedores un precio más elevado por las telas que confeccionaban, dando así a estos trabajadores un incentivo para operar al margen de las políticas de la Compañía.³⁶

Pese a las limitaciones derivadas tanto de esta resistencia como de los intereses opuestos, la aplicación de medidas agresivas consiguió llenar los almacenes de los negociantes europeos con una creciente cantidad de telas de algodón. Se estima que el volumen de producto que los europeos exportaron en 1727 desde los puertos indios fue de unos 27 millones y medio de metros de tela de algodón, incrementándose dicha cifra hasta

situarse en torno a los 73 millones de metros al año en la década de 1790. Los comerciantes británicos en particular, y también sus colegas franceses, controlaban la adquisición y la exportación de enormes cantidades de tejidos de algodón destinados a ser enviados al extranjero: en 1776, solo en la comarca de Dacca había ochenta mil hilanderos y veinticinco mil tejedores, mientras que en 1795 debía de haber en la ciudad de Surat, de acuerdo con los cálculos de la Compañía Británica de las Indias Orientales, más de quince mil telares. Y había presiones para incrementar todavía más esa cifra. En un mensaje enviado en 1765 desde las oficinas londinenses de la Compañía Británica de las Indias Orientales a sus homólogos de Bombay se expone un conjunto de reflexiones sobre las posibilidades que ofrece la paz tras la guerra de los Siete Años —reflexiones en las que se viene a resumir de la más adecuada de las maneras el elemento central de la revolucionaria reconceptualización de la economía global que estaba teniendo lugar en esos años.³⁷

Desde que se firmara la paz, el comercio esclavista de la costa de África se ha incrementado notablemente, y por consiguiente la demanda de artículos apropiados para ese mercado es muy elevada. Además, como tenemos un gran deseo de contribuir, en la medida de nuestras posibilidades, al fomento de un comercio como este, del que tanto depende el bienestar de las plantaciones británicas de las Indias Orientales, y considerando por tanto estas mismas cuestiones desde el punto de vista nacional, esperamos y le instamos positivamente a que se ajuste usted todo lo posible, no solo a la provisión en general de los diversos artículos solicitados en la supradicha lista de inversiones [por ejemplo, telas], sino también a la procura de los marcados con la letra «A», que son los que han de ir destinados de forma más inmediata a ese comercio.³⁸

Como establece claramente esta nota, el algodón de la India, los esclavos de África y el azúcar del Caribe se desplazaban por todo el planeta siguiendo una compleja coreografía comercial. La enorme demanda de esclavos de las dos Américas generó un conjunto de presiones llamadas a conseguir más algodón de la India. No es de extrañar por tanto que Francis Baring, de la Compañía Británica de las Indias Orientales, llegara en 1793 a la conclusión de que «un pasmoso alud de riqueza fluye [de Bengala] y va a parar ... a los brazos de Gran Bretaña».³⁹

El creciente control que ejercían los comerciantes de Europa en el proceso de producción de la India pareció convertirse en una amenaza para la naciente industria algodonera que empezaba a echar raíces en el propio continente europeo —dado que no era particularmente importante ni dinámica—. ¿Cómo iban a competir los ingleses, los franceses, los holandeses y el resto de los productores europeos con las telas indias, que no solo eran de superior calidad sino mucho más baratas? Y, sin embargo, lo que se observa es que la industria europea logró expandirse a pesar de que la India no dejara de incrementar sus exportaciones de tejidos. Irónicamente, las importaciones de la India ayudaron a crecer a la industria textil del algodón, ya que no solo abrieron nuevos mercados para los tejidos de esta fibra, sino que permitieron que Europa continuara apropiándose de la larga serie de tecnologías relevantes que obtenía en Asia. Es más, a largo plazo, las importaciones de la India terminarían por influir en las prioridades políticas europeas. Como veremos, Gran Bretaña, Francia y otros países salieron de la jugada convertidos en un puñado de nuevos y poderosos estados, apoyados por un grupo de capitalistas perfectamente capaces de hacer oír su voz. Tanto para los estados como para los individuos, la sustitución de las importaciones de tejidos de algodón indios por telas manufacturadas en el propio ámbito geográfico de la metrópoli se convirtió en una prioridad de notable importancia, aunque desde luego jalonada de dificultades.

El proteccionismo iba a desempeñar un papel clave en todo este proceso, lo que vuelve a dar fe de la enorme importancia que tuvo el estado en esta «gran divergencia». A finales del siglo XVII, al expandirse tanto las importaciones de algodón como las manufacturas algodoneras radicadas en Europa, los fabricantes europeos de prendas de lana y lino comenzaron a presionar a sus respectivos gobiernos, solicitándoles que les protegieran de las advenedizas manufacturas de algodón en general y de las importaciones indias en particular. La industria textil era la actividad fabril más importante de Europa, de modo que el hecho de que las importaciones y las manufacturas de algodón dislocaran la buena marcha del sector no solo parecía poner en peligro la obtención de beneficios, sino que amenazaba la estabilidad social.⁴⁰

En el año 1621, transcurridas apenas dos décadas desde que se creara la Compañía Británica de las Indias Orientales, los comerciantes de lana londinenses ya habían protestado por la creciente importación de telas de algodón. Dos años más tarde, en 1623, el Parlamento abordaba en sus debates la cuestión de las importaciones textiles procedentes de la India, asegurando que resultaban «lesivas para los intereses nacionales». De hecho, en los siglos XVII y XVIII la agitación contraria a las importaciones de algodón se convirtió en un elemento permanente del paisaje político inglés. Un panfleto del año 1678 titulado «Decadencia y reparación de las antiguas actividades comerciales» advertía ya de que el comercio de la lana «encuentra muchos y muy notables obstáculos en la actitud de nuestros propios compatriotas, que optan por vestir un gran número de artículos extranjeros, en lugar de elegir los que nosotros mismos fabricamos». En 1708, la *Review of the State of the British Nation* de Daniel Defoe sacaba a la luz un cáustico editorial en el que se sometían a examen «las razones de la muy tangible decadencia de nuestras manufacturas», atribuyendo el declive al hecho de que la Compañía Británica de las Indias Orientales estuviera importando cantidades crecientes de «telas de quimón y de tejidos de calicó teñido». La consecuencia de ese estado de cosas terminaba concretándose, dice el texto, en que a la gente «le quitan el pan de la boca, pues el comercio de las Indias Orientales deja sin empleo a sus connacionales». Por regla general eran los industriales de la lana y el lino quienes promovían la agitación y las presiones para oponerse a las importaciones indias, pero en ocasiones los fabricantes de tejidos de algodón se unían a ellos: en 1779, los artesanos dedicados al estampado de telas de calicó, amedrentados por la perspectiva de que la Compañía Británica de las Indias Orientales acabara arruinando su negocio, enviaron una carta a la Hacienda pública británica para señalar que «de no imponerse a la Compañía de Indias una prohibición que le impida proseguir con sus manufacturas de estampados de las Indias Orientales, serán muchos más los profesionales que se vean en la imperiosa necesidad de abandonar también esta rama de la actividad textil».⁴¹

Esas presiones determinarían en último término la adopción de medidas proteccionistas. En 1685, Inglaterra gravó con una tasa del 10% «todos los tejidos de calicó, así como otras telas de lino indias, junto con todas las prendas de seda que se manufacturan en la India». En 1690, la tarifa se dobló. En 1701, el Parlamento británico declaraba ilegal la importación de algodones estampados, lo que determinó que se importaran tejidos de calicó lisos para su posterior procesado en Inglaterra —circunstancia que, obviamente, proporcionó un enorme impulso a los estampados de calicó británicos—. En 1721, la ley llegó incluso al extremo de prohibir que la gente vistiera telas de calicó estampado en caso de que el tejido blanco de base se hubiera originado en la India, medida que promovió la fabricación de tejidos de calicó en la propia Gran Bretaña. Al final, la venta de algodón de la India quedó íntegramente catalogada como actividad delictiva: en 1772, un londinense llamado Robert Gardiner alquiló un piso a un tal W. Blair, que se dedicaba a «traer artículos ilegales a su domicilio», fundamentalmente muselinas indias. Blair acabó dando con sus huesos en prisión. En 1774, el Parlamento decretó que los tejidos de algodón que se pusieran a la venta en Inglaterra debían estar hechos exclusivamente con fibras de algodón hiladas y tejidas en el país. Los únicos artículos que podían traerse de las Indias Orientales eran los destinados a la reexportación. Las prendas de algodón indias no sujetas a estas prohibiciones, como el quimón liso y las muselinas, debían satisfacer fuertes aranceles. En último término, todas estas medidas proteccionistas se revelaron incapaces de sacar del apuro a la industria británica de la lana y el lino, fomentando en cambio las manufacturas domésticas del algodón.⁴²

Al igual que Gran Bretaña, también Francia hizo todo lo posible por ilegalizar las importaciones de tejidos de algodón indio. En 1686, y en respuesta a las presiones de los industriales de la seda y la lana, el gobierno galo ilegalizó la manufactura, uso y venta de prendas de algodón. En el transcurso de los setenta años posteriores, se promulgaron nada menos que dos edictos reales y ochenta ordenanzas del consejo del rey para tratar de reprimir la llegada de tejidos de algodón. La severidad de los castigos no dejó de crecer, decretándose penas de prisión e incluso de muerte —a partir de 1726— para todos los infractores. En 1755, Francia también declaraba

ilegal la importación de tejidos estampados indios destinados al consumo interno, y en 1785, el rey confirmaba las prohibiciones a fin de proteger la «industria nacional». Veinte mil guardias trabajaban en la vigilancia y aplicación de todas estas normativas, y con tanto celo que enviaron nada menos que a cincuenta mil transgresores a galeras, condenados a realizar trabajos forzados. No obstante, quedaban explícitamente excluidos de la larga lista de tejidos indios prohibidos los encaminados a Guinea, esto es, las prendas utilizadas en la trata de esclavos. A fin de cuentas, el único modo de conseguir esclavos era proceder a un trueque y ofrecer a cambio algodones procedentes de la India.⁴³

Otros países europeos imitarían el ejemplo de Gran Bretaña y Francia: Venecia prohibió la importación de algodones indios en 1700, y Flandes hizo lo mismo. En la Prusia de 1721, el rey Federico Guillermo I promulgó un edicto por el que se ilegalizaba el simple hecho de vestir ropas hechas con telas estampadas o pintadas de quimón y algodón. España vetó la importación de tejidos indios en 1717. Y a finales del siglo XVIII, el imperio otomano que regía el sultán Abdul Hamid I impidió que sus súbditos vistiesen determinadas telas indias.⁴⁴

Lo que había comenzado como una medida política concebida para proteger a los tratantes nacionales de lana, lino y seda acabó convirtiéndose en un programa explícitamente dirigido a estimular la producción doméstica de tejidos de algodón. «La prohibición que las naciones industriales impusieron a los tejidos estampados con el fin de incentivar su propia producción nacional», argumenta el viajero francés François-Xavier Legoux de Flaix en 1807, hizo entrever a los manufactureros europeos —que todavía no podían competir con los tejedores indios— lo prometedor que podía resultar el mercado del algodón. Tanto el comercio doméstico como el destinado a la exportación revelaban ser potencialmente inmensos y extremadamente elásticos. Y si, por un lado, las medidas proteccionistas limitaban el acceso de los productores indios a los mercados textiles de Europa, por otro, los estados y los comerciantes europeos estaban dominando cada vez más las redes globales que les permitían captar mercados para los tejidos de algodón en otras partes del mundo. De hecho, estos mercados proporcionaban una salida tanto a los algodones que se

obtenían en la India como a los artículos de los productores nacionales. De este modo, los europeos se encontraron ante la posibilidad de incrementar las compras de tejidos en la India y de proteger al mismo tiempo sus propias y escasamente competitivas industrias domésticas —una milagrosa hazaña que solo resultaba posible debido a que el capitalismo de guerra había permitido a los europeos dominar las redes globales del algodón edificando simultáneamente un tipo de estado nuevo y crecientemente poderoso cuya constante situación de guerra exigía un aporte de recursos cada vez mayor y que, por consiguiente, aprovechaba y recibía con los brazos abiertos la actividad de la industria doméstica.⁴⁵

La expansión imperial y el progresivo dominio de los europeos en el ámbito del comercio global del algodón permitió además que la transferencia de conocimientos de Asia a Europa fuese cada vez mayor. Los industriales europeos empezaron a sentir la creciente necesidad de apropiarse de esas tecnologías a fin de poder competir, tanto en precios como en calidad, con los productores indios. La circunstancia de que la orientación fabril europea se inclinara hacia la confección de tejidos de algodón encontró de hecho fundamento en una situación que muy bien podría constituir uno de los más espectaculares ejemplos de espionaje industrial de la historia.

Una de las razones de que los tejidos indios gozaran de tanta popularidad entre los consumidores europeos y africanos radicaba en el hecho de que tuvieran un mejor diseño y brillantes colores. Para igualar las fabulosas cantidades de tela que producían sus competidores indios, los fabricantes europeos, apoyados por sus respectivos gobiernos nacionales, se dedicaron a reunir primero y a compartir después los conocimientos que iban adquiriendo en relación con las técnicas de producción indias. Los industriales franceses del sector algodonero, por ejemplo, dedicaron grandes esfuerzos a copiar las técnicas indias mediante el expediente de observar con todo detalle los sistemas de confección indios. En 1678, Georges Roques, que trabajaba para la Compañía Francesa de las Indias Orientales, redactó un texto que no tardó en convertirse en un informe de valor inestimable sobre las técnicas indias de estampado con bloques y planchas de madera. El documento se basaba en las observaciones que él

mismo había realizado en Ahmedabad. Cuarenta años más tarde, en 1718, el padre Turpin imitaba su ejemplo, y en 1731, Georges de Beaulieu, subteniente de un navío de la Compañía Francesa de las Indias Orientales, viajaba a Pondicherry para investigar los métodos que empleaban los artesanos indios para confeccionar las telas de quimón. Como resultado de estos y otros esfuerzos, en 1743, los manufactureros franceses quedaron en condiciones de copiar la totalidad de los tejidos indios, salvo los más refinados. Sin embargo, a pesar de esta rápida apropiación de las técnicas indias, lo cierto es que a finales del siglo XVIII, las telas procedentes del subcontinente indio seguían marcando la pauta de la verdadera calidad. En 1807, Legoux de Flaix admiraba las cualidades de los hilos y las telas de la India (que poseen, decía «un grado de perfección muy superior a todo cuanto nos resulta familiar en Europa»), exponiendo, siempre con la más detallada minuciosidad, los pormenores de las técnicas manufactureras indias, con la esperanza de permitir que los artesanos franceses las copiaran. Así aconseja, entre otras cosas, que «todos los peines de telar de Francia se hagan de acuerdo con el modelo que se emplea en Bengala ... De ese modo lograremos igualar a los indios en la confección de muselinas».⁴⁶

Otros fabricantes europeos habrían de seguir sus pasos. A finales del siglo XVIII, los viajeros daneses se aventuraron a navegar hasta la India con el fin de comprender la tecnología textil india y apropiársela. Además, en el transcurso de los siglos XVII y XVIII, los ingleses dedicados al estampado del algodón recopilaron, para después copiarlos, un gran número de diseños indios elaborados gracias a la elevada competencia profesional que tenían los artesanos de ese país en la estampación de telas de algodón. Algunas publicaciones —como la del «Account of the Manufactures carried on at Bangalore, and the Processes employed by the Natives in Dyeing Silk and Cotton», o la de similar foco de atención: «The Genuine Oriental Process for giving to Cotton Yarn, or Stuffs, the fast or ingrained Colour, known by the Name of Turkey or Adrianople-Red»— constituyen un buen ejemplo del persistente interés de los europeos en la transferencia de tecnología. Como ya había ocurrido en los siglos anteriores con el torno de hilar y el telar de pedales horizontal, también ahora —entre los siglos XVI y XVIII— iba a continuar siendo el continente asiático la más importante fuente de

productos de algodón y, sobre todo, el más relevante suministrador de tecnología para la estampación textil. Al acelerarse el proceso de dominación europeo de las redes globales del algodón se incrementa asimismo el ritmo al que Europa va asimilando la tecnología india.⁴⁷

La sustitución del algodón indio por tejidos de producción nacional — y con la voluntad de abastecer tanto a los mercados exportadores como al consumo local— se convirtió en un objetivo al que podía aspirarse. En 1780, los industriales algodoneros de Glasgow presionaron al gobierno, solicitándole que les ayudara a acceder a los mercados de exportación, dado que «hay», dicen, «un excedente de artículos que el consumo interno no logra agotar, lo que significa que surge la indispensable necesidad de aumentar notablemente la extensión de las ventas en el extranjero a fin de mantener en funcionamiento la maquinaria fabril (que de otro modo se perdería) y de conservar asimismo con vida la industria del pueblo, que ha sido formado para este negocio».⁴⁸ Además, la expansión imperial había familiarizado a los comerciantes europeos, y especialmente a los británicos, con los mercados internacionales de algodón. En 1770 se había comprendido ya con toda claridad que el mercado de los tejidos de algodón era enorme, no solo en Europa, sino todavía más en África, las dos Américas y desde luego Asia —con lo que las oportunidades de obtener beneficios que se ofrecían a todo aquel que fabricara productos para esos mercados de manera competitiva eran prácticamente ilimitadas—. El conocimiento de la elasticidad y la rentabilidad de dichos mercados procedía directamente de la experiencia que habían ido adquiriendo los negociantes en el conjunto de las redes mundiales que comerciaban a larga distancia con el algodón.⁴⁹

De hecho, para los industriales textiles del sector algodoner europeo los mercados de exportación terminaron convirtiéndose en un elemento central —y debemos recordar que esos mercados habían sido conquistados, en un primer momento, gracias a la exportación de telas de la India—. «Es de la máxima importancia para nuestra inversión», escribe el Departamento comercial de Londres a sus delegados de Bombay, «que se nos permita poner periódicamente a la venta una cantidad considerable de artículos de Surat, sobre todo en el caso de los destinados a abastecer el comercio con

África». Los habitantes del África occidental pasaron a ser los principales clientes de las telas de algodón que los franceses les enviaban desde Pondicherry —y por la nada desdeñable razón de que era ilegal importar tejidos de algodón a Francia—. Como ya observara Legoux de Flaix a finales del siglo XVIII, «lo que dio origen a esta rama del comercio con el Indostán fue el establecimiento de las colonias [de las Indias Orientales] ... Pero si los dominios de las Antillas dejan de comprar esclavos, puede decirse sin la menor duda que las ventas de este artículo decaerán cada vez más». ⁵⁰

Los manufactureros y los comerciantes ingleses desarrollaron desde el principio una notable dependencia de la exportación de telas a África, tanto en el caso de las confeccionadas en Gran Bretaña como en el de las elaboradas en la India. Esta supeditación de los mercados de ultramar comenzó a acentuarse de forma muy marcada después del año 1750. Como ha mostrado el historiador Joseph E. Inikori, en 1760 Gran Bretaña dedicaba aproximadamente la tercera parte de su producción de tejidos de algodón a la exportación. A finales del siglo XVIII, la cuota de producto que se enviaba al extranjero había crecido hasta representar cerca de las dos terceras partes del total. Los mercados más importantes se encontraban en África y las Américas. A mediados de este siglo, el 94% de las exportaciones británicas de algodón iba a parar a esos continentes. La sola magnitud de este mercado indicaba a las claras que todo aquel que lograra competir en él podía amasar una fortuna. Adam Smith lo comprendió a la perfección al escribir en 1776 que «la apertura de un mercado tan extenso y reciente a todas las mercaderías de Europa dio motivo a nuevas divisiones del trabajo y a unos adelantamientos en las artes que nunca hubieran podido tener lugar por falta de mercado en el que despachar una porción tan grande de sus productos en el estrecho círculo del antiguo comercio». ⁵¹

El mucho aprecio de que disfrutaban los tejidos de algodón europeos entre los consumidores africanos encontraba fundamento tanto en la propia industria algodonera africana como en el hecho de que el continente negro conociera desde tiempos muy antiguos las telas indias. Al principio, los mercaderes de esclavos europeos se esforzaron en proporcionar a sus clientes africanos un tipo de tela que se correspondiera exactamente con la

demanda que ya existía previamente en dicho continente —centrada especialmente en torno a las tinciones de azul índigo y en los algodones de color blanco—. Alrededor del año 1730, la Compañía Británica de las Indias Orientales observó que la coyuntural escasez de algodones indios había «empujado a la gente a confeccionar artículos de imitación aquí [en Inglaterra]» —dándose incluso la circunstancia de que los comerciantes europeos llegaron a enmascarar el nombre de las telas que exportaban con su correspondiente denominación india, puesto que, por regla general, los africanos preferían los tejidos hechos en el subcontinente—. En un memorando dirigido a la Cámara de Comercio, Elias Barnes se manifiesta esperanzado ante la idea de que los tejedores británicos puedan terminar copiando aventajadamente los algodones indios. En su opinión, el mercado potencial de este tipo de tejidos era inmenso: «Además de lo que se consume en nuestros dominios, el mundo entero se convertirá en cliente nuestro». En el año 1791, el Departamento comercial de la Compañía Británica de las Indias Orientales todavía seguía instando a Bombay a enviar regularmente en barco tejidos de algodón a Inglaterra «para abastecer fundamentalmente el comercio con África».⁵²

La expansión imperial, la esclavitud y las expropiaciones de tierras —es decir, el capitalismo de guerra— sentaron los cimientos de la industria algodonera radicada en suelo europeo, aún pequeña y tecnológicamente atrasada. Este concatenado conjunto de acontecimientos determinó el surgimiento de mercados dinámicos y permitió acceder tanto a la tecnología como a las materias primas esenciales. También se convirtió en un significativo elemento impulsor de la formación de capital. Algunas ciudades mercantiles, como Liverpool, que obtenían básicamente su riqueza de la esclavitud, se transformaron en importantes fuentes de capital para la naciente industria algodonera, de modo que los tratantes de algodón de esa población empezaron a conceder un creciente volumen de créditos a los fabricantes al objeto de que pudieran procesar el algodón. A su vez, los comerciantes londinenses, que vendían el hilo y las telas elaborados por los productores británicos, adelantaban sumas a crédito a los industriales de Lancashire. De hecho, lo que les proporcionaban era el muy importante y significativo capital circulante, ya que los beneficios obtenidos con el

comercio se invertían directamente en la manufactura, generándose así «un flujo de capital interno para el negocio». Es más, conforme fueran enriqueciéndose con el comercio de larga distancia, esos tratantes empezarían a encontrarse en posición de exigir protección política a un gobierno que cada vez dependía más de los ingresos que extraía de ellos.⁵³

Y por último, aunque no por ello menos importante, el capitalismo de guerra vino a alimentar también, por un lado, a los distintos sectores secundarios de la economía (todos los cuales estaban aflorando en esos años), como los de los seguros, las finanzas y el comercio marítimo — llamados a adquirir además una relevancia extraordinaria en el surgimiento de la industria algodonera británica—, y a impulsar, por otro, a determinadas instituciones gubernamentales, como el crédito público, el dinero mismo y la defensa nacional. Estas instituciones se originaron en un mundo regido por el capitalismo de guerra y evolucionaron en paralelo a «las técnicas industriales avanzadas y las prácticas comerciales», que fueron dejando de gravitar en torno a las empresas de exportación para pasar a centrarse en la economía doméstica de las diferentes naciones.⁵⁴

Con la bien dispuesta colaboración del estado británico, que actuaba poco menos que en calidad de socio, los comerciantes europeos —y sobre todo los británicos— habían logrado incorporarse de un modo singular a las redes globales de la producción algodonera, insertándose como una cuña entre los cultivadores y los hilanderos, entre estos y los tejedores, y finalmente entre los productores y los consumidores. De hecho, mucho antes de que se introdujeran las nuevas tecnologías de producción de algodón, estos tratantes habían conseguido reorganizar ya la industria algodonera global y las redes internacionales de su comercio. Dichas redes se hallaban dominadas por el establecimiento de un consorcio entre el capital privado y un puñado de estados de poder creciente. Juntas en esta empresa, ambas esferas se empeñarían en hacer progresar el comercio con escolta armada, el espionaje industrial, las prohibiciones, la imposición de leyes comerciales restrictivas, la dominación territorial, el sojuzgamiento de la mano de obra, el desplazamiento forzoso de las poblaciones indígenas y

la creación —auspiciada por el estado— de todo un conjunto de regiones geográficas posteriormente dejadas bajo el largo brazo opresor de los capitalistas —y el resultado fue el surgimiento de un orden económico nuevo.⁵⁵

Gracias a este marcado sobreesfuerzo de comerciantes, industriales y funcionarios del estado, la Europa del siglo XVIII consiguió ocupar un espacio fundamentalmente nuevo en las redes globales del algodón. En su mayor parte, la producción mundial del algodón seguía localizada en Asia, aunque también continuaban existiendo dinámicas industrias algodonerías en África y las dos Américas. Con todo, los europeos dominaban ahora de forma clara y contundente el comercio transoceánico de la fibra. En el Nuevo Mundo, los europeos habían levantado un régimen destinado a la producción de materias primas agrícolas y basado en el trabajo esclavo, generándose así un sistema de producción que en último término acabaría convirtiendo en productores de algodón a un creciente número de europeos, pese a que en el suelo de su continente se cultivara muy poco algodón. Al mismo tiempo, los estados europeos fuertes habían creado barreras para oponerse a la importación de tejidos extranjeros, igual que habían organizado un sistema para apropiarse de la tecnología foránea. Al articular toda una serie de procesos económicos en Asia, África y las dos Américas, además de en su propio continente, los europeos adquirieron la paradójica capacidad de regir el comercio mundial de tejidos indios y de dejar simultánea y crecientemente al margen de Europa las telas procedentes de Asia al optar por comerciar con dichos productos en África y otras regiones del planeta, pero siempre lejos de las costas europeas. Había surgido una industria textil de carácter global, aunque ahora con la particularidad de que, por primera vez, los europeos habían logrado controlar la vasta esfera de la demanda global de artículos de algodón.

Lo que diferenciaba a los hombres de estado y a los capitalistas europeos de sus homólogos de cualquier otro lugar del mundo era su capacidad para dominar esas redes internacionales. Si en África, Asia y las dos Américas el comercio se había caracterizado por la existencia de redes impulsadas por un intercambio de mercancías ventajoso para todas las partes que intervenían en él, lo que hicieron los europeos fue levantar en

cambio una serie de sistemas de producción transcontinentales que explotaban las relaciones sociales existentes, tanto en su propio continente como en otras regiones del planeta. El significado de esta primera fase de la historia de la interacción global no radica en el surgimiento del comercio mundial en sí (cuya importancia para el conjunto de las economías seguiría siendo cuantitativamente limitada), sino en la reorganización del modo de producción de los bienes por un lado (tanto en términos temporales como espaciales), y en las ramificaciones sociales y políticas de esa producción por otro.⁵⁶ Ni la India ni China, ni tampoco, dicho sea de paso, los imperios azteca e inca, lograron ejercer, ni siquiera remotamente, un dominio global de semejantes características, y desde luego estuvieron todavía más lejos de reinventar la forma de producción de los artículos en los cuatro puntos cardinales. Y, sin embargo, ya desde el siglo XVI, los capitalistas europeos que operaban con escoltas armadas, así como los estados de Europa que disponían de abundante capital, consiguieron reconfigurar la manufactura algodonera mundial. Este temprano aprovechamiento del capitalismo de guerra por parte de los estados iba a ser el requisito previo e indispensable para la Revolución Industrial —que terminaría proporcionando más tarde un formidable impulso al proceso de integración económico global y que todavía hoy continúa modelando y remodelando el mundo.

Lo que se produjo fue una rápida transición que hizo que el planeta pasara de lo que podríamos llamar el antiguo régimen del algodón —discontinuo, multifocal y horizontal— a un imperio algodonero integrado, centralizado y jerárquico. A mediados del siglo XVIII, los observadores de la época todavía habrían juzgado poco probable que los comerciantes de Europa, y muy especialmente los de Gran Bretaña, se hallaran a pocos años de convertirse en los más importantes industriales algodoneros del mundo. De hecho, en 1860, James A. Mann, afiliado a la Sociedad Estadística de Londres y miembro de la Real Sociedad Asiática, aún encuentra motivos para evocar en estos términos el pasado:

En tiempos todavía muy recientes, la situación en que nosotros mismos nos hallábamos hubiera salido bastante mal parada de cualquier comparación con la que tenían quienes habitaban por entonces el Nuevo Mundo o la India. Pese a todas las ventajas del clima, nuestra condición moral se hallaba absolutamente por debajo de la de estos últimos, y el estado del arte de la manufactura textil en América —en la fecha de su descubrimiento—, o en la India,

sobrepasaba incluso la que tenían en esos tiempos nuestras tejedurías laneras. Aun en nuestros días somos incapaces de superar, pese a todos nuestros aparatos, el refinamiento de las muselinas de Oriente, o la consistencia y elegancia de las hamacas* que tenían costumbre de confeccionar los habitantes del Brasil o el Caribe. Cuando nuestros antepasados se hallaban aún sumidos en la oscuridad primitiva, Oriente y Occidente vivían, en comparación, con muy superiores luces.

La India ... es la fuente de la que recibimos por vía indirecta las ideas comerciales que hoy manejamos. Fueron las manufacturas de ese país, junto con las de China, las que proporcionaron inspiración al genio de nuestros predecesores, que deseaban lujos acordes con las nociones comunes de la época. Los siglos en que las manufacturas textiles se desarrollaron en la India constituyen, comparativamente hablando, el alborar de nuestro tiempo. El curso del sol avanzaba entonces hacia el comercio mundial, dejando atrás una era distinta y periclitada. Las manufacturas indias fueron el primer destello de esa luz que, al intensificarse en su progreso hacia el presente, fue ganando la calidez necesaria para despejar las primeras neblinas de la mañana y desarrollar el embrión del estado. Y vigorizada por la energía de los europeos, esa claridad ha dado paso a una nueva era, presidida por un esplendor comercial que jamás se había conocido.⁵⁷

Se había logrado que el sol se alzara sobre una pequeña parte de Europa, ya que sus habitantes, dando muestras de sus dotes emprendedoras, habían estado absorbiendo poco a poco los discontinuos, multifocales y horizontales mundos del algodón, atrayéndolos a su órbita e inventando al mismo tiempo herramientas y métodos que les permitieron movilizar tierras, obreros y mercados y ponerlos al servicio de un novedoso imperio surgido de una imaginación audaz. Al generar esa inmensa esfera de actuación para un capitalismo de guerra que operaba siguiendo unas reglas muy distintas a las que se aplicaban en la propia Europa, estos emprendedores no solo sentaron las bases para el surgimiento de la «gran divergencia» y la Revolución Industrial, sino que crearon también las condiciones precisas para el ulterior fortalecimiento de sus respectivas metrópolis —circunstancia que acabaría convirtiéndose a su vez en uno de los elementos cruciales para el surgimiento del imperio del algodón—. En torno al año 1780, Europa en general —y Gran Bretaña en particular— se había transformado ya en uno de los principales nodos de la red algodonera mundial.

LOS RÉDITOS DEL CAPITALISMO DE GUERRA



Máquina de hilar, Lancashire, 1835.

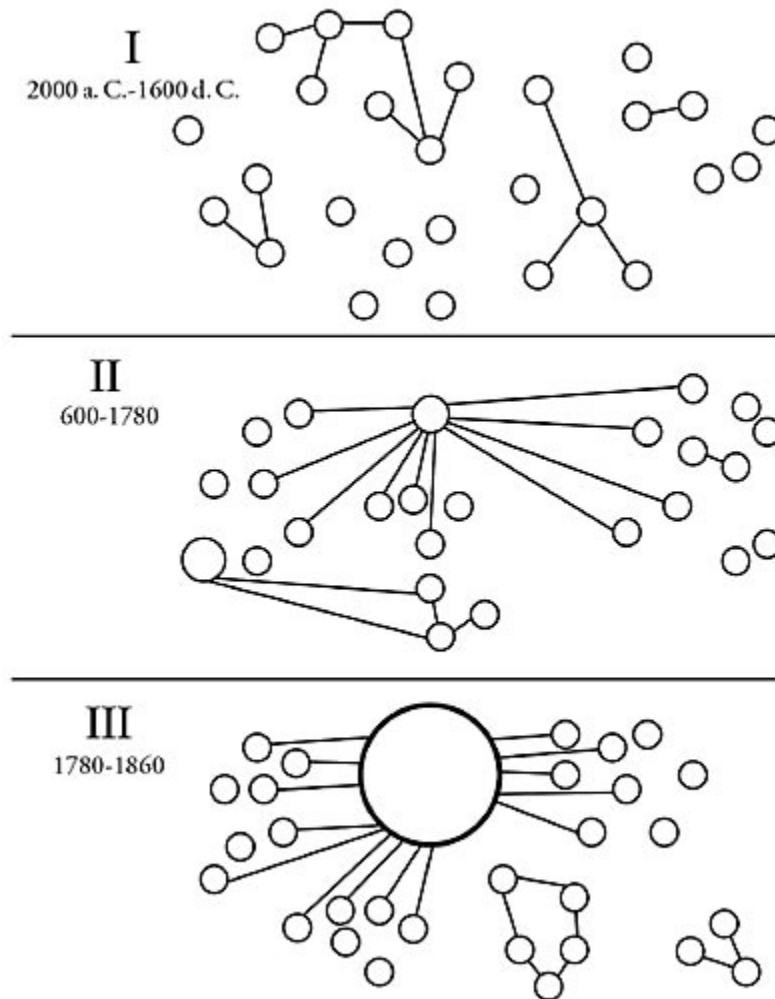
La revolución se inició en los lugares más insospechados, como por ejemplo en un tranquilo valle de las suaves colinas que rodean Manchester. Situada en la actualidad a corta distancia en autobús del bullicioso aeropuerto internacional de la ciudad, la hilandería de Quarry Bank atrae a una multitud de turistas, tanto por sus bien cuidados jardines como por su historia industrial. Los visitantes tienen ocasión de pasear junto a las orillas del río Bollin, cuyas aguas llevan miles de años esculpiendo un valle de unos 30 metros de profundidad en la campiña circundante.

Hace un par de siglos, la presencia de ese río sugirió a un comerciante británico la idea de poner en marcha uno de los más importantes experimentos de la historia de la humanidad. En 1784, en la ribera de esta corriente, Samuel Greg decidió reunir en una pequeña fábrica un puñado de

aparatos de última generación —las máquinas de hilar (por entonces recientemente patentadas con el nombre de «*water frames*», o bastidores hidráulicos, debido a que utilizaban la fuerza del agua para funcionar)—, un grupo de niños huérfanos, una cuadrilla de trabajadores a destajo de las aldeas vecinas y una remesa de algodón caribeño. Renunciando a utilizar la fuente de energía que los hilanderos llevaban cientos de años empleando —la de los brazos de sus operarios—, Greg puso a andar sus máquinas de hilar valiéndose de la gravedad y de una masa de agua. Pese a ser de un tamaño modesto, la fábrica de Greg era distinta a todo cuanto hubiera visto el mundo hasta entonces. En torno al año 1784, tanto en esta zona como en otras igualmente ribereñas de las inmediaciones, empezaría a fabricarse hilo de algodón, por primera vez en la historia, mediante un conjunto de máquinas impulsadas gracias a una energía inanimada. Tras décadas de intentonas y apaños, tanto Greg como las personas de la época que se dedicaban al mismo negocio, lograron incrementar súbitamente la productividad de una de las más antiguas industrias de la humanidad, iniciándose de este modo la coreografía de un vasto movimiento de maquinarias y personas desprovisto de todo precedente.

En esencia, la empresa de Samuel Greg era un acontecimiento local. Este emprendedor visionario, que había nacido en 1758 en Belfast pero se había criado en Manchester, se trasladó a la vecina Styal poco después de comprender la riqueza potencial que se ocultaba en su adormecido arroyo. Sus trabajadores procedían de los valles, las colinas y los orfanatos de Cheshire y el vecino Lancashire. Hasta las máquinas que utilizaba habían sido inventadas recientemente en las pequeñas poblaciones y ciudades de la región. Como habría de suceder más tarde con el papel del llamado «Silicon Valley» como centro germinal de la revolución informática vivida a finales del siglo xx, las idílicas y ondulantes colinas que circundan Manchester acabarían convirtiéndose a finales del xviii en el semillero de la industria más vanguardista de la época: la dedicada a las tejedurías de algodón. En la campiña que rodea Manchester, formando un arco de unos 55 kilómetros, los campos se llenaron de factorías, los pueblecitos rurales se transformaron en ciudades, y decenas de miles de personas abandonaron las granjas para ponerse a trabajar en las fábricas textiles.

No obstante, ese impulso, que a primera vista parecía un acontecimiento de carácter regional, o incluso meramente provincial, habría resultado imposible sin las ideas, los materiales y los mercados que habían logrado surgir gracias a la reestructuración que se había producido en el universo algodonero a lo largo de los tres siglos anteriores. La fábrica de Greg se hallaba inmersa en un conjunto de redes textiles de ámbito mundial —y de hecho estaba llamada a desencadenar en último término un conjunto de cambios planetarios muy superiores a lo que su mismo iniciador alcanzaría a comprender—. Los familiares de Greg, que se dedicaban al comercio en Liverpool, eran los encargados de conseguir las materias primas esenciales para su producción, y estos las compraban acudiendo directamente, a su vez, a los muelles en que atracaban los barcos llegados de Jamaica y Brasil. La idea misma de la producción de tejidos de algodón, así como las tecnologías necesarias para proporcionarles el mejor acabado posible, procedían de Asia —y muy particularmente de la India, como sabemos—, así que los factores que habían animado a Greg a lanzarse a producirlos eran en buena medida el deseo y la esperanza de sustituir los artículos que fabricaban los hilanderos y tejedores indios por los suyos —y esto tanto en los mercados nacionales como en los internacionales—. Y, por último, aunque no por ello menos importante, gran parte de lo que producía la fábrica de Greg abandonaba el Reino Unido para dirigirse a otras regiones del mundo —a intensificar el tráfico negrero que se efectuaba en las costas del África occidental, a vestir a los esclavos que poseía el propio Greg en la isla de Dominica, y a abastecer de género a los consumidores de la Europa continental—. Y si Samuel Greg se encontró en situación de aprovechar los recursos que le ofrecían todas esas redes fue debido en gran parte a que los comerciantes británicos llevaban largo tiempo ejerciendo su predominio en ellas.



Cambios experimentados en la disposición espacial de las redes de cultivadores, manufactureros y consumidores de algodón en el mundo, años 2000 a.C. a 1860 d.C. Fase I: multipolar y desconectada. Fase II: después del año 1600, las redes empiezan a centrarse cada vez más en Europa, pero la producción continúa siendo dispersa. Fase III: tras la Revolución Industrial, las redes de producción pasan a ubicarse fundamentalmente en Europa, mientras que la antigua industria multicéntrica adquiere carácter unipolar.

Sin embargo, la contribución material que de hecho habrían de realizar Greg y sus colegas en los días de máximo apogeo de la Revolución Industrial —es decir, entre los años 1780 y 1815— seguiría sin poder competir, en términos de volumen y calidad, con la producción de los hilanderos y tejedores asiáticos, latinoamericanos y africanos. Con todo, las factorías que acababan de crear representaban el futuro. Al calor de la incansable innovación y manejadas por un ejército de trabajadores

asalariados, esas máquinas impulsadas gracias a la energía hidráulica (y que muy pronto iban a servirse del vapor), que debían su existencia al surgimiento de una significativa acumulación de capital y a los estímulos de un nuevo tipo de estado perfectamente bien dispuesto a promoverlas, parecían dotadas de virtudes casi mágicas —hasta el punto de constituirse en la clave de bóveda del imperio del algodón—. Partiendo de esa chispa local, Inglaterra terminaría dominando la nueva y poliédrica economía mundial y haciendo suya una de las industrias más importantes de la historia de la humanidad. De este destello inicial iba a surgir el capitalismo industrial, cuya forma de producción terminaría extendiendo las alas sobre la entera superficie del globo. Una chispa original que estaba llamada a alumbrar el mundo que conocemos la mayoría de nosotros.



«Esta tierra de largas chimeneas»:
la Revolución Industrial en el Reino Unido, 1780-1815.

Samuel Greg es uno de los personajes importantes de este relato. Tanto él como sus contemporáneos iban a dar forma al futuro. Sin embargo, como ocurre con la mayor parte de los revolucionarios que consiguen transformar exitosamente el mundo, todos ellos basaron su acción en el pasado, en las redes que habían establecido en los dos siglos anteriores los comerciantes británicos, los dueños de las plantaciones y el estado. En otras palabras, si alcanzaron a embridar la fuerza del agua como propulsor de su industria fue únicamente debido a que, previamente, el capitalismo de guerra había enyugado otras energías. La esclavitud, la dominación colonial, el comercio militarizado y las expropiaciones de tierras habían preparado el fértil suelo del que iba a brotar un nuevo tipo de capitalismo. El genio de Greg radicaba en el hecho de haber comprendido que los empresarios ingleses dispuestos a asumir riesgos como él podían prosperar sobre la base de este legado material e institucional y generar una riqueza y un poder sin precedentes zambulléndose de cabeza en el mundo de las manufacturas —un negocio al que hasta ese momento se había considerado como indigno de un caballero.

Las raíces más profundas del éxito de Greg se afianzan en el capitalismo de guerra, en los elementos que lo caracterizan, como la violenta apropiación de territorios y el uso de trabajo esclavo, así como en su dependencia del estado imperial como trampolín desde el que conquistar nuevas tecnologías y mercados. Greg había conseguido parte de la fortuna familiar gracias a la finca Hillsborough, una rentable plantación de azúcar situada en la isla caribeña de Dominica, en la que nuestro protagonista habría de hacer trabajar a cientos de esclavos africanos hasta el edicto de 1834, por el que se promulgó la definitiva abolición de la esclavitud en los territorios británicos. Robert y Nathaniel Hyde, los dos tíos de Greg que le habían acogido y criado desde la edad de nueve años y que también le habían proporcionado gran parte del capital necesario para levantar la factoría de Quarry Bank, también eran comerciantes y empresarios del sector textil, y poseían asimismo plantaciones en las Indias Occidentales.

Hannah Lightbody, la mujer de Greg, provenía de una familia igualmente implicada en la trata de esclavos, y los parientes más cercanos de su cuñada habían saltado del tráfico negrero a la exportación de telas a África.¹

La mayor parte de los colegas de Greg que también se dedicaban a la manufactura del algodón procedían de un entorno considerablemente menos próspero y carecían de plantaciones en el Caribe. Solo habían podido acumular una modesta cantidad de capital, pero poseían un enorme caudal de inventiva y de aptitudes técnicas —además de un gran apetito de beneficios (y los que prometían las manufacturas algodoneras eran inmensos)—. Sin embargo, también ellos conseguían la materia prima que les resultaba esencial —el algodón— por medio del trabajo esclavo. Hasta ellos tenían que abastecerse en un conjunto de mercados originalmente abiertos por el comercio de tejidos de algodón indios —los mismos que habían sido deliberadamente apartados de muchos de los mercados europeos a fin de proteger a los productores del continente, incapaces de competir con los asiáticos—. Y también ellos se valían de las tecnologías indias que sus predecesores habían logrado apropiarse gracias a la expansión imperial de los británicos por el subcontinente. Además, muchos de esos colegas de Greg utilizaban el capital que se había logrado acumular mediante el comercio atlántico, atendiendo las necesidades de los mercados ribereños de ese océano —especialmente en África y en las dos Américas, cuyas economías operaban casi exclusivamente con el impulso que les proporcionaba el trabajo esclavo—. Además, el capitalismo de guerra les había procurado un gran número de ocasiones para aprender el oficio: cómo organizar el comercio con regiones lejanas, por ejemplo, cómo gestionar una industria en suelo nacional, o cómo manipular y comprender los mecanismos necesarios para mover el capital de un océano a otro —lecciones todas ellas llamadas a nutrir el desarrollo de los instrumentos financieros de su nación de origen—. Incluso la forma actual de llevar la contabilidad de los costes laborales nació en el universo de las plantaciones de esclavos, no migrando sino en épocas posteriores a la industria moderna. Además, tanto los incentivos que animaban a los empresarios británicos como el ingenio que habían demostrado al reinventar de arriba abajo la

producción de tejidos de algodón habrían de gozar de la protección de un poderoso estado imperial, un estado surgido a su vez al calor del capitalismo de guerra.²

No obstante, el elemento más decisivo es el hecho de que, en la segunda mitad del siglo XVIII, ese legado permitiera que los comerciantes británicos asumieran un papel preponderante en muchos de los nodos vitales de la industria algodonera global —pese a que los trabajadores británicos no elaboraran más que un minúsculo porcentaje de la producción global y de que los labradores británicos no cultivaran un solo metro cuadrado de algodón—. Como veremos, el dominio que ejercía Inglaterra en estas redes globales terminaría revelándose esencial para reorganizar la producción y convertirse en la insospechada fuente de una Revolución Industrial alimentada por el algodón. Pese a que también fuera indudablemente revolucionario, el capitalismo industrial nació del capitalismo de guerra —la gran innovación de los siglos anteriores.³



El capitalismo de guerra llega a la metrópolis: Hannah Lightbody, esposa de Samuel Greg e hija de una familia de comerciantes de Liverpool.

Samuel Greg y los innovadores como él sabían que tanto las dimensiones como el poderío del imperio británico —cuyo alcance era global en ambos casos— les proporcionaban una ventaja tremenda sobre los colegas que se dedicaban al comercio y la artesanía en Frankfurt, Calcuta o Río de Janeiro. Habiendo empezado como tratante en el negocio de sus tíos, Greg ya había tenido ocasión de organizar una amplia red de hilanderos y tejedores de algodón para producir a destajo en la campiña de Lancashire y Cheshire antes de invertir su capital en aquella nueva maquinaria hidráulica. Además de los beneficios que obtenía y de la mano de obra que ponía a trabajar por medio de esta red de producción al máximo de sus capacidades fabriles,* Greg tenía acceso al abundante capital de la familia de su esposa. Por otra parte, en 1780 el clan Rathbone, que no tardaría en convertirse en uno de los actores más importantes del comercio decimonónico del algodón, se mostró dispuesto a suministrar algodón en rama a Greg. Nuestro emprendedor de Belfast sabía por experiencia propia que el mercado de las telas de algodón estaba expandiéndose con gran rapidez —y no solo en la Europa continental, sino también a lo largo de la costa de África y en las Américas.⁴

Además, si las ventajas eran inmensas, los riesgos que implicaba zambullirse en estas primeras iniciativas del ramo textil eran por el contrario bastante reducidos. En la década de 1780, Greg invirtió inicialmente una cantidad de capital relativamente pequeña en su hilandería de Quarry Bank: tres mil libras esterlinas —una cifra aproximadamente equivalente a medio millón de dólares actuales—. A continuación enroló a noventa niños de edades comprendidas entre los diez y los doce —reclutándolos en los hospicios de las inmediaciones—, y los vinculó a su factoría, sin escapatoria posible, por espacio de siete años (en calidad de «aprendices parroquiales»). En 1800, Greg completó esta plantilla infantil con 110 obreros adultos que sí recibían un jornal. Greg vendía fundamentalmente en Europa y las Indias Occidentales las telas que producía, aunque al terminar la década de 1790 comenzó a facturar cada vez más a Rusia y a Estados Unidos. Gracias a estos mercados en plena expansión, la nueva factoría obtuvo desde el principio, al igual que otras

muchas, unos beneficios espectaculares, permitiendo a su dueño recuperar anualmente un 18 % de la inversión original, lo que suponía una rentabilidad que cuadruplicaba la de los bonos del Tesoro británico.⁵

Tanto los observadores de la época como los historiadores modernos han encontrado un gran número de razones para explicar por qué la empresa de Greg —y con ella la mucho más vasta Revolución Industrial— «hizo su irrupción» en este específico punto geográfico —el norte de Inglaterra— y en este período histórico concreto —la década de 1780—. De entre los muchos factores que se han señalado, baste citar aquí los siguientes: el genio de los inventores ingleses; las dimensiones del mercado británico y su integración inusitadamente acentuada; la orografía de Gran Bretaña, que permite un fácil acceso a cualquier forma de transporte acuático; la importancia de los discrepantes religiosos, que indicaban la posibilidad de pensar contraviniendo la lógica convencional, y la creación de un estado favorable a las iniciativas de los emprendedores.⁶ Pese a que no pueda decirse que estos argumentos carezcan en ningún caso de importancia, lo cierto es que pasan por alto una parte central de la evolución de la Revolución Industrial: la relacionada con su dependencia del sistema del capitalismo de guerra en plena fase de expansión por el conjunto del globo.

A consecuencia de todos estos factores entra en escena, por primera vez en la historia, un nuevo personaje: el manufacturero —es decir, un individuo que no emplea el capital para esclavizar a la mano de obra ni para conquistar más territorios (aunque eso continúe siendo una parte esencial del negocio) sino para organizar a los obreros y formar con ellos grandes conjuntos orquestados de producción maquinizada—. Los esfuerzos que realizaban los manufactureros para reorganizar la producción se apoyaban en nuevas formas de movilizar la tierra, la fuerza de trabajo y los recursos —y exigían, entre otras cosas, el establecimiento de un vínculo nuevo entre los capitalistas y el estado—. Y sería este nexo de poder social y político el que acabaría insuflando vida al capitalismo industrial o, lo que es lo mismo,

a la transformadora invención de la Revolución Industrial. Y es que esa innovación era la que estaba llamada a levantar el vuelo en último término, como veremos, y a viajar a otras partes del mundo.

Fortalecidos con los réditos del capitalismo de guerra, y según señala un analista de la década de 1920, Greg y sus contemporáneos «exprimieron al máximo el imperio del algodón venido de Oriente», haciéndolo además «en el breve plazo de una generación dotada de una gran inventiva» y reorganizando de arriba abajo la geografía de la manufactura global del algodón. Su obra fue revolucionaria, dado que no solo vino a anunciar el advenimiento de una nueva forma institucional de organizar la actividad económica, sino la llegada de una economía mundial en la que el rápido crecimiento y la incesante reinversión de la producción pasó a constituir la norma en lugar de la excepción. No hay duda de que ya se habían realizado importantes invenciones en épocas pasadas, como también se había registrado, antes de la Revolución Industrial, más de un período de crecimiento económico acelerado en varias regiones del mundo. Sin embargo, ninguno de esos ciclos de auge había generado un mundo en el que la revolución misma quedara convertida en una característica permanente de la existencia, un mundo en el que el crecimiento económico se revelara capaz de impulsar su propia expansión, pese a los periódicos desplomes. En los mil años anteriores al arranque del siglo XIX no se había constatado, ni en Europa ni en ningún otro lugar, el surgimiento de un solo período de aceleración radical del crecimiento económico, y de haberse producido alguno no habría tardado en encallar en los bajos de la limitación de recursos, la escasez de alimentos o las enfermedades. Ahora, el capitalismo industrial estaba generando un mundo sometido a un perpetuo cambio, y el algodón, siendo la industria más importante del planeta, pasó a actuar como principal elemento impulsor de esta aceleración sin precedentes de la productividad humana.⁷

Si analizamos las cosas con la perspectiva que nos proporciona el tiempo, parece claro que la Inglaterra de finales del siglo XVIII se hallaba preparada para la reinversión de las manufacturas de algodón. Los

capitalistas británicos tenían tras de sí dos siglos de producción textil algodonera, podían acceder a importantes sumas de capital invertible y empleaban en la propia Gran Bretaña a un creciente número de campesinos, poniéndolos a hilar y a tejer. Además, los productores británicos del ramo textil que trabajaban en negocios familiares habían sabido resistir durante décadas las presiones derivadas de las importaciones traídas de la India, experiencia que les había enseñado lo relevante que era contar con la capacidad de competir con los manufactureros del subcontinente para copar el mercado al que iban dirigidos sus artículos. Y en último término, aunque no por ello menos importante, también disponían de trabajadores para hacer funcionar sus factorías, unos operarios que, además, estaban totalmente desprovistos de elementos con los que resistirse al proceso por el que se les obligaba a dejar las labores del campo o sus oficios artesanales para convertirse en obreros asalariados. Todos estos factores les pusieron en bandeja las condiciones necesarias para una renovación conceptual, tanto de la producción como de las instituciones en las que esta venía a insertarse. No obstante, sería difícil considerar que esas condiciones se dieran únicamente en Inglaterra, ya que en realidad se trataba de unas circunstancias que también se daban —si no en todos sus aspectos, sí al menos en muchos puntos específicos— en la vasta región que se extiende desde China a la India, pasando por la Europa continental y África. Por sí solos, esos requisitos son incapaces de explicar por qué surgió la Revolución Industrial en una pequeña región de las islas británicas a finales del siglo XVIII.⁸

Con todo, una de las diferencias que distinguían a los capitalistas británicos de sus homólogos de otras zonas del mundo es el hecho de que controlaran muchas de las redes algodoneras globales. Tenían acceso a unos mercados de un dinamismo único, dominaban el comercio algodonero transoceánico, y conocían de primera mano las fabulosas riquezas que encerraba en potencia la venta de tejidos. El difícil problema central al que debían hacer frente los manufactureros británicos del algodón era el que entrañaba competir con los productos indios que, pese a ser baratos, poseían también una calidad muy elevada. Como hemos visto, a lo largo del siglo XVIII, los productores británicos lograron resolver en gran medida (aunque

no enteramente) el problema de la calidad, apropiándose para ello de la tecnología textil india. Aumentar la producción y reducir los costes iba a revelarse, en cambio, más complicado: las redes de producción a destajo que los comerciantes británicos habían puesto en marcha en la campaña demostraron ser en su mayor parte reacias a todo incremento ulterior del rendimiento. El trabajo se realizaba de forma irregular, era muy difícil movilizar en poco tiempo a nuevos operarios, y los costes de transporte crecían al mismo ritmo que el volumen de la producción. Además, no resultaba nada fácil conseguir una calidad homogénea en un conjunto de productos que se hilaban y tejían en alquerías perdidas en las zonas rurales. Con la tecnología y la organización social de la producción que existía por entonces, resultaba extremadamente difícil que los trabajadores externos británicos alcanzaran a competir con los artesanos algodoneros de otras partes del mundo. De hecho, solo les sonrió el éxito en el ámbito de la protección de sus mercados domésticos y coloniales.⁹

Con todo, la razón fundamental de esta incapacidad para competir hay que buscarla en los costes salariales. En el Reino Unido, los jornales eran significativamente más elevados que en otras regiones del mundo. De hecho, en 1770, los salarios que se percibían en Lancashire multiplicaban probablemente por seis los que se pagaban en la India. Pese a que para entonces el perfeccionamiento de la maquinaria hubiera determinado ya que la productividad por operario algodoner duplicara e incluso triplicara la de sus equivalentes indios, lo cierto es que ese factor de multiplicación seguía siendo insuficiente para nivelar la balanza. El capitalismo de guerra había ofrecido a los capitalistas algodoneros británicos un conjunto de oportunidades básicamente nuevo, pero no sabía dar respuesta a la pregunta de cómo conferir significación global a la penetración de sus productos en los mercados textiles. Hasta cierto punto, el proteccionismo había revelado ser un remedio factible, y se había aplicado con notable éxito, pero esas prohibiciones no podían preservar la tentadora posibilidad de lograr un volumen de exportación mundial. Lo que necesitaban los capitalistas algodoneros del Reino Unido era una dinámica combinación que implicara el surgimiento de nuevas tecnologías para reducir los costes, un mayor crecimiento de los elásticos mercados que ya habían empezado a medrar al

calor de la expansión británica, y un estado decidido a apoyarles mostrándose no solo capaz de proteger su imperio internacional, sino de transformar también la sociedad de la propia Gran Bretaña.¹⁰

Dado que los costes laborales eran el principal obstáculo que se oponía al aprovechamiento de todas esas nuevas y seductoras posibilidades, los comerciantes, inventores y manufactureros en ciernes de Gran Bretaña —hombres de mentalidad práctica en todos los casos— centraron sus desvelos en la concepción de métodos capaces de incrementar la productividad de su costosa mano de obra. Y al hacerlo, llevaron a cabo el cambio tecnológico más trascendental de la historia del algodón. La primera innovación digna de ser tenida en cuenta se produjo en 1733, al inventar John Kay la lanzadera volante. Este pequeño instrumento de madera cuya forma recuerda al casco de un barco permitía que los tejedores sujetaran a esa pieza el hilo de la trama, impulsándolo después con un movimiento de la mano para que fuera «volando» de un extremo del telar al otro, pasando así a través de los hilos de la urdimbre. La lanzadera doblaba la productividad de los tejedores. Al principio su uso se difundió muy poco a poco, pero su generalización fue imparable: después del año 1745, y a pesar de la resistencia de los tejedores, que veían peligrar su sustento, se adoptó prácticamente en todas partes.¹¹

Al ir descubriéndose nuevas formas de impulsar este minúsculo trozo de madera se desencadenó una verdadera catarata de innovaciones llamadas a transformar de forma gradual, pero permanente, las manufacturas de algodón. La generalización de estas técnicas textiles de mayor capacidad productiva sometió la fase del hilado a una enorme presión, ya que cada vez se necesitaban más hilanderos para proporcionar a un tejedor el hilo suficiente para mantener en funcionamiento los telares. Pese a que no dejara de aumentar el número de mujeres dedicadas a trabajar en su hogar y a que creciera igualmente tanto el número de domicilios dedicados a la tarea como la cantidad de horas consagradas a la misma, el suministro de hilo siguió revelándose insuficiente. Tras la invención de Kay pasaron a necesitarse cuatro hilanderos para mantener el ritmo de trabajo de un solo tejedor. Muchos artesanos trataron de encontrar la forma de evitar este cuello de botella, y en la década de 1760 empezó a posibilitarse un

incremento de la productividad gracias a la máquina de hilar, inventada por James Hargreaves. Este aparato constaba de una rueda que la hilandera hacía funcionar con una mano para provocar el giro de un determinado número de husos sujetos a un marco mientras empleaba la otra para mover de atrás adelante una varilla a fin de estirar el hilo y de enrollarlo en los husos mismos. Al principio, esta máquina conseguía ovillar ocho hilos distintos simultáneamente, pero poco después devanaba ya dieciséis o más, logrando triplicar rápidamente, en 1767, la velocidad de hilado de los operarios. En 1786 se empleaban aproximadamente unas veinte mil máquinas de hilar en Gran Bretaña.¹²

Sin embargo, ya en 1769, el hilado empezaría a experimentar nuevas mejoras gracias al bastidor hidráulico de Richard Arkwright, un artificio que se adelantaba a la factoría de Samuel Greg, dado que utilizaba la fuerza derivada de la caída de una corriente de agua. Compuesta por cuatro rodillos que desenrollaban las hebras del algodón para retorcerlas después en un huso y conseguir así el hilo, el aparato permitía hilar de forma continua, y a diferencia de la máquina anterior, que en su primera andadura se utilizaba fundamentalmente en las hilanderías domésticas, la hiladora hidráulica requería un mayor aporte de energía, con lo que la producción comenzó a concentrarse en las factorías. Una década después, en 1779, la hiladora hidráulica de Samuel Crompton pasó a convertirse en la piedra angular de toda esta serie de inventos, al combinar varios elementos de la máquina de hilar de Hargreaves con el bastidor de Arkwright (y de ahí su nombre). La hiladora hidráulica era una máquina muy larga provista de dos rodales: a un lado se alineaban las bobinas de primera torsión (las destinadas a las fibras de algodón levemente retorcidas) y al otro, los husos listos para recibir el hilo ya terminado y devanado. El rodal exterior, montado sobre ruedas y raíles, se separaba cerca de metro y medio del interno, tensando simultáneamente un gran número de cabos de hilo de primera torsión. La cantidad de hilo bruto que se encanillara dependía de la cifra de husos con que estuviese equipada la hiladora. Y si en la década de 1790 lo normal era que tuviesen unos doscientos, la capacidad de estas máquinas no dejaría de crecer, hasta llegar a instalárseles más de mil trescientos a lo largo del siguiente siglo. El hilo de primera torsión así

obtenido se retorció de nuevo para conseguir el hilo acabado, que se enrollaba seguidamente en los husos al volver a acercar el rodal externo al interior. A diferencia del bastidor hidráulico, que operaba de manera ininterrumpida, el hilo de estos aparatos se producía en tandas de un metro y medio cada una, pero era más fuerte y fino que el que elaboraban los bastidores. Al principio, el agua era la fuerza impulsora de las hiladoras de Crompton (ya que hasta la década de 1820 habría de seguir siendo la fuente de energía predominante), pero con el tiempo la mayoría de estas máquinas pasaron a utilizar motores de vapor (inventados por James Watt en 1769).¹³

Al dejar de ser una rémora el hilado, la presión empresarial volvió a gravitar sobre las tejedurías. La primera reacción se concretó en una vasta expansión del número de telares domésticos. Se inició así, gracias a las nuevas máquinas y al abundante suministro de hilo, una edad de oro para los tejedores de toda la campiña de Lancashire y Cheshire, ya que miles de aldeanos comenzaron a pasar un sinfín de horas frente a sus telares, llegando a agotar el rápido aumento de productividad de las hilanderías británicas. Pese a que en 1785 Edmund Cartwright hubiera patentado ya un telar hidráulico, las mejoras de la capacidad productiva de las tejedurías revelaron ser modestas en un principio —entre otras cosas porque los telares mecánicos planteaban un gran número de problemas técnicos.¹⁴

Pese a las dificultades surgidas con los telares, lo cierto es que la creciente clase de los empresarios textiles británicos era perfectamente consciente de que toda esta maquinaria nueva les estaba permitiendo dominar cada vez más un particular nodo del complejo reticular global del algodón: y precisamente el que más reacio se había mostrado a dejarse controlar hasta entonces —el de la manufactura—. En la India del siglo XVIII, los hilanderos necesitaban cincuenta mil horas de trabajo para convertir en hilo 45 kilos de algodón en rama. Las legiones de los manufactureros que operaban en la Gran Bretaña de 1790 podían producir esa misma cantidad de hilo —valiéndose de cien hiladoras hidráulicas— en solo mil horas. En 1795 les bastaba ya con trescientas horas para conseguir lo mismo por medio de los bastidores hidráulicos, o con ciento treinta y

cinco si usaban la hiladora automática de Roberts —a partir de 1825—. En solo tres décadas, la productividad se había multiplicado por 370. Los costes laborales de Inglaterra eran ahora muy inferiores a los de la India.¹⁵

Los precios del hilo inglés bajaron en consonancia con la nueva situación, y no tardaron en quedar por debajo de los que se confeccionaban en la India. En 1830, Edward Baines, un comerciante algodonero británico, señala que, en Inglaterra, el precio de 450 gramos de hilo del número 40 (la cifra es un indicador de la calidad del hilo: cuanto más elevada sea, más refinado será este) era de un chelín con dos peniques y medio, mientras que en la India, esa misma calidad y cantidad de producto hubiera costado tres chelines y siete peniques. McConnel y Kennedy, dos hilanderos de Manchester, apuntan que los precios del hilo de alta calidad que vendían (del número 100) cayeron un 50% entre los años 1795 y 1811, y que, pese a varios altibajos, continuó descendiendo todavía más a lo largo de buena parte del siglo XIX. Y si el precio del hilo, sobre todo el de mayor calidad, se desplomó rápidamente, el coste de las telas terminadas también declinó de forma notable. A principios de la década de 1780, una pieza de muselina costaba (con precios ya a la baja) 116 chelines. Cincuenta años después, esa misma cantidad de tela podía conseguirse por 28.¹⁶

Por todo ello, las manufacturas algodoneras registraron un crecimiento explosivo sin precedentes. Tras cerca de dos siglos de lenta progresión en los mercados de Europa, la confección británica de hilos y telas de algodón comenzó a progresar a pasos agigantados. En la Gran Bretaña de los años 1780 a 1800, la producción de tejidos de algodón creció a un ritmo anual del 10,8 %, aumentando las exportaciones en un 14. En 1797 había ya, aproximadamente, unas novecientas factorías de algodón. Y si en 1788 funcionaban cincuenta mil hiladoras hidráulicas, treinta y tres años más tarde esa cifra se había disparado hasta los siete millones. Pese a que antes de 1780 resultara más barato producir telas de algodón en la India, consiguiéndose además un producto de calidad superior, después de esa fecha los fabricantes ingleses empezaron a mostrarse capaces de competir tanto en los mercados europeos como en los del litoral atlántico, de modo que después de 1830 comenzaron a rivalizar incluso con los productores indios en el propio subcontinente. Y tan pronto como los indios

decidieron utilizar hilos y tejidos confeccionados en Gran Bretaña, todos cuantos conocían el mundillo comprendieron que se le había dado la vuelta a la tortilla de la industria algodonera mundial.¹⁷

De este modo, mientras vemos que el paisaje de la Inglaterra septentrional comienza a verse salpicado por un creciente número de factorías algodoneras, cuyas dimensiones van igualmente en aumento —al objeto de poder dar cabida a las nuevas máquinas de hilar y tejer—, podría resultar sorprendente enterarnos de que los inventores, es decir, las mentes que habían hecho posible este despegue, habían iniciado su andadura de una forma característicamente común y corriente. Estos individuos supieron crear un mundo radicalmente distinto a todo cuanto se hubiera conocido en épocas anteriores, y hacerlo además sin recurrir a la ciencia teórica —y muy a menudo sin contar siquiera con una educación demasiado esmerada—. Eran hombres habilidosos recluidos en minúsculos talleres, personas que apenas habían pasado por los ciclos de la formación académica. De entre esos inventores destaca el caso de Kay, que era el que procedía de un entorno familiar más próspero, ya que su padre era un industrial lanero de modesto éxito. Es posible que recibiera incluso una cierta instrucción formal en Francia. Por otra parte, Hargreaves era un tejedor de Blackburn que trabajaba con un telar manual y que probablemente no acudió nunca a un centro de enseñanza oficial —cosa que también debió de ocurrirle a Arkwright, que era el benjamín de una familia de siete hermanos nacidos en un hogar humilde y que aprendió a leer con sus tíos para convertirse más tarde en autodidacta—. Crompton creció en la más cruda pobreza: tras fallecer su padre, se vio obligado a hilar algodón, quizá incluso a la temprana edad de cinco años, mientras su madre trataba de llegar a fin de mes hilando y tejiendo. Los cuatro eran habilidosos, verdaderos manitas, individuos que vivían en simbiosis con sus máquinas y que intentaban resolver problemas prácticos sirviéndose de herramientas sencillas y hallando inspiración en los esfuerzos que ellos mismos realizaban a diario para mejorar la producción.¹⁸

Sin embargo, distaban mucho de ser profetas en su tierra. En ocasiones, las novedades que ideaban llegarían incluso a provocar la ira de sus vecinos, que tenían un miedo espantoso al desempleo que provocaban

los innovadores. El miedo a ser agredidos por una turba de indignados llevaría a Kay y a Hargreaves a abandonar las localidades en las que habían materializado sus inventos. Ninguno de ellos conseguiría hacerse rico con sus hallazgos. Tras realizar toda una serie de esfuerzos baldíos por defender los derechos de patente de los aparatos que habían concebido vivieron modestamente. Al morir en 1778, en Nottingham, Hargreaves apenas poseía otra cosa que un premio de la Sociedad para el Fomento de las Artes y las Manufacturas, y sus hijos quedaron en la indigencia. Solo Arkwright logró sacar beneficios de su invención —fundando factorías de algodón en un gran número de poblaciones—. Pese a que la cantidad de manufactureros ingleses que optaron por adoptar las nuevas tecnologías creciera rápidamente, lo cierto es que después del año 1786 el estado británico empezó a considerarlas tan sumamente valiosas que no dudó en declarar ilegal su exportación por espacio de casi medio siglo. A partir de esa fecha, los progresos técnicos fueron constantes, de modo que la rentabilidad se conseguía mediante el incremento de la productividad de los operarios. Esta característica acabaría convirtiéndose en un rasgo definitorio del capitalismo industrial.

Estas nuevas máquinas, es decir, los «macroinventos» que tanto aplauden algunos historiadores como Joel Mokyr, Patrick O'Brien y muchos otros, no solo aceleraron la productividad de los obreros sino que también alteraron la naturaleza del proceso de producción mismo, ya que empezaron a regular el ritmo del trabajo humano.¹⁹ Al empezar a depender de un conjunto de fuentes de energía centralizadas y exigir un amplio espacio para sus instalaciones, la producción abandonó el ámbito doméstico y pasó a realizarse en factorías. Los trabajadores comenzaron a congregarse en un número totalmente desconocido hasta entonces, junto con la maquinaria, en los puntos en que se focalizaba la producción. Si en el pasado reciente los negociantes que deseaban producir a destajo acostumbraban a recorrer la campiña en busca de mano de obra, ahora iban a ser los obreros quienes acudieran a los fabricantes en busca de empleo.

La mecanización del hilado del algodón terminó generando una entidad nueva: la fábrica textil. Pese a que el tamaño de las tejedurías pudiera variar enormemente de una localidad a otra, lo cierto es que todas

ellas tenían un mismo elemento en común: la disponibilidad de una fuente de agua corriente en las inmediaciones. Para aprovechar la energía fluvial se construía una presa o se cavaba una acequia en un tramo lo suficientemente profundo de un río, desviándose después el agua para obligarla a mover una noria. Este molino hidráulico movía unos largos ejes de transmisión que recorrían de punta a cabo la fábrica, y a estos árboles motores se enganchaban o desenganchaban a voluntad unas grandes bandas de cuero a fin de hacer funcionar o no las distintas máquinas de la factoría. A diferencia de las instalaciones que las habían precedido, la principal función de esas modernas tejedurías no consistía simplemente en concentrar y someter a una masa de trabajadores al control del dueño, sino que tenían también el cometido de alojar el complejo despliegue de la maquinaria productiva. En la década de 1780 empezaron a verse algunas fábricas textiles de proporciones ciclópeas, capaces de dominar el entorno rural en el que se hallaban enclavadas con sus 60 metros de largo, 9 de ancho y de cuatro a seis plantas de altura.²⁰

En estas fábricas, la producción de hilo constaba de tres etapas básicas: batido, cardado e hilado. Durante la primera fase, los trabajadores —mujeres por regla general— extendían el algodón en bruto sobre unas mesas cubiertas por una rejilla y lo golpeaban con varas a fin de eliminar toda la suciedad que pudiera tener, así como las ramitas y las hojas que la desmotadora no hubiera logrado eliminar. Dado que este proceso levantaba una gran cantidad de polvo de algodón —altamente inflamable—, era frecuente llevarlo a cabo en unos edificios anexos y no en el interior del complejo fabril propiamente dicho. Una vez limpio el algodón, una serie de máquinas centralizadas en los pisos inferiores de la factoría se encargaban de transformar el algodón bruto en «hilo de primera torsión», una fina hebra de fibras paralelas, ligeramente retorcidas y listas para el hilado. Para conseguirlo, lo primero que se hacía era introducir el algodón en una máquina de cardado, un cilindro giratorio cubierto de una serie de dientes de metal y alojado en una camisa igualmente provista de resaltes. Por medio del cardado, la enmarañada masa de algodón quedaba convertida en una mecha desenredada a la que se daba el nombre de «torzal» y cuyas fibras se alineaban ya de forma paralela. El algodón se colocaba después en un

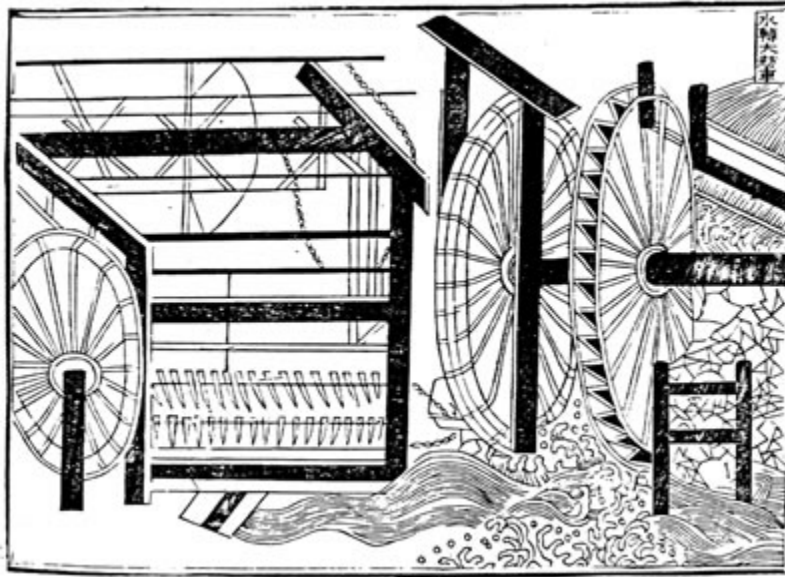
bastidor de tensado, haciéndose pasar el torzal por un conjunto de rodillos que lo estiraban, retorcían y atirantaban hasta conseguir el hilo de primera torsión. Después, este hilo se enrollaba en una canilla que permitía insertarlo en una bobina. Tras todo este proceso, el algodón quedaba listo para el hilado. Las máquinas que efectuaban esta última fase ocupaban en su totalidad las plantas superiores de la fábrica, tratándose por regla general del bastidor hidráulico de Arkwright, o, cada vez más, de la hiladora de Crompton.²¹

Para manejar toda esta maquinaria y mover el algodón por la factoría, los fabricantes contrataban a cientos de trabajadores —mujeres y niños en la mayoría de los casos—. Y pese a que no todos los trabajadores llegasen voluntariamente a las puertas de la fábrica ni recibiesen un salario, lo cierto es que la mayor parte de ellos sí acudían *motu proprio* y cobraban un jornal. Como tendremos ocasión de comprobar más adelante, esa fue otra de las importantes innovaciones institucionales que trajo el capitalismo industrial. Dejando a un lado las plantaciones de esclavos de las dos Américas, era la primera vez que los capitalistas organizaban, supervisaban y dominaban de cabo a rabo el proceso de producción.²²

Esta dominación de la fuerza de trabajo por el capital, unida a la adopción de la revolución tecnológica y a la innovación social, esboza un proceso que no se produjo en otros lugares —ni siquiera en países como China y la India, que habían sido hasta entonces el centro neurálgico de la industria algodonera mundial—. Esta circunstancia resulta en cierto modo sorprendente, dado que, durante siglos, los sistemas de manufacturación de estas regiones del mapa habían constituido la punta de lanza en materia de tecnología destinada a la producción algodonera global. Muchos siglos atrás, en 1313, Wang Chen había expuesto los detalles de una «máquina para hilar fibra de cáñamo» cuya descripción resulta muy parecida al aparato de Hargreaves y al bastidor de Arkwright. Desde luego, el desarrollo de nuevas hiladoras mecánicas estaba indudablemente al alcance de los artesanos chinos, y también de sus colegas franceses o indios, dicho sea de paso. Es más, el comercio del algodón y de los tejidos que se

confeccionaban con él constituía la faceta más relevante del creciente proceso de comercialización en el que se vio embarcada la economía china entre los siglos XIV y XIX.²³

A pesar de tan prometedores comienzos, ni China ni la India —ni tampoco Prusia, todo hay que decirlo, el mayor competidor europeo de Inglaterra en el campo de la formación técnica— consiguieron dominar, ni de lejos, tantos nodos del complejo reticular de la producción algodonera mundial como Gran Bretaña. Tampoco hubo ningún otro país que se decidiera a abrazar el capitalismo de guerra con tanta efectividad como el Reino Unido. Además, en la India y en China, los campesinos gozaban de mayor seguridad en sus tierras que sus equivalentes británicos, lo cual hacía más difícil que los manufactureros ávidos de mano de obra movilizaran a grandes cuadrillas de trabajadores. Y debido a la diferente organización de los hogares —sobre todo por las limitaciones impuestas a las mujeres en cuanto a la realización de actividades fuera de casa—, el hilado, que era una labor predominantemente femenina, tenía unos costes de oportunidad extremadamente bajos en la India y en China, circunstancia que disminuía las probabilidades de que los empresarios sintieran el impulso de recurrir al uso de nuevas tecnologías. Si nos atenemos a los cálculos que regían la economía doméstica campesina, la fuerza de trabajo de las mujeres resultaba muy barata. En la India se añadía además otro factor, ya que la cadena que mediaba entre el tejedor y el consumidor final era muy larga y contaba con un gran número de intermediarios. Como ha señalado un historiador, no solo resultaba muy difícil «zafarse de esa institución histórica tradicional» sino que, a juicio de muchos indios, esa liberación presentaba muy pocas ventajas. En la campaña inglesa eran también muchos los hilanderos y tejedores que abrigaban sentimientos similares a los de sus colegas indios y chinos. Sabían que toda nueva tecnología de hilado amenazaba con volver insostenible las manufacturas domésticas. Sin embargo, al disponer de muy pocos medios adicionales con los que obtener ingresos, y al constatar además que el estado desbarataba resueltamente los episódicos esfuerzos que realizaban para organizarse y oponerse a la intrusión de la tecnología, no tuvieron más remedio que rendirse al capitalismo industrial.²⁴



Torno de hilar hidráulico para fibra de ramio, China, 1313.

La adopción de las nuevas tecnologías, junto con un sometimiento de la mano de obra que hacía innecesario esclavizarla, y el descubrimiento de formas inéditas de organizar la producción, fue parte de un proceso que vio por primera vez la luz en las fábricas de tejidos de algodón inglesas y que consiguió que lo que un día fuera una modesta industria dispersa a lo largo de las riberas de los ríos de Lancashire y el vecino Cheshire creciera a velocidad de vértigo —por la época en que Samuel Greg levantó su primera fábrica, en 1784, empezaron a surgir nuevas factorías como hongos, y en las décadas inmediatamente posteriores, las tejedurías existentes se expandieron, a veces de forma muy significativa—. En 1833, el propio Greg daba empleo a 2.084 obreros, repartidos en cinco fábricas. Por otra parte, el número de husos de su factoría de Quarry Bank se había cuadruplicado, situándose en 10.846. En 1795, el industrial algodonero Robert Peel amplió su radio de acción, llegando a operar en veintitrés tejedurías diferentes —y como todas ellas eran de su propiedad, él mismo se encargaba también de gestionarlas—. En otros casos, vemos irrumpir en el negocio a nuevos productores. Se trataba muy a menudo de personas que, pese a disponer de poco capital, contaban sin embargo con los contactos más adecuados al caso. Deseando ayudar a un pariente a montar una hilandería, el tratante irlandés William Emerson escribe una carta a sus

socios comerciales, los señores McConnel y Kennedy de Manchester, para informarles de lo siguiente: «Un familiar mío se propone aprender todo lo relativo al cardado y el hilado, de modo que con ese objetivo le remito gustosamente a Ud. por espacio de seis meses, abonándole una cantidad razonable por su instrucción. Le ruego encarecidamente me comunique si no tiene inconveniente en proporcionarle esa formación, ya sea en su propia casa o en cualquier otra y en qué términos».²⁵

Al multiplicarse, muchas de esas factorías quedaron ancladas en unas dimensiones modestas, de modo que rara vez hubo motivos para considerar ricos a sus propietarios —al menos no en función de los criterios de los comerciantes de Liverpool, los terratenientes de Somerset o los banqueros de Londres—. En 1812, el 70 % de las empresas tenían menos de diez mil husos, siendo su valor inferior a las dos mil libras. Los empresarios que se embarcaban en esta actividad procedían de entornos socioeconómicos muy diversos. Muchos de ellos habían sido antes comerciantes y manufactureros, otros habían trabajado en diferentes industrias, y otros más habían iniciado su andadura como granjeros acaudalados o incluso como aprendices dotados de una pericia mecánica fuera de lo común. Desde luego, hubo algunos casos de extraordinaria movilidad social, como el de Elkanah Armitage, que a los ocho años empezó a trabajar como ayudante de las hilanderas en una factoría de algodón y que cincuenta y nueve años más tarde poseía varias fábricas y daba empleo a 1.650 operarios.²⁶

No obstante, otros competidores arrancaron con las alforjas notablemente más repletas de recursos. Así le sucedió a Samuel Oldknow, nacido en 1756 en Anderton, Lancashire. Su padre ya era propietario de una exitosa fábrica de muselinas cuya producción se confiaba enteramente a un conjunto de telares artesanales. Tras la prematura muerte de este, Oldknow se colocó de aprendiz en el taller de su tío, que trabajaba en el ramo de las pañerías, regresando en 1781 a su localidad natal para volver a levantar el negocio familiar de muselinas. El momento era de lo más propicio. La introducción de la hiladora hidráulica en 1779 había permitido la producción en masa de un hilo de alta calidad, y por lo tanto podía conseguirse a una escala totalmente desconocida hasta entonces —circunstancia que dio a Oldknow ocasión de penetrar con fuerza en un

mercado que antes habían dominado los manufactureros indios—. Oldknow se asoció además con dos empresas londinenses a fin de asegurarse un amplio acceso a los mercados, tanto británicos como de ultramar. Estas son las impresiones que plasma en el borrador de una carta fechada en 1783: «En el momento presente las perspectivas son muy halagüeñas». En 1786 era ya el fabricante de muselinas de mayor éxito de toda Gran Bretaña. Oldknow continuó su actividad, construyendo nuevas factorías, expandiendo sus empresas y llegando a controlar en un determinado punto nada menos que veintinueve tejedurías. En 1790, Oldknow diversificó el negocio, introduciéndose en el sector de las hilanderías y levantando una fábrica de producción a vapor en Stockport. En 1793 iniciaba su andadura, en la localidad de Mellor, una hilandería todavía más grande, provista de seis plantas.²⁷

En las décadas de 1780 y 1790, aun funcionando a pequeña escala, las manufacturas de algodón ofrecían una rentabilidad pasmosa. La empresa Cardwell y Birle conseguía unos beneficios anuales del 13,1% del capital invertido, N. Dugdale obtenía el 24,8%, y McConnel y Kennedy el 16%. Esos réditos les permitían expandirse sin tener que recurrir demasiado a los mercados oficiales de capital. De hecho, «la fuente de capital que preferían utilizar los empresarios de la época [para crecer] salía de sus reservas contables de beneficios». Sin embargo, era habitual que ese capital se viera aumentado con las iniciativas de los comerciantes que decidían invertir en determinadas fábricas textiles, pese a no gestionarlas ellos mismos, y que se acrecentara también —lo que es más importante—, con los créditos que les concedían los tratantes de Londres y Liverpool a fin de que pudieran comprar el algodón en rama y organizar la venta de su producción de hilo y tela. Este capital circulante adicional resultaba crucial: si en 1834 las inversiones de capital fijo que realizó la industria algodonera británica en fábricas y máquinas debió de ascender a unos 14,8 millones de libras esterlinas, el capital circulante dedicado a la adquisición de algodón bruto y el pago de los salarios supuso un desembolso de 7,4 millones —lo que representa un porcentaje muy significativo—. La posibilidad de acceder a dicho capital guardaba muy a menudo relación con el hecho de disponer o no de contactos personales, así que a medida que fue aumentando la

necesidad de garantizarse la consecución de volúmenes cada vez más relevantes de capital circulante fue volviéndose igualmente más difícil que las personas que no pertenecieran a la clase media encontraran ocasión de sumarse a las filas de los capitalistas del algodón. Y por otro lado, los elevados beneficios que generaba la producción determinaban a su vez que las manufacturas pasaran a convertirse en un sector cada vez más atractivo para nuevas inversiones.²⁸

Los fabricantes McConnel y Kennedy de Manchester constituyen un buen ejemplo del rápido crecimiento de las factorías de algodón. Ambos industriales se asociaron en 1791, centrando su actividad en la producción de máquinas de hilar —responsabilidad que recayó lógicamente en James McConnel, que ya llevaba tiempo dedicado a la fabricación de maquinaria—. No obstante, un buen día, McConnel sacó de la línea de ensamblaje dos hiladoras hidráulicas que el cliente al que iban dirigidas no podía pagar, circunstancia aparentemente desafortunada que, sin embargo, le indujo a ponerlas a trabajar por su cuenta. Su socio, John Kennedy, junto con otros dos inversores más, aumentó tanto la producción de máquinas como el rendimiento de las hiladoras, inmovilizando en su apuesta un total de quinientas libras de capital —es decir, una suma extraordinariamente modesta—. Tras modificar su tarjeta de visita, en la que ahora podía leerse «fabricantes de maquinaria e hilanderos», la compañía expandió rápidamente sus factorías, focalizando sus esfuerzos en la producción de hilos de alta calidad. En 1797 tenían 7.646 husos en funcionamiento, pero en 1810, la cifra había dado ya un salto enorme, situándose en 78.972, mientras que el número de obreros a su servicio pasaba de los 312 de 1802 a los 1.020 de 1816. Al igual que otros fabricantes de la época, McConnel y Kennedy también habrían de financiar esta expansión por medio de sus reservas de beneficios, ya que los rendimientos que obtuvieron entre los años 1799 y 1804 se situaron, en promedio, en un 26,5% del capital inicial.²⁹

El crecimiento de la elaboración de artículos de algodón no tardó en convertir a este sector en el eje de la economía británica. En 1770, las manufacturas de algodón apenas representaban el 2,6% del valor añadido en el conjunto de la economía. En 1801 suponía ya el 17 %, y en 1831 alcanzó

el 22,4. Se comprenderá mejor la importancia de estas cifras si las comparamos con el porcentaje atribuible en el mismo ámbito a la industria siderúrgica —un 6,7%—, al carbón —el 7%— y a la lana —un 14,1%—. Ya en 1795 trabajaban en Gran Bretaña 340.000 personas en el sector de las hilanderías. En 1830, uno de cada seis obreros británicos estaba empleado en las manufacturas de algodón. Al mismo tiempo, la industria misma quedó centrada en una pequeña región de las islas británicas: Lancashire. El 70% de los operarios del sector algodonero terminaría ejerciendo su profesión en este condado, sin olvidar que el 80,3% de los propietarios de una o más factorías de algodón era originario de esta misma región.³⁰

La explosión de la industria algodonera no fue flor de un día. Todo lo contrario, como veremos, ya que el auge de la producción de algodón estaba llamado a posibilitar el surgimiento de otras industrias. Así habrían de recibir su impulso definitivo tanto la red de ferrocarriles como el sector de la metalurgia. Además, andando el siglo, el algodón promovería la aparición de todo un conjunto de industrias nuevas, generando así una segunda Revolución Industrial. Pero no hemos de olvidar que a la vanguardia de todas estas actividades nuevas se sitúa el algodón. Como expuso en una de sus argumentaciones el historiador francés Fernand Braudel, la Revolución Industrial del sector algodonero influyó «en *el conjunto* de la economía británica».³¹ A mediados del siglo XIX todavía podía decirse que la Revolución Industrial seguía siendo, en términos numéricos, un capítulo de la peripecia histórica del algodón.

El espectacular despegue de la industria algodonera inglesa permitió que el volumen de réditos del capitalismo de guerra que lograron acumular los capitalistas —y el estado— británicos fuese aún mayor. Al conseguir unos costes de producción cada vez menores gracias a la productividad sin precedentes de las nuevas máquinas, a los últimos cambios introducidos en la organización de la producción y a la presencia de trabajadores asalariados en sus factorías, los manufactureros británicos no tardaron en conquistar nuevos mercados —como se esperaba—. Las dimensiones de las lonjas domésticas aumentaron, debido a que los artículos de algodón comenzaron

a bajar paulatinamente de precio y a que los tejidos de esa fibra fueron poniéndose cada vez más de moda —habida cuenta de que sus cambiantes diseños también estaban adquiriendo una importancia creciente en la imagen social que los consumidores de clase media pretendían proyectar.³²

Los fabricantes británicos tomaron asimismo la crucial decisión de introducirse en el fundamental mercado de las exportaciones. En la década de 1780, los negociantes ingleses empezaron a vender en mercados que sus predecesores se habían limitado a abastecer con género procedente de la India. Las finas muselinas que habían sido el orgullo de Bengala y «que durante varios miles de años se habían revelado inigualables» pasaron a producirse en el Reino Unido. Este paso resultó claramente determinante, dado que el mercado británico, con sus 8,66 millones de personas, era muy reducido, con lo que solo conseguían incrementarse de forma bastante modesta los ingresos disponibles per cápita. A lo largo del siglo XVIII, las exportaciones de algodón de Gran Bretaña se multiplicaron por doscientos —y, sin embargo, el 94 % de ese incremento se verificó en las dos últimas décadas de ese período, dado que a partir de 1780 las exportaciones explotaron, creciendo más de dieciséis veces respecto al valor anterior a esa fecha (pasando de las 355.060 libras de la década de 1780 a los 5.854.057 de 1800)—. En los últimos años del siglo XVIII, el 61,3 % de los artículos de algodón que se producían en las islas británicas se destinaba a la exportación. Después de 1815, gracias a esas exportaciones, Inglaterra lograba «eliminar prácticamente por completo a todos los rivales que trataban de competir con ella fuera de Europa», alzándose por tanto a una posición preeminente en el comercio global del hilo y los tejidos de algodón.³³



La explosión de las exportaciones: crecimiento de las exportaciones británicas de artículos de algodón (1697-1807).

El verdadero crecimiento explosivo de la industria algodonera británica se produjo por tanto como consecuencia de las exportaciones. En 1800, las manufacturas de algodón británicas se habían convertido en una entidad de peso en los mercados de todo el mundo —sin olvidar que, al mismo tiempo, los miles de hilanderos y tejedores de las recién construidas factorías repartidas por toda la campiña inglesa, además de los cientos de propietarios de las mismas, junto con los comerciantes dedicados a la venta al detalle y los marinos que se encargaban del transporte, habían empezado a depender de estos mercados extranjeros—. Como ya observara Edward Baines en 1835, asombrado, «en la actualidad [las exportaciones de algodón] son tres veces mayores que las exportaciones de lana —habiendo aventajado y dejado atrás, en un cortísimo período de tiempo, una industria como aquella, que no solo ha prosperado durante siglos en Inglaterra, sino que en ese mismo período de tiempo ha sabido suscitar, con justicia, en todos los autores que estudian el comercio, la consideración de ser la mayor fuente de riqueza económica del país». De hecho, esa extraordinaria actividad algodonera no tardaría en influir en el conjunto de la economía británica, ya que entre los bienios de 1784-1786 y 1804-1806, el 56% de las exportaciones adicionales que se llevaron a cabo en Gran Bretaña se efectuaron en el sector del algodón.³⁴

El algodón británico sustituyó rápidamente a los hilos y telas indios en los mercados mundiales. Si en el período fiscal de 1800 a 1801 Bengala había seguido exportando mercancías al detalle a Gran Bretaña por un valor

de 1,4 millones de libras, en el ejercicio de 1809 a 1810, es decir, solo ocho años más tarde, las exportaciones de telas indias se habían reducido ya de forma tan notable que apenas superaban las 330.000 libras esterlinas —y después la caída continuaría acrecentándose a toda velocidad—. Por consiguiente, la economía de los tejedores indios, que llevaban siglos dominando los mercados del sector textil algodónero, cayó en picado. En 1800, John Taylor, un delegado comercial británico, redactó una pormenorizada historia de la industria textil de la ciudad bengalí de Dacca, señalando que, entre los años 1747 y 1797, el valor de las exportaciones de géneros de algodón había caído un 50% en la región. Los hilanderos habían sido los que más habían sufrido la competencia de los británicos, hasta el punto de que un gran número de ellos «murió de hambre», indica Taylor. Las gentes de la ciudad manufacturera, que poco antes disfrutaba de una notable prosperidad, se vieron «empobrecidas y reducidas a pasar estrecheces», sus casas «quedaron en ruinas y tuvieron que abandonarlas», y su brillante pasado comercial pasó a convertirse en «un melancólico recuerdo». La «antigua fama» y «gran riqueza» de Dacca habían desaparecido para siempre. En 1806, otro informe sobre el comercio bengalí llegaba a la conclusión de que «las exportaciones de mercancías por cuenta pública también han experimentado un considerable descenso ... En consecuencia, los tejedores no encuentran trabajo que llevar a sus telares y muchos de ellos marchan a otra parte a buscar empleo, ya que se han visto obligados a renunciar a sus hogares. La inmensa mayoría vuelve a la labranza, unos cuantos permanecen en la región en que siempre han vivido, pero a otros no les queda más remedio que emigrar a zonas muy remotas del país». Un autor crítico con la Compañía Británica de las Indias Orientales, al observar que se tenía la impresión de que el objetivo de las medidas políticas que había adoptado Gran Bretaña iban dirigidas a convertir a la India en un importador de tejidos de algodón y en un exportador de algodón en rama, afirmará que dicha actitud le resulta «similar a la que España llevó a cabo con los desdichados aborígenes de América».³⁵

Mientras los artículos de algodón británicos conquistaban los multifacéticos mercados de exportación que anteriormente habían dominado los hilanderos y tejedores indios, los manufactureros centraban sus esfuerzos, en un primer momento, en vender sus productos en todas aquellas regiones del mundo que habían sido sometidas al capitalismo de guerra. Durante las últimas décadas del siglo XVIII, es decir, en el período álgido de la Revolución Industrial, más de las dos terceras partes de las exportaciones de algodón terminaron en ese tipo de regiones. Y es que las exportaciones circulaban efectivamente por los mismos cauces económicos del Atlántico que Gran Bretaña llevaba doscientos años utilizando, con la consiguiente generación de fabulosas riquezas. A diferencia de los productores de otras regiones del mundo, los esclavos de las plantaciones de las Américas no producían su propia ropa, así que constituían un mercado singularmente abundante, a pesar de que sus amos no reservaran grandes partidas de gasto a aprovisionarlos. En el comercio con África —fundamentalmente relacionado con la trata de esclavos— la demanda era igual de elevada (e incluso creciente, como consecuencia del tremendo auge que estaban conociendo las plantaciones de algodón de las dos Américas), ya que los negociantes africanos habían empezado a aceptar las ropas de confección británica, considerando que eran equivalentes a los productos indios, tanto por calidad como por precio. Después del año 1806, los géneros de algodón británicos comenzaron a dominar de forma abrumadora este mercado —un mercado que durante mucho tiempo les había mostrado su rostro más esquivo.³⁶

El hecho de que los comerciantes y los manufactureros ingleses quedaran capacitados para acceder a estos mercados señala la importancia de una forma de estado nueva y peculiar, un estado que no solo estaba llamado a convertirse en el ingrediente crucial del capitalismo industrial, sino que terminó recorriendo el mundo y adoptando en su difusión un conjunto de características muy particulares. A fin de cuentas, la expansión de las exportaciones de algodón se materializó gracias a la solidez de las redes comerciales británicas y a las instituciones que les servían de marco

—beneficiándose tanto de la potente armada que había permitido el acceso a los mercados y protegido más tarde a los comerciantes como de los talones de embarque que habían hecho posible transferir sumas de capital a regiones muy distintas del planeta—. Este estado tenía la capacidad de proteger los mercados globales que él mismo había forjado, de supervisar y controlar sus fronteras, de regular la industria, de instituir los derechos de propiedad de la tierra y hacerlos cumplir, de garantizar la validez de los contratos que pudieran firmarse, aunque en su cumplimiento hubiera que salvar grandes distancias geográficas, de generar instrumentos fiscales para gravar con impuestos a las poblaciones sujetas a su dominio, y de construir un contexto social, económico y jurídico capaz de posibilitar la movilización de la fuerza de trabajo mediante la instauración de un programa de pagos salariales.

Como argumentará un perspicaz observador francés a principios del siglo XIX, «si Inglaterra ha conseguido alcanzar la cima de la prosperidad se ha debido únicamente al hecho de haber perseverado durante siglos en el sistema de protección y prohibición».³⁷ En realidad puede decirse en último término que la revolución que experimentó el mundo no se debió tanto a la irrupción de las nuevas máquinas, por impresionantes e importantes que fuesen. La invención auténticamente heroica fue la de las instituciones económicas, sociales y políticas en las que esa maquinaria se insertó. Y si esas instituciones surgieron fue para perfilar aún más la definición del capitalismo industrial, consiguiendo diferenciarlo cada vez más de su predecesor y antepasado, el capitalismo de guerra.³⁸

La creación de un estado político de esas características en el centro neurálgico del capitalismo industrial fue el fruto de una compleja coreografía de empeños diversos. Un grupo de manufactureros de creciente poder y riqueza comenzó a presionar al estado para lograr que este reconociera sus intereses, y, finalmente, tanto los políticos experimentados como los burócratas acabaron comprendiendo que la elevada posición que ellos mismos ocupaban en el mundo hallaba fundamento en el talento que habían demostrado las manufacturas de Gran Bretaña para expandirse rápidamente. Los manufactureros defendieron sus contrapuestos intereses —como ocurrió, por ejemplo, en el caso de la Compañía de las Indias

Orientales— y lucharon también contra las élites que competían con ellos —como habría de sucederles con los aristócratas terratenientes—. Y a medida que los comerciantes y los manufactureros fueran acumulando una significativa cantidad de recursos y que el estado comenzara a depender de ellos, estos nuevos capitalistas empezarían a quedar en situación de traducir en influencia política la creciente importancia que habían adquirido en la economía nacional.³⁹ Los propietarios de las fábricas textiles comenzaron a mostrarse cada vez más activos en términos políticos, y sus inquietudes acabarían culminando en la Ley de Reforma de 1832, por la que se les concedió el derecho al sufragio —circunstancia que permitiría que muchos de ellos fueran a parar a la Cámara de los Comunes, dedicándose desde ella a presionar con toda energía y tenacidad en favor de los intereses (globales) de su particular sector industrial, influyendo tanto en las leyes del maíz como en la expansión colonial británica—. ⁴⁰ El argumento que los manufactureros utilizaron al exigir políticas propicias para sus planes reveló ser tan directo como sorprendentemente moderno, según puede apreciarse en esta petición a la Hacienda británica fechada en 1789 y rubricada por 103 fabricantes de artículos de algodón de los alrededores de Glasgow:

Que los peticionarios abajo firmantes comenzaron muy pronto a manufacturar muselinas en Gran Bretaña, logrando en los últimos años grandes progresos en la extensión y mejora de esta valiosa rama del comercio, así como en la dedicada al aprovechamiento de otros géneros, como los denominados calicó y los de carácter misceláneo. Que la potencia de la maquinaria empleada en esta factoría, sumada a las nuevas instalaciones —que los aquí solicitantes hemos podido construir gracias al amplio período de práctica de que hemos disfrutado—, genera un excedente de mercancías que el consumo interno no alcanza a agotar, y que, por consiguiente, se vuelve indispensablemente necesario extender muy notablemente las ventas en el extranjero a fin de mantener ocupada la maquinaria.⁴¹

Erigido a dos manos por unos manufactureros recién elevados a posiciones de poder y un estado de facultades inmensamente acrecentadas, el capitalismo industrial halló una respuesta muy distinta a la cuestión de cómo movilizar la mano de obra, el capital y los mercados que la que alcanzó a encontrar antes que él su progenitor, el capitalismo de guerra. A diferencia de lo que ocurría en las Américas, la energía de los obreros podía movilizarse en Gran Bretaña debido a que los cambios introducidos en el medio rural —entre los que destacan las modificaciones de orden legal— ya

habían provocado por entonces la aparición de un vasto conjunto de proletarios desprovistos de tierras que se veían obligados a vender su fuerza de trabajo para poder sobrevivir —y que accedían a esa transacción sin necesidad de ser coaccionados físicamente—. Además, y a diferencia igualmente de lo que sucedía en la economía de las Américas, basada en el producto de las plantaciones, la necesidad de tierras de las manufacturas algodoneras no solo era bastante limitada sino que se centraba fundamentalmente en poder acceder a una fuente de agua corriente. Si el mercado de parcelas llevaba siglos funcionando, y si los derechos de propiedad de los bienes inmuebles gozaban de la relativa protección y garantía del estado, la apropiación de tierras que tanto había caracterizado al capitalismo de guerra no solo no iba a surgir en el suelo mismo de Gran Bretaña sino que no podía admitirse en la metrópoli. Al mismo tiempo, el nuevo estado, de índole intervencionista, tenía potestad para promover que la tierra se empleara en aquellos fines que se consideraran favorables al desarrollo económico general, permitiendo por ejemplo la expropiación de terrenos destinados a la construcción de carreteras de peaje o a la excavación de canales. Además, ese estado, altamente centralizado y burocratizado, era también el encargado de regular y gravar tributariamente la industria nacional.⁴²

El último y quizá más decisivo factor para el buen fin de esta fase temprana del naciente capitalismo industrial pasa por el hecho de que los mecanismos del capitalismo de guerra podían ser ahora externalizados gracias a la expansión imperial del estado, lográndose así, en la práctica, que los capitalistas no tuvieran tanta necesidad de reorganizar la estructura social de su propio país y consiguieran no depender tanto de los recursos nacionales —ya se tratara de mano de obra, de comida o de materias primas—. De hecho, tanto en las dos Américas como en África y Asia, el capitalismo de guerra había solucionado ya algunos de los problemas que planteaba la movilización de la fuerza de trabajo, la obtención de materiales básicos y la disponibilidad de territorios y mercados. Y una vez más, el factor que revela ser la raíz causal de la externalización de una parte de la activación de la mano de obra, las tierras y los recursos que precisa la industria es la presencia de un estado fuerte (o mejor dicho, de un estado

fortalecido por las acumulaciones de medios institucionales y financieros previamente realizadas por el capitalismo de guerra). De hecho, este estado podía imponer la puesta en marcha de distintos tipos de instituciones en diferentes partes del mundo, haciendo coexistir, por ejemplo, la esclavitud con el trabajo asalariado.

Los manufactureros, los comerciantes y los estadistas edificaron así una nueva forma de capitalismo —un capitalismo llamado a hacerse con el dominio de gran parte del globo a finales del siglo XIX.

El estado moderno que latía en el interior de esa emergente estructura institucional quedaba a veces oculto tras un velo que lo hacía menos «visible» que la autocrática gobernación de los monarcas, dando así la impresión de ser «más débil» que esta —sobre todo por el hecho de que su poder empezaba a quedar progresivamente asociado e implícito en un conjunto de normas, leyes y mecanismos burocráticos claramente impersonales—. Paradójicamente, el capitalismo industrial consiguió restar visibilidad al poder del estado en el mismo momento en que lo ampliaba. Lo que regulaba los mercados no era ya la autoridad personal del rey, el señor, el amo o las costumbres ancestrales, todo lo contrario: lo que constituía ahora esos mercados era un puñado de reglas explícitas incesantemente reforzadas por la concreción de contratos, leyes y normativas. Los estados más débiles siguieron dependiendo de sus redes clientelares, de la subcontratación de la autoridad y de una dominación arbitraria —características todas ellas incapaces de ofrecer el suelo fértil que precisa el surgimiento del capitalismo industrial—. Y a medida que el colonialismo europeo fuera extendiendo sus tentáculos por un mayor número de regiones planetarias iría reforzando también las potestades estatales de los colonizadores, minando al mismo tiempo la autoridad política y la jurisdicción estatal de los colonizados. Y si la capacidad de maniobra del estado fue adquiriendo una importancia creciente, su distribución por el conjunto del globo fue revelándose en cambio cada vez más desigual.

Resulta muy elocuente que Edward Baines, pese a argumentar en 1835 que «este comercio [del algodón] no ha sido el niño mimado del gobierno ni gozado de una especial protección», enumere a continuación una lista

cronológicamente ordenada de todas las «interferencias de la legislatura» relacionadas con la industria algodonera, lista en la que se incluyen desde el establecimiento de prohibiciones a la imposición de aranceles y que ocuparía siete páginas si quisiéramos incluirla aquí: es claro que esto constituye un sorprendente recordatorio de la importancia que concedía el estado a las medidas tendentes a garantizar el «libre» comercio del algodón —. ⁴³ En Gran Bretaña —y en último término en un puñado de estados más—, esta dependencia de los capitalistas respecto del estado determinará que unos y otros queden unidos por un fuerte vínculo, produciéndose así una especie de territorialización y «nacionalización» del capital manufacturero. Lo que resulta irónico es que este nexo de unión entre los capitalistas y el estado termine por incrementar también el poder de los trabajadores, que podrán valerse del hecho de que la autoridad estatal dependa a su vez del consentimiento de los gobernados para movilizarse colectivamente en favor de unos salarios más elevados y unas mejores condiciones laborales.

Otra de las razones que acabarán por determinar que la forma en que el capitalismo de guerra alcance a movilizar la tierra, el trabajo y los mercados resulte en gran medida irrelevante en el seno de la propia Europa se deberá también al formidable poder de los estados modernos (es decir, a lo que Hegel habría llamado el «espíritu de la historia»). Esto es sorprendente, y por muchas razones. A fin de cuentas, la puesta en marcha de empresas de grandes dimensiones, capaces de proceder a una intensiva utilización del capital, de movilizar a un gran número de trabajadores y de dirigir muy de cerca su supervisión es algo que ya se había empezado a hacer, y con enormes beneficios, en las plantaciones de las Américas —hasta el punto de que ese sistema de gestión parecía mostrar el camino a seguir para reorganizar la producción—. Sin embargo, en la propia Gran Bretaña, los cimientos del capitalismo como tal surgirán efectivamente del capitalismo de guerra, pero no así su naturaleza. Para ejercer un dominio sobre la producción no se esclavizará a los obreros ni se procederá al exterminio de poblaciones enteras, puesto que los capitalistas no alimentan la fantasía de establecer fronteras que escapen al largo brazo del estado. Esta situación reviste un carácter revolucionario, pero en nuestro mundo —un mundo en

el que los cimientos institucionales del capitalismo industrial han pasado a convertirse en un lugar común— resulta difícil apreciar lo revolucionario que fue.

Además, la relación entre la expansión de las manufacturas y el fortalecimiento del estado irá reforzando a ambos socios. Si el estado británico viene a afianzar el dinamismo económico de la industria algodonera, la abundante producción de esa misma industria estará llamada a adquirir también una importancia creciente para el estado británico. Según Edward Baines, para sostener las guerras de finales del siglo XVIII y principios del XIX —las mismas que lograron establecer su hegemonía en el Atlántico—, Gran Bretaña hubo de extraer muy notables recursos del comercio, y lo cierto es que la línea de negocio más relevante para la nación era la algodonera: «Sin los medios que le proporcionaban sus prósperos manufactureros y la intensa actividad comercial, el país no habría conseguido mantenerse firme en un conflicto como ese, tan prolongado y extenuante». Según las estimaciones de Baines, entre los años 1773 y 1815 se exportaron artículos de algodón por valor de 150 millones de libras esterlinas, llenándose así las arcas de los manufactureros y los comerciantes —además de las del estado—. Para empezar, fue el gran volumen de las transacciones y el carácter favorable de la balanza comercial lo que proporcionó al estado los ingresos necesarios para invertir, por ejemplo, en la expansión de su poderío naval. De hecho, los ingresos del estado se multiplicaron por dieciséis entre finales del siglo XVII y principios del XIX, período en el que Gran Bretaña habría de estar en guerra nada menos que cincuenta y seis años en total. Además, fueron los aranceles los que proporcionaron al estado una tercera parte de los ingresos que obtuvo en 1800. Así habría de señalarlo la *Edinburgh Review* en 1835: «¡En qué elevada medida depende nuestra prosperidad y poder del constante progreso y extensión de la actividad de los [manufactureros]!». Tanto los funcionarios como los regidores del estado comprendieron que la manufactura era un medio de que el poder político consiguiera ingresos, dado que el estado mismo había pasado a asentarse ahora en el mundo industrial que había contribuido a crear.⁴⁴

Las primeras y aún vacilantes fases de esta potente aceleración económica —que ejemplifica a la perfección la factoría de Quarry Bank— quizá nos parezcan modestas. A los ojos del observador actual, las nuevas tecnologías podrían presentar todavía un cierto aire pintoresco, resultar pequeñas las fábricas y juzgarse reducido el impacto de la industria algodonera —limitado como estaba a un puñado de regiones de una zona muy poco extensa del mundo—, dado que, además, la mayor parte del planeta, e incluso el grueso de los territorios de la propia Gran Bretaña, seguían en la misma situación que antes. Y, de hecho, si contemplamos las cosas desde una perspectiva global, no hay duda de que la capacidad productiva de las primeras factorías que habían empezado a tachonar la campaña inglesa era efectivamente minúscula. A fin de cuentas, en 1750 los hilanderos y los tejedores chinos procesaban una cantidad de algodón cuatrocientas veinte veces superior a la que alcanzaban a movilizar sus colegas británicos en 1800 —y las cifras de los trabajadores indios eran muy similares—. ⁴⁵ En 1800, es decir, dos décadas después de que Samuel Greg contribuyera al alumbramiento de la Revolución Industrial, la cantidad de tejidos de algodón que producían las máquinas inventadas en las islas británicas representaba menos del 1 % de la producción algodonera global. Sin embargo, una vez instalado, el andamiaje social e institucional del capitalismo industrial —surgido al fin tras las largas décadas de conflictos entre los capitalistas, los aristócratas, el estado, los trabajadores y los campesinos— no tardaría en hacerse extensivo a otras industrias y otras regiones del mundo. Y lo cierto es que el terreno que se abría de este modo a la irrupción de nuevas transformaciones era inmenso.

La Revolución Industrial, impulsada por el algodón, constituyó «el acontecimiento más importante de la historia del mundo», por emplear las palabras del historiador británico Eric Hobsbawm. Dicho proceso creó un universo totalmente distinto a cuanto lo había precedido. «Esta tierra de largas chimeneas», según la expresión que empleara en 1837 el fabricante de géneros de algodón Thomas Ashton, no solo difería del centenario cosmos de la campaña británica sino que constituía un gran salto adelante

respecto del mundo del capitalismo de guerra que los comerciantes, los plantadores y los funcionarios del estado habían logrado forjar en el transcurso de los doscientos años anteriores. El espectáculo de su funcionamiento iba a atraer a visitantes de los cuatro puntos cardinales, todos ellos simultáneamente sobrecogidos y horrorizados al comprobar sus ciclópeas dimensiones: su interminable hilera de chimeneas, sus caóticas ciudades, las sensacionales transformaciones sociales a que había dado lugar... Un viajero inglés que visita la zona en 1808 verá en Manchester una población «abominablemente sucia. La máquina de vapor apesta, las tintorerías son ruidosas y repugnantes, y el agua del río tan negra como la tinta». En 1835, Alexis de Tocqueville hará esa misma peregrinación y en su relato señalará que «un espeso y negro humo cubre la ciudad. El sol aparece a su través como un disco sin rayos. En medio de esta incompleta luz diurna se agitan sin cesar trescientos mil seres humanos. Mil ruidos se elevan constantemente de este laberinto húmedo y oscuro, pero no son en modo alguno los sonidos ordinarios que salen de los muros de las grandes ciudades». No obstante, añade Tocqueville, «en esta cloaca infecta encuentra su fuente el mayor río de la industria humana y de aquí parte a fecundar el universo. De esta alcantarilla inmunda brota oro puro. Aquí el entendimiento humano se perfecciona y se embrutece; aquí la civilización produce sus maravillas y el hombre civilizado retorna casi al salvajismo». Los observadores venidos de unos Estados Unidos todavía presididos por un bucólico entorno pastoril, quedarán aterrados al comprobar la situación del Viejo Mundo: Thomas Jefferson se confesará deseoso de que sus compatriotas «nunca ... lleguen a dar vueltas a la rueda ..., es mejor dejar que nuestros talleres continúen en Europa».⁴⁶

Antes de que transcurran dos décadas habrá de constatarse que, dentro de la propia Gran Bretaña, la evolución del proceso de producción del algodón va a ser enorme. Esta evolución, que se inicia como uno de los muchos despojos de guerra de la expansión imperial, terminará convirtiéndose en la mercancía básica y motriz de la Revolución Industrial. De las blancas y lanosas cápsulas del algodón emerge así un sistema nuevo: el del capitalismo industrial. Desde luego, también hubo despliegues de inventiva e innovación en otros sectores industriales, pero el algodón fue el

único que adquirió magnitud global, y solo él alcanzó a mostrar también un fuerte vínculo con la coerción de la mano de obra y a conseguir que el estado imperial le prestara una atención absolutamente singular en su empeño de apoderarse de los mercados que precisaba controlar en todo el planeta.

Pese a que en último término el capitalismo industrial estuviera llamado a dominar el mundo, la repercusión más inmediata de su nacimiento iba a concretarse en el hecho de que contribuyera a la expansión y la agudización de las prácticas asociadas con el capitalismo de guerra en otras regiones del globo. Esto se debió a otra circunstancia: la de que el asimétrico liderazgo que Inglaterra ejercía en la explotación del capitalismo industrial descansara en la capacidad de sus comerciantes para conseguir que los suministros de algodón que requerían sus factorías se fueran volviendo cada vez más baratos y predecibles.⁴⁷ Y a pesar de que los fabricantes del sector algodonero británico empezaran a demandar súbitamente enormes cantidades de algodón, las estructuras institucionales del capitalismo industrial seguían teniendo un carácter excesivamente inmaduro y provincial como para generar la mano de obra y las extensiones territoriales precisas para producir por sí solas la totalidad del algodón que necesitaban. Por espacio de noventa años, entre 1770 y 1860 aproximadamente —en lo que fue un período verdaderamente terrible, como veremos—, el capitalismo industrial habrá de contribuir más a revitalizar que a sustituir al capitalismo de guerra.

En 1858, Richard B. Kimball, presidente de la Compañía Ferroviaria Galveston, Houston y Henderson, visitaba Manchester. Sus observaciones resultan asombrosas por lo que tienen de premonitorias: «Al entrar en su ciudad empecé a notar en los oídos una especie de zumbido, una vibración a un tiempo prolongada y continua, como si una fuerza irresistible y misteriosa se hallara en plena actividad. ¿Necesito decir que era el rumor de sus husos, de sus telares y de la maquinaria que los hace funcionar? ... Así que me dije a mí mismo, ¿qué relación puede haber entre la Energía de Manchester y la Naturaleza de América? ¿Qué vínculo podrá existir entre los campos de algodón de Texas y la factoría, el telar y el huso de

Manchester?». ⁴⁸ El lazo de unión que creía percibir Kimball pero que se revelaba incapaz de identificar era el cordón umbilical, todavía sin desprender, entre el capitalismo de guerra y el capitalismo industrial.

MANO DE OBRA CAUTIVA Y TIERRAS CONQUISTADAS



La conquista de nuevos territorios: Cristóbal Colón llega a La Española, 1492.

Nos hallamos ya muy lejos de aquella época en que los hombres vivían y morían, como las plantas, en el punto mismo en que el destino hubiera querido arraigarlos ... Pero de todos los viajes que encuentran su origen en la curiosidad, la ambición o el ánimo de lucro, ninguno puede compararse por la importancia de sus resultados, su extensión o la influencia que ha ejercido, al simple transporte del producto de un débil arbusto —pues nada

hay que alcance a parangonarse con los desplazamientos que la industria ha impuesto a la lana del algodón, cuyas metamorfosis son tan innumerables como nuestros anhelos y deseos.¹

ASIATIC JOURNAL, n.º 21, 1826

En 1857, el economista británico John T. Danson publicó un libro en el que intentaba desenmarañar la historia de la moderna industria textil del algodón. Respecto al misterio de la «relación existente entre la esclavitud estadounidense y las manufacturas de algodón británicas», este autor señala que «no hay, ni ha habido nunca, una fuente de suministro de algodón que pueda considerarse de gran magnitud, salvo la de las Indias Orientales, que no se mantiene de forma evidente ni exclusiva por medio del trabajo esclavo». En la mayoría de los casos, según señala Danson, los esfuerzos realizados para cultivar algodón con mano de obra libre habían fracasado, circunstancia que vendrá a prestar apoyo a su conclusión —en la que afirma que «hasta donde nos es dado saber, el [algodón] ha de seguir cultivándose, necesaria y fundamentalmente, por medio del trabajo esclavo»—. Por consiguiente, el vínculo entre el trabajo esclavo de Estados Unidos y la próspera industria algodonera de Europa aparece tan blindado que «no puedo sino juzgar superfluo», argumenta el escritor, «esgrimir una sola palabra» para «modificar el sistema existente».²

A primera vista, Danson parece estar en lo cierto. El año en que se publicó su ensayo, el 68 % del algodón llegado a Gran Bretaña procedía de Estados Unidos, y en la mayoría de los casos su cultivo había sido confiado a cuadrillas de esclavos. No obstante, esa realidad que parecía tan meridianamente obvia a Danson y a otros como él respondía de hecho a una invención reciente. La verdad es que, en los cinco mil años de historia que contaba ya la industria del algodón mundial, la esclavitud nunca había desempeñado un papel excesivamente importante. Y además la novedad no residía únicamente en la esclavitud. El emergente complejo algodonero que giraba en torno al eje europeo revelaba ser por otra parte único, dado que no obtenía la producción de materias primas de los campesinos de las inmediaciones. En el año 1791, en todo el mundo, el cultivo del algodón destinado a la industria manufacturera no solo seguía en manos, en la

mayoría de los casos, de los pequeños labradores de Asia, África y Latinoamérica, sino que se consumía *in situ*.³ Al registrarse en Gran Bretaña el crecimiento explosivo de las manufacturas no se sabía con exactitud dónde podría obtenerse el algodón suficiente para alimentar a sus hambrientas factorías. Sin embargo, pese a estos desafíos, nunca antes se había agigantado una industria de esa manera, y menos a esa velocidad. De hecho, si creció hasta alcanzar las dimensiones que terminó adquiriendo, y con la rapidez con la que lo hizo, no fue a pesar de la peculiaridad geográfica de sus suministros ni de su particular capacidad para utilizar mano de obra esclavizada, sino precisamente gracias a ello.

En el crisol que supuso la revolución algodonera de finales del siglo XVIII, la fibra de esta planta lograría forjar su último y más importante vínculo con la nueva forma de capitalismo emergente —simultáneamente global, dinámica y violenta—, una forma cuyo sello distintivo pasaba por la expropiación coercitiva de tierra y fuerza de trabajo. La enorme brecha abierta entre los imperativos de las manufacturas mecanizadas y las capacidades productivas de la agricultura premoderna exigían que este nuevo capitalismo contuviera la esclavitud en su médula misma.⁴ Embarcadas en un rápido proceso de expansión, las factorías consumían el algodón a tanta velocidad que solo las exigencias del capitalismo de guerra alcanzaban a garantizar la necesaria reasignación de tierras y mano de obra para su cultivo. En consecuencia, tanto los pueblos indígenas como los colonos dedicados a apoderarse de nuevas tierras, los esclavos, los dueños de las plantaciones, los artesanos locales y los propietarios de las fábricas estrenaron el nuevo siglo sumidos en un constante y unilateral estado de guerra. Como tan bien había entendido Danson, el factor que dejó la vía expedita a la apropiación de nuevas tierras y a la movilización de nuevos contingentes de mano de obra fue la coerción, convirtiéndose así en el ingrediente esencial del emergente imperio del algodón —y por ello mismo en el componente esencial de la forja del capitalismo industrial—. Sin embargo, al ponderar el origen y el destino del mundo en el que vivía, Danson acabará pasando por alto tanto el carácter novedoso del fundamental papel que desempeñaba en todo ello la esclavitud como la posibilidad misma de que esta pudiera llegar a su fin.

Como hemos visto, los agricultores habían estado miles de años cultivando algodón en Asia, África y las dos Américas. No obstante y a pesar de que la planta del algodón hubiera logrado encontrar un entorno favorable en vastas porciones de terreno fértil del mundo entero, lo cierto es que ni Lancashire ni cualquier otra porción de tierra de las islas británicas, dicho sea de paso, estaban llamados a ser uno de esos ecosistemas propicios. Si dejamos a un lado los invernaderos de los Jardines Reales de Kew (que incluso en nuestros días exponen en sus instalaciones las materias primas más importantes en que halló cimentación el imperio británico), tanto Gran Bretaña como buena parte de Europa eran tierras excesivamente frías y húmedas para el algodón. Entre los países punteros de Europa, solo la Francia revolucionaria —con su fervorosa fe en la posibilidad de reinventar el mundo— habría de intentar burlar los imperativos de la climatología local poniéndose a cultivar algodón —aunque lo cierto es que incluso ella habría de revelarse incapaz de lograrlo.⁵

De hecho, las manufacturas de algodón británicas —y más tarde su procesamiento industrial en toda Europa— parecían una apuesta descabellada, ya que era la primera gran industria de la historia de la humanidad que carecía de materias primas de producción local. En el Reino Unido, los fabricantes dedicados al negocio de la lana y el lino habían contado con el ganado lanar de Escocia y con los cultivos de lino ingleses; la industria siderúrgica se había valido de las menas de hierro de Sheffield, y los empresarios dedicados a la producción de piezas de alfarería habían trabajado con la arcilla que puede encontrarse en Staffordshire. El hilado y el tejido del algodón se hallaban en cambio en una situación diferente, de modo que los manufactureros británicos dependían por entero de las importaciones. Para prosperar no necesitaban únicamente las tecnologías asiáticas y los mercados africanos, sino también las materias primas de un tercer continente. Y las medidas que hubieron de adoptar para adquirir esos materiales les llevaron a levantar la primera industria manufacturera de integración global.

Sin embargo, en 1780, pese a que las innovaciones mecánicas se estaban produciendo a un ritmo notable, todavía quedaba por descubrir uno de los elementos clave de esa integración global: nada menos que el del

suministro efectivo del algodón mismo. Desde la perspectiva de los manufactureros y comerciantes británicos de algodón, la solución que se iría poniendo en marcha —consistente en hacer trabajar en el cultivo del algodón a los esclavos de las regiones sureñas de Estados Unidos, obligándoles a cultivar unas tierras previamente expropiadas a los indígenas de Norteamérica— distaba mucho de resultar obvia. A fin de cuentas, en 1780 todavía no se desembarcaba en Gran Bretaña una sola bala de algodón procedente de América del Norte. Todo lo contrario, ya que los manufactureros alimentaban sus fábricas valiéndose de una red de lejanos proveedores que les ofrecían su mercancía a pequeña escala. A los puertos de Londres y Liverpool llegaban bultos de «oro blanco» procedentes de Esmirna y de Tesalónica, en el imperio otomano; de Puerto Príncipe y Port Royal, en el Caribe; de Bombay, en la India; y de la Costa de Oro, en África. Hacía ya muchos siglos que el algodón bruto recorría rutas comparables inscritas en el perímetro formado por Asia, África y las dos Américas, y que unía las costas de Asia con las de Europa. El algodón sirio se solía hilar y tejer en Egipto, el de Maharashtra adquiría forma en Bengala, el de Hainan se procesaba en Jiangnan, el de la Anatolia se trabajaba en Lucerna, el del Yucatán en Tenochtitlan, y el de Macedonia en Venecia.⁶

En 1780, el crecimiento exponencial de la velocidad de hilado de las máquinas de las factorías británicas comenzó a solicitar con mayor insistencia esta red de vínculos tradicional. En 1781, los manufactureros británicos hilaron cerca de 2.300 toneladas métricas de algodón, cifra que solo era dos veces y media superior a la que acostumbraban a hilar ochenta y cuatro años antes. Sin embargo, apenas nueve años más tarde, en 1790, esa cantidad se había multiplicado por seis. En 1800, el volumen de algodón hilado llegaría prácticamente a duplicarse, alcanzando las 25.400 toneladas métricas. En Francia, la progresión fue menos vertiginosa, aunque no por ello dejaría de resultar notable: en 1789 se consumió una cantidad de algodón 4,3 veces mayor que en 1750: 4.990 toneladas. El precio del hilo, que se abarató rápidamente, empezó a generar un volumen de consumidores en constante expansión, sobre todo en Europa —donde el algodón, que poco antes había sido un producto de lujo que solo podían permitirse los

ricos, quedaba ahora al alcance de un gran número de personas— y en África —donde no tardaría en sustituir a los artículos que anteriormente elaboraban los hilanderos indios—. Como ya hiciera notar Edward Baines, el cronista de Leeds, en 1835, el incremento del consumo de algodón en rama «había sido rápido y constante, superando todos los precedentes registrados en cualquier otro tipo de manufactura».⁷

A medida que la demanda de algodón bruto se fue elevando ascendieron igualmente los precios. En la Gran Bretaña de 1781, el coste del algodón era de dos a tres veces mayor al de la década anterior. Los dueños de las fábricas de Manchester estaban «prácticamente convencidos de que a menos que se encontrara una nueva fuente de suministros, los progresos de esta floreciente industria quedarían estancados, por no decir que llegarían a detenerse por completo». En consecuencia, esos mismos manufactureros decidieron «constituir, a partir de la década de 1780, un poderoso e influyente grupo de presión para aunar esfuerzos e informar tanto a los propietarios de las plantaciones como al gobierno británico de sus exigencias».⁸

Esta súbita demanda de algodón, carente de todo precedente, unida a los lucrativos precios que se pagaban por él, terminaría por provocar, según un experto de la época, «el más extraordinario incremento de su cultivo que jamás se haya observado en parte alguna, asistiéndose a su explotación dondequiera que el clima y el suelo alcancen a producirlo; y a este respecto, todos los nervios del mundo comercial se hallan en tensión, prestos a atender nuestras demandas». Pese a haber sido una de las principales fuentes del algodón en rama que se recibía en Europa a lo largo de los doscientos años anteriores, los cultivadores otomanos se vieron ahora en la imposibilidad de satisfacer esta explosiva demanda. De hecho, durante la década de 1780, las exportaciones de Tesalónica y Esmirna se mantuvieron prácticamente estables. Dos elementos estaban limitando el suministro del algodón que se cultivaba en la Anatolia y Macedonia: por un lado la grave penuria de mano de obra que se padecía en la zona, y por otro la tenaz persistencia de las relaciones feudales que se mantenían vigentes en el universo rural otomano. La escasez de braceros llegó a tales extremos que a principios de la década de 1770 los terratenientes de la Anatolia occidental

necesitaron a varios miles de trabajadores griegos para cultivar el algodón —recurso que, a pesar de todo, siguió revelándose incapaz de proporcionar a los exportadores el volumen de materia prima que precisaban para atender las demandas de la industria europea—. El conjunto de las relaciones de dependencia —casi siempre de carácter precapitalista— que estructuraban el mundo de los cultivadores agrícolas, así como los esfuerzos que realizaban los campesinos para asegurarse la subsistencia, junto con la falta de una adecuada infraestructura de transportes y la perseverante independencia política del estado otomano contribuirían a impedir que los europeos hicieran presiones destinadas a lograr que la producción de algodón se efectuara en régimen de monocultivo. No tardó en descubrirse que resultaba imposible encontrar rápidamente nuevas tierras de labor y mano de obra para dedicarlas al cultivo del algodón. Además, las élites locales continuaban siendo un formidable contrapeso que se oponía a la presencia de los comerciantes occidentales, cada vez más influyentes, en determinadas ciudades portuarias —como, por ejemplo, Esmirna y Tesalónica—, obstaculizándose así la capacidad de los capitalistas occidentales para reformar la estructura social de la campiña y producir de ese modo una mayor cantidad de algodón para abastecer los mercados mundiales. Los comerciantes occidentales competían también por la obtención de todo el algodón de que disponían los hilanderos que trabajaban en sus hogares —y que formaban una clase artesana de notables dimensiones y relativa prosperidad—. Por consiguiente, al algodón otomano no tardó en convertirse en un artículo de carácter marginal en los mercados europeos: si entre los años 1786 y 1790 el imperio otomano había sido el punto de origen del 20% de las importaciones de algodón de Gran Bretaña, veinte años después únicamente le aportaba ya el 1,28 %, no representando sino un minúsculo 0,29% al transcurrir una década más. Incapaces de revolucionar su campiña y sus redes comerciales, o no albergando deseo alguno de acometer esa transformación, los tratantes y cultivadores de algodón otomanos quedaron expulsados del emergente sistema industrial europeo.⁹

Al constatar que esta fuente tradicional de suministro para la producción algodonera se revelaba insuficiente para atender la enorme demanda, los manufactureros, desesperados, pusieron sus miras en otros puntos de la geografía mundial. El comerciante de algodón William Rathbone y el hilandero Richard Arkwright, por ejemplo, realizaron una intentona que, pese a saldarse con un fracaso, se proponía incrementar el suministro de algodón procedente de África creando para ello una empresa: la Compañía Sierra Leona. Los fabricantes de géneros de algodón también contemplaron con ávidos ojos las copiosas cosechas de algodón de la India. Dado que la Compañía Británica de las Indias Orientales disfrutaba de un poder muy significativo en el subcontinente y que la India era una de las sedes más antiguas de la industria algodonera mundial, fueron muchos los empresarios de la época que consideraron lógico esperar que ese consorcio británico terminara convirtiéndose en una de las más importantes fuentes de materia prima. No obstante, la Compañía reaccionó con sumo recelo a los llamamientos que le llegaban de Manchester. Según argumentaban sus dirigentes, la exportación de algodón en rama acabaría por socavar las manufacturas de la India y por consiguiente su propio y muy rentable negocio de exportaciones de tejidos de algodón. «Si las manufacturas de Bengala padecieran una restricción material, del tipo que fuese», advertía la Compañía Británica de las Indias Orientales en 1793, «decreciendo de manera considerable su producción, los ingresos de ese país caerían en picado, y la situación de sus pobladores se desplomaría más allá de lo subsanable, ya que no cabe esperar que un incremento del cultivo de materias primas, por considerable que fuera, pudiese equilibrar una reducción sustancial de la ampliación y el fomento de las manufacturas».¹⁰ Es más, una producción destinada mayoritariamente a las exportaciones haría que la alimentación de los campesinos pasara a depender en exceso de la compra de cereales en el mercado, circunstancia que, «en una estación difícil, podría conllevar una penuria de grano, e incluso una hambruna, provocando con ello la desolación del país y la aniquilación de los ingresos».¹¹ La Compañía Británica de las Indias Orientales enviaba en barco a China todo el algodón que alcanzaba a conseguir en el subcontinente indio a fin de financiar con él la adquisición de té —lo que le

evitaba tener que exportar dinero en efectivo a Extremo Oriente—. Sin embargo, la resistencia de la Compañía Británica de las Indias Orientales a las demandas de los empresarios ingleses no vino sino a sumarse a otras complicaciones: las infraestructuras que determinaban que el envío de algodón a la costa implicara frecuentemente la asunción de unos gastos prohibitivos; la calidad del algodón indio, sobre todo en el caso del de fibra corta; y la falta de mano de obra de que adolecía el inmenso interior del Asia meridional. En resumen, las exportaciones de algodón indio a Gran Bretaña se revelaron insuficientes para satisfacer la creciente demanda de esta materia prima.¹²

Según parece, la situación reinante en las Indias Occidentales y Suramérica resultaba más prometedora que la de la India, África o la Anatolia. La tremenda demanda de algodón no era ningún secreto para los blancos que poseían plantaciones en la región, puesto que llevaban cultivando pequeñas cantidades de esta fibra desde la década de 1630. A medida que la necesidad de dicha materia prima fuera incrementándose, los comerciantes de las Indias Occidentales y Suramérica irían completando con un número igualmente creciente de cargamentos de algodón sus habituales transacciones de azúcar y otros productos básicos propios de los trópicos. También le añadirían la trata de esclavos, y buen ejemplo de ello sería la compañía de los hermanos Tarleton de Liverpool, cuyo negocio algodonero comenzó siendo una simple actividad accesoria, anexa a su principal comercio, que era el del tráfico de seres humanos.

Dado que había una fortuna en juego, los comerciantes europeos que operaban en el Caribe trataron de conseguir una mayor cantidad de oro blanco. Recurrieron a los plantadores caribeños, que poseían, a diferencia de los cultivadores de África, la Anatolia y la India, cerca de dos siglos de experiencia en la explotación de cosechas destinadas a los consumidores europeos, sobre todo de caña de azúcar. Dichos plantadores controlaban además otros dos elementos clave: un conjunto de tierras perfectamente adecuadas para el cultivo del algodón, y una dilatada maestría en el arte de movilizar a los trabajadores manuales y lograr que produjeran para los mercados mundiales. Durante el período de fuerte expansión comercial registrado entre las décadas de 1770 y 1790, el algodón empezó a presentar

visos especialmente atractivos para dos grupos emergentes de plantadores. El primero de ellos estaba compuesto por pequeños terratenientes que carecían del capital necesario para poner en marcha una plantación de azúcar y que deseaban dedicarse a un cultivo diferente que les permitiera labrar unos campos de labor de reducidas dimensiones, empleando menos esclavos que en los grandes ingenios azucareros y efectuando también menores inversiones —aunque sin renunciar por ello a la obtención de un fabuloso beneficio—. En Santa Cruz, por ejemplo, las plantaciones de algodón de tamaño medio requerían menos de una quinta parte de la mano de obra que se precisaba para sacar adelante una plantación de azúcar. El segundo grupo lo integraban los plantadores afincados en los territorios recién colonizados, ya que en este caso se dedicaban a plantar una cosecha inicial de algodón durante unas cuantas campañas a fin de preparar el suelo, valiéndose después de los ingresos obtenidos con el algodón para lanzarse al cultivo de la caña de azúcar.¹³

Considerada en su conjunto, la actividad de estos cientos de plantadores terminaría abriendo las puertas de un nuevo «frente de productos básicos» —de un nuevo territorio de producción algodonera—, inaugurándose de este modo un nuevo capítulo en la historia global del algodón. De hecho, tanto sus decisiones de negocio como el sudor de sus esclavos hicieron que las exportaciones de algodón del Caribe ascendieran de forma meteórica. Lo cierto es que, aun considerando únicamente la producción de las islas sujetas a la dominación británica, las importaciones de algodón procedentes de esta región habrían de cuadruplicarse entre los años 1781 y 1791. Los plantadores franceses imitaron su ejemplo, duplicando en ese mismo lapso de tiempo las exportaciones a Francia de lo que los manufactureros galos denominaban «*coton des Isles*», es decir, el procedente de Saint Domingue, la más importante de todas las islas algodoneras del Caribe.¹⁴ El crecimiento del algodón caribeño fue tan rápido que en el año 1800, un plantador de las Bahamas llamado Nathan Han refiere asombrado que el «comercio del algodón ha crecido de forma espectacular».¹⁵

El algodón del Caribe procedía de varios sitios. Las islas que ya se habían posicionado antes, en ese mismo siglo, a la vanguardia de la producción algodonera —como Jamaica, Granada y Dominica, por ejemplo— siguieron produciendo algodón, pero sus exportaciones se mantuvieron prácticamente estacionarias, situándose en torno a las 907 toneladas métricas a lo largo de la década de 1770, llegando a duplicarse, poco más o menos, en el transcurso de la de 1780. El aumento de la producción fue (relativamente) modesto por la doble razón de que el algodón había logrado hacerse un sólido hueco en la economía local y de que el cultivo de la caña azucarera, que requería una significativa inversión económica, no llegó nunca a abandonarse en favor del algodón.

Sin embargo, en las islas que contaban con una mayor superficie de tierras incultas y una cantidad menor de plantaciones de azúcar, la producción algodonera creció de manera exponencial. Entre los años 1768 y 1789, en Barbados, las exportaciones de algodón se multiplicaron por once, pasando de 108 a 1.179 toneladas métricas. Los motivos son varios. En primer lugar, la marabunta había hecho acto de presencia y diezmado el cultivo tradicional de la isla: el azúcar. Después, en 1780, un potentísimo huracán arrasó buena parte de la infraestructura azucarera de la zona, y no iba a resultar nada fácil volver a ponerla en pie, dadas las escasas posibilidades de conseguir materias primas de unos Estados Unidos desgarrados por la guerra de la Independencia. De esta forma, al quedar básicamente transformada en una inmensa plantación de algodón, Barbados pasó a convertirse en la isla algodonera más productiva de todo el imperio británico. De manera similar, los plantadores de Tobago, que en 1770 no habían exportado todavía un solo gramo de algodón, cargaron no obstante 680 toneladas métricas de esa fibra en los barcos mercantes que atracaron en sus puertos en el año 1780. Y los plantadores de las Bahamas, que tampoco habían cultivado ni una hectárea de algodón antes de la década de 1770, vendieron en 1787 cerca de 226 toneladas métricas de producto a los comerciantes británicos.¹⁶



La revolución algodonera del Caribe: cargamentos de algodón enviados por barco al Reino Unido desde las Indias Occidentales, años 1750 a 1795, en millones de libras.

De las islas francesas del Caribe también habrían de salir notables cantidades de algodón en dirección a Gran Bretaña. Una vez allí, los comerciantes ingleses contaban con la doble ventaja que les suponía tanto el lento crecimiento de la industria algodonera francesa como las abundantes importaciones de esclavos de Saint Domingue. Se estima que en 1770, por ejemplo, la cosecha de algodón de las islas francesas vino a representar el 56% de la producción algodonera del Caribe —cantidad que adquiere plena dimensión si la comparamos con el 35 % atribuible a las colonias británicas—. Por sí sola, la colonia de Saint Domingue consignó el 36% de los envíos marítimos de algodón —superando por tanto el volumen del conjunto de las islas británicas—. Veinte años más tarde seguía manteniéndose ese mismo desequilibrio. De las 6.350 toneladas métricas de algodón que produjeron las islas francesas en 1789, solo 2.721 se consumieron en la propia Francia, calculándose al mismo tiempo que en esa fecha los principales puertos franceses reexportaron 2.585 a Gran Bretaña.¹⁷

A medida que los industriales del sector algodonero europeo vieran incrementar paulatinamente su dependencia del algodón producido en las islas sometidas al dominio francés, estas irían asumiendo un papel cada vez más destacado en la economía general, sobre todo la de Saint Domingue. En 1791, esta colonia, cuya superficie se repartía casi por igual entre las plantaciones de algodón y las de azúcar, exportó 3.084 toneladas métricas de algodón a Francia, lo que suponía un incremento del 58% respecto del volumen que se había enviado ocho años antes —por no contar además las

importantes cantidades de materia prima que habían ido a parar a Gran Bretaña—. Los doscientos cincuenta mil esclavos africanos que importó la isla entre los años 1784 y 1791 alimentaron esta rápida expansión de la producción algodonera. En la década de 1780, es decir, en el período álgido del explosivo crecimiento que estaba experimentando el algodón, los precios de los artículos de este material aumentaron en Francia un 113% respecto de los registrados en 1770, con lo que el ritmo de importación de esclavos a Saint Domingue se situó muy cerca de los treinta mil al año. Ninguna otra región del mundo lograría igualar esa elasticidad del suministro de mano de obra —un abastecimiento que, por su tipo, constituye uno de los sellos distintivos del capitalismo de guerra—. De hecho, al difundirse por todo el continente europeo el empleo de las hiladoras mecánicas se incrementaría todavía más el número de africanos cargados de cadenas, hacinados violentamente en las bodegas de los buques negreros, vendidos en pública subasta en Puerto Príncipe, transportados a granjas perdidas en la campiña isleña y obligados finalmente a desbrozar, escardar y sembrar la tierra, para podar después las plantas y recoger el oro blanco que producían.¹⁸

En otras palabras, para el nuevo imperio del algodón la esclavitud revestía un carácter tan esencial como la disponibilidad de un clima adecuado o la existencia de campos fértiles. Era la esclavitud lo que permitía que esos plantadores respondieran rápidamente al incremento de precios y a la expansión de los mercados. Además, el régimen esclavista no solo hacía posible la movilización de un enorme número de trabajadores en un espacio de tiempo extremadamente corto, sino que también abría la puerta a la instauración de un régimen de violenta supervisión y a un tipo de explotación virtualmente perpetuo y acorde con los requerimientos de un cultivo que exigía, por emplear la fría jerga de los economistas, un «esfuerzo intenso».¹⁹ En este sentido resulta bastante elocuente que muchos de los esclavos obligados a realizar la extenuante tarea de cultivar el algodón hubiesen sido vendidos, y continuaran siéndolo, por un puñado de prendas de algodón —las mismas que las compañías europeas de las Indias Orientales llevaban al África occidental en barcos procedentes de diversas zonas de la India.

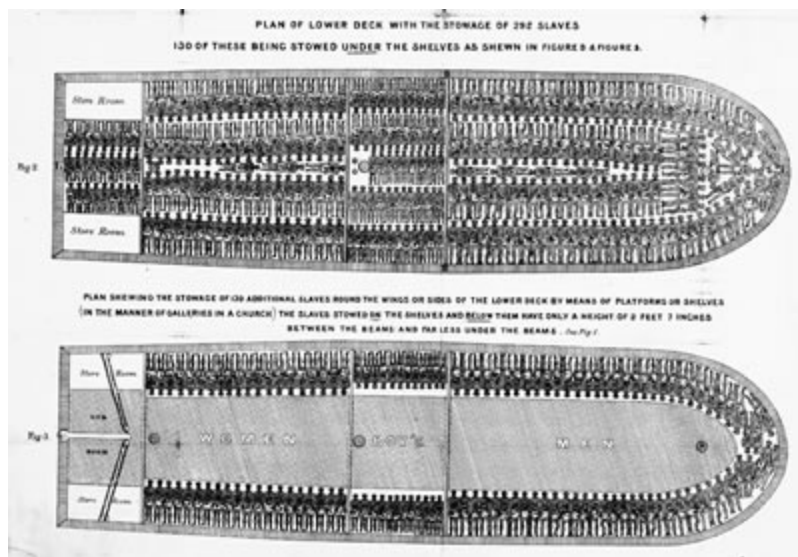
Animados por sus respectivos gobiernos nacionales, así como por el incesante aumento de los precios, la disponibilidad de mano de obra y la posibilidad de apoderarse, dentro de ciertos límites, de buenas extensiones de terreno, los plantadores caribeños se convirtieron rápidamente en la punta de lanza de la revolución algodonera. A partir de ese momento, las fronteras del mundo del algodón fueron avanzando, sustituidas incesantemente por otras más recientes e impulsadas por la doble fuerza de la implacable búsqueda de nuevas tierras y más brazos y la necesidad de cambiar de campos de cultivo, ya que los antiguos se veían ya en la obligación de evitar la depauperación ecológica que tan a menudo lleva aparejado el cultivo del algodón. Por consiguiente, la industria algodonera mundial hundía sus cimientos en una «incesante expansión espacial».²⁰

Los plantadores caribeños tenían una larga experiencia en el cultivo del algodón, pero lo mismo podía decirse de los granjeros otomanos e indios. Y si el suelo y el clima del Caribe resultaban sumamente adecuados para el crecimiento de esta planta, otro tanto ocurría con los campos y las condiciones meteorológicas de la Anatolia occidental o el centro de la India. Los comerciantes caribeños enviaban con toda facilidad grandes cantidades de algodón a los mercados europeos —y los negociantes de Esmirna y Surat no les iban a la zaga—. Sin embargo, los plantadores caribeños no se hallaban supeditados por tantas restricciones en materia de tierras y mano de obra como los agricultores otomanos e indios —encontrándose aquí la diferencia más importante entre ambas regiones—. Dado que la población nativa había sido diezmada y que del África occidental llegaban esclavos prácticamente todos los días, la capacidad de los plantadores caribeños para reaccionar con presteza a los movimientos de los nuevos mercados emergentes les situaba en una posición decididamente distinta a la del resto de los cultivadores de algodón. Pese a que los poderosos terratenientes otomanos e indios también recurrían a la coacción para obligar a los campesinos a trabajar en sus campos de algodón, las plantaciones de esclavos, como tales, nunca llegaron a arraigar.²¹ Además, las inyecciones de capital que posibilitaban una rápida reasignación de recursos en el Caribe se veían en cambio obstaculizadas en otras regiones del mundo debido al escaso número de latifundistas privados y a la tenaz fortaleza

política de los gobernantes otomanos e indios. En el Caribe, la disponibilidad de tierras sin explotar y de nuevos contingentes de mano de obra, capitalizada por un puñado de comerciantes, banqueros y plantadores europeos a los que se dejaba poco menos que las manos enteramente libres, terminó por precipitar la explosión del cultivo del algodón.

Todos estos factores iban a verse potenciados, además, por el respaldo —si bien moderado— que los plantadores recibían de sus respectivos gobiernos. En 1768, la Real Sociedad Británica para el Fomento de las Artes, las Manufacturas y el Comercio ya había instaurado un premio, consistente en una medalla de oro, «al mejor espécimen de algodón de las Indias Occidentales» —galardón que diez años después habría de reclamar para sí Andrew Bennet, de Tobago, tras haber dedicado años a estudiar decenas, cuando no centenares, de variedades de algodón—. En 1780, el gobierno británico gravó con un arancel el algodón que se importara al país en barcos extranjeros, estipulando asimismo que los «ingresos así obtenidos debían consagrarse al fomento del cultivo del algodón en las islas de Barlovento de su majestad y al estímulo de las importaciones de esa misma fibra a Gran Bretaña». Más tarde, la Cámara de Comercio británica solicitó a Anton Pantaleon Hove, un botánico polaco, que reuniera una cierta cantidad de semillas de algodón en la India y las enviara al Caribe. Andando el tiempo, ya en 1786, lord Sydney, ministro de Asuntos Coloniales —viéndose presionado por los industriales de Manchester—, lanzó un llamamiento a los gobernadores de las colonias de las Indias Occidentales, instándoles a animar a los plantadores a dedicarse al cultivo del algodón. En respuesta a este requerimiento, el gobernador de Dominica, John Orde, llegaría al extremo de prometer la entrega gratuita de tierras a todos aquellos individuos que se mostraran interesados en plantar algodón en la isla. Si, valiéndonos de la perspectiva que nos proporciona el tiempo, diéramos en considerar las cosas con los ojos de un observador de finales del siglo XIX, este tipo de apoyo estatal podría parecer un incentivo de poca monta, pero lo cierto es que apuntaba ya a un futuro en el que la implicación del estado en la obtención de las materias primas esenciales para la producción industrial iba a convertirse en una práctica generalizada.²²

No obstante, la verdadera importancia de los plantadores caribeños no residía en la cantidad de algodón que enviaban por barco a la metrópolis, aunque ese factor no dejara de resultar esencial, sino en la innovación institucional que el experimento caribeño había generado: la reorganización de la campiña por medio de la coerción física —algo que solo era posible en un entorno dominado por el capitalismo de guerra—. El cultivo del algodón con mano de obra esclava iba a motivar y a financiar un proceso de incorporación sin precedentes: el de un conjunto de territorios recién desprovistos de su población natural a la economía mundial. La práctica a escala continental de la esclavitud y la expropiación de tierras conseguiría crear así la expansiva y elástica red de suministro de algodón que requería la Revolución Industrial —surgiendo al mismo tiempo con ella los mecanismos precisos para inyectar las necesidades y los ritmos de la vida industrial europea en el medio rural del globo entero—. Este proceso hizo surgir además un tipo de esclavitud nuevo (al que los historiadores han dado en llamar «segunda esclavitud») estrechamente vinculado con la intensidad y los beneficios del capitalismo industrial —con una dinámica que no iba a tardar en arrastrar también al continente africano, dado que las economías del África occidental irían centrándose paulatinamente en proveer una cantidad drásticamente creciente de trabajadores a las Américas—. Aproximadamente la mitad de los esclavos (el 46% para ser exactos) que se vendieron en las Américas entre los años 1492 y 1888 llegaron a su destino después de 1780. El futuro de la esclavitud quedaba así sólidamente ligado al capitalismo industrial que había posibilitado.²³



Mano de obra cautiva: las cubiertas y sollados de un barco negrero.

Como muestra la explosión productiva del algodón caribeño, el capitalismo de guerra no tardó en revelarse transportable —debido precisamente al hecho de que la violencia era su característica fundamental—. Su siguiente parada iba a situarse en Suramérica. Dado que las exportaciones de algodón de las Indias Occidentales estaban creciendo a toda velocidad y que la espiral de la demanda aumentaba de forma todavía más rápida, los granjeros suramericanos descubrieron enseguida que el nuevo mercado del algodón resultaba muy rentable. Entre los años 1789 y 1802, en la Guyana, la producción de algodón creció de manera astronómica, disparándose un pasmoso 862% gracias al impulso que le había supuesto la simultánea importación de unos veinte mil esclavos a Surinam y Demerara.²⁴

Aún más destacado es el caso de Brasil. Los primeros cargamentos de algodón brasileño llegaron a Inglaterra en el año 1781 con el fin de completar la producción caribeña, pero su volumen no tardó en superar al de las islas centroamericanas. El algodón crecía de forma natural en muchas regiones de Brasil y los plantadores de ese país llevaban siglos exportándolo en pequeñas cantidades. En la segunda mitad del siglo XVIII, y como un ingrediente más del proceso de modernización económica de sus colonias brasileñas, Portugal comenzó a estimular el cultivo de algodón,

sobre todo en las regiones nororientales de Pernambuco y Maranhón. Cuando los primeros esfuerzos empezaron a dar sus frutos, el brusco aumento de la importación de esclavos llevaría a un observador de la época a señalar que «el blanco algodón ha hecho que Maranhón se vuelva negro». Y aunque al final el algodón acabara convirtiéndose en «el cultivo de los pobres», el crecimiento explosivo que experimentó inicialmente en Brasil vino impulsado por el surgimiento de unas plantaciones de esclavos de dimensiones cada vez mayores. Como también ocurría en las Indias Occidentales, el algodón de Brasil no llegaría a competir nunca con el azúcar —ni tampoco, andando el tiempo, con el café—, pero la parte que representaba el algodón en el conjunto de las exportaciones brasileñas crecería hasta un respetable 11% en 1800 y terminaría alcanzando el 20% en el período comprendido entre los años 1821 y 1830.²⁵

Al no tener que ceñirse a ninguna restricción, ni en materia de disponibilidad de tierras —como en las Indias Occidentales— ni en cuanto al número de braceros movilizados —al igual que en la Anatolia—, el volumen de la producción algodonera brasileña se expandió de forma muy notable. Entre los años 1785 y 1792, la cantidad de cargamentos de algodón que embarcaron en Brasil con destino a Inglaterra terminó superando a la que se movía en el imperio otomano. A finales de ese período habían llegado a las costas de Inglaterra cerca de 3.630 toneladas métricas de algodón brasileño —cifra que es preciso comparar con las 2.040 procedentes del imperio otomano y con las 5.440 de las Indias Occidentales—. En Maranhón, que por esa época era la región algodonera más importante de Brasil, las exportaciones se duplicaron entre los años 1770 y 1780, volviendo prácticamente a multiplicarse otra vez por dos en 1790 y triplicándose de nuevo en torno a 1800. Durante un breve lapso de tiempo de finales de la década de 1700 —es decir, de la época en que ni la producción algodonera de las Indias Occidentales ni la de los dominios otomanos habían logrado expandirse de forma suficiente (y antes de que el algodón norteamericano comenzara a inundar los mercados)—, Brasil quedó convertido en uno de los más importantes proveedores de materias primas con que contaba la floreciente industria textil británica. Los granjeros brasileños no solo produjeron cantidades muy significativas de

algodón, sino que también se revelaron capaces de cultivar una variedad de estambres particularmente largos que se adaptaba mejor a las manipulaciones de la emergente tecnología fabril.²⁶

En la década de 1780, los esclavos de las Indias Occidentales y Suramérica produjeron la inmensa mayoría del algodón que se vendió en los mercados de todo el mundo, de modo que el factor que mantuvo en funcionamiento la Revolución Industrial hasta el año 1861 fue esta explosiva mezcla de esclavización y conquistas. John Tarleton, un próspero comerciante negrero metido también en la industria algodonera de Liverpool, comprendió que la trata de esclavos, la exportación de las materias primas que producían las economías basadas en la explotación de plantaciones y el progreso del sector naviero británico eran elementos «mutuamente entrelazados e interconectados». Se trataba además de una combinación que generaba pingües beneficios, dado que el binomio formado por el algodón y los esclavos hacía ricos a un gran número de negociantes —tanto que el propio Tarleton calculaba, por ejemplo, que entre los años 1770 y 1800 su «fortuna» se había triplicado.²⁷

Pudiera tenerse la impresión de que los riesgos y los costes que llevaba aparejado el desarrollo de este sistema de suministros de alcance universal amenazaban con suponer un freno insuperable para el progreso de la industria algodonera. Y, sin embargo, el hecho de que los dueños de las fábricas de géneros de algodón dependieran por completo de una remota materia prima tropical acabaría convirtiéndose en su más distintiva y contundente ventaja. De hecho, es probable que sus factorías no hubieran conseguido expandirse tan rápidamente de no haber sido por la antiintuitiva apuesta de confiar por entero su suerte a los rendimientos de unas tierras y unos braceros situados en países muy lejanos. En 1800, Gran Bretaña consumía ya, por sí sola, unas cantidades de algodón tan fabulosas que se hubieran necesitado 168.382 hectáreas de terreno para cultivarlo. De haberse plantado todo ese algodón en Gran Bretaña, el país habría tenido que dedicarle más del 3,7 % de sus tierras de labor y se habría visto obligado a movilizar asimismo a unos 90.360 labriegos para hacer

fructificar todos esos hipotéticos campos de algodón. En 1860, fecha en la que el apetito de algodón era todavía mayor, habría tenido que destinarse más de un millón de trabajadores (es decir, la mitad de los campesinos británicos) a la labranza de las tierras —que en este caso habrían copado más de 2,5 millones de hectáreas o, lo que es lo mismo: el 37 % del suelo cultivable de toda Gran Bretaña—. Y como suposición alternativa, si diéramos en pensar que la actividad situada a la vanguardia de la Revolución Industrial pudiese haber sido la de los tejidos de lana en lugar de la de prendas de algodón, se habrían necesitado todavía más tierras para apacentar al número de ovejas que exigiría la producción de una cantidad de lana equivalente: 3,6 millones de hectáreas en 1815 y 9,3 millones en 1830 —cifra que supera la totalidad de las tierras de cultivo del conjunto de Gran Bretaña—. Y, tanto si contemplamos en nuestra hipótesis el escenario de un algodón cultivado *in situ* como si optamos por el del sector textil lanero, lo que observamos es que las limitaciones de tierra y operarios habrían hecho prácticamente imposible la súbita expansión de la producción de géneros textiles. Y lo que quizá sea aún más determinante: un escenario de ese tipo habría provocado unos disturbios inimaginables en la campaña británica y europea, puesto que su estructura social, como también sucedía con la del imperio otomano y la India, no se hallaba en condiciones de asumir una reasignación de tierra y mano de obra tan rápida y generalizada. La elasticidad de los suministros, tan esencial para la evolución de la Revolución Industrial, dependía por tanto de la propia posibilidad de explotar unos campos de cultivo lejanos con braceros igualmente distantes. Al interpretar las causas del ascenso de la productividad de Occidente, la capacidad que demostraron los estados europeos y sus capitalistas para reorganizar las relaciones económicas globales y expropiar por medios violentos tanto tierras como fuerza de trabajo reviste al menos la misma importancia que la tesis de la lejanía de los centros de producción de materias primas —cuando no más—, ya que en dicha facultad se han basado habitualmente las explicaciones tradicionales por las que se da cuenta de la inventiva técnica, las tendencias culturales y la ubicación geográfica y climática de un pequeño grupo de fabricantes de géneros de algodón radicados en una remota región de las islas británicas.²⁸

De este modo, el algodón de las Indias Occidentales y Suramérica comenzó a llegar abundantemente a los mercados de Liverpool, Londres, El Havre y Barcelona, permitiendo *de facto* la rápida expansión de las hilanderías mecanizadas. Con todo, esa expansión no iba a ser ilimitada. Como ya se ha señalado, tampoco las islas de las Indias Occidentales disponían de una gran superficie de tierras apropiadas para el cultivo de algodón, circunstancia que constreñía la producción de la fibra y colocaba su explotación en desventaja con la de la caña azucarera —al menos a largo plazo—. Tanto en esta zona como en Brasil —que contaba con grandes extensiones de tierras fértiles—, la necesidad de mano de obra de ambos cultivos determinaba que las plantaciones de azúcar compitieran igualmente con los campos de algodón. Por consiguiente, a principios de 1790, las exportaciones de algodón de las Indias Occidentales experimentaron un drástico declive: de acuerdo con un cálculo aproximado, en 1803 la región exportó apenas la mitad del algodón que había salido de sus costas en 1790, con lo que la cuota de mercado que ocupaba en Gran Bretaña quedó reducida al 10%. Ni siquiera el disfrute de un trato preferencial en las aduanas —como el que se concedió al algodón cultivado en Gran Bretaña a partir del año 1819— consiguió invertir la tendencia. A principios del siglo XIX, la cuota de mercado del algodón de las Indias Occidentales se desplomaba sin remedio, «acelerándose todavía más su caída a causa de la emancipación de los negros». En Brasil, el hecho de que no se procediera a un despliegue generalizado de los esclavos que trabajaban en los ingenios azucareros —a los que no se hizo pasar a la producción de algodón— actuó como un freno sobre la expansión de la producción algodонера. Como ya observara en su día James A. Mann, un experto en todo lo relacionado con esta materia prima, «si Brasil pudiera conseguir la mano de obra que necesita, no cabe la menor duda de que se convertiría en un gran proveedor de lo que precisamos».²⁹

En 1791, la revolución hizo que se tambaleara la isla algodонера más importante de todas —la de Saint Domingue—, deteniendo por completo la producción de materias primas, incluido el algodón. Protagonizando la mayor rebelión de esclavos de la historia, la población sometida de Saint Domingue se levantó en armas y consiguió derrocar al régimen colonial

francés, dando así nacimiento al estado de Haití y dictando la inmediata abolición de la esclavitud en la isla. De esta forma, el capitalismo de guerra se veía obligado a encajar el mayor revés sufrido hasta la fecha y a padecerlo además a manos de aquellos actores que menor poder parecían tener en principio: los centenares de miles de esclavos de Saint Domingue. El año anterior al alzamiento, la producción algodonera de Saint Domingue había supuesto el 24% de las importaciones británicas de algodón, mientras que en 1795, cuatro años después de la revolución, representaba únicamente el 4,5%. Así lo expresará un observador británico de la época: «Esa isla, que para nosotros ha sido una de las grandes fuentes en que abastecemos del artículo que denominamos lana de algodón, se encuentra, por estas causas, en un estado de anarquía y aflicción que la abocan prácticamente a la disolución». De hecho, el comentarista vaticina a continuación que le parece poco probable que «la tierra de las plantaciones, fertilizada por los desvelos y la sangre de los negros, vaya a conseguir incrementar siempre los montantes de nuestras arcas, aumentando nuestra extraordinaria riqueza, extravagancia y voluptuosidad». En 1795, las exportaciones de algodón a Francia habían experimentado ya una caída del 79%, e incluso diez años después del inicio de la rebelión, la recuperación de las exportaciones todavía no había logrado superar el listón del 33 % de sus niveles prerrevolucionarios. Además, la Asamblea Nacional francesa todavía iba a añadir nuevas preocupaciones a las ya inquietantes vías de suministro de algodón a Gran Bretaña al prohibir que los puertos franceses exportaran la fibra en bruto. En 1792, la *Pennsylvania Gazette* informaba de los hechos con una escueta noticia: «El algodón y el índigo ... debieron de verse gravemente perjudicados en 1791, dado que estaban a punto de entrar en sazón en las semanas de peores desórdenes».³⁰

La combinación del rápido aumento de la demanda de algodón con la agitación política que se estaba viviendo en el Caribe determinaría la aparición de un preocupante repunte de los precios que se veían obligados a pagar los industriales algodoneros, que no solo dependían de su capacidad para penetrar en nuevos mercados de tejidos de algodón sino que para hacerlo tenían que competir con los productores indios. A lo largo de los años 1791 y 1792, John Tarleton informaría repetidamente a su hermano de

que «el algodón está subiendo de día en día». En 1795 comentará que «el algodón se encarece de una forma asombrosa». En 1790, los precios del algodón de las Indias Occidentales alcanzaron un máximo de 21 peniques por libra. En 1791 la libra costaba ya 30 peniques. Y durante toda la década de 1790 los precios se mantuvieron invariablemente altos. Tan traumática resultó la experiencia de la revolución caribeña para algunos comerciantes algodoneros que, en una fecha tan tardía como la de 1913, la familia Rathbone, cuyos miembros pertenecían a uno de los grupos comerciales más importantes de Liverpool, todavía recordaba con angustia que una de las consecuencias del levantamiento se había concretado en la duplicación de los precios del algodón. Además, en 1793, tras estallar la guerra entre Francia y Gran Bretaña, se dejaron de importar artículos de algodón de las Indias Occidentales francesas a los puertos británicos del Caribe.³¹

Por consiguiente, en la década de 1790 los observadores interesados en seguir la marcha de este proceso comprendieron con claridad que, en Europa, todas las previsiones indicaban que la brecha que se había abierto entre la demanda y el suministro de algodón en rama estuviera llamada a crecer de forma tan rápida como continuada en el futuro. Así lo expresaba el escritor estadounidense Tench Coxe: «La peculiaridad de la fibra, al prestarse de manera tan idónea a que la maquinaria la convierta en hilo, telas, etcétera ..., ha determinado que dicha demanda se haya revelado, tanto en nuestro país como en el extranjero, muy extendida, constante y creciente».³² Se hacía patente que las técnicas tradicionales para la obtención de algodón se habían revelado insuficientes. No obstante, en las Indias Occidentales y en Brasil se había inventado, sobre la base de la experiencia obtenida a través de la economía del azúcar, una forma nueva de producir algodón —una forma que se centraba abiertamente en la explotación de grandes plantaciones y en el uso de esclavos—. Y a pesar de que en estas zonas del mundo el crecimiento de la producción no tardara en alcanzar sus límites, o en quedar alicortado por la revolución, como en el caso de Haití, había una región vecina que parecía reunir todas las condiciones necesarias para producir un abundante suministro de algodón:

los Estados Unidos de América, recientemente constituidos. Y fue justamente aquí donde la producción de algodón basada en la esclavitud consiguió elevarse a niveles totalmente desconocidos hasta entonces.

LA ESCLAVITUD TOMA EL MANDO

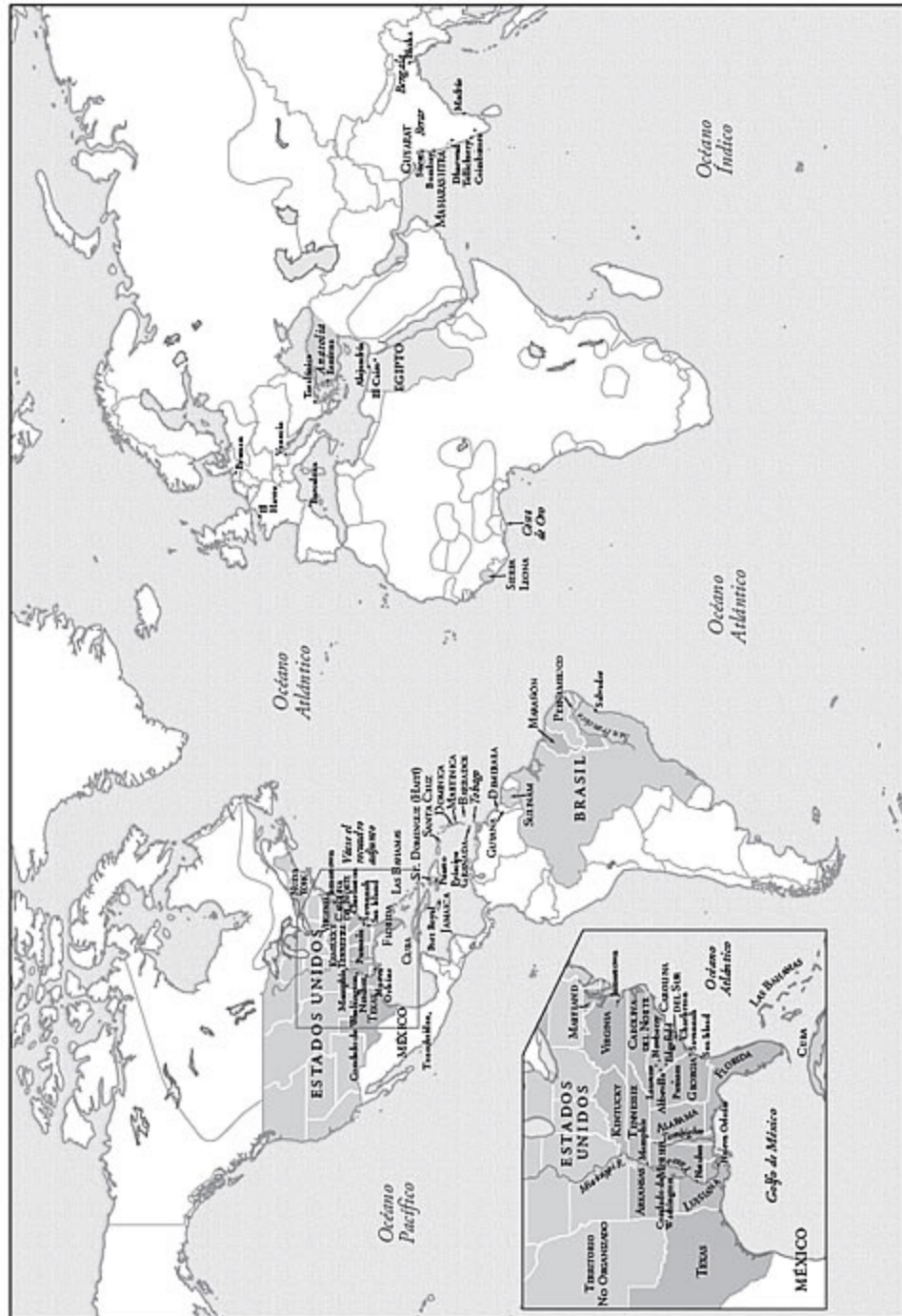


El capitalismo de guerra en acción: el maridaje de la esclavitud y la industria según el *American Cotton Planter*, 1853.

A lo largo de la década de 1780, es decir, en el mismo período en que las manufacturas británicas de algodón experimentaban un crecimiento exponencial, las presiones que se ejercían en los campos de cultivo de todo el mundo para lograr que produjesen las cantidades de materia prima que tan imperiosamente necesitaba la industria se incrementaron a un ritmo igualmente acelerado. A mediados de esa década, en el invierno de 1785, un barco estadounidense atracaba en el puerto de Liverpool. El viaje no presentaba ninguna característica sobresaliente. Miles de naves antes que ella habían hecho llegar la pródiga abundancia de Norteamérica a las costas de Gran Bretaña, presentándose repletas hasta los topes de tabaco, índigo, arroz, pieles, madera y otros productos básicos. Con todo, aquel buque era distinto: en sus bodegas, entre otras mercancías, aguardaban unas cuantas balas de algodón. Aquella carga despertó enseguida las sospechas de los aduaneros, de modo que los funcionarios de fronteras de los muelles de Liverpool procedieron a la inmediata confiscación del algodón,

argumentando que tenía que haber sido necesariamente traído de contrabando desde las Indias Occidentales. Pocos días después, la respuesta que obtuvieron los comerciantes de Liverpool Peel, Yates and Co. — responsables de la importación de aquel algodón— al solicitar a la Cámara de Comercio de Londres que se les permitiese entrar en las dependencias portuarias fue que esa materia prima no podía «haber sido importada de allí, dado que no es un producto que se dé en los estados americanos».¹

En realidad, para los europeos de la década de 1780, el algodón era una mercancía que solo podía provenir de las Indias Occidentales, Brasil, el imperio otomano o la India —pero no de Norteamérica—. Para los funcionarios de aduanas de Liverpool resultaba poco menos que inimaginable que pudiera importarse algodón de Estados Unidos. Y el hecho de que Estados Unidos pudiera llegar a producir algún día una cantidad significativa de esa materia prima se les hubiera antojado todavía más absurdo. A pesar de que el algodón fuera una planta autóctona de las regiones meridionales de la nueva nación y de que un gran número de colonos de Georgia y Carolina del Sur cultivaran pequeñas cantidades de esa fibra para su uso doméstico, lo cierto es que nunca se había procedido a sembrar los campos para dar a las cosechas una finalidad primordialmente comercial ni se habían exportado cantidades de algodón dignas de ser tenidas en cuenta. Como sin duda debían de saber las autoridades de la frontera británica, los plantadores estadounidenses dedicaban la fertilidad de sus extensísimas tierras y su no menos abundante cantidad de braceros esclavizados al cultivo del tabaco, el arroz, el índigo y también, aunque solo en parte, a la caña azucarera, pero desde luego no al algodón.²



La revolución de la esclavitud: la industrialización europea de la producción algodonera transforma el medio rural de las Américas, 1780-1865.

Evidentemente, los funcionarios cometían un espectacular error de juicio. Estados Unidos era un país formidablemente apto para la producción de algodón. El clima y el suelo de una amplia franja del sur de esa nación

poseía las condiciones que precisa el arbusto del algodón para prosperar, dado que no solo contaba con una pluviometría idónea, tanto por su cantidad como por su ciclo anual, sino que se caracterizaba por padecer pocas heladas, lo cual resultaba perfectamente adecuado para la planta. Los observadores más perspicaces ya habían tomado buena nota de ese potencial: en 1786, apenas un año después de que se hubiera presentado en el puerto de Liverpool aquel inesperado cargamento de algodón estadounidense, James Madison ya había predicho, en un arranque de optimismo, que Estados Unidos estaba llamado a convertirse en un importante país productor de algodón, mientras que, por otra parte, el mismo George Washington afirmaría que «el incremento de ese nuevo tejido (de algodón) ... ha de tener por fuerza infinitas consecuencias en la prosperidad de Estados Unidos». Tench Coxe, un hombre de Filadelfia que además era un destacado terrateniente del sur, realizaría un alegato algo más sutil, aunque no obstante igualmente contundente, en favor de las latentes capacidades de Estados Unidos como productor de algodón. En 1794, al constatar la rápida expansión que estaban experimentando las manufacturas de algodón de Gran Bretaña y el vertiginoso incremento de los precios que alcanzaba la fibra procedente de las Indias Occidentales tras la revolución de Saint Domingue, Coxe lanzó un llamamiento a sus compatriotas para hacerles caer en la cuenta de que «este artículo merece sin duda que los plantadores del sur le prestemos atención». Le animaban en esa iniciativa algunos industriales británicos, como por ejemplo John Milne, un negociante algodonero de Stockport que a finales de la década de 1780 se había tomado la molestia de embarcarse en la larga travesía del Atlántico para convencer a los estadounidenses de lo atractivo que podía resultarles el cultivo del algodón.³

Como tan acertadamente habían vaticinado estos observadores movidos por intereses personales, la producción de algodón no iba a tardar en convertirse en una actividad predominante en amplias zonas de Estados Unidos. De hecho, este cultivo iba a terminar quedando tan íntimamente asociado con la aventura estadounidense que las realidades anteriores —es decir, la hegemonía algodonera del imperio otomano, las Indias

Occidentales y Brasil— no tardarían en caer en gran medida en el olvido. Se revelaba así que Peel, Yates and Co. habían previsto la orientación de una de las dinámicas más relevantes del siglo XIX.⁴

En parte, la rápida expansión del cultivo del algodón en Estados Unidos se debió al hecho de que los plantadores se valieron de la experiencia que sus antepasados coloniales habían acumulado en relación con la explotación del oro blanco. En 1607, los pioneros llegados a Jamestown ya se habían dedicado al laboreo de esta planta. A finales del siglo XVII, distintos viajeros habían introducido semillas de algodón procedentes de Chipre y Esmirna en suelo estadounidense. Y a lo largo del siglo XVIII, los granjeros continuaron reuniendo conocimientos relacionados con el cultivo del algodón, recopilando para ello toda la información que les llegaba de las Indias Occidentales y el Mediterráneo y plantando semillas de ese arbusto traídas de dichas regiones, a cuyas fibras daban fundamentalmente un uso doméstico. En los agitados tiempos de las luchas por la independencia de Norteamérica, los plantadores comenzaron a cultivar mayores cantidades de algodón con el doble fin de sustituir con ellas las importaciones de tejidos de Gran Bretaña —ahora interrumpidas— y de mantener ocupados a sus esclavos, habida cuenta de que los cultivos en que habitualmente trabajaban —básicamente tabaco y arroz— se habían visto abruptamente desprovistos de mercados. En 1775, por ejemplo, Ralph Izard, un cultivador de Carolina del Sur, dio prestamente órdenes de que «se plantara una considerable cantidad de algodón para vestir a mis negros».⁵

El hecho de que existieran importantes semejanzas entre el cultivo del tabaco y el del algodón facilitó la veloz difusión del arbusto. Los conocimientos acumulados en el laboreo del primero pudieron emplearse ahora en la explotación del segundo. Es más, parte de las infraestructuras que habían permitido mover el tabaco en los mercados mundiales quedaron a disposición de quienes quisieron dedicarse al algodón. Por otra parte, durante el período de agitación revolucionaria que conoció el siglo XVIII, tanto plantadores como esclavos anduvieron yendo y viniendo entre las Indias Occidentales y lo que más tarde habría de ser Estados Unidos, lo cual

les dio la oportunidad de adquirir nuevos conocimientos sobre las plantaciones de algodón. En 1788, por ejemplo, y con la intención de publicitar su venta, los propietarios de un esclavo de Santa Cruz colocaron carteles en Estados Unidos en los que se afirmaba que el hombre estaba «familiarizado con el cultivo del algodón». El paradigma del cultivo del algodón con esclavos que se había inventado en las Indias Occidentales se difundía así a la región estadounidense del continente norteamericano.⁶

En 1786, los plantadores estadounidenses también empezaron a notar el alza de los precios generada a raíz de la rápida expansión de la mecanización de la producción de tejidos de algodón en el Reino Unido. Ese año, los plantadores recogieron la primera cosecha del conocido algodón de fibra larga de Sea Island, cuyo nombre se debe a que la ubicación de las plantaciones en las que crece —a partir de semillas traídas de las Bahamas— se encuentra en un conjunto de islas situadas justo enfrente de las costas de Georgia. A diferencia de los algodones locales, esta variedad poseía un estambre largo y sedoso que la convertía en una materia prima extraordinariamente bien adaptada a la producción de los hilos y las telas más refinadas —artículos que gozaban de una gran demanda entre los fabricantes de Manchester—. Pese a que las explicaciones divergen, es posible que el primero en tomar la trascendental iniciativa de cultivar esta especie fuera un tal Frank Levett. Este individuo, nacido y criado en el gran emporio algodónero de Esmirna, había abandonado las colonias norteamericanas —que acababan de alzarse en rebeldía— para instalarse en las Bahamas, pero al final regresó a Georgia, recuperó la propiedad de sus tierras y puso en marcha un gran proyecto de cultivo algodónero. Otros emprendedores imitaron su ejemplo, así que el cultivo de algodón de Sea Island terminó propagándose por toda la costa de Georgia y Carolina del Sur. De este modo, por ejemplo, las exportaciones de Carolina del Sur crecieron de forma exponencial, pasando de una producción inferior a las 4,5 toneladas —como la obtenida en 1790— a las 2.900 de 1800.⁷

En 1791, la producción recibió un impulso decisivo al desaparecer, a causa de la rebelión, la competencia de Saint Domingue —que era la principal fuente con que contaba Europa para abastecerse de algodón—. Esto disparó los precios y determinó que el conjunto de los plantadores de

algodón franceses quedaran diseminados por toda la región: unos partieron a Cuba y a otras islas y muchos terminaron por recalar en Estados Unidos. Jean Montalet, por ejemplo, uno de los numerosos plantadores de algodón expulsados de Saint Domingue, buscó refugio en el continente y poco después de llegar a Carolina del Sur adaptó una plantación de arroz a la producción de algodón. De un solo golpe, la revolución llevaba así la necesaria experiencia profesional a suelo estadounidense e incrementaba simultáneamente los incentivos económicos de los plantadores estadounidenses, que de este modo encontraron un importante acicate en el cultivo del algodón. Sin embargo, el levantamiento de los esclavos de las plantaciones de Saint Domingue también habría de transmitir a los manufactureros, plantadores y estadistas la sensación de que tanto el sistema del cultivo esclavista del algodón como el proceso de expropiación de tierras que estaban a punto de expandirse en Estados Unidos constituían una práctica inherentemente inestable.⁸

Pese a que la producción de algodón de Sea Island creciera con gran rapidez, lo cierto es que no tardó en alcanzar sus límites, ya que se trataba de un tipo de planta incapaz de prosperar en cuanto se la distanciara mínimamente de la costa. En el interior medraba en cambio una variedad de algodón diferente, el llamado algodón de las tierras altas, que no solo tenía un estambre más corto sino que poseía una fibra firmemente unida a la semilla. Con las desmotadoras que existían por entonces resultaba muy difícil eliminar los granos, pero dado que la demanda no dejaba de crecer y que los precios ascendían sin cesar, los plantadores pusieron a sus esclavos a la tarea, obligándoles a utilizar, en un lento y tedioso proceso, unas desmotadoras de rodillo inspiradas en las *churkas* indias.⁹

No obstante, pese a los esfuerzos de la mano de obra esclava, el resultado seguía siendo inadecuado. Los plantadores ansiaban disponer de algún artilugio capaz de separar con mayor rapidez las semillas y las fibras. En 1793, Eli Whitney, que pocos meses antes llegaba a Savannah tras dejar atrás sus días de estudiante en la Universidad de Yale, construía el primer prototipo operativo de una nueva forma de desmotadora de algodón que tenía la capacidad de eliminar rápidamente las semillas del algodón de las tierras altas. De la noche a la mañana, la máquina multiplicó por cincuenta

la productividad del proceso de desmotado. La noticia de la innovación corrió como la pólvora. Los granjeros de todo el país comenzaron a construir copias del aparato de Whitney. Como ya ocurriera en su día con la máquina de hilar y el bastidor hidráulico, la desmotadora de Eli Whitney también iba a permitir la eliminación de otro de los cuellos de botella que restringían la producción de tejidos de algodón. Surgió de este modo un movimiento que solo puede calificarse como una «fiebre del algodón». De hecho, se dice que las tierras aptas para el cultivo del algodón triplicaron su precio tras la invención de la desmotadora mecánica, con lo que «los ingresos anuales de quienes lo plantaban pasaron a duplicar los que se obtenían antes de la introducción de este cultivo».¹⁰

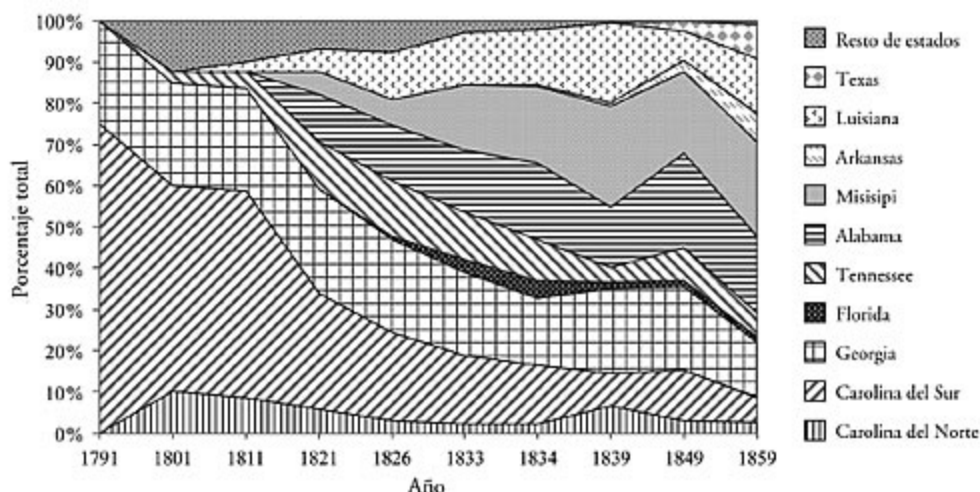
Después del año 1793, y gracias a esta nueva tecnología, la producción de algodón se expandió rápidamente, penetrando en las tierras interiores de Georgia y Carolina del Sur. De este modo, en 1795 empezaron a llegar por primera vez a Liverpool cantidades muy significativas de algodón —y en esta ocasión, hasta donde nos es dado saber, las aduanas no requisaron un solo gramo de estas nuevas partidas—. Con la llegada de nuevas y nutridas remesas de colonos a la región —en muchos casos emigrantes procedentes de las zonas septentrionales del sur de Estados Unidos—, la campaña local quedó totalmente modificada, pasando de ser un área escasamente poblada —en la que habitaban fundamentalmente unos cuantos grupos indígenas y algún que otro granjero dedicado a la agricultura de subsistencia y al laboreo de unas pocas parcelas de tabaco— a convertirse en un territorio totalmente inmerso en la fascinación del algodón.¹¹

Para posibilitar esa expansión de la producción, los plantadores llevaron consigo miles de esclavos a las nuevas tierras. En la década de 1790, la población esclavizada del estado de Georgia vino prácticamente a duplicarse, alcanzando un total de sesenta mil trabajadores sometidos. En Carolina del Sur, el número de esclavos de las regiones algodoneras de la zona septentrional pasó de los 21.000 de 1790 a los 70.000 que se registraron veinte años más tarde —cincuenta mil de los cuales acababan de ser traídos de África—. Al extenderse las plantaciones de algodón, la proporción de esclavos existente en cuatro de los condados septentrionales más característicos de Carolina del Sur se incrementó de forma notable, ya

que el 18,4% del año 1790 se transformó en un 39,5% en 1820, y en un 61,1% en 1860. En los años que finalmente habrían de desembocar en la guerra de Secesión estadounidense, el algodón y la esclavitud crecieron de forma paralela e íntimamente ligada, dado que Gran Bretaña y Estados Unidos se habían convertido en dos ejes fundamentales y gemelos del emergente imperio del algodón.¹²

El único problema de verdadera sustancia era el de la tierra, dado que una misma parcela solo podía utilizarse unos cuantos años: al cabo de ese tiempo era preciso abandonar el algodón y plantar legumbres o abonar los campos con guano —lo cual resultaba extremadamente costoso—. En estos términos se lamentaba un plantador del condado de Putnam, en Georgia: «Parece que no hemos de regirnos más que por una sola regla, y esta consiste en producir todo el algodón que podamos y en agotar toda la tierra que nos sea posible ... Las tierras que un día se revelan capaces de producir media tonelada de algodón por cada media hectárea de terreno terminan no dando más de 180 kilos». Sin embargo, ni siquiera el agotamiento del terreno conseguiría ralentizar el ritmo de los magnates del algodón: todo lo que hicieron fue desplazarse, avanzando hacia el oeste y hacia el sur. Las vastas extensiones de tierras recién despobladas por la fuerza y la circunstancia de que la mano de obra esclavizada pudiera transportarse, unidas a la nueva tecnología del desmotado, permitieron transferir sin dificultad el cultivo del algodón a nuevos territorios. Después del año 1815, los plantadores de algodón se trasladaron al oeste, penetrando en las fértiles tierras del norte de Georgia y de Carolina del Sur. Su posterior migración a Alabama y Luisiana, y su irrupción final en Misisipi, Arkansas y Texas, se ajustó de la forma más estrecha a las variaciones del precio del algodón. Pese a que el precio del algodón fuera declinando gradualmente a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, los cíclicos picos de los costes —como los registrados en la primera mitad de la década de 1810, entre 1832 y 1837, y una vez más a mediados de los años cuarenta del siglo XIX— acabarían saldándose con otras tantas explosiones expansionistas. Si en 1811, el 6,25 % del algodón que se cultivaba en Estados Unidos procedía de regiones y territorios situados en la zona occidental de Georgia y Carolina del Sur, en 1820 ese porcentaje se había situado ya en un 33%, alcanzando el 75% en

1860. Tanto en las féculas tierras sedimentarias que bordean las orillas del río Misisipi como en la zona septentrional de Alabama y la llamada «pradera negra»* de Arkansas no tardarían en surgir nuevos campos de algodón. Tan rápido fue este desplazamiento hacia el oeste que a finales de la década de 1830 Misisipi se revelaba ya capaz de producir más algodón que cualquier otro estado del sur.¹³



La progresión hacia el oeste: producción de algodón en los diferentes estados de Estados Unidos, 1790-1860.

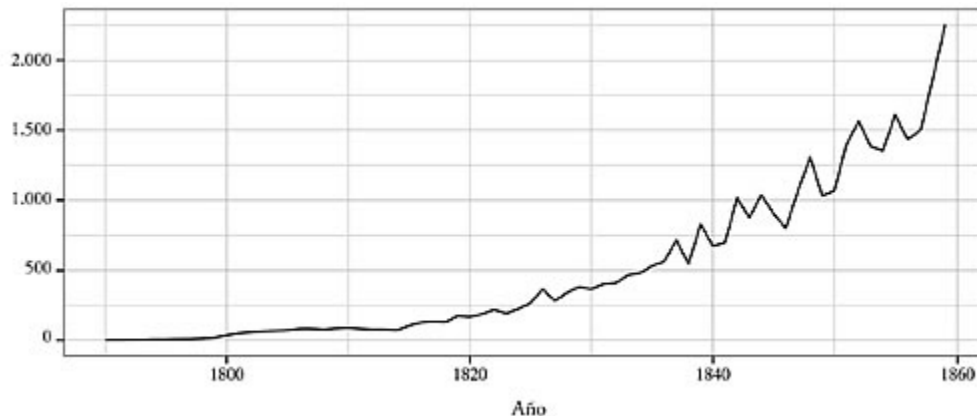
Estados Unidos irrumpió con tanta energía en el imperio del algodón que el cultivo de esa planta en el conjunto de las regiones del sur del país empezó a reorganizar rápidamente el mercado global del algodón. En el año 1790, tres años antes de que Whitney sacara a la luz su invención, Estados Unidos produjo 680 toneladas métricas de algodón; en 1800, esa cifra había ascendido a 16.556 toneladas; y en 1820 se situaba ya en 75.976. Entre 1791 y 1800, las exportaciones a Gran Bretaña se multiplicaron por 93, volviéndose a multiplicar, esta vez por siete, en 1820. En 1802, Estados Unidos era ya el proveedor de algodón más importante con que contaba el mercado británico, y en 1857 producía ya tanto algodón como China. El algodón de las tierras altas estadounidenses, a cuyo éxito había contribuido tan eficientemente la desmotadora de Whitney, se adecuaba extraordinariamente bien a las necesidades de los fabricantes británicos, pues a pesar de que la desmotadora dañaba las fibras, el algodón

seguía siendo apto para producir hilos y telas económicos y bastos —y lo cierto era que las clases bajas de Europa y del resto del mundo demandaban grandes cantidades de ambos artículos—. De no haber sido por los suministros estadounidenses, tanto el milagro de la producción en masa de hilos y tejidos como la posibilidad misma de que los nuevos consumidores alcanzasen a adquirir estos artículos baratos habrían encallado en las vetustas realidades del tradicional mercado del algodón. En el sector textil, la tan cacareada revolución consumista fue el resultado de una espectacular transformación de las estructuras de las plantaciones de esclavos.¹⁴

El ascenso de Estados Unidos a posiciones de predominio en los mercados mundiales del algodón se verificó a consecuencia de un radical vuelco de la situación preexistente. Pero ¿cómo pudo producirse esa drástica transformación? Como habría de señalar Tench Coxe en 1817, por sí solos el clima y el suelo no bastaban para explicar el potencial de la producción algodonera de Estados Unidos, dado que el oro blanco —por emplear sus mismas palabras— «puede cultivarse en una inmensa franja del espacio que delimitan las zonas productivas de la tierra».¹⁵ Lo que distinguía a Estados Unidos de casi todas las demás regiones del mundo que se dedicaban al cultivo del algodón era el hecho de que los plantadores pudieran echar mano de una cantidad prácticamente ilimitada de tierra, mano de obra y capital —por no mencionar la circunstancia añadida de que disfrutaban de un poder político sin precedentes—. En el imperio otomano y en la India, como sabemos, el control de la tierra se hallaba en manos de un puñado de gobernantes indígenas notablemente poderosos, mientras los distintos grupos sociales, todos ellos firmemente atrincherados en sus respectivas posiciones, pugnaban por explotarlas. En las Indias Occidentales y Brasil, los plantadores de azúcar competían entre sí por la tierra, los braceros y el ejercicio del poder. En Estados Unidos, por el contrario, donde las tierras parecían prácticamente ilimitadas, nadie se veía enfrentado a ese tipo de obstáculos.

Los primeros colonos europeos habían tratado de internarse tierra adentro desde su mismo desembarco. Los indígenas que habitaban los territorios del interior no tuvieron más remedio que apechugar con lo que aquellos barcos les trajeron: primero enfermedades y más tarde acero. A finales del siglo XVIII, los indios norteamericanos seguían controlando importantes espacios territoriales situados tan solo a unos cuantos cientos de kilómetros de las provincias costeras, y sin embargo no lograron detener la constante usurpación de los colonos blancos. Al final, los pioneros ganaron la guerra, una guerra que además de haberse prolongado por espacio de varios siglos resultó extremadamente sangrienta, consiguiendo convertir los territorios de los indígenas norteamericanos en un conjunto de tierras jurídicamente catalogadas como «vacías». Se trataba además de unas tierras cuyas estructuras sociales se habían visto terriblemente debilitadas —cuando no se las había eliminado sin más—, que habían quedado despojadas de la mayor parte de sus habitantes, y que por ese motivo se hallaban libres de todo tipo de enredo histórico. Si observamos las cosas desde el reducido pero importante ángulo de la disponibilidad de tierras desprovistas de cualquier forma de reivindicación, está claro que no había en el mundo del cultivo del algodón una sola región que pudiera competir con el sur de Estados Unidos.

Con el apoyo de los políticos de esos estados sureños, el gobierno federal consiguió apoderarse agresivamente de todo un conjunto de nuevos territorios, bien adquiriendo la tierra a otras potencias extranjeras, bien obligando a los indígenas norteamericanos a cedérselas. En 1803, la adquisición de la Luisiana duplicó prácticamente el territorio de Estados Unidos. En 1819, la joven nación compró a España la región de Florida. Y en 1845 se anexionó Texas. En todos esos territorios existían terrenos magníficamente bien adaptados para el cultivo del algodón. De hecho, en 1850, el 67 % del algodón estadounidense crecía en tierras que apenas medio siglo antes no formaban parte del país. El naciente gobierno de Estados Unidos acababa de inaugurar el complejo algodonero-militar con el que estaba llamado a hacer fortuna.



Producción de algodón en Estados Unidos, en millones de libras, 1790-1859

Esa expansión territorial, la «gran fiebre de los nuevos territorios», según la denominación que diera en utilizar el geógrafo John C. Weaver para calificar en su conjunto al período que nos ocupa, se hallaba estrechamente vinculada con las ambiciones territoriales de los capitalistas dedicados a las plantaciones, las manufacturas y las finanzas. En su permanente búsqueda de nuevas tierras que dedicar al cultivo de esta materia prima, los plantadores de algodón se afanaban constantemente en ampliar los límites de los territorios colonizados, moviéndose muchas veces por delante del propio gobierno federal. El espacio que terminaron creando en regiones previamente consideradas inhóspitas se caracterizaba por la casi total ausencia de supervisión gubernamental, ya que en esas zonas la atribución al estado del monopolio de la fuerza no pasaba de ser un sueño lejano.¹⁶ No obstante, los plantadores de las regiones inexploradas que se abrían en los imprecisos límites del imperio del algodón tenían buenos compañeros de viaje —gentes de buenas prendas y mejor labia—. Uno de los mayores comerciantes algodoneros del mundo, el banco británico de Baring, por ejemplo, desempeñó un papel fundamental en la expansión del imperio del algodón al financiar la compra del territorio de Luisiana y negociar y vender los bonos con los que se selló el pacto con el gobierno francés. Sin embargo, antes de dar curso a la operación, Baring solicitó la aprobación del gobierno británico —que debía dar su visto bueno al tratarse de una expansión tan considerable de Estados Unidos—. Realizó las

gestiones a través de Henry Addington, el primer ministro británico. La reunión había tenido tanta trascendencia para Baring que este llegó a garabatear las siguientes líneas en su cuaderno de notas:

Domingo 19 de junio: me he entrevistado con el señor Addington en Richmond Park, le he comunicado los detalles del asunto y he respondido a todas sus preguntas. Le he consultado claramente si aprobaba el tratado y nuestra conducta. Dijo que consideraba que el país habría hecho bien en pagar un millón de libras esterlinas para que Francia transfiriera la propiedad de la Luisiana a Estados Unidos y que no veía nada en nuestro comportamiento que no pudiese aprobar. Parecía pensar que el hecho de que la Luisiana quedase en manos de Estados Unidos constituía un medio adicional para que las iniciativas de nuestros manufactureros y compañías encontraran más facilidades que las de los franceses, al margen de otras razones que no abordamos y que eran de naturaleza directamente política.¹⁷

Este ímpetu que empujaba a los colonos hacia el sur y el oeste no se circunscribía al empeño de unos cuantos plantadores ansiosos por encontrar nuevas tierras. La expansión favorecía un gran número de intereses: los de un estado que deseaba consolidarse rápidamente; los de los granjeros del oeste americano, que anhelaban disponer de una salida al mar; los de los manufactureros, que necesitaban materias primas; y los de los planificadores económicos y políticos británicos. Y al ampliarse el radio de acción del capitalismo industrial, la zona de influencia del capitalismo de guerra continuó avanzando.

Sin embargo, los tratados internacionales, por sí solos, no alcanzaban a satisfacer todos los apetitos en juego. Para conseguir que la tierra resultara útil para los plantadores, era preciso arrebatarse el control de estos nuevos territorios, ahora consolidados, a sus habitantes indígenas. Ya a principios del siglo XIX, los indios creek, viéndose coaccionados, habían renunciado a las reivindicaciones territoriales que mantenían en Georgia —y sus tierras habían quedado posteriormente transformadas en explotaciones algodonerías—. Una década más tarde, los creek sufrieron nuevas derrotas y se vieron obligados a firmar el Tratado del Fuerte Jackson, por el que cedían 9,3 millones de hectáreas de tierra en la región que hoy ocupan Alabama y Georgia. Después de 1814, el gobierno federal firmó un conjunto de nuevos tratados con los creek, los chickasaw y los choctaw, consiguiendo controlar de ese modo varios millones de hectáreas más en el sur. De entre estos tratados cabe destacar el que rubricó en 1818 el presidente estadounidense

Andrew Jackson con la nación chickasaw —dado que permitió que la región occidental de Tennessee quedara abierta al cultivo del algodón—, y el tratado de 1819 con el pueblo choctaw, por el que se pusieron en manos del gobierno de Estados Unidos más de dos millones de hectáreas de tierras situadas en el delta del Yazoo y el Misisipi —tras su permuta por unos terrenos de calidad inmensamente inferior ubicados en Oklahoma y Arkansas—. En 1835, David Hubbard, un congresista por Alabama, animó a la Compañía de Compraventa de Terrenos de Nueva York y Misisipi a comprar las tierras de las que acababan de ser expulsados los chickasaw, convirtiéndolas después en plantaciones de algodón: «Si a mi regreso me encuentro con cualquier indicación por su parte, especialmente en el caso de que adopte la forma de una clara propuesta de adquisición de los terrenos públicos de la nación chickasaw, me hallará usted dispuesto a actuar de manera inmediata, en función de la magnitud de sus planes, presto a orientar las acciones de mi futuro ejercicio del modo que mejor y más plenamente se adapte a los planteamientos de sus capitalistas». Al final, la compañía compró unas 10.100 hectáreas aproximadamente. En 1838, las tropas federales empezaron a expulsar al pueblo cheroqui de las tierras ancestrales de Georgia en que habitaban, transformándolas más tarde en campos de algodón. Más al sur, en Florida, el gobierno expropió entre los años 1835 y 1842 un conjunto de tierras extraordinariamente fértiles y aptas para el cultivo del algodón a los seminolas, provocando así la guerra de más larga duración de toda la historia de Estados Unidos —exceptuando la guerra del Vietnam—. Como argumenta un historiador, no es de extrañar que los plantadores de Misisipi se mostraran «obsesivamente preocupados por la existencia y el mantenimiento de milicias bien organizadas y entrenadas, la disposición de un armamento adecuado y el respaldo de un ejército federal presto a reaccionar a la menor amenaza».¹⁸

Los indígenas norteamericanos comprendieron perfectamente los motivos subyacentes de la expansión del binomio militar-algodonero: al ver que se expulsaba a su pueblo de sus tierras, John Ross, el jefe de los cheroqui, denunciará en una carta dirigida al Congreso de Estados Unidos que «se saquean nuestras propiedades ante nuestros propios ojos, se ejerce la violencia contra nuestras personas, incluso se nos quita la vida sin que

nadie atiende nuestras quejas. Se nos desarticula como pueblo, se nos priva de nuestros derechos. ¡Se nos impide pertenecer al género humano!». Únicamente la coerción y la violencia que exigía la movilización de la mano de obra esclavizada podía equipararse a los requerimientos de la guerra expansionista que se estaba librando contra los pueblos indígenas. Nada similar había llegado a soñarse siquiera en la Anatolia o en Guyarat.¹⁹

Si el proyecto de la consolidación de la parte estadounidense del continente norteamericano permitió obtener por un lado todo un conjunto de nuevas tierras aptas para el cultivo del algodón, por otro se apropió también de los grandes ríos que se precisaban para transportar dicha materia prima. Estados Unidos no estaba predestinado a disfrutar de unos costes de transporte notablemente económicos, sino que esa ventaja se obtuvo, por el contrario, como consecuencia directa de la expansión de su territorio nacional. La más significativa de todas sus vías fluviales era la del Misisipi, que, gracias al enorme aumento de los fletes de algodón, no tardaría en convertir Nueva Orleáns, en la desembocadura del río, en el puerto algodonero clave de Estados Unidos. No obstante, otras corrientes de agua —como el río Rojo de Luisiana o el Tombigbee y el Mobile de Alabama— también se revelaron importantes. En 1817 empezaron a dejarse ver en el Misisipi los primeros barcos de vapor, reduciéndose así los costes de transporte, y en la década de 1830 el ferrocarril comenzó a unir las recién adquiridas tierras del interior con los ríos y los puertos de mar. Por consiguiente, las más modernas tecnologías posibilitaron la más brutal explotación de la fuerza de trabajo que quepa imaginar.²⁰

La insaciable demanda de plantadores de algodón se convirtió en la política dominante de la nueva nación, no solo porque estos empresarios dependían del estado para conseguir nuevas tierras y expulsar de ellas a sus anteriores habitantes, sino también porque necesitaban contar con una masa de mano de obra que se viera forzosamente obligada a trabajar en sus campos. A diferencia de lo que sucedía en cualquier otra parte del mundo, los plantadores de Estados Unidos podían utilizar grandes cantidades de braceros a muy bajo coste —hasta el punto de que el *American Cotton Planter* no dudará en afirmar que se trataba de «la mano de obra más barata y más abundante del mundo»—. Hasta la década de 1940, fecha en la que

se produce la introducción de las cosechadoras automáticas, la explotación del algodón requería de un uso muy intenso de la fuerza de trabajo. El factor más limitante en la producción de esta materia prima —más aún que las horas que se necesitaban para culminar los procesos de hilado y tejido— era la escasez de braceros en el momento de la cosecha. «La verdadera limitación que gravita sobre la producción de algodón», explica el periódico sureño *De Bow's Review*, «es la mano de obra». En las complejas estructuras agrícolas de la India de los mogoles y del imperio otomano, los campesinos que trabajaban en el medio rural tenían que asegurarse en primer lugar de que sus cultivos de subsistencia salieran adelante, puesto que de ahí obtenían su propio sustento, y evidentemente esta circunstancia limitaba de forma clara las cantidades de producto que podían cosechar con vistas a enviarlo al mercado. De hecho, como ya hemos visto, en la Anatolia occidental, uno de los factores que más había restringido la producción había sido el de la escasez de mano de obra, y en la India esta misma circunstancia había frustrado todos los intentos destinados a crear plantaciones algodonerías. En Brasil, donde no resultaba difícil encontrar braceros, el algodón competía muy mal con los ingenios azucareros, que absorbían parte de los peones que necesitaban, ya que el número de trabajadores que requería el cañamolar era aún mayor. Y en 1807, con la abolición británica de la esclavitud, los plantadores de las Indias Occidentales empezaron a tener grandes dificultades para encontrar mano de obra dispuesta a trabajar en sus explotaciones.²¹

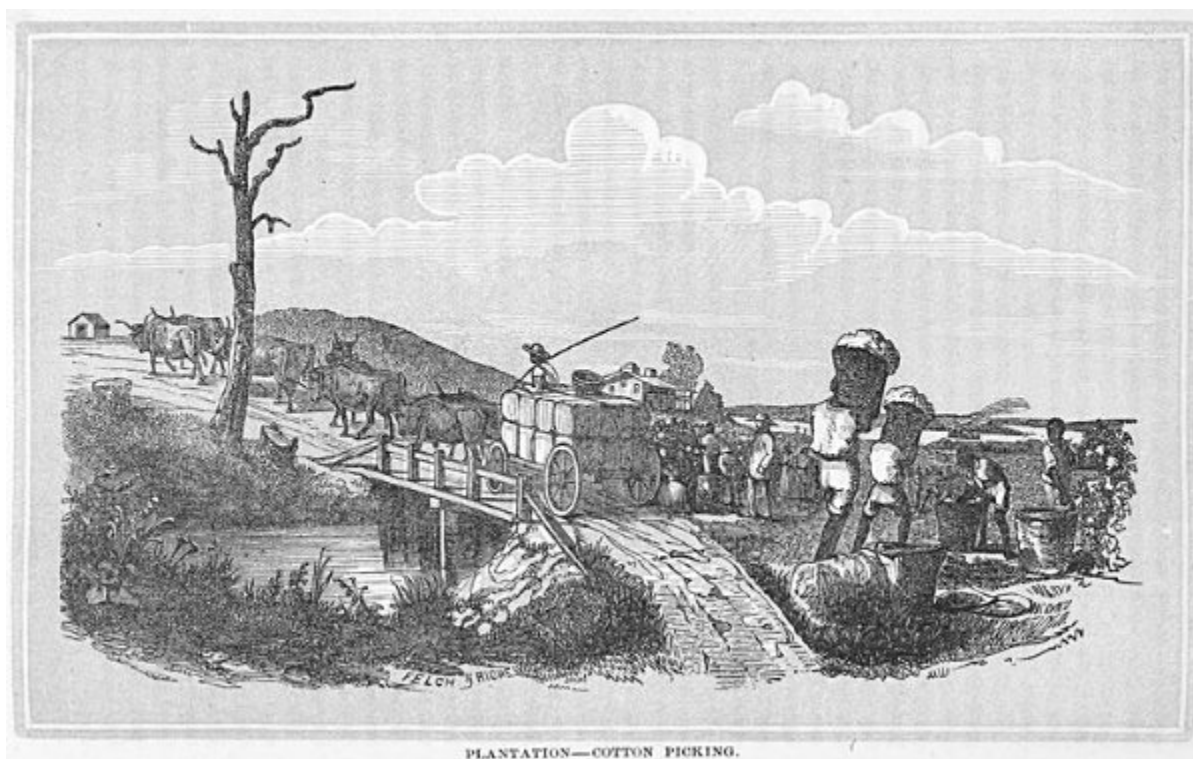
Sin embargo, en Estados Unidos era posible solucionar prácticamente cualquier escasez de braceros —siempre y cuando mediara la cantidad de dinero necesaria—. Los mercados de esclavos, tanto en Nueva Orleans como en otras ciudades, florecieron a la par que las explotaciones de algodón. Y lo que resulta igualmente significativo: si podía recurrirse al trabajo de cientos de miles de esclavos para cultivar el algodón era debido a que la producción de tabaco en las regiones septentrionales del sur de Estados Unidos había empezado a revelarse menos rentable tras la Revolución, circunstancia que había animado a los propietarios de esclavos de la zona a deshacerse de esa propiedad. Así lo señalaría con gran perspicacia un observador británico en 1811: «En los últimos tiempos se ha

prestado menos atención al cultivo del tabaco en Virginia y Maryland, y las cuadrillas de negros que anteriormente trabajaban en su producción han sido enviadas a los estados del sur, donde los plantadores de algodón estadounidenses, reforzados con esta aportación de mano de obra extra, han encontrado ocasión de iniciar sus operaciones con recredido vigor». De hecho, en 1830 se dedicaban al cultivo del algodón en Estados Unidos nada menos que un millón de personas (o lo que es lo mismo: uno de cada trece habitantes) —la mayoría de ellos esclavos.²²

Por consiguiente, la expansión de la producción de algodón reactivó la esclavitud y desembocó en una enorme transferencia de mano de obra esclavizada de las regiones septentrionales del sur de Estados Unidos a las zonas más meridionales. Solo en los treinta años que siguieron a la invención de la desmotadora (es decir, entre 1790 y 1820) se reubicó por la fuerza a un cuarto de millón de esclavos, mientras que, de acuerdo con las estimaciones académicas, entre el año 1783 y el fin del tráfico internacional de esclavos en 1808, los negreros importaron 170.000 esclavos a Estados Unidos —nada menos que la tercera parte del total de la población esclavizada que se había visto conducida a la América del Norte desde 1619—. En conjunto, el comercio interno de esclavos forzó el traslado de un millón de personas carentes de libertad a las regiones más meridionales de Estados Unidos —en la mayoría de los casos para obligarles a cultivar el algodón.²³

Desde luego, no todo el algodón que se generaba en Estados Unidos era cultivado por esclavos en grandes plantaciones. Los pequeños granjeros de las regiones septentrionales del sur de Estados Unidos también lo producían. El estímulo que les animaba a hacerlo era doble, ya que por un lado les proporcionaba dinero en efectivo, mientras que, por otro, su cultivo no requería grandes inversiones de capital, a diferencia del laboreo relacionado con el azúcar o el arroz. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, lo cierto es que, en conjunto, apenas producían más que un pequeño porcentaje de la cosecha total. Como sucedía en el mundo entero, según hemos visto, los pequeños granjeros se centraban en sacar adelante sus cultivos de subsistencia, y solo una vez garantizado eso se animaban a trabajar en productos de carácter comercial. En realidad, el 85% del

algodón que se recogió en 1860 en el sur de Estados Unidos había sido cultivado en parcelas de superficie superior a 40 hectáreas —y los plantadores que poseían dichas granjas eran al mismo tiempo los propietarios del 91,2 % del total de esclavos del país—. Cuanto mayor fuera la granja, más fácil le resultaba al dueño de la explotación beneficiarse de la economía de escala inherente a la producción de algodón de base esclavista. Las haciendas de mayor tamaño eran también las que podían permitirse adquirir las desmotadoras precisas para eliminar las semillas y las prensas necesarias para comprimir el algodón suelto y esponjado que se recolectaba y formar así las prietas balas de materia prima que permitían reducir los costes del transporte marítimo. Además, esas fincas contaban asimismo con la doble posibilidad de realizar experimentos agrícolas destinados a extraer más nutrientes de las tierras liberadas y de comprar un mayor número de esclavos, evitando así cualquier tipo de limitación debida a la escasez de mano de obra.²⁴ El algodón exigía que los hacendados salieran, literalmente, a la caza de mano de obra, además de una perpetua pugna para mantener bajo control a todos esos braceros. Los traficantes de esclavos, los corrales en que los mantenían encerrados, las subastas en que se vendían y la violencia física y psicológica que implicaba necesariamente la tarea de mantener aherrojadas a millones de personas tuvieron una importancia capital, tanto para la expansión de la producción de algodón de Estados Unidos como para la Revolución Industrial de Gran Bretaña.



Esclavos dedicados a la recogida de algodón, 1859.

Los propios esclavos fueron quienes entendieron mejor que nadie los violentos fundamentos del éxito algodonero. Si se les daba la oportunidad de hacerlo, no dudaban en dar testimonio, con vívidos detalles, de la brutalidad que llevaba aparejada. John Brown, un esclavo fugitivo, recuerda que en 1854 fue «azotado ... con el cuero», añadiendo que los capataces de los ranchos algodoneros «daban caza a los “negros descarriados”». «Si el precio [del algodón] subía en el mercado inglés», rememora, «los pobres esclavos sentíamos inmediatamente sus efectos, dado que éramos tratados con mayor dureza de la habitual y que el látigo se mantenía más tenazmente activo». Henry Bibb, otro esclavo, señala la temible violencia de que eran objeto: «Al escuchar el sonido de la bocina del capataz, todos los esclavos se acercaron y fueron obligados a contemplar mi castigo. Me rasgaron la ropa y me obligaron a tenderme en el suelo, boca abajo. Plantaron cuatro estacas en tierra y me ataron de pies y manos a ellas. Después el capataz se puso a horcajadas sobre mí y descargó su látigo a placer».²⁵

La expansión de las manufacturas de algodón en Gran Bretaña dependía de que al otro lado del Atlántico se ejerciera esa violencia. De hecho, el algodón, la expropiación de tierras y la esclavitud acabaron tan íntimamente conectados entre sí que William Rathbone VI, un empresario algodonero de Liverpool, tras realizar un viaje a Estados Unidos en 1849, le indicará a su padre que «los negros y todo lo demás se mueven aquí en función del algodón». Tan crucial era el papel que desempeñaba la mano de obra esclavizada que el *Liverpool Chronicle and European Times* llegó a advertir a sus lectores que si los esclavos terminaban emancipándose los precios del algodón se duplicarían o incluso triplicarían, lo cual tendría unos efectos devastadores para Gran Bretaña. Pese a que la brutal coacción a la que se veían sometidos gravitaba con el peso de una atroz pesadilla sobre el ánimo de millones de esclavos estadounidenses, el potencial acabamiento de esa violencia constituía también un mal sueño para quienes amasaban los fabulosos beneficios que generaba el imperio del algodón.²⁶

Para lograr que esa última fuente de desasosiego tuviese menos probabilidades de verse materializada, los plantadores de Estados Unidos también habrían de echar mano de la tercera ventaja llamada a convertirlos en los cultivadores de algodón más importantes del mundo: el poder político. Los propietarios de esclavos del sur de Estados Unidos habían consagrado el fundamento de su poder en la Constitución al incluir en ella la cláusula de los tres quintos.* La existencia de una larga serie de personalidades esclavistas —no solo presidentes y jueces del Tribunal Supremo, sino también una nutrida cantidad de representantes populares en ambas cámaras del Congreso— garantizaría, aparentemente *sine die*, que la institución de la esclavitud gozara de amplio apoyo político. La ausencia de élites competidoras en los propios estados esclavistas, así como el inmenso poder de que disfrutaban los propietarios de esclavos en la gobernación de los diferentes estados del país, fue lo que permitió la instauración e incluso el incremento de esa capacidad de maniobra política en el plano nacional. Al final, esos gobiernos estatales también posibilitaron que los plantadores de algodón estadounidenses ampliaran la fortuna que les había sonreído al colocar abundantes ríos navegables en las proximidades de sus haciendas mediante el tendido de vías férreas —creando así una red de ferrocarriles

llamada a adentrarse cada vez más profundamente en el interior de la nación—. En cambio, los cultivadores de algodón brasileños, obligados a competir con los intereses de los poderosos dueños de los ingenios azucareros del país, se revelaron incapaces de impulsar la puesta en marcha de mejoras infraestructurales con las que facilitar las exportaciones de algodón. La necesidad de salvar grandes distancias a lomos de mula o de caballo para transportar esta materia prima seguía resultando muy cara. El transporte del algodón desde la región del río San Francisco hasta el puerto de Salvador, por ejemplo, representaba el desembolso de una suma que prácticamente venía a doblar el precio de la mercancía. De manera muy similar, en la India, las infraestructuras de transporte también continuaron siendo muy precarias durante mucho tiempo, dado que los comerciantes y los plantadores de algodón de esta región carecían del capital y del poder necesarios para impulsar su rápida mejora (se decía que en la India el transporte del algodón a los puertos añadía aproximadamente un 50% de costes al producto, y que en cambio en Estados Unidos esa misma partida representaba tan solo un 3%). En la república estadounidense, la influencia política de los propietarios de esclavos también fue decisiva, ya que les permitió introducir la institución de la esclavitud en los recién adquiridos territorios del sur y del suroeste, consiguiendo al mismo tiempo que el gobierno federal se comprometiera a mantener la política de expropiar a los indígenas americanos.²⁷

Aunque de una manera indirecta, la independencia de Estados Unidos había terminado convirtiéndose en una bendición para la industria algodonera europea, sobre todo para la británica. En 1834, Gran Bretaña cedía al siglo de persuasivos argumentos abolicionistas que venía escuchando y declaraba ilegal la práctica de la esclavitud, al menos en los confines de su imperio. Algunos revolucionarios estadounidenses que acariciaban la idea de una extinción similar de la esclavitud en su país, confiando en que viniera por sí sola a medida que la nación evolucionara, asistieron sin embargo al espectáculo contrario, dado que esa institución terminó siendo el motor de la región algodonera más importante del mundo. Además, al alejar el problema de las relaciones de los colonos blancos con los amerindios del complejo marco de negociaciones de la política europea,

la independencia eliminó al mismo tiempo las trabas que se oponían, siquiera débilmente, a la expropiación de que estaban siendo objeto los indígenas norteamericanos. De hecho, la separación de la esfera política del ámbito económico no tardaría en revelarse crucial para la industria más dinámica del planeta, puesto que, al pasar a ocupar los propietarios de esclavos que se dedicaban al cultivo del algodón posiciones dominantes en los gobiernos regionales, y a ejercer además una significativa influencia en el gobierno de la nación, se hizo posible emparejar en un grado asombroso la defensa de sus intereses con las políticas del estado —cosa que resultaba en cambio imposible para los dueños de plantaciones esclavistas situadas dentro del imperio británico.

Las vías por las que estos factores acabaron ensamblándose en un todo operativo pueden apreciarse, por ejemplo, en el delta de los ríos Yazoo y Misisipi. Aquí, en una comarca de una superficie aproximada de 18.000 kilómetros cuadrados, el poderoso Misisipi había ido depositando durante miles de años sus ricos sedimentos, transformando la región en el semillero de la más productiva tierra algodonera del mundo. En 1859 trabajaban en la zona del delta nada menos que sesenta mil esclavos, y entre todos produjeron la pasmosa cantidad de 29.937 toneladas métricas de algodón —es decir, casi diez veces más de lo que la colonia de Saint Domingue había exportado a Francia en el período álgido de su producción, a principios de la década de 1790.²⁸



Para que el delta se convirtiera en el principal territorio productor de la materia prima más importante del mundo industrializado —una especie de Arabia Saudí de principios del siglo XIX—, había sido necesario arrancar a sus habitantes originales las tierras por las que se extendía, movilizándolo después la mano de obra, el capital, los conocimientos y el poder político precisos para explotarlas. Entre los años 1820 y 1832, una larga serie de tratados, reforzados por una secuencia de escaramuzas y choques armados, lograba transferir gran parte de los territorios de los choctaw —sus pobladores iniciales— a los colonos blancos. Valiéndose de carretas, balsas y barcazas, los esperanzados plantadores trajeron esclavos de otras regiones del sur con el fin de desbrozar la tierra y de eliminar una vegetación que juzgaban «de tipo selvático». Después, esos mismos esclavos se utilizaron para escardar los campos, sembrarlos, podar las plantas jóvenes y cosechar finalmente el algodón. La noticia de que el delta era «la zona de plantación algodonera más productiva del mundo» corrió como la pólvora por todo el sur. Por consiguiente, los plantadores que consiguieron echar mano del suficiente capital (fundamentalmente en forma de braceros) y reunir los conocimientos profesionales imprescindibles para la tarea se trasladaron rápidamente a la región. Las plantaciones que pusieron en marcha se convirtieron en grandes empresas: en 1840, había más de diez esclavos por habitante blanco en el condado de Washington, en pleno corazón del delta. En 1850, todas y cada una de las familias blancas del condado disponían, por término medio, de más de ochenta esclavos. Stephen Duncan, el mayor cultivador del delta, poseía 1.036 esclavos, y se estima que a finales de la década de 1850 el valor de su propiedad se elevaba a 1,3 millones de dólares. Pese a no responder a los parámetros característicos de las haciendas algodoneras, las plantaciones del delta eran negocios notablemente capitalizados y se encontraban de hecho entre los mayores de toda Norteamérica. Además, las inversiones que se habían necesitado para sacarlas adelante superaban con mucho las posibilidades económicas de casi todos los industriales de los estados del norte. Desde la perspectiva que podía contemplarse en los porches delanteros de las lujosas mansiones del delta, de elegante mobiliario, la riqueza parecía brotar espontáneamente del

suelo, como consecuencia de una extraña alquimia en la que se amalgamaba una combinación de tierras expropiadas, mano de obra esclavizada y, como veremos, un incesante aflujo de capital europeo.²⁹

Lo cierto es que el hecho de que los plantadores estuvieran dominando cada vez más los mercados globales del algodón era una realidad que se retroalimentaba a sí misma. Los lazos institucionales entre los estados sureños y los países europeos irían haciéndose paulatinamente más estrechos a medida que el cultivo del algodón fuera ganando terreno en el sur de Estados Unidos, vínculos que se ahondaron también al acentuarse tanto la dependencia inicial de los consumidores británicos respecto de ese suministro como la posterior del resto de los ciudadanos de Europa. Los importadores europeos enviaban agentes comerciales a Charleston, Memphis y Nueva Orleans y se carteaban habitualmente con sus socios comerciales del otro lado del Atlántico. Estos comerciantes levantaron una tupida red de conexiones marítimas, logrando que el negocio algodonero pasara a integrarse en el conjunto de sus empresas. Las personas implicadas en el comercio del algodón solían cruzar el Atlántico con frecuencia, estableciendo de ese modo fuertes vínculos comerciales, además de lazos de amistad y, a veces, incluso matrimoniales. A su vez, ese tipo de redes consiguieron que el comercio transatlántico ganara en seguridad y tuviera desenlaces más predecibles, reduciéndose así los costes y dando a Estados Unidos una nueva y decisiva ventaja sobre sus competidores potenciales, como la India o Brasil.

El eje central de todas esas redes lo formaban el torrente de algodón que fluía de Estados Unidos a Europa y la corriente de capitales que recorría el camino inverso. En la mayoría de los casos se hipotecaban los esclavos para garantizar esos capitales, circunstancia que daba al titular de la hipoteca derecho a quedarse con un determinado esclavo en caso de que el deudor se declarara insolvente. Como ha mostrado la historiadora Bonnie Martin, en Luisiana el 88 % de los préstamos concedidos a cambio de una hipoteca utilizaban a los esclavos como garantía (parcial). En Carolina del Sur era el 82 %. En total, Martin calcula que cientos de millones de dólares encontraron garantía en la propiedad de seres humanos. Por consiguiente, la

esclavitud no solo permitía una rápida asignación de tareas a la mano de obra, también lograba que la disponibilidad de capital fuese igualmente fluida.³⁰

Con las enormes riquezas obtenidas por medio de la expropiación de tierras y la esclavización de la mano de obra, los plantadores se encontraron en situación de invertir su dinero en la introducción de mejoras agrícolas — lo que viene a ilustrar una vez más que el éxito llama al éxito—. Los propietarios de las plantaciones experimentaron, por ejemplo, con diversas especies híbridas de algodón, recurriendo para ello a semillas procedentes de la India, el imperio otomano, la América Central, las Indias Occidentales y otras regiones del mundo, creando de ese modo variedades de algodón adaptadas a las particularidades de los distintos suelos y climas locales y dando lugar en último término al surgimiento de cientos y cientos de tipos diferentes de algodón. En este sentido, uno de los logros más significativos fue el que consiguió en 1806 un plantador de Natchez llamado Walter Burling, al tener la ocurrencia de llevar a Estados Unidos semillas de algodón mexicanas, ya que estas no solo facilitaban la recolección al dar unas cápsulas de mayor tamaño, sino que, de acuerdo con los expertos, «sus fibras eran de mejor calidad, sobre todo por su longitud, y resistían mejor que las demás al “moho”».* Los indígenas americanos de la meseta central de México llevaban siglos cultivando este tipo de algodón, pero una vez arraigado en Estados Unidos, los plantadores del país lo hicieron suyo, hasta el punto de transformarlo en el «germinoplasma fundamental de todos los ulteriores cultivos de algodón de las tierras altas, no solo en Estados Unidos sino también en el resto del mundo». Este nuevo algodón podía recolectarse de tres a cinco veces más rápido que el por entonces común algodón de semilla verde de Georgia. La cruel ironía del asunto es que la habilidad demostrada por los amerindios al desarrollar una variedad de algodón bien adaptada al clima y el suelo de Estados Unidos terminó dando un considerable impulso al proceso de expropiación de sus tierras, haciendo además que la productividad de la mano de obra esclavizada que trabajaba en esos campos fuera muy superior.³¹

Estas innovaciones en el control de la mano de obra y la agricultura se institucionalizaría paulatinamente mediante la construcción de un conjunto de redes muy denso, aunque característicamente regional, cuyo objetivo residía en la difusión de los conocimientos relacionados con el cultivo de las distintas variedades de algodón. La información relacionada con la forma de seleccionar las semillas, organizar a los braceros, interpretar las fluctuaciones del mercado, escardar y plantar la tierra, y descubrir los puntos más indicados para efectuar las inversiones —en pocas palabras, los conocimientos relativos a la perfecta «economía práctica de una plantación»— se difundiría por medio de publicaciones, institutos agrícolas y revistas como la *De Bow's Review* y el *American Cotton Planter*, por no mencionar las convenciones regionales de agricultura.³²

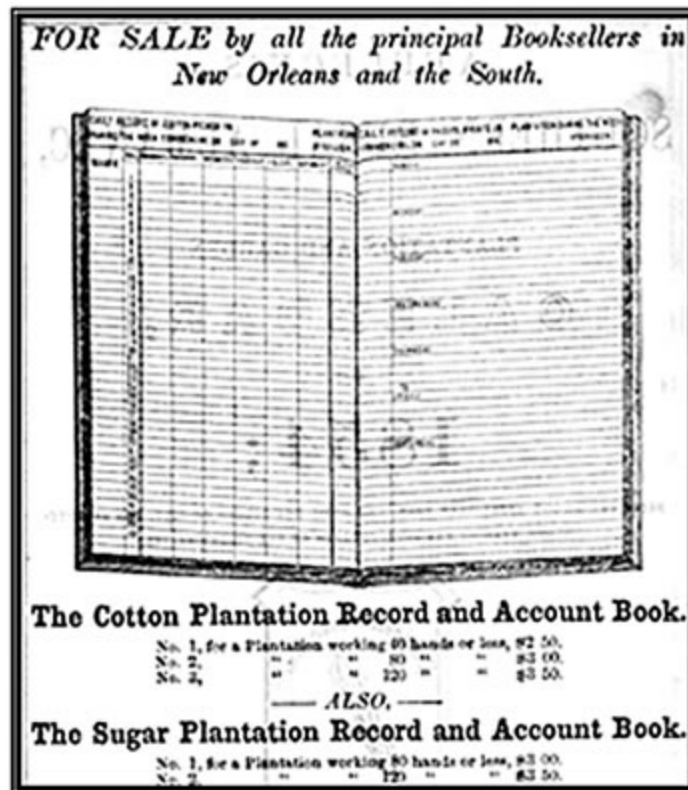
La Revolución Industrial que se estaba viviendo en Europa también habría de influir activamente en la evolución de la esclavitud en el sur de Estados Unidos. El trabajo en cuadrillas,* que, pese a no ser en modo alguno un sistema nuevo, nunca alcanzaría a utilizarse de forma tan predominante como en el caso de las plantaciones de algodón, ilustra adecuadamente el nuevo ritmo que se había imprimido al laboreo de magnitud industrial, o como lo ha llamado un autor, a la «agricultura militar». La sistemática utilización de las mujeres y los niños esclavizados en las faenas de las granjas algodonerías incrementaría todavía más su rendimiento. Esto explica que la producción de algodón creciera en Estados Unidos a un ritmo muy superior que el del número de esclavos empleados en las fincas. Parte de ese aumento de la productividad guardaba relación con la adopción de unas cepas de algodón distintas, pero también se debía a la sistemática intensificación de la explotación. A lo largo del siglo XIX, las plantaciones esclavistas de Estados Unidos irían permitiendo organizar el trabajo de un modo muy distinto al que resultaba factible en el recién surgido centro neurálgico de la industria mundial. Dado que las dimensiones de las plantaciones eran con frecuencia muy superiores a las de las factorías, a que requerían unas inversiones de capital bastante más sustanciosas y a que en el ámbito de la agricultura algodонера el progreso tecnológico era bastante limitado —dejando a un lado los picos de innovación asociados con la invención de la desmotadora de Eli Whitney en

la década de 1790—, está claro que las mejoras de la productividad de las plantaciones solo podían conseguirse mediante una reorganización de la mano de obra. Para lograr esos incrementos de la productividad, los propietarios de esclavos sometían el proceso laboral a un control prácticamente absoluto —circunstancia que por otra parte era una consecuencia directa de la violenta dominación que ejercían sobre sus peones—. En las fábricas textiles que comenzaban a emerger por esa misma época en el mundo no pudo hacerse nada parecido, ya que en ellas los operarios consiguieron conservar en parte los ritmos de trabajo propios de las granjas, los pequeños talleres y los gremios artesanales de los que procedían.³³ El control global y generalizado de los trabajadores —una característica central del capitalismo— conoció su primer gran éxito en las plantaciones algodoneras del sur de Estados Unidos.

Y dado que el dominio que ejercían los plantadores sobre su mano de obra se valía de medios radicalmente diferentes de los empleados por los comerciantes ingleses al establecer lazos mercantiles con los campesinos de la India o los terratenientes otomanos de la Anatolia, los empresarios estadounidenses se vieron con las manos libres para apretar todavía más las tuercas a sus esclavos, sobre todo al ir descubriendo métodos cada vez más brutales de disciplinar a su fuerza de trabajo. De hecho, según el historiador Edward Baptist, la tortura era el factor que se hallaba en la base de la capacidad que demostraron los plantadores estadounidenses para producir cantidades invariablemente crecientes de algodón. Las innovadoras fórmulas que se idearon para llevar la contabilidad relacionada con la mano de obra contribuyeron a permitir que los plantadores exprimieran todavía más el trabajo de sus braceros. Como ha señalado el estudioso de los procesos de gestión empresarial Bill Cooke, «en nuestros días no existe prácticamente ninguna duda ... de que [la plantación] fue el escenario de los primeros balbuceos de la disciplina industrial». De este modo, al crecer la productividad de las plantaciones de algodón, los precios descendieron, permitiendo que aumentara en cambio la competitividad con la que concurrían los fabricantes británicos a los mercados mundiales, situación que habría de terminar socavando, entre otras muchas cosas, las

manufacturas de la India y otras regiones del mundo, consiguiendo al mismo tiempo que la posterior integración de esa campaña en el imperio global del algodón se allanara considerablemente.³⁴

El ritmo de la producción industrial también acabaría formando parte de las actividades de las plantaciones por otras vías. Dado que la expansión de la agricultura algodonera dependía de que los empresarios consiguiesen adelantos de dinero a crédito —para los que a veces se hipotecaban los esclavos a modo de garantía—, que en la mayoría de los casos procedía del mercado de capitales londinense, el ciclo de movimientos de esta industria pasó a sincronizarse más con la competitiva lógica de los mercados y a depender menos de los caprichos derivados de las aspiraciones personales y las circunstancias de cada región —con lo que el capital empezó a desplazarse a los puntos en que mayores cantidades de algodón se produjeran, y a menores costes—. Para gran desconsuelo de los plantadores del sur de Estados Unidos, el agente mercantil —un comerciante encargado de vender el algodón de un plantador, de proporcionarle los artículos que precisara y de concederle créditos—, y con él el mercado monetario de Londres, había quedado convertido en una de las más decisivas fuentes de la riqueza y el poder de que disfrutaban. Sin embargo, el mercado monetario de la capital británica y los manufactureros de Lancashire dependían a su vez, y en la misma medida, de los empresarios locales, ya que se habían convertido en expertos en la expropiación violenta de tierras y peones. El viejo paternalismo de los plantadores de la Costa Este de Estados Unidos, parcialmente escudado en la lógica mercantilista basada en los recíprocos beneficios y en la protección de los intercambios comerciales entre la metrópoli y las colonias de la vasta economía imperial británica, daba así paso a un orden social más libre, competitivo y fluido mediado por el capital mercantil. De este modo, el voraz apetito de acumulación aceleró el «metabolismo social» de la producción de algodón. De hecho, las directrices de la lógica del capitalismo de guerra emanaban ahora de su centro industrial (es decir, del trabajo asalariado) de Lancashire. Y si en el siglo XVIII, la esclavitud había permitido el despegue de la industria, ahora el sistema esclavista iba a convertirse en parte integrante de su constante expansión.³⁵



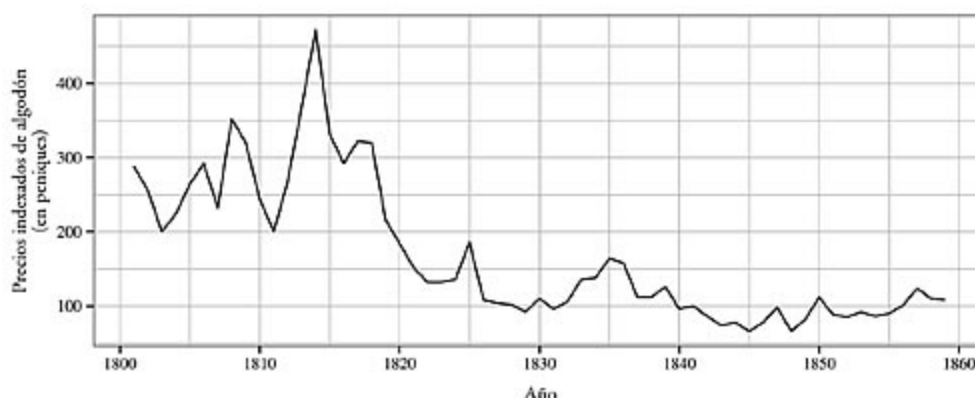
La racionalización del control de la mano de obra a latigazos: Thomas Affleck pone en el mercado el libro de cuentas de su plantación de algodón.

La peculiar combinación de las tierras expropiadas con la utilización de una mano de obra esclavizada, sumada a la dominación de un estado que concedía un enorme margen de maniobra a los propietarios de esclavos, permitiéndoles hacer prácticamente lo que quisieran con sus peones, reveló ser una fuente de fabulosos beneficios para todos cuantos se encontraron en condiciones de aprovechar dicha coyuntura: según se dice, ya en 1807, una plantación algodonera del Misisipi podía arrojar anualmente una rentabilidad equivalente al 22,5% de la inversión inicial. Miles de plantadores se desplazaron en consonancia con la ampliación de los límites que se iban ganando a las regiones anteriormente inhóspitas para hacerse con una parte de esos beneficios. El espectacular incremento del precio de los esclavos también pone de manifiesto la gran rentabilidad del algodón: en 1800, un joven esclavo adulto rondaba los 500 dólares en Nueva Orleáns, pero antes de que estallara la guerra de Secesión estadounidense su coste había ascendido nada menos que a 1.800 dólares. Fijémonos por

ejemplo en la peripecia personal de un joven plantador de Georgia, Joseph Clay. En 1782 decidió comprar una plantación de arroz llamada Royal Vale en el condado de Chatham, en Georgia. Hasta 1793 se dedicó al cultivo de ese cereal. Ese mismo año, al enterarse de que Whitney había inventado una desmotadora mecánica, consiguió un préstamo de 32.000 dólares, utilizó el dinero para adquirir más esclavos, les hizo convertir una parte de sus tierras en campos de algodón e instaló un cierto número de desmotadoras. La iniciativa se reveló tan rentable que solo siete años después ya había logrado cancelar su deuda, redecorar con el máximo lujo su mansión, y comprar nuevos esclavos y desmotadoras. Al fallecer en 1804, Clay poseía una propiedad valorada en 276.000 dólares.³⁶

De manera similar, Peter Gaillard, otro plantador, en este caso de índigo y de Carolina del Sur, lograría enderezar su suerte gracias al crecimiento explosivo del algodón. En 1790, el negocio de venta de índigo de Gaillard se vino prácticamente abajo debido a la desaparición del mercado británico, así que tuvo que resignarse a dedicar su plantación a una serie de cultivos de subsistencia con los que poder dar de comer a su familia. Como señala uno de sus amigos: «La desastrosa década inmediatamente anterior a la introducción del algodón como cultivo con demanda comercial le cubrió de deudas y preocupaciones —y no solo a él, sino también a muchos otros». Sin embargo, en 1796 Gaillard empezó a cultivar algodón —«con lo que se abrió una brillante perspectiva ante los abatidos plantadores»—, un laboreo tan extremadamente rentable que cuatro años más tarde había devuelto ya la totalidad de las deudas contraídas y que poco después, en 1803, lograba construir una nueva mansión en sus terrenos. La mano de obra esclavizada era sinónimo de un rápido beneficio. En 1824 poseía quinientos esclavos. Wade Hampton I, otro cultivador de Carolina del Sur, imitó su ejemplo. Se dice que al obtener su primera cosecha de algodón en 1799 consiguió un beneficio neto de 75.000 dólares, y que a partir de 1810 comenzó a sacar 150.000 dólares anuales de sus plantaciones de algodón. Al final, ya a mediados de la década de 1840, su hijo utilizaría parte de las ganancias logradas para trasladar sus operaciones al delta del Misisipi. Daniel W. Jordan era un emprendedor que se planteaba la posibilidad de cultivar algodón. Al

estudiar las oportunidades que se le ofrecían de hacerlo en la región del Misisipi se encontró de pronto ante «una esfera de actividad en la que resultaba perfectamente posible operar y en la que se veía», según dice, «con perspectivas de hacer dinero ... En este estado puedo ganar en cinco años todo el efectivo que un hombre pueda desear», concluye.³⁷



La rentabilidad de la esclavitud: precios indexados que se pagaban por el algodón estadounidense de calidad media en Liverpool (100 peniques en 1860).

En 1802, fortalecidos por su riqueza, y con la confianza que les daba saber que podían arrancarle a la tierra —con la ayuda de los esclavos— unas cantidades de algodón cada vez mayores, los plantadores estadounidenses de esta fibra terminaron por dominar los mercados británicos. En la década de 1830 se habían adueñado asimismo de los nuevos mercados emergentes de la Europa continental y la propia Norteamérica. Como consecuencia inmediata de este estado de cosas, los anteriores productores empezaron a vivir muy malos tiempos —sobre todo los de las Indias Occidentales—: «Los colonos [de esa región del subcontinente] no podrán seguir resistiendo mucho más tiempo si se concede a este sistema competitivo una perfecta libertad, carente de toda restricción, ya que el precio que permite un saneado beneficio al cultivador estadounidense no alcanza a compensar los gastos de explotación que soporta el colono», observa el autor de una carta anónima fechada en 1812. En 1850, otros competidores potenciales, como los granjeros de la India,

todavía seguían trabajando un conjunto de campos algodonereros que igualaban en superficie a los estadounidenses, pero su presencia en los mercados mundiales continuó siendo testimonial.³⁸

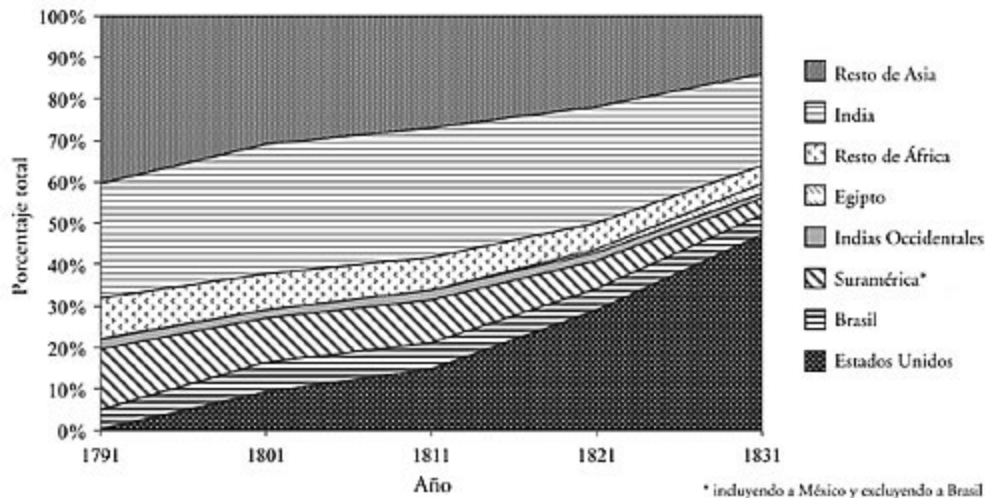
Este crecimiento astronómico de la producción algodонера transformó violentamente una enorme porción de la campiña estadounidense y catapultó al país a posiciones centrales en el imperio del algodón, permitiéndole desempeñar en él un papel fundamental. De acuerdo con las estimaciones del Departamento del Tesoro de Estados Unidos, en 1791, el capital que invertía Brasil en la producción de algodón, seguía siendo diez veces superior al que se consagraba en la nación norteamericana a ese mismo fin. Solo diez años más tarde, en 1801, Estados Unidos invertía un 60 % más de capital en la industria algodонера que Brasil. El algodón conferiría un valor sin precedentes tanto a la tierra como a los esclavos — proceso que acabaría revelándose aún más acentuado en Estados Unidos que en el Caribe o Brasil—, ofreciendo al mismo tiempo a los propietarios de braceros esclavizados una espectacular ocasión de obtener beneficios y poder. Ya en 1820, el algodón constituía el 32 % de las exportaciones estadounidenses, cifra que contrasta muy notablemente con el minúsculo 2,2% de 1796. De hecho, entre los años 1815 y 1860, las exportaciones de algodón representaron más de la mitad del total de cuantas se efectuaron desde Estados Unidos. El algodón llegó a dominar a tal punto la economía estadounidense que las estadísticas relacionadas con la producción algodонера «pasaron a convertirse cada vez más en uno de los elementos vitales para valorar la situación de la economía» de esa nación. Si la economía de Estados Unidos consiguió elevarse al firmamento económico del mundo fue a lomos del algodón, y por tanto también a lomos de los esclavos.³⁹

El algodón de Estados Unidos terminó convirtiéndose en un producto tan importante para el mundo occidental que un economista alemán llegaría a observar que «la desaparición del norte o el oeste de América tendría menos repercusiones en el globo que la eliminación del sur». Esto explica que los plantadores sureños, convencidos del papel central que desempeñaban en la economía global, anunciaran que tenían en sus manos «LA PALANCA QUE RIGE LOS DESTINOS DE LA CIVILIZACIÓN

MODERNA». Por su parte, en 1853 el *American Cotton Planter* se expresaba en los siguientes términos: «La mano de obra esclavizada de Estados Unidos ha proporcionado inapreciables bendiciones al género humano hasta la fecha, y todavía hoy sigue prodigándoselas. Y si dichos beneficios continúan, el trabajo esclavo debe mantenerse igualmente, ya que no tiene sentido hablar de producir algodón para abastecer al mundo con braceros libres. Nunca se ha conseguido cultivar exitosamente esta planta con peones que breguen de forma voluntaria».⁴⁰

Los agricultores estadounidenses dedicados a la explotación del algodón habían conseguido convertirse en los más importantes productores del mundo de la materia prima más relevante de la era industrial. Según reflexionaba un comerciante británico afincado en Tellicherry, en la India, sus «gigantescas plantaciones son en la actualidad las encargadas de suministrar las telas con las que se viste la mitad del mundo civilizado». Y mientras el algodón que cultivaban los esclavos siguiera manando a raudales desde Estados Unidos, el coste de los artículos ya terminados de esa fibra continuaría descendiendo, permitiendo de ese modo que el creciente número de personas que accedían a un mercado en tan rápida expansión como el algodonería encontrara cada vez más asequibles los vestidos y la ropa de cama. El mundo de los negocios estaba «firmemente convencido», como afirmaba en 1825 la Cámara de Comercio de Manchester, «de que el bajísimo precio de la materia prima es en gran medida lo que ha permitido que estas manufacturas hayan crecido tan rápidamente en los últimos años». En 1845, los plantadores de algodón de Carolina del Sur coincidían con este parecer: «Prácticamente la mitad de la población de Europa ... desconoce por el momento la comodidad que representa usar una camisa de algodón», y eso, añaden, supone la existencia de un «mercado inexplorado ..., lo cual ofrece cada vez más salidas a nuestra empresa». El mundo del algodón, que con anterioridad al año 1780 estaba fundamentalmente integrado por un conjunto de redes dispersas de carácter regional y local empezó a convertirse paulatinamente en una matriz global provista de un único eje. Y no debemos olvidar que la base de esa nueva disposición era la esclavitud reinante en Estados Unidos.⁴¹

Pese a su innegable éxito, el hecho de que los fabricantes de artículos de algodón europeos dependieran tan marcadamente de un solo país y de un particular sistema de mano de obra empezó a causar preocupaciones entre algunos consumidores de algodón en rama. Ya en la década de 1810, los manufactureros —y sobre todo los británicos— habían comenzado a sentirse inquietos al constatar que el suministro de la valiosa materia prima que necesitaban había pasado a depender excesivamente de un único proveedor. En 1838, la Cámara de Comercio y Manufacturas de Glasgow lanzó una estridente advertencia al señalar la «alarmante circunstancia de que para procurarse este artículo Gran Bretaña dependa casi enteramente de unos suministros que proceden del extranjero, sobre todo tratándose de una mercancía que actualmente puede considerarse prácticamente tan vital como el pan que comemos». Seis años más tarde, «un hilandero» del sector observaría con «gran aprensión» lo mucho que dependía el Reino Unido de los suministros de algodón que le llegaban de Estados Unidos. Esta relación se había revelado relevante en el preciso momento en que las colonias norteamericanas se embarcaban en el lento y doloroso proceso que habría de llevarlas a separarse del imperio, demostrándose con ello que los vínculos transatlánticos podían quedar cercenados por medio de acciones políticas y militares. Los manufactureros de algodón comprendieron que su prosperidad dependía enteramente del trabajo de los esclavos, sintiendo gravitar en su ánimo el «espanto de lo muy severa que podía resultar la rebelión que, antes o después, habría de producirse». En 1850, un observador británico calculaba que en el conjunto del Reino Unido la industria nacional del algodón daba empleo a unos 3,5 millones de personas —todas ellas expuestas a los caprichos de los plantadores estadounidenses y a los efectos de la débil dominación que ejercían sobre la política de su nación.⁴²

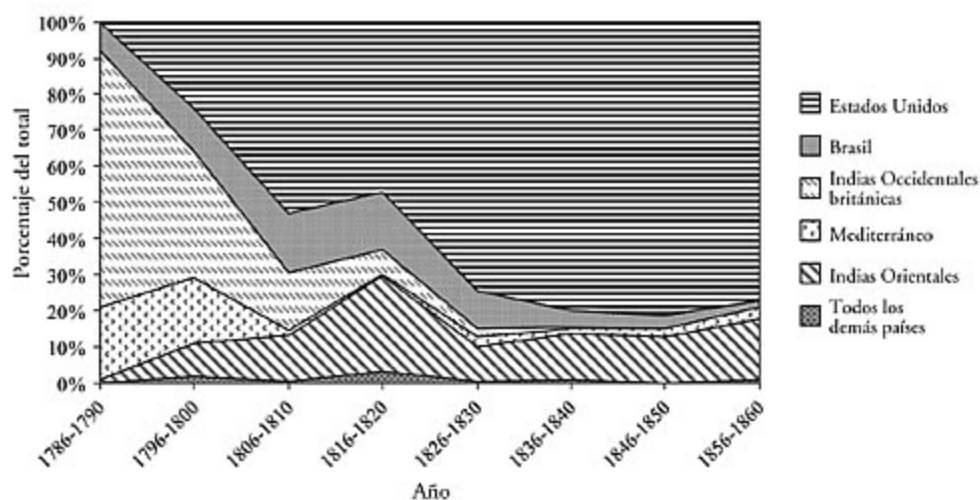


El capitalismo de guerra reorganiza la industria global del algodón: cifras porcentuales del cultivo mundial del algodón, 1791-1831 (estimación muy aproximada).

Las preocupaciones de los fabricantes de algodón respecto a lo mucho que dependía Gran Bretaña del algodón estadounidense giraban fundamentalmente en torno a tres cuestiones principales. En primer lugar, temían que las factorías de Estados Unidos comenzaran a absorber cantidades crecientes del algodón que se producía en ese mismo país norteamericano, ya que a partir de la década de 1810 habían ido surgiendo numerosas fábricas por toda su geografía —lo que implicaba una clara disminución de la materia prima disponible para los consumidores europeos—. En segundo lugar, a los fabricantes les inquietaba —sobre todo a los británicos— la posibilidad de que los productores del resto de Europa empezaran a comprar un creciente porcentaje del algodón que se cultivaba en el mundo y compitieran con ellos para hacerse con los suministros estadounidenses. Y en tercer y más importante lugar se situaba la intranquilidad que generaba «la cada vez más acentuada incertidumbre sobre la continuidad del sistema esclavista». El hecho de recurrir a un «producto manchado de sangre» determinaba que los fabricantes europeos «dependieran de forma suicida» del «crimen que supone la esclavitud estadounidense».⁴³

En 1835, Thomas Baring observó con todo cuidado la situación que existía en Estados Unidos, albergando en todo momento la expectativa de que «una nueva agitación del problema esclavista pudiera alterar

materialmente el resultado, incidiendo de forma favorable en los precios, como es obvio». A fin de cuentas, ¿podían considerarse seguras las propiedades de los esclavistas en una Norteamérica en claro proceso de industrialización en la que además crecía sin cesar la simpatía hacia el abolicionismo? ¿Podría llegar a producirse una colisión entre la economía política de los plantadores sureños y los intereses de las élites económicas del norte del país? ¿Alcanzaría una nación cada vez más industrializada como Estados Unidos a dar cabida a los planes crecientemente expansionistas y al proyecto protonacionalista de los acaudalados y poderosos propietarios de esclavos que dominaban el sur? Envalentonados por su propia riqueza, los plantadores del sur, a los que todo el mundo llamaba ya los «señores del látigo», empezaron a considerar lamentable tener que desempeñar un papel subordinado en el conjunto de la economía global. Los planes que empezaban a forjar para dar un giro de ciento ochenta grados a la posición que ocupaban en ese orden internacional constituían una amenaza más para el conjunto del sistema. Para los «señores del telar», como se conocía a los empresarios textiles británicos, los productores de materias primas debían permanecer políticamente subordinados a los deseos y las directrices del capital industrial.⁴⁴



Importaciones de algodón de Gran Bretaña, distribuidas por medias anuales y expresadas porcentualmente en función de sus respectivos países de origen.

En las propias plantaciones se gestaba otro motivo de terror. Eran muchos los observadores que quedaban impresionados tras visitar los campos del «cinturón negrero» que se dedicaban a la producción industrial de algodón, ya que lo que constataban era que el sistema esclavista se hallaba en una situación muy inestable debido a que el pulso que mantenían los esclavos y sus amos podía invertir las tornas en cualquier momento. En 1844, un comunicante anónimo que firma sus escritos como «un hilandero de algodón», lanzaba la advertencia de que «la seguridad de este país depende de que consigamos de la India británica un mejor suministro de algodón», dado que, en Estados Unidos, «las cuadrillas de esclavos tenderán a dispersarse espontáneamente ... a la menor oportunidad, de modo que los imprevisores negros dejarán de cultivar algodón y no habrá hombres blancos que se dignen a ocupar su puesto. El cultivo del algodón en Estados Unidos pasará así a la historia». Este contemporáneo temía que estallara una «guerra de exterminio entre ambas razas —una perspectiva que resulta demasiado horrenda para insistir en ella—». A nuestro hilandero le preocupaba que la emancipación provocara una conmoción en «el país ..., haciendo que tiemblen hasta [sus] mismos cimientos». Los rumores sobre esclavos que se fugaban, se negaban a trabajar y que incluso llegaban a rebelarse abiertamente mantenían en constante alerta tanto a los plantadores estadounidenses como a los fabricantes europeos. En 1848, el comerciante Francis Carnac Brown advertía a sus colegas de que existía «una raza de esclavos descontentos, sujetos a una dominación tiránica, que cualquier día puede provocar un desastroso estallido —y somos conscientes de que este es un desenlace que habrá de producirse necesariamente un día u otro—». Los estadounidenses trataban de explicar a sus clientes europeos que la esclavitud de su país, a diferencia de la de Saint Domingue, operaba sin peligro —y por los nada desdeñables motivos, entre otros (como sostenía Tench Coxe), de que contaban con la presencia de milicias blancas, de que los esclavos carecían «de artillería o armas, y de que, pese a ser numerosos, también se hallan notablemente separados por ríos, pantanos y grandes extensiones de tierras densamente pobladas por ciudadanos blancos»—. Con todo, las preocupaciones seguían presentes.⁴⁵

En los momentos de mayor ansiedad, los fabricantes europeos de tejidos de algodón empezaron a tratar de encontrar en otras regiones del mundo el volumen de suministros de materia prima que precisaban, hallándolo en cantidades crecientes en zonas como África y la India. En las décadas de 1810 y 1820, los funcionarios franceses comenzaron a poner sus miras en el Senegal, considerando que podía convertirse en una potencial fuente de materia prima, pero pese a sus concertados esfuerzos, obtuvieron muy poco algodón en esa parte de África. En Gran Bretaña, las esperanzas de conseguir un algodón que no procediese de Estados Unidos se centraron directamente en la India, cuya larga historia de exportaciones algodoneras parecía convertir al país en un terreno formidablemente bien acondicionado para garantizar el abastecimiento de las factorías británicas, sobre todo porque los manufactureros creían que el subcontinente disponía de una «extraordinaria abundancia de distintos tipos de algodón». Además, la India parecía indicar el camino a seguir para erigir una industria algodонера que no se hallara atada a las inestabilidades y las exigencias inherentes al sistema basado en la esclavitud y las expropiaciones de tierras. Surgieron así, literalmente, decenas de libros dedicados a enumerar y analizar las posibilidades del algodón indio —y en ocasiones con títulos tan fantásticamente ambiciosos como el siguiente: *Scinde and The Punjab: The Gems of India in Respect to Their Past and Unparalleled Capabilities of Supplanting the Slave States of America in the Cotton Markets of the World*—. No obstante, algunas de esas obras superaban el nivel del simple panfleto: John Chapman, por ejemplo, un antiguo fabricante de artículos de primera necesidad para la industria textil y empresario ferroviario de las Indias Occidentales publicaría en 1851 un escrito titulado *The Cotton and Commerce of India, Considered in Relation to the Interests of Great Britain*, en cuyas más de cien páginas se desgranaban con todo detalle diversas explicaciones relacionadas con el suelo, las prácticas agrícolas, las modalidades de la propiedad de fincas rústicas, las infraestructuras de transporte y las relaciones comerciales predominantes en diferentes zonas de la India —todo ello respaldado con un inmenso despliegue de

informaciones estadísticas—. Al igual que él, la mayoría de los autores llegaban a la conclusión de que «el suelo y el clima» de la India era perfectamente «favorable al cultivo» del algodón.⁴⁶

En la década de 1830, todas estas voces aisladas hallarían el modo de expresarse de forma colectiva. En 1836, la Cámara de Comercio de Manchester menciona por primera vez en su *Informe Anual* la utilización de algodón indio. Cuatro años más tarde, los miembros de esa misma institución celebraron una reunión especial con el fin de presionar a la Compañía Británica de las Indias Orientales para que tomara alguna medida en relación con la producción de algodón de la India, y en 1847 elevaron una solicitud a la Cámara de los Comunes con una intención muy similar. En 1845, la Asociación Comercial de Manchester —un organismo de empresarios locales que rivalizaba con la Cámara de Comercio de la ciudad— llegaría a enviar incluso una delegación a los directores de la Compañía Británica de las Indias Orientales a fin de animarles a promover el cultivo del algodón en la India, cuestión que consideraban «de la máxima importancia para los intereses de este condado».⁴⁷

Algunos manufactureros con visión de futuro empezaron a darse cuenta de que podía establecerse una relación más profunda, duradera y rentable entre la India como mercado para la venta de sus artículos y ese mismo país entendido como proveedor de materias primas. Imaginaron un mundo en el que los campesinos indios no solo pudieran exportar su algodón, sino convertirse a su vez en compradores de prendas elaboradas en Manchester: «Una vez que se hayan visto privados de un mercado en el que colocar la ropa, resultaría perfectamente natural animar a los habitantes de la India a cultivar esta materia prima».⁴⁸

La agitación suscitada ante la perspectiva de un algodón producido en la India alcanzó su punto culminante en la década de 1850, época en que los precios del algodón estadounidense volvieron a subir. Desde luego, el parecer de los algodoneros de Manchester en relación con la defensa de sus intereses continuaba dividido, ya que si unos juzgaban positivo que el estado interviniera en la obtención del algodón indio, otros creían que era mejor dejar las cosas en manos del mercado.⁴⁹ Sin embargo, en torno al año 1857, el problema del «adecuado suministro de algodón que es preciso

adquirir para sustentar la industria de este condado» se había convertido ya en uno de los temas de debate que más se suscitaban en las reuniones anuales de la Cámara de Comercio de la ciudad. Thomas Bazley —fabricante de artículos de algodón, presidente de la Cámara de Comercio de Manchester y miembro del Parlamento británico— dirá que «el suministro de ... algodón es totalmente inapropiado», añadiendo que, para enderezar la situación, se hace necesario emprender nuevas acciones destinadas a conseguir algodón de la India, África, Australia y otros lugares —y no dudará en apoyar sus afirmaciones «en el hecho de que el gobierno británico sea justamente el poseedor de esos terrenos»—. Bazley lanzó un llamamiento a los hilanderos, instándoles a organizarse para incrementar la producción de algodón de los territorios coloniales, convirtiéndose poco después en el principal promotor de la creación, en 1857, de la Asociación para el Suministro de Algodón de Manchester, cuyo objetivo consistía «en disponer de un abastecimiento más abundante y universal» de esa materia prima. Preocupados por la creciente volatilidad de la política estadounidense —agravada por la Ley de Kansas-Nebraska y el caso Dred Scott—,* los miembros de la asociación viajaron literalmente a los más remotos confines de la Tierra para entregar desmotadoras de algodón, prodigar consejos y repartir semillas y pertrechos entre los agricultores —y para recoger al mismo tiempo información sobre las distintas variedades de algodón y las diferentes formas de cultivarlo—. En este sentido, la labor de la asociación reproduciría, a la escala de un pequeño microcosmos, el gran proyecto de los capitalistas algodoneros, consistente en transformar la campaña global en un complejo dedicado al cultivo del algodón.⁵⁰

Para los manufactureros del algodón, la India resultaba una opción atractiva por la evidente razón de que seguía siendo uno de los mayores países productores de oro blanco. Los empresarios británicos del sector estaban convencidos de que el subcontinente producía más algodón que Estados Unidos. Las estimaciones, notablemente imprecisas, señalan que en el interior de la propia India se llegaban a consumir cerca de 340.000 toneladas métricas de algodón al año, cifra a la que había que añadir la de sus exportaciones anuales, de unas 68.000 toneladas o más. Estas cantidades permitían comparar favorablemente la producción de la India

con el total de toneladas de algodón que había generado Estados Unidos en 1839 —que rondaba las 343.000—. Tradicionalmente, buena parte de este algodón se utilizaba para la producción doméstica, y por lo demás, incluso el algodón que se dedicaba a comerciar con regiones situadas a grandes distancias solía permanecer en último término en el interior del subcontinente. De este modo, el algodón producido en el centro de la India solía enviarse a Madrás, en el sur del país, y a Bengala, en el este, pero al decaer la industria de la exportación de telas de algodón indias, esa producción de las regiones centrales empezó a mandarse cada vez más a Bombay para ser exportada desde ahí a China y también a Gran Bretaña —aunque en este último caso en cantidades más limitadas.⁵¹

Pese a hacerlo a regañadientes, la Compañía Británica de las Indias Orientales llevaba apoyando desde 1788 los esfuerzos destinados a incrementar dichas exportaciones, pero las cantidades que se barajaban eran de poca monta, debido fundamentalmente al elevado coste de los transportes. De hecho, hasta la década de 1830, las partidas de algodón que se exportaban a China eran de un volumen muy superior al de las que se enviaban a Europa (ya que con ellas sufragaba la compañía sus compras de té) —hasta el punto de que, por regla general, el incremento de las exportaciones a Europa solía ser concomitante con un descenso de las exportaciones a China—. Esto explica que la agricultura algodонера india no se orientara de forma más significativa a las exportaciones.⁵²

Sin embargo, los manufactureros de Manchester querían más. Presionaron a la Compañía Británica de las Indias Orientales, al gobierno del Reino Unido, y finalmente a la Administración colonial de Gran Bretaña en la India a fin de impulsar la puesta en marcha de una multitud de actividades destinadas a fomentar el crecimiento y la exportación de algodón indio. La iniciativa privada carecía de la fuerza suficiente para transformar la campaña india dedicada al cultivo del algodón, dado que «las compañías privadas no respondían» —y por eso era necesaria la intervención del gobierno—. El primer y más importante elemento que tenían en mente los empresarios de Manchester era la consecución de mejoras en la infraestructura. Se hacía preciso, «construir un puente, o tender una vía férrea, o excavar canales, o cultivar más algodón, o emplear

máquinas...». En 1810, la Compañía de las Indias Orientales envió semillas de algodón estadounidenses a la India a fin de que fueran empleadas en ese país. En 1816, la Junta directiva embarcó rumbo a Bombay varias desmotadoras de Whitney. En 1818 comenzaron a funcionar cuatro granjas experimentales de algodón. En 1829 se crearon nuevas haciendas de ese mismo tipo y se entregaron tierras a los europeos «para que cultivaran la variedad de algodón que ha sido aprobada». En 1831, el gobierno de Bombay fundó una agencia para comprar algodón en rama en el condado de Maratha, en el sur de la India. En 1839 surgió en el seno mismo de la Compañía Británica de las Indias Orientales un debate relacionado por un lado con la realización de nuevas inversiones en infraestructuras y granjas experimentales y vinculado por otro con la reorientación del capital, que quizá debería abandonar la producción de opio para dedicarse a la de algodón. La introducción de cambios jurídicos contribuyó a promover la causa de la Compañía, ya que a partir de 1829, el gobierno de Bombay empezó a castigar con penas de hasta siete años de prisión a todas aquellas personas que se dedicaran al empaquetado y venta fraudulentos de algodón. En 1851 se promulgó una nueva Ley para el Amejoramiento de la Supresión de Fraudes, de objetivos similares. Hubo un gran número de iniciativas destinadas a incrementar y mejorar las exportaciones de algodón indio. Y en 1853, al apoderarse los británicos de Berar, un territorio situado a algo menos de quinientos kilómetros al noreste de Bombay, lord Dalhousie, el gobernador general de la India, consideró oportuno alardear de que aquella expansión «ponía en manos [de Gran Bretaña] los mejores campos de algodón que se conocen en todo el subcontinente indio, abriendo por tanto ... un gran cauce adicional para el abastecimiento [de esta materia prima], lo cual nos permitirá solucionar el notable déficit de esta fibra que se ha percibido en un amplio sector de la industria manufacturera» que la precisa.⁵³

De igual importancia eran los planes destinados a reunir, asimilar y dispersar los conocimientos asociados con la producción de algodón. Esto explica que proliferaran los esfuerzos encaminados a estudiar la situación de la agricultura algodonera india. En 1830, la Administración encargó la realización de toda una serie de informes detallados sobre el cultivo del

algodón en la India. En 1848, el gobierno de la India había examinado ya la práctica totalidad de las tierras del subcontinente, analizando las capacidades que tenían todas y cada una de sus regiones, al menos en potencia, para la producción de partidas de algodón destinadas a la exportación. De hecho, también aquí, como en cualquier otra parte, la exploración estadística e informativa de un territorio iba a constituir un paso previo a la incorporación del mismo a la economía global, y lo cierto es que, a mediados del siglo, el conocimiento que tenían los europeos sobre el clima, el suelo, las enfermedades de los cultivos, la disponibilidad de mano de obra y las estructuras sociales en muchas zonas de la India seguía siendo bastante precario. De forma simultánea, se llevaron también al subcontinente semillas exóticas —fundamentalmente procedentes de Estados Unidos— y desmotadoras nuevas, y se fundaron asimismo granjas experimentales en Guyarat, en Coimbatore y en otros puntos.⁵⁴

El más significativo de todos esos esfuerzos se produjo en la década de 1840, al respaldar la Compañía Británica de las Indias Orientales la creación de granjas experimentales regidas por plantadores nacidos en Estados Unidos como primera fase de un plan tendente a sustituir el algodón cultivado en Estados Unidos con el producido en la India. Varios estadounidenses se habían ofrecido a «partir al Indostán». En junio de 1842, un tal W. W. Wood, «nacido y criado en las plantaciones de algodón», escribió desde Nueva Orleáns diciendo que llevaba algún tiempo «acariciando la idea de marchar a la India para cultivar algodón por cuenta propia», pero que «prefería, con mucho, contar con el patrocinio y el apoyo» de la Compañía Británica de las Indias Orientales. Finalmente obtuvo esa colaboración y emprendió el viaje a Bombay —acompañado por otros nueve plantadores más—, llevando consigo semillas, desmotadoras y pertrechos agrícolas traídos de Estados Unidos. Los plantadores viajaron a distintos lugares de la India y, una vez en ella, recibieron tierras, una casa y una prensa de algodón —todo ello con vistas a cultivar un puñado de variedades exóticas del arbusto, a partir, en casi todos los casos, de semillas estadounidenses—. Contrataron grupos de peones y firmaron acuerdos comerciales con campesinos de la zona que trabajaban por cuenta propia,

consiguiendo de este modo que cultivaran algodón. En un principio las cosas parecieron marchar bien, hasta el punto de que el *Asiatic Journal* informó del «celo y la diligencia» de los plantadores estadounidenses.⁵⁵

No obstante, y a pesar de esforzarse lo mejor que supieron, las granjas fracasaron al poco tiempo. El tipo de pluviometría terminó frustrando el plan de aplicar las prácticas agrícolas estadounidenses en la India. Además, las limitaciones de que adolecían las infraestructuras dificultaban notablemente el transporte. Empezó a comprenderse de forma cada vez más clara que las prácticas estadounidenses requerían una inversión de capital excesiva, dadas las condiciones en que se encontraban los cultivadores de algodón indios. Por si fuera poco, los indios también se oponían a que se utilizaran las llamadas tierras baldías para implantar en ellas las granjas experimentales, puesto que los usos tradicionales de la zona les «habían permitido alimentar al ganado sin coste alguno en esos terrenos incultos». Por último, las granjas también fracasaron debido a que los campesinos se preocupaban menos de los campos que cultivaban a cambio de un salario que de aquellos que les pertenecían. Y todo ello por no mencionar los grupos locales que se opusieron directamente al experimento. «Hace unas semanas, alguien prendió fuego a la casa del señor Mercer» —uno de los granjeros estadounidenses, según leemos en un documento—, «y todo quedó destruido, tanto la finca y sus productos como el conjunto de sus propiedades, salvo las ropas que llevaba puestas» en el momento del incendio. Y en esas circunstancias, desde luego, el hecho de que los estadounidenses fueran «perfectamente ajenos a los hábitos y el idioma del país» no contribuía en nada a suavizar las cosas. Esto explica que en 1845 Mercer llegara en su informe a las siguientes conclusiones: «que las granjas experimentales no han representado más que un gasto inútil para el gobierno; que el sistema de cultivo estadounidense no ha podido adaptarse a la India; que la capacidad de los indígenas del país, dado el conocimiento que tienen del clima y las posibilidades del suelo, se hallan en condiciones de cultivar mejor que cualquier europeo, y a un coste muy inferior; y que por todo ello [solicitan] la abolición de las granjas...».⁵⁶

Los cultivadores indios, en efecto, se resistían a renunciar a las denominadas tierras yermas y no era fácil convencerles de que trabajaran a cambio de un salario en las granjas, con lo cual la idea de poner en marcha unas «plantaciones revolucionarias» similares a las que habían prosperado en Norteamérica acabó por revelarse poco factible. De hecho, los campesinos del subcontinente se opusieron activamente a las imposiciones de los funcionarios coloniales. Los agricultores estadounidenses dedicados al cultivo del algodón en la India se quejaban de que se les «obligaba a ceder a los prejuicios de [sus trabajadores]». Lamentaban asimismo la «indolencia» de los recolectores de algodón del país y denunciaban que les robaban la materia prima que almacenaban en sus haciendas, que los braceros organizaban huelgas —lo cual les forzaba a aceptar sus exigencias de aumento de salario—, que había escasez de capital, que los suelos eran poco fértiles y que «no conseguían reunir peones» suficientes. Al final, llegaron a la conclusión de que el trabajo asalariado no funcionaba, hasta el punto de que uno de los plantadores no dudaría en afirmar categóricamente que «el sistema del cultivo con mano de obra pagada no puede ser aplicado de forma rentable al algodón, bajo ninguna circunstancia, en esta parte del país».⁵⁷

De hecho, las experiencias vividas en la India parecían confirmar que el cultivo del algodón dependía de que se usara la coerción. No obstante, los manufactureros habían empezado a comprender que no era posible fiarlo todo al sistema esclavista. Y dado que tanto el capital de que disponían como las instituciones con que contaban eran insuficientes para generar sistemas alternativos, los propios industriales se vieron en la necesidad de recurrir al estado, comenzando a demandar la promulgación de nuevas leyes relacionadas con la propiedad de las tierras, a fin de conseguir que afluyeran inversiones al cultivo del algodón. Solicitaron que se inyectara más dinero en las granjas experimentales, que se procediera a recopilar sistemáticamente el conocimiento agrícola, que el estado dedicara más recursos económicos a la creación de infraestructuras, y que los impuestos con los que se gravaba a los agricultores no indujeran a quienes decidieran cultivar algodón a dejar de invertir y mejorar la cantidad y la calidad de sus cosechas. Tanto en Gran Bretaña como en la India, los capitalistas

algodoneros comprendieron que era preciso inyectar efectivo en el campo, aunque no tardaron en descubrir que las condiciones que reinaban en el subcontinente hacían que el empeño resultara demasiado arriesgado. Como argumentaban los miembros de la Cámara de Comercio de Bombay, «con medidas de mezquino detalle no es posible materializar una ampliación de la producción lo suficientemente grande como para permitir la obtención de miles de toneladas métricas de algodón al año, ni tampoco conseguir una mejora de los procesos tan radical como para generar un cambio en las costumbres y los hábitos de una nación entera, pues lo cierto es que únicamente la acción de un conjunto de causas y principios de extensión e intensidad proporcionadas al caso pueden hacernos concebir la esperanza de materializar una transformación semejante». ⁵⁸

La Compañía Británica de las Indias Orientales se defendería vigorosamente de todas las acusaciones que empezaron a verter sobre ella los manufactureros y los comerciantes de algodón al resaltar que no estimulaba suficientemente el cultivo del algodón en la India. En 1836, la Compañía Británica de las Indias Orientales había publicado ya un libro en el que exponía sus argumentos: *Reports and Documents Connected with the Proceedings of the East-India Company in Regard to the Culture and Manufacture of Cotton-Wool, Raw Silk, and Indigo in India*. En esta obra, la Compañía enumeraba con gran lujo de detalles el enorme número de actividades que había promovido o llevado a cabo. A su vez, la Compañía criticaba a los comerciantes, exigiéndoles no solo que se mostraran más atentos cuando adquirieran algodón en la India sino que se manifestaran dispuestos a no adquirir sino materias primas limpias y bien desmotadas. El resultado de esta situación fue que los comerciantes de algodón europeos y los funcionarios coloniales se pasaron los quince años siguientes lanzándose mutuas acusaciones sobre la responsabilidad de la baja calidad y la insuficiente cantidad del algodón indio destinado a la exportación. ⁵⁹

No obstante, y a pesar de todas las polémicas y esfuerzos, el algodón indio seguiría desempeñando únicamente un papel muy secundario en los mercados mundiales, de modo que no alcanzaría a representar la más mínima amenaza para la supremacía del algodón que se cultivaba en Estados Unidos. Con todo, no hay duda de que ahora llegaba más algodón

indio al Reino Unido, debido sobre todo a que las antiguas exportaciones a China se redirigían ahora a Europa. Sin embargo, pese a conferir ese nuevo destino al algodón indio, la cuota de mercado que le correspondía en Gran Bretaña continuó anclada en niveles muy bajos —situándose en una horquilla que no lograría pasar más que del 7,2% de la década de 1830 al 9,9% de los años cincuenta de ese mismo siglo—. «El éxito que ha alcanzado el cultivo de este artículo no se ha revelado tan grande como habría sido de desear», admitiría el Departamento de Ingresos en el año 1839. La Cámara de Comercio de Bombay se expresaría de forma aún más categórica al señalar que los desvelos destinados a mejorar y expandir las exportaciones de algodón «se han saldado con un estrepitoso fracaso».⁶⁰

Como viene a sugerir el descalabro de las granjas experimentales, una de las razones más importantes de este revés hay que buscarla en el problemático carácter de las infraestructuras de transportes. Por regla general, el algodón se trasladaba al mercado a lomo de bueyes o en carromatos, lo que constituye un tipo de transporte extremadamente lento y caro para las materias primas. En el año 1854 —es decir, en una fecha llamativamente tardía—, la India seguía contando únicamente con 54 kilómetros de vías férreas. De hecho, un experto ha argumentado que si el algodón estadounidense era mucho más competitivo que el indio se debía justamente a que el sistema ferroviario norteamericano era inmensamente superior al asiático —a lo que convendría añadir la observación de que también la red fluvial del otro lado del Atlántico era notablemente más apta para el transporte que en la del Índico—. Había una fisura, una especie de descoordinación, entre el ritmo industrial de Lancashire y la cadencia de la vida económica de los trabajadores rurales que se dedicaban al cultivo del algodón en la campiña india. En otras zonas del mundo, el capitalismo de guerra había conseguido salvar ese vacío recurriendo a la coacción física —pero le había sido imposible lograrlo en la India.⁶¹

De mayor importancia aún que la carencia de unas infraestructuras adecuadas era posiblemente el hecho de que las formas de producción de los cultivadores indios no se coordinaran adecuadamente con las necesidades asociadas con una producción destinada a la exportación. Los campesinos indios seguían todavía profundamente insertos en una

economía algodonera independiente de los nuevos ricos que el algodón había generado en Europa. Los agricultores de la India producían algodón para su consumo doméstico y en la mayoría de las ocasiones se confeccionaban ellos mismos la ropa que usaban. Resulta más útil considerar que lo que Gran Bretaña juzgaba un «fracaso» era en realidad la prueba de las enormes diferencias que existían —en materia de posibilidades y prioridades— en el terreno de la explotación algodonera. La producción de algodón en régimen de monocultivo, tan predominante en América del Sur, era una práctica desconocida en la India. Los agricultores indios daban preferencia a los cultivos de subsistencia, dado que temían pasar hambre en caso de que las cosechas destinadas al mercado no encontraran salida o se agotaran —de hecho, un observador señala que «en sus respectivos campos, los campesinos cultivaban, mezclados, tanto algodón como cereales, haciéndolo además de forma indiscriminada, según el dictado de sus inclinaciones o sus intereses—. Los campesinos locales únicamente cultivaban algodón «como cultivo secundario», lamentaba un recaudador británico.⁶²

Además, los indios se mostraban reacios a abrazar nuevos métodos de cultivo y formas inéditas de preparar el algodón para el mercado. Se resistían a utilizar semillas exóticas. Seguían desmotando el algodón mediante un rodillo, o *churka*, que manejaban con los pies. Esta resistencia a la utilización de formas diferentes de cultivar y procesar el algodón, pese a resultar tremendamente exasperante para los colonos británicos, respondía sin embargo a un comportamiento totalmente racional desde el punto de vista de los agricultores indios. A fin de cuentas, las tecnologías que empleaban estaban bien adaptadas a las condiciones sociales y medioambientales de la zona en que habitaban, y lo mismo les ocurría a las semillas indígenas. Además, entre los campesinos indios, los mayores consumidores eran los hilanderos del país, así que únicamente cultivaban las variedades de algodón que sabían positivamente atractivas para los mercados locales. Dado que las condiciones reinantes dictaban una extrema penuria de capitales, resultaba plenamente sensato centrarse en los cultivos de subsistencia, no recurrir más que a tecnologías de probada eficacia y apuntar exclusivamente a mercados bien asentados. Y teniendo en cuenta

que tampoco se esperaba un próximo aflujo de capital, ni por el flanco de los comerciantes europeos ni por el de los negociantes indios, se hacía muy difícil, por no decir imposible, tratar de revolucionar la producción. Y al no existir un sistema claro de propiedad privada de la tierra —situación que solo habría podido lograrse mediante expropiaciones generalizadas y una enérgica presencia del Estado—, la creación de un proletariado rural —que era la estrategia potencialmente alternativa a la de tratar de controlar la producción— terminó revelándose igualmente imposible.⁶³

Y si por un lado los campesinos conservaban su capacidad de controlar el uso de la tierra, el aprovechamiento de su fuerza de trabajo y la posibilidad de decidir el modo de producir el algodón, los comerciantes indígenas, por su parte, continuaban ejerciendo un gran poder en los circuitos en que se realizaban los intercambios, limitando *de facto* la invasión occidental, y por consiguiente la introducción de medidas revolucionarias en la campaña local. Hasta la década de 1860, el comercio del algodón continuó dominado en buena medida por los agentes, tratantes, intermediarios, mercaderes e incluso los exportadores indios. Pese a los «agotadores esfuerzos ... que habían estado haciendo los defensores de los intereses británicos con el objetivo de conseguir que la comercialización del algodón se adaptara a las necesidades de la economía exportadora», puede decirse que en la mayoría de los casos su empeño se saldó con un fracaso. En 1842, la Cámara de Comercio de Bombay intentó hallar respuesta a una de las preguntas que se hacían constantemente los cultivadores occidentales: «¿Cómo es que el capital británico, tan poderoso en otras regiones del mundo y tan dado a suscitar expectativas de acción práctica en el caso de la India, se revela aquí tan completamente inoperante?». Y a continuación desgranaban en una lista las múltiples desventajas que se oponían al empeño de los capitalistas europeos: su número era escaso, ya que en todo Bombay no había más que cuarenta comerciantes que se dedicaran al negocio algodonero; tenían que adaptarse «a la situación comercial que existía antes de su llegada»; no podían sino lamentar «la oposición y las imposiciones con las que inevitablemente debían bregar»; y se veían obligados a competir con los hilanderos locales.⁶⁴

Los comerciantes occidentales topaban con la oposición de los indígenas a cada paso, aun en el caso de operar en comarcas dedicadas tradicionalmente al cultivo del algodón: «Los cultivadores habían aprendido a desconfiar de ellos por el solo hecho de ser europeos, así que pedían por el algodón un precio muy superior al que habrían aceptado de tener enfrente a un negociante coterráneo suyo. Y se enfrentaban a una imposición similar en cualquier otro tipo de transacción —ya se tratara del precio de las peonadas, del alquiler de los carros, de la renta de los almacenes o de las tarifas de los desmotadores—. En consecuencia, la posibilidad «de implantar granjas en el interior» del país resultaba poco menos que impensable para los comerciantes europeos, y los empresarios ingleses se limitaban «a comprar el algodón que se pone a la venta aquí [en Bombay]». Pese a que supieran perfectamente que no solo resultaba sumamente necesario disponer de una «agencia mercantil en el interior del país» sino que su establecimiento era uno de los requisitos previos que debía satisfacer todo intento de reorganizar la producción de algodón, era muy poco probable que «se animaran a arriesgar en una región tan alejada de su control las grandes cantidades de capital que exigía la construcción de edificios y la entrega de adelantos en efectivo a los agricultores —elementos ambos que se revelaban imprescindibles para mantener operativas las instalaciones permanentes que les habría gustado erigir en Guyarat—». En el Berar de 1848 todavía «seguía siendo normal que los negociantes ambulantes compraran algodón en pequeñas cantidades en las mismas aldeas que lo cultivaban», siendo también muy habitual que buena parte de ese algodón hubiera sido hilado por los propios agricultores, y no constatándose por lo demás «que se hubiera presentado en la región un solo capitalista capaz de ofrecer adelantos económicos a los campesinos —al menos no en cuantías dignas de mención—». A diferencia de lo que sucedía en Estados Unidos, los empresarios occidentales afincados en la India se revelaban todavía incapaces de hacer algo que resultaba extremadamente necesario a juicio del comité parlamentario británico reunido entre los años 1847-1848: «ponerse en comunicación directa con las personas dedicadas a labrar la tierra».⁶⁵

En resumen, los europeos solo habían conseguido penetrar de forma muy superficial en el sistema de producción algodonera de la India, lo que explica que los comerciantes occidentales no hubieran logrado influir en forma alguna en el modo en que se producía el algodón en la campiña del subcontinente. Por otra parte, el impacto que habían ejercido en las fórmulas que empleaban los habitantes de la zona para trasladar el algodón de las manos de sus productores a las de los negociantes de la costa había sido igualmente escaso. Los esfuerzos que habían dedicado los británicos al cultivo del algodón en grandes alquerías valiéndose de mano de obra asalariada fracasó estrepitosamente, debido fundamentalmente al hecho de que no les fuera posible movilizar la fuerza de trabajo que precisaban. Uno de los superintendentes de este tipo de granjas algodoneras nos ha dejado el siguiente testimonio escrito: «Todas estas gentes se niegan a venir a la finca si los aldeanos solicitan sus servicios, dándose a veces la circunstancia de que algunos de ellos, tras haber recibido del gobierno un salario para todo el mes, desaparecían por la mañana diciendo que estaban enfermos y que se hallaban incapacitados para el laboreo, aunque después me los encontraba por la tarde, trabajando para los lugareños».⁶⁶

Dados todos estos problemas, el empleo de operarios sujetos a coerción presentaba los visos de una opción atractiva. De hecho, en 1831, el ejemplo del gran sistema que se había organizado en Estados Unidos para el cultivo del algodón, basado en el esclavismo, empujaría a un agente comercial que residía en la India a preguntarse si no sería mejor que la Compañía Británica de las Indias Orientales recurriera, «siquiera en pequeña medida y con moderación, al uso de la coerción». De manera similar, otro comunicante llegará a sugerir que los europeos deberían poner a trabajar como «aprendices a chicos procedentes de los orfanatos», mientras que otros se mostrarán partidarios de recurrir a los presidiarios y a los condenados a trabajos forzados. Todas estas propuestas terminarían quedando en agua de borrajas, dando así al traste con las plantaciones algodoneras que regían los europeos. En lugar de emprender el camino al que apuntaban estos testimonios, a la Compañía Británica de las Indias Orientales no le quedó más remedio que confraternizar constantemente con los gobernantes locales, las estructuras de poder regional, los sistemas de

fijación de la propiedad rústica de las distintas zonas en que operaba, y las fórmulas de producción que elegían privilegiar los agricultores de cada comarca. Las dificultades que encontraron los británicos en la India esclarecen así la decisiva diferencia que existía entre su método y el empleado en Estados Unidos. Pese a que los conflictos surgidos entre los pioneros norteamericanos y los indígenas del Nuevo Mundo se hubiesen revelado muy costosos, provocando grandes pérdidas humanas y materiales, la situación resultante dio a los colonos un control absoluto de la tierra y sus recursos. La modalidad indígena de producir y operar fue totalmente borrada del mapa. Las prácticas locales quedaron simplemente arrasadas.⁶⁷

Al igual que sus colegas de la Anatolia, el África occidental y otras regiones del mundo, los campesinos indios también habían construido un universo que les permitía ofrecer resistencia a la arremetida del capital mercantil europeo. Y dado que los occidentales eran incapaces de trasladar a esas regiones del mundo el sistema de la coerción física y la expropiación generalizada de la tierra, y que carecían de la facultad de imponer por la fuerza algún otro sistema alternativo para la producción de materias primas, lo cierto es que, para gran consternación suya, la dependencia que les mantenía atados a Estados Unidos se agudizó. Esa es la conclusión a la que llegaría también el señor Dunbar, comisionado de Dacca, en el año 1848: «En este antiguo y populoso país, en el que la tierra es muy valiosa y las rentas elevadas, en el que prácticamente se desconoce el servicio agrícola, en el que la necesidad de competencias profesionales, energía y dinamismo empresarial es casi proverbial, y en el que el volumen de la producción es tan inferior al de Estados Unidos —con la consiguiente e inevitable carestía de los transportes—, la competencia con este último país parece constituir un empeño sin esperanza».⁶⁸

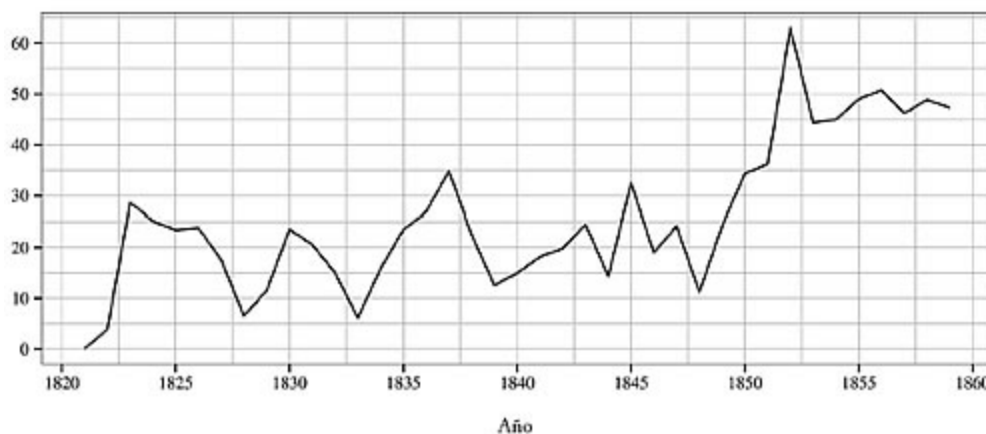
A diferencia de lo que sucedía en la India, en Egipto sí que existía la posibilidad de ejercer la coerción, de expropiar a los campesinos e incluso de reducir a la esclavitud a una parte de la población. En Egipto, el algodón no empezó a ser un artículo de exportación clave sino en fecha muy tardía, en tiempos de Mehmet Alí Pachá, es decir, en torno a los años veinte del

siglo XIX. A finales de la década de 1810, y como parte de su empeño por crear una pujante industria algodonera en sus dominios, Alí mandó llamar a Louis Alexis Jumel, un ingeniero textil francés que llevaba largo tiempo afincado en la ciudad de Nueva York. Por pura casualidad, Jumel acertó a pasar junto a uno de los arbustos de algodón de los jardines de El Cairo, y observó inmediatamente que pertenecía a una variedad de fibras muy largas y resistentes. Apoyado por Alí, el ingeniero francés desarrolló todavía más aquella particular cepa, hasta el punto de que en 1821 empezó a cosechar cantidades significativas de un producto que pronto sería conocido con el nombre de «algodón de Jumel» —no tardando en encontrar en Europa mercados perfectamente dispuestos a comprarlo.⁶⁹

Alí comprendió el gran potencial que encerraba ese nuevo cultivo exportable y ordenó que fuera cultivado en toda la nación. Desde un principio, el uso de la coerción formó parte de su proyecto. Aprovechando que los campesinos tenían el deber de realizar anualmente una prestación de servicios al estado —algo así como una condena a trabajos forzados disfrazada de gravamen fiscal—, se les exigió cultivar algodón en terrenos de propiedad estatal. También se les intimó a plantar cosechas de esa misma materia prima en sus propios campos, instándoles a hacerlo además de un modo muy concreto y pidiéndoseles después que vendieran al estado el producto de esa labor —que de hecho habían realizado sin cobrar ninguna paga—. El gobierno era el que establecía los precios del algodón y el que controlaba todos los detalles de su transporte y venta a los comerciantes extranjeros de Alejandría —a quienes se les prohibió de forma explícita que compraran directamente el algodón a los agricultores egipcios—. También se obligó a los labriegos a excavar canales para irrigar los cultivos, así como a construir carreteras —creándose de ese modo una red de caminos que no tardó en cubrir la totalidad del Bajo Egipto a fin de poder transportar al mercado la materia prima—. Así lo señalaba en 1843 la *Merchants' Magazine and Commercial Review* de Nueva York: «Los *felah* no cultivan el algodón por propia iniciativa, así que, de no ser por la despótica injerencia del Pachá, es probable que apenas se produjera». A diferencia de lo que sucedía en Estados Unidos —donde eran los individuos quienes

ejercían privadamente la fuerza—, en Egipto era un estado premoderno el que hacía gravitar la amenaza de la coerción violenta sobre los cultivadores.⁷⁰

El estado egipcio también dominaba el comercio mismo del algodón. Hasta la década de 1850 —y en marcado contraste con la situación de los endeudados plantadores estadounidenses—, los gobernantes egipcios consiguieron limitar la influencia de los negociantes extranjeros en la comercialización interna del algodón, pese a que los occidentales fueran los empresarios de mayor peso en todo lo relacionado con la organización de los flujos de exportación del puerto mediterráneo de Alejandría. El gobierno egipcio compraba el algodón a precios fijos, lo acumulaba en un conjunto de almacenes centralizados y lo enviaba después a Alejandría —ciudad en la que Alí era el único que podía suministrar materias primas a los comerciantes extranjeros—. En las décadas de 1820 y 1830, entre el 10 y el 25% de los ingresos del estado egipcio habrían de provenir de estas ventas de algodón.⁷¹



Exportaciones de algodón de Egipto, en millones de libras, 1821-1859.

El algodón egipcio acabaría por desempeñar un papel significativo en el suministro de los manufactureros europeos.⁷² En 1825, los propietarios de las fábricas británicas señalaron que las exportaciones egipcias «han logrado frenar prácticamente los incrementos que últimamente han estado experimentando los precios de todos los demás algodones». Sin embargo, el principal valor del algodón egipcio, argumentaban, radicaba en el hecho de

que podía substituir al algodón estadounidense de fibra larga que se cultivaba en Sea Island, circunstancia que estos empresarios consideraban importante, sobre todo «en caso de que sobreviniera algún acontecimiento político que nos impidiera obtener una sola bala de algodón en Estados Unidos». ⁷³

Esa catastrófica eventualidad no llegaría a materializarse. Al menos de momento. Al contrario, ya que el algodón empezó a fluir, a precios aún más económicos, de las plantaciones de Suramérica. Espoleadas por el capital europeo, las prácticas de la esclavitud y la expropiación de las tierras de los indígenas se sumaron, proporcionando sin cesar materias primas a la industria más importante de Europa. La inyección masiva de capital europeo transformó la campaña americana: la propiedad de tierras se convirtió en sinónimo de prosperidad, estableciendo puentes de unión — con los que a veces se salvaban además grandes distancias— entre esclavos y trabajadores asalariados, cultivadores y manufactureros, plantaciones y factorías. Al calor de la Revolución Industrial, la esclavitud pasó a convertirse en un elemento central de la nueva economía política del mundo occidental. Sin embargo, este capitalismo, basado en la expansión territorial y en la violenta dominación de la mano de obra, era también intrínsecamente inestable. Así lo señalaba el *Bremer Handelsblatt* en 1853: «La prosperidad material de Europa pende de una hebra de algodón. Si la esclavitud fuera súbitamente abolida, las cinco sextas partes de la producción de esta materia prima se desplomarían de golpe, y todas las industrias algodonerías se verían abocadas a la ruina». ⁷⁴

Irónicamente, a estos industriales, siempre ávidos y dependientes de la obtención de crecientes cantidades de algodón, la ayuda iba a llegarles por un flanco inesperado y por motivos no menos imprevistos: del lento pero imparable desmantelamiento de las redes manufactureras de algodón que competían con ellos en Asia. A lo largo de la primera mitad del siglo XIX, los cauces por los que operaba la artesanía algodонера local habían constituido una sólida presencia en el mundo. La importancia del cultivo del algodón destinado a fines domésticos o a los mercados comarcales no había disminuido ni en África ni en Latinoamérica ni en el conjunto de Asia. De hecho, es perfectamente posible que a mediados de siglo la

cantidad de algodón que circulaba por esos circuitos de carácter simultáneamente restringido y local fuera superior a la que deglutía la producción industrial. Como bien señala Thomas Ellison —y nada menos que en una fecha tan tardía como la de 1886—, en vastas zonas de África «se cultivaba y se manufacturaba algodón indígena desde tiempos inmemoriales, de modo que los nativos aparecen en la mayoría de los casos vestidos con las telas que ellos mismos producen». ⁷⁵

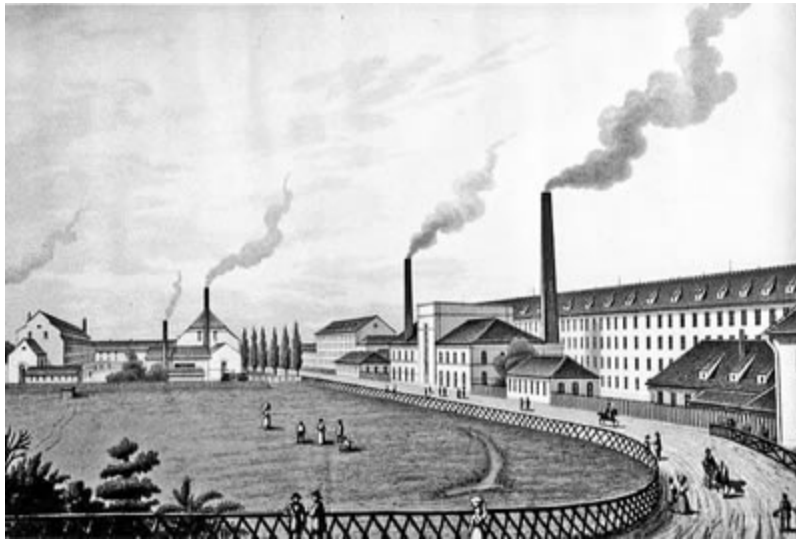
Del mismo modo, también los hilanderos y los tejedores de China seguían abasteciendo de género al inmenso mercado doméstico —y valiéndose no solo de unos métodos de producción del todo tradicionales, sino trabajando fundamentalmente en sus propios hogares y confiando las labores más duras a sus subordinados—. La mayor parte del algodón que consumían provenía, bien de sus propios campos de cultivo, bien de las tierras de sus vecinos, aunque había también quien adquiría el algodón a los grandes comerciantes de esta materia prima que operaban en Shanghái y otros puertos similares. «En las mañanas soleadas de otoño, muy temprano», observa en 1845 un viajero británico, «los caminos que conducen a Shanghái aparecen repletos de cuadrillas de culíes procedentes de las granjas de algodón», lo cual da fe de que existía un universo algodonero muy alejado de las redes de cultivo, producción y consumo que dominaban los europeos. También Japón disponía de un floreciente comercio interno de algodón procedente de cultivos locales que producía al mismo tiempo grandes cantidades de géneros de algodón en telares domésticos y pequeños talleres. Y en los primeros años del siglo XIX, pese a que ya se hubiera iniciado el declive de las exportaciones de su industria manufacturera, Bengala seguiría importando enormes cantidades de algodón en rama: se decía que, en 1802, Bengala apenas había logrado cultivar más de 3.100 toneladas métricas, importando en cambio más de 19.500, traídas fundamentalmente de las Indias Occidentales —y compitiendo por tanto con China y Lancashire en la consecución de una materia prima esencial para su más importante industria—. Y a pesar de los ambiciosos planes que Gran Bretaña había tratado de poner en marcha para contrarrestar esta realidad, la India continuaría siendo el más destacado ejemplo de esos circuitos alternativos de producción algodonera. ⁷⁶

No obstante, pese a la persistencia de estas redes locales y regionales, lo que ahora nos interesa resaltar es que estaban abocadas a no volver a prosperar jamás. Estos pequeños circuitos comerciales, definidos por las costumbres, las conveniencias y los beneficios, estaban sufriendo ya la labor de zapa de las ramificadas y crecientes vetas del capital y el poder estatal de Europa. En realidad, el hecho de que los géneros de algodón resultaran extremadamente baratos debido al sistema esclavista de Estados Unidos acabaría contribuyendo a debilitar las manufacturas locales de todas las regiones productivas del mundo. Lo cierto es que, en repetidas ocasiones, el imperio del algodón habría de promover lo que la historiadora Kären Wigen ha denominado la «construcción de una periferia». Tench Coxe comprendió muy pronto, en 1818, hacia dónde se encaminaba este proceso, ya que en una de sus más perspicaces observaciones señala que la exportación británica de artículos al detalle a la India terminará obligando a los agricultores del subcontinente «a pasarse al cultivo del algodón en lugar de seguir confeccionando un género que ahora ya no logran vender». A lo largo del siglo XIX, los europeos habrían de apostar todo, una y otra vez, a la eficacia del capitalismo de guerra: siempre que conseguían cultivar nuevas tierras, coaccionar a más esclavos o encontrar capitales adicionales hacían posible la producción de un mayor número de tejidos de algodón, y a precios más económicos, expulsando de este modo a los algodoneros rivales a la periferia. Y a su vez, la destrucción de todos estos circuitos algodoneros alternativos habría de inclinar todavía más a su favor el equilibrio de poder reinante en muchas regiones rurales del mundo, exponiendo a una mayor extensión de territorios y a un creciente número de braceros a los peligros de la intrusión generalizada de la economía global. La gran ironía de este rapaz ciclo de capitalismo de guerra, como veremos, es que su éxito sentó las bases de su propia desaparición.⁷⁷

Sin embargo, en esos años parecía verdaderamente remoto detectar el menor atisbo de un futuro desplome. En la primera mitad del siglo XIX, el capitalismo de guerra parecía constituir una inmensa e insondable maquinaria, un mecanismo dolorosamente eficaz diseñado para obtener beneficios y poder. Y conforme fuera creciendo el que amasaba Gran Bretaña, los capitalistas de otras regiones del mundo empezarían a

comprender las posibilidades que encerraba el maridaje de las nuevas tecnologías y la coacción física. Desde luego, eran muchos los observadores que se sentían inquietos al constatar la belicosa expropiación de las poblaciones indígenas, la violencia que se ejercía en las plantaciones y la agitación social que sacudía las ciudades industriales de Inglaterra. No obstante, quienes se revelaban capaces de embridar ese mundo nuevo se sentían irresistiblemente atraídos por la riqueza y el poder que les aguardaban. Por consiguiente, tanto los capitalistas de Francia como los de los territorios alemanes, o los de Suiza, Estados Unidos, Lombardía y otros puntos del globo, trataron de seguir la senda que les había abierto Manchester.

EL CAPITALISMO INDUSTRIAL LEVANTA EL VUELO



La Revolución Industrial en Alsacia.

En 1835, John Masterson Burke, un gerente de veintitrés años de edad que trabajaba en la fundición que James P. Alair tenía en la ciudad de Nueva York, embarcó rumbo al sur de México. Su destino era la pequeña población colonial de Valladolid. En esa localidad, don Pedro Baranda, antiguo gobernador del Yucatán, y el escocés John L. MacGregor, acababan de abrir la primera empresa algodonera de México dotada de máquinas de vapor —y Burke había ido justamente para dirigir esas manufacturas—. Los empresarios señalaban que uno de los incentivos que les habían llevado a embarcarse en aquel empeño era el hecho de que «el algodón creciera de forma espontánea en los alrededores de Valladolid», pero las historias que

se oían sobre los beneficios que el algodón estaba generando en Inglaterra, de Lancashire a Lowell, debieron de ser sin duda un acicate añadido para Baranda y MacGregor.¹

La idea de levantar una factoría de algodón en Valladolid, lejos de toda instalación portuaria y carente de personal provisto de competencias técnicas, no era un empeño menor. Pese a que un neoyorquino que acertó a pasar por la zona en 1842 señalara que la fábrica resultaba «notable por su aspecto limpio, sólido y formal», la puesta en marcha de la producción algodонера en el Yucatán había sido fruto de arduos esfuerzos. Para hacer arrancar la empresa —llamada Aurora Yucateca—, Burke no solo se trajo consigo de Nueva York la maquinaria precisa (incluyendo las carretas que se requerían para trasladarlas desde el puerto de arribada hasta Valladolid) sino también a cuatro ingenieros —dos de los cuales no tardaron en fallecer, víctimas de la malaria—. Sin recurrir a la ayuda de un arquitecto, los tres empresarios diseñaron la fábrica por sus propios medios, apañándose tan medianamente que «en dos ocasiones los arcos de sustentación cedieron y el edificio entero se vino abajo». Pese a todo, Baranda, MacGregor y Burke terminaron por levantar y poner en marcha la factoría. Con la ayuda de 117 trabajadores de la zona y la colaboración de varias familias mayas que les suministraban la madera necesaria para mantener encendidas las calderas de las máquinas de vapor y que plantaban algodón en sus campos de maíz, los empresarios consiguieron confeccionar 361.000 metros de tela en los nueve años que median entre 1835 y 1844. Pese a ser un logro modesto si lo valoramos de acuerdo con lo que se consideraba habitual en Lancashire, lo cierto es que no deja de constituir una hazaña impresionante.²

El hecho de que surja una fábrica textil de algodón en medio del agreste paisaje tropical de la península del Yucatán, a varios días a caballo del puerto de Mérida y lejos de toda fuente de capital inversor, es una muestra palpable de la poderosa atracción que ejercía el algodón en los empresarios del mundo entero. Tras generalizarse en Gran Bretaña el uso de las hiladoras de vapor a lo largo de la década de 1780, la mecanización de las manufacturas de algodón comenzó a extenderse por el conjunto del globo —primero poco a poco y más tarde a velocidad de vértigo—, pasando

de Gran Bretaña a la Europa continental y a Estados Unidos, para colonizar después Latinoamérica, el norte de África y finalmente la India y otros países aún más lejanos.

Podrían referirse cientos, quizá miles, de historias como esta. Fijémonos por ejemplo en el caso de la región del río Wiese, o Wiesental, en lo que hoy es Alemania. Este valle, que se extiende desde los más altos picos de la Selva Negra, en el ducado de Baden, hasta el Rin, cerca ya de la ciudad suiza de Basilea, llevaba siendo un dinámico centro de la producción manual de hilados y tejidos de algodón desde el siglo XVIII. Respaldados por el abundante capital suizo, y contando además con la ventaja de una mano de obra barata y una amplia red de intermediarios, los emprendedores comerciantes de Basilea movilizaban a miles de campesinos y les ponían a hilar algodón en sus hogares. Se trataba de trabajadores procedentes de familias de agricultores locales que no lograban encontrar tierras para sus hijos y que vivían en zonas en las que no tenían vigencia las restricciones gremiales que limitaban la expansión de la producción en ciudades como Basilea. Algunos de esos comerciantes empezaron a dar empleo a una enorme cantidad de ese tipo de trabajadores, ayudados por las normativas estatales, que obligaban a hilar a los niños y a los adultos jóvenes: en 1795, el comerciante Meinrad Montfort, de Zell, en la Selva Negra —cuyo negocio era la producción de artículos a destajo—, pagaba un salario a unos doscientos cincuenta hogares, habiendo en ellos uno o más miembros del grupo familiar dedicados a hilar o a tejer. Tanto Montfort como otros comerciantes que también se dedicaban a producir al máximo de su capacidad recibían de Basilea el algodón en bruto, entregando después las telas ya confeccionadas a sus clientes, quienes suministraban a su vez esos artículos al hervidero de fábricas de estampado de prendas de algodón que había en Mulhouse, una ciudad-estado independiente situada justo al otro lado del Rin. De hecho, las inversiones suizas fueron tan descomunales que un historiador ha llegado a categorizar la concomitante reestructuración económica de la zona diciendo que se trató de un verdadero proceso de «colonización del valle del Wiese».³

En el siglo XVIII, estos emprendedores suizos y sus subcontratistas de Baden ya habían empezado a dar trabajo a grupos de hilanderos y tejedores, reuniéndolos en talleres no mecanizados con el fin de supervisar del mejor modo posible la producción. En 1774, el propio Montfort había creado ya un establecimiento dedicado al blanqueo de ropa en la vecina Staufen. Una vez que se hubo conseguido que los obreros abandonaran sus hogares para trabajar en estos talleres, ya solo era cuestión de tiempo que los dispositivos mecánicos para el hilado del algodón, recientemente inventados en Inglaterra, llegaran al valle del Wiese. De hecho, en 1794 —tan solo diez años después de que Samuel Greg pusiera en marcha su fábrica en la localidad de Styal—, varios empresarios abordaron la construcción de la primera hilandería mecanizada, aunque las autoridades gubernamentales decretaron poco después su cierre forzoso por temor a que la mecanización generara desempleo, miseria y levantamientos sociales. Sin embargo, esta intervención del gobierno contraria a los intereses de la industria fue una rara excepción, así que hacia el año 1810 los modernos bastidores e hiladoras hidráulicos regresaron al valle —animados por una Administración que había empezado a mostrarse cada vez más favorable a la mecanización—. Estas fábricas textiles, que obtenían la energía de las caudalosas corrientes de agua que bajaban en cascada por las laderas del macizo montañoso de la Selva Negra, tardaron muy poco en borrar del mapa las hilanderías manuales. No obstante, la creciente producción de hilo terminó generando un explosivo incremento de la actividad de los telares tradicionales, circunstancia que permitiría a los campesinos permanecer en sus hogares agrícolas, al menos durante un breve período de tiempo. Como en otros lugares, el aumento de la demanda y la afluencia de personas dispuestas a invertir fuertes sumas de capital acabaría por incorporar la labor de las tejedurías a las fábricas. Un empresario de Mulhouse llamado Peter Koechlin —por no mencionar más que a uno de los muchos que se embarcaron en una aventura similar—, creó un conjunto de factorías provistas de telares manuales en las poblaciones de Steinen (en 1816), Schönau (en 1820) y Zell (en 1826). Al pasar las labores manufactureras del ámbito doméstico a las fábricas, el número de campesinos que optaron por abandonar la cría de ganado y la elaboración de quesos no paró de crecer. El

1860, el valle del Wiese disponía ya de 160.000 husos mecánicos y de 8.000 telares, casi todos ellos instalados en el interior de alguna factoría. Si en tiempos anteriores el valle había sido un distante puesto avanzado de la agricultura de subsistencia, ahora había quedado transformado en una muesca más en el mapa de la Revolución Industrial. Como ya había sucedido en el caso de la pequeña población yucateca de Valladolid, el Wiesental había sido absorbido por el torbellino de la economía capitalista que estaba expandiéndose por todo el globo, estableciendo vínculos sociales entre los labriegos de la Selva Negra y los de la península del Yucatán, y entre los esclavos que se afanaban a orillas del Misisipi y, como veremos, los consumidores repartidos por las riberas del Río de la Plata.⁴

Asociada a un bien rodado equipo de empresarios ansiosos de beneficios y de gobernantes ávidos de poder, la industria mecanizada del algodón no solo logró conquistar a placer el valle del Wiese y la región mexicana de Valladolid, sino también una creciente porción del mundo. En 1771, la máquina de hilar irrumpió en la ciudad francesa de Ruan —tan solo seis años después de haberse empezado a utilizar en el Reino Unido—. En 1783, Johann Gottfried Brügelmann, un comerciante que producía a destajo en Ratingen, cerca de Düsseldorf, se encontró de pronto sin abasto de hilo suficiente para sus tejedores —un problema que pocos años antes habría sido sencillamente imposible de resolver—. Ahora, sin embargo, le bastó con invertir veinticinco mil táleros, reunir a unos ochenta operarios y crear, con la ayuda de un experto británico, la primera hilandería de las regiones de habla alemana. Dos años más tarde llegaba a Barcelona la primera hiladora mecánica —ciudad de tan antiguas tradiciones algodoneras que aún hoy da a una de sus más estrechas callejuelas el nombre de Carrer dels Cotoners—. En 1789, el comerciante Moses Brown, de Providence, decidió contratar a un experimentado operario algodonero llamado Samuel Slater y levantó la primera hilandería de Estados Unidos destinada a conocer el éxito. En 1792, el empresario belga Lieven Bauwens imitaba sus pasos y ponía en marcha la primera hilandería mecanizada de la región en la localidad de Twente. Un año después se empezaba a fabricar hilo con ese mismo tipo de máquinas en Rusia, tras patrocinar económicamente la Hacienda rusa a Mijaíl Ossovski y animarle así a

desarrollar una hilandería de algodón. En 1798, Christian Friedrich Kreissig, un ciudadano de la ciudad sajona de Chemnitz, compró veinticinco máquinas de hilar y puso a funcionar una factoría algodонера. En 1801, varios comerciantes de la localidad suiza de San Galo apoyaron con dinero en efectivo la iniciativa de Marc-Antoine Pellis, que de ese modo pudo crear la primera hilandería del país, la Spinnerei Aktiengesellschaft. Transcurridos siete años, los husos mecánicos comenzaron a girar también en la pequeña población lombarda de Intra, a orillas del lago Mayor. En 1818, empezó a operar asimismo, por orden de Mehmet Alí, la primera hilandería mecanizada de Egipto, sin olvidar que a mediados de la década de 1830, como ya hemos visto, don Pedro Baranda habría de erigir la primera hilandería algodонера de México impulsada por máquinas de vapor.⁵

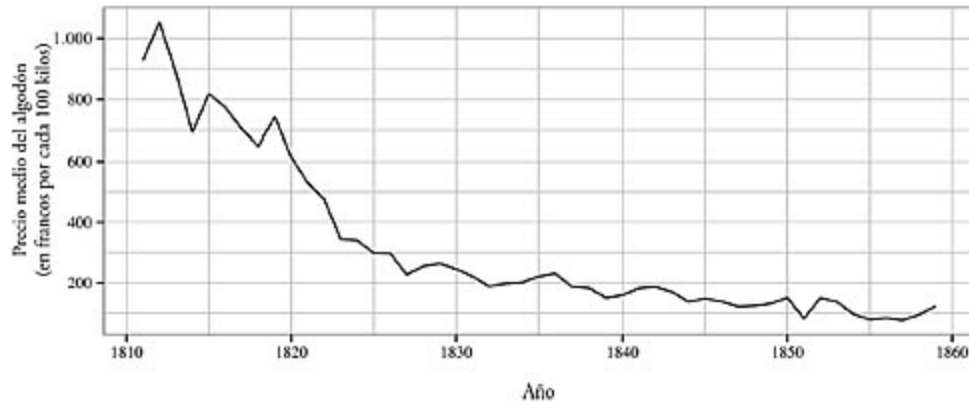
Los revolucionarios métodos que habían ideado los improvisados inventores británicos para fabricar hilo de algodón se extendieron rápidamente, difundiéndose de hecho a una velocidad probablemente superior a la de cualquier otra tecnología productiva de tiempos anteriores. Desde luego, no hay duda de que a ese éxito contribuyó notablemente el hecho de que los viajeros, las revistas, los periódicos y las sociedades científicas airearan a bombo y platillo tan pasmosos adelantos. Con todo, la influencia que ejercieron los comerciantes británicos al aparecer en las distintas zonas de difusión de las nuevas tecnologías cargados de bobinas de hilo y grandes rollos de bien rematadas telas de algodón a precios imbatibles debió de ser necesariamente más notable todavía. Ante esta nueva situación, los consumidores europeos y estadounidenses, que ya conocían las magníficas propiedades del algodón a través de los géneros de confección indios —que tenían que comprar a precios relativamente elevados—, respondieron con toda rapidez y entusiasmo —y lo mismo cabe decir de los clientes que habitaban en las distintas regiones del mundo que llevaban cientos e incluso miles de años produciendo sus propios tejidos de algodón—. Además, conforme fuera creciendo el número de personas con posibilidades de comprar telas de algodón baratas iría aumentando también la cantidad de empresarios y de países convencidos de poder producir esos mismos artículos. Animados por idéntico entusiasmo, distintos grupos de

artesanos experimentados, aventureros, funcionarios estatales y empresarios en ciernes apostaron por las nuevas técnicas y máquinas. En torno al año 1800, como ya hemos visto, comenzaría a asistirse en todas partes a la súbita irrupción de las primeras hilanderías mecanizadas: ya fuera en Gran Bretaña, Francia, los territorios alemanes, Estados Unidos, Rusia, Suiza, los Países Bajos o Bélgica. Veinte años más tarde, las nuevas factorías trabajaban ya a toda velocidad, produciendo hilos y telas en el imperio de los Habsburgo, en Dinamarca, en Italia, en Egipto y en España. Y en 1860 había fábricas textiles en toda Europa, así como en Estados Unidos, la India, México y Brasil. Y aunque en esa fecha el Reino Unido siguiera controlando el 67,4 % de los husos mecánicos del mundo, lo cierto es que para entonces el hilado mecánico del algodón ya había sustituido *de facto*, en grandes regiones del planeta, a todas las antiguas fórmulas de confección de artículos de esa materia prima.⁶

Pero el carácter notable de la mecanizada industria algodonera mundial no se debió únicamente a su rápida dispersión, sino también a la febril tasa de crecimiento de sus centros de producción. Cada nueva hilandería que se erigía servía de ejemplo a los vecinos de naturaleza más emprendedora, que comprendían inmediatamente que todo aquel que alcanzara a dominar las manufacturas del nuevo universo algodonero podía esperar la obtención de grandes beneficios. La industrialización belga, que en la primera década del siglo XIX se verificaría a un ritmo que no conocía precedente alguno en toda la Europa continental, constituye un buen ejemplo de ese raudo crecimiento: en el Gante de 1802 no había más que 227 hilanderos de algodón, pero solo seis años después —una vez que la ciudad se hubo convertido en el centro neurálgico de la industria belga— albergaba ya a dos mil obreros del sector, a los que aún hay que añadir los mil que trabajaban en la campiña de los alrededores.⁷ El número de husos en funcionamiento en los territorios alemanes creció exponencialmente, pasando de los veintidós mil de 1800 a los dos millones de 1860. Cataluña también iba a asistir a un crecimiento exponencial de su industria algodonera —hasta el punto de que llegaría a conocerse como la «pequeña Inglaterra del corazón de España»—, y lo cierto es que en 1861 giraban en sus factorías nada menos que ochocientos mil husos. En 1828 se

habían abierto en Rusia nueve hilanderías, y a mediados del siglo XIX, el país de los zares era ya capaz de autoabastecerse de tejidos de algodón. En México, había 58 fábricas textiles en 1843, con 25.000 husos y 2.600 telares operativos. En 1857 Suiza disponía de 1,35 millones de husos. La vecina Alsacia contaba con más de medio millón de husos mecánicos en 1828 —cifra que en 1846 se había elevado a 859.300—. En Estados Unidos se abrieron fábricas textiles de algodón en Rhode Island (1790), Nueva Jersey (1791), Delaware (1795), New Hampshire (1803), Nueva York (1803), Connecticut (1804) y Maryland (1810). De acuerdo con los datos censales de Estados Unidos, en 1810 había 269 establecimientos algodoneros en el país, y en ellos operaban 87.000 husos en total. En 1860, debía de haber ya unos cinco millones de husos, lo que convertía al sector textil del algodón en la industria manufacturera más importante de Estados Unidos, tanto en relación con el capital invertido, como con el número de trabajadores empleados y al valor neto de su producción.⁸

La rápida difusión y el crecimiento exponencial de la producción mecanizada de hilo de algodón en tantas regiones del mundo demuestra el imperioso carácter de este nuevo sistema social. Y lo que resulta aún más evidente, el hilado mecanizado dio lugar a un enorme incremento de la productividad. Los individuos que contaban con el capital suficiente para poder asumir activamente la implantación de las nuevas tecnologías disfrutaban de una gran ventaja competitiva respecto de los que trabajaban en hilanderías manuales. En Suiza, por ejemplo, la productividad por trabajador se multiplicó nada menos que por cien tan pronto como los empresarios comenzaron a instalar máquinas de hilar.⁹ No resulta, por tanto, extraño que después del año 1780 la historia del algodón se oriente en una dirección muy definida: la de la rápida sustitución de la mano de obra por un conjunto de máquinas de productividad creciente —según un proceso llamado a revolucionar por completo la industria manufacturera más importante del mundo.



El espectacular descenso del coste del algodón: precio medio de 100 kilos de hilo de algodón en Mulhouse, 1811-1860.

Ahora bien, si esta nueva forma de trenzar el hilo de algodón había nacido con tan poderoso ímpetu, ¿no debería haberse difundido de una manera más uniforme por todo el mundo? ¿Por qué tardó diez años o más en cubrir unos pocos centenares de kilómetros y presentarse en la Europa continental, veinte años o más en cruzar el Atlántico y arraigar en Estados Unidos, cincuenta años o más en llegar a México y Egipto, y cien años o más en arribar a la India, Japón, China, Argentina y gran parte de África? La dispersión de la industrialización algodonera resulta desconcertante. Está claro que se trataba de una forma muchísimo más productiva de satisfacer una necesidad humana tan elemental como la de la vestimenta. El cultivo del algodón precisaba de un clima y un suelo apropiados, pero las manufacturas algodoneras, como nos ha mostrado el ejemplo británico, podían salir adelante sin disponer ni de lo uno ni de lo otro. De hecho, la difusión de las manufacturas algodoneras mecanizadas parece seguir unas líneas concretas —las de una suerte de ley de eficiencia universal—, aunque lo logra con unos resultados particulares verdaderamente sorprendentes.

Si quisiéramos comprender las causas que subyacen en este comportamiento y procediéramos para ello a comparar la producción mecanizada de artículos de algodón con la propagación de un virus o de una especie invasiva, tendríamos que distinguir a las poblaciones vulnerables de aquellas que se revelan resistentes. Y, de hecho, hasta la más somera

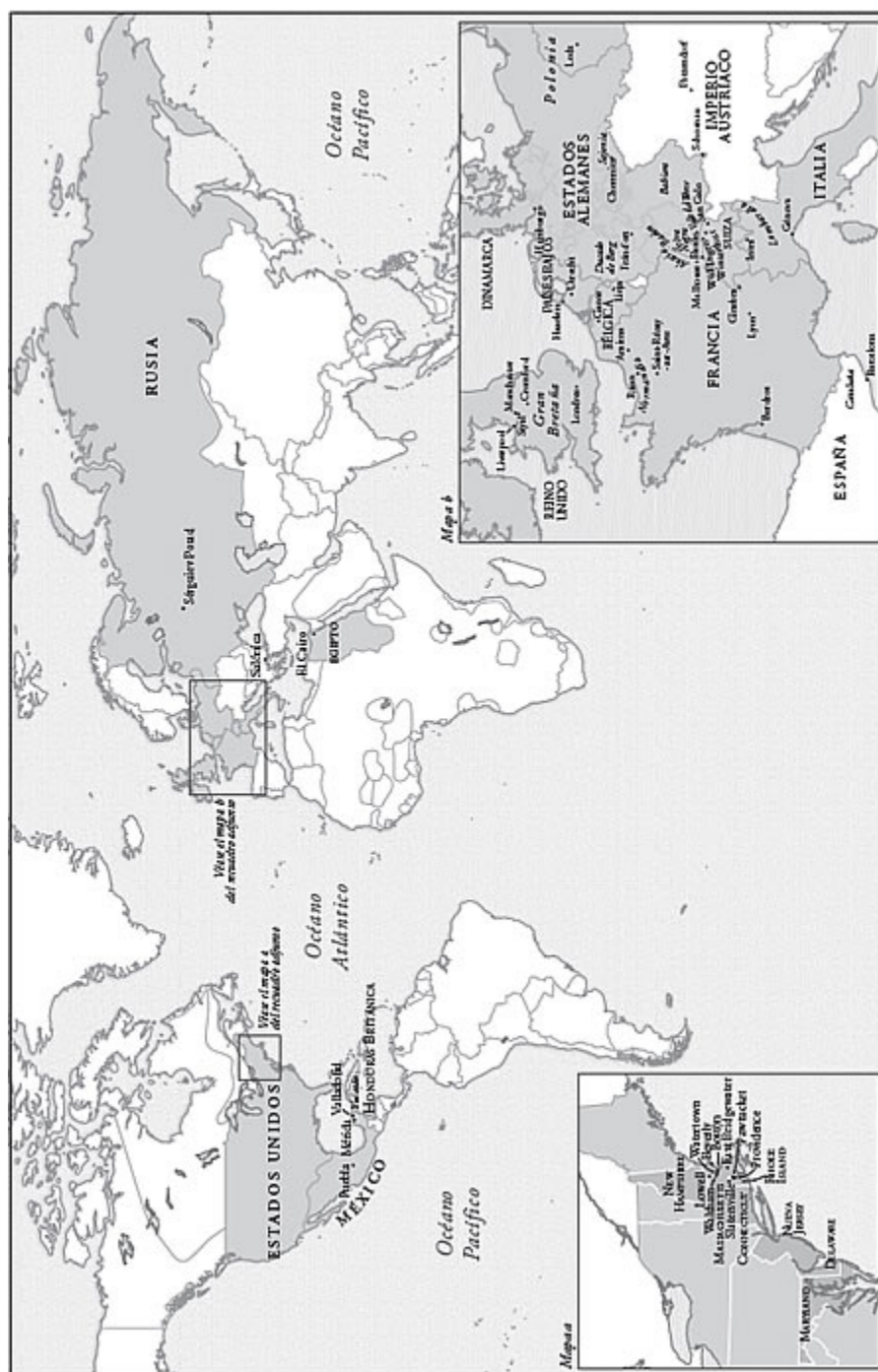
inspección de las ventajas que aportaban estas máquinas modernas a los países y regiones que primero las adoptaron nos revela la presencia de un enorme número de elementos muy característicos en el ámbito de las relaciones económicas, sociales y políticas —elementos que constituyen los rasgos embrionarios del capitalismo industrial—. Y como ya hemos señalado en el caso de Gran Bretaña, este capitalismo industrial constituía una innovación llamada a transformar radicalmente la existencia de los siglos anteriores. Una cosa era que en las últimas décadas del siglo XVIII los improvisados inventores y comerciantes británicos que producían al máximo de su capacidad hubieran tropezado, poco menos que por casualidad, con una nueva forma de hilar el algodón, y otra muy distinta conferir a ese modelo unas dimensiones superiores en varios órdenes de magnitud a las iniciales y forjar con él un ordenamiento social nuevo. Y, como veremos, el elemento decisivo en este aspecto habría de ser la capacidad operativa del tipo de estado que acababa de surgir.

Para comprender las características aparentemente singulares de la difusión mundial de las manufacturas mecanizadas de algodón —y de la industrialización como tal— hemos de establecer qué elementos tenían en común los lugares en que fue arraigando el proceso después de surgir en Gran Bretaña. Lo primero y más importante es señalar que las primeras regiones que adoptaron la nueva tecnología contaban en todos los casos con un historial de confecciones textiles previo. Pese a no constituir una garantía de éxito, esta experiencia adquirida era todo cuanto se precisaba para iniciar el proceso de industrialización del algodón. Las hilanderías surgieron casi siempre en zonas que ya habían contado anteriormente con una dinámica industria textil —y poco importaba en este sentido que esa industria hubiera pertenecido al sector de la lana, el lino o el algodón, que fuera urbana o rural, o que hubiese centrado su actividad en el ámbito doméstico o en talleres profesionales—. En la zona de los alrededores de Gante, por ejemplo, la larga tradición de las hilaturas y tejedurías de lino había formado a la mano de obra, preparándola para las manufacturas de algodón. En la ciudad mexicana de Puebla, las hilanderías mecánicas de

algodón se crearon sobre el sustrato de una tradición histórica de hilado y tejido de géneros de algodón tan arraigada que los trabajadores locales no solo habían llegado a organizar en su día una asociación gremial de productores de algodón sino que, ya antes de la irrupción de los procesos mecanizados, habían dado pie al surgimiento de vastos talleres. En los territorios alemanes la situación no era muy distinta: un economista de la época señala por ejemplo que «la moderna industria algodonera está forjándose, prácticamente en todas partes, sobre los cimientos de las antiguas industrias domésticas». En Rusia, la industria manufacturera del algodón brotó sobre la base de las tejedurías de lino y lana del siglo XVIII. En Estados Unidos, las fábricas textiles de Nueva Inglaterra aparecieron en zonas en las que existía una larga tradición de hilado y tejido de prendas, sobre todo entre las mujeres. En Alsacia, la historia de la producción textil se remontaba nada menos que al siglo XV. Y en las comarcas manufactureras de Suiza, la dilatada y distinguida trayectoria de unos lugareños que llevaban ya mucho tiempo dedicándose a la confección de tejidos de algodón en sus propios hogares había permitido la acumulación de conocimiento y capital. En muchas ocasiones, estas tejedurías de pequeño tamaño fueron las primeras víctimas del auge de la industria, pero proporcionaron a los usurpadores las competencias profesionales y la mano de obra indispensables para la producción moderna.¹⁰

Otro de los factores que también orientó la senda que las diferentes regiones eligieron para avanzar en el proceso de la industrialización fue el tipo de actividad específica que hubiera animado su vieja base manufacturera. En algunas zonas del mundo, la industrialización algodonera partió de una tradición hilandera elemental para la que el posterior tejido y estampado de las prendas había revestido un carácter secundario. En Estados Unidos, por ejemplo, como en la propia Inglaterra, el impulso de la industrialización provino justamente de este tipo de manufacturas básicas —es decir, de las simples hilaturas—, no pasándose sino más tarde a organizar tejedurías y posteriormente plantas de estampado para la aplicación a las telas de algodón de un conjunto de motivos coloridos importados de otras regiones. No obstante, en otras muchas partes

del mundo —de entre las que cabe destacar las de Bélgica, Rusia y Alsacia— la industrialización algodonera se levantó sobre la base de una floreciente industria de estampados.¹¹



La difusión del capitalismo industrial, 1780-1860.

Ya encontrara su impulso previo en el hilado o los estampados, la cuestión es que en todas estas regiones las gentes del campo no solo llevaban ya mucho tiempo hilando y tejiendo en sus alquerías, granjas y cabañas, sino que lo habían estado haciendo bajo la dirección de los comerciantes del sector. En Sajonia, la tradición del hilado y el tejido del algodón se remontaba al siglo xv, con el añadido de que, en los albores de esta actividad, los campesinos habían comenzado a producir hilo y telas para su uso personal. En el siglo xviii, los comerciantes habían puesto en marcha un complejo sistema de producción a destajo, adelantando el algodón en bruto a los labriegos para recibir después el hilo y los tejidos terminados. Al final, algunos de esos campesinos optaron por convertirse en hilanderos a tiempo completo. En 1799, tanto en la localidad misma de Chemnitz como en sus alrededores, había nada menos que quince mil personas dedicadas a hilar algodón en sus hogares. De este modo, a medida que los operarios fueran perfeccionando su técnica, los comerciantes irían acumulando a su vez capital y experiencia en la comercialización del producto.¹²

La peripecia textil de Suiza discurrió por derroteros similares. En este país, habían sido decenas de miles las personas que se habían estado dedicando esforzadamente a la manufactura de tejidos de algodón desde épocas muy anteriores a la llegada de las máquinas. Y como ya ocurriera en Sajonia, los comerciantes organizarían poco a poco la producción. Al empezar a inundar los económicos hilos británicos el mercado suizo, muchos de los hilanderos se convirtieron en tejedores, continuando así la tradición artesana en sus domicilios. Sin embargo, algunos de los comerciantes que se dedicaban a producir al máximo para tener siempre mercancías disponibles comprendieron que la posibilidad de elaborar hilos en la propia Suiza constituía una buena oportunidad para ellos, así que reunieron a los operarios en fábricas y les pusieron a trabajar con las nuevas máquinas de fabricación inglesa a cambio de un salario. En un principio, la industrialización no eliminó las manufacturas del medio rural ni las labores que se realizaban en el ámbito doméstico, pero con el tiempo el insaciable apetito de capital y la determinación de mecanizar cada vez más los

procesos terminaría inclinando el equilibrio de poder en favor de los comerciantes con mayor capacidad para levantar grandes factorías y hacerlas funcionar con obreros asalariados.¹³

En las primeras décadas del siglo XIX, los sistemas lombardos de confección intensiva también allanaron el camino al surgimiento de la producción fabril en Italia. Varios centenares de kilómetros más al oeste, en Cataluña, la presencia de manufacturas anteriores, tanto en la campiña como en la ciudad de Barcelona, habían preparado el terreno al trabajo de las fábricas, que se vería impulsado en parte por la reciente acumulación de capital en la zona y en parte también por la creación de un grupo de campesinos asalariados que acabó siendo trasladado a las factorías. La mecanización de la industria algodonera holandesa también se levantó sobre la base previa de sus redes de producción a destajo, viniendo a insertarse después en ellas con toda naturalidad —como también habría de suceder en México.¹⁴

Estos sistemas de hilanderías domésticas consiguieron adaptarse con facilidad, al menos al principio, a los métodos mecanizados de producir lo mismo. A finales del siglo XVIII, por ejemplo, unos cuantos hilanderos empezaron a emplear máquinas de hilar en sus hogares o pequeños talleres, tal como había ocurrido en Gran Bretaña pocas décadas antes. No obstante, al final, los comerciantes de casi todo el mundo empezarían a concentrar la producción en factorías, puesto que en ellas resultaba más fácil supervisarla, estandarizarla y acelerarla gracias a las corrientes de agua y las máquinas de vapor.¹⁵

En muchas ocasiones, aunque no siempre, estos primitivos procesos fabriles también permitirían acceder al otro ingrediente esencial de la producción industrial: el capital. Si no se podía disponer de dinero en efectivo, resultaba imposible llevar a la práctica las nuevas fórmulas de confección de artículos de algodón, dado que era preciso construir edificios, desviar cursos de agua, fabricar máquinas, contratar a trabajadores, conseguir materias primas y reclutar a personal técnicamente cualificado —lo que en muchas ocasiones obligaba a salvar grandes distancias y a cruzar una o más fronteras nacionales—. La estrategia más común de los comerciantes consistía en reinvertir el capital acumulado gracias a la

organización de la producción doméstica de hilo y tela de algodón en la construcción de pequeñas factorías. En Suiza, por ejemplo, fueron los comerciantes que anteriormente se habían dedicado a la producción a destajo los que se encargaron de financiar el gran número de hilanderías mecanizadas que empezaron a levantarse después del año 1806. Dieron sus primeros pasos levantando pequeñas fábricas provistas de unas cuantas hiladoras hidráulicas, centrándose después en ir agrandándolas poco a poco. En la Cataluña de finales del siglo XVIII, los productores artesanos habían acumulado capital trabajando en la industria textil doméstica anterior a la mecanización, empleando después las sumas ganadas para expandir y mecanizar la producción. En Alsacia fueron las antiguas élites mercantiles y artesanales de la ciudad de Mulhouse las que asumieron la tarea de proporcionar a la industria el capital y la formación empresarial que precisaba. En Rusia, la familia Prokhorov —que se dedicaba a las manufacturas de algodón en la localidad de Sérguiev Posad, una pequeña población situada a 80 kilómetros de Moscú— siguió un itinerario parecido. El clan, perteneciente a los grupos de antiguos siervos que Catalina II había emancipado, se había dedicado en un primer momento a comerciar a pequeña escala, pasando a centrarse más tarde, ya en 1843, en la confección de telas de calicó estampadas. Poco después, los Prokhorov pusieron en marcha una modesta hilandería, logrando que la empresa creciera rápidamente. Al ser la industria más dinámica de la época, las manufacturas de algodón habrían de propiciar en numerosas ocasiones la movilidad social. El industrial algodonero suizo Heinrich Kunz inició su peripecia personal como trabajador asalariado, pero al fallecer en 1859 poseía ocho hilanderías con un total de ciento cincuenta mil husos y dos mil obreros.¹⁶

Los propietarios de fábricas textiles de Estados Unidos también salieron en muchos casos de las filas de los pequeños comerciantes y los artesanos cualificados. El empresario de Rhode Island Samuel Slater había trabajado como aprendiz en Inglaterra y supervisado otras fábricas —hasta el año 1789 en que emigró a Estados Unidos—. Una vez allí, se asoció con un comerciante de Providence llamado Moses Brown, que había hecho fortuna abasteciendo de provisiones a los amerindios y que por esos años trataba de introducir las hiladoras mecánicas en la factoría que poseía en

Pawtucket. Slater empezó a construir de memoria la maquinaria de diseño británico que había conocido en Europa y en diciembre de 1790 la fábrica de los dos asociados comenzó a producir hilo. El dinámico Slater no tardó en ampliar su radio de acción, levantando nuevas factorías textiles y llegando a acumular la suficiente riqueza como para crear en 1799 una compañía propia. En 1806, la campiña de Rhode Island vería surgir incluso la pequeña población de Slatersville.¹⁷

Estos éxitos sirvieron de acicate para otros nuevos: en 1813, William Holmes, cuya «meta es hacer negocios por mi cuenta», según confiesa, envía una carta a su hermano John para decirle que deberían animarse a construir una factoría de algodón. Tras informarse de lo que había costado montar una fábrica en las inmediaciones y efectuar algunas observaciones, llega a la conclusión de que para poner en pie una empresa lo suficientemente grande como para albergar un millar de husos se precisarían aproximadamente unos diez mil dólares. Él mismo, asegura, está «dispuesto a sumarse al empeño y a aportar mil dólares. Puedo convencer a un hilandero que trabaja en una factoría de que ponga quinientos más, y en caso de necesidad puedo conseguir más suscripciones por este barrio». Una vez que lograron arrancar, estos modestos inversores quedaron en condiciones de «aumentar el número de máquinas gracias a los beneficios de sus doscientos husos».¹⁸

Como acierta a mostrarnos el ejemplo de los hermanos Holmes, los volúmenes de capital que exigía la puesta en funcionamiento de las primeras factorías algodonerías podían ser muy modestos, tanto que incluso en zonas en que la liquidez disponible era limitada, como sucedía en Sajonia, las fábricas de géneros de algodón pudieron continuar prosperando hasta cierto punto, pese a ser pequeñas y obsoletas y depender de la posibilidad de encontrar una mano de obra barata y una fuente de energía hidráulica igualmente económica. Don Pedro Baranda, cuyos posibles eran también muy modestos, había invertido un total de cuarenta mil pesos, lo que en la fábrica que poseía en el Valladolid de 1835 equivalía al salario anual de unos doscientos trabajadores cualificados, aproximadamente. De hecho, incluso en aquellas zonas en que resultaba posible disponer de una mayor cantidad de efectivo, los gastos se realizaban de forma comedida y

conservadora. En 1801, en el departamento francés del Bajo Rin —que se hallaba integrado en el complejo algodónero que tenía su centro neurálgico en Mulhouse—, las fábricas de hilados de algodón requerían por término medio una capitalización de 16.216 francos, cifra que permitía que las 37 factorías que existían por entonces emplearan a una media de 81 obreros cada una. Una factoría destinada a confeccionar tejidos necesitaba una mayor contribución económica —de unos 35.714 francos en promedio—, pero no debemos perder de vista que esta cantidad seguía siendo una suma modesta si la comparamos con los ciento cincuenta mil francos que se requerían para poner en funcionamiento una fábrica de carruajes, o el millón cuatrocientos mil francos que precisaba una empresa dedicada a producir armas. Con el tiempo, como es obvio, las factorías fueron creciendo: en la primera mitad del siglo XIX, una hilandería mecanizada podía costar entre doscientos mil y seiscientos mil francos, mientras que el valor de una fábrica integral, con plantas pensadas para efectuar las operaciones de hilado, tejido y estampado, podía elevarse quizá a 1,5 millones de francos.¹⁹

La reinversión del capital acumulado por la industria de producción a destajo y los pequeños talleres artesanales se sumarían a las tímidas inversiones de las grandes fortunas que se amasaban en el universo, en ocasiones caprichoso, del comercio. De hecho, en algunos casos excepcionales se invirtieron enormes fortunas en las manufacturas de algodón, ya que el capital mercantil optó por asociarse directamente a la producción industrial. La más espectacular de esas iniciativas fue la emprendida por un grupo de comerciantes de Boston que buscaba afanosamente nuevas salidas para su capital —dado que este había quedado súbita y ruinosamente ocioso como consecuencia del embargo que Estados Unidos había decidido imponer a todos los productos británicos y franceses y que habría de mantenerse entre los años 1807 y 1812—. En 1810 Francis Cabot Lowell viajó al Reino Unido para adquirir los planos de un anteproyecto de construcción de una fábrica de géneros de algodón. A su regreso, firmaría, junto con un grupo de acaudalados comerciantes de la ciudad, los artículos de un acuerdo por el que se creaba el llamado grupo de Asociados de la Compañía Manufacturera de Boston, creándose de este

modo una enorme factoría mixta de hilaturas y tejidos en Waltham, cerca de la capital de Massachusetts. La empresa contaba con un capital inicial de cuatrocientos mil dólares, es decir, algo más de dos millones de francos. La fábrica se centró en la producción de tejidos de algodón bastos y económicos, parte de los cuales se vendían para vestir a los esclavos —sustituyéndose así en esta función a las prendas confeccionadas en la India—. (Y de hecho los tejidos de Lowell llegaron a extenderse a tal punto entre los esclavos que la palabra «Lowell» quedó convertida en el término genérico que los braceros carentes de libertad empleaban para referirse al algodón de baja calidad.) La empresa se reveló inmensamente rentable, arrojando casi todos los años unos dividendos superiores al 10 % del capital invertido. En 1817, las fábricas textiles alcanzaron su máxima cota de beneficios, al generar una rentabilidad del 17%. En 1823, los Asociados de Boston ampliaron el negocio, levantando nuevas fábricas textiles en Lowell, a unos 40 kilómetros al norte de Boston, y creando la mayor sociedad de factorías mixtas del mundo. Esta irrupción del capital mercantil estadounidense en las manufacturas señala la existencia de otro estrecho vínculo entre la esclavitud y la industria. Los primeros industriales algodoneros —como las familias Cabot, Brown y Lowell— tenían todas ellas lazos con el tráfico esclavista, el abastecimiento de materias primas de las Indias Occidentales y el comercio de productos agrícolas cultivados en plantaciones de esclavos. Una vez más, volvía a quedar de manifiesto que los «señores del látigo» y los «señores del telar» se hallaban íntimamente relacionados.²⁰

Lo insólito de los Asociados de Boston era el volumen de sus inversiones, pero desde luego no eran los únicos grandes comerciantes que estaban colocando capital en la producción industrial. A principios del siglo XIX, los comerciantes suizos también empezaron a invertir en la industria del algodón alsaciana, así como en el naciente complejo algodonero de Lombardía. Los comerciantes de Barcelona también habrían de seguir sus pasos. Del mismo modo, en México, el volumen de capital que se invertía en las manufacturas de algodón no procedía mayoritariamente de la propia industria textil, sino de las fortunas que el comercio había permitido amasar. Diecinueve de los 41 capitalistas que decidieron abrir una factoría

algodonera en Puebla entre los años 1830 y 1849 habían sido comerciantes, cinco eran terratenientes, y solo tres habían tenido alguna experiencia previa con los géneros textiles.²¹

Los comerciantes ricos, muchos de ellos extranjeros, también habrían de desempeñar un papel central en el desarrollo de la industria textil algodonera, siendo Ludwig Knoop el más emblemático de todos ellos. Nacido en una familia de comerciantes de clase media de Bremen, Knoop viajó a Rusia en 1839 como ayudante de representación de una firma comercial de Manchester llamada de Jersey y dedicada a la importación de hilo. Tenía solo dieciocho años, pero además de estar ya muy familiarizado con las tecnologías de la manufactura algodonera se sentía fascinado por las promesas que esta encerraba. Cuatro años después, al levantar Gran Bretaña la prohibición de exportar maquinaria textil, veto que entre los años 1786 y 1843 había declarado ilegal la exportación de aparatos como el telar mecánico (o los planos para su construcción), Knoop empezó a llevar esas máquinas a Rusia, junto con ingenieros y mecánicos ingleses. También comenzó a importar a Gran Bretaña algodón cultivado en Estados Unidos, dedicándose igualmente a conseguir créditos en el extranjero para los manufactureros rusos. Entre 1843 y 1847 construyó ocho hilanderías, y se las vendió a distintos empresarios rusos. De este modo, al participar del meteórico ascenso de la industria algodonera global, Knoop terminó convirtiéndose en el industrial más descollante de toda Rusia.²²

Este tipo de movimientos de capital se efectuaban casi siempre en el marco de las redes de parentesco. Los Asociados de Boston, por ejemplo, recurrían a sus parientes cuando querían realizar alguna inversión. Así sucedería en el caso de la familia Fränkel, de la Alta Silesia, cuyos miembros erigieron un vasto imperio dedicado al hilado, el tejido y el acabado de los diferentes géneros de algodón en la localidad de Lodz y sus alrededores, creando un eficaz fondo común con el capital y el talento gestor del clan familiar. No obstante, el mejor ejemplo de la importancia que revestía la familia en la naciente industria algodonera es el de Alsacia, ya que en esta zona un puñado de familias acabó asumiendo el mando de la enorme industria local durante un gran número de generaciones, destacando entre ellos los apellidos de Dollfus, Koechlin y Schlumberger. Además, los

integrantes de estos grupos familiares acostumbraban a casarse entre sí. Pierre Schlumberger, uno de los mayores empresarios de Mulhouse, que al fallecer poseía un conjunto de hilanderías y talleres de estampado de un valor estimado cercano al millón trescientos mil francos, tenía 22 descendientes entre hijos y nietos, y todos ellos llegaron a la edad adulta entre los años 1830 y 1870. Diecinueve de ellos contrajeron matrimonio con damas de la burguesía alsaciana, y tres se casaron con personas pertenecientes a las familias burguesas del puerto algodonero de El Havre. Queda por tanto claro que la burguesía textil de Mulhouse operaba con un extraordinario grado de cohesión, revelándose así capaz de organizar y de ejercer su poder con la vista puesta en sentar las bases de un entorno político, social y económico que resultara favorable a sus intereses (fundando en 1826, por ejemplo, la Société Industrielle de Mulhouse). De hecho, André Koechlin, uno de los miembros del clan, era conocido con el pertinente apodo de «el sultán de Mulhouse».²³



Rusia: Ludwig Knoop y su esposa.



Francia: André Koechlin.



Bélgica: Lieven Bauwens.



México: don Pedro Baranda.

Por consiguiente, tanto la posibilidad de disponer de capital como el hecho de formar parte de la historia de la producción textil eran elementos esenciales para embarcarse en la gran aventura de manufacturar hilo y telas de forma mecanizada, pero lo cierto es que el catalizador que terminó de transformar este conjunto de condiciones previas en un proceso de industrialización algodonera en toda regla fue la presión, es decir, la competencia de las importaciones británicas. De hecho, lo que se constata en todo el mundo es que fue la necesidad de sustituir la producción doméstica por las importaciones extranjeras —y por regla general británicas— lo que impulsó a los empresarios a lanzarse a la producción mecanizada de géneros de algodón, reproduciéndose así en el plano global los duros esfuerzos que había efectuado Gran Bretaña al intentar superar su dependencia de las importaciones indias reemplazando los artículos llegados del subcontinente por los producidos en suelo inglés. En 1800, Gran Bretaña había inundado ya el conjunto de los mercados mundiales, exportando inmensas cantidades de hilo y telas de algodón —aunque en

este último caso en medida algo inferior—. Esto explica que entre los años 1780 y 1805 el valor de las exportaciones a Europa se multiplicara por más de veinte.²⁴

En un primer momento, los propios manufactureros británicos actuaron como elementos decisivos en la difusión del capitalismo industrial. Wright Armitage, por ejemplo, que era un fabricante de géneros de algodón de Manchester, enviaría a su hermano Enoch a Estados Unidos con el fin de vender allí los productos que salían de su factoría. De manera similar, McConnel y Kennedy, los hilanderos de Manchester a quien ya hemos tenido ocasión de conocer, confiaban la venta del hilo que fabricaban a un conjunto de agentes comerciales que operaban en lugares tan remotos como Hamburgo, Suiza, Francia y —a partir de 1825— Leipzig, Belfast, San Galo, Tesalónica, Frankfurt, Calcuta, Génova y Ginebra. Los libros contables de sus empresas dan fe de la creciente diversidad de los mercados a los que abastecían. Pese a que en la década de 1790 la compañía trabajaba casi exclusivamente con clientes de Gran Bretaña, en 1805 mantenía ya correspondencia comercial con socios empresariales radicados en Alemania, Portugal y Estados Unidos, ampliando su radio de acción a partir de 1825 al establecer relaciones de negocio con Egipto, Francia, la India, Italia, Polonia y Suiza. En ese último año, la empresa envió el 30% de sus cartas a localidades situadas fuera del Reino Unido, lo que constituye un claro testimonio del alcance global de sus actividades. John Rylands, que no solo fue el primer multimillonario de Manchester sino también el artífice de un «imperio industrial y comercial», había iniciado su carrera como simple tejedor, convirtiéndose después en manufacturero, y más tarde, ya en la década de 1820, en un empresario mayorista que disponía de enormes almacenes en Manchester (y a partir de 1849 también en Londres) desde los que suministraba géneros de algodón al mundo entero.²⁵

No obstante, al final, los propietarios de las factorías algodoneras pasaron a centrarse únicamente en las manufacturas, dejando el apartado de ventas en manos de un dinámico grupo de comerciantes. En 1815, la ciudad de Manchester contaba ya con mil quinientas salas de exposiciones en las que se ofrecía a los consumidores la posibilidad de conocer de primera mano una amplia muestra de los productos que se fabricaban en ella. De

hecho, los comerciantes de origen extranjero se agolpaban en dichas salas para observar y aprender. Nathan Rothschild, por ejemplo, llegó en 1798 a la ciudad, procedente de Alemania, con el objetivo de adquirir géneros textiles para la empresa que regentaba su padre en Frankfurt, y al poco tiempo se convirtió en el primero de la larga serie de judíos que terminarían por establecerse en Manchester. Después del año 1840, un gran número de griegos se uniría a ellos a fin de atender las necesidades del imperio otomano y de otras tierras lejanas. Los comerciantes que se afincaban en los puertos extranjeros, y que recurrían a los créditos que les concedían los más acaudalados negociantes y banqueros británicos, acabaron convirtiéndose en nuevos cauces para la venta de los productos textiles británicos. Buen ejemplo de ello es el hecho de que desde los inicios del siglo XIX, en Buenos Aires, un grupo de comerciantes británicos en rápido proceso de expansión empezara a vender hilos y telas confeccionados en Gran Bretaña, dedicándose al mismo tiempo a la exportación de pieles y de productos cárnicos. Hugo (Hugh) Dallas, pongo por caso, importaba esas hilaturas y tejidos a cambio de una comisión, enviando después toda la «información relativa a los colores, el surtido, las calidades y los precios» de dichos artículos a los fabricantes británicos a fin de que estos pudieran adaptar su producción a las características de un mercado situado a una enorme distancia, tanta que las cartas podían tardar seis meses en llegar a su destinatario.²⁶



La conquista del mercado mundial: John Rylands, Manchester, 1869.

Además, Buenos Aires no era el único sitio de Suramérica en el que los comerciantes británicos comerciaban con el algodón. Según algunas estimaciones, a mediados de la década de 1820 había ya diez casas comerciales británicas en Montevideo, veinte en Lima, catorce en Ciudad de México, cuatro en Cartagena, sesenta en Río de Janeiro, veinte en Bahía y dieciséis en Pernambuco.²⁷ Esta marea de exportaciones terminó abrumando a las industrias algodoneras no mecanizadas del mundo, indundando los mercados de productos. A mediados de la década de 1790, Suiza, que había sido uno de los primeros países de la Europa continental en iniciar un proceso de industrialización, comenzaría a importar significativas cantidades de hilaturas producidas mecánicamente en Gran Bretaña. En consecuencia, los salarios de los hilanderos cayeron de forma espectacular: si en 1780 un obrero suizo de este sector podía comprar una hogaza de pan de 2,25 kilos con el salario de un día de trabajo, en 1798 necesitaba consagrar de dos a dos jornadas y media de esfuerzos para conseguir eso mismo. En 1802, un grupo de representantes de las hilanderías británicas viajó a Suiza para incrementar todavía más el volumen de ventas de sus géneros —y obtuvo tanto éxito en su misión que a principios de la década de 1820 no quedaba ya un solo hilandero manual

en toda la campaña suiza—. Se produjeron incursiones muy similares en Cataluña, en el noroeste de Europa y en los territorios alemanes, retándose así tanto a los capitalistas en ciernes como a los gobernantes y a los burócratas a adoptar los sistemas de las manufacturas mecanizadas. Y es que, en efecto, toda negativa a sumarse al proceso implicaba cerrarse las puertas del mundo algodónero y renunciar a una industria que no solo se había convertido en una significativa fuente de riqueza sino también en un requisito previo para cualquier región que deseara ser «moderna». Sin embargo, tanto los gobernantes como los capitalistas de muchos lugares del mundo, como veremos, fueron incapaces de responder al desafío.²⁸

La competencia británica era un sólido incentivo para embarcarse en una aventura radicalmente nueva, pero ningún manufacturero podía hacerlo sin contar con la tecnología británica. No obstante, y a pesar de que el gobierno de Gran Bretaña tratara de aferrarse a su monopolio, dicha tecnología terminaría difundiéndose rápidamente por dos razones: en primer lugar, debido a la instauración de un conjunto de programas activamente destinados a patrocinar el espionaje industrial e impulsados bien por actores privados bien por los propios gobiernos de los países interesados, y en segundo lugar, como consecuencia del imparable éxodo de trabajadores británicos experimentados y capitalistas algodóneros dispuestos a hacer fortuna en nuevas tierras. Entre la invención de nuevas máquinas en el Reino Unido y la difusión de sus secretos a distintas regiones del mundo solía transcurrir característicamente el breve lapso de una década. Las máquinas de hilar y los bastidores hidráulicos llegaron a Holanda y el noroeste de Alemania, procedentes de Inglaterra, en 1780. Los bastidores hidráulicos que se propagaron por Bélgica venían en cambio de Francia, país en el que se habían introducido las máquinas de hilar en 1771. El bastidor hidráulico se introdujo en Lyon en 1782, tras haber sido ideado en Inglaterra en 1769. La hiladora hidráulica de Samuel Crompton irrumpió en Amiens en 1778, apenas nueve años después de su invención. Y según señala un sociólogo, la maquinaria que concibió Arkwright, siendo un «considerable avance», reveló ser no obstante «difundible con facilidad a otras regiones».²⁹

De hecho, tras la Revolución Industrial vivida en Gran Bretaña, los empresarios, gobernantes, burócratas y científicos de muchos lugares del mundo comenzaron a estudiar con todo cuidado los progresos de la industria algodonera británica, e incluso no dudaron en viajar a Gran Bretaña para adquirir planos, modelos y máquinas. Y en los casos en que no resultaba posible hacerse abiertamente con dicha maquinaria, tanto empresarios como espías optaban por confiar los secretos de esta nueva tecnología a la memoria, o instaban a los más cualificados artesanos británicos a desplazarse a sus respectivos países, a pesar de las restrictivas leyes migratorias que se mantuvieron en vigor hasta el año 1825. El espionaje industrial estaba a la orden del día. Pongamos un ejemplo: Lieven Bauwens, la persona que llevó a Bélgica la mecanización de las hilaturas, viajó a Inglaterra en treinta y dos ocasiones entre los años 1798 y 1799 al objeto de estudiar las nuevas formas de hilar el algodón —acompañado a veces por un puñado de operarios cualificados—. Thomas Somers, que había sido enviado a Gran Bretaña en 1785 por un grupo de manufactureros de Baltimore, regresó del Reino Unido con toda una serie de modelos a escala de las nuevas máquinas de hilar. Además, dado que los secretos de las primeras máquinas se hallaban fundamentalmente en la mente de los artesanos, el desplazamiento de estos hacía posible la difusión de sus conocimientos. Se ha estimado en más de dos mil el número de artesanos británicos que trabajaban en la Europa continental, llevándose consigo los palpitantes entresijos de la especializada industria textil inglesa.³⁰

En todas partes, los empresarios británicos desempeñaron un papel crucial —al igual que las competencias técnicas y la experiencia profesional de los artesanos de esa nación—. En Normandía, uno de los centros de la industria algodonera francesa, los hermanos Thomas y Frederic Waddington tuvieron un rol decisivo en el establecimiento de un conjunto de hilanderías mecanizadas en las localidades francesas de Saint-Rémy-sur-Avre y Ruan. En 1818, el empresario algodonero de Mulhouse Nicholas Schlumberger contrató los servicios del ingeniero inglés Job Dixon, encargándole que le construyera varias máquinas de hilar. En 1831, Camille Koechlin viajó a Inglaterra con el fin de investigar en las técnicas algodoneras que se

utilizaban en ese país, regresando con un ejemplar del *Cahier des notes faites en Angleterre* en el que se ofrecía un estudio detallado de las técnicas manufactureras, sobre todo en materia de tinción de telas.³¹

Una vez en suelo francés, las nuevas máquinas pasaron a la vecina Suiza. Dado que la industria algodonera suiza sufría notablemente los efectos de las hilaturas mecanizadas que distribuía Gran Bretaña, en 1800 el cónsul suizo en Burdeos, Marc Antoine Pellis, solicitó al gobierno de la Confederación Suiza que importara una serie de copias francesas de los telares mecánicos ingleses. Al final, los artefactos se instalaron en 1801 en un monasterio nacionalizado, poniéndose a trabajar sus 204 husos. Un año después, unos comerciantes de Winterthur llevaron 44 máquinas de hilar de Arkwright a una factoría de Wülflingen.³²

Un gran número de ubicaciones alejadas de Lancashire también consiguieron beneficiarse de la propagación de ideas, máquinas y personas. México recurrió a los conocimientos de los expertos, la tecnología y la maquinaria británicos —utilizando en último término también la de los estadounidenses—. La propia industria algodonera estadounidense habría de apostar por la tecnología británica, aunque también optaría por valerse del espionaje industrial, que resultaba fácil de camuflar en el incesante tráfico de mercancías e inmigrantes. En 1787 (es decir, dos años antes de ser nombrado secretario del Tesoro), Alexander Hamilton y Tench Coxe enviaron a Andrew Mitchell a Gran Bretaña, encargándole que adquiriera subrepticamente un conjunto de maquetas y planos de las máquinas de Arkwright —aunque el proyecto fracasó debido a que descubrieron a Mitchell—. Más célebre es todavía el caso de Francis Cabot Lowell, que se aventuró a viajar a Gran Bretaña en 1810 por «motivos de salud» (según sus alegaciones), regresando de allí con distintos cianotipos para su fábrica de Watertown. La suma de la emigración y el espionaje llevaba aparejada una rapidísima difusión de los conocimientos: la máquina de cardar de Arkwright se las arregló para cruzar el Atlántico en el corto espacio de tiempo de ocho años; la hiladora de Hargreave lo hizo en diez —y si el bastidor de Arkwright necesitó veintidós, a la hiladora hidráulica de Crompton le bastaron solo once—. Después del año 1843, fecha en la que se legalizó al fin la exportación de maquinaria textil de Gran Bretaña, el

hecho de que «las compañías de ingeniería británicas se lanzaran a buscar mercados» se convertiría en un importante factor añadido para la ulterior difusión de la tecnología de la industria algodonera.³³

Y una vez que dichas tecnologías se hubieron propagado, los fabricantes indígenas de maquinaria no tardaron en dominar su uso, adaptándolo a toda una serie de objetivos y condiciones nuevos. Los empresarios sajones empezaron a construir versiones simplificadas de las máquinas británicas ya en 1801, y los artesanos suizos imitaron su ejemplo en 1806. Al mismo tiempo que su industria algodonera, Francia desarrolló una sólida red de fabricación de maquinaria, tecnología que no tardaría en exportar a su vez a toda Europa. Por su parte, los expertos artesanos alemanes también iban a desempeñar un importante papel en la temprana historia de la industria algodonera rusa. En el año 1789, los artesanos de Barcelona ya fabricaban máquinas de hilar, y poco después —en 1793— comenzaron a confeccionar bastidores hidráulicos de Arkwright, añadiendo a la lista de elaboraciones tecnológicas la hiladora hidráulica de Crompton en 1806. Los manufactureros alsacianos llevaban cerca de quince años de ventaja a sus colegas británicos en cuanto al desarrollo de tintes y productos químicos capaces de fijar el color a las telas —iniciando así la evolución de una tecnología que terminaría por permitir el surgimiento de la inmensa industria química y farmacéutica radicada en los alrededores de Basilea—. Más tarde, en 1831, el estadounidense John Thorp inventaría la hiladora de anillo, que no solo resultaba más fácil de manejar, sino que también producía con mayor rapidez, permitiendo generar así una mayor cantidad de hilo por operario. La máquina pasó rápidamente a México y a Gran Bretaña, afincándose a finales del siglo XIX en Japón, circunstancia que estaba llamada a tener una significación muy particular. La idea de una constante innovación técnica —en lo que es una característica central del capitalismo industrial—, se propagaría mucho más allá de las fronteras de Gran Bretaña —síntoma de que esta nueva forma de capitalismo había fortalecido ya las alas.³⁴

De hecho, tan necesario resultaba acceder a la tecnología de las hilaturas y los tejidos como disponer de capital, contar con una tradición histórica relacionada con las redes de producción a destajo, hallarse

sometido a la presión de la competencia de Gran Bretaña, y tener tras de sí, de uno u otro modo, una larga trayectoria de relaciones con las manufacturas textiles en general. Se trataba de condiciones que no se daban en algunas regiones —como Papúa Nueva Guinea, la cuenca del río Congo o el interior del continente norteamericano—, de manera que era poco probable que en esas áreas se siguieran los pasos de Gran Bretaña. Sin embargo, hubo también grandes zonas del globo en las que no se inició el proceso de la industrialización algodonera, pese a que en ellas sí se cumplieran estas condiciones. Es el caso, entre otros, de Kano, en la actual Nigeria; de Osaka, en Japón; o de Ahmedabad, en la India. Desde luego, la mayor parte de la industria algodonera de Asia y África seguía quedando lejos del alcance de la competencia británica, de manera que en esas zonas la presión que pudiera haber inducido a sus habitantes a adoptar las nuevas técnicas de manufactura actuaba con una intensidad considerablemente inferior. No obstante, ciertas regiones de Asia —entre las que cabe incluir a la India, a China y al imperio otomano— no se mecanizaron, pese a la demoledora presión que suponían las importaciones de hilo británicas. Por consiguiente, si fueron tantas las regiones que sí se industrializaron, ¿qué explicación puede darse al hecho de que otras zonas, aparentemente idénticas, no siguieran esa misma senda? Debemos buscar la respuesta en otra parte.

Una explicación sencilla del desigual desarrollo que siguió el proceso de la industrialización pasa por apuntar al saludable efecto que había estado ejerciendo el capitalismo de guerra en las economías de Europa. A fin de cuentas, lo que revela el caso británico es la gran importancia que tuvo en la radical reorganización de la industria algodonera local el triple hecho de la expropiación colonial, la esclavitud y la violenta inserción de las economías locales en las redes del comercio global. Si el capitalismo industrial se edificó sobre la base previa que habían creado los réditos del capitalismo de guerra, entonces hay que pensar que el requisito fundamental para la industrialización algodonera fue precisamente esa capacidad de poner en marcha un capitalismo de guerra. Los británicos no eran los únicos que se

encontraban en condiciones de recurrir a las materias primas y los mercados de sus colonias, también los capitalistas franceses, holandeses y españoles se encontraban en parecida situación. Sin embargo, es demasiado fácil basarlo todo en la existencia de este vínculo colonial. Al fin y al cabo, una de las contribuciones más significativas del capitalismo de guerra al desarrollo del capitalismo industrial había residido en su capacidad para proporcionar enormes cantidades de algodón en rama al sistema, logrando al mismo tiempo hacer descender drásticamente los precios de esa materia prima. No obstante, este era en muchos sentidos un beneficio fácilmente generalizable: todo el mundo podía viajar a Liverpool, o también a Nueva Orleáns, para comprar algodón y beneficiarse así de la enorme presión que se estaba haciendo gravitar sobre los esclavos y los pueblos indígenas de Norteamérica. ¿Y qué decir entonces de la difusión de la industrialización algodonera en los territorios alemanes? ¿O en Suiza? Desde luego, algunos de sus comerciantes ganaron inmensas fortunas con el tráfico de esclavos, beneficiándose igualmente de la posibilidad de comprar el algodón que se producía en las plantaciones esclavistas —pero todo esto no alcanza a ocultarnos el hecho de que estas importantes zonas de la industrialización europea carecían de colonias.

Es más, pese a que el modelo económico predominante —es decir, el del capitalismo de guerra— fuera el sistema encargado de procurar a la industria los recursos que precisaban tanto el proceso de la industrialización (muy particularmente el algodón en bruto) como la materialización de un gran número de relevantes legados institucionales, lo que el ejemplo de Gran Bretaña mostraría es que, en sí mismo, el capitalismo de guerra resultaba inadecuado para dar el siguiente paso: el de la producción en masa de tejidos de algodón. Era preciso idear una nueva forma de organizar la actividad económica —y la cuestión es que la transferencia de este modelo a nuevos pagos resultó ser mucho más problemática que el simple traslado de máquinas o la movilización de capital.

Por otra parte, lo que también viene a mostrar el ejemplo británico es la importancia de la capacidad del estado para crear las condiciones conducentes a la industrialización. Sin un estado poderoso dotado de la facultad legal, burocrática, infraestructural y militar de penetrar en los

territorios que considerara suyos, la industrialización resultaba sencillamente imposible. Un vasto conjunto de factores cruciales dependían del estado: el establecimiento de mercados, la protección de la industria doméstica, la creación de los instrumentos precisos para recaudar ingresos, la vigilancia de las fronteras y el fomento de los cambios destinados a permitir la movilización de grandes grupos de trabajadores asalariados, por ejemplo. De hecho, la capacidad de los estados para respaldar los progresos de sus respectivas industrias algodoneras nacionales resulta ser el elemento clave que explica la línea divisoria que separa a las regiones que se industrializaron de aquellas otras que no lo consiguieron. El mapa de los estados modernos se corresponde casi a la perfección con el de las regiones que conocieron una temprana industrialización algodonera.

Aun analizados en el plano más superficial, queda claro que la importancia de los estados residía en el hecho de que hubieran convertido la idea de la industrialización algodonera en un proyecto explícitamente propio, acometiendo para ello toda una serie de medidas destinadas a garantizar la construcción de hilanderías. El gobierno revolucionario francés, por ejemplo, proporcionaría préstamos a uno de los precursores de la industria algodonera: el belga Lieven Bauwens. Al poner en marcha Johannn Gottfried Brügelmann, otro empresario, la primera fábrica textil de algodón en las tierras de habla alemana, el ducado de Berg le concedió el privilegio y el monopolio exclusivos de su explotación. En la Sajonia de 1799, Karl Friedrich Bernhard y Conrad Wöhler, que acababan de abrir las primeras factorías de algodón de la zona respaldados por un equipo de ingenieros ingleses, recibieron una respuesta favorable del gobierno local al solicitarle la concesión de subsidios directos y el disfrute de un monopolio temporal. En Rusia, el empresario algodonero Mijaíl Ossovski obtuvo del gobierno varios préstamos, así como un monopolio de cinco años para que pudiera inaugurar en 1798 la primera hilandería mecanizada rusa. En Dinamarca, la Administración no solo concedió fuertes subsidios a la naciente industria textil, sino que trajo partidas de obreros cualificados del extranjero. En 1779, dicho gobierno crearía incluso la Royal Privileged Cotton Manufacture, a la que daría en llamarse la Factoría Manchester. De manera similar, en Estados Unidos, Alexander Hamilton abogaría con

vehemencia en 1791 —en su «Report on the Subject of Manufactures»— por la instauración de una política de apoyo gubernamental al desarrollo de la industria. De hecho, el estado se revelaría decisivo en muchos casos, como sucedería por ejemplo en 1786 al patrocinar la cámara legislativa de Massachusetts el viaje de dos escoceses —Robert y Alexander Barr— a la localidad de East Bridgewater, donde debían levantar una hilandería de algodón. Con similar intención, en 1789 un grupo de comerciantes de Boston, respaldados por la subvención de quinientos dólares que acababa de concederles el estado de Massachusetts, constituyeron la Beverly Cotton Manufactory. En México, el gobierno federal creó en 1830 el Banco de Avío para el Fomento de la Industria Nacional, dotándose así de la capacidad de conceder préstamos destinados a erigir fábricas y a organizar la compra de máquinas extranjeras y la contratación de expertos técnicos igualmente venidos de fuera. Esto explica que en el año 1826, el gobierno del estado de Puebla sostuviera económicamente el desplazamiento de un grupo de mecánicos a Estados Unidos y a Europa para que pudiesen estudiar las técnicas de producción algodonera y adquirir maquinaria.³⁵

No obstante, tanto los monopolios como los subsidios o el fomento de la colaboración de expertos competentes revelarían no ser en último término más que un conjunto de intervenciones de carácter bastante secundario, capaces de permitir la construcción de una o dos factorías, pero no de impulsar la creación de una industria algodonera nacional verdaderamente significativa. De hecho, sin la presencia del innovador y poderoso estado que constituía el centro neurálgico del capitalismo industrial, como veremos, todos estos esfuerzos podrían haber quedado fácilmente en agua de borrajas. Mucho más importante resultaba que el estado tuviera la facultad de aislar de la competencia —sobre todo de la británica— los desvelos de las manufacturas domésticas. Sin embargo, a principios del siglo XIX solo había unos cuantos estados capaces de controlar y administrar sus fronteras exteriores. Resulta muy elocuente en este sentido que la irrupción de la primera oleada de hilanderías mecanizadas de algodón en la Europa continental fuese una consecuencia directa de la capacidad de la expansiva república revolucionaria francesa para impedir la entrada de artículos manufacturados británicos en el

continente. El bloqueo de las mercancías procedentes de Gran Bretaña — que habría de mantenerse en vigor entre noviembre de 1806 y abril de 1814 — iba a proporcionar el impulso específico más importante de todos a la industrialización algodonera del continente europeo —al proteger los tiernos brotes iniciales y permitir que se convirtieran en una industria plenamente desarrollada—. En el preciso instante en que la industria algodonera del continente europeo se esforzaba en venir al mundo, las políticas de Napoleón dieron en aislarla de la demoledora competencia que representaban los manufactureros ingleses, de modo que la actividad de las hilaturas y tejedurías francesas no tardó en levantar el vuelo. Estas medidas afectaron de manera similar a la vecina Sajonia: en 1806 la industria del algodón de esta zona —cuyo centro de operaciones se encontraba en la ciudad de Chemnitz— contaba con 13.200 husos mecánicos, mientras que en 1813, es decir, próximo ya a su fin el bloqueo francés, esa cifra se había multiplicado extraordinariamente: nada menos que por diecisiete.³⁶

Los efectos del bloqueo también habrían de repercutir en otras regiones de Europa. Pese a que la primera fábrica mecanizada de tejidos de algodón abriera sus puertas en 1801, la verdadera expansión de la industria algodonera suiza no habría de producirse sino a partir del año 1806 — durante el bloqueo continental—, es decir, al encontrarse la industria con la ventaja de poder ofrecer sus productos a unos mercados anteriormente abastecidos por los británicos. Al terminar el bloqueo, la industria suiza quedó sumida en una grave crisis, dado que los géneros británicos volvieron a inundar el continente. Los suizos se vieron obligados a buscar mercados en otras zonas, encontrando cada vez más salida para sus artículos de confección en las Américas y el Extremo Oriente. En Bélgica también sucedió algo parecido, ya que antes del bloqueo impuesto por los franceses al comercio de los británicos con el continente muchos de los talleres de estampado de Gante todavía trabajaban con telas fabricadas en la India. En un informe fechado en 1806 se indica que «en este departamento solo hay dos operarios dedicados a elaborar las telas a las que se conoce con el nombre de “calicó”, que se prestan muy bien al estampado. Sin embargo, en caso de que se impusiera un embargo a las importaciones textiles procedentes de la India, el departamento no tardaría en hallarse en

condiciones de producir una cantidad de producto suficiente para satisfacer las necesidades de los numerosos tejidos estampados que se confeccionan en este y otros negociados, gracias fundamentalmente a que hay muchos tejedores afincados en la zona y a que las hilanderías pueden producir todo el hilo que se precise». Sin pretenderlo, Napoleón iba a satisfacer ese deseo, haciendo surgir de ese modo un vasto conjunto de oportunidades nuevas que los manufactureros locales no tardarían en aprovechar. Tan solo un año después de este informe, el prefecto Faipoult se encontró en condiciones de señalar que «no ha habido jamás un progreso industrial que se haya verificado a mayor velocidad». Y tanto en Holanda como en el imperio Habsburgo y Dinamarca, la evolución de los acontecimientos fue muy parecida.³⁷

En sus periódicos conflictos con Inglaterra, también habrían de entrar en juego impulsos similares en Estados Unidos. De hecho, en este último país, las guerras de principios del siglo XIX habían resultado beneficiosas para las empresas dedicadas a las manufacturas de algodón. Al dictar el presidente Thomas Jefferson la Ley de Embargo de 1807 —por la que se dictaba el bloqueo de todo envío o recepción de fletes de mercancías que pretendiera circular entre el Reino Unido, Francia y Estados Unidos—, los géneros textiles importados de Gran Bretaña prácticamente desaparecieron del mercado, ofreciendo así nuevas oportunidades a los hilanderos y tejedores estadounidenses. El número de husos mecánicos existente en Estados Unidos pasó de los ocho mil de 1807 a los ciento treinta mil de 1815. Y si en 1806 había 15 fábricas mecanizadas de tejidos de algodón, en 1809 no solo eran ya 62, sino que se estaban construyendo otras 25. Este asombroso y muy rentable incremento animó a los comerciantes —entre los que se encontraba Francis Cabot Lowell, de Boston— a invertir sumas de capital igualmente crecientes en las manufacturas de algodón.³⁸

El bloqueo continental que Napoleón había impuesto en Europa proporcionó un gran impulso a la industria algodonera de Europa y las Américas, haciéndolo además en un momento crucial de su desarrollo. No obstante, en 1815, los efectos protectores de la guerra y la agitación revolucionaria que se vivían en Europa llegaron a su fin. Al firmarse la paz en Europa, con la derrota de Napoleón, el manufacturero británico Wright

Armitage señalará aliviado que «la brusca transición que nos ha hecho pasar del estado de guerra a una situación de paz ha ejercido un gran impacto en el comercio ... Creo que ahora empezaremos a sentir en cierta medida los efectos de nuestra superioridad sobre las demás naciones, expulsándolas del mercado de las manufacturas».³⁹

Sin embargo, en algunas regiones del mundo, la industria algodonera había crecido de forma tan sustancial en aquellos años turbulentos que los manufactureros habían logrado adquirir ya la suficiente influencia política como para poder presionar a sus gobiernos e instarles a proteger a la naciente industria de esa «expulsión», consiguiendo asimismo que sus respectivos estados no solo se interesaran en seguir desarrollando las industrias, sino que se dotaran de los conocimientos y los medios necesarios para hacerlo. Wright Armitage estaba parcialmente equivocado. En Estados Unidos ya se había ofrecido cierta protección a la industria algodonera en 1816, al imponer un nuevo tipo de aranceles. Y otras regiones del planeta habían seguido su ejemplo. Al finalizar el bloqueo continental entraron en vigor en Francia unos «aranceles prohibitivos». En 1818, Prusia y Austria decretaron la imposición de una serie de gravámenes a las importaciones de géneros de algodón. Rusia hizo lo mismo en 1820, Francia la imitó en 1822, Italia en 1824, y Baviera y Württemberg en 1826. De hecho, Francia llegaría aún más lejos, al prohibir en 1842 la importación de todo artículo de algodón al territorio nacional. El proteccionismo, que en épocas pasadas había sido considerado un cataclismo propio de los períodos de guerra, quedaba ahora convertido en una característica permanente de los estados recientemente industrializados —unos estados que, en este sentido, seguían la pauta que habían marcado los británicos, dado que Gran Bretaña siempre había protegido con idéntica furia sus mercados interiores, aislándolos por ejemplo de la competencia india.⁴⁰

Los propios empresarios de las manufacturas de algodón eran los primeros en solicitar ese tipo de protección. En el año 1846 —lo que nos sitúa en una época muy alejada de los primeros balbuceos de la industria—, los empresarios alsacianos todavía encontraban motivos para crear en Mulhouse el Comité de la Asociación para la Defensa del Trabajo Nacional, dirigido por los industriales algodoneros Émile Dollfus y J. A.

Schlumberger —institución que abogaba por la imposición de fuertes medidas proteccionistas—. Al otro lado del Rin, en Baden, los hilanderos que trabajaban el algodón llevaban presionando por la imposición de unos aranceles desde el año 1820. Los hilanderos de Sajonia también se alzaron para conseguir el amparo de unos impuestos de aduana. El primero de enero de 1834, al entrar Sajonia a formar parte de la Zollverein, o Unión Aduanera de los Estados de Alemania, estos hilanderos conseguirían hacerse con una porción mucho mayor del mercado interior, quedando además bajo la protección de un conjunto de aranceles adicionales. Y al negociar estos aranceles los propios estados integrantes de la Zollverein, Friedrich List, que en 1846 se hallaba presente en las reuniones (en representación de Wurtemberg), se manifestaría partidario, al igual que Alexander Hamilton en el otro lado del Atlántico, de que «la estimación del valor de las manufacturas se estableciera desde un punto de vista [necesariamente] político». De acuerdo con su argumentación, la industria constituía un factor importante, entre otras cosas, si las naciones querían tener la capacidad de movilizar sus energías para una guerra. De hecho, los gobernantes de Cataluña, el imperio Habsburgo, Rusia, Italia y Francia compartían este mismo «punto de vista político», y por eso protegían sus nacientes industrias algodoneras mediante la imposición de distintos aranceles y prohibiciones —dándose además la circunstancia de que sus propios empresarios textiles clamaban unánimemente por la implantación de mayores gravámenes a las importaciones.⁴¹

Tanto en tiempos de guerra como en períodos de paz, la industrialización algodonera de cada país dependía de la capacidad que tuvieran los gobiernos para proteger sus industrias domésticas —incluso en lugares muy alejados de Inglaterra—. En Estados Unidos, las élites del estado de Massachusetts —y sobre todo Francis Cabot Lowell, el fundador de la factoría de Waltham— influyeron en la decisión que terminó adoptando el gobierno federal en 1816 —y por la que aceptó imponer unos aranceles destinados a proteger la confección de géneros de algodón de baja calidad que de hecho no solo continuaban permitiendo la importación de tejidos británicos refinados sino que posibilitaban el monopolio del mercado de los algodones baratos—. Los artículos toscos de la India —que

eran justamente aquellos con los que competían Lowell y sus colegas (y que de hecho habían estado importando del subcontinente durante buena parte de sus respectivas carreras)— se hallaron efectivamente sujetos al pago de unos fuertes aranceles (de entre un 60 y un 84% de su valor) hasta el año 1846, fecha en la que la industria había logrado desarrollarse ya a tal punto que se encontraba en condiciones de resistir esa competencia aun con aranceles más bajos.⁴²

La industria de México también fue producto del proteccionismo, al igual que la de Estados Unidos. Las élites políticas llevaban tratando de encauzar a la nación por la senda de la industrialización desde que el país se independizara de España en 1821. México contaba con una larga y próspera tradición en el terreno de las labores textiles artesanales, pero su producción, no mecanizada, se había visto sometida a la presión de las importaciones de hilos y telas baratos que se traían de Gran Bretaña y Estados Unidos. El recién independizado estado de México trató de paliar este problema incrementando el montante de los aranceles, o incluso prohibiendo la importación de tejidos e hilos de algodón. La independencia permitiría a México quedar al margen de la generalizada ola de desindustrialización que estaba haciendo estragos en otras partes del mundo. En 1835 se inauguraba en Puebla, México, la primera fábrica mecanizada de tejidos de algodón destinada a perdurar (a diferencia de lo que iba a sucederle a la Aurora Yucateca). Esteban de Antuñano, que era el fundador y director de esta fábrica, sería asimismo quien más energía pusiera en solicitar que el país se protegiera de las importaciones de algodón. Como ya hicieran Tench Coxe en Estados Unidos y Friedrich List en Alemania, también Antuñano habría de abogar por la industrialización como fórmula con la que sustituir a las importaciones y como senda por la que alcanzar la prosperidad económica y la estabilidad política. En mayo de 1829, y como respuesta a las presiones que estaba recibiendo de los industriales (por no hablar de su temor a la agitación social, más acentuado todavía tras los levantamientos registrados en 1828 en la localidad de Puebla, dedicada a las manufacturas textiles), el gobierno mexicano estableció un nuevo conjunto de aranceles y prohibió la importación de prendas de algodón basto —esto es, aquellas que se correspondían

exactamente con las que podían manufacturarse en el mismo México—. Los recién creados aranceles cumplieron con notable éxito su cometido, de modo que en 1831 se pudo constatar que se estaban abriendo nuevos talleres de hilado. Antuñano siguió apoyando con gran elocuencia la política arancelaria, advirtiéndole a quien quisiera escucharle que una reducción de las tasas aduaneras dismantlaría «de un solo golpe» todo cuanto se había venido consiguiendo. De hecho, Antuñano argumentaba que la factoría que él mismo dirigía debía su existencia únicamente al hecho de que se hubiera prohibido importar hilo de calidad inferior al número 21 —lo que significa que se había frenado la entrada de unas hilaturas relativamente burdas—. El proteccionismo continuó avanzando sin remisión, ya que los nuevos aranceles de 1837 volvieron a vetar la importación de hilos y telas de algodón barato. En 1843, se incorporó al articulado de la Constitución mexicana la prohibición de importar tejidos de algodón. La consecuencia inmediata fue que el número de fábricas de tejidos de algodón creció notablemente en el país, pasando de las cuatro existentes en 1837 a las más de cincuenta del año 1847.⁴³

Pese a hallarse sometido a las presiones de un conjunto de hombres de negocios que además de estar perfectamente arraigados y bien organizados eran consciente y planificadamente partidarios del industrialismo —sin olvidar que no solo estaban dispuestos a conseguir que sus intereses terminaran constituyendo el eje central de las políticas estatales, sino que en muchas ocasiones tenían efectivamente bajo su dominio a las estructuras administrativas—, el estado de México —y sobre todo, el hecho de su independencia— fue uno de los elementos esenciales que permitieron que la nación se internara en la senda del capitalismo industrial. A diferencia de lo que habría de suceder en Brasil, por ejemplo, en México la promoción de la industria doméstica era en gran medida una cuestión íntimamente enraizada en la médula misma de los políticos nacionalistas. Como ha señalado un historiador mexicano, «la prosperidad de los manufactureros dependía casi exclusivamente de lo mucho o lo poco dispuesto que estuviera el estado a intervenir reglamentariamente en el mercado, así como de su capacidad para llevar a efecto ese control». Por consiguiente, la independencia de México era una cuestión de vital importancia. En 1870,

los productores de géneros textiles del país —embarcados en su inmensa mayoría en la confección de artículos de algodón— seguían siendo los responsables de abastecer al 60 % del mercado interior —cifra que contrasta notablemente con la horquilla india (comprendida entre un 35 y un 42 %) y la del imperio otomano (situada entre el 11 y el 38%)—. Los compromisos políticos, insólitamente sistemáticos y contundentes, que adquirió el estado mexicano para sustituir las importaciones por la capacidad industrial acabaron colocando al país en una posición totalmente distinta a la de cualquiera de los vecinos del hemisferio sur con los que pudiera equipararse.⁴⁴

Por consiguiente, la exitosa creación de un capitalismo industrial tuvo tanto que ver con la capacidad de los estados para generar un contexto general en el que pudieran prosperar las manufacturas como con la iniciativa empresarial. Además de cumplir una función como entidades proteccionistas, otro de los elementos que nos permite decir que los estados desempeñaron un papel crucial en el mercado es el hecho de que eliminaran los gravámenes internos. La abolición de las barreras arancelarias que parcelaban el mercado español benefició a la industria catalana, y lo mismo le sucedió en 1834 a la industria de los territorios alemanes tras la creación de la Unión Aduanera, con la que se acabó con la miríada de portazgos fronterizos y pagos de aduana que tanto habían caracterizado el funcionamiento comercial de esta región del mundo. En ocasiones, el estado también se convertía en un cliente importante, como ocurriría por ejemplo en Rusia —fundamentalmente para dotar de uniformes a sus militares—. No obstante, el factor más relevante de todos sería el del rol estatal como constructor de carreteras, canales y vías férreas —papel claramente característico de todos los estados enérgicos de la primera mitad del siglo XIX—. Estos proyectos de infraestructura servían para facilitar enormemente la circulación de mercancías, personas e información, lo cual permitía a su vez el surgimiento de mercados de dimensiones muy superiores y mucho más integrados.⁴⁵

En su calidad de testigos presenciales de los primeros triunfos de Inglaterra, tanto los estados sometidos a una mutua competencia como los capitalistas algodoneros consideraron que el interés nacional pasaba

también por conquistar los mercados extranjeros —de naturaleza colonial en muchos casos—, haciendo todo lo posible por no quedarse rezagados en este terreno. Como es obvio, la propia Gran Bretaña confiaba en la expansión imperial como fórmula para captar nuevos mercados, dado que, en parte, eso le permitía esquivar además las políticas proteccionistas de la Europa continental y Estados Unidos. La industria catalana avanzó también por esta misma vía, dado que obtenía grandes beneficios con las ventas de ultramar —hasta tal punto que, según un historiador, las Américas terminaron constituyendo «el más dinámico de cuantos mercados hubieran conocido los productores del principado desde finales de la década de 1770»—. La situación era de una complementariedad casi perfecta: la industria textil catalana producía grandes cantidades de tejidos de algodón mientras que, por otro lado, la materia prima llegaba del Nuevo Mundo en volúmenes crecientes al puerto de Barcelona, gracias al estímulo del estado español.⁴⁶ De este modo irían surgiendo, como en otros muchos puntos del globo, nuevas formas de coordinar los territorios coloniales con el proceso de industrialización.⁴⁷

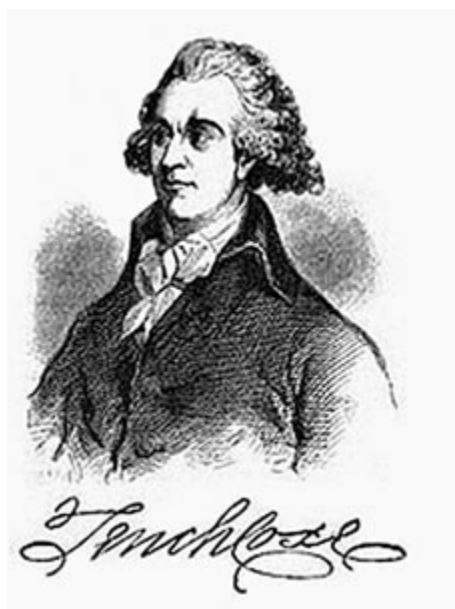
La primera consecuencia de este estado de cosas fue que los índices de crecimiento de la industria catalana se situaron aproximadamente al mismo nivel que los de la industria británica —aunque solo hasta la década de 1810, fecha en la que los dominios españoles de Latinoamérica menguaron de forma drástica—. Pese a que en épocas pasadas España hubiera contado con una de las industrias algodoneras de más rápido crecimiento de toda Europa, lo cierto es que los productores españoles se vieron en una situación cada vez más desventajosa, ya que al perder el plus que suponía el control de los mercados coloniales, los comerciantes dejaron de poder competir —tanto en los antiguos territorios coloniales del país como en otras regiones de las Américas— con el flujo de artículos británicos, cuyos precios eran más económicos. Y al declinar las perspectivas industriales, el capital mercantil partió en busca de mejores pagos —lo cual demuestra la importancia que tenía el respaldo del estado en la creación de mercados textiles.⁴⁸



México: Esteban de Antuñano.



Alemania: Friedrich List.



Estados Unidos: Tench Coxe.

Las industrias francesas y holandesas se beneficiaron en idéntica medida, aunque durante un período de tiempo mucho más dilatado, de la ventaja que representaban los mercados coloniales. Los manufactureros franceses encontraron un mercado significativo en el seno del imperio colonial que el país se había apropiado en África, Asia y las Américas. Holanda reconquistó Java en 1816, y en 1829 el 68% de las importaciones de algodón que llegaban a Java procedían de los Países Bajos. Esto se debía, entre otras razones, a la muy importante circunstancia de que el rey Guillermo I hubiera promulgado en 1824 la llamada Ordenanza Textil, una ley proteccionista cuyo objetivo consistía en obligar a los manufactureros británicos a abandonar Java. Guillermo fundó asimismo la Nederlandsche Handel-Maatschappij (o Sociedad de Comercio neerlandesa), un organismo semigubernamental cuyo mayor inversor era el rey y que se dedicaba a comprar géneros de algodón holandeses para venderlos después en Java, comprar mercancías locales y llevarlas de vuelta a Holanda. Gracias a este tipo de respaldo estatal, los mercados coloniales se revelaron de importancia central para el éxito económico de los Países Bajos. De hecho, la industria algodonera de la población de Twente terminaría dependiendo enteramente del mercado javanés.⁴⁹

En 1815, al pasar Bélgica a formar parte de la República Holandesa, tras la celebración del Congreso de Viena, la región belga empezó a sentir inmediatamente los tremendos beneficios de su recién adquirida capacidad de acceso a los mercados asiáticos de los Países Bajos. Estos mercados acabaron adquiriendo tanta importancia que en 1830, al obtener Bélgica su independencia y dejar de tener la posibilidad de recurrir a los mercados coloniales holandeses, el país quedó sumido en una grave crisis. Algunas empresas belgas llegaron incluso a hacer las maletas y a trasladarse a Holanda con el fin de seguir exportando a las colonias, como ocurrió con las de Thomas Wilson y Jean Baptiste Theodore Prévinaire, cuyas dos fábricas se reinstalaron en Haarlem en 1834.⁵⁰

Incluso las manufacturas de los países desprovistos de colonias se beneficiaron de la expansión colonial de otros estados. Al igual que sus colegas británicos, también los manufactureros suizos respondieron al creciente proteccionismo de las naciones que les rodeaban procediendo no solo a invertir en la industria algodonera italiana y alemana, sino buscando asimismo mercados en otras regiones más alejadas. En las décadas de 1850 y 1860, la producción de batiks para el Sureste Asiático y de pañuelos de algodón para la cabeza —destinados al mundo islámico— se convirtió en una de las actividades relevantes de los manufactureros suizos, y de hecho, la casa comercial de Gebrüder Volkart, de Winterthur, por ejemplo, empezó a vender artículos de algodón suizo en la India, el Mediterráneo oriental y el Asia oriental.⁵¹

En buena parte de África, Asia y Suramérica, la capacidad de ahormar diferentes territorios, tanto próximos como lejanos, hasta convertirlos en mercados no habría de surgir sino en una época muy posterior —caso de que consiguiera hacerlo—. Pese a que en muchos lugares distintos del mundo fuese posible encontrar los expertos, los mercados, los capitales y las tecnologías necesarios para el funcionamiento de las manufacturas, lo cierto es que la existencia de un estado capaz proteger los mercados interiores, de facilitar el acceso a los mercados distantes, y de crear una infraestructura que allanara el camino de las empresas manufactureras es la característica que distingue a los primitivos líderes industriales del mundo. Además, gracias a su creciente poder, esos estados también conseguirían

forjar las instituciones necesarias para proporcionar una base de sustentación al capitalismo industrial —ya se tratara de los mercados destinados a acoger el trabajo asalariado (que se hizo posible minando tanto los dominios precapitalistas del medio rural como las fórmulas alternativas de obtener el sustento) o del reconocimiento de los derechos de propiedad que estaban permitiendo crear las leyes y las infraestructuras administrativas.

Por consiguiente, la difusión del capitalismo industrial —sin duda el invento más revolucionario de todos cuantos hemos visto en la epopeya del algodón— se produjo únicamente de formas muy particulares. Por regla general, los capitalistas que se las arreglaban para seguir el ejemplo británico tenían la costumbre de trabajar en aquellos estados que abrazaban el proyecto de la industrialización y que juzgaban que la promoción de las manufacturas domésticas era un medio de fortalecer al propio estado —estableciendo entretanto una nueva relación entre la actividad económica y el territorio nacional—. En dichos estados, los gobernantes, los burócratas y los capitalistas podían penetrar en un conjunto de territorios previamente delimitados por fronteras reconocibles de muchas maneras —ya fuera en términos legales, burocráticos, infraestructurales o militares—, y siempre con el objetivo de generar unas condiciones susceptibles de permitir tanto la inversión de capitales a largo plazo como la movilización de la mano de obra, la expansión de los mercados internos y externos, y la protección de las industrias nacionales, proporcionándoles amparo frente a las incertidumbres reinantes en la economía global. Para los dirigentes de los efervescentes estados-nación, los cálculos destinados a determinar si resultaba pertinente o no erigir una sociedad industrial basada en el modelo británico eran muy sencillos: la industria constituía una fuente de riqueza, y también permitía que la Administración se dotara de unos artefactos bélicos inmensamente superiores a los de sus adversarios no industrializados. Para poder sobrevivir en un entorno dominado por un sistema de feroz competencia entre estados, la prosperidad era un elemento imperativamente necesario, y la adopción del capitalismo industrial presentaba todas las apariencias de ser una forma segura de conseguirlo. Y a su vez, para algunos capitalistas, la inversión en el sector manufacturero parecía

constituir una vía extremadamente prometedora si lo que se pretendía era amasar riquezas, lo que explica que presionaran con todas sus fuerzas a sus respectivos gobiernos, pidiéndoles que les ayudaran a dar forma al capitalismo industrial —en muchas ocasiones contra los intereses y los deseos de otras élites que competían con ellos (muy a menudo terratenientes)—. En este sentido, la obtención del éxito era la llave definitiva que les permitía ingresar en el selecto club de la industrialización algodonera y orbitar en el centro mismo del ámbito que estaba llamado a producir esa «gran divergencia» que registra la historia de la economía global. Y como veremos, este capitalismo industrial terminaría adquiriendo la fuerza suficiente como para disminuir su dependencia del capitalismo de guerra, aprovechando la gran crisis en que se vio sumido este último en la década de 1860.⁵²

Por consiguiente, la industrialización algodonera no fue solo el resultado de un proyecto elaborado por los capitalistas, como ya sabemos, sino consecuencia también del proyecto en que se hallaban embarcados los gobiernos. Lo más milagroso de todo es que el surgimiento de un conjunto de estados decididos a proteger las manufacturas domésticas —y provistos además de los medios necesarios para hacerlo— no tuviese resultados devastadores para la industria británica, tan dependiente de las exportaciones. Todo lo contrario, ya que las manufacturas británicas de algodón continuaron expendiéndose a gran velocidad después del año 1815. En la primera mitad del siglo XIX, la producción británica creció a un ritmo del 5% anual, y sus exportaciones aumentaron un 6,3%. En 1820, los empresarios británicos tenían a su servicio siete millones de husos —cifra que en 1850 se había convertido en veintiún millones—. En la década de 1830, las tejedurías comenzaron a mecanizar cada vez más sus operaciones, de manera que al generalizarse el empleo de telares mecánicos, los tejedores abandonaron el ámbito doméstico para incorporarse también a las factorías. En 1835, el sector algodonero contaba con unos mil quinientos manufactureros textiles aproximadamente (algunos de los cuales poseían varias fábricas), mientras que en 1860 había ya en las islas británicas cuatro mil propietarios de fábricas textiles. Tan importante llegó a ser el algodón para Gran Bretaña que en 1856 la Cámara de Comercio de Manchester

señalaba, con todo acierto, que «no ha habido nunca un solo empeño empresarial que haya podido superar, ni en extensión ni en utilidad, al de las manufacturas algodoneras». ⁵³

Los secretos del éxito británico en su pugna contra el proteccionismo puesto en marcha en otras regiones del mundo presentan una doble vertiente. Por un lado, los manufactureros británicos centraban el grueso de su actividad en la producción de hilos y telas de alta calidad, puesto que en ese terreno no había quien pudiera competir con ellos al no disponer de una tecnología tan avanzada como la de los empresarios de otros lugares. Y por otro lado, Gran Bretaña dependía cada vez más de los mercados de las regiones coloniales y semicoloniales del mundo. En la década de 1850, más de la mitad de los géneros de algodón que se producían en el Reino Unido iban destinados a la exportación. Entre los años 1820 y 1850, Asia y Latinoamérica eran los mercados de exportación que crecían a mayor ritmo, y de hecho las cuotas exportadoras del continente asiático eran las que estaban experimentando un incremento más rápido. El comercio algodonero británico supo sortear el escollo que le planteaban los estados más fuertes —ya que estos eran perfectamente capaces de proteger a sus propias industrias nacientes—, prefiriendo centrar sus esfuerzos en mercados que se revelaran políticamente incapaces de resistir la embestida británica. ⁵⁴

La tremenda rapacidad del capitalismo de guerra y sus desequilibradas consecuencias dejaron tras de sí una estela notablemente variopinta: algunos estados resultaron fortalecidos, pero otros se debilitaron y no solo se vieron incapaces de invertir en infraestructuras, sino también en la imposibilidad de mejorar sus atribuciones administrativas o de ofrecer la debida protección a su industria. Ciertos estados revelaron poseer una pasmosa habilidad para manufacturar mercancías a gran escala, mientras que otros quedaron sumidos en un tipo de producción de carácter preindustrial, con salida únicamente en el mercado interno. Por otra parte, la esclavitud, las expropiaciones de tierras, el comercio protegido por escoltas militares y la expansión colonial habían abierto al cultivo del algodón las inmensas extensiones de los nuevos territorios y las no menos

abundantes poblaciones de braceros potenciales, creando de este modo un conjunto de mercados inéditos de formidable vitalidad. Todos estos factores habían contribuido a limitar la competencia que existía en los mercados del conjunto del globo, estimulando de forma verdaderamente radical la circulación internacional de mercancías y poniendo en manos de un puñado de privilegiadas regiones del mundo el proyecto de la industrialización. También fueron la causa fundamental del enorme fortalecimiento que experimentaron algunos estados, un fortalecimiento que habría de permitir que un puñado de ellos se encontrara en situación de forjar las instituciones del capitalismo industrial. De hecho, la extensión imperial del poder estatal de Europa por todo el planeta y la intensificación de ese poder en el interior del propio continente europeo revelaría ser un proceso mutuamente sinérgico —al menos durante un breve pero crucial período de tiempo—.⁵⁵ Por otra parte, la expansión colonial, el tráfico esclavista y la propia esclavitud terminarían por socavar en otras partes del mundo la capacidad de maniobra del estado, restringiendo de esa forma las probabilidades de que las máquinas recién inventadas —y con ellas el capitalismo industrial mismo— pudieran echar raíces en sus respectivos territorios.

No hay región que ilustre mejor que Egipto el doble impacto que ejerció el capitalismo de guerra en la industria algodonera. En un principio, este país norteafricano, realmente excepcional en muchos sentidos, pareció desgajarse de su continente para seguir los pasos de Europa. Se daban en Egipto muchos de los requisitos previos para que la industrialización textil se verificase con éxito. Podía conseguir grandes cantidades de algodón en rama, y de hecho lo cultivaba cada vez más en su propio suelo. Tenía tras de sí una larga historia de producción textil, y en sus principales ciudades el algodón había sido la industria artesanal más importante de los tiempos anteriores a la Revolución Industrial —tanto que en el siglo XVIII Egipto ya se dedicaba a exportar tejidos de algodón a Francia—.⁵⁶ Tenía acceso, como veremos, a la tecnología británica. Y además, los egipcios eran capaces de movilizar la suficiente cantidad de capital como para organizar su industria. Sin embargo, en 1850, Egipto seguía sin poder sumarse al pequeño número de países con experiencia en los pormenores de la Revolución Industrial.

No obstante, todo había empezado con augurios muy prometedores. Influido por el pensamiento mercantilista, el gobernante egipcio Mehmet Alí se empeñó en poner en marcha varias empresas manufactureras. Alí tenía la esperanza de que la industrialización pudiera fortalecer, entre otras cosas, el poderío militar y la independencia de Egipto. Así, el mandatario egipcio inició un proyecto de sustitución de las importaciones no muy distinto del que ya se estaba aplicando en las naciones de similar tamaño del continente europeo. A principios del siglo XIX, Egipto había estado exportando cantidades muy significativas de grano a Europa, y los comerciantes británicos pagaban esa mercancía con tejidos de importación que causaban un notable perjuicio a los talleres textiles egipcios. Para responder a esa situación, Alí impuso un embargo a ese tipo de artículos británicos, animando al mismo tiempo a los cristianos sirios a crear factorías —ya que estos habían dominado el comercio textil a lo largo de la historia—. En 1815 abrió sus puertas la primera gran tejeduría de algodón del país, respaldada por el monopolio que acababa de concederle el gobierno. Tres años más tarde, en 1818, echaba a andar la primera hilandería algodонера mecanizada de Egipto, seguida rápidamente por otros establecimientos similares.⁵⁷

Directa o indirectamente, la tecnología necesaria para instaurar ese proceso de industrialización en Egipto habría de proceder, como en otras muchas ocasiones, de Gran Bretaña. Al principio, Alí se dedicó a importar de Inglaterra máquinas de hilar, haciendo que distintos equipos de mecánicos británicos se las instalasen, pero con el tiempo empezó a traer ingenieros franceses con el fin de iniciar una industria propia de fabricación de maquinaria.⁵⁸ Vemos por tanto que la industrialización algodонера de Egipto se ceñía, hasta ese momento, a las líneas de desarrollo que habían venido observándose en la Europa continental, Estados Unidos y México.



Mehmet Alí Pachá, o cómo aunar el capitalismo de guerra con la industrialización.

El punto álgido de este esfuerzo de industrialización se alcanzó a mediados de la década de 1830. En 1835 trabajaban en Egipto de quince a veinte mil obreros en treinta factorías de algodón, disponiendo entre todas de unos cuatrocientos mil husos aproximadamente. La mayor parte de los productos de estas fábricas se dedicaban a abastecer el mercado interior, pero también se exportaban algunas telas —por todo el Oriente Próximo (a lugares como Siria y la Anatolia), así como a los mercados de Sudán y la India—. Como habría de apuntar el periódico alemán *Ausland* en 1831 tras pasar revista a la situación de la industria algodonera egipcia, «resulta interesante señalar que un bárbaro haya conseguido en pocos años lo que Napoleón y el conjunto del continente han sido incapaces de lograr en lo que llevamos de siglo, pese a haber puesto en ello sus mejores esfuerzos, a saber: estar en condiciones de competir con los británicos en la producción de algodón». Aunque ligeramente exagerada, la afirmación no pecaba de errónea: un experto ha estimado que en la década de 1830 Egipto era el quinto país del mundo en husos de algodón per cápita, dado que en esa época contaba con unos ochenta husos mecanizados por cada mil habitantes —cifra que hay que comparar con los 588 de Gran Bretaña, los 265 de Suiza, los 97 de Estados Unidos, los 90 de Francia y los 17 de México.⁵⁹

En este sentido, resulta muy elocuente constatar que a los funcionarios del gobierno británico les estaba empezando a preocupar la perspectiva de perder mercados a manos de semejante «bárbaro». Sir John Bowring, que en esos años era miembro del Parlamento británico y que más tarde habría de ejercer el cargo de gobernador de Hong Kong, observaría en 1837, con ocasión de sus viajes por Egipto, que los tejidos de algodón británicos «tan utilizados antiguamente, apenas se envían ya a Egipto, puesto que se han empezado a confeccionar muselinas en las nuevas factorías». Y por si fuera poco, había también otros mercados que suscitaban ese mismo tipo de preocupaciones: en 1831, el *Asiatic Journal* de Bombay informaba de que «un buque árabe ..., procedente del mar Rojo, ha traído doscientas cincuenta balas de hilo de algodón manufacturadas por Alí Pachá en la hilandería que posee en las inmediaciones de El Cairo. Se dice que ha enviado otras quinientas balas a Surat y mil más a Calcuta, y que el año próximo tiene intención de mandar túnicas, madapollams, etcétera. ¿Qué piensa decirle la comunidad mercantil a este nuevo competidor?». ⁶⁰

Los comerciantes británicos de la India se quejaron. En junio de 1831 describían así las importaciones que Calcuta traía de Egipto: «Este torzal es de una calidad óptima, dado que supera incluso a los que nos llegan de Inglaterra ... Teniendo en cuenta estos hechos, podría darse por sentado que las manufacturas de Egipto van a interferir, con toda probabilidad, con otros de los productos similares que este país importa de Gran Bretaña». Tras haber examinado a fondo las importaciones de artículos de algodón egipcios y quedado convencidos de que «el hilo es notablemente fuerte», estos comerciantes llegarían a la siguiente conclusión: «Considerando las ventajas de que disfruta Alí Pachá y su proximidad geográfica, opinamos que los manufactureros británicos tienen derecho a gozar de una protección mayor de la que nos proporcionan los aranceles antedichos, de modo que es intención de los agentes comerciales [de la India] elevar una petición al gobierno sobre el particular». ⁶¹

Lo que estos empresarios percibieron en los productos egipcios también habría de impresionar a otros observadores. En 1843, tras estudiar las factorías algodonerías de Egipto y entregar a Alí un informe detallado con sus observaciones, el manufacturero textil francés Jules Poulain

animaría al gobernante egipcio a seguir realizando esfuerzos en la vía de la industrialización. Según Poulain, «es la industria la que hace brotar la riqueza de las naciones». Tanto Poulain como Alí creían que resultaba perfectamente «natural manufacturar cuanto nos da nuestra propia agricultura». Y en realidad, parece claro que el hecho de que Egipto fuera capaz de cultivar por sí mismo el algodón que luego habría de destinar a sus manufacturas le colocaba en una situación de ventaja respecto de Francia y el Reino Unido. En opinión de Poulain, si los franceses conseguían desarrollar con éxito el proyecto iniciado en la población india de Pondicherry (donde acababan de abrir una pequeña hilandería), los egipcios también encontrarían la forma de salir airoso en su propio país, y por el nada desdeñable hecho de que la mano de obra egipcia era mucho más barata que la de la India, lo que suponía una «enorme ventaja», a juicio del francés.⁶²

Y es justamente en este punto, el de la fuerza de trabajo, donde la peripecia egipcia empieza a apartarse de la europea, ya que la forma en que Alí dio en aplicar a Egipto el modelo del capitalismo de guerra fue mucho más estricta que la de los estados europeos. Se obligaba a los obreros a trabajar en las factorías. Los operarios cualificados y las máquinas que comenzaron a trabajar en los primeros talleres textiles de algodón al inaugurarse estos en el barrio caiota de Al-Khurunfish —en una fecha indeterminada comprendida entre los años 1816 y 1818— procedían de Europa, pero los mil o dos mil obreros corrientes que la hacían producir eran esclavos sudaneses y egipcios forzados a trabajar a cambio de un salario de miseria, vigilados además muy de cerca por el ejército. Estos obreros eran frecuentemente objeto de malos tratos. En cierto sentido, este sistema no difería demasiado del que se empleaba en otros lugares —donde también el gobierno tomaba medidas para incentivar la industrialización y obligaba a los huérfanos a trabajar en las factorías—, pero la verdad es que en Egipto se llegaba a extremos de coerción todavía peores, de modo que el trabajo asalariado no pasó de constituir una ocupación realmente marginal. En algunos aspectos, cabe decir que, para abrirse camino en el mundo de las factorías, los gobernantes egipcios eligieron aplicar los comprobados mecanismos de los complejos de plantaciones diseminados por el mundo.

De hecho, lo que demostraron las iniciativas de Alí fue que el capitalismo de guerra tenía la capacidad de alumbrar un proceso de industrialización — al menos en Egipto y durante un breve período de tiempo.⁶³

Puede que el capitalismo de guerra, animado por una determinación hercúlea, hubiera logrado implantar la industria algodonera en Egipto, pero los brotes de producción a que dio lugar se revelaron efímeros. En la década de 1850, la industria algodonera de Egipto había desaparecido prácticamente por completo, dejando la campiña cubierta de fábricas en ruinas. Egipto no consiguió nunca poner en pie el marco institucional que le hubiera permitido efectuar la plena transición al capitalismo industrial —ni siquiera logró que arraigara un elemento tan fundamental como el del trabajo asalariado—. El hecho de que lo apostara todo al capitalismo de guerra, tanto en los campos de algodón como en las factorías, acabó limitando el crecimiento de los mercados domésticos. Además, al final Egipto fue incapaz de proteger su mercado interno. Y a medida que fuera consumándose el debilitamiento de Egipto respecto de las potencias europeas, los comerciantes británicos empezarían a esforzarse al máximo para conseguir que los mercados egipcios abrieran las puertas a sus productos. Se estima que entre la primera mitad de la década de 1820 y la segunda de la de 1830, el valor de las exportaciones de géneros de algodón británicos a Egipto se multiplicó por diez. En 1838, la entrada en vigor del Tratado arancelario anglo-otomano de Balta-Liman, por el que se fijaban unas tasas de importación de solo el 8% *ad valorem* (es decir, del valor del producto) —lo que en la práctica equivalía a obligar a Egipto a permitir el libre intercambio comercial—, la «primera industria textil mecanizada» del país del Nilo «quedó destruida». Esta circunstancia, unida a las dificultades que estaba encontrando el estado para hacer funcionar sus factorías algodoneras y al problema que suponía la obtención del combustible suficiente para asegurar el funcionamiento de las máquinas de vapor encargadas de la producción, la llegada de un sistema de «libre mercado» dominado por Gran Bretaña, haría prácticamente imposible que Egipto consiguiera industrializarse. La demolición de la industria del algodón egipcio se debió a dos causas: al hecho de haber aplicado el capitalismo de guerra en el ámbito interno, y a la circunstancia de que el imperialismo

británico terminara sometiéndola. En el interior de sus fronteras, el estado egipcio era muy poderoso, pero débil en el ámbito internacional, lo que le impedía definir su posición en la economía global —de manera que en este sentido no era adversario para los intereses y los planes del gobierno británico.⁶⁴

Hay otro ejemplo que nos permite apreciar asimismo el negativo impacto que ejercía el capitalismo de guerra en el proceso de industrialización: el de Brasil. A primera vista, Brasil parece totalmente distinto de Egipto. No solo tenía una larga historia de producción algodonera, sino que también cultivaba grandes cantidades de una materia prima de alta calidad. En el siglo XVIII, los bandazos de las políticas coloniales habían estimulado en algunas ocasiones las manufacturas de las recién creadas tejedurías del país, pero en 1785, un real decreto vetó toda actividad manufacturera, excepto la dedicada a confeccionar artículos de algodón bastos, dado que a las autoridades de la metrópoli les inquietaba la posibilidad de que las factorías de algodón terminaran compitiendo con la acuciante necesidad de mano de obra de la minería. No obstante, y a pesar de esas leyes, las manufacturas algodoneras lograron implantarse. De hecho, en 1808, al trasladarse la familia real portuguesa a Río de Janeiro, se revocaron los decretos de prohibición y se construyeron unas cuantas fábricas de géneros de algodón. Se trataba de factorías pequeñas y marginales, así que la de São Paulo se vio obligada a cerrar en la década de 1820, al no poder procurarse obreros especializados y revelarse incapaz de competir con los productos textiles británicos. En 1844, las medidas arancelarias decretadas por Alves Branco —que imponían un gravamen del 30% a la mayor parte de las manufacturas extranjeras— estimularon la creación de unas cuantas fábricas nuevas, pero las tasas aduaneras duraron poco, y lo mismo le ocurrió a la industria. Por consiguiente, en 1865 el número de factorías de Brasil seguía estancado en nueve, y entre todas apenas llegaban a movilizar 13.977 husos —lo que equivale aproximadamente a la vigésima parte de los que existían en Egipto en el apogeo de su industrialización algodonera, o a la décima parte de los que había en México.⁶⁵

Por consiguiente, y pese a disponer de materia prima, de capital y de tecnología, Brasil no consiguió desarrollar en su territorio una industria mecanizada de algodón, a diferencia de México —y también de Egipto, aunque este último país únicamente lo lograra durante un corto espacio de tiempo—. De hecho, la industrialización de la producción algodonera brasileña tendría que esperar a la década de 1880.⁶⁶ Esta incapacidad de industrializar a la nación fue una consecuencia directa de la particular economía política generada por los propietarios de esclavos con capacidad para influir en el gobierno. Estos esclavistas, todos ellos poderosos plantadores de caña azucarera y algodón, juzgaban que el papel que debía desempeñar Brasil en la economía global era el de un proveedor de materias primas agrícolas producidas mediante la utilización de mano de obra esclava —concepción que resultaba totalmente contraria al proyecto de industrialización interno.

Pongamos un ejemplo: en el importante estado de Bahía, dedicado al cultivo de la caña azucarera, los comerciantes que trabajaban en el sector de las materias primas agrícolas se opusieron explícitamente «al desarrollo industrial, y para tratar de minimizarlo le negaron el respaldo del gobierno, que resultaba obviamente vital» —pese a que Bahía dispusiera de carbón, de capital, de infraestructuras de transporte y de algodón en bruto (circunstancias todas ellas que colocaban a este estado brasileño en una situación idónea para iniciar el proceso de industrialización)—. Sin embargo, lo que las élites de Bahía deseaban era que el gobierno invirtiera en infraestructuras destinadas a permitir una mejor movilidad de las mercancías y a lograr que estas entraran y salieran sin dificultad del mercado mundial, aunque también instaban a la Administración a priorizar la disponibilidad de braceros para el cultivo de sus propiedades. No obstante, lo que resultaba más importante para estos terratenientes era que la esclavitud exigía que el país tuviera unos aranceles bajos, al objeto de facilitar la circulación de azúcar y café y de permitir que esas mercancías brasileñas llegaran a los mercados globales. Este planteamiento impedía aplicar en Brasil un tipo de proteccionismo similar al que había posibilitado la industrialización europea, norteamericana y —durante un tiempo— también egipcia, lo cual explica que la Asociación Comercial de Bahía,

formada por un grupo de negociantes, se opusiera a la implantación de impuestos aduaneros con la misma vehemencia y grado de éxito que los plantadores —dado que dichos comerciantes se hallaban totalmente sometidos al dominio de los hacendados.⁶⁷

Pero los incipientes empresarios brasileños también hubieron de hacer frente a otros problemas. Dado que las inversiones de capital se hallaban fuertemente vinculadas a la producción y el comercio de las materias primas agrícolas que se producían por medio del trabajo esclavo —y que también estaba unido al tráfico de esclavos mismo—, era frecuente que a las iniciativas de carácter industrial les resultara imposible acceder a una línea de crédito. Además, el reclutamiento de mano de obra seguía siendo un problema. Como el elemento que predominaba era el de la esclavitud, apenas se encontraban jornaleros a sueldo que pudieran trabajar en la industria, dado que los europeos —que no estaban dispuestos a recurrir al trabajo esclavo para competir con los terratenientes— preferían emigrar a otras regiones del continente, como por ejemplo Argentina. En consecuencia, las fábricas textiles debían utilizar para su funcionamiento una plantilla mixta formada por trabajadores asalariados y mano de obra esclava. No obstante, por regla general, la mano de obra se concentraba en las labores del campo, así que los comerciantes tendían a pensar que «la industria y el transporte ... compiten entre sí por la fuerza del trabajo».⁶⁸

Lo que muestra el caso de Brasil es que los imperativos de las plantaciones de esclavos podían actuar en detrimento de la industria, aunque esto no significa que el trabajo esclavo como tal fuera incompatible con la actividad manufacturera —todo lo contrario, puesto que era posible emplear esclavos en las factorías de algodón—. Sin embargo, las sociedades dominadas por la esclavitud no daban pie al surgimiento de procesos tendentes a una industrialización algodonera. En sus primeras fases, la industrialización dependía, en términos globales, del capitalismo de guerra, pero en aquellas regiones del planeta en las que esa forma de capitalismo dio en adoptar su perfil más violento, la industrialización textil nunca lograría arraigar. Cuba, por ejemplo, lo había apostado todo a su enorme masa de trabajadores esclavos y, aún así, no asistió a la creación de una sola fábrica de algodón en todo el siglo XIX.⁶⁹ El estado de guerra entre grupos

privados que constituía el núcleo mismo del capitalismo de guerra entraba en contradicción con los imperativos emergentes del capitalismo industrial. Por consiguiente, lo que explica la difusión de las manufacturas de algodón no es solo la capacidad operativa de los estados, sino también la manera en que se distribuía el poder en su seno. El hecho de que los estados esclavistas tardaron mucho en apoyar los intereses económicos y políticos de los empresarios industriales de sus propios países es bien conocido.

Esto es también lo que sucedió en el caso de los territorios esclavistas de Estados Unidos, el único país del mundo que quedó dividido en dos mitades, una dominada por el capitalismo de guerra y otra presidida por el capitalismo industrial —una característica absolutamente única que terminaría prendiendo la mecha de una guerra civil llamada a causar una devastación sin precedentes—. Antes de la década de 1880 hubo muy pocos conatos de industrialización algodonera en el sur de Estados Unidos —marcada por una de las economías esclavistas más dinámicas del mundo—. Desde luego, durante la guerra de Independencia de Estados Unidos aparecieron algunas factorías mecanizadas de algodón en los territorios sureños del país, y tanto a lo largo de la década de 1830 como en años posteriores abrían sus puertas unas cuantas fábricas textiles. No obstante, en 1850, las factorías algodoneras del sur apenas consumían 78.000 balas de algodón al año —es decir, la sexta parte del consumo de algodón que registraba por esa época la región de Nueva Inglaterra—. Como ya ocurriera en Brasil, la ulterior expansión de las manufacturas no solo topó con el obstáculo de la floreciente economía esclavista, en cuyas plantaciones se concentraba el capital, la mano de obra y el talento de los más emprendedores, sino que se vio limitada por las dimensiones de los mercados —circunstancias ambas que si, por un lado, determinaron que la región resultase poco atractiva para los inmigrantes europeos, se revelaron incapaces de obligar a los propietarios rurales blancos, por otro, a avenirse a trabajar como jornaleros asalariados (al contrario de lo que había sucedido en Inglaterra y la Selva Negra, por ejemplo).⁷⁰

Aunque de diferente forma, el capitalismo de guerra también habría de reducir las posibilidades de industrialización en otras zonas del mundo. La India, en tanto que gran potencia algodonera premoderna, no solo se reveló

incapaz de dar un salto adelante por medio de la mecanización, sino que se vio sumida en el más rápido y catastrófico proceso de desindustrialización que jamás haya conocido el mundo. Al tener que hacer frente a las inmensas importaciones de hilos y telas de algodón que le llegaban de la metrópoli, y al doble hecho de que los precios de todos estos artículos no dejaban de caer y de que su propio gobierno les negaba toda procura de servicios, la industria algodonera de la India quedó diezmada —menguando primero la producción destinada a las exportaciones y después las hilaturas domésticas—. Como ya hemos visto, tras la Revolución Industrial, la India perdió la posición central que un día ocupara en el conjunto de la industria algodonera global, convirtiéndose finalmente, en un giro histórico notablemente irónico, en el mayor mercado del mundo para las exportaciones de algodón británicas.

De este modo, el colonialismo desempeñó un papel decisivo al socavar la capacidad estatal de los territorios colonizados y al convertirlos en regiones sometidas a los intereses de los colonizadores. A diferencia de lo que sucedía en la Europa continental, la enorme demanda doméstica de la India no dio pie a ninguna inversión estatal ni a ninguna iniciativa protectora —pese a tener acceso a las materias primas, el capital y un gran número de trabajadores cualificados—. Desde luego, hubo algunos tempranos esfuerzos promovidos por las autoridades coloniales francesas y, de hecho, fue en los dominios franceses de Pondicherry donde se construyó, en la década de 1830, la primera hilandería mecanizada de todo el subcontinente indio —dedicada a la producción de la llamada tela de Guinea para su venta en los mercados del África occidental francesa—. Podría decirse que esta factoría algodonera india de Pondicherry fue una especie de vástago improductivo del capital europeo, el comercio intercolonial y los estados europeos. La industrialización europea no iba a reaparecer en la India hasta el año 1856, fecha en la que el comerciante parsi Cowasji Nanabhoy Davar abrió la primera fábrica textil moderna de Bombay. Con todo, el verdadero despegue de las manufacturas algodoneras indias tendría que esperar a la década de 1870, dado que en esa época

empezarían a reinvertirse en la producción manufacturera del país los beneficios que se habían logrado acumular con el comercio del algodón durante la guerra de Secesión estadounidense.⁷¹

En la primera mitad del siglo XIX, habrá también otras muchas partes del mundo provistas de un dinámico sector algodonero que no evolucionen hacia un sistema de producción mecanizada. Todos estos casos muestran que era precisa la confluencia de un conjunto de factores para que los burócratas y los capitalistas se animaran a dar el salto al nuevo mundo de la creación de riqueza por medios industriales. Incluso la prometedora aventura de la Aurora Yucateca construida en la ciudad mexicana de Valladolid concluyó a finales de la década de 1840. Pese a la enorme energía empresarial de don Pedro Baranda, la fábrica textil que él contribuyó a poner en marcha terminó quebrando. Si la empresa llegó a su fin fue por la constante competencia con las hilaturas británicas que entraban de contrabando en el país a través de la mal vigilada frontera con Honduras Británica —introduciendo así en la región un hilo que era aproximadamente un 40 % más barato que las mercancías que se producían en su factoría—, unido al hecho de que sus artículos no consiguieron penetrar en los mercados mexicanos —extremadamente protegidos debido al empeño independentista de los yucatecos—. En 1847, durante la guerra de las Castas, los insurgentes mayas se apoderaron de la ciudad de Valladolid y destruyeron la fábrica. El estado local era demasiado débil para impermeabilizar sus fronteras, someter a los rebeldes o crear un mercado unificado, todo lo cual vuelve a mostrar lo importante que era el papel del estado para lograr que los éxitos de la industrialización algodonera perduraran en el tiempo.⁷²

El colonialismo, la adopción del sistema esclavista y la expropiación de tierras —en definitiva, el capitalismo de guerra— habían permitido el surgimiento del capitalismo industrial en algunas regiones del mundo, reduciendo al mismo tiempo las probabilidades de que surgiera en cualquier otra zona. Como ya hemos visto, el capitalismo industrial se apoyaba en una mezcla de capital y poder estatal —creando mercados y movilizand

una forma nueva el capital y la mano de obra—. En la primera mitad del siglo XIX, el surgimiento del capitalismo industrial crearía a su vez las condiciones necesarias para el paulatino aumento de la territorialización — y no solo en el plano productivo, ya que este término también señala que el capital comenzó a circunscribir cada vez más su radio de acción a un determinado territorio, vinculándose estrechamente con determinados estados-nación.⁷³

Uno de los elementos cruciales en esta fase de la historia del capitalismo es el de la propia diversidad de las formas que le vemos adoptar. El capitalismo naciente encontró sustentación en el hecho de que el capitalismo de guerra —con su violenta expropiación de tierras y mano de obra, su particular forma de estado y las descoordinadas e ilimitadas iniciativas de sus principales promotores capitalistas— *coexistiera* con el capitalismo industrial —surgido al calor de aquellos estados de gran poderío militar y notable capacidad administrativa, infraestructural y jurídica que acertaron a canalizar la iniciativa privada—. Cabría considerar que la auténtica innovación que surgió a finales del siglo XVIII y principios del XIX fue precisamente el carácter simultáneo de estas dos formas de capitalismo, distintas pero mutuamente dependientes. Lo que explica tanto el espectacular progreso de la industrialización algodonera como las enormes diferencias que registra el ritmo de ese proceso a lo largo de todas estas décadas no es la integración global en sí misma, sino la diversidad de formas que coexisten en dicho período en el marco de esa integración global.

No obstante, el capitalismo no era estático. Una vez que el capitalismo de guerra le hubo preparado el terreno, el capitalismo industrial comenzó a crear toda una serie de instituciones y estructuras tan nuevas como poderosas. Lo que se observa después de la década de 1780 es que un creciente número de estados se dedicarán a sentar las bases del capitalismo industrial, permitiendo que vayan surgiendo así, en último término, nuevas formas de integrar la fuerza de trabajo con los territorios, los mercados y los capitales —y todo ello en un conjunto de regiones del mundo que a mediados del siglo XIX seguían sujetas a varios de los más duros regímenes que jamás haya dado en idear el capitalismo de guerra—. De esta fecunda,

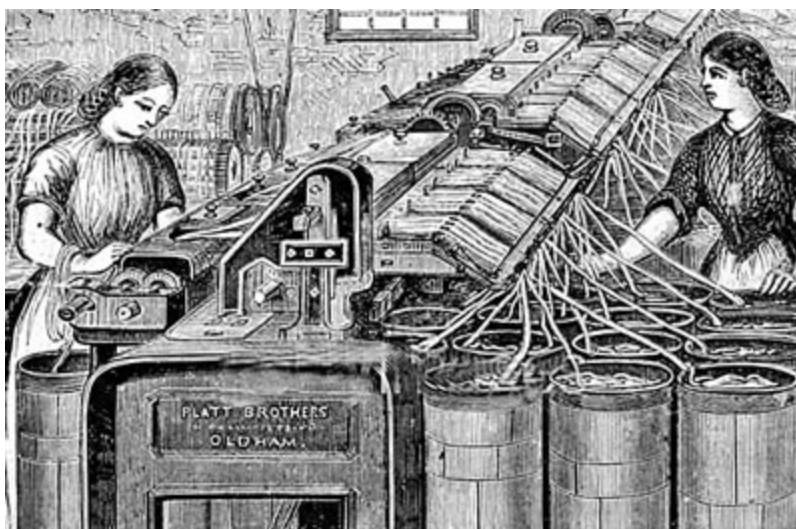
aunque frecuentemente violenta —e incluso bárbara—, intersección entre la guerra y el capitalismo industrial irán surgiendo nuevas formas de reunir capital, nuevas maneras de incorporarlo a la producción, nuevos sistemas de movilizar la mano de obra, nuevas fórmulas de creación de mercados y, en último término, aunque no por ello menos importante, nuevas fórmulas para integrar territorios y pueblos en la economía capitalista global. De la década de 1860 en adelante, la fuerza llamada a colonizar tierras y poblaciones no será tanto la constituida por un puñado de propietarios apoyados en el ejercicio privado de la coerción física y de la expropiación como la derivada de un capital respaldado por el poder del estado.

En la primera mitad del siglo XIX, la difusión de la industrialización algodonera por toda la Europa continental, así como por un reducido número de lugares más remotos, vendrá a mostrar que ni la esclavitud ni la explotación colonial eran elementos de importancia esencial para el capitalismo.⁷⁴ Dicho sistema se reiventaba a sí mismo constantemente, así que tanto las lecciones aprendidas como las potencialidades aplicables en un momento dado quedaban subsumidas, como por síntesis, en el período histórico siguiente. Los vínculos existentes entre el ámbito global y el local, así como los que mediaban entre los distintos lugares de producción y comercio, cambiaban sin cesar. Desde luego, la desaparición del capitalismo de guerra tardó un siglo en consumarse —desde la revolución haitiana hasta el lento declinar de la esclavitud en las Américas—. No obstante, si las innovaciones institucionales del capitalismo industrial facilitaron la liquidación del capitalismo de guerra fue debido a las propias contradicciones de este último, dado que, al acabarse la esclavitud, los estados fuertes, llamados a expandirse y a manifestar su presencia en un creciente número de regiones del mundo, no iban a tardar en permitir la movilización de la mano de obra en el conjunto de los entornos rurales del planeta. De hecho, la configuración del mundo moderno debe tanto al hundimiento del capitalismo de guerra como a su nacimiento.

Con todo, una de las mayores innovaciones institucionales que trajo consigo la conjunción del capitalismo con el hecho de que los estadistas decidieran abrazar el capitalismo industrial fue la invención de nuevas fórmulas para la movilización de la mano de obra. Si las encargadas de

nutrir las filas de la inmensa fuerza de trabajo que el capitalismo había puesto a rendir en las Américas habían sido las legiones de esclavos arrancadas a África, la enorme necesidad de operarios que ahora acuciaba a las industrias manufactureras lograría satisfacerse mediante la creación de un potente y nuevo sistema de mano de obra. Pese a que los trabajadores asalariados también hubieran de sufrir en muchas ocasiones actos de coerción ilegales, el pago de un salario era una forma nueva de movilizar a la ingente cantidad de operarios que precisaba la industria. Este recién ideado sistema puso a los agricultores y a los obreros en una situación jurídica, social e institucional totalmente diferente a la anterior —y la facultad de lograrlo iba a constituir el siguiente elemento llamado a provocar una nueva divergencia entre las distintas regiones del mundo.

LA MOVILIZACIÓN DE LA MANO DE OBRA FABRIL



Dos trabajadoras del sector algodonero inglés.

En 1935, hallándose exiliado en Dinamarca, un joven escritor alemán comenzó a reflexionar un buen día sobre las causas que habían dado lugar al nacimiento del mundo moderno. Bertolt Brecht, que así se llamaba el autor, optó por poner sus pensamientos en boca de un personaje imaginario: el «Obrero que lee». El proletario se hacía un sinfín de preguntas, de entre las que cabe destacar las siguientes:

*¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas?
En los libros aparecen los nombres de los reyes.
¿Arrastraron los reyes los bloques de piedra?
Y Babilonia, destruida tantas veces,
¿quién la volvió siempre a construir? ¿En qué casas*

de la dorada Lima vivían los constructores? ¹

Las alusiones de Brecht podrían haber ido dirigidas, con el mismo efecto, a un imperio muy distinto: el del algodón. En la época en que escribe el autor alemán, la leyenda del algodón estaba ya bien documentada: los libros de historia rebosaban de relatos en los que se referían las peripecias de quienes habían logrado aprovechar los singularísimos dones de la planta —como Richard Arkwright, John Rylands, Francis Cabot Lowell o Eli Whitney—. Sin embargo, como sucede en el caso de cualquier otra industria, el imperio en sí se sostenía sobre los hombros de varios millones de obreros anónimos, de la ingente cantidad de personas que trabajaban en las plantaciones y las haciendas de algodón, o en las fábricas de hilados y tejidos del mundo —también en Augsburgo, ciudad natal del propio Brecht—. De hecho, había sido en Augsburgo, más de quinientos años atrás, donde Hans Fugger había logrado acumular sus riquezas mediante la producción no mecanizada de géneros de algodón, como ya hemos visto.

Como los constructores y los arrastradores de piedras de que habla Brecht, son pocos los obreros del sector textil que figuran en nuestros libros de historia. La mayoría no ha dejado el más mínimo rastro. Se trataba muy a menudo de personas analfabetas, obligadas casi siempre a dedicar sus horas de vigilia a la pura y simple supervivencia —circunstancia que si a ellos les dejaba muy poco tiempo para escribir cartas o diarios, como hacían habitualmente quienes se hallaban en una posición más ventajosa, a nosotros nos reduce terriblemente las posibilidades de hallar pistas sobre su existencia—. Una de las visiones más tristes que pueden contemplarse en la actualidad es la de Saint Michael's Flags, en Manchester —un parquecito en el que según se dice yacen enterradas cuarenta mil personas, obreros textiles en su mayor parte, amontonados unos encima de otros sin lápida ni inscripción alguna, como consecuencia «poco menos que de una suerte de sepelio de magnitudes industriales»—. Ellen Hootton es una de las raras excepciones a esta regla del olvido. A diferencia de millones de semejantes, esta mujer dejará constancia histórica de su paso por el mundo al ser citada en junio de 1833 para comparecer ante la Comisión de Investigación de las

Factorías de Su Majestad —un organismo que se encargaba de estudiar los casos de trabajo infantil que se daban en las fábricas textiles británicas—. Pese a que solo tenía diez años al presentarse ante los miembros del comité, muy asustada, lo cierto es que a esa edad era ya una curtida obrera, una veterana que llevaba ya dos años trabajando en la fábrica textil. Ellen había centrado la atención pública debido a que un puñado de activistas de clase media de Manchester, preocupados por las condiciones laborales que imperaban en las factorías que estaban surgiendo como hongos tanto en el caso de la propia ciudad como en sus alrededores, había tratado de utilizar su caso para arrojar luz sobre la explotación infantil. Los miembros de dicho grupo afirmaban que estaba siendo esclavizada y que las cadenas con las que se la obligaba a trabajar no eran simplemente metafóricas, sino muy reales, sometida por un capataz de comportamiento brutal.²

La comisión, decidida a mostrar que la chiquilla era una «significada mentirosa» a cuyo testimonio no debía darse el menor crédito, interrogó a Ellen, a su madre, Mary, y a su supervisor, William Swanton, así como a John Finch, el gerente de la fábrica. No obstante, y a pesar de sus esfuerzos por echar tierra sobre el asunto, las acusaciones revelaron ser esencialmente ciertas: Ellen era la única hija de Mary Hootton, una madre soltera que también trabajaba en un telar manual y que apenas conseguía subsistir con su paga. Hasta la edad de siete años, Ellen había recibido alguna ayuda económica por parte de su padre, que también era tejedor, pero después de que esa pequeña fuente de ingresos se agotara, la madre la había llevado a una fábrica de las inmediaciones para conseguir un mínimo añadido a los escasos recursos de la familia. Tras pasar cinco meses trabajando sin recibir paga alguna (se decía que primero tenía que aprender el oficio), Ellen se convirtió en una de las muchas niñas obreras de la hilandería de Eccles. Cuando se le preguntó cómo discurría su jornada laboral, Ellen dijo que comenzaba a las cinco y media de la mañana y terminaba a las ocho de la tarde, con dos pausas, una para desayunar y otra para comer. El señor Swanton, su supervisor, explicó que Ellen trabajaba en una sala con otras veinticinco chicas, tres de ellas adultas, y el resto niñas. La chiquilla era, por usar las palabras de la propia Ellen, «remendona de las máquinas de devanar» —una tediosa faena que implicaba reparar y anudar los hilos que

se rompían al tirar de ellos las bobinas de la hiladora mecánica—. Y dado que los torzales se quebraban constantemente, a menudo varias veces por minuto, la niña apenas disponía de unos cuantos segundos para realizar su tarea.

Era sencillamente imposible seguir el veloz traqueteo de la máquina en su rítmico oscilar, así que a veces «se le caían los cabos» —es decir, no lograba unir con la rapidez suficiente los extremos sueltos del hilo—. Ese tipo de errores le costaban muy caro. Ellen refirió que Swanton le daba una paliza «dos veces por semana», golpeándola con las manos hasta que «la cabeza se le llenaba de chichones». Swanton negó que las zurras se produjeran con esa frecuencia, pero admitió que de cuando en cuando empleaba «una correa» para disciplinar a la chiquilla. Su madre, que decía que la hija era una «niña mala y estúpida», testificó diciendo que aprobaba ese tipo de castigos corporales y que había llegado a pedir a Swanton que fuera más severo a fin de terminar con el hábito de escaparse que tenía la niña. Mary Hootton llevaba una vida extremadamente dura. Necesitaba desesperadamente el jornal que le traía Ellen y en varias ocasiones le había rogado a Swanton que se quedara con la niña, a pesar de todos los problemas que decía que causaba. Como señalaba la propia Mary: «Me paso la vida llorando».

Sin embargo, las tundas no eran el peor maltrato que Ellen estaba padeciendo a manos de Swanton. Un día, tras llegar tarde al trabajo, el supervisor le impuso un castigo todavía más severo: le colgó del cuello una pesa de hierro (no se consiguió determinar si era de 7 o 9 kilos) y le ordenó caminar arriba y abajo por una de las plantas de la fábrica. Las demás niñas la acosaban a invectivas, de modo que Ellen «cayó varias veces al suelo por pegarse con las demás obreras. Se defendía de ellas con un palo». Todavía hoy resulta difícil imaginar, pese a los cerca de doscientos años transcurridos, las penalidades de la existencia de esta niña, atrapada entre el aburrimiento de su labor y la violencia de los castigos y vejaciones que padecía.

A pesar de que la ciudad de Manchester exhiba con orgullo la Biblioteca Rylands, de que la Universidad de Harvard muestre el dormitorio en el que residió Lowell en su época de estudiante, y de que todos los

alumnos universitarios del mundo anglosajón conozcan la biografía de Richard Arkwright y Eli Whitney, es evidente que no existe una sola biblioteca o facultad que recoja el nombre de Ellen Hootton. Únicamente un puñado de historiadores sabe algo de su vida. Y, sin embargo, cuando pensamos en el universo de las manufacturas de algodón deberíamos tener muy presente la situación de esta niña. Sin su trabajo y el de millones de chiquillos, mujeres y hombres, nunca se habría logrado levantar un imperio del algodón. Ni Rylands ni Lowell habrían tenido ocasión de amasar sus fortunas, y los inventos de Arkwright y Eli habrían quedado cubiertos de polvo en el rincón de algún granero. El relato de Ellen no solo ilustra el papel de crueldad física como forma de castigo, también señala algo no menos importante: la más trivial violencia de la desesperación económica, por cuya causa habría de surgir, en número creciente, la legión de personas que se vio arrastrada a las fábricas, sin más remedio que pasarse la vida en ellas —literalmente—, al servicio del imperio del algodón.

Al igual que Ellen Hootton, miles de obreros —millones a partir de la década de 1850— afluyeron en masa a las recién construidas factorías del mundo para hacer funcionar las máquinas destinadas a producir hilos y telas de algodón.³ La capacidad de movilizar a tantas mujeres, niños y hombres, forzándoles a trabajar en las fábricas, resulta aterradora. Más de un contemporáneo de esos acontecimientos quedaría abrumado ante la contemplación de los centenares de trabajadores, millares incluso, que se dirigían a sus lugares de brega o salían de ellos. Todas las mañanas, antes del amanecer, miles de obreros descendían por los estrechos senderos de los Vosgos hasta las factorías del valle, abandonaban desmayadamente los camastros de los dormitorios instalados en la propia cima de la colina a cuyos pies se elevaba la hilandería de Quarry Bank, dejaban las granjas, económicamente apuradas, que se asomaban al río Llobregat, o se abrían paso por las atestadas calles de Manchester para dirigirse a alguna de las decenas de fábricas textiles que jalonaban sus pútridos canales. Por la noche regresaban a los diseminados dormitorios que se les destinaban, durmiendo en grupos de tres o más por catre, a los gélidos caserones recorridos por

corrientes de aire en que se apiñaban, o aun a los hacinados barrios de casuchas que se construían para los obreros en Barcelona, Chemnitz o Lowell.

El mundo llevaba siglos asistiendo al espectáculo de la miseria y la explotación laboral más extremas, pero jamás había tenido ante los ojos un océano de humanidad obligado a organizar hasta el más mínimo aspecto de su vida en función de los ritmos de la producción mecanizada. Durante un mínimo de doce horas al día, seis días por semana, mujeres, niños y hombres se azacaneaban, entregados a la tarea de suministrar materias primas a las máquinas, hacerlas funcionar, repararlas y supervisarlas. Rompían los apretados embalajes de las pacas de materia prima, llenaban con pilas de algodón las cardadoras mecánicas, trasladaban de un lado a otro un conjunto de enormes carros de mulas, ataban los cabos de los torzales que se rompían (como hacía Ellen Hootton), recogían el hilo de los husos cuando las bobinas se llenaban, alimentaban las máquinas de hilar con la fibra necesaria, o simplemente trasladaban el algodón de un punto a otro de la fábrica. Se mantenía la disciplina imponiéndoles ruines multas o rompiendo por la fuerza el vínculo contractual que les unía a la empresa: en una lista de los despidos registrados en una fábrica textil de principios del siglo XIX aparecen justificaciones oficiales que van desde las simples cuestiones disciplinarias —«era muy malhablado»— a las acusaciones personales: «aterrorizar a S. Pearson con su horrendo rostro». No tardaría en revelarse sistemáticamente que resultaba muy difícil mantener la disciplina de la mano de obra. De los 780 aprendices que reclutó una fábrica textil inglesa en las dos décadas inmediatamente posteriores al año 1786, 119 se fugaron, 65 fallecieron, y otros 96 que habían sido entregados a la fábrica por sus tutores o sus padres tuvieron que regresar junto a ellos. No debemos olvidar que estamos, a fin de cuentas, al comienzo de la era que William Blake vio poblada de «fábricas oscuras y satánicas».⁴

Ya fuera en invierno o en verano, lloviese o luciera el sol, los trabajadores penetraban en los edificios de las fábricas, de varias plantas de altura y habitualmente hechos de ladrillo, realizando después sus tareas en inmensas salas muy a menudo sofocantes y casi invariablemente húmedas, polvorientas y tremendamente ruidosas. Trabajaban muy duramente, vivían

en la miseria y morían prematuramente. Así lo explicaba el economista político Leone Levi en 1863: «Entre un instante en una de esas numerosas factorías; observe las filas compuestas por millares de operarios atareados en una labor ininterrumpida; fíjese que todos y cada uno de los minutos del día, cada metro de espacio, cada ojo experimentado, cada dedo adiestrado y cada ingenioso entendimiento se expresen para rendir al máximo».⁵

Sería difícil exagerar la importancia y la revolucionaria naturaleza de esta nueva forma de organizar la fuerza de trabajo. Actualmente damos por sentada la existencia de tal sistema, ya que la mayoría de nosotros nos ganamos la vida vendiendo nuestra capacidad laboral durante un cierto número de horas al día, y con lo que obtenemos —nuestra paga— adquirimos las cosas que necesitamos. Y también damos por supuesto que las máquinas son las que imponen el ritmo de la actividad humana. Sin embargo, las cosas no eran así en los siglos XVIII y XIX: si contemplamos la situación en que se encontraba entonces el conjunto del planeta, la cantidad de personas que trocaban su fuerza de trabajo por un salario —y más aún si especificamos que se trate de un sueldo en el sector textil— era verdaderamente minúscula. Eran muchas las cosas que determinaban el ritmo de trabajo: el clima, las costumbres, los ciclos de la naturaleza... —pero en ningún caso las máquinas—. Si la gente trabajaba se debía a distintos motivos: bien porque les hubieran obligado a hacerlo al haberse visto reducidos a la esclavitud; bien porque debieran vasallaje a alguna autoridad feudal, laica o eclesiástica; bien porque se encontraran en situación de asegurar su subsistencia con herramientas propias en unas tierras a las que tuvieran algún tipo de derecho. No obstante, el nuevo mundo de la confección de hilo y telas —que no era sino uno de los innumerables engranajes del imperio del algodón— era una realidad completa y radicalmente distinta. Los cimientos de las manufacturas algodoneras se asentaban en la capacidad de convencer, tentar u obligar a las personas a abandonar las actividades que llevaban siglos organizando la existencia humana para unirse al recién surgido proletariado fabril. Y a pesar de que las propias máquinas resultaran tan asombrosas como capaces de transformar el mundo, este vuelco de los ritmos de trabajo iba a tener consecuencias aún más profundas que la aplicación de maquinaria a la

industria. Es muy posible que ni siquiera lo sospecharan, pero al afluir en masa a las factorías, tanto Ellen Hootton como las anónimas legiones de trabajadores que corrieron una suerte similar, estaban asomándose al futuro, al mismísimo capitalismo industrial que estaban levantando con sus manos.

La facultad de obligar a los trabajadores a recluirse en las fábricas iba a ser la clave del dominio que estaba a punto de ejercer el imperio del algodón. Esto explica que en todo el mundo terminara abriéndose un abismo entre los estadistas y los capitalistas capaces de movilizar a las masas proletarias y aquellos colegas suyos que no lograron hacer lo mismo. Convencer a miles de personas de que debían olvidarse del único modo de vida que habían conocido hasta entonces resultó ser una tarea tan compleja como la de instalar la nueva maquinaria en las factorías. Como ya hemos visto, ambos empeños exigían unas condiciones jurídicas, sociales y políticas muy concretas. La transición del trabajo desvinculado de las factorías al efectuado entre sus cuatro paredes se concentró en un primer momento en unos cuantos sitios —e incluso en ellos habría de topar con una tremenda oposición—. La obtención del éxito requería una distribución asimétrica del poder capaz de permitir que los políticos y los capitalistas ejercieran sobre la vida de los individuos y las familias un grado de dominio que todavía era desconocido para las élites de buena parte de Asia y África. El poder del estado no solo debía ser extenso, como sucedía ya en muchas regiones del mundo, sino que tenía que ser también intenso, focalizado, apto para penetrar en todos los ámbitos de la existencia. En consecuencia, en aquellas zonas del mundo en que los gobernantes se revelaron incapaces de sojuzgar la voluntad de la gente, aniquilando las formas alternativas de ganarse el sustento, el proceso de transición al sistema de la producción fabril resultó sencillamente imposible. Lo irónico del caso es que la introducción de este tipo de producción iba a ir minando, por sí sola, la viabilidad de esas formas alternativas de organizar la actividad económica.

Desde luego, la Revolución Industrial encontraba su principal puntal en la utilización de tecnologías pensadas para ahorrar mano de obra —como ya hemos visto, la productividad en el campo de las hilaturas, por ejemplo,

se había multiplicado nada menos que por cien—. No obstante, el funcionamiento de estas máquinas concebidas para disminuir la necesidad de contratar obreros requería de la presencia de operarios. Por lo tanto, al expandirse de forma explosiva la difusión mercantil de los géneros de algodón como consecuencia de la constante bajada de los precios, el rápido crecimiento de la industria algodonera comenzó a demandar la cooperación de miles de trabajadores —y esto solo en sus inicios, ya que poco después el número de obreros que precisaba se contaba ya por decenas de miles de almas, e incluso por centenares de miles en algunas partes del globo—. En la Gran Bretaña de 1861 había 446.000 personas trabajando en la industria del algodón. Según nuestras mejores estimaciones, en 1800 la industria algodonera alemana tenía ocupados a 59.700 operarios, cifra que saltaría a 250.300 en 1860. La industria francesa disponía aproximadamente de unos 200.000 empleados, y en 1827 la industria suiza de este mismo sector daba trabajo a 62.400. Y si en 1810, la industria algodonera estadounidense solo había reclutado a 10.000 asalariados, el volumen de obreros creció en 1860 hasta alcanzar la cota de los 122.000. En la Rusia del año 1814 se esforzaban 40.000 peones algodoneros, siendo ya unos 150.000 en 1860. En 1867, la industria del algodón contaba en España con una población obrera de 105.000 personas, poco más o menos. La industria algodonera global se asentaba por tanto en una mano de obra transformada en masa proletaria —es más, esa industria era en sí misma uno de los mayores factores de creación de proletarios.⁶

Antes de que la actividad fabril se convirtiera en una forma de vida, los propietarios de capital únicamente contaban con un modelo de acción si querían movilizar a un vasto contingente de trabajadores: el de la economía de las plantaciones de las Américas, basada en la esclavización de millones de africanos. Muchos empresarios algodoneros estaban estrechamente familiarizados con este sistema. Como ya hemos visto, Samuel Greg, propietario de la fábrica textil de Quarry Bank, poseía plantaciones de esclavos en la isla de Dominica, y estaba lejos de ser el único. No obstante, esa posibilidad había quedado proscrita en Europa debido a las nuevas percepciones que había difundido la Ilustración acerca de la realidad del *Homo æconomicus* y de las subsiguientes prohibiciones legales que hacían

imposible la esclavitud en el continente europeo. Resultaba impensable traer esclavos africanos a Manchester, Barcelona o Mulhouse; y la idea de reducir a la esclavitud a la población local resultaba igualmente irrealizable. Además, el empleo de mano de obra esclavizada presentaba notables desventajas económicas, ya que era difícil motivar a unos trabajadores reducidos a una condición servil, por no mencionar el hecho de que los costes de su supervisión eran muy elevados. Por otra parte, la mano de obra esclava generaba costes a lo largo de todo el año, lo que obligaba a mantener unas cargas que en ocasiones abarcaban la existencia entera del trabajador, no siendo fácil ajustar esos presupuestos a los fastidiosos ciclos y altibajos productivos del capitalismo industrial. En resumen: el modelo de la plantación no se adecuaba a las necesidades de las factorías.

Sin embargo, la disponibilidad de mano de obra era un factor crucial para todos los manufactureros del mundo. A fin de cuentas, la significativa inversión en máquinas que debía realizar un empresario solo podía rentabilizarse si cabía considerar fiable la promesa de contar con un predecible flujo de operarios capaces de manejar dicha maquinaria. Por consiguiente, la fuerza de trabajo de las mujeres, los hombres, las niñas y los niños pasó a convertirse en una mercancía.⁷ La conversión de la gente en un ejército de trabajadores fabriles implicaba transformarlos también en obreros asalariados. No obstante, para la mayoría de los habitantes de Europa y otras regiones del mundo, los salarios no habían constituido nunca el elemento central del sustento económico. Como es lógico, muchos de los que vivían de la tierra o realizaban oficios artesanales veían muy pocos alicientes en la idea de convertirse en operarios de una fábrica. Los granjeros atendían a su propio sustento. Un artesano creaba objetos que podía vender o cambiar por otros. El obrero de una factoría, en cambio, no poseía nada salvo su fuerza de trabajo.

Por consiguiente, los capitalistas en ciernes y los políticos de la época tuvieron que inventar nuevas fórmulas para movilizar mano de obra a gran escala —para reclutar a esa «nueva raza de seres humanos», por emplear la observación que hiciera en 1808 un magistrado de Lancashire—. De haber previsto que terminarían necesitando contratar a millones de trabajadores, el problema se les habría antojado abrumador —y de hecho habría veces en

que la preocupación de no alcanzar a contar con el suficiente número de obreros les haría cavar—. En 1803, el propietario de una fábrica textil de Shrewsbury, en los Midlands Occidentales, se quejaba, por ejemplo, de que el mayor problema que estaba encontrando para poner en marcha su empresa consistía en atraer al suficiente número de trabajadores.⁸

Sin embargo, estos esperanzados empleadores iban a contar con más de una ayuda —y especialmente con la derivada de la transformación del campo, que llevaba ya varias décadas en marcha (e incluso siglos, en algunas zonas)—. Los vínculos de recíproca obligación entre aristócratas y campesinos habían empezado a quebrarse. En Europa, los terratenientes habían acotado para sí inmensas extensiones de terreno, reduciendo de ese modo las posibilidades de trabajar la tierra de forma independiente y, por otra parte, la oleada de empeños protoindustriales había determinado que las manufacturas, e incluso el pago de salarios, hubieran empezado a convertirse ya en un elemento normal de los varios que apuntalaban la subsistencia de muchos campesinos.⁹

Además, el hecho de que los estados recién consolidados de la época penetraran burocrática, militar, ideológica y socialmente en territorios bien delimitados por fronteras también representaría una ayuda para los dueños de las fábricas textiles. La coerción había sido casi siempre un factor relevante para conseguir que la gente realizara un trabajo en beneficio de terceros, uno de los elementos básicos en que descansaba tanto el poder de los señores feudales como el de los amos coloniales. Una de las características distintivas del naciente capitalismo industrial radicaba, empero, en el hecho de que los agentes encargados de ejercer dicha coerción estaban empezando a ser, de forma cada vez más generalizada, el estado, sus burócratas y sus jueces —y ya no los señores ni los amos—. En todo el mundo, muchos de los capitalistas que necesitaban trabajadores temían el declive de las situaciones de dependencia personal, como la del siervo, el esclavo y el aprendiz, creyendo que lo que debía esperarse de ese estado de cosas era una generalización de la ociosidad, e incluso de la anarquía. No obstante, en algunas regiones, el estado había conseguido ya la suficiente fuerza como para generar unas condiciones capaces de garantizar que las factorías contaran con un fiable aflujo de mujeres, niños y

hombres. En buena parte de Europa, el derecho de los terratenientes y los capitalistas a organizar el régimen de control de su mano de obra como el de otros tantos individuos dependientes se había visto drásticamente reducido, pero al mismo tiempo el estado había ido asumiendo paulatinamente la tarea de obligar legalmente a la gente a trabajar (promulgando por ejemplo leyes que incidían en este sentido sobre los pobres, los denominados vagabundos y los niños). Además, al delimitar con cercas los terrenos comunes, el estado había conseguido que la posibilidad de ganarse el sustento por vías alternativas resultara una eventualidad cada vez más inaccesible —incrementando así las presiones económicas que gravitaban sobre quienes carecían de propiedades—. Como ha señalado el historiador del derecho Robert Steinfeld, hasta «la coerción económica es un artefacto jurídico», y por tanto del estado.¹⁰

Por consiguiente, lo que hizo el estado fue crear un marco legal para el trabajo asalariado, convirtiéndolo así en un contingente que los nacientes empresarios podían evaluar con mayor facilidad. Dichos manufactureros veían con buenos ojos que la gestión práctica de la mano de obra a sueldo conservara algunos elementos coercitivos significativos que además no tenían carácter pecunario —es decir, que se continuara permitiendo la coerción física—, y que esa libertad de acción del empresario se preservara incluso en los centros neurálgicos del recién creado capitalismo industrial. De hecho, los empleadores de Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, Prusia y Bélgica «solicitaban y aplicaban con estricto rigor los acuerdos laborales relativos al trabajo asalariado», recurriendo además a diversas «formas de compulsión legal para dejar al obrero amarrado a su empleo». La Ley del Dueño y el Sirviente de 1823, por ejemplo, permitía explícitamente que «los empleadores ingleses enviaran a sus operarios al correccional, obligándoles a realizar en ellos trabajos forzados durante un período que puede llegar a ser hasta de tres meses en caso de que estos transgredan alguno de sus acuerdos laborales». Entre 1857 y 1875, solo en Inglaterra y Gales, se procesaba por «incumplimiento de contrato» a unos diez mil trabajadores al año, y muchos de ellos eran sentenciados a penas de prisión —de hecho es muy frecuente encontrar entre ellos a obreros del sector algodonero—. A lo largo de todo el siglo XIX hubo en Prusia una ley

que daba a las autoridades la facultad de multar y encarcelar a los obreros que abandonaran su trabajo: así lo estipulaban los reglamentos comerciales, o *Gewerbeordnung*, prusianos de 1845: «Los jornaleros, ayudantes y operarios fabriles que dejen su puesto laboral sin permiso ni justificación legal, así como los que anden holgazaneando o desobedezcan gravemente, serán castigados con una sanción de veinte táleros o con una pena de prisión de hasta catorce días».¹¹

Pese al enérgico respaldo del estado, el reclutamiento de trabajadores continuaría representando un enorme desafío para los manufactureros en ciernes, circunstancia que da fe de que los propios obreros, mientras tuvieran la posibilidad de ganarse el sustento por otros medios, intentaban rehuir todo contacto con el mundo de las factorías. En 1770, por ejemplo, al abrir el farmacéutico Joan Baptista Sires una fábrica de géneros de algodón dotada con veinticuatro telares y diecinueve mesas de estampado (en la que se aplicaban colores a las telas) en el barrio de El Raval de Barcelona, uno de los desafíos más difíciles que se le presentaron fue el de reunir al grupo de entre 60 y 150 hombres y mujeres que precisaba para mantener la producción en marcha. Había una enorme rotación de personal, dado que la mayor parte de los trabajadores permanecían solo unos cuantos meses en la fábrica. Sires trató de resolver este problema reproduciendo en su factoría algunos de los elementos propios de los talleres artesanales, ofreciendo a los obreros especializados varones los puestos mejor pagados y permitiendo también que sus esposas e hijos trabajaran en la fábrica, con lo cual lograba incrementar los ingresos de la familia trabajadora, disminuyendo al mismo tiempo el coste de sus nóminas, dado que el salario que recibían la mujer y los hijos era inferior. Para tratar de implicar a sus obreros en la marcha de la factoría, Sires aceptó alojar a algunas familias en las dependencias de la misma, reproduciendo con ello una costumbre que llevaba largo tiempo practicándose en los talleres artesanales de toda Europa.¹²

Cincuenta años más tarde, en Estados Unidos, el problema del reclutamiento de mano de obra seguía presentando unas características bastante similares. En el período comprendido entre agosto de 1823 y octubre de 1824, la Compañía Manufacturera de Dover, radicada en esa localidad de New Hampshire, tuvo que emplear a un total de 342 operarios

para conseguir disponer, en promedio, de una fuerza de trabajo de unos 140 obreros.¹³ Los empleados iban y venían con frecuencia, dado que estaban intentando conservar desesperadamente la posibilidad de ganarse la vida fuera de la fábrica. Tras dedicar unas cuantas semanas a trabajar en la factoría, la abandonaban tan pronto como conseguían el dinero suficiente para mantenerse hasta que llegara la fecha de vender sus cosechas o el momento de echar una mano en la granja familiar.



Instalaciones fabriles de la Compañía Manufacturera de Dover, a la que se había cambiado recientemente de nombre (fecha desconocida).

Estas pautas del reclutamiento de la fuerza de trabajo eran las que caracterizaban a las regiones cuya economía algodonera había entrado en fase de industrialización. Y lo que observamos es que, en todos los casos, la proto-industrialización y el proceso de creación del proletariado son dos procesos que se entrecruzan. La propagación de los sistemas de hilado mecánico, y la posterior difusión de las telas producidas de esa misma forma, segó la hierba bajo los pies de los hilanderos y los tejedores manuales que trabajaban en las granjas, presionando a los artesanos del gremio textil a buscar el sustento en otra parte. Y en muchos casos, la única solución viable terminaría siendo la que ofrecía la propia fábrica que había hecho desaparecer su anterior fuente de ingresos. De hecho, el empresario barcelonés Sires solía contratar a sus trabajadores en las zonas rurales de los

alrededores de la capital catalana. En Sajonia, las dificultades que había presentado inicialmente el reclutamiento de mano de obra quedaron superadas al anular la catarata de hilaturas baratas que brotaba de las primeras factorías algodonerías la débil competencia de los hilanderos manuales —que a partir de ese momento se vieron obligados a trabajar en las factorías, las cuales se hallaban en cambio en plena expansión—. En Suiza, las decenas de miles de obreros que poco antes todavía se afanaban en trabajar a destajo en las vastas extensiones rurales de una región tan remota como la de la Selva Negra —para satisfacer la demanda de los comerciantes que operaban al por mayor— quedaron convertidos en un enorme yacimiento potencial de mano de obra, y de hecho muchos de esos hilanderos y tejedores acabaron ingresando en las filas de la producción fabril. Con la rápida expansión de la industria algodonería alsaciana y sus significativas necesidades de mano de obra, los empresarios comenzaron a buscar en las regiones montañosas de los Vosgos y la Selva Negra la fuerza de trabajo que les resultaba imprescindible. En dichas comarcas, la supervivencia de las familias todavía seguía dependiendo de los quehaceres agrícolas —hasta tal punto que seguiría ligada al laboreo aun después de que la producción fabril hubiera echado a andar—. Así, por ejemplo, casi todos los trabajadores de las fábricas textiles de Wesserling, una pequeña población situada en las colinas que dominan la ciudad de Mulhouse, continuaban siendo propietarios de las tierras que labraban en 1858, y completaban sus ingresos con el producto de sus granjas. En su búsqueda de hilanderos y tejedores, el capital se adentró todavía más en la campiña, lo que permitió a los manufactureros pagar unos salarios extremadamente bajos debido a que los obreros seguían contando con el respaldo del trabajo reproductivo no remunerado* de los demás miembros de la familia —en el sentido de que tenían cubierto el cuidado de los niños y el cultivo de cosechas para alimentarse, entre otras cosas—. También aquí, como en otros casos, el desarrollo del capitalismo habría de depender de un conjunto de formas de producción y trabajo no capitalistas.¹⁴

No obstante, en la mayoría de las ocasiones los trabajadores perdían la capacidad de seguir teniendo acceso a la tierra, así que al enfrentarse simultáneamente con el declive de las manufacturas domésticas, se veían

obligados a abandonar el campo para dirigirse a la ciudad. De hecho, la industrialización algodonera dio lugar a enormes movimientos migratorios —movimientos que en muchos casos forzaban a los desplazados a cruzar una o más fronteras nacionales—. En 1815, 750 de los 15.000 trabajadores de la empresa propiedad de Ziegler, Greuter y Compañía —radicada en la localidad alsaciana de Guebwiller— eran naturales de la región, pero el resto eran emigrantes venidos de Suiza y Alemania. Las fábricas textiles estadounidenses también recurrían a los emigrantes. Miles de trabajadores se desplazaron de las marginales tierras de cultivo de Nueva Inglaterra a las recién surgidas poblaciones manufactureras de otros estados, sin olvidar que fueron también muchos los obreros europeos que optaron por cruzar el Atlántico, como las mujeres y los hombres de Irlanda que se vieron forzados a huir de la gran hambruna de la patata. Las industrias algodoneras de Holanda, Bélgica, Cataluña y Francia también habrían de valerse de la fuerza de trabajo de los emigrantes llegados del medio rural próximo.¹⁵

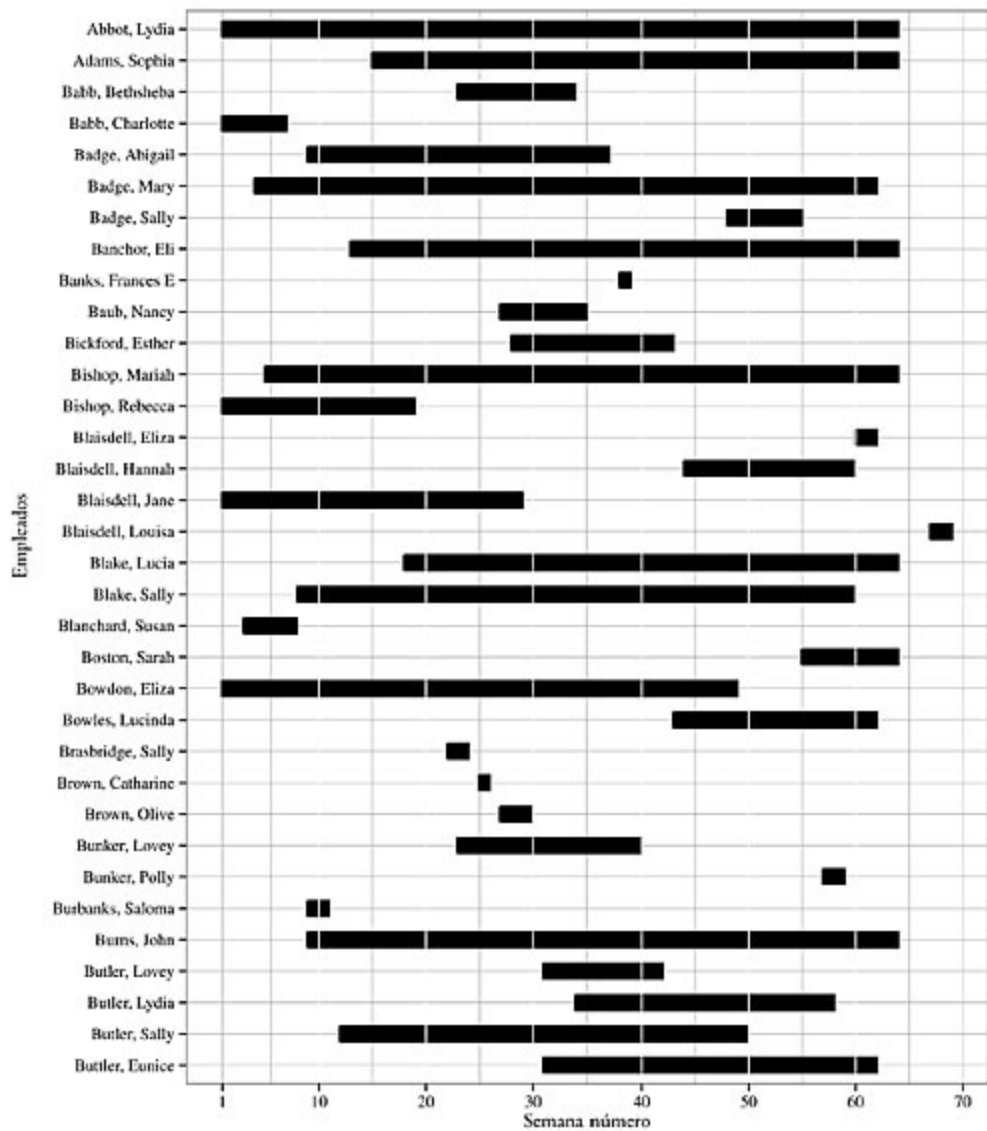
Tras abandonar sus quehaceres agrícolas y sus actividades domésticas, estos labriegos afluían en masa, dejando sus montes de origen y cruzando en ocasiones los mares, para trabajar en las fábricas textiles de la Selva Negra, Suiza, los Vosgos, Cataluña, Sajonia y Nueva Inglaterra. Una vez llegados a su destino se mezclaron con la población local, formada en esencia por artesanos. Estos últimos, varones en su inmensa mayoría, acaparaban los puestos normalmente reservados a los operarios más cualificados, ya que en muchas ocasiones habían adquirido su experiencia laboral en los antiguos talleres artesanales y no en los campos de las granjas. En 1830, al construir los empresarios Neuhaus y Huber una tejeduría en Biel, Suiza, junto a la hilandería que ya poseían en esa misma localidad, decidieron contratar a un conjunto de tejedores altamente cualificados pese a que no hubieran trabajado nunca en una factoría, dado que habían estado décadas prosperando con sus telares manuales en los alrededores del pueblo. Sin embargo, los obreros cualificados también solían emigrar a lugares muy lejanos: en 1822, la factoría de tejidos de algodón de Schwarz, en la población rusa de Narva, daba empleo a treinta y cinco alemanes, a un tintorero francés y a una persona venida de Holanda. La fábrica que poseía Ludwig Knoop en la isla fluvial de Kreenholm —

también en Narva— contaba en 1857 con un gran número de obreros especializados británicos. De hecho, era muy frecuente que los empresarios franceses, mexicanos y estadounidenses, así como los de otras nacionalidades, contrataran a trabajadores competentes llegados del extranjero.¹⁶

Sin embargo, la inmensa mayoría de los obreros carecían de conocimientos profesionales, así que no conseguían ningún contrato. Lo que les empujaba a llamar a la puerta de las factorías era el cambio de las condiciones reinantes en la campiña, y muy especialmente el declive de los artículos confeccionados en el ámbito doméstico, incapaces de seguir compitiendo con los que se elaboraban en las fábricas. El período más dramático se vivió, muy posiblemente, a principios de la década de 1820, al sustituirse los telares manuales por los mecánicos. En esta época, al quedar una gran parte de Europa sumergida por una monstruosa ola de pobreza, los tejedores domésticos, desempleados, no tuvieron más remedio que acudir a las fábricas. La forma más habitual de responder a esta situación terminaría convirtiendo el trabajo fabril en una estrategia familiar concebida para poder permanecer en el campo, bien enviando a uno de los miembros de la casa a trabajar a tiempo completo en una fábrica textil, bien haciendo otro tanto con varios integrantes del hogar durante períodos más breves. Eso fue lo que ocurrió en el caso de los obreros de localidad de Lowell, en Massachusetts, donde se generalizaría la práctica de hacer que los salarios que obtenían las mujeres (solteras) en las factorías sirvieran para que sus familias permanecieran vinculadas al ámbito rural. La participación estratégica en el trabajo fabril, que obligaba a emigrar a algunos miembros de las familias campesinas, podía insuflar nueva vida a los grupos que se dedicaban a una actividad agrícola de carácter marginal.¹⁷

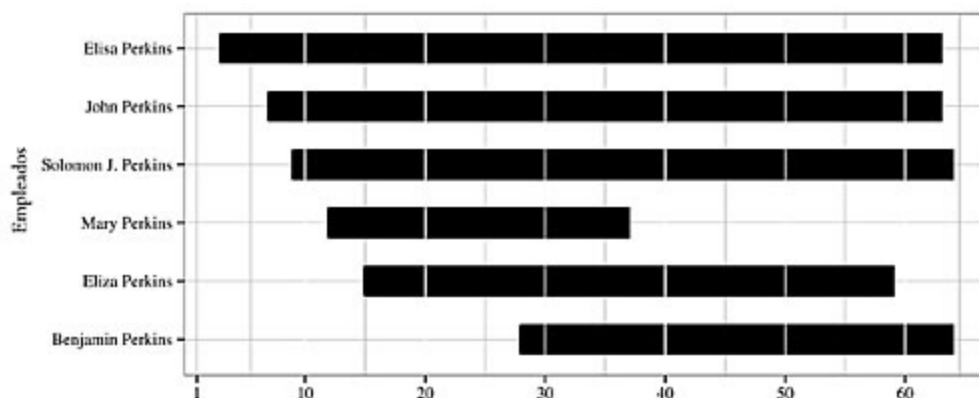
El hecho de que hayan llegado hasta nosotros, con todos sus detalles, los libros contables en los que se consignaban los importes de las nóminas de los obreros nos permite observar más de cerca el día a día de una de esas primeras fábricas textiles de algodón, la Compañía Manufacturera de Dover, de la que ya hemos hablado más arriba: en las sesenta y tres semanas posteriores al 9 de agosto de 1823, trabajaron en algún momento en la factoría un total de 305 mujeres, en su gran mayoría jóvenes y solteras —lo

cual representa el 89% de la fuerza de trabajo empleada en la empresa—. El período de permanencia en su puesto fue de 25,93 semanas como promedio, lo que supone un 41% del tiempo total que podían haber dedicado en la franja considerada. De hecho, muchas mujeres ingresaban en la fábrica en función de los ciclos estacionales, trabajando unos cuantos meses en el sector textil para volver a ocuparse después en otros quehaceres. Por no tomar más que un único ejemplo: a mediados de octubre de ese año, 43 mujeres —es decir, el 32% de la mano de obra de la fábrica— se tomaron una semana libre, regresando al trabajo a la semana siguiente.



Secuencias de trabajo registradas en la Compañía Manufacturera de Dover entre el 9 de agosto de 1823 y el 16 de octubre de 1824: muestra perteneciente al conjunto de operarios cuyos apellidos comienzan por las letras «A» o «B».

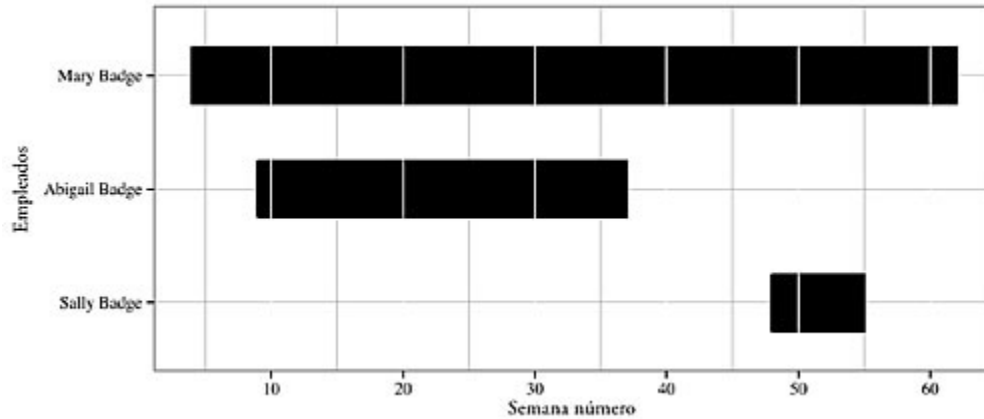
De este modo, los ritmos propios de las labores agrícolas consiguieron perdurar en parte en la actividad de las factorías, contribuyendo estas a su vez a que las familias de labriegos consiguieran permanecer vinculadas al campo. En New Hampshire era habitual que uno de los miembros del grupo familiar se dedicara a trabajar prácticamente a tiempo completo en la fábrica de la localidad mientras otros lo hacían únicamente durante períodos más cortos. Ese es el caso de la familia Badge, por ejemplo, en la que vemos a Mary actuar como operaria a jornada íntegra, dejando que Abigail y Sally se unan a ella durante lapsos de tiempo más reducidos.



Secuencias de trabajo de la familia Perkins, Compañía Manufacturera de Dover, 1823-1824.

No obstante, incluso en la Compañía Manufacturera de Dover había ya familias en la década de 1820 con todos sus miembros convertidos en proletarios, con la particularidad de que, siendo además muy numerosos, acostumbraban a permanecer durante largos períodos de tiempo en la fábrica. La familia Perkins nos ofrece un buen ejemplo de este tipo de situaciones. Sus integrantes, entre los que había dos varones, trabajaban básicamente a tiempo completo, lo cual hace que resulte extremadamente improbable que pudieran seguir cultivando los campos u ocupándose de los animales. Fuera cual fuese el tipo de secuencia de trabajo que decidieran adoptar los obreros, constante o intermitente, es indudable que no fue el

atractivo del trabajo fabril en sí lo que terminó haciendo que millones de personas se vieran arrastradas por el torbellino que habían creado las fábricas textiles.¹⁸

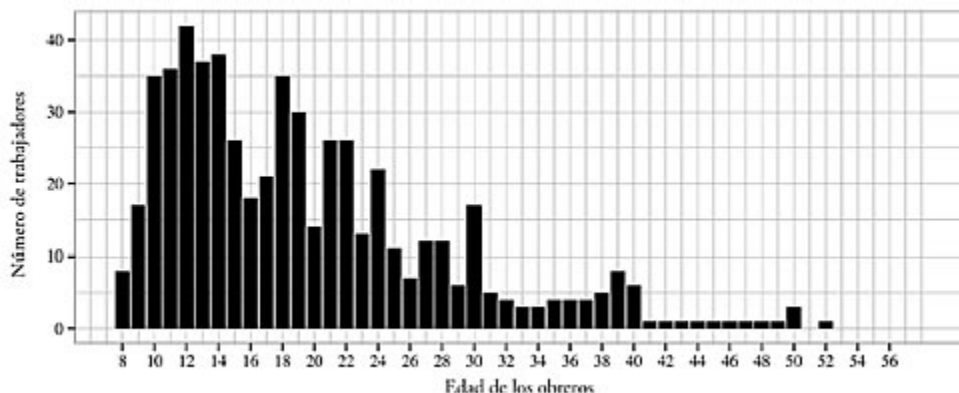


Secuencias de trabajo de la familia Badge, Compañía Manufacturera de Dover, 1823-1824.

Una de las fórmulas que idearon los empresarios para tratar de salir al paso del problema que les planteaba la necesidad de atraer a un gran número de personas y ponerlas a trabajar en sus fábricas consistió en reclutar, como primera medida, a los miembros más débiles de la sociedad, es decir, a aquellos que tuvieran muy escasos recursos para resistirse a la presión de las nuevas pautas laborales. Para lograrlo se apoyaron en la larga tradición que fijaba las relaciones de poder en el seno de los hogares —y fundamentalmente en la dilatada historia del paternalismo, que permitía que el varón que ejercía como cabeza de familia utilizara a su antojo la fuerza de trabajo de su esposa e hijos—. De hecho, la aparición del capitalismo industrial habría de sustentarse en estas viejas jerarquías sociales y relaciones de poder, valiéndose de ellas como de una herramienta con la que revolucionar de manera más general las condiciones imperantes en el conjunto de la sociedad. Los empleadores comprendieron que el «bajo coste» de su mano de obra dependía de que se conservaran las formas no capitalistas de garantizar la subsistencia —una lección que habrían de aprender y aplicar también los artífices de la transición a los sistemas de

producción para el mercado global radicados en la campiña algodonera de la India y otras regiones del mundo—. La revolución capitalista consiguió salir airosa debido a que fue incompleta.

Esto explica que los niños fueran muy a menudo los primeros en formar parte de las legiones de empleados fabriles —como ya vimos en el caso de Ellen Hootton—. La mitad de los obreros del sector algodonero eran niños a quienes obligaban a trabajar sus padres, forzados a su vez por la nueva realidad económica. El trabajo infantil salía muy barato —sus salarios oscilaban entre la tercera y la cuarta parte de lo que se le pagaba a un adulto—, y además los niños no solo eran relativamente obedientes, sino que resultaba poco probable que se opusieran a la realización de tareas extremadamente repetitivas y áridas, con el añadido de que se revelaba mucho más fácil castigarles en caso de que plantearan alguna objeción. Para los padres con pocos recursos, los niños constituían muchas veces la única fuente de ingresos adicionales. McConnel y Kennedy, por ejemplo, los manufactureros de Manchester a quienes ya hemos conocido en su faceta de hilanderos de artículos finos de algodón de Sea Island, empleaban a un gran número de menores. En 1816, 257 de los 568 obreros que figuraban en su nómina tenían dieciséis años o menos —lo que supone el 45% del total.¹⁹



Los menores como artífices de la Revolución Industrial: edad de los operarios de McConnel y Kennedy en 1816. El número total de empleados era de 568.

En la hilandería de Quarry Bank, la innovadora factoría que Samuel Greg construyera en los alrededores de Manchester, trabajaban muchos niños pobres en calidad de pretendidos aprendices. Greg decidió recurrir a

los hospicios parroquiales, reclutando en ellos a más de la mitad de la fuerza de trabajo que acabaría empleando su fábrica entre los años 1784 y 1840. Los alojaba en dormitorios comunes y les hacía trabajar para él por espacio de siete años. Pese a que Greg se consideraba un patrón atento y paternalista, lo cierto es que no vio ningún inconveniente en encerrar a una de sus obreras menores de edad, Esther Price, en una celda especialmente construida para castigar los casos de «desobediencia», obligando igualmente a otros menores a trabajar horas extras con el fin de hacerles pagar el «delito» de coger una manzana. Una vez más, hemos de recordar que el comportamiento de Greg distaba mucho de resultar insólito. Samuel Oldknow, por ejemplo, también explotaba el floreciente mercado de los aprendices: en 1796, la parroquia de Clerkenwell anunció que disponía de treinta y cinco chicos y treinta y cinco chicas, invitando a Oldknow a elegir a cuantos quisiera para su fábrica. En 1835, la *Edinburgh Review* sostenía que las factorías «han sido la mejor y más importante academia para la formación [de los menores]». Según mantenía la publicación, dejarlos vagar sin control por las calles habría sido mucho peor, ya que las hilanderías «impedían que fueran por el mal camino».²⁰

El hecho de que la urgente necesidad de mano de obra coincidiera con el amplio grado de aceptación social del empleo infantil hizo que un gran número de niños acabaran trabajando en todas las fases y procesos de la confección algodonera. En 1833, el 36% de los obreros de las fábricas de géneros de algodón de Lancashire tenía menos de dieciséis años. En 1846, en Bélgica, el 27% de los operarios del sector se hallaba por debajo de esa edad. De los trescientos trabajadores con que contaba en 1800 una fábrica de hilados de Siegerland, la mitad eran niños de entre ocho y catorce años. Y en 1798, al permitir la Hacienda rusa que Mijaíl Ossovski construyera la primera hilandería mecanizada de algodón del país, su empresa «recibió» trescientos niños —todos ellos venidos de un orfanato de San Petersburgo—. La situación era muy similar en todas partes, tanto en Sajonia como en Puebla o en el imperio Habsburgo. Los manufactureros catalanes habían levantado sus factorías a los pies de los Pirineos, en una zona habitada por un gran número de granjeros que vivían muy apuradamente del campo —y una de las razones relevantes que les habían impulsado a hacerlo así había

sido el hecho de que, de ese modo, les resultaba fácil hacer trabajar a los menores de la zona—. En Puebla, donde la mayoría de los operarios del sector algodonero eran antiguos campesinos, peones obligados a trabajar para saldar una deuda o artesanos textiles, una parte importante de la mano de obra estaba integrada por niños, siendo lo habitual que empezaran a azacanearse en las fábricas a la edad de diez años, y en ocasiones antes. En 1837, una comisión de la Sociedad Industrial de Mulhouse todavía encontraría motivos para señalar que se estaba obligando a los menores a efectuar «trabajos forzados» y que los chiquillos solo «se prestaban a ello de forma involuntaria». Con el fin de mejorar sus condiciones laborales, la comisión recomendaba que a los niños menores de ocho años únicamente se les hiciera trabajar diez horas al día; doce si su edad se hallaba comprendida entre los diez y los catorce años; y trece si ya habían cumplido los catorce pero todavía no los dieciséis. Los turnos de noche solo debían permitirse en el caso de los muchachos de más de catorce años. Los miembros de la comisión tenían la esperanza de que, tan pronto como se hicieran cumplir, esas tibias medidas sirvieran para mejorar la vida de los menores. Sin embargo, la industria algodonera alsaciana continuó dependiendo a tal punto del trabajo infantil que en 1841 los empresarios de la región se opusieron con todas sus fuerzas a la promulgación de una ley que limitaba esas prácticas. De hecho, la invención de la infancia como concepto — proceso que se llevó a efecto tanto entre las familias de la burguesía de Mulhouse como en el seno de los grupos sociales homólogos de otros lugares de Europa y Estados Unidos— se produciría como consecuencia de la terrible explotación del trabajo infantil que estaba teniendo lugar en las factorías que les rodeaban. Los niños de los hospicios ingleses, los *Bornehus* daneses, los *Barnhus* suecos y los *priiut dlia sirot* rusos terminaban invariablemente en las fábricas textiles.²¹



Dormitorio común de los operarios infantiles, hilandería de Quarry Bank.

Además de nutrirse de menores, los ejércitos de la mano de obra que requería la industria del algodón también habrían de reclutar a las mujeres, sobre todo a las jóvenes y solteras. De hecho, las manufacturas algodonerías terminarían dando lugar al surgimiento del sector industrial con mayor presencia femenina de los siglos XVIII y XIX. Como ya hemos señalado, a mediados de la década de 1820, en la Compañía Manufacturera de Dover, en New Hampshire, las mujeres constituían el 89% de la plantilla. En la industria algodонера catalana, el componente femenino llegó a representar hasta el 70% de la fuerza de trabajo empleada. En toda Europa y Estados Unidos, las mujeres eran el género predominante en la masa de obreros del sector textil, aunque en México y Egipto los hombres eran más numerosos. Esta preponderancia de las trabajadoras fue muy frecuentemente causa de que la industria algodонера resultara invisible, dado que quedaba oscurecida por los sectores en que prevalecía la población obrera masculina —como sucedía en la minería, la metalurgia y el ferrocarril.²²

No debe extrañarnos que la mayoría de esas mujeres procediera del campo. Esto se debía en parte al hecho de que las familias adoptaran una estrategia consistente en conservar la posibilidad de cultivar la tierra completando los meguantes ingresos agrícolas mediante el trabajo asalariado. En gran parte de Europa y Norteamérica, hacía siglos que las mujeres se habían estado encargando de las labores de hilado y tejido. Y lo que observamos es que la tendencia se mantenía, aunque el desarrollo de la labor en sí hubiera pasado ahora del hogar a la fábrica, de la confección

manual a la mecanizada. En 1841, durante el viaje que habrá de realizar a Estados Unidos, el joven William Rathbone quedará sorprendido por el predominio de las trabajadoras: en una fábrica textil de Paterson, Nueva Jersey, que, según dice, es «la factoría algodonera de más romántico emplazamiento del mundo», «las mujeres que la empresa emplea tienen un aspecto bastante enfermizo, pero son muy hermosas». Pocos días después, al inspeccionar las fábricas de Lowell, Rathbone señalará que «las muchachas de la planta parecen bien aseadas y muchas de ellas son agraciadas. Creo que están bien educadas, por regla general, debido a que son hijas de granjeros y en ocasiones incluso de clérigos, y a que realizan este trabajo durante unos cuantos años para que sus familias no tengan que organizar nada parecido a una dote matrimonial». Al igual que algunos de sus coetáneos, también Rathbone se hacía una idea perdidamente romántica del trabajo que realizaban las mujeres en las factorías de algodón.²³

Gracias a un conjunto de sesgos sociales de larga tradición, la mano de obra femenina resultaba mucho más barata que la masculina. Los historiadores han descubierto que «en los sistemas de salarios fijos era muy frecuente que las mujeres ganaran el 45 o el 50% del salario de un hombre». Sin embargo, las mujeres no solo eran trabajadoras más económicas, sino que su arraigo en las antiguas culturas laborales que muy a menudo regulaban las condiciones de trabajo de los artesanos textiles varones era también inferior al de los hombres —lo que representaba una clara ventaja para el empresario, ya que esas culturas laborales podían y solían constituirse en plataformas para oponerse a las imposiciones de los propietarios de las factorías—. Además, las características del trabajo femenino, así como la del que podían efectuar sus hijos, permitían adaptarlo con mayor facilidad al incesante ritmo de producción de las máquinas.²⁴

Para los primeros manufactureros del sector algodonero, la posibilidad de contratar mujeres resultó ser por tanto un factor crucial. Fue también lo que distinguió la situación reinante en grandes porciones de Europa (y al final incluso de Japón) de la que existía en otras muchas regiones del globo. Esto no significa que las mujeres de otras zonas no trabajaran en la producción textil, ya que sí lo hicieron, pero a diferencia de África y Asia, en Europa y Norteamérica las mujeres acabaron teniendo la posibilidad de

salir del hogar para emplearse en las factorías —una circunstancia crítica para el proceso de la industrialización textil—. En China, por ejemplo, las circunstancias eran totalmente diferentes. Como señala el historiador Kenneth Pomeranz, «El sistema familiar chino no permitía en muchos casos que las mujeres solteras emigraran, ni a otra ciudad ni a la periferia de la población en que vivieran. No lo haría hasta la creación, en el siglo XX, de unas factorías con dormitorios estrictamente vigilados, dado que solo eso pareció hacer que la movilidad no rebasara los límites de la respetabilidad». El sociólogo Jack Goldstone llega a argumentar incluso que el hecho de que las mujeres desempeñaran distintos roles en según qué países permite explicar por qué Europa se industrializó y China no. En Europa y Estados Unidos, las mujeres se casaban relativamente tarde, de modo que tenían la posibilidad de unirse al proletariado fabril antes del matrimonio.²⁵

No obstante, y a pesar de que los legados del sistema patriarcal y la transformación de la campiña fueran favorables a la implantación del trabajo asalariado, el mantenimiento de la disciplina habría de requerir casi siempre el añadido de otras formas de coerción más patentes. Y aunque la coerción que empleaban los «señores del telar» fuese muy diferente de la que utilizaban los «señores del látigo», lo cierto es que prácticamente en todo el mundo se recurriría al uso de la fuerza para movilizar a la mano de obra, disciplinarla una vez introducida en las factorías y evitar que los obreros las abandonaran tras ingresar en ellas. Sabedores de que lo que estaba en juego era el futuro de sus empresas, los manufactureros utilizaban la coerción, e incluso la violencia física, unas veces a título privado y otras en cambio (y eso era lo más frecuente) con el apoyo y beneplácito del estado. Como ya hemos visto, era muy habitual que a los niños huérfanos no les quedara más remedio que trabajar en las fábricas textiles, haciéndolo además en condiciones opresivas. El empresario belga Lieven Bauwens, por ejemplo, optó por reclutar a sus tejedores de entre «los reclusos de la prisión de la que era alcaide». En Rusia, los primeros esfuerzos destinados a cubrir con trabajadores asalariados las necesidades de personal de las factorías textiles fracasaron, así que los empresarios tomaron la decisión de obligar a la gente a trabajar, enrolando a «prostitutas, delincuentes, mendigos y demás —con la ventaja añadida de que algunos de ellos serían

condenados a trabajar de por vida en la industria—». En Estados Unidos, los prisioneros de Maryland, Luisiana y Rhode Island dedicaban la jornada entera a tejer telas de algodón. Incluso los obreros que acordaban firmar un contrato a cambio de un salario quedaban muy a menudo atados a las factorías por medio de «algún tipo de servidumbre». Un periódico estonio de la localidad de Narva señala que la dirección de la inmensa factoría que Ludwig Knoop tenía instalada en Kreenholm «no se preocupaba de su personal más de lo que un propietario de esclavos se preocuparía de sus negros». Dicha fábrica no solo contaba con una fuerza policial propia, sino que tenía la costumbre de propinar brutales palizas a sus trabajadores, apostando así por el castigo corporal como fórmula disciplinaria. En Puebla, México, los obreros se hallaban sometidos a una supervisión igualmente severa: si vivían en las dependencias de la propia fábrica había ocasiones en que se les prohibía recibir visitas de amigos o parientes, llegando a impedírseles incluso la simple lectura de periódicos. Y en el imperio Habsburgo, las fábricas textiles funcionaban poco menos que a la manera de un cuartel militar, puesto que los operarios permanecían toda la semana encerrados en las factorías, no concediéndoseles la posibilidad de salir más que los domingos.²⁶

En aquellas regiones del mundo en las que predominaba la esclavitud, la coerción física desempeñaba un papel aún más importante. Y en las Américas en particular —principal sede y centro mundial de las plantaciones de esclavos—, las manufacturas algodoneras absorbían un significativo volumen de mano de obra sometida por medios físicamente coercitivos. En Brasil, los pueblos nativos eran obligados a trabajar en las fábricas textiles, y otro tanto se hacía con los esclavos. En el sur de Estados Unidos también se empleaban esclavos en la producción de tejidos de algodón —generándose así un sistema de «protoindustrialización coercitiva», según la denomina muy acertadamente un historiador—. Por consiguiente, en las regiones esclavistas del mundo, la esclavitud también habría de constituirse en motor de la producción industrial.²⁷

Con todo, si comparamos sus métodos con los que se usaban en el cultivo del arbusto algodonero, podemos decir que, en conjunto, la industria de las manufacturas de algodón recurría en muy inferior medida a la

coerción física para conseguir movilizar a la mano de obra. Ni siquiera en Rusia llegó a representar este tipo de obreros forzosos más del 3,3% de la mano de obra del sector del algodón —pese a que antes del año 1861, fecha de la emancipación de los siervos, se obligara a veces a estos últimos a trabajar en las factorías textiles—. La cuestión es que ya habían surgido nuevos y refinados métodos para controlar a los obreros —métodos que no requerían la esclavización del proletariado.

No obstante, las lecciones que se habían aprendido en las grandes plantaciones de esclavos todavía eran fuente de inspiración para los industriales. A mediados de la década de 1790, el empresario algodonero Samuel Oldknow, por ejemplo, trataría de ejercer una mayor autoridad sobre sus operarios. A diferencia del sistema de producción a destajo, que Oldknow conocía en sus más mínimos detalles, el universo de las fábricas era *terra incognita* para él, de modo que se esforzó al máximo en mantener bajo control a sus trabajadores. Uno de sus primeras medidas consistió en crear un libro de asistencias para poder anotar de forma sistemática la presencia o ausencia de los obreros en la fábrica. Dividió este librito en tantas partes como salas tenía su factoría, elaborando en cada una de ellas la lista de los operarios asignados a los diferentes espacios. Dividió la jornada en cuatro partes iguales y señaló en cada apartado la lista de empleados que se hallaba efectivamente en su puesto en la franja horaria correspondiente. De este modo, en marzo de 1796, por ejemplo, el libro indica lo siguiente: «Mary Lewis 1, 2, 3, 4; Thomas Lewis 1, 2, 3, 4; Peggy Woodale 1; Martha Woodale 1; Samuel Ardern 3, 4», etcétera. En nuestro mundo, perpetuamente sujeto a supervisión, este tipo de anotaciones pueden parecer un tanto pintorescas, pero lo cierto es que si el paso del laboreo estacional al trabajo maquinizado había constituido una novedad, también la idea de llevar un registro de los acontecimientos temporales era algo insólito. Y aunque esa forma de control habría de recibir plena elaboración en las plantaciones de esclavos, no debemos olvidar que también estaba llamada a ir penetrando poco a poco en el universo de las fábricas. La movilización de un enorme número de obreros mediante el expediente de pagarles un salario para supervisar después el tiempo y la forma en que trabajan a fin de tener la seguridad de que estaban aplicando en la tarea toda su capacidad

profesional y su energía era un proyecto que se estaba desarrollando sobre la marcha, así que la aparición de dilemas era constante. Además, fuera de la fábrica, en los hogares y los vecindarios en que vivían los trabajadores, la autoridad de los empleadores era una realidad aún más distante. Se revelaba muy difícil inculcar disciplina a los operarios, y muy a menudo no bastaba con consignar su asistencia en los libros contables, de modo que los empleadores recurrían a las palizas, las multas y los despidos. El ritmo de trabajo y la estricta supervisión a la que se sometía su ejecución trajo a la mente de muchos observadores de la época la imagen del único gran entorno laboral que conocían aparte del fabril —la plantación de esclavos—, aunque eso mismo hiciera que pasaran por alto el hecho de que lo que se estaba desarrollando ante sus propios ojos era un proceso de características verdaderamente revolucionarias.²⁸

Si la disciplina se revelaba muy difícil de aplicar, y si también resultaba complicado reclutar obreros, se debía, entre otras importantes razones, al hecho de que las condiciones de trabajo eran muy a menudo espantosas: tanto que los propietarios de esclavos de todo el mundo solían comparar las condiciones en que operaba la mano de obra esclavizada con las que regían la existencia de los trabajadores industriales —con la clara intención de señalar que el esclavismo salía mejor parado—. En la industria algodonera alemana, por ejemplo, lo normal era que los obreros trabajaran entre catorce y dieciséis horas al día, seis días a la semana. En 1841, en Puebla, la jornada laboral media era de 14,8 horas, incluyendo una pausa de una hora para comer. En la Francia del Segundo Imperio, se trabajaba, en promedio, doce horas al día, aunque los patronos podían obligar a sus obreros a trabajar tanto como quisieran. En Barcelona, la jornada de trabajo que imperaba en las fábricas textiles sería igual de larga hasta el año 1873. En todas partes, la producción no solo implicaba riesgos, sino que obligaba a operar en un entorno dominado por el ruido ensordecedor de las máquinas.²⁹

Estas condiciones tuvieron un drástico efecto negativo en la salud de los obreros: en la década de 1850, al comenzar el gobierno sajón a reclutar soldados, únicamente el 16 % de los hilanderos y el 18 % de los tejedores fueron considerados médicamente aptos para servir en el ejército. Para las

personas de la época, el tipo de vida de estos nuevos trabajadores de las fábricas algodoneras habría de convertirse durante muchas décadas en el símbolo mismo de todo cuanto se juzgaba nocivo en la industrialización. «Lamento tener que añadir que las fátigas de los trabajadores pobres, y muy particularmente las que afligen al tejedor, supera con mucho todo cuanto puede describirse con palabras», escribe en 1826 J. Norris en el informe que se dispone a enviar al secretario de Estado británico Robert Peel. De hecho, un reciente análisis de la esperanza de vida y la estatura de los obreros ha logrado determinar que la Revolución Industrial «no trajo consigo ni mejoras en el consumo de alimentos, ni una mayor longevidad, ni una más saludable situación nutricional, ni el menor progreso en la calidad de las viviendas». El autor de este estudio concluye que «los resultados relativos a las tasas de mortalidad infantil que aquí se han presentado en el caso de las parroquias que integran el muestreo elegido en el corazón geográfico de la Revolución Industrial respaldan la tesis de que no existen pruebas claras de que la vida cotidiana de los trabajadores ingleses y sus familias experimentara una significativa mejoría, al menos no antes de mediados del siglo» —y de hecho, ese avance tendría que esperar hasta la década de 1870—. «Yo calculo», añade el responsable del estudio, «que si hacemos los ajustes necesarios debidos a los cambios introducidos en el tiempo de ocio, el consumo per cápita no experimentó prácticamente ningún cambio entre los años 1760 y 1830». Como habría de referir en 1833 el activista laboral estadounidense Seth Luther: «Las consecuencias de esta excesiva carga de trabajo se concretan en una detención del crecimiento corporal y en el debilitamiento de los miembros, que en ocasiones presentan horribles deformaciones».³⁰

Si tenemos en cuenta esas condiciones de trabajo, no debe extrañarnos que los granjeros y los artesanos se resistieran con tanta frecuencia al empeño de quien pretendiera convertirlos en obreros fabriles. Si tanto el nivel como la esperanza de vida estaban menguando, resultaba totalmente racional temer el ingreso en una factoría. Dicha resistencia no solo se producía en el plano individual, sino también en el colectivo, de modo que la transformación de la mano de obra en una masa proletaria se convirtió en un proceso interminable y muchas veces violento. En las décadas de 1780 y

1790, durante el período de agitación asociado con la Revolución Francesa, los obreros destruyeron las máquinas que se habían introducido para modernizar los métodos de confección del algodón, amenazando también a los propietarios de aquellas fábricas que se hubieran propuesto actualizar los sistemas de producción. En 1789, por ejemplo, cientos de trabajadores atacaron las factorías algodoneras de Normandía —región en la que se hallaba centralizado el grueso de la industria del sector—, destruyendo setecientas máquinas de hilar y otros aparatos. Tanto en esta zona de Francia como en otras, grupos de soldados y milicianos se enfrentaron a los protagonistas de estos levantamientos, aunque con éxito variable. Esta oposición a las factorías se prolongó hasta la década de 1820, período en el que los obreros franceses se resistieron a la introducción de los telares mecánicos. Esta ola de desafíos terminó revelándose tan eficaz —y tan relativamente limitadas, al mismo tiempo, la capacidad y determinación del inexperto estado galo en cuanto a proteger a los empresarios que deseaban modernizarse— que algunos capitalistas llegaron a la conclusión de que toparían con menor resistencia si restringían el uso de nuevas máquinas y se centraban en cambio en una producción de artículos de muy alta calidad —obligándose, desde luego, a recurrir a un uso muy intensivo de la mano de obra—. En el universo de los empresarios franceses, el miedo a un levantamiento popular se convirtió en el norte al que apuntaban todas las brújulas.³¹

Este tipo de oposición también fue un rasgo característico del proceso de industrialización vivido en Inglaterra. En la década de 1740 ya había habido varias revueltas contra la lanzadera volante de John Kay. En 1753 se produjeron ataques contra las máquinas de «carretes de algodón». Entre los años 1768 y 1769 los trabajadores de Lancashire se amotinaron contra la introducción de la hiladora mecánica. Y en 1779, estos mismos obreros destrozaron distintos tipos de máquinas. Sin embargo, la destrucción de la maquinaria no empezaría a convertirse en una práctica verdaderamente generalizada hasta la década de 1810, época en la que el estado contaba ya con la capacidad y la determinación necesarias para utilizar la fuerza sin

contemplaciones y reprimir los ataques. En 1811 y 1812, «se produjeron atentados contra los telares de vapor, tanto en Stockport como en otras poblaciones», registrándose otra oleada de actos vandálicos en 1826.³²

Los obreros de otras zonas del mundo también se rebelaron. En Puebla, los gremios de tejedores se mostraron «extremadamente hostiles» a la producción maquinizada de hilaturas de algodón. Si a pesar de todo, había propietarios de las fábricas que consideraban irrenunciable la introducción de nuevas máquinas en la producción, lo que hacían era ocultar tanto a los innovadores como a sus máquinas en un «sitio secreto» para poder librarse así del comportamiento hostil de las asociaciones gremiales. Este tipo de temor se extendió también por la ciudad de Veracruz. En la década de 1820 se rebelaron los tejedores suizos, exigiendo que se declararan ilegales los telares mecánicos y llegando a quemar incluso una factoría de Oberuster en 1832. En 1827, en la población holandesa de Tilburg, los obreros que impugnaban la introducción de máquinas de vapor en la producción rompieron los cristales de las ventanas de Pieter van Dooren, propietario de una factoría.³³

Por consiguiente, la expansión mundial de la industria mecanizada del algodón no descansaba únicamente en el despliegue de nuevas tecnologías y en el acceso al capital y a los mercados, sino también en la capacidad de los capitalistas para convertir en proletarios a miles, y finalmente a millones, de personas —y lo que no es menos importante: para doblegar también la resistencia de quienes se oponían a la imposición de una forma radicalmente nueva de vivir y trabajar—. Como bien habría de señalar en 1795 un observador inglés: «los distintos modos de acelerar el trabajo han topado siempre —al introducirse por primera vez los diferentes tipos de maquinaria— con la tenaz oposición de las clases trabajadoras».³⁴ Y como también ha observado un historiador al aludir a la situación reinante en el valle del río Wiese, en la Selva Negra, el proceso de la maquinización fue un proceso de «colonización interna» —el asociado con la conquista y sometimiento de un creciente conjunto de territorios y relaciones sociales por parte del capital—. Sin embargo, la transición también se hizo posible

debido a otro factor: el del debilitamiento de las élites feudales —y en este sentido, los estados, cada vez más consolidados, desempeñaron un papel clave.

De hecho, el estado no tardó en revelarse de suma importancia en cuanto a reprimir la acción colectiva de las clases trabajadoras, lo que demuestra una vez más lo decisivo que resultaba para el capitalismo industrial la capacidad de maniobra estatal. Los estados promulgaron leyes para declarar ilegal prácticamente cualquier movimiento contrario al empresariado, desde la formación de sindicatos a la convocatoria de huelgas, pasando por la realización de asambleas públicas o la creación de partidos políticos concebidos para defender los intereses de la mano de obra. Los estados dictaminaron que los esfuerzos que pudieran efectuar los obreros para mejorar sus condiciones de trabajo eran acciones constitutivas de delito. Y al difundirse por todos los rincones del imperio del algodón las acciones de destrucción de maquinaria, como hemos visto, los estados no dudaron en responder. Al destrozar los luditas* de Gran Bretaña (y también los de Francia) cientos de hiladoras mecánicas entre los años 1811 y 1812, el Parlamento británico aprobó una ley —en febrero de 1812— por la que se declaraba que la destrucción de maquinaria era un delito castigado con la pena capital. Entre 1812 y 1813 fueron ahorcados treinta luditas, pereciendo del mismo modo otros diecinueve en 1830. Otros activistas fueron enviados al exilio a Australia o reclusos en prisión. Además, el estado también adoptó otra serie de severas medidas contra la acción colectiva de los obreros. Las dos leyes de Pitt del año 1795 suspendieron el amparo del *habeas corpus* y declararon ilegal toda reunión de más de cincuenta personas que no contara con la preceptiva autorización. Las leyes anticonjura de 1799 y 1800 ilegalizaron los sindicatos —permitiendo así, por ejemplo, que John Doherty fuera sentenciado a diez años de trabajos forzados en 1818, al haber sido hallado culpable del delito de pertenecer a la Sociedad de Hilanderos de Algodón de Manchester (declarada ilegal)—. El estado británico, que no confiaba en el mecanismo que él mismo había puesto en vigor para garantizar la paz social, también se preparó para combatir a los trabajadores: esto explica que solo entre los años 1792 y 1815 se construyeran en las zonas industriales 155 cuarteles militares. Esta

es la conclusión a la que llega en tal sentido uno de los historiadores consultados: «La magnitud de la represión que organizó el gobierno causa verdadero asombro». Cuando los obreros se rebelaban, era frecuente que los propietarios de las fábricas quedaran en manos del estado para suprimir los levantamientos, lo que determinaría que la capacidad de acumular capital de estos industriales tuviera que apoyarse cada vez más en el poder de los estados, ya que estos no solo se habían embarcado en un proceso de construcción nacional sino que asentaban a su vez su propio poder y, de forma creciente, en el éxito de la industrialización.³⁵

La lucha por transformar a los trabajadores en proletarios incrementó el grado de dependencia de los industriales respecto del estado, lo que constituye un notable testimonio de los límites de su poder. No obstante, la territorialización del capital, su creciente vinculación y dependencia de los estados-nación, también iba a permitir que los obreros se organizaran de forma colectiva con el fin de mejorar tanto sus condiciones laborales como sus salarios. Al final, esta capacidad de organización, unida a la dependencia de los capitalistas respecto del estado, acabaría constituyendo la baza de mayor peso para los miembros del proletariado. A lo largo de todo el siglo XIX, y a pesar de los múltiples esfuerzos destinados a reprimir sus acciones, los sindicatos sectoriales y los movimientos políticos de la clase trabajadora consiguieron hacer gravitar un nuevo tipo de presiones sobre el capital —presiones que muchas décadas después alcanzarían a reordenar de raíz el mundo de la industria algodonera.

Como ya hemos visto, los obreros no solo se rebelaron contra la producción maquinizada, sino que trataron también de mejorar las condiciones de vida y trabajo que se les imponían en dicho sistema productivo. Al principio, sus esfuerzos adolecían de una cierta debilidad, pero al final fueron ganando fuerza, consiguiendo ganar efectivamente unos salarios más elevados, trabajar menos horas y disfrutar de un entorno laboral menos agresivo. Durante la primera mitad del siglo XIX, los éxitos de la clase obrera continuaron siendo escasos y dispersos, pero la lucha se propagó. De hecho, entre los tejedores británicos ya habían surgido algunas

asociaciones de trabajadores antes del año 1800. En 1792, los operarios de las hiladoras mecánicas de Stockport y Manchester constituyeron sindicatos. En 1807, los tejedores que trabajaban con telares manuales reunieron ciento treinta mil firmas para abogar en favor de lo que dieron en llamar un «salario legal». En 1826, estallaron en Manchester, difundiéndose después a otras regiones del país, una serie de revueltas entre los operarios del sector algodonero, organizándose asambleas de tejedores que amenazaban con inutilizar las fábricas provistas de telares mecánicos. El 28 de abril de 1826, un tal Fred Foster de Manchester informaba al secretario de Estado Robert Peel, «con sumo gusto», de que, al constatarse que los obreros se reunían en asamblea en las calles, «se han hecho valer las disposiciones contenidas en la ley de orden público y se han enviado varios destacamentos de tropas para despejar las avenidas principales». En 1844, los tejedores protagonizaron en Silesia una célebre revuelta. En la Nueva Inglaterra del año 1824, las mujeres de las factorías algodoneras de Pawtucket, en Rhode Island, abandonaron su puesto de trabajo, dando así lugar a la primera huelga de operarios fabriles de la historia de Estados Unidos. En su emigración a este último país, los operarios de las hiladoras mecánicas ingleses también habrían de llevar consigo la idea de adoptar estrategias de acción colectiva, propagando su práctica —sobre todo por Nueva Inglaterra— y dando nacimiento, en 1858, al Sindicato de Hilanderos Mecánicos de Fall River. A lo largo de las décadas de 1840 y 1850, los trabajadores del sector algodonero español también acabarían creando un movimiento obrero, y de hecho en 1854 el país vivió la primera huelga general de hilanderos. En Francia, los operarios textiles habrían de participar en el 35% del total de huelgas registradas entre los años 1830 y 1847. En ocasiones serían las mujeres quienes se pusieran a la cabeza de estas acciones colectivas: en Lowell, Massachusetts, por ejemplo, las obreras se organizaron, creando en 1844 la Asociación Femenina de Lowell para la Reforma Laboral, que combatía para conseguir unas mejores condiciones de trabajo y una jornada laboral más corta. Mediado ya el siglo, los fabricantes del sector del algodón comenzarían a responder ya a la militancia de sus operarios tomando la medida de trasladar su capital a otra parte, siendo posiblemente los empresarios catalanes los primeros en iniciar

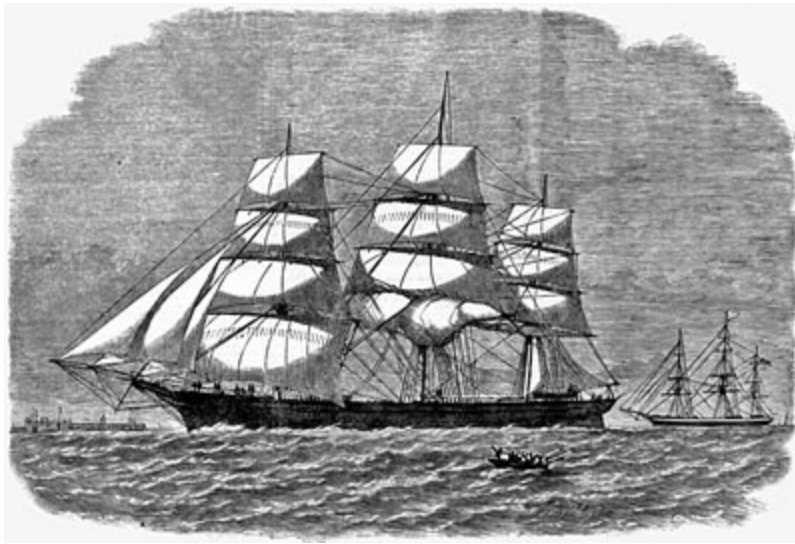
este tipo de acciones, dado que empezaron a reubicar de forma cada vez más generalizada la producción en aisladas aldeas fabriles situadas a lo largo de los ríos Llobregat y Ter, a las afueras de Barcelona, a fin de olvidarse de sus conflictivos operarios. Como ya ocurriera en el caso del cultivo del algodón, también ahora habrían de entrecruzarse la acción colectiva de los obreros y las reorganizaciones espaciales del universo de la industria algodonera.³⁶

Sin embargo, lo que demuestran todos estos incipientes esfuerzos de formación de sindicatos, huelgas y otras formas de actuación colectiva encaminadas a la consecución de la mejora tanto de los salarios como de las condiciones laborales de los trabajadores del sector algodonero es que una vez que los estados poderosos hubieron «nacionalizado» el control y el reclutamiento de la mano de obra —transformando *de facto* ambas cuestiones en auténticos «asuntos de estado»—, los trabajadores se encontraron también con nuevas posibilidades de mejorar su situación recurriendo al propio estado y movilizándose para actuar en el marco de los espacios políticos de las diferentes naciones. Gracias a la acción colectiva de los obreros, por ejemplo, las penas de carácter no pecuniario que se imponían a quienes quebrantaran los acuerdos pactados en un contrato terminaron convirtiéndose en castigos cada vez más insostenibles. En la Inglaterra de 1867, al obtener el derecho al voto un amplio sector de la clase trabajadora, los sindicatos presionaron al estado para limitar las soluciones que se ofrecían a los infractores de las cláusulas contractuales que estipulaban las condiciones de trabajo de los obreros —consiguiendo que dichas presiones dieran fruto en 1875—. En Alemania sería preciso esperar hasta la revolución del año 1918 para que los incumplimientos de contrato dejaran de ser considerados delitos penales.³⁷ De hecho, el «empleo a voluntad» —que permitía a los obreros abandonar su ocupación laboral cuando así lo considerasen conveniente— fue el resultado de varias décadas de lucha de los trabajadores, no una consecuencia «natural» del surgimiento del capitalismo industrial, y menos aún un requisito previo de su aparición. De las factorías a las plantaciones, la expansión de la libertad habría de sustentarse en la organización y la acción colectiva de los trabajadores. Tal

y como ha terminado idealizándose en los actuales manuales de economía, la situación del mercado laboral ha sido producto, en muchos casos, de huelgas, sindicatos y disturbios.

Desde que iniciara su andadura en la década de 1780 hasta el año 1861, el imperio del algodón se sustentó *de facto* en dos formas muy distintas de trabajo, así como en dos modalidades muy diferentes de organizar la producción. En las costas occidentales del Atlántico se extendían las dinámicas, expansivas y enormemente rentables plantaciones de esclavos —última expresión del vigoroso capitalismo de guerra que los europeos habían construido desde el siglo XVI—. Sin embargo, tanto en Europa como en Nueva Inglaterra y un puñado de regiones más del mundo, había surgido una forma mucho más novedosa y resolutive de organizar la producción: el capitalismo industrial con sus fábricas de hilaturas y tejidos de espectacular capacidad productiva basada en el trabajo asalariado. Sumados a la mediación de un grupo de comerciantes, estos dos sistemas crecieron uno junto a otro, retroalimentándose mutuamente. El capital, personificado en los negociantes, facilitó la rápida expansión tanto de las plantaciones algodoneras como el trabajo asalariado de las factorías de algodón, asociando los respectivos legados de uno y otro, aparentemente opuestos —hasta el día en que uno de los dos se vino finalmente abajo—. Una vez ocurrido esto, una vez que la esclavitud presente en el seno del imperio se hubo disipado como una distante supernova, pudo procederse a borrar de la memoria colectiva la crucial contribución que aquella había aportado a la construcción del capitalismo industrial.

EL ALGODÓN ADQUIERE DIMENSIÓN MUNDIAL



El buque *Glad Tidings*, cargado de algodón estadounidense, entra en el puerto de Liverpool, 1865.

Uno de los fenómenos más sobresalientes de la época moderna es sin duda la creciente expansión anual de este gigantesco sector empresarial, cuyo impacto en las condiciones materiales y sociales de ambos hemisferios aflora de forma tan evidente...

Al otro lado del océano existen terrenos de tamaño significativo que habiendo permanecido incultos hasta época reciente se están transformando ahora en fértiles llanuras, lo que comienza a permitir un aumento de la población y un incremento de los cultivos. Estas tierras no solo constituyen para nuestro suelo natal una inagotable fuente de riqueza nacional, ingresos salariales y empleo, sino que movilizan grandes capitales y actúan como palanca activadora de un comercio magnífico cuyos productos están llamados a abastecer los mercados de todas las regiones del mundo, ya que combinan las más diversas actividades y transforman las materias primas en productos terminados.

Para Walter Benjamin, París era la capital más importante del siglo XIX. Sin embargo, para los señores del algodón, tanto futuros como del momento, el verdadero centro del mundo se encontraba en Liverpool. Situada en la lluviosa región noroccidental de Inglaterra, la ciudad prosperaba a orillas del río Mersey y del mar de Irlanda. Aquí, en una de las encrucijadas comerciales más significativas del globo, los empresarios de Liverpool habían logrado acumular una riqueza e influencia sin precedentes al conectar el naciente complejo manufacturero de Europa con una campaña algodonera de carácter crecientemente marcial y expansivo. Fue en Liverpool donde acabaron por confluir el capitalismo industrial y el capitalismo de guerra, dado que sus comerciantes aplicaban la lógica del primero a los procesos del segundo, quedando en consecuencia transformados ambos sistemas. El genio de los comerciantes de Liverpool residió en su capacidad para combinar una serie de ingredientes frecuentemente considerados antagónicos: el trabajo asalariado y la esclavitud, la industrialización y la desindustrialización, el libre comercio y el imperio, la violencia y el contrato.

En esos años, Liverpool podría tenerse incluso por una de las maravillas del mundo, aunque desde luego no del tipo que acostumbran a valorar los turistas. De hecho, la palabra «fealdad» viene a resumir la opinión que se hacía de la ciudad un cronista de principios del siglo XX. «Decididamente, los principales objetos de atracción de Liverpool son sus espaciosos muelles», dará en observar escuetamente un contemporáneo. En 1832, los muelles y los muros portuarios de la población tenían ya una longitud de 4 kilómetros, poblados por embarcaderos, almacenes y un «bosque de mástiles». Más allá del río y la bahía de Mersey se extendía el mar de Irlanda, que se funde imperceptiblemente en el océano Atlántico — en cuyas costas occidentales se cultivaba la mayor parte del algodón del mundo—. A este puerto inglés llegaban miles de barcos cada año, cargados hasta los topes de balas de algodón fuertemente comprimidas. Millares de trabajadores, muchos de ellos inmigrantes irlandeses, se dedicaban a descargar los barcos, llevando las mercancías a los almacenes. Desde allí

los fardos de materia prima eran enviados en barcazas a través de los canales, y más tarde por tren, a partir del año 1830, hasta las hilanderías del vecino Lancashire —situadas por lo general en una franja de entre 30 y 80 kilómetros de distancia—, aunque algunas de esas pacas regresaban por vía marítima a los distintos puertos europeos donde les aguardaban las carretas, y posteriormente los trenes, que nutrían de todo ese material al creciente número de hilanderías dispersas por la campiña del continente. El puerto de Liverpool no era ninguna maravilla técnica, sino básicamente un lugar pensado para la realización de un trabajo tan peligroso como extenuante. Todas las mañanas, antes del amanecer, se reunían miles de obreros en las húmedas calles de Liverpool con la esperanza de que se les contratara durante la jornada para estibar y manipular enormes balas de algodón —una tarea de alto riesgo que debía efectuarse durante largas horas y por una paga muy reducida.²

El puerto de Liverpool era por tanto el epicentro de un imperio de alcance global. Los comerciantes de la ciudad enviaban fletes a todos los rincones del mundo, casi siempre en barcos de vela, pero a partir de las décadas de 1850 y 1860 cada vez más en buques de vapor. Los capitanes de esos navíos navegaban por mares cuajados de peligros y tenían que bregar con tripulaciones levantiscas, enfermedades virulentas y una gran volatilidad económica. A principios de la década de 1840, cada vez que James Brown, capitán de un barco algodonerero de Liverpool, llegaba al puerto de Nueva Orleans, tardaba semanas enteras en tratar de encontrar balas de algodón con las que llenar las bodegas de su nave. Los gastos de embarque cambiaban constantemente, dado que la presencia de buques vacíos en las dársenas del puerto despertaba una fortísima competencia. Con mucha frecuencia, las noticias que llegaban del mercado de Liverpool generaban bruscos cambios en los precios del algodón, lo que retrasaba su partida. «Una parte de la tripulación ha huido», escribe Brown en una de sus muchas cartas de queja. Y por si fuera poco, los «huracanes» y los «avisos del merodeo de piratas» terminaban de desquiciarle los nervios.³

Pese a que el puerto de Liverpool fuera el escenario de una formidable labor muscular, lo cierto es que el sistema nervioso de la ciudad circulaba por los cauces de sus intercambios de algodón, y los distintos capataces del

sector vivían y trabajaban en estrecha proximidad unos de otros. Todas las mañanas, los comerciantes de la población se daban cita para comerciar «en las banderas», un espacio al aire libre situado en el centro de la ciudad. El tratante de algodón Samuel Smith recuerda que «permanecíamos en la calle hiciera el tiempo que hiciera, ya con fuera con frío o con lluvia, en invierno o en verano, cobijándonos a veces bajo los arcos en caso de que la lluvia y las inclemencias del tiempo se revelaran insoportables». Solo después del año 1809, fecha en la que se levantó una espléndida lonja en el centro de la localidad, empezaron los negociantes del sector algodonero a operar bajo techo. Las salas destinadas a la venta de la mercancía, en las que se reunían vendedores y compradores en una coreografía tan ruidosa como caótica, al menos en apariencia, eran «un lugar asombroso, ya que no hay en todo el mundo un sitio como este, capaz de facilitar de forma tan elegante y cómoda un entorno adaptado a los objetivos de una subasta pública» —lo que explica que «se efectúen en pocos minutos ... operaciones de un monto muy considerable».⁴

Gracias a las disposiciones generales que adoptaban, los comerciantes de la ciudad no tardaron en convertirse en los maestros de ceremonias de una red de ámbito mundial dedicada al cultivo, confección y venta de algodón. En el muelle Apolo de Bombay,* los tratantes algodoneros aguardaban impacientes las noticias «que llegaban de Liverpool». Y en las plantaciones diseminadas por todos los territorios de América del Sur, la única información de verdadera relevancia era la relativa a los «precios de Liverpool» —hasta el punto de constituir poco menos que una obsesión para un gran número de dueños de esclavos—. ⁵ El *De Bow's Review*, una publicación agrícola de las regiones sureñas de Estados Unidos, informaba constantemente acerca de las tarifas vigentes en Liverpool, añadiendo datos que permitían a los cultivadores de algodón estadounidenses embolsarse una parte creciente de los beneficios que se obtenían de ese modo. Otra gaceta, la *Merchants' Magazine and Commercial Review*, daba también permanentes vueltas a los precios de Liverpool. Para muchas personas, como Ellen Hootton y otros cientos de miles de obreros más igualmente dependientes de las fábricas textiles, los precios de Liverpool podían condicionar la posibilidad de encontrar empleo o no. Esta preocupación

actividades de carácter más especializado. Los comerciantes de Nueva Orleáns, Alejandría y Bombay, por ejemplo, dominaban el arte de la exportación de algodón en rama, mientras que los tratantes de Bremen y El Havre se centraban en la recepción de sus envíos. Los comerciantes de Nueva York y Londres se dedicaban en cambio a financiar los intercambios. Por otra parte, los agentes dispersos por todo el globo y asentados en ciudades como Buenos Aires, Recife, Hamburgo o Calcuta, recibían cargamentos de hilo y telas y las distribuían por el interior de sus respectivas regiones.

Sin embargo, ninguna de esas ciudades podía competir en serio con Liverpool. Los cauces por los que fluía el algodón no se hallaban distribuidos de una manera uniforme por el mundo. Se estrechaban y ampliaban en algunos puntos, y el volumen y la rapidez del flujo de mercancías que circulaban por ellos era una expresión directa del reparto de su influencia: cuanto más profundamente penetrase una red en el interior de un país y cuanto mayor fuera la velocidad a la que realizara sus operaciones, mayor era el poder de ese canal de distribución. A pesar de que a Liverpool llegara un torrente de operaciones comerciales e informaciones que lo mantenían conectado con un gran número de puntos del globo, lo cierto es que las poblaciones del interior de Misisipi o Buenos Aires apenas asistían a otra cosa que no fuera el perezoso y suave discurrir de artículos entre un puñado de localidades. Por consiguiente, el hecho de estar al principio o al final de una «cadena de mercancías» constituía por lo general una posición de relativa debilidad. Y la circunstancia de que la red algodonera mundial estuviese centralizada en un solo punto —la ciudad de Liverpool— iba a dar lugar al surgimiento de nuevas jerarquías de poder: una evolución innovadora con la que se verificaba tanto la sustitución de las antiguas redes algodoneras como el reemplazo de los viejos grupos mercantiles de determinadas ciudades —como Ahmedabad, Oaxaca o Surat—. A principios del siglo XIX, la prosperidad de los comerciantes de Liverpool serviría para hacer que la realidad del mundo multipolar se orientara todavía más en la dirección del universo unipolar en que se estaba convirtiendo.

Vistas las cosas desde el punto de vista de la lonja en que se efectuaban las transacciones algodonerías de Liverpool, el mundo que se extendía más allá de sus altos ventanales era en esencia un gigantesco complejo dedicado a la producción y el consumo de géneros de algodón. El voraz apetito de beneficios exigía cantidades crecientes de tierras consagradas a la producción comercial de algodón, así como la multiplicación de las fábricas textiles y la apertura de nuevos mercados para la venta de telas y ropas. Para su supervivencia, esta expansión industrial sin precedentes, marcada además por un elevado nivel de apalancamiento, dependía de la permanente transformación de la campiña del mundo entero a fin de poder movilizar volúmenes constantemente crecientes de mano de obra y recursos y lograr abastecer de ese modo a los mercados. No obstante, y a pesar de la omnipresencia de los comerciantes de Liverpool y del capital procedente de dicha ciudad, todas estas transformaciones íntimamente entrelazadas habrían de presentar un carácter y un aspecto radicalmente diferentes en función de su ubicación —ya se encontrara esta en la Selva Negra, en Bombay o en el Misisipi.

Aunque los negociantes de Liverpool se hallaran en el vértice mismo de este nuevo imperio del algodón —o mejor dicho, pese a que constituyeran su auténtico corazón—, lo cierto es que no eran más que uno de los numerosos grupos de comerciantes embarcados en la aventura del comercio global del algodón. Considerados en conjunto, lo que hacían todos esos tratantes era coordinar los esfuerzos de los centenares de miles de esclavos, campesinos y plantadores que se dedicaban a cultivar algodón en las haciendas de todos los tamaños que habían ido surgiendo en muchos y diferentes puntos del planeta. Su operación combinada conseguía que las materias primas establecieran contacto con los miles de manufactureros que tenían que comprar algodón para alimentar sus fábricas, los cuales enviaban a su vez el hilo y las telas que elaboraban a distintos mercados y establecimientos, que, una vez recibido el género, lo vendían a millones de consumidores. Eran los comerciantes quienes se encargaban de mover las fibras y las telas, trasladando las primeras de los terrenos de un plantador

del Misisipi o un granjero del Guyarat a las manos de un hilandero de Oldham o Zwickau y llevando las segundas de los almacenes de los fabricantes de Manchester a los anaqueles de un bazar de Estambul, o de las factorías de Mulhouse a los escaparates de las pañerías de Nueva York. Los comerciantes adelantaban capital a los plantadores de Barbados a fin de permitirles cultivar algodón. Recogían el algodón que producían los innumerables campesinos que lo hacían crecer y preparaban las balas para su envío por mar. Fletaban barcos que cruzaban los océanos del mundo. Ofrecían materias primas a los fabricantes y transmitían las informaciones relativas al mercado, pasándolas del bazar a la fábrica, de la fábrica al puerto y del puerto a la plantación. Y también vendían el hilo y las telas que salían de las factorías —cada vez más eficaces— a un creciente número de consumidores de todo el globo. Pese a que en ocasiones fueran al mismo tiempo propietarios de plantaciones y fábricas, lo más frecuente era que los negociantes se limitaran a actuar como intermediarios independientes. No se especializaron en cultivar ni en fabricar, sino en mover. En las grandes cuencas fluviales como la de Liverpool, eran los comerciantes quienes integraban el mercado: ellos eran su mano visible.

Los desafíos que planteaba el empeño de forjar toda esta serie de vínculos eran tan enormes como los beneficios potenciales. Fijémonos únicamente en una cadena de lazos comerciales en concreto. Para que un plantador del Misisipi pudiera proporcionar algodón a un fabricante de Manchester era preciso que un negociante local de la región del Misisipi —al que se conocía con el nombre de factor— concediera al plantador el crédito necesario para adquirir esclavos, tierras y pertrechos. Es muy probable que este agente de factoraje recurriera a los banqueros de Londres o Nueva York para obtener liquidez. Una vez madurado el algodón, el agente ponía la materia prima a la venta, ofreciéndosela a los tratantes de mercancías de exportación que operaban en el puerto de Nueva Orleans, quienes la vendían a su vez a los tratantes de bienes de importación de Liverpool —que también aseguraban las balas de fibra y organizaban su envío por barco a Europa—. Al llegar a Liverpool, el negociante especializado en las importaciones pedía a un agente de corretaje —otro

tipo de comerciante— que se encargara de la mercancía. Y tan pronto como un agente de corretaje dispuesto a comprar encontraba de su agrado una determinada partida de algodón procedía a enviársela a un manufacturero. Este preparaba la fibra y después se la proporcionaba a un comerciante para que organizara su envío por mar a un representante radicado en algún puerto lejano, por ejemplo en Calcuta. Una vez en su destino, el hilo se vendía a los comerciantes indios, quienes se encargaban de distribuirlo por la campiña, donde terminaba siendo adquirido por algún tejedor indio, que se lo vendía a su vez a otros tratantes, dedicados a suministrárselo a los comerciantes al detalle de las aldeas y las pequeñas poblaciones del país. De esta forma, el algodón que cultivaban los esclavos del Misisipi, convertido en hilo en Lancashire, podía terminar formando el tejido de una camiseta confeccionada en algún punto de la campiña india. El imperio del algodón estaba constituido por decenas de miles de vínculos de esa clase.

En todas partes, los comerciantes eran los que se ocupaban de crear este tipo de redes, levantadas a golpe de crédito, transacciones comerciales, información, confianza, relaciones sociales y la incesante búsqueda de beneficios. De este modo, las nuevas redes algodoneras terminaron adquiriendo una extensión sin precedentes. Nunca antes se había visto una industria que se hubiera revelado capaz de entrelazar las actividades de tantísimos cultivadores, manufactureros y consumidores, permitiendo que una materia prima y sus productos derivados salvaran distancias tan inmensas. Por consiguiente, nunca antes se habían necesitado comerciantes con tan desesperada urgencia. La magnitud de esas redes provocaba unos problemas de coordinación hasta entonces desconocidos. Ni los campesinos ni los propietarios de las plantaciones —ni siquiera los manufactureros acaudalados— podían mantener operativos los cauces de esa red que les permitía mantener su tren de vida. La habilidad que desplegaban los negociantes para disponer la radical reordenación espacial de la industria manufacturera más importante del mundo fue un invento tan importante como el más palpable y patente de las máquinas y la novedosa organización laboral que se había propagado por el globo a mediados del siglo XIX.⁷ Tanto su capital como las estructuras institucionales de comercio que forjaron se difundieron por buena parte del mundo al compás de los nuevos

ritmos de la producción industrial —desde las aldeas y ciudades recientemente industrializadas de Europa a las plantaciones y granjas de Misisipi y Guyarat—. Y al salvar el abismo, aparentemente insuperable, entre la plantación de esclavos y la fábrica de obreros asalariados dieron lugar al surgimiento del capitalismo.⁸

Estos comerciantes convirtieron el comercio del algodón y los géneros de confección en uno de los negocios más importantes del siglo XIX.

Entre los años 1800 y 1860, el volumen de algodón en rama que cambió de manos entre Estados Unidos y Gran Bretaña —que era, con mucho, el flujo comercial más relevante de todos— se multiplicó por 38; y en esos mismos años la (muy inferior) cantidad de fibra que circuló entre Estados Unidos y la Europa continental terminó siendo 138 veces mayor. En 1860, Egipto exportó 14 veces más algodón que en 1822. Entre 1815 y 1860, las importaciones de algodón que llegaron al puerto algodonerero más activo de Francia, El Havre, se multiplicaron prácticamente por 13. Y junto con el crecimiento del comercio del algodón en bruto habrían de explotar también las transacciones de artículos manufacturados: si en 1794 Gran Bretaña había exportado 158 toneladas métricas de hilo, en 1860 esa cifra era ya 563 veces mayor. En esos años hubo también otras transacciones mercantiles que registraron un crecimiento exponencial, aunque no de la misma manera: las exportaciones de café de Brasil, por no citar más que un solo ejemplo, se multiplicaron por siete entre 1820 y 1860. Sin embargo, las principales economías del mundo dependían del comercio del algodón: el producto de exportación más significativo de Francia era el relacionado con los géneros textiles, mayoritariamente confeccionados con fibra de algodón. Entre 1800 y 1860, los artículos de algodón representaron aproximadamente un 40 o un 50% del valor total de las exportaciones británicas. El algodón en rama era también, y con diferencia, la mercancía de exportación más importante de Estados Unidos: en 1820, el valor de las exportaciones de algodón estadounidenses se cifró en unos 22 millones de dólares. El valor de las transacciones de tabaco se situó en ocho millones de dólares, y el de las de trigo en menos de medio millón. Por su montante, el

algodón representaba cerca del 31% de las exportaciones de Estados Unidos. Para el año 1860, el importe de las exportaciones de tabaco se había duplicado, mientras que las exportaciones de trigo se habían multiplicado por ocho —sin embargo, el algodón se había disparado, creciendo casi nueve veces y alcanzando los 192 millones de dólares—. Había pasado a constituir cerca del 60 % del valor del conjunto de las exportaciones de mercancías. Al levantar los comerciantes la primera economía auténticamente global del mundo, el algodón quedó situado en el centro del escenario.⁹

Los comerciantes, algunos de los cuales eran también distribuidores o corredores, así como otros intermediarios, agentes de importación o factores, cayeron acertadamente en la cuenta de que ese inmenso y nuevo ámbito de transacciones ofrecía amplias oportunidades de beneficio. Había distintos grupos de negociantes dedicados a arañar plusvalías en cada una de las operaciones necesarias para llevar el algodón de la plantación al consumidor.¹⁰ Las comisiones, intereses y pagos de servicios no tardaron en llenarles los bolsillos. Algunos hicieron fortunas fabulosas, como los Rathbone de Liverpool; los Baring de Londres; los Ralli, también de Londres, pero afincados asimismo en Bombay y otros puntos del globo; los Volkart de Winterthur, los Siegfried de El Havre, los Wätjen de Bremen, los Forstall de Nueva Orleáns, los Brown de Nueva York, los Cassavettit de Alejandría, y los Jejeebhoy de Bombay, por no citar sino a los más descollantes. El algodón sustentaba la enorme riqueza y poder de estas familias, permitiéndoles construir mansiones atendidas por legiones de criados, coleccionar carísimas obras de arte, invertir en otros negocios y recorrer el mundo. Pero la actividad comercial se movía también gracias a los desvelos de miles y miles de comerciantes algodoneros menos acaudalados, de personas cuyos nombres hace mucho que han caído en el olvido. Y considerados en conjunto, todos ellos consiguieron forjar nuevos espacios al capital.

No obstante, para que el maridaje entre la esclavitud y la industria tuviera éxito, los comerciantes tenían que trasladar primero, y con provecho, los sistemas de la producción maquinizada y el capitalismo industrial al conjunto de la campiña del planeta. Antes del inicio del siglo

XIX no habían faltado grandes soñadores en el mundo, pero lo cierto es que hasta ese momento nadie había sido capaz de comprender el potencial que ofrecían, y en una porción tan vasta del globo, las tierras productivas y los mercados de consumidores expuestos a la penetración de comerciantes decididos. El proceso que permitió que esos comerciantes se dieran cuenta de dicha situación fue extraordinariamente complicado —de hecho se apoyaba en una red de actores cuyo campo de visión era muy a menudo, aunque no siempre, notablemente provinciano, y que en ocasiones se limitaron simplemente a acercar un poquito más la lógica del capitalismo industrial a los productores rurales de algodón—. Sin embargo, el simple hecho de conectar entre sí distintos lugares y fases del proceso de la confección del algodón determinaría que los comerciantes consiguieran crear —muchas veces sin pretenderlo— una realidad verdaderamente nueva. Por primera vez en la historia hicieron pleno uso de la diversidad de los regímenes laborales existentes —en lo que es uno de los rasgos distintivos del capitalismo emergente: esclavos para el cultivo del algodón, trabajadores asalariados para la confección del hilo, y una mezcla de esclavos y obreros a jornal para desmotar la fibra y comprimir, estibar y mover las balas de algodón—. Y al proceder de ese modo contribuyeron a que Europa lograra superar sus limitaciones de recursos. La contemplación de estos comerciantes en acción, inmersos en el conjunto de sus prosaicas y aparentemente intrascendentes actividades, nos ayuda a resolver el rompecabezas que explica cómo lograron ensamblarse el capitalismo de guerra y el industrial.

Teniendo en cuenta la importancia que tuvieron en la forja del universo del capitalismo moderno, el detalle de las labores que realizaban los comerciantes parece muy a menudo trivial. Dedicaban la mayor parte del tiempo a escribir cartas, a hablar con proveedores y clientes, a viajar y a hacer cálculos. Como el imperio del algodón que habían creado era tan inmenso, los comerciantes no tardaron en especializarse en aspectos muy concretos del negocio. Unos se centraron en transportar el algodón de las plantaciones a los puertos, otros optaron por el comercio transoceánico,

otros más se dedicaron a venderle algodón en rama a los manufactureros, unos cuantos prefirieron especular con la exportación de géneros de algodón, y aun otros se aplicaron a distribuir artículos de algodón por un país o región determinados. Por regla general, los comerciantes focalizaban su actividad mercantil en una región específica, convirtiéndose en expertos en la conexión de unas partes del mundo con otras, y en consecuencia, terminaron regentando unos negocios asombrosamente distintos unos de otros. Y es que, en efecto, el sistema global no se levantó siguiendo una directriz centralizada o imperialista, sino más bien por la acción de un sinfín de actores unidos entre sí por vínculos locales y diversos que muy a menudo les obligaban a resolver problemas de carácter muy específico.

El problema más urgente que los comerciantes ayudaron a resolver fue el de cómo proporcionar algodón en bruto a los manufactureros. Al aumentar la magnitud y la eficiencia de la industria, y dado que el algodón no se cultivaba en ninguna zona próxima a las factorías, los manufactureros necesitaban que alguien les ayudase a conseguir los suministros, cada vez mayores, que debían procurarse en remotas regiones del mundo. A lo largo de las décadas de 1760, 1770 y 1780, la mayoría de los empresarios optarían por comprarle el algodón a los negociantes que operaban en los mismos barrios de los hilanderos, negociantes que comerciaban por cuenta propia y que proporcionaban créditos a los manufactureros a fin de permitirles la adquisición del género.¹¹ En 1788, la ciudad de Manchester, por ejemplo, contaba con veintidós tratantes de ese tipo. A su vez, estos distribuidores compraban el algodón a los comerciantes de Liverpool que en el siglo XVIII, e incluso en el XIX, seguían siendo en su inmensa mayoría almacenistas generales para quienes el algodón no era sino una de las muchas mercancías diferentes que tenían en oferta.

Sin embargo, al incrementarse de forma espectacular las transacciones de algodón en el transcurso de las primeras décadas del siglo XIX, y al modificarse las demandas relacionadas con la calidad y el precio del algodón que recibían los manufactureros, los industriales algodoneros dejaron atrás este universo tan singular. En lugar de comprarle el algodón a los distribuidores, empezaron a recurrir a una serie de agentes de corretaje. A diferencia de los distribuidores, estos agentes no hacían acopio físico del

algodón, sino que cobraban una comisión por negociar una transacción entre los importadores y los fabricantes. En consecuencia, los propietarios de las fábricas se encontraban con la posibilidad de comprar no solo el algodón que pudieran tener en sus almacenes los distribuidores, sino de adquirir todo el algodón que se hallara disponible en el puerto de Liverpool —consiguiendo así las cantidades y las calidades que desearan al precio más bajo posible—. Los agentes de corretaje ofrecían un enlace más directo entre los fabricantes y los comerciantes que se dedicaban a la importación de algodón, organizando asimismo el mercado mediante la instauración de normas y normativas, la distribución de información y la oferta de un abanico de complejos servicios de arbitraje. Según argumenta un estudioso, estos agentes «hicieron llegar a Liverpool los conocimientos técnicos propios de la industria ..., aportando asimismo un nuevo tipo de talento y eficacia administrativa con el que se podían abordar los problemas de un comercio que era prácticamente inédito». Por consiguiente, los agentes de corretaje «se convirtieron en una figura capital del mercado». Gracias a la experiencia que tenían, tanto en el campo de las exigencias técnicas que debía cumplir la fibra destinada a las hilaturas como en el empujado mercado de Liverpool, estos agentes ayudaban a los fabricantes a orientarse en el océano de variedades de algodón que podían conseguirse en Liverpool y a comprar la calidad de fibra que precisaban para los concretos procesos de confección que se proponían realizar.¹²

En 1790, empezaron a operar en Liverpool cuatro de esos especializados agentes de corretaje. Muchos otros siguieron rápidamente su ejemplo, de modo que en el año 1860 recorrían las calles de la ciudad nada menos que 322 colegas de aquel cuarteto inicial. Por regla general operaban en forma de pequeñas empresas familiares y procedían de muy distintos entornos sociales: algunos habían trabajado antes como distribuidores, otros venían del mundo de las hilanderías, y otros más habían sido importadores. Con el paso del tiempo, los agentes de corretaje terminaron especializándose todavía más. Hubo unos que se dedicaron a las compras, adquiriendo algodón para los fabricantes, y otros que prefirieron las ventas, expendiendo materia prima a los importadores.¹³

Gracias a estos cambios, los fabricantes dejaron de ocuparse personalmente de la inspección de los algodones puestos a la venta en el mercado. Pese a que a principios del siglo, los empresarios del sector textil tuvieran la costumbre de tomarse la molestia de comprobar *in situ* el tacto de las fibras disponibles, ahora empezaron a comunicar las características del género que necesitaban a los agentes de corretaje para que estos se encargaran después de buscar el tipo de materia prima que se les hubiera solicitado. A los fabricantes les resultaba ya imposible acudir en persona a los mercados para hacerse con los grandes volúmenes de balas que requerían debido a que se habían especializado en la producción de una particular calidad de hilos y confecciones y a que la cantidad de variedades de algodón que precisaban era cada vez mayor. Dependían de que la materia prima que les resultaba imprescindible ingresara de forma constante en sus factorías, y los agentes de corretaje les garantizaban el suministro.

Al sustituir los agentes a los distribuidores, los nuevos profesionales modificaron también la forma en que se vendía el algodón. Una vez más, lo que dictaba esa transformación eran las necesidades de la producción mecanizada. A lo largo de todo el siglo XVIII, y hasta bien entrada la primera mitad del XIX, el algodón se había comercializado en tanto que mercancía física. Los comerciantes compraban y vendían sacos de algodón concretos, viéndose obligados a bregar con una desconcertante variedad de algodones diferentes, llegados de muy distintos puntos del globo y caracterizados por poseer fibras de longitud, color, elasticidad y limpieza muy diversa. Y como los comerciantes vendían lotes específicos en sacas individuales, el comprador se encontraba en condiciones de atribuir el origen de cada particular bulto de algodón a un productor específico. Los libros de registro que lleva en el año 1814 el agente de corretaje algodnero George Holt nos indican que vendió «13 sacos (de algodón) sobrante de Guinam», «6 sacos de Barbados», «10 sacos de Paras, 15 sacos de Bahis, 25 sacos de Dynreraras, 10 sacos de Isla Sur», junto con cantidades sin especificar de otras variedades como el «Bengala», el «Surat», los «Bourbons», el «Demarara» y el «Pernam». Como habría de observar en 1886 el agente de corretaje de Liverpool Thomas Ellison, «Desde el comienzo del presente siglo, lo habitual ha venido siendo que el vendedor dé al comprador las

señas de la mercancía, el nombre del barco y el lugar de almacenamiento de cualquier lote o lotes de algodón que pueda tener a la venta a fin de que el cliente pueda acudir a los almacenes y examinar las balas por sí mismo». De este modo, las transacciones preservaban la enorme variedad natural de algodones existentes, y todas las personas que intervenían en dicho comercio trabajaban con una materia prima que habían tenido ocasión de ver y tocar.¹⁴

En las primeras décadas del siglo XIX, al explotar el comercio algodonoero, este sistema personalista empezó a mostrar sus limitaciones. Los agentes de corretaje se afanaban apresuradamente en torno al puerto de Liverpool, procediendo a inspeccionar centenares de sacos y balas, y tratando de adecuar los concretos lotes de algodón que se les ofrecían a las necesidades de uno u otro manufacturero en particular, ya que estos precisaban de una calidad específica para poder producir un tipo de hilo en especial. En poco tiempo empezó a resultar imposible continuar aplicando el mismo método. Acuciados por las necesidades de los manufactureros, los agentes de corretaje se vieron obligados a buscar nuevas soluciones institucionales. Lo primero que hicieron fue dejar de revisar físicamente todos los sacos de algodón para empezar a comprar por muestras.¹⁵ Se sacaba de cada bala una pequeña cantidad de fibra y después, tomando como base esa muestra, se determinaba un precio y se efectuaba la venta. A diferencia de las balas mismas, esas muestras no solo podían transportarse fácilmente, sino que resultaba incluso posible enviarlas por correo. El segundo paso que dieron los agentes consistió en desarrollar unos estándares claros y un vocabulario preciso para describir y clasificar el algodón, de modo que, al final, los manufactureros empezaron a adquirir la fibra sin inspeccionar siquiera las muestras. Y es que, en efecto, ya no pedían una particular bala de algodón situada en un almacén concreto, sino una calidad dada. Esto supuso una reorganización radical del modo de realizar las transacciones.

El algodón presenta unas calidades, fibras y características muy diferentes. En 1790 no se había hecho todavía ningún intento de clasificación de los algodones en función de su calidad, pese a que ya se hubieran catalogado de esa forma otras mercancías, como el azúcar y el

café —artículos en los que categorías como «mediano» o «bueno normal» eran de uso corriente—. Será en 1796, en Charleston, donde se mencionen por primera vez —como tales categorías concretas— el «algodón de Georgia» y el algodón de las tierras altas, y en 1799 se tomará nota en Filadelfia de una partida de «algodón de Georgia Tennessee» —aunque todavía se trata de una catalogación asociada al lugar de origen—. Ese mismo año, el *Dictionnaire universel de la géographie commerçante* aún continuaba enumerando los diferentes algodones conocidos en función únicamente del lugar en el que hubieran sido cultivados. Sin embargo, en 1804, los comerciantes de Charleston añadieron a la lista el «algodón común», categoría que en 1805 pasó a denominarse «tierras altas común». Ese mismo año, el algodón de Sea Island quedó clasificado en las calidades de «suprema», «buena», «corriente», «mediana» e «inferior». En 1809, el *Tradesman* hablaba de un «buen algodón mediano». En 1815, en el mercado de Nueva Orleáns, se usaba la calificación de «suprema», dos años más tarde se amplió el listado con el algodón de «primera calidad», y doce meses después aparecía en Charleston el «algodón regular», seguido en 1822 por el «algodón de primera selecto» de Nueva Orleáns y por el «corriente especial» en 1823. El *London Magazine* recogía estas categorías en 1820, década en la que estas clasificaciones empezaron a ser de uso común. Dichas calificaciones seguían siendo aproximaciones, y todavía no resultaba posible definirlas con precisión, y mucho menos imponerlas, pero constituían ya los cimientos sobre los que habrían de levantarse posteriormente unos estándares de utilización obligada. Sin esos patrones de calificación, habría resultado prácticamente imposible tanto continuar comerciando con un volumen tan enorme de mercancías al por mayor como hacerlas salvar grandes distancias: era preciso destilar y clasificar la inmensa diversidad de la naturaleza para lograr que se adecuara a los imperativos de la producción maquinizada.¹⁶

Y para que esos estándares pudieran cuajar y perdurar en el tiempo, los compradores tenían que poder verificar la calidad del algodón que habían comprado. Al principio, todas esas normas y normativas tenían un carácter informal, ya que se trataba de convenciones tácitas que descansaban en un entendimiento personal. Conforme fue creciendo el comercio por muestra,

tanto en volumen como en extensión, los tratantes de los puertos lejanos y los manufactureros empezaron a demandar normas creadas con «una cierta intención de permanencia» —es decir, estándares protegidos por las instituciones—. Para dar respuesta a esa exigencia, los corredores de comercio del sector fundaron en 1841 la Asociación de Agentes de Corretaje de Algodón de Liverpool. Una de las primeras medidas que adoptó la Asociación consistió en aprobar una resolución por la que se garantizaba que todo el algodón que se vendiera por medio de una muestra contenía la calidad estipulada en el pedido. En 1844 se encargaron de definir los estándares del algodón «corriente» y «mediano». En 1846, la Cámara de Comercio de Estados Unidos en Liverpool, fundada en 1801 por una serie de comerciantes de la ciudad que negociaban con ese país norteamericano, sugirió que los agentes de corretaje «tomaran muestras de las diferentes clases de algodón estadounidense y las pusieran a disposición de la Cámara de Comercio de Estados Unidos al objeto de establecer un patrón de referencia en todo lo relativo a la calidad del algodón». Cada vez empezó a constatarse con mayor frecuencia que el mercado del algodón había dejado de ser una interacción espontánea entre individuos que deseaban maximizar el aprovechamiento de los servicios que se les ofrecían, pasando a convertirse en un conjunto de instituciones erigidas al margen del mercado mismo.¹⁷

Una vez formalizados los estándares empezaron a realizarse esfuerzos para aplicarlos en el ámbito internacional. En 1848, la Cámara de Comercio de Nueva Orleans dirigía una carta a la Cámara de Comercio de Estados Unidos en Liverpool en la que exponía los «grandes contratiempos que han acompañado hasta la fecha, y con gran frecuencia, a las operaciones de los compradores de algodón que comercian en Nueva Orleans debido a la falta de un estándar de calidad fijo acorde con el que se emplea en Liverpool y reconocido como equivalente por los operadores de ambos puertos». La Cámara de Comercio remitente proponía crear unos estándares comunes para «el algodón de calidad mediana y ordinaria que se cultiva tanto en Nueva Orleans como en Alabama». Las características de estos estándares dobles deberían conservarse después en Nueva Orleans y en Liverpool con el fin de zanjar las disputas. La Cámara de Comercio de Estados Unidos en

Liverpool aceptó la propuesta y votó en favor de la creación de dichos estándares. Empezaba a surgir así —como consecuencia de un conjunto de convenciones articuladas de forma colectiva— el moderno mercado del algodón, siendo su eje y motor principal una asociación privada de comerciantes de Liverpool. El capital estaba cambiando la manera de considerar la planta misma del algodón —y no tardaría en transformar al propio arbusto—. De esta forma, y por pasos casi imperceptibles, la incesante presión de la producción fabril basada en la utilización intensiva del capital empezó a gravitar en zonas cada vez más próximas a los puntos de cultivo del propio algodón, consiguiendo hacer prevalecer la lógica del capital sobre la lógica de la naturaleza.¹⁸

Los estándares de la calidad del algodón surgieron de la mano de otra invención —aunque de hecho sería mejor decir que la permitieron—: la consistente en comerciar con un algodón que todavía no había llegado a puerto. Para que funcionara el mercado de futuros, la información y las muestras tenían que viajar a mayor velocidad que las balas de algodón mismas, una idea que parece haber surgido en el Liverpool de la década de 1810. En 1812, los agentes de corretaje del sector algodonero comenzaron a operar con la materia prima mientras esta se hallaba todavía en alta mar, intercambiando con el naviero unos documentos conocidos con el nombre de «conocimientos de embarque» —unos escritos en los que se certificaba la propiedad de determinadas balas de algodón—. Dos años más tarde, el 13 de agosto de 1814, George Holt le vendía a la compañía de George Johnston cien balas de algodón procedentes de la isla de Amelia que estaban «por llegar», dice, en un plazo de diez días. Durante la primera mitad del siglo XIX, esta actividad comercial vinculada con la futura entrega de un determinado volumen de algodón no dejó de crecer. En 1858, la Cámara de Comercio de Estados Unidos en Liverpool decidió regular de forma explícita este tipo de contratos relacionados con bienes «por llegar». Fue en ese momento cuando se inició, según los datos que constan en la sede de la empresa Baring de Liverpool, la práctica de «hipotecar los documentos de embarque». Y no fue algo que se hiciera únicamente en Liverpool, ya que los comerciantes de Nueva York afincados en Suramérica ya empleaban antes del año 1860 esos contratos de mercados «por llegar»,

mientras que en El Havre los tratantes de algodón habían tenido la iniciativa de utilizar contratos de *ventes à livrer* nada menos que en 1848. No obstante, tanto aquí como en otros lugares, ese tipo de contratos seguían siendo una rareza, de modo que en la década de 1850 el agente de corretaje Samuel Smith todavía encontraría motivos para señalar que «casi todo el negocio se efectuaba por medio de transferencias de algodón almacenado en tierra y realizadas de buena fe, siendo totalmente excepcional la venta de un cargamento que se hallara embarcado».¹⁹

Es más, durante la primera mitad del siglo XIX la venta de todo algodón destinado a ser entregado en algún instante futuro continuaría basándose en la entrega final de una bala de algodón *concreta*. En 1814, lo que George Holt prometía proporcionar a Johnston, un cliente suyo, eran unas pacas de algodón en particular y no simplemente una fibra de una determinada calidad. Sin embargo, de forma gradual, el vínculo entre un contrato específico y una remesa de algodón concreta comenzó a debilitarse. Empezaron a venderse bultos de algodón que todavía no habían sido embarcados, cargamentos que de hecho no habrían de llegar sino en meses venideros, fibras procedentes de arbustos que quizá estuvieran todavía por plantar.²⁰ Este nuevo grado de abstracción al que se elevaba el comercio terminaría floreciendo durante la guerra de Secesión estadounidense, en el transcurso de la cual se realizarían verdaderos negocios de futuros. El carácter cuantificable, constante e ininterrumpido de las demandas de la producción mecanizada espoleaba el permanente incremento del grado de abstracción de los esenciales insumos de materias primas, circunstancia que protegía a los manufactureros de las fluctuaciones que experimentaban los precios y que les permitía poner un precio uniforme a los artículos acabados que distribuían en los mercados globales.

Con todo, la cadena productiva que unía a la plantación con la factoría contaba con muchos más eslabones. Los agentes de corretaje de Liverpool transmitían las necesidades de los manufactureros a otro poderoso grupo de tratantes de algodón: los importadores. A diferencia de los corredores, este tipo de comerciantes intervenían en las operaciones algodonerías que

movían el algodón de un lado a otro de los océanos y manejaban un volumen de mercancías incomparablemente superior al suyo —lo que determinaba asimismo que las posibilidades de beneficio fuesen también proporcionalmente más abultadas—. Los negociantes especializados en la importación de algodón habían empezado a surgir muy pronto, tanto en Liverpool como en el puerto francés que le hacía la competencia, El Havre, dado que su actividad se observa ya a finales del siglo XVIII. Y en el siglo XIX, sus colegas de Bremen comenzaron a imitar su ejemplo. Todos ellos cifraban su negocio en comprar algodón en el extranjero, o, lo que era más frecuente, en fletarlo a cambio de una comisión (en lugar de convertirse en propietarios, siquiera temporales, del algodón que vendían) para enviarlo a Europa desde los distantes puertos del universo algodonoero.²¹ Más que ningún otro integrante de la larga cadena de la industria, ellos eran quienes conectaban directamente a los productores rurales con el sector manufacturero más dinámico que jamás haya conocido el mundo. Al principio contribuyeron al florecimiento de la esclavitud en Luisiana y Brasil, pero más tarde habrían de posibilitar que los campesinos de la India dedicados a producir esta materia prima comenzaran a cultivar el algodón que demandaban los mercados transoceánicos, permitiendo al mismo tiempo que la dominación que ejercía Mehmet Alí sobre los agricultores egipcios se transformara en pingües beneficios.

Los comerciantes de Liverpool se encontraban en una posición muy alejada de los más relevantes importadores de algodón del mundo. Si a mediados del siglo XVIII habían traído las primeras balas de algodón a Liverpool, en 1799 el 50 % de las importaciones británicas llegaba a dicho puerto (mientras que la otra mitad se dirigía, en la mayoría de los casos, a Londres), y a finales de la década de 1830 esa proporción se había elevado ya hasta el 89%. Los comerciantes de Liverpool consiguieron monopolizar el mercado global del algodón en una medida que pocos comerciantes han logrado alcanzar jamás. Y si se vieron coronados por el éxito fue por varias razones. El primer motivo hay que buscarlo en la importante posición que ocupaba Liverpool en el tráfico de esclavos que se desarrollaba en el Atlántico, dado que poco después iba a adecuarse muy bien al comercio del algodón. Al principio el algodón llegaba junto con el azúcar, el tabaco y

otras mercancías, ya que se lo incluía como flete de retorno en los barcos que volvían de las Indias Occidentales —que formaban uno de los lados del triángulo comercial de la época—. Es posible que Liverpool haya llegado a controlar hasta el 85% del tráfico de esclavos británico, de modo en que en el momento de su abolición, en 1807, nada menos que la cuarta parte de los envíos marítimos que partían de Liverpool llevaban un cargamento de esclavos. Por consiguiente, todas las personas que trabajaban en los puertos de la ciudad tenían gran experiencia tanto en el comercio con regiones distantes como en el trato con las zonas de las Américas en las que se cultivaba el algodón. Y dado que el algodón viajaba cada vez más a través del Atlántico, en lugar de por el Mediterráneo, queda claro que Liverpool se encontraba en una buena posición para aprovechar la coyuntura. La ciudad también disfrutaba de las ventajas que le ofrecía el hecho de hallarse cerca de las regiones de Manchester y sus alrededores que se dedicaban a las hilaturas —una relación que no tardaría en perfeccionarse gracias a la excavación de canales, a la introducción de mejoras en el río Mersey y, por último, a la irrupción, en 1830, de los primeros ferrocarriles del mundo—. Una vez puesta en marcha toda esta red de comunicaciones, Liverpool quedó en condiciones de recoger los beneficios de las innovaciones institucionales que habían creado sus comerciantes.²²

Los comerciantes más ricos y poderosos de Liverpool se lanzaron al comercio del algodón. Un pormenorizado estudio de las importaciones de algodón que se hacían en Liverpool ha descubierto que en 1820 había nada menos que 607 tratantes dedicados a negociar con esta fibra. No obstante, ese mismo estudio ha permitido determinar que el número de comerciantes que importaban algodón de forma habitual (es decir, más de seis veces al año) era bastante reducido: de 120 individuos en 1820 y de 87 en 1839. El movimiento importador se nutría por tanto de un gran número de comerciantes que de cuando en cuando operaban con pequeñas cantidades de algodón, a los que se unía un puñado de colegas suyos centrados en efectuar regularmente transacciones con vastos volúmenes de balas. Sin embargo, al caer los márgenes comerciales en el segundo cuarto del siglo XIX, la comunidad mercantil se unificó. En 1820, el 24% del algodón que importaron los diez tratantes de algodón más destacados del sector pasó por

los muelles de Liverpool, mientras que si ampliamos el foco y nos fijamos en el volumen que movieron los treinta importadores más relevantes observaremos que, en total, fueron responsables del 37 % de las mercancías que entraron en el país. Diecinueve años más tarde, los diez máximos importadores habían traído a Liverpool el 36 % del algodón llegado a Gran Bretaña, alcanzándose la cifra del 60% si optamos por consignar el volumen de los treinta importadores de mayor peso. Ese mismo año —de 1839— el importador de algodón más descollante de Liverpool vendió más de cincuenta mil pacas de esa materia prima.²³

Pese a que la mayoría de los comerciantes continuaran importando pequeñas cantidades de algodón además de otras mercancías, los principales operadores algodoneros de Liverpool cosechaban inmensos beneficios gracias al doble hecho de haberse especializado y de intensificar su participación en el comercio del algodón. En el siglo XVIII, la familia Rathbone, una de las más encumbradas de cuantas se dedicaban al comercio del algodón en la ciudad, había abandonado sus actividades anteriores para concentrarse en el negocio textil (ellos habían sido los proveedores de Samuel Greg al abrir esta la hilandería de Quarry Bank). Al principio habían añadido el comercio del algodón a sus fuentes de beneficios previas —centradas en el comercio de la madera, la sal y el tabaco—, pero después la compraventa de algodón terminó sustituyendo a sus empeños iniciales. De hecho, es posible que fueran la primera empresa de Liverpool en recibir algodón cultivado en Estados Unidos. Durante las dos primeras décadas del siglo XIX se dedicaron a enviar algodón por barco, de modo que en 1830 estaban ya plenamente especializados en esa actividad. Al igual que otros muchos comerciantes, adquirirían la fibra a través de un conjunto de agentes situados en los puertos de las regiones meridionales de Estados Unidos, agentes que bien lo habían adquirido por cuenta de los Rathbone, bien lo enviaban a la familia a cambio de una comisión. Los beneficios eran muy jugosos: entre los años 1849 y 1853, los Rathbone ganaron 18.185 libras esterlinas con el comercio del algodón, y entre 1854 y 1858 obtuvieron 34.983 —y esto en una época en la que un médico podía ingresar unas 200 libras anuales—. En solo cinco años, los beneficios del algodón les permitieron financiar la construcción de una enorme mansión en la campiña

inglesa, completamente amueblada —y conforme fuera avanzando el siglo XIX iría aumentando también el número de casas señoriales repartidas por los alrededores de Liverpool.²⁴

La trayectoria profesional de los Rathbone, que les llevó a desentenderse de su anterior comercio con otros artículos para pasar a ocuparse del algodón, es perfectamente representativa de lo que solían hacer los principales comerciantes algodoneros transcontinentales del siglo XIX. No obstante, había también otra forma de iniciarse en el negocio del algodón. Los inversores que no habían amasado su riqueza ni sus conocimientos técnicos con la actividad comercial propiamente dicha vieron en el algodón una forma muy prometedora de diversificar sus intereses. Los beneficios del negocio del algodón eran tan espectaculares que, salvo escasísimas excepciones, todos los grandes capitalistas de la época tratarían de hacerse un hueco en él —aportando al sector un significativo volumen de capital—. De entre todos esos grandes magnates destaca particularmente la familia Baring, que también protagonizó una de esas iniciativas. Los Baring eran unos de los banqueros más poderosos de Europa, junto con los Rothschild, y al igual que estos ellos acertaron a establecer sólidos lazos con el algodón durante la primera mitad del siglo XIX. También habían mantenido una dilatada relación con Estados Unidos, debido sobre todo a una circunstancia: la de haber propiciado que la expansión del poderío esclavista terminara comprándoles a los franceses el territorio de Luisiana.

Los Baring habían comenzado a invertir muy pronto en el negocio algodonerero —nada menos que en 1812, fecha en la que entregaron a Vincent Nolte, un comerciante de Nueva Orleáns, la suma de seis mil libras esterlinas para que montara una empresa de exportaciones de algodón—. Gracias a esta inyección de capital, la «posición de Nolte en el mercado del oro blanco empezó a adquirir un peso creciente», de modo que en la década de 1820 movía ya entre dieciséis mil y dieciocho mil balas por temporada. A principios de los años veinte del siglo XIX, al visitar Francis Baring a Nolte con el fin de comprobar la marcha de sus inversiones, quedó «evidentemente complacido», según Nolte, «al recorrer por vez primera lo que llaman la *Levéé** ... y verla cubierta, desde el barrio de la parte alta

hasta el de la parte baja, de balas de algodón estampadas con el sello de mi empresa». Sin embargo, Nolte quebró en 1826, de modo que los Baring contrataron para sus operaciones a un agente estadounidense —Thomas Ward, de Boston—, encargándole que pusiera en marcha un sistema capaz de controlar con mayor rigor las inversiones que la familia tenía en Estados Unidos.²⁵

Bajo la atenta mirada de Ward, el negocio algodonero de los Baring, cuya sede central se hallaba en Londres, creció rápidamente —tanto que en 1832 la familia decidió abrir una oficina en Liverpool—. Poco a poco, los Baring fueron levantando un sistema global de negocio y recopilación de información con epicentro en Liverpool. Gracias a él lograban reunir todos los datos relativos a los puntos de suministro de algodón en rama que se hallaban diseminados por el mundo, así como las noticias relacionadas con las confecciones de algodón y el consumo de géneros textiles, transformando después esos conocimientos en órdenes concretas para Thomas Ward, quien se encargaba a continuación de llegar a acuerdos con las empresas comisionistas de Nueva York, Filadelfia, Charleston, Savannah, Mobile y Nueva Orleans. Los Baring adquirían también participaciones —lo que significa que compraban lotes concretos de las partidas de algodón que enviaban otras casas comisionistas—. La Compañía de los Hermanos Baring realizaba las transferencias necesarias para proporcionar los fondos destinados a cubrir tanto los adelantos como las compras. Había sido esta capacidad de crédito, esgrimida como un arma por un puñado de comerciantes poderosos como los Baring, lo que había determinado que la brutalidad del capitalismo de guerra resultase cada vez más eficaz, siendo también, por idénticas razones, lo que permitió que la rentabilidad del capitalismo industrial no dejara de crecer.²⁶

En 1833, impulsados por esta ola de actividad, los Baring se convirtieron en el quinto importador de algodón en orden de importancia, transformándose en el mayor de todos —en la empresa cuyos «movimientos escudriña» la competencia— entre los años 1839 y 1842. Solo en el ejercicio fiscal de 1839-1840, por ejemplo, importaron 104.270 balas de algodón —una cantidad equivalente al producto del trabajo anual de al menos setenta mil esclavos.²⁷

Las operaciones de los Baring, al igual que las de los Rathbone, dejaban tamañitas a la mayor parte de cuantas realizaban sus colegas —y no solo en Liverpool, sino todavía más en los demás puertos algodoneiros que empezaban a surgir en el resto de Europa—. No obstante, también en otras regiones del mundo se abrieron camino sólidos comerciantes de algodón que se dedicaban a atender las necesidades de otras industrias algodoneiras nacionales. En la costa septentrional alemana, Bremen comenzaría a destacar como centro comercial del sector a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Los primeros sacos de algodón llegaron a esta región en 1788. En 1829, el puerto de Bremen contaba ya con seis comerciantes dedicados a tratar con algodón. Y en 1845, las familias Bechtel, Vietor, Delius, Meier, Hagendorn, Gildemeister y Fritze importaron, en conjunto, 18.498 balas de algodón.²⁸

A diferencia de Liverpool, Bremen no disponía de una floreciente industria algodoneira en las comarcas interiores próximas, así que la mayor parte de sus importaciones de esta materia prima eran enviadas después a fábricas situadas a varios cientos de kilómetros de distancia —fundamentalmente a Sajonia y al sur de Alemania—. La baza con la que sí contaba Bremen era la de sus vínculos personales con Estados Unidos. De hecho, el comercio algodoneiro de Bremen se debió en gran medida a la utilización de esta mercancía como flete de retorno, a fin de aprovechar el espacio que quedaba vacío en las bodegas de los barcos que habían llevado hasta las costas estadounidenses a grupos de emigrantes europeos. En enero de 1852, la empresa de comerciantes algodoneiros de Bremen, D. H. Wätjen and Co., cargó de algodón el buque *Albers* en Nueva Orleáns y le ordenó poner rumbo a Bremen. En abril llevó un pasaje de emigrantes a Nueva Orleáns, regresando después a Bremen en junio, con más algodón en los paños. En septiembre volvió a largar amarras para transportar a una nueva partida de emigrantes a Nueva Orleáns, trayendo tabaco a Londres en noviembre, aprovechando el viaje de vuelta. El comercio algodoneiro de Bremen demuestra la simbiosis que existía entre la exportación de los excedentes laborales europeos y la importación de productos agrícolas. La globalización empezaba a retroalimentar cada vez más sus propios procesos.²⁹

Más significativa que la actividad de los comerciantes de Bremen fue la de sus colegas de El Havre. Situado en la costa normanda del noroeste de Francia, El Havre fue el puerto más importante de la Europa continental durante la primera mitad del siglo XIX, ya que se encargaba de abastecer a las industrias de Francia, Suiza y la Alemania occidental. En 1830, los estibadores del puerto, tan mal pagados y sobrecargados de trabajo como sus colegas de Liverpool, sacaron de los barcos 153.000 balas de algodón, cifra que en 1860 se elevó a 600.000 —lo que suponía el 89 % del total de las importaciones de algodón francesas—. El algodón no tardaría en hacerse en El Havre un hueco comercial tan relevante como el que ya había logrado labrarse en Liverpool. La decisiva posición que ocupaba este puerto francés en el comercio algodonero europeo se debió, como en el caso de Liverpool, al papel que había desempeñado anteriormente tanto en las transacciones de la Compañía de las Indias Orientales como en el tráfico de esclavos, así como al hecho de que fuera, como Bremen, un gran puerto de embarque para los emigrantes europeos que partían a Estados Unidos.³⁰

Al igual que en Liverpool, también aquí iba a crecer constantemente el número de comerciantes dedicados a comerciar con el algodón. En 1835 eran 279 los tratantes que competían para hacerse con una parte del negocio. Y como ya hicieran sus colegas de Liverpool, también ellos habrían de operar a escala global. Jules Siegfried, por ejemplo, uno de los más destacados negociantes de El Havre, pertenecía a una familia de estampadores de algodón de Mulhouse, y no solo había aprendido el oficio en la empresa que su padre poseía en el puerto normando, sino que se había dedicado a trabajar también como aprendiz en Manchester y Liverpool. En 1859, su hermano Jacques abrió una compañía algodonera en Nueva Orleáns, y al final consiguió convertir la empresa en la firma transatlántica Siegfried Frères, cuyos socios viajaban con gran frecuencia entre Francia y Estados Unidos. Igual que en Liverpool, los comerciantes del sector algodonero de El Havre ajustaron las transacciones de algodón en rama al ritmo de la producción maquinizada.³¹

Jules Lecesne, otro comerciante francés, aun habría de realizar viajes más largos. Formado en Inglaterra, Nueva York y Boston, Lecesne fundó su primera empresa de exportaciones de algodón en Mobile, Alabama, en 1840

(una iniciativa que también imitaron algunos de los comerciantes de Bremen que decidieron establecerse temporalmente en las pequeñas poblaciones del sur de Estados Unidos con el doble fin de establecer lazos con los productores de algodón y de adquirir conocimientos técnicos). Diez años más tarde, Lecesne fundaba en Nueva Orleáns una empresa llamada Jules Lecesne Frères et Cie. En 1851 abría una agencia en Galveston, en 1854 hacía otro tanto en Nueva York, en 1857 repetía en París, y en 1858 fundaba otra en Manchester —todas ellas asociadas con la empresa que dirigía en El Havre—. Al final se encontró con una red de agentes que trabajaban para él en un vasto abanico de ciudades, de entre las cuales destacan las de Galveston, Nueva Orleáns, Mobile, Nueva York, La Habana, Cork, Glasgow, Manchester, Liverpool, París y, por supuesto, El Havre. Se convirtió en el mayor importador de algodón de ese puerto francés y en el principal proveedor de la industria alsaciana, haciéndose responsable del 22 % de las importaciones de algodón que se efectuaron en El Havre en 1860.³²

A medida que fuera avanzando el siglo XIX, los importadores europeos —es decir, las personas que fletaban cargamentos de algodón de un extremo a otro de los océanos— tendrían que hacer frente a la competencia de un país cuya rivalidad se habría juzgado muy improbable a principios de siglo: los Estados Unidos de América. En Nueva York, pero también en Boston y otros lugares, empezaron a surgir grupos de tratantes de algodón llamados a desempeñar un papel cada vez más importante, tanto en el comercio transatlántico de esta materia prima como en el abastecimiento de las fábricas textiles estadounidenses.

LA REORGANIZACIÓN DE LA CAMPIÑA GLOBAL



Jules Siegfried.



Francis Baring.

Brown Brothers, una compañía norteamericana, acabaría sumando su nombre a la lista de las empresas algodóneras más importantes del mundo. Los hermanos Brown eran inmigrantes irlandeses. En 1800, Alexander Brown había fundado en Baltimore un modesto negocio de lino, pero poco

después amplió sus intereses, iniciándose en el comercio del algodón. En 1810, y con el objetivo de dar un paso más en este proceso de diversificación, Alexander envió a su hijo William a Liverpool para abrir una empresa dedicada a la importación de algodón estadounidense y a la exportación de artículos de algodón. Mandó también al resto de sus hijos a otras ciudades portuarias. Y lo que es aún más importante: en 1825, su hijo James partió a Nueva York con el encargo de promover «los intereses de la compañía de los señores William y James Brown, de Liverpool, y de ofrecer mayores facilidades, así como una amplia selección de mercados, a nuestros amigos del sur, que están dispuestos a entregarnos ... su negocio». En la década de 1820, la empresa de los hermanos Brown se había convertido ya en una de las más importantes de cuantas efectuaban transacciones algodoneras entre Estados Unidos y Liverpool.³³

De la década de 1820 a la de 1850, los hermanos Brown intervinieron en todas las facetas vinculadas al comercio de algodón con el sur de Estados Unidos. La compañía ofrecía a los cultivadores de algodón y a los factores de los estados sureños adelantos a cuenta de sus futuras cosechas. Organizaba el envío de las mercancías a Liverpool —y de hecho los propios hermanos Brown poseían un buen número de barcos—. Se encargaba de asegurar el algodón en tránsito. Vendía enormes cantidades de fibra a comisión (siendo lo habitual que la compañía Brown adelantara aproximadamente las dos terceras partes del valor de mercado que tenía la materia prima enviada en esas remesas), una fibra que obtenía a través de los factores —entre los que se contaban los agentes de que disponía la propia empresa en los puertos de Nueva Orleans, Mobile, Savannah y Charleston—. Pese a que los hermanos Brown prefirieran por regla general el negocio de las comisiones, que era menos arriesgado, a veces compraban el algodón directamente, adquiriéndolo en propiedad y enviándolo después a Liverpool para su venta. Además, otra de sus actividades —cuya importancia iba en constante aumento— consistía en ofrecer créditos y servicios cambiarios (facilitando la conversión de distintas divisas) a los empresarios del sur de Estados Unidos, algo que permitía que estos últimos comerciaran con cosechas cultivadas por esclavos. En la década de 1830 concedieron un adelanto de cien mil dólares a Martin Pleasants and Co.,

una empresa de tratantes algodonereros de Nueva Orleáns, así como una línea de crédito de doscientos mil dólares a Yeatman Woods and Co., un establecimiento bancario de esa misma ciudad. También hacían circular buenas cantidades de capital por un conjunto de bancos sureños, de entre los que destacan el Banco de Plantadores y Comerciantes de Mobile, Alabama, y el Banco de Comerciantes y Tratantes de Misisipi. Los hermanos Brown se convirtieron en una referencia crucial en la economía global del algodón, de modo que no tardaron en hacerse ricos. Se estima que en los expansivos años de principios de la década de 1830, los hermanos Brown obtuvieron unos beneficios superiores a los cuatrocientos mil dólares anuales —suma suficiente para comprar trece yates de 30 metros de eslora, o mil trescientos coches de caballos.³⁴

Estas actividades permitieron que la familia Brown se hiciera con una significativa porción del comercio global del algodón y se adelantara, por su importancia, a la creciente influencia de que habrían de disfrutar los comerciantes estadounidenses que participaban de los beneficios del imperio del algodón a finales del siglo XIX. En 1820, el volumen de importaciones que inyectó William Brown en Liverpool vino a equivaler al 2,8 % de la afluencia total de mercancías al puerto, elevándose dicha cifra a un 7,3 % en 1839 —lo que le situaba entre los diez importadores de algodón más relevantes del mayor puerto algodonerero del mundo—. En 1838, su hermano James, afincado en Nueva York, movió 178.000 pacas de algodón o, lo que es lo mismo, un 15,8 % del total de exportaciones de algodón enviadas por Estados Unidos a Gran Bretaña. Andando el tiempo, la familia Brown optaría por dedicar parte de su fabulosa fortuna a la promoción de ferrocarriles, bancos, empeños industriales e instituciones culturales —de entre las que sobresale el Museo de Historia Natural de Nueva York—. Y a través de tan diversificada cartera de inversiones, los salarios de los esclavos de las plantaciones y los réditos de las tierras expropiadas acabaron materializándose en un conjunto de instituciones económicas y culturales llamadas a perdurar mucho después del año 1865, fecha de la abolición del esclavismo.³⁵

Ya fuera en Nueva York o El Havre, en Bremen o Liverpool, el algodón que adquirían y enviaban esos comerciantes venía, en la inmensa mayoría de los casos, de territorios conquistados por la fuerza y de campos cultivados con mano de obra esclavizada —de las Indias Occidentales y Brasil en un primer momento, y más tarde del sur de Estados Unidos—. De hecho, los comerciantes acabaron poniendo en pie un conjunto de vínculos particularmente denso con esas regiones del mundo aparentemente distantes, rústicas y escasamente desarrolladas. Lo sorprendente es que unos territorios dominados por el trabajo esclavo —a diferencia de lo sucedido en un gran número de tierras del sur de Asia y África dedicadas desde antiguo al cultivo del algodón— se revelaran tan singularmente maleables en manos del capital y los capitalistas europeos, resultando además particularmente adaptables a las pautas de la producción maquinizada.

El instrumento más significativo que emplearon los comerciantes para forjar estos vínculos fue el capital, esgrimido en forma de crédito. El crédito fue la varita mágica que permitió a los negociantes reorganizar la naturaleza, desbrozar las tierras, expulsar a los habitantes autóctonos, comprar mano de obra, producir cosechas de una calidad concreta en la cantidad precisa, y satisfacer el voraz apetito de los manufactureros y su moderna maquinaria algodonera. Y en esa época, la materialización de esos pasos esenciales se reveló mucho más difícil de llevar a cabo, por no decir imposible, sin recurrir al trabajo esclavo.

El éxito que obtuvieron en último término aquellos comerciantes no se debió únicamente a su capacidad para organizar complejas transacciones y transportar mercancías al por mayor a distancias muy grandes, sino también a su capacidad para imponer los ritmos de la producción industrial en las regiones rurales. Basta contemplar someramente los libros de cuentas de una plantación para percatarse de que el crédito europeo era el elemento esencial que permitía a los plantadores comprar terrenos y más terrenos, acrecentar incesantemente el número de esclavos, y retenerlos además entre una y otra cosecha. Menos evidentes, aunque más importantes, fueron los medios con los que el mercado financiero londinense logró introducir la lógica del capitalismo industrial entre los plantadores. Así describe el comerciante algodonero de Nueva Orleans, W. Nott, la relación que existía

entre el dinero y los campos de cultivo: en 1829, al conceder Thomas Baring una línea de crédito de 10.000 dólares a la Compañía de W. Nott, este último consiguió adelantar, gracias a ello, importantes sumas de dinero a los «Plantadores de Tennessee, contra las letras de los factores con que estos operan aquí, y en previsión de los ingresos que habrán de obtener con las cosechas que están cultivando en este momento —letras que por regla general se aceptan de buena fe, sobre la base de la promesa de los plantadores, que se obligan a enviar lo cosechado, una vez listo, ocho, diez e incluso doce meses antes de que la mercancía llegue finalmente a manos de quienes la han apalabrado—». Este tipo de transacciones, prosigue, eran relativamente seguras debido «al íntimo conocimiento que posee la Compañía de J. W. Nott respecto a la posición y carácter de todos y cada uno de los plantadores, por no mencionar el hecho de que al menos uno de esos plantadores reside de forma permanente en Nashville ..., y lo cierto es que, al adelantar el valor aproximado de unas 25.000 o 30.000 balas de algodón en una determinada temporada —como se supone que han de hacer—, no cifran su confianza en la firma del factor, que posiblemente no dispone ni de la quincuagésima parte de la suma total, sino en la puntualidad con que los plantadores habrán de enviar sus cosechas a ese factor, a tiempo de atender al pago de la letra».³⁶

Además de adelantar directamente un dinero a crédito a los plantadores, los comerciantes de Europa y Nueva York también invertían en bonos y bancos de las regiones meridionales de Estados Unidos, los cuales servían para financiar una nueva expansión de los cultivos de algodón. En 1829, Baring suscribió un paquete de bonos del estado de Luisiana, emitidos para sostener económicamente a la Asociación Unificada de Plantadores del Banco de Luisiana. Pese a que este banco hubiera sido creado por los propios plantadores en 1828 —destacando entre los fundadores la figura de Edmond Forstall, amigo personal de Baring—, lo cierto es que al revelarse imposible reunir el capital suficiente para los empeños comerciales del consorcio, el estado de Luisiana se ofreció como garante último de dichos bonos. Una vez emitidos los bonos, Baring compró papel por valor de 1,666 millones de dólares. Dos años después, en abril de 1830, el banco tenía un activo de 1,6 millones de dólares en

préstamos sin pagar —pues esa era la cantidad concedida a los plantadores —, respaldados por un conjunto de propiedades valoradas en cinco millones. De este modo, lo que hacía efectivamente Baring era financiar una gran expansión del complejo formado por las plantaciones de Luisiana, dado que con su liquidez se posibilitaba el desbrozo de tierras y la compra de esclavos, todo lo cual terminaba alimentando su propio e inmenso negocio de importación de géneros de algodón. Muy pocos terrenos del mundo disfrutaban de unas inversiones de capital tan concentradas como la integrada por el cinturón de plantaciones algodoneras de Estados Unidos — y pocos lugares del planeta habrían de constituirse en fuente de semejante volumen de beneficios.³⁷

Buena parte de ese capital europeo —y también, cada vez más, del capital de Nueva York y Boston— se invertía en la expansión de la agricultura algodonera a través de un grupo de comerciantes que además de dedicarse a ejercer como intermediarios tenían la misión de mantener en contacto a los tratantes de algodón con los plantadores de fibra de Estados Unidos: los factores. Estos profesionales completaban la cadena de negociantes que mediaba entre la fábrica y la plantación. La interacción entre los comerciantes que exportaban algodón y los factores que los vinculaban con los cultivadores fue la piedra angular que permitió que el capital europeo forzara la adecuación del pulso de la campaña de las regiones meridionales de Estados Unidos a los ritmos de las máquinas.

Estos intermediarios estadounidenses aceptaban el algodón de los plantadores sobre la base de una comisión, lo transportaban a los puertos y después se lo vendían a comerciantes como los Baring y los Brown. Este servicio resultaba enormemente beneficioso para los plantadores, ya que les permitía vender sus productos en los grandes mercados del litoral, o incluso en Europa, dándoles de hecho acceso a los mercados lejanos —aun en el caso de los cultivadores situados en regiones más remotas—. Los factores también proporcionaban a los plantadores víveres y mercancías manufacturadas. Asimismo eran los suministradores más importantes de capital, los que inyectaban dinero en las regiones algodoneras de las áreas

meridionales de Estados Unidos, procurando cauces de crédito a los plantadores, que después utilizaban el dinero para adquirir los pertrechos que precisaban para salir de apuros hasta la siguiente cosecha de algodón o comprar nuevas tierras y esclavos con los que expandir la producción de algodón.³⁸

El interés de esos préstamos —del 8% o más—, garantizado por las futuras cosechas de algodón, era otra de las fuentes de ingresos de los factores. Estos obtenían capital de los comerciantes europeos, de modo que «el plantador de algodón lograba acceder a los mercados financieros del mundo, así como a las plazas del globo dedicadas al intercambio de mercancías, por medio de su factor». Su labor, consistente en recoger el algodón que le entregaban los plantadores esclavistas y los pequeños propietarios rurales y en vendérselo después a los exportadores no les convirtió en los comerciantes más acaudalados del imperio del algodón, pero sí les transformó en los más abundantes. Dondequiera que se cultivara algodón se arracimaban en grandes grupos los factores. Al ser la encarnación misma del capital radicado en las costas, lo que hacían era llevar a las propias puertas de las plantaciones de esclavos las normas que regían la acumulación mundial de capital y la demanda de los manufactureros, permanentemente interesados en adquirir algodón de calidad predecible a precios cada vez más económicos.³⁹

Algunas ciudades, como Nueva Orleáns, Charleston y Memphis, contaban en su casco urbano con decenas de factores, todos ellos dedicados a llevar enormes cantidades de oro blanco a sus respectivos puertos. De hecho, Samuel Smith, un agente de corretaje de Liverpool, emitió un informe desde Nueva Orleáns en el que decía que «la *levée*», es decir, el largo terraplén que bordea el gran río Misisipi», «se hallaba cubierto por una doble o triple hilera de vapores destinados al transporte del algodón, formando una fila de varios kilómetros de longitud». Y «se apilaban tantas balas de algodón sobre sus cubiertas» que «más que barcos parecían castillos flotantes». No obstante, las ciudades de menor tamaño también atraían a los factores, y por consiguiente al algodón. Daniel Ladd, por ejemplo, ejercía su oficio en la pequeña población de Newport, junto al río Saint Marks, en Florida. Nacido en el seno de una familia de comerciantes,

transportistas navieros y propietarios de fábricas textiles de Augusta, Maine, en 1817, Ladd comenzó a trabajar con dieciséis años en la oficina de uno de sus parientes, que poseía una empresa comisionista en Florida —iniciando poco después un negocio por cuenta propia—. Newport era una plaza sumamente indicada para un negocio de esa clase, dado que en la década de 1820 el pueblecito había resultado ser un importante puerto para la exportación del algodón cultivado en el norte de Florida y el sur de Georgia. En 1850, tanto Newport como la vecina localidad de Saint Marks cargaban en los barcos de sus amarraderos unas cuarenta y cinco mil balas de algodón al año, constituyendo así, según el biógrafo de Ladd, una magnífica ocasión para «su imaginativo intelecto», que «se hallaba continuamente enfrascado en concebir fórmulas con las que transformar esas oportunidades en negocios rentables». Ladd proporcionaba adelantos en efectivo a los plantadores, vendía el algodón que le entregaban a cambio de una comisión, les compraba fibra, les distribuía abastos y les ofrecía facilidades para el embarque de sus mercancías. Profundamente implicado en la economía esclavista, el propio Ladd no solo era poseedor de veintisiete esclavos en 1860 sino que él mismo se dedicaba a traficar con ellos —ya que en 1847 publicó un anuncio en el que ponía a la venta sombreros y sillas de montar, además de «un bracero agrícola y un desmañado cocinero»—. Garantizaba con esclavos un gran número de hipotecas, como puede verse en este ejemplo: «Por cien dólares pagaderos el 15 de febrero de 1845, R. H. Crowell empeña a una muchacha negra de dieciséis años llamada Carolyn y trescientas fanegas de maíz». El negocio de Ladd, pese a ser de carácter local por definición, se hallaba abierto de muchas y muy distintas formas al vasto universo de las manufacturas y el otorgamiento de créditos. El algodón que vendía Ladd era enviado a empresas de Boston, Savannah y, sobre todo, Nueva York, puesto que de ahí era de donde procedía la mayor parte del capital. Además, los agentes de Ladd acudían todos los años a Nueva York para adquirir suministros, llegando a gastar en esa partida más de cincuenta mil dólares en 1860.⁴⁰

En el fondo, los factores como Ladd operaban con el capital que les adelantaban los comerciantes europeos para que ellos se lo entregaran a su vez en forma de anticipos a los plantadores, quienes lo utilizaban para

comprar tierras, esclavos y provisiones. Esos mismos comerciantes europeos también adelantaban cantidades a crédito con las que los fabricantes quedaban en condiciones de comprar algodón, proporcionando igualmente el capital que necesitaban los pañeros de todo el mundo para adquirir géneros de algodón y vendérselo a los consumidores. Sin crédito, el imperio del algodón se habría derrumbado —y de hecho, como demasiado bien había acabado sabiendo cualquier plantador al que se le hubiera tenido que ejecutar un préstamo, el imperio del algodón era esencialmente un imperio crediticio.

A su vez, los comerciantes podían acudir a varias fuentes en busca de capital. En parte generaban capital gracias al comercio mismo. Eran muchos los negociantes algodoneros que habían dado sus primeros pasos como empleados o socios de la empresa de algún colega, empleando después los beneficios acumulados para empezar a comerciar por cuenta propia. Como hemos visto, otros tratantes decidieron trasladar sus activos, abandonando una determinada línea de negocio para invertir de pleno en el mundo del algodón. Eso fue exactamente lo que hicieron los Baring al transferir el capital que manejaba la empresa de préstamos gubernamentales que regentaban y el dedicado a atender sus compromisos con la Compañía de las Indias Orientales para invertirlo en transacciones algodoneras. Otro tanto hicieron los Brown, que emplearon el capital acumulado con el comercio del lino para penetrar en el del algodón; los Rathbone, que recurrieron a los beneficios de los diversos negocios a los que se dedicaban para especializarse en esa misma materia prima; Nathan Rothschild, que echó mano de los réditos que había amasado su padre con la banca y el comercio en general para invertir masivamente en el sector textil; y el comerciante de Bombay Jamsetjee Jejeebhoy, que se valió de los caudales acumulados gracias al tráfico de opio para introducirse en el negocio de las exportaciones de algodón. Otros comerciantes habían hecho fortuna con la trata de esclavos: en el año 1807, tras abolirse en Gran Bretaña el tráfico de personas, hubo en Liverpool más de un comerciante que se pasó al negocio del algodón. Y no debemos olvidar a los bancos que hacían un fondo común con los recursos de los comerciantes en ciudades como Liverpool, El Havre

y Nueva York, ni a los que se mostraban dispuestos a adelantar dinero a crédito a los negociantes con el fin de que estos lo usaran a su vez para engrasar el engranaje internacional de la producción algodonera.⁴¹

En gran parte de estas líneas de crédito se ponía como garantía la futura entrega de las materias primas que cultivaban los esclavos, y a veces incluso el valor de los esclavos mismos. Esta relación entre los préstamos y las propiedades se hacía patente cuando las cosas salían mal: por ejemplo, en caso de que los plantadores no pudieran pagar los adelantos que les habían entregado sus factores y de que estos se vieran en la imposibilidad de devolver los créditos recibidos de los exportadores. De esta forma, los Brown de Nueva York, que habían adelantado grandes sumas de dinero a los plantadores de las regiones sureñas de Estados Unidos, acabaron viéndose propietarios de al menos trece grandes plantaciones de algodón de esas comarcas, quedando igualmente a su cargo cientos de esclavos. Según las estimaciones de William y James Brown, en 1842 el valor de esas plantaciones se elevaba a 348.000 dólares, siendo de 1,55 millones el total de las inversiones dedicadas al sur de Estados Unidos. De hecho, James Brown, desde su lejano despacho de Nueva York, contrataba a gestores afincados *in situ* para encargarles que supervisaran las plantaciones de esclavos.⁴² La Cámara de Comercio de Estados Unidos en Liverpool comprendió perfectamente esta relación, lo que explica que en su reunión del año 1843 señalara lo siguiente:

Sucede muy a menudo que en el curso de esta clase de transacciones los plantadores, u otras personas de los países esclavistas, se endeudan con los comerciantes británicos, los cuales, para precaverse frente a una eventual pérdida, aceptan de sus deudores, a modo de garantía, hipotecas sobre sus plantaciones, incluyendo a los esclavos, ya que constituyen una parte esencial de su valor. En las transacciones comerciales entre Inglaterra y los Estados Unidos de América, que desde hace unos cuantos años están haciendo que los deudores deban fuertes sumas a este país, los comerciantes británicos, bien de manera directa, bien a través de sus agentes, se han visto obligados a aceptar respaldos económicos de este tipo, y en cantidades muy notables, muchas de las cuales siguen sin percibirse. En muchos casos, los deudores no tenían ninguna otra propiedad que ofrecer.⁴³

No es solo que hubiera unos cuantos comerciantes concretos que se vieran convertidos en propietarios de esclavos, sino que, en términos más generales, el flujo de crédito entre Gran Bretaña y Estados Unidos se

apoyaba —y en un grado bastante significativo— en la propiedad de esclavos. Ese fue exactamente el motivo de que en 1843 la Cámara de Comercio de Estados Unidos en Liverpool emprendiera una campaña de presiones políticas contra la Ley sobre el Comercio de Esclavos, ya que sus integrantes temían que eso convirtiera en ilegales «la totalidad de las garantías hipotecarias [respaldadas por su contravalor en esclavos], así como otras fianzas y resguardos establecidos ... para materializar toda transacción o contrato relacionado con un fin cualquiera». La transformación de las personas en garantías financieras, además de su utilización como mano de obra, lubricaba en todo el globo la circulación de capitales, y con ello la del algodón, haciéndoles adquirir una velocidad cada vez más acentuada.⁴⁴

Y si este sistema, consistente en la extensión del crédito, estaba expuesto a sufrir perturbaciones se debía precisamente a su alcance internacional. Todos y cada uno de sus componentes guardaban relación con los demás. Si la gente caía en bancarrota en una parte del imperio, la crisis podía difundirse con rapidez al conjunto de los nodos de la red. Los manufactureros de Lancashire dependían de los mercados extranjeros, y el impago de los comerciantes que operaban en esos mercados, caso de que no lograsen transferir las cantidades que debían abonar, podía provocar graves problemas en la metrópoli. «Dado que han transcurrido ya cerca de once meses desde que nos comprara usted el último bulto de mercancía, y que nosotros tenemos adquiridos fuertes compromisos de pago, que sin duda se nos habrán de exigir con urgencia esta primavera, permítanos solicitarle que nos envíe un pago a la mayor brevedad, ya sea en efectivo o en especie», exhortan a su interlocutor los comerciantes neoyorquinos Hamlin y Van Vechten, presos de considerable angustia. Si los precios del algodón en rama caían de forma abrupta, como sucedía de cuando en cuando, los comerciantes se encontraban en posesión de unos volúmenes de materia prima cuyo valor resultaba de pronto inferior al de los adelantos que hubieran efectuado, lo que determinaba que les resultara muy difícil, o incluso imposible, saldar sus propias deudas. La consecuencia se materializaría en una triple ocurrencia de pánicos financieros: en 1825, 1837 y 1857.⁴⁵

Pese a esos periódicos desplomes, el capital se desplazaba con notable facilidad en la mayoría de las ocasiones, llegando tanto a los últimos confines de la producción algodonera como a las regiones del mundo en que predominaba el uso de la mano de obra esclavizada. En cambio, a los agentes de corretaje europeos —tanto si se dedicaban a comprar algodón como a venderlo—, así como a los importadores y a los factores, les resultaba mucho más difícil penetrar, pese a que controlasen unas cantidades crecientes de capital, en aquellas zonas rurales en las que se cultivaba el algodón recurriendo predominantemente al campesinado como mano de obra. Como ya hemos visto, los ritmos de la producción campesina tendían a ser empecinadamente rígidos, para gran frustración de los locuaces comerciantes y manufactureros del sector algodonero. De hecho, los instrumentos del capitalismo de guerra europeo, tan eficaces en Norteamérica, no iban a servir para lograr la plena incorporación de las tierras de labor y la mano de obra agrícola de Asia y África a las redes globales del algodón. Sencillamente no existían las infraestructuras necesarias, ni en el plano físico ni en los terrenos administrativo, militar y jurídico.

Esto no significa que no hubiese relación entre el capital mercantil europeo y los productores libres del campo, puesto que esta existía, por ejemplo, en la India. Sin embargo, las cantidades de algodón con las que se operaba seguían siendo limitadas, y además la calidad no terminaba de agradar por entero a los manufactureros europeos. En la India, los sistemas de producción del algodón nunca se adecuaron demasiado bien a las particulares necesidades de las modernas hilanderías europeas. De hecho, en las regiones en que el cultivo de esta materia prima quedaba en manos de los campesinos, el capital europeo no llegaba a los productores. En cambio, lo que sucedía era que los cultivadores locales conservaban el suficiente control sobre sus tierras y su mano de obra como para no tener que adaptar su producción a los mercados internacionales y someterse a un régimen de monocultivo. Por otra parte, en esas regiones los comerciantes indígenas conseguían mantener las riendas del comercio algodonero interior, reteniendo incluso la dirección de las exportaciones. En el año 1851 todavía había algunos comerciantes indios, como Cursetjee Furndoonjee, Cowasji

Nanabhoy Davar y Merwanji Framju Panday, que exportaban más balas de algodón de la India que los negociantes europeos. De existir algún tipo de penetración, lo más frecuente era que las compañías europeas actuaran como agentes subordinados de los comerciantes algodoneros de la India, tomando préstamos de las fuentes indias de capital mercantil. Y como es lógico, los tratantes indios también dominaban la producción de algodón en el interior del propio subcontinente, y además el capital local alcanzaba a financiar de sobra el cultivo del algodón destinado a la exportación.⁴⁶

El importantísimo papel que desempeñaban los comerciantes indios en el sector del algodón en bruto hundía sus raíces en el anterior rol que habían ejercido en el comercio de telas. En 1788, la Cámara de Comercio de la India informaba al gobernador general de la Compañía Británica de las Indias Orientales de que el comercio del algodón «permanece todavía en gran medida en el rústico estado en que lo mantienen los indígenas, y cualquier negocio relacionado con él depende muy notablemente de la población local». Al principio, algunos comerciantes indios como Pestonjee Jemsatjee, Jamsetjee Jejeebhoy y Sorabje Jevangee —todos ellos de Bombay— consiguieron trasladar la capacidad profesional que habían demostrado sus compatriotas en el comercio de las telas al negocio del algodón en rama. Una de las consecuencias de ese logro fue que a lo largo de la primera mitad del siglo XIX la influencia de los comerciantes occidentales en la India hubo de ceñirse por lo común a las ciudades costeras —aunque incluso en ellas habrían de topar con la dura competencia de los comerciantes indios—. La Cámara de Comercio de Bombay, fundada en 1836, contaba entre sus miembros con un gran número de comerciantes indios, lo que da fe de que estos seguían desempeñando un papel muy importante. Como aún habría de encontrar ocasión de observar dicha institución en el año 1847, «Su Comité no juzga adecuado sostener las esperanzas de que los comerciantes, como tales, puedan asumir ninguno de esos cargos —dada la situación presente de la actividad y las operaciones de los europeos en el país—, puesto que ello implicaría sostener establecimientos en el interior. Por eso hemos considerado conveniente añadir que el único respaldo que los comerciantes ingleses pueden pensar

en permitirse deberá quedar circunscrito a comprar algodón cuando este aparezca aquí para su venta, cosa que, según se dice, están perfectamente dispuestos a hacer».⁴⁷

En la propia campaña dedicada a la producción de algodón, los comerciantes indios adelantaban fondos a los cultivadores, muchas veces a unos tipos de interés exorbitantes. Esos productores vendían después el algodón en bruto a los agentes de corretaje, que más tarde anticipaban el algodón a los comerciantes de la costa —de acuerdo con un sistema que los británicos consideraban «malo», principalmente debido a que escapaba a su control—. Como habría de señalar en 1832 el tratante John Richards, radicado en Bombay, a los Baring de Londres: «Los comerciantes nativos únicamente reciben el producto del interior del país, el litoral, el golfo Pérsico, el mar Rojo y China. Muchos de ellos, tanto hindúes como parsis, son ricos, y los hay incluso que poseen grandes sumas de capital. Por el momento, el negocio se halla tan completamente en sus manos que todos los intentos de firmar contratos algodoneros con los comerciantes que jalonan el litoral han fracasado». Este predominio del capital no europeo, unido al hecho de que los campesinos locales continuaran controlando las tierras y la mano de obra, daría como resultado, entre otras cosas, una producción algodонера enfocada más a la satisfacción de las necesidades de los productores locales, entre los que cabe incluir a los manufactureros de la zona, que a atender las peticiones específicas de unos propietarios de fábricas textiles afincados en la lejana Europa.⁴⁸

Difícilmente cabría calificar de excepcional la independencia de que disfrutaron los comerciantes y los productores indios a lo largo del siglo XIX. En casi todo el mundo, la penetración europea en las tierras del interior, es decir, en las zonas en que se cultivaba el algodón, seguía teniendo mucho más de rareza que de circunstancia habitual. A mediados de siglo, las transacciones a que daba lugar la generalidad del algodón que se producía no pasaban por los libros de cuentas de los negociantes europeos ni estadounidenses. En China, el algodón importado de la India quedaba bajo el control de los comerciantes de los Hong,* que lo vendían a los distribuidores que operaban en el interior. Al igual que en la India, también en la Anatolia occidental el comercio entre el puerto de Esmirna y las

regiones productoras de algodón se hallaba en manos de los tratantes locales. En Egipto, otro de los territorios del imperio otomano, el impacto que ejercían los negociantes occidentales en el comercio entre los productores y el puerto de Alejandría también seguía siendo muy limitado. Hasta finales de la década de 1840, Mehmet Alí consiguió imponer un monopolio prácticamente completo en todas las operaciones relacionadas tanto con la compra de algodón en rama a los productores como con su venta a los tratantes de la costa —cosa que se lograba, entre otras importantes razones, obligando a los campesinos a pagar sus impuestos en algodón—. Además, algunas regiones recién industrializadas se las arreglaban para no depender del algodón importado. En México, por ejemplo, los industriales de Puebla compraban directamente el algodón a los productores, o bien recurrían a las ofertas que les hacían los comerciantes de Veracruz.⁴⁹

Lo que resulta notable es que a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, la penetración del capital europeo en la campaña que se dedicaba en todo el mundo al cultivo del algodón se circunscribió en gran medida a un conjunto de regiones en las que dicho cultivo era efectuado por mano de obra esclavizada —lo que significa que la esclavitud, y no la producción campesina, fue la que proporcionó sustento al trabajo asalariado al surgir la Revolución Industrial—. Solo después de que la esclavitud se convirtiera en una modalidad de movilización de la mano de obra totalmente insostenible y de que los estados europeos se hubieran dotado de unas competencias administrativas, judiciales, militares e infraestructurales enormemente superiores a las de épocas pasadas —gracias a su capacidad para captar parte de la riqueza que generaban las manufacturas mecanizadas— empezaría a revolucionar la combinación del capital y el poder estatal de Europa la campaña global de la India, Egipto y, en último término, el Asia Central y África.

Pese a que no consiguiera integrar a los campesinos productores en el imperio del algodón, el rasgo más característico de la primera industria manufacturera del mundo moderno es su dimensión global. Esta globalización necesitaba elementos globalizadores, es decir, personas que comprendieran las oportunidades que ofrecía el nuevo orden y que

acertaran a movilizar tanto a sus respectivas comunidades sectoriales como a sus estados a fin de realizar las acciones colectivas necesarias para consolidarlo. Los principales agentes globalizadores no fueron ni los plantadores ni los manufactureros, cuya mentalidad era en muchos casos profundamente local, sino, como hemos visto, los comerciantes que optaron por especializarse en la creación de redes capaces de establecer vínculos entre los cultivadores, los manufactureros y los consumidores.

La creación de estas redes globales requirió coraje e imaginación. En 1854, al ofrecer Johannes Niederer sus servicios a la casa comercial suiza de la familia Volkart, se prestó también a explorar las oportunidades mercantiles que pudieran presentarse en Batavia, Australia, Macasar, Mindanao, Japón, China, Rangún, Ceilán y Ciudad del Cabo. De acuerdo con las conclusiones de un historiador, eran estos comerciantes y trotamundos los que «regían la industria». De hecho, los manufactureros y los cultivadores se quejaban periódicamente del poder que tenían los comerciantes, mientras que, a su vez, muchos de esos negociantes tendían a mirar por encima del hombro a los manufactureros, a quienes consideraban tan provincianos como marrulleros: Robert Creighton, un tratante de algodón de Pensilvania, llegaría incluso a prevenir a sus hijos en su testamento, instándoles a no meterse en el negocio de las manufacturas, y lo mismo haría Alexander Brown, que en 1819 recordaba a su hijo William que todos los miembros de la empresa familiar «se oponen de forma unánime a la vinculación [del negocio] con cualquier interés que guarde relación con las fábricas textiles de algodón».⁵⁰

Para convertirse en unos de esos poderosos actores del imperio del algodón, y para gestionar de manera rentable dicho comercio, tanto los miembros del clan Rathbone como los de las familias Baring, Lecesne, Wätjen, Ralli y otras similares tuvieron que erigir densas redes con las que conseguir una fluida y fiable circulación de la información, el crédito y las mercancías.⁵¹ La forja de dichas redes presentó dificultades extraordinarias. Los Rathbone, por ejemplo, dedicaron una asombrosa cantidad de energía a nutrir los vínculos que les unían con los comerciantes de Nueva York, Boston y distintos puertos de las regiones sureñas de Estados Unidos, fundamentalmente Charleston y Nueva Orleans. Intercambiaban constantes

cartas con sus socios comerciales, tratando de conseguir así datos actualizados de los mercados y de materializar nuevas oportunidades de negocio. También viajaban con frecuencia a Estados Unidos, hasta el punto de que uno de los ritos de paso que debían superar los jóvenes integrantes de la empresa consistía en vivir una larga temporada en ese país norteamericano.⁵²

Otros comerciantes también se esforzaron con idéntica entrega para conseguir poner en marcha esas redes. En 1828, Thomas Baring recorrió la costa de Estados Unidos, ascendiendo desde Nueva Orleáns a Boston con el fin de averiguar cuáles eran las condiciones de negocio que existían en cada localidad, de establecer vínculos más estrechos con los tratantes de las pequeñas poblaciones del sur del país —y poder ampliar de ese modo sus transacciones—, y de conceder créditos a diversas empresas del sur, permitiéndoles así pagar por adelantado parte de los fletes de algodón que tenían entre manos. Jules Lecesne efectuó el mismo periplo, estableciendo sucursales del negocio familiar en distintos puertos algodoneros del mundo Atlántico y colocando al frente de los mismos a sus parientes (con quienes habría de mantener después un constante flujo de información sobre los precios y las cosechas), y llegando finalmente a publicar en Nueva Orleáns un boletín en francés con todos los datos relativos al flete de partidas de algodón. Lo que se necesitaba, por encima de todo, era información fiable sobre los más mínimos detalles: desde las condiciones climatológicas al temperamento de los agentes de corretaje.⁵³

El comercio global del algodón, como ya hemos visto, descansaba en la circulación del crédito. El crédito, a su vez, hallaba respaldo en la confianza. Y en un mercado global cuyo alcance rebasaba con mucho el círculo de parentesco de cualquier familia o tribu, la confianza dependía de la información. Por consiguiente, la información constituía el eje mismo de la actividad que llevaban a cabo la mayor parte de los comerciantes. Para todo negociante, la posibilidad de disponer de un amplio canal de información constituía un factor potencialmente relevante, pero no obstante los tipos de datos más valiosos eran dos: quién acostumbraba a reembolsar sus deudas y cuál podía ser la evolución de los precios del algodón en los meses venideros. Teniendo en cuenta ese estado de cosas, no es de extrañar

que los comerciantes intercambiaban millones de cartas para abordar estas cuestiones —cartas que hoy reposan en los oscuros rincones de muchas bibliotecas y archivos—. Como es obvio, las expectativas sobre los futuros movimientos de precios eran enormemente importantes, y por consiguiente resultaba también de gran valor la información relacionada con los elementos susceptibles de influir en esos precios: el clima reinante en las zonas dedicadas al cultivo del algodón, los efectos de las guerras o la situación de las economías regionales. Pese a que algunas instituciones como el Banco de Inglaterra también empezaran a reunir ese tipo de información, lo cierto es que, en su mayor parte, los datos no solo seguían en manos privadas sino que también se reunían (y conservaban) con fines exclusivamente particulares.⁵⁴

En los casos en que la información fiable resultaba escasa, los rumores y las habladurías se encargaban de colmar el vacío. La reputación provocaba el auge y la caída de las empresas, y la difusión de una información manipulada podía orientar el sesgo de los mercados. En estas condiciones, no tiene nada de extraño que el hecho de hallarse en situación de proporcionar información constituyese una gran fuente de prestigio, así como una de las vías por las que un comerciante en concreto y su compañía podían mejorar su reputación. En 1841, al ofrecer sus servicios la empresa mercantil Menge y Niemann de Hamburgo a la casa comercial neoyorquina de Phelps Dodge and Co., lo primero que hicieron fue presentarse, tanto a título personal como empresarial, para pasar inmediatamente a proporcionar a sus socios potenciales información relativa al desarrollo del comercio en Hamburgo, adjuntando asimismo una circular impresa con su membrete en la que se enumeraban los precios locales de un amplio abanico de mercancías, entre las que figuraba el algodón.⁵⁵ Según sugerían Menge y Niemann, si se decidía a hacer negocios con ellos, la casa Phelps Dodge disfrutaría de un acceso privilegiado a un dilatado conjunto de informaciones útiles.

La doble necesidad de disponer de información y de aparecer a los ojos de los demás como alguien que efectivamente la posee fue la razón que impulsó al agente de corretaje algodonero de Liverpool Samuel Smith a enviar, inmediatamente después de iniciar su carrera, una circular propia

con los precios de la materia prima en la que se especializaba —una medida que más adelante, contando ya con la perspectiva del tiempo, él mismo consideraba que había sido «una ayuda nada desdeñable en el afianzamiento de mi negocio»—. En un orden de magnitud superior, el industrial algodonero Vincent Nolte —agente de la familia Baring en Nueva Orleáns— afirmará en sus memorias profesionales haber sido la primera persona en concebir el proyecto de imprimir una circular comercial con información relacionada con el algodón, cosa que había empezado a hacer en 1818: «Las tablas meteorológicas me dieron la idea de elaborar otra similar en la que se mostrara el curso y las fluctuaciones de los precios, semana a semana, y que abarcara la época de los fletes marítimos de los tres años inmediatamente posteriores, señalando al mismo tiempo, y en todos los casos, las diferencias de tarifa mediante una serie de líneas negras, rojas y azules». Este tipo de puesta en común de la información, continúa señalando Nolte, había fomentado muy notablemente la apertura de nuevas carteras de negocio.⁵⁶

Dado que la producción era tan dispersa y tan global, resultaba difícil reunir toda la información pertinente. En 1845 llegaba al puerto de Singapur Frédéric C. Dollfus, miembro de una de las más antiguas familias manufactureras de Mulhouse. El objetivo que le había traído a tierras tan lejanas consistía en averiguar los tipos de algodón que tenían demanda en la zona y en transmitir a los empresarios del sector textil de su país natal los precios que podían alcanzar los artículos de dicha fibra. Tras efectuar una serie de pormenorizados estudios sobre los mercados de la región de Singapur, Dollfus partió en dirección a Macao, recorriendo después Cantón, Hong Kong, Manila, Batavia y Semarang. Tras examinar algunos de los centros comerciales más importantes de Asia, Dollfus compartiría aquellos datos tan difíciles de conseguir con el público que los aguardaba en Mulhouse, sumamente interesado en sus informaciones. Un año después, Dollfus regresaba a casa.⁵⁷

Este viaje no fue sino uno de los muchos esfuerzos que habrían de realizar los manufactureros de Mulhouse con el fin de obtener información relativa a los mercados. En uno de los más importantes empeños de recogida de datos de la época, estos empresarios franceses terminarían

reuniendo a lo largo de los siglos XVIII y XIX miles de muestras de tejidos de todo el mundo, anotando cuidadosamente tanto su procedencia como los precios de los mercados locales, todo ello con el objetivo de poner a los fabricantes locales en situación de producir para los mercados de regiones distantes. Los fabricantes catalanes también se embarcaron en un proyecto muy similar, aunque a escala más modesta.⁵⁸

A su vez, el acceso a la información colocaba en una posición privilegiada a determinadas zonas del imperio del algodón, como comprendería perfectamente William Rathbone VI en 1849, al predecir que Nueva York estaba llamado a convertirse «cada vez más en el centro del comercio estadounidense (orientado, evidentemente, por los datos de los mercados europeos) ... [La ciudad se encuentra] a diez días de navegación de Inglaterra y a una hora [gracias al recién inventado telégrafo] de cualquier información o comunicación con Nueva Orleans, San Luis, Cincinnati y Charleston [lo que es importante porque] siempre hay una plaza que cuenta con más datos relevantes que otra».⁵⁹ Más que la proximidad a las zonas dedicadas al cultivo o la manufactura del algodón, lo que verdaderamente contaba a los ojos de las familias poderosas, como los Rathbone y otros, era el acceso a la información. Y eso era exactamente lo que ofrecía Nueva York, una ciudad que carecía tanto de un cinturón de tierras interiores consagradas a la agricultura algodonera como de fábricas textiles —aunque no podía competir con el inmenso centro de información, crédito y comercio en que se había convertido Liverpool.

Era tal la necesidad de conocimientos que los comerciantes terminaron inventando o adoptando un conjunto de métodos cada vez más formalizados para reunir y difundir la información. Crearon incluso publicaciones específicamente consagradas a esa labor, como el *British Packet and Argentine News*, que comenzó a distribuirse en 1826 en Buenos Aires y que incluía información sobre Latinoamérica y los mercados internacionales, incluyendo datos relativos a las hilaturas y los tejidos de algodón. A partir de 1840, el *Landbote*, un periódico salido de las imprentas de Winterthur, ofrecería de forma regular noticias relacionadas con el mercado algodonero de El Havre. Por su parte, el *Bremer Handelsblatt* informaba

periódicamente de los detalles asociados con las cosechas de algodón, los mercados de la materia prima y la evolución de los precios en esa ciudad alemana.⁶⁰

Además, la disponibilidad de unos barcos más veloces llevaba aparejada una más rápida difusión de la información. En 1843, el *Asiatic Journal* ya encontraba motivos para afirmar que «la tinta de las revistas y periódicos ingleses llega a Bombay prácticamente húmeda». A fin de cuentas, prosigue la publicación, Bombay «se encuentra hoy muy cerca de nosotros —ya que apenas la separan treinta y cinco días del puente de Londres—». Y a partir de la década de 1840, fecha en la que los telégrafos empezaron a conectar entre sí los campos de cultivo, las plazas de comercio y los centros de consumo (aunque todavía no salvaran ni océanos ni continentes), los negociantes se vieron en situación de acceder de forma aún más inmediata a la información crucial.⁶¹

Al final, el deseo de formalizar el acceso a la información se convirtió en uno de los principales motivos que animaban a los comerciantes a organizarse colectivamente. Al principio, los agentes de corretaje de Liverpool reunían la información a título individual, recogiendo datos relativos a la situación del comercio algodonero y distribuyendo después esa información entre sus clientes por medio de circulares de carácter privado. No obstante, en 1811, los agentes accedieron a cooperar en la recopilación de información, aunque siguieron difundiéndola privadamente entre su clientela. En 1832 empezaron a realizarse esfuerzos tendentes a elaborar colectivamente una circular con los precios del algodón, y en 1841, al crearse la Asociación de Agentes de Corretaje Algodoneros de Liverpool, sus noventa integrantes decidieron concentrar principalmente sus desvelos en reunir y dar a conocer la información de los mercados —fundamentalmente en relación con el «suministro visible» de algodón a las distintas plazas en que se vendía—. De este modo, en todos aquellos puntos en que se procediera a cultivar, comercializar o transformar el algodón en hilo y telas surgieron organismos dedicados a reunir información. En muchas ocasiones las cámaras de comercio se pusieron al frente de este movimiento: en 1794 los comerciantes de Manchester se agruparon fundando la Sociedad Mercantil de la ciudad; en 1802, los tratantes de El

Havre constituyeron también una cámara de comercio; y en torno al año 1825 había ya doce de esas instituciones —solo en el Reino Unido—. En Bombay, los negociantes formaron la Cámara de Comercio de dicha capital en 1836; en la década de 1830 los comerciantes de Brasil empezaron a sentar las bases de sus propias asociaciones comerciales; y en 1858 Estados Unidos contaba ya con treinta cámaras similares. Todos estos organismos se dedicaban a reunir información vinculada con los mercados, pero también había grupos políticos de presión que abogaban en favor del sector ante las autoridades de los nacientes estados imperiales, a las que instaban a conceder especial atención al comercio.⁶²

El hecho de que este orden económico se hallara tan íntimamente subordinado a la información fiable, la confianza y el crédito hizo que los comerciantes dependieran de un conjunto de redes creadas al margen del mercado en sí. Como ya ocurriera con el surgimiento del trabajo asalariado, también la creación del comercio global habría de afianzarse en la existencia de toda una serie de relaciones sociales anteriores a la aparición del capitalismo. El elemento que distinguía a los comerciantes no era únicamente el asociado con su capacidad para acumular e invertir capital —ni siquiera podría cifrarse en el hecho de que dispusieran de un acceso privilegiado a la información—; el factor diferencial hay que buscarlo en la habilidad que demostraron en el empeño de construir esas redes y servirse después de ellas, unas redes de confianza fundadas en el estrechamiento de los lazos familiares, en la proximidad geográfica, y en la conciencia de compartir tanto unos particulares sentimientos religiosos, como una determinada identidad étnica y un concreto origen. En un mundo en el que la actividad comercial constituía una empresa extremadamente arriesgada y en el que la supervivencia de una compañía podía depender de la fiabilidad de un solo corresponsal, la confianza era un factor esencial. No obstante, resultaba más sencillo promover esa fiabilidad si la gente contaba con los medios necesarios para hacer efectivos los compromisos adquiridos en función de la confianza implícita en el establecimiento de vínculos sociales —ya que, en la práctica, eso daba pie al surgimiento de lo que un

historiador ha denominado «capitalismo relacional»—. Era tal la importancia de estas redes que Olivier Pétré-Grenouilleau, el destacado historiador francés especializado en el estudio de las sociedades comerciantes, ha llegado a la conclusión de que «las características del comercio atlántico no dependieron únicamente de las reglas del mercado». Los mercados algodoneros descansaban, bastante más que la mayoría, en esa clase de relaciones sociales extramercantiles.⁶³

La proximidad física era una de las formas de establecer redes de confianza. Si el comercio global del algodón se concentraba en un conjunto de ejes comerciales relativamente reducido se debía fundamentalmente al hecho de que la proximidad permitía que florecieran ese tipo de redes e instituciones de apoyo. Nicholas Waterhouse, uno de los primeros agentes de corretaje algodoneros de Liverpool, colocó en todos los puestos clave de su empresa a miembros de su familia, respaldándose asimismo en una red de «amistades» locales. En un plano más general —como ya observara Edward Baines en 1835—, los comerciantes de Liverpool fomentaron la aplicación de un código de «estricta probidad y honor» para regular sus relaciones.⁶⁴

Sin embargo, no bastaba con instaurar redes próximas, ya que también era preciso que abarcaran la totalidad del globo. Establecer lazos de confianza capaces de revelarse efectivos a grandes distancias era una empresa considerablemente más difícil y requirió un enorme esfuerzo. En 1841, al visitar la ciudad de Nueva York con el fin de dinamizar el negocio del algodón, William Rathbone VI envió una carta a su padre en la que le indicaba la urgente necesidad de confirmar la solidez de «unas cuantas amistades valiosas». De hecho, la correspondencia de los Rathbone aparece repleta de empeños destinados a crear redes de confianza y amistad. A principios de la década de 1820, Adam Hodgson —uno de los socios de Rathbone— se dispuso a averiguar la situación en que se encontraba el mercado del algodón en Estados Unidos, enviándole después una carta desde Nueva York en los siguientes términos: «Soy perfectamente consciente de que la mutua percepción de nuestras obligaciones mercantiles, así como nuestros recíprocos sentimientos de amistad personal, les harán aprovechar solícitamente todas las oportunidades que se les

presenten de corresponder a la bondad y la confianza que nuestros amigos han manifestado siempre hacia nosotros —y lo tengo de hecho tan presente que no necesito recordarles lo mucho que me ha sido dado experimentar ambas virtudes desde que desembarqué en este país—». Valiéndose de una retórica que recuerda la empleada en una propuesta de matrimonio, Hodgson está informando a su patrón acerca de sus relaciones con una casa comercial que «se muestra tan amistosa y, en mi opinión, tan *sincera* con nosotros que, mediando la ayuda de algún pedido de algodón ocasional, no resultaría difícil convencerla de que nos envíe remesas». Otras casas comerciales procederían de manera muy similar: cuando los Volkart de Winterthur intentaron hacerse un hueco en el mercado del algodón europeo, establecieron una lista en la que figuraba un cierto número de casas comerciales indias, alemanas, inglesas y suizas, señalándolas como «referencias» y añadiendo que su presencia en dicha lista daba fe de su carácter respetable. Lanzaban así un llamamiento a otros comerciantes, instándoles a juzgarlas de «confianza», dado que aludían a sus propietarios con el calificativo de «íntimos amigos». En otra ocasión en que la familia Baring quiso expandir el alcance de sus transacciones en la India, su agente en Bombay procedió a identificar a los tratantes locales que a su juicio merecían ser tenidos por «hombres atentos, inteligentes y muy honorables, personas en las que es posible depositar una confianza plena con total seguridad».⁶⁵

El hecho de que la familia contara con miembros dispuestos a prestar ayuda sin necesidad de largas explicaciones o ruegos excesivos resultaba especialmente crucial para este tipo de redes. En el año 1805, al topar con graves problemas para vender el algodón que acababa de adquirir y verse de pronto ante una acuciante necesidad de dinero en efectivo, el padre y el hermano de William Rathbone le entregaron tres libras esterlinas cada uno, ayudándole así a superar su «considerable ansiedad». En otra ocasión, la familia Brown buscaría igualmente el apoyo de sus más sólidos vínculos al tratar de ampliar la red de agentes y corresponsales con que contaba en los puertos del sur de Estados Unidos. El colaborador que tenían en Charleston, James Adger, no solo era oriundo de Irlanda del Norte, como los Brown, sino que mantenía una antigua relación de amistad con Alexander. El agente

de Savannah, John Cumming, se hallaba unido a la familia Brown por lazos matrimoniales, y lo mismo ocurría con los representantes que operaban para ellos en otros puertos. Para los Volkart, las conexiones de parentesco revestían la misma importancia. Un ejemplo es el de Eduard Forrer — suegro de Volkart—, que fundó una agencia en San Luis; y otro el de Theodor Reinhart, que, tras aprender el oficio en casa de su padre, se casaba en 1876 con Lily Volkart, hija del propietario de la Compañía Volkart Hermanos, uniendo de ese modo dos casas comerciales y realizando un verdadero matrimonio dinástico en el universo del algodón.⁶⁶

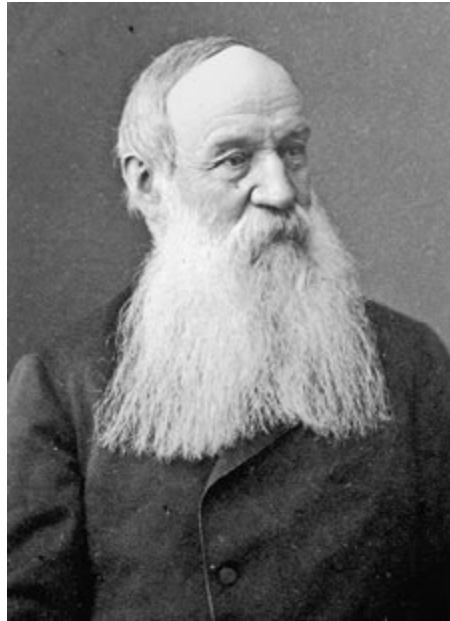
Pensemos también en una de las empresas de comercio algodonero más importantes del siglo XIX, la de la familia Ralli.⁶⁷ Su imperio, que se extendía por todo el globo, hundía sus raíces en una pequeña isla griega situada frente a las costas de la Anatolia, ya que la mayoría de los directores de la compañía Ralli —por no decir todos— procedían de Quíos, siendo de hecho, casi invariablemente, miembros de la propia familia Ralli. Los hermanos John y Strati Ralli partieron en su día a Londres para empezar a comerciar en esa ciudad. En 1822 se les unió en la capital inglesa un tercer hermano, Pandia S. Ralli. En 1825 Strati Ralli abrió una oficina en Manchester para comerciar con productos textiles, y en 1827 John Ralli marchó a Odesa. En 1837 un cuarto hermano, que vivía en Estambul, puso en marcha un despacho en Persia, mientras un quinto miembro de la saga, Augustus S. Ralli, fundaba un negocio algodonero en Marsella. En la década de 1860, la compañía de los Ralli contaba ya con representantes en Londres (desde el año 1818), Liverpool, Manchester (a partir de 1825), «el Oriente» (es decir, en Constantinopla y Odesa), distintos puntos de la India —de entre los que destacan Calcuta (1851), Karachi (1861) y Bombay (1861)— y Estados Unidos.⁶⁸ De este modo, Ralli conseguía comprar algodón en Estados Unidos, enviarlo a Liverpool por vía marítima, vendérselo a los manufactureros de Manchester y comerciar finalmente en Calcuta con los productos acabados —logrando al mismo tiempo que todo quedara en familia.

Como acierta a mostrar el ejemplo de los Ralli, la diáspora griega — así como la de otros pueblos: armenios, parsis, judíos...— desempeñó un importante papel en el comercio global del algodón. En el último cuarto del

siglo XVIII, los griegos habían adquirido una importancia particularmente significativa en las redes que unían el imperio otomano con el mundo exterior, destacando sobre todo en el terreno de las transacciones de algodón egipcio. Los griegos llegaron con esa intención a Egipto en la primera mitad del siglo XIX, atraídos por la primera oleada industrializadora de Mehmet Alí, y no tardaron en convertirse en el mayor grupo de comerciantes extranjeros del país. En 1839, las doce casas comerciales griegas radicadas en Egipto, contando la de los Ralli, se habían adueñado del 33% de las exportaciones algodonerías de Alejandría y, de hecho, la mayor de estas empresas griegas —la de Tossizza Frères et Compagnie— exportaba el 11% del algodón egipcio.⁶⁹

Otras comunidades igualmente dispersas por el mundo desempeñaron un importante papel en el comercio global del algodón. Los judíos ocupaban una posición axial en el comercio global de hilaturas y tejidos de algodón, debido en parte a que las situaciones de discriminación que habían padecido en épocas anteriores les habían obligado a operar como comerciantes ambulantes, muy a menudo en el ramo textil. En este sentido, el ejemplo más famoso es el de los Rothschild, que al iniciarse en el comercio textil en Manchester comenzaron a servir fundamentalmente a clientes de Frankfurt que compartían su misma fe religiosa. Estos adquirían los artículos que la familia Rothschild exportaba al continente europeo. La peripecia biográfica de Nathan Meyer Rothschild ilustra bien el caso de muchos otros: nacido en 1777 en el seno de una distinguida familia de banqueros y comerciantes de Frankfurt, Nathan partió a Londres en 1798 con el fin de realizar allí sus prácticas como aprendiz de comerciante. Un año después se trasladaba a Manchester para abrir una agencia textil propia, llevando consigo una gran cantidad de capital. «Cuanto más me acercaba a Inglaterra», recordará posteriormente en su autobiografía, «tanto más baratos eran los géneros, así que, en cuanto llegué a Manchester, invertí todo el dinero que traía, viendo que todo salía tan económico, y obtuve un buen beneficio». Nathan Rothschild no solo compraba artículos en Manchester para venderlos en los mercados de Frankfurt y del conjunto del continente europeo, también adelantaba cantidades a crédito a los fabricantes. El éxito de Rothschild en Manchester animaría a otras

familias judías de Frankfurt a abrir un negocio en esa ciudad inglesa. Esto explica que a principios del siglo XIX las familias judías de Frankfurt desempeñaran ya un papel muy destacado en las transacciones de algodón inglés que se realizaban en el continente.⁷⁰



La vanguardia revolucionaria: en Winterthur, Suiza, Salomon Volkart transforma la agricultura.

Aunque no dejara de ser algo excepcional, había ocasiones en que las redes de la diáspora se hallaban insertas en el marco de ciertas compañías, lo que iría reduciendo poco a poco la relevancia de los sistemas basados en la confianza. La familia Ralli era uno de esos casos, y lo mismo puede decirse, aunque en sentido más restringido, de los Brown. Más adelantada a la época que le había tocado vivir se encontraba quizá una compañía suiza que se las ingenió para incorporar a la estructura de la propia empresa las redes organizadas en puntos remotos del globo: es el caso de la firma Hermanos Volkart. Salomon Volkart fundó su empresa en 1851, creando simultáneamente dos sedes: una en la ciudad suiza de Winterthur —en tanto que relevante centro de la industria algodonera— y otra en Bombay.

La compañía empezó comprando algodón en rama en la India y exportando artículos manufacturados a la India. Al ir abriendo nuevas sucursales, los hermanos Volkart comenzarían a organizar cada vez más el

proceso de compra del algodón —no solo en la India, sino también en otras regiones del mundo—, transportándolo después a varios puertos europeos y vendiéndoselo por fin a los hilanderos. A finales de la década de 1850, los hermanos Volkart abarcaban ya un amplio abanico de actividades de compraventa.⁷¹

No obstante, a mediados del siglo los Volkart constituían de hecho una excepción, ya que la mayor parte de las transacciones asociadas con el algodón seguían efectuándose entre casas independientes con la intermediación de redes de confianza. Lo cierto es que al ir desarrollando una relación de familiaridad con personas de muy distintos lugares del mundo y establecer lazos con ellas, todos estos comerciantes, envueltos en un remolino de cartas, conversaciones personales y viajes, iban a transformarse en una comunidad efectivamente cosmopolita. A diferencia de los plantadores, los comerciantes solían mantener con un conjunto de personas situadas en lugares lejanos unas relaciones más próximas que las que les unían a los semejantes que convivían con ellos en la ciudad o la campiña inmediata a su propio lugar de residencia. En una carta plenamente característica de mediados del siglo, E. Rathbone hace alusión a una serie de socios comerciales o parientes radicados en puntos tan diversos como El Cairo, Adén, Palestina, Alejandría y Francia. Los comerciantes que operaban en El Havre —y también los de Alejandría, Liverpool o Bombay— procedían de los cuatro puntos cardinales, y de hecho, de los grandes magnates del comercio, únicamente un puñado pertenecía a las antiguas familias del mismo El Havre. Tanto Rathbone como otros comerciantes habitaban en una comunidad transnacional por la que viajaban sin dificultad. La gente que residía en ciudades y poblaciones lejanas participaba en líneas de negocio similares, se vestía de manera parecida y vivía en casas no muy distintas de las que tenían sus socios de las grandes metrópolis comerciales; también leía un conjunto de libros análogos, defendía unos puntos de vista sobre la naturaleza humana y la economía política perfectamente comparables a los de sus homólogos, y en ocasiones podían llegar a formar parte de la misma familia.⁷²

Cohesionados en tanto que clase social y fortalecidos por las instituciones que habían levantado, estos comerciantes ejercían asimismo una tremenda influencia política —desde Inglaterra hasta Francia pasando por Estados Unidos—. Comprendieron claramente que sus negocios se hallaban profundamente interrelacionados con la política, tanto local como nacional y global. Actuaban como si comprendieran intuitivamente que el estado no interviene en el mercado sino que lo constituye. Su experiencia cotidiana les había enseñado que el comercio global no había surgido en un estado de naturaleza, sino que únicamente podía prosperar por medio de una meticulosa y deliberada regulación. En consecuencia, y como señalaba el agente de corretaje del sector algodonero de Liverpool Samuel Smith, la política lo invadía todo: «Dado que nuestro negocio implica un gran número de relaciones con el extranjero, viéndose además muy afectado por el curso de los asuntos exteriores —sobre todo por las guerras o el temor a su estallido—, la rutina nos transformó en una especie de políticos por afición».⁷³

Al convertirse en «políticos por afición» y comprender la importancia del estado en el gran proyecto consistente en integrar en un todo bien engranado a los cultivadores, los manufactureros y los consumidores de algodón, estos empresarios comenzaron a conocer a diferentes gobernantes y burócratas que compartían muchas de sus aspiraciones. La existencia misma de los estados europeos había empezado a depender cada vez más de la riqueza que se generaba gracias a la rápida acumulación de capital —capítulo que incluía al sector algodonero—. Por consiguiente, los hombres de estado se mostraban solícitos con los capitalistas, revelándose muy a menudo sumisos ante ellos en caso de que esos mecenas del aparato estatal se organizaran colectivamente. Lo que distinguía a los estados europeos de otros estados de la época, como los de Japón y China, no era únicamente su capacidad, sino también su sensibilidad a las necesidades del capital industrial.⁷⁴

Pese a que los comerciantes presionaran a sus gobiernos en las más variopintas cuestiones, uno de los asuntos más importantes era el de la infraestructura del comercio. La construcción de muelles, instalaciones de almacenaje, ferrocarriles y canales se contaba entre las prioridades de los

comerciantes, dado que la disponibilidad de todos esos servicios incidía directamente en la velocidad con la que se desplazaban tanto las mercancías como la información por las redes de que la naciente economía global —dándose igualmente la circunstancia de que la rapidez de esa circulación determinaba a su vez el ritmo de la acumulación misma.⁷⁵

Pese a que pudiera parecer aleatorio y carente de regulación, una especie de actividad sujeta a los caprichos de un reducido grupo de hombres, lo cierto es que, en último término, el comercio dependía también de una infraestructura legal que los estados se encargaban de concebir y aplicar. No es de extrañar que los comerciantes consagraran buena parte de su energía política a tratar de fortalecer este orden jurídico y a intentar adecuarlo a sus intereses. Y al proceder de ese modo incrementaron —tanto a sabiendas como sin pretenderlo— la capacidad de acción del estado mismo. Los acuerdos, pese a haber sido establecidos por los propios comerciantes, necesitaban el respaldo de unas normas de obligado cumplimiento, y los negociantes se dieron cuenta de que no había un solo actor que se revelase tan eficiente como el estado en cuanto a hacer cumplir dichas normativas. Como explica detalladamente el abogado neoyorquino Daniel Lord en su *Ley de Representación Directa* de 1835, las normas jurídicas habían permitido que los comerciantes dispusieran de agentes y factores en lugares remotos, posibilitando al mismo tiempo que estos actuaran en su nombre: «Gracias a esta colaboración y subordinación de los poderes de terceros ..., el comercio moderno alcanza simultáneamente los dos extremos de la longitud terrestre y somete por igual el ecuador y los polos, cruzando los océanos, rastreando los desiertos africanos y conquistando las llanuras de Asia».⁷⁶

La «ley» adquirió una importancia muy particular tan pronto como se acometió *de facto* el proceso de transformación de la campaña global en un área dedicada al suministro de las materias primas que precisaba la industria y en un mercado para los productos manufacturados. Cuanto mayor fuera el número de proveedores de algodón, mayor sería también la cifra de consumidores y el volumen de las transacciones. Para permitir que esa transición se verificara, los comerciantes anhelaban disponer de una presencia más intensa del estado, sobre todo en aquellas zonas del mundo

que no se regían por el esclavismo. Una de sus más urgentes obsesiones consistía en introducir la «ley» en esa campaña algodonera global, aunque en las sociedades dominadas por la producción campesina los esfuerzos que habrían de hacer para materializar ese deseo iban a verse frustrados con gran frecuencia.

La importancia de la ley iba a poder apreciarse con la máxima claridad en los contextos coloniales —como por ejemplo el de la India británica—. En Bombay, los negociantes presionaban constantemente al gobierno británico para que impusiera nuevas normas y disposiciones relacionadas con el comercio del algodón indio. «La legislación algodonera no fue solo la primera legislación económica que impuso, en términos cronológicos, la dominación británica: fue también, muy posiblemente, la legislación más avanzada del universo económico de la época», observa uno de los cronistas que nos refieren la marcha del comercio algodonero indio. Las reglas del mercado, y por consiguiente el mercado mismo, surgieron en el punto de intersección entre la acción colectiva de los comerciantes y la iniciativa pública del estado. Lo irónico, no obstante, es que a medida que fuera creciendo el número de comerciantes que logran materializar con éxito el proyecto de ampliar la autoridad del estado, menor habría de ser el volumen de transacciones dependiente de las redes de confianza forjadas en el transcurso de las generaciones anteriores.⁷⁷

A medida que la ley fue impregnando progresivamente la campaña global, y conforme los proyectos infraestructurales patrocinados por el estado fueron acelerando el movimiento de las mercancías, los negociantes comenzaron también a movilizarse de forma colectiva para emplear el poder del estado en la configuración de los mercados globales, moldeándolos por vías diferentes, aunque siempre en beneficio propio. Y es que, en efecto, la política industrial que perseguían era de carácter global —sobre todo en el caso de los comerciantes y los manufactureros británicos—. Estos industriales, situados en el centro mismo del imperio del algodón, creían que la apertura de los mercados extranjeros a la acción de los emprendedores nacionales era una de las principales funciones de todo gobierno. En 1821, por ejemplo, la Cámara de Comercio de Manchester quiso que el gobierno presionara a Dinamarca a fin de que este país redujera

los gravámenes impuestos a la importación de hilo. En 1822, los miembros de esa asociación exigieron una mayor apertura del comercio con las Indias Orientales, y más adelante provocaron distintos episodios de agitación social para lograr que se eliminaran los aranceles en el comercio entre Gran Bretaña e Irlanda, promoviendo asimismo debates sobre «los gravámenes arancelarios de Brasil», «los impuestos a las mercancías británicas que se importan a Batavia», «las tasas de Montevideo», el comercio con Marruecos y la «tributación de Shanghái». Por su parte, los tratantes de El Havre también presionaban para conseguir que el tráfico comercial quedara lo más desprovisto posible de toda traba o cortapisa.⁷⁸

Pese a que la mayoría de los comerciantes mostraran un claro compromiso ideológico con el libre comercio, dado que eso se correspondía a la perfección con el interés que les impulsaba a acceder a los mercados y a conseguir mano de obra barata, lo cierto es que también podían abogar con la misma energía en favor de la imposición de nuevas barreras al comercio. De hecho, su insistencia en el libre comercio era notablemente asistemática. En 1794, un grupo de comerciantes algodoneros ya había protestado «contra la exportación de torzal de Inglaterra». Según ellos, la exportación de algodón hilado constituía una amenaza para la prosperidad de Gran Bretaña, dado que, para elaborar telas, el hilo se tejía en Alemania, donde los salarios eran más bajos que en Inglaterra, generándose así unas bajas tasas de empleo en el Reino Unido. Esgrimiendo un planteamiento sorprendentemente moderno, argumentaban que «el bajo precio de los alimentos en Alemania permite [que los manufactureros de la zona] disfruten de una producción manual más económica que la de nuestros obreros. Primero han dejado sin empleo a nuestros tejedores manuales, y ahora la amenaza avanza rápidamente, cerniéndose sobre otros departamentos de producción, incluyendo el de las hilaturas». De manera similar, la Cámara de Comercio de Manchester se opuso tanto a la emigración de los «artesanos ingleses» como a «la libre exportación de la maquinaria que se emplea en nuestras propias factorías».⁷⁹

Los comerciantes apelaron asimismo a sus respectivos gobiernos nacionales para conseguir que se protegiera su capacidad de acceso a los mercados extranjeros, reclamando el uso tanto del poder político como de la

fuerza militar. En 1794, la Sociedad de Comerciantes de Manchester se dedicó a debatir sobre la gran importancia de que la Marina Real Británica procurase amparo a los barcos que se dirigían al Mediterráneo llevando en sus bodegas valiosas manufacturas de la localidad. En 1795 lanzaron un llamamiento al gobierno para solicitarle que defendiera por medios militares no solo las actividades comerciales que realizaban en Alemania, sino también las que efectuaban en el conjunto del continente. En Manchester, los negociantes pidieron a la administración que proporcionara escolta a los barcos que navegaban por el Atlántico a fin de protegerles de los piratas, exigiendo el uso de una «amplia fuerza naval».⁸⁰

Al igual que sus actividades comerciales, también la visión política de los industriales era verdaderamente global, y sus preocupaciones abarcaban desde «la imposición de unos gravámenes justos a los torzales de algodón que se exportan al Báltico» hasta las leyes relativas a las deudas coloniales concebidas con el decidido empeño de abrir el mercado indio. De hecho, en Gran Bretaña, la India no tardó en convertirse en la «principal cuestión». A juicio de Henry Ashworth, propietario de una fábrica textil, el mercado indio podía proporcionar oportunidades ilimitadas si el gobierno acertaba a abrirlo mediante una serie de intervenciones adecuadas: «Ahora bien, aunque yo insista posiblemente tanto como la mayoría de cuantos andan por aquí en favor de la adhesión a un conjunto de sólidos principios de libre comercio, no debe sacarse siempre la conclusión de que al tratar con personas cuyos conocimientos de la economía política no sean tan adelantados como los que nosotros poseemos debemos diferir nuestros movimientos hasta que también ellos se conviertan. (“Oye”))». Como economista aficionado, Ashworth comprendía intuitivamente que el pensamiento económico contribuía a «organizar la economía» (o, dicho de otro modo, que hacía posible lo que antes resultaba imposible) —y eso es exactamente lo que estaba llamado a hacer en la India unas cuantas décadas más tarde.⁸¹

La idea de recurrir al estado para lograr que los campesinos indios se convirtieran en productores de algodón para los mercados internacionales formaba parte de otro proyecto de muy superior envergadura que también acariciaban los comerciantes: el de implicar al estado en la campaña

algodonera global. Los empresarios comprendieron que, a diferencia de lo que sucedía en las regiones del mundo en que se cultivaba el algodón mediante sistemas predominantemente esclavistas, tanto en la India como en otras zonas se requería la capacidad operativa de un estado imperial para llevar a efecto las transformaciones que esperaban conseguir. Lo que no previeron, sin embargo, fue que cuanto más hicieran progresar el proyecto de construcción del estado, tanto más habría de menguar también la importancia que ellos mismos tenían en el imperio del algodón.

Henry Ashworth comprendió, de manera más explícita que muchos de sus contemporáneos, el mecanismo que determinaba que el universo comercial se hallara sustentado en un conjunto de estados poderosos, capaces de estructurar los mercados globales, de modo que no dudaría en festejar sin complejos que el estado británico se implicara en la promoción de los intereses de sus comerciantes y manufactureros. Por otra parte, tanto la fortaleza como la estabilidad social de los estados industrializados dependían a su vez de la existencia de una floreciente economía manufacturera. Incluso los estadistas de escasa visión de futuro entendían lo importante que resultaba garantizar un suministro fiable de materias primas con el que abastecer a la industria nacional por un lado y crear por otro un mercado para sus productos. Los índices de crecimiento de los estados avanzaban tan rápidamente y daban lugar a una competencia tan feroz que las naciones europeas empezaron simultáneamente a tratar de transformar la campaña mundial tanto en un vasto proveedor de materias primas para sus empeños industriales como en un inmenso mercado de consumidores potenciales para los productos resultantes. Después de haber impulsado la transformación de su propio entorno rural como consecuencia de su búsqueda de mano de obra, dichos estados se consagraron ahora a la tarea de desarrollar esa experiencia y aplicarla al resto del mundo, convirtiendo esa particular forma de integración sociopolítica en nada menos que una «ley de la naturaleza».

Esta nueva misión, derivada de una conveniente orden divina, comenzó a disminuir sin pretenderlo —aunque sus efectos no fueran menores por ello— la dependencia que había mantenido al capitalismo industrial atado a algunos de los anteriores mecanismos del capitalismo de guerra —en especial el de la total expropiación de los pueblos nativos y la movilización de la mano de obra mediante la instauración de la esclavitud—. Dotados ahora de una mayor capacidad para imponer infraestructuras dirigidas a la optimización del funcionamiento mercantil y provistos de un aparato jurídico destinado a inyectar capital europeo en la campaña global y a movilizar a los trabajadores, los comerciantes redoblaron los esfuerzos con los que pretendían hacer que la agricultura campesina se dedicara a la producción de algodón para los mercados mundiales. Conforme fue creciendo la fuerza de los estados, los comerciantes consiguieron suministrar un flujo de capital sin precedentes, difundiendo por este medio la lógica de la producción industrial e implantándola en un conjunto de regiones rurales que hasta entonces habían sido independientes. En la década de 1840, la casa comercial de Baring diversificó las fuentes de su abastecimiento de algodón importándolo de Bombay. Los capitalistas europeos también participaron en esta actividad a través de los campesinos arrendatarios egipcios dedicados a la producción de algodón. A finales de la década de 1840 y principios de la de 1850, con el debilitamiento del monopolio gubernamental del comercio interno del algodón, los comerciantes, especialmente los de tradición griega, penetraron en las tierras del interior y empezaron a adquirir el algodón directamente de manos de los campesinos. No obstante, es posible que el modelo más vanguardista fuera el que desarrollaron los hermanos Volkart. Aprovechando las ventajas que les ofrecía el expansivo empuje del gobierno imperial, los tratantes de algodón indios que trabajaban para esta poderosa familia comenzaron a operar en un entorno cada vez más próximo al de los productores locales mismos, con lo que en 1875 tanto los Volkart como sus colegas europeos exportaban ya más del doble del algodón que habían manejado sus homólogos de la India en los tiempos en que el mercado estaba dominado por ellos.⁸²

Sin embargo, antes de que el capital europeo alcanzara a encontrar socios en los estados expansionistas de finales del siglo XIX, el imperio del algodón iba a quedar conmocionado por los sucesos que estaban a punto de desarrollarse en aquella región del mundo en donde la esclavitud y el capitalismo industrial parecían disfrutar de una unión más potente y provechosa: Estados Unidos. En todos los demás puntos del globo, la esclavitud y el capitalismo industrial daban la impresión de poder coexistir perfectamente bien. Pero, en las demás regiones del mundo, como sabemos, esos dos motores del beneficio se hallaban separados por las fronteras nacionales. En Norteamérica no sucedía lo mismo, puesto que en Estados Unidos, a diferencia de lo que ocurría en cualquier otro país del planeta, el capitalismo de guerra y el capitalismo industrial operaban dentro de un mismo territorio nacional. Ninguna unión de gobierno habría sido capaz de albergar indefinidamente en su seno las opuestas fuerzas políticas de uno y otro sistema.

A medida que Estados Unidos fue echando los cimientos de su economía, los propietarios de esclavos y los capitalistas industriales comenzaron a plantear exigencias muy distintas al estado. Al igual que sus homólogos de Gran Bretaña y otras zonas del mundo, también los manufactureros estadounidenses y algunos de sus comerciantes habían empezado a mostrar una confianza creciente en lograr la traslación de los mecanismos del capitalismo industrial a la campaña algodonera global, lo que implicaba contar con el suficiente abastecimiento de materias primas para sus empresas. Al percatarse de que él mismo se revelaba muy eficaz en cuanto a movilizar y disciplinar al gran número de obreros de su fábrica, Edward Atkinson, un manufacturero textil de Boston, se convirtió en un ferviente defensor del trabajo asalariado. Y como también estaba sucediendo en otras regiones del mundo, los industriales estadounidenses como Atkinson no tardaron en vincular sus intereses políticos con el fortalecimiento del gobierno nacional.⁸³ Por otra parte, los propietarios de esclavos que se dedicaban al cultivo del algodón favorecían la economía política del comercio atlántico y dependían de que el estado se mostrara dispuesto a conseguir nuevas tierras y a dedicarlas tanto a la proliferación de las plantaciones agrícolas como a imponer y a respaldar la institución de

la esclavitud. Estos esclavistas temían que el reforzamiento del gobierno federal pudiese interferir en el dominio que ejercían sobre la mano de obra esclavizada que trabajaba para ellos. A fin de cuentas, la esclavitud exigía el ejercicio de una constante violencia contra los esclavos, potencialmente rebeldes, y la aplicación de esos métodos violentos requería que el estado se mostrara dispuesto a consentirlos. Por consiguiente, los propietarios de esclavos sentían la abrumadora necesidad de garantizarse el control del estado, o, como mínimo, de mantener a los enemigos de la esclavitud al margen de los círculos nacionales de poder.

No obstante, ese control se estaba revelando cada vez más esquivo. La dinámica economía industrial de los estados septentrionales había dado lugar al nacimiento de un pequeño grupo de estadounidenses —que además no paraba de crecer— que deseaban construir una economía política basada en la industrialización doméstica. Sus necesidades políticas, al igual que las de los plantadores, hacían que el control de las instituciones estatales fuera un factor imprescindible. Sin embargo, a diferencia de los habitantes de los estados del sur, los capitalistas industriales del norte habían empezado a obtener una fuerza creciente en el ámbito público gracias a la coalición política de carácter relativamente estable que habían logrado establecer con los campesinos que se dedicaban al comercio e incluso con algunos sectores de la clase trabajadora —que por otra parte se hallaba inmersa en un proceso de rápida expansión—. Una de las cosas que animaba a estos capitalistas a seguir actuando era el hecho de que un pequeño número —igualmente en expansión— de comerciantes (que hasta la fecha habían sido los aliados más importantes con que contaban los plantadores en los estados del norte) también se estuviera mostrando cada vez más dispuesto a abrazar el proyecto de la industrialización doméstica —pese a que todavía se manifestaran remisos a desafiar de forma directa al régimen esclavista que imperaba en los estados del sur—. Resulta elocuente, en este sentido, que los más importantes comerciantes de algodón de Estados Unidos, los miembros de la familia Brown, fueran especializándose poco a poco en el negocio del cambio de moneda extranjera e invirtiendo en empresas de carácter industrial —como las ferroviarias, por ejemplo, aunque también lo hicieran en compañías siderúrgicas como la Novelty de Nueva York.⁸⁴

Estas iniciativas tenían sentido porque el comercio de materias primas que habían practicado hasta entonces —cuyos costes de inversión inicial eran notablemente bajos— se hallaba siempre abierto a nuevos competidores —unos competidores que además estaban dispuestos a asumir riesgos crecientes y a operar con márgenes cada vez menores—. El hecho de que la barrera de la inversión inicial no resultara disuasoria había creado un mercado algodonero en el que intervenían un gran número de pequeñas entidades, circunstancia que en último término obligaría a los comerciantes más acaudalados a lanzarse a invertir en líneas de negocio emergentes que no solo ofrecían márgenes aún más rentables, sino que exigían una superior aportación inicial de capital. Siguiendo el ejemplo de los Brown, algunos capitalistas extranjeros como los Baring también optarían por diversificar cada vez más sus intereses, invirtiendo fundamentalmente en los ferrocarriles, la minería de carbón y las manufacturas. Todos ellos comprendieron, mejor que la mayoría de sus contemporáneos, que al expandirse las capacidades de actuación de los estados, el papel del capital mercantil tendría que ir disminuyendo, anunciándose un futuro en el que los industriales, junto con el estado, serían capaces de internarse a mayor profundidad aun en la campaña global con el fin de hallar nuevas tierras y más mano de obra —todo ello con vistas a la producción y el consumo de algodón—. Los manufactureros y comerciantes con mayor visión de futuro percibieron que estas nuevas formas de dominación estaban llamadas a debilitar de manera decisiva el poder de los productores de materias primas, lo que a su vez habría de eliminar una de las más amenazadoras fuentes de inestabilidad que se cernían sobre el imperio del algodón y, por ende, sobre el capitalismo global.⁸⁵

Esta oscilación de los equilibrios de poder entre los distintos grupos empresariales de la época no tardaría en revelar su crucial importancia. El caso de Estados Unidos fue particularmente singular debido a que el cisma entre las élites económicas era tan notable que, en un momento de enorme crisis, hasta los capitalistas mercantiles que se habían alineado tradicionalmente con los propietarios de esclavos optaron de pronto por abandonar a sus viejos aliados. Esta era una evolución radicalmente distinta de la que estaba teniendo lugar en otras sociedades esclavistas, como la de

Brasil, donde los plantadores y los comerciantes que se dedicaban a la exportación formaban un bloque político perfectamente unificado, ya que todos coincidían en que la industrialización doméstica representaba una amenaza para sus intereses económicos y en que el trabajo esclavo resultaba indispensable.⁸⁶

Unida a la promesa de recurrir a las regiones interiores no esclavistas, como habían hecho los Volkart en la India, la nueva alineación de las élites económicas de Estados Unidos puso de relieve lo mucho que estaban creciendo los costes derivados de seguir combinando la esclavitud con el capitalismo industrial y lo notablemente que estaban disminuyendo sus beneficios. En 1861, esa mezcla hizo explosión, con lo que la subsiguiente guerra de Secesión estadounidense se convirtió en un punto de inflexión — y no solo para la joven república norteamericana, sino también para la historia del capitalismo global.

LOS ECOS DE UNA GUERRA QUE REPERCUTE EN TODO EL GLOBO



De acuerdo con la perspectiva que se tenía en el extranjero, el algodón era un elemento central en la pugna que se libraba en Norteamérica: tal es el comentario que viene a hacer sobre la guerra de Secesión estadounidense la revista satírica *Punch*.

Hay una crisis que ilustra mejor que cualquier otra la situación en que se encontraban los fundamentos del imperio global del algodón. Y esa crisis no es otra que la generada a raíz de la guerra de Secesión estadounidense. En abril de 1861, al resonar en el Fuerte Sumter los primeros disparos de la contienda, el algodón era el principal ingrediente de la industria manufacturera más importante del mundo. La confección de hilaturas y tejidos de algodón había crecido hasta tal punto que constituía ya «la mayor

industria que haya existido o tenido posibilidad de existir jamás, en toda época o país», de acuerdo con las autocomplacientes aunque esencialmente exactas afirmaciones de un comerciante de algodón británico llamado John Benjamin Smith. En muchos sentidos —ya se lo ponderara en función de las meras cifras que manejaba, del valor de su producción o del monto de su rentabilidad—, el imperio del algodón no tenía igual en el mundo. Un autor avanza la audaz estimación de que en 1862 había en el planeta nada menos que 20 millones de personas involucradas en el cultivo del algodón o en la producción de tejidos de esa misma fibra —lo que significa que 1 de cada 65 individuos vivos se hallaba relacionado con el sector—. Solo en Inglaterra, cuyas factorías seguían contando con las dos terceras partes de los husos mecánicos que operaban en el mundo, el sustento de una quinta o una cuarta parte de la población hallaba fundamento en la industria algodonera, por no mencionar que una décima parte del capital británico estaba invertido en dicho sector y que las hilaturas y las telas de algodón copaban prácticamente la mitad de las exportaciones. Había regiones enteras, tanto en Europa como en Estados Unidos, que habían terminado dependiendo de la disponibilidad de un suministro predecible de algodón barato. Dejando a un lado el trigo, no había «producto bruto» que «tuviera un ascendiente tan grande como el algodón en los anhelos de la raza», según declaraba el *Journal of the Statistical Society* de Londres.¹

La industria que había logrado proporcionar una enorme riqueza a los manufactureros y comerciantes europeos, así como un deprimente empleo a centenares de miles de trabajadores textiles, había conseguido catapultar también a Estados Unidos al centro del escenario económico mundial, al haber acertado a erigir «la industria agrícola más exitosa que jamás se haya visto o concebido en los estados norteamericanos». Solo con las exportaciones de algodón lograba ya Estados Unidos figurar en el mapa económico del mundo. En vísperas de la guerra de Secesión, el algodón en rama constituía el 61% del valor conjunto de todos los productos que el país exportaba al extranjero. Y hay que tener en cuenta que antes de que se iniciara el gran auge comercial del algodón, en la década de 1780, Estados Unidos apenas era otra cosa que un actor prometedor, pero marginal, de la economía global. Y, sin embargo, ahora, en el año 1861, el buque insignia

del capitalismo global —Gran Bretaña— se encontraba en una posición peligrosamente dependiente del oro blanco que llenaba las bodegas de los barcos que zarpaban de Nueva York, Nueva Orleans, Charleston y otros puertos estadounidenses. A finales de la década de 1850, el algodón que se cultivaba en Estados Unidos representaba el 77% de las casi 363.000 toneladas métricas de algodón que se consumían en Gran Bretaña. También suponía el 90% de las 87.000 toneladas métricas que absorbía Francia, el 60% de las 52.000 que se hilaban en la Zollverein, o Unión Aduanera de los Estados de Alemania, y el 92 % de las más de 46.000 toneladas métricas que se manufacturaban en Rusia.²

La razón del rápido ascenso de Estados Unidos a esa situación de predominio en los mercados era muy sencilla: se trataba de un país que contaba con unos suministros más elásticos que cualquier otro en relación con los tres ingredientes cruciales que intervenían en la producción de algodón en rama: mano de obra, tierra y crédito. Como señalaba en 1861 la revista *The Economist*, si Estados Unidos había logrado un éxito tan pasmoso en los mercados internacionales del algodón se debía a que el «suelo que trabajan los plantadores no solo es de una fertilidad maravillosa, sino que no les cuesta un penique; a que han dispuesto hasta la fecha de una mano de obra abundante e infatigable que además no para de crecer; y a que cuentan con todas las disposiciones necesarias para limpiar y exportar el algodón, así como con las organizaciones mercantiles que también se precisan para satisfacer ambos objetivos».³ A mediados del siglo, el algodón constituía ya el eje de la prosperidad del universo atlántico. El poeta estadounidense John Greenleaf Whittier lo llamaba el «hachís de Occidente», pues le parecía una droga que estaba haciendo concebir graves y alucinatorios sueños de expansión territorial a sus consumidores, incitándoles a creerse jueces investidos de la facultad de decidir que «lo bueno es malo» y a imaginar que el Edén es «una comfortable plantación» poblada de «angelicales capataces negros».⁴

La esclavitud constituía el eje del más dinámico y vasto complejo productivo que haya conocido la historia humana. Herman Merivale, un burócrata colonial británico, señalaba que la «opulencia de Manchester y Liverpool debe tanto a las penalidades y sufrimientos de los negros como si

ellos mismos hubieran excavado con sus propias manos los muelles de sus puertos y fabricado personalmente sus máquinas de vapor». De acuerdo con Merivale, la acumulación de capital en el cinturón periférico dedicado a la producción de materias primas era una de las exigencias de la expansión económica de la metrópolis mientras que la disponibilidad de mano de obra —recurriendo incluso a la coerción para obligarla a trabajar, en caso necesario— era un requisito previo si se querían convertir las abundantes tierras conquistadas en regiones productivas consagradas al abastecimiento de materias primas.⁵

Ya fuera con la intención de ensalzar los progresos materiales que la esclavitud estaba permitiendo lograr o para reivindicar la abolición de esa práctica, lo cierto es que en torno a la década de 1850 un gran número de personas de la época coincidían en señalar que el desarrollo económico global obligaba a recurrir a la coerción física. Karl Marx aguzaría el filo de los argumentos que bullían a su alrededor, llegando en 1853 a la conclusión de que «la civilización burguesa» y la «barbarie» eran hermanas siamesas. Sin embargo, en los círculos de la élite social, ese planteamiento era cuestión de simple sentido común. El geógrafo francés Élisée Reclus, que escribía en la *Revue des Deux Mondes*, por ejemplo, hará una deducción esencialmente idéntica: «La prosperidad industrial de Inglaterra parece estar estrechamente ligada al progreso de la esclavitud». Los plantadores de las regiones meridionales de Estados Unidos se mostraban vehementemente de acuerdo con esta afirmación: el algodón y, por consiguiente la esclavitud, eran indispensable para el mundo moderno, el fundamento mismo de los asombrosos adelantos materiales que se estaban verificando en Europa y Estados Unidos. Por recordar aquí el célebre discurso que pronunció ante los miembros del Senado estadounidense el senador por Carolina del Sur y plantador de algodón James Henry Hammond: «Inglaterra caería de bruces, arrastrando consigo al conjunto de mundo civilizado» si el sistema del cultivo de algodón basado en el trabajo esclavo llegara a verse amenazado. «No hay poder en la Tierra que se atreva a declararle la guerra. El algodón es el rey.»⁶

La esclavitud estaba permitiendo tanto los pasmosos avances de la industria como los beneficios asociados con esa evolución. No obstante, a las personas de la época les preocupaba la idea de que esa vasta y reluciente maquinaria no fuera en último término más que una fachada —una inquietud que no venía sino a prolongar los viejos temores europeos sobre la estabilidad política de Estados Unidos, de los que ya hemos tenido ocasión de hablar anteriormente—. Según observaba el economista político británico Leone Levi, la industria algodonera europea, siendo como era «una industria dependiente de diversos países extranjeros», se hallaba en una situación potencialmente vulnerable, pese a que su bienestar —de acuerdo con los comentarios de un observador francés— se hubiera «convertido ya en una cuestión de vida o muerte para decenas de miles de obreros, y por tanto en un asunto de prosperidad o miseria para el conjunto de los países industriales desarrollados».⁷

En todo esto, lo más importante es el hecho de que la propia esclavitud pareciera potencialmente peligrosa para la estabilidad social —unos «falsos cimientos», por emplear la expresión de la Asociación de Suministros de Algodón de Manchester—, y no solo por las tensiones que generaba entre las distintas facciones de Estados Unidos, sino también porque los esclavos podían ofrecer resistencia e incluso rebelarse, razón que en 1861 llevaría a esta asociación a declarar que «no es posible confiar por entero en el sistema de la mano de obra esclavizada». «El horror de la insurrección de los esclavos y la discordia civil» era omnipresente, según lamenta el *Cotton Supply Reporter*. Todas estas preocupaciones llegarían a reflejarse incluso en el mercado financiero de Londres, dado que el interés que se pagaba por los bonos de los ferrocarriles del sur de Estados Unidos era superior al de las carreteras del norte. Según indicaba la *Westminster Review* en 1850, «esta desconfianza brota del astuto cálculo de los peligros que se ciernen, tanto en sentido moral como físico, sobre un tipo de sociedad cuyos cimientos se apoyan en la injusticia y la violencia».⁸

La esclavitud estadounidense había comenzado a constituir una amenaza para la propia prosperidad que generaba, dado que la economía característica de las regiones algodoneras del sur chocaba de frente con la incipiente economía política del trabajo asalariado libre y la

industrialización doméstica del norte. Además, el violento movimiento de expansión que impulsaba a ambas economías hacia el oeste estaba causando una interminable cadena de crisis a sus nacientes instituciones nacionales.⁹ La amplia disponibilidad de tierras fértiles y de braceros sometidos había convertido al sur de Estados Unidos en una plantación de Lancashire. Sin embargo, en 1860 un gran número de estadounidenses, sobre todo de los estados del norte, empezaron a protestar por esta dependencia de carácter semicolonial. Y con el tiempo, estas quejas acabaron prendiendo la mecha de una segunda revolución estadounidense. Temiendo por la seguridad de sus propiedades humanas, los dueños de los esclavos del sur de Estados Unidos arremetieron a su vez contra quienes les amenazaban, confiando en que sus socios europeos habrían de intervenir para preservar la economía mundial y por ende el papel que ellos mismos desempeñaban en la génesis de aquellas rentabilidades tan excepcionales. Los plantadores sureños comprendieron que su reino del algodón no solo descansaba en la abundante disponibilidad de tierra y mano de obra, sino también en su capacidad política para preservar la institución de la esclavitud y proyectar su aplicación a los nuevos territorios algodoneros del oeste americano. La continuación de la expansión territorial de la esclavitud resultaba vital para garantizar su viabilidad tanto económica como política (y esta última todavía más, incluso), una viabilidad que el alarmante sectarismo del Partido Republicano había colocado en una posición más amenazada que nunca. De este modo, los propietarios de esclavos percibieron claramente el desafío que hacía gravitar sobre su capacidad de controlar a sus braceros (considerados como simples bienes muebles) el proyecto de este nuevo partido, decidido a reforzar las aspiraciones de poder que esgrimían tanto el estado nacional como sus ciudadanos —una condición tan necesaria para la concreción de la ideología del trabajo asalariado como para la materialización de la idea del libre acceso al suelo.

Sin embargo, desde un punto de vista global, el estallido de la guerra entre la Confederación y la Unión —en abril de 1861— supuso el planteamiento de una contienda destinada a dirimir no solo la integridad territorial del país y el futuro de su «peculiar institución» esclavista, sino también la eventualidad de que el capitalismo global terminara dependiendo

en todo el mundo del trabajo esclavo. La guerra de Secesión estadounidense fue una prueba de fuego para el conjunto del orden industrial: ¿conseguiría adaptarse a la pérdida, siquiera temporal, de su socio providencial —los expansivos y esclavistas Estados Unidos del período anterior al conflicto— antes de que el caos social y el estrangulamiento económico redujeran su imperio a ruinas? Como habría de observar en marzo de 1863 John Marshman, director del periódico de los misioneros baptistas *Friend of India*, «podría decirse que la prosperidad del sur se ha venido basando en el gigantesco crimen de mantener en situación de esclavitud a tres o cuatro millones de seres humanos, una realidad que hace muy difícil quitarse de la cabeza la convicción de que ha llegado el día del Juicio Final, aquel en que se nos habrá de juzgar desde el trono de nuestro Padre Eterno».¹⁰

Y el día del juicio se presentó efectivamente el 12 de abril de 1861. En esa primaveral jornada, las tropas confederadas dispararon contra la guarnición federal apostada en el Fuerte Sumter, en Carolina del Sur. Se trataba de un acontecimiento fundamentalmente local, de una pequeña grieta en el núcleo del sistema de producción y comercio mundiales, pero la crisis a la que iba a dar lugar estaba llamada a iluminar con una brillantísima luz la realidad de los cimientos en que se apoyaba la industria algodonera internacional y por consiguiente el propio capitalismo. Francis Lieber, un científico político que ejerció en la Universidad de Columbia entre 1856 y 1865, realizó en su día esta predicción: «Ni el algodón ni la esclavitud lograrán salir de esta guerra tal como entraron en ella». La conflagración estadounidense, de traumática duración y enorme capacidad destructiva, constituyó por tanto la primera crisis de carácter auténticamente global que iba a sufrir el mundo debido a la voluntad de controlar las materias primas, revelando ser asimismo un factor clave en el surgimiento de las nuevas redes globales de mano de obra, capital y poder estatal. Venía a desarrollarse así en los campos de batalla de las provincias norteamericanas uno de los capítulos más importantes de la historia del capital y la mano de obra globales.¹¹

El estallido de la guerra de Secesión estadounidense cortó de golpe todas las relaciones que habían venido sustentando la red internacional de la producción algodonera y el capitalismo global desde la década de 1780. Con un gesto destinado a forzar el reconocimiento diplomático de Gran Bretaña, el gobierno confederado prohibió tajantemente las exportaciones de algodón. Cuando la Confederación comprendió al fin que aquella medida estaba condenada al fracaso ya era tarde, puesto que para entonces los nordistas habían tenido tiempo de imponer un eficaz bloqueo que impedía *de facto* la salida de la mayor parte del algodón que intentaba abandonar las costas meridionales del país. A pesar de que siguieran dándose casos de contrabando, y a pesar también de que la inmensa mayoría de las iniciativas de los contrabandistas se vieran coronadas por el éxito, los efectos disuasorios del bloqueo apartaron a la práctica totalidad de los buques algodoneros del tráfico comercial del sur. En consecuencia, las exportaciones a Europa experimentaron un drástico descenso, pasando de los 3,8 millones de balas de 1860 al saldo casi nulo del año 1862. Los efectos de la subsiguiente «hambruna del algodón», como llegaría a conocerse este período de penuria, no tardaron en repercutir en el exterior, reorganizando la industria —y el conjunto de la sociedad— en un gran número de lugares, desde Manchester hasta Alejandría. De hecho, la Cámara de Comercio de la ciudad sajona de Chemnitz, dedicada como sabemos a las manufacturas de algodón, habría de informar en 1865, incurriendo solo en una leve exageración, de que «jamás se ha registrado en toda la historia del comercio tan magnos y trascendentales movimientos como los registrados en los cuatro últimos años».¹²

Lo que siguió fue un enloquecido caos. El esfuerzo bélico era además tanto más desesperado cuanto que nadie alcanzaba a predecir cuándo podría terminar la guerra ni cuándo daría signos de reactivarse, si es que lo lograba, la producción algodonera de las regiones meridionales de Norteamérica. «¿Qué vamos a hacer», se preguntaban los directores del *Liverpool Mercury* en enero de 1861, si «esa precaria fuente de materias primas termina viéndose abruptamente agotada?». Y cuando al fin quedó

exhausta, la cuestión del suministro pasó a ocupar el primer plano en la mente de los responsables políticos, los comerciantes, los manufactureros, los trabajadores y los campesinos de todo el planeta.¹³

Al principio, el hecho de que las importaciones de algodón de los años anteriores hubieran sido extremadamente abundantes —y dejado por tanto existencias suficientes en los principales puertos y factorías del mundo como para aguantar unos cuantos meses o incluso un año entero— mitigó un tanto el pánico de los manufactureros del sector algodonero de Europa. Además, los mercados de hilaturas y tejidos estaban totalmente saturados, desde Buenos Aires a Calcuta. Y dado que al comienzo del conflicto se tenía la sensación de que la guerra iba a ser breve, los recortes que experimentaron las exportaciones de algodón procedentes de los estados confederados se tradujeron en un incremento de los precios de las existencias disponibles —circunstancia a la que dieron gustosa bienvenida tanto los poseedores de algodón en bruto como los propietarios de artículos confeccionados—. Al repasar los acontecimientos vividos en los primeros meses del choque, el periódico *Moskva*, que era el portavoz de los industriales moscovitas, indicaba que en un primer momento el conflicto había ayudado a estos profesionales a «sacudirse de encima la crisis que estaba a punto de estallar en su propia industria algodonera» como consecuencia del exceso de producción.¹⁴

Sin embargo, al final, la combinación de unos suministros menguantes y de unos precios en alza comenzó a paralizar la producción. A finales del verano de 1861, Charles Francis Adams, el embajador de Estados Unidos en Inglaterra, le escribía una carta a su hijo Henry diciéndole que «este asunto del algodón está empezando a resultar espinoso». En los primeros meses de 1862, al caer el total de las importaciones de algodón a Gran Bretaña en algo más de un 50% respecto de las cifras registradas el año anterior y disminuir las importaciones procedentes de Estados Unidos en un 96 %, las factorías textiles comenzaron a cerrar sus puertas unos cuantos días por semana —o incluso de manera definitiva en algunos casos—. Comparados con los niveles previos al choque, los precios del algodón se habían cuadruplicado, de modo que los manufactureros cerraron sus establecimientos y decenas de miles de operarios se vieron sin trabajo. En la

temprana fecha de noviembre de 1861, los fabricantes de Lancashire se habían visto obligados a cerrar ya el 6% de las fábricas de la región, teniendo que implantar turnos más cortos en las dos terceras partes de las que se mantenían en funcionamiento. A principios de 1863, la cuarta parte de los habitantes de Lancashire —es decir, más de medio millón de individuos— se encontraba en paro, aunque recibían algún tipo de ayuda, ya fuese pública o privada. El tejedor John O’Neil, que vivía en una fábrica textil del barrio de Low Moor, en la localidad de Clitheroe, en ese condado, describe en su diario los apuros que pasaba: «Me siento deprimido y exhausto ..., y apenas puedo atender a mi propio sustento». En respuesta a toda aquella miseria, los «operarios desempleados» decidieron enviar memorandos con los detalles de la situación al Ministerio del Interior británico a fin de solicitar auxilio.¹⁵

En 1863, grupos de trabajadores en paro se amotinaron por las calles de varias poblaciones algodoneras británicas, dejando así bien patente la explosiva situación social que se había generado como consecuencia de la hambruna del algodón. El ministro del Interior recibió diversas peticiones de las autoridades locales, deseosas de saber «cómo podían solicitarse los servicios del ejército en caso de que alguna futura emergencia requiriera su intervención». Las tropas fueron rápidamente acuarteladas. Incluso el magnate algodonero William Rathbone habría de escribirle a su hijo, en la primavera de 1862, que «los pobres de aquí y de los barrios manufactureros viven sumidos en una gran angustia, y me temo que su inquietud está condenada a ir en aumento». La crisis resultó ser tan grave que a miles de kilómetros de Europa, los comerciantes de la Cámara de Comercio de Bombay decidieron recaudar fondos para «acudir en ayuda de los afligidos obreros textiles de Lancashire». La «preocupación» y el «temor» se convirtieron en moneda corriente.¹⁶

En el continente europeo también se declararon otras crisis de similar calado. En Francia, los fabricantes procedieron a cerrar las fábricas textiles porque no podían permitirse el lujo de comprar el algodón a los elevados precios que ahora se pedían por él, dado que las importaciones de la materia prima estadounidense habían experimentado una fuerte caída, pasando de las 600.000 balas del año 1860 a las 4.169 de 1863. Los efectos

de la guerra se dejaron sentir con particular virulencia entre los manufactureros de artículos de algodón basto, como los que operaban en Normandía, ya que en su caso el precio de la fibra determinaba en gran medida el valor total de la producción. En 1863, las tres quintas partes de los telares de Normandía se hallaban parados, y en las localidades de Colmar y Belfort, donde se confeccionaban artículos de mayor calidad, el 35 % de los husos y el 41 % de los telares permanecían ociosos. Ese mismo año, un comité de ayuda de la nación francesa estimaba que el número de desempleados del sector textil se elevaba a un cuarto de millón de personas. En las poblaciones manufactureras de Alsacia aparecieron carteles en los que se proclamaba: «Du pain ou la mort» (Pan o muerte).¹⁷

Los centros algodoneros de menor tamaño también experimentaron graves estrecheces. En los territorios de la Unión Aduanera de los Estados de Alemania, las importaciones de algodón en bruto descendieron aproximadamente un 50% entre los años 1861 y 1864, y cientos de propietarios de factorías enviaron a sus operarios al paro. Solo la industria algodонера de Sajonia tenía contratadas a unas trescientas mil personas aproximadamente, y de ellas una tercera parte había perdido ya su empleo en el otoño de 1863, mientras que el resto se veía obligado a trabajar muchas menos horas que antes. En las regiones septentrionales de Estados Unidos, alejadas de los campos de batalla mismos aunque no de sus consecuencias, decenas de miles de obreros del sector del algodón perdieron su empleo, pero los efectos sociales no fueron tan severos como en Europa debido a que muchos de ellos se alistaron en el ejército y a que otro gran número consiguió encontrar trabajo en las fábricas de tejidos de lana, cuya producción estaba experimentando un auge tremendo, dado que tenían que confeccionar ropa para las tropas de la Unión. No obstante, en el Moscú de 1863, el 75% de las operaciones relacionadas con el hilado del algodón habían dejado ya de realizarse. Tanto los obreros como los dueños de las factorías habrían coincidido con el parecer del cónsul estadounidense de la ciudad alemana (hoy polaca) de Szczecin, que sostenía que «esta guerra y sus consecuencias se han plantado ante el mundo civilizado con la fuerza de un obstáculo del destino, como algo que ninguna nación, por

insignificante que sea la relación directa que venga a vincularla con la esfera de lo que se está dirimiendo, se halla en condiciones de eludir por entero». ¹⁸

Si los manufactureros se vieron obligados a cerrar las fábricas y los hilanderos y tejedores quedaron abocados a sufrir las consecuencias, los comerciantes de algodón vivieron en cambio —si bien durante un corto período de tiempo— una verdadera edad de oro. El incremento de los precios del algodón desató un frenesí en el que todo el mundo, «médicos, clérigos, mujeres casadas, viudas y tratantes se lanzaron a especular con él». Los cargamentos de algodón cambiaban de manos muchas veces, pasando de un especulador a otro, antes de ser finalmente entregados a las factorías —dado que con cada nuevo intermediario podía obtenerse un pequeño beneficio—. En el verano de 1863, la Compañía de los Hermanos Baring confirmaba que «la cantidad de dinero que hemos conseguido y que todavía estamos amasando con este artículo es poco menos que fabulosa. En los últimos tres años o más no ha llegado una sola bala de la India, pero la materia prima se ha revelado rentable, y casi siempre de forma muy notable». A los agentes de corretaje del sector algodonero de Liverpool también les vino muy bien la presencia de tantos especuladores en el mercado (dado que eso daba lugar a un gran número de transacciones), beneficiándose igualmente del alza de los precios (puesto que sus comisiones eran un porcentaje del valor del producto). Si en 1861, el valor total de las importaciones de algodón había sido de 39,7 millones de libras esterlinas, en 1864 alcanzó los 84 millones, pese a que el volumen de fibra se hubiera reducido de manera drástica. ¹⁹

Al generalizarse tanto la volatilidad de los precios como la especulación, se multiplicaron también los esfuerzos de los comerciantes por institucionalizar las transacciones del mercado especulativo, sobre todo la venta a término. La Asociación de Agentes de Corretaje del sector algodonero de Liverpool había creado en 1863 un impreso estandarizado del que los comerciantes podían valerse para realizar contratos relacionados con futuras entregas de partidas de algodón, lo que dio pie a que los periódicos de Liverpool comenzaran a informar de los precios venideros del algodón indio. Ese año, empezaron incluso a efectuarse en Bombay

«negociaciones en las que se jugaba con el tiempo», concediéndose así nuevas oportunidades a los «hombres mordidos por la pasión apostadora». De hecho, lo que consiguió la guerra fue «una modernización revolucionaria del comercio», siendo muy posible que el elemento más importante en este sentido fuese el establecimiento formal de un mercado de futuros.²⁰

Mientras los comerciantes y los especuladores se veían beneficiados con el generalizado desbarajuste en que se hallaba sumido el sector del algodón, los manufactureros, por su parte, no tardaron en exigir a grandes voces y presas de una notable ansiedad que se abrieran nuevas fuentes de suministro de esa vital fibra textil. En Francia, los propietarios de las fábricas de distintas regiones dedicadas a las manufacturas de algodón no dejaron de presionar en ningún momento al gobierno imperial. «Es por tanto urgentemente necesario poner en marcha ... nuevos ámbitos de producción», sostienen en un escrito los miembros de la Cámara de Comercio de la ciudad de Ruan. En 1862, un grupo de manufactureros de algodón de la localidad de Senones, en los Vosgos, lanzó un llamamiento a Napoleón III, solicitándole que llevara trabajadores chinos a Argelia a fin de cultivar la planta en esa región africana. Ese mismo año, Jacques Siegfried, un manufacturero del sector, presentó, apoyado por la Cámara de Comercio de Mulhouse, una «memoria» a la Sociedad Industrial de esa ciudad en la que defendía que se procediera a cultivar algodón en Argelia: «No hemos de colonizar por el algodón, sino producir algodón para colonizar». En 1864, Antoine Herzog, un acaudalado manufacturero de algodón de Alsacia, iniciaba la redacción de un libro titulado *L'Algérie et la crise cotonnière* con la esperanza de que Francia comprendiera que se hallaba «a merced de las vicisitudes políticas de un solo pueblo», y que por ello mismo debía «proceder a desarrollar ..., por todos los medios posibles, la cultura algodонера de aquellas naciones que poseen la capacidad de producirlo, sobre todo en nuestras colonias». Herzog le suplicó personalmente a Luis Napoleón que le concediera una audiencia y conseguir así que el emperador respaldara los esfuerzos que él mismo estaba realizando para conseguir que

se cultivara algodón en las colonias francesas —llegando a viajar a Argelia con el fin de reconocer sobre el terreno las posibilidades de producir algodón en la zona.²¹

Sujetos a las presiones de los manufactureros y preocupados por los padecimientos y las movilizaciones de los obreros del sector algodonero, los burócratas de los distintos gobiernos también expresaron su inquietud. A fin de cuentas, el algodón era de una importancia capital para la economía de sus respectivas naciones y resultaba en último término vital para el mantenimiento de la paz social. Hubo funcionarios europeos que abogaron por el reconocimiento oficial de la Confederación norteamericana y que defendieron la necesidad de romper el bloqueo marítimo que había impuesto la Unión a fin de conseguir esa materia prima que se precisaba con tanta urgencia. Otros abrigaban la esperanza de obtener nuevas fuentes de suministro de algodón en regiones situadas fuera de Estados Unidos —una expectativa que habría de alimentarse fundamentalmente en Gran Bretaña y Francia, las dos potencias europeas que contaban tanto con una relevante industria algodonera como con vastas posesiones coloniales—. De hecho, antes incluso de que estallara la guerra, lord John Russell, el ministro de Asuntos Exteriores británico, se había apresurado a garantizar a los empresarios algodoneros de Manchester que su gobierno haría todo cuanto estuviese en su poder para asegurar el abastecimiento de algodón, trayéndolo de puntos situados fuera de Estados Unidos. Sin embargo, en julio de 1862, el cónsul estadounidense en la ciudad egipcia de Alejandría, William Thayer, informaba de que «los hombres de estado se hallan prácticamente paralizados, tanto a causa del terror que les infunden los males que se prevén como por no albergar la menor esperanza de poder atajarlos». En sus reuniones con el secretario de Estado estadounidense William Seward, tanto Freiherr von Gerolt, el ministro que Prusia tenía destacado en Washington, como sus homólogos británico y francés, reiteraban una y otra vez la gran repercusión que tenía el algodón en el bienestar económico de sus respectivos países. La Cámara de los Comunes, la Cámara de los Lores y el Senado francés someterían muchas veces a debate la «cuestión del algodón».²²

Esta intensa preocupación pública por la consecución, a precios económicos, de las materias primas que resultaban esenciales para las industrias nacionales constituía una diferencia clara respecto de lo que había sido habitual en épocas pasadas. Los negociantes habían dominado de manera decisiva los mercados del algodón en rama desde la década de 1780, pero ahora esta fibra había pasado a constituir una cuestión de estado —con el añadido de que ahora este disponía del nada desdeñable poder que le conferían las numerosas décadas que llevaba ya movilizándose en favor del comercio—. Las fuertes inversiones que se estaban realizando en el ámbito de la producción industrial —algo totalmente nuevo en la historia de la humanidad— exigían un constante abastecimiento de tierras, mano de obra y dinero en efectivo. Al comenzar los líderes políticos a enfrentarse con los problemas que planteaba la hambruna del algodón, se percataron de que el surgimiento del capitalismo industrial les había vuelto tan dependientes como los propios fabricantes de un suministro predecible de materias primas. En octubre de 1861, lord Palmerston lanzaba la advertencia de que Inglaterra debía conseguir necesariamente suministros de algodón, dado que «no podemos dejar morir de hambre a millones de personas». El ministro francés de las colonias encargó que se realizaran informes sobre las perspectivas de iniciar un programa de cultivo de algodón en lugares tan diversos como la Guayana, Siam, Argelia, Egipto y Senegal. Empezaron a aflorar así las líneas maestras de un nuevo tipo de imperialismo.²³

En respuesta a la urgente demanda de algodón, a 7.400 kilómetros al este de Liverpool y a 14.800 de Antietam, Maryland, tanto los comerciantes y cultivadores indios como los funcionarios coloniales británicos y los fabricantes de Manchester se embarcaron en una frenética carrera por cultivar algodón para los mercados internacionales. Como ya hemos visto, Gran Bretaña llevaba tratando de desarrollar el potencial del subcontinente indio como fuente de fibra de algodón desde la década de 1820, aunque el empeño había terminado saldándose con un «estrepitoso fracaso», según la Cámara de Comercio de Bombay. De hecho, como señalaba *The Economist*

antes de que estallara la guerra de Secesión estadounidense, «mientras hubiera negros en las regiones meridionales de Estados Unidos, y mientras continuara siendo posible obligar a esos negros a trabajar», la idea de ponerse a cultivar algodón en la India para abastecer a los mercados mundiales «habría sido una temeridad, no una iniciativa audaz».²⁴

No obstante, el cañoneo del Fuerte Sumter vino a anunciar que había llegado la hora de producir en la India. A los ojos de los comerciantes de algodón, de los fabricantes y de los hombres de estado no había lugar más prometedor que la India como fuente de abastecimiento de algodón. De hecho, el subcontinente daba la impresión de ser «el único remedio para las desgracias que parecen cernirse sobre nuestras cabezas», según afirmaba Edmund Potter, de la Cámara de Comercio de Manchester. A lo largo de la guerra de Secesión estadounidense, tanto los capitalistas algodoneros británicos como los funcionarios coloniales se afanarían del más febril de los modos en tratar de aumentar la producción de algodón de la India y transportar esa materia prima a los mercados. Como señalaba en julio de 1861 un observador de Nagpur: «Yo diría que el algodón es el tema predominante de nuestro tiempo» —y lo cierto es que la prensa de habla inglesa de la región rebosaba de historias relacionadas con esa materia prima, contándose por centenares, cuando no por miles, las que encontraban acomodo en sus páginas—. Los fabricantes de Manchester enviaban semillas de algodón a Bombay, y sus agentes las distribuían después entre los cultivadores. Llevaron desmotadoras y prensas de algodón a la campaña y entablaron conversaciones en las que abordaban la necesidad de invertir en el tendido de vías férreas con el fin de posibilitar el transporte del algodón hasta la costa. Con todo, no tardaron en topar con los conocidos obstáculos de la India. En 1862, la Asociación para el Suministro de Algodón de Manchester envió una partida de desmotadoras y prensas de algodón a la India, planeando descargarlas en el recién construido puerto de Sedashegur, que se hallaba próximo a las zonas en que se cultivaba la planta. Sin embargo, al arribar finalmente los barcos, se encontraron con que el puerto todavía no estaba terminado. Al final tuvieron que trasladar las desmotadoras y las prensas a otro fondeadero que sí disponía de medios para descargar las bodegas del buque, aunque solo para descubrir poco

después que el enlace ferroviario entre ese puerto y las zonas en que se producía el algodón permanecía incompleto, con lo que la maquinaria recién llevada tuvo que quedarse donde estaba.²⁵

Al tener que enfrentarse a este tipo de problemas, los manufactureros británicos redoblaron los esfuerzos que les animaban a transformar la campaña india —haciéndolo fundamentalmente a través del cauce que les ofrecían las dos organizaciones que dominaban: la Cámara de Comercio de Manchester y la Asociación para el Suministro de Algodón de esa misma ciudad—. A fin de cuentas, preguntaba Henry Ashworth, uno de los integrantes de esa Cámara de Comercio, «¿de qué nos sirven nuestros dominios si no nos valemos de ellos?». Ashworth y otros como él presionaron al gobierno británico —que desde hacía poco tiempo había empezado a mostrarse receptivo a sus demandas—, instándole a que realizara un vasto conjunto de inversiones infraestructurales, a que introdujera cambios en los códigos penales a fin de convertir en delito la adulteración del algodón y a que promulgara nuevas leyes sobre la propiedad para lograr que los terrenos rústicos quedaran claramente definidos y pudieran comercializarse sin trabas.²⁶

Estas presiones de los manufactureros y los comerciantes destinadas a recabar la ayuda del estado no cayeron en saco roto. En septiembre de 1861, el ministro de Economía de la India, Samuel Laing, se entrevistaba con un grupo de representantes de los intereses algodoneros de Manchester para estudiar la forma de mejorar la producción de algodón de la India —prolongándose posteriormente estas reuniones con las que habrían de celebrarse en Manchester, Londres y Bombay a lo largo de la guerra—. Charles Wood, el secretario de Estado británico en el subcontinente, también comprendió que era urgente tomar medidas, así que recomendó «conseguir toda la materia prima que pudiera obtenerse en la India». Los funcionarios coloniales británicos redactarían decenas de informes con el fin de averiguar el potencial que tenía el cultivo del algodón en una u otra región concreta de la India.²⁷

El gobierno británico y los manufactureros llegaron al acuerdo de que era preciso forzar la introducción del aparato administrativo, jurídico e infraestructural del estado imperial en la campaña india. El factor más

importante en este sentido fue posiblemente el asociado con las presiones que ejercieron los manufactureros con el fin de crear un nuevo tipo de entorno legal concebido para facilitar las inversiones europeas en el sector algodonero y permitir al mismo tiempo que Europa dominara la producción de dicha materia prima. Los capitalistas algodoneros querían cambiar la ley contractual india para poder asignar categoría «punible a todo incumplimiento de contrato vinculado con la entrega de adelantos» en efectivo, a fin de conferir «a la persona que efectúa el adelanto una potestad de embargo absoluta respecto de la cosecha cuyo importe adelanta, y en función de la cuantía del susodicho adelanto», permitiendo así la imposición de penas muy severas, llegando incluso al encarcelamiento o a la condena a trabajos forzados. Si los comerciantes conseguían garantizarse el ejercicio de un derecho tan radical sobre el cultivo del algodón, respaldándolo con su propio capital, se estimularía la inversión, lo cual contribuiría a su vez a superar «las dificultades derivadas de la supervisión del cumplimiento de los contratos legales que se firmaran con la población campesina de la India». Dicho sistema permitiría que los cultivadores consagraran enteramente sus esfuerzos al cultivo de cosechas comerciales, dado que los adelantos económicos les habrían posibilitado la adquisición de cereales con los que alimentarse mientras el algodón que tenían plantado alcanzaba el punto de madurez necesario para su recolección. Al final, todas estas presiones terminaron dando sus frutos y se promulgaron nuevas leyes contractuales. Además, en 1863, entraron en vigor varias leyes de derecho penal por las que se declaraba que la adulteración del algodón constituía un delito castigado con penas de prisión y trabajos forzados.²⁸

Este tipo de mercado iba inseparablemente unido a la materialización de toda una serie de proyectos infraestructurales adaptados tanto a los intereses de las «gentes de Manchester» como a los del estado colonial —proyectos centrados fundamentalmente en torno al tendido de comunicaciones ferroviarias, ya que estas, según acertaría a señalar Charles Wood, no solo permitirían transportar el algodón a los puertos, sino que facilitarían igualmente el rápido desplazamiento de tropas en caso de que se revelara necesario sofocar algún levantamiento—. Solo durante el primer año de la guerra, el gobierno duplicó los gastos que venía efectuando en

proyectos infraestructurales en la India. En 1864, fecha en que la Administración británica del subcontinente destinó siete millones de libras esterlinas a «obras públicas», el *Times of India* comentó que el «presupuesto ... podría considerarse expresamente consagrado al objetivo de abrir una más rápida y fácil vía de comunicación entre la campiña y el mercado». El propio Wood, preocupado por las presiones que recibía de Manchester, escribiría en marzo de 1863 a sir Charles Trevelyan, ministro de Economía de la India, para instarle a invertir de forma más agresiva en mejoras infraestructurales, dado que lo contrario sería un «acto suicida». «Debemos construir esas carreteras», le advertía Wood. Es más, el gobierno colonial disminuyó los aranceles que gravaban la importación de artículos de algodón, que pasaron de este modo del 10 al 15 % —una reducción que los fabricantes británicos consideraron extremadamente positiva, dado que juzgaban que los aranceles «estimulaban de forma ficticia ... el comercio de las confecciones de producción mecánica», lo cual «hacía que el capital y la mano de obra de la India se apartara del cultivo de los distintos productos que el suelo puede ofrecer con notable abundancia»—. Todos esos fabricantes coincidían en señalar que el futuro de la India no se hallaba en las manufacturas, sino en la provisión de algodón en rama para la industria europea.²⁹

Sin embargo, a pesar de estas intervenciones de profundo calado, los fabricantes seguían insatisfechos con el comportamiento del gobierno británico. Los llamamientos que llevaban décadas lanzando a la Administración, pidiendo una mayor intervención estatal, adquirieron ahora un tinte poco menos que histérico, lo cual aceleró el surgimiento de una relación aún más estrecha entre los comerciantes, los fabricantes y el estado imperial —relación que no tardaría en convertirse en el sello distintivo del imperio del algodón, y no solo a lo largo del tercer tercio del siglo XIX, sino también en años posteriores.

La Cámara de Comercio de Manchester se quejaba sistemáticamente de que el gobierno no tenía una actitud suficientemente comprometida con el sector algodonero. Los fabricantes, frustrados, intentaron aumentar la presión elevando su causa al Parlamento. En junio de 1862 los diputados que representaban a las regiones destacadas por su consumo de algodón

exigieron al gobierno que se implicara más en la realización de mejoras infraestructurales en la India, a fin de facilitar el transporte de esa materia prima a los mercados internacionales. Según argumentaba el parlamentario de Stockport John Benjamin Smith con motivo de este debate, «el suministro de algodón no es una cuestión que afecte meramente a Lancashire —es un asunto de gran importancia nacional—». Estos sentimientos terminaron adquiriendo tanta fuerza que, al final, los fabricantes de Lancashire no solo expresaron públicos lamentos sobre la conducta de Charles Wood, sino que algunos de los integrantes de la Asociación para el Suministro de Algodón de Manchester exigieron nada menos que «la destitución de tan incompetente ministro». El gobierno británico decidió pagarles con la misma moneda, de modo que Wood comenzó a manifestarse periódicamente irritado por el comportamiento de «la gente de Manchester». Los intereses de los fabricantes y los del gobierno no llegaron en ningún caso a ser enteramente convergentes, dado que Charles Wood y otros funcionarios del gobierno británico eran perfectamente conscientes de los peligros que llevaba aparejada toda excitación del frágil orden social que reinaba en la India tras la rebelión de 1857 —un levantamiento que había constituido una grave amenaza para la dominación británica del subcontinente—. A diferencia de muchos fabricantes, los políticos británicos comprendieron que la transformación de la campaña india era un proyecto ciclópeo que implicaba importantes riesgos.³⁰

Sin embargo, en clara contraposición con todas las crisis anteriores, la hambruna del algodón abrió nuevas perspectivas en relación con la producción de materias primas en las colonias. Incluso *The Economist*, el mayor defensor mundial de los beneficios del capitalismo del *laissez-faire*, terminaría respaldando la idea de que el estado interviniera activamente en la obtención de algodón, sobre todo en el caso de la India. Resultaba muy difícil justificar estas medidas en los términos que estipulaban las «leyes de la oferta y la demanda», pero al final *The Economist* encontró el modo de unir una cosa con la otra —y con él otros muchos—. «La respuesta, al menos en gran parte, radica en el hecho de que parece existir, en muchos e importantes sectores de la sociedad india, un conjunto de dificultades

perfectamente específicas que en cierta medida impiden y contrarrestan la acción de las fuerzas primarias de que depende la eficacia de la economía política». En la India, proseguía el periódico, «no se alcanzan a satisfacer los iniciales requisitos previos de la economía política común ... Hay ingleses que demandan mercancías, pero, por decirlo con toda claridad, no hay indios que sean buenos suministradores». Esta es la razón de que «la intervención del gobierno en un estado de cosas como este no suponga una relajación de los principios de la economía política. La Administración no interfiere para impedir el efecto y la operatividad de la “oferta y la demanda”, sino para crear una capacidad operativa que garantice dicho efecto ... No hay mayor anomalía en recomendar que se apliquen unas medidas inusuales en un estado desprovisto de las facultades económicas ordinarias que en abogar por la aplicación de un método educativo fuera de lo común a un niño sordo y ciego». ³¹

Este clamor favorable a la intervención del estado en la campaña algodonera global terminaría contando con el apoyo de los paladines más insospechados. Richard Cobden, por ejemplo, un empresario algodonero, diputado y defensor del libre comercio, se mostraba de acuerdo en el dictamen de que las ideas de Adam Smith no eran aplicables al caso de la India. En esta misma línea, la Cámara de Comercio de Manchester convocaba en julio de 1862 una reunión especial destinada a abordar la cuestión del suministro de algodón indio, exigiendo sus miembros «la concesión de ayudas estatales a tal efecto, concretándose dichas medidas tanto en la promoción de las obras públicas necesarias para facilitar la producción y el transporte del algodón al oportuno puerto de embarque — ya se trate de canales de regadío, de carreteras o de vías férreas— como en la introducción de enmiendas y mejoras en las leyes que rigen los contratos y la propiedad de tierras». Enfrentados a la hambruna del algodón, los manufactureros y los funcionarios coloniales comenzaron a impacientarse cada vez más con los mecanismos del mercado. Así lo señalaba en mayo de 1862 el director de la factoría de desmotado de algodón del distrito indio de Dharwad al afirmar que, pese a «tener firmemente presente la convicción de que, por regla general, no resulta juicioso interferir mediante actos legislativos en todo lo relacionado con el comercio, lo cierto es que,

considerando las circunstancias que concurren en el presente caso ..., valorando la enorme importancia de las cuestiones que afectan en el momento actual a los intereses locales y más aún a los nacionales, y constatando en fin la aparente ineficacia de las leyes vigentes, nos vemos obligados a concluir que se hace necesario promulgar una legislación excepcional de carácter más restrictivo». También Wood había sido persuadido de que la aplicación de las «leyes de la oferta y la demanda» no iba a ser suficiente para traer más algodón de la India a Gran Bretaña, pese a las tirantes relaciones que mantenía con los más vocingleros defensores de los intereses del sector algodonero. Según creía, los cultivadores indios preferían el ocio a la acumulación, y eso hacía que la producción disminuyera al subir los precios. Si se quería que el subcontinente sustituyera a las regiones meridionales de Estados Unidos como eje de la economía del algodón, era preciso aplicar una reforma estatal en la India y recurrir además a la coerción. La crisis de la esclavitud obligó a los estados imperiales a implicarse de formas inéditas en la campaña global dedicada al cultivo del algodón.³²

El rápido aumento de los precios que vinieron a engrasar la transición de la India al tipo de producción necesario para operar en los mercados internacionales —un cambio marcado muy a menudo por su lentitud— incrementó la eficacia de las intervenciones gubernamentales. En los dos primeros años de la guerra, el valor del algodón indio se multiplicó por cuatro, e incluso más. En consecuencia, los cultivadores indios empezaron a plantar algodón tanto en un conjunto de tierras recién desbrozadas como en terrenos anteriormente dedicados a alimentar a los campesinos. Según el cónsul estadounidense en Calcuta, esta especialización sin precedentes de la India en la agricultura de carácter exportador sirvió para generar «unos suministros de magnitud tan importante como imprevista». Permitió obtener pingües beneficios durante la guerra de Secesión estadounidense y ayudó a que los fabricantes de algodón europeos consiguieran parte de la materia prima que precisaban para mantener en funcionamiento sus fábricas. Pese a que en el año 1860 la aportación del subcontinente indio al conjunto de los suministros de algodón en rama que consumía Gran Bretaña fuese únicamente del 16 % —y a que en 1857 su contribución al

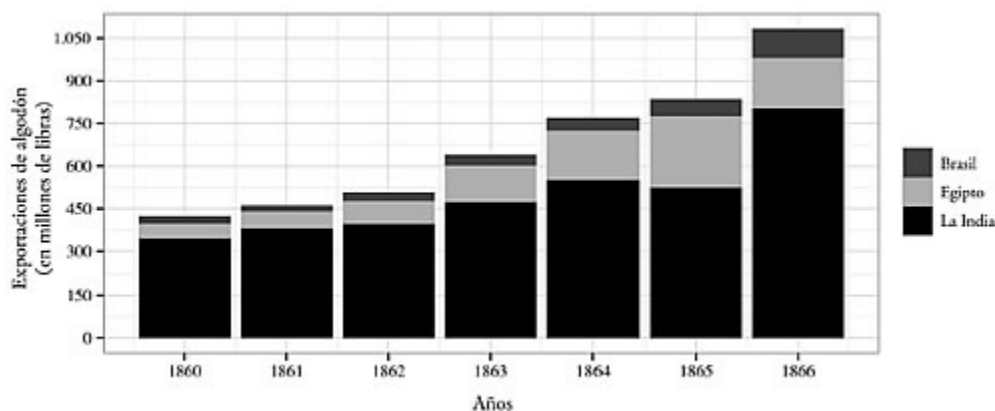
abastecimiento de Francia se limitara a un exiguo 1,1%—, lo cierto es que en 1862 supuso ya el 75% del algodón llegado a Inglaterra y nada menos que el 70% del absorbido en Francia. Parte de este algodón se detrajo de una serie de partidas originalmente destinadas a uso doméstico o a competir con el que se había ofrecido hasta entonces en los mercados extranjeros (especialmente en China), mientras que el resto se logró como consecuencia del 50% de aumento registrado por la producción.³³

En este aumento de la producción, el máximo esfuerzo recayó sobre los hombros de los cultivadores del oeste de la India en general, y sobre los de la provincia de Berar en particular —una región que Gran Bretaña no se había anexionado sino en fecha muy reciente, en 1853—. De hecho, el explosivo crecimiento de Bombay se remonta a los años de la guerra de Secesión estadounidense, al abandonar el algodón indio los antiguos cauces comerciales del interior de Bengala y volver el rostro hacia el gran espacio comercial europeo. En 1863 había incluso barcos que zarpaban repletos de algodón del puerto de Bombay rumbo a Nueva York. Los comerciantes y los fabricantes europeos se quejaban de la mala calidad del algodón indio —estaba menos limpio que el estadounidense, era de fibra más corta y les obligaba a reajustar las máquinas—, pero gracias a esa materia prima india se evitó el completo desmoronamiento de la industria algodonera europea. Según el *Cotton Supply Reporter*, «sin la interferencia de los propietarios de esclavos estadounidenses, la aplicación del capital británico al desarrollo de los recursos de la India jamás habría sido tan intensa como la que se registró al calor de su contribución». Y es que, en efecto, la crisis del sistema esclavista estadounidense forzó y posibilitó la reorganización de la campaña productora de algodón de otras regiones del mundo.³⁴

La ola de actividad que transformó varias de las regiones de la India acabó sacudiendo también el delta del bajo Nilo. En respuesta a la desesperada búsqueda de los fabricantes del sector algodonero, decididos a encontrar nuevas fuentes de abastecimiento de algodón bruto, el virrey otomano, Mohamed Said Pachá, no tardó en transformar sus vastas propiedades en inmensas granjas algodoneras. Según el empresario algodonero Edward Atkinson, Mohamed Said se convirtió de la noche a la mañana en «el mayor y mejor cultivador de algodón del mundo», pero lo

que no sabía Atkinson era que lo había conseguido en un contexto muy particular: el del tremendo rodillo de coerción y violencia que acababa de abatirse por orden suya sobre la campaña egipcia, incluyendo la importación de nuevos esclavos procedentes de Sudán.³⁵

Desde la ventajosa posición que ocupaba el virrey, el proyecto de modernización de Egipto que este se proponía materializar a largo plazo gracias a la venta de algodón en los mercados internacionales —un proyecto que se había iniciado, como ya hemos visto, casi cuatro décadas antes, en tiempos de Mehmet Alí Pachá— parecía hallarse ahora más cerca de fructificar que nunca. Se construyeron nuevas vías férreas, nuevos canales, nuevas desmotadoras y nuevas prensas de algodón. En 1864, el 40% del conjunto de las tierras fértiles del Bajo Egipto había quedado convertido en campos de producción de algodón. Entre los años 1860 y 1865, los campesinos egipcios, conocidos con el nombre de *felah*, quintuplicaron su producción de algodón, logrando que esta pasara de las 22.725 toneladas métricas de fibra a las 113.715 y generando un vuelco económico permanente y de tanto calado que los historiadores de Egipto sitúan a la guerra de Secesión estadounidense entre los acontecimientos más cruciales de la historia decimonónica del país. Desde luego, el hecho de que el valor de las exportaciones de algodón se multiplicara por catorce fue una auténtica «revolución económica». Y no es de extrañar que, en 1862, al viajar el virrey a Manchester en plena guerra de Secesión se le recibiera como a un verdadero héroe.³⁶



Exportaciones de algodón efectuadas entre los años 1860 y 1866, en millones de libras.

Los efectos de la contienda estadounidense también habrían de repercutir en la costa nororiental de Brasil. Varias décadas antes, los granjeros dedicados a los cultivos de subsistencia habían ocupado tierras pertenecientes a grandes terratenientes de Pernambuco y sus inmediaciones. Con el paso del tiempo, estos campesinos comenzarían a cultivar pequeñas cantidades de algodón para conseguir las modestas sumas de efectivo que necesitaban para cubrir sus necesidades y pagar los impuestos. Al dispararse los precios del algodón debido al conflicto norteamericano e inundar el crédito británico la campaña brasileña, los granjeros abandonaron los cultivos de subsistencia para plantar el algodón que demandaban los mercados internacionales. Considerados en conjunto, estos labriegos llegaron a conseguir que, entre los años 1860 y 1865, la cantidad de algodón de las exportaciones brasileñas fuera superior al doble de la anterior.³⁷

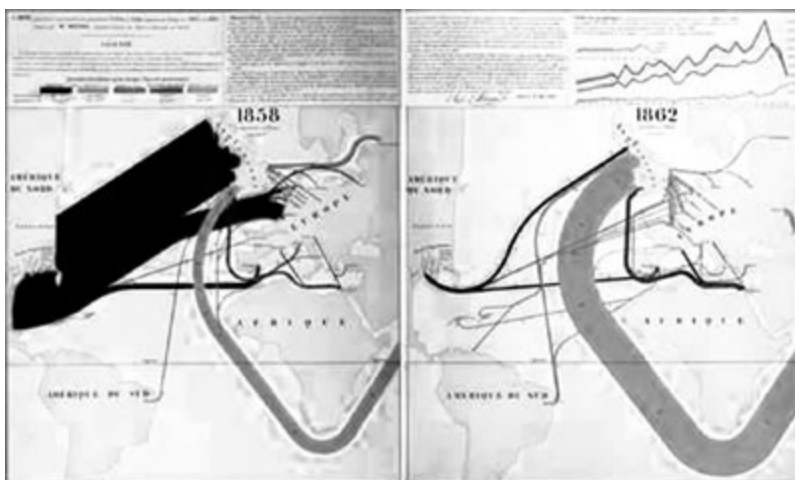
Los productores rurales de otras regiones del mundo también respondieron a su modo a la hambruna del algodón. Las exportaciones de la Anatolia occidental, por ejemplo, superaron el triple de sus cifras anteriores, alcanzando un volumen de 14.288 toneladas métricas en 1862 —y todo ello gracias al esfuerzo coordinado de los capitalistas particulares británicos del sector algodonero y del mandato imperial que emanaba de Estambul, que no solo se ocupó de promulgar un conjunto de privilegios especiales para los cultivadores de algodón, sino que se encargó de distribuir semillas del arbusto entre los campesinos y de tender redes ferroviarias en el interior del país al objeto de facilitar el transporte del oro blanco hasta la costa—. Durante la guerra de Secesión estadounidense, los funcionarios coloniales de Argelia también se esforzaron en aumentar la producción de algodón, sometidos como estaban a las presiones conjuntas de los manufactureros y los miembros de la Sociedad Industrial de Mulhouse —contando no obstante con el respaldo de un buen número de compañías privadas que se dedicaron a reunir capital para empezar a operar en la zona—. En Argentina «se pusieron varias veces en marcha distintos experimentos destinados a difundir el cultivo del algodón, sobre todo en el período comprendido entre los años 1862 y 1865 ..., es decir, en la época en que las exportaciones de algodón procedentes de Estados Unidos decayeron a causa de la guerra».

En México —país llamado a convertirse en una futura potencia algodонера—, crecieron las plantaciones de algodón a fin de poder atender la demanda de los estados de la Unión, de modo que el valor de las exportaciones de algodón se puso por las nubes, multiplicándose por ocho entre los años 1861 y 1865. Las exportaciones de la industria algodонера peruana se cuadruplicaron. De manera similar, uno de los cultivos más relevantes del mundo en cuanto a su volumen —el del algodón chino— terminó desbordando los abruptos diques de contención de su vasta esfera comercial doméstica, inundando los mercados internacionales. El algodón transcaucásico y el del Asia Central dejaron sentir su presencia en Moscú y San Petersburgo. La fibra de África occidental encontró ansiosos compradores en Alsacia y Normandía gracias al esfuerzo conjunto de los comerciantes africanos y los colonos franceses. Y a lo largo de todo el litoral atlántico de África, en lo que andando el tiempo acabaría siendo la colonia alemana de Togo, los negociantes alemanes emplearon a sus esclavos en la producción de partida de algodón destinadas a partir en dirección a Liverpool.³⁸

De hecho, entre los economistas políticos, los manufactureros y los comerciantes que abrigaban la esperanza de que una u otra región del mundo lograra finalmente salvar el abismo provocado por la guerra, la fiebre del algodón iba a desatar situaciones todavía más rocambolescas, lo que da fe de la caótica y experimental naturaleza de las respuestas que se estaban dando a la guerra de Secesión estadounidense. El *Manchester Guardian* anunció reiteradamente a bombo y platillo las buenas perspectivas de producción algodонера de distintas zonas de África, la India, Australia y el Oriente Próximo. «L’Afrique est le vrai pays du coton», señalaba con manifiesto optimismo un observador francés en 1864. En 1861, el periódico australiano *Queensland Guardian* argumentaba que era «preciso dedicar a la producción algodонера la región» del mismo nombre. Sin embargo, para gran desconsuelo de los manufactureros del sector y de los inversores crédulos, no todos los planes de promoción algodонера concebidos durante los años del conflicto iban a dar el resultado que se esperaba. La cantidad de algodón procedente de África, Argentina y el Asia Central que se vendía en los mercados internacionales continuó siendo

bastante discreta, y por otro lado los obstáculos que se oponían a los proyectos de cultivo y distribución en esas regiones del mundo seguían siendo demasiado importantes para el capital privado —ya que ni siquiera concertándose con los desesperados gobiernos europeos alcanzaba a superarlos.³⁹

No obstante, las circunstancias reinantes durante la guerra de Secesión estadounidense permitieron a los comerciantes, manufactureros y hombres de estado vislumbrar, siquiera brevemente, la futura forma del imperio del algodón. Muchos de ellos realizaron un «gran esfuerzo destinado a lograr la emancipación comercial de las naciones civilizadas de la Tierra», como explicaba Samuel B. Ruggles ante los miembros de la Cámara de Comercio de Nueva York.⁴⁰ Gracias a ellos, el algodón indio, egipcio y brasileño se convirtió en una mercancía habitualmente presente en los mercados occidentales. Además, la experiencia que vivieron todos ellos durante la hambruna del algodón abrió toda una serie de audaces perspectivas nuevas para la aventura colonial y la implicación del estado en los mercados de materias primas. Si antes de la guerra los desvelos de los comerciantes y los manufactureros del sector algodonero se habían caracterizado por la doble determinación de realizar inversiones privadas y presionar al estado, la hambruna del algodón incrementó muy notablemente la dependencia de estos capitalistas algodoneros respecto de las estructuras estatales, vinculando igualmente su éxito al grado de su propia sofisticación política. Al comprender los capitalistas lo expuestas que estaban sus redes globales y sus enormes inversiones de capital a los episodios de agitación local —y lo inestable que se había vuelto además el sistema esclavista—, el colonialismo quedó convertido en un asunto de urgente interés propio.



«La mayor catástrofe comercial del mundo.» El ingeniero francés Charles Joseph Minard cartografía el impacto de la guerra de Secesión estadounidense en la industria algodonera global.

Sin embargo, el futuro papel del algodón estadounidense en la economía global seguía siendo una cuestión pendiente. ¿Lograría recuperar el mercado que antes había dominado? Y en caso afirmativo, ¿seguirían cultivando los esclavos esa materia prima?

Algunos fabricantes y comerciantes del sector algodonero europeo llegaron a concebir incluso la esperanza de ver materializarse una separación permanente de la Unión a fin de permitir que los esclavos continuaran cultivando algodón en una Confederación reconocida por los estamentos internacionales. Estaban convencidos, por cuanto alcanzaban a prever del futuro, de que el imperio del algodón estaba llamado a depender del sistema esclavista. En Francia, el *procureur général* señalaría que, entre los propietarios de las factorías algodoneras de las comarcas textiles de Alsacia, existía la extendida sensación de que «la separación [del norte y el sur] sería una bendición para nosotros, desde el punto de vista comercial, dado que el Sur está más que dispuesto a dar grandes facilidades al comercio europeo». En 1862, su homólogo de Colmar observaría por su parte que la opinión pública se mostraba cada vez más favorable al «pronto reconocimiento de la Confederación». Los comerciantes de El Havre insistían casi con la misma vehemencia en lo importante que era apoyar la causa de la Confederación, y de hecho el *Courier du Havre* se situó a la

vanguardia de esa percepción. En Gran Bretaña, muchas de las personas acaudaladas se oponían de manera muy similar a los móviles del norte — movidas por una actitud contraria a la democracia y por el hecho de preferir una Norteamérica convertida en una potencia dividida y debilitada—. Sin embargo, está claro que en sus cálculos entraban también numerosas preocupaciones relacionadas con el algodón, y buen ejemplo de ello es la circunstancia de que John Arthur Roebuck, al defender ante la Cámara de los Comunes las bondades que se derivarían de un reconocimiento de la Confederación, no se cansara de subrayar el destino que aguardaba de lo contrario a los obreros de Lancashire y la necesidad que la región tenía de la materia prima norteamericana. En este sentido, resulta también muy elocuente el hecho de que Liverpool, el mayor puerto algodnero del mundo, fuese también el punto del planeta más proclive a defender las tesis de la Confederación —solo superado por los mismos confederados—. Los comerciantes de Liverpool contribuyeron a sacar balas de algodón de los puertos que mantenía bloqueados la armada de la Unión, a construir buques de guerra para la Confederación, y a proporcionar al sur pertrechos militares y crédito económico. Tanto el Club Sureño de Liverpool como la Asociación Central para el Reconocimiento de los Estados Confederados se dedicaron a promover la agitación social en pro de una separación permanente. Hasta la Cámara de Comercio de Liverpool consideraba beneficiosa una Confederación independiente y la veía con buenos ojos. A juzgar por lo que indica Francis Alexander Hamilton, el socio comercial con que contaba en Liverpool la familia Brown, en una carta fechada en agosto de 1861, la comunidad mercantil de la ciudad no solo pensaba que «no existía poder en la Tierra capaz de reunir a los dos bandos», sino que estaba convencida de que una eventual victoria de la Unión era «totalmente imposible».⁴¹

Y Liverpool no era la única localidad que pensaba de ese modo. En Manchester, el Club Sureño y la Asociación para la Independencia del Sur promovían acciones de agitación social en favor de los confederados. En el año 1862, miles de personas —entre las que había algunos obreros— recorrieron en manifestación varias de las ciudades algodneras británicas exigiendo que el gobierno reconociera a la Confederación. Pese a que

muchos trabajadores respaldaran a la Unión, dado que el combate que libraban estaba identificándose cada vez más con la lucha por una mano de obra no esclavizada, los sentimientos de las élites tendían a revelarse favorables a la Confederación, y de hecho el presidente de la Cámara de Comercio de Manchester no dudaría en señalar que consideraba «inevitable la secesión permanente de los estados del sur».⁴²



«¡Pues sí! ¡¡Está claro que el “Algodón” me resulta más útil que la “Lana”!!» En el bando del norte se temía que Gran Bretaña abandonara su neutralidad para garantizarse el abastecimiento de algodón. Año 1862 o 1863.

Este tipo de puntos de vista, pese a no contar con un apoyo universal entre los fabricantes y los comerciantes, tenían la capacidad potencial de influir en la posición que mantenían los gobiernos en relación con la guerra de Secesión estadounidense, sobre todo en el caso de Gran Bretaña y Francia. La Unión, que tenía un extraordinario interés en conservar la neutralidad de los gobiernos europeos, se tomó muy en serio ese peligro. Por su parte, la Confederación juzgaba que la obtención del reconocimiento internacional constituía el único objetivo relevante de su política exterior. Como es obvio, existían buenas razones para no intervenir: Gran Bretaña debía ponderar tanto el destino que podía corresponderles a sus provincias canadienses como la creciente dependencia del país de las importaciones de

trigo y maíz que le llegaban de las regiones septentrionales de Estados Unidos, mientras que otras potencias europeas como Francia, Rusia y Prusia tenían un gran interés en conseguir que Estados Unidos siguiera siendo una nación fuerte a fin de que contrarrestara el poderío económico y militar del Reino Unido. No obstante, siempre existía la posibilidad de que Europa mediara en el conflicto o de que reconociera incluso a la Confederación, ya que los defensores de esta última eventualidad no dejaron de pregonar prácticamente en ningún momento las ventajas de una Confederación independiente como fuente de suministro de algodón.⁴³

La agitación social que se registró en las regiones manufactureras —concretada en manifestaciones, revueltas y huelgas (solo en Francia se hicieron más de cincuenta)— aumentó la inquietud de los funcionarios estatales y de los capitalistas. Antes de ser nombrado primer ministro de Gran Bretaña, William Gladstone —y otras figuras de la época—, señalaba que el temor a un levantamiento social en Lancashire era una de las razones que incitaban a juzgar conveniente que Europa interviniera en el conflicto norteamericano. En un discurso público pronunciado en 1862, Gladstone expuso con tintes muy sombríos el panorama que estaba dejando tras de sí el impacto social y económico de la hambruna del algodón, aunque cuidándose de elogiar la paciencia de los trabajadores ingleses al comparar la importancia del episodio de penuria que estaba viviendo el país con las otras dos graves calamidades que se habían abatido sobre el imperio británico: la gran hambruna irlandesa de la patata y la rebelión de la India.⁴⁴

Los intereses algodoneros no dejaron en ningún momento de presionar a la Administración de Lincoln, instándola a tener presentes las necesidades de los países europeos que consumían algodón. La correspondencia diplomática entre el Ministerio de Asuntos Exteriores británico y la embajada del Reino Unido en Washington sugiere que tanto el conde Russell, titular de esa cartera inglesa, como el gobierno francés ejercieron una considerable presión sobre la Administración de la Unión. Así lo explica lord Lyons, el embajador británico en Washington, en una comunicación con Londres: «Me presenté en el Departamento de Estado el 25 [de julio de 1863] y hablé del algodón con el señor Seward. Le dije que mientras se desarrollaban las operaciones militares del Misisipi habíamos

aguardado con la mayor paciencia, pero que ahora el río era una vía libre y había llegado el momento de que se viera la efectividad del abundante suministro que nos habían prometido. ¿Estaba dispuesto a cumplir la palabra dada?». Lincoln era perfectamente consciente de la importancia que tenía el algodón en la contienda. El 3 de diciembre de 1861, en su primer mensaje anual, Lincoln argumentaba que «el principal elemento en el que confían los insurgentes para incitar a las naciones extranjeras a mostrarse hostiles hacia nosotros ... es el entorpecimiento del comercio». Y a mediados de 1862, al debatir el gabinete unionista el plan que Lincoln había concebido para la emancipación de los esclavos de los estados rebeldes, Seward presentó con éxito planteamientos contrarios a tan «inmediata promulgación», abogando «enérgicamente en favor del algodón y de los gobiernos extranjeros». Seward temía que el anuncio de la emancipación acabase desembocando en un reconocimiento europeo de la Confederación. Tras prestar cuidadosa atención a los movimientos subterráneos que alcanzaba a percibir, comprendió que el conflicto estadounidense tenía implicaciones revolucionarias para el capitalismo global y que esa circunstancia le instaba a proceder con cautela.⁴⁵

Como ya he señalado en la nota 43, los políticos estadounidenses también recordaban frecuentemente a sus diplomáticos la urgente necesidad de algodón que tenía Europa. En el verano de 1862, al desplazarse a Londres el cónsul estadounidense en Alejandría, William Thayer, enviará a Seward un informe en el que le señala que el reconocimiento de la Confederación es una idea muy presente en el ánimo de las élites políticas británicas. Ese mismo año, el embajador estadounidense en Bélgica, Henry Sanford, se entrevistaría con el secretario de Estado francés, quien le advirtió que «nos encontramos casi sin algodón, y es absolutamente necesario que dispongamos de él». En la primavera de 1862, en una conversación entre Luis Napoleón y William L. Dayton, embajador estadounidense en París, el emperador francés le dijo: «Espero que su gobierno haga algo para aliviar las dificultades que estamos pasando aquí, y que se deben a la penuria de algodón». Presionado por las generalizadas exigencias de los industriales algodoneros, el gobierno francés empezó a realizar gestiones diplomáticas para poner fin al conflicto estadounidense,

con la vista puesta en que «reine la paz entre los dos estados norteamericanos» —por recoger aquí las palabras del manufacturero textil de Mulhouse Gustave Imbert-Koechlin—. Los diplomáticos de la Confederación que operaban en Europa, animados por todas estas quejas, sabían que la situación del Viejo Continente, urgentemente necesitada del algodón del sur, era el arma diplomática más potente de que disponían —y de hecho no dejarían de esgrimirla, y con creciente desesperación, al comprobar que las tornas se volvían en contra de los estados sureños.⁴⁶



La obtención de materias primas en el plano global recordará a Lincoln lo necesario que resulta el algodón: lord Lyons, embajador británico en Washington, fotografiado por Mathew Brady.

Los diplomáticos de la Unión trataron de contrarrestar por todos los medios esta percepción, concertando todos sus esfuerzos para tratar de comunicarse directamente con el público europeo. En 1861, Charles Francis Adams le aconsejaría a su hijo que redactara un panfleto sobre la cuestión del algodón, diciéndole que podía resultar útil. «Para la producción de algodón se necesitan dos cosas: una abundante mano de obra y un suelo propicio para el cultivo del arbusto», señala el escrito. «Fijémonos primero en la cuestión del suelo», advierte a continuación, antes de argumentar que

hay un gran número de regiones en el mundo que disponen de las condiciones medioambientales precisas para cultivar algodón. En algunas zonas del planeta, añade, también hay una cuantiosa mano de obra, como sucede por ejemplo en la India y Egipto, mientras que en otros puntos «no se cuenta con braceros, lo que plantea la cuestión del culi». Adams comprendió que la guerra ofrecía la oportunidad de que surgieran otros productores de algodón y quedara así desbaratada para siempre la situación de dominación, próxima al monopolio, que venía ejerciendo el sur en ese ámbito. «Sería difícil exagerar la importancia de esta lucha [por el mantenimiento del bloqueo y la consecución de nuevas fuentes de abastecimiento de algodón].» Del «sistemático mantenimiento de la presión algodонера en todo el mundo depende la desaparición de la esclavitud en Estados Unidos».⁴⁷

De hecho, la mejor forma de lograr que la guerra contra la Confederación resultara grata para los enormes intereses algodoneiros de Europa consistía en demostrar que era posible conseguir algodón barato en otras regiones del globo. Y lo cierto es que el gobierno de Estados Unidos hizo todo lo posible por estimular la producción en otras zonas del mundo, por ejemplo enviando inmensas cantidades de semillas de algodón al extranjero. En abril de 1862, Seward señala en una carta fechada en abril de 1862 que «Washington tiene el evidente deber ... de examinar la capacidad de producción algodонера con que puedan contar en potencia otros países, y de estimularla todo lo que sea posible, a fin de contrarrestar de ese modo los destructivos planes de los monopolistas facciosos que operan en nuestro propio país». Egipto, con sus cultivos de fibra larga, tenía una importancia muy particular en estos cálculos, dado que su materia prima podía reemplazar las exportaciones estadounidenses, sustituyéndolas con un producto de alta calidad —cosa que no podía hacer el algodón indio—. A lo largo de todos los años de la guerra, Thayer habría de reunirse periódicamente con el virrey de Egipto para abordar la cuestión de la producción algodонера, hasta terminar contratando los servicios de un confidente del virrey llamado Ayub Bey Trabulsi con el objetivo de examinar «los algodones de Egipto». Gracias a estos contactos, Thayer quedó en posición de informar, en noviembre de 1862, de que «el virrey ha

ejercido su influencia para contribuir al incremento de la producción ..., ha ... aconsejado al conjunto de los grandes terratenientes que, en lo sucesivo, dediquen una cuarta parte de sus tierras al algodón. Y dado que los consejos de su alteza el virrey son prácticamente equivalentes a una orden, los propietarios de terrenos rústicos han empezado ... a acelerar la gran revolución agrícola que ahora mismo vemos avanzar a buen ritmo».⁴⁸

Seward confiaba en que todos esos esfuerzos dieran fruto en un futuro próximo, insistiendo especialmente en los imprevistos efectos que la extensión global de la producción algodonera podía tener en la apuesta independentista del sur. «Los estados algodoneros rebeldes cerrarán los ojos a su propio bienestar si no alcanzan a comprender que su prosperidad y todas sus esperanzas se están disipando —y no tardarán en descubrirlo cuando Egipto, el Asia Menor y la India abastezcan de algodón al mundo y California nos proporcione el oro que se requiere para adquirirlo.»⁴⁹

Y en efecto, todas estas iniciativas de los responsables políticos estadounidenses contribuyeron realmente a desactivar las tensiones que habían surgido entre Washington y las capitales europeas. En la primavera de 1862, la rama de Liverpool de la Compañía de los Hermanos Baring adelantó la idea de que las probabilidades de una guerra entre Estados Unidos y Gran Bretaña disminuirían «si conseguimos traer un gran volumen de importaciones de la India». En agosto de 1862, Charles Wood se expresaba en estos términos: «Nuestro único problema doméstico ..., la angustia que se vive en Lancashire ..., lograría mitigarse grandemente si pudiera llegarnos de la India una cantidad de algodón razonablemente importante y digna de mención, superior a la que el subcontinente nos envió el año pasado». En 1863, la generalizada importación de algodón procedente de la India sirvió para aliviar la crisis que se había padecido en Francia a causa de la escasez de esta materia prima. De hecho, a principios de 1864, los *procureurs généraux* de varias provincias manufactureras se hallaron en condiciones de señalar que las importaciones de algodón de la India y Egipto habían aliviado la presión a la que habían estado sometidos los industriales, ya que las factorías han reanudado lentamente su producción, con lo que «el conflicto ... ha dejado de despertar el vivo interés que anteriormente suscitaba en nuestro *département*».⁵⁰ Así habría

de resumir Seward el asunto pocos años después de la guerra; en 1871, al llegar a la ciudad india de Agra —en donde se halla emplazada la tumba de Akbar el Grande— con el fin de visitar una fábrica dedicada al desmotado del algodón: «Del sepulcro de Akbar, el monarca mogol de la India, pasamos a la tumba de pretendido soberano estadounidense: el rey algodón».⁵¹

Al empezar a llegar cantidades significativas de algodón de lugares distintos a Estados Unidos, declinó la intensidad de las presiones políticas que se habían ejercido hasta entonces sobre los gobiernos europeos por parte de los individuos con intereses algodoneros. El empresario textil de Boston Edward Atkinson se mostró aliviado al constatar que la «supuesta dependencia de Europa respecto de los estados algodoneros ha revelado ser una completa falacia», circunstancia que le indujo a juzgar muy posible que en poco tiempo «el abastecimiento de Europa en esa materia prima se independizara totalmente de ese país». En 1863, incluso las personas cuyo sustento se hallaba estrechamente vinculado al algodón y que poco antes habían defendido la causa de los estados sureños empezaron a ver cómo se materializaba una red de suministros de algodón en rama mucho más diversificada que además no dependía del trabajo esclavo.⁵²

Hubo incluso quien empezó a ver que la obstinación que evidenciaba el sur, tanto en sus demandas de independencia como en su apego al sistema esclavista, eran la verdadera causa de las perturbaciones que acababa de padecer la economía mundial. A fin de cuentas, los comerciantes y los manufactureros de algodón, a diferencia de los plantadores sureños y de su gobierno, no habían apostado exclusivamente por una sola fuente de materia prima, es decir, no se circunscribían a las regiones del sur de Estados Unidos, del mismo modo que tampoco juzgaban que la esclavitud fuese el único tipo de mano de obra capaz de producirla. Todo lo que precisaban era un suministro de algodón barato, de las calidades que deseaban, y que resultase al mismo tiempo tan seguro como predecible.

Y, sin embargo, una cosa era responder a las irregularidades que estaba sufriendo el suministro a corto plazo como consecuencia del bloqueo y otra muy distinta imaginar un imperio del algodón capaz de operar sin necesidad de recurrir a la esclavitud. Tomando como base la interpretación que ellos mismos habían hecho de la evolución histórica que había seguido el imperio del algodón a lo largo de los ochenta años anteriores, muchos comerciantes y manufactureros empezaron a temer que la potencial alteración de la «profunda relación que existe entre la esclavitud y la producción de algodón» pudiera «dar al traste», como decía el *Bremer Handelsblatt*, «con una de las condiciones esenciales de la producción en masa» de tejidos de algodón.⁵³

En 1861, al emancipar al general de la Unión John C. Frémont a los esclavos de Misuri, *The Economist* consideró preocupante que tan «espantosa medida» pudiera hacerse extensiva a otros estados esclavistas, ya que eso «provocaría la más absoluta ruina y la desolación universal de esos fértiles territorios». El *Cotton Supply Reporter* llegó incluso a evocar «los horrores de un segundo Saint Domingue» en caso de que la contienda se convirtiera en una guerra por la emancipación, prediciendo que, de darse esa circunstancia, la «maravillosa industria de producción algodonera de Estados Unidos terminaría por venirse súbita y necesariamente abajo». No es de extrañar que unas personas imbuidas de tales creencias acabaran considerando que la caída de Richmond, la capital de Virginia, podía tener ese tipo de consecuencias —y así habría de manifestarlo un exaltado *Bremer Handelsblatt* al señalar que ni «la más fecunda imaginación alcanzaría a entrever sus implicaciones».⁵⁴

Teniendo en cuenta estos temores, todavía resulta más notable que durante la guerra, o inmediatamente después de ella, cuatro millones de esclavos de Estados Unidos obtuvieran su libertad —contándose entre ellos, como es obvio, los más importantes cultivadores de algodón del mundo—. Animados al percibir la debilidad de sus amos frente a un gobierno nacional decidido a someter a los rebeldes, los esclavos iniciaron una insurrección agraria. Al abandonar las plantaciones, dejándolas inermes y carentes de toda fuerza de trabajo, al pasar datos de inteligencia a las tropas federales, y al terminar empuñando las armas como soldados de la Unión, los esclavos

estadounidenses hicieron todo lo posible por convertir una guerra de facciones en una lucha por la emancipación. Y lo consiguieron. Nunca —ni antes ni después— habría de saldarse un levantamiento de cultivadores de algodón con una victoria comparable, dado que su empuje se había visto fortuitamente amplificado por el surgimiento de una profunda e irreconciliable fisura en el seno de las élites de la nación.⁵⁵



Las repercusiones de la guerra de Secesión estadounidense en la industria global del algodón, 1861-1865.

Dándose cuenta de que era muy poco probable que la esclavitud consiguiera resucitar tras tan impresionante revuelta, los capitalistas algodoneros buscaron nuevas formas de movilizar a la mano de obra productora de algodón. Desde luego no debió de tranquilizarles demasiado conocer las experiencias que se habían vivido en otras regiones del mundo

en relación con el cultivo de la planta. A los precios que prevalecían antes del conflicto en los mercados habían sido muy pocos los cultivadores de la India, Brasil o África que se habían sentido atraídos por la idea de producir algodón para las plazas europeas, pese a los denodados esfuerzos de algunos manufactureros. Los campesinos se habían aferrado con tenacidad a sus cultivos de subsistencia y el pequeño grupo que sí se dedicaba a producir fibra con fines comerciales se lo vendía a los hilanderos de las inmediaciones, no a los tratantes de Liverpool o El Havre. Esto estaba sucediendo en el mismo Estados Unidos, ya que al obtener los esclavos su libertad en el transcurso de la guerra, habían sido muchos los que habían optado por abandonar rápidamente el ritmo industrial de las plantaciones para intentar centrarse en cambio en la práctica de una agricultura de subsistencia.⁵⁶

Es más, la experiencia de las anteriores emancipaciones vividas en el Caribe —fundamentalmente en Saint Domingue— habían disipado las esperanzas que los comerciantes y los manufactureros habían puesto en la organización de una producción basada en hacer trabajar a los antiguos esclavos en cultivos de carácter comercial. En 1841, Herman Merivale ya había observado que resultaba difícil obligar a «los negros a realizar labores bajo contrato si tienen a su disposición campos propios en los que aprovisionarse o cuentan con algún otro tipo de recursos». Los miembros del Comité Selecto (británico) encargado de investigar «las relaciones que existen entre los empleadores y los labriegos» de las Indias Occidentales también se percataron de algo parecido en 1842 al observar que la producción de materias primas agrícolas había disminuido tras la emancipación debido a que «los campesinos cuentan ahora con la posibilidad de vivir confortablemente y de adquirir riquezas sin tener que trabajar más de tres o cuatro días por semana en las propiedades de los plantadores —o, cuando menos, eso es lo que sucede en la mayoría de los casos—». Así lo señalaba también *The Economist*: «en los trópicos, la Naturaleza ha puesto al hombre ante el beneficio, o la maldición, de una perpetua ley de pobres, una prodigalidad de alimentos que ha establecido, por sí misma, una mínima necesidad de salarios».⁵⁷

Para el funcionario colonial británico W. H. Holmes el dilema no ofrecía duda: «Cuando el esclavo adquirió la condición de hombre libre ... su primer deseo consistió en hacerse también independiente, en ser, por todos los medios, su propio amo». En la Guayana —región que Holmes estudió con todo detenimiento— «una insignificante cantidad de trabajo procura los escasos lujos que este ubérrimo suelo no logra poner al alcance del individuo», circunstancia que hace muy difícil que los granjeros puedan cultivar cosechas destinadas a la exportación a cambio de un salario. Quienquiera que las necesite encuentra a mano verduras, pescado y fruta, una situación que, «en mi opinión, es fuente de nefastas consecuencias». Los funcionarios coloniales franceses habían llegado en esencia a la misma conclusión: una vez «libre ... el negro ... regresa a la choza del salvaje». La posibilidad de atrincherarse en una agricultura de subsistencia como hombres emancipados —algo que muchos antiguos esclavos consideraban el auténtico cimiento de su recién adquirida libertad— constituía la peor pesadilla de los comerciantes y los manufactureros de algodón del mundo entero.⁵⁸ Las preocupaciones que sentían los observadores europeos respecto de los libertos se agravaron todavía más al constatar el cariz que estaban tomando los acontecimientos del Caribe —con el caso, por ejemplo, de la Rebelión de Morant Bay, en Jamaica, durante la cual un grupo de negros de la isla se levantó indignado para oponerse al severo castigo que la Administración colonial había impuesto a una partida de personas que había ocupado un terreno, rebelión que las tropas británicas habían suprimido entregándose a una orgía de violencia.

La interpretación que hicieron los terratenientes, manufactureros, comerciantes y hombres de estado de estas experiencias pasadas les llevó a concluir que la emancipación era una amenaza potencial para la estabilidad de la industria algodonera mecanizada del mundo. Por consiguiente, comenzaron a esforzarse con el máximo celo en la búsqueda de algún sistema capaz de relanzar de modo duradero la efectividad de la red de producción algodonera a fin de transformar la campaña global sin necesidad de recurrir a la esclavitud. En el transcurso de la propia guerra, ya habían abordado todos ellos con energía —tanto en artículos como en libros, discursos y cartas— la cuestión de si el algodón podía cultivarse o no con

mano de obra no esclavizada —y en tal caso dónde—. Edward Atkinson, por ejemplo, ya había contribuido a este debate en 1861 al escribir su *Cheap Cotton by Free Labor*, y en 1862 William Holmes ampliaba el debate con el texto de *Free Cotton: How and Where to Grow It*. Y ese mismo año un anónimo autor francés sumaba su voz a la polémica al publicar *Les blancs et les noirs en Amérique et le coton dans les deux mondes*.⁵⁹

Todos esos tratados iban a contar muy pronto con las lecciones que ya empezaba a destilar la experiencia vivida durante la guerra de Secesión estadounidense. El brusco bandazo a que dio lugar la contienda al urgir la búsqueda de una producción de algodón no mediada por la esclavitud en Egipto, Brasil y la India, así como en las regiones del sur de Estados Unidos que se hallaban bajo control de la Unión, había constituido, a fin de cuentas, un experimento global: ¿cómo sería un mundo con algodón pero sin esclavos?

Todos estos ensayos —destinados a alumbrar un nuevo imperio del algodón asentado sobre bases diferentes a las vigentes antes de la guerra y durante la esclavitud— terminaron alimentando dos fes parcialmente contradictorias. Pocos observadores cayeron en la cuenta de que era posible producir algodón suficiente para permitir que la actividad de las manufacturas algodoneras prosiguiese su espectacular expansión aun sin echar mano de la esclavitud. No obstante, eso era lo que pensaba el movimiento de las Damas Inglesas por el Libre Cultivo del Algodón, una organización femenina un tanto indefinida que se comprometía a no comprar más que tejidos de algodón producidos con fibras obtenidas por trabajadores libres. No sin cierto optimismo, la idea fue adoptada por algunos miembros del Partido Republicano estadounidense como Edward Atkinson, que pensaba que la producción de algodón en las regiones meridionales de Estados Unidos podía crecer de forma exponencial empleando «mano de obra libre» —al menos mientras los libertos no siguieran contentándose con una agricultura de subsistencia—. Impresionado por los éxitos que él mismo había conseguido al poner a

funcionar sus fábricas textiles con trabajadores asalariados, Atkinson empezó a creer fervientemente que el futuro del suministro de algodón de Estados Unidos —y del mundo— dependía de que los terratenientes y los estados del sur se revelaran capaces de motivar a los libertos y de inducirles a producir algodón.⁶⁰

Sin embargo, las conmociones de la guerra también habían mostrado que si el algodón producido sin mano de obra esclavizada había logrado introducirse en los mercados internacionales había sido únicamente en el contexto de unos precios insosteniblemente elevados. A fin de cuentas, el precio del algodón indio se había multiplicado por más de cuatro y la gran mayoría de los esfuerzos que se habían realizado anteriormente para inyectar algodón indio a precios más asequibles habían fracasado. Además, lo que se pensaba en los años 1864 y 1865 era que en el sur de Estados Unidos la emancipación había venido acompañada de una agitación social muy considerable. La extendida creencia de los capitalistas algodoneros, convencidos de que la libertad iba a provocar una reducción permanente de los suministros de algodón en rama, resultaba por tanto razonable, y encontraba su más directa expresión en el hecho de que después de la guerra los precios del algodón continuaran siendo muy superiores a los de antes de la guerra. A Liverpool llegaban informes realmente angustiados. En uno de ellos, recibido por la familia Rathbone, se aventuraba la predicción de que «el año que viene no vamos a poder contar con braceros negros». A su vez, los Baring afirmaban que «no parece haber muchas personas que piensen que en el sur de Estados Unidos pueda reorganizarse la mano de obra lo suficiente como para plantar y recoger en la próxima temporada una cosecha superior al millón y medio de balas». (Ha de tenerse en cuenta que en 1860, las cosechas de algodón habían ascendido a 5,4 millones de pacas.)⁶¹

Al comenzar a extenderse en los círculos algodoneros el temor a una reducción permanente de las cosechas de algodón, crecieron las presiones tendentes a conseguir que, una vez consumada la derrota de la Confederación, se reorganizara en las regiones meridionales de Estados Unidos la agricultura basada en las plantaciones —fundamentalmente mediante el regreso ordenado de los productores de algodón a los campos

de cultivo—. En este sentido, el *Bremer Handelsblatt* lanzó un llamamiento para que se aplicaran políticas de perdón a las derrotadas élites dueñas de las plantaciones. En la primavera de 1865, el embajador británico en Washington, sir Frederick William Adolphus Bruce, envió a Londres un informe sobre la situación de ese proceso de reorganización —informe en el que criticaba severamente a los «ultrarrepblicanos» y recordaba al presidente Andrew Johnson que debía tener en cuenta la urgente necesidad de reactivar la producción de algodón—. Abordaba la cuestión de si los libertos iban a volver a trabajar en los campos o no, y cómo. Temía que «la emancipación de los negros suponga un gran golpe para la prosperidad material de los estados dedicados al cultivo de algodón y azúcar». Preocupado por la agitación social que se padecía en el sur de Estados Unidos y mostrándose muy crítico con los esfuerzos destinados a extender el derecho de sufragio a los libertos, terminó redactando en mayo de 1865 un informe en el que señalaba, en tono aprobatorio, que «en todas partes se están tomando medidas, tanto para obligar a los negros a servir de mano de obra como para enseñarles que la libertad implica trabajar, aunque cambiando el amo por un salario».⁶²

No obstante, los capitalistas algodoneros y los funcionarios del gobierno también habían aprendido otras lecciones de mayor calado durante la guerra. Y lo que es más importante, habían aprendido que era el trabajo, y no la tierra, lo que limitaba la producción de algodón. Los integrantes de la Asociación para el Suministro de Algodón de Manchester —que eran los más destacados expertos mundiales en estas cuestiones— se percataron de que en muchos y muy distintos puntos del globo existían tierras y climas de «propiedades iguales, y en muchos casos superiores, a las que» se encontraban en Norteamérica. Sin embargo, estos expertos en la situación del algodón en el mundo descubrieron al mismo tiempo que «el primer auténtico requisito, que es la mano de obra», resultaba en cambio más difícil de conseguir. Así lo señalaba Samuel Laing, el ministro de Economía británico en la India: «La cuestión de la abolición de la esclavitud en todo el mundo depende probablemente de otro asunto: el de si el algodón producido en la India con mano de obra libre puede venderse más barato que la fibra que cultivan los esclavos de Norteamérica».⁶³

Pero ¿de dónde iba a sacarse todo ese contingente de mano de obra? Como ya hemos visto, en el transcurso de la guerra de Secesión estadounidense, los esfuerzos de los defensores de los intereses algodoneros se centraron directamente en conseguir mano de obra y ponerla a trabajar en un conjunto de regiones que en épocas pasadas no habían cultivado una cantidad de algodón significativa para los mercados europeos. El presidente de la Asociación para el Suministro de Algodón de Manchester resumía sucintamente el contenido de esta estrategia: «A lo que nos estamos dedicando ahora es a abrir el interior». Esta estrategia contaba con una larga tradición a sus espaldas. Sin embargo, el conflicto estadounidense había contribuido a concentrar de una forma totalmente inédita las energías de los capitalistas y los hombres de estado.⁶⁴

Esta rápida expansión geográfica de la red global de la producción algodonera se hallaba íntimamente vinculada con los esfuerzos encaminados a encontrar formas novedosas de motivar a los cultivadores rurales e inducirles tanto a cultivar el oro blanco como a inyectarlo en los mercados. ¿Cómo podían conseguir los gobernantes que los campesinos se dedicaran a cultivar cosechas que, según las acertadas palabras del científico político Timothy Mitchell, «no les servían de alimento ni podían procesar para atender las necesidades locales»? ¿O cómo iban a arreglárselas para «inculcar disciplina y estímulo a los trabajadores negros»? por reproducir aquí la incógnita que se planteaba en 1861, con mucha menos delicadeza, el observador francés M. J. Mathieu.⁶⁵

En el conjunto del imperio del algodón, tanto los burócratas como los capitalistas no dejaban de darle vueltas a la cuestión de si «el negro habrá de comportarse o no, en lo sucesivo, como un obrero industrioso».⁶⁶ En un artículo inusitadamente largo, *The Economist* aprovechará la ocasión que le brinda el fin de la guerra de Secesión estadounidense para entrar en una prolija deliberación sobre el asunto, argumentando lo siguiente:

Es probable que no exista una sola consideración política que lleve aparejadas unas consecuencias económicas tan amplias o permanentes como la de la relación entre las razas blanca y negra del mundo ... Y forma parte, también con toda probabilidad, del destino de los europeos, e incluso —actualmente— de la función que desempeñan, y sin duda del objeto de su interés, y más en particular de los que pueda tener la rama inglesa de la humanidad, orientar, promover y controlar las empresas industriales del conjunto de Asia, África y aquellas regiones

de América que se hallan habitadas por razas africanas, asiáticas o híbridas. De hecho, esas empresas son verdaderamente vastas ... El único factor necesario que resulta esencial para el desarrollo de estas nuevas fuentes de prosperidad es la organización de algún tipo de sistema industrial que permita que una gran masa de obreros negros trabajen voluntariamente, sujetos a la vigilancia de un reducido número de supervisores europeos. Lo que se requiere no es solo un trabajo individual, sino un desempeño laboral organizado, una concreción de tareas dispuesta de una manera tan científica que no solo se pueda obtener un resultado máximo con un coste mínimo, sino que se haga igualmente posible realizar los inmensos y súbitos esfuerzos que precisa la perforación de un túnel, la recolección del algodón y otras muchas operaciones, y todo ello sin sufrir huelgas ni disputas, y eliminándose sobre todo cualquier añadido artificial al precio de la mano de obra, cualquier suma que hubiera que emplear en forma de sobornos a los trabajadores con el fin de instarles a obedecer unas órdenes que resultan naturalmente repulsivas a sus prejuicios.

Desde luego, el planteamiento de *The Economist* no se detiene ahí: «Es preciso reconocer sin ambages que la esclavitud ha garantizado hasta ahora la satisfacción de todos estos extremos. Para la simple ejecución de grandes obras a costes reducidos no hay organización que pueda compararse a la que pone al experto europeo en lo alto del escalafón y le convierte en amo despótico del trabajador negro o cobrizo semicualificado que opera por debajo ...». Sin embargo, la esclavitud tiene también una serie de «consecuencias morales y sociales que no resultan beneficiosas». Y esta es la razón de que *The Economist* considere que «es preciso alumbrar una forma de organización nueva, siendo así que la única que se ha encontrado hasta la fecha para poder trabajar con eficacia es ... aquella que se basa en la perfecta libertad de los agentes y su mutuo interés ... No obstante, si la completa libertad ha de ser el principio adoptado, es claro que se hará preciso conseguir que las razas oscuras obedezcan de un modo u otro, y por propia voluntad, al hombre blanco».⁶⁷

Ahora bien, ¿cómo podrá «conseguirse que las razas oscuras obedezcan ... por propia voluntad al hombre blanco»? Sin pretenderlo, la guerra de Secesión estadounidense había transformado las posibilidades del cultivo del algodón, introduciendo modificaciones en la zona y el modo de su producción y provocando de un solo golpe un vuelco en el equilibrio que se había mantenido hasta entonces en la red global de producción algodonera entre el trabajo sujeto a coerción y el efectuado libremente. Tanto los decididos esfuerzos de los mismos esclavos como el avance del ejército de la Unión, auxiliado por los hombres y las mujeres que acababan

de obtener su libertad, habían terminado desmantelando el sistema esclavista que durante doscientos cincuenta años había sido la fuerza impulsora del capitalismo de guerra y de la Revolución Industrial —una esclavitud, además, que no solo reducía a las personas al cautiverio sino que las consideraba como simples bienes muebles—. Pero todavía estaba por ver cómo iba a concretarse el nuevo orden que pugnaba por emerger en los campos de algodón del mundo.⁶⁸

Las grandes líneas del aspecto que podía presentar en último término esa reorganización solo consiguieron entreverse aquí y allá en el transcurso de la propia guerra de Secesión estadounidense. Sin embargo, el mundo del algodón estaba llamado a ser absolutamente distinto en los últimos tramos del siglo. La velocidad y la flexibilidad con que respondieron a la crisis los comerciantes, los manufactureros y los productores agrícolas revelaron su adaptabilidad —y lo que no es menos importante, su capacidad para poner en pie nuevas y trascendentales formas de poder estatal, pese a su carácter indirecto, formas destinadas a obtener mano de obra y a sustituir con ella la apropiación directa de seres humanos—. Según observaría con gran perspicacia la *Revue de Deux Mondes*, «la emancipación de las razas esclavizadas y la regeneración de los pueblos de Oriente han sido dos procesos íntimamente vinculados entre sí».⁶⁹

En abril de 1865 llegaba a su fin, al callar las armas que atronaban el continente norteamericano, el mayor acontecimiento turbulento que había conocido en sus ochenta y cinco años de existencia la historia de la industria algodonera sujeta al dominio europeo. El conflicto había permitido poner a prueba en todo el mundo un buen número de sistemas para la movilización de trabajadores —ya se tratara de culíes, de aparceros o de obreros asalariados—, y a pesar de que todavía no se supiera a ciencia cierta si la producción de algodón lograría recuperar los niveles de que había disfrutado antes de la guerra, lo relevante es que la confianza en un mundo algodonero presidido por una «mano de obra libre» se había extendido prácticamente por todo el globo. Mientras en todo el territorio de Estados Unidos los antiguos esclavos festejaban su libertad, los

manufactureros y los trabajadores esperaban con ansia que las factorías volvieran a funcionar a pleno rendimiento, alimentadas por el nuevo flujo de suministros de algodón, que ahora llegaban en abundancia.

Sin embargo, los comerciantes apenas tenían nada que celebrar. «El rumor de la paz les está provocando poco menos que una sensación de pánico», informaba la Compañía de los Hermanos Baring de Liverpool a su filial de Liverpool en febrero de 1865. A principios de marzo, al informar en un número «extraordinario» de la toma de la ciudad de Charleston por las fuerzas de la Unión, el *Indian Daily News* señalaba en sus titulares: «Pánico en Liverpool. El algodón por debajo de un chelín». Y el temor no tardó en extenderse hasta el propio Bombay. Calvin W. Smith, un comerciante de hielo de Boston informó desde Bombay con el siguiente texto: «Lamento decir que los ingleses y los parsíes que me rodean tienen las caras más largas que jamás haya puesto grupo de mortales alguno. El éxito que hemos conseguido en nuestro país representa su ruina. Si la guerra termina dentro de un año, habrá en esta ciudad más quiebras que en ningún otro lugar del mundo. La ferocidad de la especulación que se ha venido produciendo aquí en los últimos cuatro años ha sido superior a todo lo conocido». En Liverpool también cundió el pánico. Samuel Smith, el agente de corretaje algodonoero de esa ciudad a quien ya conocemos, lo recuerda en estos términos: «Daba lástima ver que unos hombres que habían adquirido magníficas mansiones y poseído costosas galerías de óleos se veían obligados a “arriar la bandera” y a quedar al acecho de la menor oportunidad de pedir prestada una guinea a algún viejo amigo».⁷⁰

Este terror global hizo que los campesinos, los trabajadores, los manufactureros y los comerciantes comprendieran la íntima relación que había terminado por enlazar los acontecimientos que estaban teniendo lugar en todo el mundo. Los combates librados en el medio rural de Virginia habían repercutido en las pequeñas aldeas de Berar y el Bajo Egipto, la elección del cultivo de un granjero del Brasil dependía de cómo interpretara este la situación del mercado de Liverpool, y los precios de los terrenos de Bombay se habían derrumbado inmediatamente después de que llegara a las costas de la India la noticia de que la Unión había arrasado Richmond. Un observador británico quedó asombrado al constatar los nuevos vínculos

globales que la guerra de Secesión estadounidense había puesto de manifiesto. Así lo explica en un escrito: «Ya hemos visto los efectos que tienen los “precios” en las zonas más remotas del planeta».⁷¹

Lo cierto es que las dimensiones del mundo se habían reducido y que también había cambiado muy significativamente el modo en que el algodón mantenía unidas algunas de sus regiones. Pese a que la guerra de Secesión estadounidense hubiera supuesto un episodio crítico para el imperio del algodón, la verdad es que también representó una especie de ensayo general con vistas a su reorganización. Los éxitos que habían logrado al modificar la producción industrial en sus respectivos países habían determinado que los capitalistas algodoneros confiaran en conseguir otro tanto a mayor escala. Al estudiar las cenizas de las regiones meridionales de Estados Unidos detectaron la existencia de un conjunto de palancas tan prometedoras como nuevas con las que parecía posible mover la montaña del trabajo asalariado y trasladarla al ámbito del cultivo del algodón, aportándole además nuevas tierras, nuevas relaciones laborales y nuevos vínculos entre todos esos elementos. No obstante, es posible que lo más importante fuera el hecho de que los capitalistas algodoneros hubieran aprendido que el único modo de proteger y conservar las lucrativas redes de comercio global que habían acertado a tejer entre todos consistía en lograr un activismo estatal sin precedentes. Por su parte, los hombres de estado se dieron cuenta de que estas redes se habían convertido en un elemento esencial para la conservación del orden social de sus respectivas naciones, y por tanto en un baluarte decisivo para la consolidación de sus recursos, su poder y su legitimidad política. Esto nos permite dar la razón al observador francés que en 1863 realizaba este vaticinio: «El imperio del algodón está seguro, pues el rey algodón no ha sido destronado».⁷²

UNA REORGANIZACIÓN DE ALCANCE GLOBAL



Los cultivadores indios hacen entrega de una carga de algodón en una de las sedes que tenía la Compañía de los Hermanos Volkart en las zonas rurales del interior. Se trata probablemente de los alrededores de Khamgaon, en la década de 1870.

En el otoño de 1865, el capitán William Hickens, del Real Cuerpo de Ingenieros Británico, tuvo ocasión de recorrer los estados de la derrotada Confederación. Al haber sido enviado por el Ministerio de Asuntos Exteriores inglés con la misión de valorar las perspectivas que ofrecía la eventual reanudación del cultivo de algodón, Hickens se reunió con plantadores, agentes de corretaje «y otros individuos relacionados con el algodón». En el informe que enviará posteriormente al conde de Clarendon, secretario de Estado británico, Hickens se muestra terriblemente pesimista

respecto a la posibilidad de que el sur de Estados Unidos pueda volver a producir grandes cantidades de algodón a precios comparables a los vigentes antes de la guerra. Para el año 1866, el capitán Hickens tenía la expectativa de que las plantaciones y las granjas del sur de Estados Unidos produjeran, como máximo, un millón de balas de algodón, es decir, un volumen equivalente a la cuarta parte de la última cosecha anterior al conflicto. El motivo de tan deprimente estimación era claro: no había en todo el sur mano de obra suficiente para arar, sembrar, podar y cosechar una mayor cantidad de algodón. «La emancipación de los esclavos ha dejado el sistema del laboreo agrícola tan desorganizado», lamentaba, «que es muy posible que las cosechas de algodón del futuro más inmediato experimenten una reducción enorme». Los plantadores de Luisiana le habían dicho a Hickens que estaban «teniendo las mayores dificultades para conseguir que los negros realizasen una jornada de trabajo razonable», debido a que los libertos «no tienen ni la menor idea de lo que es la inviolabilidad de un contrato, y a que ... eluden el efectivo cumplimiento de la parte que les corresponde en virtud del mismo». Según concluía Hickens, la solución consistía en que los colonos blancos se dedicaran a cultivar algodón, ya que en último término estos conseguirían obtener una cosecha «tan grande como la del año anterior a la guerra» —aunque nunca lograrán hacerlo a precios tan económicos como «los de los viejos tiempos».¹

En abril de 1865, la cuestión que más inquietaba tanto a los capitalistas algodoneros como a los políticos pasaba por averiguar si los plantadores de algodón de las regiones meridionales de Estados Unidos lograrían recuperar la posición que habían ocupado antiguamente en el imperio del algodón —y en caso afirmativo, cuándo—. Y en este asunto prácticamente todos los observadores coincidían con Hickens, puesto que también lo vinculaban con un único factor: la mano de obra. Edmund Ashworth, el manufacturero de Manchester de quien ya hemos tenido oportunidad de hablar, estaba totalmente seguro de que «los negros que en tiempos pasados trabajaban a golpe de látigo tardarán mucho en incorporarse al mundo del laboreo asalariado». Por su parte, el agente de corretaje de Liverpool Maurice

Williams resumía escuetamente la problemática: «Ahora que el *poder de obligar* a trabajar a esta mano de obra ha desaparecido para siempre, y teniendo en cuenta que si las regiones meridionales de Estados Unidos conseguían recoger las enormes cosechas de algodón que anteriormente les permitían alimentar con materia prima las cuatro quintas partes del consumo mundial era justamente en virtud de aquel poder, lo que no cabe esperar es, naturalmente, que los trabajadores libres que laboran para atender, en esencia, sus propias necesidades puedan producir un volumen de algodón tan grande como el de las antiguas cosechas, a menos que esperemos una buena cantidad de años y de que logre incrementarse el número de jornaleros».²

Si los esclavos habían revolucionado el imperio del algodón, la emancipación iba a obligar ahora a los capitalistas algodoneros a poner en marcha una revolución propia —desatándose así una frenética búsqueda de nuevas formas de organizar en todo el mundo a la mano de obra productora de algodón—. La hazaña de conciliar la emancipación de los productores de algodón de Estados Unidos con la constante necesidad de cantidades crecientes de materia prima no resultó nada fácil. Sin embargo, la insaciable demanda de algodón barato por parte de los manufactureros del sector suponía una garantía de que la «cuestión del algodón» siguiera ocupando un lugar primordial en el orden del día. Las importaciones de algodón en rama eran tan voluminosas que constituían, por regla general, la mercancía más costosa del transporte comercial que protagonizaban las naciones industrializadas de Europa, y por otra parte las exportaciones de algodón eran el primer y más importante artículo de la lista de bienes que el Viejo Continente enviaba a los mercados extranjeros. Dado que las fábricas textiles proporcionaban empleo a centenares de miles de trabajadores, esos suministros y salidas comerciales resultaban cruciales para garantizar la estabilidad social de las naciones europeas y norteamericanas. El mantenimiento de una industria tan importante exigía una reorganización global del imperio del algodón, la búsqueda de una innovadora combinación de tierra, mano de obra, capital y poder estatal.³

El ininterrumpido y rápido crecimiento que iba a experimentar la industria a lo largo del medio siglo inmediatamente posterior estaba llamado a ampliar todavía más esa necesidad, ya que entre los años 1860 y 1890 el consumo de algodón global acabaría duplicándose, volviéndose a multiplicar por dos en torno a 1920. Así lo recogía el economista Elijah Helm en 1903: «De entre los mayores cambios industriales que ha experimentado el mundo en los últimos treinta años pocos superan, por su importancia e interés, el del sorprendente crecimiento de la confección mecanizada de tejidos de algodón». Los hilanderos británicos continuaron siendo los más importantes consumidores mundiales de algodón en bruto, aunque lo cierto es que el ritmo de expansión de su demanda se ralentizó un tanto si comparamos sus niveles con los del año 1860. En la década de 1840 su consumo de fibra aumentaba un 4,8% todos los años, y sin embargo en las de 1870 y 1880 ese índice de incremento descendió a un 1,4%. No obstante, la reducción del volumen de trabajo de las hilanderías británicas quedaría más que contrarrestada por la demanda de los hilanderos que operaban tanto en las industrias de la Europa occidental y oriental como en las de Norteamérica y, ya a principios del siglo xx, en las de Brasil, México, la India, China y Japón —todas ellas en rápido proceso de expansión—. En el período comprendido entre los años 1860 y 1920, el número de husos mecánicos de la industria algodonera del mundo se triplicó, dado que los empresarios y los obreros pusieron en funcionamiento cien millones de husos más —la mitad de ellos en los cuarenta años anteriores a 1900, y la otra mitad en las dos primeras décadas del siglo xx—. La difusión de los telares mecánicos también fue espectacular. En el año 1860 había 650.000 máquinas de ese tipo, pero en 1929 la cifra era ya de 3,2 millones. Entre los años 1860 y 1900, la Europa continental incrementó poco a poco el porcentaje de husos que operaban en su suelo, ya que si la cantidad de los que funcionaban en 1860 representaba una cuarta parte del total de husos del mundo, con el cambio de siglo la relación era ya del 30%. Estados Unidos también aumentó su volumen de husos, a expensas en este caso de Gran Bretaña, pasando de utilizar un 10% de los existentes en el globo en 1860 a emplear cerca de un 20% en 1900.⁴ El primer y más importante efecto de este vuelco de la situación fue el de implicar a un número mucho

mayor de estados y de capitalistas en el universo de los intereses relacionados con el algodón barato, ya que eso les impulsó a participar activamente en la transformación de la campaña global con la esperanza de incorporar una creciente porción del conjunto de las tierras de cultivo del mundo a los circuitos de la acumulación metropolitana de capital.⁵

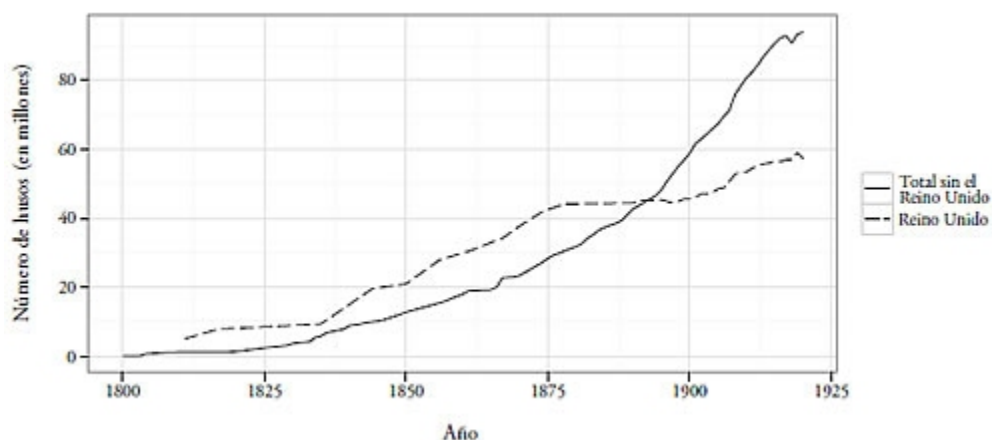




El imperio del algodón después de la esclavitud, 1865-1920.

El hecho de que la demanda de algodón en rama explotara en el preciso momento en el que se desmoronaba la forma tradicional de organizar su producción —la esclavitud— confirió mayor urgencia todavía a los esfuerzos que estaban realizando tanto los capitalistas como los funcionarios gubernamentales para movilizar a grandes masas de jornaleros con el fin de dedicarlos a la producción de algodón. Como ya hemos visto, la mayoría de los cultivadores mostraban una notable preferencia por la producción orientada al mantenimiento de sus familias y sus comunidades, desdeñando destinarla a los mercados internacionales. Pese a que los modestos campesinos del globo, desde la India hasta Alabama, pasando por

el África occidental, no fueran contrarios a la idea de participar en los grandes mercados —ni siquiera en los que les obligaban a efectuar transacciones a grandes distancias—, y pese a que también les gustara aprovechar las oportunidades de beneficio que se les presentaran, lo cierto es que las estrategias por las que se guiaban se hallaban casi siempre circunscritas a los requerimientos de la subsistencia familiar o los vínculos asociados con la ayuda mutua, los acuerdos políticos, los derechos y las prácticas consuetudinarias —factores todos ellos que relegaban a un segundo plano la producción orientada a los mercados globales—. Eran reacios a abandonar la producción destinada al consumo doméstico, y en algunas regiones contaban con la suficiente fuerza colectiva como para oponerse a la intromisión tanto de los capitalistas europeos y norteamericanos como de los administradores imperiales. Además, los salarios del mundo agrícola eran demasiado bajos e inseguros como para animar a los labriegos a renunciar a la producción de subsistencia, dado que los muy superiores riesgos que tenían que asumir en caso de cultivar para el mercado no se veían compensados por la posibilidad de un mayor beneficio.⁶



Número de husos empleados en las fábricas textiles del Reino Unido y del mundo (descontando las primeras), 1800-1920.

En esencia, lo que tenían que hacer los industriales algodóneros así como los comerciantes, los terratenientes y los funcionarios de los diferentes estados para reorganizar el imperio del algodón era un diligente

esfuerzo destinado a debilitar este tipo de preferencias —proceso en el cual no solo habrían de recurrir al poder de los recién consolidados estados-nación, sino a la coercitiva imposición de los mecanismos legales (y muy a menudo también de los ilegales) con el fin de lograr que los granjeros pasaran a ser primero cultivadores de algodón y finalmente consumidores de todo tipo de artículos—. Todos cuantos tenían un interés en la promoción del algodón tratarían de revolucionar la campaña mediante la difusión de unas relaciones sociales de tipo capitalista —de entre las cuales cabe destacar el crédito, la propiedad privada de la tierra y el derecho mercantil—. Intentaban encontrar —y acabaron hallándolo— un sistema al que los funcionarios coloniales franceses denominarían con toda propiedad «un nuevo modo de explotación».⁷ La transformación del medio rural que promovieron estaba íntimamente relacionada con la naturaleza globalizada de la producción industrial. Las primeras formas del comercio global se habían basado en el intercambio de un conjunto de mercancías producidas mediante una gran variedad de sistema no capitalistas —gracias al trabajo de los siervos o de individuos particulares en el ámbito doméstico, por ejemplo—. Ahora, la riqueza y la capacidad de coerción de los empresarios globales y los políticos imperiales estaba consiguiendo transformar los regímenes de producción de las poblaciones del mundo entero mediante la conversión en mercancía de su fuerza de trabajo y sus campos —procediendo en este sentido como habían venido haciéndolo en los siglos anteriores en las dos Américas, aunque introduciendo una serie de variaciones formales—. En Asia y en África esta «gran transformación» llegó, por primera vez en su historia, a regiones muy alejadas de los puertos de mar. Y es que, en efecto, la lógica del capitalismo industrial alumbró una nueva forma de integración global. El creciente poder de los manufactureros, así como el particular tipo de capital que controlaban, creó una relación inédita entre el capital y el territorio, así como con la gente que residía en él, permitiendo que se instauraran fórmulas nuevas para la movilización de la mano de obra.

La difusión de las nuevas formas de trabajo —de entre las que destaca la aplicación de nuevos sistemas de coerción, violencia y expropiación— se extendió por un creciente conjunto de zonas algodoneras del globo. El

ejercicio de la dominación pasó así a depender menos de la autoridad del amo que de los mecanismos sociales del mercado, el derecho y el estado —unos mecanismos deliberadamente impersonales que no obstante distan mucho de ser imparciales—. Los nuevos sistemas de trabajo que surgieron de las luchas, a veces violentas y casi siempre asimétricas, entre los industriales, los comerciantes, los productores agrícolas, los trabajadores, los gobernantes y los funcionarios pasaron de este modo a convertirse en el principal resorte de la producción de algodón hasta la introducción, a lo largo de la década de 1940, de la mecanización de la cosecha en Estados Unidos —en tanto que sistema comercialmente viable— y el surgimiento de una nueva economía política global.⁸

Pese a que los observadores de la época no estuvieran seguros de que los cultivadores estadounidenses pudieran volver a dominar la producción de algodón destinada a los mercados internacionales —ni de cuándo habría de materializarse la recuperación de esa posición, caso de que lo consiguieran—, nadie dudaba de que el trabajo de los antiguos cultivadores de algodón esclavizados estaba llamado a constituir el cimiento de todo eventual resurgimiento de las exportaciones de algodón estadounidenses —y a ser por tanto la base de la reactivación y la ininterrumpida expansión de la industria algodonera mundial—. En 1865, tanto los comerciantes como los periodistas y los diplomáticos —muchos de ellos europeos— se afanaban en escrutar con suma atención los mapas y los cuadros de que disponían, no dudando al mismo tiempo en enviar exploradores a las regiones rurales del sur de Estados Unidos con el fin de obtener información sobre el tipo de sistema de trabajo capaz de sustituir a la esclavitud.⁹ No tardaron en comprender que la cuestión central consistía en determinar si los libertos estaban o no dispuestos a regresar a los campos de algodón. Dado que ahora la coerción física directa había sido declarada ilegal, eran muchos los que se preguntaban si resultaría posible lograr que los antiguos esclavos siguieran trabajando las mismas tierras en las que habían estado faenando por espacio de más de medio siglo, y si se podría conseguir que continuaran cultivando algodón. Desde luego, se escucharon

algunas voces optimistas: el empresario algodonero de Boston Edward Atkinson no había dejado de sostener su ferviente fe en la superior productividad del trabajo no esclavizado —incluso en el caso del cultivo de algodón—. Otros creían en cambio que el «acicate de la necesidad» acabaría «corrigiendo» la «indolencia que predomina entre las gentes de color», obligándoles a volver a los campos de algodón.¹⁰

Sin embargo, la mayoría de los contemporáneos se mostraban considerablemente más pesimistas: «No habrá más remedio que abandonar el cultivo de los productos básicos que han constituido hasta ahora el gran activo de los estados del sur», vaticinaba el *Southern Cultivator*. El comerciante algodonero J. R. Busk, que era el agente con que contaba la compañía de William Rathbone en Estados Unidos, abrigaba por un lado la expectativa de que «la pacificación del sur no se viera indefinidamente pospuesta por la imposición de medidas radicales», pero lanzaba por otro la advertencia de que «el año próximo no va a resultar posible contar con la fuerza de trabajo de los negros». George McHenry de Londres iba todavía más lejos y explicaba en su obra titulada *The Cotton Supply of the United States of America* que solo el restablecimiento de la esclavitud lograría devolver su antiguo esplendor al algodón: «En los estados del sur, el cultivo del algodón en grandes extensiones únicamente puede realizarse con mano de obra negra, y la fuerza de trabajo de los negros solo puede controlarse instituyendo el régimen de semipatriarcado al que damos el nombre de esclavitud». Los expertos en el cultivo y la producción de algodón de la India coincidían por interés propio con este parecer, dado que G. F. Forbes, el comisionado del sector algodonero de Bombay, había predicho que los antiguos esclavos se pasarían las horas muertas «dormitando bajo el primer árbol que encontraran».¹¹

En toda Europa y Estados Unidos, las élites económicas y políticas coincidirían en señalar que los antiguos esclavos debían seguir cultivando algodón. También se mostraron de acuerdo en que la cuestión del algodón se reducía en último término a la posibilidad de encontrar o no mano de obra. Así se lo indicaba en 1865 el abogado y general de la Unión Francis C. Barlow a su amigo Henry Lee Higginson, un acaudalado bostoniano que acariciaba la esperanza de adquirir una plantación de algodón en el sur:

«Para hacer dinero en este negocio todo lo que se necesita es simplemente saber poner a trabajar a los negros». En todo el globo, la cuestión de la «mano de obra negra» inquietaba tanto a los terratenientes como a los funcionarios, los antiguos esclavos y los autodenominados expertos en el asunto. Así resumía el debate en su momento el *Southern Cultivator*: «El tema que nos obsesiona [consiste] en saber cuál es el tipo de mano de obra que mejor se adapta a nuestras necesidades». Y de hecho, el problema de la «exitosa gestión de la fuerza de trabajo negra» llenaba las páginas de esa publicación. Muchos «expertos» temían que los libertos se dedicaran exclusivamente a la agricultura de subsistencia, como ya había ocurrido una generación antes en las Indias Occidentales. Y para evitar que se materializaran esas «perversas consecuencias», había quien defendía la idea de pagar un salario en efectivo, quien abogaba por la implantación de un sistema de aparcería, y quien prefería promover los esfuerzos tendentes a preservar la colaboración de las cuadrillas de obreros. En Carolina del Sur, un suscriptor del periódico observó que «en las regiones meridionales de Estados Unidos, el negro [es] el bracero más apropiado y legítimo, además del indicado por la voluntad de Dios ..., sin embargo, con la euforia de su libertad, se ha desquiciado ..., de modo que habrá que formarlo para que trabaje como hombre libre. No se puede permitir que pase lo mismo que en Santo Domingo». En la primavera de 1865, el *Macon Telegraph* de Georgia lo explicaba de un modo muy escueto: «La gran cuestión que se alza hoy ante nuestro pueblo estriba en determinar cómo habremos de adueñarnos de todos los braceros africanos del país».¹²

En algunos casos ya se habían encontrado durante la guerra las respuestas a esa pregunta de «cómo adueñarse de todos los braceros africanos del país». Eso fue lo que sucedió cuando los generales de la Unión y los inversores de los estados del Norte trataron de resucitar la producción algodonera en aquellas zonas del sur que habían sido conquistadas por las tropas de la Unión. En este sentido, los esfuerzos más descollantes fueron los efectuados en Sea Island, frente a las costas de Carolina del Sur y Georgia —cuyo suelo había sido durante muchas décadas un importante campo de cultivo para el algodón—. En esas tierras, había habido algunos empresarios del norte, como Edward Atkinson, que

habían comprado plantaciones para tratar de llevar a efecto su proyecto de una producción con «mano de obra libre». En el mundo que vislumbraban, los libertos continuarían cultivando cosechas destinadas a la exportación a cambio de un salario —y desde luego acometían ese plan con un entusiasmo contagioso—. Y dado que muy a menudo los libertos tenían una idea notablemente distinta de lo que implicaba la libertad —a saber, la posibilidad de ser propietarios de la tierra así como la capacidad de control sobre su propia fuerza de trabajo—, en estas regiones —y en todas las demás—, el ejército de la Unión obligó a los esclavos manumisos a trabajar en las plantaciones a cambio de una paga. Este tipo de medidas no auguraba nada bueno para las esperanzas y aspiraciones de los esclavos liberados.¹³

Para poder trazar, siquiera fuera *grosso modo*, las grandes líneas de un nuevo sistema de utilización de la mano de obra fue preciso librar en el conjunto de las regiones algodoneras de Estados Unidos un combate de muchos años en las plantaciones, los tribunales locales, las cámaras legislativas de los diferentes estados y la sede del gobierno en Washington. Ese combate se inició en el instante mismo en que se puso fin a la guerra, cuando los propietarios de las plantaciones, devastadas por los efectos económicos y políticos de la derrota, trataron de reorganizar el mundo de los campos de cultivo, manteniendo un régimen que se pareciera lo más posible al de la esclavitud. Evidentemente, ahora era preciso firmar contratos y pagar salarios —en mayo de 1865 el *Macon Telegraph* advertía a sus lectores, no sin cierto pesar, de que «en lo sucesivo se hará necesario remunerar a la mano de obra»—, pero aparte de eso la vida debía continuar igual que antes. Los antiguos esclavos, hacinados en los mismos cuchitriles que se les reservaban antes de la emancipación, tendrían que trabajar la tierra con la azada, plantar, arrancar las malas hierbas y recoger las cosechas —todo ello bajo la supervisión de un capataz—. Y para compensarles por sus esfuerzos se les proporcionaría algo de dinero o, más habitualmente, una parte de la cosecha.¹⁴

En el año 1866, uno de los primeros contratos que se firmaron —el del plantador de algodón Alonzo T. Mial, del condado de Wake, en Carolina del Norte, en cuya propiedad se afanaban veintisiete libertos— estipulaba que las horas de trabajo se iniciaban al amanecer y se prolongaban hasta la

puesta de sol —aunque se añadían también algunas actividades extras después del ocaso—, y comprometía a los jornaleros a «acudir a la plantación los domingos». No se pagaba salario alguno por los días de baja por enfermedad ni por las ausencias autorizadas. A cambio de su labor, los trabajadores recibían diez dólares al mes así como 7 kilos de panceta y una fanega de harina de maíz. De manera similar, tras la emancipación, los plantadores del extremo suroccidental de Georgia, una excelente zona algodonera, contrataron a sus antiguos esclavos en calidad de trabajadores asalariados, imponiéndoles de forma unilateral toda una serie de condiciones restrictivas y asignándoles una paga mínima —tan escasa que únicamente añadía a las «necesidades fundamentales» una décima parte de la cosecha de maíz (lo que permitía no ofrecerles nada de la de algodón)—. En el delta del Yazoo-Misisipi —posiblemente la región algodonera más importante del mundo— la situación era poco más o menos la misma, ya que a pesar de que los terratenientes pagaban un salario también trataban de restringir la capacidad de movimiento de los libertos, obligándoles a permanecer en sus terrenos y a plantar algodón. Dado que la mayoría de los manumisos, tanto hombres como mujeres, apenas tenían posesión alguna, los terratenientes imponían unilateralmente todas esas condiciones, forzando a sus trabajadores a firmar contratos de varios años de duración y atándoles a la plantación incluso después de efectuada la cosecha.¹⁵

Al tener la posibilidad de actuar en función de su exclusivo criterio, los plantadores pensaron que la reorganización del imperio del algodón debía basarse en algún tipo de trabajo asalariado, aunque dejando en gran medida intacta la estructura de la posesión de tierras, el ritmo de trabajo y las pautas que regían la vida en las plantaciones. Contaban con poderosos aliados entre las élites económicas y políticas de Europa, dado que a estas lo único que les preocupaba era conseguir más algodón de Estados Unidos.

Sin embargo, los plantadores no pudieron actuar sobre la base de su solo parecer. Toparon con la oposición de un cierto número de libertos decididos a alumbrar un mundo radicalmente diferente al de la esclavitud —de hecho, un mundo en el que la producción de mercancías para los mercados internacionales dejara de ser una incumbencia fundamentalmente suya—. Los esclavos liberados tenían buenas razones para creer que lo

único que podía garantizarles el disfrute de su recién adquirida libertad era la posibilidad de adquirir tierras, así que empezaron a sostener que el apoyo que habían prestado al esfuerzo bélico de la Unión, así como las décadas de trabajo no remunerado que habían efectuado en tiempos de la esclavitud, les conferían derecho a la propiedad de esas tierras. Eran muchos los que pensaban que, tras la victoria de la Unión, les aguardaban 16 hectáreas y una mula. Un grupo de libertos de Virginia, por ejemplo, tenía una idea perfectamente clara y totalmente acertada de los motivos que les concedían «un derecho divino a la posesión de tierras». Recordaban en este sentido que «nuestras esposas, nuestros hijos, nuestros maridos, han sido vendidos una y otra vez con el fin de comprar las tierras en las que hoy residimos ... ¿Y acaso no desbrozamos después la tierra y cultivamos maíz, tabaco, arroz, azúcar y demás? ¿Y no prosperaron las grandes ciudades del norte gracias al algodón, el azúcar y el arroz que nosotros habíamos producido?». La esclavitud constituía un robo, pues les había privado de la justa recompensa que merecían por su trabajo —una estafa que debía ser compensada ahora mediante una redistribución de tierras.¹⁶

Con todo, las esperanzas que habían puesto los libertos en la posibilidad de convertirse en campesinos propietarios dedicados a la agricultura de subsistencia fueron muy efímeras. Gran parte de las tierras confiscadas durante la guerra volvieron muy pronto a sus propietarios originales —nada menos que a partir del otoño de 1865—. Al no poder adquirir tierras, resultaba muy difícil que los esclavos liberados pudieran controlar siquiera mínimamente el recurso de su fuerza de trabajo. Además, al aplicarse las indulgentes medidas políticas de la Reconstrucción orquestada por el presidente Andrew Johnson, los antiguos propietarios de esclavos recuperaron buena parte de su anterior influencia política, valiéndose del poder político que ahora se les devolvía, tanto en el plano local como en el regional, para desplegar la maquinaria del estado y limitar de ese modo las reivindicaciones de los libertos que estaban reclamando que se les reconociera el derecho de acceder a los recursos económicos y a los resortes del poder. Dos de las primeras cosas que «reconstruyeron» los gobiernos de los diferentes estados del sur consistieron en tratar de imponer disciplina a la mano de obra y en dejar a los trabajadores atados a las

plantaciones. En Misisipi se aprobaron muy pronto, en noviembre de 1865, los llamados códigos negros, por los que se exigía que los contratos de trabajo que firmaran los libertos definieran la movilidad de estos jornaleros como simple «vagabundeo». Y a pesar de que el gobierno federal, a través de la Oficina de Libertos, corrigió algunas de las más flagrantes violaciones del «trabajo libre», eran muchos los miembros del gobierno estadounidense que también creían que era necesario echar mano del poder coercitivo del estado para transformar a los manumisos en trabajadores asalariados. En julio de 1865, un subcomisario de la Oficina de Libertos de Luisiana argumentaba, por ejemplo, que era imprescindible «obligar a los libertos a trabajar, y esto en todas partes, teniendo en cuenta que al hacerlo tendrán que firmar, sin excepción, un contrato libre y voluntario». La ironía de que se pudiera obligar a alguien a ser libre debió de pasarle inadvertida a este subcomisario y a otros muchos. De hecho, sobre los libertos que no tuvieran empleo pesaba la amenaza de los trabajos forzados.¹⁷ La sociedad del norte de Estados Unidos legitimó la implantación de estos «contratos obligatorios», por emplear aquí la denominación que utiliza la historiadora Amy Dru Stanley, debido a que los consideraba una medida destinada a ayudar a los libertos, contribuyendo a orientarles en el ejercicio de su recién adquirida libertad. Al mismo tiempo, se impusieron restricciones crecientes a todas las formas alternativas de conseguir acceder a la subsistencia, como la de permitir que los animales pastaran en los terrenos públicos o que la gente cazara, pescara o recogiera frutos y nueces.¹⁸

Por regla general, los capitalistas del sector algodonero recibían esta serie de medidas con los brazos abiertos. De hecho, el *Commercial and Financial Chronicle*, que hablaba en nombre de la comunidad empresarial de Nueva York, manifestaba la esperanza de que la movilidad de los libertos «no fuera más que un estado de cosas temporal, una situación que deberá corregir la influencia de las leyes de vagos y maleantes, unida a la condición menesterosa de los propios vagabundos». Al verse confrontados a tan poderosa oposición, muchos libertos tuvieron la sensación de hallarse «eternamente condenados a las tareas más humildes, a cortar madera y acarrear agua» —y a cultivar algodón, cabría añadir—. * Habiéndoseles negado toda posibilidad de acceso a un medio de subsistencia alternativo —

y teniéndolos por tanto sometidos a una situación radicalmente diferente de aquella en la que se hallaban los campesinos de la India o África—, se tuvo la sensación de que iba a resultar comparativamente fácil convertir a los libertos en proletarios agrícolas.¹⁹

Sin embargo, la frustración de las aspiraciones de los libertos no dejó zanjado el asunto. El empeño de las élites sureñas blancas en reinstaurar por la fuerza un sistema de trabajo similar al de la esclavitud era tan descarado, y tan patente su determinación de ignorar la derrota que habían sufrido en la guerra, que en el norte hubo personas que empezaron a movilizarse contra las políticas de Reconstrucción del presidente Andrew Johnson. En 1866, gracias a los esfuerzos de los antiguos esclavos y sus aliados yanquis, los libertos consiguieron el derecho de ciudadanía, y en 1867 el del sufragio masculino —reconocimientos ambos que les permitieron utilizar su creciente poder político para introducir mejoras en la situación en que se hallaban en las plantaciones—. En 1867, el Congreso estadounidense ordenó restablecer la autoridad militar en los estados del sur. A su vez, el respaldo del norte y la movilización política de los libertos hizo que los obreros negros tuvieran una mayor capacidad de articular sus demandas en las propias plantaciones, de modo que ese mismo año «los libertos abandonaron los campos y dejaron sus empleos». Les ayudó en su empeño la existencia de una escasez de mano de obra —consecuencia del hecho de que los hombres trabajasen menos horas que en tiempos de la esclavitud y de que muchas mujeres y niños hubiesen dejado de trabajar arduamente definitivamente en los campos de labor—. Esto permitió que los antiguos esclavos negociaran la firma de unos contratos algo mejores. En los que se rubricaron en el delta, por ejemplo, se estipularon unos salarios más altos y se ofrecieron unas condiciones mejores que las del año anterior. Además, las libertas —a las que les había resultado cada vez más difícil hacerse un hueco, tanto para ellas mismas como para sus hijos, en el nuevo universo de las plantaciones (que favorecía a los varones físicamente fuertes)—, combatieron y se movilaron para lograr que se las tuviera en cuenta en la esfera de los contratos laborales. Esas eran las «armas de los débiles».²⁰

Y lo que es todavía más importante: los libertos exigieron realizar su trabajo de forma independiente, en unidades familiares, y con la posibilidad de disponer de cultivos de subsistencia. En la nueva situación, los dueños de las plantaciones dejaron de poder dominar unilateralmente los acuerdos laborales. No obstante, los libertos seguían sin tener la posibilidad de contar con tierras propias. En 1867, ninguna de las dos partes se hallaba ya en condiciones de imponer por entero su voluntad a la otra. Esto determinó el surgimiento de un compromiso social que permitió que las familias afroamericanas trabajaran en una particular parcela sin estar sujetos a una supervisión diaria, recibiendo además suministros de los terratenientes, y cobrando por su labor una parte de la cosecha que ellos mismos hubieran cultivado. Este sistema de aparcería se extendió como un reguero de pólvora por todas las regiones algodoneras de Estados Unidos, de modo que las cuadrillas de trabajo —es decir, el sistema que había prevalecido en la época de la esclavitud— desaparecieron casi por completo. De hecho, en noviembre de 1867, el *Southern Cultivator* señalaba que el «primer cambio que debe producirse necesariamente ... es el de la subdivisión de las propiedades rústicas». En 1868 se aplicó muy ampliamente el sistema de las aparcerías, incluso en el delta del Yazoo-Misisipi, y para el año 1900 más de las tres cuartas partes de los granjeros negros de Arkansas, Carolina del Sur, Misisipi, Luisiana, Alabama y Georgia se habían convertido en aparceros, de modo que retenían una parte de la cosecha, o en arrendatarios, lo que significa que pagaban una cantidad fija al terrateniente, pero conservaban a cambio la totalidad de lo producido.²¹

En vista de la evolución de los acontecimientos, Alonzo T. Mial decidió anular los contratos salariales que había hecho firmar a sus antiguos esclavos, convertidos ahora en libertos, y optó por subdividir la plantación en parcelas con vistas a su explotación en régimen de aparcería. Como sucedía en todas las demás comarcas del sur de Estados Unidos, el carácter concreto de estos arreglos variaba en función de las circunstancias: unas veces Mial aceptaba partir la cosecha, otras arrendaba las tierras a cambio de una cantidad fija de ciertos cultivos, y otra más las alquilaba incluso como contraprestación de una serie de pagos efectuados directamente en efectivo. En el caso de Mial, el contrato de aparcería típico estipulaba que el

propietario permitía que el aparcerero trabajara una parcela de entre 12 y 14 hectáreas, concediéndole asimismo la posibilidad de utilizar los pertrechos agrícolas necesarios. El dueño de la tierra recibía a cambio la mitad de la cosecha. Los arrendatarios de Mial estaban obligados por contrato a levantar una valla en torno a la parcela, a reparar los puentes, a limpiar los establos y a cavar zanjas —y todo ello, rezaba el acuerdo, «ha de efectuarse a mi entera satisfacción, y habrá de hacerse hasta que yo quede satisfecho y manifieste que está como debería estar»—. En resumen, concluía el texto, «todo ha de operar bajo mi tutela». Para Mial, la aparcería no solo fue una ocasión para reducir los costes de supervisión, sino que le permitió conservar la capacidad de dirigir a los arrendatarios y de decidir qué cultivos había que plantar y cuáles no.²²

La difusión de la aparcería como sistema dominante para el empleo de la mano de obra que se precisaba en las regiones algodoneras de Estados Unidos da fe de la fuerza colectiva que poseían los libertos, y desde luego les dio la posibilidad de eludir la aplicación de un sistema mucho peor: el de las cuadrillas de trabajadores asalariados en las plantaciones. La aparcería dio a los hombres y a las mujeres emancipados una mínima capacidad de control sobre su propia fuerza de trabajo, al permitirles no solo desvincularse de los sistemas de supervisión diaria que tanto recordaban a las prácticas de la esclavitud sino también firmar contratos familiares —en lugar de individuales— con los terratenientes y decidir por sí mismos la carga de trabajo que debían asumir los hombres, las mujeres y los niños.

Hay que reconocer, sin embargo, que se trató de una victoria pírrica. Las pautas que estaban instituyéndose para regir la propiedad de la tierra, los sistemas de trabajo y los mecanismos de la concesión de créditos determinaban con certeza casi absoluta que a los granjeros del sur de Estados Unidos no les quedara más remedio que cultivar algodón —y que ese medio de vida les abocara sin remedio a la pobreza—. Al proporcionar a los cultivadores los pertrechos que precisaban, los plantadores y los comerciantes les cobraban unos intereses exorbitantes. Por consiguiente, la cosecha apenas bastaba para pagar a los acreedores una vez terminada la estación de cultivo. En la plantación de Runnymede, situada en el condado

de Leflore, en el delta del Misisipi, por ejemplo, los cultivadores pagaban un 25% de interés en la compra de comida y un 35% en la adquisición de ropa. A su vez, las elevadas deudas que habían contraído con los comerciantes y los terratenientes obligaban a los aparceros a cultivar una cantidad creciente de algodón, el único cultivo que siempre admitía ser convertido en dinero —aunque los beneficios por bala estuvieran disminuyendo—. El hecho de operar en un entorno marcado por el elevado coste del crédito, de ocupar una posición marginal en la economía política de la nación y de vivir en un período presidido por una notable caída de los precios de la materia prima, hizo que los agricultores asistieran al deterioro de sus ingresos, un destino que compartían de hecho con la gran mayoría de los campesinos del globo, obligados por las circunstancias a producir para los mercados internacionales.²³

La magnitud de su derrota iba a quedar particularmente clara después del año 1873, al experimentar el entorno económico y político un drástico vuelco. Esa fecha iba a marcar el inicio de la mayor crisis económica internacional que haya conocido el siglo XIX. El ritmo de crecimiento de la demanda de algodón cayó por debajo de la media anterior a la guerra, y justo en el momento en el que un gran número de nuevos productores empezaba a poner crecientes cantidades de algodón en el mercado. Y dado que los precios a los que se pagaba el algodón en los mercados del planeta se hallaban en claro declive, los beneficios de los agricultores disminuyeron igualmente. Al mismo tiempo, la estructura de la tenencia de tierras, la deuda y la comercialización de las cosechas que reinaba después de la guerra en las regiones meridionales de Estados Unidos continuaba sometiendo a una enorme presión a los granjeros, obligándoles a producir un volumen de algodón cada vez mayor —y ello a pesar de la caída de los precios (o quizá fuera mejor decir a causa justamente de eso mismo)—. Y aunque resultaba perfectamente racional que cada granjero se abonase al cultivo de algodón, la enorme concentración de productores reveló ser desastrosamente contraproducente para el conjunto de la región.²⁴

Al deteriorarse la situación económica de los cultivadores de algodón y menguar la determinación que había llevado a los ciudadanos del norte a intervenir en favor de los libertos, el poder político de estos últimos también

se resintió. Los terratenientes reprimieron con gran violencia las acciones colectivas de los negros, reafirmando así de forma cada vez más clara el poder político que ejercían como propietarios. Se hicieron con las riendas de los organismos legislativos de los estados del sur, y esas cámaras parlamentarias recién renovadas en su beneficio, haciendo gala de una particular vocación «redentora»,* procedieron a privar del derecho al voto a los cultivadores de algodón negros, asegurándose de que sus hijos quedaran en manifiesta inferioridad de condiciones como consecuencia de su escasa y mala escolarización, y negándoles toda posibilidad de conseguir algún tipo de amparo legal. Los terratenientes reforzaron la recuperación de su posición de dominio político de las instituciones gubernamentales del sur con una campaña de violencia sin precedentes —una campaña concebida expresamente para restringir las actividades políticas de los cultivadores de algodón, ya que entre los años 1888 y 1930 hubo un centenar de linchamientos, solo en el delta del Misisipi—. Para los comerciantes de algodón de Europa, el retorno de los plantadores a la primera línea del poder político fue una noticia muy bienvenida. De hecho, los hermanos Baring de Londres recibieron el 16 de septiembre de 1874 un telegrama de una compañía de Nueva Orleans —Forstall e Hijos— en el que se les comunicaba lo siguiente: «Gobierno del estado derrocado por los funcionarios populares de ideología conservadora en el poder».

Al ver que estaban consiguiendo un poder político creciente, los terratenientes reaccionaron rápidamente con el fin de someter a su control la fuerza de trabajo de los afroamericanos. Al modificar las asambleas legislativas el derecho de retención con el fin de permitir que los terratenientes pudieran reclamar, como litigantes privilegiados, la posesión de las cosechas de algodón, los endeudados libertos quedaron sumidos en un estado de dependencia en el que ya ni siquiera disfrutaban de la pequeña capacidad de negociación que les había procurado en otra época su condición de aparceros. El siguiente mazazo que cayó sobre ellos se produjo al modificar los legisladores «el derecho penal con el objetivo de que los jornaleros de las plantaciones pudieran ser detenidos, condenados y sentenciados a penas de prisión [por su endeudamiento] —circunstancia que si por un lado despojaba a los aparceros del derecho a cultivar,

reduciéndolos de ese modo a una suerte de homólogo legal del trabajador asalariado, restringía por otro el derecho consuetudinario al aprovechamiento de la prodigalidad de la naturaleza—». En el año 1872, el Tribunal Supremo del estado de Georgia llegaría incluso a «denegar a los agricultores las prerrogativas asociadas con la toma de decisiones relacionadas con las cosechas que cultivaban, así como el derecho legal al disfrute de las mismas». De hecho, los tribunales de justicia tendían cada vez más a no definir a los aparceros como arrendatarios sino como trabajadores asalariados. Al mismo tiempo, los terratenientes utilizaron el aparato del estado para limitar la movilidad de la mano de obra. En 1904, por ejemplo, la cámara legislativa del estado de Misisipi promulgó una nueva ley de vagos y maleantes concebida para obligar a «los negros holgazanes a trabajar en el campo». Puede que la relación que mediaba entre los terratenientes y los agricultores fuese ahora fundamentalmente distinta de la que había existido en los tiempos de la esclavitud, pero lo cierto es que al cambiar el siglo los cultivadores de algodón seguían sumidos en la más absoluta miseria, despojados prácticamente de todos sus derechos y carentes de representación política.²⁵



Aparceros en un campo de algodón de Luisiana, 1920.

Lo irónico del caso es que en el preciso momento en que los terratenientes conseguían consolidar su poder regional, ellos mismos experimentaban en el ámbito de la economía nacional lo que el historiador Steven Hahn ha denominado una «reducción de poder tan espectacular como irreversible». Enfrentados a un constante empeoramiento de los

precios del algodón, teniendo que bregar con las tarifas proteccionistas que afectaban a los productos que consumían, y presionados por la escasez y el elevado coste del capital, quedaron convertidos en un puñado de socios de segundo orden en el vasto marco de la economía política vinculada con el proceso de industrialización doméstico ocurrido en el transcurso de la guerra de Secesión estadounidense. En términos globales, este grupo de cultivadores de algodón nunca había tenido tanto poder como el de los empresarios algodoneros, pero lo cierto es que antes del conflicto norteamericano habían dispuesto de un notable control político regional y de una influencia política nacional muy significativa. No obstante, ahora veían que el poder se apartaba definitivamente de los proveedores de materias primas como ellos. Y aunque en esa época no podían saberlo, la verdad es que la guerra de Secesión estadounidense había despojado de su capacidad de presión al último grupo políticamente poderoso de cultivadores de algodón que todavía quedaba en el mundo. Desde la privilegiada posición que ocupaban los manufactureros de algodón, esta marginación contribuyó a estabilizar la situación del imperio del algodón, haciendo muy improbable una repetición del tipo de turbulencia social que había aflorado en defensa de la esclavitud.²⁶

Si los esclavos, convertidos ahora en aparceros, se estaban dedicando a producir cantidades crecientes de algodón para los mercados internacionales, la cuestión es que los propietarios rurales blancos del interior de las regiones meridionales de Estados Unidos estaban haciendo lo mismo. En tiempos de la esclavitud, los blancos que poseían propiedades rústicas habían producido muy poco algodón, ya que lo más característico es que se dedicaran a los cultivos de subsistencia. Sin embargo, una vez terminada la contienda, la situación cambió, puesto que el cultivo del algodón pasó a estar a la orden del día en todo un conjunto de zonas en que la producción de algodón había ocupado anteriormente una posición marginal y en las que la economía de los hogares había dependido de los cultivos de subsistencia y de la elaboración doméstica de unos cuantos artículos manufacturados para el sustento cotidiano. En la mayoría de las

granjas de los blancos del interior de Georgia, por ejemplo, la cantidad de algodón producido por cada mil fanegas de maíz —un típico cultivo de subsistencia— se triplicó entre los años 1860 y 1880.²⁷

¿Cómo explicar esta expansión de la producción algodonera de los propietarios rurales blancos? Tras el fin del conflicto, tanto los transportes como las comunicaciones y los puestos de venta se multiplicaron rápidamente, extendiéndose por regiones anteriormente aisladas del sur de Estados Unidos. Valga señalar como ejemplo que en la década de 1870 el número de kilómetros de vías férreas existentes en Georgia se multiplicó por tres. La penetración de las infraestructuras en los nuevos territorios algodoneros transformó el campo. Con los ferrocarriles llegaron las tiendas y los comerciantes, así como los servicios de desmotado y prensado de algodón. Los propietarios rurales blancos, reducidos a la miseria a causa de la guerra, empezaron a cultivar algodón para poder obtener algo de efectivo. Y dado que los comerciantes se estaban instalando hasta en los más pequeños pueblos del interior, no les resultaba nada difícil a esos granjeros blancos vender el algodón que producían, accediendo al mismo tiempo a un mayor número de artículos manufacturados y fertilizantes —sin olvidar lo más importante: la posibilidad de comprar a crédito—. «Ese crédito era muy importante para que pudieran recuperarse de los efectos de la guerra», señalaba un científico social alemán en 1906, «pero una vez que se entrampaban en el sistema crediticio, los granjeros se veían obligados a cultivar cantidades crecientes de algodón, dado que los comerciantes solo aceptaban la garantía del derecho de retención si se trataba de cultivos de muy fácil venta». Este estado de cosas dio lugar a que muchos campesinos perdieran sus granjas, de modo que en 1880 la tercera parte de estos antiguos propietarios pagaba ya un arriendo por las tierras en las que trabajaban. Y es que, en efecto, la transformación capitalista del modo de vida de los pequeños poseedores de tierras rurales blancos determinó que acabaran asemejándose a sus cofrades negros abocados a la aparcería, dado que era cada vez más frecuente que estos granjeros blancos perdieran la capacidad de controlar sus únicas pertenencias: su tierra y sus cultivos de subsistencia. Sin embargo, el hecho de que cambiaran el tipo de plantas que cultivaban tuvo una enorme repercusión en la economía global del algodón.

Antes de la guerra, los propietarios rurales blancos habían generado, como mucho, el 17% del algodón producido en el conjunto de Estados Unidos. No obstante, en 1880 este porcentaje se había elevado hasta alcanzar el 44%.²⁸



La producción de algodón por parte de los campesinos blancos que poseían tierras creció de forma espectacular: «Warren Franks, de seis años de edad. Madre dice que ayer recogió más de 18 kilos. “Y yo no le obligo a hacerlo; ya recolectó unas cuantas plantas el año pasado.” Aquí lleva unos 9 kilos en la bolsa. Condado de Comanche, Oklahoma».

Pese a que los propietarios rurales blancos y los antiguos esclavos fueran quienes cultivaban, en la inmensa mayoría de los casos, el algodón del sur, lo cierto es que no eran los únicos que se dedicaban a la producción de esa materia prima. Un grupo de plantadores dispersos se mostró partidario de llevar «inmigrantes alemanes y chinos» a las regiones meridionales de Estados Unidos, de modo que a principios del siglo XX se empezaron a realizar gestiones para captar inmigrantes italianos y hacerlos trabajar en el delta del Misisipi. Unos cuantos obreros inmigrados acabaron realizando labores a cambio de un salario en las plantaciones algodonerías de Luisiana, pero no llegaron a constituir en ningún caso el grueso de la fuerza de trabajo del sector, dado que en otras zonas de Norteamérica se ofrecían oportunidades muchísimo más lucrativas a los inmigrantes. Más importante fue la contribución de los convictos de permiso como fuente de mano de obra. La plantación de 8.000 hectáreas que tenía James Monroe Smith en el condado de Oglethorpe, en Georgia, por ejemplo, que en 1904

producía anualmente unas tres mil balas de algodón, contaba con un gran número de condenados entre los más de mil obreros que trabajaban en ella. En épocas anteriores, el problema al que había tenido que enfrentarse Smith de manera constante había sido precisamente el del reclutamiento de grandes volúmenes de operarios, así que en 1879 encontró la solución invirtiendo en la Penitentiary Company Three, que se dedicaba a poner a trabajar a los presos de todo el estado a cambio de una suma en efectivo. Como poseedor de la cuarta parte de dicha compañía, Smith podía reclamar la colaboración del 25% de los internos. Además, Smith empleaba a los reos de las cárceles locales. El trato que se dispensaba a estos trabajadores era sumamente violento, y en caso de que intentaran escapar eran abatidos a tiros. Tan dura era la forma de tratarles que al final el estado sometió a investigación el comportamiento de Smith, dándose la circunstancia de que el autor de una carta dirigida en 1886 al *Cartersville Courant* le acusaba de azotar con terrible severidad a los convictos, señalando que algunos prisioneros habían llegado a recibir nada menos que 225 latigazos —carga que el aludido negaba.²⁹



El control de la mano de obra: prisioneros en la Penitenciaría Estatal de Misisipi, c. 1930.

Como muestra el caso de Smith, en Estados Unidos la movilización de la fuerza de trabajo con vistas a la producción de algodón fue muy a menudo de la mano de prácticas coercitivas. El grado de violencia resulta en cierto sentido sorprendente, sobre todo teniendo en cuenta que la transición de los libertos al tipo de laboreo propio de los proletarios agrícolas se verificó de un modo mucho más sencillo que en el caso de los

campesinos indios o africanos, que disfrutaban de un mayor grado de control sobre la tierra y su propia fuerza de trabajo. Sin embargo, la violencia que se abatió sobre los campos del sur de Estados Unidos es un testimonio indirecto del inmenso y poderoso deseo que impulsaba a los libertos a tratar de conseguir una forma de vida diferente, y tiene tanto de síntoma de la debilidad de los terratenientes como de indicación de la fuerza de los manumisos. Fue preciso que los terratenientes tomaran iniciativas muy decididas, en alianza además con el estado, para lograr que decayeran los esfuerzos que estaban realizando los cultivadores rurales con el objetivo de construir una economía basada en la subsistencia y que emplearan en cambio su fuerza de trabajo en el cultivo de productos agrícolas destinados a los mercados internacionales. En el año 1865 habrían sido muy pocos los observadores capaces de apostar por un éxito tan sensacional de la transición que llevó a la economía a abandonar la esclavitud y a adoptar nuevos sistemas de trabajo —transición que por otra parte llenó de esperanza el ánimo de los estadistas imperiales y los manufactureros del sector algodonero asentados en las metrópolis del mundo entero.³⁰

Mientras se libraban todas estas luchas en las plantaciones, los parlamentos y los círculos del poder en Washington, D. C. con el fin de determinar el tipo de régimen laboral que habría de predominar en las regiones algodoneras del sur de Estados Unidos, el plan de Reconstrucción del presidente Andrew Johnson propiciaba un incremento simultáneamente rápido, inmenso y permanente de la producción de algodón que el país destinaba a los mercados internacionales. Pese a todos los vaticinios adversos, los trabajadores agrícolas estadounidenses recuperaron su posición como líderes mundiales de la producción de algodón en rama. En 1870, la producción total había superado ya el anterior pico máximo, alcanzado en 1860. En 1877 consiguieron recobrar la cuota de mercado que tenían en Gran Bretaña antes de la guerra. En 1880 exportaban más algodón que en 1860. Y en 1891, los aparceros, los grupos familiares de campesinos y los propietarios de las plantaciones de Estados Unidos cultivaban el doble de algodón que en 1861, abasteciendo con su materia prima el 81% del mercado británico, el 66% del francés y el 61% del alemán. En Estados

Unidos, la reorganización del cultivo del algodón terminó revelándose tan bien lograda que los funcionarios imperiales y los capitalistas del mundo entero dieron en considerarla modélica. Los imperialistas de todo tipo y condición, desde Gran Bretaña hasta Alemania, pasando por Japón, estudiaron el caso estadounidense para extraer lecciones aplicables a los proyectos de producción algodonera de sus respectivas naciones, circunstancia que determinó que los cultivadores de algodón de Norteamérica fueran considerados grandes y cotizados expertos en la materia, dedicándose muchos de ellos a asesorar a los gobiernos coloniales que deseaban realizar esa misma transición y lanzarse a la producción comercial de algodón.³¹

El surgimiento de nuevas formas de organizar el trabajo en los campos algodoneros de Estados Unidos tras la emancipación de los más descollantes productores de algodón del mundo fue el cambio más importante que jamás hubiera conocido hasta entonces el imperio del algodón. Sin embargo, en otras regiones del planeta, y espoleados en parte por la crisis de la producción algodonera vivida en Estados Unidos, tanto los manufactureros como los comerciantes y los funcionarios aceleraron el proceso de transformación de la campaña que ya se había iniciado durante la guerra de Secesión, aunque adoptando métodos distintos y obteniendo resultados diferentes. Entre los años 1865 y 1920, gracias a sus actividades, varios millones de aparceros, trabajadores asalariados y operarios agrícolas de Asia, África y las dos Américas comenzaron a cultivar el oro blanco que precisaban las hilanderías de Europa y Estados Unidos, y que empezarían a demandar igualmente, con el cambio de siglo, las factorías de Japón, la India, Brasil y China.

En las últimas décadas del siglo XIX fue la India la que asistió a la más espectacular expansión de la producción de algodón orientada al abastecimiento de los mercados internacionales. De hecho, la Cámara de Comercio de Bombay ya señalaba al acabar la guerra de Secesión estadounidense que la «emancipación de los esclavos de esa nación [ha supuesto] un acontecimiento de la máxima importancia» para el futuro de la

industria algodonera de la India, ya que implica la introducción de un cambio permanente, y no solo en la estructura social de una amplia porción del medio rural indio, sino también en el comercio de nuestro país. Pese a que los productores de la campiña india no lograran conservar la posición dominante que habían conseguido ejercer en los mercados internacionales de algodón al término del conflicto norteamericano (sobre todo después del año 1876), la cantidad de producto que destinaban a la exportación continuó creciendo con gran rapidez, pasando de las 118.000 toneladas métricas de 1858 a las casi 545.000 de 1914. No obstante, los exportadores dejaron de vender el grueso de esta recrecida cosecha a los manufactureros de los dos mercados tradicionales de la India —Gran Bretaña y China—, ya que encontraron compradores en la Europa continental y también, ya en el siglo xx, entre los hilanderos japoneses. En 1910, solo el 6% de las exportaciones de algodón indio iban a parar a Gran Bretaña, mientras que Japón consumía nada menos que el 38 % y la Europa continental el 50 %. A diferencia de sus colegas británicos, los manufactureros europeos y japoneses habían adaptado sus máquinas y conseguido que trabajaran bien con el algodón indio, cuya fibra es más corta, logrando de este modo mezclar exitosamente el algodón indio con el estadounidense y dedicándose a la producción de telas más toscas. Por consiguiente, en las tres décadas inmediatamente posteriores al año 1860, el consumo de algodón indio en la Europa continental se multiplicó por 62 —lo que no dejaba de constituir «una contribución muy sustancial», por reflejar aquí el comentario que realizó en 1913 la Cámara de Comercio de Bremen—. Para proporcionar abasto a tales necesidades, la India incrementó el número de hectáreas dedicadas al cultivo de algodón, con lo que a finales de la década de 1880 había ya zonas del subcontinente (como la de Berar) en las que un tercio de las tierras estaban consagradas al cultivo de esta planta. Esta expansión de las exportaciones vino a coincidir en el tiempo con la explosión del número de husos mecánicos empleados en el propio territorio indio. De hecho, en 1894 la cantidad de algodón que se destinaba a la exportación en la India era ya inferior al 50%, dado que las fábricas textiles indias consumían cerca de

235.000 toneladas métricas de fibra, dedicándose un volumen comprendido entre las 100.000 y las 150.000 toneladas métricas, aproximadamente, a suministrar material a los hilanderos que trabajaban manualmente.³²

Si el algodón indio desempeñaba un importante papel en el mercado de las confecciones burdas, la calidad del algodón brasileño, por su parte, era mucho más equiparable a la de las cosechas estadounidenses. Por consiguiente, las exportaciones de algodón de Brasil crecieron notablemente en el último tercio del siglo XIX. A lo largo de la década de 1850 habían supuesto unas 14.700 toneladas métricas anuales por término medio. Y en el transcurso de las tres décadas siguientes, Brasil exportó, de media, unas 30.250 toneladas métricas al año —a pesar del simultáneo crecimiento de las manufacturas domésticas de algodón, cuyo consumo se había multiplicado por 53—. En 1920, Brasil producía cerca de 100.000 toneladas métricas de algodón, dedicando la cuarta parte a la exportación.³³

Entretanto, en Egipto, los campesinos arrendatarios quintuplicaron su producción de algodón entre 1860 y 1865, pasando esta de las 22.724 toneladas métricas de la primera fecha a las 113.715 de la segunda. Desde luego, el algodón egipcio era de una calidad muy superior a la de buena parte de la producción estadounidense, ya que se trataba de «un artículo de lujo», según la observación de un manufacturero textil francés llamado Roger Seyrig. Tras la guerra de Secesión estadounidense, la producción egipcia cayó significativamente al principio, hasta quedar situada en 56.700 toneladas métricas, pero en 1872, los comerciantes del país del Nilo volvían a cargar en los barcos que amarraban en el puerto de Alejandría en dirección a distintos destinos europeos más de 90.700 toneladas métricas. Incluso en los tiempos de la depresión que experimentó la producción de fibra durante el período inmediatamente posterior a la guerra de Secesión estadounidense, el rendimiento de los campos egipcios continuó siendo dos veces y media más importante que el registrado antes del conflicto. Y en 1920 produjo 271.248 toneladas métricas de algodón, es decir, doce veces más que en 1860. Nada menos que el 40 % de las tierras del Bajo Egipto se dedicaban al cultivo del algodón. Había ya quien consideraba que el país parecía una gigantesca plantación algodонера.³⁴

En el último tercio del siglo XIX, el algodón egipcio, brasileño e indio pasó a ser un artículo nuevo y significativamente presente en los mercados internacionales. En 1883, el algodón de todas estas regiones había logrado captar el 31 % del mercado de la Europa continental (que ahora era notablemente más amplio), es decir, algo más del doble de lo que tenía en 1860.³⁵

El hecho de que el cultivo de algodón se expandiera por un gran número de continentes resulta todavía más notable debido a que se verificó sin necesidad de recurrir a la esclavitud. El problema que más irritaba a los capitalistas algodoneros desde la década de 1820 —el de cómo conseguir que los agricultores no esclavizados se convirtieran en productores de algodón para los mercados internacionales— comenzó a avanzar hacia una vía de solución que parecía congeniar tanto con los intereses de los manufactureros europeos y norteamericanos como con los planes de los políticos de sus respectivos países. Sin embargo, como ya ocurriera en el sur de Estados Unidos —que habría de actuar en muchos sentidos como un modelo para efectuar dicha transición—, los vericuetos específicos de la transformación de los agricultores en productores de algodón para los mercados mundiales no solo mostraron variaciones muy notables de una región a otra, sino que su materialización requirió la superación de largos conflictos entre los trabajadores, los terratenientes, los propietarios del capital y los funcionarios imperiales.

El elemento que todas estas luchas por reorganizar la campaña global tenían en común se resume en el hecho de que ahora los estados desempeñaban un papel importante. Un conjunto de formas nuevas de coerción, instituidas y aplicadas por el estado, sustituyó la patente violencia física de los amos, que tanta relevancia había tenido en los sistemas esclavistas. Esto no significa que la violencia física desapareciera, pero lo cierto es que adquirió un carácter secundario en comparación con las presiones que emanaban de los contratos, el derecho y los impuestos. A medida que los estados fueran desarrollando el ejercicio de su renovada soberanía sobre los territorios que dominaban irían haciendo extensivo ese poder al ámbito laboral, lo que da fe de la nueva fuerza institucional de que ahora disponía el capitalismo industrial.

Khamgaon era una pequeña ciudad de Berar, o mejor dicho un pueblecito situado en el centro de una amplia región del oeste de la India que llevaba largo tiempo disfrutando de merecida fama debido a la calidad de su algodón. Décadas antes de que llegaran los británicos, parte de ese algodón se exportaba en carros tirados por bueyes a Mirzapur, a orillas del Ganges, enviándose después a Calcuta. Sin embargo, los campesinos nunca optaron por especializarse exclusivamente en la producción de fibra, así que cultivaban también otras muchas cosas, además de dedicarse a hilar y a tejer. De hecho, el comercio del «hilo bruto» de elaboración local acabó eclipsando las transacciones de algodón en rama. En 1825 las circunstancias empezaron a cambiar al crecer el mercado de las exportaciones de algodón en bruto, ya que fue en esa fecha cuando los comerciantes parsis de Pestanji y Compañía llevaron los primeros cargamentos de algodón a Bombay a lomos de un «rebaño de bueyes». En 1853, disgustados por la lenta expansión de ese comercio, los británicos decidieron hacerse con el control político de Berar —dominio que resultó extremadamente útil para los fabricantes de Lancashire, ya que durante la guerra de Secesión estadounidense Berar se convirtió en «una de las mejores regiones algodonerías de la India».³⁶

Al constatar la Administración colonial británica y los fabricantes de Lancashire que Berar tenía potencial para convertirse en una importante zona de producción algodonería, y en respuesta además a los urgentes llamamientos de los empresarios británicos del sector, el estado colonial culminó en 1870 el tendido de una vía férrea hasta Khamgaon (sufragada con las «plusvalías generadas» por las plantaciones de Berar). Para entonces, Khamgaon contaba ya con nueve mil habitantes, según las estimaciones de la época. El señor C. B. Saunders, ministro residente británico en Hyderabad, celebró el acontecimiento con estas palabras: «Se ha eliminado al fin el último obstáculo, de modo que ya existe, en lo venidero, una comunicación directa con barcos de vapor entre este inmenso emporio algodonerío de la India occidental y los puertos de Europa. Gracias a ella podrá inyectarse en el mercado hasta la última bala que seamos capaces de producir». Al llegar el ferrocarril a Khamgaon, el mismísimo virrey de la India pronunció un discurso en la ceremonia de inauguración —

una jornada en la que «el Tribunal de Justicia, las factorías, el mercado de algodón y todos los puntos de interés aparecieron alegremente engalanados con banderolas»—. El virrey recordó a sus oyentes, muchos de los cuales eran comerciantes de algodón, que «todos sabemos que la hambruna del algodón que se sufre en Estados Unidos guarda estrecha relación con el estímulo que está recibiendo el desarrollo y la producción de algodón en este país». La puesta en marcha de esa nueva fuente de producción de fibra destinada a los mercados internacionales, argumentaba, no solo iba a promover el progreso de la propia India, sino que «iría concediendo inmensos beneficios a una clase social que ha hecho gala, en la época más reciente, durante el período de gran padecimiento y aflicción que hemos atravesado, de las más heroicas virtudes de la nación» —señaló en referencia a los operarios de las comarcas manufactureras del sector algodonero de Lancashire—. Y como símbolo de la capital importancia que tenía el algodón para el proyecto colonial que se pretendía materializar en Berar, el virrey culminó su visita «acudiendo en coche hasta el mercado de algodón, en el que se había erigido», tanto en su honor como en el de la nueva vía férrea, «un gigantesco arco triunfal formado fundamentalmente por balas de algodón».³⁷

Con el ferrocarril llegó el telégrafo. Ahora, un comerciante de Liverpool podía solicitar por cable un pedido de algodón a Berar y recibirlo en los muelles de Mersey apenas seis semanas después, dado que un vapor cubría la distancia que separa Bombay de Liverpool en veintiún días, gracias al recién inaugurado canal de Suez.³⁸ Todos estos proyectos infraestructurales tuvieron un impacto asombroso, hasta el punto de que el comisionado del sector algodonero de Berar, Harry Rivett-Carnac, declaró abrigar la expectativa de que, en poco tiempo,

el algodón cultivado en los alrededores de Khamgaon, comprado en el mercado de esa misma localidad, y prensado en las factorías de las inmediaciones, no tendrá que abandonar en ningún instante la vía férrea, circulando por ella desde el momento en que es empaquetado en las salas de prensado y metido en el vagón hasta su llegada al fondeadero de Bombay. Con la ayuda del telégrafo que une Khamgaon con Liverpool, con la completa comunicación ferroviaria entre el mercado y el puerto de embarque, y quizá también con el auxilio del canal de Suez como nuevo

factor facilitador para el transporte de nuestro algodón, no resultará difícil calcular el tiempo que requerirá la ejecución de un pedido efectuado desde Liverpool ni el que tardará en desembarcar en Lancashire la cantidad solicitada de balas de Khamgaon.³⁹

De hecho, la India británica podría considerarse como un verdadero arquetipo del flexible pragmatismo con el que los estados ayudaban a los capitalistas a disponer de mano de obra para el cultivo de algodón y de las fórmulas que encontraban después esos mismos capitalistas para movilizar a dicha fuerza de trabajo. Presionado por los manufactureros de Lancashire y los comerciantes algodoneros de medio mundo —desde Liverpool hasta Bombay—, el gobierno colonial de la India británica continuó con su proyecto de promover la transformación de la campiña dedicada al cultivo de algodón —un proyecto cuya materialización se había acelerado significativamente en el transcurso de la guerra de Secesión estadounidense—. Las repercusiones de este conjunto de iniciativas se verificaron a un ritmo vertiginoso: en 1853, la región de Berar seguía encontrándose todavía muy apartada de los mercados internacionales, y su economía era de carácter fundamentalmente aldeano, aunque con un importante sector manufacturero de tipo doméstico. Sin embargo, en la década de 1870, gran parte de la actividad económica de Berar se centraba ya en la producción de algodón en rama para los distintos mercados del mundo. A mediados de esa década, un funcionario colonial británico señalaba que «el algodón que se cultiva en Berar se destina casi por entero a la exportación. La confección de telas en el ámbito doméstico ha declinado en beneficio de la importación de mercancías inglesas al detalle, y muchas de las personas pertenecientes a la clase de los tejedores han terminado convirtiéndose en labriegos comunes y corrientes». Esta reorientación de la economía local también obligaría a la gente a dedicarse a las labores agrícolas, como les sucedió por ejemplo a los *banjaras* (tradicional grupo de propietarios de carros que en épocas pasadas se habían dedicado al transporte de algodón), de modo que tanto los tejedores como los hilanderos manuales se vieron sin empleo, pasando a depender cada vez más de las oportunidades que les ofrecía la agricultura. De hecho, cuarenta años más tarde, un gacetillero encontraría motivos para informar de que, «desde la llegada del ferrocarril», la industria

manufacturera de Berar había desaparecido casi por completo, pese a que en décadas anteriores gozara de una gran prosperidad.⁴⁰ Así lo explicaba a su vez Rivett-Carnac en 1869:

Ahora bien, no es demasiado esperar que, disponiendo de un ramal ferroviario que llega hasta esta zona, puedan importarse artículos europeos al por menor y venderse a menor precio que las telas que confeccionan los nativos. Y el efecto que se puede conseguir de este modo no solo se manifestará en la obtención de un mayor suministro de materia prima —dado que la fibra que ahora se trabaja y se convierte en hilo pasará a ser exportada—, sino que se concretará también en otro hecho: el de que el grueso de la población que ahora se dedica a hilar y a tejer se mostrará dispuesta a trabajar en las labores agrícolas, con lo que las tierras que hoy ocupa la jungla podrán ser desbrozadas, extendiéndose así el cultivo.

Al secretario de Estado británico de asuntos indios, Charles Wood, la introducción de este tipo de cambios en la estructura social india le producía la sensación de estar viviendo un *déjà vu*: «Las conclusiones que pueden extraerse de los documentos relacionados con el algodón son, en conjunto, satisfactorias. Los tejedores nativos pertenecen exactamente a la misma clase de personas que recuerdo haber visto hace años, en la época en que vivía en los Moor Edges de la región inglesa del West Riding. Todos los pequeños granjeros poseían un pedazo de tierra de entre 8 y 20 hectáreas y trabajaban con dos o tres telares en el domicilio familiar. Las factorías y las fábricas textiles provocaron la desaparición de todas las confecciones manuales de este género, así que ahora todos aquellos campesinos se dedican únicamente a las labores agrícolas. Los híbridos indios de los que usted me habla [es decir, la gente que combinaba las actividades propias de una granja con la realización de manufacturas caseras] terminarán de la misma manera». Las personas de la época como el mismo Wood no tardaron en comprender que estaban asistiendo a un gran proceso de transformación que iba a determinar que la campiña del mundo entero se convirtiera en suelo productor de materias primas y mercancías manufacturadas destinadas a los consumidores (y en último término en una región abastecedora de mano de obra para las factorías). La cuestión es que esas personas se enorgullecían del papel que les había tocado desempeñar en un período de tanta trascendencia.⁴¹

Consideradas las cosas en conjunto, cabe decir que, en el marco de la reconstrucción y reorganización del imperio del algodón, Berar se convirtió en uno de los laboratorios más significativos del mundo. Su diversificada economía agrícola quedó convertida en un espacio crecientemente especializado en el cultivo de algodón. Así lo reflejaba *The Asiatic* en 1872: «Se está presionando más que nunca a la gente para que produzca algodón». Si en el Berar del año 1861 se recogía algodón en 254.547 hectáreas de terreno, la superficie dedicada a este arbusto se multiplicó prácticamente por dos en 1865, duplicándose una vez más en la década de 1880. A principios del siglo XX, solo Berar producía una cuarta parte del algodón que se cosechaba en toda la India —y hemos de recordar que el volumen de esa cosecha era superior al del conjunto de Egipto—. Así trataba de explicarlo un observador de la zona al señalar que Berar se había «convertido en un perfecto jardín algodoner». ⁴²

Al igual que en la India y Estados Unidos, también en Egipto la expansión de la agricultura algodонера se produjo como consecuencia directa de las enérgicas intervenciones del estado. En el último tercio del siglo XIX, la redefinición de los derechos de propiedad posibilitó la realización de una redistribución generalizada de la tierra, expropiándosela a las aldeas y a los pueblos nómadas para ponerla en manos de un puñado de personas que ya poseían inmensas haciendas y que contaban con muy buenas relaciones en las altas esferas del poder. Antes de esa transformación, la posesión de tierras permitía compartir legalmente los ingresos generados por la tierra —lo que significa que era habitual que varios individuos, comunidades, autoridades religiosas o representantes del estado reivindicaran la propiedad de una particular parcela de terreno y se repartieran su producto—. ⁴³ Estas poliédricas reclamaciones de propiedad constituían *de facto* un obstáculo para la compraventa de tierras, de modo que en las últimas décadas del siglo XIX esos derechos de propiedad comenzaron a dificultar los proyectos de una mayor comercialización de la agricultura.

En vista de la situación, el gobierno egipcio, movido en primer lugar por el deseo de obtener más impuestos para poder pagar tanto la expansión de las infraestructuras de la nación como el vertiginoso crecimiento de su enorme deuda, e impulsado en segundo lugar por la determinación de someter a un más férreo control al pueblo, maniobró con la intención de conceder los derechos de propiedad de un conjunto de vastas haciendas a individuos bien situados. En un principio, esos latifundios fueron simples «responsabilidades fiscales» de sus poseedores, pero en la década de 1870 pasaron a constituir propiedades privadas en toda la extensión del término —y gran parte de ellas consistían en vastos conjuntos de tierras arrebatadas a las aldeas (y habitualmente por la fuerza)—. Al empezar a quedar las fincas algodonerías directamente en manos de los grandes terratenientes, los aldeanos —que en épocas pasadas habían dispuesto de una parte del producto de los campos y disfrutado de un cierto derecho de radicación— se vieron enteramente en manos de esos latifundistas. Estos nuevos propietarios podían obligar a los campesinos a vivir en «aldeas privadas» específicamente destinadas a albergarles y en las que se controlaban prácticamente todas las facetas de su existencia. Los labriegos que se negaban a hacer lo que se les exigía eran expulsados de esos pueblos, no quedándoles más remedio que unirse a las crecientes filas del proletariado agrícola carente del más mínimo pedazo de tierra.⁴⁴

Los derechos de los nuevos terratenientes eran muy notables, dado que, entre otras cosas, podían «encarcelar, despedir y privar de alimentos a la gente, ejerciendo otras muchas formas de poder arbitrario, excepcional y, en caso necesario, violento». En consecuencia, esos latifundios no solo terminaron por constituir un verdadero «sistema de supervisión y coerción, sino que fueron también los primeros en conseguir que los labradores quedaran permanentemente atados a la tierra». El proceso que determinó que la tierra pasara a convertirse en propiedad exclusiva de un puñado de individuos concretos había exigido lo que el científico político Timothy Mitchell ha llamado la «violencia de la adquisición de propiedad». Esos nuevos derechos de la propiedad se difundieron con gran rapidez: en 1863, los latifundistas controlaban la séptima parte de las tierras de cultivo de Egipto, en 1875 casi el doble, y en 1901 el 50%.⁴⁵ En 1895, la mitad de las

tierras de Egipto, o casi, se hallaba en manos de una cifra muy reducida de personas —11.788 individuos, para ser exactos—, mientras que la otra mitad se hallaba repartida entre 727.047 propietarios. Y algunas de esas propiedades rústicas eran realmente inmensas: Ibrahim Mourad, por ejemplo, controlaba 5.260 hectáreas de terreno en la localidad de Toukh y disponía de veinte mil campesinos para trabajarlas. Solo le aventajaban en tamaño las ciclópeas fincas que se había reservado para sí el gobernante egipcio Ismail Pachá.⁴⁶

Como ya sucediera en otros lugares, los cimientos de la transformación de la campiña algodонера egipcia se asentaban en una enorme pirámide crediticia. En su base se encontraban los trabajadores de los estados algodoneros que, además de estar casi constantemente endeudados con los prestamistas y los terratenientes, vivían bajo la permanente amenaza de quedar reducidos a la servidumbre a causa de las deudas. A su vez, los terratenientes obtenían crédito de los comerciantes locales, muchos de ellos extranjeros. Ismail Pachá, el mayor terrateniente del país, acumuló tales deudas que en 1878, para poder saldarlas tras la caída de los precios del algodón, transfirió la propiedad de sus fincas a sus acreedores: la familia Rothschild. Al mismo tiempo, el estado egipcio tenía que asumir préstamos de enorme magnitud para financiar la construcción de canales de irrigación (recurriendo en gran medida a la imposición de trabajos forzados a sus súbditos), el tendido de vías férreas y la importación de bombas de vapor. Las cifras que solicitaba a crédito el estado eran tan pasmosas que al final se produjo la bancarrota — pese a que se hubiera incrementado aún más la presión que ya se venía ejerciendo desde antiguo sobre los egipcios con el fin de hacerles producir para los mercados de exportación—. La deuda echó en brazos de los británicos al país entero: al disminuir los beneficios que generaba el algodón, Egipto no pudo pagar su deuda, perdió la capacidad de ejercer su propia soberanía y terminó siendo absorbido por el gobierno británico en 1882.⁴⁷

Como muestran los ejemplos de Egipto y la India, en el último tercio del siglo XIX, tanto los gobernantes como los funcionarios de la Administración desempeñaron un papel crítico en el esfuerzo destinado a cultivar aún más algodón para los mercados internacionales. Y si ese fue su destino se debió en parte al hecho de que su propio poder, que dependía de la posibilidad de acceder a los recursos, había adquirido mayor estabilidad gracias a la relativa paz social que aportaba el zumbido de las fábricas textiles. Sin embargo, también actuaban por orden de los capitalistas más poderosos —bien porque los gobernantes y los capitalistas salieran en la mayoría de los casos de las filas de un mismo grupo elitista, como sucedía por ejemplo en Egipto, bien porque los estadistas se vieran sometidos a una orquestada serie de cabildeos y presiones políticas, como acostumbraba a ocurrir en Gran Bretaña y Francia (además de en Alemania, como veremos).

El deseo que animaba al estado a movilizar la fuerza de trabajo necesaria para cultivar el algodón hizo que sus dirigentes empezaran a plantear a los gobernados un conjunto de demandas totalmente carente de precedentes, dado que las instancias estatales habían comenzado a definir y a imponer cada vez más las reglas propias del mercado. Desde Berar hasta el delta del Nilo, pasando por Minas Gerais, los gobiernos y los tribunales se dedicaron a debilitar las antiguas reivindicaciones colectivas relacionadas con el derecho a hacer uso de determinados recursos —como el derecho al pastoreo y a la caza—, lo cual obligó a los campesinos a dedicarse exclusivamente a la producción de algodón. De este modo, por ejemplo, el paisaje natural de Berar experimentó un vuelco absoluto debido al vasto empeño agrimensor de los británicos, ya que estos, una vez efectuados los estudios topográficos, animaron a la población a transformar lo que ellos llamaban «tierras baldías» en granjas algodoneras. Esas «tierras baldías», que en el pasado habían estado abiertas, permitiendo que los campesinos las utilizaran de forma colectiva, fueron convirtiéndose paulatinamente en propiedades privadas. Entretanto, los extensos bosques que tradicionalmente habían proporcionado madera y alimentos silvestres fueron objeto de intensas talas, entregándose asimismo al arado los pastos que antiguamente habían servido como tierras de pasto comunales. La eliminación de los árboles redujo todavía más el número de espacios

boscosos capaces de mantener en funcionamiento las prensas de vapor de los comerciantes occidentales radicados en las principales ciudades algodoneras de Berar. Y en algunas regiones del mundo, la deforestación acabó alterando muy significativamente los índices de pluviosidad, restando de ese modo ímpetu a la muy colonial manía algodonera que había causado la misma deforestación.⁴⁸

Además, el hecho de que los tribunales hicieran cumplir estrictamente las leyes asociadas con el derecho de retención dio a los acreedores una nueva forma de debilitar las reivindicaciones de los campesinos que reclamaban su derecho al uso de la tierra, empantanándolos todavía más en un cenagal de deudas que les forzaba a cultivar más y más algodón. El medio rural de Berar, América del Sur y otras zonas del planeta se había caracterizado por la vigencia de un conjunto de sistemas de mutua dependencia y dominio personal antes de que la guerra de Secesión estadounidense diera paso a un mundo diferente: un mundo en el que los acreedores, respaldados por el estado, ejercían la recién adquirida potestad de convertir a los campesinos en productores y consumidores de toda clase de mercancías. Así lo explicaría un autor británico anónimo que escribía acerca del algodón de la India: «Allí donde no se cuenta con una población inteligente capaz de ponerse al frente del desarrollo, el gobierno ha de emprender un conjunto de acciones que en otros países más civilizados pueden dejarse sin riesgo en manos de la iniciativa privada».⁴⁹

La institución de una tenencia privada de tierras pasó a constituir otro de los proyectos que capitaneaba el estado, tanto en la India como en otras regiones del globo. Los empresarios algodoneros británicos, que exigían que el gobierno colonial «supiera poner la casa en orden», solicitaron la introducción de nuevas formas de tenencia de tierras, dado que tenían la impresión de que el viejo sistema de propiedades comunales constituía «un obstáculo para los derechos de la propiedad individual y el cultivo eficaz» de las parcelas. Consideraban que la propiedad privada de la tierra era un requisito previo para el incremento de la producción de algodón. Era preciso que los individuos tuvieran un derecho claro a constituirse en propietarios de un terreno a fin de que este pudiera ser comprado, vendido, arrendado o hipotecado. Estos nuevos derechos de propiedad suponían toda

una novedad, ya que en el Berar de la época precolonial, por ejemplo, las relaciones entre diferentes grupos sociales se habían caracterizado por la vigencia de una «relación entre amos y siervos en la que la posición social encontraba fundamento en la jerarquía de las castas». Y de acuerdo con esa relación, «el producto de la tierra ... se distribuía en consonancia con la clase social». Los individuos no controlaban un pedazo de tierra en concreto pero sí tenían derecho a recibir una parte de la cosecha. Un funcionario colonial británico establecería una perspicaz comparación entre este «sistema, si es que cabe llamarle así», y el vigente en tiempos de la «Europa medieval». Tan pronto como entraron en escena los británicos, se efectuaron valoraciones topográficas, se establecieron con claridad los límites que separaban las tierras de los diferentes terratenientes, y se impusieron gravámenes fiscales a cada grupo de parcelas. Se creó una clase social, la de los *khatedar*, cuya misión consistía por un lado en controlar la tierra y en responsabilizarse por otro del pago de los impuestos. En 1870, un funcionario colonial británico encontró razones para afirmar que la revolución estaba siendo un éxito. En Berar, «el ocupante de la tierra es dueño absoluto de la misma». Y dado que los *khatedar* poseían tierras, pero no capital, pasaron a depender de los prestamistas, a quienes ahora podían hipotecar la tierra que se hallaba bajo su control. Para trabajar la tierra, estos *khatedar* reunían a grupos de aparceros, aunque estos también recibían de los prestamistas el capital necesario para poder iniciar su labor. Tanto en esta zona como en el resto de la India, quienes obtenían un beneficio más significativo de la expansión del cultivo del algodón destinado a la exportación eran los grandes terratenientes y los prestamistas —lo cual les diferenciaba tanto de la inmensa mayoría de los propietarios de tierras, que solo poseían pequeñas parcelas, como de los campesinos carentes de propiedades, puesto que unos y otros se veían arrastrados a un mar de deudas que les condenaba a la pobreza.⁵⁰

Al irse extendiendo la propiedad privada de la tierra por el conjunto de la campiña global, empezó a exigirse a los terratenientes que pagaran impuestos y que lo hicieran además en efectivo, lo cual acabaría estimulando a su vez la producción de cosechas de carácter exclusivamente comercial. Como ya ocurriera en Berar, también en la provincia india de

Maharashtra, los esfuerzos realizados por los británicos para incrementar los ingresos e instar a los campesinos a producir para toda una serie de mercados distantes hizo que la organización colectiva de las aldeas se debilitara. La responsabilidad de los impuestos comenzó a recaer individualmente sobre los campesinos, dejando de gravitar por tanto sobre el conjunto de las aldeas. De este modo, los prestamistas consiguieron ejercer un poder añadido sobre las tierras y la fuerza de trabajo de los campesinos, dado que, para abonar los impuestos, los labriegos empezaron a depender de la recepción de adelantos a cuenta. De manera similar, en la región de Çukurova, el estado otomano empezó a imponer gravámenes cada vez más fuertes a la población local, y en consecuencia la gente tuvo que aceptar la realización de trabajos asalariados o se vio obligada a participar en la materialización de proyectos infraestructurales. La producción de algodón se benefició de la necesidad de dinero en efectivo que tenían todos estos trabajadores —como ya había ocurrido en Estados Unidos—, puesto que «el algodón es el único artículo», como observaba el Departamento Algodonero de Bombay en el año 1877, «que siempre consigue venderse rápidamente y al mejor precio».⁵¹

Si, por regla general, los cultivadores de algodón indios consiguieron aferrarse a sus tierras —a diferencia de lo que les sucedió a los libertos de Estados Unidos—, lo cierto es que también tuvieron que recurrir a los adelantos —y no solo para satisfacer sus impuestos, sino también para comprar pertrechos, semillas de algodón e incluso cereales con los que alimentarse en tanto no llegara el momento de la cosecha—. Las nuevas leyes contractuales permitían que los mismos prestamistas que les habían procurado el dinero contaran con una modesta seguridad al realizar abonos por adelantado a los campesinos. En realidad, los nuevos derechos de propiedad favorecían la comercialización de la agricultura, y no solo porque facilitaran las transacciones relacionadas con los bienes inmuebles, sino también porque permitían la inyección de capital, dado que la propia tierra podía actuar como garantía. Los labriegos pagaban unas tasas de interés desorbitadas por esos préstamos (el 30% anual era moneda corriente) y tenían que ceder a su vez la cosecha de algodón a los prestamistas, con

frecuencia muchos meses antes de poder recogerla —dando lugar al surgimiento de lo que un historiador ha dado en llamar la «servidumbre por endeudamiento».⁵²

Los prestamistas —denominados *sowkars*— eran personas con profundas raíces en las aldeas y antes de que llegaran los británicos llevaban ya mucho tiempo adelantando cantidades a crédito a los campesinos. No obstante, se hallaban inscritos en el marco de una economía moral que les había obligado a respaldar a los labriegos pobres en épocas de mala cosecha —un cable salvavidas llamado a desaparecer progresivamente con la llegada del tipo de economía que estaba levantando el colonialismo británico, de carácter mucho más comercial que moral—. Pese a que los prestamistas pudieran terminar haciéndose moderadamente ricos, y a pesar también de que los grandes terratenientes hallaran ocasión de beneficiarse de la disponibilidad de capital (lo que les permitía contratar mano de obra para centrarse en cultivos comerciales), la cuestión es que tanto los pequeños terratenientes como los aparceros y, sobre todo, los obreros asalariados que trabajaban en el sector agrícola por carecer de tierras propias, se hallaban en una situación de mayor riesgo. Y dado que tras la guerra de Secesión estadounidense los precios del algodón no dejaron de bajar por espacio de casi treinta años, esta masa de granjeros «modernos» se vio abocada a padecer nuevas y más desesperadas circunstancias, de modo que muchos de ellos acabaron pereciendo en las hambrunas que barrieron las provincias algodoneras de la India a lo largo de la década de 1890.⁵³

Siguiendo la estela de los estados, cada vez más fuertes y más capaces de expandirse, las nuevas infraestructuras, las nuevas leyes y los nuevos derechos de propiedad no tardaron en invadir la campiña global, consiguiendo materializar así un tipo de transformaciones que apenas unas décadas antes habrían resultado inimaginables. De hecho, la implicación del estado en la producción de algodón iba a aumentar de otras muchas formas. Es posible que el empeño de carácter más general fuera el del sistemático esfuerzo por reunir y difundir información relacionada con todos los aspectos de la agricultura algodонера. Los archivos ministeriales de los gobiernos fueron llenándose progresivamente de enormes recopilaciones de datos relativos a la climatología, las condiciones del terreno, las tendencias

productivas, las distintas fórmulas en que se concretaba la propiedad de la tierra, la calidad de las semillas y los sistemas de mano de obra. Como vemos, se trataba en buena medida de la misma clase de información que en décadas anteriores habían tenido costumbre de acumular laboriosamente los comerciantes, transmitiéndola después a sus socios y colaboradores por medio de cartas y circulares. Era en parte un empeño claramente destinado a sistematizar y absorber el conocimiento de los indígenas. La observación de los esfuerzos que hacían los campesinos indios al cultivar algodón podía arrojar información útil sobre las prácticas más adecuadas que debían aplicarse en un conjunto de condiciones medioambientales dado, información que después podía adaptarse a la consecución de objetivos similares en África u otros lugares. Del mismo modo, también podían recogerse diferentes variedades de algodón y enviarse a distintos puntos del globo —y lo cierto es que los gobiernos hicieron posible que la circulación de los materiales biológicos se acelerara enormemente—. Sin embargo, más importante aún que cualquiera de esas dos tareas habría de ser el sencillo esfuerzo de estudiar la situación, es decir, de observar los contenidos de los universos social y natural, de convertir esa información en cifras, ahormarla en tablas, compilarla y después enviarla a los cuatro puntos del imperio del algodón. Dichas cifras establecieron con claridad el «potencial» de determinados lugares y sugirieron la aplicación de políticas concretas, susceptibles de llevar a efecto esas cualidades en potencia.⁵⁴

Los gobiernos de todo el orbe algodonero se embarcaron en la concreción de este tipo de proyectos. En 1866, el gobierno colonial de la India instituyó el cargo de «comisionado del sector algodonero de las Provincias Centrales y la región de Berar». El funcionario encargado de ocupar ese puesto tenía la misión de reunir escrupulosamente información detallada sobre las regiones dedicadas a la producción de algodón. Harry Rivett-Carnac, un intrépido agente promotor de la expansión del imperio del algodón, fue el encargado de asumir el cargo, lo que le obligó a recorrer de arriba abajo la región de Berar y a vivir en un vagón de tren «con un remolque para su caballo, a fin de poder cabalgar, siempre que se revele necesario, hasta algún punto relevante de la provincia en el que se requiera mi presencia» —y todo ello con el objetivo de «extender y mejorar el

cultivo a fin de incrementar el suministro y de tomar seguidamente todas las medidas necesarias para facilitar que el sector pueda trasladar hasta la costa, en buen orden y sin ningún retraso, todos esos suministros»—. La revolucionaria transformación de la campiña global descansaba sobre las espaldas de ese tipo de funcionarios gubernamentales. En 1873, el gobierno colonial indio expandió todavía más esas actividades, centralizándolas mediante la creación del Organismo para el Estudio de las Fibras y la Seda que se encargaba de analizar con el más minucioso de los detalles, y en toda la India, la producción de algodón, entre otras fibras textiles.⁵⁵

Otros países imitaron su ejemplo. En 1862, Estados Unidos creó el Ministerio de Agricultura que no tardó en ocuparse del algodón. Lo primero que hizo este negociado fue reunir todo un conjunto de informaciones estadísticas, pero muy pronto amplió sus actividades y comenzó a dedicarse a estudiar las enfermedades que afectaban al arbusto del algodón, a tratar de identificar las cepas de la planta que pudieran revelarse más adecuadas para unas condiciones medioambientales dadas, y a cultivar variedades de algodón mejoradas. El Ministerio también abordó la urgente cuestión del cultivo del algodón en los estados occidentales del país, como Arizona. En 1897, Rusia creó la Administración de Agricultura y Fincas Domaniales en las regiones del centro de Asia que acababa de anexionarse —y evidentemente el objetivo central de la nueva institución era el estudio del algodón—. En Egipto, el gobierno proporcionaba a los campesinos dedicados al cultivo del algodón información detallada sobre las prácticas agrícolas más adecuadas, creando en 1919 el Ministerio de Agricultura y asignándole la misión de aumentar el alcance de esos esfuerzos —de hecho, las autoridades coloniales del Congo habrían de estudiar más tarde ese modelo, asumiéndolo como propio en ese país africano.⁵⁶

La recopilación de información iba de la mano de los esfuerzos gubernamentales dirigidos a reorganizar directamente la agricultura algodонера: los funcionarios coloniales británicos repartían semillas de algodón estadounidense entre los campesinos indios, se afanaban en modificar las cepas del algodón indio, y animaban a los labriegos a utilizar los nuevos métodos agrícolas que les enseñaban. En Egipto, la Real Sociedad de Agricultura se dedicaba a efectuar experimentos en granjas

modelo. Muy a menudo los campesinos locales se resistían a poner en práctica esos proyectos, dado que la tarea de plantar las nuevas cepas de algodón no solo requería un uso más intensivo de la fuerza de trabajo sino que resultaba también más arriesgada, puesto que todavía no se había podido comprobar el resultado que podían dar las nuevas plantas una vez inmersas en el clima local. Pocos de esos proyectos ofrecían un incremento de la remuneración capaz de compensar la asunción de tales cargas, de modo que fue preciso ejercer una presión muy notable para lograr implantar con éxito los nuevos métodos.⁵⁷

Pese a trabajar de forma concertada, los gobiernos poderosos y los comerciantes poseedores de grandes sumas de capital no siempre conseguían llevar a la práctica sus magnos proyectos. Los archivos gubernamentales conservan constancia de un gran número de casos en los que los campesinos se esfuerzan por retrasar, o incluso detener, la reorganización de sus economías. En Dhawar, en la parte occidental de la India, por ejemplo, los campesinos mostraron una decidida preferencia por el cultivo de las variedades de algodón indígenas, y también por privilegiar las cosechas de carácter alimenticio —pese a los denodados esfuerzos de los funcionarios coloniales británicos, resueltos a introducir en el país las variedades estadounidenses—. Las variedades locales se adaptaban mucho mejor al clima de la región, eran muy bien recibidas en los mercados de la zona, y se adecuaban mejor a la economía doméstica, dado que podían desmotarse *in situ*.⁵⁸ De acuerdo con los informes que redacta el cónsul general austríaco en Jartum en el año 1877, los campesinos sudaneses se negaron a cultivar las crecientes cantidades de algodón que se les exigían debido a que «el nativo busca y encuentra sus medios de subsistencia de un modo mucho más sencillo y con ocupaciones mucho menos arduas que el difícil esfuerzo de labrar la tierra, que además les aporta unos ingresos más bien escasos». En el Irak de 1919, un observador alemán señalará que «lo que impide el despertar de una mayor predisposición al laboreo agrícola es el hecho de que en el país existan cultivos que proporcionan al labriego, y sin esfuerzo, todo cuanto necesita para atender a su sustento y a todas sus demás necesidades» —un argumento que por cierto habrán de exponer los funcionarios coloniales de todo el mundo—. En Birmania, un burócrata

británico señalará en tono lastimero «la indiferencia con la que acogen los propios campesinos birmanos la idea de dedicarse al cultivo del algodón y hacer de ello una industria provechosa, dado que al considerar que no tiene más que una importancia muy secundaria no resulta nada probable que se interesen demasiado en el algodón mientras puedan conseguir, con mucho menos esfuerzo, interesantes beneficios con sus arrozales».⁵⁹

La mejor forma de comprender la significación de estas pugnas pasa quizá por centrarnos en una zona en la que la producción fracasó, pese a los decididos esfuerzos por evitarlo: me estoy refiriendo a Australia. A principios del siglo XX, la Administración colonial británica comenzó a poner el máximo empeño en iniciar el cultivo del algodón en un continente dotado de un volumen de tierras prácticamente ilimitado y perfectamente adaptado al cultivo de dicha planta. Pese a todos los afanes británicos, la producción de algodón se expandió de forma extremadamente lenta. El *Adelaide Advertiser* comprendió a la perfección los motivos de ese estado de cosas: pese a que las tierras, enormemente abundantes, fuesen adecuadas para el cultivo del algodón, lo que faltaba era mano de obra barata y dispuesta a plantar, escardar y recoger la cosecha. Según el Comité Asesor de Ciencia e Industria británico, la principal dificultad a la que se enfrentaban todos los intentos de expansión residía «en el elevado coste de la recolección manual». Dada la escasez de mano de obra barata, y debido también al hecho de que los colonos blancos tenían opciones mucho mejores que las que pudiera ofrecerles el algodón, el Comité acabaría señalando en 1918 que «en Australia, el cultivo de algodón ha desaparecido prácticamente por completo». El presidente de la Corporación Neoyorquina Price-Campbell de Recolectores de Algodón, Theo Price —que en 1917 era el encargado de asesorar al gobierno de Australia en estas materias—, entendió muy bien lo que estaba ocurriendo: «El cultivo del algodón depende en buena medida de la mano de obra. Por consiguiente, y a menos que se tenga la seguridad de poder contar con una mano de obra abundante, va a ser difícil cultivar algodón, ni siquiera a volúmenes inferiores al de una producción a gran escala. No conozco con exactitud cuáles son las leyes de inmigración de Australia, pero si ustedes pueden traer al país a operarios chinos ..., creo que existiría la posibilidad de desarrollar rápidamente la

producción de algodón». En 1920, el *Sydney Evening News* llegaba a la conclusión de que «las condiciones en que se halla la disponibilidad de mano de obra no permiten pensar en el establecimiento de una industria algodonera capaz de tener repercusiones económicas». Y al no poderse recurrir a una nutrida fuerza de trabajo, resultó imposible abastecer el mercado del algodón.⁶⁰

No obstante, y a pesar de estos contratiempos, los capitalistas del sector algodonero no dejaban de buscar mano de obra, y en cantidades siempre crecientes. Tanto en las regiones de la India, Brasil y Egipto que se consagraban al cultivo del algodón, como en las de Estados Unidos dedicadas a lo mismo, el imperio del algodón lograría expandirse, ya que los terratenientes, los funcionarios coloniales, los comerciantes y las élites políticas locales —como los latifundistas de las regiones meridionales de Norteamérica— consiguieron convertir a los campesinos en productores y consumidores de artículos básicos.⁶¹ En función de los distintos lugares, las disposiciones concretas que se adoptaran para movilizar a la fuerza de trabajo serían también diferentes, dado que dependían de la distribución relativa del poder social en los ámbitos local, regional o colonial.⁶² La gran fuerza del capitalismo industrial emanaba precisamente de la permanente capacidad que demostraba para enlazar sus métodos con los de los diferentes sistemas de mano de obra —aunque su virtud más destacada fuera la de apoyarse en una producción de carácter extremadamente económico gracias a la incompleta transformación del mundo de los campesinos, un mundo en el que la fuerza de trabajo familiar quedaba frecuentemente sin recompensa y en el que los elementos que garantizaban la subsistencia seguían generándose hasta cierto punto en el ámbito doméstico—. Los elementos que contribuyeron a configurar los nacientes sistemas de organización de la mano de obra fueron las circunstancias locales y regionales, hondamente arraigadas en las tradiciones, así como la distribución del poder social. En este sentido resultó relevante, por ejemplo, el hecho de que los cultivadores de algodón de Estados Unidos llevaran ya algo más de dos décadas disfrutando de la emancipación (dado que eso

limitaba el poder político de los terratenientes), del mismo modo que también habría de revelarse decisiva la circunstancia de que las economías de África conservaran a un tiempo su carácter dinámico y la notable independencia que las mantenía a resguardo del capital europeo. En consecuencia, algunos campesinos se hicieron aparceros, mientras que otros optaron por el arrendamiento y unos terceros por el trabajo asalariado. Y a pesar de que tanto su poder como su modo de vida tradicional les estuviera siendo arrebatado día tras día, la verdad es que lograron conservar una cierta influencia —disfrutando en realidad de una capacidad de moldear su vida cotidiana superior a la de los millones de obreros no especializados que trabajaban en las hilanderías y las tejedurías.⁶³

Los campesinos, los terratenientes, los comerciantes y los burócratas forcejearon unos con otros en su afán de definir la forma que habría de adoptar el nuevo imperio del algodón y los tipos de mano de obra llamados a operar en él. En esa pugna hubieron de aceptar también las restricciones derivadas de los llamativos desequilibrios de poder existentes en algunas zonas del planeta, así como las desiguales relaciones vigentes entre las diferentes regiones del mundo. A finales del siglo XIX, tanto la aparcería como el laboreo en régimen de arrendamiento habían pasado a ser el sistema predominante en cuanto a la movilización de la fuerza de trabajo, y por razones similares a las que habían acabado dominando también la organización de la base productiva de Estados Unidos, ya que si por un lado los campesinos preferían disfrutar de la autonomía que representaba la posibilidad de trabajar sin una supervisión diaria, por otro solían mostrarse reacios, por regla general, a la idea de convertirse en trabajadores asalariados. En Berar, los aparceros que arrendaban sus campos de cultivo cultivaban los campos de los terratenientes *khatedar* y obtenían de los prestamistas el capital de trabajo que necesitaban. En Egipto, los encargados de cultivar casi todas las cosechas no eran los «trabajadores contratados», sino más bien grupos de «pequeños ocupantes» —de los cuales unos eran aparceros y otros propietarios, aunque todos tenían la posibilidad de recurrir a la fuerza de trabajo de sus respectivas familias (y de hecho, en Egipto, los niños eran quienes se ocupaban de recoger la mayor parte del algodón)—. En Brasil, el sistema más difundido fue el de la

aparcería, junto con las pequeñas granjas familiares. En las grandes fincas, las familias arrendadas «pagaban» una renta por la tierra que trabajaban, cediendo para ello una parte de la cosecha al propietario. En el Perú del año 1874, los terratenientes respondieron al fin del tráfico de labriegos chinos (obligados a trabajar para ellos durante un período de tiempo determinado), y a su incapacidad para incitar a los campesinos a trabajar a cambio de un salario, arrendando sus fincas a grupos de cultivadores. En la región de Çukurova, que antes de la introducción de la agricultura algodonera —ya a finales del siglo XIX— había permanecido en gran medida sin colonizar, los latifundios necesitaban mano de obra, y en la mayoría de los casos esa fuerza de trabajo habría de reclutarse estableciendo diversos acuerdos con grupos de aparceros y contratando a cambio de un salario a algunos trabajadores inmigrados.⁶⁴

Allí donde prevalecía el sistema de la aparcería, tanto los granjeros que operaban en régimen de arrendamiento como los pequeños campesinos propietarios pasaron a depender del capital exterior. En Sind, en la India, por ejemplo, los campesinos vendían las cosechas a los prestamistas nada más haberlas sembrado, a fin de poder cerrar de ese modo las cuentas de crédito que habían tenido que abrir para poder dedicarse exclusivamente al algodón —créditos que «en parte se materializaban en forma de dinero contante y sonante, pero que también constaban de grano, semillas de algodón, ropa, *bajri*,* harina, etcétera (todo ello destinado tanto a la familia como a los trabajadores)»—. Tanto en la India como en otros lugares, era frecuente que los negociantes que se dedicaban a la concesión de préstamos en efectivo fueran quienes determinaran las decisiones agrícolas de los campesinos, puesto que ellos eran también quienes les adelantaban las semillas y los pertrechos que precisaban. Los tipos de interés se situaban habitualmente entre el 12 y el 14%, pero a veces podían dispararse y alcanzar cifras tan astronómicas como un 150% anual. En la región de Çukurova, los aparceros obtenían créditos de los terratenientes y los comerciantes, quienes les cobraban unos intereses de entre el 15 y el 20%, de modo que «el capital mercantil, pese a las limitaciones impuestas por la escasez de mano de obra, terminó controlando tanto la tierra como el proceso de producción».⁶⁵

De este modo, a finales del siglo XIX, la mayor parte del algodón del mundo era cultivado por campesinos que trabajaban por cuenta propia o que arrendaban la tierra para hacerla fructificar en familia. Sin embargo, en lugar de dedicarse a una producción de subsistencia o meramente local, la intervención de una nueva aportación de capital procedente de la metrópoli iba a arrastrar a estos labriegos a satisfacer las demandas del mercado algodonero global. La práctica de la aparcería, junto con el establecimiento de derechos de retención sobre las cosechas y la existencia de poderosos grupos de comerciantes locales provistos de capital, no tardó en convertirse en el nuevo escenario normal, alumbrando así una campaña formada por labriegos que si bien no estaban esclavizados, tampoco podía decirse que fueran verdaderamente libres. En todo el mundo, estos granjeros dedicados al cultivo del algodón terminaron viéndose abrumados por el fuerte endeudamiento al que se hallaban irremediabilmente abocados, expuestos a sufrir las consecuencias de las fluctuaciones que pudiera experimentar el mercado internacional, sumidos por regla general en la pobreza, y atados de pies y manos tanto por las recién instituidas normativas sobre la vagancia como por la aparición de unos contratos laborales concebidos para impedirles que abandonaran la tierra que trabajaban. Quedaron rápidamente marginados en términos políticos. Y en muchas ocasiones también fueron objeto de coerciones de carácter extraeconómico. No puede decirse que fuera un sistema sin precedentes. Ahora, sin embargo, sobrealimentado por la inyección de capital privado y los avances jurídicos, administrativos e infraestructurales del estado, comenzó a organizar la campaña algodonera global en una medida que sí carecía de antecedentes.⁶⁶

No obstante, un reducido, aunque creciente, número de cultivadores pasó a engrosar las filas de los mal pagados braceros asalariados que trabajaban en los campos de algodón de todo el mundo. A esa condición se vieron arrastrados los que menos poder tenían. En muchos casos, el deslizamiento que les había llevado a terminar aceptando un trabajo asalariado se había producido como consecuencia del empeoramiento de su endeudada situación como aparceros, arrendatarios o propietarios de

pequeñas granjas. El hecho mismo de verse convertidos en obreros a sueldo delataba su derrota. En el Egipto del año 1907, cerca del 40% de los agricultores habían pasado a ser jornaleros desprovistos de tierras. Y también en la India tendería a crecer a lo largo del siglo XIX el número de trabajadores asalariados que operaban en los campos de algodón: en Khandesh, el aumento de la agricultura algodonera, unido a los cambios jurídicos y sociales que dicha tendencia trajo aparejada, dio lugar tanto a un constante incremento del porcentaje de tierra dedicado al oro blanco como a una proletarización en avalancha, de modo que en 1872 uno de cada cuatro varones adultos trabajaba ya a cambio de un salario.⁶⁷

También en el norte de México el proceso de proletarización barrió los campos de algodón. A partir del año 1884, los terratenientes de La Laguna empezaron a utilizar los recién construidos tendidos ferroviarios, así como las nuevas infraestructuras de regadío, para levantar un enorme complejo dedicado al cultivo del algodón —hasta el punto de «convertir a México en la región más importante del mundo de entre las dedicadas a la agricultura comercial»—. En sus campos se afanaban decenas de miles de trabajadores. Algunos de ellos residían en las propias plantaciones, mientras que otros eran contratados por períodos semanales o mensuales, ya que la población rural —formada en muchos casos por emigrantes llegados de otras zonas de México— pasó de las veinte mil almas del año 1880 a las doscientas mil de 1910 —dándose además la circunstancia de que en época de cosecha acudían a las haciendas otros cuarenta mil obreros emigrados más—. En consecuencia, las granjas algodoneras crecieron a velocidad de vértigo, quintuplicándose su producción entre 1880 y 1890, y volviéndose a duplicar más tarde a lo largo de la década siguiente. Algunas de esas haciendas eran extremadamente grandes. La familia Luján, por ejemplo, poseía 45.000 hectáreas. Era muy frecuente que estos puestos avanzados del industrialismo estuvieran notablemente mecanizados y contaran con prensas, desmotadoras y almazaras dedicadas a la extracción de aceite de semilla de algodón.⁶⁸

Los obreros del sector algodonero de La Laguna eran tan proletarios como cualquiera de sus colegas del globo. Algunas plantaciones mantenían un ejército de trabajadores semicualificados, organizándolos en cuadrillas

de entre ocho y doce operarios que, capitaneados por un capataz, asumían la responsabilidad de cultivar un lote concreto de tierras. Había haciendas grandes que reclutaban a varios miles de jornaleros de ese tipo, haciéndoles trabajar doce horas al día y seis días por semana. Y, si estos obreros acabaron sumándose al proletariado agrícola, fue debido a que la gran concentración de propiedades rústicas les hizo perder la posibilidad de acceder de forma comunal a los recursos de la tierra, como hacían anteriormente. Al final, eran muchos los trabajadores de ese tipo que llegaban a La Laguna utilizando redes ferroviarias privadas, apretados como ganado en vagones de mercancías. Y dado que no había tierras disponibles para esos emigrantes, les resultaba imposible dedicarse a la agricultura de subsistencia.⁶⁹

Lejos de poder adoptar ese modo de vida, lo que ocurría era que «los terratenientes dictaban la ley», según señala un historiador, puesto que las haciendas reforzaban la disciplina laboral por medio de una fuerza policial privada y provista de uniforme, unas verdaderas instalaciones carcelarias y la imposición de «castigos físicos» a los obreros. Algunas plantaciones llegaron a construir incluso un «cepo de campaña», es decir, una «jaula especialmente diseñada ... para escarmentar a los trabajadores problemáticos». Era muy frecuente que los jornaleros inmigrantes se hallaran bajo la supervisión de guardas armados y acantonados en los campos. El estado contribuía a garantizar la disciplina de la fuerza de trabajo, haciendo que las poblaciones promulgaran «leyes muy rigurosas contra el vagabundeo a fin de impedir que [todos esos trabajadores] se mantuvieran alejados del centro de las ciudades cuando no estaban faenando». Este recurso a la coerción física era una práctica muy difundida en las zonas que se dedicaban al cultivo del algodón en todo el mundo, y se empleó abundantemente en Estados Unidos, Perú, Egipto y otros países. Los pasmosos adelantos del capitalismo no solo seguían encontrando fundamento en el establecimiento de una gran variedad de regímenes laborales, sino en el ejercicio de unos niveles de violencia asombrosos.⁷⁰



El control de la mano de obra: guardas armados garantizan el trabajo de la recogida de algodón en La Laguna, México.

En el ámbito de ese imperio del algodón reconstruido, los estados de Europa y Norteamérica, que habían visto recientemente acrecentado su poder, actuaban al modo de entidades omnipresentes. A fin de cuentas, el proyecto de acumulación de los capitalistas —cuya consecución pasaba por la obtención de mano de obra— y el plan de los burócratas embarcados en el proceso de construcción estatal —cuya materialización implicaba el control de las poblaciones— eran designios que evolucionaban de forma pareja y coordinada.⁷¹ Las pugnas que habían tenido que mantener en el seno de sus respectivas metrópolis, en el corazón del capitalismo industrial, habían enseñado a los capitalistas del sector algodonero que si querían transformar la campiña y modificar la sociedad, debían reforzar imperativamente la efectividad de su riqueza con el poder del estado. Habilitados por las nuevas potestades burocráticas, jurídicas, militares e infraestructurales de los estados —potestades que eran una emanación directa de los réditos obtenidos por medio del capitalismo de guerra—, los manufactureros y los comerciantes se encontraron en situación de incluir a un creciente número de personas y de territorios del mundo en el conjunto de la economía global en general, y en la producción de algodón para los mercados internacionales en particular.

A finales del siglo XIX, la dinámica del capitalismo industrial había experimentado una aceleración tan enorme que los capitalistas y los hombres de estado hicieron un esfuerzo concertado para apresurar el desplome de las formaciones sociales no capitalistas o, como mínimo, para vincularlas al mercado mundial capitalista. Para quebrar la resistencia de la gente, reacia a asumir estas disposiciones novedosas y revolucionarias del trabajo y las relaciones sociales, tanto los capitalistas como los funcionarios estatales recurrían de cuando en cuando al uso de la coerción. No estaban dispuestos a esperar «a que el precio haya decidido el curso de los acontecimientos» —como muy bien habría de señalar el empresario algodónero Henry Ashworth al dirigirse a la Cámara de Comercio de Manchester en 1863—. Para convertir la mano de obra en una mercancía era preciso «liberar» a los trabajadores de la matriz de obligaciones recíprocas que les había sostenido a lo largo de la historia. Al mismo tiempo, tanto los capitalistas como los hombres de estado creían que también la tierra debía quedar «liberada» de todo lazo que no tuviera carácter económico, a fin de transformarla asimismo en una mercancía con la que poder comerciar libremente. En términos ideológicos, esta «liberación» descansaba en la naturalización de ciertas formas históricamente específicas de organizar la producción, de modo que se hizo posible gracias al conjunto de jerarquías económicas, sociales, culturales e incluso raciales que ella misma había contribuido a generar. Los capitalistas fueron los auténticos revolucionarios de la época.⁷²

Los gobernantes y los burócratas respaldaron este proyecto porque la obtención de un acceso seguro a las materias primas —incluyendo la producción de algodón— estaba convirtiéndose cada vez más en una piedra de toque para la política nacional. Y al irse consolidando los estados, la reorganización de los vínculos económicos globales se convirtió de hecho en un proyecto en el que los políticos se implicaron deliberadamente —ya que, en realidad, la aceleración de la integración económica global registrada a finales del siglo XIX evolucionó de forma paralela al fortalecimiento y la consolidación de los propios estados-nación—. Los estados poderosos, así como los gobernantes y los burócratas influyentes, dependían de la existencia de un conjunto de industrias nacionales

igualmente sólidas —las cuales necesitaban disponer a su vez de un buen suministro de materias primas y de un claro acceso a los mercados—, dado que dichas industrias generaban una riqueza susceptible de producir una rentabilidad al estado a través de los impuestos, además de proporcionar empleo a millones de personas —todo lo cual incrementaba al mismo tiempo la estabilidad social y fortalecía aún más al estado mismo.⁷³

La construcción de los mercados, incluyendo los de carácter global, fue por tanto un proceso de índole política. Conforme fue creciendo el número de estados que competían por acceder a las materias primas, la mano de obra y los mercados, ese proceso político fue quedando paulatinamente inserto en el marco definido por los estados-nación. Las economías nacionales, los imperios y los capitalistas de los diferentes países industrializados pasaron a convertirse gradualmente en los elementos esenciales de la nueva economía política global. Y dado que el universo colonial se convirtió en un importante abastecedor de materias primas, además de en un significativo mercado para algunas industrias (las exportaciones de algodón británicas, por ejemplo, acababan viajando, hasta en un 60% de los casos, a la India y el Extremo Oriente), el capitalismo industrial empezó a colaborar con un nuevo conjunto de actores, auxiliado por los estados —que se dedicaron a garantizar el ejercicio de un sólido control político en los territorios que les proporcionaban esas materias primas y esos mercados—. Entre los años 1876 y 1915, la cuarta parte de la superficie del planeta «quedó distribuida o redistribuida en forma de posesiones coloniales», lo que da fe de lo rápidamente que estaba aumentando la importancia de los territorios delimitados por fronteras. Y es que, en efecto, los políticos y los capitalistas acabaron fusionando sus respectivos objetivos de poder y acumulación, forjando al hacerlo una forma de globalización capitalista enteramente nueva. Los métodos del capitalismo industrial, desarrollados en la esfera de la producción fabril surgida en Inglaterra y otros lugares del mundo, se convirtieron ahora en una práctica global, sustituyendo cada vez más a los bien comprobados sistemas del capitalismo de guerra.⁷⁴

Lo irónico del caso es que el proyecto consistente en reforzar tanto a los recién consolidados estados-nación como a las economías «nacionales» pasó paulatinamente a convertirse en una estrategia de alcance internacional—circunstancia que simbolizan magníficamente los congresos algodoneros mundiales que comenzaron a convocarse de forma regular a partir del año 1905, ya que en ellos se reunían comerciantes, manufactureros, plantadores y burócratas en lugares tan diversos como Manchester, Viena, París, Bruselas, Milán, Londres, Estocolmo y Alejandría—. En 1927 participaron diecisiete países. Sus representantes abordaron temas como el de las condiciones que presentaba el cultivo del algodón en distintas partes del mundo, tratando de discernir qué prácticas eran las más adecuadas en cada caso. También repasaron los esfuerzos modélicos que se habían realizado para incrementar la producción de algodón, examinando con todo detalle, por ejemplo, las experiencias que habían vivido los alemanes en el ámbito de la agricultura algodонера en su colonia de Togo. Los congresos eran un elemento inseparable del discurso global que circulaba entre los capitalistas y los burócratas respecto a la conciliación de las nuevas formas de mano de obra con la necesidad que impulsaba a las economías metropolitanas a conseguir en la periferia grandes cantidades de materias primas agrícolas baratas. En París, los expertos del Ministerio de las Colonias constituyeron un grupo de análisis al que pusieron el apropiado nombre de *Commission du Régime du Travail aux Colonies*; en Berlín y Chicago, los primeros científicos sociales comenzaron a investigar en qué medida podían garantizar los regímenes de «mano de obra libre» el acceso a las materias primas agrícolas; y el embajador español en París solicitó al ministro francés de las Colonias que le remitiera un informe relacionado tanto con la experiencia que habían vivido los franceses tras la emancipación de los esclavos como con las repercusiones de la manumisión en la disponibilidad de mano de obra. Las autoridades coloniales británicas de Bombay realizaron un estudio sobre la movilización de la mano de obra en el Asia Central rusa. Y en la década de 1910, el Ministerio de Agricultura y Comercio japonés, decidido a expandir la producción de algodón en su colonia de Corea, examinó los esfuerzos que habían llevado a las naciones europeas a emplear «mano de obra libre» para el cultivo del algodón en sus

posesiones coloniales. Como veremos, los regímenes poscoloniales y poscapitalistas habrían de mostrarse igualmente ansiosos de aprender de todas esas experiencias, y en muchas ocasiones el radical entusiasmo que pusieron al llegar el momento de llevar a la práctica el contenido de dichas lecciones alcanzó tal intensidad que terminó eclipsando incluso las propias metas revolucionarias que habían concebido sus maestros. Al irse fortaleciendo los estados-nación y su recíproca competencia en unas cuantas regiones del mundo iría surgiendo en ellos el ardiente y compartido deseo de reorganizar la campaña global, procediendo para ello a asociar sus políticas con un conjunto de estrategias que trascendían, por su alcance, el radio de acción de cualquier estado-nación concreto. Una vez más, la formación de los estados se desarrolló codo con codo con los avances de la globalización.⁷⁵

Y a pesar de que los dilemas que planteaba la «mano de obra libre» estuvieran llamados a seguir constituyendo el eje de las conversaciones globales, lo cierto es que en torno a la década de 1870, la crisis del imperio del algodón, surgida como consecuencia de la emancipación de los trabajadores dedicados al cultivo del algodón, había quedado zanjada —al menos desde el punto de vista de los capitalistas algodoneros—. La recién adquirida capacidad de los capitalistas y los estados para transformar la campaña global consagrada al cultivo del algodón mediante los instrumentos del capitalismo industrial permitió la llegada de crecientes cantidades de fibra, y a precios en constante descenso, a los puertos de Liverpool, Bremen, El Havre, Osaka y Boston. Tanto éxito consiguió la reorganización de la fuerza de trabajo, la tierra, el capital y el poder del estado que los precios que se pagaban por el algodón en Liverpool no solo recuperaron los niveles previos a la guerra de Secesión estadounidense, sino que cayeron incluso por debajo. En 1870, medio kilo de algodón costaba 24 centavos en Estados Unidos; en 1894 esa cifra se había reducido a solo 7 —situándose por debajo de lo que se pagaba antes de la contienda (ya que entonces giraba en torno a los 11 centavos)—. En respuesta a ese estado de cosas, la Asociación para el Suministro de Algodón de Manchester se disolvió en 1872 —después de haber estado a la vanguardia de buena parte de las presiones destinadas a lograr que los campesinos de todo el mundo se

convirtieran en cultivadores de algodón para la exportación—. La derrota de las aspiraciones económicas y políticas de los libertos de las regiones meridionales de Estados Unidos, unida a la exitosa invención de nuevos sistemas de utilización de la mano de obra —tanto en Norteamérica como en otras partes del mundo—, había determinado que muchos confiaran en que las revolucionarias actividades del capital estuvieran llamadas a seguir triunfando en la reorganización de la campaña global.⁷⁶

DESTRUCCIONES



Comerciantes de algodón en la India.

Como hemos visto, la rápida expansión que experimentó el capitalismo industrial a partir de 1865 transformó aún más la campaña global. Los manufactureros del corazón industrial del imperio del algodón exigían materias primas, mano de obra y mercados, y el grueso del género humano, que vivía lejos de los centros urbanos de Europa y Norteamérica, no tardó en sentir los efectos de su voracidad. Con la abolición de la esclavitud en Estados Unidos, los cultivadores de la India, Egipto, las regiones meridionales de Estados Unidos, Brasil y —pocas décadas más tarde— el África occidental y el Asia Central se vieron obligados a asumir toda una serie de sistemas de trabajo nuevos y a producir no solo unas cantidades de algodón inmensas, sino a hacerlo en volúmenes cada vez mayores. Gracias a sus extenuantes y mal remunerados esfuerzos, el comercio del algodón y

sus derivados seguiría siendo «con mucho», y ya bien entrado en siglo XX, «el mayor tráfico mercantil del mundo», tanto en Asia como en el universo atlántico. Incluso en un período tan tardío como el de la década de 1930, los tratantes de algodón japoneses de la Compañía Toyo Menka Kaisha afirmaban que «el algodón es, indiscutiblemente, la mercancía más importante del comercio internacional mundial».¹

En términos más generales, el surgimiento de nuevos sistemas de mano de obra, unido al asombroso crecimiento de la producción de algodón en rama, permitió alumbrar uno de los proyectos más revolucionarios del capitalismo industrial: el de la creación de una nueva relación entre los centros manufactureros y la campiña. En los años setenta del siglo XIX, como hemos visto, los capitalistas materializaban algo que pocas décadas antes parecía imposible: articular por completo una porción cada vez mayor de la campiña global y obligarla a satisfacer las necesidades de la producción industrial sin recurrir a la institución de la esclavitud. La razón de este éxito era clara: los poderosos estados imperiales, cuya existencia se debía, entre otras importantes razones, a la persistente agitación de los comerciantes y los manufactureros, se hallaban ya dotados de los medios necesarios para penetrar profundamente en unas zonas del mundo que poco antes habrían sido consideradas regiones remotas e inaccesibles. Los agentes del capitalismo industrial avanzaban por las vías férreas que se internaban en Berar, enviaban datos relativos a los precios del algodón por medio de los cables telegráficos que cruzaban el Atlántico, y seguían las huellas de las expediciones militares enviadas a «pacificar» territorios como los de Tashkent y Tanganica.

Estos reyes del algodón, que se beneficiaban de la brecha que abrían los fortalecidos estados modernos, aceleraron el ritmo de un doble proceso de destrucción creadora. Acercaron las capitales de las metrópolis a los productores de algodón radicados fuera de las regiones esclavistas del mundo, desbaratando en muchas ocasiones de ese modo las antiguas redes comerciales que antes de la década de 1860 se habían encargado de transportar el algodón de los campos a las fábricas. También debilitaron los núcleos dedicados a la confección manual de hilados y tejidos, generando con ello el más importante proceso de desindustrialización que jamás haya

conocido el mundo. Millones de personas —fundamentalmente mujeres— se vieron obligadas a abandonar las labores de hilado y tejido, renunciando así a un trabajo que había estructurado sus respectivas sociedades durante cientos e incluso miles de años.

En el último tercio del siglo XIX, tanto el capital de las metrópolis como los artículos manufacturados se lograron difundir por un creciente conjunto de regiones rurales del planeta. El éxito de los comerciantes europeos se reveló particularmente notable en Asia: la inmensa zona del globo en la que su acción se había mostrado tradicionalmente más débil. Fue allí donde se las ingeniaron para situarse más cerca de los verdaderos productores y consumidores de algodón. En la década de 1870, por ejemplo, la población de Khamgaon, en la que se hallaba el mercado central de la región de Berar, se encontraba repleta de comerciantes de Gran Bretaña, Alemania, Francia, Italia, Suiza y el imperio Habsburgo —todos ellos atareados en la compra de algodón bruto—. Estos negociantes enviaban agentes indios a los campos de cultivo de las inmediaciones, encargándoles que adquirieran la materia prima y que después la limpiaran y la prensaran antes de enviarla al puerto de Bombay. Ahora eran ellos quienes tenían realmente las riendas del sector algodonero, sustituyendo con sus métodos las prácticas de un mundo que les habían legado las generaciones anteriores y en el que «el comercio se hallaba enteramente en manos de los tratantes locales».²

Había sido la crisis terminal del trabajo esclavizado lo que había forzado a los comerciantes europeos, y más tarde también a los japoneses, a internarse en el interior de la campiña global, rebasando los límites de las ciudades portuarias de la India, Egipto, el África occidental y otras regiones. Ya en 1861, con los primeros signos de descomposición del sistema esclavista, los manufactureros de la Asociación para el Suministro de Algodón de Manchester habían expresado una esperanza: la de que pudiera «inducirse a los europeos ... a tomar posiciones en el interior de la India para supervisar el comercio en el seno mismo de las comunidades indígenas». Un año después, el Negociado de la India en Londres

comunicaba al gobernador delegado de la Corona en Bombay que debía respaldar «en esas provincias el establecimiento de agencias destinadas a comprar algodón directamente a las clases cultivadoras, en lugar de tener que hacerlo a través de intermediarios». No obstante, esa encomienda no resultaba fácil de cumplir en el subcontinente, puesto que los tratantes de algodón indios contaban con un profundo arraigo, tanto en las redes del comercio algodonero local como en la estructura social de las aldeas productoras de fibra —de hecho, de no revolucionar la estructura social india, se hacía difícil imaginar que los capitalistas europeos pudieran llegar a sustituir algún día a sus homólogos indios—. Y, sin embargo, lo consiguieron, gracias sobre todo al apoyo que les proporcionó el estado imperialista, cada vez más poderoso, de modo que en el año 1878 un miembro de la Administración colonial británica encontraba ya ocasión de señalar que, en Berar, «el comercio [de algodón] ha quedado casi enteramente en manos de los comerciantes europeos».³

Una de las compañías capitalistas europeas que lograron dominar la producción de algodón en un feudo del capitalismo industrial tan remoto como el de la población de Khamgaon, en Berar, fue la de los hermanos Volkart. Pese a tener su sede central en el pintoresco pueblecito de Winterthur, no lejos del lago Constanza, estos negociantes suizos llevaban operando en el comercio algodonero indio desde el año 1851, confiando sus actividades a un conjunto de agentes de corretaje indios que se ocupaban de adquirir el algodón que precisaban los mercados europeos. No obstante, en el último tercio del siglo XIX, la Compañía de los Hermanos Volkart había trasladado parte de su capital mercantil a una región mucho más próxima al punto de radicación de los verdaderos productores de oro blanco, fundando delegaciones para la compra de fibra en las regiones algodoneras de la India —incluyendo la de Khamgaon— y construyendo locales para el desmotado y el prensado de la materia prima. Los agentes a sueldo de los Volkart se encargaban de comprar el algodón a los tratantes locales y de procesarlo después en las desmotadoras de la propia compañía, embalándolo a continuación en las «Prensas Volkart», y enviándolo finalmente en tren a Bombay, donde otros delegados de los «Volkart Brothers» los etiquetaban para embarcarlos rumbo a Liverpool, El Havre o Bremen, donde la

mercancía se vendía a los propietarios de las fábricas textiles —que confiaban plenamente en la calidad de cualquier bala que llevara estampado el sello «VB»—. Si el antiguo sistema exigía la intervención de un gran número de intermediarios, los hermanos Volkart consiguieron vincular ahora, por sí solos, a los productores de algodón con los manufactureros del sector.⁴



El capital europeo se traslada al campo de la India: prensa de algodón de los Hermanos Volkart en Berar.

En 1883, dieciséis prensas de la Compañía Volkart tachonaban la campiña de Berar. En 1920, Volkart era ya el mayor comerciante de algodón del subcontinente, puesto que vendía más de 180.000 balas —lo que equivalía a una cuarta parte del total de exportaciones de la India—. Y los Volkart no eran los únicos que operaban en la zona. Trabajaban codo con codo con las agencias, desmotadoras y prensas de otros comerciantes europeos —de entre los que cabe destacar a los Ralli, los Knoop y los Siegfried—. A principios del siglo xx se les sumaron varias compañías algodonerías japonesas: solo la Toyo Menka Kaisha poseía ya 156 subdelegaciones indias en 1926, y de hecho la mayor parte de los beneficios que obtenía la empresa procedían de las actividades comerciales que realizaba en el interior de la campiña.⁵

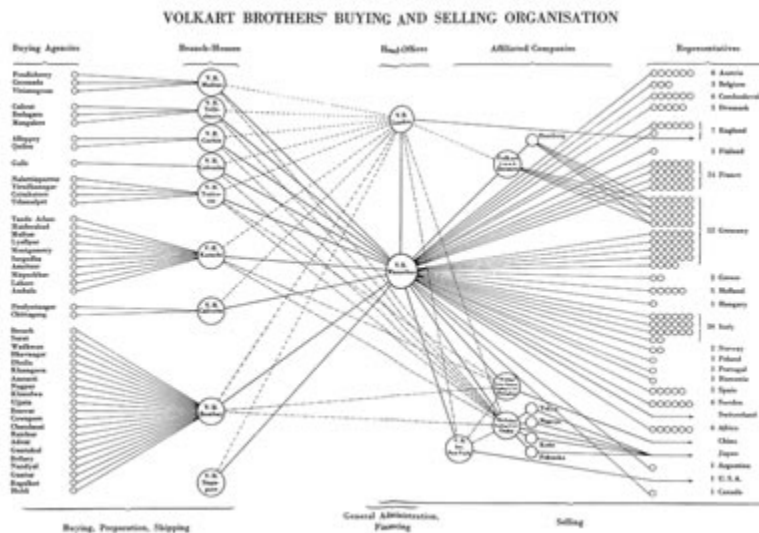
Al trasladarse los exportadores europeos y japoneses a las poblaciones productoras de algodón —a las que tan difícil les resultaba acceder antes—, los campesinos empezaron a poder vender sus productos a los mercados

globales. Como es obvio, los pequeños negociantes y prestamistas que conectaban a los cultivadores con los comerciantes europeos y japoneses no desaparecieron, ya que proporcionaban a los labriegos indios el capital que precisaban para adquirir semillas, pagar sus impuestos y salir adelante hasta la siguiente cosecha —aunque casi siempre tuvieran que aceptar unos tipos de interés verdaderamente ruinosos—. Estos *sowkars* contaban con profundos vínculos en las aldeas, así que los negociantes europeos dependían de ellos —del mismo modo que las personas de la región dependían del acceso a los mercados y al capital que ofrecían los tratantes europeos.⁶

No obstante, a pesar de la persistencia de los *sowkars*, lo cierto es que los comerciantes de algodón indios que tanto tiempo habían dominado el mercado local, y que todavía en la década de 1850 desempeñaban un papel fundamental en la exportación de algodón, acabaron viéndose relegados a las franjas marginales del negocio. Pese a las riquezas que habían acumulado durante la guerra de Secesión estadounidense, muchos de ellos se hundirían con el rápido desplome que registraron los precios del algodón tras el fin de la contienda. Es más, los cambios que se produjeron en las infraestructuras de transporte, junto con la llegada de las conexiones telegráficas con Liverpool —que trajeron consigo el mercado de futuros asociado al algodón indio—, redujo enormemente los beneficios especulativos que obtenían los comerciantes obligados a no cobrar más que en caso de que las remesas que enviaban encontraran comprador. Los principales comerciantes europeos respondieron a la situación con una integración vertical de sus negocios —es decir, conectando a los cultivadores con los manufactureros, como habían hecho los Volkart con tan espectacular éxito—, contando además con la ventaja de que esa era una iniciativa que los comerciantes indios no podían imitar, ya que carecían de la posibilidad de establecerse en un lugar próximo a los manufactureros europeos. En consecuencia, los negociantes indios empezaron a verse sometidos a una presión creciente, sobre todo en el ámbito del comercio de ultramar. En 1861 todavía exportaban el 67% del algodón que salía de Bombay, pero en 1875 esta cifra se había reducido ya a un mero 28 %, y no

dejaba de menguar. Incapaces de competir en el ámbito del comercio extranjero del algodón, algunos de esos comerciantes optarían por invertir su capital en las nacientes fábricas textiles indias.⁷

En otras regiones del mundo, la inyección de capital en la producción de algodón se desarrolló de manera similar. En Egipto, por ejemplo, «los comerciantes enviaron agentes a las aldeas y les encargaron que compraran pequeños lotes» de fibra, ya fuera a los tratantes locales o directamente a los cultivadores —reemplazando de este modo con su actividad el absoluto monopolio que había ejercido el virrey—. Muchos de esos comerciantes eran griegos que habían emigrado a Egipto al calor del explosivo crecimiento que había registrado el negocio del algodón tras la guerra de Secesión estadounidense —y casi todos formaban parte de un conjunto de redes que, integradas por familiares o paisanos, llegaban no solo a Grecia, sino también a Trieste, Marsella, Londres y Manchester.⁸



Hermanos Volkart, comerciantes de algodón suizos: establecimiento de conexiones entre los cultivadores de fibra y los manufactureros, 1925 —organigrama de las compras y las ventas.

En la región de Çukurova, en la Anatolia meridional, la situación evolucionó por derroteros muy parecidos, ya que en este caso los comerciantes griegos y cristianos fueron los encargados de asumir el papel de innovadores, aunque interactuando al principio con los tratantes

armenios, puesto que estos les permitían conectar sus redes transmediterráneas con los propios campesinos de la zona. Sin embargo, en la década de 1880 las entidades bancarias y las compañías comerciales extranjeras hicieron acto de presencia y apartaron del negocio, a viva fuerza, a los capitalistas locales. En 1906 iniciaba sus operaciones la Sociedad Algodonera Alemana de la Cuenca Oriental Mediterránea, en 1909 el Banco Alemán de Oriente abría una sucursal en Mersín, y un año más tarde, el Banco Alemán empezaba a invertir fuertes sumas de dinero en una serie de proyectos de regadío. En algunos casos excepcionales, la capitalización de la campiña aun lograría dar un paso más, al convertirse los inversores extranjeros en propietarios directos de varias plantaciones de algodón enteras. En La Laguna, México, los inversores británicos fueron los encargados de hacer funcionar la enorme hacienda algodonera de la Compañía Agrícola, Industrial y Colonizadora del Tlahualilo; en el Misisipi, la British Spinners Limited se hizo con la propiedad de la Compañía Delta and Pine Land, que contaba con 15.000 hectáreas para el cultivo del algodón.⁹

Incluso en los estados algodoneros de Norteamérica, expuestos durante mucho tiempo al influjo de las enormes inyecciones de capital europeo que les llegaban, la relación entre los comerciantes y los cultivadores de algodón iría adoptando paulatinamente el modelo imperial implantado por vez primera en la India y Egipto, cuyos objetivos pasaban por marginar a los productores de esa fibra. Antes de la guerra de Secesión, Estados Unidos había constituido una excepción, dado que había sido la única gran región algodonera del mundo que dependía del capital europeo y lo recibía en abundancia. Sin embargo, en ese país, a diferencia, por ejemplo, de la India, los comerciantes habían desempeñado un papel relativamente subordinado en comparación con el de los poderosos productores de algodón —es decir, los dueños de las plantaciones—. Sin embargo, a finales del siglo XIX esa situación cambió, por la doble razón de que los comerciantes adquirieron un poder que antes no tenían y de que el capital comenzó a llegar a la campiña de los estados sureños por vías hasta entonces inéditas.¹⁰



Jean D. Zerbini: un comerciante griego de algodón que operaba en Egipto.

La lenta desaparición de los factores fue uno de los elementos centrales de la reorganización del comercio del algodón en Estados Unidos. Los factores, que en muchos lugares habían adelantado sumas de capital a los plantadores, dedicándose además a vender sus cosechas y a proporcionarles pertrechos, se vieron ahora desplazados por los comerciantes que acababan de instalarse en las poblaciones del interior del país. Tras la guerra de Secesión, al producirse la espectacular mejora del transporte y las comunicaciones —permitiéndose así un mejor acceso a las tierras del interior de las regiones meridionales de Estados Unidos—, y al avanzar en dirección oeste el imperio del algodón, los plantadores empezaron a vender la materia prima que producían directamente a los comerciantes, a los agentes de las fábricas textiles e incluso a los compradores extranjeros —en lugar de confiar su venta a un factor situado en algún lejano puerto—. Y en consecuencia, las ciudades del interior de Texas, como Dallas —muy alejadas de la costa—, se convirtieron en importantes centros del comercio algodonero por derecho propio. En 1880 ya había en Dallas treinta y tres de esos compradores foráneos, muchos de ellos agentes de gigantescas compañías europeas y norteamericanas, como Alexander Sprunt, de Wilmington, Carolina del Norte, o Frank y Monroe

Anderson, que no solo organizaron, junto con Will Clayton, la empresa Anderson, Clayton y Compañía, sino que consiguieron convertirse en los mayores tratantes de algodón del mundo.¹¹

Al irse desplazando la compra de algodón hacia el interior de Estados Unidos también empezaron a construirse en la zona prensas y desmotadoras de algodón, con lo que los expertos del sector —como los especialistas en la clasificación de las fibras— también se instalaron tierra adentro, estableciéndose así un paralelismo entre el desarrollo de Estados Unidos y el de la India, Egipto y otras regiones del globo. Los comerciantes locales comenzaron a adquirir las cosechas, dado que el telégrafo permitía comunicar rápidamente a las más remotas poblaciones del sur de Estados Unidos los precios que estaba alcanzando la materia prima en Liverpool y Nueva York, igual que ocurría en Khamgaon. Al mismo tiempo, los ferrocarriles empezaron a llevar un amplio abanico de mercancías a las pequeñas tiendas rurales, socavando todavía más el antiguo papel del factor como proveedor de las plantaciones. Además, esos mismos comerciantes también comenzaron a adquirir la creciente costumbre de conceder créditos a los plantadores, apropiándose de otra de las funciones que habían desempeñado los factores de los tiempos anteriores a la guerra. Los viejos factores respondieron a esta nueva situación transformándose ellos mismos en compradores y afincándose en las tierras del interior —lo que supuso un nuevo mazazo para el antiguo sistema del factoraje—. La consecuencia de todo ello fue que la «comercialización del algodón se trasladó tierra adentro», de modo que a principios de la década de 1870 los representantes de los hilanderos de Manchester compraban ya directamente el algodón en muchas ciudades del interior, como por ejemplo en Memphis. La Compañía Alexander Sprunt e hijo, por ejemplo, fundó toda una serie de delegaciones compradoras en el conjunto de las regiones meridionales de Estados Unidos, buscándole después salida a ese algodón en agencias de venta radicadas en Bremen, Liverpool, Nueva Inglaterra y Japón —lo que en más de un sentido establece un paralelismo con las operaciones llevadas a cabo en su día por los hermanos Volkart.¹²

En la India, Egipto, Estados Unidos y otros puntos del planeta, el capital de las metrópolis se dotó de nuevas potestades para dominar a los productores de algodón, marginalizando el control de los tratantes locales sobre el comercio y minimizando la fuerza de los otrora poderosos plantadores de algodón de las regiones meridionales de Estados Unidos, recién derrotados en la guerra. Sin embargo, lo irónico de la cuestión es que a causa de las presiones que ejercían los manufactureros con el fin de conseguir el algodón más barato posible, también el negocio de los importadores, los agentes de corretaje y los factores, que operaban en gran medida en función del cobro de una comisión sobre ese precio de venta, empezó a menguar —hasta acabar siendo sustituido por un sistema comercial mucho más sencillo y mucho menos oneroso—. De hecho, había sido tan notable el éxito obtenido por los comerciantes de algodón al establecer un nexo de unión directo entre los productores y los manufactureros, radicados en países muy alejados entre sí, que su propia labor empezó a perder importancia rápidamente.

Presionados por los manufactureros, empeñados siempre en reducir los costes de las transacciones, la miríada de intermediarios que hasta la década de 1860 se habían encargado de transportar el algodón desde las plantaciones hasta las factorías se fusionaron, quedando por tanto sustituidos en su función por unos pocos tratantes de algodón integrados en una estructura vertical. De ese modo empezaron a aparecer en la escena del imperio del algodón un conjunto de actores nuevos, de personas llamadas a conectar directamente a los productores con los manufactureros. Los importadores y los agentes de corretaje de la vieja escuela empezaron a verse relegados. Algunos de ellos, como los pertenecientes a la familia Brown, ya habían tomado la inteligente medida de abandonar casi por entero el comercio del algodón antes de que estallara la guerra de Secesión. Otros, como los Rathbone, acumularon enormes pérdidas tras la contienda, retirándose en último término del negocio. La reducción de los costes de las transacciones no solo menguaba también los beneficios de los individuos que habían invertido fuertes sumas en el comercio del algodón sino que otorgaba un plus a todos cuantos hubieran conseguido incrementar enormemente el volumen de su movimiento de mercancías. Thomas

Ellison, uno de los más respetados conocedores de los entresijos del comercio global del algodón, estimaba que entre los años 1870 y 1886, los costes de las transacciones —entendidos en tanto que porcentaje del valor del algodón movido en la operación— cayeron un 2,5%.¹³

El papel de los comerciantes también experimentó cambios, puesto que, a consecuencia de la transformación de la campaña —inducida por el estado—, el establecimiento de una conexión entre los plantadores y los productores de algodón en rama se había convertido en un proceso mucho más sencillo. Como ya hemos visto, los estados proyectaron su presencia en la campaña mundial, valiéndose para ello de la ley contractual, de nuevas formas jurídicas relacionadas con el derecho a la tenencia de tierras, de los ferrocarriles, y del ejercicio de un control imperial de los territorios de su interés —todo ello con el fin, entre otras cosas, de permitir que los manufactureros tuvieran un acceso más directo e inmediato a la campaña global y a sus plantadores de algodón, cuyo papel estaba siendo cada vez más marginal.

Convertidos en elementos obsoletos, la relevancia de los antiguos importadores, agentes de corretaje y factores para el imperio del algodón iría disminuyendo todavía más a medida que el comercio global del oro blanco fuera viéndose crecientemente dominado por un pequeño número de bolsas financieras de algodón. Las transacciones que se efectuaban en dichos centros bursátiles no descansaban ya en la existencia de redes de confianza basadas en sentimientos de solidaridad asociados con afinidades religiosas, de parentesco o de paisanaje. Antes al contrario, las nuevas instituciones eran mercados impersonales en los que cualquier individuo podía comerciar en todo momento con cualquier cantidad y calidad de algodón, tanto en el caso del destinado a ser entregado de manera inmediata como en el del pensado para una comercialización futura. Todo el mundo podía especular también con las futuras variaciones de los precios del algodón, aunque este no hubiera sido consignado todavía para ningún flete o ni siquiera hubiese sido plantado. Este tipo de entidades financieras se expandió rápidamente por el globo: la Bolsa de Algodón de Nueva York abrió sus puertas en el año 1869, seguida en 1871 por la de Nueva Orleans y secundada rápidamente por la inauguración de instituciones similares en

El Havre, Bremen, Osaka, Shanghái, São Paulo, Bombay y Alejandría. Estas bolsas se especializaban en la compraventa de contratos firmados contra la futura entrega de materia prima. Como hemos visto, ese comercio con mercancías «por llegar» ya había surgido, si bien de forma esporádica, antes de la década de 1860, pero ahora los «futuros» despegaron con fuerza, convirtiéndose en la modalidad dominante del comercio de algodón global —algo que logró materializarse gracias a la acelerada velocidad con la que ahora circulaba la información por todo el planeta y que facilitó decisivamente la instalación del primer cable telegráfico transatlántico en 1886.¹⁴



Un descargador de muelles pesa una bala de algodón en el puerto de Liverpool.

Estos mercados emergentes de materias primas eran instituciones muy sofisticadas. Tanto los Holt como los Drinkwater y sus colegas de épocas pasadas las habrían encontrado irreconocibles, dado que lo que ellos hacían en la década de 1810 era azacanearse por el puerto de Liverpool e inspeccionar los sacos de algodón que llegaban de las Américas. Ahora, en

cambio, la actividad comercial misma no solo era una operación notablemente estandarizada, sino también muy abstracta y alejada de cualquier contacto físico con la fibra de algodón, ya que la enorme diversidad del mundo natural había quedado vertida en el molde de un conjunto de convenciones y contratos que permitían clasificarla en categorías correspondientes a las abstracciones que el capital precisaba para poder cuantificarlas.

De todo ello, el elemento más relevante era el de la estandarización del algodón mismo. Para los objetivos que se proponía concretar el mercado de futuros, la inmensa variedad natural del algodón resultaba imposible de gestionar, de modo que lo que se hizo fue reducirlas ficticiamente todas a una sola —la del «mediano de las tierras altas», por ejemplo—, estandarizándose los contratos en función del volumen concreto de cada lote de dicha calidad. Como hemos visto, la Asociación de Agentes de Corretaje de Algodón de Liverpool ya había dejado definidos estos estándares en los años anteriores a la guerra de Secesión estadounidense. En la década de 1870, la Asociación Algodonera de Liverpool, es decir, la organización que sucedió a la anterior, hizo suya tanto esta definición de las calidades del algodón como la aplicación de esos estándares —circunstancia que puede considerarse una consecuencia directa de la posición central que ocupaba la ciudad de Liverpool en el imperio del algodón global—. El conjunto de reglas detalladas para la clasificación de los diferentes tipos de algodón y los mecanismos para el arbitrio de disputas entre vendedores y compradores determinaron que las redes de las anteriores generaciones de comerciantes —tanto las basadas en la experiencia como las centradas en la confianza— pasaran a tener una importancia mucho menor. Como señala el historiador Kenneth Lipartito, la «especulación con la venta de futuros contribuyó a imponer la ley de la oferta y la demanda a los mercados locales, lográndose de ese modo que el comercio del algodón en su conjunto se orientara a satisfacer el ideal de un mercado único provisto además de un único precio, internacionalmente estipulado, para cada calidad de algodón».¹⁵

Como consecuencia de esta reestructuración del mercado global del algodón, el sector experimentó un rápido crecimiento. Si en el período comprendido entre los años 1871 y 1872 la Bolsa de Algodón de Nueva York intercambió contratos contra la futura entrega de cinco millones de balas (un volumen ligeramente superior al de la cosecha real obtenida), diez años más tarde intervino en la contratación de treinta y dos millones de pacas —una cifra siete veces y media superior a la de la cosecha efectivamente conseguida—. El comercio global del algodón no giraba ya en torno a la obtención de la materia prima real, sino alrededor de un conjunto de operaciones especulativas relacionadas con las futuras variaciones de precio de la mercancía. Y lo que hizo posible dicha especulación fue la capacidad de las bolsas financieras de algodón para marcar el «precio mundial» de la fibra, precio que podía conocerse en cualquier instante del día en todos los centros de cultivo y manufactura del sector.¹⁶ La organización del comercio del algodón dejó de depender del pausado deambular de los importadores, factores y agentes de corretaje que recorrían antiguamente las calles de las ciudades portuarias de todo el imperio del algodón, ya que lo que ahora dominaba el comercio del oro blanco era el pulso del capitalismo industrial y, cada vez más, el ritmo de las finanzas.



La Bolsa de Algodón de Nueva York, 1923.

Si el papel de los comerciantes entró en declive se debió, entre otras importantes razones, al hecho de que los estados usurparon muchas de las vitales funciones que realizaban. Incluso los importantísimos estándares en que encontraban fundamento, con creciente frecuencia, los contratos — basados a su vez, como hemos visto, en un conjunto de disposiciones contractuales establecidas privadamente por los comerciantes y aplicadas en la práctica por la Asociación Algodonera de Liverpool— habrían de ir dejando paulatinamente su definición y su imposición en manos de los clasificadores gubernamentales de Estados Unidos. La circunstancia de que

las organizaciones privadas, como la Asociación Algodonera de Liverpool, transfirieran la vital capacidad de definir los estándares al estado —y esto tanto en Inglaterra como en Estados Unidos— se produjo como consecuencia de la creciente influencia de Estados Unidos en la economía global, aunque también se debió a las presiones políticas que los productores de algodón ejercieron sobre las autoridades estadounidenses al sentirse en desventaja por el hecho de que las normas se hubieran establecido en Liverpool. En 1914 se fundó el «Estándar Oficial del Algodón de Estados Unidos», exigiéndose que, en lo sucesivo, todas las transacciones se rigieran por sus criterios. En 1923, la Ley de Estándares de Algodón declaró ilegal que el comercio, tanto interestatal como internacional, aplicara cualquier otra normativa a las operaciones relacionadas con el algodón estadounidense, con lo que esta clasificación empezó a emplearse también en las transacciones que se efectuaban en las bolsas de algodón europeas. De este modo, al introducir clasificadores gubernamentales en las salas de selección de las bolsas de algodón, el estado consiguió atrincherarse en el corazón mismo del comercio global del algodón.¹⁷

Es más, el estado también se convirtió en un importante proveedor de datos estadísticos, lográndose así que el mercado resultase más fácil de interpretar y descentralizándose en gran medida las sofisticadas redes de recopilación e intercambio de información que habían forjado los comerciantes a base de fortísimas inversiones de tiempo y dinero. A partir de julio de 1863, el Departamento de Agricultura de Estados Unidos empezó a publicar informes mensuales sobre la producción de algodón. En 1894 inició la divulgación del *Agricultural Yearbook*, un enorme compendio de estadísticas, y en 1900 comenzó a distribuir informes sobre las cosechas, tras haber desplazado a los lugares oportunos a «41 peritos estadísticos con sueldo gubernamental y dedicación plena, así como a sus 7.500 ayudantes, concertada en los condados la colaboración de 2.400 informadores voluntarios, auxiliados por 6.800 subalternos, y reclutado a otros 40.000 corresponsales, igualmente voluntarios, en las ciudades o distritos». Dos años más tarde, el Congreso de Estados Unidos encargó a la Oficina Censal de Estados Unidos que reuniera todos los años los datos

«estadísticos relativos a la producción de algodón del país, tomando como base la información proporcionada por los desmotadores». En 1905 se fundó incluso un Instituto Internacional de Agricultura dotado de un negociado estadístico propio, siendo su impulsor nada menos que el rey de Italia. Al centrar una de sus más importantes preocupaciones en la consecución de un flujo fiable de materias primas baratas a fin de alimentar con ellas la turbina de las empresas manufactureras, el estado pasó a configurar literalmente el mercado.¹⁸

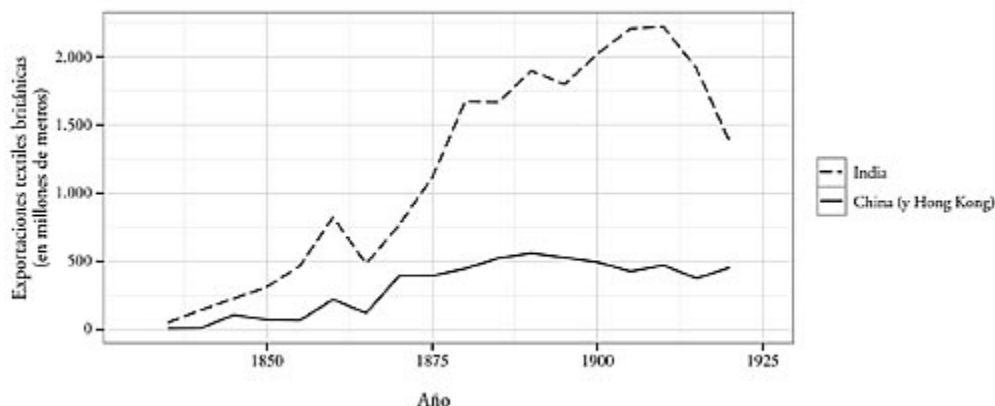
No contentos con marginar a los productores de algodón y arrumbar las viejas redes mercantiles, los estadistas imperiales, así como los manufactureros y la nueva clase de distribuidores de mercancías, también se afanaron con la máxima diligencia en la materialización de un proyecto a largo plazo: el consistente en destruir las antiguas redes algodonerías que todavía subsistían en muchas regiones. Para ello pusieron en marcha una compleja dinámica de desindustrialización en la campiña, convertida ahora en un espacio verdaderamente global. Cada hilandero y tejedor que abandonaba su labor artesanal abría un nuevo hueco potencial para el mercado que explotaban los manufactureros europeos y norteamericanos que, según hemos visto, ya habían conseguido, décadas antes, que los tejidos indios se vieran expulsados de los mercados internacionales. Sin embargo, ahora, en el último tercio del siglo XIX, los estadistas, manufactureros y distribuidores consiguieron romper las barreras locales que habían obstaculizado hasta entonces el consumo de algodón en los viejos feudos del universo algodonerío. En muchos lugares del mundo, los campesinos y los antiguos hilanderos y tejedores pasaron a ser compradores, por primera vez, de hilos y telas europeos, norteamericanos y, finalmente, japoneses.

No había mercado de mayor importancia que el del antiguo epicentro de la industria algodonería mundial. Asia poseía unos mercados de algodón inmensos, de modo que su conquista fue el suntuoso trofeo que los imperialismos británico, francés, alemán, español y estadounidense ofrecieron a los manufactureros —y no solo a los de Lancashire, sino

también a algunos de la Europa continental, Norteamérica y Japón—. ¹⁹ La India, sobre todo, se transformó en un mercado de enormes dimensiones, pues ya en 1843 era el cliente de más peso para los manufactureros británicos, conservando esa posición axial prácticamente hasta mediados del siglo xx. En 1900, el 78% de la producción total de la industria algodonera británica se destinaba a la exportación —y gran parte de ese volumen acababa en la India. ²⁰

Si tenemos en cuenta sus anteriores fracasos, el éxito de los manufactureros europeos resulta aún más notable. En las primeras décadas del siglo xix, los elevados costes del transporte habían determinado que tanto los mercados interiores de Asia como los de África resultaran en gran medida inaccesibles, y de hecho la venta de artículos de algodón confeccionados en Europa resultaba difícil incluso en los mercados abiertos a los comerciantes europeos. Una de las situaciones típicas de esos primeros tiempos sugiere los motivos de ese estado de cosas: el comerciante británico Richard Kay, que realizaba transacciones de algodón con la India y China, partió a Calcuta con la intención de vender sus hilaturas. Las dificultades que encontró en la zona le dejaron abrumado, sufriendo además el acoso de la «tribu de los comerciantes indígenas». El calor le martirizaba y enfermaba a menudo al realizar desplazamientos a las aldeas de la periferia. Tras un viaje a Allahabad se quejó de que «le habían molestado toda clase de distribuidores, y más concretamente unos grupos de comerciantes de telas». Según refería por entonces el *Asiatic Journal*, en el inmenso subcontinente indio, «prácticamente la totalidad del comercio de artículos europeos que se realiza en las regiones del interior se halla en manos de [los comerciantes locales], pues son ellos quienes se encuentran en condiciones de ofrecer, en el momento presente, el principal medio para la amplia circulación de nuestros paños de lana finos y nuestras telas de algodón, así como para la penetración de las manufacturas de cobre, hierro, etcétera». En consecuencia, «los artículos manufacturados británicos solo han conseguido desplazar de forma muy limitada, por el momento, a las telas de algodón que confeccionan los indígenas de las provincias occidentales de la India, y será imposible lograr cualquier avance en este sentido mientras no

haya mejoras en los medios de transporte y comunicación que permitan a los empresarios de los respectivos sectores competir en condiciones de mayor igualdad». ²¹



La conquista del mercado asiático: exportaciones textiles británicas a la India y China, en millones de metros, 1820-1920.

Sin embargo, y como culminación del gran vuelco registrado en uno de los más antiguos modelos comerciales del mundo, en la década de 1830 empezó a llegar ya un torrente de tejidos de algodón de confección británica a lugares en los que durante cientos e incluso miles de años habían prosperado las hilaturas y las telas elaboradas a mano —seguidos por productos procedentes de Francia, Suiza y otros países—. En el año 1838, al imponerse el «libre comercio» al imperio otomano y quedar «el mercado de Esmirna inundado» de tejidos británicos, los trabajadores locales del sector algodonero dejaron de encontrarse en condiciones de conservar su antiguo régimen de producción. En el litoral del sureste de África, las importaciones de hilaturas y telas de algodón también empezaron a devastar la industria local de esta materia prima. En México, las importaciones de algodón europeo tuvieron un impacto muy serio en las manufacturas de la zona —al menos en tanto el establecimiento de aranceles no empezara a permitir que México se industrializara—. Como señala un historiador, la industria de Guadalajara se vio «prácticamente eliminada». En Oaxaca, dejaron de operar 450 de los 500 telares existentes. En China, el Tratado de

Nankín, firmado en 1842, forzó la apertura de los mercados, y la subsiguiente llegada de hilaturas y tejidos europeos y norteamericanos tuvo un efecto «catastrófico», sobre todo en los hilanderos manuales chinos.²²

La India era el mayor mercado de todos. En 1832, el gran emporio de la familia Baring, que jamás dejaba pasar una ocasión de beneficio, se asoció con la empresa de un comerciante local de Calcuta —Gisborne y Compañía— con el fin de exportar hilaturas de confección británica. También comenzó a financiar el comercio de hilos y telas con China y Egipto. Gracias a los esfuerzos de algunos comerciantes como Gisborne, el mercado indio empezó a recibir un creciente volumen de algodón británico, «hasta un punto que antes se habría considerado muy probablemente imposible» de alcanzar, según afirmaba en 1853 la Cámara de Comercio de Bombay. En este mismo sentido resulta elocuente que, en la década de 1860, unos fabricantes de Manchester como McConnel y Kennedy, que en épocas anteriores habían captado a la mayor parte de sus clientes en la Europa continental, intercambiaban ahora fundamentalmente cartas con compradores de Calcuta, Alejandría y otros puntos del globo igualmente remotos, mientras, por otra parte, los hermanos Fielden se dedicaban a expandir tan rápidamente su producción que empezaron a ponderar la idea de enviar telas destinadas a la «masa de personas pobres» de Calcuta. Para continuar resultando rentable, la producción mecanizada exigía la constante apertura de nuevos mercados.²³ No obstante, y a pesar de todos esos esfuerzos, en la primera mitad del siglo XIX los viejos centros algodoneros del mundo siguieron conservando la capacidad de producir un significativo volumen de productos textiles artesanales. De hecho, en 1850, la cuota de mercado de que disfrutaba Gran Bretaña en la India era únicamente del 11,5%, según distintas estimaciones.²⁴



Agentes de la desindustrialización: K. Astardjan, perteneciente a una familia de comerciantes de algodón de origen armenio que contaba con sucursales en Constantinopla, Manchester y otras grandes ciudades, enseña un muestrario de telas confeccionadas en Manchester a unos clientes de Haskovo (en la actual Bulgaria), 1886.

Se necesitaron varias décadas para conquistar todos estos antiguos mercados y, de hecho, el último avance solo pudo efectuarse con el respaldo de los estados imperiales. Lo cierto es que la creación de mercados para los manufactureros de las metrópolis fue el resultado de un proyecto deliberado de las administraciones coloniales. El hemisferio sur debía convertirse en un mercado para la industria de las metrópolis, y no en una región competidora, y su segunda misión consistía en proporcionar al hemisferio norte materias primas y mano de obra —objetivos ambos que requerían la destrucción de las manufacturas indígenas—. Los gobiernos coloniales crearon sistemas arancelarios y empezaron a exigir impuestos discriminatorios que perjudicaban a los productores indígenas. También concedieron prioridad a la construcción de nuevas infraestructuras, concebidas específicamente para satisfacer el acceso a los mercados locales, no para atender las necesidades de carácter local. También dedicaron una significativa cantidad de tiempo y dinero al estudio de los mercados textiles extranjeros a fin de ayudar a los manufactureros nacionales a competir en lugares lejanos. En 1853, la Cámara de Comercio de Bombay instó a las autoridades «a determinar, caso de que sea posible, cuáles son los principales puntos de consumo para cada tipo de mercancía en particular, y cuál es la ruta por la que han de llegar esas mercancías a sus respectivos destinos finales ... Es de gran interés, tanto para los comerciantes de

Bombay como para los fabricantes de Inglaterra, conocer con más detalle cuál es la magnitud de la difusión que está experimentando el sector importador de las Indias Occidentales y en qué dirección se está verificando esa propagación». Veinte años más tarde, en 1873, se publica la *Collection of Specimens and Illustrations of the Textile Manufacturers of India (Second Series)* de J. Forbes Watson, una hermosa obra en cuatro volúmenes en la que se presentan centenares de muestras de tejidos indios, con gran profusión de descripciones pormenorizadas de la longitud, la anchura, el peso y el lugar de origen de las piezas señaladas. Algunas muestras incluían incluso el precio por metro de la tela en cuestión. El objetivo del libro consistía en permitir que los fabricantes europeos compitieran en los mercados indios procediendo a copiar esas telas. Y en 1906, «el secretario de Estado [británico] envió como delegado a un funcionario del Negociado de la India, encargándole que examinara los productos que salen de los telares manuales del subcontinente con el fin de determinar si no sería posible conseguir que la mecanizada industria textil de Gran Bretaña obtenga buenos beneficios suministrando algunos de esos artículos de confección india».²⁵



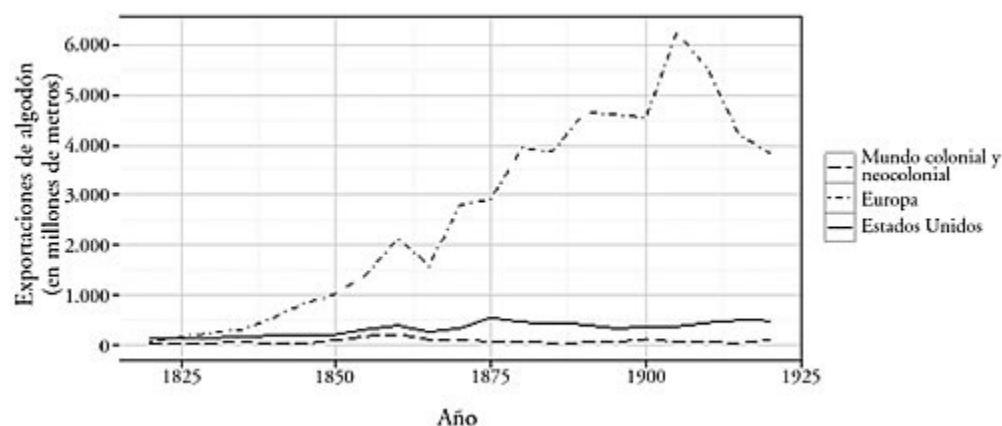
Cómo vender hilaturas de algodón en la India: la Compañía de los Hermanos Volkart adapta sus campañas de comercialización a la estética local.

Los mercados chinos resultaban igualmente tentadores. En 1887, un burócrata británico destinado en Ningbó envió un *Informe sobre los manufactureros nativos del sector algodonero del distrito de Ningbó* a la Cámara de Comercio de Manchester, ofreciéndoles en él «muestras de algunos de los tejidos de algodón ... que se usan habitualmente aquí». Varios años antes, el cónsul británico en China ya había expedido a esa misma Cámara de Comercio de Manchester dos cajas de «ropas de uso común entre la población obrera de varias provincias chinas ...», incluyendo datos sobre el coste de las mismas». El material se exhibió en los salones de la Cámara de Comercio de Manchester por espacio de dos días, «recibiendo un gran número de visitantes». Y los esfuerzos de los manufactureros y los gobiernos imperiales tuvieron éxito. En 1880, la cuota de mercado de Gran Bretaña en la India creció en un 60%. Los comerciantes bengalíes protestaron por la avalancha de importaciones británicas, pero no consiguieron nada.²⁶

Al empezar a llegar en masa a las zonas de cultivo, recién convertidas en regiones atrasadas, las hilaturas y telas de algodón producidas en el corazón de la industria algodonera mundial trajeron consigo un tsunami de desindustrialización. «En muchos lugares, la importación al detalle de artículos baratos hechos a máquina ha culminado la total expulsión del mercado de los hilanderos y los tejedores nativos, hasta el punto de que muchos de ellos han tenido que ponerse a trabajar en las carreteras, o se han visto obligados a aceptar puestos de labriegos en las granjas», observaba por ejemplo en 1869 el comisionado del sector algodonero de Berar Harry Rivett-Carnac.

A mediados del siglo XIX todavía había millones de personas que se dedicaban a hilar y a tejer a mano, como habían hecho durante siglos. La competencia de las hilaturas y tejidos de producción industrial había empezado a minar esa producción en la primera mitad del siglo, sobre todo en Europa y Norteamérica, destruyendo *de facto* la producción de tejidos destinados a la exportación de la India. Sin embargo, en los centros textiles del viejo universo algodonero, donde la gente producía hilo y algodón en su

propia casa, dedicándolo al consumo local, todos estos cambios seguían dando la impresión de hallarse muy lejos. Sin embargo ahora, en el último tercio del siglo XIX, esa situación estaba a punto de experimentar un vuelco. Por regla general, estas transformaciones se desarrollaban con lentitud, de modo que al principio apenas resultaban perceptibles —se inauguraba por ejemplo una nueva vía férrea, y empezaban a llegar a una determinada región hilaturas procedentes de distantes factorías, por ejemplo—, pero a veces también podían verificarse de manera bastante súbita. Y en el caso de la India, la guerra de Secesión estadounidense fue uno de esos acontecimientos bruscos. En el transcurso de la contienda, fueron muchos los hilanderos que se vieron totalmente incapaces de pagar los precios que se estaban pidiendo en el mercado por la vital materia prima que ellos necesitaban. En su informe del año 1863, la Cámara de Comercio de Madrás señalaba que «el incremento del precio de la fibra ha puesto a los tejedores de algodón afiliados a la asociación que presidimos en una posición enormemente difícil». Por consiguiente, el número de tejedores disminuyó nada menos que un 50 % mientras duró el conflicto, viéndose forzados los antiguos tejedores a ganarse la vida con las labores del campo. De este modo, en una amplia porción de la India, el proceso de integración en el mercado mundial trajo consigo una «vuelta al campo» generalizada, y no, como habría cabido esperar, un movimiento tendente a la proletarianización.²⁷



El negocio de vestir al mundo colonial y neocolonial: exportaciones de tejidos del Reino Unido, ordenadas por destino, 1820-1920.

Al verse empujados los antiguos artesanos a trabajar en el cultivo del algodón, la desindustrialización comenzó a campar por sus respetos, extendiéndose a lo largo de las siguientes décadas por ese universo abocado al declive. En Berar, «La importación al detalle de artículos ingleses ha minado la manufactura de tejidos de confección doméstica, de modo que muchas de las personas pertenecientes a la clase de los tejedores han pasado a convertirse en campesinos ordinarios», observará en 1874 el subcomisionado a cargo de las cuestiones algodonerías de la India. Y el hecho de que se confeccionaran menos telas en los hogares permitirá añadir al comisionado del sector algodonería de Berar que «las telas de elaboración casera no afectan en absoluto al suministro de materias primas que Inglaterra confía en poder recibir de la región de Berar».²⁸

Para los manufactureros del sector algodonería de Europa esto era motivo de celebración. Ejemplo de ello es el hecho de que, en el discurso que Edmund Potter pronuncia ante la Cámara de Comercio de Manchester, los presentes, por lo común notablemente formales, le jalearan de pronto al grito de «¡Sí, señor!, ¡Sí, señor!»:

El gran gasto de nuestras operaciones militares; el importante desembolso efectuado en la realización de obras públicas ... y el creciente consumo de productos agrícolas de la India que se registra en este país ... son todos ellos factores que han hecho que el dinero circule y se eleve en cierta medida la condición social de los [los cultivadores] del subcontinente —lo que explica que el consumo de artículos manufacturados se haya incrementado—. Una de las cartas que he recibido me informa de que en algunas provincias los tejedores están abandonando el mal pagado negocio de la artesanía textil y que están volviendo a dedicarse a las ocupaciones que deseamos para ellos, a saber, las relacionadas con las actividades agrícolas —(«¡Sí, señor!, ¡Sí, señor!»)—, dado que está fuera de toda duda que el mejor modo de promover los verdaderos intereses de la India consiste en desarrollar los productos agrícolas de su fértil suelo. («¡Sí, señor!»)²⁹



Los percales de Dacca se confeccionan ahora en Gran Bretaña: vista de la fábrica textil de Gidlow, en Wigan, en 1908.

Para los comerciantes y los fabricantes del sector algodonero, la noticia de la desindustrialización de la India era algo tan bienvenido que bien podía excusárseles una ligera relajación del decoro.

A finales de siglo, ese declive había generado ya una verdadera catástrofe social. En Bengala, «todos los distritos informan de que a causa del extendido uso de los artículos europeos al por menor, que son más baratos y mejores, aunque no siempre más duraderos, las mercancías manufacturadas indias han ido desapareciendo de forma gradual». Un distrito, el de Parganas, atestigua que «los tejedores se han visto en gran medida obligados a abandonar la vocación a la que se habían dedicado de generación en generación para volver a la agricultura». En los años 1896-1897, al abatirse la hambruna sobre el territorio de la llamada presidencia de Bombay, el informe final del Departamento de Ingresos señalaría que los tejedores «no solo sufrieron debido a la pérdida de sus cosechas y a la carestía de la vida, sino también como consecuencia de que sus productos carecieran de demanda». Este tipo de situaciones ocurrieron en muchas regiones del mundo.³⁰

Sin embargo, pese a todos estos sombríos informes, la producción doméstica no desapareció. En el imperio otomano, los tejedores aprovecharon la posibilidad de disponer de hilaturas (importadas) más

baratas, y no solo consiguieron ganarse la vida abasteciendo los mercados locales, cuya demanda era muy específica, sino que salieron bastante bien parados a lo largo de todo el siglo XIX. Los historiadores de China han señalado que pese a que las hilaturas confeccionadas a mano disminuyeran rápidamente (en 1913 solo el 25 % de las hilaturas que se empleaban en China se elaboraban en suelo nacional), la actividad de los telares se mantuvo, de modo que durante la década de 1930 el 70% de las telas del país siguió produciéndose en los hogares, perpetuándose por tanto las manufacturas domésticas hasta bien entrado el período socialista. En Latinoamérica también se conservó la producción de tejidos de algodón en las viviendas familiares, sobre todo entre las comunidades indígenas. Los historiadores de las manufacturas africanas también resaltan que «las afirmaciones que actualmente se hacen, en el sentido de que el siglo XIX asistió a una total hegemonía de los tejidos de algodón importados, carecen de validez tan pronto como se superan los límites de unas zonas bastante concretas» —en referencia, fundamentalmente, a un conjunto de lugares próximos a los asentamientos europeos—. Incluso en la India, como no dejaría de señalar en 1906 el Departamento colonial británico de Industria y Comercio, «la confección manual de telas no ha quedado en modo alguno extinta, puesto que, tras la agricultura, sigue constituyendo la ocupación más importante de los indígenas del subcontinente, siendo además una actividad que se continúa practicando, en algunas regiones, como medio de vida independiente o como forma de completar los ingresos obtenidos de la agricultura —y representando, asimismo, en otras zonas, una ocupación de carácter puramente doméstico».³¹

Dado que el mundo parecía estar desapareciendo bajo sus pies, y que carecían del poder necesario para responder políticamente a todos esos cambios, los productores de algodón locales se adaptaron lo mejor que supieron. En un primer momento, al verse enfrentados a la pérdida de sus mercados de exportación, se reconvirtieron para poder abastecer a los consumidores de su región y empezaron a producir artículos más bastos. También centraron su actividad —y muchas veces con éxito— en un conjunto de nichos de mercado cuyo suministro no dependía de los manufactureros europeos, especializándose también en la producción de

tejidos más duraderos. En este sentido, el Departamento de Industria y Comercio señalaría, no sin cierto pesar, «lo difícil que está resultando penetrar en muchos de los mercados de las regiones montañosas, puesto que los efectos de la costumbre, la casta, las creencias religiosas, el sistema de trueque y demás, han impedido que el proceso continúe avanzando con la rapidez que de otro modo hubiera podido alcanzar». En el año 1920 todavía existían aproximadamente unos dos millones y medio de tejedores manuales en la India. Incluso Mahatma Gandhi, que no dudaría en hacer del devastador impacto del colonialismo en la industria doméstica uno de los elementos clave de sus campañas políticas, admitiría en 1930 que «junto con la agricultura, las tejedurías artesanales siguen siendo la mayor y más extendida industria de todo el territorio de la India» —entre otras importantes razones porque a principios del siglo XX, y a pesar de los rápidos avances que se estaban produciendo, la reorganización capitalista de la campiña distaba mucho de haber quedado completada.³²

En caso de que este tipo de ajustes se revelaran insuficientes, los tejedores trataban de reducir los costes de sus artículos trasladando su elaboración a zonas todavía más interiores de la campiña y haciendo que las mujeres de la unidad familiar desempeñaran un papel más relevante en la confección. En el imperio otomano, la producción textil fue dejando poco a poco de basarse en el trabajo de los hombres, organizados en gremios, a fundarse en el esfuerzo de las mujeres y los niños, que muy a menudo desempeñaban sus tareas en el campo. En la mayoría de los casos, la desindustrialización contribuyó a configurar las desigualdades de género por el mismo hecho de debilitar las economías domésticas. Lo cierto es que en muchas ocasiones la capacidad de supervivencia de las manufacturas locales se sostuvo justamente en la existencia de un sesgo de género en la estructura social del medio rural, ya que en él los trabajadores —que en muchos casos eran en realidad trabajadoras— permanecían ociosos durante determinados períodos del año, lo que inducía a las familias a tener la percepción de que el «coste» de continuar elaborando productos textiles destinados al consumo doméstico, o de confeccionarlos incluso para ser vendidos en las inmediaciones, era extremadamente bajo. «En la provincia india de Assam y también en Birmania», señala elocuentemente el

Departamento de Industria y Comercio, «la actividad textil forma parte de la educación de las niñas y constituye una de las obligaciones domésticas habituales de las mujeres. De este modo, la familia obtiene su vestimenta, hasta el punto de que los artículos que se confeccionan solo rara vez se ponen en venta. En los casos en que las prendas excedentes se sacan al mercado local, el coste del trabajo que ha requerido ese quehacer doméstico, practicado durante las horas de ocio, no se tiene en cuenta en el momento de calcular el precio». De hecho, esta incompleta transición al capitalismo dio pie a la superexplotación de algunos de los miembros de la unidad familiar, dado que podían trabajar por un coste inferior al de su subsistencia.³³

Los hilanderos y los tejedores también trataron de organizarse colectivamente para oponerse a la destrucción de sus antiguas industrias — y esto en regiones muy variadas: desde la Selva Negra hasta China, pasando por la India—, pero lo cierto es que sus iniciativas chocaron con el poder, cada vez más concentrado, de unos estados imperiales que procedían en estrecha colaboración con los manufactureros. A principios del siglo XIX, los hilanderos de la Selva Negra prendieron fuego a la maquinaria textil recién introducida en la zona. En 1860, los trabajadores de las hilaturas manuales de Cantón se amotinaron para responder al torrente de importaciones europeas que estaba llegando a su ciudad.³⁴ No obstante, los estados no estaban dispuestos a aceptar gentilmente este tipo de rebeliones. Un grupo de tejedores indios denunció en una ocasión que los recaudadores de impuestos estaban recurriendo a la tortura para obligarles a pagar sus tributos:

atando con cuerdas y trozos de madera específicamente cortados al efecto las partes más delicadas e íntimas de nuestra anatomía; cargándonos con piedras en la cabeza y la espalda; haciéndonos permanecer de pie al sol; pellizcándonos en los muslos y las orejas; tirándonos de los bigotes; atando los rizos de la cabellera de un hombre a los de otro; sellando las puertas de las casas; vendiendo en pública subasta la propiedad ajena, obtenida por la fuerza de las armas; confinándonos para no permitirnos atender a nuestros quehaceres; maltratando y golpeando a unos e insultando y haciendo uso de medios violentos y coercitivos con otros.³⁵

El ejercicio de una violencia incontrolada no fue un elemento que caracterizara únicamente al mundo de las plantaciones de esclavos. Los tejedores comprendieron la lógica de esta nueva economía política, aunque carecían del poder necesario para modificarla: «Quienes vienen de Europa a la India ..., tras haber amasado una gran fortuna, se llevan sus caudales de vuelta a casa, aunque los hayan obtenido todos con nuestro trabajo y, sin embargo, nosotros quedamos sin medios de subsistencia».³⁶

Pese a los movimientos de resistencia individual y a las protestas colectivas, la tendencia general continuó revelándose implacable y en último término devastadora, ya que en todo el planeta fueron millones los hilanderos y tejedores domésticos de algodón que perdieron la posibilidad de hilar y tejer. Según concluye el historiador Tirthankar Roy, y aun limitándonos únicamente a la India, «existen pruebas empíricas innegables de que la comunidad artesanal de los hilanderos abandonó de forma generalizada los trabajos de hilatura, y solo este factor podría suponer que la pérdida de empleos industriales acabó afectando a cuatro o cinco millones de personas». Otros historiadores han sugerido que entre los años 1830 y 1860 el descenso de la actividad manufacturera local trajo consigo la pérdida de entre dos y seis millones de empleos a tiempo completo, solo en la India. La vasta expansión que estaban experimentando en Europa las manufacturas algodoneras, así como el hecho de que amplias regiones de la campiña global se estuvieran centrando cada vez más en el cultivo de un algodón destinado a la exportación, desestabilizó los antiguos sistemas de confección algodonera, llegando incluso a destruirlos —circunstancia que no dejaría de tener consecuencias devastadoras tanto para los hilanderos como para los tejedores y los campesinos.³⁷

En gran parte de la campiña mundial consagrada al cultivo del algodón, la vida siempre había resultado difícil —y esto aun en períodos de bonanza—. Tanto en teoría como en la práctica, el hecho de centrarse en el cultivo del algodón y de destinarlo únicamente a la exportación podía resultar beneficioso para los productores rurales. Como ya hemos visto, muchos campesinos sacaron ventaja de los elevados precios que alcanzó el

algodón durante la guerra de Secesión estadounidense. Sin embargo, la radical reorganización de vastas porciones del medio rural del planeta también había tenido consecuencias menos positivas. Y lo que es más importante: había debilitado la seguridad alimentaria. En tiempos de la contienda norteamericana, los funcionarios británicos destinados en Ahmedabad, Haira y Surat informaron de que «la creciente porción de tierra que se está dedicando al cultivo de artículos de exportación, como el algodón ..., [ha generado] un descenso, en idéntica proporción, de los artículos alimentarios». En consecuencia, los precios de los alimentos aumentaron más de un 325% entre 1861 y 1865, hasta el punto de que el mismo sir Charles Trevelyan tuvo que admitir que, «dado el elevado precio que alcanzan en el momento presente los alimentos, hay varias regiones de la India en donde la generalidad del pueblo apenas logra subsistir». En Egipto, la situación era muy similar. Pese a haber sido en el pasado un país eminentemente exportador de grano, lo cierto es que en el transcurso de la guerra de Secesión estadounidense Egipto pasó a depender de la importación de cultivos alimentarios debido a que sus campos estaban dedicándose de forma creciente a la producción de algodón. En el verano de 1863, al morir por enfermedad casi todo el ganado del país, se instauró una crisis alimentaria en la que perecieron decenas de miles de *felah*.³⁸

La creciente tendencia que empujaba a los cultivadores de algodón a producir para los mercados internacionales también tuvo efectos significativos en las estructuras sociales. En todo el estado indio de Maharashtra, por ejemplo, los esfuerzos que hacían los británicos para incrementar los ingresos y animar a los campesinos a operar en mercados distantes no solo terminó debilitando la entidad colectiva de las aldeas, haciendo que fueran los campesinos individualmente —en lugar de las aldeas en su conjunto— quienes tuvieran que asumir la carga de los impuestos, sino que transfirió las competencias judiciales a una serie de cortes jurídicas muy alejadas del medio rural, arrebatándoselas a los tribunales radicados en las inmediaciones de las aldeas y dominados por el campesinado. El mercado pasó entonces a absorber paulatinamente todos los aspectos de la vida social, y no solo en Lancashire o en Alsacia, sino también en Berar y el Bajo Egipto. En respuesta al explosivo crecimiento

del mercado algodonero se instauró en la Anatolia un proceso de transición «a gran escala por el que se acabó pasando a una economía basada en la producción de cultivos comerciales», de manera que el algodón terminó sustituyendo a las cosechas de carácter alimenticio, se abolieron las relaciones sociales de tipo feudal que imperaban en la campiña, y los comerciantes locales empezaron a financiar las cosechas, cobrando a los campesinos unas tasas de interés situadas entre el 33 y el 50%. Según el historiador Alan Richards, la expansiva industria de las exportaciones de algodón también iba a destruir en Egipto «las viejas formas cuasicomunales de tenencia de tierras, desbaratando al mismo tiempo la red de seguridad que representaban las relaciones sociales de las aldeas y sustituyéndolas por la propiedad privada de las parcelas y una asunción individual de las responsabilidades fiscales, contribuyéndose de ese modo a la creación de cuatro clases: la de los grandes terratenientes ..., la de los campesinos ricos ..., la de los pequeños propietarios de granjas, y la de los labriegos sin tierras». En la década de 1840 el gobierno ya había empezado a obligar a los campesinos a cultivar cosechas específicas —destacando entre ellas el algodón—, y a forzarles asimismo a «entregarlas en los almacenes del gobierno». Los campesinos respondieron a estas presiones abandonando los campos en masa —iniciativa que el gobierno utilizó como pretexto para negar todo derecho a la tierra a quienes acababan de «desertar» de ella—. En 1862, cualquier individuo que dejara su parcela de terreno por espacio de más de dos meses perdía el derecho a considerarse propietario de la misma. En 1863, al subir al poder, el nuevo gobernante de Egipto, Ismail Pachá, optó por centrar sus esfuerzos en la creación de grandes fincas, donando vastas haciendas tanto a sus parientes como a los funcionarios de su gobierno, y obligando a los campesinos a trabajar en proyectos infraestructurales y en sus propias plantaciones. Los movimientos de resistencia a este tipo de medidas fueron objeto de una violenta represión.³⁹

Con todo, el impacto más grave que hubieron de sufrir los granjeros dedicados al cultivo del algodón iba a producirse al finalizar la guerra de Secesión estadounidense. Una vez que los precios de los mercados internacionales comenzaron a descender tras instaurarse la depresión global del año 1873, a los cultivadores de la campiña india, egipcia, brasileña y

estadounidense les resultó extremadamente complicado compensar los ingresos que acababan de perder, ya que la caída de los precios dificultaba cada vez más la amortización de los préstamos que habían pedido y el pago de los impuestos que se les exigían. El precio del algodón de Surat que llegó a Liverpool entre los años 1873 y 1876 cayó un 38 %. Los cultivadores de algodón de Brasil, Egipto, la India, Estados Unidos y otros países —que muy a menudo se hallaban fuertemente endeudados con los prestamistas locales— se enfrentaron de pronto al desplome de los ingresos que habían obtenido hasta entonces por los cultivos comerciales a los que se habían tenido que dedicar. En la India y Brasil, los problemas se complicaron todavía más al declararse una sucesión de graves sequías que provocaron un rápido incremento de los precios de los alimentos. Y a pesar de que los historiadores discrepan respecto a la magnitud de la repercusión que tuvo en los cultivadores de algodón la caída de los precios registrados en los mercados internacionales, lo cierto es que lo que sí hizo la integración de los mercados del mundo fue aumentar, como mínimo, la incertidumbre económica a que tuvieron que enfrentarse los habitantes de las regiones más remotas del planeta. Sus ingresos, y también su supervivencia —en el sentido literal del término—, pasaron a depender de las fluctuaciones globales de los precios, es decir, a algo que escapaba totalmente a su control. Y con demasiada frecuencia, la única respuesta que pudieron dar los granjeros, sobre todo los que apenas tenían capacidad para decidir el destino de sus propias tierras, consistiría en cultivar más algodón a fin de compensar de esa forma los ingresos que habían perdido a consecuencia del descenso de los precios —circunstancia que no tardó en inundar de algodón los mercados y en deprimir todavía más el valor de esa materia prima—. El factor común que unía los destinos de los trabajadores asalariados, los campesinos en régimen de arriendo y los aparceros era el hecho de haber dejado de tener la posibilidad de dedicarse a la agricultura de subsistencia —puesto que tanto la producción como el consumo básicos dependían ahora de los mercados internacionales—. A pesar de que durante un tiempo «el algodón hubiera sido un producto subordinado» y de que «el *ryot* no se hubiera desentendido del cultivo de cosechas alimenticias y optado por lanzarse de bruces a la producción de algodón, por alto que

podría ser su precio —porque de lo contrario habría corrido el riesgo de morir de hambre—», lo cierto es que a finales del siglo XIX millones de cultivadores pasaron a depender fundamentalmente del oro blanco. Es más, dado que por regla general la integración de los mercados internacionales acostumbraba a ir acompañada de un proceso de diferenciación social, también empezó a crecer el número de arrendatarios carentes de tierras y de labriegos que se veían periódicamente abocados a situaciones que, al no permitirles el cultivo de plantas alimenticias, ponían en peligro su vida. Un estudioso ha descubierto que, en África, «el algodón y la inseguridad alimentaria avanzaron en paralelo». En La Laguna, México, nunca se había visto un porcentaje tan elevado de niños afectados por la malnutrición. En Argentina, las pequeñas granjas dedicadas al cultivo del algodón eran característicamente pobres.⁴⁰

Entre los años 1864 y 1873, el volumen de algodón que tenía que producir un arrendatario o un granjero para comprar una determinada cantidad del cereal más importante de Berar, el sorgo, se multiplicó por dos, volviendo a duplicarse una vez más en 1878. Y lo que quizá resulte aún más significativo: la relación de precios entre los cereales y el algodón cambiaba de forma espectacular de un año a otro (hasta el punto de que no resultaba excepcional constatar cambios de un 20 e incluso un 40%), lo cual introducía un nuevo elemento de incertidumbre en la precaria existencia de los cultivadores de algodón. Como ha señalado un historiador de la India, «para participar con éxito en los mercados es preciso disponer tanto de una clara autonomía económica como de la capacidad de asumir riesgos y aguantar las eventuales pérdidas. Y los campesinos pobres y endeudados no contaban con ninguno de esos atributos». Las personas de la época creían que la crisis se debía en parte al hecho de que la tierra y la mano de obra se hubieran apartado del cultivo de cosechas alimenticias para dedicarse exclusivamente al algodón. Así lo señalaba el gobierno colonial de la India en 1874: «Cuanto más disminuyan las reservas de alimento de la región en favor de la acumulación de fibras, mayor será el peligro que planteará la aparición de cualquier irregularidad en el ciclo de los monzones y más acuciante será también la necesidad de procurarse algún tipo de garantía frente a las consecuencias de dicha irregularidad». De hecho, la producción

de algodón para la exportación se caracterizó por provocar un atolladero marcado por la pobreza, el endeudamiento y el subdesarrollo —una situación llamada a prolongarse hasta bien entrado el siglo xx—. Así lo recordaba al público asistente al Congreso de la Federación Internacional de Asociaciones de Maestros Hilanderos y Manufactureros el señor H. E. Neguib Shakour Pachá, director de la Compañía Gharbieh Land de El Cairo. En un momento de su discurso, Neguib Shakour indicó a los presentes: «Basta con ir a las aldeas y ver las casas en que vive nuestra gente, el pequeñísimo interés que despierta en ellos la vida, el duro trabajo que se ven condenados a realizar de sol a sol sin permitirse una sola distracción. Eso les dará una idea de cómo transcurre la sombría y tediosa existencia del campesino egipcio».⁴¹

Para los propios cultivadores, las causas de las incertidumbres a las que se enfrentaban permanecieron muy a menudo envueltas en el más oscuro de los misterios. En 1868, el comisionado del sector algodonero de Berar, Harry Rivett-Carnac, informaba de que «el gran aumento del precio del algodón, seguido de su repentino desplome, así como las constantes fluctuaciones del mercado —que afectan incluso a los cultivadores de las más remotas aldeas algodoneras del mundo—, han determinado que los menos inteligentes no solo hayan empezado a mirar con desconfianza al algodón, sino a verlo con un cierto grado de temor reverencial». Al viajar a los «más distantes puntos de las regiones algodoneras de las provincias» del subcontinente, Rivett-Carnac encontró personas que se sentían perplejas por el hecho de que el precio del algodón cambiase tan rápidamente, dado que «les cuesta bastante comprender la situación por la que atraviesa actualmente el comercio y el hecho de que, gracias al telégrafo eléctrico, los latidos del corazón mercantil de la metrópoli se transmitan instantáneamente tanto a la región de Hingunghat como a otros centros comerciales del país». Estos cultivadores de algodón le dijeron a Rivett-Carnac que atribuían dicha volatilidad a «la suerte», a «una guerra», a «la amabilidad de un gobierno paternal», o a la circunstancia de que «la reina de Inglaterra hubiera dado ropas nuevas a todos los habitantes de su nación» con motivo de los esponsales del príncipe heredero.⁴² Sin embargo, esos mismos campesinos comprendieron perfectamente bien que el

desarrollo de unos acontecimientos que sucedían a gran distancia de su país, y sobre los que no podían ejercer el más mínimo control, pudieran estar determinando ahora las condiciones más básicas de su existencia.



Víctimas de la hambruna, año 1899 —probablemente—, India.

Esta incertidumbre también podía constituir una amenaza vital a escala generalizada. En el año 1877, y nuevamente a finales de la década de 1890, tanto en Berar como en el noreste del Brasil, se asistió a la muerte por inanición de millones de cultivadores al desplomarse los precios del algodón y subir el coste de adquisición de los cereales, ya que esa doble circunstancia acababa de hacer que a muchos productores de algodón les resultara imposible comprar alimentos. El hecho de especializarse en la producción de algodón podía terminar revelándose desastroso, como sucedió por ejemplo en el caso de la hambruna de la década de 1870, que no fue provocada por una falta de alimentos (ya que lo cierto es que Berar siguió exportando grano para consumo humano), sino porque los labriegos más pobres carecían de medios suficientes para comprar el cereal que tan urgentemente necesitaban. Solo en la India murieron de seis a diez millones de personas en las hambrunas de finales de la década de 1870. Según observaba un periodista, «de haber sido Berar una región aislada y abandonada a sus exclusivos recursos, es muy posible que en los *taluks* [unidades administrativas británicas] de los valles no se hubiera vivido ningún tipo de hambruna». Los elevados precios habían determinado que la

comida quedara fuera del alcance de muchos campesinos y labriegos. De hecho, durante la hambruna del año 1900 murió nuevamente el 8,5 % de la población de Berar, con el añadido de que el mayor número de fallecimientos se registró justamente en las provincias que más se habían especializado en la producción de algodón. Quienes peor lo pasaron fueron los trabajadores agrícolas carentes de tierras y los antiguos tejedores, «ya que no solo tuvieron que pagar más por la comida, sino que sufrieron una reducción de sus salarios debida a la competencia» de los jornaleros que llegaban de otras regiones. La revista médica británica *The Lancet* señaló en sus estimaciones que la mortandad de las hambrunas registradas a lo largo de la década de 1890 supuso la pérdida de un total de diecinueve millones de personas, dándose la circunstancia de que el mayor número de víctimas se concentró precisamente en aquellas zonas de la India en las que se había producido recientemente una reorganización agraria destinada a producir algodón para la exportación. En la pequeña población de Risod, un contemporáneo dejó constancia de que la gente «está muriendo como moscas». ⁴³

Al verse sometidos a un nuevo tipo de incertidumbre debido a la integración de los mercados internacionales y tener que soportar además que los prestamistas les exprimieran al máximo, los cultivadores de algodón de la India, Brasil, México y el sur de Estados Unidos tomaron una medida tan desesperada como peligrosa: se rebelaron. En Egipto, los trabajadores agrícolas, capitaneados por Ahmed al-Shaqi se alzaron muy pronto, ya en el año 1865. En la India, los Disturbios del Decán, registrados en mayo y junio de 1875 pusieron en el punto de mira a los prestamistas y los comerciantes —figuras ambas que simbolizaban la reorganización de la campaña—. Entre los años 1873 y 1874, la Revuelta de Quiebra-Kilos* puso en pie de guerra a los campesinos brasileños —muchos de los cuales se habían visto obligados a pasar pocos años antes a la producción de algodón—. Los amotinados destruyeron los registros de la propiedad rústica y se negaron a pagar los impuestos, dado que no podían seguir permitiéndose ese gasto en vista de la caída global de los precios del

algodón. En 1899 volvieron a producirse amplios y generalizados estallidos de indignación social, participando muchas veces centenares de personas en ellos, incluso en el caso de aldeas de pequeño tamaño. Por esa misma época se organizaron también los cultivadores de algodón del sur de Estados Unidos. Crearon la Alianza de Granjeros y pusieron en marcha un movimiento político, el populismo, por el que empezaron a exigir que el estado redujera en su caso algunas de las presiones económicas que habían sembrado el caos en su existencia. Este mismo movimiento volvería a alzarse en la primera década del siglo xx, al afiliarse varios centenares de miles de granjeros a la Asociación Algodonera del sur de Estados Unidos y a la Unión Nacional de Granjeros. En el ámbito del algodón, el populismo llegó incluso a Egipto, país en el que Wady E. Medawar formularía en 1900 un programa de reforma agraria muy similar al que ya habían esbozado poco antes los cultivadores de algodón de Estados Unidos, ya que contemplaba la creación de sociedades cooperativas, de asociaciones para el progreso agrícola, de mecanismos capaces de proporcionar créditos baratos a los granjeros, y de una organización de productores en la que confluirían la iniciativa pública y la privada. Aproximadamente por esa misma época, en México, los trabajadores del algodón de La Laguna empezaron a dar muestras de «insubordinación, efectuando robos, dedicándose al bandidaje» y realizando asimismo otras formas de acción colectiva, todo ello con el fin de mejorar su situación. La escasez de comida dio lugar a desórdenes relacionados con la exigencia de grano —revueltas que fueron brutalmente reprimidas por ejércitos privados que contaban con el respaldo de tropas federales—. La variabilidad de las estrategias de resistencia obedecería a las diferencias de los diversos regímenes políticos a los que tuvieron que hacer frente, concretándose en unos casos en la creación de cooperativas y la presentación de candidatos a la función pública —como sucedería en Texas— y llegando en otros al extremo de asesinar a los prestamistas —ya que eso es lo que ocurrió en la India.⁴⁴

En algunas ocasiones, la rebelión de los cultivadores de algodón logró tener una notable repercusión en la política nacional, como ocurriría por ejemplo en Estados Unidos, donde los populistas ejercieron una significativa influencia en las decisivas elecciones presidenciales de 1896,

obligando al estado a tener una mayor presencia en el comercio del algodón. Los insurgentes también se hicieron notar en la esfera política de México, al desempeñar un importante papel en la Revolución Mexicana de la década de 1910. Sin embargo, la integración de un gran número de regiones del mundo en el imperio global del algodón también determinaría que el «nacionalismo algodoner» se convirtiera en uno de los principales elementos de las luchas anticoloniales del siglo xx. En este sentido, uno de los casos más destacados es el de los nacionalistas indios, que afirmarían que el papel que se obligó a desempeñar a su país tras la reorganización de la economía global del algodón fue uno de los efectos más perjudiciales del colonialismo, lo que les haría concebir una economía poscolonial en la que la India volviera a convertirse en una gran potencia algodoner.⁴⁵

En décadas futuras, todos estos movimientos iban a revolucionar una vez más la situación reinante en el imperio del algodón. No obstante, antes de lograrlo, la potente y nueva combinación de manufactureros y estadistas imperiales surgida tras la guerra de Secesión estadounidense tendría que ahondar todavía más en la integración de la campaña productora de algodón, extendiéndola por un mayor número de regiones del mundo —de entre las que cabe destacar ahora las de Corea, el Asia Central y África—. De este modo, los tentáculos del imperio del algodón consiguieron llegar a puntos todavía más remotos. Y esa expansión imperial también acabaría influyendo, de formas a menudo sorprendentes, en la industria algodoner poscolonial e incluso poscapitalista, dejando con ello su impronta en el capitalismo global del siglo xx.

EL NUEVO IMPERIALISMO ALGODONERO



Nuevas fronteras: expedición algodónera a Togo. Los miembros de la expedición que introdujo en esta región los nuevos métodos estadounidenses para el cultivo del algodón — entre cuyos integrantes había expertos técnicos del Instituto Tuskegee— celebran su primera cosecha posando con tres balas de algodón, en 1901. De izquierda a derecha vemos al jefe de Gyeasekang; a una persona no identificada; a Akpanya von Boem, un jefe nativo; a John Robinson (de Tuskegee); al teniente Smend; a Waldermeer Horn, vicegobernador de Togo; a otra persona no identificada; a James N. Calloway (de Tuskegee), y a Allen Burks (de Tuskegee).

En 1902, Sako Tsuneaki, director de asuntos agrícolas del Ministerio de Agricultura japonés, se hallaba matando el tiempo, a bordo de un vapor que le llevaba de China a Corea, en compañía de Wakamatsu Tosaburo, un funcionario del gobierno japonés que había desempeñado su anterior puesto en la localidad china de Shashi y que acababa de ser destinado a Mokpo, en Corea. En el curso de su navegación por el mar Amarillo, los dos hombres

se dedicaron a comentar las perspectivas de expansión de la agricultura algodonera en el Asia oriental con el fin de abastecer de materia prima a las fábricas que habían empezado a proliferar rápidamente tanto en las inmediaciones de Osaka como en otras partes. En 1893, Japón había importado unas 56.700 toneladas métricas de algodón en rama. En 1902, las importaciones de fibra, procedentes en su mayor parte de la India y Estados Unidos, se habían elevado ya enormemente, superando las 200.000 toneladas; y en 1920 el incremento había situado la cifra por encima de las 450.000. Según había sugerido Sako en su condición de funcionario del Ministerio de Agricultura, quizá fuera una buena idea animar a los cultivadores coreanos a producir más algodón para las factorías japonesas. Wakamatsu se mostró de acuerdo, señalando al mismo tiempo que en Shashi, donde acababa de pasar varios años, había surgido una dinámica industria algodonera. Al desembarcar en Corea los dos hombres decidieron investigar las prácticas locales asociadas con el cultivo del algodón y encontrar fórmulas para aumentar la producción.¹

Bien informado gracias a las observaciones realizadas anteriormente en China, Wakamatsu empezó a experimentar con varias cepas de algodón en pequeñas granjas modelo. Dos años más tarde, en 1904, los miembros de la Dieta Imperial japonesa (es decir, del Parlamento nipón) y de la Cámara de los Pares, así como distintos representantes de los fabricantes del sector algodonero, fundaron la Asociación para el Cultivo del Algodón en Corea, basándose «en el ejemplo de la Asociación Británica para el Cultivo del Algodón», creada apenas dos años antes. La asociación sistematizó y amplió los esfuerzos de Wakamatsu, centrándose especialmente en la introducción de las cepas de algodón estadounidenses, construyendo instalaciones para el desmotado de la fibra y presentando en último término un informe al gobierno de Corea con recomendaciones concebidas para aumentar la producción de algodón. En 1906, los hilanderos japoneses crearon en Osaka la Corporación Algodonera Coreana, dotándola además de una delegación en Mokpo. Esta organización concedía préstamos a los cultivadores coreanos que decidían hipotecar sus cosechas de algodón a dicha compañía. Con la rápida expansión de sus actividades, los hilanderos japoneses empezaron a «controlar gran parte del algodón en bruto

producido en el cinturón algodonero del sur de la península». En la materialización de este proyecto contaron con la ayuda de los numerosos agentes que los comerciantes de algodón japoneses habían enviado a la campaña coreana para adquirir el oro blanco.²

En 1910, al iniciar Japón la ocupación de Corea, el nuevo gobierno colonial tomó medidas para ampliar todavía más la producción de algodón. En marzo de 1912, «el gobernador general ... dictó una orden a los gobiernos provinciales de la parte meridional del país ... en la que se animaba a las autoridades a estimular la plantación de cepas de algodón de las tierras altas». Tanto a los capitalistas algodoneros de Japón como a los administradores imperiales nipones les preocupaba que el hecho de que el país dependiera de las importaciones de algodón pudiera poner en peligro el crecimiento de su industria manufacturera. Su mayor esperanza radicaba en desembarazarse de los suministros procedentes del imperio británico, dado que en 1909 el 62% de las importaciones de algodón japonesas venían de la India.³

Una de las potenciales soluciones que se estaban barajando era la de utilizar el algodón de la colonizada Corea, así como el llegado de otras posesiones coloniales japonesas, como Kwantung y Taiwán. Entre los granjeros coreanos, la producción de algodón, junto con otros cultivos, como las alubias y las verduras, era una tradición que practicaban habitualmente en sus pequeñas parcelas de tierra —mezclando en muchas ocasiones todos esos cultivos en un mismo terreno—. La mayor parte de la fibra se empleaba en la confección de telas de uso doméstico. Los colonos japoneses tenían la esperanza de reorganizar esta industria algodonera indígena, procediendo para ello tal como habían hecho sus homólogos británicos en la India —es decir, cultivando nuevas tierras, convenciendo a los granjeros de que transformaran una mayor cantidad de parcelas en campos dedicados al cultivo de algodón, llevando a cabo experimentos agrícolas destinados a mejorar el rendimiento y la calidad del producto, e introduciendo procesos de supervisión estatal en la venta de las cosechas—. Se apoyaban también en la experiencia de las potencias algodoneras rivales: de hecho, el Ministerio de Agricultura y Comercio japonés había estado estudiando los esfuerzos de mejora del cultivo del algodón que habían

efectuado los alemanes en Togo, los franceses en el Sudán francés (el actual Mali) y los británicos en el Sudán anglo-egipcio. Tanto la Asociación para el Cultivo del Algodón en Corea, fundada en 1904, como el Plan de Expansión del Cultivo del Algodón puesto en marcha en 1912 habrían de tomar prestados varios de los elementos más significativos de estos modelos extranjeros.⁴



Funcionarios coloniales japoneses junto a dos cultivadores de algodón en una parcela, *c.* 1912.

Todos esos desvelos acabaron por fructificar. Las exportaciones de algodón coreano a Japón crecieron notablemente, pasando de la media anual de los años 1904 a 1908 —situada en torno a las 16.800 toneladas métricas— a las casi 75.000 del período comprendido entre 1916 y 1920. Las exportaciones de algodón procedentes de la provincia china de Guandong (bajo dominio japonés) aportaban otras 20.000 toneladas métricas. La producción de algodón obtenido a partir de semillas estadounidenses creció de forma particularmente rápida. En 1915 había un total de 263.069 cultivadores coreanos, y su producción era de 16.780 toneladas. Gracias a los esfuerzos del estado colonial, la industria algodonera japonesa había logrado aclimatar nuevas variedades y crear un pequeño, aunque creciente, complejo algodonero colonial.⁵

Podrían referirse historias muy similares en muchos lugares del mundo. A medida que los estados fueran asumiendo un papel de creciente importancia en la constitución de los nuevos sistemas de trabajo que habían terminado por caracterizar la situación reinante en la campiña dedicada al cultivo de algodón, después del año 1865 también irían consiguiendo nuevos e inmensos territorios en los que poder cultivar el arbusto —dominándolos tanto desde el punto de vista militar, como en términos políticos y burocráticos—. Todos esos estados comprendieron que el ejercicio de la soberanía sobre la fuerza de trabajo se hallaba vinculado al control territorial. A finales del siglo XIX, los observadores de la época consideraban como algo de sentido común que la transición del cultivo de subsistencia a una producción algodonera enfocada a los mercados internacionales descansaba fundamentalmente en el hecho de que los estados imperiales, cuyo poder acababa de aumentar notablemente, dominaran *de facto* los territorios afectados. Tras haberse rehecho después de la gran derrota del sistema esclavista vigente en las regiones meridionales de Estados Unidos y vencido obstáculos a menudo poco menos que insuperables para materializar la transformación de la campiña global, los empresarios algodoneros —entre otros, pero sobre todo ellos—, preocupados por no ver interrumpida la disponibilidad de una fibra barata ni su fácil acceso a los mercados, comenzaron a presionar a sus respectivos gobiernos, instándoles a que ejercieran un control todavía más riguroso sobre los campos dedicados al cultivo del algodón, cuya extensión no paraba de aumentar.

En las décadas inmediatamente posteriores al fin de la guerra de Secesión estadounidense, la consolidación de los estados norteamericanos, así como el fortalecimiento de las estructuras estatales de Egipto, el imperio otomano y otras regiones del mundo, unida a la expansión del control imperial de los territorios coloniales de Corea, el África occidental y el Asia Central, extendió de forma muy significativa los límites del imperio del algodón. No obstante, por sí solos, los procesos de conquista y control de un territorio no producían algodón. La expansión exigía incorporar estrategias a ese programa, y tanto los funcionarios estatales como los capitalistas se dedicaron sistemáticamente a aplicar las lecciones que les

había permitido aprender, tras la emancipación de los esclavos, el reclutamiento de los jornaleros del algodón de Estados Unidos como fuerza de trabajo. En algunos casos expulsaron a las poblaciones nativas para obtener tierras y ponerlas a disposición de los colonos consagrados al cultivo del algodón, como ya se había hecho en el África oriental. No obstante, durante el período de la guerra de Secesión estadounidense lo más característico fue que lograron incorporar a un gran número de súbditos nuevos al complejo algodonero global, procediendo para ello a construir infraestructuras, a crear nuevos regímenes laborales y a reorganizar las estructuras sociales locales. Esto fue lo que sucedió en la Anatolia occidental, en el Asia Central y en África, tanto occidental como central. Muy a menudo, esta metamorfosis requirió el ejercicio de la coerción y la violencia, pero no el recurso de la esclavitud. El particular ritmo de su desarrollo y su extensión variaron tanto en función de la forma en que esas sociedades se hubieran organizado específicamente antes de ser incorporadas al complejo algodonero mundial como con la relativa capacidad de acción de los estados colonizadores. De hecho, hubo veces en que la integración en la economía global fracasó o quedó empantanada: por ejemplo cuando los súbditos imperiales consiguieron conservar el control de su tierra y su fuerza de trabajo.⁶

Sin embargo, estas excepciones no consiguen más que probar la regla, ya que en la mayoría de los casos la emancipación y el surgimiento de un nuevo tipo de imperialismo fueron procesos que avanzaron a la par. La esclavitud se transformó en trabajo libre, la soberanía local dio paso a un conjunto de estados-nación y a un puñado de imperios, los caminos de mulas y camellos cedieron ante el empuje de los ferrocarriles, y el capitalismo de guerra fue sustituido por una serie de reformas agrícolas científicas efectuadas por fervorosos agentes coloniales dispuestos a aplicar las lecciones que les había permitido aprender el capitalismo industrial. Los estados trajeron consigo procesos de dominación y pacificación militar, así como infraestructuras y derechos a la propiedad privada de la tierra. Y al crear esos estados unas redes globales nuevas y de muy amplio alcance, las propias redes así surgidas propiciaron a su vez el fortalecimiento de los estados.

Tras las grandes luchas decimonónicas por la emancipación, los países europeos consumidores de artículos de algodón, así como Estados Unidos y Japón, tomaron la crucial iniciativa de controlar y explotar todos aquellos territorios que se revelaran susceptibles de permitir el cultivo de esa materia prima. Esta especie de «fiebre del algodón» alcanzó su punto culminante con el cambio de siglo, al apuntarse a ella las nuevas potencias imperiales y hacerlo además con tanto celo como el que habían puesto en su día los antiguos estados coloniales durante la guerra de Secesión estadounidense. Las razones de ese estado de cosas eran claras: pese a que la capacidad que habían demostrado los capitalistas algodoneros de la década de 1870 al obligar a los trabajadores afroamericanos a volver a cultivar algodón para los mercados internacionales había aliviado un tanto la presión que gravitaba sobre la campaña mundial, lo cierto es que a finales del siglo XIX se amplificaron las ya antiguas inquietudes de los empresarios algodoneros y los hombres de estado, preocupados por la consecución de un suministro seguro y económico de fibra de algodón.

Al empezar a subir los precios del algodón —por primera vez en un cuarto de siglo (y nada menos que en un 121% entre los años 1898 y 1913) —, los manufactureros europeos y japoneses se mostraron intranquilos ante la eventualidad de que las factorías de Estados Unidos empezaran a consumir un creciente porcentaje del algodón que se cosechaba en los campos del país, dado que esa situación daría lugar al surgimiento de episodios de escasez y a la imposición de unos precios aún más elevados. El éxito temporal que obtuvieron algunos especuladores en su empeño de «monopolizar» el mercado y de forzar la fijación de precios altos mediante la manipulación del mercado de futuros y de las operaciones al contado que se efectuaban en las recién creadas bolsas financieras de algodón acrecentaron todavía más todas esas preocupaciones. Tan pronto como fracasaron esos intentos de «acaparamiento», una ola de «populismo algodoner» recorrió la campaña de las regiones meridionales de Estados Unidos, ya que los cultivadores de algodón se mostraron decididos a fomentar con su acción colectiva el incremento de los precios que se pagaban por sus cosechas. La plaga del gorgojo del algodón, que había comenzado a invadir las granjas algodoneras estadounidenses en el año

1892, también parecía amenazar la producción de fibra, y además la demanda estaba sufriendo asimismo presiones, debido a la difusión de las factorías de algodón, repartidas ahora por un nuevo conjunto de regiones del mundo. Los manufactureros británicos, por ejemplo, señalaron que la Europa continental consumía ahora una tercera parte de la cosecha de algodón estadounidense —es decir, un volumen superior al que devoraban las fábricas británicas—. El estudioso británico Edmund D. Morel advertía de los peligros de la situación con estas palabras: «Estremece pensar en las consecuencias que tendría el hecho de que alguna circunstancia volviera a impedir que Lancashire consiguiera la cuota de cosecha estadounidense que le corresponde». Según informaba una asociación de industriales alemanes, el aumento de los precios llevaba aparejado un enorme sacrificio para los cientos de miles de trabajadores que tenían un empleo en las factorías de algodón germanas. A comienzos del siglo XX la preocupación que despertaba la posibilidad de que los suministros mundiales de algodón se revelaran insuficientes o caros fue tal que algunos estudiosos actuales han dado en señalar que este período constituyó «una segunda hambruna del algodón».⁷

Al mismo tiempo, tanto los responsables políticos como los capitalistas de Europa y Japón empezaron a considerar que la idea general de una «independencia respecto del abastecimiento de materias primas» constituía un objetivo público de creciente importancia. La perspectiva de cultivar algodón en las tierras que controlaban los estados imperiales empezó a resultar cada vez más atractiva. Por consiguiente, la «frontera global del algodón como materia prima» se internó todavía más en la campaña de un mayor número de regiones del mundo, intensificando lo que un historiador ha denominado con todo acierto «la gran fiebre de las tierras de cultivo».⁸

Como sabemos, sería difícil considerar que la expansión del imperio del algodón fuera un acontecimiento nuevo. Sin embargo, los esfuerzos tendentes a organizarlo en un marco más «nacional» sí que representaban una verdadera innovación, sobre todo si tenemos en cuenta que la industria algodonera hundía muy profundamente sus raíces en las redes del comercio global, que no solo rebasaban las fronteras nacionales e imperiales, sino que

se fundaban en el cañamazo de vínculos que habían logrado forjar los comerciantes. A medida que el capital industrial adquiría mayor importancia para los estados —a diferencia del capital mercantil—, y conforme crecía igualmente la relevancia de esos estados para los capitalistas nacionales, el viejo orden reinante, dominado por los comerciantes, iría perdiendo trascendencia, con lo que los políticos y los manufactureros comenzarían a considerarlo como una creciente amenaza para su poder, su riqueza y su capacidad para preservar la estabilidad social.

En este sentido, el intento más notable por su audacia fue probablemente el de Rusia, decidida a garantizarse el suministro «doméstico» de oro blanco. Desde principios del siglo XIX, los funcionarios del gobierno más previsores, secundados por un grupo de comerciantes y manufactureros, tuvieron la idea de que tanto la región de Transcaucasia como la del Asia Central podían convertirse en una fuente de algodón en bruto con la que poder «evitar las consecuencias negativas que podrían derivarse de una larga detención de la actividad fabril», por citar aquí el argumento de un empresario del sector llamado Aleksandr Shipov. El comandante en jefe ruso del Cáucaso, el barón G. V. Rosen, ya había sopesado en 1833 la posibilidad de que los cultivadores de algodón de la zona «se convirtieran en nuestros negros». Pero, en 1857, esos esfuerzos todavía seguían sin obtener más que una exigua recompensa, ya que el Asia Central apenas suministraba el 6,5 % de las necesidades de la industria rusa.⁹

No obstante, durante la década de 1860, los esfuerzos destinados a promover el cultivo de algodón en el Asia Central se multiplicaron en progresión geométrica. Este proceso se inició tras reunirse en Moscú un pequeño grupo de propietarios de fábricas de artículos de algodón, integrados en la Asociación Comercial del Asia Central y decididos a encontrar fórmulas para cultivar algodón y abastecer a las factorías rusas. Animadas por el hecho de que los precios se hubieran triplicado durante la guerra de Secesión estadounidense, las exportaciones de algodón del Asia Central a Rusia se multiplicaron prácticamente por nueve, llegando a alcanzar las 10.880 toneladas métricas entre los años 1861 y 1864. En un momento tan decisivo como el año 1865, Rusia se apoderó de la ciudad de

Taskent y del janato de Kokand, en plena Asia Central —dos lugares llamados a convertirse en un futuro en importantes zonas algodoneras—. Los manufactureros empezaron a presionar al gobierno ruso para que continuara la anexión de territorios en el Asia Central. En 1869, la Sociedad Industrial Rusa, en la que venían a confluír los intereses de una amplia variedad de empresarios, publicó un gran número de peticiones en las que se instaba a las autoridades rusas a profundizar en su intervención en el Asia Central, puesto que el objetivo consistía en crear tanto un mercado para los artículos rusos como una fuente de fibra de algodón. El gobierno respondió favorablemente a dichas peticiones, debido por un lado a que coincidían con el interés geoestratégico que impulsaba al estado ruso a contrarrestar los movimientos que el Reino Unido había efectuado recientemente en el Asia Central, pero también, por otro, a que las importaciones de algodón tenían una gran relevancia en su balanza comercial. En 1890, el algodón en rama representaba nada menos que el 20% del valor de las importaciones rusas. Sin embargo, la conquista de los territorios del Asia Central no consiguió más que estimular el apetito de los empresarios rusos. En 1904, los industriales de ese país —entre los que se encontraba el barón Andrei L'vovich Knoop, empresario textil e hijo de Ludwig Knoop, a quien ya hemos conocido antes, en el preciso momento en que, siendo todavía comerciante en Bremen, decidió trasladarse a Rusia— fundaron la llamada Comisión para el Desarrollo del Cultivo del Algodón en Rusia, cuya misión consistía en investigar la existencia de nuevas posibilidades para la expansión de la agricultura algodonera en el Asia Central.¹⁰

De este modo, gracias al respaldo del estado, el algodón centroasiático quedó instalado en una rampa de lanzamiento destinada a facilitarle una rápida expansión —de acuerdo con un proceso muy similar al que estaba verificándose en ese mismo momento en la India—. Tras consolidarse en las décadas de 1860 y 1870 la dominación rusa del Asia Central, el gobierno imperial, presionado por los capitalistas algodoneros del país, comenzó a trabajar de manera sistemática en el incremento de la producción algodonera. En 1871, un funcionario colonial llamado Shtaba L. Kostenko emitió una orden en la que especificaba que «la meta de todos nuestros esfuerzos ha de consistir en expulsar de nuestros mercados interiores al

algodón estadounidense, sustituyéndolo por el que cultivamos nosotros mismos en el Asia Central». Para hacerlo posible, la Administración colonial acometió la realización de vastos proyectos infraestructurales, como por ejemplo el tendido de vías férreas. Poco antes, en las zonas más remotas, se habían necesitado largos períodos, incluso de seis meses, para transportar el algodón a lomos de camello hasta la estación de ferrocarril más cercana. Ahora, no obstante, ese mismo recorrido se efectuaba en dos días. El gobierno financiaba la explotación de plantaciones de semillas y enviaba a ingenieros agrónomos sobre el terreno a fin de ayudar a los granjeros a mejorar sus técnicas agrícolas. Además, el gobierno empezó a trazar los planes de un inmenso proyecto de regadío, desplazando a sus funcionarios a Estados Unidos para que estudiaran *in situ* las fórmulas de cultivo algodónero que se empleaban en ese país. Al final se procuraron semillas estadounidenses del arbusto y las distribuyeron entre los campesinos rusos del interior, de modo que a finales de la década de 1880, más de la mitad de las cosechas de algodón centroasiáticas procedían de esas semillas. Por esa misma época, los grandes manufactureros de algodón rusos comenzaron a instalar desmotadoras de algodón en Turkestán y a enviar agentes a la zona para adelantar dinero a crédito a los cultivadores locales, tomando como garantía sus cosechas futuras.¹¹

Conforme fue pasando el tiempo, el estado colonial y los capitalistas rusos irían implicándose cada vez más en el propio proceso de producción, pese a que en épocas anteriores hubiesen tratado de evitarlo. Pese a los persistentes conflictos entre el estado, cuyo máximo empeño seguía girando en torno a la integración del territorio, y los capitalistas, que centraban el suyo en la maximización de los beneficios, todos esos esfuerzos consiguieron aumentar de forma espectacular la extensión de tierra dedicada al cultivo del algodón. En Turkestán, por ejemplo, la superficie de terreno consagrada al arbusto se multiplicó aproximadamente por 48 en las cinco décadas posteriores al año 1870. En la década de 1880, los agricultores del Turkestán producían ya una cuarta parte del algodón que precisaban las factorías algodóneras rusas, elevándose esa cuota a más del 50 % en 1909 —circunstancia que bastaría para que un historiador dijera que la provincia era «la colonia algodónera del capitalismo ruso»—. Para

proteger esa producción colonial de algodón, el estado impuso gravámenes a las importaciones de algodón en rama —aranceles que en 1905 se habían elevado tanto que representaban ya el 43% del valor del producto—. En 1902, un viajero británico señalaría que «el cultivo del algodón ... se ha convertido hoy en la principal ocupación de los habitantes de todos los janatos del Asia Central». De hecho, a principios de la década de 1920, la ciudad asiática de Kokand, que era uno de los centros del comercio de esta fibra, acabó conociéndose con el sobrenombre de «Cotonópolis». Rusia se había convertido en uno de los países productores más importantes del mundo, ocupando de hecho la quinta posición, tras Estados Unidos, la India, China y Egipto.¹²

Los cambios radicales que lograron introducirse gracias a la acción conjunta del aparato estatal de Rusia y los capitalistas de ese país y el Asia Central provocaron la envidia de otros actores, que no tardaron en tratar de conseguir un éxito similar. En 1902, el economista alemán August Étienne observaría con verdadera admiración que Rusia «se aproxima de forma tan rápida como inexorable a su objetivo, consistente en hacer que la industria algodonera rusa termine independizándose de Estados Unidos». Rusia merecía esos elogios, dado que «con el cultivo de algodón en el Asia Central, el país ha mostrado al resto de Europa lo que una voluntad decidida y una cooperación bien planeada entre las fuerzas privadas y las nacionales pueden llevar a la práctica con el fin de resolver la cuestión del algodón». Está claro que había empezado a cobrar forma un nuevo imperialismo algodonero.¹³

Otras potencias imperiales iban a embarcarse muy pronto en su propia aventura algodonera. Todas ellas coincidían con el parecer de August Etienne y llegado a la conclusión de que «en el programa exterior de los pueblos de Europa, el estímulo de la cultura algodonera ha de ocupar un papel destacado, teniendo todos ellos en mente el explícito objetivo de emanciparse de Estados Unidos». ¹⁴ En un texto en el que evoca la guerra de Secesión estadounidense para explicar el respaldo que los distintos estados están prestando a los capitalistas de sus respectivas naciones, Étienne utiliza una serie de argumentos que por entonces gozaban de una rapidísima difusión en las capitales europeas. A fin de cuentas, los estados tenían en

sus manos la capacidad de acelerar la conversión comercial de las regiones del mundo que hubieran mostrado un potencial para el cultivo de algodón, y de hacerlo además por vías que no estaban al alcance de los comerciantes y los propietarios en tanto que individuos.¹⁵

Queda por tanto claro que la expansión del algodón y la ampliación de los dominios coloniales iban de la mano, y no solo en el caso de Rusia y Japón, que tenían la acuciante necesidad de recuperar el terreno perdido en el gran desafío de la obtención de materias primas para las industrias domésticas, sino en el de algunos de los más sólidos baluartes del expansionismo, como Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos —sin olvidar a otras potencias imperiales de carácter marginal, como Portugal, Alemania, Bélgica e Italia.¹⁶

En todas partes, los manufactureros europeos —respaldados en algunas ocasiones tanto por los trabajadores del sector textil como por sus sindicatos— fueron el auténtico motor de toda esta reorganización, al presionar a sus respectivos gobiernos e instarles a conseguir cantidades crecientes de algodón de sus diversas posesiones coloniales de Asia y África. Gran Bretaña era el país en el que estos proyectos algodoneros imperiales contaban con una más larga trayectoria histórica —baste recordar el enorme abanico de actividades en que se implicó en su día la Asociación para el Suministro de Algodón de Manchester—. Después de la guerra de Secesión estadounidense, los proyectos algodoneros de carácter imperial continuaron, aunque con una intensidad algo inferior, ya que ahora que el algodón estadounidense volvía a irrumpir con fuerza en los mercados globales, la fibra resultaba algo menos esencial. Sin embargo, el deseo de conseguir una mayor producción de algodón en las colonias volvió a alcanzar niveles febriles con el cambio de siglo, dado que al surgir nuevos competidores se incrementaron de nuevo tanto el volumen de facturación como los precios. En 1901, la Asociación de Empleados Textiles de Oldham se expresaba en estos términos: «Resultaría difícil sobrestimar la importancia ... del crecimiento que ha registrado el sector algodonerero en los límites del imperio británico». Un año más tarde, los empresarios ingleses de esa misma industria fundaron la Asociación Británica para el Cultivo del Algodón en la metrópolis algodонера de Manchester, financiada tanto por

los manufactureros como por los sindicatos del sector textil. Esta organización se manifestaba convencida de que era «posible cultivar la totalidad del algodón que [precisaba] Lancashire en los límites del imperio británico». La Asociación de Maestros Hilanderos de Oldham coincidía con este parecer: «Una importante nación comercial como la nuestra no debe depender de otros países para el suministro de los volúmenes de algodón que requiere, ya que es muy posible que estos puedan cultivarse en los límites del imperio británico». En 1916, la Asociación Imperial para el Cultivo del Algodón se unió a la pugna por la obtención de más algodón de las colonias, aunque habría de hacerlo bajo los auspicios del propio gobierno de Inglaterra —a diferencia de la Asociación Británica de idéntica denominación—. Esta institución gubernamental se consagraba a la tarea de promover el cultivo de algodón en las colonias, dado que «es esencial para la futura prosperidad del país y el bienestar de las colonias que el cultivo del algodón se desarrolle lo más rápidamente posible en todas aquellas regiones del imperio británico que se revelen adecuadas para la explotación» de esta planta. En 1924, John Harris, el secretario parlamentario de la Sociedad Británica y Extranjera para la Lucha Antiesclavista y la Protección de los Aborígenes, informaba de que se había creado una comisión gubernamental británica con el fin de investigar «los pasos que pueden darse para animar a los negros del imperio británico a cultivar algodón en unas cantidades susceptibles de liberarnos gradualmente del peligro que supone la escasez de suministros».¹⁷

En Francia, los empresarios del sector algodonero también se pusieron al frente de la ofensiva destinada a conseguir más algodón de las colonias. Como en otros lugares, los esfuerzos galos también habían comenzado en el transcurso del conflicto estadounidense, prologándose más tarde a lo largo de las décadas de posguerra. En 1867, Frédéric Engel-Dollfus, un empresario algodonero de Mulhouse, realizó presiones para conseguir más algodón colonial, y en 1889, Louis Faidherbe, un funcionario colonial francés con amplia experiencia en Guadalupe, Argelia y Senegal, efectuó el mismo diagnóstico al señalar que «el cultivo del algodonero es el elemento más poderoso con que contamos para llevar a buen puerto el proceso de la colonización». Con el inicio del siglo xx, los proyectos algodoneros de las

autoridades coloniales francesas comenzaron a exigir que se los acometiera con creciente urgencia: en 1903 los empresarios textiles galos fundaron la Asociación Algodonera Colonial, cuyo objetivo consistía tanto en fomentar la producción de algodón en las colonias como en promover «la independencia de nuestra industria algodонера nacional».¹⁸



Louis Faidherbe, funcionario colonial francés.

Los empresarios del sector algodonero de otras zonas de Europa no tardaron en seguir su ejemplo. En 1901, los empresarios del sector algodonero belga crearon la Asociación Algodonera de ese país, organización que en 1903 comenzó a presionar para que se cultivara algodón en el Congo Belga —de acuerdo con un proyecto que poco después acabó llevando a varios plantadores estadounidenses a cambiar los campos de Texas por la campiña del África central—. En 1904, los funcionarios y los manufactureros portugueses fundaron una asociación para el fomento del cultivo de la fibra basada en el modelo establecido por la Asociación Británica para el Cultivo del Algodón. Por su parte, los colonos italianos —en respuesta a las presiones de los manufactureros afiliados a la Asociación Algodonera Colonial Italiana— se centraron en incrementar la producción de algodón de la región de Eritrea, controlada por las autoridades de su país.

También en Estados Unidos habrían de ejercer los manufactureros del sector algodonero presiones dirigidas a expandir la superficie territorial dedicada a la producción de algodón —pese a que dicha nación aún continuara dominando los mercados de exportación de la fibra—. Este tipo de inquietudes contaban con una dilatada tradición y, de hecho, durante las décadas anteriores a la guerra de Secesión estadounidense, la relación existente entre la expansión territorial y el cultivo del algodón había constituido uno de los aspectos más relevantes de las discusiones surgidas entre las élites económicas del norte. Edward Atkinson, el industrial algodonero de Massachusetts, que era un defensor entusiasta de lo que él mismo denominaba «el algodón cultivado con mano de obra libre», no solo había señalado a lo largo de la década de 1860 la gran capacidad potencial de expansión de la producción algodonera de la región de Texas, sino que había lanzado llamamientos al gobierno para instarle a desplazar a las poblaciones indígenas, apartándolas de aquellas regiones susceptibles de consagrarse a la agricultura algodonera, e insistido en que se tendieran vías férreas para transportar el algodón hasta la costa. Tras la guerra de Secesión estadounidense, este tipo de percepciones adquirieron un relieve aún mayor. En 1868, los manufactureros de Nueva Inglaterra —entre los que se encontraba Atkinson— fundaron la Asociación Nacional de Manufactureros y Plantadores de Algodón en colaboración con los dueños de las plantaciones algodoneras de los estados del sur. El objetivo de esta organización consistía en promover, fundamentalmente en Misisipi y Texas, la expansión de la agricultura algodonera —un proyecto notablemente similar a los que ya habían puesto en marcha las élites imperiales europeas—. A principios del siglo xx, la Asociación de Manufactureros de Algodón de Nueva Inglaterra continuaría ejerciendo presiones encaminadas a expandir la expansión territorial de la agricultura algodonera.¹⁹ Para hacer posible ese crecimiento procuraron la materialización de dos factores emparentados: la realización de proyectos infraestructurales subvencionados por el estado —como la construcción de diques a orillas del Misisipi— y «la introducción de un contingente de población obrera en los estados dedicados a la producción de algodón».²⁰

La primera oleada de trabajadores contribuiría fundamentalmente a expandir los territorios que las regiones del mundo que ya llevaban tiempo dedicándose a suministrar oro blanco a los mercados globales consagraban al cultivo del algodón. Como ya hemos visto, tras la guerra de Secesión estadounidense, Gran Bretaña había estado reforzando el control colonial que ejercía en la India. En este sentido, resulta elocuente que al solicitar en 1876 el nizam de Haiderabad que se le devolviera la capacidad de administrar la región de Berar los británicos se negaran pese a que el gobierno del nizam hubiera transmitido claramente a los custodios de los intereses de Manchester que era «plenamente consciente de la importancia que tiene el desarrollo del cultivo del algodón en estas regiones, con lo que, en el futuro, tendré mucho gusto en concentrar mi atención en promover el incremento de dicha producción». En el año 1882, Egipto, un país profundamente implicado en la economía algodonera global, pasó a convertirse en colonia británica, aliviando así las preocupaciones surgidas entre los industriales del sector respecto a los «muy perjudiciales efectos» derivados del «desafortunado enredo de Egipto» —en referencia a la posibilidad de que dicho estado se revelara incapaz de atender al pago de su deuda internacional—. El ejercicio del control territorial de Egipto vino acompañado de la expansión de la agricultura algodonera en la región. Si en 1861 el país dedicaba 105.000 hectáreas al cultivo de la planta, cincuenta años más tarde le consagraba 715.000. Los terrenos necesarios para esa expansión salieron en parte de la reconversión de los campos de trigo, pero también de la utilización de sistemas de regadío para revitalizar un conjunto de tierras anteriormente improductivas —tierras que la construcción de carreteras y vías férreas permitía destinar ahora a la agricultura comercial—. En 1899, la Compañía Ferroviaria del Delta Egipcio transportó 111.130 toneladas métricas de algodón, o lo que es lo mismo: el 40% de la cosecha anual. Además, a partir del año 1902, las presas de Asuán y Asiut empezaron a posibilitar un suministro ininterrumpido de agua a todas las zonas dedicadas al cultivo del algodón.²¹

No obstante, a principios del siglo xx, las nuevas regiones que el resto del mundo había pasado a centrar en la producción de algodón asistieron también a un enorme aumento de su rendimiento. Se produjo por ejemplo

un incremento de la superficie dedicada al cultivo del algodón en la región de Çukurova, perteneciente al imperio otomano, recurriendo para ello a la creciente conversión en campos de algodón de las tierras que las tribus nómadas habían utilizado hasta entonces para apacentar a sus animales. En 1908, la cuarta parte de las tierras cultivables de la región se dedicaban ya a la producción de la preciada fibra. En Brasil, el cultivo del algodón había ampliado sus horizontes durante el gran auge que experimentara su producción en la década de 1860, penetrando entonces su explotación en la región de Ceará, donde los granjeros, que hasta ese momento habían practicado una agricultura de subsistencia, pasaron a implicarse progresivamente en garantizar con su producción el abastecimiento de los mercados mundiales. En 1921-1922, el país dedicaba al cultivo del algodón 566.559 hectáreas de terreno, y en la década de 1930 Brasil quedó convertido en el cuarto mayor productor mundial de algodón, gracias al respaldo del estado —cuya concreción permitió la construcción de infraestructuras y el establecimiento de una red de instituciones, como atestigua la creación del Instituto Agronómico de Campinas.²²

La producción comercial también se expandió en otras regiones dedicadas desde antiguo al cultivo del algodón. En Perú, se reorientó la producción agrícola para consagrar aún más tierras a la obtención de algodón, y en consecuencia las exportaciones de fibra crecieron de forma espectacular, pasando de un promedio anual de 322 toneladas métricas —según lo registrado entre los años 1861 y 1865— a una media de 26.760 toneladas para ese mismo lapso de tiempo (que es lo que se obtuvo entre 1916 y 1920).

A unos cuantos miles de kilómetros al sur, en Argentina, el gobierno realizó grandes esfuerzos para permitir que la nación, inmersa en su propio proceso de industrialización, lograra autobastecerse de algodón —todo ello como parte de un amplio programa de estímulo a la sustitución de las importaciones por productos nacionales.²³

Con todo, el proceso de mayor magnitud en cuanto al incremento de la producción de algodón se verificó al ampliarse todavía más el complejo algodonero estadounidense. Su expansión puede compararse en cierto sentido a la experimentada en Rusia, ya que la colaboración de las instancias estatales con unidades del ejército permitió conquistar territorios contiguos, promoviendo la construcción de nuevas infraestructuras destinadas a facilitar el acceso a los mismos. Al igual que en Rusia, el estado habría de dedicarse en una segunda fase a desecar los terrenos baldíos, encauzar las vías fluviales y construir infraestructuras para el regadío. No obstante, si Rusia decidió movilizar a los agricultores del Asia Central, forzando la sedentarización de los nómadas a fin de obligarles a cultivar algodón (como también había ocurrido en la región otomana de Çukurova), Estados Unidos optó en cambio por eliminar de los terrenos aptos para el cultivo del algodón a la mayor parte de los habitantes indígenas, estimulando al mismo tiempo la inmigración de los ciudadanos de las regiones del este, de acuerdo con una táctica que le llevó a combinar, por emplear los términos del historiador John C. Weaver, «una desafiante iniciativa privada» con «la ordenada certeza de un derecho de propiedad respaldado por el estado».²⁴

No puede decirse por tanto que el alcance de la significación de la conquista e incorporación de nuevos territorios como estrategia para aumentar la producción de algodón destinada a los mercados internacionales se limitara al contexto de la expansión colonial europea. El imperio algodonero estadounidense creció a un ritmo muy rápido y penetró en territorios totalmente nuevos. En 1860, antes de la guerra de Secesión, Estados Unidos produjo 5.386.897 balas de algodón. Sin embargo, en 1920 el rendimiento era ya dos veces y medio más elevado, llegándose a la cantidad de 13.429.000 pacas —lo que significa que la superficie de tierras dedicadas al cultivo de algodón estaba creciendo a gran velocidad—. Se entregaron al arado 8.903.084 nuevas hectáreas de tierra, es decir, una cifra ligeramente superior a la extensión total del estado de Carolina del Sur, o a la de Portugal.²⁵

En Estados Unidos, la expansión de los terrenos consagrados al cultivo del algodón tuvo lugar de dos formas claramente diferenciadas. La producción de fibra penetró en las más remotas regiones interiores de los antiguos estados algodoneros del país, como Georgia y las dos Carolinas —ya que ahora resultaba posible acceder a ellos gracias al tendido de vías férreas, lo que animó a los granjeros blancos de tierra adentro a cultivar volúmenes muy superiores del arbusto—. Valga decir, a modo de ejemplo, que en los estados con litoral abierto al Atlántico Sur la producción anual se multiplicó por 3,1 entre los años 1860 y 1920. En cambio, en Tennessee, Alabama y Misisipi, la producción anual de algodón se mantuvo estable hasta finales de siglo, descendiendo en un 25% aproximadamente en 1920 debido al agotamiento de los suelos dedicados a la producción de algodón y a que surgieron zonas de mayor rendimiento para el cultivo algodonero en regiones situadas más al oeste. No obstante, y a pesar del empobrecimiento del suelo, la producción de algodón conoció una sensacional expansión en algunas regiones, como en el delta del Yazoo y el Misisipi, donde un gran número de afroamericanos se afanaban en el cultivo del algodón, facilitado por la aparición de vías férreas, canales y diques de reciente construcción. Esto permitió que en 1900 surgiera «una de las regiones más especializadas del mundo en la producción de algodón». Pese a todo, la expansión más prodigiosa de la agricultura algodonera tuvo lugar más al oeste. En Arkansas, Luisiana, Oklahoma y Texas, la producción de algodón explotó, pasando de 1.576.594 balas en 1860 a 7.283.000 en 1920 —lo que significa que la cifra inicial se multiplicó por 4,6 en el medio siglo posterior a la guerra de Secesión—. La expansión más importante, con mucho, fue la registrada en Texas, un estado cuyos granjeros solo habían logrado producir 431.463 balas de algodón en 1860 y que, sin embargo, alcanzó un rendimiento diez veces superior en 1920, con 4.345.000 balas. De hecho, el crecimiento observado en 1920 en la producción de algodón de Texas equivale por sí solo el 80% del rendimiento obtenido por el conjunto de los estados del sur en 1860. Además, a finales de la década de 1910 y principios de la de 1920, las enormes inversiones en infraestructuras de

regadío que realizó el gobierno federal permitieron una nueva ampliación de la agricultura algodonera, que de este modo se extendió por las regiones áridas de Arizona y California.²⁶

La expansión territorial —«la gran fiebre de consecución de tierras»— resultó por tanto crucial para determinar la posición de Estados Unidos en el seno del imperio del algodón, y se produjo de forma paralela a la evolución de los acontecimientos observada en otras zonas del mundo. La mayor parte de estos nuevos territorios dedicados al cultivo del algodón le fueron arrebatados a México en 1848, y sin su anexión podría haber sido México, y no Estados Unidos, quien hubiera pasado a ocupar el puesto de cabeza en la producción global de algodón a principios del siglo xx.

La incorporación de esos territorios tuvo su fundamento tanto en los avances infraestructurales como en la apropiación de tierras. Al igual que en la India y África, el algodón prosperó junto a las vías del ferrocarril. Por la Oklahoma anterior a los años centrales de la década de 1880 no circulaba tren alguno, pero en 1919 eran ya 10.515 los kilómetros de vías férreas que cruzaban el estado en todas direcciones. En Texas, estado que en 1870 disponía de 1.144 kilómetros de vías férreas, se alcanzaron en 1919 los 25.931 kilómetros de tendido ferroviario, llegando incluso a las fértiles regiones que conforman las grandes llanuras texanas de tierra negra, conectadas con Dallas a partir del año 1872 gracias al sistema central de trenes de Houston y Texas. Una vez lograda esa comunicación, la producción de algodón experimentó un crecimiento vertiginoso, ya que si en 1870 los agricultores del condado de Dallas fueron capaces de generar 3.834 balas de fibra, en 1880 consiguieron nada menos que 21.649 —lo que supone un incremento del 465% en solo una década.²⁷

En la mayoría de los casos, la irrupción de los cultivadores de algodón supuso el desplazamiento de la población indígena. En las décadas anteriores a la guerra de Secesión, los pueblos autóctonos que habían habitado los territorios de Georgia, Alabama y Misisipi aptos para el cultivo del algodón se vieron empujados al oeste. Ahora, terminada la contienda, se reanudó la presión. En octubre de 1865, los kiowa y los comanches se vieron forzados a ceder las tierras del centro de Texas, el oeste de Kansas y el este de Nuevo México —tierras que pasaron a utilizarse, entre otras

cosas, para crear plantaciones de algodón—. Poco después, buena parte de los indios de las llanuras texanas quedaron recluidos en las reservas de Oklahoma, y lo mismo habría de sucederles a los últimos indios de las regiones suroccidentales del país durante la guerra del Río Rojo, librada entre los años 1874 y 1875 —acontecimientos ambos que proporcionaron nuevos territorios a la producción algodonera.²⁸

Pese a todo, las reservas de Oklahoma terminaron brindando escasa protección a estas poblaciones originarias. En la década de 1880, tanto las antiguas tierras de Oklahoma como las regiones indias se vieron sometidas a la presión de los colonos blancos, que deseaban desplazar a las poblaciones indígenas y expulsarlas de los terrenos más fértiles. En 1889, el gobierno de Estados Unidos flexibilizó su postura y entregó fondos a los creek y a los seminolas a cambio de que renunciaran a reivindicar las tierras del centro de Oklahoma. En el transcurso de los años inmediatamente posteriores, la aparición de nuevos accesos de la llamada «fiebre territorial» en diferentes partes de Oklahoma agravaría aún más las presiones que ya venían sufriendo los pueblos nativos. Muchos colonos blancos empezaron a cultivar algodón, ya que el fértil suelo de Oklahoma, unido a la apertura de sus infraestructuras a los mercados internacionales —gracias al tendido de vías férreas—, hacían que dicha expansión resultara un proyecto rentable. En 1907, al convertirse Oklahoma en estado, se cultivaba algodón en más de 809.000 hectáreas, alcanzando la producción la cifra de 862.000 balas —cantidades que contrastan notablemente con las 425 pacas que generaron las 448 hectáreas cultivadas en 1890—. El condado de Cleveland, por no citar más que un ejemplo, arrojó un rendimiento de 39 balas de algodón en ese mismo año de 1890, produciendo en cambio 11.554 en 1909 —en unas tierras que antiguamente habían albergado a los quapaw—. Más tarde, entre finales de la década de 1820 y principios de la de 1830, tanto los indios creek como los seminolas, que habían sustituido en la zona a los quapaw, se verían obligados a abandonar las regiones surorientales de Estados Unidos, al comprobar que los que un día fueran sus territorios quedaban convertidos en plantaciones de algodón. Los cultivadores de esta planta expulsaron de sus tierras a los pueblos originarios de Norteamérica, pese a que en último término contrataran a unos cuantos a fin de hacerlos trabajar en las

plantaciones de algodón. Tanto en Oklahoma como en otros lugares, el desahucio de las tribus nativas norteamericanas avanzó al mismo ritmo que la ampliación de los territorios dedicados al cultivo del algodón y, de hecho, la coerción estatal fue uno de los elementos clave para la ulterior expansión del imperio del algodón.²⁹

El imperio del algodón conoció así una inmensa expansión territorial, abarcando regiones de Estados Unidos, Asia Central, Egipto y Corea, entre otros muchos sitios. Sin embargo, los hombres de estado y los capitalistas decidieron ampliar todavía más las fronteras del universo algodono, centrándose muy particularmente en África los esfuerzos europeos. En realidad, este empeño de Europa no solo se hallaba en relación directa con el éxito que tanto Estados Unidos como Rusia habían logrado en la expansión de sus respectivos imperios algodono, sino que tenía como objetivo principal la emancipación del Viejo Continente, impidiéndole quedar a merced de Estados Unidos en cuanto al suministro de esa materia prima. En otras palabras: África quedó abocada a convertirse para Europa en algo similar a lo que habían terminado siendo para Estados Unidos el «sur» y el «oeste» del país, es decir, una fuente de cuanta materia prima, mano de obra y productos agrícolas básicos se consideraran necesarios para hacer frente al doble desafío global de una Norteamérica emergente que parecía disponer de una ilimitada provisión de materias primas para la industria y de una Rusia cuya mera magnitud territorial constituía la encarnación misma de una «amenaza» creciente.³⁰ Los esfuerzos imperiales destinados a promover el cultivo del algodón en África representaron por tanto la punta de lanza de la nueva constitución «nacional» del imperio del algodón.

Fijémonos por ejemplo en Alemania. En la última década del siglo XIX esta nación, que accede tardíamente al mundo del colonialismo, habrá de realizar una serie de frenéticos esfuerzos destinados a obtener algodón de sus posesiones africanas. Es algo que no debe sorprendernos si tenemos en cuenta que en 1900 la industria algodono alemana no solo era la más significativa del continente europeo, sino, de hecho, la tercera del mundo

por su importancia. Pese al notable incremento que había registrado la productividad, el número de trabajadores directamente implicados en los procesos de hilado y tejido del algodón había aumentado hasta constituir un contingente próximo a las cuatrocientas mil personas, estimándose que en 1913 trabajaba en el sector uno de cada ocho obreros industriales alemanes —circunstancia que llevaría a afirmar que «el saludable desarrollo de la industria algodonera representa una cuestión vital para nuestra economía nacional»—. El montante de la producción de este ejército de trabajadores era el más considerable de todas las economías domésticas de la época, y constituía el producto de exportación más relevante del país. En 1897, la industria algodonera alemana produjo artículos valorados en mil millones de marcos, lo que supone aproximadamente un 36% más que el de la siguiente industria más relevante —la del carbón— y un 45 % más que la actividad más emblemática del milagro económico alemán —la misma que con tanta frecuencia nubla nuestra imaginación histórica—: la industria metalúrgica predominantemente masculina del hierro y el acero. Es preciso añadir que ninguna otra industria alemana dependía tanto de otros países para la obtención de la crucial materia prima que precisaba. Dado que todo el algodón en rama procedía del extranjero, su procura constituía la importación más costosa de cuantas efectuaba Alemania. En 1902, el país importó nada menos que 453.592 toneladas métricas de algodón. «El rey algodón ha pasado en convertirse en el más poderoso de los gobernantes», observaba por entonces el industrial algodonero Karl E. Supf: «y no solo ha influido profundamente en las condiciones sociales sino que, sin la menor duda, las ha reorganizado por completo».³¹

Teniendo en cuenta las dimensiones de esta industria, es comprensible que los manufactureros del sector algodonero alemán expresaran su deseo de conseguir un suministro de algodón en bruto lo más amplio, regular y económico posible. Desde que se iniciara la mecanización de la industria algodonera alemana esos suministros habían procedido en gran medida de Estados Unidos. Sin embargo, la escasez de materia prima sufrida a lo largo de la década de 1860 había dejado indeleblemente grabada una idea en el ánimo de los industriales del sector algodonero y en el de los políticos: la de lo peligroso que podía resultar que el abastecimiento de algodón en rama

dependiera de Estados Unidos. Tanto el algodón indio como el egipcio lograron incrementar su cuota de mercado durante esa crisis, pero en las décadas de 1880 y 1890 Estados Unidos volvió a suministrar entre el 50 y el 90% —según los años— del algodón que precisaba la industria alemana.³² Este abrumador dominio del mercado suscitaba inquietud entre los defensores de los intereses algodoneros. En los últimos años del siglo, esas preocupaciones se agudizaron, puesto que los importadores de algodón alemanes se dieron cuenta de que en algunos lugares —como Japón, el sur de Estados Unidos y México— estaban empezando a aparecer nuevos productores de artículos económicos de algodón capaces de competir con la industria alemana.

En tanto no consiguieron fundar un imperio colonial —cosa que no habrían de lograr hasta la década de 1880—, ni los manufactureros ni los hombres de estado alemanes pudieron hacer gran cosa para alterar esa situación. No obstante, una vez que Alemania se hubo dotado de colonias, tanto en África como en Oceanía, comenzaron a surgir nuevas formas de resolver la «cuestión del algodón». El interés por el algodón africano alcanzó niveles verdaderamente febriles con el cambio de siglo, momento en el que los industriales del sector algodonerero empezaron a hablar de una «*Baumwollkulturkampf*», es decir, de la «pugna por cultivar algodón». Para salir al paso de dichas preocupaciones, esos manufactureros fundaron en 1896 el Comité Económico Colonial (Kolonial-Wirtschaftliches Komitee), una organización dedicada a utilizar las colonias como fuente de materias primas con las que abastecer las industrias de la metrópoli. Más de cuatrocientos industriales del ramo algodonerero alemán habrían de aportar fondos para que la institución pudiese funcionar.³³

Cuatro factores habrían de estimular el interés de los industriales algodoneros por la producción de algodón en bruto que pudieran aportar las colonias germanas. Les preocupaba mucho que subieran los precios del algodón durante los últimos años del siglo, y lo cierto es que entre 1898 y 1904 estos llegaron a alcanzar valores superiores al doble de su cotización anterior. Los industriales alemanes argumentaron que el hecho de que los dos países con mayor índice de crecimiento —Estados Unidos y la India— estuvieran empleado cantidades cada vez mayores de algodón era la causa

fundamental de esos incrementos de precio, incrementos que a su juicio constituían una tendencia de carácter permanente. Lo más llamativo era que, antes de la guerra de Secesión, Estados Unidos solo había utilizado en sus factorías alrededor del 20 % del algodón que se cultivaba en el propio país, mientras que en la década de 1870 esa proporción había aumentado hasta situarse en torno al 33 % y alcanzar prácticamente el 50 % después del año 1900. Además, los manufactureros alemanes temían —al igual que muchos industriales y terratenientes norteamericanos— que Estados Unidos no contara con la suficiente mano de obra barata para poder plantar, podar y cosechar las grandes cantidades suplementarias de algodón que requerían ahora los mercados globales. Según argumentaban, la escasez de mano de obra terminaría por limitar la expansión de la agricultura algodonera estadounidense. El mercado del algodón continuaba siendo muy volátil, y esas fluctuaciones de precios dificultaban la planificación de una producción rentable. El algodón colonial, por el contrario, parecía garantizar unos precios estables y económicos, por no mencionar la ventaja añadida de que gracias a él podía evitarse la repetición de las turbulencias que habían alterado el mercado durante la hambruna del algodón de la década de 1860.³⁴

Teniendo bien presente esa escasez, los manufactureros se sentían inquietos ante la posibilidad de que la demanda de algodón estadounidense por parte de las naciones industrializadas que estaban empezando a emerger —sobre todo Japón— optaran por disminuir todavía más el volumen de materia prima que aportaban al mercado global. De este modo, con una iniciativa estratégica concebida para conseguir que sus prioridades contaran con un amplio apoyo, los manufactureros del sector algodonero argumentaron que la existencia de una próspera industria algodonera constituía un elemento esencial para contrarrestar la eventualidad de un levantamiento de las clases trabajadoras. Karl Supf invocó para ello los terribles efectos sociales de la guerra de Secesión estadounidense, llegando a la siguiente conclusión: «Es evidente que una crisis ... en la industria algodonera llevaría aparejados unos riesgos sociales de impredecibles consecuencias». Hasta los socialdemócratas, que por regla general se mostraban contrarios al sistema colonial, manifestaron tener la esperanza de

que el algodón colonial consiguiese quebrar el «monopolio algodoner» de Estados Unidos. El fantástico plan de estos industriales algodoneros consistía en cultivar algodón para las fábricas alemanas en territorios controlados y supervisados por autoridades alemanas —abogando de hecho por conferir a su propio papel un carácter más parecido al de sus competidores estadounidenses y rusos.³⁵

Provistos de estos argumentos, los industriales del sector algodoner irrumpieron audazmente en la escena pública alemana. Sus intereses convergían con los de un grupo de poderosos burócratas y estadistas que aducían que la obtención de algodón de las colonias era un elemento de gran importancia geoestratégica. Como habría de señalar en 1899 Ernst K. Henrici, un estudioso, ingeniero y experto en asuntos africanos: «La producción y el consumo masivos están empezando a adquirir un carácter central en la gran competencia económica que libran las naciones. Si algún beneficio real han de procurarle a la madre patria, nuestras colonias deben tener la aspiración de producir grandes cantidades de materias primas para encontrarse después en condiciones de adquirir a su vez un importante volumen de los productos industriales que elabora la metrópoli». Según planteaba el economista Karl Helfferich, solo la producción colonial de algodón podía superar la «dominación económica que Estados Unidos ejerce sobre la industria algodoner europea». En pocas palabras: el algodón colonial era la única forma de plantar cara al «expolio estadounidense».³⁶

El algodón colonial pasó a constituir el símbolo de la nueva simbiosis entre el poderoso estado-nación y las no menos potentes industrias nacionales. De hecho, esta simbiosis era característica de una novedosa forma de capitalismo global centrada en el fortalecimiento del capital nacional surgido en las distintas naciones capitalistas que rivalizaban entre sí.³⁷

Desde sus mismos inicios, el cultivo del algodón fue de gran importancia para la expansión europea en África, pudiendo equipararse en este sentido al hecho de que el continente negro hubiese proporcionado desde la década de 1780 buena parte de la fuerza de trabajo que había hecho posible la industrialización del sector algodoner. Valga decir, a modo de

ejemplo, que en 1888 —es decir, solo cuatro años después de que hubiesen comenzado sus exploraciones por África—, Alemania se embarcó en los primeros intentos sistemáticos destinados a cultivar algodón para los mercados internacionales en tierras africanas. En mayo de 1890, Ferdinand Goldberg, un plantador de algodón samoano, llegó a la colonia alemana de Togo para estudiar las posibilidades de proceder al cultivo del algodón en la zona. Pese a que su experimento fracasara, la cuestión es que en 1900, como veremos, el gobierno imperial alemán optó por renovar sus esfuerzos, reclutando para ello a varios agricultores de Alabama con experiencia en el cultivo de dicha planta y trasladándolos a Togo con el fin de expandir la explotación del algodón. Por esa misma época, los funcionarios coloniales y los manufactureros del sector del algodón comenzaron a fundar inmensas plantaciones en el África oriental alemana. En 1907, los industriales textiles germanos Heinrich y Fritz Otto abrieron una granja algodonera en Kilosa. Tres años más tarde contaban ya con cerca de un millar de braceros dedicados a cultivar algodón en una finca de 15.000 hectáreas. La factoría de algodón de Leipzig y el manufacturero Hermann Schubert, de la localidad sajona de Zittau, no tardaron en seguir el ejemplo de los hermanos Otto.³⁸

Los manufactureros y funcionarios coloniales franceses vinculados con el sector algodonero también hicieron esfuerzos semejantes. Tanto en el Sudán Francés como en Costa de Marfil y en el África ecuatorial francesa la penetración colonial avanzó en paralelo con los esfuerzos orientados a conseguir algodón y, de hecho, el ministro francés de las Colonias estudiaba con el mayor de los detalles toda perspectiva de cultivo de algodón en territorio colonial. Al principio, las exportaciones de algodón a Francia solo conseguían aportar un mínimo porcentaje de la fibra que requería la industria francesa, pero su volumen creció rápidamente. En 1912, por ejemplo, Costa de Marfil no suministró prácticamente algodón alguno, mientras que en 1925 produjo más de 2.000 toneladas métricas. En otras colonias tuvo lugar una evolución similar. Los colonos portugueses de Mozambique iniciaron los primeros experimentos en el ámbito del cultivo de algodón en el año 1901, y en 1928 su empeño se vio recompensado con la obtención de 2.720 toneladas métricas de materia prima. Los belgas

comenzaron en 1890 sus tentativas de explotación algodonera en las tierras del Congo, aunque la producción no consiguió dispararse hasta la década de 1920 —y además a costa de una violencia tremenda—. En 1920, los cultivadores agrícolas produjeron 1.540 toneladas métricas de algodón en el Congo belga, en 1931 lograban ya 44.800, y en 1941 la cifra se elevó hasta las 141.500. Este era un volumen respetable, ya que equivalía aproximadamente al 15 % de lo que se producía en Estados Unidos antes de la guerra de Secesión, es decir, en la época en que el rey algodón era el amo del mundo.³⁹

Fueron no obstante los británicos quienes realizaron el esfuerzo más significativo en la carrera por el cultivo de algodón en África. En 1913, el 74% del algodón que África exportaba a Europa procedía de las colonias británicas. A juicio de la Asociación Británica para el Cultivo del Algodón no había una sola región del mundo que poseyera «mayores posibilidades potenciales» para dicha explotación agrícola que «nuestras posesiones del África occidental», dado que la zona disponía de grandes extensiones de terreno y de abundante mano de obra. Puesto que ya no resultaba posible vender en las Américas a los pobladores de África, los europeos llegaron a la conclusión de que era preciso hallar el modo de animarles o forzarles a cultivar las materias primas agrícolas que precisaban los mercados de las metrópolis mundiales. En conjunto, África exportó en 1930 más de un millón de toneladas métricas de algodón, cifra ligeramente superior a lo que produjo Estados Unidos el año inmediatamente anterior a la guerra de Secesión.⁴⁰

Consideradas las cosas de manera global, puede decirse que, como mínimo, entre los años 1860 y 1920 se optó por reorientar, dedicándolas al cultivo del algodón necesario para el abastecimiento de los mercados internacionales, un total de 22.257.710 hectáreas de terreno en África, Asia y las dos Américas —es decir, una superficie superior a la que ocupan los estados de Massachusetts, Vermont, Rhode Island, Connecticut, New Hampshire y Nueva York juntos—. Aproximadamente el 80 % de todos esos campos recién consagrados al cultivo del algodón no solo se hallaban situados en territorios que en 1860 no se dedicaban a ese tipo de explotación agrícola, sino que pertenecían, en la inmensa mayoría de los

casos, a regiones que entre 1860 y 1920 habían quedado sujetas *de facto* al control de las potencias coloniales. De hecho, en 1905, los expertos en el negocio algodonero estimaban que eran quince los millones de personas que participaban en las labores asociadas con el cultivo del algodón —esto es, prácticamente el 1 % de la población mundial de la época—. La expansión imperial y la producción de cantidades crecientes de algodón para los mercados internacionales fueron dos procesos inextricablemente unidos.⁴¹

Al ensancharse el horizonte territorial del imperio del algodón, que se extendía impulsado por un puñado de poderosos estados imperiales, también iban a generalizarse las luchas asociadas con el reclutamiento de mano de obra. Por sí sola, la adquisición de territorios no era suficiente. De hecho, la cuestión central a la que seguían enfrentándose estos estados era la misma que ya se había alzado ante ellos en 1865, al emanciparse los braceros de los campos de algodón estadounidenses, puesto que todo consistía en hallar formas de motivar a los trabajadores agrícolas y de conseguir que se dedicaran a cultivar fibra para los mercados mundiales —o lo que es lo mismo, había que hallar fórmulas para promover la transformación del campo—. Así lo había expresado la Asociación Algodonera Colonial de Francia al decir que no había dificultad alguna en procurarse tierras, pero que una vez logradas, estas «exigen brazos, mano de obra».⁴²

No hubo un solo administrador colonial que siguiera el ejemplo de Estados Unidos, cuyo método para proporcionar territorios al cultivo del algodón había consistido en eliminar a los pueblos nativos que llevaban siglos habitando dichas regiones. Desde luego, las sociedades autóctonas de regiones como las de Çukurova, Asia Central, Egipto y África oriental también se vieron obligadas a abandonar el uso que venían dando a la tierra a fin de dejar espacio al algodón, padeciendo así la ola de expropiaciones que acompañó a la difusión geográfica de la agricultura algodonera en particular y al capitalismo en general. Sin embargo, en la mayoría de los casos tanto los gobiernos coloniales como los estados-nación —cuyo poder

iba en aumento— trataron de incorporar a esos labriegos al complejo estructural dedicado al cultivo del algodón. En lugar de desplazarlos, los colonos idearon tres formas distintas de aprovechar su fuerza de trabajo. En algunos contextos, como los de la India, el Asia Central y el África occidental, serían los granjeros nativos quienes se encargaran tanto de producir la materia prima como de vendérsela a los comerciantes europeos. En otras partes del mundo, la mano de obra logró movilizarse mediante el asentamiento de pueblos anteriormente nómadas. Esto fue lo que sucedió, como veremos, en el Asia Central y en la región de Çukurova, donde los grupos nómadas que llevaban siglos pastoreando a sus animales en las llanuras de su entorno tuvieron que sedentarizarse para permitir el establecimiento del importantísimo complejo algodonero de la Anatolia. Por último, hubo también zonas a las que llegaron colonos de puntos distantes para organizar a los pueblos nativos y hacerles cultivar algodón en las plantaciones creadas al efecto —ejemplo de ello son los casos de Argelia y el África oriental alemana, junto con los de México y Argentina.⁴³

Con independencia de la estrategia colonial que emplearan los burócratas y los capitalistas coloniales, lo que terminaron produciendo en todos los casos las presiones destinadas a instaurar el cultivo comercial del algodón —como ya hemos comprobado en otras regiones de la campiña algodonera global— fue una reorganización permanente de las estructuras sociales. El Asia Central rusa constituye un ejemplo de esa transformación. Antes de la ocupación rusa, las poblaciones de la región cultivaban algodón y elaboraban hilos y telas que empleaban en parte para cubrir sus propias necesidades, exportando el resto a mercados distantes. De hecho, tanto el algodón como sus productos derivados fueron durante mucho tiempo la industria más relevante de todo el Asia Central. Los habitantes de la zona organizaban caravanas de hasta cinco mil camellos y cruzaban con ellos las estepas que mediaban entre los janatos del Asia Central y Rusia, transportando telas e hilos de algodón. El algodón en rama que alimentaba esta floreciente industria se cosechaba en pequeñas granjas familiares como un cultivo más de los muchos que se atendían, alternando muchas veces en el mismo campo hileras de fibra y trigo. En la mayoría de los casos, el algodón —trabajado por los propios miembros del grupo familiar— servía

para confeccionar tejidos en el ámbito doméstico, aunque los comerciantes locales adquirirían pequeñas cantidades para venderlas después en mercados más lejanos.⁴⁴

Por consiguiente, del Asia Central salían tejidos manufacturados de algodón destinados a Rusia. No obstante, en las últimas décadas del siglo XIX, tras apoderarse el zar de esos territorios, la región pasó a suministrar, como ya hemos visto, algodón en bruto a las factorías de Moscú y San Petersburgo, transformándose asimismo en mercado para las telas de algodón de fabricación rusa. Para lograr esa transición, los empresarios y los funcionarios coloniales rusos procedieron a moldear tan rápida como radicalmente la campaña dedicada al cultivo del algodón. Como ya ocurriera en otras partes del imperio del algodón, los primeros en llegar fueron los comerciantes de la metrópoli y los representantes de las fábricas textiles rusas. Su misión consistía en comprar el algodón que producían los pequeños agricultores, proporcionándoles créditos a fin de que pudiesen consagrarse a la explotación de cosechas no comestibles. Una vez consolidada la expansión de las exportaciones de fibra, las empresas comenzaron a especializarse cada vez más en enviar las cosechas a la Rusia metropolitana, con lo que no tardó en surgir una clase capitalista indígena encargada de tratar directamente con la enorme cantidad de campesinos productores, cristalizando de este modo una evolución de los acontecimientos aproximadamente similar a la que estaba teniendo lugar por esa misma época tanto en el sur de Estados Unidos como en la India. Esos capitalistas locales proporcionaban el crucial capital circulante que precisaban los pequeños granjeros, cobrando habitualmente unos intereses que oscilaban entre el 40 y el 60 % anual, aunque tampoco era insólito exigir tipos superiores al 100%. Por regla general, bastaba sumar a tan exorbitantes tasas de interés una o dos malas cosechas, o una caída de los precios, para que los campesinos pasaran a depender enteramente de esos comerciantes que les adelantaban efectivo —dependencia que se mantenía aun en el caso de que no perdieran por completo la capacidad de gestionar sus tierras.⁴⁵

En la década de 1880, los empresarios rusos empezaron a crear vastas plantaciones de algodón con el fin de incrementar los volúmenes de algodón que cultivaban los pequeños agricultores. Sin embargo, estos latifundios se fueron rápidamente al traste debido a la escasez de mano de obra. Como ya ocurriera en otras partes, los cultivadores de las zonas rurales se mostraban reacios a trabajar a cambio de un salario, ya que preferían centrarse en el cultivo de un terreno propio o arrendado. Así lo recordaba un observador alemán con el siguiente comentario: «Para este tipo de trabajo no puede contarse sino con un puñado de desheredados. Los lugareños que carecen de tierras prefieren cultivar por cuenta propia pequeñas parcelas alquiladas. Esta es la razón de que en las grandes plantaciones la siembra del algodón se realice estando excesivamente avanzada la estación ... Los empresarios que poseen fundos muy extensos se ven obligados a arrendar sus tierras a la población indígena, dividiéndolas en pequeñas parcelas, aunque con la condición de que todo el algodón que se cultive habrá de entregarse al terrateniente».⁴⁶

Como consecuencia de esta situación —derivada tanto de la imposibilidad en que se veían las grandes plantaciones para movilizar la cantidad de trabajadores que necesitaban como de la frágil situación de los propietarios-ocupantes— iría surgiendo de forma paulatina un sistema de aparcería similar al que había terminado prevaleciendo en el sur de Estados Unidos. En 1909, el cónsul alemán en San Petersburgo observó esta transformación de las relaciones al señalar que «los comerciantes que poseen grandes sumas de capital están haciéndose con una creciente cantidad de tierras —tierras que anteriormente se hallaban en mano de plantadores que llevaban largo tiempo sedentarizados—. De este modo, los antiguos propietarios continúan trabajando en muchos casos los campos que un día fueron suyos en calidad de arrendados de quienes acaban de comprarles las tierras». Y uno de los resultados de esta crisis de los propietarios-ocupantes fue que los intermediarios quedaron en condiciones de adquirir vastas extensiones de terreno, con el añadido de que, al negarse los cultivadores rurales despojados de sus tierras a trabajar por un salario en las plantaciones de los nuevos amos, los terratenientes no tuvieron más remedio que emplearlos como aparceros. Como en otros lugares, la

estructura de clases de esta parte de la zona algodonera experimentó cambios muy significativos en el transcurso de unas cuantas décadas, asistiendo al surgimiento de un amplio grupo de granjeros endeudados y de obreros agrícolas desprovistos de tierras.⁴⁷



«Segundo aporcado del algodón con azadas manejadas por nativos»: cultivadores de algodón del Asia Central, 1913.

Con todo, el sistema de aparcería no fue más que una etapa en la senda conducente al trabajo asalariado. Al final, y a pesar de sus preferencias, el número de agricultores contratados como braceros aumentó progresivamente, dado que esa era la única salida que les quedaba tras la vasta oleada de expropiaciones que barrió la campiña productora de algodón. A los pequeños granjeros, fuertemente endeudados, les resultó imposible conservar sus tierras, de modo que prácticamente no les quedó otra opción que la de vender su fuerza de trabajo. En la región algodonera de Fergana debía de haber en 1910 unos doscientos mil braceros carentes de tierras. En 1914, el 25% de la población de la zona se hallaba ya en la misma situación, con lo que el conjunto de las zonas rurales del Asia Central, debido a la decidida acción del estado y los capitalistas algodoneros rusos, terminó pareciéndose a la campiña de América del Sur. Además, muchos de los nómadas de Turkestán, al quedarse sin tierras y sin posibilidad de cultivar forraje para sus animales, se vieron obligados a sedentarizarse y a ofrecerse a trabajar como labriegos. Una vez más, la

globalización contribuía a fijar la residencia de las gentes en un determinado lugar, particularmente en zonas ajenas a las que les eran propias, arrebatándoles al mismo tiempo todo control sobre los recursos agrícolas.⁴⁸

Esta drástica reorganización de las economías del Asia Central abrió nuevos mercados a los manufactureros del sector algodonero ruso, circunstancia que en 1889 llevaría a un viajero británico a realizar el siguiente comentario: «Se está tomando el dinero ... de los bolsillos de Bombay y Manchester para transferirlo a las arcas de Nizhni Nóvgorod y Moscú». Como en todas partes, esta creciente obsesión por el cultivo de algodón no tardó en repercutir gravemente en la seguridad alimentaria. Al igual que en las demás regiones del mundo que también se habían especializado en la explotación algodonera, el Asia Central pasó a depender de la importación de alimentos, con el añadido de que los ingresos de los campesinos empezaron a quedar «extremadamente expuestos a las fluctuaciones» que pudiera experimentar el mercado del oro blanco. Al estallar la primera guerra mundial, esa reorganización de la estructura de clases, unida al enorme déficit de cultivos alimentarios que había generado el hecho de haber encauzado la agricultura local hacia la producción de cosechas de carácter exclusivamente comercial, dio lugar a terribles hambrunas, lo cual provocó a su vez un significativo despoblamiento de la región. En el Turkestán, por ejemplo, desaparecieron 1,3 millones de personas entre 1914 y 1921, o lo que es lo mismo: el 18,5% de la población existente.⁴⁹

Al perfeccionarse los sistemas que los estados ponían a contribución del control que se empeñaban en ejercer en sus territorios por medios administrativos, infraestructurales, jurídicos y militares, e incrementarse tanto las potestades como de los recursos de sus gobernantes, hubo un asunto que continuó siendo de la mayor relevancia: cómo proceder exactamente para movilizar a la mano de obra necesaria para el cultivo del algodón. Esto explica que, en este ámbito, la capacidad y la experiencia profesionales fuesen cualidades muy demandadas. La asombrosa y casi inverosímil peripecia de un pequeño grupo de afroamericanos descendientes de esclavos que terminaron desempeñando un importante papel en los

esfuerzos que empujaban a los colonos alemanes a tratar de reorganizar la agricultura algodonera en Togo ilustra adecuadamente tanto el afán de lograr que las colonias pasaran a proporcionar el suministro de algodón que necesitaban las industrias nacionales como la constante pugna por conseguir brazos capaces de cultivar la planta.

Una tormentosa mañana de noviembre de 1900 el vapor *Graf Waldersee* encendía las calderas para abandonar el puerto de Nueva York y cruzar el Atlántico rumbo a la ciudad alemana de Hamburgo. De entre las más de dos mil personas que lanzaban una última ojeada a las menguantes siluetas de la iglesia de la Trinidad, el alto edificio de los Seguros de Vida de Manhattan y la Estatua de la Libertad destacaba particularmente el aspecto de cuatro pasajeros: James N. Calloway, John Robinson, Allen Burks y Shepard Harris. Venidos de Alabama, los cuatro eran hijos de esclavos y se hallaban vinculados de distinta forma con el Instituto Industrial y Normal de Tuskegee, regentado por Booker T. Washington.* Calloway era profesor, y Robinson, Burks y Harris estudiantes o recién licenciados. Sin embargo, lo más notable era quizá la misión que se les había encomendado, ya que si esa mañana habían subido a bordo del *Graf Waldersee* era para acudir a los nuevos puestos de trabajo que acababan de conseguir en un remoto lugar: la colonia alemana de Togo, un pequeño pedazo del África occidental que los alemanes se habían anexionado en 1884. Lo que se esperaba que hicieran estos afroamericanos en lo que un día fueran las tierras ancestrales de los ewé era formar tanto a los colonos alemanes como a sus súbditos, enseñándoles a cultivar algodón para la exportación, «a fin de determinar si era posible o no proceder a un cultivo racional de la planta tratándola como a una variedad autóctona, y de mostrar ... si existía la posibilidad de comercializar dicho producto como materia prima básica para la industria alemana». ⁵⁰

Durante los ocho años siguientes, este pequeño grupo de expertos formado en el Instituto Tuskegee prodigó sus consejos a los colonos alemanes, comunicándoles la forma de conseguir que los agricultores de la campiña africana lograran producir mayores volúmenes de algodón para la

exportación. Construyeron granjas experimentales de algodón, introdujeron en la región nuevas cepas de la planta, abrieron una «escuela del algodón», ampliaron las infraestructuras locales, y recurrieron de forma cada vez más frecuente a la imposición de medidas coercitivas para obligar a los labriegos del país a cultivar algodón para los mercados internacionales. Y de hecho, entre 1900 y 1913, las exportaciones de algodón de Togo se multiplicaron nada menos que por treinta y cinco.⁵¹

Carentes de toda experiencia en el cultivo del algodón, los funcionarios coloniales alemanes y sus compatriotas de la industria textil habían decidido buscar en Estados Unidos las competencias que precisaban en estas materias, comprendiendo inmediatamente las enormes posibilidades que les brindaba la contratación de un grupo de afroamericanos como elemento impulsor de sus instalaciones algodonerías coloniales —dando por supuesto, como la mayoría de sus colegas imperiales, que «el cultivo del algodón es desde tiempo inmemorial la explotación agrícola que más arraigo tiene entre las poblaciones negras»—. Para poder materializar esta apuesta, el ciudadano alemán Beno von Herman auf Wain —un aristócrata que era además agregado diplomático de la embajada alemana en Washington— viajó en el verano de 1900 a Roslindale, Massachusetts, con el fin de entrevistarse con Booker Taliaferro Washington, activista afroamericano y figura descolante del Instituto Tuskegee, solicitando que le ayudara a reclutar cultivadores de algodón y le proporcionara además un operario capaz de «enseñar a los negros de [la colonia de Togo] a plantar y a recoger el algodón de forma racional y científica». A finales de septiembre, Booker T. Washington se encontró en condiciones de confirmarle que había seleccionado a cuatro hombres y que estos estaban dispuestos a partir a África. James Calloway, que por entonces contaba cuarenta años y era director de la división algodonería de Tuskegee, sería el encargado de encabezar la misión y de supervisar al resto de sus integrantes, que eran más jóvenes. Hasta entonces había ejercido el cargo de supervisor de las 323 hectáreas de la granja de Tuskegee, dándose además la circunstancia de que hablaba un poco de alemán. Debían unirse a él John Winfrey Robinson, que se había licenciado en el Instituto Tuskegee en 1897; Allen Burks, graduado en el mismo centro en 1900; y Shepard Harris,

que había ingresado en la institución en 1886 y estudiado en ella todo lo relacionado con el oficio de carpintero. Todos ellos eran hijos de esclavos, y según Booker T. Washington, los antepasados de dos de los expertos propuestos «eran originarios de esa región de África». Washington recalcó a Von Herman que abrigaba «la gran esperanza de que su compañía sepa evitar el error que se cometiera en su día en el sur de Estados Unidos, entre nuestra propia gente —equivocación consistente en enseñar al labriego a no cultivar nada excepto algodón—. Creo que los nativos progresarán mucho más, tanto en términos económicos como en cualquier otro aspecto, si aprenden a cultivar plantas alimenticias además de explotar el algodónero».⁵²

Nada más llegar Calloway, Robinson, Burks y Harris a Togo comenzaron a desarrollar su cometido tomando medidas a lo grande. En un conjunto de tierras antiguamente sujetas a los mandatos del rey de Tove, los afroamericanos se aventuraron a crear una plantación de algodón muy similar a las que habían dejado atrás en Estados Unidos. Desbrozaron la zona con la ayuda de doscientos hombres de la región, eliminando hierbas y árboles y asignando a las mujeres y a los niños de la localidad la tarea de arrancar las raíces de la vegetación cortada a fin de quemarlas en la hoguera. Hacia el mes de mayo, tras sus agotadores esfuerzos, habían plantado ya algodón en una superficie de unas 10 hectáreas, y en julio las hectáreas cultivadas se elevaron a 40. Partiendo de bases sistemáticas e ignorando virtualmente la experiencia acumulada de las gentes de Tove, Calloway y sus colegas cubrieron los campos con diferentes clases de algodón, plantándolo además en distintos períodos de tiempo con el fin de averiguar cuál era la variedad de algodón que mejor crecía y en qué momento era preciso sembrarla. En abril, Calloway informaba con gran orgullo a Booker T. Washington: «Nuestro trabajo parece muy prometedor ..., y creemos que no se tardará en recoger una buena cosecha de algodón».⁵³

Pese a tan dinámicos inicios, los expertos del Instituto Tuskegee no tardaron en topar con numerosas dificultades. Para los cultivadores afroamericanos resultaba inimaginable, por ejemplo, gestionar con éxito una plantación de algodón sin animales de tiro. Sin embargo, según habría

de señalar John Robinson con gran asombro, a los agricultores de las zonas rurales situadas en torno a Tove «los caballos o las vacas les espantaban tanto como al joven norteamericano la visión de un “perro rabioso”». Y es que los indígenas no solo desconocían la utilización de este tipo de animales, sino que las bestias mismas se revelaban incapaces de sobrevivir largo tiempo en un medio dominado por las enfermedades propias de la zona. El imprevisto ciclo de precipitaciones también fue motivo de problemas. Al iniciarse en julio la estación de las lluvias, el algodón que los expertos de Tuskegee habían plantado nada más llegar a tierras africanas se echó a perder. De haber escuchado a los agricultores locales podían haberse evitado el disgusto, pero la firme creencia en la superioridad de sus métodos así como la incapacidad para comunicarse en la lengua indígena les impidió aprovechar los conocimientos de los nativos. Los expertos de Tuskegee también tuvieron que hacer frente a un conjunto de problemas prácticamente insuperables vinculados con la falta de infraestructuras. Para poder llevar hasta la plantación las máquinas desmotadoras que habían tenido que dejar en la playa próxima a Lomé a su llegada, pocos meses antes, tuvieron que empezar por ampliar la carretera a fin de que pudiera dar cabida a sus carretas. Después no tuvieron más remedio que contratar los servicios de treinta personas para tirar de las carretas, necesitando estas más de dos semanas para regresar de la costa con el equipo. Esta dependencia de la fuerza muscular humana fue uno de los factores que obstaculizaron el proceso de desmotado.⁵⁴

A pesar de todas estas frustraciones, Calloway, Robinson, Burks y Harris lograron cosechar en su granja experimental una bala de algodón egipcio y cuatro de algodón estadounidense a principios del verano, sumando cinco balas más de algodón norteamericano en los meses de noviembre y diciembre. Si tenemos en cuenta la enorme carga de trabajo que supuso su obtención, así como el esfuerzo realizado para acondicionar la tierra y el caudal de competencias técnicas que hubieron de aportar, puede decirse que fue una magra cosecha, pero tanto Calloway como el Comité Económico Colonial consideraron que había sido un éxito. El Comité llegó a la conclusión de que el clima local era efectivamente favorable, como se esperaba, para el cultivo de un algodón de alta calidad,

añadiendo que la población indígena estaba dispuesta a dedicarse a esa producción y que la superficie de tierra que podía destinarse a la explotación de la planta era muy amplia, quizá tanto como en Egipto. Calloway se mostró de acuerdo, sugiriendo que la producción podría aumentarse de dos maneras: creando mercados para que los pueblos autóctonos tuvieran ocasión de poner a la venta el algodón que cosecharan y transmitiendo a los productores del medio rural las técnicas agrícolas pertinentes, sobre todo el uso de arados y de animales de tiro. Si se adoptaban dichas reformas, Calloway tenía la esperanza de que «en pocos años la colonia se encuentre en condiciones de exportar miles de balas de algodón. Esto no tendrá una repercusión perceptible en los mercados internacionales, pero a pesar de ello supondrá una gran ventaja para Alemania, y muy particularmente para los dos millones y medio de nativos que viven en esta colonia».⁵⁵

Puede que la cantidad de algodón que cultivaron los expertos de Tuskegee durante su primer año de estancia en Togo fuera muy pequeña, pero lo cierto es que el objetivo del Comité Económico Colonial no había consistido en ningún momento en convertir a Calloway y a sus colegas en grandes cultivadores de algodón. Lo que sí esperaban los industriales alemanes era aprender de esos experimentados agricultores algodoneros para transmitir después esos conocimientos a los campesinos de la región. El objetivo que se habían propuesto desde un principio pasaba por transformar la producción de algodón en Togo en un «*Volkskultur*», es decir, en un cultivo popular, en lugar de resignarse a que constituyera, como en otras partes del imperio colonial alemán, un «*Plantagenkultur*», es decir, un mero cultivo agrícola.⁵⁶

En parte, esta aspiración encontraba fundamento en los tremendos problemas que los intereses algodoneros alemanes habían tenido que afrontar al proponerse reclutar mano de obra para sus plantaciones del África oriental alemana. Esas plantaciones, gobernadas en muchos casos por industriales alemanes del ramo textil, habían tenido dificultades para conseguir el número de braceros africanos que precisaban, ya que estos no estaban dispuestos, en términos generales, a trabajar en ellas. Y a pesar de que los plantadores alemanes afincados en la zona habían tratado de

convencer a la Administración colonial de que debía imponer un conjunto de cargas fiscales para obligar a los productores rurales a trabajar a cambio de un salario, el gobierno se había mostrado reacio a aplicar esas medidas por temor a provocar una rebelión en toda regla.⁵⁷

Estas experiencias de los alemanes son muy similares a las que vivieron otras potencias coloniales. En el África oriental británica los expertos tenían perfectamente claro que «la escasez de mano de obra es el atolladero más grave ... Es preciso traer peones de zonas lejanas, puesto que los habitantes locales, que obtienen de sus campos cuatro cosechas al año sin tener que esforzarse lo más mínimo, no ven ninguna razón para aceptar un contrato». Lo cierto es que resultó extremadamente difícil institucionalizar la práctica del trabajo asalariado. En la Uganda Británica, «los agricultores de las zonas rurales también habían estado oponiéndose sistemáticamente a cultivar algodón, pese a que se pretendía que ellos fueran los primeros beneficiados de esa explotación». De este modo, los colonos ingleses acabaron convenciéndose de que «los nativos siempre habrán de rendir más si trabajan por cuenta propia que si han de hacerlo a cambio de un salario en una plantación cuyos propietarios sean europeos».⁵⁸

Como ya les ocurriera a otras muchas potencias coloniales, el encontronazo con los habitantes de la región —los ewé, en este caso— y con su particular industria algodonera indígena, tan antigua como próspera, habría de influir notablemente en la política algodonera de Alemania. Los agricultores de las zonas rurales llevaban siglos intercalando plantas de algodón en los campos, junto a cultivos de otro tipo, dedicándose después las mujeres locales a transformar la fibra en hilo y los hombres a elaborar telas con esas hilaturas. A lo largo del siglo XIX se había comerciado también con parte de ese algodón, llevándolo a zonas situadas a notable distancia. Durante la guerra de Secesión estadounidense una cierta cantidad de esa fibra había logrado penetrar incluso en los mercados internacionales, ya que los gobernantes locales habían fundado plantaciones de algodón, explotándolas con braceros esclavizados y llegando supuestamente a enviar entre veinte y cuarenta balas de algodón al mes a Liverpool. Todavía en una fecha tan avanzada como la del año 1908, el gobierno colonial alemán

informaba de que los productos textiles que se manufacturaban en Europa no habían conseguido desbancar aún a la industria de hilado y tejido indígena. De hecho, a pesar de las importaciones de telas europeas, lo cierto es que en la mayor parte de las regiones de África podía encontrarse una producción textil igualmente floreciente.⁵⁹

La expectativa de los colonos alemanes al expandir su influencia por las tierras del interior de Togo en la década de 1890 consistía justamente en lograr reproducir esa próspera industria doméstica. Esperaban tener la capacidad de cambiar la orientación interna de dicha actividad, convirtiéndola en una producción dirigida al exterior y repitiendo así lo que ya habían conseguido los británicos en la India y los rusos en el Asia Central. Lo que se trataba de provocar al poner a los campesinos indígenas en contacto con la agricultura «científica», proporcionándoles mejoras infraestructurales y tentándolos con los incentivos derivados del acceso a los mercados «libres», era instarles a cultivar una mayor cantidad de fibra y a explotar un algodón de calidad uniforme a fin de vendérselo después a los comerciantes alemanes —induciéndoles de ese modo a comportarse igual que los antiguos esclavos de Estados Unidos—. Tras los sistemas de aparcería, este tipo de «*Eingeborenenkultur*» —cultivo y cultura aborígen— fue otra de las tentativas empleadas para resolver la enojosa cuestión de la mano de obra —un problema que constituía el eje de la industria algodonera mundial desde que en Estados Unidos se produjera, treinta y cinco años antes, la emancipación de los esclavos.⁶⁰

Incapaces de movilizar la fuerza de trabajo necesaria para cultivar algodón en las plantaciones coloniales, y considerando al mismo tiempo inspiradoras tanto la expansión del «trabajo libre» en Estados Unidos como el hecho de que los expertos de Tuskegee hubiesen logrado transmitir, aparentemente con éxito, todas estas experiencias a los nativos de Togo, los encargados de velar por los intereses algodoneros alemanes concibieron la esperanza de crear un pequeño número de granjas modelo a fin de que sirvieran de ejemplo a los ewé. Además, la Administración colonial alemana puso en marcha, trabajando conjuntamente con los expertos del Instituto Tuskegee, un cierto número de políticas destinadas a promover sus objetivos comunes, consistentes en animar a los cultivadores de algodón

ewé a desmotar y empacar mejor el algodón que producían, transportándolo rápidamente al mercado. Para incrementar la calidad del algodón, lo primero que hizo el Comité Económico Colonial, secundado por un conjunto de inversores privados alemanes como los vinculados a la Deutsche Togogesellschaft, fue instalar desmotadoras en las zonas de Togo que se dedicaban al cultivo de algodón. De este modo se libraba a los campesinos tanto de la necesidad de desmotar el algodón por sus propios medios como del esfuerzo que suponía tener que transportar a gran distancia el algodón en rama, que era mucho más pesado. A su vez, los compradores conseguían hacerse con el control del algodón en una fase muy anterior del proceso de producción. El segundo paso que dio el gobierno colonial consistió en tratar de conferir al algodón una apariencia más uniforme, procediendo para ello a distribuir semillas entre los agricultores. En este segundo empeño, los estudios de los expertos de Tuskegee revelaron ser de gran importancia, dado que no solo habían experimentado con semillas egipcias, estadounidenses, peruanas y brasileñas, sino que también habían catalogado las simientes que existían en Togo. Superado el año 1911 comenzó a comercializarse con el nombre de «algodón de Togo, tipo Sea Island», una variedad estadounidense cruzada con cepas de Togo, pasando las autoridades alemanas a no distribuir más semillas que las de esta especie. La tercera iniciativa del gobierno colonial, concebida para animar a los agricultores de las zonas rurales a cultivar más algodón, pasó por establecer un baremo de precios mínimos para la compra del algodón, medida que presumiblemente se proponía disminuir los riesgos en que podían incurrir los campesinos que optaran por explotar la planta. El cuarto elemento de esta campaña pretendía fomentar la exportación de ese algodón, y para ello tanto los expertos de Tuskegee como las autoridades coloniales y el comité se concentraron en controlar el mercado del algodón. En un principio, la principal medida pensada para lograrlo consistió en enviar a zonas remotas a los integrantes de la expedición algodонера estadounidense —entre los que se contaban Calloway y Robinson—, encargándoles que adquirieran en ellas el algodón producido por los campesinos afiliados al programa. De hecho, en 1902, los hombres del Instituto Tuskegee se habían desplegado y cubierto una amplia zona de

Togo a fin de poner en marcha varias granjas experimentales y de comprar algodón a la menor oportunidad. También intervinieron en la construcción y la supervisión de los puestos de recogida de algodón que se habían creado en varias poblaciones.⁶¹

Tanto el establecimiento de una garantía para los precios como la creación de instalaciones destinadas a facilitar el desmotado y la puesta en marcha de un sistema que permitía controlar los mercados fueron medidas decisivas para lograr que los comerciantes alemanes dispusieran de un mayor volumen de algodón. Sin embargo, más decisivo resultó aún el rápido desarrollo de unas infraestructuras capaces de trasladar el algodón hasta la costa. Al llegar Calloway y sus colegas a Togo, las carretas que debían llevar al interior sus pertrechos agrícolas —tiradas por obreros de la zona— tardaron quince días en cubrir el trayecto de ida y vuelta entre el puerto y Lomé. En 1907, al empezar a funcionar el ferrocarril que conectaba a las regiones algodonerías más importantes con la costa, el tiempo necesario para efectuar ese mismo transporte quedó reducido a unas pocas horas.⁶²

En la adopción de todas estas medidas, el estado colonial desempeñó un papel central. De hecho, tanto los precios como los mercados y las infraestructuras fueron elementos creados por la Administración colonial. Pero el rol del estado colonial iba a llegar más lejos: al gravar con impuestos a los productores agrícolas y determinar que resultaba posible satisfacer esas cargas fiscales mediante la prestación de un trabajo manual, el estado obligó a los campesinos —entre otras muchas cosas— a llevar el algodón desde Tove hasta la costa, a tender vías férreas e incluso a desbrozar tierras con el fin de volverlas aptas para el cultivo del algodón.⁶³ Al reorganizar el contexto que definía las decisiones que tenían que tomar los agricultores de las zonas rurales, las autoridades coloniales abrigaban la esperanza de doblegar su ánimo, volviéndoles más proclives a aceptar las presiones que los instaban a participar en la producción de algodón para los mercados internacionales.

Considerados en conjunto, los esfuerzos que realizaron tanto los expertos de Tuskegee como los miembros del gobierno colonial resultaron de una eficacia espectacular. Las exportaciones de Togo crecieron de forma

exponencial, pasando de las 14 toneladas métricas del año 1902 a las 108 de 1904 y a las 510 de 1909. Estas cifras no representaban más que una minúscula parte de las importaciones de algodón que efectuaba globalmente Alemania (de hecho, el volumen de fibra que la metrópoli recibió de sus colonias nunca llegó a superar el medio punto porcentual), pero el ritmo de la expansión vivida (que se multiplicó por treinta y cinco en siete años) suscitó en los interesados la idea de que el algodón de las colonias podía tener por delante un brillante futuro.⁶⁴

Sin embargo, y a pesar de tan prometedores comienzos, lo cierto es que después del año 1909 tanto los expertos de Tuskegee como los miembros del Comité Económico y los funcionarios de la Administración colonial alemana se revelaron incapaces de lograr nuevos incrementos del volumen de algodón exportado. En 1913, el último año completo en que los alemanes alcanzaron a ejercer la dominación colonial en Togo, las exportaciones de algodón terminaron situándose ligeramente por debajo de las registradas en 1909. Los límites con que topó la expansión vivida encontraron su fundamento principalmente en la forma elegida para incorporar el cultivo del algodón a los planteamientos agrícolas de los productores locales. A fin de cuentas, los campesinos ewé tenían su propio criterio respecto a la producción de materias primas y manejaban ideas que no encajaban necesariamente bien con las que pretendían inculcarles los expertos de Tuskegee o los colonos alemanes.



El transporte del algodón desde las tierras del interior a la costa: un tren cargado con balas de algodón en la colonia alemana de Togo, 1905.

Como ya ocurriera en el conjunto de la campaña global, los agricultores querían conservar todos aquellos patrones de conducta que les permitían mantener bajo control tanto el trabajo que realizaban como sus medios de subsistencia y su vida. De acuerdo con su cultura tradicional, las mujeres se dedicaban a intercalar plantas de algodón en los campos de maíz y boniatos. Esto les proporcionaba una cosecha adicional que no añadía demasiado trabajo a sus tareas habituales, ya que en cualquier caso, plantaran o no algodón, era preciso labrar la tierra con la azada y despojarla de las malas hierbas. En un primer momento, la producción y la eventual exportación de algodón no reveló ser una práctica necesariamente perjudicial para estas costumbres campesinas. Sin embargo, el doble hecho de que el algodón ocupase un espacio tan claramente definido en los hábitos tradicionales del laboreo agrícola y de que se hallase ligado a una división del trabajo establecida en función del género acabó imponiendo límites muy estrictos a la capacidad de difusión de esa forma de cultivo. Para gran desconsuelo de las autoridades coloniales alemanas esto trajo aparejado, entre otras cosas, la negativa de los agricultores togoleses, reacios a embarcarse en una producción de algodón en régimen de monocultivo — una práctica que les desagradaba sobremanera, según se recoge en un informe alemán, debido a que requería una intensidad laboral muy superior y a que no resultaba necesariamente más rentable—. Además, el maíz y los boniatos, proporcionaban alimento a los campesinos, con independencia de cuál pudiese ser el precio que se ofreciera por el algodón. Las cantidades que se proponían pagar los comerciantes y los miembros de la Administración colonial alemana por el algodón en rama eran demasiado bajas para convencer a los labriegos indígenas de que les compensaba correr el riesgo de abandonar sus cultivos de subsistencia para lanzarse a realizar únicamente las extenuantes labores que exigía el monocultivo del algodón. De hecho, incluso August Étienne, ferviente partidario del cultivo de algodón en las colonias, reconocería fríamente que el hecho de centrarse exclusivamente en el cultivo de algodón «conllevaba ciertos riesgos para las economías campesinas».⁶⁵



Hilado del algodón en Togo.

Y por si fuera poco, las exportaciones de algodón topaban con otro límite: el que suponía la febril competencia que planteaban los hilanderos indígenas, deseosos de hacerse con el preciado oro blanco. Cabe decir en este sentido que Hans Gruner, jefe del puesto administrativo alemán de Misahöhe, informaba en diciembre de 1901 de que, «según ya se ha constatado en otras ocasiones, los artesanos indígenas perjudican los precios de la materia prima, ya que acostumbran a recibir por los productos que elaboran unas cantidades insólitamente elevadas». De acuerdo con lo que señala Gruner, estos hilanderos y tejedores, pese a ser poco numerosos, estaban dispuestos a pagar cien peniques por 1 kilo de algodón limpio — cifra significativamente superior a los cincuenta o sesenta peniques que ofrecían los colonos alemanes.⁶⁶

Estas diferencias de precio muestran que en realidad no logró articularse en ningún momento un verdadero mercado de algodón. De hecho, los comerciantes alemanes que deseaban comprar algodón en Togo debían garantizar formalmente que no estaban dispuestos a pagar cantidades superiores a las estipuladas por la Administración colonial. Las autoridades coloniales crearon en toda África este tipo de mercados sujetos a una estricta regulación y supervisión —y lo cierto es que no tardaron en convertirse en entidades de carácter crecientemente coercitivo con el fin de

torcer las preferencias de los campesinos, que juzgaban más interesante venderle el algodón a la floreciente y más rentable industria algodонера local.⁶⁷

Los colonos europeos no solo competían con los compradores africanos de algodón en rama, también se veían obligados a contrarrestar el ininterrumpido empuje de la industria algodонера doméstica. Como señalaba en 1926 el economista británico William Allan McPhee, todos ellos comprendieron claramente que «uno de los aspectos del problema consistía por tanto en impedir que el suministro de algodón fuera a parar a los telares manuales de Nigeria y pasara a alimentar los telares mecánicos de Lancashire». El objetivo radicaba en sustituir las telas que elaboraban los indígenas por tejidos de importación, en dejar a la población local las manos libres para cultivar algodón y exportarlo a Europa —lección que los reyes del algodón europeos ya habían tenido ocasión de aprender en la India—. Frederick John D. Lugard, un funcionario colonial británico radicado en Nigeria, acariciaba la esperanza de que las manufacturas de algodón de la antigua ciudad textil de Kano (conocida como «el Manchester de África») entraran en declive, lo que facilitaría el incremento de las exportaciones, ya que, «en tal caso», indica, «el algodón de Zaria dejaría de abastecer a los telares de la localidad». Para dismantelar esa industria «se requiere», añade, «un tipo de tejido inglés mejor del que ahora se importa, dado que este desbancará al que elaboran los nativos y provocará que el algodón en rama fluya al mercado». Y lo mejor de todo, concluye, es que «las industrias dedicadas al hilado, el tejido y la tinción de las fibras dan ... ocupación a muchos miles de personas que ahora, una vez provocado el cambio, quedarán en condiciones de convertirse en nuevos productores de algodón en bruto». A juicio de Lugard, la desindustrialización era el requisito previo que debía satisfacerse si se deseaba incluir a este territorio africano, así como a sus habitantes, en la órbita de Manchester.⁶⁸

Un último aunque no menos importante factor ha de tenerse en cuenta: el hecho mismo de que la mayoría de los campesinos africanos continuaran desarrollando su actividad lejos de los mercados internacionales y llevaran una existencia en la que influían muy poco o nada los impulsos de la comercialización significaba que las presiones económicas concebidas para

forzarles a producir cosechas de carácter meramente lucrativo apenas hacían mella en ellos —a diferencia de lo que ocurría, por ejemplo, con los granjeros del interior de Estados Unidos—. De este modo, la preferencia de los ewé por los cultivos mixtos contaba con el respaldo de esa capacidad para seguir practicándola. En la época precolonial, los ewé de Togo habían comprado y vendido algunos artículos en los mercados y participado en actividades comerciales a larga distancia. Sin embargo, las relaciones sociales de tipo capitalista no habían calado en la población sino de forma muy marginal —de hecho, ni siquiera después de la llegada de los alemanes lograron penetrar profundamente en Togo—. Los agricultores de las zonas rurales se resistían a aceptar la lógica de los mercados distantes, prefiriendo ceñirse a las arraigadas y antiguas prácticas locales de intercambio, preservando así la producción de subsistencia que les era propia. Los funcionarios coloniales alemanes lamentaban que «a diferencia de lo que sucede en Estados Unidos, la subsistencia del campesino de estas regiones no depende del cultivo del algodón. Este último no solo se halla siempre en condiciones de echar mano de otros cultivos sino que, al ser sus necesidades extremadamente reducidas, puede vivir sin ningún ingreso en metálico durante largos períodos de tiempo». Si el «temor a la hambruna» —que de acuerdo con las esperanzas de los abolicionistas británicos debía sustituir al «horror al látigo» como factor de motivación en el ánimo de los pueblos colonizados, instándoles a producir cultivos aptos para los mercados internacionales— fracasó en Togo fue debido a la existencia de un gran número de alternativas. Además, los movimientos de resistencia al mercado global revelaron ser asombrosamente persistentes, dado que los alemanes fueron incapaces de instaurar un sistema abusivo de relaciones crediticias.⁶⁹

Antes incluso de que el cultivo del algodón se estancara en Togo, las autoridades coloniales alemanas comprendieron perfectamente el sesgo de estas fuerzas. Comenzaron por tanto a fijarse en las experiencias vividas en otras regiones del mundo con el fin de aprender a presionar a los cultivadores locales y forzarles a incrementar su producción de algodón. Karl Supf, miembro del Comité Económico Colonial, consciente de las tensiones que existían entre el mundo de la subsistencia y la producción para los mercados internacionales, sugirió que el objetivo de las políticas

coloniales debía tratar de «conseguir que los nativos acaben dependiendo económicamente de nosotros». Y una forma de lograrlo, según sus planteamientos, consistía en incrementar los impuestos locales y en permitir que los pagos se efectuaran en algodón. Como alternativa a esta idea, el gobernador de Togo propuso en diciembre de 1903 que se adelantaran pequeñas sumas de dinero a los campesinos, garantizando su devolución con el producto de las futuras cosechas de algodón. Esto dejaría a las instancias gubernamentales en posición de ejercer «una drástica influencia en los nativos, al menos durante un cierto número de años», cosa que a su juicio resultaba «esencial». El gobernador pensaba que la Administración debía buscar explícitamente fórmulas para «presionar a los nativos, ya que estos asumen responsabilidades al aceptar voluntariamente que se les entreguen semillas, cantidades a crédito, sumas adelantadas u otras prácticas destinadas a apoyar el cultivo del algodón». Con todo, a pesar de lo mucho que deseaban obligar a los agricultores, los alemanes descubrieron muy pronto lo difícil que podía resultar el desmantelamiento de los antiguos hábitos, sobre todo porque la presencia del estado colonial alemán, relativamente tenue, dejaba en gran medida intacta la resiliente estructura social de los productores locales —una resiliencia que encontraba su fundamento en el hecho de que los indígenas pudieran seguir disponiendo de toda la tierra que necesitaban—. Ni los ferrocarriles ni los mercados ni la garantía de los precios bastaban para convencer a los campesinos de que abandonaran la agricultura de subsistencia.⁷⁰

Al fracasar los esfuerzos concebidos para que los agricultores de las zonas rurales quedaran entrampados en los sistemas de endeudamiento crediticio, y no disponiendo la Administración colonial de la capacidad de expropiar directamente las tierras de los campesinos, empezaron a juzgarse más atractivas otras formas de coerción. Pese a que Karl Supf, el manufacturero del sector algodonero a quien ya conocemos, recomendara no «presionar más que de forma moderada» a los nativos, el administrador colonial de la zona, Georg A. Schmidt, sugirió en cambio que se les debía «apremiar con fuerza», ya que esa era a su entender la mejor forma de incrementar la producción de algodón. El sistema colonial se dedicó a socavar sistemáticamente los mercados indígenas, estableciendo para ello

un conjunto de precios fijos totalmente desconectados de los que regían en el ámbito internacional, obligando a los agricultores a entregar con toda exactitud el algodón que cosechaban en las condiciones prescritas por la propia Administración colonial, eliminando a los intermediarios, exigiendo a los productores que emplearan únicamente ciertas variedades de algodón, y finalmente, aunque no por ello fuera menos importante, haciendo trabajar a los campesinos a la fuerza. Con esos trabajos forzados no solo se construyeron carreteras, se tendieron vías férreas y se montaron desmotadoras de algodón, sino que las autoridades coloniales tomaron medidas para disponer de un control todavía más estricto tanto sobre la producción de algodón como sobre el comercio de algodón en rama. Los funcionarios locales del gobierno supervisaban la siembra del algodón, trataban de asegurarse de que los labriegos escardaran periódicamente los campos y se cercioraban de que la cosecha se efectuara a su debido tiempo. En 1911, por ejemplo, la Administración alemana llevaba ya creados 47 puestos autorizados para la compra de algodón, distribuyéndolos por todas las regiones dedicadas al cultivo de esa materia prima a fin de contar con la garantía de que la venta de la fibra se efectuara únicamente bajo la atenta mirada de los agentes gubernamentales —y había ocasiones en que eran los soldados quienes asumían la tarea de efectuar la compra del oro blanco—. Un año más tarde, en enero de 1912, la Administración decretó además que toda compañía dedicada al desmotado o la comercialización de algodón estaba obligada a no enviar a los mercados más que a compradores provistos de la correspondiente licencia gubernamental. Los funcionarios coloniales estipularon asimismo que los vendedores tenían que asumir en todos los casos la responsabilidad de separar el algodón de buena calidad de los de categoría inferior. En 1914, las normativas relacionadas con el modo de tratar el algodón se volvieron aun más restrictivas, señalando ahora que podrían aplicarse castigos físicos a todos aquellos agricultores indígenas que las quebrantaran. Con el paso del tiempo, el uso de la fuerza, el recurso a métodos violentos y el empleo de medidas coercitivas irían constituyendo cada vez más el eje de la política alemana.⁷¹

Este afán de coerción pasó rápidamente a convertirse en fuente de un creciente número de conflictos entre los tutores de Tuskegee y los colonos alemanes. Expresándose del modo más directo y explícito posible, Robinson no dejaría de manifestar que juzgaba muy importante compaginar la explotación de los cultivos de subsistencia con los de algodón. No solo abogaba en favor de un desarrollo conjunto del algodón y las cosechas de carácter alimentario, sino que defendía también que dicha asociación de cultivos se verificara «de forma armoniosa». De hecho, sus consejos técnicos eran un reflejo de lo mucho que le preocupaba a Booker T. Washington que los afroamericanos de las zonas rurales se centraran excesivamente en el cultivo del algodón, ocupándose insuficientemente en cambio de garantizar su propia subsistencia. Lo que ocurre es que Robinson no había echado en saco roto el recuerdo de las muchas batallas que habían perdido los libertos de Estados Unidos. En una carta de gran alcance que abarca una excepcional cantidad de asuntos, Robinson opina que «la fuente y el pulso vital de todos los gobiernos reside en el pueblo, y el primer deber de quien gobierna es conservar ese latido y ese origen. Por consiguiente, el pueblo ha de ser su preocupación primera y primordial. Por esta misma razón deseamos transmitir al pueblo la cultura del algodón, ya que no solo es beneficiosa para ellos sino que les permitirá obtener riquezas y aumentar la prosperidad de la colonia». «Ahora bien», prosigue Robinson, «la gente no puede vivir solo de algodón. Hemos de empezar por tanto a enseñarles inmediatamente. En los lugares en que se dediquen únicamente al cultivo del maíz deberemos enseñarles a cosechar una mayor cantidad de mazorcas, procurando que sean también de mejor calidad y asociando el algodón a su cultivo. Y en los campos que ahora consagran al boniato y al algodón deberá mostrárseles cómo conseguir batatas más grandes y fibras más finas». A juicio de Robinson, para conseguir realizar una transición tan progresiva lo fundamental era no ejercer ninguna coerción sobre los campesinos, tratando en cambio de que su implicación en la transformación fuera acompañada «del menor número de conmociones y molestias posible». Sin embargo, la Administración colonial alemana no tardaría en pasar cada vez más por alto tanto los consejos de Robinson como los de sus colegas de Alabama.⁷²

De hecho, en toda África la coerción quedó convertida en un medio cada vez más contundente de obtener algodón. En Costa de Marfil, se forzó a los campesinos a cultivar algodón en campos especialmente concebidos al efecto y sujetos a la supervisión de los funcionarios coloniales de la zona. En el Congo Belga se decretó en 1917 que la producción de algodón era un «cultivo obligatorio», de modo que los campesinos no tuvieron más remedio que cosechar ciertas cantidades predeterminadas para venderlas después a precios inferiores a los vigentes en el mercado. Los agricultores que no producían la suficiente cantidad de algodón se veían penalizados. Y si las labores agrícolas no se realizaban de acuerdo con lo que se había establecido se les aplicaban castigos muy severos —pudiendo por ejemplo ser azotados, entre otras cosas—. En el Sudán francés se obligaba a cultivar algodón a los campesinos con sistemas muy similares. Los labriegos de Mozambique tuvieron que sufrir «palizas y situaciones de degradación sexual ...», ya que esos eran los métodos que el funcionario del gobierno utilizaba para forzar a la gente a producir algodón». El régimen de violencia era tan aterrador que según dos historiadores la palabra «algodón» seguía suscitando entre los nativos —y en una fecha tan tardía como la de la década de 1970— «una respuesta casi automática: dolor».⁷³

Pero en Togo todos estos esfuerzos no lograron más que unos resultados mínimos. Una vez dejado atrás el pico productivo de 1909, el país no volvió a incrementar su producción de algodón —al menos no bajo dominación alemana—. En otros muchos lugares de África, las experiencias que vivieron otras potencias coloniales fueron parecidas. Con todo, las autoridades coloniales alemanas contemplaban con envidia la gran expansión de la producción algodonera que se estaba registrando tanto en el Asia Central como en el occidente de la India, regiones en donde los colonos rusos y británicos habían conseguido reorganizar de forma prácticamente completa las estructuras sociales orientándolas resueltamente a la producción de cultivos lucrativos. Para lograr que una economía pasara a dirigir sus metas a los mercados internacionales sin poner en marcha claros incentivos económicos era preciso reestructurar de forma drástica las relaciones sociales vigentes en el mundo rural —de acuerdo con un proceso que por regla general tardaba varias décadas en culminarse, como en la

India, o que de lo contrario exigía el uso de una violencia extrema, como en las sociedades del sur de Estados Unidos, las Indias Occidentales y Brasil, en las que había existido un claro predominio del sistema esclavista—. Desde luego, los africanos se adaptaron rápidamente al nuevo conjunto de incentivos que se les proponían, como demuestra (si bien en un contexto muy distinto) el caso de los innovadores esfuerzos que realizaron los campesinos de Costa de Oro a lo largo de las décadas de 1890 y 1900 a fin de producir cacao para los mercados internacionales. Sin embargo, no pudiendo aplicar esos incentivos, lo cierto es que los alemanes de Togo no solo no dieron muestras de poseer la paciencia suficiente sino que tampoco manifestaron disponer de las facultades administrativas, económicas o militares necesarias para abreviar el proceso. Habría que esperar a la década de 1920, es decir, a que Francia pasara a gobernar gran parte del territorio de Togo, para que la producción de algodón que la región destinaba a los mercados globales experimentara una significativa expansión —dado que entre los años 1913 y 1938 llegó a triplicarse—. No obstante, resulta muy elocuente el hecho de que la producción de algodón no lograra despegar de verdad sino después de que el país consiguiera la independencia, pues lo cierto es que en la actualidad Togo exporta 38.100 toneladas métricas de fibra al año —es decir, setenta y cinco veces más de lo que generaba en tiempos de la dominación alemana—. Y eso que Togo sigue siendo uno de los países más pobres del mundo.⁷⁴



Los campesinos del Congo belge, obligados a cultivar algodón, c. 1920.

La peripecia que vivió en Togo este pequeño grupo de expertos algodoneiros del Instituto Tuskegee nos habla en realidad de un estado de cosas mucho más general. El encuentro entre un puñado de afroamericanos que una generación antes todavía se encontraban en la esclavitud, las autoridades coloniales alemanas y los agricultores de las zonas rurales de Togo viene a arrojar luz sobre la vasta reorganización que estaba sufriendo a principios del siglo xx el imperio del algodón —y por consiguiente el capitalismo global—. Los estados imperiales habían adquirido una importancia sin precedentes en la estructuración de los mercados internacionales del algodón en bruto, ya que se habían adueñado de inmensas extensiones de tierras aptas para el cultivo del arbusto, valiéndose luego de las poderosas herramientas burocráticas, infraestructurales y militares que habían ido acumulando para movilizar a los braceros encargados de labrar los campos. Además, esos empeños no constituían más que una faceta de sus políticas, que también incluían el cobro de derechos de importación, la aplicación de privilegios imperiales y la adopción de enérgicas medidas de promoción de las industrias nacionales. Las redes globales presentes en el seno del imperio del algodón habían ampliado su radio de acción geográfico, intensificando significativamente su actividad. Los estados moldearon a su gusto dichas redes, demostrando que la formación de los estados y la globalización eran dos aspectos inseparables de un mismo proceso. Los estados se apoderaban de nuevos territorios, facilitaban la incorporación de sus infraestructuras al imperio y movilizaban a grandes masas de trabajadores para hacer producir esas tierras recién conquistadas. Miremos a donde miremos —en el mundo colonial, en Rusia, en Estados Unidos—, el control de la campaña productora de algodón se hallaba cada vez más en manos de un conjunto de imperios y estados-nación muy poderosos.

Desde luego, las potencias imperiales competían entre sí por el control de esos territorios, pero al buscar fórmulas destinadas a lograr que todas las tierras potencialmente aptas para el cultivo de la fibra contribuyeran a los intereses de las industrias metropolitanas también inducirían a los pueblos del conjunto del imperio textil a intentar aprender de sus respectivas experiencias. Los encargados de promover los intereses algodoneiros de

franceses, japoneses y británicos, por ejemplo, observaron de cerca las actividades que estaban llevando a cabo los alemanes en Togo. Enviaron delegados a la zona para entrevistarse con John Robinson. El presidente de la Asociación Británica para el Cultivo del Algodón, J. Arthur Hutton, llegaría a considerar que los esfuerzos que estaban efectuando los alemanes en Togo constituían un modelo para todo aquel que se propusiera cultivar algodón en África. El gobierno francés empezó a controlar las cosechas de algodón que tenía repartidas por todo el globo, y de hecho su consulado en San Petersburgo le informaba con todo detalle de cómo iba evolucionando el cultivo del algodón en el Asia Central —como también hacía el consulado alemán en el caso del Reich—. Pese a que lo que pretendían fundamentalmente todos estos esfuerzos era mantener a las industrias nacionales al margen de las veleidades del mercado mundial, lo cierto es que ellas mismas formaban parte de la renovada conversación global sobre el algodón. El interés común de los manufactureros del sector algodonero —la transformación de la campaña global— no solo era un fenómeno que trascendía las fronteras nacionales sino que durante el período anterior a la primera guerra mundial dio lugar al surgimiento de una incipiente burguesía transnacional, ya que los manufactureros de un amplio conjunto de países comenzaron a reunirse —y ya no con el simple objetivo de examinar los mejores métodos para lograr que los agricultores de las zonas rurales de Egipto, la India u otras regiones alcanzaran a cosechar una mayor cantidad de algodón, sino también con la finalidad de navegar plácidamente por el Nilo o bailar en los salones de Viena.⁷⁵

Al final, las lecciones que se habían aprendido con la reorganización imperial de la campaña algodonera global se extendieron por todas partes, llegando a los lugares más insospechados a lo largo del siglo xx: a la Unión Soviética, a la India independiente e incluso a la República Popular China. Fue el Comité Central del Algodón Indio, controlado en gran medida por integrantes autóctonos, el que finalmente consiguió reorganizar los sistemas agrícolas empleados en el cultivo del algodón indio y adecuarlo mejor a las necesidades de sus fábricas textiles —todo ello a partir de la década de 1920—. Igual de elocuente resulta el hecho de que en 1923 los expertos algodoneros del Comité Económico Colonial Alemán —que no solo

contaban con el apoyo de algunos de los más importantes bancos de Alemania sino con el respaldo de los industriales algodoneros—comenzaran a tomar parte en la industria algodonera del Asia Central soviética. En el transcurso de la primera guerra mundial, y perdido ya el imperio colonial germano, que era el destinatario de sus desvelos, estos especialistas concibieron la esperanza de encontrar una nueva fuente de materia prima para la industria textil alemana. Por otra parte, los soviéticos seguían leyendo con avidez los textos relativos a la producción de algodón colonial que habían publicado sus colegas alemanes antes de la contienda y abrigaban la esperanza de llevar a la práctica sus competencias profesionales. Las órdenes que cursó en 1923 el Consejo de Trabajo y Defensa de Moscú al comité del algodón soviético contenían un conjunto de mandatos prácticamente idénticos a los presentes en los numerosos documentos que los burócratas algodoneros coloniales habían redactado en África, Asia y otras regiones del mundo.⁷⁶



La vanguardia revolucionaria, segunda parte: producción de algodón en el Azerbaiyán soviético, 1937.

Uno de los efectos de la nueva economía política que estaban aplicando los fortalecidos estados-nación imperiales fue la marginación de toda una serie de zonas antiguamente capitales para las redes de intercambio y poder, y no solo en el plano regional sino incluso en el ámbito global.⁷⁷ En todas partes, los estados-nación estaban centrándose ahora tanto en impulsar a sus respectivos núcleos industriales como en las correspondientes economías políticas que era preciso seguir para lograrlo, lo cual dejaba muy poco margen —caso de persistir alguno— para atender las demandas políticas de los productores de materias primas agrícolas (a diferencia de lo sucedido con los plantadores del sur de Estados Unidos, que habían disfrutado de un buen número de ventajas antes del año 1865). De hecho, tras la guerra de Secesión estadounidense, los cultivadores de algodón del mundo entero habían quedado económica y políticamente marginados, ya que había surgido una nueva periferia global en la que millones de granjeros, aparceros, campesinos y trabajadores agrícolas, pese a esforzarse hasta la extenuación para intentar seguir el ritmo de los pasmosos avances del capitalismo industrial, se veían incapaces de participar personalmente en ellos. Las fórmulas específicas que habían permitido incorporar regiones, países e incluso continentes enteros a este nuevo capitalismo industrial agudizaron drásticamente las desigualdades globales, consolidándolas además durante buena parte del siglo xx.

Sin embargo, pese a lo mucho que había aumentado en importancia el papel de los estados-nación y los imperios —como consecuencia directa de la superación del capitalismo de guerra—, el alcance del imperio del algodón continuó siendo tan global como antes. En 1910, por ejemplo, formaban ya parte de él los comerciantes indios que se dedicaban a vender algodón ugandés a Japón. Los antiguos esclavos estadounidenses actuaban como asesores de los colonos alemanes de Togo. Un indio de Madrás que había aprendido el oficio en una fábrica textil germana dirigía ahora una plantación de algodón en el África oriental alemana. Los granjeros de Texas recorrían la campiña congoleña en compañía de un grupo de expertos agrícolas egipcios para explicar a sus anfitriones belgas la forma de expandir la producción de algodón. Los expertos agrícolas rusos exploraban el medio rural de la India, Egipto y Estados Unidos para estudiar los

sistemas de regadío. Y los funcionarios del Departamento Agrario de Japón se dedicaban a observar con todo detenimiento las fórmulas de explotación algodonera del África oriental alemana. En 1913, E. R. Bartley Denniss, un parlamentario que representaba en la cámara inglesa a la población de Oldham, dedicada a las manufacturas de algodón, llegaba con gran perspicacia a la conclusión de que la cuestión del suministro de materia prima había pasado a convertirse en «un problema mundial. Más que ninguna otra, la industria algodonera del planeta ha determinado que las naciones dependan notablemente unas de otras».⁷⁸

Irónicamente, esta nueva geografía del capitalismo global, tan resueltamente erigida por los estados y los capitalistas europeos y norteamericanos, iba a significar también el fin del predominio que Europa y Estados Unidos —los dos ejes gemelos del imperio del algodón— habían ejercido durante más de un siglo. La vasta expansión de la agricultura algodonera, al nutrir a las factorías que habían ido surgiendo por todo el mundo, el número de husos que se hallaba disperso por la campiña global experimentaron un crecimiento astronómico. En 1865 había en el planeta 57 millones de husos en funcionamiento. En 1920 esa cifra se había situado en 155 millones.⁷⁹ No obstante, cada vez era más frecuente que esos husos y telares no elaboraran hilo ni tejieran telas en las ciudades y los campos de la Europa occidental y el norte de Estados Unidos, sino en las poblaciones y las zonas rurales del hemisferio sur.

LA REAPARICIÓN DEL SUR



El ascenso del sur: fábrica textil de algodón en las inmediaciones de Petrópolis, Brasil, *c.* 1922.

La actual Ahmedabad, que se extiende a orillas del río Sabarmati, cerca de la costa occidental india, es una bulliciosa metrópoli de seis millones de habitantes. Es la urbe más importante del estado de Guyarat. Sin embargo, hace solo siglo y medio seguía siendo una población esencialmente medieval, con «sus antiguas y florecientes instituciones ..., como los saraf y los mahajan ..., que controlaban el comercio y la industria; sus antiguos oficios, fundamento de su prosperidad; y sus importaciones y exportaciones, verificadas a lomos de las distintas partidas de bestias de carga que circulan por sus estrechos senderos de tierra, entre altas edificaciones de madera desnuda, hasta cruzar las custodiadas puertas de

sus muros». Pero, como digo, todo eso cambió con los insólitos beneficios y la productividad sin precedentes de una nueva oleada de manufacturas algodonerías indias. El día 30 de mayo de 1861, por primera vez en la historia de la ciudad, Ranchhodlal Chhotalal ordenaba poner en marcha las máquinas de hilaturas de vapor. Pocos años antes, cuando todavía trabajaba como oficinista en un despacho del gobierno, el joven Chhotalal había propuesto la idea de crear un hilandería. Inspirado por la puesta en marcha de un conjunto de fábricas textiles de algodón en Bombay, Chhotalal comprendió que las nuevas tecnologías de la época podían imprimir un sesgo totalmente nuevo a la industria india. Sin dejarse desanimar por la falta de entusiasmo que predominaba entre las clases comerciales de Ahmedabad, Chhotalal encontró finalmente a un grupo de comerciantes y banqueros dispuestos a apoyar su iniciativa. La nueva maquinaria se encargó en Gran Bretaña, y se completó el pedido solicitando además un equipo de mecánicos ingleses. Tras varios meses de espera, las máquinas de hilar de Chhotalal llegaron al fin, dando tumbos en un largo convoy de carros de bueyes.¹

En mayo de 1861, los sesenta y cinco obreros de la fábrica textil de Shapur pusieron a trabajar los dos mil quinientos husos de las instalaciones. Pese a que, por sus dimensiones, la planta no fuese más que un establecimiento de aficionados —incluso valorándola de acuerdo con los criterios vigentes en el Bombay de la época—, había un factor que la convertía en un modelo para futuras inversiones: el hecho de que la fábrica se revelase rentable desde el principio. A comienzos de 1865, Chhotalal había contratado ya a 235 trabajadores adicionales, ampliando la factoría hasta hacerle alcanzar la cifra de diez mil husos, e introduciendo asimismo cien telares mecánicos más.²

El espectacular crecimiento de Ahmedabad, que no tardó en convertirse en una de las localidades más importantes del mundo de entre todas las que se dedicaban a manufacturar algodón de primera calidad, solo parcialmente habría de deberse a esas máquinas británicas de última generación. Las nuevas empresas basaban su éxito en el profundo aprovechamiento de la larga historia algodонера de la ciudad. Los tratantes locales, organizados en gremios, llevaban siglos participando en el

comercio de algodón a larga distancia. Gracias a esta actividad, algunos de ellos habían acumulado importantes cantidades de capital, de modo que al apoderarse los británicos de la población, arrancándosela a la casta de los marathas en 1818, estos mercaderes siguieron desempeñando un papel destacado en el comercio, tanto local como a grandes distancias. Incluso después de que las hilaturas de algodón británicas empezaran a llegar en gran cantidad a la región, desplazando a los manufactureros artesanales de la localidad, muchos de esos comerciantes optaron por incluir en sus operaciones el hilo fabricado en el extranjero, no dejando de proporcionar al mismo tiempo apoyo financiero al sector de las tejedurías domésticas.³

Sin embargo, a pesar del éxito inicial de Chhotalal y de la larga historia algodонера de la región, la mayoría de los comerciantes y de las clases dedicadas a los negocios tradicionales de Ahmedabad se mostraron reacios a invertir en la creación de nuevas fábricas textiles, contentándose de momento con los elevados tipos de interés que recibían por el dinero que prestaban. La transformadora oleada de la construcción de fábricas textiles no inundaría las costas de esta parte de la India hasta la década de 1870. Para entonces, la creciente crisis que se estaba viviendo en la campiña —que dependía fuertemente de las exportaciones— determinó que la rentabilidad de los préstamos de efectivo resultara menos segura, con lo que los habitantes de Ahmedabad que poseían grandes sumas de capital empezaron a poner sus miras en las manufacturas de algodón. Masukhbhai y Jamnabhai Bhagubhai, dos comerciantes jainistas, fueron los primeros miembros de la clase comerciante de Ahmedabad que se atrevieron a dar el salto. En 1877 abrieron la Compañía de Hilaturas y Tejidos de Gujarat, con 11.561 husos y 209 telares. En rápida sucesión, otras familias de comerciantes, cada vez más excluidas del negocio transoceánico, comenzaron a imitar su ejemplo. Como ya sucediera en Europa pocas décadas antes, el antiguo capital comercial había pasado a reinvertirse ahora en las manufacturas textiles —hasta el punto de que el sector no tardó en copar la inmensa mayoría de las inversiones—. Y al igual que en la localidad alsaciana de Mulhouse y otras poblaciones similares, será característico que estos inversores mantengan estrechos lazos entre sí. Los vaisnavas, los vanias y los jaines dominaban la industria. Los miembros de

esas castas institucionalizaron sus relaciones sociales por medio de organizaciones como la Conferencia Jain y el Vaishya Sabha de Guyarat, que contaban entre sus líderes a los dueños de las fábricas textiles de la ciudad.⁴ En 1918, gracias al capital que los comerciantes de Ahmedabad dedicaban a acometer nuevas empresas, las orillas del río Sabarmati empezaron a quedar cubiertas con las 51 fábricas textiles que se habían creado, mientras que por las puertas de la ciudad salían todas las mañanas 35.000 trabajadores dispuestos a esforzarse sin descanso para convertir todas esas inversiones en beneficios.

El mundo no tardó en verse repleto de esos nuevos Manchesters, ya que la expansión del imperio del algodón iba acompañada de un continuo desplazamiento. Las disposiciones espaciales que adoptaba la industria mundial del algodón —y por consiguiente el capitalismo— se hallaban en constante cambio. No solo se cultivaba algodón en todo un conjunto de nuevas regiones del mundo, sino que ahora también se tendía cada vez más a hilarlo, tejerlo y darle un buen acabado en zonas del planeta igualmente inéditas. Los días de un imperio de algodón liderado por los países del Atlántico Norte estaban contados.

El declive que experimentó la relevancia de las manufacturas en el Reino Unido fue el más brusco de todos. En 1860, operaba en el país el 61% de los husos mecánicos del mundo. Sin embargo, en 1900 ese porcentaje había descendido hasta el 43%, situándose en el 34% en 1930. Gracias a las luchas que habían desarrollado los obreros para conseguir unas mejores condiciones laborales, las máquinas británicas también funcionaban menos horas que las de cualquier otra región del planeta. Además, eran por regla general más antiguas, con lo que la cuota de producción global que cubrían se veía aún más reducida —siendo tan solo del 11% en 1932—. En particular, los años de entreguerras fueron un «desastre prácticamente sin paliativos» para la industria británica, a pesar de que un día fuera el taller textil del mundo y de que los tejidos de algodón hubieran sido su exportación más relevante. El número de fletes que partía en dirección a Asia —el mercado más importante de Gran Bretaña— se vino abajo tras la primera guerra mundial: las exportaciones a la India descendieron un 46% en comparación con las cifras de los años anteriores a

la contienda; las destinadas a las Indias Orientales Neerlandesas decrecieron un 55%; y las dirigidas a China un 59%. En consecuencia, la industria británica comenzó a recorrer el doloroso camino de su disolución, y no solo en términos relativos debido a crecimiento de la economía mundial, sino enjugando finalmente pérdidas en términos reales: entre los años 1919 y 1939 desapareció el 43% de los telares británicos; entre 1926 y 1938 perdió asimismo el 41% de sus husos hidráulicos; y de 1920 a 1939 el número de obreros textiles en activo cayó un 45%.⁵

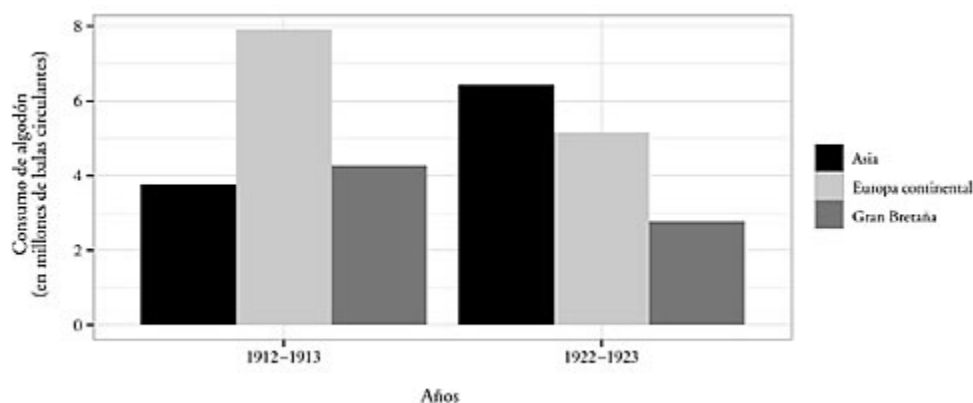
Al ir desvaneciéndose el predominio global de la industria británica, la Europa continental y Estados Unidos lograron conservar hasta 1930 el porcentaje global de husos de algodón que habían tenido hasta entonces, situado en un 30 y un 20 %, respectivamente. No obstante, el predominio que habían ejercido esos países del Atlántico Norte en el imperio del algodón acabaría viéndose truncado a consecuencia del lento pero inexorable ascenso de la industria algodonera mecanizada surgida en la inmensidad del hemisferio sur. De hecho, al llegar la década de 1920, las factorías de algodón de Nueva Inglaterra «se desplomaron ..., agravándose así su desmoronamiento anterior», seguidas poco después por las fábricas de Gran Bretaña. De entre los usurpadores, destaca sobre todo el impresionante empuje de Japón. En 1880, el país apenas contaba con ocho mil husos de algodón. Sin embargo, en 1930, Japón tenía en funcionamiento siete millones de husos, alcanzando en ese momento una proporción del 4,3% en el conjunto global de los husos operativos, inmediatamente detrás de Alemania (con el 6,7%), Francia (6,2%) y Rusia (4,6%). En 1920, Japón apenas disponía del 6,7% de los husos de Gran Bretaña, pero en 1937 esa cifra se había disparado hasta situarse en el 32 %. El país era también el que más invertía en el ámbito de la producción algodonera china, donde la industria estaba experimentando una rápida expansión, pasando de los algo menos de un millón de husos del año 1908 a los casi cuatro millones de 1930. La India se hallaba en una posición similar, aunque había partido de bases ligeramente más sólidas, ya que del millón seiscientos mil husos de 1877 había logrado operar cerca de nueve millones en 1930. En los primeros años del siglo xx, la industria algodonera asiática pasó a ser la de

más rápido crecimiento del mundo, puesto que la actividad textil del globo volvía a asentarse en gran medida en las mismas regiones que le habían dado origen.⁶

El algodón, pese a tener ahora un peso netamente inferior al de épocas pasadas en la economía global —dado que entrábamos en un siglo dominado por inmensas acerías, plantas químicas e industrias de maquinaria eléctrica—, empezó a experimentar un significativo vuelco geográfico, anunciando así, como ya había ocurrido cien años antes, el inicio de la siguiente fase del capitalismo global. Aunque a mediados del siglo XIX muchos europeos estuvieran convencidos de que las maravillas de la industria moderna les estaban exclusivamente reservadas debido a un puñado de factores inmodificables como la climatología o la geografía locales, la superioridad de sus creencias religiosas y su «cultura», o incluso la idoneidad de sus características «raciales», lo cierto es que los desplazamientos geográficos de la primera industria moderna del mundo dejaban comprender claramente a quien quisiera entenderlos que el hecho de atribuir un carácter esencial a la específica geografía global de un determinado momento de la historia del capitalismo no era más que una forma de justificar egoístamente la desigualdad global. Y, de hecho, la historia del imperio del algodón acabaría demostrando que se equivocaban.

Este ascenso de los manufactureros del sector algodonero del hemisferio sur se produjo como consecuencia del cambio que experimentó el equilibrio del poder social tanto en el feudo central del capitalismo industrial como en su periferia. El capitalismo industrial no solo había alterado las estructuras de clase en Europa y Norteamérica, sino también en el hemisferio sur, que no tardaría en asistir al surgimiento de nuevas desigualdades en el poderío y la riqueza de los estados. Dos grupos habrían de desempeñar un papel decisivo en esta centenaria historia: los obreros de Europa y el noreste de Estados Unidos por un lado, y los capitalistas que aspiraban a dominar el mercado algodonero del hemisferio sur por otro. Ambos grupos contribuirían de forma independiente a poner en marcha un par de procesos que se reforzaban mutuamente: la nacionalización de los conflictos sociales y el fortalecimiento de los estados. Al comenzar a organizarse los trabajadores, tanto en el conjunto de Estados Unidos como

en los países de Europa, su acción colectiva trajo consigo un incremento de los costes laborales. Esto determinó que los productores de otras zonas del mundo —en las que se pagaban salarios inferiores— dispusieran de una ventaja competitiva en los mercados internacionales, pese a que la eficacia de sus operaciones fuese muy a menudo inferior. Al mismo tiempo, los capitalistas del hemisferio sur empezaron a respaldar las políticas estatales tendentes a materializar el proyecto de industrialización doméstica que ellos mismos habían concebido. Estos capitalistas se encontraban además en situación de aprovechar el amplio número de obreros que podían contratarse a bajo costo, ya que muchos de ellos se habían visto desplazados de sus regiones de origen debido a la rápida transformación de la campiña. La suma de estas enormes diferencias salariales y de las iniciativas de los estados que promovían activamente su industrialización acabó provocando un vuelco en la distribución geográfica de la explotación algodonera global, haciéndolo además a una velocidad muy superior a la que muchos observadores hubieran considerado posible. En resumen, las reivindicaciones laborales de los obreros del hemisferio norte y la astucia política de los capitalistas del hemisferio sur modificaron el perfil del imperio del algodón, presagiando con ello la nueva división global del trabajo que tan familiar nos resulta en la actualidad.⁷



Consumo fabril de todo tipo de algodón, en millones de balas circulantes.

Al comenzar a afectar los efectos de la acción colectiva de los obreros del sector algodonero a la geografía global de las manufacturas de algodón, tanto en Europa como en Nueva Inglaterra, empezó a verse también que sus esfuerzos eran el reflejo de otra transformación igualmente profunda vivida en este caso a lo largo del siglo XIX: la acción individual y colectiva de los esclavos y los libertos, cuyas luchas habían imprimido un vuelco en la geografía del cultivo del algodón. Evidentemente, los trabajadores de las manufacturas de algodón ya había realizado acciones colectivas antes de la década de 1860, pero tanto a finales del siglo XIX como en años posteriores se produjo un enorme incremento del número de huelgas, sindicatos y partidos políticos de clase obrera —gracias al estímulo que les proporcionaba la cálida atmósfera del estado-nación—, circunstancia que consiguió crear unas condiciones mucho mejores para los trabajadores.

Uno de los numerosos ejemplos que podrían citarse es el de la ciudad de Fall River, en el estado de Massachusetts, ya que era uno de los centros de manufacturas de algodón más importantes de Estados Unidos. A principios del siglo XIX, el fácil acceso a la energía hidráulica había llamado la atención de los empresarios de la región. En 1813, Dexter Wheeler y su primo David Anthony abrieron la Fall River Manufactory —negocio al que no tardaron en imitar una gran cantidad de empresas similares—. En 1837, la ciudad podía enorgullecerse de contar con diez fábricas textiles que operaban gracias a la fuerza de trabajo que le proporcionaban los jóvenes de ambos sexos de la campiña local. Al contar con la ayuda de un cómodo acceso portuario a los mercados de Nueva York, la población de Fall River no tardó en prosperar hasta convertirse en la principal productora de telas estampadas de algodón de todo el país. Entre los años 1865 y 1880, el número de factorías de Fall River se quintuplicó. En el momento de mayor auge de la industria —en torno al año 1920—, la ciudad contaba con 111 fábricas textiles, lo que suponía la octava parte de la capacidad de hilado total de Estados Unidos, trabajando en ellas una legión de obreros textiles de cerca de treinta mil personas —prácticamente tantas como en Ahmedabad.⁸

Los trabajadores de Fall River se organizaron sistemáticamente con el fin de mejorar tanto sus salarios como sus condiciones laborales. Entre 1848 y 1904 estallaron trece grandes huelgas. Algunas de esas protestas, como la protagonizada en 1865 por los operarios de las hiladoras hidráulicas, apenas fue otra cosa que la pugna de un solo oficio en pro de un mejor sueldo, pero otras, como la del año 1904, consiguieron parar durante meses la práctica totalidad de las fábricas textiles de la ciudad. De hecho, la creciente militancia de los trabajadores de Fall River terminaría obligando al Negociado de Estadísticas Laborales de Massachusetts a poner en marcha una investigación formal para encontrar respuesta a la pregunta que había planteado en una carta fechada en 1881 un representante del estado de Massachusetts: «¿Cómo es que la población obrera de Fall River se halla en constante agitación?». ⁹

La militancia laboral de los obreros se debía en parte a las condiciones en que trabajaban y vivían. Las fábricas textiles, como ya ocurriera en la época de Ellen Hootton un siglo antes, seguían siendo lugares ruidosos, contaminantes y peligrosos. Las dimensiones de las factorías, que ahora contaban en muchos casos con el vapor como fuerza impulsora —en sustitución de los mecanismos hidráulicos—, habían aumentado mucho, y muy a menudo abarcaban a un tiempo tanto las operaciones de hilado como las de tejido. Los movimientos de las bobinas, las lanzaderas, las correas de transmisión y las distintas piezas de metal constituían una agresión para los oídos de los niños, las mujeres y los hombres que trabajaban en ellas, por no hablar del polvo de algodón que llenaba el aire y penetraba en sus pulmones, o de los trozos de tela, mechones de pelo, brazos o piernas que frecuentemente quedaban atascados en las máquinas, provocando terribles heridas a los operarios. La jornada laboral, que se caracterizaba por una carga de trabajo muy dura, era poco menos que interminable, lo que dejaba muy poco tiempo libre a los hilanderos y tejedores. Semejante régimen de trabajo seguía teniendo efectos muy profundos en las personas: se estima, por ejemplo, que entre los obreros textiles de la ciudad alemana de Aquisgrán la mitad de los niños fallecían antes de cumplir el primer año de vida, lo que supone una tasa de mortalidad infantil insólitamente elevada. Incluso en épocas de relativa prosperidad, los trabajadores se veían

obligados a aceptar salarios de subsistencia y a vivir en alojamientos atestados y miserables. En 1875, por ejemplo, una investigación del Negociado de Estadísticas Laborales de Massachusetts descubrió en Fall River la presencia de un obrero no cualificado cuya familia, compuesta por siete personas, vivía con un salario anual de 395,20 dólares —lo que significa que se situaba por debajo de los niveles de subsistencia—. Esto obligaba al hombre a completar sus ingresos con el salario de su hija de doce años, que no tenía más remedio que trabajar junto a él en la fábrica. Su familia vivía en un «destartalado» bloque de pisos «de la peor parte de la ciudad». Estaban endeudados hasta las cejas, y el único rayo de esperanza que se abría ante ellos pasaba por el hecho de que el verano siguiente habría en el grupo otro hijo que alcanzaba la edad necesaria para poder ser enviado a la factoría, junto con el padre y la hermana.¹⁰

Para responder a este estado de cosas, los obreros del sector algodonero de Fall River optaron por organizarse. Fortalecidos por la importada cultura de la solidaridad entre los miembros de la clase obrera y por el énfasis en la militancia sindical que habían llevado a la zona los trabajadores ingleses, sus huelgas —muy a menudo violentas— les permitieron obtener un buen número de victorias revolucionarias y abrir camino a nuevas conquistas. En 1866, el sindicato de operarios de hiladoras hidráulicas lideró con éxito una campaña en toda la ciudad para exigir que la jornada laboral se redujera a diez horas. En 1886, ese mismo sindicato consiguió un amplio acuerdo para fijar un nuevo salario a los hilanderos de New Bedford, Fall River y Lawrence, haciéndolo además de acuerdo con una «escala proporcional» basada en una comparación entre el coste del algodón y el precio de venta de los tejidos estampados. Una de las repercusiones de la huelga de 1904, que afectó asimismo a la ciudad entera, fue que las fábricas textiles de Fall River también aceptaron las demandas de los sindicatos de tejedores, aprobando la instauración de un salario de carácter proporcional. De hecho, ya en la década de 1890, los obreros textiles cualificados empezaron a interesarse en crear una organización sindical de alcance nacional, de modo que en el transcurso del medio siglo

siguiente los trabajadores de Fall River optarían unas veces por afiliarse a distintas organizaciones laborales de ámbito regional y otras por crearlas directamente.¹¹

Es más, si los obreros del sector algodonero de Fall River, así como sus colegas de Nueva Inglaterra, consiguieron mejorar sus salarios y sus condiciones laborales, se debió en parte al hecho de que, en su condición de ciudadanos estadounidenses, contaban con una cierta influencia política. Y lo que es más importante, lograron también traducir su derecho al voto en la introducción de mejoras en sus respectivos lugares de trabajo. Tanto en Fall River como en otros lugares, los sindicatos y las huelgas se convirtieron en factores a tener en cuenta en la política, dado que era prácticamente imposible que el gobierno ignorara las demandas de unos trabajadores movilizados y con capacidad de voto.

Por otra parte, la historia de Fall River dista mucho de ser excepcional. En la Francia de principios del siglo XX, el número de huelgas que efectuaron los aproximadamente 165.000 obreros del sector algodonero creció rápidamente. En 1909, por ejemplo —un año de particular profusión huelguística—, hubo 198 huelgas, en las que participaron más de treinta mil personas. También la política francesa acabó viéndose mediatizada por la creciente fuerza de los sindicatos.¹²

En la industria alemana, los obreros del sector algodonero comenzaron a organizarse muy pronto de forma colectiva, nada menos que en la década de 1840. A principios del siglo XX, cerca del 25% de esos trabajadores se hallaba ya sindicado, y en determinadas regiones, como la de Sajonia, el porcentaje era aun más elevado. Dichos trabajadores se mostraban insólitamente politizados —y en la industria algodonera sajona, por ejemplo, «los socialistas gobernaban prácticamente sin oposición alguna»—. August Bebel, una de las mayores figuras de la socialdemocracia alemana, fue elegido miembro del Reichstag gracias a los votos de los tejedores de la región de Glauchau-Meerane, y en 1869, la fundación del Sozialdemokratische Arbeiterpartei (es decir, del Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania) contó con el sólido apoyo de los obreros de las zonas textiles de Sajonia y Turingia.¹³



Huelga textil, 1934: fábrica de Firestone, Fall River.

En Rusia, cerca de medio millón de obreros textiles iban a terminar desempeñando un papel político igualmente determinante, sobre todo durante los movimientos de agitación revolucionaria de los años 1905 y 1918-1919 —gracias a la experiencia acumulada a lo largo de las muchas décadas de actividades y huelgas sindicales—. La primera gran huelga de la industria algodonera rusa se produjo en mayo de 1870, en la fábrica textil de Nevsky, en San Petersburgo, al abandonar su puesto junto a las máquinas nada menos que ochocientos obreros. Dos años después, cinco mil trabajadores dejaban desierta la factoría de Kreenholm. Entre 1870 y 1894 hubo un total de ochenta y cinco paros en la industria textil del algodón, participando en ellos 53.341 obreros. Y entre los años 1895 y 1900 serían 139.154 los trabajadores que secundaran las 188 huelgas ocurridas. Durante la enorme oleada de huelgas que se vivió en 1905, los operarios participaron en 1.008 protestas y consiguieron mejorar sus condiciones laborales, reduciendo la jornada laboral y obteniendo un salario más alto. En 1912, la industria rusa volvió a sufrir los efectos de una nueva oleada de huelgas, en las que intervinieron 135.000 obreros del sector textil; en 1913 fueron 180.000 los trabajadores que secundaron los paros; y en 1914 el número de huelguistas fue de 233.000, dándose además la circunstancia de que algunas de esas reivindicaciones acabaron adquiriendo un tono abiertamente político. En 1917, al volver a registrarse movimientos de

agitación entre los obreros del sector algodonero, sus activistas desempeñarían un papel capital en los levantamientos revolucionarios que presidieron ese año.¹⁴

En la Suiza de finales del siglo XIX los operarios del ramo textil también se movilizaron, aunque de forma menos espectacular que en Rusia. En 1908 fundaron la Schweizerische Textilarbeiterverband (o STAV, según sus siglas alemanas), es decir, la Unión Obrera Textil Suiza, una organización de alcance nacional que abrazaba las ideas socialistas y luchaba para mejorar las condiciones laborales de los trabajadores y conseguirles un mejor salario. En Cataluña eran muchas las fábricas textiles de predominio socialista y anarquista, de modo que la industria algodonera se vio frecuentemente sacudida por el choque entre los dueños de las factorías y los trabajadores, normalmente muy bien organizados. En 1890 hubo varias huelgas generales en demanda de una reducción de la jornada laboral, y estallaron bombas en el domicilio de algunos patronos. Y en 1909, durante la *Setmana Tràgica*, se produjeron violentos levantamientos en Barcelona. En la industria holandesa estallaron igualmente numerosas huelgas en torno al cambio de siglo. De hecho, en 1929, en la localidad de Twente, en la que se hallaba el núcleo de las protestas, el 60% de los obreros del sector algodonero se habían afiliado ya a algún sindicato.¹⁵

En Lancashire, feudo principal de la industria algodonera global, la influencia de los sindicatos y la ampliación nacional de su radio de acción se dejó sentir antes que en ningún otro lugar, sirviendo no solo de inspiración sino de vivero de organizadores para los obreros del sector presentes en otras regiones del mundo, incluyendo Fall River. En 1870, los sindicatos ya habían creado organizaciones nacionales de hilanderos (la Asociación de Hilanderos Unidos), fundando en 1884 otra institución homóloga para los tejedores (la Asociación de Tejedores Unidos). Dos años antes se había creado el Trade Union Congress, esto es, la federación de sindicatos que unía al conjunto de los sindicatos británicos que operaban en todos los sectores de la economía. En la década de 1880, cerca del 90% de los obreros del sector de las hilaturas se hallaban afiliados al sindicato de hilanderos, en el que vertebraban sus reivindicaciones los obreros más especializados de las hilanderías. Es posible que semejante índice de

participación convirtiera a dicha organización en «el sindicato más poderoso del mundo». Sus líderes consiguieron elevar los salarios, mejorar las condiciones laborales y gestionar el desarrollo tecnológico. La de los hilanderos era una de las «organizaciones obreras con mejor estructura y financiación de Gran Bretaña», pues lograron que los trabajadores recibieran primas salariales y se hicieran con buena parte de los incrementos de productividad registrados por la industria entre las décadas de 1880 y 1920. Otra organización, la del Cardroom Workers and Weavers, de mayor tamaño y también algo más difusa y menos comprometida con las prácticas específicas de un oficio en concreto, también obtuvo un conjunto de ganancias significativas para los trabajadores. Según un análisis de datos relativos al año 1890, se observa que en el sector textil algodónero la prima salarial sindical que recibían los obreros cualificados, semicualificados y no cualificados se situaba en torno al 12%, lo que representa un margen bastante significativo que proporcionaba beneficios materiales a los trabajadores sindicados de las regiones algodóneras. Las condiciones laborales seguían obligando a los operarios a trabajar en un entorno húmedo y sofocante y a dedicar muchas horas a la realización de tareas muy duras. Sin embargo, la batalladora y generalizada disciplina de las acciones colectivas que llevaron a cabo los obreros del sector algodónero logró obligar a los empleadores a compartir los beneficios derivados de la creciente productividad industrial.¹⁶

La movilización de los obreros del sector textil no conseguiría en todos los casos mejorar las condiciones locales de vida y trabajo, pero en términos colectivos sí puede afirmarse que los operarios industriales de estas naciones del Atlántico Norte redujeron el horario laboral, mejoraron las condiciones de trabajo, aumentaron los salarios y obtuvieron influencia política —y muy a menudo con el respaldo tácito de unos estados cada vez más fuertes cuya máxima preocupación giraba en torno a la conservación de la estabilidad social y que, además, se hallaban sometidos a las presiones que ejercían sobre ellos unos trabajadores caracterizados por su elevado grado de movilización política, y en algunas ocasiones por su capacidad de ejercer eficazmente el derecho al voto—. El sesgo de los salarios, proclives a converger de forma aproximada en las diferentes economías nacionales,

iba a agudizar esta tendencia, ya que de ese modo, incluso los trabajadores del sector textil que no contaban con una organización tan buena lograron beneficiarse de las movilizaciones colectivas de otros grupos de obreros.¹⁷

En consecuencia, los obreros del oeste y el norte de Europa, así como los de las regiones nororientales de Estados Unidos, comenzaron a dedicar cada vez menos horas al trabajo. En 1903, en la localidad sajona de Crimmitschau, los trabajadores del sector algodonero esgrimieron la siguiente reivindicación: «¡Una hora más para nosotros! ¡Una hora más para nuestras familias! ¡Una hora más para vivir!». Y a pesar de que en demasiadas ocasiones sus demandas no consiguieran alcanzar el éxito, lo cierto es que con el paso de los años se las arreglarían para reducir el número de horas laborales, haciendo que la media anual pasara de las 3.190 horas de 1865 a las 2.475 de 1913. En Francia, la legislación laboral promulgada en 1892 restringiría la jornada laboral de las mujeres a once horas, recortándola todavía más en años posteriores. En enero de 1919, el gobierno español concedió a los obreros del sector algodonero la jornada laboral de ocho horas.¹⁸

Pese a que el número de horas de trabajo disminuyera, los salarios aumentaban. En Alemania, los hilanderos del año 1865 recibían una paga media de 390 marcos al año. En 1913 cobraban 860 marcos anuales, lo que en términos reales significa un incremento del 53 %. En Alsacia los sueldos también habrían de experimentar un «notable» crecimiento entre los años 1870 y 1913. En 1870, los operarios de las hiladoras hidráulicas de Mulhouse habían recibido de 40 a 48 francos cada dos semanas, pero en 1910 llevaban a casa entre 65 y 70 francos por ese mismo período de tiempo, cifra que les doblaba el salario en términos reales. En Rhode Island, la tarifa que cobraban por hora los tejedores varones pasó de los 13,5 centavos de 1890 a los 59,8 de 1920. En el caso de los técnicos que se ocupaban del mantenimiento de los telares, el sueldo creció también, ascendiendo de los 18,4 centavos por hora que cobraban en 1890 a los 79,1 de 1920. Hasta los encargados de cambiar las bobinas de las hiladoras mecánicas, obreros no cualificados que por regla general quedaban excluidos de las organizaciones laborales formalmente constituidas, vieron crecer sus pagas. En 1890, el obrero varón que se ocupaba de cambiar las

bobinas de hilo llenas, sustituyéndolas por otras vacías para que la hiladora continuara su labor, solía cobrar unos 135 centavos diarios. En 1920, su salario había subido hasta los 484 centavos, lo que representa un crecimiento del 50% —aun procediendo al necesario ajuste por la inflación—. Los mecánicos de los telares, más cualificados, también consiguieron cifras que prácticamente duplicaban sus anteriores salarios reales.¹⁹

Los obreros no solo consiguieron mejorar sus salarios y sus condiciones laborales por medio de las acciones colectivas llevadas a cabo en sus respectivos lugares de trabajo, también lograron que los estados-nación, recientemente fortalecidos, promulgaran leyes destinadas a aumentar su bienestar. Alemania puso en marcha un gran número de normas legales favorables a los trabajadores: después del año 1871, al decretarse la escolarización obligatoria, fue imposible seguir haciendo trabajar en las fábricas a los muchachos que aún no hubieran cumplido los doce años, y además las horas de trabajo efectivo de los chicos de menos de catorce años quedaron limitadas en función de la misma ley. En 1910, la legislación estipuló que las mujeres no debían trabajar más de diez horas en días de labor ni más de ocho los sábados, prohibiéndose al mismo tiempo que los niños menores de trece años realizaran cualquier tipo de trabajo. El estado de Massachusetts aprobó la primera legislación laboral en 1836, publicando normas de seguridad en las fábricas en 1877 e ilegalizando en 1898 el trabajo nocturno de las mujeres y los menores, lo que en la práctica supuso el cierre de las factorías por las noches. En Suiza, al igual que en otros lugares, la legislación laboral incrementó los costes del trabajo, dado que en 1877 se limitó a once el máximo número de horas que podían trabajar diariamente los obreros del sector textil, declarándose también ilegal tanto el trabajo nocturno de las mujeres como el trabajo infantil —lo que impidió poner a trabajar a chicos que no hubieran cumplido los catorce años.²⁰

Tras la primera guerra mundial se extendió la práctica de gravar con impuestos a los patronos, demostrando que las potestades administrativas, judiciales y militares del estado, tan vitales para el capitalismo industrial, tenían un coste cada vez mayor. De hecho, las tensiones que desencadenaron el conflicto surgieron fundamentalmente de los estrechos vínculos que había entre el capital nacional, los estados-nación y los

territorios nacionales. La competencia entre los distintos estados —cada vez más poderosos— hallaba su base en la movilización de los ciudadanos, los cuales pasaban así a formar parte de un ejército de masas, y en la recaudación de una serie de impuestos destinados tanto a financiar a esos ejércitos como a producir materiales bélicos. Al verse sometidos a la gran presión que suponía la exacción de dinero y el reclutamiento de personas, los estados se vieron obligados a legitimar su propia conducta y existencia por medios democráticos.

Para los capitalistas europeos y norteamericanos, el hecho de depender de un puñado de estados poderosos —que constituían la principal fuente de su propia fuerza— pasó a convertirse también en su única gran debilidad, dado que esos estados permitían *de facto* que la clase obrera adquiriera poder tanto en el taller de producción como en la política. En realidad, desde el punto de vista de los capitalistas, el estado era una entidad bifronte, al estilo del dios Jano. Por un lado había hecho posible el surgimiento del capitalismo industrial, incluyendo la movilización de mano de obra en la campaña del mundo entero, pero por otro tenía «atrapados» a los capitalistas, ya que los trabajadores se valían de su facultad de influir en la política nacional para mejorar sus condiciones laborales y sus salarios. Por consiguiente, los conflictos sociales que un día tuvieran un carácter fundamentalmente global (como ocurriera al afectar la movilización de los esclavos de Saint Domingue a los intereses de los manufactureros del sector algodonero británico), o local (como sucedió cuando los campesinos indios se negaron a trabajar en las plantaciones de algodón inglesas), pasaron paulatinamente a ser de índole nacional.

Además, unidos a la implacable competencia de precios, los crecientes costes de producción que se registraban en los feudos centrales de la Revolución Industrial —Gran Bretaña, la Europa continental y Norteamérica—, acabaron por desdibujar a su vez las elevadísimas rentabilidades que antiguamente habían generado las manufacturas de algodón. Los manufactureros del norte de Estados Unidos empezaron a quejarse a partir del año 1890 del notable descenso de sus beneficios. Un autor señala que, en las sociedades anónimas, entre los años 1900 y 1911, el pago de dividendos se había estado manteniendo en una horquilla apenas

comprendida entre el 4 y el 6 %, cifras muy alejadas de los beneficios con que habían contado un siglo antes los empresarios británicos. En la industria de las hilaturas de Oldham y Rochdale, en el corazón mismo del Lancashire, el rendimiento medio del capital era bastante bajo: un 3,85% entre 1886 y 1892; y un 3,92 % entre 1893 y 1903; aunque ascendieron al 7,89 % entre 1904 y 1910. Los capitalistas algodoneros británicos, mal acostumbrados por décadas de enormes beneficios, iban a experimentar a lo largo de los años veinte una «rápida caída de los beneficios de las compañías de hilaturas».²¹

En algunas regiones del mundo, los manufactureros respondieron al incremento de los salarios invirtiendo en la mejora de las técnicas de producción. La introducción de nuevos telares y máquinas de hilar permitió aumentar la producción por operario, de modo que en Alemania, por ejemplo, la productividad de las factorías de hilados se multiplicó por más de tres entre 1865 y 1913, sextuplicándose al mismo tiempo en las fábricas de telas. Con estos progresos de la productividad, los salarios pasaron a constituir una porción decreciente de los costes de producción globales. En las hilanderías alemanas, la parte correspondiente a los salarios pasó de suponer un 78% de los costes totales en 1800 a representar el 38% en 1913. En las fábricas de telas, la disminución fue menos espectacular, cayendo de un 77 a un 57%.

Sin embargo, ante la incapacidad de los manufactureros para manipular el precio de otros insumos —y muy en particular el del algodón en rama—, los costes salariales siguieron constituyendo una partida muy importante, ejerciendo por tanto un impacto significativo en la rentabilidad. A fin de cuentas, en 1910, los salarios que se pagaban en China apenas equivalían al 10,8% de los que se cobraban en Gran Bretaña y al 6,1% de los que predominaban en Estados Unidos, con el agravante de que los obreros chinos también trabajaban casi el doble de horas que sus colegas de Nueva Inglaterra: 5.302 horas anuales, frente a las 3.000 de Norteamérica. Esta competencia por la consecución de unos salarios bajos no solo se dio en estas zonas, sino que empezó a repetirse cada vez en más regiones, ya que era una cuestión muy relevante. En la década de 1920, por ejemplo, la

competencia de los productores checos y rusos terminó siendo una amenaza para la industria algodonera alemana. A largo plazo, las factorías de algodón se vieron inmersas en una «carrera por alcanzar el suelo salarial».²²

Los fabricantes intentaron dar respuesta a estas presiones valiéndose de su estrecha relación con los gobiernos estatales, cada vez más poderosos, a fin de aislar a sus respectivas industrias nacionales de la competencia global. La industria algodonera alemana dependía del intrincado régimen arancelario con el que se atendía a las muy concretas necesidades de un específico conjunto de sectores de dicha actividad. Al organizarse (en 1870, fundando por ejemplo la Verein Süddeutscher Baumwollindustrieller, o Asociación de Industriales Algodoneros del Sur de Alemania), los fabricantes consiguieron presionar al estado e instarle a respaldar sus intereses. En este sentido, el periódico *Deutsche Volkswirtschaftliche Correspondenz* argumentaba que las barreras arancelarias constituían el único medio al que podía recurrir la industria alemana para superar las presiones derivadas de las importaciones —ventaja con la que no podían contar en cambio los fabricantes indios ni los chinos ni los egipcios—. Esas protecciones aduaneras también habrían de desempeñar un papel relevante en otros lugares. En 1878 y 1888, Italia consiguió amparar de forma eficaz su mercado doméstico aprobando la imposición de aranceles a los artículos de algodón. En Francia, por orden de los fabricantes de algodón del país, la creación de un conjunto de gravámenes de carácter crecientemente proteccionista llevaba impulsando los beneficios de la industria algodonera nacional desde la década de 1880, especialmente desde el año 1892, tras la aprobación de la ley de tarifas aduaneras Méline.²³ También en Estados Unidos iba a reforzarse el régimen proteccionista en la segunda mitad del siglo XIX. En 1861, la ley de tarifas aduaneras Morrill aumentó los gravámenes que pesaban sobre los artículos de algodón importados, y a pesar de que la legislación arancelaria de 1883 redujo los impuestos a los géneros de algodón más económicos (puesto que se trataba de una calidad que los fabricantes estadounidenses podían producir muy fácilmente), los incrementó en cambio en el caso de las calidades más elevadas —tendencia que habría de continuar con la ley de aranceles de 1890.

Los mercados imperiales también habrían de adquirir una importancia creciente al empezar a rendir dividendos —para algunos— el nuevo imperialismo surgido de las cenizas de la llamada «segunda esclavitud» del siglo XIX. Así se beneficiaron, durante un tiempo, los manufactureros catalanes, que en la década de 1880 consiguieron una mayor protección en su acceso a las colonias que todavía conservaba España, incluyendo el disfrute del monopolio del mercado cubano. Este estado de cosas también respaldó los intereses de los industriales algodóneros rusos al permitirles acceder a los territorios del Asia Central, del mismo modo que protegió a los manufactureros británicos al preservarlos de la competencia india. Tras las demandas de algunos manufactureros del sector algodónero como Edward Atkinson, incluso el gobierno de Estados Unidos optaría por apoyar agresivamente a sus industriales, ayudándoles a acceder a los mercados extranjeros —sobre todo a los de Latinoamérica, ya que ese era el destino de la mitad de las exportaciones de algodón estadounidenses.²⁴

Pese a los denodados esfuerzos que hicieron los manufactureros del sector algodónero de Europa y Nueva Inglaterra para tratar de consolidar la privilegiada posición que habían conseguido ocupar en el imperio global del algodón, lo cierto es que se les oponía una poderosa fuerza contraria: la del incremento de los costes salariales. Al ser consecuencia de las oportunidades y limitaciones generadas por la nacionalización del trabajo y el capital, los crecientes costes laborales abrieron nuevas posibilidades de manufacturación en aquellas regiones del mundo que contaban con una mano de obra más barata y menos sujeta a las regulaciones estatales. En consecuencia, a lo largo del siglo XX el hemisferio sur recibiría con júbilo el retorno de la industria algodónera mundial, invirtiéndose así la pérdida sufrida cien años antes. Al principio, esa transformación apenas resultaría perceptible, hasta el punto de que en una fecha tan avanzada como la del año 1900 seguía siendo poco más que un destello en el horizonte. Sin embargo, en la década de 1920 se había convertido ya en objeto de un amplio debate —un debate que dejaba traslucir una sensación de alarma, sobre todo en Gran Bretaña y Nueva Inglaterra—.²⁵ Por no poner más que un ejemplo, valga decir que el *Times* de Londres informaba en 1927 sobre el surgimiento

del peor maleficio de mala fortuna comercial con el que haya topado [la industria del Lancashire] desde la desastrosa hambruna del algodón que padecimos en la década de 1860, como consecuencia de la guerra de Secesión estadounidense ... El principal factor desencadenante de este alarmante declive ha sido el deterioro de los grandes mercados del Lejano Oriente —India, China, etcétera— ... Y si en 1913 ese Extremo Oriente fue capaz de absorber el 61,6% de nuestras exportaciones de bienes al por menor, en 1925 ese porcentaje había descendido hasta situarse en el 41,8% ... Tanto en la India como en China la producción doméstica ha experimentado un enorme incremento, y en ambos países, la rápida expansión de la industria japonesa —que hasta el momento ha venido operando con una jornada de doble turno y ciento veinte horas de trabajo semanales (a diferencia de lo que ocurre en el Lancashire, que funciona con un máximo de cuarenta y ocho horas por semana)— ha tendido a desplazar a las importaciones venidas de Gran Bretaña.²⁶

Aproximadamente por esa misma época, James Michael Curley, el gobernador de Massachusetts, predecía con argumentos que el tiempo habría de refrendar, que, de no producirse una intervención federal de carácter general, la industria algodonera de Nueva Inglaterra se desmoronaría por completo. En 1935, mientras los representantes de la industria local preparaban una campaña destinada a «comprar productos estadounidenses» con el fin de contrarrestar la amenaza de las importaciones japonesas, Curley se reunía con los fabricantes del sector algodonero que le habían presentado un plan para dar un machetazo a los sueldos que se cobraban en Massachusetts en un nuevo esfuerzo por reducir la gran diferencia salarial existente entre el norte y el sur del país. A pesar de estas protestas, la época dorada de la industria algodonera de las naciones vinculadas al Atlántico Norte había llegado a su fin, puesto que ni su tan cacareada productividad ni sus respaldos económicos estatales podían competir con las abismales diferencias salariales de los estados-nación del hemisferio sur, que se hallaban en plena efervescencia.²⁷

El traslado de las manufacturas de algodón al hemisferio sur se inició en Estados Unidos, como en el caso de otras muchas perturbaciones sufridas por esta industria. A diferencia de lo que sucedió en el Viejo Continente, la clase obrera norteamericana no llegó nunca a alcanzar el grado de nacionalización de Europa. En Estados Unidos, los mercados laborales estaban notablemente segmentados, registrándose enormes diferencias salariales en su propio territorio nacional. Una de las

consecuencias del peculiar acuerdo establecido tras la guerra de Secesión entre los propietarios de esclavos expropiados y los defensores del capitalismo industrial había sido la de permitir que Estados Unidos contara con un hemisferio sur en su propio territorio. Además, Estados Unidos disponía también de su particular clase de capitalistas en ese hemisferio sur, unos capitalistas que, al igual que sus homólogos indios, habían acumulado grandes riquezas con el comercio del algodón en bruto y estaban deseando invertir parte de ese dinero en empresas manufactureras. La excepcional combinación de su extenso territorio con la limitada integración del norte y el sur en términos políticos, económicos y sociales no solo era la envidia de los capitalistas europeos, sino el primer anuncio del destino que también les estaba aguardando, en el plano global, a los industriales del sector algodonero de Europa.²⁸



El imperio contraataca: en su visita a Lancashire, Mahatma Gandhi conversa con unos obreros británicos del sector algodonero, 1931.

En 1910, la industria textil algodonera del sur de Estados Unidos era la tercera más importante del mundo, tras las de Gran Bretaña y los estados septentrionales de la Unión. Esto constituía un asombroso progreso. Al término de la guerra de Secesión, las actividades de los estados de la antigua Confederación en el ámbito de las manufacturas de algodón apenas tenían significación alguna, y en el año 1879 el número de husos existentes

en el norte todavía era diecisiete veces mayor que en el sur. Sin embargo, a partir de esa fecha, las tasas de crecimiento industrial del sur se dispararon: en la década de 1880 fueron de un 17,6% anual, en la de 1890 se situaron en el 19,1%, y en la de 1900 continuaron desarrollándose a un ritmo del 14,3%. Desde luego, en los estados septentrionales de la Unión, la industria algodonera también siguió prosperando, aunque lo hizo con unas tasas característicamente inferiores, situadas en torno al 4% anual. En la década de 1920, las industrias del norte mostraron por primera vez una contracción *de facto*, y en 1925 el sur de Estados Unidos disponía ya de más husos que el norte. En 1965, la relación del volumen de bobinas era de 24 a 1 a favor del sur, consagrándose de este modo un vuelco de tendencia radical.²⁹

La generalizada reubicación de la industria algodonera en el sur de Estados Unidos se había iniciado varias décadas antes, en la Exposición Internacional del Algodón celebrada en Atlanta en 1881. En esa ocasión, se vendió maquinaria a nombre de una entidad llamada «Fábricas Textiles de la Exposición», la cual no tardó en convertirse en una factoría efectivamente operativa. Poco después, respaldados por una inmensa disponibilidad de mano de obra barata y contando además con el apoyo de los gobiernos locales y regionales, muchos manufactureros en ciernes empezaron a abrir nuevas factorías en la zona. La existencia de una legislación laboral laxa, unida a una reducida fiscalidad y a la ausencia de sindicatos gremiales, convirtió al sur de Estados Unidos en una zona muy tentadora para los manufactureros del sector algodonero, dado que era una región, según decía una publicación industrial, «en la que el agitador laboral no tiene el poder de que disfruta en otras partes, y en la que los industriales no se ven sometidos al constante acoso de nuevas e irritantes restricciones». En consecuencia, el período comprendido entre los años 1922 y 1933 asistió al cierre de unas 93 factorías de algodón en Massachusetts. Solo en los seis años posteriores a 1922, ese estado perdió cerca del 40% de su fuerza de trabajo textil. En la década de 1920 a 1930 iba a desaparecer la mitad de las fábricas de algodón de Fall River.³⁰

Lo que explica esta súbita expansión de las industrias textiles en el sur de Estados Unidos no es la proximidad de las fábricas a los campos de algodón. De hecho, los costes ligeramente más bajos que se derivaban del

fácil acceso a la materia prima quedaban compensados por el coste de embarcar los productos terminados para enviarlos a los mercados del norte. El secreto del éxito era la disponibilidad de una mano de obra extremadamente abundante y económica. El desmantelamiento del sistema esclavista y la correspondiente transformación de la campiña habían generado un gran volumen de obreros maleables dispuestos a trabajar por un salario muy bajo en las fábricas de algodón. Al principio se trataba fundamentalmente de braceros rurales blancos, de personas que en otros tiempos habían sido arrendatarios, y solo más tarde comenzarían a llegar los operarios afroamericanos, que en su mayor parte eran antiguos aparceros. Como ya observara un contemporáneo, los cultivadores de algodón sureños abandonaron las granjas «como huyen las ratas de un barco que se va a pique». En vista de este panorama, no es de extrañar que un estudio realizado en 1922 por el Departamento de Industria y Trabajo de Massachusetts revelara que si el salario medio que cobraba por hora un obrero textil de Massachusetts era de 41 centavos, la tarifa vigente en Carolina del Norte fuese en cambio de 29 centavos, o de 24 centavos en Georgia, de 23 en Carolina del Sur y de tan solo 21 en Alabama.³¹

Los reducidos jornales que recibían estos trabajadores alcanzaron cotas todavía más bajas debido a que las factorías de algodón podían echar mano de un gran número de obreros, todos ellos muy jóvenes y perfectamente dispuestos a trabajar por un salario bajísimo —consecuencia directa del escaso nivel de integración nacional de las clases trabajadoras estadounidenses—. En 1905, la edad del 23% de los obreros de las factorías de algodón de los estados del sur se situaba por debajo de los dieciséis años —mientras que en los del norte esa cifra era solo del 6%—. Además, y como consecuencia de que no existía una legislación que se aplicara a toda la nación, la gente trabajaba más horas en el sur —cargas de sesenta y cuatro horas semanales, e incluso de setenta y cinco, no eran nada infrecuentes—. De hecho, la influencia que ejercían los industriales del sector algodonero en los gobiernos de los estados del sur —así como la suspensión de los derechos civiles de una amplia porción de la clase trabajadora local, desposesión que comenzó a practicarse en la década de 1880— permitió la promulgación de una legislación laboral mucho más

laxa que en otros estados de la Unión, constituyéndose así en una característica definitoria de las industrias algodoneras que estaban surgiendo en todo el hemisferio sur. Además, la industrialización algodonera contaba con el sólido respaldo de los gobiernos de los diferentes estados del país, cuyos legisladores y gobernadores se hallaban expuestos a sufrir las consecuencias de la enorme influencia y poder de unos industriales organizados.³²

Conscientes de que sus gastos estaban creciendo y de que sus beneficios menguaban, los capitalistas algodoneros de Europa también tratarían de reinstalarse en regiones con costes salariales inferiores. Sin embargo, ninguno de ellos conseguiría ceñirse estrictamente al modelo estadounidense, ya que no había más países industriales que contaran en su territorio con unas condiciones regionales tan dispares, y desde luego tampoco existía otro que pudiera jugar del mismo modo con las secuelas de la esclavitud. No obstante, hubo algunos intentos de inversión por parte de los británicos, como por ejemplo los registrados en la India. Otras empresas británicas invirtieron en el campo de las manufacturas en el imperio otomano —sobre todo en las inmediaciones de Esmirna y Estambul— además de en Portugal y Rusia. En China no tardaron en adquirir importancia las fábricas textiles de propiedad extranjera, en especial en el caso de tratarse de inversiones japonesas, aunque también despertaron interés las pocas factorías gestionadas por inversores ingleses y alemanes. En Egipto, los empresarios británicos fundaron en 1894 la Compañía Egipcia de Manufacturas de Algodón, seguida en 1899 por la Compañía Anglo-Egipcia de Hilaturas y Tejidos de Alejandría, y un año más tarde por la Sociedad Limitada Egipcia de Fábricas Textiles de El Cairo. Las inversiones francesas adquirieron importancia en la industria algodonera mexicana. En las primeras décadas del siglo xx, los empresarios británicos, belgas y holandeses abrieron fábricas textiles en Brasil. Los manufactureros alemanes del sector textil también invertirían en las regiones caracterizadas por sus bajos salarios. Polonia fue uno de los principales terrenos de inversión para el capital algodonero alemán, sobre todo en la región situada en los alrededores de Lodz —a la que la cámara de comercio de la ciudad sajona de Leipzig consideraba un «vástago de la industria textil alemana, y

especialmente de la sajona»—. Esta «Manchester del Este» iba a conocer un tremendo auge entre los años 1870 y 1914, asistiendo al surgimiento de un conjunto de factorías gigantescas, como la de Carl Scheibler, que tenía en nómina a 7.500 trabajadores.³³



Un ejemplo de la situación reinante en el estado de Carolina del Norte, perteneciente al hemisferio sur global: «Una de las hilanderas de la fábrica textil de Whitnel. Medía 1,30 metros de estatura. Llevaba un año en la factoría. A veces trabajaba por las noches ... Al preguntársele qué edad tenía, titubeó y después dijo: “No me acuerdo”».

Los industriales del sector algodónero de las regiones que antiguamente habían constituido el núcleo duro de la manufacturación textil, tanto en Europa como en Norteamérica, quedaron en un primer momento anodados, para caer después abatidos bajo el peso conjunto de la doble presión que estaban ejerciendo sobre ellos las movilizaciones obreras y los estados democráticos. En su condición de capitalistas, también ellos sintieron la fuerza de atracción de las renovadas oportunidades de inversión que ofrecían las nuevas industrias. Y a la inversa, en el hemisferio sur, quienes poseían capital se percataron enseguida de la rentabilidad potencial del capitalismo industrial, comprendiendo la oportunidad que se les presentaba en sus mismos feudos: la de explotar la disponibilidad de una mano de obra barata. En muchas ocasiones, estos empresarios se vieron arrojados por la presencia de trabajadores con experiencia en la producción textil, y además no solo consiguieron hacerse con la más moderna tecnología del sector, sino que revelaron una gran maestría en la

manipulación de sus propios mercados domésticos, ya que muy a menudo llevaban décadas vendiendo artículos de algodón importados. Como ya ocurriera en el caso de los empresarios de Ahmedabad, también ellos comprendieron que para resultar rentable, el capitalismo industrial necesitaba contar con la ayuda de unos estados fuertes capaces de construir infraestructuras, ofrecer protección a los mercados, hacer respetar el derecho de propiedad y conservar un mercado laboral ventajoso para sus intereses. Al poner en marcha sus respectivos proyectos de construcción estatal, todos ellos habrían de encontrar a un creciente número de activistas dispuestos a valorar —en una época en la que estaban emergiendo los movimientos de independencia nacional—, el poder latente en una economía industrial dinámica. El modelo de capitalismo industrial forjado con tanto éxito en Europa y Norteamérica durante las primeras décadas del siglo XIX levantaba ahora el vuelo en el hemisferio sur —excitando la imaginación de los capitalistas y los creadores de estados y reorganizando la geografía de la economía global.³⁴

Las ideas relacionadas con el capitalismo industrial, inspiradas en el ejemplo británico, habían alcanzado ya los más remotos confines del mundo a principios del siglo XIX. En el transcurso de las revoluciones vividas en Alemania, Egipto, Estados Unidos y México, tanto los estadistas como los capitalistas con visión de futuro de todos estos países —de entre los que cabe destacar a Friedrich List, Mehmet Alí, Tench Coxe y Esteban de Antuñano— habrían de participar en estos debates, extrayendo de ellos las pertinentes conclusiones políticas. A finales del siglo XIX, otros mandatarios y emprendedores de regiones situadas más allá de Europa tomaron igualmente nota de la situación. Al tener que enfrentarse a las presiones que ejercían las importaciones de artículos de algodón en las industrias dedicadas a la elaboración de productos artesanales y desear erigir al mismo tiempo una economía industrial, los hombres de estado y los capitalistas de Brasil, Japón, China y otras naciones comenzaron a buscar formas de sustituir las importaciones por artículos de fabricación doméstica, valiéndose en esta ocasión de una combinación única con la que lograron sumar los mecanismos de la construcción estatal a los esfuerzos dirigidos a la acumulación de capital.



La búsqueda de una mano de obra barata: el industrial alemán Carl Scheibler invierte en la industria algodonera de la localidad de Lodz a finales del siglo XIX.

El debate sobre cómo resistir al imperialismo europeo y cómo aprovechar las nuevas fórmulas de obtención de beneficios mediante el incremento de la capacidad industrial llegó a todos los rincones del mundo. En 1862, un comerciante chino llamado Chenk Kuan-ying publicaba ya un libro titulado *Shengshih wei-yen* (Advertencias a una época aparentemente próspera) en el que abogaba en favor de la industrialización. Treinta y cinco años más tarde, el empresario Zhang Jian seguía sus pasos. Preocupado por el enorme volumen de las importaciones de hilo y tela de algodón, y sobre todo por las cláusulas del Tratado de Shimonoseki de 1895, que permitían la creación de fábricas textiles de propiedad extranjera, Zhang Jian comenzó a defender la industrialización doméstica. Poco después, pasando de las palabras a los hechos, levantó una factoría de hilados en su Nantong natal. «Todo el mundo dice», explicaba, «que las naciones extranjeras se mantienen gracias al comercio. Esto es no ver más que la superficie de las cosas. Lo que la gente no sabe es que la riqueza y la fuerza de otros países se afianza en la industria ... Por consiguiente, hemos de concentrarnos con toda determinación en la promoción de la actividad industrial ... Las fábricas han de diseñarse con el objetivo de que produzcan artículos iguales a las mercancías extranjeras que se venden en grandes cantidades en China».³⁵

Zhang pertenecía a una escuela de pensadores diseminada por todo el hemisferio sur. En China, además de Zhang, dos de las figuras de este movimiento intelectual eran Chen Chih y Hsueh Fu-cheng. Sin embargo,

todos los estudiosos de dicha escuela trataban de concebir sobre nuevas bases el papel que debían desempeñar sus respectivas naciones en la economía global. Se centraban en recuperar los mercados domésticos, revirtiendo así el proceso de desindustrialización, introduciendo en sus países la tecnología occidental y convenciendo al estado —como ya hicieran List, Alí, Coxe y Antuñano— de que le interesaba respaldar la creación de industrias. Argumentando que el progreso industrial traía consigo el desarrollo de la nación, estos pensadores querían que se protegiese a las industrias del impacto de las importaciones. En 1881, la Asociación Industrial Brasileña señalaba que «los competidores extranjeros están combatiendo la producción local de algodones ordinarios, y si no se toman medidas legislativas que auxilien a la industria, todos los esfuerzos y capitales empleados hasta la fecha habrán caído en saco roto». Más adelante, y en referencia explícita al proteccionismo que practicaban Alemania y Estados Unidos, los miembros de esa asociación lanzaban un llamamiento al estado para que apoyara la actividad de las manufacturas en las «tierras jóvenes». Las fábricas textiles eran «un empeño patriótico», ni más ni menos.³⁶ De manera similar, en 1870, y tras realizar un viaje de investigación a Alemania, Inoue Shozo, de la Oficina de Desarrollo Industrial de Japón, llegaba a las siguientes conclusiones:

Quiero que nuestro país iguale a Europa y a Estados Unidos ... Una vez consultada someramente la historia y la geografía mundiales en mi búsqueda del origen de la riqueza, el poderío militar, la civilización y el carácter ilustrado de las naciones occidentales de nuestros días, me he dado cuenta de que la fuente original ha de residir en la tecnología, la industria, el comercio y las transacciones económicas con el extranjero. Con el fin de aplicar estos preceptos y de lograr que nuestra nación sea fuerte y próspera, lo primero que hemos de hacer es informar al pueblo, diciéndole en qué consiste la industria. Una vez conseguido esto podremos manufacturar una gran variedad de artículos y exportarlos, importar los bienes que nos falten, y acumular la riqueza traída de fuera.³⁷

Estas ideas pasaron a convertirse en un puntal de las conversaciones antiimperialistas que venían manteniéndose en la vasta franja geográfica que va de Japón a la India y del África occidental al Sureste Asiático. Lo que esperaban estos pensadores era que los estados-nación fuertes pudieran acceder algún día a brindar protección a los manufactureros locales, construyendo asimismo infraestructuras, movilizando a la mano de obra y

ayudando a los industriales a captar nuevos mercados para la exportación. No deja de resultar irónico que en la mayoría de las ocasiones el nacionalismo anticolonial se nutriera de lecciones aprendidas del propio colonialismo.³⁸



Zhang Jian, promotor de la industrialización china.

Sin embargo, seguía siendo difícil llevar a la práctica todas esas ideas. En primer lugar, los industriales en ciernes tenían que conseguir controlar los resortes del poder estatal, superando a las élites que competían con ellos. En el sur de Estados Unidos, por ejemplo, si los manufactureros del sector algodonero consiguieron dominar la gobernación de los estados fue únicamente a causa de la pérdida de poder que experimentaron las élites esclavistas. En cambio, en Brasil, Japón y otros lugares, la lucha contra las minorías rivales que regían los ritmos agrícolas estaba llamada a prolongarse mucho más tiempo.

A diferencia, por ejemplo, de México —el país más representativo del sector textil de la región—, la industria algodonera de Brasil adoleció de una notable debilidad hasta la década de 1890 —y ello a pesar de la existencia de un significativo mercado para los artículos de algodón, de la acumulación de un abundante capital local y de la afluencia de importantes volúmenes de importaciones extranjeras—. En 1866, no había en Brasil

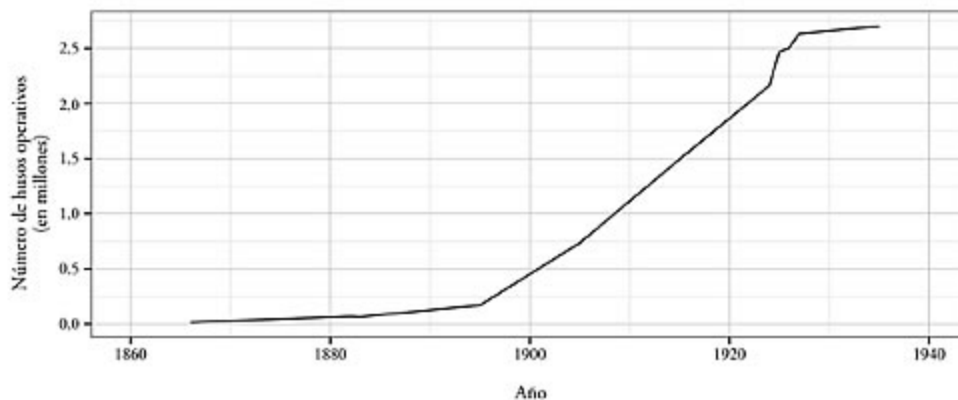
más que nueve empresas de hilaturas y el número de husos era desdeñable, ya que solo contaba con quince mil, dado que la mayor parte de los productos textiles se importaban o se producían en las plantaciones. En el transcurso de las décadas siguientes, el número de fábricas creció muy lentamente, pero después terminó experimentando un auge enorme. En 1921, la industria disponía de 242 factorías algodonerías, con 1.521.300 husos y 57.208 telares, proporcionando empleo a 108.960 personas. El sector continuó prosperando, de modo que en 1927, en vísperas de la Gran Depresión, contaba ya con 354 fábricas textiles.³⁹

Se ha dicho que las tres décadas inmediatamente posteriores al año 1892 constituyeron la edad de oro de las manufacturas de algodón brasileñas. El momento en que las élites manufactureras comenzaron a ejercer una mayor influencia sobre los miembros del gobierno, arreglándoselas para crear políticas favorables a sus intereses —sobre todo en el ámbito de los aranceles—, se produjo en 1888, después de la abolición de la esclavitud. En 1860, el gravamen aduanero impuesto al algodón se había situado en el 30% del valor de las mercancías importadas, lo que es un nivel bastante bajo, mientras que en 1880 se había duplicado, alcanzando cerca del 60%. Más tarde, en 1885, y tras una interminable serie de batallas, se elevó hasta el 100%. En 1886, 1889 y 1900 aumentó todavía más. Las tarifas aduaneras establecidas en 1900 permanecieron vigentes por espacio de tres décadas, creando un mercado protegido que proporcionó inmensos beneficios a los fabricantes. Por consiguiente, en 1920, entre el 75 y el 85% de los artículos de algodón que se usaban en Brasil habían sido hilados y tejidos en el territorio nacional. Así habría de explicarlo un inglés en 1921, no sin cierto pesar: «Hace veinticinco años, Brasil era un mercado excelente para Manchester ... Los primeros artículos en caer fueron los mediocres, y ahora toda la mercancía se manufactura en suelo brasileño, de modo que las únicas calidades que se siguen importando son las más refinadas».⁴⁰

En la década de 1890, los fabricantes brasileños contribuyeron a dar forma al estado, consiguiendo además que se amoldara a sus intereses. Al mismo tiempo, y a diferencia de sus competidores de Europa y Nueva Inglaterra, lograron seguir disponiendo también de una mano de obra

extremadamente económica. La inmensa mayoría de los trabajadores salía «de los orfanatos, las inclusas y los hospicios locales, así como de los grupos de urbanitas desempleados que tanto abundaban en las ciudades». Los talleres de producción se hallaban repletos de mujeres y de niños —incluso de edades tan precoces como los diez años—. En 1920, fecha en que la edad legal mínima para poder tener un empleo en las fábricas textiles se elevó a catorce años, todavía se encontraban chiquillos de edades muy inferiores trabajando en las factorías —y en algunos casos, esas mujeres y esos niños llegaban a dedicar catorce y hasta diecisiete horas diarias a la tarea—. Así lo señalaría con gran cinismo un observador de la época al decir que los niños brasileños entregaban «unos cuantos años de su vida al trabajo, a una edad en que el carácter se está formando y pueden adquirirse por tanto los hábitos regulares propios de la persona industriosa».⁴¹

La mano de obra barata y los aranceles se sumaron al surgimiento de unos mercados más dinámicos. Por un lado, la esclavitud tuvo el efecto de suprimir los mercados internos, dado que muchas plantaciones pasaron a dedicarse a la producción de tejidos ordinarios, y por otro, el flujo de inmigrantes dispuestos a trabajar como mano de obra libre se estancó debido a la competencia que les suponía la existencia del trabajo esclavo. Ahora, consumada la abolición, un enorme número de inmigrantes inundó Brasil y comenzó a comprar productos textiles en los mercados domésticos, secundado por los recién emancipados trabajadores agrícolas. De este modo, Brasil acabó sumándose a México, el principal productor de algodón de la región (cuya industria continuaba expandiéndose debido, en no pequeña medida, a que en toda la nación se aplicaban medidas de protección arancelaria), en la senda de la industrialización algodonera. Desde Brasil, este modelo productivo se extendió a la vecina Argentina, país que asistiría a la inauguración de su primera fábrica textil en 1906. La promoción de la industrialización algodonera también iba a convertirse aquí en un proyecto deliberadamente apoyado por el estado.⁴²



Tras la emancipación de los esclavos, la industria algodonera brasileña levanta el vuelo: número de husos registrado entre los años 1866 y 1934.

Las manufacturas de algodón de Japón experimentaron un crecimiento todavía más explosivo. De hecho, su desarrollo fue de tal magnitud que el país pasó a convertirse, en el transcurso de unas cuantas décadas, en la potencia algodonera industrial más importante del mundo.⁴³ La evolución de los acontecimientos que se vivió en el Japón comparte algunas características con la que conoció Brasil a finales del siglo XIX, ya que a pesar de que ninguno de los dos países se encontrara bajo una dominación colonial directa, las influencias del extranjero determinaban que ambos se hallaran expuestos a sufrir dificultades. Uno y otro tuvieron que hacer frente a la amenaza de una masiva importación de productos textiles. Sus élites inversoras se habían asentado en otra base, la de una política económica radicalmente diferente de la asociada con la industrialización doméstica, pero dichas élites vieron surgir un conjunto de elementos nuevos que no tardaron en alterar tanto las fuentes de sus ingresos como las medidas preferidas por los demás integrantes de su clase social. Con el inicio del siglo XX quedaron en situación de asumir una transformación revolucionaria del estado —una transformación a la que las marcadas diferencias de ingresos entre una y otra clase social no habrían de restar nada de su condición revolucionaria.

En Japón, la historia de la producción mecánica de artículos de algodón arrancó más tarde que en Brasil, aunque los comienzos también habrían de ser aquí poco halagüeños. En 1867, en la ciudad de Kagoshima, en la región de Kyushu, los gobernantes locales del feudo de Satsuma

importaron seis mil husos de Inglaterra. Aproximadamente por esa misma época se fundaron otras dos pequeñas factorías, una en Sakai y otra en las inmediaciones de Tokio. La cuestión es que ninguno de estos innovadores proyectos logró alcanzar el éxito comercial, dado que Japón tenía que hacer frente a la riada de hilaturas de importación que llegaban al país como consecuencia de la forzosa apertura del mercado nacional, impuesta por el Tratado de Amistad y Comercio de 1858.⁴⁴

Al encarar estos fracasos, así como la imparable y creciente oleada de artículos importados de algodón —que ya se había hecho con una tercera parte del mercado japonés—, el gobierno nipón empezó a desempeñar un papel más activo en la promoción de la industrialización algodонера. En 1868, la Restauración Meiji había colocado en el poder a un régimen más centralizado y modernizador, concentrando las fuerzas —hasta entonces dispersas— de las tierras feudales de los samuráis del clan Tokugawa, cuyo sistema de vandalismo había dominado Japón por espacio de 270 años. A partir de la década de 1870, el nuevo estado-nación empezó a poner en práctica una política más activa en el ámbito de la promoción industrial —y en este sentido, las manufacturas de algodón ocupaban el lugar más destacado en la mente de los nuevos gobernantes—. El Parlamento japonés, que era uno de los elementos que integraban la Dieta Nacional, explicaba lo siguiente: «Dado que los japoneses son inteligentes y pueden trabajar a cambio de un salario reducido, han de adquirir mercancías sencillas en el extranjero, añadirles el producto de su trabajo manual, y enviarlas por barco a terceros países» —proyecto al que el algodón se adecuaba maravillosamente bien—. También aquí, como en tantos otros lugares, la presión del imperialismo occidental había inspirado un proyecto nacional basado en las manufacturas.⁴⁵

Desde el año 1879 hasta mediados de la década de 1880, Ito Hirobumi, el ministro del Interior, se dedicó a ampliar la capacidad de las hilaturas domésticas organizando diez fábricas textiles con dos mil husos cada una —todos ellos importados de Gran Bretaña— y poniéndolas en manos de los emprendedores locales en términos muy favorables. Esas factorías fracasaron como empresas comerciales debido a que su volumen de producción era demasiado pequeño para permitir una rentabilidad. Sin

embargo, y a diferencia de los empeños anteriores, estos negocios sentaron las bases para la aplicación de un conjunto de políticas nuevas que acabaron convirtiéndose en otros tantos factores clave para el éxito de la industrialización japonesa: la utilización del algodón chino, mucho más barato que el cultivado en suelo japonés; la adopción de una serie de sistemas de trabajo experimentales destinados a estructurar la industrialización textil japonesa durante un largo período futuro (como el de los turnos diurnos y nocturnos, que proporcionaban a los japoneses una ventaja sobre sus competidores indios en el plano de los costes); y el ofrecimiento de estímulos a los gestores gubernamentales, animándoles a convertirse ellos mismos en empresarios. Además, estas fábricas textiles sirvieron para generar las «raíces ideológicas» necesarias para apuntalar los regímenes de trabajo duro y salarios bajos caracterizados por recurrir a la mano de obra femenina —ya que sus jornales se situaban por debajo del nivel de subsistencia—, por asociarse al profundo compromiso retórico con el cuidado paterno y por ir acompañados de una transferencia de poder de los samuráis y los comerciantes a los gestores políticos y los propietarios de las fábricas.⁴⁶

Uno de los factores que redujeron la conmoción causada por esa rápida industrialización fue la dilatada historia con que contaba Japón en el terreno de la confección de artículos de algodón. Durante siglos, los granjeros japoneses se habían dedicado al cultivo, hilado y tejido de algodón en sus propias casas, tanto para atender el consumo doméstico como para dedicarlo a los mercados locales. En el siglo XIX había surgido en el medio rural una próspera industria de producción a destajo, actividad que en un primer momento habría de recibir un fortísimo impulso de la importación de hilaturas baratas producida tras la forzosa apertura de los puertos japoneses.⁴⁷

En 1880, una vez que las fábricas textiles organizadas por el gobierno hubieron demostrado las posibilidades que ofrecía la hilatura mecanizada de la fibra de algodón, los comerciantes comenzaron a fundar nuevas —y mucho mayores— factorías, respaldados por un estado comprometido con la industrialización doméstica. Ese año, Shibusawa Eiichi, el director del Primer Banco Nacional de Japón, apoyó a la Compañía de Hilaturas de

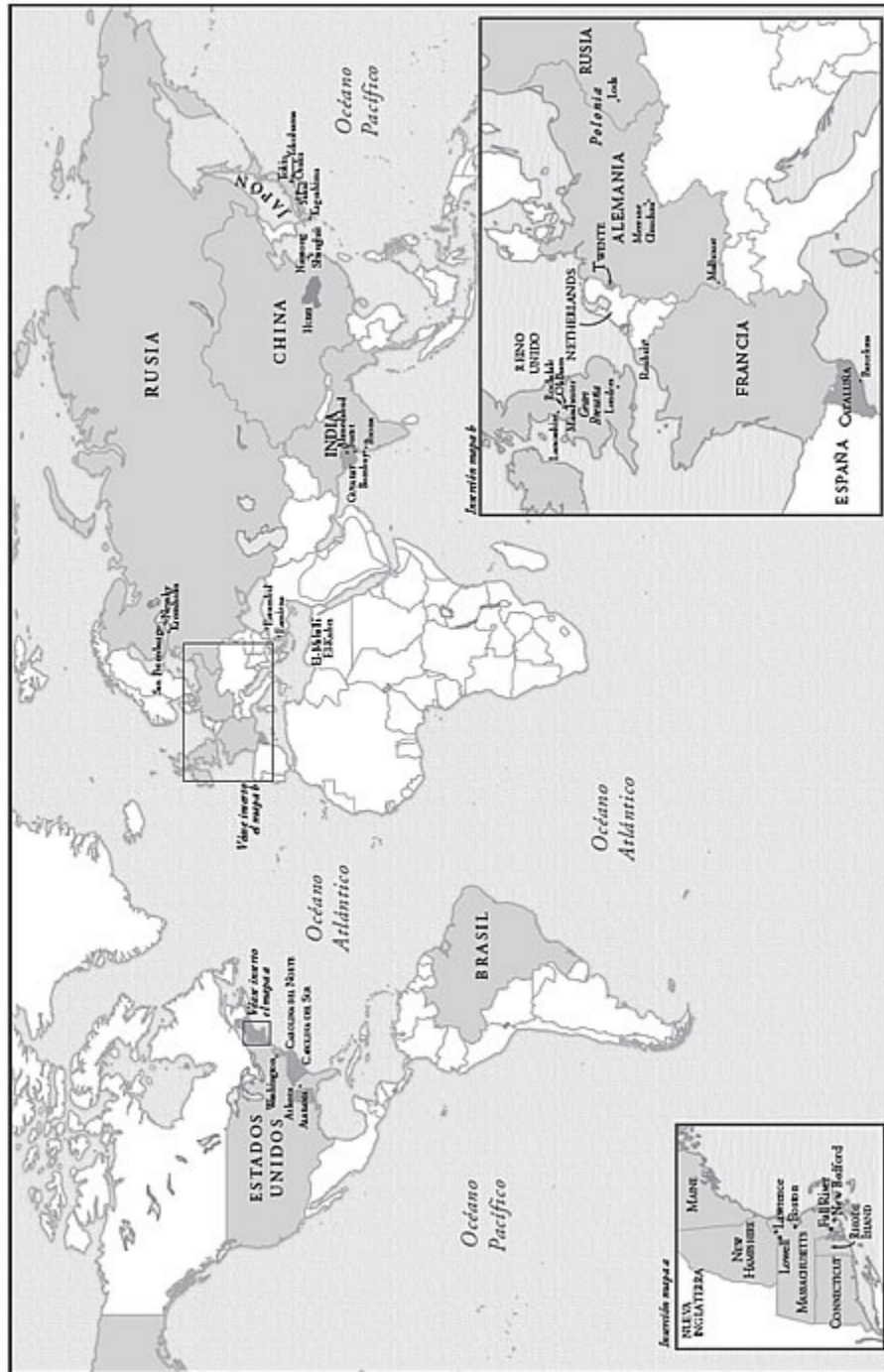
Osaka, comenzando esta a operar en 1883, con 10.500 husos. La empresa se reveló rentable desde el principio. Animados, otros siguieron su ejemplo, abriéndose así varias fábricas textiles de tamaño similar. Valiéndose de ingenieros japoneses formados por expertos ingleses y utilizando el capital de unos cuantos miembros de la aristocracia y de un grupo de comerciantes ricos, esas factorías terminaron convirtiéndose en sociedades mercantiles. Esas nuevas fábricas consiguieron superar a las importaciones británicas, tanto en precio como en calidad. De hecho, ya en 1890, los propietarios de las factorías japonesas comenzaron a dominar el mercado doméstico, y en 1895 las hilaturas manuales habían desaparecido prácticamente por completo. A su vez, esta exitosa industrialización de las hilaturas, permitió la posterior expansión de los telares en la campiña.⁴⁸

No obstante, este capitalismo industrial que se estaba forjando en Japón no era únicamente obra de los políticos nacionalistas: los intereses industriales emergentes habían aplicado una tremenda presión al estado, organizándose desde el primer momento para lograr coordinarse con los miembros de la Administración. La Asociación Japonesa de Hilanderos se constituyó en 1882, transformándose inmediatamente en uno de los grupos de presión más importantes del país e instando al gobierno para que adoptara políticas favorables a la industrialización algodonera, y lo que es más importante, para que suprimiera por un lado el impuesto que pesaba sobre las importaciones de algodón en rama (y que pretendía proteger a los agricultores que lo cultivaban) y pusiera fin por otro a las tasas de exportación que gravaban las hilaturas. En 1888 seguía sus pasos la Asociación de Hilanderos de Algodón del Imperio Japonés. De hecho, los industriales iban a contribuir a la construcción del estado mismo que apuntalaba sus intereses. Y si los capitalistas y los gobernantes consiguieron llevar a la práctica estas lecciones sobre la industrialización fue por la doble razón de haber logrado derrotar los planteamientos de las élites rivales y de no haber tenido que enfrentarse a ningún movimiento democrático de masas lo suficientemente significativo como para poner en cuestión el control que ejercían sobre el estado.⁴⁹

Japón tenía el máximo interés en contar con un estado fuerte volcado en la economía política necesaria para industrializar el país, pero las razones de esa importancia diferían muy notablemente de las que se percibían en Brasil. Al principio, los arbitrios aduaneros no desempeñaron papel alguno en la industrialización de Japón, porque los tratados internacionales que las potencias occidentales habían impuesto al país impedían el proteccionismo, y de hecho no se estableció ninguna barrera arancelaria hasta el año 1911. Con todo, el estado desempeñó un papel clave en la importación de la nueva tecnología, y lo que tal vez sea aún más importante, ayudó a los capitalistas japoneses a acceder a los mercados extranjeros —a los que resultaba posible atender de forma competitiva debido a que los costes laborales de Japón eran extremadamente bajos—. Las autoridades de las prefecturas niponas crearon un conjunto de «laboratorios industriales» dedicados a investigar las necesidades especiales de los mercados extranjeros y proporcionaron a las compañías textiles explicaciones detalladas respecto al tipo de algodón que podría venderse en esos mercados internacionales —tal como habían hecho los gobiernos franceses y británicos en el siglo XVIII—. El estado japonés también reunió datos vinculados con los mercados, constituidos entre otras cosas por informaciones consulares de carácter comercial, exposiciones industriales y misiones mercantiles. Efectuó asimismo averiguaciones mediante «el envío a países extranjeros de estudiosos elegidos con el fin de realizar investigaciones en ciertos ámbitos industriales concretos, la creación de centros en los que exhibir sus productos básicos ..., la fundación de consorcios exportadores a partir de 1906, la formación de inspectores comerciales de 1910 en adelante, y la procura de fondos para que los exportadores pudieran realizar giras por el mundo y campañas empresariales». Además, el gobierno nipón se erigió en garante último de las deudas de todo tipo que era fundamental contraer para que la industria tuviese éxito.⁵⁰



La construcción de una industria algodonera japonesa: Shibusawa Eiichi (1840-1931).



El ascenso del hemisferio sur en el imperio del algodón, 1880-1940.

Si el gobierno japonés adquirió la capacidad de respaldar a los industriales algodóneros locales se debió en parte al hecho de contar con un botín de guerra. En realidad, la historia de Japón demuestra una vez más el estrecho vínculo que existe entre la expansión colonial y el capitalismo

industrial —y que, en efecto, el uno hace posible al otro—. Las reparaciones conseguidas tras la guerra sinojaponesa de 1894-1895 —que consistieron en esencia en la anexión de tierras— se emplearon para subsidiar la industria naval del país, la cual impulsó a su vez las exportaciones de algodón y fortaleció las arcas del gobierno, que pudo así proporcionar créditos a las compañías comerciales domésticas y sobrevivir sin los ingresos generados por los impuestos con los que se habían gravado las importaciones de algodón —unos impuestos que al ser eliminados en 1896 abarataron además los precios de la materia prima que tan esencial resultaba para la industria.⁵¹

Uno de los efectos más determinantes de la guerra fue que contribuyó a proporcionar nuevos mercados —unos mercados que no tardarían en adquirir una importancia superlativa en el proceso de industrialización de Japón—. China pasó a convertirse en uno de los países que más hilo y telas compraban a Japón, una situación llamada a continuar hasta el año 1929, fecha en la que la propia China se dotó de la potestad de imponer aranceles. En 1894, China consumía el 92% de las exportaciones japonesas, y entre los años 1897-1898, las exportaciones de hilo de algodón —que se enviaban fundamentalmente a China— representaban el 28% del total de las hilaturas japonesas. Durante la primera guerra mundial, al quedar fuera de juego los manufactureros británicos, Japón penetró más profundamente que nunca en el mercado chino —consiguiendo unas cifras que no se han vuelto a repetir hasta la fecha—. Además, al descender el volumen de las exportaciones de hilo, las de paños de algodón se expandieron. De hecho, entre 1903 y 1929, más de la mitad de las exportaciones de tejidos de algodón fueron a parar a China.⁵²

En la década de 1920 creció también el porcentaje que suponían las exportaciones de tejidos de algodón a la India, pasando de un 12% aproximadamente en 1926 a cerca de un 50% en 1932. Y una vez más, la presencia de un estado comprometido con la industrialización terminó revelándose de la mayor importancia: el gobierno japonés presionó políticamente a la Administración colonial británica de la India con el fin de facilitar la entrada de los manufactureros nipones en dicho mercado. Al empezar a depender los cultivadores de algodón de la India del mercado

exportador japonés, el gobierno de este último país consiguió negociar unas barreras arancelarias de montante reducido para la importación de artículos de algodón a la India, pese a las objeciones de los fabricantes del Lancashire. Y en 1930, al empezar el gobierno indio a aplicar un trato discriminatorio a esas importaciones procedentes de Japón —en respuesta a las presiones que se ejercían desde Lancashire—, los fabricantes del sector algodonero japonés decidieron boicotear la compra de algodón en rama de la India. Esto supuso un problema para la India, dado que los envíos de efectivo a Londres salían de esas exportaciones. En las negociaciones comerciales indo-japonesas de 1933 se lograron conciliar esas diferencias, lo que permitió que las mercancías que partían de Japón a la India y viceversa fluyeran con mayor libertad. En el bienio de 1913 a 1914, Japón exportó al detalle 6,4 millones de metros de tejido de algodón a la India —y en 1933 fueron 529,5 millones de metros.⁵³

En el éxito de la industrialización japonesa, la disponibilidad de una mano de obra barata tuvo la misma importancia que la existencia de un respaldo estatal. Al igual que los fabricantes de otras regiones, los empresarios del sector algodonero nipón dedicaron largo tiempo a reflexionar sobre el «problema de la mano de obra». Los costes laborales de las fábricas textiles japonesas eran inferiores incluso a los de la India, y venían a representar aproximadamente la octava parte de los que tenía Lancashire. En un principio, las factorías textiles optaron por reclutar a sus obreros en la inmediata vecindad de su propia ubicación. Sin embargo, con el paso del tiempo empezaron depender cada vez más de empresas de captación de personal que se dedicaban a traer trabajadores de localidades más distantes, peinando literalmente el medio rural en busca de familias de agricultores pobres.⁵⁴

Las mujeres fueron las más afectadas por esta expulsión de la campiña que las obligaba a ingresar en las factorías. En 1897, el 79% de los trabajadores que operaban en las fábricas de algodón japonesas eran mujeres. La mayoría de ellas eran muy jóvenes, pues tenían entre quince y veinticinco años —aunque el 15% contaban menos de catorce—. Lo más normal era que empezaran a trabajar a los trece y se retiraran a los veinte, para casarse. Para las mujeres obreras, el empleo en las fábricas era un

período particular de su ciclo existencial, relacionado con la tradición preindustrial de hilar y tejer en el hogar, y muchas veces encontraban motivación en el hecho de considerarlo un esfuerzo para hacerse con unos ahorros con los que constituir la dote. El hecho de que los manufactureros japoneses adoptaran muy pronto las hiladoras continuas de anillo, que únicamente requerían, por lo general, mano de obra no cualificada, facilitó esta enorme afluencia de mujeres jovencísimas a las fábricas.⁵⁵

Estas jóvenes eran objeto de la más extrema explotación. Lejos del amparo que podrían haberles procurado sus familias, la mayoría pasaban la noche en dormitorios contiguos a las factorías —pensiones organizadas por la empresa en las que se las sometía a una estrecha vigilancia y se tomaban medidas disciplinarias—. (En este sentido, las condiciones eran muy similares a las que se habían dado cerca de un siglo antes en Lowell, Massachusetts.) Un estudio efectuado en 1911 descubrió que muy a menudo las trabajadoras compartían una misma cama, disponiendo tan solo de un espacio de 2,5 metros cuadrados. Para frenar los elevados índices de rotación laboral, las empresas adoptaban una retórica paternalista, siguiendo en ocasiones políticas igualmente paternalistas aunque de carácter más sustantivo. Desde el punto de vista de las compañías, la existencia de una escasa distancia entre el dormitorio y el lugar de trabajo, así como el ejercicio del más absoluto control sobre la masa de trabajadores, permitía explotar al máximo su fuerza de trabajo gracias a un sistema de doble turno, de doce horas cada uno, con lo que se exprimía del modo más perfecto la inversión de capital, dado que las máquinas permanecían en constante funcionamiento.⁵⁶

El estado había hecho posible esa competitividad de los salarios bajos al resistirse a promulgar cualquier tipo de legislación destinada a proteger a los trabajadores de las fábricas de la industria algodonera. La Ley de las Manufacturas de 1911 no recibió cláusulas adicionales pensadas para incluir a las mujeres y a los niños que trabajaban en la industria textil hasta el año 1920. La acción colectiva de los dueños de las factorías de algodón japonesas consiguió aplazar cuarenta años la promulgación de una

legislación de amparo laboral —con la indudable ayuda que representaba la circunstancia de que el derecho al sufragio perteneciera únicamente a los varones con propiedades.⁵⁷

La principal estrategia de resistencia de las mujeres a este tipo de condiciones era la fuga —la misma táctica que Ellen Hootton había empleado un siglo antes en la fábrica textil de Eccles en el Lancashire—. La rotación laboral, es decir, el número de abandonos, era tremendo: el 1897, el 40% de los obreros y obreras dejaban las factorías antes de que se cumplieran seis meses desde el inicio del trabajo. En 1900, el número de operarios con más de un año de servicio en las hilanderías de Kansai no llegaba a la mitad. Los patronos respondieron a este tipo de comportamientos cerrando con llave las pensiones por la noche, prohibiendo a las mujeres que salieran del recinto en su tiempo libre, y reteniendo parte de su salario en tanto no hubiesen cubierto cabalmente el período contemplado en sus contratos.⁵⁸

Si la industria algodonera de Japón pudo proseguir su rápida expansión fue gracias a la disponibilidad de esta mano de obra tan extraordinariamente barata y carente del derecho al voto.⁵⁹ En 1902, la producción doméstica había sustituido en gran medida a las importaciones. En 1909, el consumo de algodón en rama de las factorías de hilaturas japonesas era el quinto más importante del mundo. Al concentrarse las hilaturas en grandes fábricas, la actividad de los tejedores, incluyendo la de quienes empleaban telares manuales, continuó prosperando en el medio rural, donde había un gran número de pequeños emprendedores que no solo se dedicaban a organizar el trabajo, sino que finalmente, en las décadas de 1910 y 1920, introdujeron el uso de los telares mecánicos en sus locales, habitualmente de muy reducidas dimensiones. El valor de la producción de la industria algodonera siguió creciendo después, pasando de los 19 millones de yenes de 1903 a los 405 de 1919. Los años comprendidos entre 1920 y 1937 fueron una edad de oro para la industria algodonera japonesa. En 1933, Japón exportó por primera vez más telas de algodón que Gran Bretaña, Francia y Alemania, convirtiéndose en la tercera potencia algodonera del mundo, tras el Reino Unido y Estados Unidos. En 1937, el Japón había logrado captar el 37% de los tejidos de algodón con que se comerciaba en los mercados

internacionales —lo que contrasta notablemente con el mero 27 % de Inglaterra—. Gracias a esta explosión japonesa de las manufacturas de algodón, el conjunto de Asia volvió a convertirse en un exportador neto de artículos de esa fibra, tras un paréntesis de siglo y medio aproximadamente.⁶⁰

En el sur de Estados Unidos, Brasil y Japón, la naciente clase de los manufactureros encontró grandes dificultades para vencer a las élites que competían con ellos y conseguir que el estado respaldara el proceso de industrialización interno. Sin embargo, esos obstáculos palidecen en comparación con los que hubieron de superar los empresarios del hemisferio sur, que tuvieron que enfrentarse a un conjunto de poderosos dominadores coloniales. Esos capitalistas no solo se vieron obligados a luchar contra las élites que les plantaban cara en el seno de sus respectivos países o con otros grupos sociales, sino también con unos sólidos estados imperiales secundados por sus élites económicas —que no solo estaban decididos a preservar su acceso a los mercados coloniales, sino que oponían a sus iniciativas toda una serie de proyectos de industrialización alternativos—. Para sostener esa lucha se vieron en la obligación de cultivar una ideología nacionalista de masas —mucho más que los demás advenedizos del sector algodonero—, y también tuvieron que trabajar de forma concertada con otros grupos sociales. Para ellos, el hecho de depender de la metrópoli colonial en la escena global se traducía muy a menudo en una devastadora debilidad doméstica.

Fijémonos en Egipto, por ejemplo. Pese a ser uno de los países algodoneros más destacados del mundo, además de uno de los primeros en industrializar el sector, lo cierto es que sus esfuerzos por levantar una próspera industria artesanal no cosecharon más que fracasos hasta la década de 1930. Y desde luego no fue porque el país no lo intentara. En 1895, un grupo de capitalistas constituyó en El Cairo la Sociedad Anónima Egipcia para la Hilatura y el Tejido del Algodón, y cuatro años más tarde abrían sus puertas dos nuevas fábricas textiles. No habiendo sido nunca excesivamente rentables, estas factorías sucumbieron bajo el doble peso del impuesto del

8% con el que se gravó el valor de su producción de hilos y tejidos y de la competencia con las importaciones textiles, sobre todo después de que Egipto se convirtiera en un apéndice del libre comercio dominante en el imperio británico. De las importaciones que llegaron a Egipto entre los años 1880 y 1914, entre una cuarta y una tercera parte se debió a los artículos de algodón —hilados y tejidos con los correspondientes beneficios en Gran Bretaña—. Tanto en el país del Nilo como en otros lugares, el estado colonial optó por supeditar el proyecto de la industrialización local a los esfuerzos que él mismo dedicaba a garantizar que los mercados de exportación siguieran en manos de los manufactureros europeos.⁶¹



Los industriales asiáticos consiguen cambiar las tornas: importaciones y exportaciones de hilo de algodón de Japón (en miles de toneladas), 1868-1918.

En el transcurso de la primera guerra mundial, las cosas empezaron a experimentar un cambio paulatino, con lo que la recién creada Hilatura Nacional de Egipto consiguió medrar durante un breve espacio de tiempo. En 1930 volvió a expandirse al descontar anticipadamente los efectos de la reforma arancelaria prevista para ese año —ya que la promovía un movimiento nacionalista cada vez más estridente—. Dicha reforma arancelaria incrementó de manera sustancial los derechos de importación, de modo que no tardó en posibilitar la industrialización doméstica, sobre todo en el sector del algodón. Lo más destacado es que el economista, empresario y fervoroso nacionalista Talat Harb, que había fundado el Banco Misr en 1920, valiéndose del capital de los terratenientes más acaudalados, creó asimismo la Compañía Misr de Hilados y Tejidos a principios de la

década de 1930, que logró expandirse rápidamente al contar con una buena capitalización. En 1945, 25.000 de los 117.272 obreros textiles egipcios hilaban y tejían algodón en esta factoría. Y es que, en efecto, los aranceles habían sido un regalo que el estado había tenido a bien ofrecer a su «naciente burguesía».⁶²

Para los poseedores de capital del conjunto del hemisferio sur, la evolución de Egipto y otras similares constituyeron una señal de que debían crear un estado decidido a respaldar su proyecto de industrialización doméstica, advirtiéndoles al mismo tiempo de que, en las condiciones reinantes bajo el colonialismo, resultaba imposible forjar un estado de ese tipo. La India es, más que cualquier otro país, buen ejemplo de esta afirmación. A primera vista, la India tenía todos los requisitos previos necesarios para una exitosa industrialización algodonera —ya que disponía de mercados, de acceso a la tecnología, de mano de obra cualificada, de salarios bajos y de un amplio grupo de comerciantes con abundante capital—. El subcontinente contaba incluso con la vigilante supervisión de un estado poderoso. La derrota de las élites rivales tampoco demostró ser de una dificultad abrumadora. Sin embargo, al hallarse dominados por una potencia colonial extranjera, los industriales indios tuvieron que bregar con un montón de obstáculos insuperables para moldear el tipo de estado que tan urgentemente precisaban —obstáculos que al final acabaron arrastrándoles a una lucha anticolonial que, a pesar de saldarse con éxito, terminó debilitando el dominio que habían venido ejerciendo hasta entonces sobre los obreros y los campesinos.



El anticolonialismo reorganiza el capitalismo global: Talat Harb, economista nacionalista y promotor de una de las mayores fábricas textiles del mundo en El-Mahalla El-Kubra, Egipto.

Como hemos visto, la industria algodonera india surgió principalmente en algunas ciudades —como Bombay y Ahmedabad— tras los sucesos derivados de la guerra de Secesión estadounidense. Desde luego, la Compañía de Hilaturas y Tejidos de Bombay comenzó a producir muy pronto, nada menos que en 1854, y también está claro que en 1861 había ya en la India doce fábricas textiles dedicadas a las hilaturas. Con todo, la verdadera expansión no habría de materializarse sino después del año 1865, aprovechando los beneficios que los comerciantes indios habían acumulado durante los años en que los precios del algodón se habían situado en niveles extremadamente altos. Los capitalistas indios, a quienes los tratantes europeos —como por ejemplo los Volkart— estaban expulsando progresivamente del mercado del algodón en bruto, reorientaron sus inversiones de capital y las dedicaron a las fábricas textiles. En 1875 habían abierto ya 27 factorías, y en 1897 eran 102 las empresas del ramo que podían contarse solo en la región de Bombay. El número de husos se incrementó vertiginosamente, pasando de los 1,5 millones de 1879 a los casi 9 millones de 1929. Las manufacturas de algodón estaban llamadas a dominar la economía fabril de la India.⁶³

La dinámica clase empresarial del subcontinente aprovechó lo mejor que pudo las ventajas que le ofrecía el estado colonial británico. Los mercados de exportación existentes en el seno del imperio, por ejemplo, habían acabado estando muy cotizados, y buena parte de los mercados del sector se hallaban dentro de la esfera de influencia británica —de hecho, en la década de 1890, el 80% de las hilaturas que se exportaban desde Bombay iban destinadas a China—. ⁶⁴ Este estado colonial también creaba infraestructuras, leyes, normativas y reglamentos que proporcionaban un marco cada vez más denso a la vida económica. Además, al presionar el estado para conseguir que el medio rural quedara plenamente incluido en el sistema comercial fueron surgiendo mercados más dinámicos para los artículos manufacturados, cosa que redundaba en beneficio de los industriales algodoneros indios.

Al principio, los manufactureros del sector algodonero indio también se valieron del estado colonial para la movilización de la mano de obra —a fin de cuentas, los cambios en la campaña arrastraban a un enorme número de obreros tanto a las ciudades como a las fábricas textiles—. Se estima que en 1896 trabajaban unos 146.000 operarios en las factorías indias y que en 1940 eran ya 625.000 —una cifra significativa para un país que apenas disponía de otra producción fabril—. Como en otros lugares, la primera generación de obreros textiles consiguió mantener el contacto con sus aldeas de procedencia. Para muchas familias, el hecho de enviar a uno de sus miembros a trabajar a una fábrica de la ciudad era una estrategia con la que conservar su vínculo con la tierra. En este caso, sin embargo, y a diferencia de lo que sucedía en otras regiones del imperio del algodón, la mayoría de esos trabajadores eran hombres. Las raíces del proletariado indio, al igual que las de su burguesía, residen en el universo del algodón. De hecho, según una opinión generalizada, la disponibilidad de una «mano de obra barata» era la ventaja competitiva que más caracterizaba a la India —y lo cierto es que se trataba de un proletariado surgido, entre otros factores, de las determinantes acciones de un poderoso estado colonial. ⁶⁵

No obstante, y pese a resultar indudablemente crucial para muchos de los aspectos de la industrialización algodonera, el estado colonial de la India era muy particular, y en muchas ocasiones desbarató los sueños de los

empresarios locales —dado que se hallaba, a fin de cuentas, sujeto a las presiones de los estadistas y los capitalistas de Inglaterra, y no obedecía a los intereses de los de la India—. Esta peculiaridad no tardó en manifestarse en relación con la mano de obra. Como en tantos otros lugares, las condiciones de trabajo que reinaban en las fábricas textiles de la India eran terribles. En verano, la jornada laboral se prolongaba por espacio de trece o catorce horas, siendo de entre diez y doce en invierno. La temperatura ambiente de las factorías superaba muy a menudo los 32 grados. Los propietarios de las fábricas justificaban ese estado de cosas argumentando —según un escrito redactado en 1910 por la Asociación de Patronos Textiles de Bombay— que sus obreros eran «meras máquinas del ciego industrialismo, seres carentes de iniciativa propia y de cualquier especial consideración por lo que pudiera depararles el futuro» —unas palabras que habrían sonado extrañamente familiares a los manufactureros europeos que les habían precedido el siglo anterior—. Sin embargo, a diferencia de Japón, y como signo de que los capitalistas indios no podían ejercer sobre el estado, ni de lejos, la misma influencia que sus colegas japoneses, las condiciones de trabajo acabaron mejorando y los costes laborales se incrementaron gracias a la intervención del gobierno. La Ley sobre las Factorías Indias de 1891, aprobada a petición de los manufactureros del sector algodonero de Lancashire, preocupados por la competencia india, limitó el número de horas de trabajo fabril permitidas a los niños. Tanto la legislación laboral promulgada ese mismo año como la de 1911 incluyeron disposiciones adicionales para regular el trabajo infantil y femenino, reduciendo igualmente el número de horas. Pese a que las condiciones de trabajo y los salarios continuaban siendo pésimos, los propietarios de las factorías indias no dejaron de oponerse a esas leyes, quejándose de la escasa productividad de sus obreros y argumentando que los miembros de su clase deberían «oponer la más enérgica resistencia a toda legislación restrictiva que pretenda imponérsenos por la insistencia de nuestros amigos de Lancashire». Sin embargo, su oposición fracasó, ya que no pudo vencer la fuerza de las interesadas protestas de los trabajadores textiles británicos, que se rebelaban contra «la excesiva jornada laboral de las factorías de Bombay y el empleo de niños», ni doblegar las presiones de los patronos

del sector algodonero de Lancashire, que temían por el porvenir de sus mercados de exportación. En las condiciones impuestas por la dominación colonial, el sometimiento de la mano de obra acabó revelándose muy difícil.⁶⁶

Con todo, lo más sorprendente es el excepcional carácter que revestía el estado colonial de la India en relación con la cuestión del acceso a los mercados. En muchos aspectos, su mayor éxito consistió en facilitar el inmenso caudal de artículos de algodón que llegaban al país procedentes de Gran Bretaña, circunstancia que no solo convirtió al subcontinente en el mercado más importante de Lancashire sino que perjudicó gravemente a la industria artesanal india.⁶⁷ Por consiguiente, los procesos de industrialización y desindustrialización se entrecruzaron en el subcontinente —y fue esta naturaleza bifronte del estado indio, fuerte pero atado a intereses extranjeros, la que retrasó y atrofió la industrialización del sector algodonero de la India—. Los capitalistas de este país tenían que compartir los despojos de la transformación que los británicos habían iniciado en el subcontinente, apoyados por un poderoso grupo de capitalistas y estadistas extranjeros.⁶⁸

De Ahmedabad al condado de Rowan, en Carolina del Norte, pasando por Petrópolis, Osaka, El-Mahalla El-Kubra o Veracruz, las élites del hemisferio sur que disponían de abundante capital trataron de subirse al carro de la industrialización algodonera, y al hacerlo comprendieron lo importante que era en el proceso de industrialización el hecho de disponer de unos estados fuertes. Haciendo gala de una perspicacia excepcional, las mencionadas élites detectaron los puntos débiles que empezaba a mostrar el capital europeo y estadounidense destinado al sector algodonero y que hundían sus raíces en la propia existencia de una estrecha vinculación con el estado-nación. Las experiencias de los diferentes países involucrados fueron muy distintas. Mientras en Brasil, el sur de Estados Unidos y Japón los emprendedores lograron su propósito al superar en poder a las élites rivales y forjar después un estado atento a sus necesidades, en Egipto y la India el proyecto de la industrialización doméstica topó con un serio obstáculo: el propio estado colonial. No obstante, siempre que los capitalistas del hemisferio sur consiguieron abrirse un hueco en la industria

algodonera global fue gracias al surgimiento de dos procesos simultáneos: la nacionalización del conflicto social en los países integrantes del núcleo geográfico de la primera Revolución Industrial —circunstancia que incrementó los costes laborales—, y el afianzamiento de unos estados doblemente decididos a favorecer el proyecto de la industrialización doméstica y a mantener bajos los niveles de los costes laborales en el hemisferio sur. Sería en China donde ambos procesos terminarían confluyendo.

La industrialización del sector llegó a China más tarde que al sur de Estados Unidos, Japón, la India o Brasil. Esto no se debió a una falta de experiencia en las manufacturas de algodón ni a la dificultad de obtener algodón en rama ni a la ausencia de mercados o de capital ni a la imposibilidad de acceder a las modernas tecnologías de manufacturación. Como sabemos, China contaba con uno de los complejos de manufacturas de algodón mayores y más antiguos del mundo, y de hecho hasta mediados del siglo XIX, los campesinos chinos fueron los cultivadores de algodón más destacados del planeta, dedicando luego la práctica totalidad de esa fibra a la confección de hilos y telas en el ámbito doméstico. Y en su momento, las hilaturas y tejidos de algodón acabaron siendo las actividades industriales más importantes de China.⁶⁹

Pese a que las condiciones en que se hallaba previamente China fuesen las ideales para acometer el proceso de industrialización algodonero, la mecanización no habría de comenzar sino a finales del siglo XIX. Puede decirse que, hasta cierto punto, el propio dinamismo de las manufacturas algodoneras tradicionales chinas añadió aún más dificultades a esa industrialización. Como también había sucedido en gran parte del cinturón algodonero antes del siglo XIX, el medio rural chino contaba con millones de campesinos que se dedicaban a producir artículos de algodón, bien para su propio uso, bien para los mercados vecinos, siendo muy escasas las presiones que pudieran inducirles a proceder de otro modo. Es posible que a mediados del siglo XIX el 45% de los hogares campesinos todavía se dedicara a la producción de paños. Es más, durante la segunda mitad del

siglo XIX, los imperialistas occidentales empezaron a ejercer presiones en las ciudades portuarias chinas, inundando el país de hilos y telas. Los comerciantes y los gobiernos europeos (junto con los de Estados Unidos) presionaron al estado chino para poder penetrar en sus mercados, consiguiendo en 1877, por ejemplo, que la Convención de Chefoo ampliara su acceso tanto a los puertos marítimos como a los del río Yangtsé, aboliendo además los impuestos internos. «El comerciante extranjero ha aguardado pacientemente durante mucho tiempo la materialización de esos objetivos», argumentaba en 1877 uno de esos comerciantes occidentales. Y en opinión de ese comerciante, continuaba el planteamiento, «dichos objetivos son esenciales ... para el correcto desarrollo de las actividades mercantiles que realiza en China». De hecho, para todas las potencias imperiales la penetración en el mercado era un objetivo político claramente organizado. Por consiguiente, la importación de artículos de algodón a China creció tremendamente: entre las décadas de 1880 y 1910 las hilaturas se multiplicaron por veinticuatro, duplicándose por su parte las importaciones de telas. En 1916, el Departamento de Comercio de Estados Unidos decía de China que era «el mayor mercado del mundo para las hilaturas de algodón», incluso para los fabricantes estadounidenses. En un principio, la inmensa mayoría de los hilos y telas de algodón que se importaban a China procedían de Inglaterra y Estados Unidos. A partir del año 1900, en cambio, las importaciones empezaron a deberse a los fabricantes japoneses.⁷⁰

Esta apertura de los mercados se apoyaba en los usos del poder imperial, es decir, en el hecho de que los estados del Atlántico Norte se hubieran comprometido a dejar penetrar en el ámbito mercantil a sus propios industriales. En 1882, por ejemplo, Estados Unidos había enviado un buque cañonero a Shanghái para respaldar de forma contundente sus intereses algodoneros. Cuatro años antes, Peng Ruzong había fundado una compañía de confecciones —la Factoría Algodonera de Shanghái—, obteniendo en 1882 permiso para disfrutar durante una década del monopolio textil en la zona. Cuando William S. Wetmore, presidente de la compañía mercantil Frazer and Co., de Estados Unidos, empezó a rodearse de inversores chinos para montar una fábrica capaz de hacerle la

competencia, la Factoría Algodonera de Shanghái suplicó inmediatamente al gobierno chino que interviniese en defensa de sus intereses. Se cursaron órdenes de arresto falsas para los dos principales inversores chinos de la compañía estadounidense, forzándoles a los dos a buscarse un escondrijo. El recién nombrado ministro estadounidense de asuntos chinos decidió que había llegado la hora «de dejar claro a los chinos que somos un gobierno con el poder necesario para hacer valer los derechos que nos asisten por tratado». La corbeta norteamericana *Ashuelot* quedó rápidamente fondeada para pasar el invierno en Shanghái, en respuesta a una orden expresamente aprobada por el propio presidente Chester A. Arthur.⁷¹

El hecho de verse confrontadas a una riada de importaciones y a las tentadoras perspectivas de beneficio que prometía la producción mecanizada de los artículos de algodón, unido al deseo de fortalecer al estado chino respecto de las potencias imperiales occidentales, hizo que las élites de vocación modernizadora —tanto las pertenecientes a la burocracia estatal como las incluidas en los círculos capitalistas— comenzaran a favorecer el proyecto de la industrialización doméstica. Por inverosímil que parezca, para materializar ese proyecto, las mencionadas élites optaron por formar equipo con una serie de aliados insospechados entre los que figuraban algunos empresarios extranjeros —sobre todo japoneses— que habían realizado, en su constante búsqueda de una mano de obra lo más barata posible, fuertes inversiones en la industria algodонера china. Juntos pusieron en marcha una de las industrias de algodón de más rápido crecimiento del mundo.

Como ya hemos visto, la primera fábrica textil china moderna, la Factoría Algodonera de Shanghái, inició sus operaciones a principios de la década de 1880. Al principio, la industria se desarrolló con lentitud. En 1896 había solo doce factorías con 412.000 husos. Dos décadas más tarde, el número de fábricas se había elevado a 31, con algo más de un millón de husos. Después vino la primera guerra mundial, que desempeñó en la industrialización algodонера de China —y, en términos más generales, en la del conjunto de Asia— un papel similar al que ya tuvieran, ciento veinticinco años antes, las guerras napoleónicas respecto de la Europa continental. Sus efectos proteccionistas dieron lugar a un explosivo

crecimiento de la construcción de factorías, de modo que en 1925 había ya 118 fábricas textiles en las que operaban más de tres millones de husos y trabajaban 252.031 obreros —la mitad de ellos solo en Shanghái—. Después del año 1914, el ritmo al que crecieron las manufacturas de algodón en China fue de hecho el más rápido del mundo. Entre 1913 y 1931, el número de husos se incrementó en un 14% en todo el globo —pero en China se disparó nada menos que un 297%, lo que supone un índice de crecimiento veinte veces superior—. Si tomamos como base el año 1913, en 1931 el número de husos de China creció un 397 %, el de Japón un 313 %, el de la India un 150 % y el de Estados Unidos un 106 %, mientras que el de Rusia decreció en un 99%, el de Gran Bretaña en otro 99% y el de Alemania en un 97%. Lo mismo sucedió con los telares mecánicos: entre 1913 y 1925 el número de estos aparatos se multiplicó por más de tres en China y anduvo cerca de triplicarse en Japón, decreciendo en cambio en Gran Bretaña.⁷²

A principios de la década de 1920, las manufacturas de hilo de algodón habían logrado una posición dominante en el mercado doméstico, de modo que en 1925 China quedó en situación de exportar un volumen de manufacturas de algodón superior al que importaba. En 1937 volvía a ser autosuficiente en hilaturas y artículos de algodón: en el año 1875 el 98,1% del hilo confeccionado en China todavía se hilaba a mano. Sin embargo, en 1931 solo el 16,3% de las hilaturas se elaboraban de ese modo, de manera que el resto, hasta completar el 100 %, procedía prácticamente en todos los casos de las factorías chinas. El algodón había pasado a ser la industria fabril más importante de China. Según dijo en su momento el escritor Chong Su, «Shanghái se está convirtiendo rápidamente en el Manchester de Extremo Oriente».⁷³

Esta industria se basó, como en otros lugares, en la mano de obra barata. De hecho, en China la fuerza de trabajo salía más económica que en cualquier otra parte del mundo, incluyendo Japón. En 1916, al elaborar el Departamento de Comercio de Estados Unidos un informe sobre la situación reinante en las fábricas textiles, se descubrió que había decenas de miles de obreros trabajando día y noche, en turnos de doce horas, disponiendo únicamente de un descanso de otras doce horas los domingos.

La paga que recibían al día equivalía a unos diez centavos de dólar. Con una jornada laboral «más larga que en cualquier otro país del mundo», y sin dejar constancia en los registros de la realidad del trabajo infantil, China era el país que tenía los costes de producción más bajos del planeta. Hasta los dueños de las factorías textiles de Bombay temían la competencia china, sobre todo porque, a diferencia de lo ocurría en el subcontinente, la industria china, señalaban, «disfrutaba de una perfecta inmunidad respecto de cualquier legislación concebida para restringir las prácticas de las fábricas».⁷⁴

Incluso en un contexto ya previamente definido por la mano de obra barata, los manufactureros chinos mostraban una clara preferencia por los obreros de menor coste: las mujeres y los niños. En 1897, el 79% de los operarios de las factorías de hilado eran mujeres y el 15 % chicos y chicas menores de catorce años. Si con anterioridad al siglo XIX, como ya hemos dicho, no resultaba posible llevar mujeres a trabajar en las fábricas, en la década de 1890 se produjeron una serie de cambios en el medio rural —provocados fundamentalmente por las importaciones baratas de hilo de algodón— que permitieron contar con las mujeres como mano de obra. Fuesen hombres o mujeres, los emigrantes procedentes del campo pasaron a constituir el núcleo principal de la fuerza de trabajo —y muchas veces tras haber sido contratados directamente en la campaña en unas condiciones acompañadas de un significativo grado de coerción—. Los trabajadores varones que contaban con privilegios en el seno de las factorías —a los que se conocía con el apelativo de «números uno»— eran los encargados de reclutarlos a cambio de «regalos». Era frecuente que se comerciara con los operarios, sobre todo en el caso de las mujeres, ya que las familias que se veían en situación de pobreza extrema vendían a sus hijas como mano de obra para las fábricas, pese a que sus jornales se hallaran controlados, al menos parcialmente, por terceras personas —un estado de cosas que se parecía muy notablemente a la situación de los braceros sometidos y de la que resultaba muy difícil zafarse.⁷⁵

Otro factor decisivo para el ascenso de la industria algodonera china fue el respaldo del gobierno. Los burócratas del estado creían que China necesitaba fábricas textiles para poder soportar las presiones extranjeras de

modo que utilizaron sus facultades estatales, pese a ser limitadas, para proporcionar un apoyo estratégico a dichas empresas. Como ya ocurriera en Japón y otros lugares, lo hicieron obedeciendo en parte a las presiones de unas élites económicas urbanas cada vez mejor organizadas y movilizadas. El estado chino contribuyó a mantener a raya los costes laborales, reprimiendo la acción colectiva de los obreros con una fuerte presencia policial, e incluso militar, en las fábricas textiles. En la década de 1920, los propietarios de las factorías de Shanghái, apoyados por Chang Kai-shek, el dirigente del Kuomintang, consintieron el asesinato de miles de cabecillas sindicales de tendencia izquierdista. Sin embargo, el estado también tenía importancia en otros aspectos. A veces concedía derechos de monopolio a determinadas empresas con el fin de atraer capital, y de cuando en cuando ofrecía lo que un autor ha denominado «capital burocrático» para permitir que se pusiera en marcha una fábrica. Los gobiernos provinciales prometían un régimen fiscal moderado así como la procura de otros apoyos, proporcionando también préstamos e incluso máquinas. No obstante, los medios financieros del gobierno eran muy limitados, y por consiguiente su poder también se revelaba reducido, sobre todo tras la derrota sufrida en la guerra librada en 1895 contra Japón, que obligó a China a soportar la losa que suponía el pago de las indemnizaciones. De ese modo, los industriales chinos no consiguieron empezar a competir con eficacia sino en las décadas de 1920 y 1930, período en el que los nacionalistas chinos lanzaron un llamamiento al boicot de las mercancías japonesas, y sobre todo después del año 1929, al recuperar China la capacidad de imponer barreras arancelarias, facultad que había perdido en 1842.⁷⁶

A diferencia de lo ocurrido en Japón, o en este mismo orden de cosas, también en otras partes del mundo, las inversiones que los chinos efectuaron para poner en marcha sus fábricas textiles se combinaron con las inversiones internacionales —siendo finalmente desbancadas por estas últimas—. La razón que explica que se produjera esta penetración excepcionalmente profunda del capital extranjero radica en la propia debilidad del estado chino: como ya hemos visto, el Tratado de Shimonoseki, que en 1895 puso fin a la primera guerra sino-japonesa, permitía explícitamente el establecimiento de fábricas textiles de propiedad

extranjera en China. Dos años después abría sus puertas la primera factoría de esas características, y en 1898 Shanghái contaba ya con cuatro plantas algodonerías de capital foráneo. Muchas más habrían de seguir sus pasos. Algunas de esas fábricas se crearon con capital y competencias técnicas traídos de Gran Bretaña y Alemania, pero la inmensa mayoría eran de origen japonés.

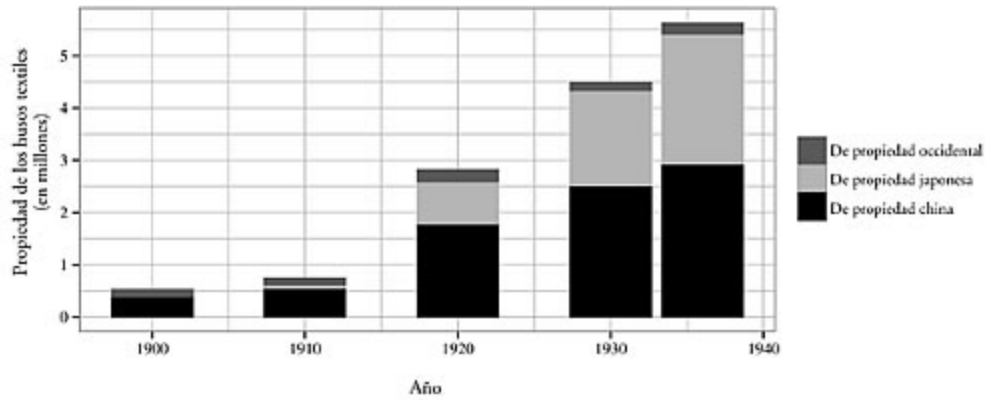
Al final, la industria algodонера japonesa consiguió crear un complejo propio de producción de bajo coste laboral al otro lado del mar de China oriental, procediendo igual que los alemanes en Polonia o los manufactureros de Nueva Inglaterra en las regiones del sur de Estados Unidos. La primera fábrica de propiedad japonesa se inauguró en 1902 en Shanghái, impulsada por unos costes laborales que apenas representaban la mitad de los que le habría supuesto operar en Japón. Los trabajadores chinos no gozaban de una sola de las concesiones paternalistas a su bienestar de que disfrutaban cada vez más los obreros nipones. Estas inversiones permitieron que las fábricas textiles de propiedad japonesa fueran el sector de más rápida expansión de toda la industria algodонера china, de manera que en 1925 prácticamente la mitad de la capacidad productiva de China en el terreno de las hilaturas se debía a la actividad de empresas de capital extranjero —pertenecientes, en su abrumadora mayoría, a inversores japoneses.⁷⁷

Si tenemos en cuenta la importancia de los estados en la economía política del capitalismo industrial, así como la arremetida comercial de un creciente número de potencias imperiales como Estados Unidos y Alemania, no resulta sorprendente que las élites económicas del hemisferio sur aspiraran a forjar también ese tipo de estados. Sin embargo, tanto los estadistas como los capitalistas europeos y estadounidenses se resistieron a la materialización de ese proyecto, pasando así a aumentar todavía más la dependencia que ya les unía a sus respectivos estados —unos estados fortalecidos por el proyecto colonial y que ahora debían incluir entre sus tareas las relacionadas con la contención de un conjunto de movimientos anticoloniales cada vez más dinámicos—. El pulso subsiguiente no solo

reveló ser feroz y violento sino que puso a los incipientes manufactureros del hemisferio sur global en una situación fundamentalmente distinta de la que habían tenido que encarar un siglo antes sus homólogos de Estados Unidos y la Europa occidental. Y dado que sus oponentes —los poderosos estados del Atlántico Norte, estrechamente vinculados a un buen número de capitalistas pudientes— eran tan sumamente fuertes, los nuevos emprendedores se vieron obligados a cimentar coaliciones con los distintos grupos de trabajadores y campesinos existentes en sus propias sociedades —dado que estos no solo se movilizaban cada vez más, sino que disponían de un radio de acción crecientemente nacional—. Y como no podían combatir a un tiempo en el frente extranjero y en el popular interno, la dependencia que desarrollaron estos empresarios respecto de los grupos sociales subordinados mientras se verificaba el proceso de construcción estatal es el elemento que viene a distinguir la senda que siguieron para culminar su industrialización de la que hubieron de cubrir sus colegas europeos o estadounidenses. El legado del colonialismo iba a seguir constituyendo una poderosa influencia mucho después de alcanzada la independencia, a pesar de que la descolonización acabara convirtiéndose, posiblemente, en el acontecimiento singular más significativo de la historia del capitalismo del siglo xx.

Al ir creando las condiciones propicias para la industrialización algodonera —y para la industrialización en general—, los comerciantes con abundante capital, los banqueros y los respectivos gobernantes de los países del hemisferio sur irían desarrollando también una crítica devastadora del colonialismo. Los empresarios de Shanghái, El-Mahalla El-Kubra, Ahmedabad y otros grandes centros productivos comprendieron que tenían la urgente necesidad de un estado dispuesto a atender sus intereses —de modo que su consecución les llevó a oponerse abiertamente a las potencias extranjeras—. ⁷⁸ Los capitalistas algodoneros indios fueron de lo más elocuentes, y no tardaron en acusar ruidosamente al estado colonial de hallarse vinculado a los intereses de Lancashire. El colonialismo británico, argumentaban, había sido incapaz de consentir que los capitalistas indios participaran de los beneficios de los mercados protegidos, dado que las

políticas arancelarias del gobierno colonial se orientaban según el principio de permitir fundamentalmente la importación masiva de hilaturas y tejidos ingleses.



Propiedad de los husos textiles utilizados en la producción algodonera china, 1900-1936.

En respuesta a esa discriminación, los capitalistas indios se movilizaron políticamente, y con el fin de articular sus demandas, constituyeron en Bombay la Asociación de Patronos Textiles. Sus colegas de la ciudad de Ahmedabad, en Guyarat, imitaron su ejemplo y crearon la Asociación Industrial de Guyarat, que abogaba en favor del proteccionismo. Una de sus primeras luchas se inició en la década de 1890 al oponerse a la exacción del impuesto especial que se les obligaba a pagar por sus productos en compensación de los reducidos derechos de importación que tenían que satisfacer. Los miembros de la Asociación Industrial de Guyarat consideraban que ese impuesto especial no «se ajustaba a ningún principio legítimo», dado que no es más, decían, que «una concesión totalmente innecesaria e indefendible a Lancashire». Esta lucha se prolongó hasta cruzar los umbrales del nuevo siglo y llevó a Ambalal Sakarlal Desai, un activista indio que además era propietario de una factoría, a quejarse en una reunión del Congreso Nacional Indio celebrada en 1902 en Ahmedabad de que «la fuerte carga fiscal que se está imponiendo a la industria textil está recayendo injustamente sobre los hombros de todos los cabezas de familia de Ahmedabad».⁷⁹

En este conflicto, los dueños de las fábricas textiles terminaron convergiendo con los nacionalistas indios, que centraban buena parte de su actividad de agitación en los perversos efectos que el colonialismo británico estaba teniendo en el proceso de industrialización algodonero de la India. *The Mahratta*, una publicación que distribuía en Pune un militante nacionalista llamado Bal Gangadhar Tilak, se opuso sistemáticamente a las políticas arancelarias del estado colonial. Sus escritos defendían la realización de protestas generalizadas contra la ley fiscal con la que se gravaban los artículos de algodón y acusaban al gobierno colonial de «sacrificar» a la India en beneficio de Lancashire, cometiendo para ello el «delito de los impuestos sobre el algodón». Un año después, el gobierno colonial envió a Tilak a la cárcel como reo de sedición. Incluso Gopal Krishna Gokhale —fundador de la Sociedad de los Servidores de la India y líder del Congreso Nacional Indio—, que coincidía en muy pocas cosas con Tilak, se oponía a las políticas arancelarias que los británicos estaban aplicándole al algodón. En 1911, al ampliarse el Consejo Legislativo Imperial de la India, Ratanji Dadabhoy Tata, otro de los indios que poseía una fábrica textil, exigió la abolición de los impuestos especiales —contando con el apoyo de quince de los dieciséis compatriotas que integraban el organismo—. Para Mahatma Gandhi, el conocido defensor de la libertad, esos impuestos eran «un ejemplo de injusticia fiscal ... que no conoce paralelismo alguno en ningún país civilizado de la época moderna». De hecho, la lucha que se libró en torno a los impuestos especiales que gravitaban sobre los artículos de algodón fue una de las primeras grandes hogueras que incendiaron los combates contra el estado colonial británico, puesto que los intereses políticos de los manufactureros del sector algodonero terminaron siendo de notable importancia para el anticolonialismo indio en general.⁸⁰

Los capitalistas del negocio textil no solo trataban de librarse de los impuestos especiales, consiguiendo al mismo tiempo protección para sus productos, también querían que el estado respaldase más sus esfuerzos por captar mercados para la exportación. Los dueños de las factorías indias percibieron, al igual que sus colegas británicos, el prometedor futuro de los mercados situados en lejanas regiones —como por ejemplo en África—,

llegando incluso a producir telas específicamente diseñadas para adecuarse a los gustos de los habitantes del África oriental. Se quejaban, sin embargo, de que «en realidad no existe ninguna organización oficial que se encargue de proporcionar a los tratantes y los fabricantes indios los datos de inteligencia comercial que tan indispensables resultan para su desempeño profesional —datos que el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Cámara de Comercio británicos procuran en cambio al negociante inglés—». La información mercantil que recopilaban los gobiernos había adquirido un carácter cada vez más importante para los fabricantes. Para poder acceder a los mercados extranjeros los industriales necesitaban el apoyo del estado, y era muy poco probable que el gobierno colonial les procurara ese respaldo —a diferencia de lo que sucedía, por ejemplo, con el gobierno japonés de esos mismos años.⁸¹



Narottam Morarjee, industrial algodónero y presidente de la Asociación de Patronos Textiles de Bombay, 1894.

Una de las estrategias que comenzaron a defender con creciente ahínco los nacionalistas indios que se oponían a la presencia de los británicos en su país consistió en estimular el consumo de productos textiles confeccionados en el ámbito doméstico. En 1905, la primera reunión de la Conferencia Industrial India, en la que se dieron cita industriales de toda la India,

decidió «fomentar y extender el uso de esas manufacturas domésticas en el subcontinente, prefiriéndolas a los artículos extranjeros». Dicha invocación confluyó con el emergente movimiento Swadeshi, que abogaba en favor de la autosuficiencia india, sobre todo en el ámbito algodónero. Esta circunstancia convirtió a ese binomio en el símbolo de la convergencia entre los empresarios algodóneros y las élites políticas nacionalistas que estaban aflorando en esa época. Tilak se «felicitó al descubrir que se han constituido sociedades y organizaciones en varios puntos con el fin de subrayar la necesidad de emplear tejidos nacionales, expulsando así tanto a Lancashire como a Manchester del mercado indio». Otra de las cosas que le agradaron fue el hecho de que el Congreso Nacional Indio, fundado en 1885, y cuya influencia era cada vez mayor, apoyara al movimiento Swadeshi. El parecer de los empresarios indios coincidía con el de Tilak — bastan unos ejemplos para demostrarlo: Ranchhodlal Chhotalal, uno de los primeros en iniciar una industria textil en Ahmedabad, secundado por otros de sus colegas, fundó la Swadeshi Udhyam Vardhak Mandli (es decir, la Organización para la Promoción de la Industria Indígena); Jamshetji Nusserwanji Tata daría a una de sus factorías el nombre de Fábrica Swadeshi; y Ambalal Sakarlal Desai, miembro de la Compañía de Comerciantes en Hilaturas de Ahmedabad era un sólido partidario del movimiento Swadeshi—. Como habría de señalar el presidente de la Asociación de Patronos Textiles de Bombay, Vithaldas Damodar Thackersey, en la reunión anual de 1907 de dicha institución, era para él una «alegría comprobar ... el creciente interés que suscitan en el público las industrias indígenas, gracias al impulso del movimiento Swadeshi». Existía la gran esperanza de que la industrialización doméstica consiguiera devolver a la India el peso que había tenido antiguamente en la economía global. Una de las cosas que simbolizan la importante significación que tenía el algodón para el nacionalismo y el anticolonialismo es el hecho de que pocos años después Gandhi no solo decidiera escribir una historia del algodón en la India, sino que también se mostrara en público hilando la fibra en una rueca, el mismo mecanismo que el Congreso Nacional Indio habría de elegir en 1930 como emblema central de su bandera.⁸²

Gandhi tenía un sentimiento nostálgico respecto de las hilaturas domésticas de algodón, pero los industriales indios valoraban la descolonización desde el práctico punto de vista de la *realpolitik*. Coincidían con Gandhi en que uno de los efectos más dañinos del colonialismo había sido justamente la radical reorganización espacial que había vivido la industria algodonera global en el siglo XIX, pero también tenían un notable interés en promover el avance del proyecto colonial consistente en convertir a los hilanderos y tejedores del medio rural en productores y consumidores de materias primas. En este sentido, sir Purshotamdas Thakurdas, dueño de una fábrica textil y presidente de la Asociación Algodonera de las Indias Orientales, lanzaba en 1919 un llamamiento para «que se adopten medidas que permitan salvaguardar la calidad del algodón indio». Los indios que poseían factorías de algodón lucharon para transformar la campaña india con la misma tenacidad que sus colegas británicos. El propio Tata sugeriría que en la India se cultivara un algodón de fibra más larga con el fin de permitir que los hilanderos y los tejedores domésticos pudieran trabajar. En abril de 1919, un grupo de comerciantes de algodón de Surat se reunieron con el fin de estudiar cuáles podían ser las medidas necesarias para mantener la calidad de los distintos tipos de algodón local. Por su parte, Purshotamdas Thakurdas consideraba que era urgente mejorar el algodón indio, ya que de otro modo podía convertirse en «un argumento de considerable importancia en contra de la industria de las tejedurías indias». A partir de ese momento, los capitalistas indios quedaron profundamente absortos en las cuestiones relativas al suministro de algodón: Vithaldas Damodar Thackersey, de la Asociación de Patronos Textiles de Bombay, solicitó que el gobierno respaldara el cultivo de cepas de algodón de fibra larga a fin de poder «revolucionar el conjunto de la industria». En 1910, dicha institución llegó incluso a elogiar los esfuerzos que estaba realizando la Asociación de Cultivadores de Algodón Británicos para hacer progresar la explotación de la planta en la India: «No podemos sino deplorar la ausencia de legislación contra la adulteración del algodón en este país».⁸³ Al final, el nacionalismo algodonero no provocó un regreso al mundo preindustrial del algodón simbolizado por el torno de hilar de Gandhi, sino que generó una oleada generalizada de procesos de

industrialización patrocinados por el estado. Dicha oleada produjo una nueva y radical reorganización del imperio del algodón, empujando a millones de agricultores a las factorías de algodón y obligándoles a trabajar por unos salarios que apenas representaban una ínfima parte de los que se pagaban en el Lancashire, en Lowell o en los valles de la Selva Negra.⁸⁴ Fue en la India donde el algodón y el nacionalismo acabaron por entrelazarse —y en un grado posiblemente más elevado que en cualquier otra parte del mundo—. Los industriales del sector textil se convirtieron en defensores del movimiento de independencia y, a su vez, los dirigentes de aquella corriente transformaron la industrialización doméstica del algodón en uno de sus objetivos primordiales. Así lo expresaría en 1930 Gandhi, que se hallaba íntimamente ligado con los patronos textiles de Bombay: «La industria textil del algodón es un valioso activo nacional que no solo proporciona empleo a un gran número de personas, sino que materializa la prosperidad del pueblo de la India, de modo que su salvaguarda y su progreso han de seguir recibiendo la atención de los capitalistas, los líderes obreros, los políticos y los economistas». Para muchos nacionalistas indios, la independencia habría de hacer posible, entre otras cosas, el desarrollo de un mercado doméstico y la puesta en marcha de una industrialización basada en la sustitución de las importaciones —generando así la «cabal reconstrucción del aliento político y económico» del país, como vendrá a reflejar en 1934 el libro del erudito e ingeniero Mokshagundam Visvesvaraya—. La creación de un estado capaz de promover la industrialización doméstica llevó a los industriales indios —como ya les había ocurrido a sus colegas de Egipto y China, además de a los de África y el Sureste Asiático en último término— a enzarzarse en toda una serie de escaramuzas con el estado colonial, ya que el conflicto social global había acabado por centrarse cada vez más en el control del estado.⁸⁵



Se alzan protestas en el imperio del algodón: bandera del Congreso Nacional Indio y Gandhi hilando en casa.

A pesar de las diferencias sin precedentes que separaban a los países tanto en términos de riqueza como de poder estatal, y a pesar también del espeso muro de racismo que condenaba a buena parte de la humanidad al desempeño de un papel subordinado, lo cierto es que en la segunda mitad del siglo XX la lucha por escapar del sistema imperial iba a verse coronada por el éxito en todo el planeta. A veces se consiguieron pequeñas victorias, antes incluso de que se produjera la gran oleada descolonizadora. Ejemplo de ello es lo ocurrido en la India, donde los aranceles ya habían empezado a proteger de la competencia japonesa a la industria india, y donde los odiados impuestos especiales lograron eliminarse en 1926.⁸⁶ Estos triunfos —y más todavía la propia descolonización— no fueron únicamente una consecuencia de la fortaleza política de los capitalistas del hemisferio sur, sino que se debieron también al hecho de que los movimientos nacionalistas consiguieran aprovechar el ímpetu del gran número de campesinos y obreros que empezaban a movilizarse por entonces. De hecho, la descolonización se apoyó casi siempre en la movilización de masas, lo que significa que la construcción de los estados-nación en el antiguo mundo colonial estaba llamada a presentar un aspecto drásticamente distinto al que había tenido su constitución en Europa y Norteamérica siglo y medio antes.



La construcción estatal poscolonial: el primer ministro Pandit Jawaharlal Nehru es recibido por el propietario de una fábrica textil de algodón, Purshotamdas Thakurdas (con bastón), el industrial Naval Tata, el gobernador de Maharashtra, sri Prakasa (segundo por la derecha), y el ministro principal de Maharashtra, Y. B. Chavan, en las dependencias de la Cámara de los Comerciantes Indios de Bombay el 3 de febrero de 1958.

No obstante, a largo plazo, la circunstancia de que los capitalistas dependieran de los obreros y los campesinos en su lucha por crear un estado que propiciara los intereses del capital nacional acabaría por debilitar a esos mismos capitalistas. No es de extrañar que los capitalistas del hemisferio sur mostraran un comportamiento notablemente ambivalente respecto de las movilizaciones populares anticoloniales. De hecho, hubo ocasiones en que el miedo terminó echándoles en brazos de la potencia colonizadora. En Corea, los colonos japoneses observaron en 1919 que «los coreanos pudientes han desarrollado en los últimos tiempos un agudísimo temor a la radicalización del sentimiento popular». Los industriales indios también se situaron por lo general del lado de las vertientes más moderadas de la agitación, sobre todo porque temían la militancia de sus trabajadores. «Es preciso cortar a tiempo la agresividad de los obreros fabriles», decía la Asociación de Patronos Textiles de Bombay al informar, tras una serie de motines surgidos en 1909, que los dueños de las factorías «se habían revelado incapaces de dominar a sus empleados». El industrial Ratanji Tata respaldaba a la Sociedad de los Servidores de la India por razones similares: porque deseaba hacer suyo el llamamiento de los nacionalistas, que buscaban la puesta en marcha de un programa de «desarrollo industrial del país», pero también porque abrigaba la esperanza de que la mencionada

asociación mantuviera sus posiciones moderadas. El manufacturero Purshotamdas Thakurdas ejerció fuertes presiones contra la postura de Gandhi y el movimiento de no cooperación, tratando de conseguir al mismo tiempo que los capitalistas indios apoyaran sus propios planteamientos. En un contexto colonial como el de la India, la necesidad de forjar un estado que se dedicara a defender los intereses del capital nacional empujó *de facto* a los capitalistas del país a pactar una incómoda alianza con grupos de obreros y campesinos políticamente movilizados. Una de las consecuencias de la depresión de 1929 fue que a los industriales indios apenas les quedó más alternativa que la de vincular su destino político al del Congreso Nacional Indio, que cada vez reclutaba más a sus bases populares entre el campesinado indio. Al empezar a proyectar la economía posterior a la independencia, estos industriales reconocerían en el Plan de Bombay de 1944 la capital importancia de una planificación gubernamental, abogando por la constitución de un «consejo económico supremo» capaz de coordinar a la gran mayoría de los sectores económicos —una propuesta que sentaría las bases del primer plan quinquenal de la India, puesto en marcha en 1950—. Y esta es una diferencia crucial con el pensamiento que había animado un siglo antes a los manufactureros de Lancashire, Alsacia o Nueva Inglaterra, ya que estos no tuvieron nunca en mente la adopción de planes quinquenales similares a los que acabaron siendo moneda corriente en Rusia, China o la India.⁸⁷

De hecho, en todo el hemisferio sur, los obreros del sector algodonero desempeñaron un papel crucial en las luchas por la independencia nacional, sin olvidar que también se unieron a los diversos sindicatos existentes y que promovieron vastos movimientos huelguísticos. En la mayoría de los casos los combates sociales y nacionales terminaron fusionándose. Una parte de los veinticinco mil obreros de la inmensa Compañía de Hilaturas y Tejidos Misr de El-Mahalla El-Kubra, por ejemplo, jugó un rol clave en la lucha por la independencia de Egipto. En 1946 y 1947, tanto en este país como en otros lugares, decenas de miles de trabajadores del sector algodonero iban a protagonizar una serie de huelgas organizadas para exigir unas mejores condiciones laborales —además de la partida de las tropas británicas estacionadas en Egipto.⁸⁸

Los operarios de la industria textil china se movilizaron en idéntica medida y terminaron teniendo un importante papel político, tanto en la lucha contra las potencias occidentales como en la revolución de 1949. Realizaron paros con notable frecuencia: nada menos que en 209 ocasiones entre 1918 y 1929. En mayo de 1925, al abandonar sus puestos en la fábrica de Naigai Wata Kaisha, de capital japonés, los trabajadores provocaron «el célebre incidente del 30 de mayo»: un día de concentraciones y protestas que acabó saldándose con la muerte de trece manifestantes chinos a manos de la policía. Este suceso alimentó una ola de descontento popular y fomentó el crecimiento del sindicalismo chino. De cuando en cuando, los obreros del sector del algodón también habrían de sumarse al Partido Comunista, desempeñando en este sentido un importante papel en las luchas revolucionarias de los años 1946 a 1949.⁸⁹

También en la India, los combates por unos salarios más altos y unas mejores condiciones laborales habrían de unirse a la lucha anticolonial. Los trabajadores indios del algodón llevaban realizando movilizaciones colectivas desde finales del siglo XIX. De hecho, la primera huelga —que había estallado en 1874— iba a verse seguida por otras muchas en la década de 1880. En 1895, los obreros se amotinaron para exigir unas mejores condiciones laborales, y en 1918 el propio Gandhi habría de asumir un papel preponderante, aunque conciliatorio, en la huelga de los trabajadores textiles de Ahmedabad. En 1925 se fundó el Sindicato de los Obreros Textiles de Bombay, liderado por Narayan Malhar Joshi. La organización se fraguó en el contexto de una huelga general convocada para contrarrestar el empeño de los propietarios de las factorías de algodón, que pretendían recortar los jornales en un 10%. En 1927, ese sindicato contaba aproximadamente con cien mil miembros, cifra que en 1938 se había elevado ya a cuatrocientos mil. Constituía por tanto un poderoso grupo obrero, con capacidad de presión en los conflictos con los patronos —siendo al mismo tiempo un importante pilar de la lucha por la independencia nacional.⁹⁰

Conforme fueran asumiendo un papel relevante en las luchas anticoloniales, los operarios del sector textil acabarían traduciendo sus acciones en un conjunto de nuevos avances sociales y económicos. En

China, la industria algodonera se nacionalizó pocos años después de la revolución, iniciándose así una senda de expansión enorme (aunque apenas reportaría beneficio alguno a las masas rurales chinas). En la India, tanto el proteccionismo como las inversiones del estado, canalizadas a través de los planes quinquenales, impulsaron el crecimiento de la industria algodonera, y por otra parte, el activismo laboral posterior a la independencia propició la consecución de varios aumentos salariales significativos. Los sueldos de los obreros indios del sector textil crecieron un 65 % entre los años 1950 y 1963, y esto a pesar de que el valor de la producción se elevara tan solo un 18 %. En Egipto, los primeros tiempos de la independencia permitieron promulgar una importante y nueva legislación destinada a proteger a los trabajadores, asignando sobre todo un papel muy relevante al estado como mediador en los conflictos laborales. Al final, la independencia trajo consigo un conjunto de cambios muy significativos para la economía egipcia, ya que las exportaciones de algodón en rama —que llevaban más de cien años constituyendo la principal actividad comercial de la economía egipcia— se estancaron al emplearse en las manufacturas domésticas una cantidad de algodón cada vez mayor. El «socialismo árabe» trajo consigo una serie de mejoras para los trabajadores, pero también la represión de las actividades de los sindicatos independientes. En la década de 1960, en tiempos de Gamal Abdel Nasser, la industria algodonera se nacionalizó. La fuerza y la importancia política de la clase trabajadora había tenido el efecto práctico de expropiar a los capitalistas locales del sector del algodón, difundiendo además la creencia de que la industrialización era necesaria para la defensa del estado mismo. El hecho de que los capitalistas hubieran revelado depender de los obreros (y de los campesinos) en la lucha contra el estado colonial se había traducido ahora en una disminución del poder de esos mismos capitalistas.⁹¹



Los trabajadores indios del sector del algodón se organizan: sindicalistas textiles en Bombay, principios de los años veinte del siglo XX.

Pero en estas sociedades poscoloniales no solo iba a verse alterado el equilibrio del poder social entre los trabajadores y los capitalistas, también estaba a punto de instalarse una relación diferente entre el estado y la sociedad. Dado que estos países recién llegados a la industrialización textil se enfrentaban a un mundo distinto al que habían tenido ante sí las naciones de la primera oleada industrial —ya se tratara de Inglaterra, de la Europa continental o de Norteamérica—, sus dirigentes quedaron persuadidos de que debían realizar la transición al capitalismo industrial con mayor rapidez que sus antecesores —incluyendo los procesos relacionados con el reclutamiento de mano de obra, la reorganización de territorios, la penetración en los mercados y la movilización de materias primas—. De este modo, como el éxito del capitalismo industrial dependía del estado, esos «Grandes Saltos Adelante» iban a conducir en la mayoría de los casos a situaciones de un estatalismo extremo en el mundo poscolonial —con el añadido de que los regímenes poscoloniales, e incluso los poscapitalistas, comenzaron a desplegar con un radicalismo mucho mayor las herramientas anteriormente empleadas en la integración colonial de territorios, recursos y (sobre todo) mano de obra—. ⁹² El capitalismo industrial había pasado a ser un elemento decisivo para la supervivencia del propio estado, un estado que ahora daba en priorizar muy a menudo la faceta *industrial* de ese mismo capitalismo industrial. De hecho, había veces en que el capitalismo parecía constituir un obstáculo en el camino hacia la industrialización.

Sin embargo, a pesar de que la Rusia soviética, la China comunista y la India y el Egipto independientes fueran otras tantas variaciones de la más radical de las fusiones entre el estado y el capital —el resultado de la industrialización y la consolidación política—, en la década de 1950 los estados-nación habían puesto limitaciones más generales al capital. Solo después de la década de 1970, como veremos, empezarían a emanciparse los industriales de la antiquísima dependencia que les había mantenido unidos a sus respectivos estados. Los capitalistas, que durante muchísimo tiempo habían dependido de un estado fuerte para poder llevar adelante el proyecto del capitalismo industrial, empezaron a superar ahora su mayor debilidad: el carácter territorializado del capital. Solo tras alcanzar ese punto comenzará a adquirir el imperio del algodón la forma que actualmente tiene.

DE TRAMAS Y URDIMBRES: EPÍLOGO



El imperio del algodón, primera parte: Almacenes Walmart, 2013.



El imperio del algodón, segunda parte: Bangladesh, abril de 2013.

La dominación europea del imperio del algodón acabó en llanto. Corría el año 1963, el mismo en el que se escuchó por primera vez en Estados Unidos a la más célebre banda de Liverpool, los Beatles; el año en que el

reverendo Martin Luther King hijo afirmó «tener el sueño de que un día el estado de Misisipi ... habría de quedar transformado en un oasis de libertad y justicia»; y el año en el que entró en servicio en la India la inmensa presa de Bhakra, permitiendo la irrigación de 11.300 kilómetros cuadrados de terreno —en gran parte dedicados al cultivo del algodón—. Una fría y lluviosa mañana de diciembre, un grupo de personas de Liverpool se reunían en el edificio de la Bolsa de Algodón de la calle Old Hall. No se habían congregado allí para tomar disposiciones de gobierno relativas a su imperio sino para desmantelarlo. La tarea más importante del orden del día consistía en subastar el «valioso mobiliario de la institución» que a lo largo de todo el siglo anterior habían embellecido las oficinas de la Asociación Algodonera de Liverpool. Los asistentes compraron cerca de un centenar de objetos, entre los que figuraba un «escritorio de gabinete de caoba», unos «marcos de tablero de cotización de caoba», un «mapa climático de Estados Unidos con molduras de caoba» y un cuadro de S. A. Hobby titulado *Cotton Plant*. El año anterior se había vendido el propio edificio de la Bolsa de Algodón por cese de negocio.¹

Fundada en 1841, la asociación había desempeñado un papel central en la regulación del comercio global del algodón. A los compradores de las sillas, las mesas, las lámparas, las estanterías, los sofás y los óleos, enfrascados en acarrear su botín por las calles de la ciudad, cada vez más taciturna, les habría resultado difícil, por no decir imposible, imaginar que apenas cien años antes, Liverpool hubiera sido una de las urbes más ricas del mundo, un eslabón vital en la conexión que mantenía unidos a los cultivadores de algodón de Estados Unidos, África y Asia con los manufactureros europeos y los consumidores del planeta entero.

Sin embargo, en 1963, el dominio que Europa había ejercido en el ámbito del imperio del algodón había llegado a su fin. A finales de la década de 1960, el Reino Unido apenas movía el 2,8% de las exportaciones globales de tejidos de algodón —pese a que durante un siglo y medio hubiera dominado categóricamente ese mismo mercado—. De los más de seiscientos mil obreros que habían llegado a trabajar en tiempos en las fábricas textiles británicas ya solo quedaban treinta mil. Las ciudades algodonerías se derrumbaban, ya que los operarios, cuyas familias llevaban

generaciones haciendo funcionar las hiladoras hidráulicas y los telares, se habían visto abocados al paro. La constatación simbólica de la crisis del continente se había producido en 1958, fecha en que la Cámara de Comercio de Manchester, que durante mucho tiempo se había proclamado firme defensora del libre comercio, invirtió el sentido de su discurso y declaró que la industria algodonera británica precisaba protección —en una involuntaria pero meridiana confesión de su derrota—. No obstante, pese a que Europa, y cada vez más Estados Unidos, habieran pasado a ocupar posiciones marginales en ese sistema de producción tan pasmosamente productivo como aterradoramente violento, el imperio mismo se mantuvo. De hecho, pese a que la industria algodonera actual habría resultado prácticamente irreconocible para las personas que en el siglo XIX integraban la Asociación Algodonera de Liverpool o la Cámara de Comercio de Manchester, lo cierto es que el mundo de nuestros días genera y consume más algodón que nunca.²

Es muy posible que la camisa, los pantalones o los calcetines que lleve usted puestos mientras lee estas líneas sean algodón. Y si dichos artículos han pasado a formar parte de sus prendas de vestir —como ya ocurriera con los artículos de algodón con los que se vistieron sus padres, sus abuelos y sus bisabuelos— ha sido gracias a los esfuerzos combinados de un conjunto de agricultores, hilanderos, tejedores, sastres y comerciantes de remotas regiones del planeta, residentes todos ellos en un entorno muy distinto al que ocupan los demás eslabones de esta larga cadena. No obstante, si hace un siglo existían grandes probabilidades de que su camisa hubiera sido cosida en un taller de Nueva York o Chicago, utilizando telas hiladas y tejidas en Nueva Inglaterra, y con copos cultivados en el sur de Estados Unidos, hoy es muy posible que hayan sido confeccionadas con fibra procedente de plantaciones chinas, indias, uzbekas o senegalesas, que sus puntadas estén hechas con hilos elaborados en China, Turquía o Pakistán, y que la manufactura se haya verificado en sitios como Bangladesh o Vietnam. Si por azar hubiera participado en la fabricación de su camisa alguna de las regiones cuyo ascenso hemos radiografiado en este libro, esa improbable y residual porción pertenecería a la materia prima, dado que tendría que tratarse de fibra cultivada en Estados Unidos. En ese país

quedan todavía veinticinco mil agricultores muy capitalizados que se dedican a la explotación algodonera —fundamentalmente en Arizona y Texas—. El algodón que cultivan es tan poco competitivo en el mercado internacional que han de recibir unos enormes subsidios federales para continuar produciéndolo, ayudas que algunos años igualan el producto interior bruto de una nación como Benín (que casualmente es otro importante productor de algodón).³

Pese a que un pequeño grupo de agricultores estadounidenses se siga aferrando a la producción de oro blanco, la verdad es que las fábricas textiles que un día tuvieron tantísimo peso económico, tanto en Europa como en Estados Unidos, han desaparecido prácticamente por completo. Y cuando no los han demolido, todos esos pesados edificios han acabado convertidos en galerías comerciales, estudios artísticos, bloques de apartamentos de estiloso toque industrial o museos. De hecho, el desplome de la industria algodonera en el hemisferio norte ha dado lugar a un explosivo crecimiento de los museos textiles. Uno puede visitar, por ejemplo, el Museo Textil de Boott, en Lowell, Massachusetts; la Hilandería de Quarry Bank, en las inmediaciones de Manchester; la antigua Factoría de Wesserling, situada justo a las afueras de Mulhouse y convertida hoy en museo; el Museo del Algodón de Memphis, que tiene su sede en la antigua Bolsa del Algodón de esa misma ciudad; el Museo Textil de Wiesental, en la Selva Negra; la Plantación Redcliffe de James Henry Hammond, en Carolina del Sur; los 32 kilómetros de la pista de senderismo de la Ruta de las Colonias, junto al río Llobregat, en la región española de Cataluña, a lo largo de cuyo trayecto pueden verse dieciocho factorías textiles abandonadas; y decenas, o tal vez centenares, de sitios históricos similares. El imperio del algodón, que durante siglo y medio configuró una y otra vez el capitalismo global, moldeándolo a su imagen y semejanza, sirve hoy de entretenimiento a las familias que salen de excursión o de paseo. Padres e hijos deambulan por todas esas factorías de singular aspecto y muy a menudo ubicadas en entornos idílicos; contemplan a los hilanderos y a los tejedores que, vestidos de época, les muestran el funcionamiento de la anticuada maquinaria mientras se taponan los oídos para protegerse del estruendo de los telares mecánicos y observan con los ojos muy abiertos las

fotografías de los niños —prematuramente envejecidos, como si vinieran de otro planeta— que no hace tanto trabajaban dieciséis horas diarias en esas mismas máquinas. Las plantaciones de algodón también se han remozado para recibir a los turistas. No obstante, en este caso, los horrores del trabajo esclavo se difuminan u ocultan —muchas veces a propósito—, ya que quedan eclipsados por el espectáculo de las magníficas mansiones de las haciendas, con sus hermosas vistas y sus bien cuidados jardines. Con todo, ninguna de estas curiosidades históricas alcanza a mostrar el mayor invento del imperio del algodón: la red global de cultivadores, manufactureros y consumidores interconectados, una red que, pese a haber sufrido alteraciones radicales y hallarse lejos de esos museos, continúa activa en la actualidad. Mientras los turistas europeos y estadounidenses pasean la mirada por los restos del imperio del algodón, las comunidades y los obreros —de Fall River a Oldham— bregan con las secuelas de la devastación postindustrial, millones de operarios afluyen en masa a las fábricas textiles de China, la India, Pakistán y otros países, y varios millones de personas más —agricultores en este caso— se ocupan de los cultivos de algodón que atienden en África, Asia y las dos Américas. Gracias a sus esfuerzos —muy a menudo mal pagados—, cerca del 98% de las prendas de vestir que hoy se venden en Estados Unidos son de confección extranjera. Por sí sola, China suministra aproximadamente a Estados Unidos un 40 % de toda la ropa que consume, seguida de Vietnam, Bangladesh, Indonesia, Honduras, Camboya, México, la India, El Salvador y Pakistán. Hoy, los tejidos e hilaturas no proceden fundamentalmente del Reino Unido —ni siquiera se elaboran ya en el sur de Estados Unidos—: China, la India, Pakistán y Turquía son las naciones que hilan y tejen la mayor parte del algodón que circula por el globo. En la actualidad, las fábricas chinas albergan casi la mitad de los husos y telares del planeta y llegan a trabajar el 43% del algodón en rama que se produce en el mundo (el que maneja el continente asiático se eleva al 82,2% del total global), mientras que Estados Unidos utiliza únicamente el 4,2 % de la cosecha internacional de fibra y la Europa occidental el 0,7%. Transcurridos más de doscientos años, la mayor parte del uso global de algodón vuelve a concentrarse en los feudos de la industria algodonera anterior a 1780. Así

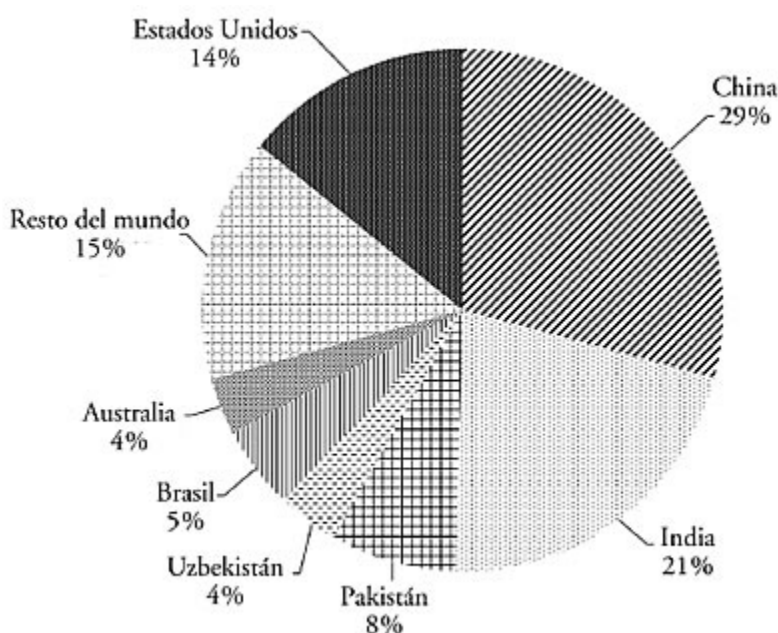
habría de expresarlo uno de los directores gerentes de la compañía textil neoyorquina Olah Inc.: «la industria china representa un porcentaje tan amplio del mercado internacional que, dicho llanamente, la industria del mundo baila al son de China». Es más, cada vez es menos probable que la camisa que descansa sobre sus hombros esté efectivamente hecha de algodón: la producción de fibra sintética empezó a dejar atrás a las manufacturas textiles de algodón a mediados de la década de 1990. En nuestros días, se producen anualmente cerca de 52 millones de toneladas métricas de fibras sintéticas derivadas del petróleo, y con ellas se confecciona, por ejemplo, el forro polar que quizá revista la cazadora que usa —y no debe olvidarse que ese inmenso volumen viene prácticamente a duplicar el tonelaje de algodón que se mueve en todo el mundo.⁴



Las ruinas del imperio del algodón: Cal Rosal, España, 2013.

Los centros de cultivo han cambiado y seguido la misma trashumancia geográfica de las manufacturas. Si en 1860 Estados Unidos poseía prácticamente el monopolio del cultivo del algodón destinado a la exportación, en la actualidad solo el 14 % del algodón que crece en el planeta se cultiva en ese país. En cambio, China y la India llevan ahora la voz cantante, con una producción anual de 34 y 26 millones de balas al año, respectivamente —cifra que contrasta con los 17 millones de balas de Estados Unidos—. Desde el año 1920, la producción global se ha multiplicado por siete, de modo que el cultivo del algodón se está convirtiendo en un factor de tremenda importancia para las economías de

muchos países, sobre todo en Asia y el África occidental. Existen estimaciones que señalan que, solo en el África central y occidental, hay diez millones de agricultores que dependen del algodón. En el conjunto del globo, la evaluación del número de personas que tienen alguna relación con el cultivo y la manufactura del algodón desglosa la cifra, aproximadamente, del siguiente modo: si sumamos los 110 millones de hogares implicados en el cultivo de la planta a los 90 millones de individuos que intervienen en su transporte, desmotado y almacenamiento, y a los 60 millones de trabajadores adicionales que manejan las máquinas hiladoras y tejedoras, procediendo asimismo al cosido de las distintas piezas de cada prenda, tenemos que el total de personas involucradas en el desarrollo del conjunto de las ramas de la industria es de 350 millones de almas. Esta cantidad, que jamás se ha alcanzado en ninguna otra industria, viene a representar entre el 3 y el 4% de la población mundial. Más de 35 millones de hectáreas se dedican actualmente al cultivo del algodón, lo que equivale a la superficie de Alemania.⁵



Asia es el centro mundial del cultivo de algodón: cosecha global de algodón, 2012.

Como ya ocurriera un siglo antes en el caso de las potencias coloniales europeas de África, algunas naciones tomaron medidas para obligar a los agricultores a producir algodón, pese a que muy a menudo las consecuencias, tanto medioambientales como financieras, se revelasen devastadoras. Uzbekistán, por ejemplo, uno de los diez mayores exportadores de algodón, continúa obligando hoy a su población agrícola a cultivar dicha materia prima, pese a saber que la necesidad de irrigar sus reseca tierras es lo que más fundamentalmente ha contribuido a vaciar el Mar de Aral, transformando buena parte del país en poco menos que un extenso salar. Así se lo manifestaba un agricultor uzbeko dedicado al cultivo del algodón a un periodista: «Nos estamos destruyendo a nosotros mismos ... ¿Por qué seguimos plantando algodón? ¿Qué obtenemos de su cultivo?». Es más, el surgimiento de toda una serie de plantas de algodón nuevas, modificadas genéticamente, ha ampliado doblemente la carga que soportan muchos agricultores. La compra y el mantenimiento de las semillas de esas plantas resulta más cara, pero también es verdad que son muchísimo más productivas, con lo que se elevan los costes al mismo tiempo que se presionan a la baja los precios del algodón. Muchos cultivadores tayikos de algodón, por ejemplo, quedan atrapados en un círculo vicioso formado por las deudas que contraen y que les obligan a producir algodón —asemejándose notablemente en esto a los labradores de hace un siglo que se veían en la misma situación, tanto en la India como en el sur de Estados Unidos—. De hecho, los cultivadores de algodón han seguido viéndose relativamente desprovistos de poder. En 2005, en la India, tras una estación de lluvias poco abundantes que trajo consigo la pérdida de una importante cantidad de cosechas, cientos de granjeros endeudados hasta las cejas por haber tenido que cultivar plantas de algodón genéticamente modificadas se suicidaron ingiriendo los pesticidas que ellos mismos debían utilizar —una tendencia que todavía hoy persiste—. La producción de algodón sigue siendo una prueba de tintes frecuentemente brutales. Para muchos agricultores y obreros, el algodón dista mucho de ser esa adorable y cálida «urdimbre de nuestra existencia» que tanto pregonan los especialistas en técnicas de comercialización de la industria algodonera estadounidense.⁶

Una de las pocas coincidencias geográficas que se dan entre el inicio del siglo XXI y el universo de la década de 1780, es decir, el existente antes de la Revolución Industrial, es la del resurgir de Asia como elemento destacado del mundo del algodón. Tanto el cultivo de la fibra como la manufactura de hilos y telas prosiguen hoy su regreso a Asia, en lo que es la continuación de un proceso iniciado en la década de 1920. Hemos visto que los incipientes capitalistas asiáticos y los nacionalistas de ese mismo continente afanados en la construcción de un estado se dedicaron a estudiar la penetración de los europeos en territorios lejanos y el sometimiento de la mano de obra para aplicar después esas mismas técnicas en sus propios feudos poscoloniales e incluso —con el tiempo— poscapitalistas. Dichos estados encontraron nuevas formas de unir los métodos del capitalismo industrial a los proyectos de desarrollo nacionalista, mientras burócratas y estadistas de toda especie soñaban con «grandes saltos» adelante. En el plazo de un siglo, esos estados reorganizaron los límites geográficos del imperio del algodón: la suma de un bajo nivel de salarios y el control de unos estados poderosos permitió que el cultivo del algodón y las manufacturas volviesen a prosperar en las primeras regiones del mundo en practicar el oficio —nada menos que cinco mil años antes—. El auge de Asia se verificó con tanto dinamismo que los estados de ese continente —con China a la cabeza— se muestran cada vez más impacientes en su deseo de establecer las reglas del comercio global del algodón, disfrutando así del privilegio que un día ejercieran los comerciantes de Liverpool, seguidos, tiempo después, por el gobierno estadounidense.⁷

En el curso de ese regreso a Asia, y particularmente después de la década de 1970, el equilibrio de poder entre agricultores, manufactureros, comerciantes y hombres de estado iba a experimentar un nuevo vuelco. Pensemos que en la actualidad es cosa corriente que el algodón cultivado en Uzbekistán, Togo o la India llegue a una fábrica textil de Hong Kong y pase después por un taller de costura vietnamita antes de acabar expuesto en la estantería de una tienda de ropa de Kansas City. Lo nuevo no son las distancias, la novedad reside más bien en la forma en que se mantienen cohesionadas las complejas redes que movilizan la fibra por medio de sus distintas acciones. En lugar de ser los manufactureros, o los comerciantes

de algodón o telas quienes dominen las cadenas de distribución del producto que unen a contratistas, subcontratistas, agricultores, factorías y talleres clandestinos, son los gigantescos minoristas como Walmart, Metro y Carrefour los que ejercen ahora ese control. Los manufactureros ya no «empujan» sus productos hasta el consumidor, al contrario, son los minoristas quienes «tiran» de ellos y los hacen atravesar océanos — posición que les permite enfrentar entre sí a manufactureros, contratistas y trabajadores y garantizarse la máxima velocidad de envío y el coste más reducido.⁸

El resurgimiento de los comerciantes, sobre todo de la década de 1990 en adelante, que reaparecen en escena transformados en la figura clave de los minoristas y los vendedores de ropa de marca constituye una sorpresa. Como es obvio, su poder recuerda en cierto modo la antigua importancia de los comerciantes de la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, desde la década de 1860, como ya hemos visto, el actor más relevante del imperio del algodón ha sido el binomio formado por los estados y los manufactureros. En su momento, los estados pasaron a ocupar el primer plano en el gran proyecto de transformación de la campaña algodонера global, concediendo de ese modo un papel central tanto a los manufactureros de las distintas naciones como a los obreros textiles — aunque cuidándose mucho, en este último caso, de acotar su capacidad de acción dentro de estrechos límites—. Estas tendencias se aceleraron todavía más a lo largo del siglo XX. En 1941, en el Reino Unido, por no citar sino el ejemplo más destacado, el gobierno británico, para responder a la situación de guerra en que se hallaba, tomó las riendas del conjunto del mercado algodonero nacional, ocupándose incluso de la compra y la distribución del algodón en bruto. Después de la contienda, el control gubernamental se mantuvo, y para gran desconsuelo de la Asociación Algodonera de Liverpool, la Comisión del Algodón en Rama, gestionada por la Administración, continuó siendo la única institución de Gran Bretaña con potestad para comprar y distribuir algodón. Los comerciantes, que habían forjado una red de ámbito mundial, se vieron obligados a rogar al gobierno que abordara sus intereses con una cierta consideración. Así lo explicaba en 1946 el *New York Times*: «Sería difícil imaginar que nadie pudiera asestar

un golpe más directo al conjunto del sistema de mercado del mundo libre». No obstante, los directores del *Times* también darían en señalar, y con razón, que «esta acción relativa al algodón parece venir a ilustrar la actual desconfianza que el mercado libre inspira en todo el mundo a los burócratas ..., desconfianza a la que viene a sumarse la ilimitada fe en los mágicos resultados de la “planificación” gubernamental». Solo con la llegada al poder de un gobierno conservador se dio en promulgar, en 1953, la Ley del Algodón, con la que se reabrió el mercado de Liverpool, pero aun así siguió estructurándose por medio de «subsidios, derechos fiscales y desequilibrios monetarios». Y si al final la Asociación Algodonera de Liverpool acabó reinventándose a sí misma en 1963 —optando, entre otras cosas, por vender todos sus muebles— fue para responder a «la contracción del elemento mercantil del mercado».⁹

Al otro lado del Atlántico, el gobierno también iba a desempeñar un papel cada vez más importante en la industria del algodón. En respuesta a la devastadora crisis agrícola de la década de 1920 y a la Gran Depresión que habría de seguirle, el Nuevo Pacto Social impulsado por el presidente Franklin D. Roosevelt decidió crear la Ley de Ajuste Agrícola, mediante la cual la Administración quedaba facultada tanto para regular la producción a fin de que esta se adecuase a la demanda como para proporcionar subsidios a los agricultores que se dedicaban al cultivo del algodón —un doble papel que sigue llevando a cabo hasta la fecha en medio de una polémica cada día mayor—. Los cultivadores de algodón y los mismos manufactureros, conscientes de la creciente importancia del gobierno, habían fundado en 1939 el Consejo Nacional del Algodón a fin de presionar a Washington y promover tanto el mercado algodonnero como la investigación científica en su ámbito profesional. El Servicio Agrícola Extranjero, un organismo perteneciente al Departamento de Agricultura de Estados Unidos, se fundó en 1953 con el objetivo de abrir los mercados de todo el mundo al algodón estadounidense. En la actualidad, este gabinete continúa desempeñando infatigablemente su misión. A lo largo de todo este período, la imposición de aranceles y otras medidas proteccionistas intentaría mantener a flote la industria de las hilaturas y los tejidos de algodón estadounidenses, cada vez más asediados por la competencia. Sin embargo, en 1965, acabaron

cerrando sus puertas todas las fábricas textiles, incluso las del centro algodónero de Fall River, que fue el último en desaparecer.¹⁰ En la década de 1970, tanto el complejo algodónero estadounidense como los restos de su equivalente británico dependía ya de las políticas gubernamentales por completo.

Pese a que los comerciantes de algodón hubieran facilitado el surgimiento y auge del imperio del oro blanco en el siglo XIX, a mediados del XX apenas podían hacer nada excepto asistir como espectadores al ascenso del estado. En la más extrema periferia del arco geopolítico, algunos países, como la España de Francisco Franco y la Argentina de Juan Domingo Perón, entre otros, forzaron el cultivo del algodón en sus respectivos territorios a fin de aislar a la nación del mercado internacional. Con todo, el máximo ejemplo de proyección efectiva del poder gubernamental se daría en los estados poscoloniales y poscapitalistas, y la mejor ilustración de esta afirmación es el «salto adelante» propiciado mediante los planes quinquenales de China y la India. Tanto en la China comunista como en la India independiente, los estrategas estatales concibieron una vasta expansión tanto del cultivo de algodón como de su manufactura, de modo que la producción se disparó. En China, el bajo precio de las semillas, los fertilizantes y los aperos de labranza, unido a la disponibilidad de unos generosos créditos agrícolas y al doble hecho de que en los terrenos de concentración parcelaria que estaban en manos del estado se fomentara la utilización de abonos químicos e insecticidas y se otorgara un trato especial a las variedades de algodón de más elevado rendimiento, dio lugar a un pasmoso incremento de la producción de esa fibra. Las manufacturas de algodón también crecieron de forma exponencial: en 1952, la República Popular China confeccionó 656.000 toneladas de hilo de algodón, logrando así un notable aumento respecto de lo habitual en décadas anteriores —aunque todavía quedara muy por detrás de los volúmenes que manejaban los líderes mundiales del sector—. En 1957, China se convirtió en el tercer mayor productor de hilaturas de algodón, alcanzando un rendimiento dos veces y medio superior al del Reino Unido.

Y en 1983, las enormes fábricas textiles chinas, todas ellas de propiedad estatal, generaron 3,27 millones de toneladas de artículos de algodón.¹¹ Poco después, el crecimiento de la industria india seguía sus pasos.¹²



Cartel propagandístico chino: vendemos algodón selecto, seco, limpio y sin mezcla al estado, Wu Shaoyun, 1958.

El predominio de China, un estado que estaba formado, según afirmaban sus propias autoridades, por obreros y campesinos, habría parecido una especie de experimento alucinado a los reyes del algodón de principios del siglo XIX —es decir, a los Hammond de Carolina del Sur, a los Rylands de Manchester, a los Dollfus de Mulhouse, a los Baring de Liverpool y a los Volkart de Winterthur—. Les habría resultado imposible imaginar que en 2008 pudiera haber una unidad semimilitar de la República Popular China, el Organismo de Producción y Construcción de Sinkiang, capaz de cultivar 1,3 millones de toneladas de algodón, o lo que es lo mismo, un 5% del total mundial. No obstante, la norma era asociar la construcción estatal a los procesos de industrialización. Ese maridaje también habría de verse coronado por el éxito en otras partes del mundo, como por ejemplo en la Unión Soviética, que volvería a reorganizar la

agricultura algodonera en el Asia Central para propiciar un incremento verdaderamente espectacular de la producción de algodón en rama. En 1980, la Unión Soviética movió cerca de 2.722.000 toneladas métricas de algodón, convirtiéndose así en el mayor productor del mundo después de China. Estos estratosféricos incrementos —solo entre 1950 y 1966 la producción creció aproximadamente un 70 %— únicamente pudieron conseguirse aceptando que el estado realizara inversiones masivas en regadíos, fertilizantes y maquinaria.¹³

En realidad, en las sociedades poscoloniales y poscapitalistas, este recurso al estado no vino a constituir un retorno al capitalismo de guerra de finales del siglo XVIII y principios del XIX, sino más bien un uso agudizado y una mejora de las herramientas y métodos del capitalismo industrial. Pese a que el uso de la fuerza siguiera desempeñando un importante papel en la movilización de la mano de obra, lo cierto es que ahora el recurso a la coerción física directa no se practicaba más que en los confines más extremos del capitalismo industrial. Y aunque las diferencias entre el hemisferio sur, por un lado, y Europa y Estados Unidos por otro, fuesen significativas, si observamos los acontecimientos desde una perspectiva lo suficientemente dilatada veremos que lo más notable es el hecho de que la trayectoria que experimentó el imperio del algodón a lo largo del siglo XX viniera a converger cada vez más con los objetivos de un desarrollismo patrocinado por el estado.¹⁴ En la década de 1950, la planificación económica de dirección estatal, que había obtenido sus primeras grandes victorias en las dispersas posesiones imperiales europeas, se había convertido ya en el sistema más eficiente y aparentemente ineludible del globo.

Sin embargo, la particular forma del predominio estatal en el siglo XX estaba llamada a ser tan breve como ya lo había sido en el siglo XIX el reinado de los comerciantes. Como ya hemos señalado, en la década de 1970, con el declive de las manufacturas de algodón en Europa y Estados Unidos, y con la lenta disolución de la alianza entre los manufactureros y el estado, el imperio del algodón iba a asistir al surgimiento de una nueva clase de comerciantes: muy distinta a la del individuo bien relacionado que recorría las calles de Liverpool para inspeccionar la calidad de las balas de

algodón, ya que ahora se tratará de inmensas corporaciones especializadas en conseguir artículos de marca en todo el globo para venderlos después a los consumidores del planeta entero. El crecimiento de este nuevo conjunto de actores contó con una impagable ayuda: la derivada de la ocurrencia de dos grandes cambios totalmente independientes de los integrantes del grupo en sí. Dado que las manufacturas, y muy en particular los tejidos de algodón, habían perdido muchísimo peso en las economías de Europa y Estados Unidos, la capacidad de los gobiernos del Atlántico Norte para configurar a su gusto la industria algodonera se redujo en idéntica medida. Sin embargo, el poder de esas entidades comerciales también iba a aumentar por un hecho inesperado que en este caso guardaba relación con uno de los mayores éxitos de los estados. A mediados del siglo XX, los gobiernos habían logrado transformar la campaña global, de modo que la capitalización de la vida cotidiana se elevó hasta alcanzar niveles carentes de todo precedente. La mayoría de las personas del planeta se hallaban ahora inextricablemente unidas tanto a la producción de materias primas como a su consumo. En consecuencia, los capitalistas dejaron de tener necesidad de un estado para convertir a los agricultores en cultivadores de algodón, en una reserva de mano de obra para sus factorías, y en consumidores de los artículos textiles confeccionados con el producto de su trabajo. En realidad, dicho proceso se hallaba ya en una fase bastante avanzada, lo que significa que esos nuevos comerciantes se encontraron con la posibilidad de exprimir los beneficios de esa ampliación del mercado de consumidores y de la disponibilidad de una reserva de mano de obra superior a cuanto hubiera conocido la humanidad en toda su historia.

Sin embargo, los éxitos de esos nuevos actores se debieron también a su capacidad para organizar la producción en términos globales y para crear tanto los artículos de marca que necesitaban como los canales de venta que les permitían ofrecerlos a los compradores del mundo entero. A diferencia de lo sucedido en el siglo XIX, estos modernos tratantes no habrán de centrarse ya en el comercio de algodón en rama, hilos y telas, sino en el negocio de la ropa. Compran el algodón, el hilo, la tela y la vestimenta a los proveedores más baratos que consiguen localizar, sin implicarse ellos mismos en la manufactura. Después centran sus energías en generar cauces

que les permitan vender dichas mercancías —a las que colocan el sello de una marca y asocian a uno o más eslóganes—. Es lo que hacen, entre otras, la compañía estadounidense Gap (cuyo lema propagandístico es «Get together»), la china Meters/bonwe (que pregona «Be different»), y la alemana Adidas (que apuesta por «Adidas is all in»). Otra de sus tácticas consiste en desarrollar nuevas formas de venta al por menor, como sucede en el caso de Walmart (estadounidense), de Lojas Americanas S. A. (Brasil) y Carrefour (Francia). Para dominar esta cadena global de suministro de algodón, estos comerciantes siguen necesitando la cooperación del poder estatal, pero la dependencia que les une a un estado específico ha disminuido considerablemente. Por consiguiente, fomentan la competencia, no solo entre los manufactureros y los agricultores, sino también entre los propios estados. En el imperio del algodón de nuestros días, los comerciantes han acabado arreglándose para emanciparse de la dependencia que antes les había mantenido atados a un estado concreto. Y una de las primeras consecuencias de esa situación es que las protecciones que antiguamente ofrecían los estados-nación fuertes y que amparaban al menos a algunos de sus trabajadores, y durante parte del siglo XX aunque no sea más, han ido erosionándose paulatinamente. En la actualidad los obreros se están viendo cada vez más a merced de un puñado de empresas que pueden modificar fácilmente todas las formas de producción que existen en el mundo. La globalización no es nada nuevo en el imperio del algodón, pero lo que sí es nuevo es la capacidad de los capitalistas para utilizar a un cierto número de estados y verse de ese modo libres de las exigencias que cualquiera de ellos pudiera plantearles. El estado, es decir, la institución misma que primero propició el ascenso de los capitalistas y su acceso a la riqueza y al poder trata de conseguir ahora, con desesperación creciente, que estos se dignen a invertir en ellos.

No obstante, la destacadísima presencia de los actuales gigantes del mundo del vestir y su séquito de minoristas no debe impedirnos ver las pautas que se dibujan ante nuestros ojos, ya que estos capitalistas algodouneros siguen dependiendo del estado —de unas formas que muchas veces son sutiles y otras muchas no—. Como ya hemos visto, en Estados Unidos la distribución de enormes subsidios mantiene en la brecha a los

cultivadores de algodón: en 2001, el gobierno estadounidense pagó en ayudas agrícolas a los agricultores dedicados a la explotación del arbusto la cifra récord de cuatro mil millones de dólares —un coste que superó en un 30% el valor de mercado de la propia cosecha—. Dicho de otro modo, estas subvenciones multiplicaron por tres las ayudas económicas que la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (o USAID, según sus siglas inglesas: United States Agency for International Development) desembolsó ese año en toda África —una región del mundo cuyos costes de producción suponían por entonces, aproximadamente, la tercera parte de los vigentes en Estados Unidos—. De hecho, en 2002, Brasil elevó una demanda contra Estados Unidos ante la Organización Mundial del Comercio, alegando que los subsidios del gobierno norteamericano violaban los compromisos comerciales que la propia nación estadounidense había contraído previamente con el país suramericano. Una de las cláusulas del acuerdo al que finalmente se llegó, obliga ahora al gobierno estadounidense a respaldar también la economía algodonera brasileña, aportándole 147,3 millones de dólares al año. De manera similar, la Unión Europea produce también una pequeña cosecha de algodón, tanto en España como en Grecia, gracias a la inyección de un conjunto de subvenciones cuyo montante se sitúa entre el 160 y el 189 % del precio mundial del algodón. Toda la fibra producida con tan elevados subsidios inunda después los mercados internacionales, deprimiendo los precios y perjudicando así a los agricultores de África y otras regiones del planeta, pese a que estos practiquen el cultivo del algodón de una forma mucho más competitiva.¹⁵

En otras zonas, los estados continúan desempeñando un papel activo en el reclutamiento de la mano de obra, consiguiendo que el algodón les resulte todavía más accesible a los minoristas y que estos puedan confeccionar con él ropas cada vez más baratas. En Uzbekistán, el gobierno obliga a los niños a echar una mano en la recogida del algodón (se estima que más de dos millones de chicos y chicas de menos de quince años son enviados todos los años a los campos de algodón), un «sistema [que] únicamente se puede sostener en un contexto presidido por la represión política», según los informes del Grupo Internacional de Crisis.¹⁶ En China, la represión de la actividad de los sindicatos independientes mantiene los

salarios bajos. Por consiguiente, la emancipación de los capitalistas respecto del estado no es completa —el estado sigue teniendo una gran importancia—, pero dado que el propio capital algodónero ha adquirido un carácter fluido y no se encuentra ya atado a ningún territorio en particular, la importancia de los estados-nación concretos ha disminuido. De este modo, lo que ha experimentado un nuevo vuelco no es solo el perfil geográfico del imperio del algodón, sino también el equilibrio de poder entre los agricultores, los comerciantes, los manufactureros y el estado mismo. La interminable revolución capitalista continúa.



Niños cosechando algodón en Uzbekistán.

El actual imperio del algodón vincula —como ha venido haciendo a lo largo de los últimos doscientos cincuenta años— a cultivadores, comerciantes, hilanderos, tejedores, manufactureros y consumidores, salvando para ello enormes distancias geográficas y adoptando disposiciones espaciales en perpetuo cambio. Esta fundamental innovación —la relacionada con el establecimiento de lazos capaces de franquear los límites espaciales— vio por primera vez la luz al unirse la esclavitud y el trabajo asalariado en el despiadado crisol del capitalismo de guerra, y desde entonces ha seguido constituyendo el eje del imperio del algodón. Sin embargo, la geografía de esos vínculos se ha modificado de manera radical. Algunos de los nodos que un día se revelaran de capital importancia en dicho imperio —como Lancashire, por ejemplo— han terminado ocupando

posiciones marginales, mientras que otros nodos que antiguamente carecían de relevancia —de entre los que destaca sobre todo China— han pasado a constituir su mismo núcleo.

La reorganización geográfica de las relaciones económicas no es solo un elemento del capitalismo digno de tener en cuenta ni un mero aspecto interesante de su historia, lo que ocurre es más bien que la constante y tornadiza redistribución de los diferentes sistemas de trabajo, así como las variadas maneras en que se combina el capital con las formas de gobierno es la esencia misma del capitalismo. En su búsqueda de una mano de obra cada vez más barata, mejores infraestructuras y mayores mercados, los capitalistas ordenan y reordenan incesantemente a los trabajadores y a los consumidores del mundo, así como las tierras y las materias primas del planeta, renovando permanentemente su organización.¹⁷ En ese proceso, la acción colectiva de los obreros (o su inacción) es de la mayor importancia, y lo mismo cabe decir de las políticas de los estados (o de la ausencia de medidas). Ya hemos visto que la historia del capital y el algodón solo puede comprenderse si tenemos en cuenta la historia de los muchos lugares y grupos de personas diferentes que intervienen en ella. Si nos limitamos a observar únicamente una región del imperio, caeremos en enormes malentendidos, como lo es por ejemplo afirmar que en los últimos cincuenta años el mundo se ha desindustrializado (cosa que han mantenido algunos científicos sociales europeos y norteamericanos), cuando lo cierto es exactamente lo contrario, ya que en ese período de tiempo el planeta ha asistido a la mayor ola de industrialización que jamás se haya conocido.

Los capitalistas, de los Baring del siglo XVIII a los titanes que son actualmente los minoristas globales, crearon muchos de los vínculos que han dado lugar al mundo que hoy conocemos. No obstante, el examen de esa historia revela que los capitalistas y los estados surgieron de la mano, ya que el uno facilitaba el ascenso del otro. En este mundo nuestro, implacablemente sujeto al influjo de las marcas comerciales, no resulta difícil suponer que la existencia de las gigantescas empresas actuales se debe a su exclusivo impulso. Sin embargo, esa simplificación no contempla una realidad: la de que, históricamente, la mayor fuente de vitalidad de los capitalistas ha sido su capacidad para aliarse con un puñado de estados de

insólito poder —asumiendo, simultáneamente, que durante gran parte de la historia del capitalismo, la mayor debilidad de esos mismos capitalistas ha sido el desarrollo de una relación de dependencia con el estado—. Fue justamente esa dependencia la que dio a los trabajadores la oportunidad de mejorar sus condiciones laborales. Hoy sabemos que la creciente emancipación del capital respecto de uno o más estados-nación concretos tiene consecuencias dramáticas para los trabajadores de todo el mundo. Los éxitos que han obtenido los obreros en la mejora de sus condiciones laborales han desembocado casi siempre en una reubicación del capital en otra parte. En las últimas décadas, ni Walmart ni otros gigantes de la venta al por menor han dejado de trasladar continuamente su producción de un país pobre a otro ligeramente más necesitado aún, atraídos por la promesa de unos trabajadores todavía más deseosos de aceptar lo que sea y dispuestos a cobrar salarios aún más bajos. Incluso el sistema de producción chino se encuentra hoy amenazado por la existencia de operarios que trabajan por jornales inferiores.¹⁸ El imperio del algodón ha seguido facilitando una precipitada y masiva carrera hacia el abismo, restringida únicamente por las limitaciones espaciales del planeta.

La constante reorganización del imperio del algodón, que afecta tanto a su geografía como a sus sistemas de trabajo, apunta a un elemento esencial del capitalismo: su capacidad para una permanente adaptación. Una y otra vez, lo que en una parte del imperio parecía ser una insuperable crisis ha terminado generando una respuesta en otra parte, ya que el capitalismo exige y crea al mismo tiempo una situación de revolución continua.

Esta revolución permanente solo es posible debido a la existencia de lugares y personas cuya vida admite experimentar giros de 180 grados. Estas fronteras del capitalismo se sitúan muy a menudo en la campaña global, y el recorrido que acabamos de hacer por el imperio del algodón revela que esa campaña global ha de ocupar el centro de las reflexiones que podamos hacernos sobre los orígenes del mundo moderno. Pese a que nuestra imaginación histórica se halle habitualmente dominada por ciudades, factorías y obreros industriales, hemos visto que una gran parte del movimiento por el que irrumpe en la historia el mundo moderno ha

tenido lugar en el campo —y muy a menudo por la violenta conversión de los habitantes de las zonas rurales en productores y consumidores de los productos básicos que se elaboran o usan en otras zonas del globo.

Esta relevancia de la campiña permite subrayar algo igualmente importante: el decisivo carácter de la coerción y la violencia en la historia del capitalismo. La esclavitud, el colonialismo y el trabajo de sujetos sometidos, entre otras formas de violencia, no han sido aberraciones de la historia del capitalismo, sino factores pertenecientes a su médula misma. La violencia de la organización de mercados —que lleva a obligar a la gente a trabajar en ciertos lugares y de determinadas maneras— ha sido una constante en la historia del imperio del algodón.

El hecho mismo de resaltar esa violencia esencial pone en cuestión algunas de las más arraigadas percepciones de la historia del mundo moderno: por ejemplo aquella que conceptualiza el siglo XIX, como tan a menudo se hace, como una era de «civilización burguesa» que contrastaría con los sucesos del siglo XX —sucesos que han dado pie a que el historiador Eric Hobsbawm lo catalogara con el término de «era de la catástrofe»—. ¹⁹ Una valoración de este tipo solo puede emanar de una cosmovisión empeñada en centrar sus juicios morales en Europa. Si se contempla el mundo desde la perspectiva de buena parte de Asia, África y las dos Américas, cabe argumentar justamente lo contrario: que el siglo XIX fue una era de barbarie y catástrofe, puesto que la esclavitud y el imperialismo le vaciaron, en perfecta sucesión, los bolsillos al globo. En cambio, ha sido el siglo XX el que ha asistido al debilitamiento de las potencias imperiales, permitiendo de ese modo que haya en el mundo un mayor número de personas con capacidad para determinar su propio futuro y sacudirse de encima las cadenas de la dominación colonial. Una vez eliminadas sus distorsiones eurocéntricas, la descolonización habrá de figurar en el centro mismo de cualquier narrativa que podamos elaborar en relación con lo acaecido en el siglo XX —y esta reescritura nos permitirá comprender que, en nuestros días, el factor que más determinadamente está dando forma al capitalismo global es el de las luchas por la independencia—. Sea como fuere, el viaje que nos ha llevado a recorrer el imperio del algodón ha mostrado que la civilización y la barbarie son hermanas siamesas, tanto en

lo tocante a la evolución de la primera industria global del mundo como en lo relativo a las otras muchas actividades industriales que la han tomado posteriormente como modelo.

La violencia y la coerción presentan a su vez la misma capacidad de adaptación que el capitalismo que promueven, de modo que todavía hoy continúan desempeñando un importante papel en el imperio del algodón. Los cultivadores de algodón siguen viéndose obligados a explotar dicha planta; los obreros siguen estando retenidos como prisioneros virtuales en las factorías. Es más, el fruto de sus actividades continúa distribuyéndose de forma radicalmente desigual, dado que los agricultores de Benín que se dedican al algodón ganan un dólar al día o menos, mientras que los propietarios estadounidenses de los negocios relacionados con el cultivo de esa fibra recibieron colectivamente unas subvenciones gubernamentales superiores a los treinta y cinco mil millones de dólares entre 1995 y 2010.²⁰ Los operarios de Bangladesh cosen la ropa en unas condiciones absurdamente peligrosas y a cambio de unos salarios extremadamente bajos, mientras que los consumidores de Estados Unidos y Europa se permiten el lujo de comprar esas prendas despreocupadamente, y a unos precios que muchas veces se antojan inverosímilmente reducidos.

No obstante, en este relato ampliado de la dominación y la explotación históricas ha de señalarse también la presencia de una peripecia paralela de liberación y creatividad. El despliegue del capitalismo global, junto con las impresionantes adaptaciones que ha venido experimentando a lo largo de los últimos veinte años, ha mejorado enormemente la productividad. En la China septentrional de la década de 1950 todavía se necesitaban sesenta días de duro trabajo de hilado y tejido para producir una cantidad de ropa que alcanzase a satisfacer las más mínimas necesidades de subsistencia de una familia de cinco miembros. En la actualidad, la familia estadounidense media (aunque no debe olvidarse que al contar con un promedio de 2,5 miembros es también menor que su equivalente chino de los años cincuenta) dedica únicamente el 3,4% de sus ingresos domésticos a la adquisición de un abanico de ropa mucho mayor —lo que equivale aproximadamente a ocho días de trabajo—. La agricultura y la industria han experimentado un auge prácticamente explosivo, dado que las relaciones

sociales capitalistas han permitido un crecimiento del trasiego de mercancías que ningún otro sistema de producción ha logrado igualar jamás. En este sentido, resulta elocuente que hoy exista la expectativa de que la producción de algodón pueda volver a triplicarse, o incluso a cuadruplicarse, en 2050. La capacidad humana de organizar los esfuerzos colectivos, haciéndolo además de un modo cada vez más productivo, nos permite abrigar una esperanza: la de que el dominio sin precedentes que ahora ejercemos sobre la naturaleza nos otorgue asimismo la prudencia, la posibilidad y la fuerza de crear una sociedad que atienda las necesidades de las personas de todo el mundo —es decir, un imperio del algodón que no sea solo productivo, sino también justo—. Si tenemos en cuenta los perpetuos conflictos de poder que bullen en el foco mismo de la historia del algodón, la invocación de un mundo justo puede parecer un sueño ocioso. Sin embargo, como ya hemos visto en las páginas anteriores, los miembros menos poderosos del imperio del algodón han tratado sistemáticamente de alumbrar dicho mundo, consiguiendo realizar a veces cambios espectaculares: el mundo que en un determinado momento parece estable y permanente puede experimentar una transformación radical en el instante siguiente. A fin de cuentas, la revolución capitalista crea y recrea perpetuamente nuestro mundo, asemejándose en ese sentido a la incesante manufactura de nuevos tejidos que efectúan los telares del planeta.²¹

AGRADECIMIENTOS

Son muchos los aspectos de la investigación y la redacción de este libro que me han parecido discurrir en paralelo al tema tratado, dado que su resolución me ha llevado a estudiar el comportamiento de personas y el contenido de documentos de todo el mundo. El viaje realizado ha supuesto una gran aventura. Jamás olvidaré los días en que, en plena crisis financiera argentina, y hallándome sentado en los archivos que se guardan en los sótanos del Banco de la Provincia de Buenos Aires, tuve oportunidad de escuchar cómo se abrían y cerraban ruidosamente, con cadencia predecible, las pesadas puertas de metal de la entrada principal de la entidad a fin de impedir que penetraran en el edificio los manifestantes que desfilaban frente al mismo. No olvidaré nunca el salón de actos de los Archivos Nacionales de El Cairo, donde pasé muchísimas horas bebiendo té en compañía de su director, que trataba de conseguirme un pase para examinar un conjunto de documentos de principios del siglo XIX que el estado juzgaba demasiado sensibles para poder ser puestos en manos de un historiador deseoso de consultarlos. Siempre recordaré el instante en el que el bibliotecario del Museo del Estampado de Telas de la ciudad francesa de Mulhouse abrió la puerta de una habitación llena hasta el techo de muestras de tejidos de algodón de los siglos XVIII y XIX. Y nunca se me borrará de la memoria el rato que permanecí sentado en el patio del bar de la Colonia Vidal, en el valle catalán de Llobregat, imaginando el tipo de existencia que debieron de conocer las varias generaciones de obreros que tuvieron que pasar su vida laboral en esta población creada por la propia empresa, siempre al servicio de las exigencias de una voraz fábrica textil.

Las investigaciones necesarias para la elaboración de este libro me han llevado a recorrer todos los continentes, así que quiero mostrar aquí mi gratitud hacia todos los bibliotecarios y archivistas que, a menudo en circunstancias difíciles, han protegido los materiales en los que se basa esta

obra y me han facilitado el acceso a los mismos. Quiero agradecer específicamente la labor de quienes me ayudaron en los archivos de la Asociación de Hilanderos Japoneses de Osaka, en los Archivos Nacionales de Australia, en los Archivos Nacionales y la Biblioteca de Egipto, en la colección de libros raros de la Universidad Estadounidense de El Cairo, en los Archivos Nacionales de la India, en la Biblioteca y el Museo Conmemorativos Nehru de Nueva Delhi, en los Archivos del Estado de Maharashtra en Bombay, en la Cámara de Comercio de Bombay, en la Asociación de Patronos Textiles de Bombay, en la Biblioteca Asiática de Bombay, en los Archivos Nacionales de ultramar, en Aix-en-Provence, en los Archivos Nacionales y los Archivos Diplomáticos del Quai d'Orsay de París, en la Sociedad Industrial y el Museo del Estampado de Telas de Mulhouse, en los Archivos Volkart de Winterthur, en la Cámara de Comercio de Barcelona, en el Archivo Nacional de la República Federal de Alemania en Berlín, en la Cámara de Comercio de Hamburgo, en la Cámara de Comercio de Bremen, en la Bolsa de Algodón de Bremen, en los Archivos Estatales de Bremen, en los Archivos Baring de ING, en los Archivos Nacionales del Reino Unido en Kew, en la Biblioteca Guildhall, en la Biblioteca Británica y en el Archivo del Banco de Inglaterra, todos ellos en Londres, en los Archivos y Estudios Locales de Manchester, en la Biblioteca John R. Rylands, en la Oficina de Registros del Gran Condado de Manchester, en la Oficina de Registros de Liverpool, en la Biblioteca de la Universidad de Liverpool, en el Museo Marítimo de Merseyside, en las Colecciones Históricas de la Escuela Empresarial de Harvard, en la Biblioteca Widener, en la Sociedad Histórica de Massachusetts, en la Sociedad Histórica de Nueva York, en la Biblioteca Pública de Nueva York, en el Archivo General de la Nación de México, en la Biblioteca Pedro Sainz de Baranda de Valladolid, en el Banco de la Provincia de Buenos Aires, y en la Biblioteca Tornquist de Buenos Aires.

En ese proceso he contado con la colaboración de un gran número de ayudantes de investigación, y todos ellos me han ayudado a organizar el material. En Camberra, Australia, Lawrence Niewójt me echó una mano, igual que Natsuko Kitani en Osaka. Amit Mishra cooperó conmigo en Delhi, el doctor Abdel-Wahid hizo lo propio en El Cairo, y lo mismo he de

decir de Amilcar Challu en Buenos Aires y de Pauline Peretz en París. A lo largo de los años también ha habido una importante cantidad de ayudantes de investigación que han hecho que me resulte más llevadero orientarme en un relato que no tardó en adquirir una notable complejidad. Quiero citar, entre otros a los siguientes: en Cambridge: Rudi Batzell, Par Cassel, Lui Chang, Jane Chen, Marlee Chong, Eli Cook, Rui Dong, Holger Drössler, Balraj Gill, Heather Souvaine Horn, Louis Hyman, Diana Kimball, Noam Maggor, Maximillian Mason, Paul Mathis, Shaun Nichols, Nathan Pearl-Rosenthal, Arjun Ramamurti, Leonid Sidorov, Liat Spiro, Luise Tremel, Niki Usher, Ann Wilson, Julie Yen y Jenny Zhang; y en Friburgo: Lukas Bowinkelmann, Ralf Meindl, Lukas Nemela y Carsten Vogelpohl. Gracias a todos —no habría podido realizar este trabajo sin vosotros—. Y gracias también a mis alumnos de la Universidad de Harvard, cuya insaciable curiosidad contribuyó a estimular la mía.

Quiero expresar también mi gratitud a todas las personas que han mostrado interés por mi trabajo o asistido a mis conferencias en Sídney, Tokio, Osaka, Seúl, Hong Kong, Nueva Delhi, Calcuta, Tel Aviv, Dakar, Leipzig, Jena, Frankfurt, Múnich, Linz, Ámsterdam, Basilea, Zúrich, Ginebra, Nottingham, Londres, Manchester, Brighton, São Paulo y Buenos Aires —sin olvidar muchas de las universidades del conjunto de Estados Unidos.

Agradezco también a Jane Garrett, de la editorial Alfred A. Knopf, que me animara desde el principio a emprender y culminar este proyecto; a William Kirby de Harvard por haber creído en mí; a Shigeru Akita y Takeshi Abe por haber contribuido a que me abriera paso en el enorme volumen de recursos documentales que tuve a mi disposición en Osaka; a Jun Furuya por haberme hecho sentir siempre a gusto en Tokio (y por ayudarme a superar el peor terremoto de la historia de Japón); a Babacar Fall y Omar Gueye por la hospitalidad que me brindaron en Dakar; a Rafael Marquese por haberme permitido abordar todas estas cuestiones en São Paulo ante un plato de la deliciosa gastronomía Marañón; a Charles Forcey, el más importante mago de la lengua del mundo; a John Killick de Leeds por haberme proporcionado algunas de sus obras inéditas; a Gavin Wright por los comentarios constructivos que me brindó desde el principio; a Peter

Knight por señalarme algunas fuentes importantes; a Cyrus Veese por sus agudas observaciones; a Julia Seibert de El Cairo por ayudarme a comprender las repercusiones que tuvo el colonialismo en los regímenes basados en la mano de obra africana; a Mauro y a todos los Palas de Alguero, en Cerdeña, por permitirme escribir en su espléndida compañía y en un rincón tan hermoso del planeta; al nutrido grupo de entrañables parientes que tengo en Liverpool —John, Heather, Ian y Andrew McFadzean—, que me enseñaron una ciudad cuyo nombre, más que el de ninguna otra, evoca inmediatamente la historia del algodón, y que me dejaron pasar varios veranos con ellos en mi época de estudiante de instituto, y trabajar en su pequeño establecimiento vendiendo periódicos y caramelos; a Dieter Plehwe de Berlín por nuestras interminables conversaciones sobre el capitalismo —y por su amistad—; a Christine Desan de la Facultad de Derecho de Harvard por haber contribuido a conferir respetabilidad a los estudios relacionados con el capitalismo; a Gilles Palsky de París, que me ayudó a consultar unos extraordinarios mapas estrechamente vinculados con el comercio global del algodón; a Uta Beckert por haberme orientado en el examen del algodón mesopotámico; a Neus Santamaria del Consorci del Parc Fluvial del Llobregat por ayudarme a comprender la extraordinaria historia de la industrialización catalana; a Aditya y Mridula Mukerjee, así como a Prabhu Mohapatra y a todos mis amigos de Nueva Delhi por dejar que me sumara a sus interminables conversaciones sobre las grandes desigualdades que caracterizan tanto al mundo como a la India; y a Irfan Habib de Nueva Delhi, a Sakae Tsunoya de Sakai, a Eric Foner de Nueva York, a Jürgen Osterhammel de Constanza y a Ibrahima Thioub de Dakar por enfrentarse a mis ideas y ser una gran fuente de inspiración como historiadores. Y quiero expresar especialmente mi gratitud, en último aunque no por ello menos importante lugar, a mi colega y amigo Charles Maier, que al darme ánimos en el inicio mismo del proyecto consiguió que todo lo demás viniera por sí solo.

La redacción de un libro como este exige la utilización de un significativo volumen de recursos, así que me siento muy agradecido por haber contado con la buena fortuna de acceder a esos recursos —un privilegio del que disfrutaban muy pocos historiadores del mundo—. Una

beca del Fondo Kittredge posibilitó la materialización de las primeras fases de la investigación. Más tarde, en Harvard, el Centro David Rockefeller de Estudios Latinoamericanos, así como el Fondo Milton, el Centro de Estudios Asiáticos, el Instituto Reischauer de Estudios Japoneses, y sobre todo el Centro Weatherhead de Asuntos Internacionales, me proporcionaron unos fondos que ya por entonces necesitaba de forma urgente. Empecé a concebir la elaboración de esta obra durante el año que pasé en el Centro para Estudiosos y Escritores de la Biblioteca Pública de Nueva York, cuyo director, Peter Gay, supo ofrecerme el más estimulante de los entornos para poder reflexionar acerca de ese nuevo proyecto —y para hacerlo además a lo grande—. Después, la Fundación Humboldt me concedió un premio que me permitió dedicar un año a las investigaciones relacionadas con el presente texto, y con el tiempo el Instituto de Estudios Avanzados de Friburgo, el Consejo Estadounidense de Sociedades Eruditas y el Centro Weatherhead de Asuntos Internacionales de la Universidad de Harvard me dispensaron de algunas de mis horas lectivas a fin de que pudiera redactar el manuscrito. En una época en que el respaldo a las humanidades y a las ciencias sociales mengua a gran velocidad no sabría cómo agradecer que estas instituciones hayan juzgado que la comprensión de los procesos que han determinado que nuestro mundo presente hoy el aspecto que tiene sea algo que continúa resultando relevante.

Cuando ya tenía prácticamente ultimado el manuscrito, un grupo de amigos leyó algunos de sus apartados —o la totalidad del mismo—, ofreciéndome sus valiosas observaciones. Quiero expresar por ello mi gratitud a Elizabeth Blackmar, Sugata Bose, Vincent Brown, Franz-Josef Brüggemeier, Stanley Engermann, Eric Foner, Andrew Gordon, Steven Hahn, Noam Maggor, Terry Martin, Amit Mishra, Roger Owen, Michael Ralph, Seth Rockman, Dan Smail, Marcel van der Linden, Cyrus Veese y John Womack. Su prudencia y penetración supusieron una importante diferencia, pese a que haya preferido omitir, por mi cuenta y riesgo, algunos de sus consejos.

Son muchas las personas que me han ayudado a dar forma a este manuscrito. David Lobenstine y Martha Schulmann realizaron un esfuerzo heroico para echarme una mano con las correcciones, y Victoria Wilson y

Audrey Silverman condujeron con mano experta el texto desde su fase de borrador final hasta la de libro en toda regla.

No obstante, mi mayor gratitud va dirigida a mi familia. Lisa McGirr ha estado a mi lado desde los primeros compases, ha leído el gran número de borradores que fueron dando forma a cada capítulo y supo echarme siempre una mano cuando las dificultades quisieron acumularse. La dedicatoria que abre el libro no es más que un pequeño reconocimiento por todo el apoyo que me ha dado. Mis hijos, Noah y Pascal, han crecido al mismo tiempo que este libro. Hace poco me dijeron que, al ver que los debates sobre el algodón eran un elemento tan frecuente en nuestra casa, se habían pasado años pensando que yo era «profesor de algodón». Les aliviará saber que me dispongo a estudiar algo distinto.

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES

Harvard Art Museum.

Bodleian Library, Oxford.

John Mandeville, *The Travels of John Mandeville* (c. 1356).

Wolfgang von Stromer, *Die Gründung der Baumwollindustrie in Mitteleuropa*, Hiersemann, Stuttgart, 1978, p. 66.

British Library Online Gallery, Asia, Pacific and Africa Collections.

© Sven Beckert, sobre la base de los datos que ofrecen Alfred P. Wadsworth y Julia De Lacy Mann en *The Cotton Trade and Industrial Lancashire, 1600-1780*, Manchester University Press, Manchester, 1931, pp. 520-521, en Apéndice G.

Edward Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, H. Fisher, R. Fisher and P. Jackson, Londres, 1835, p. 211.

© Sven Beckert.

Cortesía del National Trust, Quarry Bank Mill Archive, Styal, Reino Unido.

Wang Chen, *Nong Shu*, Shandong [1313] 1530, capítulo 20, 17ab.

© Sven Beckert, sobre la base de las cifras que aparecen en las Tablas X y XI, en Elizabeth Booddy Schumpeter y T. S. Ashton, *English Overseas Trade Statistics, 1697-1808*, Clarendon Press, Oxford, 1960, pp. 29-34.

Library of Congress, Rare Book and Special Collections Division, Washington, D. C.

© Sven Beckert, tomando como base los datos que aparecen en la nota 15 del capítulo 4.

Library of Congress, Washington, D. C.

American Cotton Planter, n.º 1, noviembre de 1853.

© Sven Beckert, sobre la base de los datos que figuran en Stuart W. Bruchey, *Cotton and the Growth of the American Economy, 1790-1860: Sources and Readings*, Harcourt, Brace and World, Nueva York, 1967, Tabla C.

© Sven Beckert, tomando como base las *Historical Statistics of the United States, Colonial Times to 1970*, vol. 1, U. S. Department of Commerce, Washington, D. C., 1975, pp. 517 y sigs.

Centro Schomburg para la Investigación de la Cultura Negra, manuscritos, archivos y departamento de libros raros, The New York Public Library. «Plantation; Cotton picking». New York Public Library Digital Collections, consultado el 4 de junio de 2016: <http://digitalcollections.nypl.org/items/510d47da-7513-a3d9-e040-e00a18064a99>

Henry Koster, *Travels in Brazil*, Longman, Hurst, Rees, Orme and Brown, Londres, 1816.

Thomas Affleck, *Southern Rural Almanac and Plantation and Garden Calendar for 1854*, Adams Co., Washington, D. C., 1854, p. 2.

© Sven Beckert, tomando como base los datos que presenta John A. Todd en *The World's Cotton Crops, Section F, Prices*, A. and C. Black, Londres, 1915, pp. 429-432.

© Sven Beckert, fundado en los datos de Levi Woodbury, *Woodbury's Tables and Notes on the Cultivation, Manufacture, and Foreign Trade of Cotton*, U. S. Department of the Treasury, Washington, D. C., 1836, Cuadro D, 24 y sigs.

© Sven Beckert, sobre la base de los datos que ofrece Thomas Ellison en *The Cotton Trade of Great Britain*, Effingham Wilson, Londres, 1886, p. 86.

© Sven Beckert, sobre la base de los datos que ofrece Roger Owen en *Cotton and the Egyptian Economy: A Study in Trade and Development*, Clarendon Press, Oxford, 1969, pp. 34, 45, 73.

J. Pedraglio, *Établissement Dollfus et Bieg et. Cie, Lithographie*, 1850, Bibliothèque de Mulhouse.

© Sven Beckert, tomando como base los datos que figuran en Michel Hau, *L'industrialization de l'Alsace, 1803-1939*, Association des Publications près les Universités de Strasbourg, Estrasburgo, 1987, p. 461.

Por Camille Schlumberger, 1819, retratos de personajes de Mulhouse pertenecientes al período que va de finales del siglo XVI a principios del siglo XIX.

National Institute of Historical Studies of the Revolutions of Mexico
John Rylands Collection.

Caroline Hövemeyer, 1889, Heimatmuseum Reutlingen.

Colección Esteban de Antuñano Cortina.

John Lossing, *A History of the United States: For Families and Libraries*, 1859, p. 369.

Auguste Couder, óleo sobre lienzo, 1841, Palacio de Versalles, Francia.

© Hulton Archive / Getty Images.

Dover Public Library.

© Sven Beckert, tomando como base los datos ofrecidos en los Libros de Nóminas, 1823-1824, Dover Manufacturing Company, Dover, New Hampshire, Cocheco Manufacturing Company Papers, Baker Library, Harvard Business School, Cambridge, Massachusetts.

© Sven Beckert, tomando como base los datos que figuran en los McConnel and Kennedy Papers, MCK/4/51, John Rylands Library, Manchester.

Roy Westall, *Wilmslow and Alderley Edge: A Pictorial History*, Shopwyke Manor Bank, Reino Unido, Phillimore, 1994.

Library of Congress, Washington, D. C.

Franklin Elmore Papers, Box 4, Library of Congress, Washington, D. C.

Dictionnaire biographique comprenant la liste et les biographies des notabilités du Département de la Seine Inférieure, 1892.

Georges Dubosc, *La Guerre de 1870-71 en Normandie*, 1905.

National Portrait Gallery, Londres.

© Kanton Zurich.

Punch, or the London Charivari, 16 de noviembre de 1861.

© Sven Beckert, tomando como base los datos que ofrece el Gobierno de la India en su *Annual Statement of the Trade and Navigation of British India and Foreign Countries*, Office of Superintendent of Printing, Calcuta, 1872, 1876, vols. 5 y 9; Roger Owen, *Cotton and the Egyptian Economy: A Study in Trade and Development*, Clarendon

Press, Oxford, 1969, p. 90; *Estatísticas históricas do Brasil: Séries econômicas, demográficas e sociais de 1550 a 1988*, Fundação Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, Rio de Janeiro, 1990, p. 346.

École Nationale des Ponts et Chaussées, París, Folio 10975.

Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, D. C.

Library of Congress Prints and Photographs Division, Washington, D. C.

Volkart Brothers Archive.

© Sven Beckert, tomando como base los datos que figuran en Sven Beckert, «Emancipation and Empire: Reconstructing the Worldwide Web of Cotton Production in the Age of the American Civil War», *American Historical Review*, 109 (5), p. 1437.

State Library of Louisiana.

Lewis Hines.

Mississippi Department of Archives and History, Jackson, Misisipi.

Archivo de la Casa Guillermo Purcell, Casa Purcell, San Pedro de las Colonias, Coahuila, México.

© Volkart Brothers Archive.

© Volkart Brothers Archive.

Walter H. Rambousek, Armin Vogt y Hans R. Volkart, *Volkart: Die Geschichte einer Welthandelsfirma*, Editorial Insel, Frankfurt del Meno, 1990, p. 81.

Dimitri J. Zerbini, *Histoire d'une entreprise industrielle: The Kafr-El-Zayat Cotton Company, 1894-1956*, Société de Publications Égyptienne, Alejandría, 1956.

Greater Manchester County Record Office, Manchester, B/10/10/3/719.

Museum of the City of New York.

© Sven Beckert, sobre la base de los datos presentados en la nota 19 del capítulo 11.

Papers of B. and S. Astardjan, Manchester County Record-Office, Manchester, Reino Unido.

© Volkart Brothers Archive.

© Sven Beckert, tomando como base los datos presentados en la nota 19 del capítulo 11.

Rylands and Sons Archive, John Rylands Library, Manchester.

George Lambert, *India, the horror-stricken empire: containing a full account of the famine, plague, and earthquake of 1896-7, including a complete narration of the relief work through the Home and Foreign Relief Commission*, Elkhart, Indiana, Mennonite Pub. Co., 1898, p. 51.

Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, «Baumwoll-Expedition nach Togo, Bericht, 1901», en *Beihefte zum Tropenpflanzer*, 3, 2, 1902, p. 338.

Annual Report for 1912-13 on Reforms and Progress in Chosen, Gobierno General de Chosen, Seúl, diciembre de 1914, Ilustración 15, opp. 154.

Imago Mundi, *Dictionnaire biographique*, «Faidherbe».

S. Ponjatovskij, *Opyt Izučeniya Chlopkovodstva v Turkestaně i Zakaspijskoj Oblasti*, Tipografija V. Y. Kirš'auma, San Petersburgo, 1913.

Bundesarchiv Berlin-Lichterfelde, R 1001, file 8223.

Fotografia de A. Vogt, Universitaetsbibliothek Frankfurt, Deutsche Kolonialgesellschaft/Bildarchiv, n.º 101, 3-3501017.

E. M. Mirzoev, «Agriculture», poster, 1937, International Institute of Social History, Ámsterdam, Países Bajos.

Arno S. Pearse, *Brazilian Cotton: Being the Report of the Journey of the International Cotton Mission*, International Federation of Master Cotton Spinners' and Manufacturers' Associations, Manchester, 1921.

© Sven Beckert, tomando como base los datos que figuran en «World's Consumption of All Kinds of Cotton», en *Statistics of World Consumption of Cotton, 1910-1931*, MD 230/44, Papers of John A. Todd, Liverpool Records Office, Liverpool.

The Spinner Photographic Collection.

Lewis Hine.

© Armada Business Park

Library of Congress, Washington, D. C.

© Sven Beckert, tomando como base los datos ofrecidos en Stephen Haber (comp.), *How Latin America Fell Behind: Essays on the Economic Histories of Brazil and Mexico, 1800-1914*, Palo Alto, California, Stanford University Press, Palo Alto, California, 1997, p. 162.

Kinsei Meishi Shashin, vol. 2, 1934-1935, National Diet Library, Tokio, Japón.

Wikipedia Commons

© Sven Beckert, tomando como base los datos que figuran en Hikotaro Nishi, *Die Baumwollspinnerei in Japan*, Editorial der H. Laupp'schen Buchhandlung, Tubinga, 1911, p. 55; The Department of Finance, *1912: Annual Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, Insetsu Kyoku, Tokio, s. f., p. 554; The Department of Finance, *1915: Annual Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, primera parte, Insetsu Kyoku, Tokio, s. f., p. 448; The Department of Finance, *1917: Annual Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, primera parte, Insetsu Kyoku, Tokio, s. f., p. 449; Hikotaro Nishi, *Die Baumwollspinnerei in Japan*, Editorial der H. Laupp'schen Buchhandlung, Tubinga, 1911, *op. cit.*, p. 84; The Department of Finance, *1895: Annual Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, Insetsu Kyoku, Tokio, s. f., p. 296; The Department of Finance, *December 1902: Monthly Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, Insetsu Kyoku, Tokio, s. f., p. 65; Tōyo Keizai Shinpōsha (comp.), *Foreign Trade of Japan: A Statistical Survey*, Tokio, 1935; 1975, págs. 229-230, 49.

kamat.com

© Sven Beckert, tomando como base los datos ofrecidos en Ownership of Spindles in Chinese Cotton Production; Peter Duus, «Zaikabō: Japanese Cotton Mills in China», en Michael Smitka (comp.), *The Textile Industry and the Rise of the Japanese Economy*, Garland, Nueva York, 1998, pp. 82 y sigs.

Fotografía de Vithalbhai Jhaveri en GandhiServe, 1925.

© *Times of India*.

Bombay Industries: The Cotton Mills: A Review of the Progress of the Textile Industry in Bombay from 1850 to 1926 and the Present Constitution, Management and Financial Position of the Spinning and Weaving Factories, Indian Textile Journal, Bombay, 1927, p. 487.

© Reuters.

© Noah Beckert.

© Sven Beckert, tomando como base los datos ofrecidos en
indexmundi.com/ agriculture/?commodity=cotton&graph=production,
Departamento Estadounidense de Agricultura.
International Institute of Social History, Amsterdam.

NOTAS

Introducción

1. *The Thirty-Ninth Annual Report of the Board of Directors of the Manchester Chamber of Commerce for the Year 1859*, Cave and Sever, Manchester, 1860, pp. 18, 19, 22, 23, 33, 34, 38, 39, 45.

2. «Liverpool. By Order of the Liverpool Cotton Association Ltd., Catalogue of the Valuable Club Furnishings etc. to be Sold by Auction by Marsh Lyons and Co., Tuesday, 17th December 1963», Greater Manchester County Record Office, Manchester, Reino Unido.

3. Véase la «Monthly Economic Letter: U. S. and Global Market Fundamentals», *Cotton Incorporated*, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 23 de enero de 2013): [http://www.cottoninc.com/corporate/Market-Data/MonthlyEconomic Letter/](http://www.cottoninc.com/corporate/Market-Data/MonthlyEconomicLetter/); véase también «The Fabric of Our Lives» (último acceso, 1 de julio de 2012): <http://www.thefabricofourlives.com/>.

4. De acuerdo con los datos expuestos en «Fast Facts ... About American Wool», American Sheep Industry Association, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 10 de marzo de 2013): www.sheepusa.org/get_file/file_id/5ab52656e6d6e32821aa9f177bf05876, en Estados Unidos el peso medio del vellón de una oveja es de 3,3 kilos. Lo que hemos hecho para efectuar nuestro cálculo ha sido dividir por esa cifra el peso total de la cosecha mundial de algodón, averiguando así la cantidad de ovejas que se precisarían para producir ese mismo peso en lana. Véase el siguiente documento: Government of South Australia, «Grazing livestock — a sustainable and productive approach», Adelaide and Mt Lofty Ranges Natural Resource Management Board (último acceso, 10 de marzo de 2013): www.amlnrm.sa.gov.au/Portals/2/landholders_info/grazing_web.pdf, junto con «European Union», CIA — The World Factbook (último acceso, 16 de marzo de 2013): <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/ee.html>. Según la primera fuente, se da por supuesto que 1 hectárea de terreno puede proporcionar alimento a diez ovejas macho —o hembras no preñadas ni lactantes— si se les permite pastar en ella durante todo el año. Este es el dato empleado para calcular la superficie de terreno necesaria para dar sustento a siete mil millones de ovejas, comparando después la cantidad resultante con las dimensiones de la Unión Europea, que es de 4.324.782 kilómetros cuadrados según el CIA World Factbook.

5. Véase Edward Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, H. Fisher, R. Fisher y P. Jackson, Londres, 1835, pp. 5-6. Véase también Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2000.

6. Véase Jared Diamond, *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*, Norton, Nueva York, 1998; junto con David Landes, *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor*, Norton, Nueva York, 1998; Niall Ferguson, *Civilization: The West and the Rest*, Allen Lane, Nueva York, 2011; Robert Brenner, «Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-industrial Europe», *Past and Present*, n.º 70, febrero de 1976, pp. 30-75; Robert Brenner, «The Agrarian Roots of European Capitalism», *Past and Present*, n.º 97, noviembre de 1982, pp. 16-113; y Edward Palmer Thompson, *The Making of the English Working Class*, Pantheon, Nueva York, 1963. [Hay publicaciones castellanas: Jared Diamond, *Armas, gérmenes y acero. Breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*, traducción de Fabián Chueca, Debate, Barcelona, 2004; David Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones. Por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*, traducción de Santiago Jordán Sempere, Crítica, Barcelona, 2008; Niall Ferguson, *Civilización*, traducción de Francisco J. Ramos Mena, Debate, Barcelona, 2012; y Edward Palmer Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, traducción de Elena Grau, Crítica, Barcelona, 1989.]

7. Existe una literatura de vibrante dinamismo sobre la esclavitud y el capitalismo. De entre las numerosas obras que podríamos citar, valga incluir aquí las siguientes: Eric Williams, *Capitalism and Slavery*, Russell and Russell, Nueva York, 1961 [hay publicación castellana: *Capitalismo y esclavitud*, traducción de Martín Gerber, Traficantes de Sueños, Madrid, 2011]; Rafael de Bivar Marquese, «As desventuras de um conceito: Capitalismo histórico e a historiografia sobre escravidão brasileira», *Revista de Historia*, n.º 169, juliodiciembre de 2013, pp. 223-253; Philip McMichael, «Slavery in the Regime of Wage Labor: Beyond Paternalism in the U.S. Cotton Culture», *Social Concept*, n.º 6, 1991, pp. 10-28; Barbara L. Solow y Stanley L. Engerman, *British Capitalism and Caribbean Slavery: The Legacy of Eric Williams*, Cambridge University Press, Nueva York, 1987; Gavin Wright, *The Political Economy of the Cotton South: Households, Markets, and Wealth in the Nineteenth Century*, Nueva York, Norton, 1978; Joseph E. Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England: A Study in International Trade and Economic Development*, Cambridge University Press, Nueva York, 2002; Dale Tomich, «The Second Slavery: Mass Slavery, World-Economy, and Comparative Microhistories», en *Review: A Journal of the Fernand Braudel Center*, vol. 31, n.º 3, 2008; y Robin Blackburn, *The American Crucible: Slavery, Emancipation and Human Rights*, Verso, Londres, 2011.

8. *Cotton Supply Reporter*, n.º 37, 1 de marzo de 1860, p. 33.

9. Andrew Ure, *The Cotton Manufacture of Great Britain Systematically Investigated, and Illustrated by 150 Original Figures*, vol. 1, Charles Knight, Londres, 1836, pp. 67-68.

10. Véase Bruno Biedermann, «Die Versorgung der russischen Baumwollindustrie mit Baumwolle eigener Produktion», tesis doctoral, Universidad de Heidelberg, 1907, p. 4; junto con Edward Atkinson, *Cotton: Articles from the New York Herald*, Albert J. Wright, Boston, 1877, p. 4.

11. E. J. Donnell, *Chronological and Statistical History of Cotton*, James Sutton and Co., Nueva York, 1872, p. v.

12. Existe una amplísima literatura sobre esta cuestión, destacando, entre otras, las obras de Immanuel Wallerstein, *The Modern World-System*, vol. 3, *The Second Great Expansion of the Capitalist World-Economy, 1730-1840s*, Academic Press, San Diego, 1989; Dale W. Tomich, *Slavery in the Circuit of Sugar: Martinique and the World Economy, 1830-1848*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1990; Andre Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, University of California Press, Berkeley, 1998; Abdoulaye Ly, *La théorisation de la connexion capitaliste des continents*, IFAAN, Dakar, 1994; John Gallagher y Ronald Robinson, «The Imperialism of Free Trade», *Economic History Review*, Segunda serie, n.º 51, 1953, pp. 1-15; y Patrick Wolfe, «History and Imperialism: A Century of Theory», *American Historical Review*, n.º 102, abril de 1997, pp. 388-420. [Hay publicaciones castellanas: Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, sin mención del traductor, Siglo XXI, Madrid, 1979; y Andre Gunder Frank, *Re-orientar. La economía global en la era del predominio asiático*, Pablo Sánchez León, Universidad de Valencia, Servicio de Publicaciones, Valencia, 2008.]

13. Baines, *History of the Cotton Manufacture*, pp. 530-531.

14. Véase, por ejemplo, Gene Dattel, *Cotton and Race in the Making of America: The Human Costs of Economic Power*, Ivan Dee, Chicago, 2009; junto con Morris de Camp Crawford, *The Heritage of Cotton: The Fibre of Two Worlds and Many Ages*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1924.

15. La literatura de la historia global se halla en plena efervescencia, aunque difícilmente cabría considerarla un invento nuevo. Para comprenderlo así basta recordar algunas de las más tempranas contribuciones a este campo, como, por ejemplo, las de Abdoulaye Ly, *La Compagnie du Sénégal*, Présence Africaine, París, 1958; Marc Bloch, «Toward a Comparative History of European Societies», en Frederic Chapin Lane y Jelle C. Riemersma (comps.), *Enterprise and Secular Change, Readings in Economic History*, R. D. Irwin, Homewood, Illinois, 1953; Eric Williams, *Capitalism and Slavery*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, *op. cit.*, 1944; o C. L. R. James, *The Black Jacobins*, Secker and Warburg, Londres, 1938 [hay publicación castellana: *Los jacobinos negros. Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití*, traducción de Ramón García Rodríguez, Turner Publicaciones, Madrid, 2003]. Véase también C. A. Bayly, *The Birth of the Modern World, 1780-1914: Global Connections and Comparisons*, Blackwell, Malden, Massachusetts, 2004; y Jürgen Osterhammel, *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2014. Para una visión de conjunto que abarque los distintos aspectos de esta literatura, véase Sebastian Conrad, *Globalgeschichte, Eine Einführung*, Beck, Múnich, 2013; junto con Dominic Sachsenmaier, *Global Perspectives in Global History: Theories and Approaches in a Connected World*, Cambridge University Press, Nueva York, 2011; Sven Beckert y Dominic Sachsenmaier, *Global History Globally*, en preparación; Bruce Mazlich y Ralph Buultjens, *Conceptualizing Global History*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1993; y Jerry Bentley, «The Task of World History», artículo inédito en poder del autor. Véase también Robert C. Allen, *The British Industrial Revolution in Global Perspective*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009; Jan Luiten van Zanden, *The Long Road to Industrial Revolution: The European Economy in a Global Perspective, 1000-1800*, Brill, Ámsterdam, 2009; y alguno de los excelentes artículos de Patrick O'Brien, como, por ejemplo, «European Economic Development, The Contribution of the Periphery», *Economic History Review*, Segunda Serie, vol. 35, febrero de 1982, pp. 1-18.

16. En los últimos años hemos asistido a la publicación de un gran número de obras sobre las materias primas. Véanse especialmente las de Sydney Mintz, *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*, Viking, Nueva York, 1985; Mark Kurlansky, *Salt: A World History*, Walker and Co., Nueva York, 2002; Barbara Freese, *Coal: A Human History*, Perseus, Cambridge, Massachusetts, 2003; Pietra Rivoli, *The Travels of a T-shirt in the Global Economy: An Economist Examines the Markets, Power and Politics of World Trade*, John Wiley and Sons, Hoboken, Nueva Jersey, 2005; Larry Zuckerman, *The Potato: How the Humble Spud Rescued the Western World*, Faber and Faber, Boston, 1998; Wolfgang Mönninghoff, *King Cotton: Kulturgeschichte der Baumwolle*, Artemis and Winkler, Düsseldorf, 2006; Mark Kurlansky, *Cod: A Biography of the Fish That Changed the World*, Walker and Co., Nueva York, 1997; Allan Macfarlane y Gerry Martin, *Glass: A World History*, University of Chicago Press, Chicago, 2002; Stephen Yaffa, *Big Cotton: How a Humble Fiber Created Fortunes, Wrecked Civilizations, and Put America on the Map*, Penguin, Nueva York, 2005; Erik Orsenna, *Voyage aux pays du coton: Petit précis de mondialisation*, Fayard, París, 2006; Iain Gateley, *Tobacco: A Cultural History of How an Exotic Plant Seduced Civilization*, Grove, Nueva York, 2001; Heinrich Eduard Jacob, *Kaffee: Die Biographie eines weltwirtschaftlichen Stoffes*, München, Oekom Verlag, 2006. En el trabajo que publica Sergej Tretjakow en 1929 puede encontrarse un interesante debate sobre la «biografía de las cosas»: «Die Biographie des Dings», en Heiner Boehnke (comp.), *Die Arbeit des Schriftstellers*, Rowolt, Reinbeck, 1972, pp. 81-86. Para estudios de carácter más general sobre las materias primas, véase Jens Soentgen, «Geschichten über Stoffe», *Arbeitsblätter für die Sachbuchforschung*, octubre de 2005, pp. 1-25; Jennifer Bair, «Global Capitalism and Commodity Chains: Looking Back, Going Forward», *Competition and Change*, n.º 9, junio de 2005, pp. 153-180; Immanuel Wallerstein, *Commodity Chains in the World-Economy, 1590-1790*, Fernand Braudel Center, Binghamton, Nueva York, 2000. William Cronon, en *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West*, Norton, Nueva York, 1991, nos ofrece un buen ejemplo de lo que es una revisión lograda de la historia económica. También pueden encontrarse provechosos análisis de la rica historiografía de la Revolución Industrial en autores como Joseph E. Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England: A Study in International Trade and Economic Development*, op. cit., capítulo 2; William J. Ashworth, «The Ghost of Rostow: Science, Culture and the British Industrial Revolution», *Historical Science*, n.º 46, pp. 249-274, 2008. Para obras que subrayan la importancia de los aspectos espaciales del capitalismo, véase David Harvey, *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*, Routledge, Nueva York, 2001. [Hay publicaciones castellanas: Mark Kurlansky, *Sal. Historia de la única piedra comestible*, traducción de Ana Duque de la Vega, Península, Barcelona, 2003, y *El bacalao. Biografía del pez que cambió el mundo*, traducción de Hernán Sabaté Vargas, Península, Barcelona, 1999; Erik Orsenna, *Viaje a los países del algodón. Pequeño tratado de mundialización*, traducción de María Valeria Di Battista, Laertes, Barcelona, 2009; y David Harvey, *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, traducción de Cristina Piña Aldao, Akal, Madrid, 2014.]

1. El surgimiento de una materia prima global

1. El algodón que se cultivaba en estos pueblecitos pertenecía muy probablemente a la variedad conocida con el nombre científico de *Gossypium hirsutum palmeri*, un tipo de algodón que según sabemos se utilizaba en regiones correspondientes a lo que hoy son los estados mexicanos de Oaxaca y Guerrero. La descripción de la planta de la que aquí nos estamos valiendo puede encontrarse en varios textos, como, por ejemplo los de C. Wayne Smith y J. Tom Cothren (comps.), *Cotton: Origin, History, Technology, and Production*, John Wiley and Sons, Nueva York, 1999, p. 11; Angus Maddison, *The World Economy: A Millennial Perspective*, Centro de desarrollo de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, París, 2001, p. 263; Frances F. Berdan, «Cotton in Aztec Mexico: Production, Distribution and Uses», *Mexican Studies*, n.º 3, 1987, pp. 241 y sigs.; Joseph B. Mountjoy, «Prehispanic Cultural Development Along the Southern Coast of West Mexico», en Shirley Gorenstein (comp.), *Greater Mesoamerica: The Archeology of West and Northwest Mexico*, University of Utah Press, Salt Lake City, 2000, p. 106; y Donald D. Brandt, «The Primitive and Modern Economy of the Middle Rio Balsas, Guerrero and Michoacan», *Actas del Octavo Congreso científico americano*, sección 8, Historia y Geografía, Washington, D. C., 1940, resumen. Para una mayor información sobre el peso de una bala de algodón en el México del siglo XVI, véase José Rodríguez Vallejo, *Ixcatl, el algodón mexicano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, p. 64.

2. Véase K. D. Hake y T. A. Kerby, «Cotton and the Environment», *Cotton Production Manual*, University of California's Agriculture and Natural Resources Publications, Novato, California, 1996, pp. 324-327; junto con Frederick Wilkinson, *The Story of the Cotton Plant*, D. Appleton and Company, Nueva York, 1899, p. 39.

3. Hay un (ligero) desacuerdo entre lo que dice Gavin Wright en *The Political Economy of the Cotton South: Households, Markets, and Wealth in the Nineteenth Century*, Norton, Nueva York, 1978, *op. cit.*, pp. 14-15, y lo que sostiene Jason Clay en *World Agriculture and the Environment: A Commodity-by-Commodity Guide to Impacts and Practices*, Island Press, Washington, D. C., 2004, pp. 284-287.

4. Véase Ralf Kittler, Manfred Kaysar y Mark Stoneking, «Molecular Evolution of *Pediculus humanus* and the Origin of Clothing», *Current Biology*, n.º 13, 19 de agosto, 2003, pp. 1414-1415. Para un estudio que estima que la fecha del inicio del hilado y el tejido de las fibras naturales es muy anterior a la mencionada en el texto, véase también Eliso Kvabadze *et al.*, «30,000 Year-Old Wild Flax Fibres», *Science*, n.º 11, septiembre de 2009, p. 1359.

5. Almut Bohnsack, *Spinnen und Weben: Entwicklung von Technik und Arbeit im Textilgewerbe*, Rowohlt, Reinbek, 1981, pp. 31-32; «Kleidung», en Johannes Hoops, *Reallexikon der Germanischen Altertumskunde*, vol. 16, Walter de Gruyter, Berlín, 2000, pp. 603-625; Mary Schoeser, *World Textiles: A Concise History*, Thames and Hudson World of Art, Nueva York, 2003, p. 20; «Kleidung», en Max Ebert (comp.), *Reallexikon der Vorgeschichte*, vol. 6, Walter de Gruyter, Berlín, 1926, pp. 380-394; Harry Bates Brown, *Cotton: History, Species, Varieties, Morphology, Breeding, Culture, Diseases, Marketing, and Uses*, McGraw-Hill, Nueva York, 1938, p. 1.

6. Véase, por ejemplo, T. W. Rhys Davids, (trad.), *Vinaya Texts*, Clarendon Press, Oxford, 1885, p. 168; junto con Georg Buehler, (trad.), *The Sacred Laws of the Áryas*, Clarendon Press, Oxford, 1882, pp. 165, 169 y 170; Vijaya Ramaswamy, *Textiles and Weavers in South India*, Oxford University Press, Nueva York, 2006, pp. 1, 57; Doran Ross (comp.), *Wrapped in Pride: Ghanaian Kente and African American Identity*, Museo Fowler de Historia Cultural de la Universidad de California, Los Ángeles, 1998, pp. 77; Frank Goldtooth, citado en Stanley A. Fishler, *In the Beginning: A Navajo Creation Myth*, University of Utah Press, Salt Lake City, 1953, p. 16; Aileen O'Bryan, *The Dîné: Origin Myths of the Navajo Indians*, Instituto Smithsonian, Departamento de Etnología Americana, Boletín n.º 163, Government Printing Office, Washington, D. C., 1956, p. 38; Francesca Bray, «Textile Production and Gender Roles in China, 1000-1700», *Chinese Science*, n.º 12, 1995, p. 116; Anthony Winterbourne, *When the Norns Have Spoken: Fate in Germanic Paganism*, Fairleigh Dickinson University Press, Madison, Nueva Jersey, 2004, p. 96.

7. Véase C. L. Brubaker *et al.*, «The Origin and Domestication of Cotton», en C. Wayne Smith y J. Tom Cothren (comps.), *Cotton: Origin, History, Technology, and Production*, John Wiley and Sons, Nueva York, 1999, *op. cit.*, pp. 4, 5-6, 12, 17, 22; junto con Wafaa M. Amer y Osama A. Momtaz, «Historic Background of Egyptian Cotton (2600 BC-AD 1910)», *Archives of Natural History*, n.º 26, 1999, p. 219.

8. Véase Thomas Robson Hay y Hal R. Taylor, «Cotton», en William Darrach Halsey y Emanuel Friedman (comps.), *Collier's Encyclopedia, with Bibliography and Index*, Macmillan Educational Co., Nueva York, 1981, p. 387; junto con A. Lucas, *Ancient Egyptian Materials and Industries*, cuarta edición revisada por J. R. Harris, Edward Arnold, Londres, 1962, p. 147; Richard H. Meadow, «The Origins and Spread of Agriculture and Pastoralism in Northwestern Asia Meridional», en David R. Harris (comp.), *The Origins and Spread of Agriculture and Pastoralism in Eurasia*, University College London Press, Londres, 1996, p. 396. Para una exposición tradicional india de estos clásicos, véase S. V. Puntambekar y N. S. Varadachari, *Hand-Spinning and Hand-Weaving: An Essay*, All India Spinners' Association, Ahmedabad, 1926, pp. 1-9; así como James Mann, *The Cotton Trade of Great Britain*, Simpkin, Marshall and Co., Londres, 1860, pp. 1, 2-3; Brown, *Cotton*, *op. cit.*, p. 2. Véanse también Herodoto, *The Histories*, A. R. Burn (comp.), Aubrey de Sélincourt, (tr.), edición revisada, Penguin, Penguin Classics, Harmondsworth, Reino Unido, 1972, p. 245 [hay publicación castellana: *Los nueve libros de la historia*, traducción de María Rosa Lida, Lumen, Barcelona, 1981, libro tercero, capítulo 106]; Arno S. Pearse, *The Cotton Industry of India, Being the Report of the Journey to India*, Taylor, Garnett, Evans, Manchester, 1930, p. 15; J. Forbes Royle, *On the Culture and Commerce of Cotton in India and Elsewhere: With an Account of the Experiments Made by the Hon. East India Company up to the Present Time*, Smith, Elder and Co., Londres, 1851, pp. 116 y sigs.

9. Véase Brown, *Cotton*, *op. cit.*, p. 5; junto con Edward Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, H. Fisher, R. Fisher y P. Jackson, Londres, 1835, *op. cit.*, pp. 65-70; Prasannan Parthasarathi, «Cotton Textiles in the Indian Subcontinent, 1200-1800», en Giorgio Riello y Prasannan Parthasarathi (comps.), *The Spinning World: A Global History of Cotton Textiles, 1200-1850*, Oxford University Press, Nueva York, 2009, pp. 23-25.

10. Véase H. Wescher, «Die Baumwolle im Altertum», en *Ciba-Rundschau*, n.º 45, junio de 1940, p. 1635; junto con Alwin Oppel, *Die Baumwolle*, Duncker and Humblot, Leipzig, 1902, pp. 206-207; Clinton G. Gilroy, *The History of Silk, Cotton, Linen, Wool, and Other Fibrous Substances*, Harper and Brothers, Nueva York, 1845, p. 334; Marco Polo, *Travels of Marco Polo*, Modern Library, Westminster, Maryland, 2001, 174 [hay publicación castellana: *Viajes*, traducción de Juan Barja de Quiroga Losada, Akal, Madrid, 2011]; y Baines, *History of the Cotton Manufacture*, *op. cit.*, pp. 56, 58.

11. A. G. Hopkins, *An Economic History of West Africa*, Columbia University Press, Nueva York, 1973, p. 48; Morris de Camp Crawford, *The Heritage of Cotton: The Fibre of Two Worlds and Many Ages*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1924, *op. cit.*, p. 46; Amer y Momtaz, «Historic Background», *op. cit.*, p. 212; Oppel, *Die Baumwolle*, *op. cit.*, p. 209; William H. Prescott, *History of the Conquest of Peru*, Modern Library, Westminster, Maryland, 2000, pp. 51, 108, 300 [hay publicación castellana: *Historia de la conquista de Perú*, traducción de Rafael Torres Pabón, Machado Grupo de Distribución, Madrid, 2006].

12. Gilroy, *History of Silk*, *op. cit.*, pp. 331-332; Smith y Hirth, «Development of Prehispanic Cotton-Spinning», *op. cit.*, pp. 353 y 355; Barbara L. Stark, Lynette Heller y Michael A. Ohnersorgen, «People with Cloth: Mesoamerican Economic Change from the Perspective of Cotton in South- Central Veracruz», *Latin American Antiquity*, n.º 9, marzo de 1978, pp. 9, 25, 27; Crawford, *Heritage*, *op. cit.*, pp. 32, 35; Barbara Ann Hall, «Spindle Whorls and Cotton Production at Middle Classic Maticapan and in the Gulf Lowlands», en Barbara L. Stark y Philip J. Arnold III (comps.), *Olmec to Aztec: Settlement Patterns in the Ancient Gulf Lowlands*, University of Arizona Press, Tucson, 1997, pp. 117, 133, 134.

13. Juan de Villagutierre Soto-Mayor, *History of the Conquest of the Province of the Itza*, primera edición inglesa, traducida de la segunda edición española de Robert D. Wood, Labyrinthos, Culver City, California, 1983, p. 197 [hay publicación castellana: *Historia de la conquista de la provincia del Itzá*, Editorial Órbigo, La Coruña, 2010]; Berdan, «Cotton in Aztec Mexico», *op. cit.*, pp. 235-238, 239; Smith y Hirth, «Development of Prehispanic CottonSpinning», *op. cit.*, p. 356; R. B. Handy, «History and General Statistics of Cotton», en *The Cotton Plant: Its History, Botany, Chemistry, Culture, Enemies, and Uses*, editado bajo la supervisión de A. C. True, Departamento de Agricultura de Estados Unidos, Oficina de Establecimientos Experimentales, Boletín n.º 33, Government Printing Office, Washington, D. C., 1896, p. 63; United States, *Historical Statistics of the United States, Colonial Times to 1970*, vol. 1, Departamento de Comercio de Estados Unidos, Oficina Censal, Washington, D. C., 1975, serie K-550-563, «Hay, Cotton, Cottonseed, Shorn Wool, and Tobacco — Acreage, Production, and Price: 1790 to 1970», p. 518; Hall, «Spindle Whorls», *op. cit.*, p. 118; Stark, Heller y Ohnersorgen, «People with Cloth», *op. cit.*, pp. 14, 29.

14. Véase Brown, *Cotton*, *op. cit.*, p. 14; junto con Kate Peck Kent, *Prehistoric Textiles of the Southwest*, Santa Fe, Nuevo México, School of American Research Press, 1983, pp. 9, 27, 28, 29; la cita sobre los mantos de algodón es de Ward Alan Minge, «Effectos del Pais: A History of Weaving Along the Rio Grande», en Nora Fisher (comp.), *Rio Grande Textiles*, Museum of New Mexico Press, Santa Fe, 1994, p. 6; Kate Peck Kent, *Pueblo Indian Textiles: A Living Tradition*, Santa Fe, Nuevo México, School of American Research Press, 1983, p. 26; Crawford, *Heritage*, *op. cit.*, p. 37; David Watts, *The West Indies: Patterns of Development, Culture and Environmental Change Since 1492*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, pp. 65, 89, 174; Mann, *Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 4; Cristóbal Colón, *The Diario of Christopher Columbus's first voyage to America: 1492-1493*, resumido por Fray Bartolomé de las Casas, transcrito y traducido al inglés, con notas y concordancia con el texto original, por Oliver Dunn y James E. Kelley, hijo, University of Oklahoma Press, Norman, 1989, pp. 131-135; véanse las entradas correspondientes a los días 16 de octubre, 3 de noviembre y 5 de noviembre de 1492, pp. 85-91, 131, 135. [Hay publicaciones castellanas: David Watts, *Las Indias Occidentales. Modalidades de desarrollo, cultura y cambio medioambiental desde 1492*, traducción de Rosendo Gallego, Alianza, Madrid, 1992; Cristóbal Colón, *Diario de a bordo. Primer viaje*, Linkgua Digital, Barcelona, 2008.]

15. Plinio el Viejo, *The Natural History of Pliny*, vol. 4, traducción inglesa de John Bostock y H. T. Riley, Henry G. Bohn, Londres, 1856, pp. 134-135 [hay publicación castellana: *Historia natural*, traducción de María Josefa Cantó, Susana González Marín e Isabel Gómez Santamaría, Cátedra, Madrid, 2007]; Mann, *Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 3; Christopher Ehret, *The Civilizations of Africa: A History to 1800*, University Press of Virginia, Charlottesville, 2002, pp. 67-68; Ross, *Wrapped in Pride*, *op. cit.*, p. 75; Lars Sundström, *The Trade of Guinea*, Hakan Ohlssons Boktryckeri, Lund, 1965, p. 148; F. L. Griffith y G. M. Crowfoot, «On the Early Use of Cotton in the Nile Valley», *Journal of Egyptian Archeology*, n.º 20, 1934, p. 7; Amer y Momtaz, «Historic Background», *op. cit.*, pp. 212, 214, 215, 217.

16. Véase M. Kouame Aka, «Production et circulation des cotonnades en Afrique de l'Ouest du XIème siècle à la fin de la conquête coloniale (1921)», Université de Cocody-Abidjan, tesis doctoral, 2013, pp. 18, 41; junto con Marion Johnson, «Technology, Competition, and African Crafts», en Clive Dewey y A. G. Hopkins (comps.), *The Imperial Impact: Studies in the Economic History of Africa and India*, Athlone Press, Londres, 1978, pp. 176, 195, 201; Venice Lamb y Judy Holmes, *Nigerian Weaving*, H. A. y V. M. Lamb, Roxford, 1980, pp. 15, 16; Marion Johnson, «Cloth Strips and History», *West African Journal of Archaeology*, n.º 7, 1977, p. 169; Philip D. Curtin, *Economic Change in Precolonial Africa: Senegambia in the Era of the Slave Trade*, University of Wisconsin Press, Madison, 1975, p. 48; Marion Johnson, «Cloth as Money: The Cloth Strip Currencies of Africa», en Dale Idiens y K. G. Pointing, *Textiles of Africa*, Pasold Research Fund, Bath, 1980, p. 201. Patricia Davison y Patrick Harries, «Cotton Weaving in South-east Africa: Its History and Technology», en Idiens y Pointing, *Textiles of Africa*, *op. cit.*, pp. 177, 179, 180; Marie Philiponeau, *Le coton et l'Islam: Fil d'une histoire africaine*, Casbah Editions, Argel, 2009, pp. 15, 17; Ross, *Wrapped in Pride*, *op. cit.*, p. 75; Rita Bolland, *Tellem Textiles: Archaeological Finds from Burial Caves in Mali's Bandiagara Cliff*, Rijksmuseum voor Volkenkunde, Leyden, 1991; León el Africano, *The History and Description of Africa and of the Notable Things Therein Contained, Done in the English in the Year 1600 by John Pory*, vol. 3, Londres, Hakluyt Society, 1896, pp. 823, 824 [hay publicación castellana: *Descripción general del África y de las cosas peregrinas que allí hay*, traducción de Serafín Fanjul, Fundación El Legado Andalusi, Granada, 2007].

17. Para una mayor información sobre las tesis que defienden el origen múltiple del algodón y su proceso de aclimatación por el hombre, véase Meadow, «Origins», *op. cit.*, p. 397.

18. Brown, *Cotton*, *op. cit.*, p. 8; Maureen Fennell Mazzaoui, *The Italian Cotton Industry in the Later Middle Ages, 1100-1600*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981, pp. 11, 15, 17-18; Lucas, *Ancient Egyptian Materials*, *op. cit.*, p. 148; Hartmut Schmoekel, *Ur, Assur und Babylon: Drei Jahrtausende im Zweistromland*, Editorial Gustav Klipper, Stuttgart, 1958, p. 131; Baines, *History of the Cotton Manufacture*, *op. cit.*, p. 27; Richard W. Bulliet, *Cotton, Climate, and Camels in Early Islamic Iran: A Moment in World History*, Columbia University Press, Nueva York, 2009, pp. 1, 8, 46; y Marco Polo, *Travels*, *op. cit.*, pp. 22, 26, 36, 54, 58, 59, 60, 174, 247, 253, 255.

19. Chao Kuo-Chun, *Agrarian Policy of the Chinese Communist Party, 1921-1959*, Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1977, pp. 5, 8 y sigs.

20. Craig Dietrich, «Cotton Culture and Manufacture in Early Ch'ing China», en W. E. Willmott (comp.), *Economic Organization in Chinese Society*, Stanford, California, Stanford University Press, 1972, pp. 111 y sigs.; Mi Chü Wiens, «Cotton Textile Production and Rural Social Transformation in Early Modern China», *Journal of the Institute of Chinese Studies of the Chinese University of Hong Kong*, n.º 7, diciembre de 1974, pp. 516-519; Frederick W. Mote y Denis Twitchett (comps.), *The Cambridge History of China*, vol. 7, *The Ming Dynasty, 1368-1644*, primera parte, Cambridge University Press, Nueva York, 1998, pp. 256, 507; Kenneth Pomeranz, «Beyond the East-West Binary: Resituating Development Paths in the Eighteenth-Century World», *Journal of Asian Studies*, n.º 61, mayo de 2002, p. 569; y United States, *Historical Statistics*, p. 518.

21. Véase Anthony Reid, *Southeast Asia in the Age of Commerce, 1450-1680*, vol. 1, *The Lands Below the Winds*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1988, p. 90; así como Crawford, *Heritage*, *op. cit.*, p. 7; William B. Hauser, *Economic Institutional Change in Tokugawa Japan: Osaka and the Kinai Cotton Trade*, Cambridge University Press, Cambridge, 1974, pp. 117-120; Mikio Sumiya y Koji Taira (comps.), *An Outline of Japanese Economic History, 1603-1940: Major Works and Research Findings*, University of Tokyo Press, Tokio, 1979, pp. 99-100.

22. Véase Stark, Heller y Ohnersorgen, «People with Cloth», pp. 10, 29; junto con Howard F. Cline, «The Spirit of Enterprise in Yucatan», en Lewis Hanke (comp.), *History of Latin American Civilization*, vol. 2, Methuen, Londres, 1969, p. 137; Johnson, «Technology», *op. cit.*, p. 259; Thomas J. Bassett, *The Peasant Cotton Revolution in West Africa: Côte d'Ivoire, 1880-1995*, Cambridge University Press, Nueva York, 2001, p. 33; James Forbes, *Oriental Memoirs: A Narrative of Seventeen Years Residence in India*, vol. 2, Richard Bentley, Londres, 1834, p. 34; Moritz Schanz, «Die Baumwolle in RussischAsien», *Beihefte zum Tropenpflanzer*, n.º 15, 1914, p. 2. Para saber más acerca de Corea, véase también Tozaburo Tsukida, *Kankoku ni okeru mensaku chosa*, Noshomu shoniji shikenjyo, Tokio, 1905, pp. 1-3, 76-83.

23. Oppel, *Die Baumwolle*, *op. cit.*, p. 201; Berdan, «Cotton in Aztec Mexico», *op. cit.*, p. 241; Hall, «Huso Whorls», *op. cit.*, p. 120; Sundström, *Trade of Guinea*, *op. cit.*, p. 147; Curtin, *Economic Change*, *op. cit.*, pp. 50, 212; Brown, *Cotton*, *op. cit.*, p. 8; Reid, *Southeast Asia*, *op. cit.*, p. 93; Gilroy, *History of Silk*, *op. cit.*, p. 339; Carla M. Sinopoli, *The Political Economy of Craft Production: Crafting Empire in South India, c. 1350-1650*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003, p. 185; A. Campbell, «Notes on the State of the Arts of Cotton Spinning, Weaving, Printing and Dyeing in Nepal», *Journal of the Asiatic Society of Bengal*, n.º 5, Calcuta, de enero a diciembre de 1836, p. 222.

24. Véase Hall, «Spindle Whorls», *op. cit.*, pp. 115, 116, 120, 122, 124; junto con Davison y Harries, «Cotton Weaving», *op. cit.*, p. 182; Oppel, *Die Baumwolle*, *op. cit.*, p. 209; Prescott, *Conquest of Peru*, *op. cit.*, p. 51; Gilroy, *History of Silk*, *op. cit.*, pp. 339, 343; Curtin, *Economic Change*, *op. cit.*, p. 213; Kent, *Prehistoric Textiles*, *op. cit.*, p. 35; Kent, *Pueblo Indian*, *op. cit.*, p. 28; Reid, *Southeast Asia*, *op. cit.*, p. 93; Sundström, *Trade of Guinea*, *op. cit.*, pp. 148-149; Lamb y Holmes, *Nigerian Weaving*, *op. cit.*, pp. 10-11; y Johnson, «Technology», *op. cit.*, p. 261.

25. Reid, *Southeast Asia*, *op. cit.*, p. 94.

26. Berdan, «Cotton in Aztec Mexico», *op. cit.*, pp. 242, 259; Mote y Twitchett, *Ming Dynasty*, *op. cit.*, pp. 507, 690 y sigs.; K. N. Chaudhuri, «The Organisation and Structure of Textile Production in India», en Tirthankar Roy (comp.), *Cloth and Commerce: Textiles in Colonial India*, AltaMira Press, Walnut Creek, California, 1996, p. 71; Wiens, «Cotton Textile», p. 520; y Sinopoli, *Political Economy*, *op. cit.*, p. 177.

27. Berdan, «Cotton in Aztec Mexico», *op. cit.*, p. 242; Bray, «Textile Production», *op. cit.*, p. 119; Sundström, *Trade of Guinea*, *op. cit.*, pp. 162 y 164; Curtin, *Economic Change*, *op. cit.*, p. 212; Davison y Harries, «Cotton Weaving», *op. cit.*, p. 187; Johnson, «Cloth as Money», *op. cit.*, pp. 193-202; Reid, *Southeast Asia*, *op. cit.*, p. 90; Stark, Heller y Ohnersorgen, «People with Cloth», *op. cit.*, p. 9.

28. Véase Smith y Hirth, «Development of Prehispanic Cotton-Spinning», *op. cit.*, p. 356; junto con Bulliet, *Cotton, Climate, and Camels*, *op. cit.*, pp. 46, 59; Philiponeau, *Le coton et l'Islam*, *op. cit.*, p. 25; y Pedro Machado, «Awash in a Sea of Cloth: Gujarat, Africa and the Western Indian Ocean Trade, 1300-1800», en Riello y Parthasarathi (comps.), *The Spinning World*, *op. cit.*, pp. 161-179. Gil J. Stein, en *Rethinking World-Systems: Diasporas, Colonies, and Interaction in Uruk Mesopotamia*, University of Arizona Press, Tucson, 1999, p. 173, resalta igualmente la importancia que reviste la distancia que separara a los comerciantes de las organizaciones políticas en las que hubieran adquirido sus mercancías.

29. Véase Hall, «Spindle Whorls», *op. cit.*, p. 115; junto con Stark, Heller y Ohnersorgen, «People with Cloth», *op. cit.*, p. 9; Berdan, «Cotton in Aztec Mexico», *op. cit.*, pp. 247 y sigs., 258; Kent, *Prehistoric Textiles*, *op. cit.*, p. 28; Volney H. Jones, «A Summary of Data on Aboriginal Cotton of the Southwest», *University of New Mexico Bulletin, Symposium on Prehistoric Agriculture*, vol. 296, 15 de octubre de 1936, p. 60; Reid, *Southeast Asia*, *op. cit.*, p. 91; Sundström, *Trade of Guinea*, *op. cit.*, p. 147; Bassett, *Peasant Cotton*, *op. cit.*, p. 34; Curtin, *Economic Change*, *op. cit.*, pp. 212-213; Halil Inalcik, «The Ottoman State: Economy and Society, 1300-1600», en Halil Inalcik y Donald Quataert (comps.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire, 1300-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, p. 296; y Hauser, *Economic Institutional Change*, *op. cit.*, p. 59.

30. Sundström, *Trade of Guinea*, *op. cit.*, pp. 156, 157; Ramaswamy, *Textiles*, *op. cit.*, pp. 25, 70-72; Chaudhuri, «Organisation», *op. cit.*, p. 55; Inalcik, «Ottoman State», *op. cit.*, p. 352; Mann, *Cotton Trade*, *op. cit.*, pp. 2-3, 23; Smith y Cothren, *Cotton*, *op. cit.*, pp. 68-69; Baines, *History of the Cotton Manufacture*, *op. cit.*, pp. 24, 76; Wescher, «Die Baumwolle», *op. cit.*, p. 1639; Gilroy, *History of Silk*, *op. cit.*, p. 321; John Peter Wild y Felicity Wild, «Rome and India: Early Indian Cotton Textiles from Berenike, Red Sea Coast of Egypt», en Ruth Barnes (comp.), *Textiles in Indian Ocean Societies*, Routledge, Nueva York, 2005, pp. 11-16; Surendra Gopal, *Commerce and Crafts in Gujarat, 16th and 17th Centuries: A Study in the Impact of European Expansion on Precapitalist Economy*, People's Publishing House, Nueva Delhi, 1975, p. 3. La cita sobre el comercio entre la India y el Oriente Próximo se encuentra en Inalcik, «Ottoman State», *op. cit.*, p. 355, pero véanse también las páginas 350, 354 y 355. Hay más información en Eliyahu Ashtor, «The Venetian Cotton Trade in Syria in the Later Middle Ages», *Studi Medievali*, serie 3, vol. 17, 1976, p. 690; Suraiya Faruqi, «Crisis and Change, 1590-1699», en Inalcik y Quataert (comps.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire*, *op. cit.*, p. 524; Eugen Wirt, «Aleppo im 19. Jahrhundert», en Hans Geord Majer (comp.), *Osmanische Studien zur Wirtschafts- und Sozialgeschichte*, Otto Harrassowitz, Wiesbaden, 1986, pp. 186-205; y Sinopoli, *Political Economy*, *op. cit.*, p. 179.

31. Crawford, *Heritage*, *op. cit.*, pp. 6, 69; Reid, *Southeast Asia*, *op. cit.*, pp. 90, 95; Sinnappah Arasaratnam y Aniruddha Ray, *Masulipatnam and Cambay: A History of Two Port-Towns, 1500-1800*, Munshiram Manoharlal Publishers, Nueva Delhi, 1994, p. 121. Para consultar un conjunto de mapas sumamente útiles relacionados tanto con el comercio exterior de Guyarat como con las transacciones internas de este mismo centro productor durante el período que aquí estamos considerando, véase Gopal, *Commerce and Crafts*, *op. cit.*, pp. 16, 80, 160; junto con Mazzaoui, *Italian Cotton*, *op. cit.*, pp. 9-11; y Beverly Lemire, «Revising the Historical Narrative: India, Europe, and the Cotton Trade, c. 1300-1800», en Riello y Parthasarathi (comps.), *The Spinning World*, *op. cit.*, p. 226.

32. Véase B. C. Allen, *Eastern Bengal District Gazetteers: Dacca*, Pioneer Press, Allahabad, 1912, p. 106; así como Sinopoli, *Political Economy*, *op. cit.*, p. 186; Baines, *History of the Cotton Manufacture*, *op. cit.*, p. 75; Ramaswamy, *Textiles*, *op. cit.*, pp. 44, 53, 55; Wiens, «Cotton Textile», *op. cit.*, pp. 522, 528; Yuksel Duman, «Notables, Textiles and Copper in Ottoman Tokat, 1750-1840», tesis doctoral, Universidad Estatal de Nueva York en Binghamton, 1998; Mazzaoui, *Italian Cotton*, *op. cit.*, p. 22; Max Freiherr von Oppenheim, *Der Tell Halaf: Eine neue Kultur imältesten Mesopotamien*, Brockhaus, Leipzig, 1931, p. 70; Sundström, *Trade of Guinea*, *op. cit.*, p. 147; Lamb y Holmes, *Nigerian Weaving*, *op. cit.*, p. 10; Curtin, *Economic Change*, *op. cit.*, p. 48; Kouame Aka, *Production*, *op. cit.*, p. 69; Youssoupha Mbargane Guissé, «Écrire l'histoire économique des artisans et créateurs de l'Afrique de l'Ouest», exposición académica, Universidad Cheikh Anta Diop, Dakar, Senegal, diciembre de 2011; y Hauser, *Economic Institutional Change*, *op. cit.*, pp. 20-30.

33. Véase Chaudhuri, «Organisation», *op. cit.*, pp. 49, 51, 53; junto con Hameeda Hossain, «The Alienation of Weavers: Impact of the Conflict Between the Revenue and Commercial Interests of the East India Company, 1750-1800», en Roy (comp.), *Cloth and Commerce*, *op. cit.*, p. 117; Suraiya Faroghi, «Notes on the Production of Cotton and Cotton Cloth in Sixteenth- and Seventeenth-Century Anatolia», en Huri Islamoglu-Inan (comp.), *The Ottoman Empire and the World-Economy*, Cambridge University Press, Nueva York, 1987, pp. 267, 268; Inalcik, «Ottoman State»; Huri Islamoglu-Inan, *State and Peasant in the Ottoman Empire: Agrarian Power Relations and Regional Economic Development in Ottoman Anatolia During the Sixteenth Century*, E. J. Brill, Leyden, 1994, pp. 223, 235; Socrates D. Petmezas, «Patterns of Protoindustrialization in the Ottoman Empire: The Case of Eastern Thessaly, ca. 1750-1860», *Journal of European Economic History*, 1991, p. 589; Prasannan Parthasarathi, «Merchants and the Rise of Colonialism», en Burton Stein y Sanjay Subrahmanyam (comps.), *Institutions and Economic Change in South Asia*, Oxford University Press, Delhi, 1996, pp. 96, 98; S. Arasaratnam, «Weavers, Merchants and Company: The Handloom Industry in Southeastern India, 1750-90», en Roy (comp.), *Cloth and Commerce*, *op. cit.*, p. 87; y Bray, «Textile Production», *op. cit.*, p. 127.

34. Smith y Hirth, «Development of Prehispanic Cotton-Spinning», *op. cit.*, pp. 349 y 354-355; Angela Lakwete, *Inventing the Cotton Gin: Machine and Myth in Antebellum America*, John Hopkins University Press, Baltimore, 2005, pp. 11-12; Mazzaoui, *Italian Cotton*, *op. cit.*, pp. 74-82, 89; John H. A. Munro, *Textiles, Towns and Trade: Essays in the Economic History of LateMedieval England and the Low Countries*, Variorum, Brookfield, Vermont, 1994, pp. 8, 15; Maureen Fennell Mazzaoui, «The Cotton Industry of Northern Italy in the Late Middle Ages, 1150-1450», *Journal of Economic History*, n.º 32, 1972, p. 274.

35. Véase Alan L. Olmstead y Paul W. Rhode, *Creating Abundance: Biological Innovation and American Agricultural Development*, Cambridge University Press, Nueva York, 2008, pp. 108-109; junto con John Hebron Moore, «Cotton Breeding in the Old South», *Agricultural History*, vol. 30, n.º 3, julio de 1956, pp. 95-104; John Hebron Moore, *Agriculture in Ante-Bellum Mississippi*, Bookman Associates, Nueva York, 1958, pp. 13-36, 97; Lewis Cecil Gray, *History of Agriculture in the Southern United States to 1860*, vol. 2, Carnegie Institution of Washington, Washington, D. C., 1933, pp. 689-690; James Lawrence Watkins, *King Cotton: A Historical and Statistical Review, 1790 to 1908*, J. L. Watkins, Nueva York, 1908, p. 13; Bassett, *Peasant Cotton*, *op. cit.*, p. 33; Mazzaoui, *Italian Cotton*, *op. cit.*, pp. 20-21; Bulliet, *Cotton, Climate, and Camels*, *op. cit.*, p. 40; y Chaudhuri, «Organisation», *op. cit.*, p. 75.

36. Mahatma Gandhi, *The Indian Cotton Textile Industry: Its Past, Present and Future*, G. N. Mitra, Calcutta, 1930, p. 6.

37. Así aparece citado en Henry Lee, *The Vegetable Lamb of Tartary: A Curious Fable of the Cotton Plant*, Sampson Low, Marston, Searle and Rivington, Londres, 1887, p. 5.

38. Véase Mann, *Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 5; y Oppel, *Die Baumwolle*, *op. cit.*, p. 39. Véanse también las exposiciones del Museu Tèxtil i d'Indumentària de Barcelona, España.

39. La entrada «Baumwolle» del *Lexikon des Mittelalters*, vol. 1, Editorial Artemis, Múnich, 1980, p. 1670, confirma que las cruzadas constituyeron un factor determinante para la introducción de la industria textil algodonera en Europa.

40. Véase Alfred P. Wadsworth y Julia De Lacy Mann, *The Cotton Trade and Industrial Lancashire, 1600-1780*, Manchester University Press, Manchester, 1931, p. 15; junto con Mazzaoui, «Cotton Industry», *op. cit.*, p. 263; y Ashtor, «Venetian Cotton», *op. cit.*, p. 677.

41. A lo largo del siglo XII irían surgiendo centros consagrados a la manufactura del algodón en regiones como el sur de Francia, Cataluña, y, sobre todo, el norte de Italia. Véase Mazzaoui, «Cotton Industry», *op. cit.*, p. 268; así como Wescher, «Die Baumwolle», *op. cit.*, pp. 1643, 1644; y Mazzaoui, *Italian Cotton*, *op. cit.*, p. 114.

⁴². Mazzaoui, *Italian Cotton*, *op. cit.*, pp. 64, 66, 69; Mazzaoui, «Cotton Industry», *op. cit.*, pp. 271, 273, 276; y Wescher, «Die Baumwolle», *op. cit.*, p. 1643.

⁴³. Mazzaoui, *Italian Cotton*, *op. cit.*, pp. 7, 29, 63; y Mazzaoui, «Cotton Industry», *op. cit.*, p. 265.

⁴⁴. Mazzaoui, *Italian Cotton*, *op. cit.*, pp. 53, 35; y Ashtor, «Venetian Cotton», *op. cit.*, pp. 675, 676, 697.

45. Véase Mazzaoui, *Italian Cotton*, *op. cit.*, pp. 65-66, 74-82, 89; junto con Lakwete, *Inventing the Cotton Gin*, *op. cit.*, pp. 11-12; Mazzaoui, «Cotton Industry», *op. cit.*, pp. 274, 275; Bohnsack, *Spinnen und Weben*, *op. cit.*, pp. 65-66, 37, 63, 67, 114, 115; Karl-Heinz Ludwig, «Spinnen im Mittelalter unter besonderer Berücksichtigung der Arbeiten, cum rota», *Technikgeschichte*, n.º 57, 1990, p. 78; Eric Broudy, *The Book of Looms: A History of the Handloom from Ancient Times to the Present*, Brown University Press, Hanover, New Hampshire, 1979, pp. 102; y Munro, *Textiles*, *op. cit.*, pp. 8, 15.

46. Mazzaoui, *Italian Cotton*, *op. cit.*, pp. xi, 29.

47. Mazzaoui, *Italian Cotton*, *op. cit.*, pp. 139, 144, 150, 152; Mazzaoui, «Cotton Industry», *op. cit.*, pp. 282, 284; Wolfgang von Stromer, *Die Gründung der Baumwollindustrie in Mitteleuropa*, Hiersemann, Stuttgart, 1978, pp. 84-86; Eugen Nübling, *Ulms Baumwollweberei im Mittelalter*, Duncker and Humblot, Leipzig, 1890, 146.

48. Von Stromer, *Die Gründung*, *op. cit.*, p. 32; Götz Freiherr von Poelnitz, *Die Fugger*, J. C. B. Mohr, Tubinga, 1981; Richard Ehrenberg, *Capital and Finance in the Age of the Renaissance: A Study of the Fuggers and Their Connections*, traducción de H. M. Lucas, Harcourt, Nueva York, 1928.

49. Véase Von Stromer, *Die Gründung*, *op. cit.*, pp. 1, 2, 8, 21, 128, 139, 148; junto con Nübling, *Ulms Baumwollweberei*, *op. cit.*, p. 141; y Bohnsack, *Spinnen und Weben*, *op. cit.*, p. 152.

50. Mazzaoui, *Italian Cotton*, *op. cit.*, p. 141; Von Stromer, *Die Gründung*, *op. cit.*, p. 88.

51. Véase Mazzaoui, *Italian Cotton*, *op. cit.*, pp. 55, 54, 154; así como Wadsworth y Mann, *Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 23; Inalcik, «Ottoman State», *op. cit.*, p. 365; Daniel Goffman, «Izmir: From Village to Colonial Port City», en Edhem Eldem, Daniel Goffman y Bruce Masters (comps.), *The Ottoman City Between East and West, Aleppo, Izmir, and Istanbul*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, pp. 79-134.

52. Nübling, *Ulms Baumwollweberei*, *op. cit.*, p. 166.

2. Los cimientos del capitalismo de guerra

1. Empleo aquí el término «red» y sus sinónimos, en lugar de las expresiones de «sistema» o «sistema mundial», porque quiero resaltar la ininterrumpida importancia que han mostrado los modos de distribución del poder social, económico y político en la configuración del tipo de nexos que unen a las diferentes regiones del mundo. Me baso en este sentido en lo que propugna Gil J. Stein en *Rethinking World-Systems: Diasporas, Colonies, and Interaction in Uruk Mesopotamia*, University of Arizona Press, Tucson, 1999, especialmente en la página 171.

2. Véase Om Prakash, *The New Cambridge History of India*, vol. 2, *European Commercial Enterprise in Pre-Colonial India*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998, p. 23; junto con Surendra Gopal, *Commerce and Crafts in Gujarat, 16th and 17th Centuries: A Study in the Impact of European Expansion on Precapitalist Economy*, People's Publishing House, Nueva Delhi, 1975, pp. 10-11, 18, 26, 28, 58.

3. Céline Cousquer, *Nantes: Une capitale française des Indiennes au XVIIIe siècle*, Coiffard Editions, Nantes, 2002, p. 17.

4. Sinnappah Arasaratnam, «Weavers, Merchants and Company: The Handloom Industry in Southeastern India, 1750-90», en Tirthankar Roy (comp.), *Cloth and Commerce: Textiles in Colonial India*, AltaMira Press, Walnut Creek, California, 1996, *op. cit.*, p. 90; James Mann, *The Cotton Trade of Great Britain*, Simpkin, Marshall and Co., Londres, 1860, *op. cit.*, p. 2; Walter R. Cassels, *Cotton: An Account of Its Culture in the Bombay Presidency*, Bombay Education Society's Press, Bombay, 1862, p. 77; Beverly Lemire, *Fashion's Favourite: The Cotton Trade and the Consumer in Britain, 1660-1800*, Pasold Research Fund, Oxford, 1991, p. 15; Hameeda Hossain, *The Company Weavers of Bengal: The East India Company and the Organization of Textile Production in Bengal, 1750-1813*, Oxford University Press, Delhi, 1988, p. 65; Proceeding, Bombay Castle, 10 de noviembre de 1776, en Bombay Commercial Proceedings, P/414, 47, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres; Stephen Broadberry y Bishnupriya Gupta, «Cotton Textiles and the Great Divergence: Lancashire, India and Shifting Competitive Advantage, 1600-1850», CEPR Discussion Paper n.º 5183, Centre for Economic Policy Research, Londres, agosto de 2005, cuadro 3, p. 32; Daniel Defoe y John McVeagh, *A Review of the State of the British Nation*, vol. 4, 1707-08, Pickering and Chatto, Londres, 2006, p. 606.

5. Véanse, por ejemplo, las actas de las factorías de Dacca (Factory Records), 1779, Record Group G 15, col. 21, 1779, en Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; junto con John Irwin y P. R. Schwartz, *Studies in Indo-European Textile History*, Calico Museum of Textiles, Ahmedabad, 1966.

6. Véase K. N. Chaudhuri, «European Trade with India», en *The Cambridge Economic History of India*, vol. 1, c. 1200-c. 1750, Cambridge University Press, Cambridge, 1982, pp. 405-406; así como Arasaratnam, «Weavers, Merchants and Company», *op. cit.*, pp. 92, 94; Copia del pedido de Dadabo Monackjee, contratista para la verificación de las inversiones del año 1779, en Factory Records, G 36, Surat, p. 58, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; y Cousquer, *Nantes*, *op. cit.*, p. 31.

7. Hameeda Hossain, «The Alienation of Weavers: Impact of the Conflict Between the Revenue and Commercial Interests of the East India Company, 1750-1800», en Roy (comp.), *Cloth and Commerce*, *op. cit.*, pp. 119, 117; Atul Chandra Pradhan, «British Trade in Cotton Goods and the Decline of the Cotton Industry in Orissa», en Nihar Ranjan Patnaik (comp.), *Economic History of Orissa*, Indus Publishing Co., Nueva Delhi, 1997, p. 244; Arasaratnam, «Weavers, Merchants and Company», *op. cit.*, p. 90; y Shantha Hariharan, *Cotton Textiles and Corporate Buyers in Cottonopolis: A Study of Purchases and Prices in Gujarat, 1600-1800*, Manak Publications, Delhi, 2002, p. 49.

8. Memorando del método para obtener telas en Dacca, 1676, en Factory Records, Miscellaneous, vol. 26, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

9. Actas de las Transacciones Comerciales realizadas en el Castillo de Bombay, 15 de abril de 1800, en Minutes of Commercial Proceedings at Bombay Castle from April 15, 1800, to December 31, 1800, en Bombay Commercial Proceedings, P/414, Box 66, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Copia del pedido de Dadabo Monackjee, contratista para la verificación de las inversiones del año 1779, en Factory Records, Surat, 1780, Box 58, record G 36, Surat, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Informe de John Taylor sobre los tejidos de algodón de Dacca, Home Miscellaneous Series, vol. 456, p. 91, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; y Lakshmi Subramanian, *Indigenous Capital and Imperial Expansion: Bombay, Surat and the West Coast*, Oxford University Press, Delhi, 1996, p. 15.

10. Véase John Styles, «What Were Cottons for in the Early Industrial Revolution?», en Giorgio Riello y Prasannan Parthasarathi (comps.), *The Spinning World: A Global History of Cotton Textiles, 1200-1850*, Oxford University Press, Nueva York, 2009, *op. cit.*, pp. 307-326; junto con Halil Inalcik, «The Ottoman State: Economy and Society, 1300-1600», en Halil Inalcik y Donald Quataert (comps.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire, 1300-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, p. 354; Pedro Machado, «Awash in a Sea of Cloth: Gujarat, Africa and the Western Indian Ocean Trade, 1300-1800», en Riello y Parthasarathi, *The Spinning World*, *op. cit.*, p. 169; y Subramanian, *Indigenous Capital*, *op. cit.*, p. 4.

11. Maureen Fennell Mazzaoui, *The Italian Cotton Industry in the Later Middle Ages, 1100-1600*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981, p. 157.

12. «Assessing the Slave Trade», The Trans-Atlantic Slave Trade Database, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 5 de abril de 2013): <http://www.slavevoyages.org/tast/assessment/estimates.faces>.

13. Véase David Richardson, «West African Consumption Patterns and Their Influence on the Eighteenth-Century English Slave Trade», en Henry A. Gemery y Jan S. Hogendorn (comps.), *The Uncommon Market: Essays in the Economic History of the Atlantic Slave Trade*, Academic Press, Nueva York, 1979, p. 304; así como Joseph C. Miller, «Imports at Luanda, Angola 1785-1823», en G. Liesegang, H. Pasch y A. Jones (comps.), *Figuring African Trade: Proceedings of the Symposium on the Quantification and Structure of the Import and Export and Long-Distance Trade in Africa 1800-1913*, Reimer, Berlín, 1986, pp. 164, 192; y George Metcalf, «A Microcosm of Why Africans Sold Slaves: Akan Consumption Patterns in the 1770s», *Journal of African History*, vol. 28, n.º 3, 1 de enero de 1987, pp. 378-380.

14. Harry Hamilton Johnston, *The Kilima-Njaro Expedition: A Record of Scientific Exploration in Eastern Equatorial Africa*, Kegan, Paul, Trench and Co., Londres, 1886, p. 45. El testimonio del viajero europeo aparece citado en Jeremy Prestholdt, «On the Global Repercussions of East African Consumerism», *American Historical Review*, vol. 109, n.º 3, 1 de junio de 2004, pp. 761, 765. Véase también Robert Harms, *The Diligent: A Voyage Through the Worlds of the Slave Trade*, Basic Books, Nueva York, 2002, p. 81; así como la carta de Richard Miles a Shoolbred, 25 de julio de 1779, T70/1483, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, según la cita que figura en Metcalf, «A Microcosm of Why Africans Sold Slaves», *op. cit.*, p. 388.

15. Véase también Carl Wennerlind, *Casualties of Credit: The English Financial Revolution, 1620-1720*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2011; además de Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, libro IV, capítulo VII, punto II, vol. 2, Edwin Cannan (comp.), University of Chicago Press, Chicago, 1976, p. 75 [hay publicación castellana: *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, traducción de Carlos Rodríguez Braun, Tecnos, Madrid, 2009].

16. Mazzaoui, *Italian Cotton*, *op. cit.*, p. 162; Alfred P. Wadsworth y Julia De Lacy Mann, *The Cotton Trade and Industrial Lancashire, 1600-1780*, Manchester University Press, Manchester, 1931, p. 116; Mann, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, p. 5; Wolfgang von Stromer, *Die Gründung der Baumwollindustrie in Mitteleuropa*, Hiersemann, Stuttgart, 1978, p. 28; y H. Wescher, «Die Baumwolle im Altertum», en *Ciba-Rundschau*, n.º 45, junio de 1940, pp. 1644-1645.

17. Wadsworth y Mann, *The Cotton Trade*, *op. cit.*, pp. 11, 15, 19, 21, 72.

18. *Ibíd.*, pp. 4, 5, 27, 29, 42, 55 y 73. La manufactura de prendas de lana había sido la que había penetrado inicialmente en el medio rural europeo. Véase Herman van der Wee, «The Western European Woolen Industries, 1500-1750», en David Jenkins, *The Cambridge History of Western Textiles*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003, p. 399.

19. Wadsworth y Mann, *The Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 36.

20. Véase Mann, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, p. 6; junto con Edward Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, Fisher, Fisher and Jackson, Londres, 1835, *op. cit.*, p. 109; y Bernard Lepetit, «Frankreich, 1750-1850», en Wolfram Fischer *et al.* (comps.), *Handbuch der Europäischen Wirtschafts- und Sozialgeschichte*, vol. 4, Klett-Verlag für Wissen und Bildung, Stuttgart, 1993, p. 487.

21. Wadsworth y Mann, *The Cotton Trade*, p. 187.

22. Para una visión de conjunto de este tipo de comercio, véase Elena Frangakis-Syrett, «Trade Between the Ottoman Empire and Western Europe: The Case of Izmir in the Eighteenth Century», *New Perspectives on Turkey*, n.º 2, 1988, pp. 1-18. Véase también Baines, *History of the Cotton Manufacture*, *op. cit.*, p. 304; junto con Mann, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, p. 23. Ellison afirma erróneamente que «el algodón que se importaba a Gran Bretaña procedía en casi todos los casos del Mediterráneo, fundamentalmente de Esmirna, situación que se mantuvo hasta el año 1780 aproximadamente» —véase Thomas Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain: Including a History of the Liverpool Cotton Market*, Effingham Wilson, Londres y Liverpool, 1886, p. 81—. Para una mayor información sobre Tesalónica véase Nicolas Svoronos, *Le commerce de Salonique au XVIIIe siècle*, Presses Universitaires de France, París, 1956; así como el texto publicado por la Manchester Cotton Supply Association con el título de *Cotton Culture in New or Partially Developed Sources of Supply: Report of Proceedings*, Cotton Supply Association, Manchester, 1862, p. 30, citado en Oran Kurmus, «The Cotton Famine and Its Effects on the Ottoman Empire», en Huri IslamogluInan (comp.), *The Ottoman Empire and the World-Economy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, p. 161. Véase igualmente Resat Kasaba, *The Ottoman Empire and the World Economy: The Nineteenth Century*, State University of New York Press, Albany, 1988, p. 21. Para saber más acerca del trasfondo general sobre el que se recorta la evolución de los acontecimientos, véase Bruce McGowan, *Economic Life in Ottoman Europe: Taxation, Trade and the Struggle for Land, 1600-1800*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981.

23. Véase Wadsworth y Mann, *The Cotton Trade, op. cit.*, p. 183; junto con «Allotment of goods to be sold by the Royal African Company of England», Treasury Department, T 70/1515, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*

24. Wadsworth y Mann, *The Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 186; Lowell Joseph Ragatz, *Statistics for the Study of British Caribbean Economic History, 1763-1833*, Bryan Edwards Press, Londres, 1927, p. 22; Lowell Joseph Ragatz, *The Fall of the Planter Class in the British Caribbean 1763-1833: A Study in Social and Economic History*, Century Co., Nueva York, 1928, p. 39.

25. Esto es también lo que argumenta explícitamente, en referencia al imperio otomano, Elena Frangakis-Syrett en *The Commerce of Smyrna in the Eighteenth Century (1700-1820)*, Atenas, Centro de Estudios del Asia Menor, 1992, p. 14. Véase también Svoronos, *Le commerce de Salonique au XVIIIe siècle*, *op. cit.*, p. 246.

26. Joseph E. Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England: A Study in International Trade and Economic Development*, Cambridge University Press, Nueva York, 2002, *op. cit.*, pp. 429-431.

27. Véase Arasaratnam, «Weavers, Merchants and Company», *op. cit.*, p. 100; junto con K. N. Chaudhuri, *The Trading World of Asia and the English East India Company, 1660-1760*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978, p. 259; Debendra Bijoy Mitra, *The Cotton Weavers of Bengal, 1757-1833*, Firma KLM Private Limited, Calcuta, 1978, p. 5; y Prasannan Parthasarathi, «Merchants and the Rise of Colonialism», en Burton Stein y Sanjay Subrahmanyam (comps.), *Institutions and Economic Change in South Asia*, Oxford University Press, Delhi, 1996, p. 89.

28. Arasaratnam, «Weavers, Merchants and Company», *op. cit.*, p. 85; Diary, Consultation, 18 de enero de 1796, en Surat Factory Diary n.º 53, primera parte, años 1795-1796, Archivos del estado de Maharashtra, Bombay. Mitra, en *The Cotton Weavers of Bengal*, *op. cit.*, p. 4, destaca igualmente la importancia del poder económico y político. Véase también B. C. Allen, *Eastern Bengal District Gazetteers: Dacca*, Pioneer Press, Allahabad, 1912, pp. 38-39; junto con Subramanian, *Indigenous Capital*, *op. cit.*, pp. 202-203, 332.

29. K. N. Chaudhuri, «The Organisation and Structure of Textile Production in India», en Roy, *Cloth and Commerce, op. cit.*, p. 59.

30. Actas de la Cámara de Comercio elevadas a la consideración de esa institución, Surat, 12 de septiembre de 1795, en Surat Factory Diary n.º 53, primera parte, años 1795-1796, Archivos del estado de Maharashtra, Bombay, *loc. cit.*

31. Copia de la carta enviada por Gamut Farmer, Presidente, Surat, al señor John Griffith, Esq., Subgobernador de Bombay, 12 de diciembre de 1795, en Surat Factory Diary n.º 53, primera parte, años 1795-1796, Archivos del estado de Maharashtra, Bombay, *loc. cit.*; Arasaratnam, «Weavers, Merchants and Company», *op. cit.*, p. 86; Cámara de Comercio, Informe de incidentes comerciales, 12 de septiembre de 1787, en Informes elevados al gobernador general de la India por la Cámara de Comercio, RG 172, Box 393, Home Miscellaneous Series, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Carta de John Griffith, Bombay Castle, a William [ilegible], Esq., presidente ejecutivo, 27 de octubre de 1795, en Surat Factory Diary n.º 53, primera parte, años 1795-1796, Archivos del estado de Maharashtra, Bombay, *loc. cit.*; Hossain, «The Alienation of Weavers», *op. cit.*, pp. 121, 125; Mitra, *The Cotton Weavers of Bengal*, *op. cit.*, p. 9; Despacho, Londres, 29 de mayo de 1799, en Bombay Dispatches, E/4, 1014, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

32. Véase Parthasarathi, «Merchants and the Rise of Colonialism», *op. cit.*, pp. 99-100; así como Arasaratnam, «Weavers, Merchants and Company», *op. cit.*, pp. 107, 109; Chaudhuri, «The Organisation and Structure of Textile Production in India», *op. cit.*, pp. 58-59; y Chaudhuri, *The Trading World of Asia and the English East India Company*, *op. cit.*, p. 261.

33. Arasaratnam, «Weavers, Merchants and Company», *op. cit.*, pp. 102, 107; Mitra, *The Cotton Weavers of Bengal*, *op. cit.*, p. 48; Hossain, «The Alienation of Weavers», *op. cit.*, pp. 124-125.

34. Así lo expone la cita de Bowanny Sankar Mukherjee que figura en Hossain, «The Alienation of Weavers», *op. cit.*, p. 129. Véase también Om Prakash, «Textile Manufacturing and Trade Without and with Coercion: The Indian Experience in the Eighteenth Century», artículo inédito, Global Economic History Network Conference Osaka, diciembre de 2004, p. 26, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 3 de julio de 2013): <http://www.lse.ac.uk/economicHistory/Research/GEHN/GEHNPdf/Prakash-GE-HN5.pdf>; junto con Hossain, *The Company Weavers of Bengal*, *op. cit.*, p. 52; Vijaya Ramaswamy, *Textiles and Weavers in South India*, Oxford University Press, Nueva York, 2006, pp. xiii, 170; y la Copia de la carta dirigida por la Junta directiva, Londres, 20 de abril de 1795, a nuestro Vicepresidente en Bombay, en Surat Factory Diary n.º 53, primera parte, años 1795-1796, Archivos del estado de Maharashtra, Bombay, *loc. cit.*

35. En *The Cotton Weavers of Bengal*, *op. cit.*, p. 7, Mitra también resalta la importancia de los movimientos de resistencia; Chaudhuri insiste sobre todo en la relevancia de la movilidad: véase *The Trading World of Asia and the English East India Company*, *op. cit.*, p. 252; junto con Arasaratnam, «Weavers, Merchants and Company», *op. cit.*, p. 103. Véase también Details Regarding Weaving in Bengal, Home Miscellaneous Series, vol. 795, pp. 18-22, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

36. Actas de la Cámara de Comercio elevadas a la consideración de esa institución, Surat, 12 de septiembre de 1795, en Surat Factory Diary n.º 53, primera parte, años 1795-1796, Archivos del estado de Maharashtra, Bombay, *loc. cit.*; Homes Miscellaneous Series, 795, pp. 18-22, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.* Véase también Parthasarathi, «Merchants and the Rise of Colonialism», *op. cit.*, p. 94.

37. Véase Amalendu Guha, «The Decline of India's Cotton Handicrafts, 1800-1905: A Quantitative Macro-study», *Calcutta Historical Journal*, n.º 17, 1989, pp. 41-42; junto con Chaudhuri, «The Organisation and Structure of Textile Production in India», p. 60. Se estima que entre los años 1786-1787 había en Dacca y sus alrededores 16.403 tejedores entregados activamente a su oficio. *Homes Miscellaneous Series*, 795, pp. 18-22, *Oriental and India Office Collections*, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; *Diary, Consultation*, 18 de enero de 1796, en *Surat Factory Diary* n.º 53, primera parte, años 1795-1796, Archivos del estado de Maharashtra, Bombay, *loc. cit.*

38. Mensaje de la Compañía Británica de las Indias Orientales, Londres a Bombay, 22 de marzo de 1765, en *Dispatches to Bombay*, E/4, 997, *Oriental and India Office Collections*, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*, p. 611.

39. Report of the Select Committee of the Court of Directors of the East India Company, Upon the Subject of the Cotton Manufacture of this Country, 1793, Home Miscellaneous Series, vol. 401, p. 1, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

40. Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England*, *op. cit.*, p. 430; Inalcik, «The Ottoman State», *op. cit.*, p. 355.

41. Véase Morris de Camp Crawford, *The Heritage of Cotton: The Fibre of Two Worlds and Many Ages*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1924, *op. cit.*, p. XVII. El debate parlamentario al que hacemos alusión aparece citado en Cassels, *Cotton*, *op. cit.*, p. 1. El panfleto puede encontrarse en Baines, *History of the Cotton Manufacture*, *op. cit.*, p. 75. Véase también Defoe y McVeagh, *A Review of the State of the British Nation*, vol. 4, *op. cit.*, pp. 605-606; copia del memorando enviado por los estampadores de telas de cálico a los lores del Tesoro, recibido el 4 de mayo de 1779, Treasury Department, T 1, p. 552, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.* Véase también, en un sentido muy similar, «The Memorial of the Several Persons whose Names are herunto subscribed on behalf of themselves and other Callico Printers of Great Britain», recibido el 1 de julio de 1780 en el gabinete de los lores Comisarios del Tesoro de su majestad, Treasury Department, T1, 563/72-78, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*

42. Así aparece consignado en las citas que figuran en S. V. Puntambekar y N. S. Varadachari, *Hand-Spinning and Hand-Weaving: An Essay*, All India Spinners' Association, Ahmedabad, 1926, *op. cit.*, pp. 49, 51 y sigs., 58. Véase también Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England*, *op. cit.*, pp. 431-432; junto con Crawford, *The Heritage of Cotton*, *op. cit.*, p. xvii; Baines, *History of the Cotton Manufacture*, *op. cit.*, p. 79; Wadsworth y Mann, *The Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 132; Lemire, *Fashion's Favourite*, *op. cit.*, p. 42; Petición al Tesoro británico efectuada por Robert Gardiner, en Treasury Department, T1, 517/100-101, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*; Wadsworth y Mann, *The Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 128; carta de Vincent Mathias al Tesoro británico, 24 de julio de 1767, Treasury Department, T1, 457, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*

43. Cousquer, *Nantes*, *op. cit.*, pp. 12, 23, 43; *Arrêt du conseil d'état du roi, 10 juillet 1785*, L'Imprimerie Royale, Paris, 1785; André Zysberg, *Les Galériens: Vies et destins de 60,000 forçats sur les galères de France, 1680-1748*, Sevid, Paris, 1987; y Marc Vigie, *Les Galériens du Roi, 1661-1715*, Fayard, Paris, 1985.

44. Véase Wadsworth y Mann, *The Cotton Trade*, *op. cit.*, pp. 118-119; junto con el *Examen des effets que doivent produire dans le commerce de France, l'usage et la fabrication des toiles peintes*, Chez la Veuve Delaguet, París, 1759. Véase también Federico Guillermo, rey de Prusia, *Edict dass von Dato an zu rechnen nach Ablauf acht Monathen in der Chur-Marck Magdeburgischen, Halberstadtschem und Pommern niemand einigen gedruckten oder gemahlten Zitz oder Cattun weiter tragen soll*, G. Schlechtiger, Berlín, 1721; y Yuksel Duman, «Notables, Textiles and Copper in Ottoman Tokat, 1750-1840», tesis doctoral, Universidad Estatal de Nueva York en Binghamton, 1998, *op. cit.*, pp. 144-145.

45. François-Xavier Legoux de Flaix, *Essai historique, géographique et politique sur l'Indoustan, avec le tableau de son commerce*, vol. 2, Pougin, Paris, 1807, p. 326; y Lemire, *Fashion's Favourite*, *op. cit.*, pp. 3-42.

46. Véase George Bryan Souza, «Convergence Before Divergence: Global Maritime Economic History and Material Culture», *International Journal of Maritime History*, vol. 17, n.º 1, 2005, pp. 17-27; junto con Georges Roques, «La manière de négocier dans les Indes Orientales», Fonds Français 14614, Biblioteca Nacional de Francia, París; Paul R. Schwartz, «L'impression sur coton à Ahmedabad (Inde) en 1678», *Bulletin de la Société Industrielle de Mulhouse*, n.º 1, 1967, pp. 9-25; Cousquer, *Nantes*, *op. cit.*, pp. 18-20; Jean Ryhiner, *Traité sur la fabrication et le commerce des toiles peintes, commencées en 1766*, Archive du Musée de l'Impression sur Étoffes, Mulhouse, Francia. Véanse también las *Réflexions sur les avantages de la libre fabrication et de l'usage des toiles peintes en France*, Ginebra, s. l., 1758, Archive du Musée de l'Impression sur Étoffes, Mulhouse, Francia; M. Delormois, *L'art de faire l'indienne à l'instar d'Angleterre, et de composer toutes les couleurs, bon teint, propres à l'indienne*, Charles-Antoine Jambert, París, 1770; Legoux de Flaix, *Essai historique*, vol. 2, *op. cit.*, pp. 165, 331, citado en Florence d'Souza, «Legoux de Flaix's Observations on Indian Technologies Unknown in Europe», en K. S. Mathew (comp.), *French in India and Indian Nationalism*, vol. 1, B. R. Publishing Corporation, Delhi, 1999, pp. 323-324.

47. Véase Dorte Raaschou, «Un document Danois sur la fabrication des toiles Peintes à Tranquebar, aux Indes, à la fin du XVIII siècle», en *Bulletin de la Société Industrielle de Mulhouse*, n.º 4, 1967, pp. 9-21; junto con Wadsworth y Mann, *The Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 119; Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England*, *op. cit.*, p. 432; *Philosophical Magazine*, vol. 30, 1808, p. 259; *Philosophical Magazine*, vol. 1, 1798, pp. 4 y 126. Véase también S. D. Chapman, *The Cotton Industry in the Industrial Revolution*, Macmillan, Londres, 1972, p. 12.

48. Cotton Goods Manufacturers, Petition to the Lords Commissioner of His Majesty's Treasury, Treasury Department, T 1, 676/30, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*; Dispatch, 21 de noviembre de 1787, Bombay Dispatches, E/4, 1004, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

49. Chapman, *The Cotton Industry in the Industrial Revolution*, *op. cit.*, p. 16.

50. Véase Marion Johnson, «Technology, Competition, and African Crafts», en Clive Dewey y A. G. Hopkins (comps.), *The Imperial Impact: Studies in the Economic History of Africa and India*, Athlone Press, Londres, 1978, *op. cit.*, p. 262; así como Irwin y Schwartz, *Studies in Indo-European Textile History*, *op. cit.*, p. 12. Sabemos que durante todo el siglo XVIII los esclavos fueron la mayor «exportación» que partía de África, ya que su volumen venía a representar entre el 80 y el 90 % del total de transacciones. Véase J. S. Hogendorn y H. A. Gemery, «The “Hidden Half” of the Anglo-African Trade in the Eighteenth Century: The Significance of Marion Johnson’s Statistical Research», en David Henige y T. C. McCaskie (comps.), *West African Economic and Social History: Studies in Memory of Marion Johnson*, African Studies Program, University of Wisconsin Press, Madison, 1990, p. 90; junto con el extracto de la carta enviada por el Departamento comercial de la Compañía Británica de las Indias Orientales, Londres a Bombay, 4 de mayo de 1791, en Home Miscellaneous Series, vol. 374, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; y Cousquer, *Nantes*, *op. cit.*, p. 32. Las manifestaciones de Legoux de Flaix aparecen citadas en Richard Roberts, «West Africa and the Pondicherry Textile Industry», en Roy (comp.), *Cloth and Commerce*, *op. cit.*, p. 142.

51. Wadsworth y Mann, *The Cotton Trade*, *op. cit.*, pp. 116, 127, 147; Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England*, *op. cit.*, pp. 434435, 448; Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, libro IV, capítulo I, vol. I, *op. cit.*, p. 470.

52. Wadsworth y Mann, *The Cotton Trade, op. cit.*, pp. 122, 131, 151, 154; extracto de la carta enviada por el Departamento comercial de la Compañía Británica de las Indias Orientales, Londres a Bombay, 4 de mayo de 1791, en Home Miscellaneous Series, vol. 374, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

53. Véase Maurice Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, International Publishers, Nueva York, 1947, p. 277; junto con George Unwin, en la introducción al texto de George W. Daniels titulado *The Early English Cotton Industry*, Manchester University Press, Manchester, 1920, p. xxx. Daron Acemoglu, Simon Johnson y James Robinson muestran brillantemente todo lo que aquí afirmamos en «The Rise of Europe: Atlantic Trade, Institutional Change and Economic Growth», National Bureau of Economic Research Working Paper n.º 9378, diciembre de 2002. No obstante, lo que se echa en falta en su exposición es la ininterrumpida importancia que también han tenido las instituciones del capitalismo de guerra en otras partes del mundo, al margen de los centros neurálgicos europeos.

54. Véase en este caso la importante obra de Wennerlind titulada *Casualties of Credit*, *op. cit.*, en especial las páginas 223 a 225. Véase también Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England*, *op. cit.*, pp. 478-479; junto con P. K. O'Brien y S. L. Engerman, «Exports and the Growth of the British Economy from the Glorious Revolution to the Peace of Amiens», en Barbara Solow (comp.), *Slavery and the Rise of the Atlantic System*, Cambridge University Press, Nueva York, 1991, p. 191.

55. Citado en Peter Spencer, *Samuel Greg, 1758-1834*, Quarry Bank Mill, Styal, Cheshire, Reino Unido, 1989.

56. Véase, por ejemplo, Kevin H. O'Rourke y Jeffrey G. Williamson, «After Columbus: Explaining Europe's Overseas Trade Boom, 1500-1800», *Journal of Economic History*, n.º 62, 2002, pp. 417-456; así como Dennis O. Flynn y Arturo Giraldez, «Path Dependence, Time Lags and the Birth of Globalization: A Critique of O'Rourke and Williamson», *European Review of Economic History*, n.º 8, 2004, pp. 81-108; Janet Abu-Lughod, *The World System in the Thirteenth Century: Dead-End or Precursor?*, American Historical Association, Washington, D. C., 1993; Andre Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, University of California Press, Berkeley, 1988. Estoy de acuerdo con el argumento que expone Joseph E. Inikori al señalar la importancia que tiene «la integración global de los procesos de producción de materias primas y artículos básicos» en la historia de la globalización. Véase Joseph E. Inikori, «Africa and the Globalization Process: Western Africa, 1450-1850», *Journal of Global History*, 2007, pp. 63-86.

57. Mann, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, p. 20.

3. *Los réditos del capitalismo de guerra*

1. Véase Anthony Howe, *The Cotton Masters, 1830-1860*, Clarendon Press, Oxford, 1984, p. 41; junto con Michael James, *From Smuggling to Cotton Kings: The Greg Story*, Memoirs, Cirencester, Reino Unido, 2010, pp. 4, 8-9, 37-40; y Mary B. Rose, *The Gregs of Quarry Bank Mill: The Rise and Decline of a Family Firm, 1750-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, p. 5.

2. Caitlin C. Rosenthal, «Slavery's Scientific Management: Accounting for Mastery», en Sven Beckert y Seth Rockman (comps.), *Slavery's Capitalism: A New History of American Economic Development*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, en preparación, 2015. En Robin Blackburn, *The American Crucible: Slavery, Emancipation and Human Rights*, Verso, Londres, 2011, *op. cit.*, pp. 104-107, también puede encontrarse una buena exposición de los debates relacionados con la importancia de la esclavitud en la industrialización.

3. Daron Acemoglu, Simon Johnson y James Robinson también resaltan la notable relevancia que tuvo el comercio atlántico en la génesis de la gran divergencia en «The Rise of Europe: Atlantic Trade, Institutional Change and Economic Growth», National Bureau of Economic Research Working Paper, n.º 9378, diciembre de 2002, especialmente la página 4; Nicholas Draper demuestra en *The Price of Emancipation: Slave-Ownership, Compensation and British Society at the End of Slavery*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010, las hondas raíces que tiene la participación de la sociedad británica en la esclavitud, así como los significativos beneficios materiales que obtuvo de ese tráfico.

4. Véase Rose, *The Greys of Quarry Bank Mill*, *op. cit.*, pp. 15-16, 20. Como argumenta su biógrafa, Mary B. Rose, Greg estaba «respondiendo a la creciente demanda de telas» —una demanda cuya evolución reciente conocía de primera mano—. Véase Mary B. Rose, «The Role of the Family in Providing Capital and Managerial Talent in Samuel Greg and Company, 1784-1840», *Business History*, vol. 19, n.º 1, 1977, pp. 37-53.

5. James, *From Smuggling to Cotton Kings*, *op. cit.*, p. 21. Para una mayor información sobre la conversión de moneda, véase Eric Nye, «Pounds Sterling to Dollars: Historical Conversion of Currency», University of Wyoming, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 9 de enero de 2013): <http://uwacadweb.uwyo.edu/numimage/currency.htm>. De hecho, entre 1801 y 1804, el 59% de la producción de la fábrica de Greg fue a parar a Estados Unidos: véase Rose, *The Greys of Quarry Bank Mill*, *op. cit.*, pp. 24, 28, 30, 33. Para los tipos de interés de los bonos estatales del Reino Unido, véase David Stasavage, *Public Debt and the Birth of the Democratic State: France and Great Britain, 1688-1789*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003, p. 96.

6. Véase David Landes, *The Unbound Prometheus: Technical Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, segunda edición, Cambridge University Press, Nueva York, 2003; junto con David Landes, *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor*, Norton, Nueva York, 1998, *op. cit.*; Niall Ferguson, *Civilization: The West and the Rest*, Penguin, Nueva York, 2011, *op. cit.*; Jared Diamond, *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*, Norton, Nueva York, 1998, *op. cit.* Para una imagen de conjunto, véase también Joseph E. Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England: A Study in International Trade and Economic Development*, Cambridge University Press, Nueva York, 2002, *op. cit.*, capítulo 2. [Hay publicaciones castellanas: véase la nota 6 de la página xv.]

7. Véase Morris de Camp Crawford, *The Heritage of Cotton: The Fibre of Two Worlds and Many Ages*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1924, *op. cit.*, p. v; junto con Angus Maddison, *The World Economy: A Millennial Perspective*, Centro de desarrollo de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, París, 2001, *op. cit.*, p. 27. Incluso un autor como Nicholas Crafts, que tiende a subrayar que la aceleración del crecimiento económico registrado durante la Revolución Industrial fue en realidad bastante lenta admite que fue un punto de inflexión a partir del cual se registra un «más rápido crecimiento de la productividad total de los factores». Véase Nicholas Crafts, «The First Industrial Revolution: Resolving the Slow Growth/Rapid Industrialization Paradox», *Journal of the European Economic Association*, vol. 3, n.ºs 2/3, mayo de 2005, pp. 525-539 —y 533, respecto a lo que aquí se cita—. No obstante, véase también Peter Temin, «Two Views of the Industrial Revolution», *Journal of Economic History*, n.º 57, marzo de 1997, pp. 63-82; en este trabajo se ofrece, a la luz de un planteamiento nuevo, un estudio del impacto que tuvo la Revolución Industrial en el conjunto de la economía británica. Puede decirse que hay tantas explicaciones de la Revolución Industrial como libros que la abordan. Para una buena exposición de conjunto, véase Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England*, *op. cit.*, capítulo 2. Con todo, el hecho de que se produjeran lentos cambios institucionales o culturales a lo largo de un dilatado período de tiempo es incapaz de explicar la divergencia económica que se abre en esos años —a una velocidad bastante elevada— entre Gran Bretaña y el resto de las regiones del mundo.

8. Peter Spencer, *Samuel Greg, 1758-1834*, Quarry Bank Mill, Styal, 1989, *op. cit.*, p. 6.

9. Maurice Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, International Publishers, Nueva York, 1964, *op. cit.*, p. 294; Eric Hobsbawm, *The Age of Revolution, 1789-1848*, Abacus, Londres, 1977, p. 49 [hay publicación castellana: *La era de la revolución, 1789-1848*, traducción de Felipe Ximénez de Sandoval, Crítica, Barcelona, 2003]; Rose, *The Greys of Quarry Bank Mill*, *op. cit.*, p. 7; Stephen Broadberry y Bishnupriya Gupta, «Cotton Textiles and the Great Divergence: Lancashire, India and Shifting Competitive Advantage, 1600-1850», CEPR Discussion Paper n.º 5183, Centre for Economic Policy Research, Londres, agosto de 2005, *op. cit.*, p. 7.

10. Broadberry y Gupta, «Cotton Textiles and the Great Divergence», *op. cit.*, p. 27. Robert C. Allen subraya acertadamente la importancia que tuvo la demanda de una maquinaria más eficiente como principal elemento impulsor de la Revolución Industrial. No obstante, esa demanda de una mejor tecnología mecánica era en último término una consecuencia directa de la existencia de vastos mercados para los artículos de algodón y de la capacidad de atenderla que tuvieran los capitalistas británicos. Véase Robert C. Allen, *The British Industrial Revolution in Global Perspective*, Cambridge University Press, Nueva York, 2009, *op. cit.*, p. 137, por ejemplo.

11. La mejor exposición de este argumento es la que nos ofrece Allen en *The British Industrial Revolution*. Véase también Broadberry y Gupta, «Cotton Textiles and the Great Divergence», *op. cit.*; así como K. N. Chaudhuri, «The Organisation and Structure of Textile Production in India», en Tirthankar Roy (comp.), *Cloth and Commerce: Textiles in Colonial India*, AltaMira Press, Walnut Creek, California, 1996, *op. cit.*, p. 74; y Friedrich Hassler, *Vom Spinnen und Weben*, R. Oldenbourg, München, 1952, p. 7.

12. Almut Bohnsack, *Spinnen und Weben: Entwicklung von Technik und Arbeit im Textilgewerbe*, Rowohlt, Reinbek, 1981, *op. cit.*, pp. 25, 201.

13. Véase Mike Williams y D. A. Farnie, *Cotton Mills in Greater Manchester*, Carnegie, Preston, Reino Unido, 1992, p. 9.

14. Carta de S. y W. Salte a Samuel Oldknow, 5 de noviembre de 1787, Record Group SO/1.265, Oldknow Papers, Biblioteca John Rylands, Manchester.

15. Véase S. D. Chapman, *The Cotton Industry in the Industrial Revolution*, Macmillan, Londres, 1972, *op. cit.*, p. 20; junto con Broadberry y Gupta, «Cotton Textiles and the Great Divergence», *op. cit.*, p. 23.

16. Edward Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, H. Fisher, R. Fisher y P. Jackson, Londres, 1835, *op. cit.*, p. 353; Price of Mule Yarn from 1796 to 1843 sold by McConnel and Kennedy, Manchester, en McConnel and Kennedy Papers, record group MCK, archivo 3/3/8, Biblioteca John Rylands, Manchester; C. Knick Harley, «Cotton Textile Prices and the Industrial Revolution», *Economic History Review*, Nueva Serie, vol. 51, n.º 1, febrero de 1998, p. 59.

17. Todas estas cifras son simples aproximaciones. Véase Broadberry y Gupta, «Cotton Textiles and the Great Divergence», *op. cit.*, pp. 8, 26; junto con Chapman, *The Cotton Industry in the Industrial Revolution*, *op. cit.*, pp. 22, 29; y Howe, *The Cotton Masters*, *op. cit.*, p. 6.

18. Hobsbawm, *The Age of Revolution*, *op. cit.*, p. 46; Allen, *The British Industrial Revolution*, *op. cit.*, p. 191; Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, *op. cit.*, p. 269; Salvin Brothers of Castle Eden Co., carta de Durham a McConnel y Kennedy, Castle Eden, 22 de julio de 1795, Letters, 1795, record group MCK, box 2/1/1, en McConnel and Kennedy Papers, Biblioteca John Rylands, Manchester.

19. Véase Patrick O'Brien, «The Geopolitics of a Global Industry: Eurasian Divergence and the Mechanization of Cotton Textile Production in England», en Giorgio Riello y Prasanna Parthasarathi (comps.), *The Spinning World: A Global History of Cotton Textiles, 1200-1850*, Oxford University Press, Nueva York, 2009, *op. cit.*, p. 360. Véase también, Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, *op. cit.*, p. 258.

20. Por ejemplo, la primera «gran fábrica textil diseñada especialmente para el hilado del algodón» del condado de Manchester fue la de Shudehill, construida en torno al año 1782. Tenía 60 metros de largo, 9 de ancho y cinco pisos. Véase Williams y Farnie, *Cotton Mills in Greater Manchester*, *op. cit.*, p. 50; así como Stanley D. Chapman, *The Early Factory Masters: The Transition to the Factory System in the Midlands Textile Industry*, David and Charles, Newton Abbot, Devon, Reino Unido, 1967, p. 65.

21. Williams y Farnie, *Cotton Mills in Greater Manchester*, *op. cit.*, pp. 4-9; y Harold Catling, *The Spinning Mule*, David and Charles, Newton Abbot, Devon, Reino Unido, 1970, p. 150.

22. Charles Tilly, «Social Change in Modern Europe: The Big Picture», en Lenard R. Berlanstein (comp.), *The Industrial Revolution and Work in Nineteenth-Century Europe*, Routledge, Londres y Nueva York, 1992, p. 53.

23. Véase M. Elvin, «The High-Level Equilibrium Trap: The Causes of the Decline of Invention in the Traditional Chinese Textile Industries», en W. E. Willmott (comp.), *Economic Organization in Chinese Society*, Stanford, California, Stanford University Press, 1972, *op. cit.*, pp. 137 y sigs. Véase también Sucheta Mazumdar, *Sugar and Society in China: Peasants, Technology and the World Market*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1998, p. 183; y Philip C. C. Huang, *The Peasant Family and Rural Development in the Yangzi Delta, 1350-1988*, Stanford, California, Stanford University Press, 1990, p. 44.

24. Para una mayor información sobre este argumento, véase Roy Bin Wong, *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1997; junto con Chaudhuri, «The Organisation and Structure of Textile Production in India», *op. cit.*, p. 57.

25. Véase Rose, *The Gregs of Quarry Bank Mill*, *op. cit.*, pp. 39-40; Chapman, *The Cotton Industry in the Industrial Revolution*, *op. cit.*, p. 29; y la carta de William Emerson a McConnel and Kennedy, Belfast, 8 de diciembre de 1795, en Biblioteca John Rylands, Manchester.

26. Chapman, *The Cotton Industry in the Industrial Revolution*, *op. cit.*, pp. 29, 32; Howe, *The Cotton Masters*, *op. cit.*, pp. 9, 11-12.

27. Véase A. C. Howe, «Oldknow, Samuel (1756-1828)», en H. C. G. Matthew y Brian Harrison (comps.), *Oxford Dictionary of National Biography*, Oxford University Press, Oxford, 2004; así como George Unwin, *Samuel Oldknow and the Arkwrights: The Industrial Revolution at Stockport and Marple*, A. M. Kelley, Nueva York, 1968, pp. 2, 6, 45, 107, 123, 127, 135, 140.

28. Chapman, *The Cotton Industry in the Industrial Revolution*, *op. cit.*, pp. 31, 37-41; Howe, *The Cotton Masters*, *op. cit.*, pp. 24, 27; M. J. Daunt, *Progress and Poverty: An Economic and Social History of Britain, 1700-1850*, Oxford University Press, Nueva York, 1995, p. 199; y Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, *op. cit.*, p. 268.

29. Véase el Acuerdo de Asociación entre Benjamin Sanford, William Sanford, John Kennedy y James McConnel, 1791, 1/2; junto con el Libro mayor de personal, 1795-1801, 3/1/1, Papers of McConnel and Kennedy, Biblioteca John Rylands, Manchester.

30. N. F. R. Crafts, *British Economic Growth During the Industrial Revolution*, Oxford University Press, Nueva York, 1985, p. 22; Bohnsack, *Spinnen und Weben*, *op. cit.*, p. 26; Allen, *The British Industrial Revolution*, *op. cit.*, p. 182; y Howe, *The Cotton Masters*, *op. cit.*, pp. 1, 51.

31. Fernand Braudel, *Afterthoughts on Material Civilization and Capitalism*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1977, p. 109 [hay publicación castellana: *Civilización material, economía y capitalismo, s. XV-XVIII*, 2 vols., traducción de Isabel Pérez-Villanueva y Vicente Bordoy Hueso, Alianza, Madrid, 1984].

32. Beverly Lemire, *Fashion's Favourite: The Cotton Trade and the Consumer in Britain, 1660-1800*, Oxford University Press, Oxford, 1991, *op. cit.*

33. Véase Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, *op. cit.*, p. 335; junto con R. C. Allen y J. L. Weisdorf, «Was There an “Industrious Revolution” Before the Industrial Revolution? An Empirical Exercise for England, c. 1300-1830», *Economic History Review*, vol. 64, n.º 3, 2011, pp. 715-729; P. K. O’Brien y S. L. Engerman, «Exports and the Growth of the British Economy from the Glorious Revolution to the Peace of Amiens», en Barbara Solow (comp.), *Slavery and the Rise of the Atlantic System*, Cambridge University Press, Nueva York, 1991, *op. cit.*, pp. 184, 188, 200; Broadberry y Gupta, «Cotton Textiles and the Great Divergence», *op. cit.*, p. 5; y Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, *op. cit.*, pp. 349-350. Para una mayor información sobre el argumento en general, véase Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England*, *op. cit.*, pp. 436, 450; y Hobsbawm, *The Age of Revolution*, *op. cit.*, p. 49. La tabla que figura en la página 74 se basa en las cifras que aparecen en las Tablas X y XI del libro de Elizabeth Boody Schumpeter y T. S. Ashton titulado *English Overseas Trade Statistics, 1697-1808*, Clarendon Press, Oxford, 1960, pp. 29-34. La Tabla X presenta los valores que alcanzaron las principales exportaciones inglesas de géneros textiles —con la única exclusión de los derivados de la lana— en los años 1697 a 1771, 1775 y 1780, expresados en libras esterlinas. La Tabla XI indica las cantidades y los valores que registran las más relevantes exportaciones británicas de artículos de confección —exceptuando los del sector lanero— entre los años 1772 y 1807, en libras esterlinas, con la particularidad de que en el período comprendido entre 1772 y 1791 se incluyen datos correspondientes a Inglaterra y Gales, y de que en los años 1792 a 1807 figuran los relativos al conjunto de Gran Bretaña.

34. O'Brien y Engerman, «Exports and the Growth of the British Economy», *op. cit.*, p. 185; y Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, *op. cit.*, p. 349.

35. Véase Debendra Bijoy Mitra, *The Cotton Weavers of Bengal, 1757-1833*, Firm KLM Private Ltd., Calcuta, 1978, p. 25; junto con John Taylor, *Account of the District of Dacca by the Commercial Resident Mr. John Taylor in a Letter to the Board of Trade at Calcutta dated 30th November 1800 with P. S. 2 November 1801 and Inclosures, In Reply to a Letter from the Board dated 6th February 1798 transmitting Copy of the 115th Paragraph of the General Letter from the Court of Directors dated 9th May 1797 Inviting the Collection of Materials for the use of the Company's Historiographer*, Home Miscellaneous Series, vol. 456, Box F, pp. 111-112, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; *The Principal Heads of the History and Statistics of the Dacca Division*, E. M. Lewis, Calcuta, 1868, p. 129; Shantha Harihara, *Cotton Textiles and Corporate Buyers in Cottonopolis: A Study of Purchases and Prices in Gujarat, 1600-1800*, Manak, Delhi, 2002, p. 75; «Extracts from the Reports of the Reporter of External Commerce in Bengal; from the year 1795 to the latest Period for which the same can be made up», en *House of Commons Papers*, vol. 8, 1812-1813, p. 23. Véase también Konrad Specker, «Madras Handlooms in the Nineteenth Century», en Roy (comp.), *Cloth and Commerce*, p. 179; así como G. A. Prinsep, *Remarks on the External Commerce and Exchanges of Bengal*, Kingsbury, Parbury, and Allen, Londres, 1823, p. 28; y «The East-India and China Trade», *Asiatic Journal and Monthly Register for British India and Its Dependencies*, vol. 28, n.º 164, agosto de 1829, p. 150.

36. O'Brien y Engerman, «Exports and the Growth of the British Economy», *op. cit.*, pp. 177-209; Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England*, *op. cit.*, pp. 445, 447-448; Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2000, *op. cit.*, p. 266; y Marion Johnson, «Technology, Competition, and African Crafts», en Clive Dewey y A. G. Hopkins (comps.), *The Imperial Impact: Studies in the Economic History of Africa and India*, Athlone Press, Londres, 1978, *op. cit.*, p. 263.

37. Para ampliar un tanto el argumento: como han hecho notar muchos observadores, las instituciones son extremadamente relevantes. Sin embargo, el problema consiste en definir estas instituciones y en determinar en qué particular proceso histórico hunde sus raíces el surgimiento de las mismas. Las instituciones no aparecen por efecto de la «voluntad» de los actores históricos. Antes al contrario, son el resultado de la confluencia de un cierto número de factores, y lo que es más importante, de un particular conjunto de equilibrios de poder social. Como tendremos ocasión de ver en los siguientes capítulos, hay un buen número de regiones en el mundo que, por su configuración social y política, no se prestaron en su día a abrazar el capitalismo industrial ni a adoptar las instituciones que habitualmente lo acompañan. El informe de la comisión francesa que aquí se cita se encuentra en Henry Brooke Parnell, *On Financial Reform*, tercera edición, John Murray, Londres, 1832, p. 84. Véase también William J. Ashworth, «The Ghost of Rostow: Science, Culture and the British Industrial Revolution», *History of Science*, n.º 156, 2008, p. 261.

38. Para saber más acerca de la Marina Real Británica, véase O'Brien y Engerman, «Exports and the Growth of the British Economy», *op. cit.*, pp. 189-190. Coincido con el punto de vista que se ha venido expresando en la más reciente literatura —por el que se resalta la vital importancia de las instituciones—. Los autores que más convincentemente han expuesto este argumento son Daron Acemoglu y James A. Robinson en *Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity, and Poverty*, Crown Business, Nueva York, 2012 [hay publicación castellana: *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, traducción de Marta García Madera, Ediciones Deusto, Barcelona, 2007]. No obstante, en la explicación que ofrecen Acemoglu y Robinson, dichas instituciones conservan un carácter relativamente amorfo, de modo que la historia de sus respectivos procesos de evolución (y por consiguiente de su arraigo en el capitalismo de guerra) no alcanza a quedar claramente perfilada. Para un planteamiento que recalca todavía más si cabe el relevante papel de las instituciones, véase Niall Ferguson, *Civilization: The Six Killer Apps of Western Power*, Penguin, Londres, 2012.

39. Véase también, para abundar más en este argumento, el interesante planteamiento que hacen Acemoglu, *et al.*, en «The Rise of Europe», *op. cit.*

40. Howe, *The Cotton Masters*, *op. cit.*, pp. 90, 94.

41. Petición por la que los fabricantes de telas de calicó, muselinas y otros géneros de algodón de Glasgow solicitan una ampliación de la exención contemplada en la Ley de gravámenes por subasta —Auction Duty Act— del 1 de julio de 1789 (aprobada), Treasury Department, record group T 1, 676/30, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*

[42.](#) Véase Allen, *The British Industrial Revolution*, *op. cit.*, p. 5.

[43](#). Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, *op. cit.*, pp. 321-329.

44. *Ibid.*, pp. 503-504; William J. Ashworth, *Customs and Excise Trade, Production, and Consumption in England, 1640-1845*, Oxford University Press, Oxford, 2003, pp. 4, 8; O'Brien y Engerman, «Exports and the Growth of the British Economy», *op. cit.*, p. 206; y *Edinburgh Review, or Critical Journal*, n.º 61, julio de 1835, p. 455.

45. Si nos valemos de los datos que nos ofrece Kenneth Pomeranz, que no han de considerarse sino toscas estimaciones, el factor exacto por el que multiplican los artesanos chinos la capacidad de producción británica es de 417. Véase Pomeranz, *The Great Divergence*, *op. cit.*, pp. 139, 337; junto con Kenneth Pomeranz, «Beyond the East-West Binary: Resituating Development Paths in the Eighteenth-Century World», *Journal of Asian Studies*, vol. 61, n.º 2, 1 de mayo de 2002, *op. cit.*, p. 569; y Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, *op. cit.*, p. 215.

46. Véase Hobsbawm, *The Age of Revolution*, *op. cit.*, p. 44; junto con la carta de Thomas Ashton a William Rathbone VI, Flowery Fields, 17 de enero de 1837, Record Group RP.IX.1.48-63, Rathbone Papers, Universidad de Liverpool, Colecciones y Archivos Especiales, Liverpool. Las opiniones del visitante inglés aparecen citadas en Asa Briggs, *Victorian Cities*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1970, p. 89; Alexis de Tocqueville, *Journeys to England and Ireland*, traducción inglesa de George Lawrence y K. P. Mayer, edición a cargo de K. P. Mayer, Transaction Publishers, Londres, 2003, pp. 107-108; y Thomas Jefferson, *Notes on the State of Virginia*, Pregunta n.º XIX.

47. Dale Tomich y Michael Zeuske, «The Second Slavery: Mass Slavery, World-Economy, and Comparative Microhistories», *Review: A Journal of the Fernand Braudel Center*, vol. 31, n.º 3, 2008, pp. 91-100; Michael Zeuske, «The Second Slavery: Modernity, Mobility, and Identity of Captives in Nineteenth Century Cuba and the Atlantic World», en Javier Lavina y Michael Zeuske (comps.), *The Second Slavery: Mass Slavery and Modernity in the Americas and in the Atlantic Basin*, Editorial LIT, Berlín, Münster y Nueva York, 2013; Dale Tomich, Rafael Marquese y Ricardo Salles (comps.), *Frontiers of Slavery*, State University of New York Press, Binghamton, en preparación.

48. Véase J. de Cordova, *The Cultivation of Cotton in Texas: The Advantages of Free Labour; A Lecture Delivered at the Town Hall, Manchester, on Tuesday, the 28th day of September, 1858, before the Cotton Supply Association*, J. King and Co., Londres, 1858, pp. 70-71.

1. A. Moreau de Jonnes, «Travels of a Pound of Cotton», *Asiatic Journal and Monthly Register for British India and Its Dependencies*, n.º 21, enero-junio de 1826, Kingsbury, Parbury and Allen, Londres, 1826, p. 23.

4. *Mano de obra cautiva y tierras conquistadas*

2. Véase J. T. Danson, «On the Existing Connection Between American Slavery and the British Cotton Manufacture», *Journal of the Statistical Society of London*, n.º 20, marzo 1857, pp. 7, 19. Para una argumentación similar, véase asimismo Elisée Reclus, «Le coton et la crise Américaine», *Revue des Deux Mondes*, n.º 37, 1862, pp. 176, 187. También pueden encontrarse planteamientos en los que se expone la existencia de vínculos entre el capitalismo y la esclavitud en Philip McMichael, «Slavery in Capitalism: The Rise and Demise of the U. S. Ante-Bellum Cotton Culture», *Theory and Society*, n.º 20, junio de 1991, pp. 321-349; Joseph E. Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England: A Study in International Trade and Economic Development*, Cambridge University Press, Nueva York, 2003, *op. cit.*; y Eric Williams, *Capitalism and Slavery*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1994, *op. cit.*

3. «Cotton, Raw, Quantity Consumed and Manufactured», en Levi Woodbury, Departamento del Tesoro de Estados Unidos, *Letter from the Secretary of the Treasury transmitting Tables and Notes on the Cultivation, Manufacture, and Foreign Trade of Cotton*, 1836, p. 40.

4. Para una mayor información sobre el concepto de «segunda esclavitud», véase Dale Tomich, «The Second Slavery: Mass Slavery, World-Economy, and Comparative Histories», *Review: A Journal of the Fernand Braudel Center*, vol. 31, n.º 3, 2008. Para los límites geográficos de la materia prima, véase Jason W. Moore, «Sugar and the Expansion of the Early Modern World-Economy: Commodity Frontiers, Ecological Transformation, and Industrialization», *Review: A Journal of the Fernand Braudel Center*, vol. 23, n.º 3, 2000, pp. 409-433. Véase también Robin Blackburn, *The American Crucible: Slavery, Emancipation and Human Rights*, Verso, Londres, 2011, *op. cit.*, p. 22.

5. Para saber más acerca del cultivo del algodón en Francia, véase C. P. de Lasteyrie, *Du cotonnier et de sa culture*, Bertrand, París, 1808; junto con *Notice sur le coton, sa culture, et sur la possibilité de le cultiver dans le département de la Gironde*, tercera edición, L’Imprimerie de Brossier, Burdeos, 1823; en relación con este mismo empeño, véase también Morris R. Chew, *History of the Kingdom of Cotton and Cotton Statistics of the World*, W. B. Stansbury and Co., Nueva Orleans, 1884, p. 48. Para mayor información sobre los esfuerzos destinados a cultivar algodón en Lancashire, véase John Holt, *General View of the Agriculture of the County of Lancaster*, G. Nicol, Londres, 1795, p. 207.

6. N. G. Svoronos, *Le commerce de Salonique au XVIIIe siècle*, Presses Universitaires de France, Paris, 1956, p. 67; Bombay Dispatches, IO/E/4, 996, pp. 351, 657; Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Eliyahu Ashtor, «The Venetian Cotton Trade in Syria in the Later Middle Ages», *Studi Medievali*, serie 3, vol. 17, 1976, pp. 676, 682, 686.

7. En 1790, el consumo de algodón constatado en Gran Bretaña se elevó a 13.879 toneladas métricas. Véase Edward Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, H. Fisher, R. Fisher y P. Jackson, Londres, 1835, *op. cit.*, pp. 215, 347, 348; junto con Thomas Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, Effingham Wilson, Royal Exchange, Londres, 1886, *op. cit.*, p. 49; Joel Mokyr, *The Lever of Riches: Technological Creativity and Economic Progress*, Oxford University Press, Nueva York, 1990, p. 99 [hay publicación castellana: *La palanca de la riqueza*, traducción de Ester Gómez, Alianza, Madrid, 1993]; Bernard Lepetit, «Frankreich, 1750-1850», en Wolfram Fischer, *et al.* (comps.), *Handbuch der Europäischen Wirtschafts- und Sozialgeschichte*, vol. 4, Klett-Cotta, Stuttgart, 1993, p. 487; y *Bremer Handelsblatt*, n.º 2, 1851, p. 4.

8. Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, pp. 82-83; Michael M. Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade, 1780-1815*, Manchester University Press, Manchester, 1967, p. 75.

9. Véase William Edensor, *An Address to the Spinners and Manufacturers of Cotton Wool, Upon the Present Situation of the Market*, impreso para el autor por H. S. Woodfall, Londres, 1792, p. 15. La escasez de mano de obra siempre fue una constante, lo que significa que todavía resultaba inimaginable producir el algodón en plantaciones. Véase también Huri Islamoglu-Inan, «State and Peasants in the Ottoman Empire: A Study of Peasant Economy in North-Central Anatolia During the Sixteenth Century», en Huri Islamoglu-Inan (comp.), *The Ottoman Empire and the World Economy*, Cambridge University Press, Nueva York, 1987, *op. cit.*, p. 126; así como Elena Frangakis-Syrett, *The Commerce of Smyrna in the Eighteenth Century (1700-1820)*, Centre for Asia Minor Studies, Atenas, 1992, *op. cit.*, pp. 11, 236; Resat Kasaba, *The Ottoman Empire and the World Economy: The Nineteenth Century*, State University of New York Press, Albany, 1988, *op. cit.*, pp. 25-27. Para saber más acerca de la escasez de capital, véase Donald Quataert, «The Commercialization of Agriculture in Ottoman Turkey, 1800-1914», *International Journal of Turkish Studies*, n.º 1, 1980, pp. 44-45. Para una mayor información sobre la importancia de la independencia política, véase Sevkettin Pamuk, *The Ottoman Empire and European Capitalism, 1820-1913*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, p. 53; Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, pp. 82-83; y Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 86.

10. Report of the Select Committee of the Court of Directors of the East India Company, Upon the Subject of the Cotton Manufacture of this Country, 1793, Home Miscellaneous Series, vol. 401, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

11. «Objections to the Annexed Plan», 10 de noviembre de 1790, Home Miscellaneous Series, vol. 434, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

12. Véase, por ejemplo, Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, pp. 75, 82-83; junto con Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, pp. 28, 84; Compañía Británica de las Indias Orientales, *Reports and Documents Connected with the Proceedings of the East-India Company in Regard to the Culture and Manufacture of Cotton-Wool, Raw Silk, and Indigo in India*, East-India Company, Londres, 1836; copia de la carta de George Smith a Charles Earl Cornwallis, Calcuta, 26 de octubre de 1789, en Home Miscellaneous Series, vol. 434, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Various Copies of Letters Copied into a Book relating to Cotton, pp. 729-754, en Home Miscellaneous Series, vol. 374, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

13. Para mayor información sobre la larga historia del cultivo del algodón en el Caribe, véase David Watts, *The West Indies: Patterns of Development, Culture and Environmental Change Since 1492*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, *op. cit.*, pp. 158-159, 183, 194, 296; Charles Mackenzie, *Facts, Relative to the Present State of the British Cotton Colonies and to the Connection of their Interests*, James Clarke, Edimburgo, 1811; Daniel McKinnen, *A Tour Through the British West Indies, in the Years 1802 and 1803: Giving a Particular Account of the Bahama Islands*, White, Londres, 1804; George F. Tyson, hijo, «On the Periphery of the Peripheries: The Cotton Plantations of St. Croix, Danish West Indies, 1735-1815», *Journal of Caribbean History*, vol. 26, n.º 1, 1992, pp. 3, 6-8; y «Tableau de Commerce, &c. de St. Domingue», en Bryan Edwards, *An Historical Survey of the Island of Saint Domingo*, impreso para John Stockdale, Londres, 1801, pp. 230-231.

14. «Report from the Select Committee on the Commercial State of the West India Colonies», en Great Britain, House of Commons, Sessional Papers, 1807, III (65), pp. 73-78, según la cita que figura en Lowell Joseph Ragatz, *Statistics for the Study of British Caribbean Economic History, 1763-1833*, *op. cit.*, p. 22; Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 250; Selwyn H. H. Carrington, *The British West Indies During the American Revolution*, Foris, Dordrecht, 1988, p. 31; «An Account of all Cotton Wool of the Growth of the British Empire Imported annually into that part of Great Britain Called England», Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, Treasury Department, T 64/275, *loc. cit.*, datos relativos a la gráfica de la página 90. Las cifras de dicha gráfica (que recogen las cantidades totales y el detalle correspondiente al año 1786) se encuentran en Baines, *History of the Cotton Manufacture*, *op. cit.*, p. 347.

15. Véase el «Report from the Select Committee on the Commercial State of the West India Colonies», en Great Britain, House of Commons, Sessional Papers, 1807, III (65), pp. 73-78, según la cita que figura en Lowell Joseph Ragatz, *Statistics for the Study of British Caribbean Economic History, 1763-1833*, Bryan Edwards Press, Londres, 1928, *op. cit.*, p. 22. Véase también Lowell J. Ragatz, *The Fall of the Planter Class in the British Caribbean, 1763-1833: A Study in Social and Economic History*, Century Co., Nueva York, 1928, *op. cit.*, p. 38; M. Placide-Justin, *Histoire politique et statistique de l'île d'Hayti, Saint-Domingue; écrite sur des documents officiels et des notes communiquées par Sir James Barskett, agent du gouvernement britannique dans les Antilles*, Brière, París, 1826, p. 501. Para saber más acerca del «coton des Isles», véase Robert Lévy, *Histoire économique de l'industrie cotonnière en Alsace*, F. Alcan, París, 1912, p. 56; carta de Nathan Hall a John King, Nassau, 27 de mayo de 1800, Box 15, CO 23, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*

16. Robert H. Schomburgk, *The History of Barbados: Comprising a Geographical and Statistical Description of the Island; a Sketch of the Historical Events Since the Settlement; and an Account of Its Geology and Natural Productions*, Longman, Brown, Green and Longmans, Londres, 1848, p. 640; Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 79; Selwyn Carrington, «The American Revolution and the British West Indies Economy», *Journal of Interdisciplinary History*, vol. 17, 1987, pp. 841-842; Edward N. Rappaport y José Fernández-Partagas, «The Deadliest Atlantic Tropical Cyclones, 1492-1996», National Hurricane Center, National Weather Service, 28 de mayo de 1995, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 6 de agosto de 2010): <http://www.nhc.noaa.gov/pastdeadly.shtml>; Ragatz, *Statistics*, *op. cit.*, p. 15; S. G. Stephens, «Cotton Growing in the West Indies During the Eighteenth and Nineteenth Centuries», *Tropical Agriculture*, vol. 21, febrero de 1944, pp. 23-29; Wallace Brown, *The Good Americans: The Loyalists in the American Revolution*, Morrow, Nueva York, 1969, p. 2; y Gail Saunders, *Bahamian Loyalists and Their Slaves*, Macmillan Caribbean, Londres, 1983, p. 37.

17. Véase David Eltis, «The Slave Economies of the Caribbean: Structure, Performance, Evolution and Significance», en Franklin W. Knight (comp.), *General History of the Caribbean*, vol. 3, *The Slave Societies of the Caribbean*, Unesco Publishing, Londres, 1997, p. 113, Tabla 3.1. Para saber más acerca de la producción, véase Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 79. Para una mayor información sobre la demanda y las reexportaciones que partían de los puertos europeos controlados por Francia, véase Jean Tarrade, *Le commerce colonial de la France à la fin de l'Ancien Régime*, Presses Universitaires de France, París, 1972, pp. 748-749, 753. Doy por supuesto que la mayor parte del algodón colonial que reexportaba Francia se enviaba a Gran Bretaña.

18. En 1790 había 705 plantaciones de algodón en la isla, cifra que contrasta con los 792 ingenios azucareros. Véase Edwards, *An Historical Survey*, *op. cit.*, pp. 163-165, 230, 231. Para saber más acerca de la producción de algodón en Saint Domingue, véase Schomburgk, *The History of Barbados*, *op. cit.*, p. 150; junto con Ragatz, *The Fall of the Planter Class*, *op. cit.*, pp. 39, 125; David Eltis, *et al.*, *The Trans-Atlantic Slave Trade: A Database on CD-Rom*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999; y Tarrade, *Le commerce colonial*, *op. cit.*, p. 759.

19. Stefano Fenoaltea, «Slavery and Supervision in Comparative Perspective: A Model», *Journal of Economic History*, vol. 44, septiembre de 1984, pp. 635-668.

20. Moore, «Sugar», *op. cit.*, pp. 412, 428.

21. Resat Kasaba, «Incorporation of the Ottoman Empire», *Review*, vol. 10, suplemento, verano / otoño de 1987, p. 827.

22. *Transactions of the Society Instituted at London for the Encouragement of Arts, Manufactures, and Commerce*, vol. 1, Dodsley, Londres, 1783, p. 254; Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, p. 28; Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 77; carta del gobernador Orde a lord Sydney, Roseau, Dominica, 13 de junio de 1786, en Colonial Office, 71/10, Archivos Nacionales del Reino Unido; carta del presidente Lucas a lord Sydney, Granada, 9 de junio de 1786, Dispatches Granada, Colonial Office, 101/26; carta del gobernador D. Parry a lord Sydney, Barbados, 31 de mayo de 1786, Dispatches Barbados, Colonial Office, 28/60, Archivos Nacionales del Reino Unido; carta del presidente Brown a Sydney, New Providence, 23 de febrero de 1786, en Dispatches Bahamas, Colonial Office 23/15, Archivos Nacionales del Reino Unido. Para una mayor información sobre las presiones que ejercían los manufactureros, véase Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, pp. 75-76; junto con la carta del gobernador Orde a lord Sydney, Roseau, Dominica, 30 de marzo de 1788, Archivos Nacionales del Reino Unido.

23. El papel que ha desempeñado la esclavitud en la historia del capitalismo ha sido objeto de un gran número de debates y se encuentra muy adecuadamente resumido en Robin Blackburn, *The Making of New World Slavery: From the Baroque to the Modern, 1492-1800*, Verso, Nueva York, 1997, pp. 509-580. Véase también el importante artículo de Ronald Bailey, «The Other Side of Slavery: Black Labor, Cotton, and Textile Industrialization in Great Britain and the United States», *Agricultural History*, vol. 68, primavera de 1994, pp. 35-50; Seymour Drescher, *Capitalism and Antislavery: British Mobilization in Comparative Perspective*, Oxford University Press, Nueva York, 1987, p. 9. Debemos la noción de «segunda esclavitud» al trabajo de Dale Tomich y Michael Zeuske titulado «The Second Slavery: Mass Slavery, World-Economy, and Comparative Microhistories», *Review: A Journal of the Fernand Braudel Center*, vol. 31, n.º 3, 2008. Catherine Coquery-Vidrovitch argumenta que esta expansión de la esclavitud en las Américas desembocó también en una «segunda esclavitud» en África. Véase también Catherine Coquery-Vidrovitch, «African Slaves and Atlantic Metissage: A Periodization 1400-1880», ponencia presentada en el coloquio «2nd Slavery and the Atlantization of the America», Universidad de Colonia, julio de 2012; junto con Voyages: The Trans-Atlantic Slave Trade Database, <http://www.slavevoyages.org> (último acceso, 31 de enero de 2013).

24. Véase Alan H. Adamson, *Sugar Without Slaves: The Political Economy of British Guiana, 1838-1904*, Yale University Press, New Haven, 1972, p. 24; así como Johannes Postma, *The Dutch in the Atlantic Slave Trade, 1600-1815*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, p. 288.

25. Véase, por ejemplo, Roger Hunt, *Observations Upon Brazilian Cotton Wool, for the Information of the Planter and With a View to Its Improvement*, Steel, Londres, 1808, p. 3; junto con Morris R. Chew, *History of the Kingdom of Cotton and Cotton Statistics of the World*, W. B. Stansbury and Co., Nueva Orleães, 1889, *op. cit.*, p. 28; John C. Branner, *Cotton in the Empire of Brazil: The Antiquity, Methods and Extent of Its Cultivation; Together with Statistics of Exportation and Home Consumption*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1885, pp. 9, 46; Celso Furtado, *The Economic Growth of Brazil: A Survey from Colonial to Modern Times*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1965, p. 97; Caio Prado, *The Colonial Background of Modern Brazil*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1969, pp. 171-173 —la cita se encuentra en la página 458—; Luiz Cordelio Barbosa, «Cotton in 19th Century Brazil: Dependency and Development», tesis doctoral, University of Washington, 1989, p. 31; Francisco de Assis Leal Mesquita, «Vida e morte da economia algodoeira do Maranhão, uma análise das relações de produção na cultura do algodão, 1850-1890», Universidade Federal do Maranhão, tesis doctoral, 1987, p. 50.

26. Beshara Doumani, *Rediscovering Palestine: Merchants and Peasants in Jabal Nablus, 1700-1900*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1995, p. 99; William Milburn, *Oriental Commerce: Containing a Geographical Description of the Principal Places in the East Indies, China, and Japan, With Their Produce, Manufactures, and Trade*, Black, Parry and Co., Londres, 1813, p. 281; Mesquita, «Vida e morte», *op. cit.*, p. 63; y Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 83.

27. Carta de John Tarleton a Clayton Tarleton, St. James's Hotel, 5 de febrero de 1788, 920 TAR, Box 4, Letter 5, Tarleton Papers, Liverpool Records Office, Liverpool. Para saber más acerca de los comerciantes de algodón que poseían al mismo tiempo una plantación, véase Sandbach, Tinne and Co. Papers, Merseyside Maritime Museum, Liverpool. Para mayor información sobre los industriales algodoneros dedicados también al tráfico de esclavos, véase la carta de John Tarleton a Clayton Tarleton, 29 de abril de 1790, Letter 8, 4, 920 TAR, Tarleton Papers, Liverpool Records Office; y las Annual Profit and Loss Accounts of John Tarleton, 920 TAR, Box 2 and Box 5, Liverpool Records Office.

28. En 1820 se necesitaban 353.416 hectáreas de terreno para cultivar la cantidad de algodón que precisaba la industria británica, superficie que habría representado el 7,8 % de las tierras de labor del país y exigido la contribución de 198.738 trabajadores agrícolas. La cantidad de algodón que se consumió en 1840 tuvo ocupadas 1.324.703 hectáreas de tierra, lo que habría obligado a utilizar más del 29 % de los campos de cultivo británicos y a emplear a 544.066 agricultores. El cálculo se realiza dividiendo el consumo de algodón registrado en el año 1820 (69.322 toneladas métricas según lo que se señala en Mann, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, pp. 93-94) por la productividad que rendía cada hectárea en esa misma fecha (0,19615 toneladas métricas de acuerdo con las indicaciones de Whartenby en «Land and Labor Productivity», *op. cit.*, p. 54), lo que nos permite averiguar que en 1820 se necesitaban las hectáreas mencionadas (353.416) y conocer qué porcentaje de las tierras de cultivo existentes en 1827 (4.509.561 hectáreas) representaba esa cifra (7,83 %). La cantidad correspondiente a la superficie de tierras cultivables se encuentra en Rowland E. Prothero, *English Farming Past and Present*, Benjamin Blom, Inc., Nueva York, 1972 (primera edición, Londres, 1917, «Tabla 2.-1827») y en Select Committee on Emigration, 1827, Evidence of Mr. W. Couling, *Sessional Papers*, 1827, vol. V, p. 361. Los cálculos se han realizado dividiendo el consumo de algodón constatado en 1840 (268.748 toneladas métricas según Mann en *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, p. 94) por el rendimiento por hectárea que se conseguía en ese mismo año (0,20288 toneladas métricas, de acuerdo con lo que apunta Whartenby en «Land and Labor Productivity», *op. cit.*, p. 54, lo cual arroja la superficie de hectáreas calculada (1.324.703) y el porcentaje de las tierras de cultivo existentes en 1827 (4.509.561 hectáreas) que representaba esa cifra (el 29,37 %). Del mismo modo, el cálculo del año 1860 se ha realizado dividiendo el algodón consumido en esa fecha (517.367 toneladas métricas) por el rendimiento por hectárea que se conseguía en 1840 en Estados Unidos (0,20288 toneladas métricas). También se ha dividido el consumo de algodón observado en 1860 por el rendimiento por trabajador correspondiente al año 1840 en Estados Unidos (0,49396 toneladas métricas). Véase asimismo Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2000, *op. cit.*, pp. 276, 315; junto con Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 75. Philip McMichael también subraya la resistencia al cambio que se observa en el sistema agrícola europeo en «Slavery in Capitalism: The Rise and Demise of the U. S. AnteBellum Cotton Culture», *Theory and Society*, vol. 20, junio de 1991, p. 326. Para un debate sobre la Gran Divergencia, véase también David Landes, *The Unbound Prometheus: Technical Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, segunda edición, Cambridge University Press, Nueva York, 2003, *op. cit.*; David Landes, *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor*, Norton, Nueva York, 1998, *op. cit.*; Niall Ferguson, *Civilization: The West and the Rest*, Penguin, Nueva York, 2011, *op. cit.*; y Jared Diamond, *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*, Norton, Nueva York, 1998, *op. cit.* Para una visión de conjunto, véase igualmente Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England*, *op. cit.*, capítulo 2.

29. Esto es lo que argumenta también Ragatz, respecto de las Indias Occidentales, en *Statistics*, *op. cit.*, pp. 10, 370. Para una mayor información sobre la relevancia del azúcar como cultivo competidor del algodón, véase Imperial Department of Agriculture for the West Indies, *Information Relating to Cotton Cultivation in the West Indies*, Commissioner of Agriculture for the West Indies, Barbados, 1903. Véase también Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, pp. 79, 250; junto con Luiz Cordelio Barbosa, «Cotton in 19th Century Brazil: Dependency and Development», tesis doctoral, University of Washington, 1989, *op. cit.*, p. 170; James Mann, *The Cotton Trade of Great Britain*, Simpkin, Marshall and Co., Londres, 1860, *op. cit.*, pp. 79, 80, 86; y DB 176, Sandbach, Tinne and Co. Papers, Merseyside Maritime Museum, Liverpool.

30. Edensor, *An Address to the Spinners and Manufacturers of Cotton Wool*, *op. cit.*, pp. 14, 21-23; Franklin, *The Present State of Hayti (St. Domingo), with Remarks on Its Agriculture, Commerce, Laws, Religion, Finances, and Population, etc.*, J. Murray, Londres, 1828, p. 123; y *Pennsylvania Gazette*, 13 de junio de 1792.

31. Carta de John Tarleton a Clayton Tarleton, 27 de septiembre de 1792, Letter 33, 4 de febrero de 1795, Letter 75, 920 TAR, Tarleton Papers, Liverpool Records Office, Liverpool. Véase también Orhan Kurmus, «The Cotton Famine and Its Effects on the Ottoman Empire», Huri Islamoglu-Inan (comp.), *The Ottoman Empire and the World Economy*, Cambridge University Press, Nueva York, 1987, *op. cit.*, p. 16; Brian R. Mitchell, *Abstract of British Historical Statistics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1962, p. 490. Para mayor información sobre el incremento de los precios véase igualmente Stanley Dumbell, «Early Liverpool Cotton Imports and the Organisation of the Cotton Market in the Eighteenth Century», *Economic Journal*, vol. 33, septiembre de 1923, p. 370; Emily A. Rathbone (comp.), *Records of the Rathbone Family*, R. and R. Clark, Edimburgo, 1913, p. 47; y Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 88.

32. Tench Coxe, *A Memoir of February, 1817, Upon the Subject of the Cotton Wool Cultivation, the Cotton Trade and the Cotton Manufactories of the United States of America*, Philadelphia Society for the Promotion of American Manufactures, Philadelphia, 1817, p. 3.

5. *La esclavitud toma el mando*

1. Petition, To the Right Honorable the Lords of His Majesty's Privy Council for Trade and Foreign Plantations, 8 de diciembre de 1785, en Board of Trade, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.* Otras fuentes comentan que en el año 1784 se registró un incidente similar. Véase, por ejemplo, Morris R. Chew, *History of the Kingdom of Cotton and Cotton Statistics of the World*, W. B. Stansbury and Co., Nueva Orleáns, 1884, *op. cit.*, p. 37.

2. Véase, por ejemplo, Ernst von Halle, *Baumwollproduktion und Pflanzungswirtschaft in den Nordamerikanischen Südstaaten, part 1, Die Sklavenzeit*, Editorial von Duncker and Humblot, Leipzig, 1897, pp. 16-17; junto con Jay Treaty, Article XII; Thomas Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, Effingham Wilson, Royal Exchange, Londres, 1886, *op. cit.*, p. 85; y Chew, *History of the Kingdom of Cotton*, *op. cit.*, p. 45.

3. Véase Gavin Wright, *The Political Economy of the Cotton South: Households, Markets, and Wealth in the Nineteenth Century*, Norton, Nueva York, 1978, *op. cit.*, p. 14; junto con Chew, *History of the Kingdom of Cotton*, *op. cit.*, p. 39. Véase también la carta de George Washington a Thomas Jefferson, 13 de febrero de 1789, reproducida en Jared Sparks, *The Writings of George Washington*, vol. 9, Russell, Odiorne, Metcalf and Hilliard, Gray, and Co., Boston, 1835, p. 470; así como Tench Coxe, *A Memoir of February 1817, Upon the Subject of the Cotton Wool Cultivation, the Cotton Trade, and the Cotton Manufactories of the United States of America*, Philadelphia Society for the Promotion of American Manufactures, Filadelfia, 1817, p. 2. Para saber más acerca de Coxe en general, véase James A. B. Scherer, *Cotton as a World Power: A Study in the Economic Interpretation of History*, F. A. Stokes Co., Nueva York, 1916, pp. 122-123; Tench Coxe, *View of the United States of America*, William Hall, Filadelfia, 1794, p. 20; Michael M. Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade, 1780-1815*, Manchester University Press, Manchester, 1967, *op. cit.*, p. 87. Véase igualmente la carta de Tench Coxe a Robert Livingston, 10 de junio de 1802, en Papers of Tench Coxe, Correspondence and General Papers, junio de 1802, Film A 201, reel 74, Historical Society of Pennsylvania.

4. «Cotton. Cultivation, manufacture, and foreign trade of. Letter from the Secretary of the Treasury», 4 de marzo de 1836, Blair and Rives, Washington, D. C., 1836, p. 8, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 29 de julio de 2013): <http://catalog.hathitrust.org/Record/011159609>.

5. Véase Joyce Chaplin, «Creating a Cotton South in Georgia and South Carolina, 1760-1815», *Journal of Southern History*, vol. 57, mayo de 1991, p. 178; así como Lewis Cecil Gray, *History of Agriculture in the Southern United States to 1860*, vol. 2, Carnegie Institution of Washington, Washington, D. C., 1933, *op. cit.*, p. 673; y Chew, *History of the Kingdom of Cotton*, *op. cit.*, pp. 36, 41. Para una mayor información sobre la producción doméstica de algodón y de telas de ese material, véase también Scherer, *Cotton as a World Power*, *op. cit.*, pp. 124-125; junto con la carta de Ralph Izard a Henry Laurens, Bath, 20 de diciembre de 1775, reproducida en *Correspondence of Mr. Ralph Izard of South Carolina, From the Year 1774 to 1804; With a Short Memoir*, Charles S. Francis and Co., Nueva York, 1844, p. 174, véanse también las páginas 16, 82, 246, 296, 300, 370, 386 y 390.

6. John Hebron Moore, *The Emergence of the Cotton Kingdom in the Old Southwest: Mississippi, 1770-1860*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1988, p. 77; Chaplin, «Creating a Cotton South», *op. cit.*, pp. 177, 188, 193.

7. Véase Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, pp. 80, 85; junto con Chew, *History of the Kingdom of Cotton*, *op. cit.*, p. 40. Con todo, la identidad de la primera persona que decidió plantar esta variedad de algodón provocó en su día una gran controversia, y todavía hoy sigue suscitando una notable polémica. Véase Nichol Turnbull, «The Beginning of Cotton Cultivation in Georgia», *Georgia Historical Quarterly*, vol. 2, n.º 1, marzo de 1917, pp. 39-45; así como Gray, *History of Agriculture in the Southern United States to 1860*, vol. 2, Carnegie Institution of Washington, Washington, D. C., 1933, *op. cit.*, pp. 675-679; S. G. Stephen, «The Origins of Sea Island Cotton», *Agricultural History*, vol. 50, 1976, pp. 391-399, Véase también la carta de Trapman, Schmidt and Co. a McConnel y Kennedy, Charleston, 3 de enero de 1824, record group MCK, Box 2/1/30, Letters Received by McConnel and Kennedy, Papers of McConnel and Kennedy, Biblioteca John Rylands, Manchester.

8. «La rápida transformación del paisaje virgen de Guantánamo por los inmigrantes franceses (1802-1809)», en Levi Marrero, *Cuba: Economía y sociedad*, vol. 11, *Azúcar, ilustración y conciencia, 1763-1868*, Editorial Playor, Madrid, 1983, p. 148; Moore, *The Emergence of the Cotton Kingdom*, *op. cit.*, p. 4; Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 92; y Brian Schoen, *The Fragile Fabric of Union: Cotton, Federal Politics, and the Global Origins of the Civil War*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2009, p. 12.

9. Wright, *The Political Economy of the Cotton South*, *op. cit.*, p. 13; Gray, *History of Agriculture*, *op. cit.*, p. 735.

10. Wright, *The Political Economy of the Cotton South*, *op. cit.*, p. 13; para más información sobre Whitney, véase Scherer, *Cotton as a World Power*, *op. cit.*, pp. 155-167; junto con Stuart W. Bruchey, *Cotton and the Growth of the American Economy, 1790-1860: Sources and Readings*, Harcourt, Brace and World, Nueva York, 1967, p. 45. Por otra parte, Angela Lakwete, en *Inventing the Cotton Gin: Machine and Myth in Antebellum America*, John Hopkins University Press, Baltimore, 2003, *op. cit.*, se manifiesta en desacuerdo con esta explicación —aunque sus argumentos son escasamente persuasivos, a mi juicio—. Véase también David Ramsay, *Ramsay's History of South Carolina, From Its First Settlement in 1670 to the Year 1808*, vol. 2, W. J. Duffie, Newberry, Carolina del Sur, 1858, p. 214.

11. Stanley Dumbell, «Early Liverpool Cotton Imports and the Organisation of the Cotton Market in the Eighteenth Century», *Economic Journal*, vol. 33, septiembre de 1923, p. 370; Chaplin, «Creating a Cotton South», *op. cit.*, 187 —en este artículo, la autora resume la historia de una de esas reconversiones—; Gray, *History of Agriculture*, *op. cit.*, p. 685; Lacy K. Ford, «Self- Sufficiency, Cotton, and Economic Development in the South Carolina Upcountry, 1800-1860», *Journal of Economic History*, vol. 45, junio de 1985, pp. 261-267.

12. Las cifras proceden del trabajo de Adam Rothman titulado «The Expansion of Slavery in the Deep South, 1790-1820», tesis doctoral, Columbia University, 2000, p. 20. Véase también Allan Kulikoff, «Uprooted People: Black Migrants in the Age of the American Revolution, 1790-1820», en Ira Berlin y Ronald Hoffman (comps.), *Slavery and Freedom in the Age of the American Revolution*, University Press of Virginia, Charlottesville, 1983, p. 149; junto con Peter A. Coclanis y Lacy K. Ford, «The South Carolina Economy Reconstructed and Reconsidered: Structure, Output, and Performance, 1670-1985», en Winfred B. Moore hijo, *et al.*, *Developing Dixie: Modernization in a Traditional Society*, Greenwood Press, Nueva York, 1988, p. 97; y Gray, *History of Agriculture*, *op. cit.*, p. 685.

13. Véase el *Farmer's Register*, vol. 1, 490 —la cita se encuentra en William Chandler Bagley, *Soil Exhaustion and the Civil War*, American Council on Public Affairs, Washington, D. C., 1942, pp. 18-19—; véase también Bruchey, *Cotton and the Growth of the American Economy*, *op. cit.*, pp. 80-81.

14. Estados Unidos, Department of Commerce and Bureau of the Census, *Historical Statistics of the United States, Colonial Times to 1970*, primera parte, Government Printing Office, Washington, D. C., 1975, p. 518; Edward Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, H. Fisher, R. Fisher y P. Jackson, Londres, 1835, *op. cit.*, p. 302; Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, pp. 89, 95; y Ramsay, *Ramsay's History of South Carolina*, *op. cit.*, p. 121.

15. Coxe, *A Memoir of February 1817*, *op. cit.*, p. 3.

16. Para un debate sumamente interesante sobre los espacios arrebatados a las regiones agrestes del oeste norteamericano, véase John C. Weaver, *The Great Land Rush and the Making of the Modern World, 1650-1900*, McGill-Queen's University Press, Montreal, 2003, pp. 72-76.

17. Nota de Thomas Baring, domingo 19 de junio, en NP 1. A. 4. 13, Northbrook Papers, Baring Brothers, ING Baring Archive, Londres, (Sin año determinado, pero el contexto sugiere que fue escrito en 1803). El préstamo en sí mismo se concedió el 10 de noviembre 1803.

18. Véase Gray, *History of Agriculture*, *op. cit.*, pp. 686, 901. El relato de estos acontecimientos aparece resumido en Rothman, «The Expansion of Slavery in the Deep South», *op. cit.*, pp. 155-169. Véase también Daniel H. Usner, hijo, *American Indians in the Lower Mississippi Valley: Social and Economic Histories*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1998, pp. 83-89; junto con James C. Cobb, *The Most Southern Place on Earth: The Mississippi Delta and the Roots of Regional Identity*, Oxford University Press, Nueva York, 1992, p. 7; Lawrence G. Gundersen, hijo, «West Tennessee and the Cotton Frontier, 1818-1840», *West Tennessee Historical Society Papers*, vol. 52, 1998, pp. 25-43; carta de David Hubbard a J. D. Beers, 7 de marzo de 1835, en New York and Mississippi Land Company Records, 1835-1889, State Historical Society of Wisconsin, Madison. Agradezco a Richard Rabinowitz que me haya puesto sobre la pista de esta fuente documental.

19. Dewi Ioan Ball y Joy Porter (comps.), *Competing Voices from Native America*, Greenwood Press, Santa Bárbara, California, 2009, pp. 85-87.

20. Esta evolución de los acontecimientos aparece referida de un modo formidablemente detallado en Rothman, «The Expansion of Slavery in the Deep South», *op. cit.*, pp. 20 y sigs.; véase también Gray, *History of Agriculture*, *op. cit.*, p. 709; junto con Moore, *The Emergence of the Cotton Kingdom*, *op. cit.*, p. 6; y John F. Stover, *The Routledge Historical Atlas of the American Railroads*, Routledge, Nueva York, 1999, p. 15.

21. *American Cotton Planter*, vol. 1, 1853, p. 152; *De Bow's Review*, vol. 11, septiembre de 1851, p. 308. Véase también James Mann, *The Cotton Trade of Great Britain*, Simpkin, Marshall and Co., Londres, 1860, *op. cit.*, p. 53; así como Elena Frangakis-Syrett, *The Commerce of Smyrna in the Eighteenth Century (1700-1820)*, Atenas, Centro de Estudios del Asia Menor, 1992, *op. cit.*, 237.

22. Charles Mackenzie, *Facts, Relative to the Present State of the British Cotton Colonies and to the Connection of Their Interests*, James Clarke, Edimburgo, 1811, *op. cit.*, p. 35; «Cotton. Cultivation, manufacture, and foreign trade of. Letter from the Secretary of the Treasury», 4 de marzo de 1836, Blair and Rives, Washington, D. C., 1836, *op. cit.*, p. 16, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 29 de julio de 2013): <http://catalog.hathitrust.org/Record/011159609>.

23. Véase Allan Kulikoff, «Uprooted People», *op. cit.*, pp. 143-152; junto con James McMillan, «The Final Victims: The Demography, Atlantic Origins, Merchants, and Nature of the Post-Revolutionary Foreign Slave Trade to North America, 1783-1810», tesis doctoral, Duke University, 1999, pp. 40-98; Walter Johnson, «Introduction», en Walter Johnson (comp.), *The Chattel Principle: Internal Slave Trades in the Americas*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2004, p. 6; Walter Johnson, *Soul by Soul: Life Inside the Antebellum Slave Market*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2001; Rothman, «The Expansion of Slavery in the Deep South», *op. cit.*, pp. 59, 84, 314; Scherer, *Cotton as a World Power*, *op. cit.*, p. 151; y Michael Tadman, *Speculators and Slaves: Masters, Traders, and Slaves in the Old South*, University of Wisconsin Press, Madison, 1989, p. 12.

24. Véase John H. Moore, «Two Cotton Kingdoms», *Agricultural History*, vol. 60, n.º 4, otoño de 1986, pp. 1-16. Las cifras que aquí ofrecemos proceden de Wright, *The Political Economy of the Cotton South*, *op. cit.*, pp. 27-28; y Ronald Bailey, «The Other Side of Slavery: Black Labor, Cotton, and Textile Industrialization in Great Britain and the United States», *Agricultural History*, vol. 68, primavera de 1994, p. 38.

25. John Brown, *Slave Life in Georgia: A Narrative of the Life, Sufferings, and Escape of John Brown, a Fugitive Slave, Now in England: Electronic Edition*, publicación a cargo de Louis Alexis Chamerovzow, University of North Carolina, Chapel Hill, 2001, pp. 11, 27, 171-172, disponible en la siguiente dirección electrónica: <http://docsouth.unc.edu/neh/jbrown/jbrown.html> —la obra original vio la luz en 1854—; y Henry Bibb, *Narrative of the Life and Adventures of Henry Bibb, an American Slave, Written by Himself: Electronic Edition*, University of North Carolina, Chapel Hill, 2000, p. 132, disponible en la siguiente dirección electrónica: <http://docsouth.unc.edu/neh/bibb/bibb.html> —el texto original se publicó en 1815.

26. Carta de William Rathbone VI a Rathbone Brothers, 2 de febrero de 1849, RP/ XXIV.2.4, File of Correspondence, Letters from William Rathbone VI while in America, Rathbone Papers, Special Collections and Archives, University of Liverpool, Liverpool; el comentario del *Liverpool Chronicle* aparece citado en *Bremer Handelsblatt*, vol. 93, 1853, p. 6.

27. El relato de todos estos acontecimientos aparece plenamente detallado en John Casper Branner, *Cotton in the Empire of Brazil: The Antiquity, Methods and Extent of Its Cultivation, Together with Statistics of Exportation and Home Consumption*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1885, *op. cit.*, pp. 25-27; en Luiz Cordelio Barbosa, «Cotton in 19th Century Brazil: Dependency and Development», tesis doctoral, University of Washington, 1989, *loc. cit.*, pp. 7, 9, 65; en Eugene W. Ridings, hijo, «The Merchant Elite and the Development of Brazil: The Case of Bahia During the Empire», *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 15, n.º 3, agosto de 1973, p. 343; y en Gray, *History of Agriculture*, *op. cit.*, p. 694. Véase también Rothman, «The Expansion of Slavery in the Deep South», *op. cit.*, p. 55; y Chaplin, «Creating a Cotton South», *op. cit.*, p. 193.

28. En balas de 181 kilos cada una. Las cifras se encuentran en Moore, *The Emergence of the Cotton Kingdom*, *op. cit.*, p. 129.

29. Cobb, *The Most Southern Place on Earth*, *op. cit.*, pp. 7-10.

30. Bonnie Martin, «Slavery's Invisible Engine: Mortgaging Human Property», *Journal of Southern History*, vol. 76, n.º 4, noviembre de 2010, pp. 840-841.

31. Véase C. Wayne Smith y J. Tom Cothren (comps.), *Cotton: Origin, History, Technology, and Production*, John Wiley and Sons, Nueva York, 1999, *op. cit.*, pp. 103, 122. Para una mayor información sobre la diversidad de orígenes del algodón estadounidense, véase también Whitemarsh B. Seabrook, *A Memoir of the Origin, Cultivation and Uses of Cotton*, Miller and Browne, Charleston, South Carolina, 1844, p. 15; junto con John H. Moore, «Cotton Breeding in the Old South», *Agricultural History*, vol. 30, 1956, p. 97; Moore, *The Emergence of the Cotton Kingdom*, *op. cit.*, p. 35; y Gray, *History of Agriculture*, *op. cit.*, p. 691.

32. *American Cotton Planter*, n.º 2, mayo de 1854, p. 160.

33. W. E. B. DuBois, *The Suppression of the African Slave-Trade to the United States of America*, General Books LLC, Nueva York, 2009, p. 140; Edgar T. Thompson, *Plantation Societies, Race Relations, and the South: The Regimentation of Population: Selected Papers of Edgar T. Thompson*, Duke University Press, Durham, Carolina del Norte, 1975, p. 217; Alan L. Olmstead y Paul W. Rhode, «Slave Productivity on Cotton Production by Gender, Age, Season, and Scale», disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 11 de junio de 2012): www.iga.ucdavis.edu/Research/all-uc/conferences/spring-2010; y Bailey, «The Other Side of Slavery», *op. cit.*, p. 36.

34. Véase Caitlin C. Rosenthal, «Slavery's Scientific Management: Accounting for Mastery», en Sven Beckert y Seth Rockman (comps.), *Slavery's Capitalism: A New History of American Economic Development*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, en preparación, 2015; junto con Frederick Law Olmstead, *A Journey in the Back Country*, Corner House, Williamstown, Massachusetts, 1972, pp. 153-154 —la obra se publicó originalmente en 1860—; Bill Cooke, «The Denial of Slavery in Management Studies», *Journal of Management Studies*, n.º 40, diciembre de 2003, p. 1913. En fecha muy reciente, Alan L. Olmstead y Paul W. Rhode han demostrado la importancia de la «innovación biológica» en «Biological Innovation and Productivity Growth in the Antebellum Cotton Economy», National Bureau of Economic Research Working Paper, n.º 14142, junio de 2008. Véase también Alan L. Olmstead y Paul W. Rhode, *Biological Innovation and American Agricultural Development*, Cambridge University Press, Nueva York, 2008. Por otra parte, esta postura también ha suscitado críticas, como la que sostiene, con notable solidez, Edward Baptist en «The Whipping-Machine», artículo inédito, Conference on Slavery and Capitalism, Brown and Harvard Universities, 10 de marzo de 2011, texto que obra en poder del autor. Para una mayor información sobre la importancia que tiene la caída de los precios para lograr un neto predominio en los mercados, véase Stephen Broadberry y Bishnupriya Gupta, «Cotton Textiles and the Great Divergence: Lancashire, India and Shifting Competitive Advantage, 1600-1850», Center for Economic Policy Research, 12 de abril de 2005, *op. cit.*, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 12 de abril de 2012): www.cepr.org/meets/wkcn/1/1626/papers/Broadberry.pdf.

35. Para saber más acerca de este argumento, véase Philip McMichael, «Slavery in Capitalism: The Rise and Demise of the U.S. Ante-Bellum Cotton Culture», *Theory and Society*, n.º 20, junio de 1991, p. 335. Para mayor información sobre el metabolismo social, véanse los trabajos de Juan Martínez Alier, por ejemplo, el que figura en Juan Martínez Alier e Inge Ropke (comps.) *Recent Developments in Ecological Economics*, Edward Elgar Publishing, Northampton, Massachusetts, 2008. Véase también Dale W. Tomich, *Through the Prism of Slavery*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland, 2004, p. 61.

36. Gray, *History of Agriculture*, *op. cit.*, p. 688; Eugene Genovese, «Cotton, Slavery and Soil Exhaustion in the Old South», *Cotton History Review*, n.º 2, 1961, pp. 3-17. Para una mayor información sobre el precio de los esclavos, véase Adam Rothman, «The Domestic Slave Trade in America: The Lifeblood of the Southern Slave System», en Johnson (comp.), *The Chattel Principle*, *op. cit.*, p. 95. Para saber más acerca de Clay, véase Savannah Unit Georgia Writers' Project, Work Projects Administration in Georgia, «The Plantation of the Royal Vale», *Georgia Historical Quarterly*, n.º 27, marzo de 1943, pp. 97-99. Para un análisis sobre la rentabilidad de la esclavitud, ver Robert Fogel y Stanley Engerman, *Time on the Cross. The Economics of American Negro Slavery* (Boston, Little Brown & Co, 1974). [Hay publicación castellana: *Tiempo en la cruz*, traducción de Arturo Firpo, Siglo XXI, Madrid, 1981.]

37. Véase Samuel Dubose y Frederick A. Porcher, *A Contribution to the History of the Huguenots of South Carolina*, Knickerbocker Press, Nueva York, 1887, pp. 19, 21; así como Edwards, *The Growth of the British Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 91; Coclanis y Ford, «The South Carolina Economy Reconstructed and Reconsidered», en Winfred B. Moore hijo, *et al.*, *Developing Dixie*, *op. cit.*, p. 97; Cobb, *The Most Southern Place on Earth*, *op. cit.*, p. 10; y la carta de Daniel W. Jordan a Emily Jordan, Plymouth, 3 de agosto de 1833, en Daniel W. Jordan Papers, Special Collections Department, Biblioteca Perkins, Duke University.

38. Philo-Colonus, *A Letter to S. Perceval on the Expediency of Imposing a Duty on Cotton Wool of Foreign Growth, Imported into Great Britain*, J. Cawthorn, Londres, 1812, p. 9; Lowell Joseph Ragatz, *Statistics for the Study of British Caribbean Economic History, 1763-1833*, Bryan Edwards Press, Londres, 1927, *op. cit.*, p. 16. Véase también la Planters' and Merchants' Resolution Concerning Import of Cotton Wool from the United States, 1813, en Official Papers of First Earl of Liverpool, Add. Mss. 38252, f. 78, Liverpool Papers, Manuscript Collections, Biblioteca Británica; junto con John Gladstone, *Letters Addressed to the Right Honourable The Earl of Clancarty, President of the Board of Trade, on the Inexpediency of Permitting the Importation of Cotton Wool from the United States During the Present War*, J. M. Richardson, Londres, 1813, p. 7. En 1850 se dedicaban al cultivo del algodón, solo en la zona occidental de la India, 1,6 millones de hectáreas de tierra, y en otras regiones del subcontinente la cantidad de terreno consagrada a la producción algodonera era significativamente mayor. En 1850, Estados Unidos destinaba al cultivo del algodón alrededor de 2,8 millones de hectáreas. Véase Amalendu Guha, «Raw Cotton of Western India: 1750-1850», *Indian Economic and Social History Review*, n.º 9, enero de 1972, p. 25.

39. Véase el Informe del Departamento del Tesoro de Estados Unidos, 1836, p. 16, según aparece citado en Barbosa, «Cotton in 19th Century Brazil», *op. cit.*, p. 150. Véase también Rothman, «The Expansion of Slavery in the Deep South», *op. cit.*, p. 15. Para una mayor información sobre la importancia que tuvo la Revolución Industrial en la dinámica de la esclavitud en Estados Unidos, véase asimismo Barbara Jeanne Fields, «The Advent of Capitalist Agriculture: The New South in a Bourgeois World», en Thavolia Glymph (comp.), *Essays on the Postbellum Southern Economy*, Texas Agricultural and Mechanical University Press, Arlington, 1985, p. 77; junto con Wright, *The Political Economy of the Cotton South*, *op. cit.*, p. 13; Scherer, *Cotton as a World Power*, *op. cit.*, p. 150; *The Proceedings of the Agricultural Convention of the State Agricultural Society of South Carolina: From 1839 to 1845—Inclusive*, Summer and Carroll, Columbia, Carolina del Sur, 1846, p. 322; Rohit T. Aggarwala, «Domestic Networks as a Basis for New York City's Rise to Pre-eminence, 1780-1812», trabajo inédito presentado como ponencia en la Business History Conference, Le Creusot, Francia, 19 de junio de 2004, p. 21; Michael Hovland, «The Cotton Ginnings Reports Program at the Bureau of the Census», *Agricultural History*, n.º 68, primavera de 1994, p. 147; y Bruchey, *Cotton and the Growth of the American Economy*, p. 2.

40. Halle, *Baumwollproduktion und Pflanzungswirtschaft*, *op. cit.*, p. viii; *Organization of the Cotton Power: Communication of the President*, Lewis B. Andrews Book and Job Printer, Macon, Georgia, 1858, p. 7; *American Cotton Planter*, n.º 1, enero de 1853, p. 11.

41. Es frecuente observar que los historiadores que estudian la evolución de las regiones meridionales de Estados Unidos pierden de vista lo importante que resulta situar la economía de las plantaciones sureñas en el contexto de la economía global. Véase Immanuel Wallerstein, «American Slavery and the Capitalist World-Economy», *American Journal of Sociology*, n.º 81, marzo de 1976, p. 1208; así como Francis Carnac Brown, *Free Trade and the Cotton Question with Reference to India*, Effingham Wilson, Londres, 1848, p. 43. Véase también la Copy of a Memorial Respecting the Levant Trade to the Right Honourable the Board of Privy Council for Trade and Foreign Plantations, as copied in Proceedings of the Manchester Chamber of Commerce, reunión celebrada el 9 de febrero de 1825, en M8/2/1, Proceedings of the Manchester Chamber of Commerce, 1821-1827, Archives of the Manchester Chamber of Commerce, Manchester Archives and Local Studies, Manchester; *The Proceedings of the Agricultural Convention of the State Agricultural Society of South Carolina*, op. cit., p. 323.

42. Carta de [ilegible] a «Mi estimado señor» (el anterior presidente de la Cámara de Comercio), Liverpool, 16 de junio de 1828, en Document f255, Huskisson Papers, Manuscript Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; «Memorial of the Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures Established by Royal Charter in the City of Glasgow, 15 December 1838», en *Official Papers Connected with the Improved Cultivation of Cotton*, G. H. Huttman, Calcuta, 1839, pp. 6, 8; escritos de un hilandero de algodón, *India Our Hope; Or, Remarks Upon our Supply of Cotton*, J. Clarke, Manchester, 1844, p. 13; Mann, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, p. 56; y Mac Culloch, según la cita que aparece en el *Bremer Handelsblatt*, n.º 1, 1851, p. 5.

43. Véanse los escritos de un hilandero de algodón, *India Our Hope*, *op. cit.*, p. 5; junto con J. G. Collins, *An Essay in Favour of the Colonialization of the North and North-West Provinces of India, with Regard to the Question of Increased Cotton Supply and Its Bearing on the Slave Trade*, W. H. Allen and Co., Londres, s. f., c. 1859, p. 35; y John Gunn Collins, *Scinde and The Punjab: The Gems of India in Respect to Their Past and Unparalleled Capabilities of Supplanting the Slave States of America in the Cotton Markets of the World, or, An Appeal to the English Nation on Behalf of Its Great Cotton Interest, Threatened with Inadequate Supplies of the Raw Material*, A. Ireland, Manchester, 1858, p. 10. Todos estos planteamientos aparecen igualmente resumidos en el *Bremer Handelsblatt* del 8 de agosto de 1857, p. 281.

⁴⁴. Carta de la Compañía de los Hermanos Baring de Liverpool a los Hermanos Baring de Londres, Liverpool, 22 de octubre de 1835, en HC3.35,2, House Correspondence, ING Baring Archive, Londres. Para todas estas cuestiones, véase también Schoen, *The Fragile Fabric of Union*, *op. cit.*, pp. 1-10.

45. Véanse los escritos de un hilandero de algodón, *The Safety of Britain and the Suppression of Slavery: A Letter to the Right Hon. Sir Robert Peel on the Importance of an Improved Supply of Cotton from India*, Simpkin, Marshall, Londres, 1845, pp. 3, 4; junto con, *id.*, *India Our Hope*, *op. cit.*, p. 6; Brown, *Free Trade and the Cotton Question*, *op. cit.*, p. 44; Collins, *Scinde and The Punjab*, *op. cit.*, p. 5; anónimo, *The Cotton Trade of India: Quaere: Can India Not Supply England with Cotton?*, Spottiswoode, Londres, 1839; Committee of Commerce and Agriculture of the Royal Asiatic Society, *On the Cultivation of Cotton in India*, Harrison and Co., Londres, 1840; John Forbes Royle, *Essay on the Productive Resources of India*, Wm. H. Allen, Londres, 1840; y la carta de Tench Coxe a Robert Livingston, 10 de junio de 1802, en Papers of Tench Coxe, Correspondence and General Papers, junio de 1802, película A 201, rollo n.º 74, Historical Society of Pennsylvania.

46. Véase, por ejemplo, la carta del Ministère de la Marine et des Colonies al Secrétaire d'État de l'Intérieur, París, 27 de enero de 1819; junto con el texto que la Société d'Encouragement pour l'Industrie Nationale envía al Secrétaire d'État de l'Intérieur, París, 17 de octubre de 1821, en F12-2196, «Machine à égrainer le coton», Archives Nationales, París; escritos de un hilandero de algodón, *India Our Hope*, *op. cit.*, p. 15; comentarios de un funcionario público indio, *Usurers and Ryots, Being an Answer to the Question «Why Does Not India Produce More Cotton?»*, Smith, Elder and Co., Londres, 1856; Collins, *Scinde and The Punjab*, *op. cit.*, p. 5; anónimo, *The Cotton Trade of India*; Committee of Commerce and Agriculture of the Royal Asiatic Society, *On the Cultivation of Cotton in India*, *op. cit.*; Royle, *Essay on the Productive Resources of India*, *op. cit.*, p. 314; y J. Chapman, *The Cotton and Commerce of India*, John Chapman, Londres, 1851.

47. Véase, por ejemplo, el *Report from the Select Committee on the Growth of Cotton in India*, Cámara de los Comunes, Parliamentary Papers, 1847-1848, vol. IX; *The Sixteenth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures at Manchester for the Year 1836*, Henry Smith, Manchester, 1837, p. 13; *The Thirty-Sixth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures at Manchester for the Year 1856*, James Collins, Manchester, 1857, p. 34; *The Seventeenth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures at Manchester for the Year 1836*, Henry Smith, Manchester, 1838, p. 17; Resolution Passed at the Meeting of the Board of Directors, Manchester Commercial Association, 13 de noviembre de 1845, M8, 7/1, Manchester Commercial Association Papers, Manchester Archives and Local Studies, Manchester. Para una mayor información sobre otras presiones parecidas, véase también la copia de la carta de John Peel, de la Asociación Comercial de Manchester, al presidente de la Junta de directores de la Honorable Compañía Británica de las Indias Orientales, Manchester, 1 de marzo de 1848, en Home Department, Revenue Branch, 28 de octubre de 1849, n.º 3/4, en National Archives of India, Nueva Delhi; así como la carta de Thomas Bazley a Thomas Baring, Manchester, 9 de septiembre de 1857, en House Correspondence, NP 6.3.1., Thomas Bazley, ING Baring Archive, Londres.

48. Véase Arthur W. Silver, *Manchester Men and Indian Cotton, 1847-1872*, Manchester University Press, Manchester, 1966, p. 58; junto con «Memorial of the Manchester Chamber of Commerce, dated December 1838» y «Memorial of the Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures Established by Royal Charter in the City of Glasgow, 15 December 1838», en *Official Papers Connected with the Improved Cultivation of Cotton*, pp. 6, 8, 10; Mann, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, p. 62; y Karl Marx, *Karl Marx on Colonialism and Modernization*, Doubleday, Garden City, Nueva Jersey, 1968, pp. 100-101.

49. Silver, *Manchester Men and Indian Cotton*, *op. cit.*, p. 61.

50. *The Thirty-Sixth Annual Report of the Board of Directors*, op. cit., pp. 13, 31-45; *The Thirty-Eighth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures at Manchester for the Year 1858*, James Collins, Manchester, 1859, pp. 14-43; *The Thirty-Seventh Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures at Manchester for the Year 1857*, James Collins, Manchester, 1858, pp. 11-12. Para una mayor información sobre la Asociación para el Suministro de Algodón de Manchester, véase Cotton Supply Association, *Report of an Important Meeting Held at Manchester May 21, 1857*, Galt, Kerruish, and Kirby, Manchester, 1857, p. 2.

51. Véase, por ejemplo, *Report from the Select Committee on the Growth of Cotton in India*, Cámara de los Comunes, *op. cit.*, p. iii; junto con *Asiatic Journal and Monthly Register*, Nueva Serie, n.º 30, septiembre-diciembre de 1839, p. 304; Mann, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, p. 65; Committee of Commerce and Agriculture of the Royal Asiatic Society, *On the Cultivation of Cotton in India*, *op. cit.*, p. 17; y Guha, «Raw Cotton of Western India», *op. cit.*, p. 2.

52. Silver, *Manchester Men and Indian Cotton*, *op. cit.*, pp. 31, 34; Guha, «Raw Cotton of Western India», *op. cit.*, pp. 5, 33; Frederic Wakeman, hijo, «The Canton Trade and the Opium War», en John K. Fairbank (comp.), *The Cambridge History of China*, vol. 10, primera parte, Cambridge University Press, Cambridge, 1978, *op. cit.*, p. 171. A mediados de la década de 1840, el volumen de las exportaciones que salieron de Bombay en dirección a China se cifró en unas 18.140 toneladas métricas: véase la *De Bow's Review*, n.º 1, abril de 1846, pp. 295-296. Véase también Sucheta Mazumdar, *Sugar and Society in China: Peasants, Technology and the World Market*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1998, pp. 105-106.

53. Véanse los comentarios que realiza al respecto la *Calcutta Review* en «Bombay Cottons and Indian Railways», *Calcutta Review*, n.º 26, junio 1850, p. 331; junto con M. L. Dantwala, *A Hundred Years of Indian Cotton*, East India Cotton Association, Bombay, 1947, pp. 45-46. Véase también K. L. Tuteja, «Agricultural Technology in Gujarat: A Study of Exotic Seed and Saw Gins, 1800-50», *Indian Historical Review*, vol. 17, n.ºs 1-3, 1990-1991, pp. 136-51; así como J. G. Medicott, *Cotton Hand-Book for Bengal*, Savielle and Cranenburgh, Calcuta, 1862, p. 296; «Cotton in Southern Mahratta Country, Agency for the Purchase of Cotton Established», *Compilations* vol. 27/355, 1831, *Compilation* n.º 395, Revenue Department, Maharashtra State Archives, Bombay; Minute by the Vice President, Metcalfe, 3 de marzo de 1831, en Revenue Department, Revenue Branch, «A», julio de 1831, n.ºs 69/74, parte B, en National Archives of India, Nueva Delhi; Home Department, Revenue Branch, G. G., agosto de 1839, n.ºs 1/4, en National Archives of India; Silver, *Manchester Men and Indian Cotton*, *op. cit.*, p. 74. Para una mayor información sobre la diversidad de medidas que adoptó la Compañía para mejorar e incrementar las exportaciones indias de algodón, véase J. Forbes Royle, *On the Culture and Commerce of Cotton in India and Elsewhere: With an Account of the Experiments Made by the Hon. East India Company Up to the Present Time*, Smith, Elder, and Co., Londres, 1851, pp. 86-90.

54. Véase, por ejemplo, Territorial Department, Revenue —Cotton to Thomas Williamson, Secretary to Government, 21 de junio de 1830, en 43/324/1830, Compilations, Revenue Department, Maharashtra State Archives, Mumbai; junto con «Abstract of the Replies of Local Authorities to the Board's Circular of 21st February 1848 Calling for Certain Information Relative to the Cultivation of Cotton in India and Required by the Honourable Court of Directors», en Home Department, Revenue Branch, 2 de diciembre de 1848, n.^{os} 10-18, en National Archives of India, Nueva Delhi. Véase también «Prospects of Cotton Cultivation in the Saugor and Narbadda Territories in the Nizam's Dominions», 12 de agosto de 1848, n.^{os} 3-11, National Archives of India; junto con «Capabilities of the Bombay Presidency for Supplying Cotton in the Event of an Increased Demand from Europe», 1 de marzo de 1850, Revenue Branch, Home Department, National Archives of India; Revenue Department, Compilations vol. 6/413, 1832, Compilation n.º 62, Cotton Experimental Farm, Guyarat, Maharashtra State Archives; Compilations vol. 10/478, 1833, Compilation n.º 5, Cotton Experimental Farm, Guyarat, Revenue Department, Maharashtra State Archives; *Asiatic Journal and Monthly Register*, Nueva Serie, n.º 21, septiembre-diciembre de 1836, pp. 220, 22, enero-abril de 1837, p. 234 y vol. 38, 1842, p. 371; Tuteja, «Agricultural Technology in Gujarat», p. 137; Committee of Commerce and Agriculture of the Royal Asiatic Society, *On the Cultivation of Cotton in India*, op. cit., p. 15.

55. Véase, por ejemplo, «Cotton Cultivation Under the Superintendence of the American Cotton Planters in N.W. Provinces, Bombay and Madras», 17 de enero de 1842, n.^{os} 13-17, Revenue Department, Home Department, National Archives of India, Nueva Delhi; junto con las cartas de John MacFarquhar a la Compañía Británica de las Indias Orientales, Nueva Orleáns, 13 de enero de 1842; y de W. W. Wood a la Compañía Británica de las Indias Orientales, Nueva Orleáns, 10 de junio de 1842. Véase también las Dos cartas fechadas los días 13 de enero y 10 de junio a los directores de la Compañía Británica de las Indias Orientales, MSS EUR C157, en Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; así como Home Department, Revenue Branch, G. G., agosto de 1839, n.^{os} 1/4, en National Archives of India; véase también Resolución fechada el 21 de septiembre de 1841 de la Revenue Branch of the Government of India, Revenue Department, Revenue Branch, 21 de septiembre de 1840, n.^{os} 1/3, National Archives of India; junto con la carta de [ilegible] a T. H. Maddok, Territorial Department Revenue, Bombay, 10 de febrero de 1842, en Revenue and Agriculture Department, Revenue Branch, 28 de febrero de 1842, n.^{os} 2-5, National Archives of India; Medicott, *Cotton Hand-Book for Bengal*, p. 305; y *Asiatic Journal and Monthly Register*, Nueva Serie, n.º 36, septiembre-diciembre de 1841, p. 343.

56. Silver, *Manchester Men and Indian Cotton*, *op. cit.*, pp. 37-39; *Asiatic Journal and Monthly Register*, Nueva Serie, n.º 35, mayo-agosto de 1841, p. 502; copia de la carta de C. W. Martin, superintendente de una granja de algodón en Guyarat, Broach, noviembre de 1830, al señor William Stubbs, recaudador jefe, Surat, en *Compilations* vol. 22/350, 1831, Revenue Department, Maharashtra State Archives, Bombay; carta de Gibbs, Broach, 5 de octubre de 1831, al señor Thomas Williamson, secretario del gobierno, en *Compilations* vol. 22/350, 1831, Revenue Department, Maharashtra State Archives; *Asiatic Journal and Monthly Register*, Nueva Serie, n.º 39, 1842, p. 106; carta de [ilegible] a T. H. Maddok, Territorial Department Revenue, Bombay, 10 de febrero de 1842, en Revenue and Agriculture Department, Revenue Branch, 28 de febrero de 1842, n.ºs 2-5, National Archives of India, Nueva Delhi; *Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1846-47*, American Mission Press, Bombay, 1847, p. 5.

57. Thomas Ellison, *A Hand-Book of the Cotton Trade, or, a Glance at the Past History, Present Condition, and the Future Project of the Cotton Commerce of the World*, Longman, Brown, Green, Londres, p. 96.

58. *Annual Report of the Transactions of the Bombay Chamber of Commerce for the Official Year 1840-41*, Bombay Times and Journal of Commerce Press, Bombay, 1841, pp. 112-119; copia de una carta de John Peel, de la Manchester Commercial Association, al presidente de la Junta de directores de la Honorable Compañía Británica de las Indias Orientales, Londres, 1 de marzo de 1848, en Manchester Commercial Association, 18 de octubre de 1848, n.ºs 3-4, Revenue Branch, Home Department, National Archives of India, Nueva Delhi; Committee of Commerce and Agriculture of the Royal Asiatic Society, *On the Cultivation of Cotton in India*, *op. cit.*, p. 4.

59. Compañía Británica de las Indias Orientales, *Reports and Documents Connected with the Proceedings of the East-India Company in Regard to the Culture and Manufacture of Cotton-Wool, Raw Silk, and Indigo in India*, Compañía Británica de las Indias Orientales, Londres, 1836; reimpresión de la carta de W. W. Bell, Collector's Office, Dharwar, 10 de enero de 1850 a H. E. Goldsmid, secretario del gobierno, Bombay, reimpresa en el *Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1849-50*, American Mission Press, Bombay, 1850, p. 26; Bombay Chamber of Commerce, *Annual Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Official Year 1840-41*, p. 104.

60. Véase Ellison, *The Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 99; junto con Revenue Department n.º 4 de 1839, reimpreso en *Official Papers Connected with the Improved Cultivation of Cotton*, vol. 1, consultado en la Biblioteca de la Sociedad Asiática de Bombay, Bombay; y el *Annual Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1859/60*, Bombay Gazette Press, Bombay, 1860, p. xxviii.

61. Mann, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, p. 70; y C. W. Grant, *Bombay Cotton and Indian Railways*, Longman, Brown, Green and Longman, Londres, 1850, p. 9.

62. Véase Tuteja, «Agricultural Technology in Gujarat»; junto con «Replies to the Queries Proposed by the Government of India, given by [illegible] Viccajee, Regarding the Cotton Trade in the Nizam's Country», Home Department, Revenue Branch, 12 de agosto de 1848, n.ºs 3-11, p. 167, en National Archives of India, Nueva Delhi; Informe de Kaira recaudador del Departamento de Ingresos, Neriad, 22 de marzo de 1823, Compilations vol. 8/60, 1823, en Revenue Department, Maharashtra State Archives, Mumbai.

63. Tuteja, «Agricultural Technology in Gujarat», *op. cit.*, pp. 147, 151; carta de Chartles Lurh (?), capataz de una granja experimental de algodón en Dharwar, 21 de febrero de 1831, al señor Thomas Williamson, secretario del gobierno, Bombay, Compilations vol. 22/350, 1831, en Revenue Department, Maharashtra State Archives, Bombay; *Report from the Select Committee on the Growth of Cotton in India*, Cámara de los Comunes, *op. cit.*, p. 5; carta de J. P. Simson, secretario del Gobierno, The Warehousekeeper and Commercial Account, Castillo de Bombay, 18 de mayo de 1820, Compilations vol. 4, 1821, Commercial Department, en Maharashtra State Archives, Bombay.

64. Para una pormenorizada explicación de las fórmulas que utilizaban los comerciantes indígenas para trasladar al mercado el algodón que obtenían de los agricultores, véase Cotton Trade in Bombay, 1811, en Despatches to Bombay, E4/1027, pp. 135-147, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.* Véase también Marika Vicziany, «Bombay Merchants and Structural Changes in the Export Community, 1850 to 1880», en *Economy and Society: Essays in Indian Economic and Social History*, Oxford University Press, Delhi, 1979, pp. 63-196; junto con Marika Vicziany, *The Cotton Trade and the Commercial Development of Bombay, 1855-75*, University of London Press, Londres, 1975, sobre todo las páginas 170 a 171; Dantwala, *A Hundred Years of Indian Cotton*, *op. cit.*, p. 37; Cámara de Comercio de Bombay, *Annual Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Official Year 1840-41*, *op. cit.*, p. 111; carta de [ilegible], Commercial Resident Office, Broach, 6 de enero de 1825, a Gilbert More, Acting Secretary of Government, Bombay, en Compilations vol. 26, 1825, «Consultation Cotton Investment», Commercial Department, en Maharashtra State Archives, Bombay; Report del recaudador Kaira al Departamento de Ingresos, Neriad, 22 de marzo de 1823, in Compilations vol. 8/60, 1823, Revenue Department, Maharashtra State Archives.

65. *Annual Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1846-47*, American Mission Press, Bombay, 1847, p. 7; Committee of Commerce and Agriculture of the Royal Asiatic Society, *On the Cultivation of Cotton in India*, *op. cit.*, p. 4; *Annual Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1849-50*, American Mission Press, Bombay, 1850, p. 7; Bombay Chamber of Commerce, *Annual Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Official Year 1840-41*, *op. cit.*, pp. 110-111; carta del capitán M. Taylor al coronel Low, Reports on District of Sharapoor, Sharapoor, 23 de junio de 1848, en «Prospects of Cotton Cultivation in the Saugor and Narbadda Territories in the Nizam's Dominions», 12 de agosto de 1848, n.ºs 3-11, Revenue Branch, Home Department, National Archives of India, New Delhi; *Report from the Select Committee on the Growth of Cotton in India*, Cámara de los Comunes, *op. cit.*, p. v.

66. Véase Cámara de Comercio de Bombay, *Annual Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Official Year 1840-41*, *op. cit.*, pp. 104, 107; junto con la copia de la carta de C. W. Martin, superintendente de una granja de algodón en Guyarat, Broach, noviembre de 1830, al señor William Stubbs, recaudador jefe, Surat, Compilations vol. 22/350, 1831, Revenue Department, en Maharashtra State Archives, Bombay. Véase también la carta de Martin a Stubbs de 1 de octubre de 1831, Compilations vol. 22/350, 1831, Revenue Department, en Maharashtra State Archives, Bombay, *loc. cit.*

67. Véase la carta de Peely, agente comercial radicado en la India, Northern Factories, 21 de julio de 1831, al señor Charles Norris, secretario civil del gobierno, Bombay, Compilations vol. 22/350, 1831, Revenue Department, en Maharashtra State Archives, Bombay; junto con el texto del Committee of Commerce and Agriculture of the Royal Asiatic Society titulado *On the Cultivation of Cotton in India*, *op. cit.*, p. 13; la carta de H. A. Harrison, primer auxiliar de recaudación, Ootacmund, 14 de octubre de 1832, al señor L. R. Reid, secretario del gobierno, Bombay, Compilations vol. 7/412, 1832, en Maharashtra State Archives, Bombay; «Cotton Farms, Proceedings respecting the formation of _____ in the Vicinity of Jails», Compilation n.º 118, en Maharashtra State Archives, Bombay; y la copia de la carta de T. H. Balier (?), recaudador, Dharwar, 19 de agosto de 1825, al señor William Chaplin, Comisionado, Poona, en Compilations vol. 26, 1835, «Consultation Cotton Investment», en Commercial Department, Maharashtra State Archives, Bombay. En el *Asiatic Journal and Monthly Register*, Nueva Serie, vol. 15, septiembrediciembre de 1834, pp. 81-90, puede encontrarse una colección de prolijos debates sobre la esclavitud en la India. Véase también Factory Records, Dacca, G 15, 21, 1779, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

68. Copia de la carta de J. Dunbar, comisionado de Dacca, a Sudder, Board of Revenue, 27 de septiembre de 1848, en Home Department, Revenue Branch, 2 de diciembre de 1848, n.ºs 10-18, en National Archives of India, Nueva Delhi.

69. Véase E. R. J. Owen, *Cotton and the Egyptian Economy, 1820-1914: A Study in Trade and Development*, Clarendon Press, Oxford, 1969, p. 12; así como George R. Gliddon, *A Memoir on the Cotton of Egypt*, James Madden and Co., Londres, 1841, p. 11.

70. Owen, *Cotton and the Egyptian Economy*, *op. cit.*, pp. 28-29, 32, 47; Gliddon, *A Memoir on the Cotton of Egypt*, *op. cit.*; «Commerce of Egypt», en *Hunt's Merchants' Magazine and Commercial Review*, n.º 8, enero de 1843, p. 22; John Bowring, «Report on Egypt and Candia», en Great Britain, Parliamentary Papers, 1840, vol. XXI, p. 19; Christos Hadziiossifm, «La Colonie Grecque en Egypte, 1833-1836», tesis doctoral, La Sorbona, 1980, p. 111; y John Bowring, «Report on Egypt and Candia (1840)», cita tomada de Owen, *Cotton and the Egyptian Economy*, *op. cit.*, p. 318.

71. Véase Owen, *Cotton and the Egyptian Economy*, *op. cit.*, pp. 36-37, 40.

72. La gráfica de la página 133 está basada en la información contenida en «Commerce of Egypt», *op. cit.*, p. 22; véase también Owen, *Cotton and the Egyptian Economy*, *op. cit.*, p. 34, así como la Tabla 1, «Volume, Value, and Price of Egyptian Cotton Exports, 1821-1837», p. 45; y la Tabla 5, «Volume, Value, and Price of Egyptian Cotton Exports, 1838-1859», p. 73.

73. Estos comentarios debieron de producirse, aproximadamente, entre los años 1823 y 1840. Véase Robert Lévy, *Histoire économique de l'industrie cotonnière en Alsace: Étude de sociologie descriptive*, Felix Alcan, París, 1912, *op. cit.*, p. 58; junto con la copia de un «Memorial Respecting the Levant Trade» enviado a la Muy honorable Junta del Consejo de asesores de la Corona para cuestiones relacionadas con el Comercio y las Plantaciones en el extranjero, según aparece reproducida en las Proceedings of the Manchester Chamber of Commerce, reunión del 9 de febrero de 1825, en M8/2/1, Proceedings of the Manchester Chamber of Commerce, 1821-1827, Archives of the Manchester Chamber of Commerce, Manchester Archives and Local Studies, Manchester.

74. *Bremer Handelsblatt*, 1853, según aparece citado en Ludwig Beutin, *Von 3 Ballen zum Weltmarkt: Kleine Bremer Baumwollchronik, 1788-1872*, Editorial Franz Leuwer, Bremen, 1934, p. 25; y Philip McMichael, «Slavery in Capitalism», *op. cit.*, p. 327.

75. Thomas Ellison, *A Hand-Book of the Cotton Trade, or, A Glance at the Past History, Present Condition, and the Future Prospects of the Cotton Commerce of the World* (Londres, Longman, Brown, Green, Longmans, and Roberts, 1858), p. 96.

76. Véase Albert Feuerwerker, «Handicraft and Manufactured Cotton Textiles in China, 1871-1910», *Journal of Economic History*, vol. 30, junio de 1970, p. 340; junto con Kang Chao, *The Development of Cotton Textile Production in China*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1977, pp. 4-13; Robert Fortune, *Three Years' Wanderings in the Northern Provinces of China, Including a Visit to the Tea, Silk, and Cotton Countries, With an Account of the Agriculture and Horticulture of the Chinese, New Plants, etc.*, John Murray, Londres, 1847, p. 275; Koh Sung Jae, *Stages of Industrial Development in Asia: A Comparative History of the Cotton Industry in Japan, India, China and Korea*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1966, pp. 28, 38, 45; William B. Hauser, *Economic Institutional Change in Tokugawa Japan: Osaka and the Kinai Cotton Trade*, Cambridge University Press, Cambridge, 1974, pp. 59, 117-120; Hameeda Hossain, *The Company of Weavers of Bengal: The East India Company and the Organization of Textile Production in Bengal, 1750-1813*, Oxford University Press, Delhi, 1988, p. 28.

77. Kären Wigen, *The Making of a Japanese Periphery, 1750-1920*, University of California Press, Berkeley, 1995; Tench Coxe, *An Addition, of December 1818, to the Memoir, of February and August 1817, on the Subject of the Cotton Culture, the Cotton Commerce, and the Cotton Manufacture of the United States, etc.*, s. e., Filadelfia, 1818, p. 3; «Extracts and Abstract of a letter from W. Dunbar, Officiating Commissioner of Revenue in the Dacca Division, to Lord B. of [illegible], dated Dacca, May 2, 1844», en MSS EUR F 78, 44, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

6. *El capitalismo industrial levanta el vuelo*

1. Para obtener una mayor información biográfica sobre Burke, véase la *National Cyclopaedia of American Biography*, vol. 20, James T. White, Nueva York, 1929, p. 79. Para saber más acerca de Baranda, véase también «Pedro Sainz de Baranda», en la *Enciclopedia yucatanense*, vol. 7, Edición oficial del Gobierno de Yucatán, México, D. F., 1977, pp. 51-67; junto con John L. Stephens, *Incidents of Travel in Yucatan*, vol. 2, Harper and Brothers, Nueva York, 1843, p. 329.

2. Véase Stephens, *Incidents, op. cit.*, p. 330; así como Howard F. Cline, «The “Aurora Yucateca” and the Spirit of Enterprise in Yucatan, 1821-1847», *Hispanic American Historical Review*, vol. 27, n.º 1, febrero de 1947, pp. 3944; y la *Enciclopedia Yucatanense*, vol. 7, *op. cit.*, pp. 61-62. Véase también, Othón Baños Ramírez, *Sociedad, estructura agraria y estado en Yucatán*, Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, 1990, p. 24.

3. Gisela Müller, «Die Entstehung und Entwicklung der Wiesentäler Textilindustrie bis zum Jahre 1945», tesis doctoral, Universidad de Basilea, 1965, pp. 35, 36; Richard Dietsche, «Die industrielle Entwicklung des Wiesentales bis zum Jahre 1870», tesis doctoral, Universidad de Basilea, 1937, pp. 16, 18, 30, 34, 37; y Walter Bodmer, *Die Entwicklung der schweizerischen Textilwirtschaft im Rahmen der übrigen Industrien und Wirtschaftszweige*, Editorial Berichthaus, Zürich, 1960, p. 226.

4. Véase Dietsche, «Die industrielle Entwicklung», *op. cit.*, pp. 18, 20, 21, 34, 47, 48, 61, 76; junto con Friedrich Deher, *Staufen und der obere Breisgau: Chronik einer Landschaft*, Editorial G. Braun, Karlsruhe, 1967, pp. 191-192; Eberhard Gothein, *Wirtschaftsgeschichte des Schwarzwaldes und der angrenzenden Landschaften*, Karl J. Truebner, Estrasburgo, 1892, p. 754; Müller, «Die Entstehung und Entwicklung», *op. cit.*, pp. 33, 47; Hugo Ott, «Der Schwarzwald: Die wirtschaftliche Entwicklung seit dem ausgehenden 18. Jahrhundert», en Franz Quarthal (comp.), *Zwischen Schwarzwald und Schwäbischer Alb: Das Land am oberen Neckar*, Thorbecke, Sigmaringa, 1984, p. 399.

5. Véase Arthur L. Dunham, «The Development of the Cotton Industry in France and the Anglo-French Treaty of Commerce of 1860», *Economic History Review*, vol. 1, n.º 2, enero de 1928, p. 282; así como Gerhard Adelmann, *Die Baumwollgewerbe Nordwestdeutschlands und der westlichen Nachbarländer beim Übergang von der vorindustriellen zur frühindustriellen Zeit, 1750-1815*, Editorial Franz Steiner, Stuttgart, 2001, p. 76; R. M. R. Dehn, *The German Cotton Industry*, Manchester University Press, Manchester, 1913, p. 3; J. K. J. Thomson, *A Distinctive Industrialization: Cotton in Barcelona, 1728-1832*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, p. 248; J. Dhondt, «The Cotton Industry at Ghent During the French Regime», en F. Crouzet, W. H. Chaloner y W. M. Stern (comps.), *Essays in European Economic History, 1789-1914*, Edward Arnold, Londres, 1969, p. 18; Georg Meerwein, «Die Entwicklung der Chemnitzer bzw. sächsischen Baumwollspinnerei von 1789-1879», tesis doctoral, Universidad de Heidelberg, 1914, p. 19; Rudolf Forberger, *Die industrielle Revolution in Sachsen 1800-1861, Bd. 1, zweiter Halbband: Die Revolution der Produktivkräfte in Sachsen 1800-1830. Übersichten zur Fabrikentwicklung*, Editorial Akademie, Berlín, 1982, p. 14; Albert Tanner, «The Cotton Industry of Eastern Switzerland, 1750-1914: From Proto-industry to Factory and Cottage Industry», *Textile History*, vol. 23, n.º 2, 1992, p. 139; Wolfgang Müller, «Die Textilindustrie des Raumes Puebla (Mexiko) im 19. Jahrhundert», tesis doctoral, Universidad de Bonn, 1977, p. 144; y E. R. J. Owen, *Cotton and the Egyptian Economy, 1820-1914: A Study in Trade and Development*, Clarendon Press, Oxford, 1969, *op. cit.*, pp. 23-24.

6. Para saber más acerca de las preocupaciones que esta rápida difusión tecnológica vino a causar entre los manufactureros británicos, véase *The Sixteenth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures at Manchester for the Year 1836 Made to the Annual General Meeting of the Members, held February 13th 1837*, Henry Smith, Manchester, 1837, *op. cit.*, p. 13.

7. Sydney Pollard subraya acertadamente que, por esta época (anterior al ferrocarril), la industrialización no avanzaba como consecuencia de un impulso nacional, sino local, lo que explica que Europa se viera salpicada de regiones industrializadas (como, por ejemplo, Cataluña). Véase Sydney Pollard, *Peaceful Conquest: The Industrialization of Europe, 1760-1970*, Oxford University Press, Nueva York, 1981. Véase también Joel Mokyr, *Industrialization in the Low Countries, 1795-1850*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1976, pp. 26, 28.

8. Günter Kirchhain, «Das Wachstum der deutschen Baumwollindustrie im 19. Jahrhundert: Eine historische Modellstudie zur empirischen Wachstumsforschung», tesis doctoral, Universidad de Münster, 1973, pp. 30, 41; Francisco Mariano Nipho, *Estafeta de Londres*, s. e., Madrid, 1770, p. 44, según cita tomada de Pierre Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne: Recherches sur le fondements économiques des structures nationales*, vol. 2, S. E. V. P. E. N., París, 1962, p. 10 [hay publicación castellana: *Cataluña en la España moderna. Investigaciones sobre los fundamentos económicos de las estructuras nacionales*, traducción de Joaquín Sempere Carreras, Crítica, Barcelona, 1979]; Pavel A. Khromov, *Ékonomika Rossii Perioda Promyshlennogo Kapitalizma*, s. e., Moscú, 1963, p. 80; Howard F. Cline, «Spirit of Enterprise in Yucatan», en Lewis Hanke (comp.), *History of Latin American Civilization*, vol. 2, Methuen, Londres, 1969, p. 133; Adelman, *Die Baumwollgewerbe Nordwestdeutschlands*, *op. cit.*, p. 153; Dunham, «The Development of the Cotton Industry», *op. cit.*, p. 288; B. M. Biocchi, «Switzerland, 1700-1914», en Carlo M. Cipolla (comp.), *The Fontana Economic History of Europe*, vol. 4, segunda parte, Collins, Glasgow, 1977, p. 634; Robert Lévy, *Histoire économique de l'industrie cotonnière en Alsace*, Felix Alcan, París, 1912, *op. cit.*, pp. 87, 89; Oficina Censal de Estados Unidos, *Manufactures of the United States in 1860; Compiled from the Original Returns of the Eighth Census under the Direction of the Secretary of the Interior*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1865, p. xvii; Ronald Bailey, «The Slave(ry) Trade and the Development of Capitalism in the United States: The Textile Industry in New England», en Joseph E. Inikori y Stanley L. Engerman (comps.), *The Atlantic Slave Trade: Effects on Economies, Societies, and Peoples in Africa, the Americas, and Europe*, Duke University Press, Durham, Carolina del Norte, 1992, p. 221.

9. Bodmer, *Die Entwicklung der schweizerischen Textilwirtschaft*, op. cit., p. 281.

10. Dhondt, «The Cotton Industry at Gante», *op. cit.*, p. 15; Müller, «Die Textilindustrie des Raumes», *op. cit.*, p. 33; Max Hamburger, «Standortgeschichte der deutschen Baumwoll-Industrie», tesis doctoral, Universidad de Heidelberg, 1911, p. 19; Wallace Daniel, «Entrepreneurship and the Russian Textile Industry: From Peter the Great to Catherine the Great», *Russian Review*, vol. 54, n.º 1, enero de 1995, pp. 1-25; Lévy, *Histoire économique*, *op. cit.*, pp. 1 y sigs.; y Bodmer, *Die Entwicklung der schweizerischen Textilwirtschaft*, *op. cit.*, pp. 181-203.

11. Véase Adelman, *Die Baumwollgewerbe Nordwestdeutschlands*, *op. cit.*, pp. 16, 54; junto con Maurice Lévy Leboyer, *Les banques européennes et l'industrialisation internationale dans la première moitié du XIXe siècle*, Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Paris, París, 1964; Dhondt, «The Cotton Industry at Gante», *op. cit.*, p. 16; William L. Blackwell, *The Beginnings of Russian Industrialization, 1800-1860*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1968, p. 44; M. V. Konotopov, *et al.*, *Istoriia otechestvennoi tekstil' noi promyshlennosti*, s. e., Moscú, 1992, pp. 94, 96. Para conocer en detalle el desarrollo de este proceso en Alsacia, véase Raymond Oberlé, «Le siècle des lumières et les débuts de l'industrialisation», en George Livet y Raymond Oberlé (comps.), *Histoire de Mulhouse des origines à nos jours*, Istra, Estrasburgo, 1977, p. 127; así como Paul Leuilliot, «L'essor économique du XIXe siècle et les transformations de la cité», en Livet y Oberlé (comps.), *Histoire de Mulhouse*, *op. cit.*, p. 182.

12. Para una mayor información sobre el concepto de la proto-industrialización, véase P. Kriedte, H. Medick y J. Schlumbohm, *Industrialization Before Industrialization: Rural Industry in the Genesis of Capitalism*, Cambridge University Press, Nueva York, 1981; junto con Meerwein, «Die Entwicklung der Chemnitzer», *op. cit.*, pp. 17-18; y Thomson, *A Distinctive Industrialization*, *op. cit.*, p. 13.

13. Albert Tanner, *Spulen, Weben, Sticken: Die Industrialisierung in Appenzell Ausserrhoden*, Juris Druck, Zürich, 1982, pp. 8, 19; Bodmer, *Die Entwicklung der schweizerischen Textilwirtschaft*, *op. cit.*, p. 231; y John Bowring, *Bericht an das Englische Parlament über den Handel, die Fabriken und Gewerbe der Schweiz*, Orell, Fuessli und Compagnie, Zürich, 1837, p. 37.

14. Véase Shepard B. Clough, *The Economic History of Modern Italy*, Columbia University Press, Nueva York, 1964, p. 62; junto con Thomson, *A Distinctive Industrialization*, *op. cit.*, p. 12; y Adelman, *Die Baumwollgewerbe Nordwestdeutschlands*, *op. cit.*, p. 49. Para saber más acerca de los «obrajes», véase el importante trabajo de Richard J. Salvucci titulado *Textiles and Capitalism in Mexico: An Economic History of the Obrajes, 1539-1840*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1987; y Müller, «Die Textilindustrie des Raumes Puebla», *op. cit.*, p. 34.

15. Meerwein, «Die Entwicklung der Chemnitzer», *op. cit.*, p. 18.

16. Véase Bodmer, *Die Entwicklung der schweizerischen Textilwirtschaft*, *op. cit.*, pp. 279, 339; así como Thomson, *A Distinctive Industrialization*, *op. cit.*, p. 208; Lévy, *Histoire économique*, *op. cit.*, pp. 1 y sigs., 14-52; y Roger Portal, «Muscovite Industrialists: The Cotton Sector, 1861-1914», en Blackwell (comp.), *Russian Economic Development*, *op. cit.*, p. 174.

17. Barbara M. Tucker, *Samuel Slater and the Origins of the American Textile Industry, 1790-1860*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1984, pp. 52, 97.

18. Carta de William Holmes a James Holmes, Kingston, 10 de marzo de 1813, en Folder 49, John Holmes Papers, Manuscripts and Archives Division, Biblioteca Pública de Nueva York, Nueva York.

19. Véase Meerwein, «Die Entwicklung der Chemnitzer», *op. cit.*, p. 32; junto con *Enciclopedia Yucatanense*, vol. 7, *op. cit.*, p. 62. Para una mayor información sobre el salario que cobraban anualmente los obreros cualificados, véase Michael P. Costeloe, *The Central Republic in Mexico, 1835-1846: Hombres de bien in the Age of Santa Anna*, Cambridge University Press, Nueva York, 1993, p. 108. Véase también Hau, *L'industrialisation de l'Alsace*, *op. cit.*, pp. 328, 330, 340.

20. Robert F. Dalzell, *Enterprising Elite: The Boston Associates and the World They Made*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1987, p. 27. El tipo de cambio para la conversión de dólares a francos se funda en la información que proporciona Patrick Kelly en *The Universal Cambist and Commercial Instructor: Being a General Treatise on Exchange, Including Monies, Coins, Weights and Measures of All Trading Nations and Their Colonies*, vol. 1, Lackington, Allen, and Co. [et al.], Londres, 1811, p. 12. Véase también Thomas Dublin, «Rural Putting-Out Work in Early Nineteenth-Century New England: Women and the Transition to Capitalism in the Countryside», *New England Quarterly*, vol. 64, n.º 4, 1 de diciembre de 1991, pp. 536-537. Véase igualmente el análisis de los relatos de los antiguos esclavos que se hace en «Ex-Slave Narratives: Lowell Cloth», disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 12 de agosto de 2013): <http://library.uml.edu/clh/All/Lowcl.htm>; así como Pierre Gervais, «The Cotton “Factory” in a Preindustrial Economy: An Exploration of the Boston Manufacturing Company, 1815-1820», artículo inédito propiedad del autor, 2003, p. 3; Peter Temin, «Product Quality and Vertical Integration in the Early Cotton Textile Industry», *Journal of Economic History*, vol. 48, n.º 4, diciembre de 1988, p. 897; Ronald Bailey, «The Other Side of Slavery: Black Labor, Cotton, and Textile Industrialization in Great Britain and the United States», *Agricultural History*, vol. 68, n.º 2, primavera de 1994, pp. 45, 49.

21. Hau, *L'industrialisation de l'Alsace*, *op. cit.*, pp. 335-338; Heinrich Herkner, *Die oberelsässische Baumwollindustrie und ihre Arbeiter*, K. J. Trübner, Estrasburgo, 1887, p. 92; Pierre-Alain Wavre, «Swiss Investments in Italy from the XVIIIth to the XXth Century», *Journal of European Economic History*, vol. 17, n.º 1, primavera de 1988, pp. 86-87; Thomson, *A Distinctive Industrialization*, *op. cit.*, pp. 7, 117; y Müller, «Die Textilindustrie des Raumes Puebla», *op. cit.*, pp. 225, 244.

22. M. L. Gavlin, *Iz istorii rossijskogo predprinimatel'stva: dinastiia Knopov: nauchnoanaliticheskii obzor*, INION AN SSSR, Moscú, 1995, pp. 12, 14, 16, 19, 21, 29ff., 36; y Blackwell, *The Beginnings*, *op. cit.*, p. 241.

23. Hau, *L'industrialisation de l'Alsace*, op. cit., p. 388; Paulette Teissonniere-Jestin, «Itinéraire social d'une grande famille mulhousienne: Les Schlumberger de 1830 à 1930», tesis doctoral, Universidad de Limoges, 1982, pp. 129, 149; *Bulletin de la Société Industrielle de Mulhouse*, n.º 1, 1828; *Bulletin de la Société Industrielle de Mulhouse*, n.º 2, 1829; *Bulletin de la Société Industrielle de Mulhouse*, n.º 22, 1832, pp. 113-136; David Allen Harvey, *Constructing Class and Nationality in Alsace, 1830-1945*, Northern Illinois University Press, Dekalb, 2001, p. 49.

24. Adelman, *Die Baumwollgewerbe Nordwestdeutschlands*, *op. cit.*, p. 67.

25. Véase la carta de Wright Armitage a Enoch Armitage, Dukinfield, 16 de abril de 1817, en Armitage Papers, Manuscripts and Archives Division, Biblioteca Pública de Nueva York, Nueva York; véanse igualmente las cartas contenidas en los Papers of McConnel and Kennedy, record group MCK, box 2/1/1; Letterbook, 1805-1810, box 2/2/3; así como la Letterbook de mayo de 1814 a septiembre de 1816, box 2/2/5; Consignments Book, 1809-1829, box 3/3/11; junto con la carta de Buchanan, Mann and Co. a McConnel and Kennedy, Calcuta, 3 de noviembre de 1824, box 2/1/30 — todo ello en Papers of McConnel and Kennedy, John Rylands Library, Manchester—. Véase también William Radcliffe, *Origin of the New System of Manufacture Commonly Called «Power-loom Weaving» and the Purposes for which this System was Invented and Brought into Use*, J. Lomax, Stockport, 1828, p. 131. El análisis de toda la correspondencia enviada y recibida por la compañía McConnel y Kennedy a lo largo del año 1825 se encuentra en McConnel and Kennedy Papers, Record Group MCK/2, Biblioteca John Rylands, Manchester; D. A. Farnie, *John Rylands of Manchester*, John Rylands University Library of Manchester, Manchester, 1993, pp. 5, 10, 13. Véase también el Memorial Book for John Rylands, 1888, Manchester, Record Group JRL/2/2, Archive of Rylands and Sons Ltd., Biblioteca John Rylands, Manchester.

26. Véase el Yarn Delivery Book, 1836-1838, record group MCK, box 3/3/12, Papers of McConnel and Kennedy, Biblioteca John Rylands, Manchester; junto con Stanley Chapman, *Merchant Enterprise in Britain: From the Industrial Revolution to World War I*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, pp. 62, 69 y sigs., 92, 109, 113, 133, 136, 139, 164, 168, 173 y 176; Bill Williams, *The Making of Manchester Jewry, 1740-1875*, Manchester University Press, Manchester, 1976, p. 81. Véase también Farnie, *John Rylands*, *op. cit.*, p. 4; *British Packet and Argentine News*, 9 de febrero de 1850 y 3 de agosto de 1850; Vera Blinn Reber, *British Mercantile Houses in Buenos Aires, 1810-1880*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1979, pp. 58, 59; Carlos Newland, «Exports and Terms of Trade in Argentina, 1811-1870», *Bulletin of Latin American Research*, vol. 17, n.º 3, 1998, pp. 409-416; D. C. M. Platt, *Latin America and British Trade, 1806-1914*, Adam and Charles Black, Londres, 1972, pp. 15, 39; H. S. Ferns, «Investment and Trade Between Britain and Argentina in the Nineteenth Century», *Economic History Review*, Nueva Serie, vol. 3, n.º 2, 1950, pp. 207, 210; carta de Blankenhagen y Gethen a Hugh Dallas, Londres, 18 de noviembre de 1818, file 003/1-1/24, Dallas Papers, en Banco de la Provincia de Buenos Aires, Archivo y Museo Históricas, Buenos Aires. Véase igualmente la carta de R. F. Alexander a Hugh Dallas, Glasgow, 19 de marzo de 1819, en *ibid.* Había también comerciantes que escribían a Hugh Dallas para preguntarle si estaría dispuesto a aceptar mercancías suyas: véase, por ejemplo, la carta de Baggott y Par a Hugh Dallas, Liverpool, 2 de abril de 1821, *ibid.*, file 003/1-1/13; carta de King y Morrison a Hugh Dallas, Glasgow, 25 de abril de 1819, en cartas de Blankenhagen y Gethen a Hugh Dallas, Londres, 18 de noviembre de 1818, *ibid.*

27. Véase D. C. M. Platt, *Latin America and British Trade*, *op. cit.*, pp. 39, 42, 51; así como Eugene W. Ridings, «Business Associationalism, the Legitimation of Enterprise, and the Emergence of a Business Elite in Nineteenth Century Brazil», *Business History Review*, vol. 63, n.º 4, invierno de 1989, p. 758; y Stanley J. Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture: Textile Enterprise in an Underdeveloped Area, 1850-1950*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1957, pp. 8-9, 14.

28. Bodmer, *Die Entwicklung der schweizerischen Textilwirtschaft*, *op. cit.*, pp. 231, 276, 281; Adelman, *Die Baumwollgewerbe Nordwestdeutschlands*, *op. cit.*, p. 58; y Dehn, *The German Cotton Industry*, *op. cit.*, p. 3.

29. Véase Warren C. Scoville, «Spread of Techniques: Minority Migrations and the Diffusion of Technology», *Journal of Economic History*, vol. 11, n.º 4, 1951, pp. 347-360; junto con Adelman, *Die Baumwollgewerbe Nordwestdeutschlands*, *op. cit.*, p. 72; Dunham, «The Development of the Cotton Industry», *op. cit.*, p. 283; y Jack A. Goldstone, «Gender, Work, and Culture: Why the Industrial Revolution Came Early to England but Late to China», *Sociological Perspectives*, vol. 39, no. 1, primavera de 1996, p. 2.

30. W. O. Henderson, *Britain and Industrial Europe, 1750-1870: Studies in British Influence on the Industrial Revolution in Western Europe*, Liverpool University Press, Liverpool, 1954, pp. 4, 7, 102, 267; Kristine Bruland, *British Technology and European Industrialization: The Norwegian Textile Industry in the Mid-Nineteenth Century*, Cambridge University Press, Nueva York, 1989, pp. 3, 14; David J. Jeremy, *Damming the Flood: British Government Efforts to Check the Outflow of Technicians and Machinery, 1780-1843*, Harvard Business School Press, Boston, 1977, pp. 32-33; Jan Dhont y Marinette Bruwier, «The Low Countries, 1700-1914», en Cipolla (comp.), *The Fontana Economic History of Europe*, vol. 4, primera parte, *op. cit.*, p. 348; Adelman, *Die Baumwollgewerbe Nordwestdeutschlands*, *op. cit.*, pp. 77, 127; David J. Jeremy, *Transatlantic Industrial Revolution: The Diffusion of Textile Technology Between Britain and America, 1790-1830*, Merrimack Valley Textile Museum / Massachusetts Institute of Technology Press, North Andover y Cambridge, Massachusetts, 1981, p. 17; David Landes, *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*, Cambridge University Press, Cambridge, 1969, p. 148; Rondo Cameron, «The Diffusion of Technology as a Problem in Economic History», *Economic Geography*, vol. 51, n.º 3, julio de 1975, p. 221; John Macgregor, *The Commercial and Financial Legislation of Europe and North America*, Henry Hooper, Londres, 1841, p. 290.

31. Véase Dominique Barjot, «Les entrepreneurs de Normandie, du Maine et de l'Anjou à l'époque du Second Empire», *Annales de Normandie*, vol. 38, n.^{os} 2-3, mayo-julio de 1988, pp. 99-103; junto con Henderson, *Britain and Industrial Europe*, *op. cit.*, pp. 12, 28; y Paul Leuilliot, «L'essor économique du XIXe siècle et les transformations de la cité», en Livet y Oberlé (comps.), *Histoire de Mulhouse*, *op. cit.*, p. 184. Véase también Camille Koechlin, «Cahier des notes faites en Angleterre 1831», 667 Ko 22 I, Collection Koechlin, Biblioteca, Musée de l'Impression sur Etoffes, Mulhouse, Francia.

32. Bodmer, *Die Entwicklung der schweizerischen Textilwirtschaft*, *op. cit.*, pp. 276-277; Thomson, *A Distinctive Industrialization*, *op. cit.*, p. 249; Henderson, *Britain and Industrial Europe*, *op. cit.*, pp. 142, 194-195; Andrea Komlosy, «Austria and Czechoslovakia: The Habsburg Monarchy and Its Successor States», en Lex Heerma van Voss, Els Hiemstra-Kuperus y Elise van Nederveen Meerkerk (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers, 1650-2000*, Ashgate, Burlington, Vermont, 2010, p. 53.

33. Véase Müller, «Die Textilindustrie des Raumes Puebla», *op. cit.*, pp. 108, 109, 237; junto con Jeremy, *Transatlantic Industrial Revolution*, *op. cit.*, pp. 5, 6, 41, 77, 78; Dalzell, *Enterprising Elite*; y Bruland, *British Technology*, *op. cit.*, p. 18.

34. Véase Bodmer, *Die Entwicklung der schweizerischen Textilwirtschaft*, *op. cit.*, p. 278; así como Meerwein, «Die Entwicklung», *op. cit.*, p. 25; Cameron, «The Diffusion of Technology», *op. cit.*, p. 220; Hau, *L'industrialisation de l'Alsace*, *op. cit.*, pp. 366-370, y 403 y sigs.; Bernard Volger y Michel Hau, *Histoire économique de l'Alsace: Croissance, crises, innovations: Vingt siècles de développement régional*, Éditions la nuée bleue, Estrasburgo, 1997, pp. 146 y sigs.; Dave Pretty, «The Cotton Textile Industry in Russia and the Soviet Union», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 424; J. K. J. Thomson, «Explaining the “Takeoff” of the Catalan Cotton Industry», *Economic History Review*, vol. 58, n.º 4, noviembre de 2005, p. 727; carta de los delegados de la Junta de Comercio, legajo 23, n.º 21, folios 6-11, Biblioteca de Catalunya, Barcelona; Herkner, *Die oberelsässische Baumwollindustrie*, *op. cit.*, pp. 72 y sigs.; Melvin T. Copeland, *The Cotton Manufacturing Industry of the United States*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1917, pp. 9, 69, 70.

35. Véase Mokyr, *Industrialization in the Low Countries*, *op. cit.*, p. 39; junto con Adelman, *Die Baumwollgewerbe Nordwestdeutschlands*, *op. cit.*, pp. 89-90; Meerwein, «Die Entwicklung», *op. cit.*, p. 21; Konotopov *et al.*, *Istoriia*, *op. cit.*, pp. 79, 92; Lars K. Christensen, «Denmark: The Textile Industry and the Forming of Modern Industry», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 144; Alexander Hamilton, «Report on the Subject of Manufactures, December 5, 1791», en Alexander Hamilton, *Writings*, Library of America, Nueva York, 2001, pp. 647-734; Samuel Rezneck, «The Rise and Early Development of Industrial Consciousness in the United States, 1760-1830», *Journal of Economic and Business History*, n.º 4, 1932, pp. 784-811; y Müller, «Die Textilindustrie des Raumes Puebla», *op. cit.*, p. 41.

36. Adelman, *Die Baumwollgewerbe Nordwestdeutschlands*, *op. cit.*, p. 67; Herkner, *Die oberelsässische Baumwollindustrie*, *op. cit.*, pp. 92, 95; Hau, *L'industrialisation de l'Alsace*, *op. cit.*, pp. 209 y sigs.; Oberlé, «Le siècle des lumières», *op. cit.*, p. 164; y Meerwein, «Die Entwicklung», *op. cit.*, pp. 23, 28, 37, 68.

37. Bodmer, *Die Entwicklung der schweizerischen Textilwirtschaft*, *op. cit.*, p. 278; y Tanner, *Spulen, Weben, Sticken*, *op. cit.*, pp. 24, 33, 44.

38. Véase Douglas A. Irwin y Peter Temin, «The Antebellum Tariff on Cotton Textiles Revisited», *Journal of Economic History*, vol. 61, n.º 3, septiembre de 2001, p. 795; junto con U. S. Department of the Treasury, carta del secretario del Tesoro, «Cultivation, Manufacture and Foreign Trade of Cotton», 4 de marzo de 1836, documento n.º 146, Treasury Department, House of Representatives, vigésimo cuarto Congreso, primera sesión, Blaire and Rives Printers, Washington, D. C., 1836; Jeremy, *Transatlantic Industrial Revolution*, *op. cit.*, p. 96; y Mary B. Rose, *The Greys of Quarry Bank Mill: The Rise and Decline of a Family Firm, 1750-1914*, Cambridge University Press, Nueva York, 1986, *op. cit.*, p. 46.

39. Carta de Wright Armitage al reverendo Benjamin Goodier, Dunkinfield, 2 de marzo de 1817, en Box 1, Armitage Family Papers, Special Collections, Biblioteca Pública de Nueva York, Nueva York.

40. Temin, «Product Quality», *op. cit.*, p. 898; Dunham, «The Development of the Cotton Industry», *op. cit.*, p. 281; Meerwein, «Die Entwicklung», *op. cit.*, p. 43; United States Department of State, *Report in the Commercial Relations of the United States with Foreign Nations: Comparative Tariffs; Tabular Statements of the Domestic Exports of the United States; Duties on Importation of the Staple or Principal Production of the United States into Foreign Countries*, Gales and Seaton, Washington, D. C., 1842, pp. 534-535.

41. Véase Paul Leuilliot, «L'essor économique du XIXe siècle et les transformations de la cité», en Livet y Oberlé (comps.), *Histoire de Mulhouse*, *op. cit.*, p. 190; junto con Dietsche, «Die industrielle Entwicklung», *op. cit.*, pp. 56-57; y Meerwein, «Die Entwicklung», *op. cit.*, pp. 47, 51-52. Para una mayor información sobre la importancia de los aranceles, véase también R. Dehn, *The German Cotton Industry*, *op. cit.*, p. 4; Kirchhain, «Das Wachstum», *op. cit.*, p. 185; Friedrich List, *National System of Political Economy*, Longmans, Green, and Co., Nueva York, 1904, p. 169; Angel Smith *et al.*, «Spain», en Van Voss *et al.*, *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 455. Hubo otros muchos estados que decidieron impermeabilizar sus fronteras gravando con fuertes tarifas la importación de mercancías; para un estudio sobre el particular, véase United States Department of State, *Report in the Commercial Relations of the United States with Foreign Nations*, *op. cit.*, pp. 534-535.

42. Temin, «Product Quality», *op. cit.*, pp. 897, 898; e Irwin y Temin, «The Antebellum Tariff», *op. cit.*, pp. 780-789, 796. La cifra del 84 % (que probablemente no sea del todo exacta) aparece citada en Hannah Josephson, *The Golden Threads: New England Mill Girls and Magnates*, Russell and Russell, Nueva York, 1949, p. 30. Para más información sobre el papel que desempeñaron los Asociados de Boston», en la importación de tejidos de algodón indios, véase James Fichter, «Indian Textiles and American Industrialization, 1790-1820», artículo inédito, Global Economic History Network Conference, Universidad de Padua, días 17 a 19 de noviembre de 2005, en poder del autor.

43. Véase Müller, «Die Textilindustrie des Raumes Puebla, *op. cit.*, pp. 14, 16, 31, 35, 39, 43, 45, 48 y 55; junto con Rafael Dobado González, Aurora Gómez Galvarriato y Jeffrey G. Williamson, «Globalization, De-industrialization and Mexican Exceptionalism, 1750-1879», National Bureau of Economic Research Working Paper n.º 12316, junio de 2006, pp. 5, 12, 13, 15, 35, 36 y 40; véase también Colin M. Lewis, «Cotton Textiles and Labour-Intensive Industrialization Since 1825», artículo inédito, Global Economic History Network Conference, Osaka, 16 a 18 de diciembre de 2004, propiedad del autor; Esteban de Antuñano, *Memoria breve de la industria manufacturera de México, desde el año de 1821 hasta el presente*, Oficina del Hospital de San Pedro, Puebla, 1835; carta de Esteban de Antuñano al señor D. Carlos Bustamente, Puebla, 4 de diciembre de 1836, reimpresa en Esteban de Antuñano, *Breve memoria del estado que guarda la fábrica de hilados de algodón Constancia Mexicana y la industria de este ramo*, Oficina del Hospital de San Pedro, Puebla, 1837, p. 4; David W. Walker, *Kinship, Business, and Politics: The Martínez del Río Family in Mexico, 1824-1867*, University of Texas Press, Austin, 1986, p. 138; y Cámara de Diputados, *Dictamen de la Comisión de Industria sobre la prohibición de hilaza y tejidos de algodón*, 1835.

44. David W. Walker, *Kinship, Business, and Politics: The Martinez del Rio Family in Mexico, 1824-1867*, University of Texas Press, Austin, 1986, *op. cit.*, pp. 149, 151, 161-162; y González, Galvarriato y Williamson, «Globalization», *op. cit.*, p. 41. Las cifras relativas a la India hacen referencia a los porcentajes del año 1887.

45. Véase J. Thomson, *A Distinctive Industrialization*, *op. cit.*, p. 204; así como Daniel, «Entrepreneurship and the Russian Textile Industry», *op. cit.*, p. 8; W. Lochmueller, *Zur Entwicklung der Baumwollindustrie in Deutschland*, Gustav Fischer, Jena, 1906, p. 17; Hans-Werner Hahn, *Die industrielle Revolution in Deutschland*, R. Oldenbourg, Múnich, 1998, p. 27. Para un estudio sobre el impacto de los estados en el proceso de industrialización europeo, véase Barry Supple, «The State and the Industrial Revolution, 1700-1914», en Carlo M. Cipolla (comp.), *The Fontana Economic History of Europe*, vol. 3, Glasgow, Collins, 1977, *op. cit.*, pp. 301-357.

⁴⁶ J. Thomson, *A Distinctive Industrialization*, *op. cit.*, p. 270; Jordi Nadal, «Spain, 1830-1914», en Carlo M. Cipolla (comp.), *The Fontana Economic History of Europe*, vol. 4, segunda parte, *op. cit.*, p. 607; y Smith *et al.*, «Spain», en Van Voss *et al.*, *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 453.

47. Thomson, «Explaining», pp. 711-717.

48. Thomson, *A Distinctive Industrialization*, *op. cit.*, pp. 274-275, 299. En 1793, los productores españoles consumían una cantidad de algodón en bruto equivalente al 16,06 % del que se utilizaba en Gran Bretaña, pero en 1808 ese porcentaje había descendido hasta situarse en una horquilla comprendida entre el 6 y el 7,25 % de la materia prima empleada en Inglaterra, reduciéndose todavía más —hasta un 2,2 %— en 1816; véase James Clayburn La Force, hijo, *The Development of the Spanish Textile Industry, 1750-1800*, University of California Press, Berkeley, 1965, p. 16; y Jordi Nadal, «Spain, 1830-1914», en Cipolla, *The Fontana Economic History of Europe*, vol. 4, segunda parte, *op. cit.*, p. 608.

49. Véase Edward Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, H. Fisher, R. Fisher, and P. Jackson, Londres, 1835, *op. cit.*, p. 525; junto con Wilma Pugh, «Calonne's "New Deal"», *Journal of Modern History*, vol. 11, n.º 3, 1939, pp. 289-312; François-Joseph Ruggiu, «India and the Reshaping of the French Colonial Policy, 1759-1789», en *Itinerario*, vol. 35, n.º 2, agosto de 2011, pp. 25-43; Alfons van der Kraan, «The Birth of the Dutch Cotton Industry, 1830-1840», en Douglas A. Farnie y David J. Jeremy (comps.), *The Fibre that Changed the World: The Cotton Industry in International Perspective, 1600-1990s*, Oxford University Press, Oxford, 2004, p. 285; Jan Luiten van Zanden y Arthur van Riel, *The Strictures of Inheritance: The Dutch Economy in the Nineteenth Century*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2004, pp. 39-40; y Mokyr, *Industrialization in the Low Countries*, *op. cit.*, pp. 32, 103, 105, 107, 108.

50. Mokyr, *Industrialization in the Low Countries*, *op. cit.*, pp. 31, 34-35; y Dhont y Bruwier, «The Low Countries, 1700-1914», *op. cit.*, pp. 358-359.

51. Bodmer, *Die Entwicklung der schweizerischen Textilwirtschaft*, *op. cit.*, pp. 290, 344-346; Bowring, *Bericht an das Englische Parlament*, *op. cit.*, p. 4. Véase también Tanner, «The Cotton Industry of Eastern Suiza», *op. cit.*, p. 150. De manera similar, también la industria algodonera alemana dependía muy notablemente de su capacidad para exportar, sobre todo a Norteamérica: véase Dehn, *The German Cotton Industry*, *op. cit.*, p. 18; Dietrich Ebeling *et al.*, «The German Wool and Cotton Industry from the Sixteenth to the Twentieth Century», en Van Voss *et al.*, *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 208.

52. Mary Jo Maynes, «Gender, Labor, and Globalization in Historical Perspective: European Spinsters in the International Textile Industry, 1750-1900», *Journal of Women's History*, vol. 15, n.º 4, invierno de 2004, p. 48.

53. Véase Chapman, *The Cotton Industry*, *op. cit.*, p. 22; junto con C. H. Lee, «The Cotton Textile Industry», en Roy Church (comp.), *The Dynamics of Victorian Business: Problems and Perspectives to the 1870s*, George Allen and Unwin, Londres, 1980, p. 161; Adelman, *Die Baumwollgewerbe Nordwestdeutschlands*, *op. cit.*, p. 153; Dunham, «The Development of the Cotton Industry», *op. cit.*, p. 288; Richard Leslie Hills, *Power from Steam: A History of the Stationary Steam Engine*, Cambridge University Press, Nueva York, 1989, p. 117. Todas estas cifras son claramente inexactas y han de tomarse como simples aproximaciones. Véase también Chapman, *The Cotton Industry*, *op. cit.*, p. 29; Anthony Howe, *The Cotton Masters, 1830-1860*, Clarendon Press, Nueva York, 1984, p. 6; *The Thirty-Fifth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures at Manchester, for the Year 1855*, James Collins, Manchester, 1856, p. 15.

54. Joseph E. Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England: A Study in International Trade and Economic Development*, Cambridge University Press, Nueva York, 2002, *op. cit.*, p. 436; P. K. O'Brien y S. L. Engerman, «Exports and the Growth of the British Economy from the Glorious Revolution to the Peace of Amiens», en Barbara Solow (comp.), *Slavery and the Rise of the Atlantic System*, Cambridge University Press, Nueva York, 1991, *op. cit.*, pp. 184, 188; Lee, «The Cotton Textile Industry», *op. cit.*, p. 165; Lars G. Sandberg, «Movements in the Quality of British Cotton Textile Exports», *Journal of Economic History*, vol. 28, n.º 1, marzo de 1968, pp. 15-19; y Manchester Commercial Association Minutes, 1845-1858, record group M8/7/1, Archivos y Biblioteca de Manchester, Manchester.

55. Para una mayor información sobre este mismo argumento, véase también Jeremy Adelman, «Non-European Origins of European Revolutions», artículo inédito leído como ponencia en la conferencia Making Europe: The Global Origins of the Old World, Friburgo, 2010, p. 25.

56. Afaf Lutfi Al-Sayyid Marsot, *Egypt in the Reign of Muhammad Ali*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984, p. 162; Robert L. Tignor, *Egyptian Textiles and British Capital, 1930-1956*, American University in Cairo Press, El Cairo, 1989, p. 9; Joel Beinin, «Egyptian Textile Workers: From Craft Artisans Facing European Competition to Proletarians Contending with the State», en Van Voss *et al.*, *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 174.

57. Tignor, *Egyptian Textiles*, *op. cit.*, p. 9; Marsot, *Egypt*, *op. cit.*, p. 166; y Owen, *Cotton and the Egyptian Economy*, *op. cit.*, pp. 23-24.

58. Véase Jean Batou, «Muhammad-Ali's Egypt, 1805-1848: A Command Economy in the 19th Century?», en Jean Batou (comp.), *Between Development and Underdevelopment: The Precocious Attempts at Industrialization of the Periphery, 1800-1870*, Librairie Droz, Ginebra, 1991, p. 187; y Owen, *Cotton and the Egyptian Economy*, *op. cit.*, p. 44.

59. Marsot, *Egypt, op. cit.*, pp. 171, 181. Es posible que en 1838 trabajaran en las hilanderías de algodón egipcias nada menos que treinta mil obreros. Véase la carta del coronel Campbell, agente de su majestad británica y cónsul general en Egipto, a John Bowring, El Cairo, 18 de enero de 1838, reimpresa en John Bowring, *Report on Egypt and Candia*, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1840, p. 186; junto con Batou, «Muhammad-Ali's Egypt», *op. cit.*, pp. 181, 185, 199; y *Ausland*, 1831, p. 1016.

60. Marsot, *Egypt, op. cit.*, p. 171; carta del coronel Campbell, agente de su majestad británica y cónsul general en Egipto, a John Bowring, El Cairo, 18 de enero de 1838, reimpresa en John Bowring, *Report on Egypt and Candia, op. cit.*, p. 35; *Asiatic Journal and Monthly Register for British and Foreign India, China, and Australia*, Nueva Serie, n.º 4, marzo de 1831, p. 133.

61. *Asiatic Journal and Monthly Register for British and Foreign India, China, and Australia*, Nueva Serie, n.º 5, mayo-agosto de 1831, p. 62; *Asiatic Journal and Monthly Register for British and Foreign India, China, and Australia*, Nueva Serie, n.º 4, abril de 1831, p. 179, en el que se cita un artículo publicado en la *Indian Gazette* de 5 de octubre de 1830.

62. Rapport à Son Altesse Mehemet Ali, Vice Roi d'Égypt, sur la Filature et le Tissage du Cotton, par Jules Poulain, f78, Add. Mss. 37466, Egyptian State Papers, 1838-1849, Manuscript Division, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

63. Marsot, *Egypt*, *op. cit.*, pp. 169, 184; y Beinin, «Egyptian Textile Workers», *op. cit.*, p. 177.

64. Véase Batou, «Muhammad-Ali's Egypt», *op. cit.*, pp. 182, 201-202; junto con el *Historical Dictionary of Egypt*, tercera edición, Scarecrow Press, Lanham, Maryland, 2003, p. 388; Marsot, *Egypt*, *op. cit.*, p. 177; Tignor, *Egyptian Textiles*, *op. cit.*, p. 8; y Joel Beinin, «Egyptian Textile Workers: From Craft Artisans Facing European Competition to Proletarians Contending with the State», en Van Voss *et al.*, *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, pp. 6 y 178.

65. John Dickinson y Robert Delson subrayan acertadamente que existía una protoindustria muy dinámica en «Enterprise Under Colonialism: A Study of Pioneer Industrialization in Brazil, 1700-1830», documento de trabajo, Institute of Latin American Studies, University of Liverpool, 1991, especialmente la página 52; véase también Herculano Gomes Mathias, *Algodão no Brasil*, Editora Index, Río de Janeiro, 1988, pp. 67, 83; Maria Regina M. Ciparrone Mello, *A industrialização do algodão em São Paulo*, Editora Perspectiva, São Paulo, 1983, p. 23; Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture*, *op. cit.*, pp. 2, 4, 20-21; Roberta Marx Delson, «Brazil: The Origin of the Textile Industry», en Van Voss *et al.*, *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, pp. 75, 77, 934; y González, Galvarriato y Williamson, «Globalization», *op. cit.*, p. 17.

66. Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture*, *op. cit.*, p. 15.

67. *Ibíd.*, pp. 7, 13; Eugene W. Ridings, hijo, «The Merchant Elite and the Development of Brazil: The Case of Bahia During the Empire», *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 15, n.º 3, agosto de 1973, pp. 336, 337, 342-345.

68. Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture*, *op. cit.*, pp. 5-6, 51-52; y Ridings, hijo, «The Merchant Elite and the Development of Brazil», *op. cit.*, p. 344.

69. W. A. Graham Clark, *Cotton Goods in Latin America: Part 1, Cuba, Mexico, and Central America: Transmitted to Congress in Compliance with the Act of March 4, 1909 Authorizing Investigations of Trade Conditions Abroad*, Washington, D. C., Government Printing Office, 1909, p. 9.

70. Incluso un autor que intenta mostrar lo relevante que fue la «industrialización del sur» acaba proporcionándonos un gran número de pruebas de lo débiles que fueron los esfuerzos encaminados en esa dirección. Véase Michael Gagnon, *Transition to an Industrial South: Athens, Georgia, 1830-1870*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2012; junto con Broadus Mitchell, *The Rise of Cotton Mills in the South*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1921, p. 21. En 1831, la producción textil de los estados del norte era diecisiete veces mayor que la de los estados esclavistas. Véase también Friends of Domestic Industry, Reports of the Committees of the Friends of Domestic Industry, assembled at New York, 31 de octubre de 1831, 1831, pp. 9-47. Se observa igualmente una discontinuidad fundamental entre estas factorías y la posterior industrialización del sur.

71. Véase Richard Roberts, «West Africa and the Pondicherry Textile Industry», *Indian Economic and Social History Review*, vol. 31, n.º 2, junio de 1994, pp. 142-145, 151, 153, 158; junto con Tirthankar Roy, «The Long Globalization and Textile Producers in India», en Van Voss *et al.*, *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 266; Dwijendra Tripathi, *Historical Roots of Industrial Entrepreneurship in India and Japan: A Comparative Interpretation*, Manohar, Nueva Delhi, 1997, pp. 104, 105.

72. Howard F. Cline, «The Spirit of Enterprise in Yucatan», *op. cit.*, p. 138; junto con Jorge Muñoz González, *Valladolid: 450 Años de Luz*, Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid, México, 1993, p. 40; y Ramírez, *Sociedad, estructura agraria y estado en Yucatán*, *op. cit.*, p. 35.

73. Dale W. Tomich, *Through the Prism of Slavery*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland, 2004, *op. cit.*, p. 70.

74. Rosa Luxemburgo, *The Accumulation of Capital*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1951, capítulo 26 [hay publicación castellana: *La acumulación de capital*, traducción de Raimundo Fernández O., Orbis, Barcelona, 1985].

7. La movilización de la mano de obra fabril

1. «Fragen eines lesenden Arbeiters», traducción inglesa de M. Hamburger, *Bertolt Brecht: Poems, 1913-1956*, Methuen, Nueva York y Londres, 1976.

2. Para la cita, véase la publicación que hace «The Longford» el día 9 de marzo de 2009 en el siguiente foro: <http://www.skyscrapercity.com/showthread.php?t=823790> (último acceso, 8 de marzo de 2013). El caso de Ellen Hootton aparece documentado en House of Commons Parliamentary Papers, First Report of the Central Board of His Majesty's Commissioners for Inquiring into the Employment of Children in Factories, 1833, xx, D.i, pp. 103-115. Douglas A. Galbi también ha analizado a la perfección la historia de esta muchachita en «Through the Eyes in the Storm: Aspects of the Personal History of Women Workers in the Industrial Revolution», *Social History*, vol. 21, n.º 2, 1996, pp. 142-159.

3. Maurice Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, International Publishers, Nueva York, 1964, pp. 272-273.

4. Véase Mike Williams y Douglas A. Farnie, *Cotton Mills in Greater Manchester*, Carnegie, Preston, Reino Unido, 1992, p. 236; junto con Stanley D. Chapman, *The Early Factory Masters: The Transition to the Factory System in the Midlands Textile Industry*, David and Charles, Newton Abbot, Devon, Reino Unido, 1967, p. 170. [El poema breve de Blake que aquí se cita es el titulado «Jerusalén», incluido en el prefacio del himno épico que dedica a *Milton*, publicado en 1808. (N. de los t.)]

5. Leone Levi, «On the Cotton Trade and Manufacture, as Affected by the Civil War in America», *Journal of the Statistical Society of London*, vol. 26, n.º 8, marzo de 1863, p. 26.

6. Véase Mary B. Rose, *Networks and Business Values: The British and American Cotton Industries Since 1750*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, p. 30; así como Günter Kirchhain, «Das Wachstum der Deutschen Baumwollindustrie im 19. Jahrhundert: Eine Historische Modellstudie zur Empirischen Wachstumsforschung», tesis doctoral, Universidad de Münster, Münster, 1973, p. 73; Gerhard Adelmann, «Zur regionalen Differenzierung der Baumwoll- und Seidenverarbeitung und der Textilen Spezialfertigungen Deutschlands, 1846-1907», en Hans Pohl (comp.), *Gewerbe und Industrielandschaften vom Spätmittelalter bis ins 20. Jahrhundert*, Franz Steiner, Stuttgart, 1986, p. 293; Hans-Ulrich Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 2, Editorial C. H. Beck, Múnich, 1987, p. 92; Michel Hau, *L'industrialisation de l'Alsace, 1803-1939*, Association des Publications près les Universités de Strasbourg, Estrasburgo, 1987, *op. cit.*, p. 89; Jean-François Bergier, *Histoire économique de la Suisse*, Payot, Lausana, 1984, p. 192. Otra fuente estima que en 1830 la cifra de trabajadores del sector algodonero estadounidense era de 179.000. Véase también la carta del secretario del Tesoro de Estados Unidos, Cultivation, Manufacture and Foreign Trade of Cotton, 4 de marzo de 1836, Doc. n.º 146, Treasury Department, House of Representatives, 24th Congress, 1st Session, en Levi Woodbury, *Woodbury's Tables and Notes on the Cultivation, Manufacture, and Foreign Trade of Cotton*, Printed by Blaire and Rives, Washington, D. C., 1836, p. 51. Para una mayor información sobre Rusia, véase A. Khromov, *Ekonomicheskoe razvitie Rossii v XIX-XX Vekah: 1800-1917*, Gos. Izd. Politicheskoi Literatury, Moscú, 1950, p. 32; junto con Dave Pretty, «The Cotton Textile Industry in Russia and the Soviet Union», en Lex Heerma van Voss, Els Hiemstra-Kuperus y Elise van Nederveen Meerkerk (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers, 1650-2000*, Ashgate, Burlington, Vermont, 2010, *op. cit.*, pp. 425, 428; Michael Jansen, *De industriële ontwikkeling in Nederland 1800-1850*, NEHA, Ámsterdam, 1999, pp. 149, 333-336; CBS, *Volkstelling 1849*: las estimaciones son de Elise van Nederveen Meerkerk, en correspondencia con el autor, 29 de octubre de 2013. Para saber más acerca de España, véase Angel Smith *et al.* «Spain», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 456; más del 90 % de la industria algodonera española se hallaba situada en Cataluña. Véase, por ejemplo, J. K. J. Thomson, *A Distinctive Industrialization: Cotton in Barcelona, 1728-1832*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, p. 262.

7. Véase Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Beacon Press, Boston, 1957, p. 72 —en el capítulo 6, Polanyi habla de la tierra, la mano de obra y el dinero, calificándolos de mercancías ficticias—. [Hay publicación castellana: *La gran transformación*, traducción de Fernando Álvarez-Uría Rico y Julia Varela, Endymion, Madrid, 1989.]

8. Según se desprende del texto citado en Edward Palmer Thompson, *The Making of the English Working Class*, Vintage, Nueva York, 1966, *op. cit.*, p. 190. Véase también S. D. Chapman, *The Cotton Industry in the Industrial Revolution*, Macmillan, Londres, 1972, *op. cit.*, p. 53.

9. Charles Tilly, «Did the Cake of Custom Break?», en John M. Merriman (comp.), *Consciousness and Class Experience in Nineteenth-Century Europe*, Holmes and Meier Publishers, Nueva York, 1979; Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford University Press, Stanford, California, 1976.

10. Robert J. Steinfeld, *Coercion, Contract, and Free Labor in the Nineteenth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001, p. 20.

11. *Ibid.*, pp. 47, 74-75, 317; junto con «Gesetzesammlung für die Königlichen Preussischen Staaten, 1845», según la cita que figura en *ibid.*, p. 245.

12. Marta Vicente, «Artisans and Work in a Barcelona Cotton Factory, 1770-1816», *International Review of Social History*, n.º 45, 2000, pp. 3, 4, 12, 13, 18.

13. Libro mayor de nóminas de la Compañía Manufacturera de Dover, 1823-1824, Dover, New Hampshire, Dover-Cocheco Collection, Biblioteca Baker, Harvard Business School, Cambridge, Massachusetts.

14. Véase Benjamin Martin, *The Agony of Modernization: Labor and Industrialization in Spain*, ILR Press, Ithaca, Nueva York, 1990, p. 21 [hay publicación castellana: *Los problemas de la modernización. Movimiento obrero e industrialización en España*, traducción de Carmen López Alonso, Ministerio de Empleo y Seguridad Social, Madrid, 1992]; junto con Georg Meerwein, *Die Entwicklung der Chemnitzer bzw. Sächsischen Baumwollspinnerei von 1789-1879*, tesis doctoral, Universidad de Heidelberg, 1914, p. 21; Walter Bodmer, *Die Entwicklung der Schweizerischen Textilwirtschaft im Rahmen der übrigen Industrien und Wirtschaftszweige*, Editorial Berichthaus, Zürich, 1960, pp. 220, 224, 227; L. Dunham, «The Development of the Cotton Industry in France and the Anglo-French Treaty of Commerce of 1860», *Economic History Review*, vol. 1, n.º 2, enero de 1928, p. 286; Robert Lévy, *Histoire économique de l'industrie cotonnière en Alsace*, Felix Alcan, París, 1912, *op. cit.*, pp. 1 y sigs.; David Allen Harvey, *Constructing Class and Nationality in Alsace, 1830-1945*, Northern Illinois University Press, Dekalb, 2001, p. 56; y Thomson, *A Distinctive Industrialization*, *op. cit.*, p. 259.

15. Robert Marx Delson, «How Will We Get Our Workers? Ethnicity and Migration of Global Textile Workers», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, pp. 662, 665; G. Bischoff, «Guebwiller vers 1830: La vie économique et sociale d'une petite ville industrielle à la fin de la Restauration», *Annuaire de la Société d'Histoire des Régions de Thann-Guebwiller* 7, 1965-1967, pp. 64-74; Elise van Nederveen Meerkerk *et al.*, «The Netherlands», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 383; y Joel Mokyr, *Industrialization in the Low Countries, 1795-1850*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1976, *op. cit.*, p. 38.

16. Véase Bodmer, *Die Entwicklung der Schweizerischen Textilwirtschaft*, *op. cit.*, pp. 295, 298; junto con Delson, «How Will We Get Our Workers?», *op. cit.*, pp. 652-653, 666-667; y Erik Amburger, *Die Anwerbung ausländischer Fachkräfte für die Wirtschaft Russlands vom 15. bis ins 19. Jahrhundert*, Otto Harrassowitz, Wiesbaden, 1968, p. 147.

17. Reunión de la Cámara de Comercio de Manchester, primero de febrero de 1826, Proceedings of the Manchester Chamber of Commerce, 1821-1827, Record Group M8, Box 2/1, Archivos de la Cámara de Comercio de Manchester, Manchester Archives and Local Studies, Manchester; Gary Saxonhouse y Gavin Wright, «Two Forms of Cheap Labor in Textile History», en Gary Saxonhouse y Gavin Wright (comps.), *Technique, Spirit and Form in the Making of the Modern Economies: Essays in Honor of William N. Parker*, JAI Press, Greenwich, Connecticut, 1984, p. 7; y Robert F. Dalzell, *Enterprising Elite: The Boston Associates and the World They Made*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1987, *op. cit.*, p. 33.

18. Para una mayor información sobre la Compañía Manufacturera de Dover, véanse los Payroll Account Books, 1823-1824, Compañía Manufacturera de Dover, Dover, New Hampshire, en Coheco Manufacturing Company Papers, Biblioteca Baker, Harvard Business School, Cambridge, Massachusetts; véase también Barbara M. Tucker, *Samuel Slater and the Origins of the American Textile Industry, 1790-1860*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1984, *op. cit.*, p. 139.

19. Carolyn Tuttle y Simone Wegge, «The Role of Child Labor in Industrialization», ponencia presentada al Seminario de Historia Económica de la Universidad de Harvard el 21 de abril de 2004, p. 49; McConnel and Kennedy Papers, MCK/4/51, Biblioteca John Rylands, Manchester.

20. Véase Terry Wyke, «Quarry Bank Mill, Styal, Cheshire», *Revealing Histories, Remembering Slavery*, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 21 de julio de 2012): <http://www.revealinghistories.org.uk/how-did-money-from-slavery-help-develop-greater-manchester/places/quarry-bank-mill-styal-cheshire.html>; junto con Mary B. Rose, *The Gregs of Quarry Bank Mill: The Rise and Decline of a Family Firm, 1750-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, *op. cit.*, pp. 28, 31, 109-110; George Unwin, *Samuel Oldknow and the Arkwrights: The Industrial Revolution at Stockport and Marple*, Manchester University Press, Manchester, 1924, pp. 170-171; y *Edinburgh Review, or Critical Journal*, vol. 61, n.º 124, julio de 1835, p. 464.

21. Véase Tuttle y Wegge, «The Role of Child Labor in Industrialization», Tabla 1A, Tabla 2 y Tabla 3a; junto con Gerhard Adelman, *Die Baumwollgewerbe Nordwestdeutschlands und der westlichen Nachbarländer beim Übergang von der vorindustriellen zur frühindustriellen Zeit, 1750-1815*, Editorial Franz Steiner, Stuttgart, 2001, *op. cit.*, p. 96; M. V. Konotopov *et al.*, *Istoriia otechestvennoi tekstil'noi promyshlennosti*, Legprombytizdat, Moscú, 1992, p. 97; Meerwein, *Die Entwicklung der Chemnitzer*, *op. cit.*, p. 35; M. M. Gutiérrez, *Comercio libre o funesta teoría de la libertad económica absoluta*, M. Calero, Madrid, 1834; Wolfgang Müller, «Die Textilindustrie des Raumes Puebla (Mexiko) im 19. Jahrhundert», tesis doctoral, Universidad de Bonn, 1977, *op. cit.*, pp. 279, 281; «Rapport de la commission chargée d'examiner la question relative à l'emploi des enfants dans les filatures de coton», en *Bulletin de la Société Industrielle de Mulhouse*, 1837, pp. 482, 493; Harvey, *Constructing Class and Nationality in Alsace*, *op. cit.*, p. 54; y Marjatta Rahikainen, *Centuries of Child Labour: European Experiences from the Seventeenth to the Twentieth Century*, Ashgate, Hampshire, Reino Unido, 2004, p. 133.

22. Maxine Berg, «What Difference Did Women's Work Make to the Industrial Revolution?», en Pamela Sharpe (comp.), *Women's Work: The English Experience, 1650-1914*, Londres, Arnold, 1998, pp. 154, 158; Mary Jo Maynes, «Gender, Labor, and Globalization in Historical Perspective: European Spinners in the International Textile Industry, 1750-1900», *Journal of Women's History*, vol. 15, n.º 4, invierno de 2004, p. 56; Libros contables de nóminas, 1823-1824, Compañía Manufacturera de Dover, Dover, New Hampshire, Cocheco Manufacturing Company Papers, Biblioteca Baker, Harvard Business School, Cambridge, Massachusetts; y Janet Hunter y Helen Macnaughtan, «Gender and the Global Textile Industry», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 705.

23. Véase Hunter y Macnaughtan, «Gender and the Global Textile Industry», *op. cit.*, p. 705; junto con Maynes, «Gender, Labor, and Globalization in Historical Perspective», *op. cit.*, pp. 51, 54; carta de William Rathbone VI a William Rathbone V, Baltimore, 13 de mayo de 1841, en Box IX.3.53–82, RP, Rathbone Papers, Special Collections and Archives, University of Liverpool; y carta de William Rathbone VI a William Rathbone V, Boston, 18 de junio de 1841, en *ibíd.*

24. Hunter y Macnaughtan, «Gender and the Global Textile Industry», *op. cit.*, p. 710, 715; y Berg, «What Difference Did Women's Work Make to the Industrial Revolution?», *op. cit.*, pp. 154, 158, 168.

25. Maynes, «Gender, Labor, and Globalization in Historical Perspective», *op. cit.*, p. 55; Kenneth Pomeranz, «Cotton Textiles, Division of Labor and the Economic and Social Conditions of Women: A Preliminary Survey», ponencia, Conference 5: Cotton Textiles, Global Economic History Network, Osaka, diciembre de 2004, p. 20; Jack A. Goldstone, «Gender, Work, and Culture: Why the Industrial Revolution Came Early to England but Late to China», *Sociological Perspectives*, vol. 39, n.º 1, primavera de 1996, pp. 1-21; Philip C. C. Huang, *The Peasant Family and Rural Development in the Yangzi Delta, 1350-1988*, Stanford University Press, Stanford, California, 1990, pp. 91 y 110 y sigs.

26. Véase J. Dhondt, «The Cotton Industry at Ghent During the French Regime», en F. Crouzet, W. H. Chaloner y W. M. Stern (comps.), *Essays in European Economic History, 1789-1914*, Edward Arnold, Londres, 1969, *op. cit.*, p. 21; así como Wallace Daniel, «Entrepreneurship and the Russian Textile Industry: From Peter the Great to Catherine the Great», *Russian Review*, vol. 54, n.º 1, enero de 1995, *op. cit.*, p. 7; I. D. Maulsby, Maryland General Assembly, Joint Committee on the Penitentiary, *Testimony Taken Before the Joint Committee of the Legislature of Maryland, on the Penitentiary*, Annapolis, 1837, p. 31; Rebecca McLennan, *The Crisis of Imprisonment: Protest, Politics, and the Making of the American Penal State, 1776-1941*, Cambridge University Press, Nueva York, 2008, p. 66; Dave Pretty, «The Cotton Textile Industry in Russia and the Soviet Union», ponencia, Textile Conference, International Institute of Social History, Ámsterdam, noviembre de 2004, *op. cit.*, p. 7; M. L. Gavlin, *Iz istorii rossiiskogo predprinimatel'stva: dinastiia Knopov: nauchno-analiticheskii obzor*, INION AN SSSR, Moscú, 1995, pp. 34-35; Wolfgang Müller, «Die Textilindustrie des Raumes Puebla (Mexiko) im 19. Jahrhundert», *op. cit.*, pp. 298-299; Max Hamburger, «Standortgeschichte der Deutschen Baumwoll-Industrie», tesis doctoral, Universidad de Heidelberg, 1911; y Andrea Komlosy, «Austria and Czechoslovakia: The Habsburg Monarchy and Its Successor States», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 57.

27. Delson, «How Will We Get Our Workers?», *op. cit.*, pp. 657-658, y 660; «In our country», cita tomada de Stanley J. Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture: Textile Enterprise in an Underdeveloped Area, 1850-1950*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1957, *op. cit.*, p. 51; Jacqueline Jones, *Labor of Love, Labor of Sorrow: Black Women, Work, and the Family from Slavery to the Present*, Basic Books, Nueva York, 1985, pp. 30-31.

28. Delson, «How Will We Get Our Workers?», *op. cit.*, p. 655; Aleksei Viktorovich Koval'chuk, *Manufakturnaia promyshlennost' Moskvyy vo vtoroi polovine XVIII veka: Tekstil'noe proizvodstvo*, Editorial URSS, Moscú, 1999, p. 311. E. P. Thompson refiere con gran profundidad el proceso general por el que se terminará consiguiéndose disciplinar a los trabajadores para adaptarlos a las labores propias de una fábrica en «Time, Work-Discipline and Industrial Capitalism», *Past and Present*, n.º 38, 1967, pp. 56-97; Time Book, Oldknow Papers, Record Group SO, Box 12/16, Biblioteca John Rylands, Manchester; y Chapman, *The Cotton Industry in the Industrial Revolution*, *op. cit.*, p. 56.

29. Dietrich Ebeling *et al.*, Die deutsche Woll- und Baumwollindustrie presented at the International Textile History Conference, noviembre de 2004, p. 32. Véase Harvey, *Constructing Class and Nationality in Alsace*, *op. cit.*, p. 59; Angel Smith *et al.*, «Spain», *op. cit.*, p. 460; Van Nederveen Meerkerk *et al.*, «The Netherlands», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 385. Véase también el magnífico artículo de Marcel van der Linden titulado «Re-constructing the Origins of Modern Labor Management», *Labor History*, n.º 51, noviembre de 2010, pp. 509-522.

30. Véase Ebeling *et al.*, «The German Wool and Cotton Industry from the Sixteenth to the Twentieth Century», *op. cit.*, p. 227; junto con el informe de J. Norris a Robert Peel, secretario de estado británico, 28 de abril de 1826, Manchester, Public Record Office, Home Office, Introduction of Power Looms: J. Norris, Manchester, en el que se incluye una nota manuscrita dirigida a los COTTON SPINNERS de Manchester, 6 de mayo de 1826, HO 44/16, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*; Paul Huck, «Infant Mortality and Living Standards of English Workers During the Industrial Revolution», *Journal of Economic History*, vol. 55, n.º 3, septiembre de 1995, p. 547. Véase también Simon Szreter y Graham Mooney, «Urbanization, Mortality, and the Standard of Living Debate: New Estimates of the Expectation of Life at Birth in Nineteenth-Century British Cities», *Economic History Review*, Nueva Serie, vol. 51, n.º 1, febrero de 1998, pp. 84-112; así como Hans-Joachim Voth, «The Longest Years: New Estimates of Labor Input in England, 1760-1830», *Journal of Economic History*, vol. 61, n.º 4, diciembre de 2001, pp. 1065-1082 —la cita se encuentra en la página 1065—; Actas de los días 24 de abril de 1822, 30 de enero de 1823 y 23 de abril de 1825, Proceedings of the Manchester Chamber of Commerce, 1821-1827, Record Group M8/2/1, Manchester Archives and Local Studies, Manchester; Seth Luther, *Address to the Working Men of New En gland, on the State of Education, and on the Condition of the Producing Classes in Europe and America*, George H. Evans, Nueva York, 1833, p. 11.

31. Jeff Horn, *The Path Not Taken: French Industrialization in the Age of Revolution, 1750-1830*, Massachusetts Institute of Technology Press, Cambridge, Massachusetts, 2006, pp. 107, 109-110, 116, 120.

32. Véase H. A. Turner, *Trade Union Growth Structure and Policy: A Comparative Study of the Cotton Unions*, George Allen and Unwin, Londres, 1962, pp. 385-386; junto con Andrew Charlesworth *et al.*, *Atlas of Industrial Protest in Britain, 1750-1985*, Basingstoke, Macmillan, 1996, pp. 42-46.

33. Howard F. Cline, «The “Aurora Yucateca” and the Spirit of Enterprise in Yucatan, 1821-1847», *Hispanic American Historical Review*, vol. 27, n.º 1, febrero de 1947, *op. cit.*, p. 30; Max Lemmenmeier, «Heimgewerbliche Bevölkerung und Fabrikarbeitschaft in einem ländlichen Industriegebiet der Ostschweiz (Oberes Glattal) 1750-1910», en Karl Ditt y Sidney Pollard (comps.), *Von der Heimarbeit in die Fabrik: Industrialisierung und Arbeiterschaft in Leinen- und Baumwollregionen Westeuropas während des 18. und 19. Jahrhunderts*, F. Schöningh, Paderborn, 1992, pp. 410 y 428 y sigs.; Bodmer, *Die Entwicklung der Schweizerischen Textilwirtschaft*, *op. cit.*, pp. 295-296; y Van Nederveen Meerkerk *et al.*, «The Netherlands», *op. cit.*, p. 386.

34. John Holt, *General View of the Agriculture of the County of Lancashire*, John Archer, Dublin, 1795, p. 208.

35. Véase Thompson, *The Making of the English Working Class*, *op. cit.*; junto con Horn, *The Path Not Taken*, *op. cit.*, pp. 91, 95 y 97-98. En Francia se destruyeron mil de los veinticinco mil bastidores hidráulicos existentes; véase John Brown, *A Memoir of Robert Blincoe, an Orphan Boy; Sent from the Workhouse of St. Pancras, London at Seven Years of Age to Endure the Horrors of a Cotton-Mill, Through His Infancy and Youth, with a Minute Detail of His Sufferings, Being the First Memoir of the Kind Published*, Printed for and Published by J. Doherty, Manchester, 1832, p. 2.

36. Véase Turner, *Trade Union Growth Structure and Policy*, *op. cit.*, pp. 382-385; así como la carta de W. Foster a Robert Peel, 13 de julio de 1826, Manchester, Home Office, Introduction of Power Looms: J. Norris, Manchester, enclosing a hand bill addressed to the COTTON SPINNERS of Manchester, 1826, 6 de mayo, HO 44/16, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*; Aaron Brenner *et al.* (comps.), *The Encyclopedia of Strikes in American History*, M. E. Sharpe, Armonk, Nueva York, 2011, p. xvii; Mary H. Blewett, «USA: Shifting Landscapes of Class, Culture, Gender, Race and Protest in the American Northeast and South», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 536; Angel Smith *et al.*, «Spain», *op. cit.*, p. 457; Edward Shorter y Charles Tilly, *Strikes in France, 1830-1968*, Cambridge University Press, Nueva York, 1974, p. 195; y Hunter y Macnaughtan, «Gender and the Global Textile Industry», *op. cit.*, p. 721.

37. Steinfeld, *Coercion, Contract, and Free Labor*, *op. cit.*, pp. 245, 319.

8. *El algodón adquiere dimensión mundial*

1. Suplemento n.º 6 del *Neue Bremer Zeitung*, 6 de enero de 1850, p. 1.

2. Véase Henry S. Young, *Bygone Liverpool: Illustrated by Ninety-Seven Plates Reproduced from Original Paintings, Drawings, Manuscripts and Prints*, H. Young, Liverpool, 1913, p. 36; junto con James Stonehouse, *Pictorial Liverpool: Its Annals, Commerce, Shipping, Institutions, Buildings, Sights, Excursions, &c. &c.: A New and Complete Hand- book for Resident, Visitor and Tourist*, H. Lacey, Inglaterra, ¿1844?, p. 143. En el año 1821 atracaron en el puerto 3.381 barcos. Véase también *The Picture of Liverpool, or, Stranger's Guide*, Thomas Taylor, Liverpool, 1832, pp. 31, 75. Para saber más acerca de la historia de las actividades que desarrollaban las clases trabajadoras de la costa, véase Harold R. Hikins, *Building the Union: Studies on the Growth of the Workers' Movement, Merseyside, 1756-1967*, Toulouse Press for Liverpool Trades Council, Liverpool, 1973.

3. Graeme J. Milne, *Trade and Traders in Mid-Victorian Liverpool: Mercantile Business and the Making of a World Port*, Liverpool University Press, Liverpool, 2000, p. 29; carta de James Brown a James Croft, Nueva Orleáns, 16 de marzo de 1844, en record group 387 MD, libro de correspondencia del capitán James Brown, 1843-1852, ítem 48, Shipping Records of the Brown Family, Liverpool Records Office, Liverpool; carta del capitán James Brown a James Croft, Nueva Orleáns, 18 de octubre de 1844, en *ibíd.*

4. Thomas Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain: Including a History of the Liverpool Cotton Market and of the Liverpool Cotton Brokers' Association*, Effingham Wilson, Londres, 1886, *op. cit.*, pp. 168-170, 172; Samuel Smith, *My Life-Work*, Hodder and Stoughton, Londres, 1902, p. 16; Henry Smithers, *Liverpool, Its Commerce, Statistics, and Institutions: With a History of the Cotton Trade*, Thomas Kaye, Liverpool, 1825, p. 140; High Gawthrop, *Fraser's Guide to Liverpool*, W. Kent and Co., Londres, 1855, p. 212.

5. La imagen de la página 202 forma parte de los Franklin Elmore Papers, Biblioteca del Congreso, RASP Ser. C, Pt. 2, reel 3. Agradezco a Susan O'Donovan que me haya notificado la existencia de esta fuente.

6. Véase Vincent Nolte, *Fifty Years in Both Hemispheres or, Reminiscences of the Life of a Former Merchant*, Redfield, Nueva York, 1854, p. 278; así como *De Bow's Review*, n.º 12, febrero de 1852, p. 123; y *Merchants' Magazine and Commercial Review*, n.º 15, 1846, p. 537.

7. John R. Killick argumenta que se ha ignorado prácticamente por completo la faceta internacional del comercio del algodón, a diferencia de lo ocurrido con la historia de las plantaciones algodoneras. Véase John R. Killick, «The Cotton Operations of Alexander Brown and Sons in the Deep South, 1820-1860», *Journal of Southern History*, n.º 43, mayo de 1977, p. 169.

8. Véase Robin Pearson y David Richardson, «Networks, Institutional Innovation and Atlantic Trade before 1800», *Business History*, vol. 50, n.º 6, noviembre de 2008, p. 765; junto con con las Annual Profit and Loss Accounts of John Tarleton, 920 TAR, Box 2, Liverpool Records Office, Liverpool; Annual Profit and Loss Accounts of Messrs. Tarleton and Backhouse, 920 TAR, Box 5, en *ibíd.*; Earle Collection, D/Earle/5/9, Merseyside Museo Marítimo, Liverpool; Milne, *Trade and Traders in Mid-Victorian Liverpool*, *op. cit.*, p. 48.

9. Véase Edward Roger John Owen, *Cotton and the Egyptian Economy, 1820-1914: A Study in Trade and Development*, Clarendon Press, Oxford, 1969, pp. 34, 90; junto con J. Forbes Royle, *On the Culture and Commerce of Cotton in India and Elsewhere: With an Account of the Experiments Made by the Hon. East India Company up to the Present Time*, Smith, Elder and Co., Londres, 1851, pp. 80-81; Great Britain Board of Trade, *Statistical Abstract for the United Kingdom*, 1856-1870, 18th no., Londres, Her Majesty's Stationery Office, 1871, pp. 58-59; Jean Legoy, *Le peuple du Havre et son histoire: Du négoce à l'industrie, 1800-1914, le cadre de vie*, EDIP, Saint-Étienne du Rouvray, 1982, p. 256; Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, Apéndice, Cuadro 2, *op. cit.*; la cifra de 350.448 libras (158 toneladas métricas) es la conversión de 3.129 centenas largas (1 libra equivale a 112 centenas largas, según lo que señala Elizabeth Boody Schumpeter en *English Overseas Trade Statistics, 1697-1808*, Clarendon Press, Oxford, 1968, p. 34). Además, por citar otro ejemplo, el volumen de las importaciones de hilos y telas de confección británica llegados a Calcuta se multiplicó por cuatro en los diecisiete años inmediatamente posteriores a 1834. Véase Imports of Cotton, Piece Goods, Twist and Yarn in Calcutta 1833/34 to 1850/51, en MSS Eur F 78/44, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres; así como Werner Baer, *The Brazilian Economy: Growth and Development*, Praeger, Westport, Connecticut, 2001, p. 17; Patrick Verley, «Exportations et croissance économique dans la France des Années 1860», *Annales*, n.º 43, 1988, p. 80; Leone Levi, «On the Cotton Trade and Manufacture, as Affected by the Civil War in America», *Journal of the Statistical Society of London*, vol. 26, n.º 8, marzo de 1863, p. 32; Stanley Chapman, *Merchant Enterprise in Britain: From the Industrial Revolution to World War I*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, p. 6; Douglas A. Irwin, «Exports of Selected Commodities: 1790-1989», Table Ee569-589, en Susan B. Carter *et al.* (comps.), *Historical Statistics of the United States, Earliest Times to the Present: Millennial Edition*, Cambridge University Press, Nueva York, 2006; Douglas A. Irwin, «Exports and Imports of Merchandise, Gold, and Silver: 1790-2002», Table Ee362-375, en Carter *et al.* (comps.), *Historical Statistics of the United States*.

10. Verley, «Exportations et croissance économique dans la France des Années 1860», *op. cit.*, p. 80.

11. Stanley Dumbell, «Early Liverpool Cotton Imports and the Organisation of the Cotton Market in the Eighteenth Century», *Economic Journal*, n.º 33, septiembre de 1923, p. 367; y Stanley Dumbell, «The Cotton Market in 1799», *Economic Journal*, enero de 1926, p. 141.

12. Dumbell, «Early Liverpool Cotton Imports and the Organisation of the Cotton Market in the Eighteenth Century», *op. cit.*, pp. 369-370; Nigel Hall, «The Business Interests of Liverpool's Cotton Brokers, c. 1800-1914», *Northern History*, n.º 41, septiembre de 2004, p. 339; Nigel Hall, «The Emergence of the Liverpool Raw Cotton Market, 1800-1850», *Northern History*, n.º 38, marzo de 2001, pp. 74, 75, 77; *The Liverpool Trade Review*, n.º 53, octubre de 1954, pp. 318-319; y Francis E. Hyde, Bradbury B. Parkinson y Sheila Marriner, «The Cotton Broker and the Rise of the Liverpool Cotton Market», *Economic History Review*, n.º 8, 1955, p. 81.

13. Véase Hall, «The Business Interests of Liverpool's Cotton Brokers», *op. cit.*, pp., 339-343; junto con Milne, *Trade and Traders in Mid-Victorian Liverpool*, *op. cit.*, pp. 124, 150; Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, pp. 166-167, 171, 175, 176, 200, 236, 257; y Hyde *et al.*, «The Cotton Broker and the Rise of the Liverpool Cotton Market», *op. cit.*, p. 76.

14. Daily Purchases and Sales Book, 1814-1815, George Holt and Co., en Papers of John Aiton Todd, Record group MD 230:4, Liverpool Records Office, Liverpool; Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, p. 206.

15. Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, p. 206.

16. Véase Allston Hill Garside, *Cotton Goes to Market: A Graphic Description of a Great Industry*, Stokes, Nueva York, 1935, pp. 47, 51, 58; junto con Dumbell, «The Cotton Market in 1799», p. 147; Jacques Peuchet, *Dictionnaire universel de la géographie commerçante, contenant tout ce qui a rapport à la situation et à l'étendue de chaque état commerçant; aux productions de l'agriculture, et au commerce qui s'en fait; aux manufactures, pêches, mines, et au commerce qui se fait de leurs produits; aux lois, usages, tribunaux et administrations du commerce*, vols. 1-5, Chez Blanchon, París, 1799: véanse, por ejemplo, las entradas correspondientes a Benín (vol. 2, p. 800), Estados Unidos (vol. 4, p. 16) y Saint Vincent (vol. 5, pp. 726-727). Pese a que Harold Woodman sugiera que los estándares no empezaron a emplearse sino después de la década de 1870, tras la creación de las lonjas de algodón, lo cierto es que esas clasificaciones cuentan con una historia mucho más dilatada. Véase Harold D. Woodman, *King Cotton and His Retainers: Financing and Marketing the Cotton Crop of the South, 1800-1925*, University of South Carolina Press, Columbus, 1990, p. xvii; Para una mayor información sobre el surgimiento de estas categorías en los diferentes mercados, véase Arthur Harrison Cole, *Wholesale Commodity Prices in the United States, 1700-1861*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1938, pp. 110-343; *The Tradesman*, vol. 2, p. 182; *The Colonial Journal*, vol. 3, n.º 5, 1817, p. 549; *The London Magazine*, n.º 1, 1820, p. 593; véase también el importante artículo de Philippe Minard titulado «Facing Uncertainty: Markets, Norms and Conventions in the Eighteenth Century», en Perry Gauci (comp.), *Regulating the British Economy, 1660-1850*, Ashgate, Burlington, Vermont, 2011, pp. 189-190.

17. Carl Johannes Fuchs, «Die Organisation des Liverpoolers Baumwollhandels», en Gustav Schmoller (comp.), *Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft im deutschen Reich* 14, Duncker and Humblot, Leipzig, 1890, p. 111; Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, p. 272; Stephen M. Stigler, *Statistics on the Table: The History of Statistical Concepts and Methods*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1999, p. 364; Minute Book of Weekly Meetings, Liverpool Cotton Brokers' Association, 3 de abril de 1842, en record 380 COT, file 1/1, Papers of the Liverpool Cotton Association, Liverpool Records Office, Liverpool; Minute Book of Weekly Meetings, Liverpool Cotton Brokers' Association, 18 de febrero de 1842, en *ibid.*; Minute Book of Weekly Meetings, Liverpool Cotton Brokers' Association, 13 de agosto de 1844, en *ibid.*; Minute Book of Weekly Meetings, Liverpool Cotton Brokers' Association, 23 de octubre de 1846, en *ibid.* Con intención similar, el Bombay Cotton Dealers' Managing Committee distribuyó también en 1857 un modelo de contrato unificado e impreso en el que se exigía realizar de manera uniforme el embalado de las pacas de algodón y se sentaban las bases para resolver mediante arbitrio los conflictos que pudieran surgir. Las disposiciones del Bombay Cotton Dealers Managing Committee aparecen citadas en M. L. Dantwala, *A Hundred Years of Indian Cotton*, East India Cotton Association, Bombay, 1947, *op. cit.*, p. 63.

18. Véanse las actas de la reunión de la Cámara de Comercio de Estados Unidos en Liverpool, Liverpool, 14 de octubre de 1848, en record 380 AME, vol. 2, American Chamber of Commerce Records, Liverpool Records Office, Liverpool; véase también Woodman, *King Cotton and His Retainers*, *op. cit.*, p. xvii.

19. Stanley Dumbell, «The Origin of Cotton Futures», *Economic Journal*, Supplement, mayo de 1827, pp. 259-267; Fuchs, «Die Organisation des Liverpooler Baumwollhandels», p. 115; Hall, «The Liverpool Cotton Market: Britain's First Futures Market», p. 102; Daily Purchases and Sales Book, 1814-1815, George Holt and Co., en Papers of John Aiton Todd, Record group MD 230:4, Liverpool Records Office, Liverpool; Milne, *Trade and Traders in Mid-Victorian Liverpool*, *op. cit.*, pp. 114, 260; «List of Liverpool cotton importers and brokers», 20 de abril de 1860, en Correspondence sent to Baring in London by the Baring firm in Liverpool, House Correspondence, 1 de enero a 19 de abril de 1860, ING Baring Archives, Londres; Kenneth J. Lipartito, «The New York Cotton Exchange and the Development of the Cotton Futures Market», *Business History Review*, n.º 57, primavera de 1983, p. 51; Robert Lacombe, *La Bourse de Commerce du Havre*, Recueil Sirey, París, 1939, p. 3; Claudie Reinhart, «Les Reinhart: Une famille de négociants en coton et café au Havre, 1856-1963», tesis doctoral, La Sorbona, 2005, p. 304; Smith, *My Life-Work*, *op. cit.*, p. 17.

20. Dumbell, «The Origin of Cotton Futures», *op. cit.*, p. 261.

21. D. M. Williams, «Liverpool Merchants and the Cotton Trade, 1820-1850», en J. R. Harris (comp.), *Liverpool and Merseyside: Essays in the Economic and Social History of the Port and Its Hinterland*, Frank Cass and Co., Londres, 1969, p. 192.

22. Véase Hall, «The Business Interests of Liverpool's Cotton Brokers», *op. cit.*, p. 339; así como Dumbell, «Early Liverpool Cotton Imports and the Organisation of the Cotton Market», *op. cit.*, pp. 362-363; Hall, «The Emergence of the Liverpool Raw Cotton Market», *op. cit.*, pp. 69, 71; Williams, «Liverpool Merchants and the Cotton Trade», *op. cit.*, p. 183; *Universal British Directory of Trade, Commerce, and Manufacture*, vol. 3, s. e., Londres, 1790-1794, p. 646; Francois Vigier, *Change and Apathy: Liverpool and Manchester During the Industrial Revolution*, Massachusetts Institute of Technology Press, Cambridge, Massachusetts, 1970, p. 64; Chapman, *Merchant Enterprise in Britain*, *op. cit.*, p. 83; Thomas Kaye, *The Stranger in Liverpool: Or, an Historical and Descriptive View of the Town of Liverpool and Its Environs*, T. Kaye, Liverpool, 1820, p. 33.

23. Nigel Hall, «A “Quaker Confederation”? The Great Liverpool Cotton Speculation of 1825 Reconsidered», *Transactions of the Historical Society of Lancashire and Cheshire*, vol. 151, 2002, p. 2; Williams, «Liverpool Merchants and the Cotton Trade», *op. cit.*, pp. 187-190; «Materials Concerning the Business Interests of James Stitt, Samuel Stitt and John J. Stitt», folder 1, record D/B/115/1-4, Stitt Brothers Papers, Museo Marítimo de Merseyside, Liverpool; Killick, «The Cotton Operations of Alexander Brown», *op. cit.*, p. 171; y Chapman, *Merchant Enterprise in Britain*, *op. cit.*, p. 86.

24. Williams, «Liverpool Merchants and the Cotton Trade», *op. cit.*, p. 195; Sheila Marriner, *Rathbones of Liverpool, 1845-1873*, Liverpool University Press, Liverpool, 1961, pp. xi, 14, 228-229. Parece que, en algunas ocasiones, también había agentes de corretaje que mediaban entre los vendedores (o factores) y los compradores (es decir, los comerciantes); véase Woodman, *King Cotton and His Retainers*, *op. cit.*, p. 26. Para el dato de los ingresos de un facultativo, véase R. V. Jackson, «The Structure of Pay in Nineteenth Century Britain», *Economic History Review*, Nueva Serie, n.º 40, noviembre de 1987, p. 563; para conocer el valor de los beneficios de los Rathbone en libras esterlinas actuales, véase Lawrence H. Officer y Samuel H. Williamson, «Five Ways to Compute the Relative Value of a U. K. Pound Amount, 1270 to Present», *Measuring Worth*, <http://www.measuringworth.com/ukcompare/>, (último acceso, 9 de agosto de 2012); R. G. Wilson y A. L. Mackley, «How Much Did the English Country House Cost to Build, 1660-1880?», *Economic History Review*, Nueva Serie, n.º 52, agosto de 1999, p. 446.

25. Nolte, *Fifty Years in Both Hemispheres*, *op. cit.*, pp. 275, 281; Ralph W. Hidy, *The House of Baring in American Trade and Finance: English Merchant Bankers at Work, 1763-1861*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1949, pp. 77, 89.

26. Philip Ziegler, *The Sixth Great Power: Baring, 1762-1929*, Collins, Londres, 1988, pp. 130, 145; Hidy, *The House of Baring*, *op. cit.*, pp. 107, 359, 361.

27. Ziegler, *The Sixth Great Power*, 01 131; Hidy, *The House of Baring*, *op. cit.*, pp. 3, 185, 298. Para la cita, véase la carta de la Compañía de los Hermanos Baring de Liverpool a Francis Baring, Liverpool, 21 de julio de 1833, House Correspondence, record group HC3, file 35,1, en ING Baring Archive, Londres. Para saber más acerca de la importancia de las operaciones algodonerías que efectuaban los Baring véanse otras cartas de esta misma carpeta. Para el dato relativo a la producción atribuible a cada uno de los braceros de las plantaciones, véase David Eltis, *Economic Growth and the Ending of the Transatlantic Slave Trade*, Oxford University Press, Nueva York, 1987, p. 287.

28. Véase Sam A. Mustafa, *Merchants and Migrations: Germans and Americans in Connection, 1776-1835*, Ashgate, Aldershot, 2001, p. 118; junto con Ludwig Beutin, *Von 3 Ballen zum Weltmarkt: Kleine Bremer Baumwollchronik 1788-1872*, Editorial Franz Leuwer, Bremen, 1934, pp. 11, 16; KarlHeinz Schildknecht, *Bremer Baumwollbörse: Bremen und Baumwolle im Wandel der Zeiten*, Bremer Baumwollbörse, Bremen, 1999, pp. 8, 9; y Friedrich Rauters, *Bremer Handelsgeschichte im 19. Jahrhundert*, Editorial Franz Leuwer, Bremen, 1913, pp. 35-39.

29. Beutin, *Von 3 Ballen zum Weltmarkt*, *op. cit.*, p. 20; Schiffsbuch «Albers», en D. H. Wätjen and Co. Papers, record group 7, 2092, box 19, Archivos Estatales de Bremen, Alemania. Véanse también los libros de registro del buque *Magdalena*, entre el 1 de enero de 1859 y el 31 de diciembre de 1861, D. H. Wätjen and Co. Papers, record group 7, 2092, box 20, Archivos Estatales de Bremen, *loc. cit.*

30. G. Weulersse, *Le port du Havre*, Dunod, Paris, 1921, p. 67; Legoy, *Le peuple du Havre et son histoire*, *op. cit.*, pp. 217, 255, 257; y *Revue du Havre*, 1850.

31. *New York Times*, 17 de abril de 1901; Legoy, *Le peuple du Havre et son histoire*, *op. cit.*, pp. 217, 257; y Reinhart, «Les Reinhart», *op. cit.*, pp. 26, 39, 41.

32. Claude Malon, *Jules Le Cesne: Député du Havre, 1818-1878*, Éditions Bertout, Luneray, 1995, pp. 11-12, 15, 24; Beutin, *Von 3 Ballen zum Weltmarkt*, *op. cit.*, p. 21.

33. Alfred D. Chandler, hijo, *The Visible Hand: The Managerial Revolution in American Business*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1977, p. 29; Chapman, *Merchant Enterprise in Britain*, *op. cit.*, p. 150; John Crosby Brown, *A Hundred Years of Merchant Banking*, impresión privada, Nueva York, 1909, pp. 64, 184; carta circular de Brown Brothers and Company, octubre de 1825, reimpresión en Brown, *A Hundred Years of Merchant Banking*, *op. cit.*, p. 190; circular de Brown Brothers, 31 de octubre de 1815, reimpresión en *ibíd.*, p. 191; y John Killick, «Risk, Specialization, and Profit in the Mercantile Sector of the Nineteenth Century Cotton Trade: Alexander Brown and Sons, 1820-80», *Business History Review*, n.º 16, enero de 1974, p. 13.

34. Véase John A. Kouwenhoven, *Partners in Banking: An Historical Portrait of a Great Private Bank, Brown Brothers Harriman & Co., 1818-1968*, Doubleday, Garden City, Nueva York, 1967, pp. 39, 43, 63, 70; así como Killick, «The Cotton Operations of Alexander Brown», *op. cit.*, pp. 173, 176-177, 179-180, 185; Brown, *A Hundred Years of Merchant Banking*, *op. cit.*, p. 255; Chandler, *The Visible Hand*, *op. cit.*, p. 29; Tim Schenk, «Business Is International: The Rise of the House of Brown, 1800-1866», tesina de licenciatura, Columbia University, 1997, p. 30; Killick, «Risk, Specialization, and Profit», *op. cit.*, p. 15. Esa cifra de cuatrocientos mil dólares viene a equivaler a unos 8,3 millones de dólares de 2011. El precio de los yates y los carruajes en la década de 1830 se encuentra en Scott Derks y Tony Smith, *The Value of a Dollar: Colonial Era to the Civil War, 1600-1865*, Grey House Publishing, Millerton, Nueva York, 2005.

35. Killick, «The Cotton Operations of Alexander Brown», *op. cit.*, p. 183; Sven Beckert, *The Monied Metropolis: New York City and the Consolidation of the American Bourgeoisie, 1850-1896*, Cambridge University Press, Nueva York, 2001, p. 271.

36. Véase Philip McMichael, «Slavery in Capitalism: The Rise and Demise of the U. S. Antebellum Cotton Culture», *Theory and Society*, n.º 20, junio de 1991, pp. 325-328; junto con la carta de W. Nott and Co., Nueva Orleáns, 26 de noviembre de 1829, a Thomas Baring, House Correspondence, HCV 5.7.17, ING Baring Archive, Londres. Véase también la carta de W. Nott a Thomas Baring, Private, Nueva Orleáns, 25 de agosto de 1830, *ibíd.*

37. Woodman, *King Cotton and His Retainers*, *op. cit.*, p. 99; Ziegler, *The Sixth Great Power*, *op. cit.*, pp. 76, 150. Forstall era también el principal valedor del periódico *The Southerner*. Véase la carta de E. J. Forstall a la Compañía Baring Brothers de Londres, Nueva Orleáns, 19 de febrero de 1848, House Correspondence, HC 5, 7.5, ING Baring Archive, Londres; junto con Hidy, *The House of Baring*, *op. cit.*, pp. 95-96; carta del presidente de la Asociación Unificada de Plantadores del Banco de Luisiana, 7 de abril de 1829, Nueva Orleáns, a los señores Baring Brothers y Compañía, House Correspondence, HCV 5.7.17, ING Baring Archive, Londres; y carta de Edmond Forstall a la Compañía Baring Brothers de Londres, Liverpool, 29 de julio de 1830, House Correspondence, HC 5, 7.5, ING Baring Archive, Londres.

38. Woodman, *King Cotton and His Retainers*, *op. cit.*, pp. 8, 12, 13, 30; Chandler, *The Visible Hand*, *op. cit.*, p. 21; Joseph Holt Ingraham, *The Southwest: By a Yankee*, vol. 2, Harper and Brothers, Nueva York, 1835, p. 91.

39. Woodman, *King Cotton and His Retainers*, *op. cit.*, pp. 34, 41, 53, 160; Chandler, *The Visible Hand*, *op. cit.*, p. 23.

40. Smith, *My Life-Work*, *op. cit.*, p. 25; Killick, «The Cotton Operations of Alexander Brown», *op. cit.*, p. 176; Jerrell H. Shofner, *Daniel Ladd: Merchant Prince of Frontier Florida*, University Presses of Florida, Gainesville, 1978, pp. 2, 24, 35, 38, 44, 45, 53, 91, 88.

⁴¹. Véase la carta de Salomon Volkart a J. M. Grob, Winterthur, 3 de julio de 1851, copy book, letters, vol. 1, Volkart Archive, Winterthur, Switzerland; así como el record group 920 TAR, file 4, letters, Tarleton Papers, Liverpool Records Office, Liverpool; y Milne, *Trade and Traders in Mid-Victorian Liverpool*, *op. cit.*, p. 51. Para saber más acerca de El Havre, véase Legoy, *Le peuple du Havre et son histoire*, *op. cit.*, p. 228; y Weulersse, *Le port du Havre*, *op. cit.*, p. 86.

42. Killick, «The Cotton Operations of Alexander Brown», *op. cit.*, p. 186; Schenk, «Business Is International», *op. cit.*, p. 31.

43. Actas de la reunión celebrada por Cámara de Comercio de Estados Unidos en Liverpool, Liverpool, 9 de agosto de 1843, en record 380 AME, vol. 2, American Chamber of Commerce Records, Liverpool Records Office, Liverpool.

44. *Ibíd.*; Bonnie Martin, «Neighbor to Neighbor Capitalism: Local Credit Networks and the Mortgaging of Slaves», en Sven Beckert y Seth Rockman (comps.), *Slavery's Capitalism: A New History of American Economic Development*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia (en preparación).

45. Véase Milne, *Trade and Traders in Mid-Victorian Liverpool*, *op. cit.*, p. 116; junto con Chapman, *Merchant Enterprise in Britain*, *op. cit.*, p. 101; carta de Hamlin y Van Vechten a los señores G. V. Robinson, Nueva York, 8 de marzo de 1820, en Hamlin y Van Vechten Papers, Manuscript Division, Biblioteca Pública de Nueva York, Nueva York.

46. Marika Vicziany, «Bombay Merchants and Structural Changes in the Export Community, 1850-1880», en Clive Dewey y K. N. Chaudhuri (comps.), *Economy and Society: Essays in Indian Economic and Social History*, Oxford University Press, Nueva York, 1979, pp. 163-164; carta de Jonathan Duncan al conde de Warrington, Bombay, 22 de marzo de 1800, en Home Miscellaneous, vol. 471, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres; carta a la Agricultural Horticultural Society of Bombay, según la cita que aparece en Dantwala, *A Hundred Years of Indian Cotton*, *op. cit.*, p. 33 —véase también la página 32.

47. «Report on the Private trade between Europe, America and Bengal from 1st June 1776 to 31st May 1802, General Remarks», en Bengal Commercial Reports, External, 1795-1802, record group P/174, vol. 13, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; «Report of Commercial Occurrences», 6 de marzo de 1788, en Reports to the Governor General from the Board of Trade, 1789, en Home Miscelanea, vol. 393, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *ibid.*; «Minutes of Proceedings, April 15, 1800», en Minutes of Commercial Proceedings at Bombay Castle from April 15, 1800, to 31st December, 1800, Bombay Commercial Proceedings, record group P/414, vol. 66, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *ibid.*; B. K. Karanjia, *Give Me a Bombay Merchant-Anytime: The Life of Sir Jamsetjee Jejeebhoy, Bt., 1783, 1859*, University of Mumbai, Bombay, 1998; List of Members, *Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1861-62*, Chesson and Woodhall, Bombay, 1862, pp. 10-12; *Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1846-47*, American Mission Press, Bombay, 1847, p. 7.

48. Véase Walter R. Cassel, *Cotton: An Account of Its Culture in the Bombay Presidency*, Bombay Education Society's Press, Bombay, 1862, pp. 289, 292; así como Christof Dejung, «Netzwerke im Welthandel am Beispiel der Schweizer Handelsfirma Gebrüder Volkart, 1851-1930», artículo inédito, propiedad del autor, p. 5; carta de John Richards a la Compañía Baring Brothers de Londres, Bombay, 24 de octubre de 1832, House Correspondence, HC 6.3, India and Indian Ocean, vol. 5, ING Baring Archive, Londres.

49. H. V. Bowen, «British Exports of Raw Cotton from India to China During the Late Eighteenth and Early Nineteenth Centuries», en Giorgio Riello y Tirthankar Roy (comps.), *How India Clothed the World: The World of South Asian Textiles, 1500-1850*, Brill, Boston, 2009, p. 130; Elena Frangakis, «The Ottoman Port of Izmir in the Eighteenth and Early Nineteenth Centuries, 1695-1820», *Revue de L'Occident Musulman et de la Méditerranée*, n.º 39, 1985, pp. 149-162; Wolfgang Müller, «Die Textilindustrie des Raumes Puebla (Mexiko) im 19. Jahrhundert», tesis doctoral, Universidad de Bonn, 1977, *op. cit.*, pp. 99-102.

50. Véase la carta de Johannes Niederer a Salomon Volkart, Batavia, 20 de diciembre de 1854, copia mecanografiada en copy book, letters, vol. 1, Volkart Archive, Winterthur, Suiza; junto con Chapman, *Merchant Enterprise in Britain*, *op. cit.*, pp. 181, 185; Hall, «The Emergence of the Liverpool Raw Cotton Market», *op. cit.*, p. 80; Milne, *Trade and Traders in Mid-Victorian Liverpool*, *op. cit.*, p. 100; y la carta de Alexander Brown a William Brown, 27 de octubre de 1819, reimpresa en Brown, *A Hundred Years of Merchant Banking*, *op. cit.*, p. 68.

51. Chapman, *Merchant Enterprise in Britain*, *op. cit.*, pp. 181, 183.

52. Véanse las cartas aludidas en RPXXIV.2.6., ejemplares a máquina de la Correspondencia de William Rathbone VI en Estados Unidos, Rathbone Papers, Special Collections and Archives, University of Liverpool, Liverpool; así como la carta de Adam Hodgson a Rathbone, Hodgson, Nueva York, 2 de noviembre de 1819, en record group RP.XXIII.3.1-25, *ibíd.*; carta de Adam Hodgson a los señores Rathbone, Hodgson, and Co., Nueva York, 11 de enero de 1821, en record group XIII 3.20, *ibíd.*; carta de William Rathbone VI a William Rathbone V, Nueva York, 26 de abril de 1841, en record group RP. IX.3.53-82, *ibíd.*; carta de William Rathbone VI a William Rathbone V, Baltimore, 13 de mayo de 1841, en record group RP.IX.3.53-82, *ibíd.*; copias a máquina de la Correspondencia de William Rathbone VI en Estados Unidos, en record group RP.XXIV.2.6., *ibíd.*; carta de William Rathbone VI a los señores Hicks, Nueva York, 10 de noviembre de 1848, en record group RP.XXIV.2.4., *ibíd.*; y carta de William Rathbone VI a los señores Rathbone, Baltimore, 2 de diciembre de 1848, en record group RP.XXIV.2.4., *ibíd.*

53. Véase Hidy, *The House of Baring*, *op. cit.*, pp. 95, 174; junto con House Correspondence, HC3.35,1, ING Baring Archive, Londres; Ziegler, *The Sixth Great Power*, *op. cit.*, p. 144; Malon, *Jules Le Cesne*, *op. cit.*, pp. 17-18; carta de William Rathbone a William Rathbone, hijo, Liverpool, 11 de diciembre de 1850, en record group RP.IX.4.1-22, Rathbone Papers, Special Collections and Archives, University of Liverpool, Liverpool; carta de Adam Hodgson a Rathbone, Hodgson, and Co., 27 de septiembre de 1820, en record group RP.XXIII.3.1-15, en *ibíd.*; carta de William Rathbone VI a los señores Rathbone, Nueva York, 3 de marzo de 1849, en record group RP.XXIV.2.4, *ibíd.*; y carta de Adam Hodgson a los señores Rathbone, Hodgson, and Co., Nueva York, 10 de enero de 1821, en record group XIII 3.18, en *ibíd.*

54. Milne, *Trade and Traders in Mid-Victorian Liverpool*, *op. cit.*, pp. 154-155.

55. Carta de Menge y Niemann, Hamburgo, a Phelps Dodge, Hamburgo, 14 de julio de 1841, en Phelps Dodge Papers, Box 4, carpeta fechada en julio de 1841, Biblioteca Pública de Nueva York, Manuscripts and Archives Division, Nueva York.

56. Véase Smith, *My Life-Work*, *op. cit.*, p. 30; junto con la carta de Gisborne a la Compañía Baring Brothers, Calcuta, 7 de agosto de 1846, House Correspondence, record group HC 6, file 3, ING Baring Archive, Londres; Shofner, *Daniel Ladd*, *op. cit.*, p. 37; y Nolte, *Fifty Years in Both Hemispheres*, *op. cit.*, p. 275. Véase también alguna de las circulares de Nolte, por ejemplo la fechada en Nueva Orleans el 23 de marzo de 1839, en Brown Family Business Records, B 40 f5, Biblioteca John Carter Brown, Providence, Rhode Island. Agradezco a Seth Rockman que me haya señalado el interés de este documento.

57. Véase Shofner, *Daniel Ladd*, *op. cit.*, p. 37; para saber más acerca de la cuestión general del surgimiento de la estadística agrícola, véase Conrad Taeuber, «Internationally Comparable Statistics on Food and Agriculture», *Milbank Memorial Fund Quarterly*, n.º 27, julio de 1949, pp. 299-313; véanse también las Lettres des Indes etc. de 1844/45 écrites par F. C. Dollfus, à Jean Dollfus président du Comité pour l'Export des Tissus Imprimés d'Alsace, sin número de referencia, Archives du Musée de l'Impression sur Étoffes, Mulhouse, Francia.

58. Véase, por ejemplo, los libros de muestras contenidos en los volúmenes 1247 (de 1825) y 1239 (de 1819) de los Archives du Musée de l'Impression sur Étoffes de Mulhouse, Francia.

59. Carta de William Rathbone VI a los señores Rathbone, Nueva York, 8 de enero de 1849, en record group RP.XXIV.2.4., Rathbone Papers, Special Collections and Archives, University of Liverpool, Liverpool.

60. *British Packet and Argentine News*, 4 de agosto de 1826 y fechas posteriores, en Biblioteca Nacional de Argentina, Buenos Aires; Reinhart, «Les Reinhart», *op. cit.*, p. 27; *Bremer Handelsblatt*, cualquiera de sus números; *Hunt's Merchants' Magazine and Commercial Review*, n.º 12, febrero de 1845, p. 195; y *Hunt's Merchants' Magazine and Commercial Review*, n.º 14, abril de 1846, p. 380.

61. *Asiatic Journal and Monthly Miscellany*, tercera serie, n.º 2, Wm. H. Allen and Co., Londres, 1844, pp. 148, 156.

62. Véase Carl Johannes Fuchs, «Die Organisation des Liverpoolers Baumwollhandels», en Gustav Schmoller (comp.), *Jahrbuch fuer Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft im deutschen Reich* 14, Duncker and Humblot, Leipzig, 1890, p. 112; junto con Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, pp. 180-181; Minute Book of Weekly Meetings, Liverpool Cotton Brokers' Association, 28 de enero de 1842, en record 380 COT, file 1/1, Papers of the Liverpool Cotton Association, Liverpool Records Office, Liverpool; R. Robson, «Raw Cotton Statistics», *Incorporated Statistician: The Journal of the Association of Incorporated Statisticians*, n.º 5, abril de 1955, p. 191; André Corvisier, *Histoire du Havre et de l'estuaire de la Seine*, Privat, Tolosa, Francia, 1983, p. 164; Eugene W. Ridings, «Business Associationalism, the Legitimation of Enterprise, and the Emergence of a Business Elite in Nineteenth-Century Brazil», *Business History Review*, n.º 63, invierno de 1989, pp. 766-767; List of Members, *Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1861-62*, Chesson and Woodhall, Bombay, 1862, pp. 10-12. Para una historia detallada de las actividades políticas de los comerciantes de Manchester, véase Arthur Redford, *Manchester Merchants and Foreign Trade, 1794-1858*, vol. 1, Manchester University Press, Manchester, 1934.

63. En su trabajo titulado «Vertrauen als Ökonomische Schlüsselvariable: Zur Theorie des Vertrauens und der Geschichte seiner Privatwirtschaftlichen Produktion», en Karl-Peter Ellerbrook y Clemens Wischermann (comps.), *Die Wirtschaftsgeschichte vor der Herausforderung durch die New Institutional Economics*, Gesellschaft für Westfälische Wirtschaftsgeschichte, Dortmund, 2004, pp. 58-71, Hartmut Berghoff también subraya que la confianza fue un prerequisite de primer orden en la aparición de los mercados, lo que significa que dichos mercados también dependían profundamente de un conjunto de relaciones no generadas por el mercado mismo; M. C. Casson, «An Economic Approach to Regional Business Networks», en John F. Wilson y Andrew Popp (comps.), *Industrial Clusters and Regional Business Networks in England, 1750-1970*, Ashgate, Aldershot, Reino Unido, 2003, p. 28; Olivier Pétré-Grenouilleau, «Les négoce Atlantiques français: Anatomie d'un capitalisme relationnel», *Dix-huitième Siècle*, n.º 33, 2001, p. 38. Véase también Geoffrey Jones, «Multinational Trading Companies in History and Theory», en Geoffrey Jones (comp.), *The Multinational Traders*, Routledge, Londres, 1998, p. 5. Para un importante estudio vinculado con el caso práctico de la familia Perkins de Boston, véase Rachel Van, «Free Trade and Family Values: Free Trade and the Development of American Capitalism in the 19th Century», tesis doctoral, Columbia University, 2011.

64. Edward Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, H. Fisher, R. Fisher y P. Jackson, Londres, 1835, *op. cit.*, p. 319; Milne, *Trade and Traders in Mid-Victorian Liverpool*, *op. cit.*, p. 151.

65. Carta de William Rathbone VI a William Rathbone V, Nueva York, 26 de abril de 1841, en record group RP.IX.3.53–82, Rathbone Papers, Special Collections and Archives, University of Liverpool, Liverpool; carta de Adam Hodgson a los señores Rathbone, Hodgson and Co., Nueva York, 9 de enero de 1821, en record group XXIII 3/19, *ibid.*; carta de Adam Hodgson a los señores Rathbone, Hodgson, and Co., Nueva York, 2 de enero de 1821, en record group XIII 3.17, *ibid.*; véase también J. Anderegg, «Volkart Brothers, 1851-1976», manuscrito inédito, Volkart Brothers Archives, Winterthur, Suiza, vol. 1, 42; junto con la carta de Salomon Volkart a «Freund Heitz», Winterthur, 3 de febrero de 1851, Copy book, letters, vol. 1, en *ibid.*; y carta de John Richards a los hermanos Baring de Londres, Bombay, 24 de octubre de 1832, House Correspondence, HC 6.3, India and Indian Ocean, vol. 5, en ING Baring Archive, Londres.

66. Carta de William Rathbone IV a Joseph Reynolds Rathbone, 25 de junio de 1805, en record group RP. IV.1.112-151, Rathbone Papers, University of Liverpool, Special Collections and Archives, Liverpool; carta de William Rathbone IV a Joseph Reynolds Rathbone, Greenbank, 3 de diciembre de 1807, en record group RP. IV.1.112-151, en *ibíd.*; Brown, *A Hundred Years of Merchant Banking*, *op. cit.*, pp. 262, 265; Milne, *Trade and Traders in Mid-Victorian Liverpool*, *op. cit.*, p. 152; y Reinhart, «Les Reinhart», *op. cit.*, pp. 27, 30.

67. Véase Leoni M. Calvocoressi, «The House of Ralli Brothers», texto manuscrito, fechado en Quíos en 1852, en record group MS 23836, Biblioteca Guildhall, Londres.

68. Véase *Ralli Brothers Limited*, s. e., s. c., 1951, en Ralli Papers, Historical Materials of the Firm, record group MS 23836, Biblioteca Guildhall, Londres. Para una mayor información sobre la familia Ralli, véase también Chapman, *Merchant Enterprise in Britain*, *op. cit.*, p. 155.

69. Véase Ressat Kasaba, *The Ottoman Empire and the World Economy: The Nineteenth Century*, State University of New York Press, Albany, 1988, p. 21; junto con Alexander Kitroeff, *The Greeks in Egypt, 1919-1937*, Ithaca Press, Londres, 1989, pp. 1, 76, 82, 88; y Christos Hadziiosif, «La colonie grecque en Égypte, 1833-1856», tesis doctoral, La Sorbona, 1980, pp. 118, 119.

70. John Foster, «The Jewish Entrepreneur and the Family», en Konrad Kwiet (comp.), *From the Emancipation to the Holocaust: Essays on Jewish Literature and History in Central Europe*, University of New South Wales, Kensington, 1987, p. 25; Bill Williams, *The Making of Manchester Jewry, 1740-1875*, Manchester University Press, Manchester, 1976, *op. cit.*, pp. 17-19, 22, 34; en una carta dirigida a Miss Buxton el 14 de febrero de 1834, Thomas Fowell Buxton refiere lo que el propio Nathan Rothschild le había transmitido a él, reimpreso en Charles Buxton (comp.), *Memoirs of Sir Thomas Fowell Buxton*, John Murray, Londres, 1852, p. 289; véase también S. D. Chapman, «The Foundation of the English Rothschilds: N. M. Rothschild as a Textile Merchant», *Textile History*, n.º 8, 1977, pp. 101-102, 113; Niall Ferguson, *The House of Rothschild: Money's Prophets, 1798-1848*, Viking, Nueva York, 1999, p. 53; y Alexander Dietz, *Frankfurter Handelsgeschichte*, Editorial Detlev Auvermann, Glasshütten, 1970, pp. 330-334.

71. Véase Anderegg, «Volkart Brothers, 1851-1976», vol. 1, *op. cit.*, p. 23; junto con Walter H. Rambousek, Armin Vogt y Hans R. Volkart, *Volkart: The History of a World Trading Company*, Frankfurt, Editorial Insel, 1991, pp. 41, 69, 72; sobre este particular, véanse los excelentes trabajos de Christof Dejung: por ejemplo, el titulado «Hierarchie und Netzwerk: Steuerungsformen im Welthandel am Beispiel der Schweizer Handelsfirma Gebrüder Volkart», en Hartmut Berghoof y Jörg Sydow (comps.), *Unternehmerische Netzwerke: Eine Historische Organisationsform mit Zukunft?*, Kohlhammer, Stuttgart, 2007, pp. 71-96.

72. Carta de E. Rathbone a William Rathbone, hijo, Greenbank, 1850 (sin fecha exacta), en record group RP.IX.4.1-22, Rathbone Papers, Special Collections and Archives, University of Liverpool, Liverpool; Reinhart, «Les Reinhart», *op. cit.*, p. 43; Weulersse, *Le port du Havre*, *op. cit.*, p. 88.

73. Smith, *My Life-Work*, *op. cit.*, p. 16.

74. Véase también Charles Tilly, *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1990*, Basil Blackwell, Cambridge, Massachusetts, 1990.

75. Milne, *Trade and Traders in Mid-Victorian Liverpool*, *op. cit.*, pp. 66, 82; Chapman, *Merchant Enterprise in Britain*, *op. cit.*, p. 103; *Bremer Handelsblatt*, 1851, pp. 6, 7; Actas de la Reunión de la Cámara de Comercio Estadounidense en Liverpool, Liverpool, 29 de octubre de 1824, en record 380 AME, vol. 1, American Chamber of Commerce Records, Liverpool Records Office, Liverpool; Dantwala, *A Hundred Years of Indian Cotton*, *op. cit.*, pp. 31, 39; Woodman, *King Cotton and His Retainers*, *op. cit.*, p. 188; Legoy, *Le peuple du Havre et son histoire*, *op. cit.*, p. 226; y Daniel Lord, hijo, «Popular Principles Relating to the Law of Agency», *Hunt's Merchants' Magazine*, vol. 1, n.º 4, octubre de 1839, p. 338.

76. Lord, «Popular Principles Relating to the Law of Mediación», *op. cit.*, p. 338.

77. Dantwala, *A Hundred Years of Indian Cotton*, op. cit., pp. 43-46; *Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1850-51*, American Mission Press, Bombay, 1851, p. 9. La definición de los mercados como tales instituciones cuenta con una dilatada e ilustre historia. Gustav Schmoller y Werner Sombart lo entienden así en relación con el siglo XIX, según queda recogido de forma resumida en Geoffrey M. Hodgson, *How Economics Forgot History: The Problem of Historical Specificity in Social Science*, Routledge, Nueva York, 2001. Otro tanto puede decirse de John A. Hobson en *The Social Problem: Life and Work*, J. Pott and Company, Nueva York, 1902, p. 144; véase también Douglass North, «Markets and Other Allocations Systems in History: The Challenge of Karl Polanyi», *Journal of European Economic History*, vol. 6, n.º 3, 1977, p. 710. Michel Callon también ha argumentado que el estado no interviene en el mercado sino que lo constituye; véase «Introduction: The Embeddedness of Economic Markets in Economics», en Michel Callon (comp.), *The Laws of the Markets*, Blackwell Publishers/Sociological Review, Malden, Massachusetts, 1998, p. 40.

78. Véase Arthur Redford, *Manchester Merchants and Foreign Trade, 1850-1939*, vol. 2, Manchester University Press, Manchester, 1956, pp. 3-11; junto con las Actas de la reunión celebrada por la Cámara de Comercio de Manchester el 22 de octubre de 1821, *Proceedings of the Manchester Chamber of Commerce*, record group M8, box 2/1, Manchester Archives and Local Studies, Manchester; Actas de la reunión celebrada por la Cámara de Comercio de Manchester el 27 de febrero de 1822, *ibíd.*; Actas de la reunión celebrada por la Cámara de Comercio de Manchester el 24 de abril de 1822, *ibíd.*; *Fifth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures, Manchester, for the Year 1825*, Robinson and Bent, Manchester, 1825, p. 8; *Tenth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures, Manchester, for the Year 1830*, Robinson and Bent, Manchester, 1831, p. 4; *Fifteenth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures, Manchester, for the Year 1835*, Henry Smith, Manchester, 1836, p. 1; *The Thirty-Sixth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures at Manchester, for the Year 1856*, James Collins, Manchester, 1857, pp. 10, 15; Legoy, *Le peuple du Havre et son histoire*, *op. cit.*, p. 226; John Benjamin Smith, «Reminiscences», manuscrito mecanografiado, fechado en agosto de 1913, en John Benjamin Smith Papers, record group MS Q, box 923.2.S 33, Manchester Archives and Local Studies, Manchester.

79. Actas de la reunión celebrada por la Sociedad de Comerciantes de Manchester el 19 de agosto de 1794, en Papers of the Society of Merchants, record group M8, box 1/1, Manchester Archives and Local Studies, Manchester; copia de las Actas de la Diputación de la Cámara de Comercio de Manchester, 1841, en John Benjamin Smith Papers, record group MS f, box 932.2.S338, Manchester Archives and Local Studies; Actas de la reunión celebrada el 15 de marzo de 1824, Proceedings of the Manchester Chamber of Commerce, record group M8, box 2/1, Manchester Archives and Local Studies; *Fifth Annual Report of the Board of Directors ... for the Year 1825*, *op. cit.*, pp. 5, 22. Véase también el *Seventh Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures, Manchester, for the Year 1827*, Robinson and Bent, Manchester, 1827, *op. cit.*, p. 3; *Eighth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures, Manchester, for the Year 1828*, Robinson and Bent, Manchester, 1829, *op. cit.*, p. 2; Proceedings of the Manchester Chamber of Commerce, 1821-1827, Record group M8, Box 2/1, Manchester Archives and Local Studies.

80. Actas de la reunión celebrada por la Sociedad de Comerciantes de Manchester el 27 de febrero de 1794, en Papers of the Society of Merchants, record group M8, box 1/1, Manchester Archives and Local Studies, Manchester; Actas de la reunión celebrada por la Sociedad de Comerciantes de Manchester el 5 de marzo de 1795, en *ibíd.*; *Eighth Annual Report of the Board of Directors ... for the Year 1828*, *op. cit.*, p. 4; discurso, Londres, 5 de marzo de 1803, en Scrapbook of William Rathbone IV, en record group RP.4.17, Rathbone Papers, Special Collections and Archives, University of Liverpool, Liverpool.

81. *Report of the Proceeding of the Board of Directors of the Manchester Chamber of Commerce from the Time of Its Institution in the Year 1820 to the End of 1821*, C. Wheeler and Son, Manchester, 1821, pp. 6, 9; *Ninth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures, Manchester, for the Year 1829*, Robinson and Bent, Manchester, 1830, p. 5; *The Thirty- Ninth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures at Manchester, for the Year 1859*, Cave and Sever, Manchester, 1860, pp. 19, 35; para saber más acerca de la idea de que el pensamiento económico da forma a la economía —presentada desde luego con un grado de sofisticación muy superior—, véase Michel Callon, «Introduction: The Embeddedness of Economic Markets in Economics», en Callon (comp.), *The Laws of the Markets*, p. 2.

82. Carta de Martin Murray a la Compañía de los Hermanos Baring de Londres, Bombay, 15 de septiembre de 1846, House Correspondence, HC 6.3, 9, en ING Baring Archive, Londres; carta de Martin Murray a la Compañía de los Hermanos Baring de Londres, Bombay, 2 de marzo de 1847, HC 6.3, 9, en *ibíd.*; Hadziiossif, «La colonie grecque en Egypte», *op. cit.*, p. 113; Ahmed Abdel-Rahim Mustafa, «The Breakdown of the Monopoly System in Egypt After 1840», en Peter Malcom Holt, *Political and Social Change in Modern Egypt: Historical Studies from the Ottoman Conquest to the United Arab Republic*, Oxford University Press, Londres, 1968, pp. 291, 293, 296; Kenneth Cuno, *The Pasha's Peasants: Land, Society, and Economy in Lower Egypt, 1740-1858*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992, p. 125; Owen, *Cotton and the Egyptian Economy*, *op. cit.*, pp. 37, 57, 65-66, 67, 77; y Vicziany, «Bombay Merchants and Structural Changes in the Export Community», *op. cit.*, pp. 168, 170.

83. Esto es algo que ya se ha argumentado muy adecuadamente en el caso de Italia. Véase Enrico Dal Lago, *Agrarian Elites: American Slaveholders and Southern Italian Landowners, 1815-1861*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2005.

84. Beckert, *The Monied Metropolis*, *op. cit.*, p. 26.

85. John R. Killick, «Atlantic and Far Eastern Models in the Cotton Trade, 1818-1980», University of Leeds School of Business and Economic Studies, Discussion Paper Series, junio de 1994, pp. 1, 16; Killick, «The Cotton Operations of Alexander Brown», *op. cit.*, pp. 189, 191.

86. Véase Eugene W. Ridings, hijo, «The Merchant Elite and the Development of Brazil: The Case of Bahia During the Empire», *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, n.º 15, agosto de 1973, pp. 336, 348; junto con Stanley J. Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture: Textile Enterprise in an Underdeveloped Area, 1850-1950*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1957, p. 6. Es muy frecuente pasar por alto el carácter verdaderamente único de Estados Unidos en este sentido, pero Robin Einhorn lo subraya de forma muy pertinente en «Slavery», *Enterprise and Society*, n.º 9, septiembre de 2008, p. 498.

9. Los ecos de una guerra que repercute en todo el globo

1. Este capítulo se basa en los textos de Sven Beckert, «Emancipation and Empire: Reconstructing the Worldwide Web of Cotton Production in the Age of the American Civil War», *American Historical Review*, n.º 109, diciembre de 2004, pp. 1405-1438; J. B. Smith, de Stockport, Inglaterra, en *Hansard's Parliamentary Debates*, Tercera Serie, vol. 167, 19 de junio de 1862, Cornelius Buck, Londres, 1862, p. 754; y Élisée Reclus, «Le coton et la crise américaine», *La Revue des Deux Mondes*, n.º 37, enero de 1865, p. 176. La estimación relativa a la población mundial se refiere al año 1850 y se encuentra en la Primera Parte de Population Division, Department of Economic and Social Affairs, United Nations Secretariat, *The World at Six Billion*, Nueva York, 1999, p. 5, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 14 de febrero de 2013): <http://www.un.org/esa/population/publications/sixbillion/sixbilpart1.pdf>. Véase también Dwijendra Tripathi, «A Shot from Afar: India and the Failure of Confederate Diplomacy», *Indian Journal of American Studies*, vol. 10, n.º 2, 1980, p. 75; D. A. Farnie, *The English Cotton Industry and the World Market, 1815-1896*, Clarendon Press, Oxford, 1979, p. 180; *Merchants' Magazine and Commercial Review*, vol. 45, n.º 5, noviembre de 1861, p. 481; *Merchants' Magazine and Commercial Review*, vol. 44, n.º 6, junio de 1861, p. 676; Leone Levi, «On the Cotton Trade and Manufacture, as Affected by the Civil War in America», *Journal of the Statistical Society of London*, vol. 26, n.º 8, marzo de 1863, p. 32; Elijah Helm, «The Cotton Trade of the United Kingdom, During the Seven Years, 1862-1868, as Compared with the Seven Years, 1855-1861; With Remarks on the Return of Factories Existing in 1868», *Journal of the Statistical Society of London*, vol. 32, n.º 4, diciembre de 1869, p. 429.

2. *Merchants' Magazine and Commercial Review*, vol. 45, n.º 5, noviembre de 1861, p. 480; Douglass C. North, *The Economic Growth of the United States*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1961, p. 40. En el año 1860, el valor total de las exportaciones de «mercancías estadounidenses» ascendió a 316 millones de dólares, y de esa cifra el monto de las exportaciones de algodón en rama fue de 192 millones. Véase U. S. Department of Commerce, Bureau of the Census, *Historical Statistics of the United States*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1975, pp. 885, 899; *The Economist*, 19 de enero de 1861, p. 58; M. K. Rozhkova, *Ekonomicheskie svyazi Rossii so Srednei Aziei: 40-60-e gody XIX veka*, Izd. Akademii Nauk SSSR, Moscú, 1963, p. 61; «Vliyanie Amerikanskoi Voiny na Khlopchatobumazhnoe delo v Rossii» (Las repercusiones de la guerra de Secesión estadounidense en el negocio algodonero ruso), *Moskva*, n.º 25, 25 de enero de 1867; Kaiserliches Statistisches Amt, *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich, Erster Jahrgang, 1880*, Puttkammer and Mühlbrecht, Berlín, 1880, p. 87; U. S. Bureau of Statistics, Treasury Department, *Cotton in Commerce, Statistics of United States, United Kingdom, France, Germany, Egypt and British India*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1895, p. 29. Las cifras relativas a Francia corresponden al año 1859: véase Claude Fohlen, *L'industrie textile au temps du Second Empire*, Librairie Plon, París, 1956, pp. 284, 514; así como M. Gately, *The Development of the Russian Cotton Textile Industry in the Pre-revolutionary Years, 1861-1913*, Xerox University Microfilms, Ann Arbor, Michigan, 1968, p. 45. Para una mayor información sobre la importancia que tenía Estados Unidos en los mercados de algodón internacionales, véase Gavin Wright, «Cotton Competition and the Post-Bellum Recovery of the American South», *Journal of Economic History*, vol. 34, n.º 3, 1974, pp. 610-635; junto con Gavin Wright, *Old South, New South: Revolutions in the Southern Economy Since the Civil War*, Basic Books, Nueva York, 1986.

3. *The Economist*, 2 de febrero de 1861, p. 117.

4. John Greenleaf Whittier, «The Haschish», *John Greenleaf Whittier: Selected Poems*, Brenda Wineapple (comp.), Library of America, Nueva York, 2004, pp. 43-44. Agradezco a George Blaustein que me haya puesto sobre la pista de este poema.

5. Herman Merivale, *Lectures on Colonization and Colonies, Delivered Before the University of Oxford in 1839, 1840 and 1841*, Humphrey Milford, Londres, 1928, pp. 301-302, 304-305; para un fascinante debate sobre la figura de Merivale, véase Daniel Rood, «Herman Merivale's Black Legend: Rethinking the Intellectual History of Free Trade Imperialism», *New West Indian Guide*, vol. 80, n.ºs 3-4, 2006, pp. 163-189; véase también Edward Atkinson, *Cheap Cotton by Free Labor*, A. Williams and Co., Boston, 1861, p. 4.

6. Sugata Bose también plantea este mismo extremo en la «Introduction: Beyond the General and the Particular» a Sugata Bose (comp.), *South Asia and World Capitalism*, Oxford University Press, Nueva Delhi, 1990, pp. 1-13; Karl Marx y Friedrich Engels, *Aufstand in Indien*, Editorial Dietz, Berlín, 1978, p. 270, publicado originalmente en 1853; Reclus, «Le coton», pp. 176, 187; Frank Lawrence Owsley y Harriet Chappell Owsley, *King Cotton Diplomacy: Foreign Relations of the Confederate States of America*, University of Chicago Press, Chicago, 1959, p. 19; *De Bow's Review*, vol. 30, n.º 1, enero de 1861, pp. 75-76; James Henry Hammond, «Speech on the Admission of Kansas, under the Lecompton Constitution, Delivered in the Senate of the United States, March 4, 1858», en James Henry Hammond, *Selections from the Letters and Speeches of the Hon. James H. Hammond of South Carolina*, s. e., Nueva York, 1866, p. 317.

7. Leone Levi, «On the Cotton Trade and Manufacture, as Affected by the Civil War in America», *Journal of the Statistical Society of London*, vol. 26, n.º 8, marzo de 1863, pp. 37 y sigs.; y J. E. Horn, *La crise cotonnière et les textiles indigènes*, Dentu, Paris, 1863, p. 8.

8. Para más información sobre la apostilla de los «falsos cimientos», véase el *Fifth Annual Report of the Cotton Supply Association*, John J. Sale, Manchester, 1862, p. 5; para saber más acerca de la cita «no es posible confiar por entero en el sistema de la mano de obra esclavizada», véase el *Cotton Supply Reporter* del 15 de mayo de 1861, p. 497; véase también el *Cotton Supply Reporter* del 2 de enero de 1860, p. 7; junto con John Gunn Collins, *Scinde and The Punjab: The Gems of India in Respect to Their Vast and Unparalleled Capabilities of Supplanting the Slave States of America in the Cotton Markets of the World, or, An Appeal to the English Nation on Behalf of Its Great Cotton Interest, Threatened with Inadequate Supplies of the Raw Material*, A. Ireland, Manchester, 1858, *op. cit.*, p. 5; Louis Reybaud, *Le coton: Son régime, ses problèmes, son influence en Europe*, Michel Levy Frères, París, 1863, p. 383; para otras preocupaciones similares, véase «Cotton Cultivation in India», *Calcutta Review*, vol. 37, n.º 73, septiembre de 1861, p. 87; Jay Sexton, *Debtor Diplomacy: Finance and American Foreign Relations in the Civil War Era, 1837-1873*, Oxford University Press, Nueva York, 2005, p. 75; *Westminster and Foreign Quarterly Review: October, 1849-January, 1850*, n.º 52, George Luxford, Londres, 1852, p. 214.

9. Para este argumento, véanse los capítulos 3 y 4 de Sven Beckert, *The Monied Metropolis: New York City and the Consolidation of the American Bourgeoisie, 1850-1896*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001, *op. cit.*

10. Cita tomada del *Times of India*, Overland Summary, 12 de marzo de 1863.

11. *Merchants' Magazine and Commercial Review*, vol. 44, n.º 6, junio de 1861, p. 675; para una mayor información sobre Lieber, véase *Merchants' Magazine and Commercial Review*, vol. 45, n.º 5, noviembre de 1861, p. 514; Allen Isaacman y Richard Roberts, «Cotton, Colonialism, and Social History in Sub-Saharan Africa: Introduction», en Allen Isaacman y Richard Roberts (comps.), *Cotton, Colonialism, and Social History in Sub-Saharan Africa*, Heinemann, Portsmouth, New Hampshire, 1995, pág. 7.

12. Neil Ashcroft, «British Trade with the Confederacy and the Effectiveness of Union Maritime Strategy During the Civil War», *International Journal of Maritime History*, vol. 10, n.º 2, diciembre de 1998, pp. 155-176; Sam Negus, «“The Once Proud Boast of the Englishman”: British Neutrality and the Civil War Blockade», artículo inédito, Massachusetts School of Law, 2007, propiedad del autor. Para saber más acerca de la «hambruna del algodón», véanse también, entre otras, las siguientes obras: William Otto Henderson, *The Lancashire Cotton Famine, 1861-65*, Manchester University Press, Manchester, 1934; *Jahresbericht der Handelsund Gewerbekammer Chemnitz*, 1865, p. 6, según cita tomada de Michael Löffler, *Preussens und Sachsens Beziehungen zu den USA während des Sezessionskrieges 1860-1865*, LIT, Münster, 1999, p. 302; Matthew B. Hammond, *The Cotton Industry: An Essay in American Economic History*, Macmillan, Nueva York, 1897, Apéndice. Hasta la industria de estambre de Bradford dejó de utilizar urdimbres de algodón, dado que ahora resultaban mucho más caras. Véase Mary H. Blewett, «The Dynamics of Labor Migration and Raw Material Acquisition in the Transatlantic Worsted Trade, 1830-1930», en Donna R. Gabaccia y Dirk Hoerder (comps.), *Connecting Seas and Connected Ocean Rims: Indian, Atlantic, and Pacific Oceans and China Seas Migrations from the 1830s to the 1930s*, Brill, Boston, 2011, pp. 138-170.

13. *Liverpool Mercury*, 14 de enero de 1861, p. 2; *Liverpool Mercury*, julio de 1862; Löffler, *Preussens, op. cit.*, pp. 194-255.

14. Pese a que buena parte de la literatura sobre el particular subraya que en el año 1861 los mercados de algodón se hallaban saturados, no hay que olvidar que David G. Surdham ha mostrado que las existencias de algodón en rama que había en Europa no eran extraordinariamente grandes. Las existencias disponibles a 31 de diciembre de 1861 equivalían al volumen de materia prima que consumían las fábricas en 13,4 semanas. Véase David G. Surdham, «King Cotton: Monarch or Pretender? The State of the Market for Raw Cotton on the Eve of the American Civil War», *Economic History Review*, n.º 51, 1998, pp. 113-132, y especialmente la página 119; para una mayor información sobre la saturación de los mercados como signo de la inminencia de una crisis, véase, por ejemplo, el *Liverpool Mercury* del 6 de octubre de 1863, p. 6; junto con Farnie, *English Cotton*, *op. cit.*, pp. 141-143; *Moskva*, 1 de febrero de 1867, el «órgano de los capitalistas de Moscú», en V. Ya. Laverychev, *Krupnaya Burzhuziia V Poreformennoi Rossii: 1861-1900*, Izd. Mysl', Moscú, 1974.

15. Véase la carta de Charles Francis Adams, hijo a Henry Adams, Quincy, Massachusetts, 25 de agosto de 1861, en Worthington Chauncey Ford (comp.), *A Cycle of Adams Letters, 1861-1865*, vol. 1, Houghton Mifflin, Boston, 1920, p. 33; junto con Nigel Hall, «The Liverpool Cotton Market and the American Civil War», *Northern History*, vol. 34, n.º 1, 1998, p. 154; *Merchants' Magazine and Commercial Review*, vol. 49, n.º 6, diciembre de 1863, p. 411. Para saber más acerca de las estadísticas aquí esbozadas, véase también Thomas Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain, Including a History of the Liverpool Cotton Market and of the Liverpool Cotton Brokers' Association*, Effingham Wilson, Londres, 1886, *op. cit.*, Apéndice, Cuadro 1. Para una mayor información sobre las cifras, véase el *Liverpool Mercury* del primero de noviembre de 1861, p. 3; así como el *Liverpool Mercury* de 22 de febrero de 1864, p. 6. Respecto a los esfuerzos destinados a aliviar la situación de los parados de Lancashire, véase John Watts, *The Facts of the Cotton Famine*, Simpkin, Marshall and Co., Londres, 1866; *Liverpool Mercury*, 22 de febrero de 1864, p. 6; Cámara de Comercio de Manchester, *The Forty-First Annual Report of the Board of Directors for the Year 1861*, Cave and Server, Manchester, 1862, p. 20; John O'Neil, entrada del diario correspondiente al día 10 de abril de 1864, según aparece citado en Rosalind Hall, «A Poor Cotton Weyver: Poverty and the Cotton Famine in Clitheroe», *Social History*, vol. 28, n.º 2, mayo de 2003, p. 243; «Memorial of the Unemployed Operatives of Stalybridge», recibido el 23 de febrero de 1863, en Various documents relating to the distress in the cotton manufacturing districts during the American Civil War, HO 45: 7523, Home Office, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*; «Facilities Required for Public Workers for the Employment of able-bodied Cotton Workmen at Ordinary Wages», Minutes of the Central Executive Committee, 25 de mayo de 1863, en *ibíd.*

16. Véase el *Liverpool Mercury* del 25 de marzo de 1863, p. 7; junto con el informe sin fecha que figura en varios documentos relacionados con las penalidades que se padecían en las regiones dedicadas a las manufacturas de algodón durante la guerra de Secesión estadounidense, HO 45: 7523, Home Office, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*; carta de William Rathbone a William Rathbone, hijo, Green Bank, 5 de marzo de 1862, en cartas de William Rathbone, RP.IX.4.1-22, Rathbone Papers, University of Liverpool, Special Collections and Archives, Liverpool; *Times of India*, Overland Summary, 12 de junio de 1862, p. 2; véase también el *Times of India*, Overland Summary, 27 de septiembre de 1862, p. 3, 17 de octubre de 1862, p. 3, y 27 octubre de 1862, p. 2. De hecho, las mayores contribuciones internacionales —con mucho— que llegaron a Inglaterra para paliar la angustiosa situación de los obreros de Lancashire procedían de Calcuta y Bombay. Véase Watts, *Facts*, *op. cit.*, p. 164; así como la carta de Charles Wood a James Bruce, conde de Elgin, 2 de mayo de 1863, en MSS EUR F 78, LB 13, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; y M. J. Mathieu, *De la culture du coton dans la Guyane française*, Alexis Cabasse, Épinal, 1861, p. 47.

17. Véase Arthur L. Dunham, «The Development of the Cotton Industry in France and the Anglo-French Treaty of Commerce of 1860», *Economic History Review*, vol. 1, n.º 2, enero de 1928, pp. 292-294; así como Lynn M. Case (comp.), *French Opinion on the United States and Mexico, 1860-1867: Extracts from the Reports of the Procureurs Généraux*, D. Appleton-Century Company, Nueva York, 1936, pp. 123-125; Thomas A. Sancton, «The Myth of French Worker Support for the North in the American Civil War», *French Historical Studies*, vol. 11, n.º 1, 1979, pp. 59, 66; Claude Fohlen, «La guerre de sécession et le commerce franco-américain», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, vol. 8, n.º 4, octubre-diciembre de 1961, pp. 259-270; Alphonse Cordier, *La crise cotonnière dans la Seine-Inférieure, ses causes et ses effets*, Ruan, 1864, p. 8; Claude Fohlen, *L'industrie textile au temps du Second Empire*, Librairie Plon, París, 1956, pp. 257-262; Stephen McQueen Huntley, *Les rapports de la France et la Confédération pendant la guerre de sécession*, Imprimerie Regionale, Tolosa, Francia, 1932, p. 222; Mathieu, *De la culture*, op. cit., p. 1; Harold Hyman (comp.), *Heard Round the World: The Impact Abroad of the Civil War*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1969, p. 132. Para una mayor información sobre el impacto social que tuvo la crisis en Francia, véase A. S. Ménier, *Au profit des ouvriers cotonniers: Pétition au Sénat sur la détresse cotonnière*, E. Dentu, París, 1863.

18. Löffler, *Preussens*, *op. cit.*, pp. 126, 147; Emerson David Fite, *Social and Industrial Conditions in the North During the Civil War*, Macmillan, Nueva York, 1910, pp. 84, 86; Gately, *Development*, *op. cit.*, p. 47. La cantidad de algodón importado que cruzaba las fronteras europeas, procedente en su mayor parte de Estados Unidos, había descendido enormemente, pasando de las cerca de 1.140 toneladas métricas anteriores a la guerra a las algo menos de 226 que ahora se registraban. Véase también Mariya Konstantinovna Rozhkova, *Ekonomicheskie svyazi Rossii so Srednei Aziei, 40–60-e gody XIX veka*, Izd-vo Akademii nauk SSSR, Moscú, 1963, pp. 61-62 —que yo sepa, no existen estadísticas que puedan permitirnos determinar con exactitud el porcentaje de algodón estadounidense que figuraba entre estas exportaciones—. No obstante, los observadores de la época coinciden unánimemente en señalar que la mayor parte de esa fibra salía de Estados Unidos —y en este sentido cabe estimar razonablemente que el porcentaje debía de situarse en una horquilla a medio camino entre el 80 y el 90%—. Carta de Charles J. Sundell a William H. Seward, Szczecin, 15 de mayo de 1863, despachos de los cónsules de Estados Unidos en Szczecin, según cita tomada de Löffler, *Preussens*, *op. cit.*, p. 110.

19. Véase John Rankin, *A History of Our Firm: Being Some Account of the Firm of Pollock, Gilmour and Co. and Its Offshoots and Connections, 1804-1920*, Henry Young and Sons, Limited, Liverpool, 1921, p. 157; junto con la carta de los hermanos Baring de Liverpool a los hermanos Baring de Londres, 24 de agosto de 1863, en HC 3:35, Part 23, House Correspondence, Baring Brothers, ING Baring Archive, Londres. En Londres, la Compañía de los Hermanos Baring ejercía también las funciones de banquero de Estados Unidos: véase la carta de Frederick William Seward a Thomas Haines Dudley, Washington, 26 de marzo de 1864, en Seward Papers, Library of Congress, Manuscript Division, Washington, D. C.; *Merchants' Magazine and Commercial Review*, vol. 49, n.º 5, noviembre de 1863, p. 350; Cámara de Comercio de Liverpool, *Report of the Council*, 1863, Benson and Holmes, Liverpool, 1863, p. 18; John D. Pelzer, «Liverpool and the American Civil War» *History Today*, vol. 40, n.º 3, 1990, p. 49; Hall, «Liverpool Cotton», p. 161; Samuel Smith, *My Life-Work*, Hodder and Stoughton, Londres, 1902, *op. cit.*, p. 34; *Liverpool Mercury*, 6 de enero de 1862, p. 6; y *Lowell Daily Citizen and News*, 9 de enero de 1862.

20. Cita tomada del *Times of India*, 6 de octubre de 1863, p. 1; véase también el *Times of India*, Overland Summary, 8 de septiembre de 1864, pp. 2-3; en su Overland Summary, el *Times of India* ofreció un informe negativo sobre esta práctica en el número del 29 de septiembre de 1863, pp. 5-6; véase igualmente Pelzer, «Liverpool», *op. cit.*, p. 52.

21. Cámara de Comercio de Ruan, *Délibération de la chambre sur la formation de la Compagnie française des cotons Algériens*, Ch.-F. Lapierre et Compagnie, Ruan, 1862, p. 5, en F/80/737, Fonds Ministériels, Archives d'outre-mer, Aix-en-Provence, Francia; *Pétition à Sa Majesté l'Empereur Napoléon III, au sujet de la culture du coton en Algérie*, Senones, 13 de febrero de 1862, en *ibid.*; *Bulletin de la Société industrielle de Mulhouse*, vol. 32, 1862, p. 347, según aparece citado en Fohlen, *L'industrie textile*, *op. cit.*, pp. 347-348; la Cámara de Comercio de Mulhouse llegó a crear incluso una comisión para ponderar la posibilidad de cultivar algodón en Argelia; véase el *Bulletin de la Société industrielle de Mulhouse*, vol. 32, 1862, *op. cit.*, p. 346; véase también Antoine Herzog, *L'Algérie et la crise cotonnière*, Ch. M. Hoffmann, Colmar, 1864; junto con la carta al director aparecida en *L'Industriel Alsacien* el 25 de diciembre de 1862; y la carta de Antoine Herzog a Sa Majesté, l'Empereur des Français, 6 de enero de 1863, en F/80/737, Fonds Ministériels, Archives d'outre-mer, Aix-en-Provence, Francia. Otras muchas regiones algodonerías también enviaron sus demandas al emperador: *Pétition à Sa Majesté l'Empereur Napoléon III, au sujet de la culture du coton en Algérie*, Senones, 13 de febrero de 1862, en F/80/737, Fonds Ministériels, Archives d'outre mer, Aix-en-Provence, Francia; las peticiones se conservan en quince *cahiers* y vienen rubricadas por manufactureros radicados en todas las regiones de Francia. Para mayor información sobre los datos que prueban estas presiones, véase igualmente, en esta misma ubicación, la carta de F. Engel-Dollfus, presidente de la Comisión de estímulo de la cultura del algodón en Argelia, a Monsieur le Marechal Comte Randon, Senador, ministro secretario de estado del Departamento de la Guerra, Mulhouse, 8 de abril de 1862.

22. *Liverpool Mercury*, 12 de agosto de 1862, p. 7. Este asunto terminó provocando una suerte de obsesión general; Gladstone, por ejemplo, recibió en 1862 una carta de la señora Emily Tennyson en la que la dama le refería los pormenores de un complejo proyecto destinado a crear un fondo específicamente concebido para compensar económicamente a los manufactureros, reembolsándoles parte del creciente coste del algodón en bruto a fin de que no se vieran obligados a despedir a sus obreros; véase el «Memorandum by Mrs. E. Tennyson to Gladstone related to the cotton famine», en Add. 44399 f. 188, vol. 314, Gladstone Papers, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; así como el *Liverpool Mercury* del 22 de enero de 1861, p. 2; carta de William Thayer a William H. Seward, Londres, 11 de julio de 1862, comunicación privada, Consulado de Estados Unidos en Alejandría, despachos de los cónsules estadounidenses en dicha ciudad, National Archives, Washington, D. C.; Löffler, *Preussens*, *op. cit.*, p. 111; véase igualmente *Hansard's Parliamentary Debates*, Tercera Serie, vol. 171, Cornelius Buck, Londres, 1863, pp. 1771-1840; y *Hansard's Parliamentary Debates*, Tercera Serie, vol. 165, Cornelius Buck, Londres, 1862, pp. 1155-1230.

23. Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Beacon Press, Boston, 1957, *op. cit.*, p. 78; carta de Henry John Temple, lord Palmerston, a John Russell, Broadlands, 6 de octubre de 1861, Box 21, 30/22, lord John Russell Papers, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*; véanse también las notas e informes — incluyendo el que realiza un autor desconocido— que se recogen en «Le coton à la côte occidentale d’Afrique», s. f.; Note on Siam, s. f.; borrador de un artículo, s. a., s. f., sobre «La culture du coton à la Guyana» —todo ello en GEN 56/ Folder 547, en Fonds Ministériels, Archives d’outre-mer, Aix-en-Provence, Francia.

24. Manchester, *Forty-First Annual Report*, p. 21. Para más pruebas relacionadas con este tipo de presiones, véase también el informe de la Cámara de Comercio de Manchester, *The Forty-Third Annual Report of the Board of Directors for the Year 1863*, Cave and Server, Manchester, 1866, p. 6; *Proceedings of the Manchester Chamber of Commerce, 1858-1867*, M8/2/6, Archives of the Manchester Chamber of Commerce, Manchester Archives and Local Studies, Manchester; Cámara de Comercio de Bombay, *Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1859-60*, Chesson and Woodhall, Bombay, 1860, p. xxxiii. Para una mayor información sobre los primeros esfuerzos destinados a producir algodón en la India, véase Anti-Cant, *India v. America: A Letter to the Chairman of the Hon. East India Company, On Cotton*, Aylott and Jones, Londres, 1850; John Briggs, *The Cotton Trade of India with a Map of India, Coloured to Indicate the Different Spots Whereon all the Varieties of Cotton which are Brought into the British Market have been Successfully Cultivated*, John W. Parker, Londres, 1840; Chapman, *The Cotton and Commerce of India; The Cotton Trade of India*, Londres, 1839; Thomas Williamson, *Two Letters on the Advantages of Railway Communication in Western India, Addressed to the Right Hon. Lord Wharncliffe, Chairman of the Great Indian Peninsula Railway Company*, Richard and John E. Taylor, Londres, 1846; John Briggs, *The Cotton Trade of India: Part I. Its Past and Present Condition; Part II. Its Future Prospects: with a Map of India*, John W. Parker, Londres, 1840, *op. cit.*; Walter R. Cassels, *Cotton: An Account of Its Culture in the Bombay Presidency*, Bombay Education Society's Press, Bombay, 1862, pp. 16-237; y *The Economist*, 2 de febrero de 1861, p. 117.

25. La cita de Potter se encuentra en Manchester, *Forty-First Annual Report*, p. 21; para más información sobre estas presiones y las pruebas que la demuestran, véase también Manchester, *Forty-Third Annual Report*, p. 6; junto con las Proceedings of the Manchester Chamber of Commerce, 1858-1867, M8/2/6, Archives of the Manchester Chamber of Commerce, Manchester Archives and Local Studies, Manchester; Reclus, «Le coton», *op. cit.*, p. 202. En 1860, la Compañía Británica de las Indias Orientales percibió nada menos que el 30,83% de todos los artículos que se exportaran desde el Reino Unido: véase Ellison, *Cotton Trade*, *op. cit.*, p. 64; así como James A. Mann, *The Cotton Trade of Great Britain: Its Rise, Progress and Present Extent*, Frank Cass and Co., Londres, 1968, *op. cit.*, p. 112. Para la cita relativa a Nagpur, véase la carta anónima publicada en el *Englishman* de Nagpur el 31 de julio de 1861, reimpresa en el *Times of India* del 21 de agosto de 1861, p. 3; carta de Charles Wood a sir Frere, 30 de octubre de 1862, Letterbook, del 3 de julio al 31 de diciembre de 1862, MSS EUR LB 11, F 78, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

26. *Cotton Supply Reporter*, 15 de junio de 1861, p. 532; Arthur W. Silver, *Manchester Men and Indian Cotton, 1847-1872*, Manchester University Press, Manchester, 1966, p. 187.

27. Para un informe en el que se da cuenta de la reunión, véase el *Liverpool Mercury* del 20 de septiembre de 1861, p. 7; véase también el *Liverpool Mercury* del 23 de septiembre de 1861, p. 2; junto con la carta de Charles Wood a sir George Clerk, 18 de marzo de 1861, en MSS EUR F 78, LB 7, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Major E. K. Elliot, «Report Regarding the Cultivation of Cotton in Nagpore», reimpreso en el *Times of India* del 30 de julio de 1861, pp. 3-4; «Cotton Cultivation in India», *Calcutta Review*, vol. 37, n.º 73, septiembre de 1861, p. 89.

28. Para una mayor información sobre el impulso general tendente al desarrollo de una nueva infraestructura jurídica en la India, véase la importante obra de Ritu Birla titulada *Stages of Capital: Law, Culture, and Market Governance in Late Colonial India*, Duke University Press, Durham, Carolina del Norte, 2009; para saber más acerca de la disputada historia del derecho en situaciones coloniales, véase el magnífico libro de Lauren Benton, *Law and Colonial Cultures: Legal Regimes in World History, 1400-1900*, Cambridge University Press, Nueva York, 2002. Para ahondar en el tema del derecho de retención de las cosechas, véase la carta de Charles Wood a William Maine, 9 de octubre de 1862, Letterbook, del 3 de julio al 31 de diciembre de 1862, MSS EUR LB 11, F 78, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Actas de la Cámara de Comercio de Manchester, 23 de septiembre de 1861, Archives of the Manchester Chamber of Commerce, Record Group M8, folder 2/6, en Manchester Archives and Local Studies, Manchester; para la cita relacionada con la frase «asignar categoría “punible”», véase la carta de Charles Wood a W. J. P. Grant, 9 de mayo de 1861, en MSS EUR F 78, LB 7, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica; para información sobre los esfuerzos de los manufactureros, véase la carta de Charles Wood a William Reeves, 18 de marzo de 1861, Letterbook, del 18 de marzo al 25 de mayo, en *ibid.*; carta de Charles Wood a James Bruce, conde de Elgin, 25 de octubre de 1862, Letterbook, del 3 de julio al 31 de diciembre de 1862, en MSS EUR LB 11, F 78, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica; carta de los señores Mosley y Hurst, agentes de la Asociación para el Suministro de Algodón, al señor W. Greq, secretario del Gobierno de la India, 20 de junio de 1861, reimpreso en *Times of India*, 18 de julio de 1861, p. 3; carta de Charles Wood a W. J. Grant, 9 de mayo de 1861, en MSS EUR LB 7, F 78, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.* Sobre los debates relativos a la promulgación de una ley que declarara jurídicamente punible la adulteración del algodón, véase, por ejemplo, el informe que publica el *Times of India* en el Overland Summary del 12 de febrero de 1863, pp. 6-7; véase también el *Times of India*, Overland Summary, de 27 de marzo de 1863, p. 1; para información sobre las presiones tendentes a cambiar la ley contractual india, véase Manchester Chamber of Commerce, *The Forty-Second Annual Report of the Board of Directors for the Year 1862*, Cave and Server, Manchester, 1863, *op. cit.*, pp. 13, 37; véase igualmente la carta de Charles Wood a William Maine, 9 de octubre de 1862, Letterbook, del 3 de julio al 31 de diciembre de 1862, en MSS EUR LB 11, F 78, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica; junto con la reimpresión de una resolución del Ministerio del Interior británico de 28 de febrero de 1861, Supplement to the *Calcutta Gazette* de 2 de marzo de 1861, en Papers relating to Cotton Cultivation in India, p. 106, Wood Papers, MSS EUR F 78, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica. Algunos de los mecanismos empleados aparecen bien descritos en John Henry Rivett-Carnac, *Many Memories of Life in India, At Home, and Abroad*, W. Blackwood and Sons, Londres, 1910, pp. 165-193; para el debate que se produjo durante la guerra de Secesión estadounidense entre los manufactureros y los funcionarios del gobierno, véase también la carta de Charles Wood a James Bruce, conde de Elgin, 25 de octubre de 1862, en MSS EUR LB 11, F 78, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica; carta de Charles Wood a William Maine, 9 de octubre de 1862, Letterbook, del 3 de julio al 31 de diciembre de 1862, en *ibid.*; *Hansard's Parliamentary Debates*, Tercera Serie, vol. 167, 19 de junio de 1862, Cornelius Buck, Londres, 1862, p. 767; Manchester, *Forty-Third Annual Report*, p. 26; Manchester, *Forty-First Annual Report*; junto con el *Liverpool Mercury* del 24 de septiembre de 1862, p. 6; y la carta de Charles Wood a sir George Clerk, 18 de marzo de 1861, en MSS EUR LB 7, 18 de marzo al 25 de mayo de 1861, en F78, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica. Véase también Peter Harnetty, «The Imperialism of Free Trade: Lancashire, India, and the Cotton Supply Question,

1861-1865», *Journal of British Studies*, vol. 6, n.º 1, 1966, pp. 75-76; Dwijendra Tripathi, «Opportunism of Free Trade: Lancashire Cotton Famine and Indian Cotton Cultivation», *Indian Economic and Social History Review*, vol. 4, n.º 3, 1967, pp. 255-263; Liverpool Chamber of Commerce, *Twelfth Annual Report of the Liverpool Chamber of Commerce*, Neson and Mallett, Liverpool, 1862, p. 6; M. L. Dantwala, *A Hundred Years of Indian Cotton*, East India Cotton Association, Bombay, 1947, pp. 46-47.

29. Carta de Charles Wood a James Bruce, conde de Elgin, 25 de octubre de 1862, en MSS EUR LB 11, F 78, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; *Times of India*, Overland Summary, 14 de enero de 1864, p. 3; carta de Charles Wood a sir Charles Trevelyan, 9 de marzo de 1863, en MSS EUR F 78, LB 12, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica. El vínculo existente entre la reducción de los aranceles, el incremento de las importaciones de artículos procedentes de Lancashire y la disponibilidad de un mayor volumen de algodón en bruto aparece expuesta de forma explícita en Manchester, *Forty-First Annual Report*, p. 24. En este texto se prevé asimismo que la India está llamada a convertirse en un mercado de importancia creciente para los artículos de algodón manufacturados en Gran Bretaña — adelantándose también la idea de que las exportaciones de algodón en rama servirían para sufragar el coste de estas importaciones.

30. Véanse los *Hansard's Parliamentary Debates*, Tercera Serie, vol. 167, 19 de junio de 1862, Cornelius Buck, Londres, 1862, p. 767. Para una mayor información sobre la «incompetencia» de Wood, véase Manchester, *FortyThird Annual Report*, p. 26; junto con Manchester, *Forty-First Annual Report*; *Liverpool Mercury*, 24 de septiembre de 1862, p. 6; carta de Charles Wood a James Bruce, conde de Elgin, 10 de enero de 1863, en MSS EUR 78, LB 12, 1 de enero al 27 de abril de 1863, Wood Collection, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; carta de Charles Wood al conde Canning, virrey de la India, 18 de febrero de 1861, en MSS Eur F 78, LB 6, Wood Papers, Biblioteca Británica, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica; carta de Charles Wood a sir George Clerk, 18 de marzo de 1861, en LB 7, 18 de marzo al 25 de mayo de 1861, F 78, MSS EUR, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica; Peter Harnetty, «The Imperialism of Free Trade: Lancashire and the Indian Cotton Duties, 1859-1862», *Economic History Review*, vol. 18, n.º 2, 1965, pp. 75-76. Para el conjunto del debate, véase Tripathi, «Opportunism», *op. cit.*, pp. 255-263.

31. *The Economist*, 4 de octubre de 1862, pp. 1093-1094.

32. Véase Harnetty, «The Imperialism of Free Trade ... 1859-1862», *op. cit.*, pp. 333-349; junto con Manchester, *Forty-Second Annual Report*, pp. 11, 22; las palabras del director de la factoría de desmotado figuran en el *Times of India* de 12 de febrero de 1863, p. 3; y Silver, *Manchester Men*, *op. cit.*, p. 254.

33. Carta del Consulado general estadounidense en Calcuta a William H. Seward, Calcuta, 28 de octubre de 1864, en Despatches of the U. S. Consul in Calcutta to U. S. Secretary of State, National Archives, Washington, D. C.; en el *Times of India*, Overland Summary, 12 de febrero de 1862, p. 1, se ofrecen las siguientes cifras en relación con las exportaciones de algodón que salían de Bombay: en 1860, la India exportó 497.649 balas de algodón a Europa y 205.161 balas a China; en 1861 envió 955.030 balas a Europa y solo 67.209 a China. Véase el *Times of India* del 3 de octubre de 1862, p. 2; junto con Harnetty, «Imperialism ... 1861-1865», *op. cit.*, p. 92; Mann, *The Cotton Trade*, *op. cit.*, pp. 103, 112; *Statistical Abstracts for the United Kingdom in Each of the Last Fifteen Years from 1857 to 1871*, George E. Eyre and William Spottiswoode, Londres, 1872, pp. 48-49; y Fohlen, *L'industrie textile*, *op. cit.*, pp. 287, 514.

34. David Ludden también subraya la importancia de la integración de las «tierras interiores» en la economía global, así como el período relativamente «tardío» en que se verifica este proceso, en «World Economy and Village India, 1600-1900», en Sugata Bose (comp.), *South Asia and World Capitalism*, Oxford University Press, Nueva Delhi, 1990, pp. 159-77; véase también el Register of Invoices from the Consulate by Sundry Vessels bound for Ports in the United States de septiembre de 1863, en S 1040 (m168), rollo n.º 2, despachos del Consulado general de Estados Unidos, Bombay, 1838-1906, Archivos Nacionales de Estados Unidos, Washington, D. C. Para mayor información sobre el reajuste de las máquinas, véase la carta del señor Baker, inspector de factorías, al titular del Ministerio del Interior británico, en la que se incluye un informe sobre el «estado actual de las provincias algodonerías» —en varios documentos relativos a los apuros que hubieron de superar las regiones dedicadas a las manufacturas de algodón durante la guerra de Secesión estadounidense—, en HO 45: 7523, Home Office, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.* Véase también Neil Charlesworth, *Peasants and Imperial Rule: Agriculture and Agrarian Society in the Bombay Presidency, 1850-1935*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, p. 135; *Statistical Abstracts for the United Kingdom*, George E. Eyre and William Spottiswoode, Londres, 1872, *op. cit.*, pp. 48-49; Reichsenquete für die Baumwollen und Leinen-Industrie, *Statistische Ermittlungen*, Heft 1, pp. 56-58; Mann, *The Cotton Trade*, *op. cit.*, pp. 103, 112, 132; *Times of India*, Overland Summary, 12 de febrero de 1862, p. 1; *Times of India*, 3 de octubre de 1862, p. 2; Harnetty, «Imperialism ... 1861-1865», *op. cit.*, pp. 287, 514; Cámara de Comercio de Bombay, *Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1863-64*, Pearse and Sorabjeem, Bombay, 1865, p. 1; Frenise A. Logan, «India: Britain's Substitute for American Cotton, 1861-1865», *Journal of Southern History*, vol. 24, n.º 4, 1958, p. 476; véase también Cámara de Comercio de Manchester, *The Forty-Fourth Annual Report of the Board of Directors for the Year 1864*, Cave and Server, Manchester, 1865, p. 18; B. R. Mitchell, *European Historical Statistics, 1750-1970*, Columbia University Press, Nueva York, 1976, E14; Frenise A. Logan, «India's Loss of the British Cotton Market After 1865», *Journal of Southern History*, vol. 31, n.º 1, 1965, pp. 40-50; *Cotton Supply Reporter*, 15 de abril de 1861, p. 473, reimpresión de un artículo aparecido en *The Standard*, Agra, el 6 de marzo de 1861.

35. *Merchants' Magazine and Commercial Review*, vol. 46, n.º 2, febrero de 1862, p. 166; Edward Atkinson, «The Future Supply of Cotton», *North American Review*, vol. 98, n.º 203, abril de 1864, p. 481. En el texto no se señala explícitamente que Atkinson sea el autor, pero en la correspondencia que mantiene con Charles E. Norton queda claro que se trata de él. Véase N 297, Letters, 1861-1864, Edward A. Atkinson Papers, Massachusetts Historical Society, Boston.

36. Un observador argumenta que, de no haber sido por la guerra, la expansión de la producción algodonera de Egipto no solo no habría sido tan rápida, sino que habría precisado medio siglo para completarse: véase Edward Mead Earle, «Egyptian Cotton and the American Civil War», *Political Science Quarterly*, vol. 41, n.º 4, 1926, pp. 520-545, 522. Para la conversión de los quintales árabes en libras, véase E. R. J. Owen, *Cotton and the Egyptian Economy*, Clarendon Press, Oxford, 1969, *op. cit.*, pp. 89, 382-383. Supongo aquí que el quintal árabe equivale a cien libras: véase Atkinson, «Future Supply», *op. cit.*, p. 481.

37. *Estatísticas históricas do Brasil: Séries econômicas, demográficas e sociais de 1550 a 1988*, Fundação Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, Rio de Janeiro, 1990, p. 346. La Cámara de Comercio de Manchester y el mismísimo lord Russell se encargaron de presionar a estos campesinos para que realizaran la conversión. Véase Manchester, *Forty-First Annual Report*, *op. cit.*, p. 8; junto con Stanley S. Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1957, p. 43. El cuadro de la página 257 se basa en la información que ofrece el gobierno de la India en su *Annual Statement of the Trade and Navigation of British India and Foreign Countries and of the Coasting Trade between the Several Presidencies and Provinces*, vol. 5, Office of Superintendent of Government Printing, Calcuta, 1872; gobierno de la India, *Annual Statement of the Trade and Navigation of British India and Foreign Countries and of the Coasting Trade between the Several Presidencies and Provinces*, vol. 9, Office of Superintendent of Government Printing, Calcuta, 1876; Owen, *Cotton*, *op. cit.*, p. 90.

38. Véase Orhan Kurmus, «The Cotton Famine and its Effects on the Ottoman Empire», en Huri Islamoglu-Inan, *The Ottoman Empire and the World-Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, *op. cit.*, pp. 162, 164, 165, 169; «Note du Ministère de l'Algérie et des colonies», 23 de diciembre de 1857, París; Société anonyme, «Compagnie française des cotons algériens», Imprimé du corps législatif, París, 1863, en F/80/737, Fonds Ministériels, Archives d'outre-mer, Aix-en-Provence, Francia; véase también Ministère de l'Algérie et des colonies, Direction de l'Administration de l'Algérie, 2ème bureau, Décret, 1859, París, en Colonisation L/61, 2, Gouvernement Général de l'Algérie, Centre des Archives d'outre-mer, Aix-en-Provence; «Culture du Coton», de [ilegible], 19 de julio de 1859, París, en *ibid.*; Alejandro E. Bunge, *Las industrias del norte: Contribución al estudio de una nueva política económica Argentina*, s. e., Buenos Aires, 1922, pp. 209-210; *Liverpool Mercury*, 9 de noviembre de 1863, p. 6; Thomas Schoonover, «Mexican Cotton and the American Civil War», *Americas*, vol. 30, n.º 4, abril de 1974, pp. 430, 435; William S. Bell, *An Essay on the Peruvian Cotton Industry, 1825-1920*, University of Liverpool, Centre for Latin American Studies, Liverpool, 1985, p. 80; *Liverpool Mercury*, 3 de enero de 1865, p. 6. Para más información sobre la relevancia de las importaciones de algodón bruto chino, véase también Manchester, *Forty-Fourth Annual Report*, p. 16; «Der Baumwollbau in Togo, Seine Bisherige Entwicklung, und sein jetziger Stand», borrador, en R 1001/8224, Archivo Federal de la República Alemana, Berlín.

39. *Manchester Guardian*, 13 de mayo de 1861, p. 4; 16 de mayo de 1861, p. 3; 17 de mayo de 1861, p. 4; y 25 de mayo de 1861, p. 5; Céleste Duval, *Question cotonnière: La France peut s'emparer du monopole du coton par l'Afrique, elle peut rendre l'Angleterre, l'Europe, ses tributaires: L'Afrique est le vrai pays du coton*, Cosson, París, 1864, p. 7; *Queensland Guardian*, 3 de abril de 1861, citado en el *Cotton Supply Reporter* del 1 de julio de 1861, p. 554; Bunge, *Las industrias...*, *op. cit.*, pp. 209-210; *Liverpool Mercury*, 9 de noviembre de 1863, p. 6; y 3 de enero de 1865, p. 6; Manchester, *Forty-Fourth Annual Report*, p. 16; Donna J. E. Maier, «Persistence of Precolonial Patterns of Production: Cotton in German Togoland, 1800-1914», en Allen F. Isaacman y Richard Roberts (comps.), *Cotton, Colonialism, and Social History in Sub-Saharan Africa*, Heinemann, Portsmouth, New Hampshire, 1995, p. 75; Peter Sebald, *Togo 1884-1914: Eine Geschichte der deutschen, «Musterkolonie» auf der Grundlage amtlicher Quellen*, Editorial Akademie, Berlín, 1988, p. 30; O. F. Metzger, *Unsere alte Kolonie Togo*, J. Neumann, Neudamm, 1941, p. 242; y «Der Baumwollbau in Togo», *op. cit.*

40. Samuel Ruggles, discurso pronunciado ante la Cámara de Comercio de Nueva York, reimpreso en *Merchants' Magazine and Commercial Review*, vol. 45, n.º 1, julio de 1861, p. 83.

41. Sobre todos estos debates, véase Henry Blumenthal, «Confederate Diplomacy, Popular Notions and International Realities», *Journal of Southern History*, vol. 32, n.º 2, 1966, pp. 151-171; junto con Carl N. Degler, *One Among Many: The Civil War in Comparative Perspective*, Gettysburg College, Gettysburg, Pensilvania, 1990; Hyman (comp.), *Heard Round the World*, *op. cit.*; Owsley y Owsley, *King Cotton*, *op. cit.*; Bernarr Cresap, «Frank L. Owsley and King Cotton Diplomacy», *Alabama Review*, vol. 26, n.º 4, 1973; Charles M. Hubbard, *The Burden of Confederate Diplomacy*, University of Tennessee Press, Knoxville, 1998; D. P. Crook, *Diplomacy During the American Civil War*, Wiley, Nueva York, 1975; Howard Jones, *Union in Peril: The Crisis over British Intervention in the Civil War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1992; Lynn M. Case y Warren F. Spencer, *The United States and France: Civil War Diplomacy*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1970, p. 79; y Löffler, *Preussens*, *op. cit.* Para mayor información sobre los sentimientos favorables a la Confederación, véase el *Liverpool Mercury* de los días 24 de junio de 1861, p. 3; 12 de agosto de 1861, p. 2; 20 de septiembre de 1861, p. 6; 8 de octubre de 1861, p. 5; 15 de octubre de 1861, p. 5; 18 de diciembre de 1861, p. 6; y 18 de abril de 1862, p. 6. Para saber más acerca de las presiones encaminadas a lograr el reconocimiento del gobierno confederado, véase el *Liverpool Mercury* de los días 16 de julio de 1862, p. 5; y 19 de noviembre de 1862, p. 3. Para un análisis del polémico debate sobre la esclavitud, véanse las cartas al director que figuran en el *Liverpool Mercury* de los días 7 y 9 de febrero de 1863, ambas en la página 3; así como el *Liverpool Mercury* del 21 de mayo de 1863, p. 7. Véase también Pelzer, «Liverpool», *op. cit.*, p. 46. Para datos relacionados con la procura de apoyo material a la Confederación véase la copia de la carta que dirige Thomas Haines Dudley, del Consulado estadounidense en Liverpool, a Charles Francis Adams, Liverpool, el 4 de mayo de 1864, en Seward Papers, Library of Congress, Washington, D. C.; así como la carta de Thomas Haines Dudley a William H. Seward, Liverpool, 3 de septiembre de 1864, en *ibíd.*; *Liverpool Mercury*, 3 de mayo de 1864, p. 6. Fraser, Trenholm and Company, una empresa que operaba fuera de Liverpool, no solo proporcionó fondos a la Confederación, sino que construyó barcos de guerra para ella y participó en operaciones destinadas a burlar el bloqueo marítimo: véanse los Fraser, Trenholm and Company Papers, Museo Marítimo de Merseyside, Liverpool. Los negociantes de Liverpool comerciaban con agentes de la Confederación, eludiendo el bloqueo federal y trayendo el algodón de contrabando: véase la carta de W. Fernie, Liverpool, a Fraser, Trenholm and Co., B/FT 1/13, Fraser, Trenholm and Company Papers, Museo Marítimo de Merseyside, Liverpool. Véase igualmente el *Liverpool Mercury* del 4 de febrero de 1863, p. 3. Para disponer de más datos sobre Manchester, véase el *Liverpool Mercury* de los días 23 de mayo de 1863, p. 6; 6 de octubre de 1863, p. 6; 17 de octubre de 1863, p. 3; y 1 de febrero de 1864, p. 7. Para el apoyo de la clase trabajadora a estos planteamientos véase el *Liverpool Mercury* de los días 2 de mayo de 1862, p. 7; y 9 de agosto de 1862, p. 5. Véase asimismo Manchester, *Forty-First Annual Report*, *op. cit.*, pp. 21-22; junto con el Rapport de Bigorie de Laschamps, Procureur Général de Colmar, 7 de abril de 1862, según aparece citado en Case (comp.), *French Opinion*, *op. cit.*, p. 258; y Dunham, «Development», *op. cit.*, p. 294. Respecto a la importancia del algodón en la formación de la opinión pública francesa y la configuración de la postura oficial de sus autoridades, véase Case (comp.), *French Opinion*, *op. cit.*, p. 257; el Rapport de Bigorie de Laschamps, Procureur Général de Colmar, 14 de julio de 1862, citado en Case (comp.), *French Opinion*, *op. cit.*, p. 260; George M. Blackburn, *French Newspaper Opinion on the American Civil War*, Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1997, p. 114; Donald Bellows, «A Study of British Conservative Reaction to the American Civil War», *Journal of Southern History*, vol. 51, n.º 4, noviembre de 1985, pp. 505-526; *Hansard's Parliamentary Debates*, Tercera Serie, vol. 171, 1863, p. 1774; y *The Porcupine*, 9 de noviembre de 1861, p. 61. En un tono algo más serio, la *Money Market Review* sostenía en mayo de 1861 que la Confederación «cuenta con la

simpatía de los hombres de negocios del Reino Unido», cita tomada del *Liverpool Mercury* del 17 de mayo de 1861. En diciembre de 1862, la Cámara de Comercio de Liverpool, tras un largo y agrio debate, aprobó una resolución en la que exigía que se introdujeran cambios en el derecho internacional con el fin de proteger en alta mar la propiedad privada de los países neutrales, lo que en la práctica equivalía a minar la efectividad del bloqueo de los puertos de los estados sureños: *Liverpool Mercury*, 4 de diciembre de 1862, p. 5; y 11 de diciembre de 1862, p. 3. Véase también Tony Barley, *Myths of the Slave Power: Confederate Slavery, Lancashire Workers and the Alabama*, Coach House Press, Liverpool, 1992, p. 49; *Liverpool Mercury*, 23 de mayo de 1863, p. 6; 6 de octubre de 1863, p. 6; 17 de octubre de 1863, p. 3; y 1 de febrero de 1864, 7; Cámara de Comercio de Liverpool, *Report of the Council, 1862*, Benson and Mallett, Liverpool, 1862, p. 20; Compañía de los Hermanos Brown, *Experiences of a Century, 1818-1918*, Brown Brothers and Company, s. e., Filadelfia, 1919, p. 47.

42. No obstante, los obreros británicos —y en especial los operarios de Lancashire—, no compartían, por regla general, la simpatía que algunos comerciantes y manufactureros mostraban por la causa confederada, siendo frecuente que hablaran en favor de la Unión, sobre todo después de que Lincoln proclamara la posibilidad de la emancipación. A principios de 1863, el propio Lincoln señalaría lo mucho que valoraba el respaldo de los obreros de Lancashire. Esto es lo que se expone con gran solidez tanto en Barley, *Myths*, *op. cit.*, pp. 67-71, como en Philip S. Foner, *British Labor and the American Civil War*, Holmes and Meier, Nueva York, 1981, y en Jones, *Union in Peril*, *op. cit.*, p. 225. Mary Ellison, en *Support for Secession: Lancashire and the American Civil War*, University of Chicago Press, Chicago, 1972, expone el planteamiento contrario, aunque actualmente ha quedado refutado en gran medida.

43. Jones, *Union in Peril*, *op. cit.*; Owsley y Owsley, *King Cotton*, *op. cit.* Para más información sobre la Confederación, véase la carta de W. L. Trenholm a Charles Kuhn Prioleau (Liverpool), Nueva York, 21 de junio de 1865, B/FT 1/137, Fraser, Trenholm and Company Papers, Museo Marítimo de Merseyside, Liverpool. Sobre la importancia de las importaciones de trigo para Gran Bretaña, véase, por ejemplo, la carta de William Thayer a William H. Seward, Londres, 19 de julio de 1862, Seward Papers, Library of Congress, Washington, D. C.; *Hansard's Parliamentary Debates*, Tercera Serie, vol. 171, 30 de junio de 1863, p. 1795. Para un amplio debate sobre las razones que desaconsejaban reconocer a la Confederación, véase *ibid.*, pp. 1771-1842; *Hansard's Parliamentary Debates*, Tercera Serie, vol. 167, 13 de junio de 1862, p. 543; George Campbell, carta del duque de Argyll a lord John Russell, 11 de octubre de 1862, Box 25, 30/22, lord John Russell Papers, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.* Para saber más acerca del deseo que tenían los prusianos de que Estados Unidos continuara siendo una nación poderosa para actuar como contrapeso de la influencia británica, véase Löffler, *Preussens*, *op. cit.*, p. 59; véase también la carta de Martin T. Tupper a Abraham Lincoln, 13 de mayo de 1861 (apoyo desde Inglaterra), en Serie 1, General Correspondence, 1833-1916, Abraham Lincoln Papers, Library of Congress, Washington, D. C. Para las presiones que Europa ejerció sobre Lincoln, véanse los documentos contenidos en lord John Russell Papers, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*; junto con la carta de lord Richard Lyons a lord John Russell, Washington, 28 de julio de 1863, en United States, Washington Legislation, Private Correspondence, Box 37, 30/22, lord John Russell Papers, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*; carta de Charles Wood a James Bruce, conde de Elgin, 9 de agosto de 1862, LB 11, Letterbook, del 3 de julio al 31 de diciembre de 1862, MSS EUR F 78, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.* Los políticos estadounidenses también recordaban frecuentemente a sus diplomáticos la urgente necesidad de algodón que tenía Europa; carta de Henry S. Sanford a William H. Seward, 10 de abril de 1862, Seward Papers, Manuscripts Division, Library of Congress, Washington, D. C., citada en Case y Spencer, *United States and France*, *op. cit.*, p. 290; carta de William Thayer a William H. Seward, Londres, 19 de julio de 1862, Seward Papers; carta de William L. Dayton a Charles Francis Adams, París, 21 de noviembre de 1862, AM 15236, Correspondence, Letters Sent A-C, Box I, Dayton Papers, según aparece citado en Case y Spencer, *United States and France*, *op. cit.*, p. 371.

44. Sancton, «Myth of French Worker», *op. cit.*, pp. 58-80. Para la inquietud que generaba la posibilidad de un levantamiento social y los planes destinados a mejorar la situación de los obreros del sector algodonero que se habían quedado sin empleo, véase Ménier, *Au profit des ouvriers cotoniers*, *op. cit.* Para más información sobre las acciones colectivas de los trabajadores británicos, véase Hall, «Poor Cotton Weyver», *op. cit.*, pp. 227-250. En *Union in Peril*, *op. cit.*, p. 55, Jones argumenta que tanto Gladstone como Lyons señalaban que la eventualidad de un amotinamiento de los obreros textiles era una de las razones que animaban al gobierno a intervenir en el conflicto estadounidense: véase el discurso de William E. Gladstone sobre la hambruna del algodón, 1862, Add. 44690, f. 55, vol. 605, Gladstone Papers, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; así como William E. Gladstone, Speech on the American Civil War, Town Hall, Newcastle upon Tyne, 7 de octubre de 1862, según cita tomada de Jones, *Union in Peril*, *op. cit.*, p. 182.

45. Jones, *Union in Peril*, *op. cit.*, pp. 114, 123, 129, 130, 133; carta de lord Richard Lyons a Lord John Russell, Washington, 28 de julio de 1863, en United States, Washington Legislation, Private Correspondence, Box 37, 30/22, lord John Russell Papers, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*; carta de Charles Wood a James Bruce, conde de Elgin, 9 de agosto de 1862, en LB 11, Letterbook, del 3 de julio al 31 de diciembre de 1862, MSS EUR F 78, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Glyndon G. Van Deusen, *William Henry Seward*, Oxford University Press, Nueva York, 1967, pp. 330-331; Abraham Lincoln, «Annual Message to Congress», 3 de diciembre de 1861, en John George Nicolay y John Hay (comps.) *Abraham Lincoln: Complete Works, Compromising His Speeches, Letters, State Papers, and Miscellaneous Writings*, vol. 2, Century Co., Nueva York, 1894, p. 94; «The Cabinet on Emancipation», MSS, 22 de julio de 1862, rollo 3, Edwin M. Stanton Papers, Library of Congress, Washington, D. C. Agradezco a Eric Foner que me haya dado a conocer la existencia de esta fuente.

46. Carta de William Thayer a William H. Seward, Londres, 19 de julio de 1862, Seward Papers, Manuscript Division, Library of Congress, Washington, D. C.; carta de Henry S. Sanford a William H. Seward, 10 de abril de 1862, Seward Papers; carta de William L. Dayton a William H. Seward, París, 25 de marzo de 1862, Despatches, France, State Department Correspondence, Archivos Nacionales de Estados Unidos, Washington, D. C. Napoleón argumentaba que si no se conseguía algodón no tardarían en producirse movimientos de agitación social. Carta de Thurlow Weed a William H. Seward, París, 4 de abril de 1862, en *ibíd.*; las palabras de Imbert-Koechlim aparecen en el *Industrial Alsacien* del 2 de febrero de 1862, según cita tomada de Sancton, «Myth of French Worker», *op. cit.*, p. 76; carta de William L. Dayton a Charles Francis Adams, París, 21 de noviembre de 1862, en AM 15236, Correspondence, Letters Sent A-C, Box I, Dayton Papers, citado en Case y Spencer, *United States and France*, *op. cit.*, p. 371, y véase también la página 374; Owsley y Owsley, *King Cotton*, *op. cit.*, pp. 16-17.

47. Carta de Charles Francis Adams, hijo, a Henry Adams, Quincy, Massachusetts, 25 de agosto de 1861, en Ford (comp.), *A Cycle of Adams Letters*, *op. cit.*, pp. 34-35, 36.

48. Para saber más acerca de esta fascinante historia, véase Ricky-Dale Calhoun, «Seeds of Destruction: The Globalization of Cotton as a Result of the American Civil War», tesis doctoral, Kansas State University, 2012, pp. 99 y sigs. y 150 y sigs.; véase también la carta de William Thayer a William Seward, 5 de marzo de 1863, Alejandría, en Despatches of the U. S. Consul in Alexandria to Seward, Archivos Nacionales de Estados Unidos, Washington, D. C. Véase también David R. Serpell, «American Consular Activities in Egypt, 1849-1863», *Journal of Modern History*, vol. 10, n.º 3, 1938, pp. 344-363; carta de William Thayer a William H. Seward, despacho número 23, Alejandría, 5 de noviembre de 1862, en despachos enviados por el cónsul estadounidense en Alejandría a Seward, Archivos Nacionales de Estados Unidos, Washington, D. C.; carta de William H. Seward a William Thayer, Washington, 15 de diciembre de 1862, Seward Papers, Library of Congress, Washington, D. C.; carta de Ayub Bey Trabulsi a William H. Seward, Alejandría, 12 de agosto de 1862, en despachos enviados por el cónsul estadounidense en Alejandría a Seward, Archivos Nacionales de Estados Unidos, Washington, D. C.; carta de William Thayer a William H. Seward, 1 de abril de 1862, en *ibíd.* Para mayor información sobre los despachos que se le envían a Seward en relación con el algodón, véase, por ejemplo, la carta de William Thayer a William H. Seward, Alejandría, 20 de julio de 1861, en *ibíd.*; junto con la carta de William Thayer a William H. Seward, despacho número 23, Alejandría, 5 de noviembre de 1862, *op. cit.*, en *ibíd.*

49. Véase la carta de William H. Seward a William Thayer, Washington, 15 de diciembre de 1862, Seward Papers, Manuscript Division, Library of Congress, Washington, D. C. Véase también la carta de Ayub Bey Trabulsi a William H. Seward, Alejandría, 12 de agosto de 1862, en despachos enviados por el cónsul estadounidense en Alejandría a Seward, Archivos Nacionales de Estados Unidos, Washington, D. C.; y la carta de William Thayer a William H. Seward, 1 de abril de 1862, en *ibíd.*

50. Véase la carta de la Compañía de los Hermanos Baring de Liverpool a Joshua Bates, Liverpool, 12 de febrero de 1862, en HC 35, 1862, House Correspondence, Baring Brothers, ING Baring Archive, Londres; así como la carta de Charles Wood a James Bruce, conde de Elgin, 9 de agosto de 1862, en MSS EUR F 78, LB 11, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Dunham, «Development», *op. cit.*, p. 295; Rapport de Neveu-Lemaire, procureur général de Nancy, 5 de enero de 1864, según aparece citado en Case (comp.), *French Opinion*, *op. cit.*, pp. 285-286. En otras provincias también se emitieron informes similares.

51. Véase el *Liverpool Mercury* del 4 de enero de 1864, p. 8. En «A Shot from Afar», *op. cit.*, pp. 74-89, Tripathi también sostiene este mismo argumento general. Véase igualmente William H. Seward, 25 de marzo de 1871, en Olive Risley Seward (comp.), *William H. Seward's Travels Around the World*, D. Appleton and Co, Nueva York, 1873, p. 401.

52. Esta es la impresión que le queda a uno tras leer los Annual Reports of the Manchester Chamber of Commerce. Para saber más acerca del alivio de las presiones procedentes de los sectores con intereses en el algodón, véase Manchester, *Forty-Third Annual Report*, pp. 17, 25; junto con el *Liverpool Mercury* de los días 8 de agosto de 1864, p. 7; 9 de agosto de 1864, p. 7; 10 de agosto de 1864, p. 3, 31 de agosto de 1864, p. 7; 22 de septiembre de 1864, p. 7; y 31 de octubre de 1864, p. 7. Véase asimismo Owsley y Owsley, *King Cotton*, *op. cit.*, pp. 137, 143; Atkinson, «Future Supply», *op. cit.*, pp. 485-486; carta de John Bright a Edward A. Atkinson, Londres, 29 de mayo de 1862, Box N 298, Edward A. Atkinson Papers, Massachusetts Historical Society, Boston.

53. *Bremer Handelsblatt*, n.º 12, 1862, p. 335.

54. *The Economist*, 21 de septiembre de 1861, p. 1042; J. E. Horn, *La crise cotonnière et les textiles indigènes*, Dentu, París, 1863, *op. cit.*, p. 14; Leone Levi, «On the Cotton Trade and Manufacture, as Affected by the Civil War in America», *Journal of the Statistical Society of London*, vol. 26, n.º 8, marzo de 1863, p. 42; Stephen S. Remak, *La paix en Amérique*, Henri Plon, París, 1865, pp. 25-26; *Bremer Handelsblatt*, 22 de abril de 1865, p. 142.

55. Son muchos los historiadores que han realizado espléndidos análisis sobre la importancia de los esclavos en la lucha por la emancipación. Véanse especialmente los trabajos de Ira Berlin, *et al.*, *Slaves No More: Three Essays on Emancipation and the Civil War*, Cambridge University Press, Nueva York, 1992; Eric Foner, *Reconstruction: America's Unfinished Revolution, 1863-1877*, HarperCollins, Nueva York, 2002; Steven Hahn, *A Nation Under Our Feet: Black Political Struggles in the Rural South from Slavery to the Great Migration*, Belknap Press of Harvard University, Cambridge, Massachusetts, 2003; y Steven Hahn, *The Political Worlds of Slavery and Freedom*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2009. Para saber más acerca de las contradicciones asociadas con la formación de un estado sureño y sobre la debilidad que esas incoherencias hicieron gravitar sobre sus defensores durante la guerra, véase también Stephanie McCurry, *Confederate Reckoning: Power and Politics in the Civil War South*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2010.

56. Véase el *London Mercury* del 22 de septiembre de 1863, p. 7; junto con Ravinder Kumar, *Western India in the Nineteenth Century: A Study in the Social History of Maharashtra*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1968, pp. 35, 59, 151, 161; Maurus Staubli, *Reich und arm mit Baumwolle: Exportorientierte Landwirtschaft und soziale Stratifikation am Beispiel des Baumwollanbaus im indischen Distrikt Khandesh (Dekkan) 1850-1914*, F. Steiner, Stuttgart, 1994, pp. 58, 68, 114-115, 187; Alan Richards, *Egypt's Agricultural Development, 1800-1980: Technical and Social Change*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1982, pp. 55, 61. Muchos años después, en Turkestán, el resultado sería muy similar: véase John Whitman, «Turkestan Cotton in Imperial Russia», *American Slavic and East European Review*, vol. 15, n.º 2, 1956, pp. 190-205. Para saber más acerca de los cambios económicos que se registraron en las regiones meridionales de Estados Unidos después de la guerra, véase Foner, *Reconstruction*, *op. cit.*, pp. 392-411; Gavin Wright, *The Political Economy of the Cotton South: Households, Markets, and Wealth in the Nineteenth Century*, Norton, Nueva York, 1978, pp. 166-176; Wright, *Old South*, *op. cit.*, pp. 34, 107; Steven Hahn, *The Roots of Southern Populism: Yeoman Farmers and the Transformation of the Georgia Upcountry, 1850-1890*, Oxford University Press, Nueva York, 1983.

57. W. H. Holmes, *Free Cotton: How and Where to Grow It*, Chapman and Hall, Londres, 1862, p. 18; Merivale, *Lectures*, *op. cit.*, p. 315; Informe del Comité Selecto de la Cámara de los Comunes, fechado el 25 de julio de 1842, según cita tomada de Alleyne Ireland, *Demerariana: Essays, Historical, Critical, and Descriptive*, Macmillan, Nueva York, 1899, p. 150; *The Economist*, 9 de diciembre de 1865, p. 1487, el subrayado pertenece al original.

58. Holmes, *Free Cotton*, *op. cit.*, pp. 16, 18, 22; Commission Coloniale, Rapport à M. le Ministre de la Marine et des Colonies sur l'Organisation du Travail Libre, Record Group Gen 40, caja 317, Fonds Ministériels, Archives d'outre-mer, Aix-en-Provence, Francia; *Cotton Supply Reporter*, 16 de diciembre de 1861, p. 722.

59. Véase Holmes, *Free Cotton*, *op. cit.*; así como a un autor que defiende la paz en Europa por medio de una alianza anglofrancesa en *Les blancs et les noirs en Amérique et le coton dans les deux mondes*, Dentu, París, 1862.

60. He tomado el tema de la «búsqueda y ensayo de una reconstrucción» del libro de Willie Lee Nichols Rose, *Rehearsal for Reconstruction: The Port Royal Experiment*, Bobbs-Merrill, Indianapolis, 1964. Véase también el *Liverpool Mercury* del 23 de septiembre de 1863, p. 6. Esa será igualmente la conclusión a la que irá llegando un creciente número de personas de Liverpool, dado que en torno al año 1863 vemos aumentar también el volumen de cartas al director del *Liverpool Mercury* —todas ellas escritas por personas deseosas de dar a conocer su postura contraria a la esclavitud—; véase el *Liverpool Mercury* de los días 19 de enero de 1863, p. 6; y 24 de enero de 1863, p. 7; junto con Edward Atkinson, *Cheap Cotton by Free Labor*, A. Williams and Co., Boston, 1861, *op. cit.*; Atkinson Papers, Massachusetts Historical Society, Boston; Manchester, *FortyFirst Annual Report*, p. 33; y Atkinson, «Future Supply», pp. 485-486.

61. En el año 1862 el señor Caird ya había argumentado ante la Cámara de los Comunes que «las ventajas que los estados del Sur han venido obteniendo hasta ahora del cultivo con mano de obra esclavizada están en gran medida abocadas a llegar a su fin». *Hansard's Parliamentary Debates*, Tercera Serie, vol. 167, 1862, p. 791; véase el *Liverpool Mercury* de los días 3 de enero de 1865, p. 6; 25 de abril de 1865, p. 6; y 13 de mayo de 1865, p. 6. Para un análisis de los precios, véase John A. Todd, *World's Cotton Crops*, A. and C. Black, Londres, 1915 (1924), pp. 429-432; XXIV.2.22, RP, Rathbone Papers, Special Collections and Archives, University of Liverpool; carta de la Compañía de los Hermanos Baring de Liverpool a la Compañía de los Hermanos Baring de Londres, 19 de julio de 1865, en House Correspondence, HC 3, 1865, carpeta número 35 (Correspondence from Liverpool House), ING Baring Archive, Londres.

62. Véase el *Bremer Handelsblatt* del 17 de junio de 1865, pp. 234-235; así como la carta de W. A. Bruce a lord John Russell, 10 de mayo de 1865, en Letters from Washington, Minister of Great Britain to Foreign Office, conde Russell, 1865, en 30, 22/38, Lord John Russell Papers, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*; y carta de W. A. Bruce a lord John Russell, 22 de mayo de 1865, en *ibíd.*

63. August Étienne, *Die Baumwollzucht im Wirtschaftsprogramm der deutschen Übersee-Politik*, Verlag von Hermann Paetel, Berlín, 1902, p. 28. La cuestión de la escasez de mano de obra también fue un importante tema de debate en las polémicas relacionadas con la expansión de la producción algodonera india durante la guerra de Secesión estadounidense: véase el *Times of India* de los días 18 de octubre de 1861, p. 3; y 27 de febrero de 1863, p. 6; junto con *Zeitfragen*, 1 de mayo de 1911, p. 1; Protocol of the Annual Meeting of the Manchester Cotton Supply Association, 11 de junio de 1861, reimpreso en «The Cotton Question», *Merchants' Magazine and Commercial Review*, n.º 45, octubre de 1861, p. 379; *Liverpool Mercury*, 12 de junio de 1861, p. 3. En mayo de 1862, el director de la factoría para el desmotado de algodón del distrito indio de Dharwad informaba de lo siguiente: «Pese a que el cultivo del algodón autóctono pueda ampliarse en un grado enorme, lo cierto es que la cantidad de mano de obra disponible apenas alcanza a dejar limpio el volumen de fibra que actualmente producimos: cita tomada del *Times of India* del 12 de febrero de 1863, p. 3; *Bengal Hurkaru*, 11 de mayo de 1861, reimpreso en *Bombay Times and Standard*, 17 de mayo de 1861, p. 3.

64. *Cotton Supply Reporter*, 15 de junio de 1861, p. 530; suplemento de *The Economist*, Commercial History and Review of 1865, 10 de marzo de 1866, p. 3; *Bremer Handelsblatt*, 22 de abril de 1865, p. 142. Como es obvio, la institución de la esclavitud en sí continuó prosperando durante unas cuantas décadas más en lugares como Cuba, Brasil y África. No obstante, en términos generales, puede decirse que la producción de algodón dejó de encontrarse en manos de braceros esclavizados: véase Suzanne Miers y Richard Roberts, *The End of Slavery in Africa*, University of Wisconsin Press, Madison, 1988.

65. Timothy Mitchell, *Rule of Experts: Egypt, Techno-Politics, Modernity*, University of California Press, Berkeley, 2002, pp. 59-60; Mathieu, *De la culture*, *op. cit.*, p. 25.

66. *Bremer Handelsblatt*, 14 de octubre de 1865, p. 372.

67. *The Economist*, 9 de diciembre de 1865, p. 1487-88; Eric Foner, *Nothing but Freedom: Emancipation and Its Legacy*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1983, pp. 27-28.

68. Berlin *et al.*, *Slaves No More*, *op. cit.*, pp. 1-76.

69. Reclus, «Le coton», *op. cit.*, p. 208.

70. Carta de la Compañía de los Hermanos Baring de Liverpool a la Compañía de los Hermanos Baring de Londres, 4 de febrero de 1865, en House Correspondence, HC 3, 1865, carpeta 35 (Correspondence from Liverpool House), ING Baring Archive, Londres; *Gore's General Advertiser*, 19 de enero de 1865, según cita tomada de Hall, «Liverpool Cotton», p. 163; *Indian Daily News*, número extraordinario, 8 de marzo de 1865, recorte de periódico incluido en la correspondencia del Consulado General estadounidense en Calcuta con William H. Seward, Calcuta, 8 de marzo de 1864, en despachos enviados por el cónsul estadounidense en Calcuta al secretario de Estado de su mismo país, Archivos Nacionales de Estados Unidos, Washington, D. C.; carta de Calvin W. Smith a «Mis queridos amigos de Inglaterra», Bombay, 23 de abril de 1865, en carpeta 13, Ms. N-937, Calvin W. Smith Papers, Massachusetts Historical Society, Boston; Samuel Smith, *My Life-Work*, Hodder and Stoughton, Londres, 1902, *op. cit.*, p. 35; y Brown Brothers, *Experiences*, *op. cit.*, pp. 49-50.

71. William B. Forwood, «The Influence of Price upon the Cultivation and Consumption of Cotton During the Ten Years 1860-1870», *Journal of the Statistical Society of London*, vol. 33, n.º 3, septembre de 1870, p. 371.

72. Horn, *La crise cotonnière et les textiles indigènes*, *op. cit.*, p. 43.

10. Una reorganización de alcance global

1. Carta de Frederick W. A. Bruce al conde de Clarendon, secretario de estado británico, Washington, D. C., 18 de diciembre de 1865, reimpreso en *Cotton Supply Reporter*, 1 de febrero de 1866, p. 1795; memorando de W. Hickens, Real Cuerpo de Ingenieros Británico, al secretario de estado en Washington, D. C., 18 de diciembre de 1865, en *ibíd.*

2. Edmund Ashworth, según cita tomada del *Cotton Supply Reporter* del 1 de julio de 1865, p. 1675; Maurice Williams, «The Cotton Trade of 1865», *Seven Year History of the Cotton Trade of Europe, 1861 to 1868*, William Potter, Liverpool, 1868, p. 19. Para mayor información sobre Williams, véase Thomas Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain: Including a History of the Liverpool Cotton Market and of the Liverpool Cotton Brokers' Association*, Effingham Wilson, Londres, 1886, *op. cit.*, p. 255.

3. Robert Ed. Bühler, «Die Unabhängigkeitsbestrebungen Englands, Frankreichs und Deutschlands in ihrer Baumwollversorgung», tesis doctoral, Universidad de Zürich, 1929, p. 3; *Cotton Supply Reporter*, 1 de junio de 1865, p. 1658.

4. Véase B. R. Mitchell, *International Historical Statistics: The Americas, 1750-2005*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2007, pp. 391, 467 y 547-549; junto con Elijah Helm, «An International Survey of the Cotton Industry», *Quarterly Journal of Economics*, vol. 17, n.º 3, mayo de 1903, p. 417; y Gavin Wright, «Cotton Competition and the Post-bellum Recovery of the American South», *Journal of Economic History*, vol. 34, n.º 3, september de 1974, *op. cit.*, pp. 632-633. Véase también Douglas A. Farnie y David J. Jeremy (comps.), *The Fibre That Changed the World: The Cotton Industry in International Perspective, 1600-1990s*, Oxford University Press, Oxford, 2004, *op. cit.*, pp. 23, 25.

5. El gráfico de la página 279 se basa en el análisis que el autor hace de los datos relativos al número de husos de algodón existentes en diecinueve países: Austria, Bélgica, Brasil, Canadá, China, Francia, Alemania, la India, Italia, Japón, México, Países Bajos, Portugal, Rusia, España, Suecia, Suiza, Reino Unido y Estados Unidos. Dada la naturaleza dispersa y asistemática de estas fuentes, los datos que se consignan en el texto no pasan de ser una estimación. En algunos casos se han extrapolado las cifras. Para consultar dichas cifras, véase Louis Bader, *World Developments in the Cotton Industry, with Special Reference to the Cotton Piece Goods Industry in the United States*, New York University Press, Nueva York, 1925, p. 33; junto con Amiya Kumar Bagchi, *Private Investment in India, 1900-1939*, Cambridge South Asian Studies, n.º 10, Cambridge University Press, Cambridge, 1972, p. 234; Javier Barajas Manzano, *Aspectos de la industria textil de algodón en México*, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, México, 1959, pp. 43-44, 280; para Bélgica véase, Ministère de l'Intérieur, *Statistique de la Belgique, Industrie*, Imprimerie de T. Lesigne, Bruselas, 1851, p. 471; Pierre Benaerts, *Les origines de la grande industrie allemande*, F. H. Turot, París, 1933, p. 486; Sabbato Louis Besso, *The Cotton Industry in Switzerland, Vorarlberg, and Italy; A Report to the Electors of the Gartside Scholarships*, Manchester University Press, Manchester, 1910; George Bigwood, *Cotton*, Holt, Nueva York, 1919, *op. cit.*, p. 61; H. J. Habakkuk y M. Postan (comps.), *The Cambridge Economic History of Europe*, vol. 6, Cambridge University Press, Cambridge, 1965, p. 443; Kang Chao, *The Development of Cotton Textile Production in China*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1977, pp. 301-307; Stanley D. Chapman, «Fixed Capital Formation in the British Cotton Industry, 1770-1815», *Economic History Review*, Nueva Serie, vol. 23, n.º 2, agosto de 1970, pp. 235-266, 252; Louis Bergeron y Jean-Antoine-Claude Chaptal, *De l'industrie française: Acteurs de l'histoire*, Imprimerie nationale éditions, París, 1993, p. 326; Melvin Thomas Copeland, *The Cotton Manufacturing Industry of the United States*, A. M. Kelley, Nueva York, 1966, p. 19; véase asimismo la información correspondiente a los años 1878 a 1920 en *Cotton Facts: A Compilation from Official and Reliable Sources*, A. B. Shepperson, Nueva York, 1878; Richard Dehn y Martin Rudolph, *The German Cotton Industry; A Report to the Electors of the Gartside Scholarships*, Manchester University Press, Manchester, 1913; Thomas Ellison, *A Hand-book of the Cotton Trade, or, A glance at the Past History, Present Condition, and the Future Prospects of the Cotton Commerce of the World*, Longman Brown Green Longmans and Roberts, Londres, 1858, pp. 146-167; Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, pp. 72-73; D. A. Farnie, *The English Cotton Industry and the World Market, 1815-1896*, Oxford University Press, Nueva York, 1979, p. 180; Mimerel Fils, «Filature du Cotton», en Michel Chevalier (comp.), *Rapports du Jury international: Exposition universelle de 1867 à Paris*, vol. 4, P. Dupont, París, 1868, p. 20; R. B. Forrester, *The Cotton Industry in France; A Report to the Electors of the Gartside Scholarships*, Longman, Green and Co., Londres, 1921, p. 5; «Industrie textile», *Annuaire statistique de la France*, París, años 1877 a 1890 y 1894; Michael Owen Gately, «The Development of the Russian Cotton Textile Industry in the Pre-revolutionary Years, 1861-1913», tesis doctoral, University of Kansas, 1968, p. 134; Statistisches Reichsamt, *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, vol. 24, 1913, p. 107; Aurora Gómez Galvarriato, «The Impact of Revolution: Business and Labor in the Mexican Textile Industry, Orizaba, Veracruz, 1900-1930», tesis doctoral, Harvard University, 2000, pp. 23, 45; para las cifras de Gran Bretaña, véase Committee on Industry, and Trade, *Survey of Textile Industries: Cotton, Wool, Artificial Silk*, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1928, p. 142; International Federation of Master Cotton Spinners' and Manufacturers' Associations, *International Cotton Statistics*, Arno S. Pearse (comp.), Thiel and Tangye, Manchester, 1921, pp. 1-32; International Federation of Master Cotton Spinners' and Manufacturers' Associations y Arno S. Pearse, *The Cotton Industry of India, Being the Report of the Journey to India*, Taylor,

Garnett and Evans, Manchester, 1930, *op. cit.*, p. 22; International Federation of Master Cotton Spinners' and Manufacturers' Associations y Arno S. Pearse, *The Cotton Industry of Japan and China, Being the Report of the Journey to Japan and China*, Taylor, Garnett, Evans and Co. Ltd., Manchester, 1929, pp. 18-19, 154; para las estadísticas de Italia, véase Ministero di Agricoltura, Industria e Commercio, «L'industria del cotone in Italia», *Annali di Statistica*, Serie 4, n.º 100, Tipografia Nazionale di G. Bertero E. C., Roma, 1902, pp. 12-13; Ministero di Agricoltura, Industria e Commercio, *Annuario statistico italiano*, Tipografia Elzeviriana, Roma, véanse los años 1878, 1881, 1886, 1892, 1900, 1904 y 1905-1906; S. T. King y Ta-chün Liu, *China's Cotton Industry: A Statistical Study of Ownership of Capital, Output, and Labor Conditions*, s. e., s. l., 1929, p. 4; Sung Jae Koh, *Stages of Industrial Development in Asia: A Comparative History of the Cotton Industry in Japan, India, China, and Korea*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1966, pp. 324-366; Richard A. Kraus, *Cotton and Cotton Goods in China, 1918-1936*, Garland, Nueva York, 1980, pp. 57, 99; John C. Latham y H. E. Alexander, *Cotton Movement and Fluctuations*, Latham Alexander and Co., Nueva York, 1894-1910; Maurice Lévy-Leboyer, *Les banques européennes et l'industrialisation internationale dans la première moitié du XIXe siècle*, Presses Universitaires de France, París, 1964, p. 29; S. D. Mehta, *The Indian Cotton Textile Industry, an Economic Analysis*, publicado por G. K. Ved para la Textile Association of India, Bombay, 1953, p. 139; B. R. Mitchell, *Abstract of British Historical Statistics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1971, p. 185; B. R. Mitchell, *International Historical Statistics: Europe, 1750-1993*, Stockton Press, Nueva York, 1998, p. 511; Charles Kroth Moser, *The Cotton Textile Industry of Far Eastern Countries*, Pepperell Manufacturing Company, Boston, 1930, p. 50; National Association of Cotton Manufacturers, *Standard Cotton Mill Practice and Equipment, with Classified Buyer's Index*, National Association of Cotton Manufacturers, Boston, 1919, p. 37; Keijiro Otsuka, Gustav Ranis y Gary R. Saxonhouse, *Comparative Technology Choice in Development: The Indian and Japanese Cotton Textile Industries*, Editorial Macmillan, Houndmills, Basingstoke, Reino Unido, 1988, p. 6; Alexander Redgrave, «Report of Factory Inspectors», *Parliamentary Papers*, Cámara de los Comunes, Parlamento de Gran Bretaña, 1855, p. 69; J. H. Schnitzler, *De la création de la richesse, ou, des intérêts matériels en France*, vol. 1, H. Lebrun, París, 1842, p. 228; Stanley J. Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture: Textile Enterprise in an Underdeveloped Area, 1850-1950*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1957, p. 191; Guy Thomson, «Continuity and Change in Mexican Manufacturing», en Jean Batou (comp.), *Between Development and Underdevelopment: The Precocious Attempts at Industrialization of the Periphery, 1800-1870*, Librairie Droz, Ginebra, 1991, p. 280; John A. Todd, *The World's Cotton Crops*, A. and C. Black, Londres, 1915, p. 411; Ugo Tombesi, *L'industria cotoniera italiana alla fine del secolo XIX*, G. Frederici, Pesaro, 1901, p. 66; Estados Unidos, Negociado de Manufacturas, *Cotton Fabrics in Middle Europe: Germany, Austria-Hungary, and Switzerland*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1908, pp. 23, 125, 162; Estados Unidos, Negociado de Manufacturas, *Cotton Goods in Canada*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1913, p. 33; Estados Unidos, Negociado de Manufacturas, *Cotton Goods in Italy*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1912, p. 6; Estados Unidos, Negociado de Manufacturas, *Cotton Goods in Russia*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1912, pp. 9-11; Estados Unidos, Oficina Censal, *Cotton Production and Distribution: Season of 1916-1917*, Washington, D. C., Government Printing Office, 1918, p. 88; Estados Unidos, Oficina Censal, *Cotton Production in the United States*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1915, p. 56.

6. Herbert S. Klein y Stanley Engerman, en su artículo titulado «The Transition from Slave to Free Labor: Notes on a Comparative Economic Model», en Manuel Moreno Fraginals, Frank Moya Pons y Stanley L. Engerman, *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1985, p. 260, plantean en términos generales la misma argumentación.

7. Commission Coloniale, Rapport à M. le Ministre de la Marine et des Colonies sur l'Organisation du Travail Libre, p. 61, en Record Group Gen 40, box 472, Fonds Ministérielles, Archives d'outre-mer, Aix-en-Provence, Francia.

8. Lutz Raphael también subraya la persistencia de la coerción en «Krieg, Diktatur und Imperiale Erschliessung: Arbeitszwang und Zwangsarbeit 1880 bis 1960», en Elisabeth Herrmann-Ott (comp.), *Sklaverei, Knechtschaft, Zwangsarbeit: Untersuchungen zur Sozial-, Rechts- und Kulturgeschichte*, Olms, Hildesheim, 2005, pp. 256-280; Robert Steinfeld, *Coercion, Contract, and Free Labor in the Nineteenth Century*, Cambridge University Press, Nueva York, 2001; Eric Foner, *Nothing But Freedom: Emancipation and Its Legacy*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1983; Nan Elizabeth Woodruff, *American Congo: The African American Freedom Struggle in the Delta*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2003; Donald Holley, *The Second Great Emancipation: The Mechanical Cotton Picker, Black Migration, and How They Shaped the Modern South*, University of Arkansas Press, Fayetteville, 2000, pp. 104-105; Charles S. Aiken, *The Cotton Plantation South Since the Civil War*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1998, p. 101.

9. Véase Barbara Fields, «The Advent of Capitalist Agriculture: The New South in a Bourgeois World», en Thavolia Glymph *et al.* (comps.), *Essays on the Postbellum Southern Economy*, Texas A and M University Press, College Station, 1985, p. 74; así como el *Southern Cultivator*, de 26 de febrero de 1868, p. 61.

10. Edward Atkinson, *Cheap Cotton by Free Labor*, A. Williams and Co., Boston, 1861; *Commercial and Financial Chronicle*, 11 de noviembre de 1865, pp. 611-612.

11. Véase el *Southern Cultivator* del 24 de enero de 1866, p. 5; junto con la carta de W. A. Bruce al conde Russell, Washington, 10 de mayo de 1865, en Letters from Washington Minister of Great Britain to Foreign Office, conde Russell, 1865, Correspondencia Privada, 30/22/38, Archivos Nacionales del Reino Unido, Kew, Londres, *loc. cit.*; carta de J. R. Busk a los señores de la Compañía de los Hermanos Rathbone, Nueva York, 24 de abril de 1865, en Rathbone Papers, Record number XXIV.2.22, RP, Rathbone Papers, Special Collections and Archives, University of Liverpool; *Commercial and Financial Chronicle*, 26 de agosto de 1865, pp. 258 y sigs.; George McHenry, *The Cotton Supply of the United States of America*, Spottiswoode and Co., Londres, 1865, 25 y sigs.; Cámara de Comercio de Bengala, Informes de los años 1864 a 1866, p. 809, según cita tomada de Frenise A. Logan, «India's Loss of the British Cotton Market After 1865», *Journal of Southern History*, vol. 31, n.º 1, 1965, p. 47; carta de G. F. Forbes al subsecretario de Estado británico para la India, 16 de agosto de 1866, Secretariat Records Office, según aparece citado en Logan, «India's Loss of the British Cotton Market», *op. cit.*, p. 49.

12. Véase Bliss Perry, *Life and Letters of Henry Lee Higginson*, vol. 1, Atlantic Monthly Press, Boston, 1921, p. 247, *Southern Cultivator*, 26 de mayo de 1868, pp. 133, 135. Para algunos ejemplos susceptibles de ilustrar el debate, véase el *Southern Cultivator* de los días 25 de febrero de 1867, p. 42; 25 de agosto de 1867, p. 258; 25 de octubre de 1867, p. 308; 26 de enero de 1868, p. 12; y 26 de mayo de 1868, p. 135. Véase también Joseph P. Reidy, *From Slavery to Agrarian Capitalism in the Cotton Plantation South: Central Georgia, 1800-1880*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1992, p. 137; *Southern Cultivator*, 27 de febrero de 1869, p. 51; y *Macon Telegraph*, 31 de mayo de 1865.

13. Contrato fechado en Boston el 23 de diciembre de 1863, en varias cartas y notas, archivo n.º 298, Edward A. Atkinson Papers, Massachusetts Historical Society, Boston; Eric Foner, *Reconstruction: America's Unfinished Revolution, 1863-1877*, Harper and Row, Nueva York, 1988, *op. cit.*, pp. 53, 54, 58; véase también la carta de Edward Atkinson a su madre, Washington, 5 de julio de 1864, en varias cartas y notas, archivo n.º 298, Edward A. Atkinson Papers, Massachusetts Historical Society.

14. *Macon Daily Telegraph*, 31 de mayo de 1865, p. 1; Joseph D. Reid, hijo, «Sharecropping as an Understandable Market Response: The Post-bellum South», *Journal of Economic History*, vol. 33, n.º 1, marzo de 1973, p. 107.

15. Contrato fechado el 29 de enero de 1866, en Alonzo T. and Millard Mial Papers, North Carolina Department of Archives and History, según cita tomada de Reid, «Sharecropping as an Understandable Market Response», p. 108; Susan Eva O'Donovan, *Becoming Free in the Cotton South*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2007, pp. 127, 129, 131; James C. Cobb, *The Most Southern Place on Earth: The Mississippi Delta and the Roots of Regional Identity*, Oxford University Press, Nueva York, 1992, pp. 48-50.

16. Véase Foner, *Reconstruction*, *op. cit.*, pp. 103, 104. Se ha argumentado que lo que deseaban los antiguos esclavos de las dos Américas era «poder controlar su propia fuerza de trabajo y acceder a la propiedad de la tierra». Véase también Klein y Engerman, «The Transition from Slave to Free Labor», *op. cit.*, p. 256; y «A Freedman's Speech», *Pennsylvania Freedmen's Bulletin*, enero de 1867, p. 16.

17. Reidy, *From Slavery to Agrarian Capitalism*, *op. cit.*, p. 144.

18. Foner, *Reconstruction*, *op. cit.*, pp. 108, 134; Reidy, *From Slavery to Agrarian Capitalism*, *op. cit.*, pp. 125, 150, 152; Amy Dru Stanley, «Beggars Can't Be Choosers: Compulsion and Contract in Postbellum America», *Journal of American History*, vol. 78, n.º 4, marzo de 1992, pp. 1274, 1285; Cobb, *The Most Southern Place*, *op. cit.*, p. 51; U. S. Congress, House, Orders Issue by the Commissioner and Assistant Commissioners of the Freedmen's Bureau, 65, según cita tomada de Stanley, «Beggars Can't Be Choosers», *op. cit.*, p. 1284.

19. *Commercial and Financial Chronicle*, 11 de noviembre de 1865, pp. 611-612; «A Freedman's Speech», *Pennsylvania Freedmen's Bulletin*, enero de 1867, p. 115.

20. O'Donovan, *Becoming Free*, *op. cit.*, pp. 162, 189, 224, 227, 240; Foner, *Reconstruction*, *op. cit.*, pp. 138, 140; Cobb, *The Most Southern Place*, *op. cit.*, p. 51; James C. Scott, *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1985, p. xv.

21. Véase Gavin Wright, «The Strange Career of the New Southern Economic History», *Reviews in American History*, vol. 10, n.º 4, diciembre de 1982, p. 171; junto con Foner, *Reconstruction*, *op. cit.*, p. 174; Fields, «The Advent of Capitalist Agriculture», *op. cit.*, p. 84; Reidy, *From Slavery to Agrarian Capitalism*, *op. cit.*, p. 159; *Southern Cultivator*, vol. 25, no. 11, noviembre de 1867, p. 358; Aiken, *The Cotton Plantation South*, pp. 34 y sigs.; Cobb, *The Most Southern Place*, *op. cit.*, pp. 55, 70; W. E. B. DuBois, «Die Negerfrage in den Vereinigten Staaten», *Archiv für Sozialwissenschaft*, n.º 22, 1906, p. 52.

22. Reid, «Sharecropping as an Understandable Market Response», *op. cit.*, pp. 114, 116, 118; Grimes Family Papers, #3357, Southern Historical Collection, según cita tomada de Reid, «Sharecropping as an Understandable Market Response», *op. cit.*, pp. 128-129.

23. Wright, «The Strange Career», *op. cit.*, pp. 172, 176. Cobb, *The Most Southern Place*, p. 102; Harold D. Woodman, «Economic Reconstruction and the Rise of the New South, 1865-1900», en John B. Boles y Evelyn Thomas Nolan (comps.), *Interpreting Southern History: Historiographical Essays in Honor of Sanford W. Higginbotham*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1987, p. 268; DuBois, «Die Negerfrage», *op. cit.*, p. 41; carta de C. L. Hardeman a John C. Burns, 11 de diciembre de 1875, John C. Burrus Papers, Mississippi Department of Archives and History, según cita tomada de Cobb, *The Most Southern Place*, *op. cit.*, p. 63; Eric Hobsbawm, *The Age of Empire, 1875-1914*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1987, p. 36 [hay publicación castellana: *La era del imperio, 1875-1914*, traducción de Juan José Faci Lacasta, Crítica, Barcelona, 2003].

24. Wright, «The Strange Career», *op. cit.*, pp. 170, 172; John R. Hanson II, «World Demand for Cotton During the Nineteenth Century: Wright's Estimates Re-examined», *Journal of Economic History*, vol. 39, n.º 4, diciembre de 1979, pp. 1015, 1016, 1018 y 1019.

25. Véase el *Southern Cultivator* del 26 de enero de 1868, p. 13; junto con el telegrama de la Compañía Forstall e Hijos a los hermanos Baring de Londres, 16 de septiembre de 1874, en record group HC 5.2.6.142, ING Baring Archive, Londres; O'Donovan, *Becoming Free*, *op. cit.*, p. 117; Cobb, *The Most Southern Place*, *op. cit.*, pp. 91, 104, 114; Woodman, «Economic Reconstruction», *op. cit.*, p. 173; Reidy, *From Slavery to Agrarian Capitalism*, *op. cit.*, pp. 222, 225; Aiken, *The Cotton Plantation South*, *op. cit.*, p. 23.

26. Steven Hahn, «Class and State in Postemancipation Societies: Southern Planters in Comparative Perspective», *American Historical Review*, vol. 95, n.º 1, febrero de 1990, pp. 83, 84, 96.

27. David F. Weiman, «The Economic Emancipation of the Non-slaveholding Class: Upcountry Farmers in the Georgia Cotton Economy», *Journal of Economic History*, vol. 45, n.º 1, 1985, pp. 72, 76, 78.

28. Weiman, «The Economic Emancipation of the Non-slaveholding Class», *op. cit.*, p. 84; DuBois, «Die Negerfrage», *op. cit.*, p. 38; Ernst von Halle, *Baumwollproduktion und Pflanzungswirtschaft in den Nordamerikanischen Südstaaten, Zweiter Teil, Sezessionskrieg und Rekonstruktion*, Editorial von Duncker and Humblot, Leipzig, 1906, *op. cit.*, pp. 518 y 661 y sigs.; Foner, *Reconstruction*, *op. cit.*, p. 394.

29. *Southern Cultivator*, 29 de junio de 1871, p. 221; Cobb, *The Most Southern Place*, p. 110; Jerre Mangione y Ben Morreale, *La Storia: Five Centuries of the Italian American Experience*, Harper Perennial, Nueva York, 1992, p. 185; Aiken, *The Cotton Plantation South*, *op. cit.*, p. 61; E. Merton Coulter, *James Monroe Smith: Georgia Planter*, University of Georgia Press, Athens, 1961, pp. 9, 14, 17, 35, 37, 67-69, 84, 90.

30. Julia Seibert, «Travail Libre ou Travail Forcé?: Die “Arbeiterfrage” im belgischen Kongo 1908-1930», *Journal of Modern European History*, vol. 7, n.º 1, marzo de 2009, pp. 95-110; DuBois, «Die Negerfrage», p. 44.

31. Departamento de Comercio de Estados Unidos, Oficina Censal, *Historical Statistics of the United States, Colonial Times to the Present*, Basic Books, Nueva York, 1976, pp. 518, 899; Gabinete Estadístico de Estados Unidos, Departamento del Tesoro, *Cotton in Commerce: Statistics of United States, United Kingdom, France, Germany, Egypt, and British India*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1895, p. 29; Francia, Dirección General de Aduanas, *Tableau décennal du commerce de la France avec ses colonies et les puissances étrangères, 1887-96*, París, 1896, pp. 2, 108; Kaiserliches Statistisches Amt, *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, vol. 13, Kaiserliches Statistisches Amt, Berlín, 1892, *op. cit.*, pp. 82-83; *Statistical Abstracts for the United Kingdom in Each of the Last Fifteen Years from 1886 to 1900*, Wyman and Sons, Londres, 1901, pp. 92-93.

32. Véase Cámara de Comercio de Bombay, *Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1865-66*, Education Society's Press, Bombay, 1867, p. 213; junto con B. R. Mitchell, *International Historical Statistics: Africa, Asia and Oceania, 1750-2005*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, Reino Unido, 2007, p. 354; F. M. W. Schofield, Department of Revenue and Agriculture, Simla, 15 de septiembre de 1888, p. 10, en Proceedings, Part B, n.^{os} 6 a 8, abril de 1889, Fibres and Silk Branch, Department of Revenue and Agriculture, National Archives of India, Nueva Delhi; *Statistical Abstract Relating to British India from 1903-04 to 1912-13*, His Majesty's Stationery Office, Londres, 1915, p. 188; *Statistical Tables Relating to Indian Cotton: Indian Spinning and Weaving Mills*, Times of India Steam Press, Bombay, 1889, p. 59; Toyo Menka Kaisha, *The Indian Cotton Facts 1930*, Toyo Menka Kaisha Ltd., Bombay, 1930, p. 54; Dwijendra Tripathi, «India's Challenge to America in European Markets, 1876-1900», *Indian Journal of American Studies*, vol. 1, n.º 1, 1969, p. 58; *Bericht der Handelskammer Bremen über das Jahr 1913*, Hauschild, Bremen, 1914, p. 38; Cámara de Comercio de Bombay, *Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1865-66*, Education Society's Press, Bombay, 1867, p. 213. Maurus Staubli también destaca el carácter permanente de las transformaciones generadas por este cambio en *Reich und Arm mit Baumwolle: Exportorientierte Landwirtschaft am Beispiel des Baumwollanbaus im Indischen Distrikt Khandesh (Dekkan), 1850-1914*, Editorial Franz Steiner, Stuttgart, 1994, p. 66; James A. Mann, *The Cotton Trade of Great Britain: Its Rise, Progress, and Present Extent*, Simpkin, Marshall, Londres, 1860, p. 132; *Statistical Abstracts for British India from 1911-12 to 1920-21*, His Majesty's Stationery Office, Londres, 1924, pp. 476-77. En buena parte de la literatura vinculada con los efectos que tuvo la guerra de Secesión estadounidense en la India existe una desafortunada tendencia a limitar el análisis a la relación que mantenían la India y Gran Bretaña, circunstancia que pierde enteramente de vista el mucho más importante comercio de algodón en rama que mediaba por la misma época entre la India, la Europa continental y Japón. Para saber más acerca de este planteamiento que podríamos llamar «imperio-céntrico», véase, por ejemplo, Logan, «India's Loss of the British Cotton Market», así como Wright, «Cotton Competition». Para una mayor información sobre la relevancia de los mercados europeos, véase John Henry Rivett-Carnac, *Report of the Cotton Department for the Year 1868-69*, Printed at the Education Society's Press, Bombay, 1869, p. 139; C. B. Pritchard, *Annual Report on Cotton for the Bombay Presidency for the Year 1882-83*, Cotton Department, Bombay Presidency, Bombay, 1883, p. 2. Para la importancia del mercado japonés, véase S. V. Fitzgerald y A. E. Nelson, *Central Provinces District Gazetteers, Amraoti District*, vol. A, Claridge, Bombay, 1911, p. 192, en record group V/27/65/6, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.* Sobre el incremento de las importaciones europeas de algodón indio, véase Tripathi, «India's Challenge to America in European Markets, 1876-1900», pp. 57-65; *Statistical Abstracts for the United Kingdom for Each of the Fifteen Years from 1910 to 1924*, S. King and Son Ltd., Londres, 1926, pp. 114-115; John A. Todd, *World's Cotton Crops*, A. and C. Black, Londres, 1915, p. 45. Para las razones que explican que el algodón indio encontrara un mercado muy bien predisposto en el continente europeo, véase el «Report by F. M. W. Schofield, Department of Revenue and Agriculture, Simla, 15 Sept. 1888», en Department of Revenue and Agriculture, Fibres and Silk Branch, abril de 1889, n.^{os} 6-8, Part B, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi; así como la carta de A. J. Dunlop al secretario de la Cámara de Comercio de Bombay, Alkolale, 11 de junio de 1874, Proceedings, Part B, junio de 1874, n.º 41/42, Fibres and Silk Branch, Agriculture and Commerce Department, Revenue, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi, *loc. cit.*; «Statement Exhibiting the Moral and Material Progress and Condition of India, 1895-96», p. 109, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica.

33. Mitchell, *International Historical Statistics: The Americas*, *op. cit.*, pp. 227, 316.

34. International Federation of Master Cotton Spinners' and Manufacturers' Associations, *Official Report of the International Congress, Held in Egypt, 1927*, International Federation of Master Cotton Spinners' and Manufacturers' Associations, Manchester, 1927, pp. 28, 49; Arnold Wright (comp.), *Twentieth Century Impressions of Egypt: Its History, People, Commerce, Industries, and Resources*, Lloyd's Greater Britain Publishing Company, Londres, 1909, p. 280; B. R. Mitchell, *International Historical Statistics: Africa, Asia and Oceania, 1750-2005*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, Reino Unido, 2007, p. 265.

35. Entre los años 1866 y 1905 el número de husos operativos en Brasil se multiplicó por 53. El debate que planteamos en el texto en relación con Brasil se basa en *Estatísticas históricas do Brasil: Séries econômicas, demográficas e sociais de 1550 a 1988*, Río de Janeiro, Fundação Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, 1990, p. 346; para mayor información sobre el número de husos, véase Stanley J. Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture: Textile Enterprise in an Underdeveloped Area, 1850-1950*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1957, p. 191; E. R. J. Owen, *Cotton and the Egyptian Economy, 1820-1914: A Study in Trade and Development*, Clarendon Press, Oxford, 1969, pp. 90, 123, 124, 197. Alan Richards también resalta el carácter permanente de este cambio en *Egypt's Agricultural Development, 1800-1980: Technical and Social Change*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1982, p. 31; Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, *op. cit.*, p. 91; International Federation of Master Cotton Spinners' and Manufacturers' Associations, *Official Report of the International Congress, Held in Egypt*, *op. cit.*, p. 125.

36. Véase Rivett-Carnac, *Report of the Cotton Department for the Year 1868-69*, *op. cit.*, pp. 13, 114, 131; junto con Alfred Comyn Lyall (comp.), *Gazetteer for the Haiderábád Assigned Districts Commonly called Barár*, Education Society's Press, Bombay, 1870, p. 161; Charles B. Saunders, *Administration Report by the Resident at Hyderabad; including a Report on the Administration of the Hyderabad Assigned Districts for the year 1872-73*, Residency Press, Hyderabad, 1872, p. 12.

37. Para más información sobre el telégrafo, véase Laxman D. Satya, *Cotton and Famine in Berar, 1850-1900*, Manohar, Nueva Delhi, 1997, pp. 142, 152. Despachos de la India y Bengala, vol. 82, 17 de agosto de 1853, pp. 1140-1142, enviados por el Board of Directors, EIC de Londres, al Departamento Financiero de los Ferrocarriles, Gobierno de la India, según cita tomada de Satya, *Cotton and Famine in Berar*, *op. cit.*, p. 142. Para saber más acerca de las fuentes de financiación, véase Aruna Awasthi, *History and Development of Railways in India*, Deep and Deep Publications, Nueva Delhi, 1994, p. 92. Las palabras del general Balfour aparecen citadas en Rivett-Carnac, *Report of the Cotton Department for the Year 1868-69*, *op. cit.*, p. 114. Respecto a la relación existente entre el ferrocarril y las mercancías de Manchester, véase *ibid.*, p. 155; véase también Nelson, *Central Provinces District Gazetteers*, *op. cit.*, p. 248; junto con el Report on the Trade of the Hyderabad Assigned Districts for the Year 1883-84, p. 2, en record group V/24, en Hyderabad Assigned Districts, India, Department of Land Records and Agriculture Reports, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Jürgen Osterhammel, *Kolonialismus: Geschichte, Formen, Folgen*, sexta edición, Beck, Múnich, 2006, p. 10. La cita en la que se habla de Khamgaon se encuentra en Satya, *Cotton and Famine in Berar*, *op. cit.*, p. 173. La información relativa a los comerciantes figura en John Henry Rivett-Carnac, *Many Memories of Life in India, At Home, and Abroad*, W. Blackwood and Sons, Londres, 1910, pp. 166, 169; *Times of India*, 11 de marzo de 1870, pp. 193, 199; «Report on the Cotton Trading Season in CP and Berar», junio de 1874, record group Fibres and Silk Branch, n.^{OS} 41/42, Parte B, Revenue, Agriculture and Commerce Department, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi.

38. *Journal of the Society of Arts*, n.º 24, 25 de febrero de 1876, p. 260; Rivett-Carnac, *Report of the Cotton Department for the Year 1868-69*, *op. cit.*, p. 100; Satya, *Cotton and Famine in Berar*, *op. cit.*, p. 153.

39. Rivett-Carnac, *Report of the Cotton Department for the Year 1868-69*, *op. cit.*, p. 115.

40. Creación de un Departamento de Agricultura y Comercio Especial como rama independiente del Ministerio del Interior británico, 9 de abril de 1870, pp. 91-102, Public Branch, Home Department, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi; Douglas E. Haynes, «Market Formation in Khandeshh, 1820-1930», *Indian Economic and Social History Review*, vol. 36, n.º 3, 1999, p. 294; *Asiatic Review*, I de octubre de 1914, pp. 298-364; informe redactado por E. A. Hobson, 11, en Department of Revenue and Agriculture, Fibres and Silk Branch, noviembre de 1887, n.ºs 22-23, Parte B, en Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi. Y de hecho, en 1863 Charles Wood señalaba que «el presente estado de cosas está disminuyendo el número de hilanderías domésticas», en carta de Charles Wood a James Bruce, conde de Elgin, 16 de junio de 1863 en MSS EUR F 78, LB 13, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; carta de A. J. Dunlop, subcomisionado en materia de algodón, al secretario de la Cámara de Comercio de Bombay, fechada en Camp Oomraoti el 6 de noviembre de 1874, en Revenue, Agricultural and Commerce Department, Fibres and Silk Branch, Proceedings, Parte B, noviembre de 1874, n.º 5, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi; Satya, *Cotton and Famine in Berar*, *op. cit.*, pp. 146, 183; Nelson, *Central Provinces District Gazetteers*, p. 248; carta impresa de A. J. Dunlop al secretario del Gobierno de la India, Revenue, Agriculture and Commerce, Hyderabad, 2 de abril de 1878, en Report on the Trade of the Hyderabad Assigned Districts for the Year 1877-78, p. 6, en record group V/24, en Hyderabad Assigned Districts, India, Department of Land Records and Agriculture, Reports, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, *loc. cit.*

⁴¹. Rivett-Carnac, *Report of the Cotton Department for the Year 1868-69*, *op. cit.*, p. 91; carta de Charles Wood a sir Charles Trevelyan, 9 de abril de 1863, MSS EUR F 78, LB 12, Wood Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

42. Véase Satya, *Cotton and Famine in Berar*, *op. cit.*, pp. 136-137, 180; así como el *Asiatic* del 11 de junio de 1872, en MS. f923.2.S330, recortes de periódico, Benjamin John Smith Papers, Manchester Archives and Local Studies, Manchester. En las provincias noroccidentales del subcontinente indio el número de hectáreas totales consagradas al cultivo del algodón también se incrementó, pasando de las 385.696 del año 1861 a las 700.362 de 1864. Véase Logan, «India's Loss of the British Cotton Market», *op. cit.*, p. 46; junto con George Watt, *The Commercial Products of India*, John Murray, Londres, 1908, p. 600; *Times of India*, 10 de diciembre de 1867, según cita tomada de Moulvie Syed Mahdi Ali, *Hyderabad Affairs*, vol. 5, Printed at the Times of India Steam Press, Bombay, 1883, p. 260.

43. Timothy Mitchell, *Rule of Experts: Egypt, Techno-Politics, Modernity*, University of California Press, Berkeley, 2002, p. 57.

44. *Ibid.*, pp. 66-71.

45. *Ibid.*, 67, 70.

46. *Ibíd.*, pp. 62-63, 67, 71, 73; Gran Bretaña, Alto Comisionado para Egipto y el Sudán, *Reports by His Majesty's Agent and Consul-General on the Finances, Administration, and Condition of Egypt and the Soudan*, His Majesty's Stationery Office, Londres, 1902, p. 24; International Federation of Master Cotton Spinners' and Manufacturers' Associations, *Official Report: Egypt and Anglo-Egyptian Soudan*, s. e., Manchester, 1921, p. 66.

[47](#). Mitchell, *Rule of Experts*, *op. cit.*, pp. 55, 63, 66, 72, 73, 76.

48. Satya, *Cotton and Famine in Berar*, *op. cit.*, pp. 85, 169; Nelson, *Central Provinces District Gazetteers*, *op. cit.*, p. 150. Para mayor información sobre las tierras baldías, véase Satya, *Cotton and Famine in Berar*, *op. cit.*, p. 78. El propio Karl Marx comprendió ya que la exigencia central que deseaban ver cumplida los propietarios de las fábricas textiles iba fundamentalmente dirigida a la consecución de mejoras infraestructurales en la India, dado que lo importante era poder trasladar el algodón hasta la costa: véase Karl Marx y Friedrich Engels, *Aufstand in Indien*, Editorial Dietz, Berlín, 1978 (1853), *op. cit.*, p. 264; junto con Sandip Hazareesingh, «Cotton, Climate and Colonialism in Dharwar, Western India, 1840-1880», *Journal of Historical Geography*, vol. 38, n.º 1, 2012, p. 14.

49. *How to Make India Take the Place of America as Our Cotton Field*, J. E. Taylor, Londres, s. f., aunque probablemente se trate del año 1863, p. 7.

50. Thomas Bazley, según cita tomada de *Merchants' Magazine and Commercial Review*, vol. 45, n.º 5, noviembre de 1861, p. 483; Satya, *Cotton and Famine in Berar*, *op. cit.*, pp. 34, 47, 59, 62, 87, 91, 95; Nelson, *Central Provinces District Gazetteers*, *op. cit.*, pp. 147, 226; A. C. Lydall, *Gazetteer for the Haidarabad Assigned Districts, Commonly Called Berar*, Education Society's Press, Bombay, 1870, p. 96, en record group V/27/65/112, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Hazareesingh, «Cotton, Climate and Colonialism in Dharwar, Western India, 1840-1880», p. 12; Arno Schmidt, *Cotton Growing in India*, International Federation of Master Cotton Spinners and Manufacturers' Associations, Manchester, 1912, p. 22.

51. Véase David Hall-Matthews, «Colonial Ideologies of the Market and Famine Policy in Ahmednagar District, Bombay Presidency, c. 1870-1884», *Indian Economic and Social History Review*, vol. 36, n.º 3, 1999, p. 307; junto con Satya, *Cotton and Famine in Berar*, *op. cit.*, pp. 80-81; Meltem Toksöz, «The Çukurova: From Nomadic Life to Commercial Agriculture, 1800-1908», tesis doctoral, State University of New York at Binghamton, 2000, p. 75; Francis Turner, «Administration Report of the Cotton Department for the Year 1876-77», en record group V/24/434, Cotton Department, Bombay Presidency, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

52. Satya, *Cotton and Famine in Berar*, *op. cit.*, pp. 80, 161; *Times of India*, Overland Summary, 14 de enero de 1864, p. 3.

53. Christof Dejung, «The Boundaries of Western Power: The Colonial Cotton Economy in India and the Problem of Quality», en Christof Dejung y Niels P. Petersson (comps.), *The Foundations of Worldwide Economic Integration: Power, Institutions, and Global Markets, 1850-1930*, Cambridge University Press, Cambridge, 2012, pp. 149-150.

54. International Federation of Master Cotton Spinners' and Manufacturers' Associations, *Official Report of the International Congress, Held in Egypt, op. cit.*, p. 64; E. B. Francis, «Report on the Cotton Cultivation in the Punjab for 1882-1883», Lahore, 1882, en record group V/24/441, Financial Commission, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

55. F. M. W. Schofield, Department of Revenue and Agriculture, Simla, 15 de septiembre de 1888, en Proceedings, Parte B, n.ºs 6-8, abril de 1889, Fibres and Silk Branch, Department of Revenue and Agriculture, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi; Samuel Ruggles, responsable de la Cámara de Comercio de Nueva York, reimpreso en *Merchants' Magazine and Commercial Review*, vol. 45, n.º 1, julio de 1861, p. 83; Rivett-Carnac, *Many Memories*, *op. cit.*, pp. 166, 168; Peter Harnetty, «The Cotton Improvement Program in India, 1865-1875», *Agricultural History*, vol. 44, n.º 4, octubre de 1970, p. 389; Satya, *Cotton and Famine in Berar*, pp. 156 y sigs.

56. Véase Alfred Charles True, *A History of Agricultural Experimentation and Research in the United States, 1607-1925*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1937, pp. 41-42; 64, 184, 199, 218, 221, 251, 256; junto con I. Newton Hoffmann, «The Cotton Futures Act», *Journal of Political Economy*, vol. 23, n.º 5, mayo de 1915, p. 482; Julia Obertreis, *Imperial Desert Dreams: Irrigation and Cotton Growing in Southern Central Asia, 1860s to 1991*, manuscrito inédito, 2009, capítulo 1, p. 66. La Escuela Agrícola de Egipto viene publicando desde el año 1899 una revista —la *Magazine of the Society of Agriculture*— que ofrece información en árabe. Véase la *Magazine of the Society of Agriculture and Agricultural School*, n.º 1, 1899, en la Biblioteca Nacional de El Cairo. Véase también *L'Agriculture: Journal Agricole, Industrial, Commercial et Economique*, publicado desde el año 1891, fundamentalmente en árabe, en la Biblioteca Nacional de El Cairo; así como el informe de la International Federation of Master Cotton Spinners' and Manufacturers' Associations titulado *Official Report of the International Congress, Held in Egypt, op. cit.*, p. 54.

57. F. M. W. Schofield, «Note on Indian Cotton», p. 12, Department of Revenue and Agriculture, Simla, 15 de diciembre de 1888, en abril de 1889, n.^{os} 6-8, Parte B, Fibres and Silk Branch, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi; Satya, *Cotton and Famine in Berar*, *op. cit.*, p. 155; C. N. Livanos, *John Sakellaridis and Egyptian Cotton*, A. Procaccia, Alejandría, 1939, p. 79; y Harnetty, «The Cotton Improvement», p. 383.

7. [58.](#) Hazareesingh, «Cotton, Climate and Colonialism in Dharwar, Western India, 1840-1880», p.

59. *Bremer Handelsblatt*, 28 de junio de 1873, p. 229; W. F. Bruck, *Türkische Baumwollwirtschaft: Eine Kolonialwirtschaftliche und -politische Untersuchung*, Gustav Fischer, Jena, 1919, p. 99; E. S. Symes, «Report on the Cultivation of Cotton in British Burma for the Year 1880-81», Rangún, Revenue Department, record group V/24/446, en Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

60. Para una mayor información sobre las exportaciones de algodón tras la guerra de Secesión estadounidense, véase «Cotton Production in Queensland from 1866 to 1917», en A 8510-12/11, Advisory Council of Science and Industry Executive Committee, Cotton Growing, Correspondence with Commonwealth Board of Trade, Archivos Nacionales de Australia; *Adelaide Advertiser*, 11 de enero de 1904; Memorandum from Advisory Council to Commonwealth Board of Trade, 13 de septiembre de 1918, en A 8510, 12/11, Advisory Council of Science and Industry Executive Committee, Cotton Growing, Correspondence with Commonwealth Board of Trade, Archivos Nacionales de Australia; carta de Theo Price, presidente de la Price-Campbell Cotton Picker Corporation de Nueva York al Advisory Council of Science and Industry, 15 de mayo de 1917, en NAA-A 8510-12/33, Advisory Council of Science and Industry Executive Committee, Cotton, Cotton Picker, Archivos Nacionales de Australia; *Sydney Evening News*, 17 de marzo de 1920. Para una argumentación de carácter general, véase también Buehler, «Die Unabhängigkeitsbestrebungen Englands», p. 111.

61. Véase, por ejemplo, Rudolf Fitzner, «Einiges über den Baumwollbau in Kleinasien», *Der Tropenpflanzer*, n.º 5, 1901, pp. 530-536; junto con Bruck, *Türkische Baumwollwirtschaft*, *op. cit.*, p. 3.

62. Véase también Marc Bloch, «Pour une histoire comparée des sociétés européennes», *Revue de Synthèse Historique*, n.º 46, 1928, pp. 15-50.

63. Véase Michael Mann, «Die Mär von der freien Lohnarbeit: Menschenhandel und erzwungene Arbeit in der Neuzeit», en Michael Mann (comp.), *Menschenhandel und unfreie Arbeit*, Leipziger Universitätsverlag, Leipzig, 2003, p. 19; y Marcel van der Linden, *Workers of the World: Essays Toward a Global Labor History*, Brill, Boston, 2008, pp. 18-32, 52-54.

64. Véase Fields, «The Advent of Capitalist Agriculture», *op. cit.*, p. 74; junto con Satya, *Cotton and Famine in Berar*, *op. cit.*, p. 95; Arnold Wright (comp.), *Twentieth Century Impressions of Egypt: Its History, People, Commerce, Industries, and Resources*, Lloyd's Greater Britain Publishing Company, Londres, 1909, pp. 281, 284; International Federation of Master Cotton Spinners' and Manufacturers' Associations, *Official Report of the International Congress, Held in Egypt*, *op. cit.*, p. 95; Arno S. Pearse, *Brazilian Cotton*, Printed by Taylor, Garnett, Evans and Co., Manchester, 1921, pp. 75, 81; Michael J. Gonzales, «The Rise of Cotton Tenant Farming in Peru, 1890-1920: The Condor Valley», en *Agricultural History*, vol. 65, n.º 1, invierno de 1991, pp. 53, 58; George McCutcheon McBride, «Cotton Growing in South America», *Geographical Review*, vol. 9, n.º 1, enero de 1920, p. 42; Toksöz, «The Çukurova», *op. cit.*, pp. 203, 246; *Levant Trade Review*, vol. 1, n.º 1, junio de 1911, según cita tomada de Toksöz, «The Çukurova», *op. cit.*, p. 182.

65. A. T. Moore, inspector jefe, Cotton Department, Report, en Proceedings, Parte B, marzo de 1875, n.º 1/2, Fibres and Silk Branch, Agriculture and Commerce Department, Revenue, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi; David Hall-Matthews, «Colonial Ideologies of the Market and Famine Policy in Ahmednagar District, Bombay Presidency, c. 1870-1884», *Indian Economic and Social History Review*, vol. 36, n.º 3, 1999, *op. cit.*, p. 307; A. E. Nelson, *Central Provinces Gazetteers, Buldana District*, Baptist Mission Press, Calcuta, 1910, p. 228; Toksöz, «The Çukurova», *op. cit.*, p. 272; y Bruck, *Türkische Baumwollwirtschaft*, *op. cit.*, pp. 41, 67.

66. Klein and Engerman, «The Transition from Slave to Free Labor», 255-270. Este era un sistema de trabajo diferente del surgido en la industria azucarera global tras la emancipación de los esclavos. En este caso, los jornaleros bajo contrato asumieron un papel destacado. La diferencia está relacionada con el hecho de que la producción de azúcar requiere un uso del capital mucho más intenso que en el caso del cultivo de algodón, porque hay unas eficiencias de escala en el azúcar que no existen en la esfera del algodón y, debido a las grandes necesidades de mano de obra durante la cosecha, hacen azúcar inadecuado para la aparcería. Para los efectos relacionados con la emancipación que tuvo el azúcar, véase especialmente Rebecca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1860-1899* (Princeton University Press, Princeton, NJ, 1985); David Northrup, *Indentured Labor in the Age of Imperialism, 1834-1922* (Cambridge University Press, Nueva York, 1995); Frederick Cooper, Thomas C. Holt, and Rebecca J. Scott, *Beyond Slavery: Explorations of Race, Labor, and Citizenship in Postemancipation Societies* (University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2000).

67. *Cotton Supply Reporter*, 15 de junio de 1861, p. 530; M. J. Mathieu, *De la culture du coton dans la Guyane française*, Alexis Cabasse, Épinal, 1861; *Le Courier du Havre*, 19 de septiembre de 1862, en Gen/56, Fonds Ministériels, Archives d'outre-mer, Aix-en-Provence. Véase también el *Cotton Supply Reporter* del 1 de julio de 1861, p. 554; junto con Stephen S. Remak, *La paix en Amérique*, Henri Plon, París, 1865, pp. 25-26. Para saber más sobre el trabajo de los culíes, véase igualmente la carta de Black Ball Line de Liverpool a los señores Sandbach, Tinne and Co., 1 de enero de 1864, en Record Group D 176, folder A (varios), Sandbach, Tinne and Co., Papers, Museo Marítimo de Merseyside, Liverpool; Klein y Engerman, «The Transition from Slave to Free Labor», *op. cit.*, pp. 255-270; Alan Richards, *Egypt's Agricultural Development, 1800-1980: Technical and Social Change*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1981, pp. 55, 61.

68. Véase William K. Meyers, *Forge of Progress, Crucible of Revolt: Origins of the Mexican Revolution in La Comarca Lagunera, 1880-1911*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1994, pp. 4, 6, 33-34, 48, 51.

69. *Ibid.*, pp. 40, 116-117, 120 y 346; Werner Tobler, *Die mexikanische Revolution: Gesellschaftlicher Wandel und politischer Umbruch, 1876-1940*, Suhrkamp, Frankfurt del Meno, 1984, pp. 70 y sigs.

70. Véase Meyers, *Forge of Progress*, *op. cit.*, pp. 123-125, 131; para saber más acerca de la situación reinante en Perú, véase Michael J. Gonzales, «The Rise of Cotton Tenant Farming in Peru, 1890-1920: The Condor Valley», en *Agricultural History*, vol. 65, n.º 1, invierno de 1991, *op. cit.*, p. 71; para el caso de Egipto, véase Mitchell, *Rule of Experts*, *op. cit.*

71. Toksöz, «The Çukurova», *op. cit.*, p. 99.

72. Cámara de Comercio de Manchester, *The Forty-Second Annual Report of the Board of Directors for the Year 1862*, Cave and Server, Manchester, 1863, *op. cit.*, p. 22; Rosa Luxemburg, «Die Akkumulation des Kapitals», en Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, vol. 5, Editorial Dietz, Berlín, 1981, pp. 311-312, 317; y Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Beacon Press, Boston, 1968, *op. cit.*, pp. 72-75.

73. Jürgen Osterhammel y Niels P. Petersson, *Geschichte der Globalisierung: Dimensionen, Prozesse, Epochen*, C. H. Beck, München, 2003, p. 70.

74. Véase Eric Hobsbawm, *The Age of Empire, 1875-1914*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1987, *op. cit.*, pp. 40, 42, 45, 54, 59, 62, 66, 67, 69; junto con Osterhammel y Petersson, *Geschichte der Globalisierung, op. cit.*, p. 69. Véase también Sven Beckert, «Space Matters: Eurafrica, the American Empire, and the Territorial Reorganization of European Capitalism, 1870-1960», artículo en curso; Charles S. Maier, «Consigning the Twentieth Century to History: Alternative Narratives for the Modern Era», *American Historical Review*, vol. 105, n.º 3, junio de 2000, pp. 807-831; Oldham Master Cotton Spinners' Association, *Report of the Committee, for Year Ending December 31, 1901*, Dornan, Oldham, 1902, p. 5, en record group 6/2/1-61m, Papers of the Oldham Master Cotton Spinners' Association, Biblioteca John Rylands, Manchester; Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*, Verso, Nueva York, 1994, p. 11; Jan-Frederik Abbeloos, «Belgium's Expansionist History Between 1870 and 1930: Imperialism and the Globalisation of Belgian Business», Munich Personal RePEc Archive Paper n.º 11295, colgado en la Red el 30 de octubre de 2008 (último acceso, 9 de julio de 2009): <http://www.mpra.ub.uni-muenchen.de/11295>.

75. International Federation of Master Cotton Spinners' and Manufacturers' Associations, *Official Report of the International Congress, Held in Egypt, op. cit.*, p. 31; Commission Coloniale, «Rapport sur l'organisation du travail libre», en 317/Gen 40/472, Fonds Ministériels, Centre des archives d'outre-mer; Procès verbaux des séances de la commission du travail aux colonies, 1873-1874, 1105/Gen 127/473, Fonds Ministériels, Centre des archives d'outre-mer, «Régime du travail dans les colonies, rapport, 1875», en 1152/Gen 135/475, Fonds Ministériels, Archives d'outre-mer; *Liverpool Mercury*, 23 de septiembre de 1863, p. 6; Edward Atkinson, *Cheap Cotton by Free Labor: By a Cotton Manufacturer*, A. Williams and Co., Boston, 1861, *op. cit.*, p. 478. Véase también la carta de John Bright a Edward Atkinson, Londres, 29 de mayo de 1862, Box N 298, *ibid.* Nota de la embajada de España en París, sin fecha, 994/Gen 117/474, Fonds Ministériels, Archives d'outre-mer; copia del informe enviado por R. B. D. Morier al secretario de Estado, marqués de Salisbury, el 12 de octubre de 1889, Compilations, vol. 51, 1890, Compilation n.º 476, «Establishment by the Russian Government of a Model Cotton Plantation in the Merva Oasis», Revenue Department, Archivo del Estado de Maharashtra, Bombay; Rinji Sangyo Chosa Kyoku (Departamento Especial de Investigación Industrial), *Chosen ni Okeru Menka ni Kansuru Chosa Seiseki* (La investigación sobre el algodón en Corea), agosto de 1918; NoShomu Sho Nomu Kyoku (Ministerio de Agricultura y Comercio, Departamento de Agricultura), *Menka ni Kansuru Chosa* (La investigación sobre el algodón), marzo de 1913.

76. Esto fue lo que sucedió también en muchos otros países. En Perú, por ejemplo, las granjas de campesinos arrendados se convirtieron, junto con el régimen de aparcería, en la forma de producción de algodón predominante al acabar la guerra de Secesión estadounidense e instaurarse el inmenso proceso de expansión del volumen de fibra generado que se verificó tras el desenlace del conflicto. Véase Vincent Peloso, *Peasants on Plantations: Subaltern Strategies of Labor and Resistance in the Pisco Valley, Peru*, Duke University Press, Durham, Carolina del Norte, 1999; Michael R. Haines, «Wholesale Prices of Selected Commodities: 1784-1998», Tabla Cc205-266, en Susan B. Carter, Scott Sigmund Gartner, Michael R. Haines, Alan L. Olmstead, Richard Sutch y Gavin Wright (comps.), *Historical Statistics of the United States, Earliest Times to the Present: Millennial Edition*, Cambridge University Press, Nueva York, 2006; Peter Harnetty, *Imperialism and Free Trade: Lancashire and India in the Mid-Nineteenth Century*, University of British Columbia Press, Vancouver, 1972, p. 99.

11. Destrucciones

1. John R. Killick, «Atlantic and Far Eastern Models in the Cotton Trade, 1818-1980», University of Leeds School of Business and Economic Studies, Discussion Paper Series, junio de 1994, p. 1; Toyo Menka Kaisha, *The Indian Cotton Facts 1930*, Toyo Menka Kaisha Ltd., Bombay, 1930, s. p.

2. En la inauguración de la línea ferroviaria, el propio virrey de la India británica establecería una relación explícita entre la nueva situación lograda y la guerra de Secesión estadounidense. Véase la información titulada «Opening of the Khamgaon Railway», *Times of India*, 11 de marzo de 1870, reimpreso en Moulvie Syed Mahdi Ali, *Hyderabad Affairs*, vol. 4, Printed at the Times of India Steam Press, Bombay, 1883, p. 199. Para una mayor información sobre Khamgaon véase también John Henry Rivett-Carnac, *Report of the Cotton Department for the Year 1868-69*, Printed at the Education Society's Press, Bombay, 1869, pp. 98 y sigs., y p. 131; junto con A. C. Lydall, *Gazetteer for the Haidarabad Assigned Districts, Commonly Called Berar*, Education Society's Press, Bombay, 1870, p. 230, en record group V/27/65/112, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

3. Véase la carta de Haywood a los señores Mosley y Hurst, Manchester, 15 de mayo de 1861, según aparece reimpreso en el *Times of India* del 18 de julio de 1861, p. 3. Algo muy similar puede leerse en el *Cotton Supply Reporter* del 15 de junio de 1861, p. 530. Véase también «Cotton Districts of Berar and Raichove Doab», Negociado de la India, Londres, al gobernador delegado de la Corona en Bombay, 17 de diciembre de 1862, Compilation n.º 119, Compilations, vol. 26, 1862-1864, Departamento de Ingresos, Archivos del Estado de Maharashtra, Bombay; así como J. B. Smith (Stockport) en *Hansard's Parliamentary Debates*, Tercera Serie, vol. 167, 19 de junio de 1862, Cornelius Buck, Londres, 1862, p. 761; *Cotton Supply Reporter*, 2 de enero de 1865; Arthur W. Silver, *Manchester Men and Indian Cotton, 1847-1872*, Manchester University Press, Manchester, 1966, p. 179; carta impresa de A. J. Dunlop al secretario del gobierno de la India, Revenue, Agriculture and Commerce, Hyderabad, 2 de abril de 1878, Hyderabad Assigned Districts, India, Department of Land Records and Agriculture, Reports, 1876-1891, record group V/24, file 4266, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

4. George Reinhart, *Volkart Brothers: In Commemoration of the Seventy-Fifth Anniversary of the Foundation*, s. e., Winterthur, 1926; The Volkart's United Press Company Limited, Dossier 10, Volkart Archives, Winterthur, Suiza. Para una exposición del desarrollo del comercio algodonero indio, visto desde la perspectiva de la Compañía Volkart, véase Jakob Brack-Liechti, «Einige Betrachtungen über den indischen Baumwollmarkt aus älterer Zeit, 23.2.1918», Volkart Archives; junto con la carta de Salomon Volkart a «Bombay», Winterthur, 17 de marzo de 1870, y la carta de Salomon Volkart a «Bombay», Winterthur, 27 de mayo de 1870, en *Correspondence of Salomon Volkart*, second copy book, Winterthur, 1865-1867, Archivos Volkart.

5. Hyderabad Assigned Districts, Land Records and Agriculture Department, *Report on the Rail and Road-borne Trade in the Hyderabad Assigned Districts for the Year 1894-95*, Residency Government Press, Hyderabad, 1895, Apéndice B; Laxman D. Satya, *Cotton and Famine in Berar, 1850-1900*, Manohar, Nueva Delhi, 1997, *op. cit.*, p. 168; Hyderabad Assigned Districts, Land Records and Agriculture Department, *Report on the Trade of the Hyderabad Assigned Districts for the Year 1882-83*, Residency Government Press, Hyderabad, 1883, p. 4, record group V/24, Reports, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Correspondence of Salomon Volkart, second copy book, Winterthur, 1865-1867, en Volkart Archives, Winterthur, Suiza; The Volkart's United Press Company Limited, Dossier 10, Volkart Archives; «Chronology of Events in Bombay», en Dossier 3, Bombay 1:4, Volkart Archives; Walter H. Rambousek *et al.*, *Volkart: The History of a World Trading Company*, Editorial Insel, Frankfurt del Meno, 1991, *op. cit.*, p. 72; Kaisha, *The Indian Cotton Facts 1930*, *op. cit.*, pp. 50-51; carta impresa de A. J. Dunlop al secretario del gobierno de la India, Revenue, Agriculture and Commerce, Hyderabad, 2 de abril de 1878, en Hyderabad Assigned Districts, Land Records and Agriculture Department, *Report on the Trade of the Hyderabad Assigned Districts for the Year 1877-78*, Residency Government Press, Hyderabad, 1878, p. 4, en record group V/24, Reports, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Kagotani Naoto, «UpCountry Purchase Activities of Indian Raw Cotton by Tōyō Menka's Bombay Branch, 1896-1935», en S. Sugiyama y Linda Grove, *Commercial Networks in Modern Asia*, Richmond, Curzon, 2001, pp. 199, 200.

6. Christof Dejung, «The Boundaries of Western Power: The Colonial Cotton Economy in India and the Problem of Quality», en Christof Dejung y Niels P. Petersson (comps.), *The Foundations of Worldwide Economic Integration: Power, Institutions, and Global Markets, 1850-1930*, Cambridge University Press, Cambridge, 2012, p. 148.

7. Douglas E. Haynes, «Market Formation in Khandeshh, 1820-1930», *Indian Economic and Social History Review*, vol. 36, n.º 3, 1999, p. 294; *Asiatic Review*, 1 de octubre de 1914, p. 294; C. A. Bayly, *The Birth of the Modern World, 1780-1914*, Blackwell, Oxford, 2004, p. 138; Dwijendra Tripathi, «An Echo Beyond the Horizon: The Effect of American Civil War on India», en T. K. Ravindran (comp.), *Journal of Indian History: Golden Jubilee Volume*, University of Kerala, Trivandrum, 1973, p. 660; Marika Vicziany, «Bombay Merchants and Structural Changes in the Export Community 1850 to 1880», en K. N. Chaudhuri y Clive Dewey (comps.), *Economy and Society: Essays in Indian Economic and Social History*, Oxford University Press, Delhi, 1979, pp. 163-196; Marika Vicziany, «The Cotton Trade and the Commercial Development of Bombay, 1855-75», tesis doctoral, University of London, 1975, pp. 170-171.

8. Arnold Wright (comp.), *Twentieth Century Impressions of Egypt: Its History, People, Commerce, Industries, and Resources*, Lloyd's Greater Britain Publishing Company, Londres, 1909, p. 285; Alexander Kitroeff, *The Greeks in Egypt, 1919-1937*, Middle East Centre, Oxford University, Oxford, 1989, pp. 76, 86; *Cinquante ans de labeur: The Kafr-El-Zayat Cotton Company Ltd., 1894-1944*, en Rare Books and Special Collections Library, American University in Cairo; *Ekthesis tou en Alexandria Genikou Proxeniou tis Egyptou 1883-1913*, s. e., Atenas, 1915, pp. 169-170.

9. Véase Meltem Toksöz, «The Çukurova: From Nomadic Life to Commercial Agriculture, 1800-1908», tesis doctoral, State University of New York at Binghamton, 2000, pp. 103, 106, 120, 125, 137, 174, 191, 193 y 245; junto con W. F. Bruck, *Türkische Baumwollwirtschaft: Eine Kolonialwirtschaftliche und -politische Untersuchung*, Gustav Fischer, Jena, 1919, p. 9; William K. Meyers, *Forge of Progress, Crucible of Revolt: Origins of the Mexican Revolution in La Comarca Lagunera, 1880-1911*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1994, *op. cit.*, p. 48; y Charles S. Aiken, *The Cotton Plantation South Since the Civil War*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1998, p. 60.

10. L. Tuffly Ellis, «The Revolutionizing of the Texas Cotton Trade, 1865-1885», *South-western Historical Quarterly*, vol. 73, n.º 4, 1970, p. 479.

11. Harold D. Woodman, «The Decline of Cotton Factorage after the Civil War», *American Historical Review*, vol. 71, n.º 4, 1966, pp. 1220 y sigs., y p. 1236; Ellis, «The Revolutionizing of the Texas Cotton Trade», *op. cit.*, p. 505.

12. Véase Woodman, «The Decline of Cotton Factorage after the Civil War», *op. cit.*, pp. 1223, 1228, 1231 y 1239; así como *Bradstreet's: A Journal of Trade, Finance and Public Economy*, n.º 11, 14 de febrero de 1885, pp. 99100; y John R. Killick, «The Transformation of Cotton Marketing in the Late Nineteenth Century: Alexander Sprunt and Son of Wilmington, N. C., 1884-1956», *Business History Review*, vol. 55, n.º 2, verano de 1981, pp. 162, 168.

13. Killick, «Atlantic and Far Eastern Models in the Cotton Trade», *op. cit.*, p. 17; Thomas Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, Effingham Wilson, Londres, 1886, p. 280.

14. Véase, por ejemplo, Albert C. Stevens, «“Futures” in the Wheat Market», *Quarterly Journal of Economics*, vol. 2, n.º 1, octubre de 1887, pp. 37-63; junto con Jonathan Ira Levy, «Contemplating Delivery: Futures Trading and the Problem of Commodity Exchange in the United States, 1875-1905», *American Historical Review*, vol. 111, n.º 2, abril de 2006, p. 314; Alston Hill Garside, *Cotton Goes to Market: A Graphic Description of a Great Industry*, Stokes, Nueva York, 1935, p. 166. Para una mayor información sobre los debates que terminaron introduciendo el mercado de futuros en Bremen véase W II, 3, Baumwollterminhandel, Archive of the Handelskammer Bremen, Bremen, Alemania; así como el *Frankfurter Zeitung* del 4 de febrero de 1914.

15. Alfred Chandler, *The Visible Hand: The Managerial Revolution in American Business*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1977, *op. cit.*, p. 214; Kenneth J. Lipartito, «The New York Cotton Exchange and the Development of the Cotton Futures Market», *Business History Review*, n.º 57, primavera de 1983, p. 54.

16. Lipartito, «The New York Cotton Exchange», *op. cit.*, p. p. 53; Garside, *Cotton Goes to Market*, *op. cit.*, pp. 133, 166.

17. Garside, *Cotton Goes to Market*, *op. cit.*, pp. 54-55, 68, 145.

18. Véase Jamie L. Pietruska, «“Cotton Guessers”: Crop Forecasters and the Rationalizing of Uncertainty in American Cotton Markets, 1890-1905», en Hartmut Berghoff, Philip Scranton y Uwe Spiekermann (comps.), *The Rise of Marketing and Market Research*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2012, pp. 49-72; junto con Michael Hovland, «The Cotton Ginnings Reports Program at the Bureau of the Census», *Agricultural History*, vol. 68, n.º 2, primavera de 1994, p. 147; N. Jasny, «Proposal for Revision of Agricultural Statistics», *Journal of Farm Economics*, vol. 24, n.º 2, mayo de 1942, p. 402; H. Parker Willis, «Cotton and Crop Reporting», *Journal of Political Economy*, vol. 13, n.º 4, septiembre de 1905, p. 507; International Institute of Agriculture, Bureau of Statistics, *The Cotton-Growing Countries; Production and Trade*, International Institute of Agriculture, Roma, 1922.

19. Las fuentes que han permitido realizar la gráfica de los años 1820 a 1850 son las siguientes: 1820: *Tables of Revenue, Population, Commerce, etc. of the United Kingdom and Its Dependencies, Part I, from 1820 to 1831, Both Inclusive*, William Clowes, Londres, 1833, pp. 65, 67, 70; Richard Burn, *Statistics of the Cotton Trade: Arranged in a Tabular Form: Also a Chronological History of Its Various Inventions, Improvements, etc., etc.*, Simpkin, Marshall, Londres, 1847, p. 1; Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain, op. cit.*, pp. 63-64; T. Bazley, «Cotton Manufacture», *Encyclopaedia Britannica*, octava edición, vol. 7, Black, Edimburgo, 1854, p. 453; Lars G. Sandberg, *Lancashire in Decline: A Study in Entrepreneurship, Technology, and International Trade*, Ohio State University Press, Columbus, 1974, pp. 142, 145, 254-62; Andrew Ure, *The Cotton Manufacture of Great Britain; Systematically Investigated ... with an Introductory View of Its Comparative State in Foreign Countries*, vol. 1, Johnson Reprint Corp., Nueva York, 1970, pp. 65-70, 328; Andrew Ure, *The Cotton Manufacture of Great Britain; Systematically Investigated ... with an Introductory View of Its Comparative State in Foreign Countries*, vol. 2, Johnson Reprint Corp., Nueva York, 1970, p. 328; I. Watts, «Cotton», *Encyclopaedia Britannica*, novena edición, vol. 6, Black, Edimburgo, 1877, pp. 503-504.

20. Amalendu Guha, «The Decline of India's Cotton Handicrafts, 1800-1905: A Quantitative Macro-Study», *Calcutta Historical Journal*, vol. 17, 1995, n.º 44; Tabla n.º 29, «Value of the Principal Articles of Merchandise and Treasure Imported into British India, by Sea, from Foreign Countries, in each of the Years ended 30th abril», en *Statistical Abstracts Relating to British India from 1840 to 1865*, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1867; Douglas A. Farnie, *The English Cotton Industry and the World Market*, Oxford University Press, Nueva York, 1979, p. 101; Lars G. Sandberg, «Movements in the Quality of British Cotton Textile Exports, 1815-1913», *Journal of Economic History*, vol. 28, n.º 1, marzo de 1968, pp. 1-27.

21. Diary of Voyage to Calcutta, Record Group MSS EUR F 349, box 1, Richard Kay Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Diary and notebook, Allahabad, 1820, en Record Group MSS EUR F 349, box 3, Richard Kay Papers, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, *loc. cit.*; *Asiatic Journal and Monthly Register*, Nueva Serie, n.º 16, enero-abril de 1835, p. 125; *Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1852-53*, Bombay Gazette Press, Bombay, 1853, p. 23.

22. Elena Frangakis, «The Ottoman Port of Izmir in the Eighteenth and Early Nineteenth Centuries, 1695-1820», *Revue de l'Occident musulman et de la Méditerranée*, vol. 39, n.º 1, 1985, p. 150; Joel Beinin, «Egyptian Textile Workers: From Craft Artisans Facing European Competition to Proletarians Contending with the State», en Lex Heerma van Voss, Els Hiemstra-Kuperus y Elise van Nederveen Meerkerk (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers, 1650-2000*, Ashgate, Burlington, Vermont, 2010, p. 176; Patricia Davison y Patrick Harries, «Cotton Weaving in South-East Africa: Its History and Technology», en Dale Idiens y K. G. Ponting (comps.), *Textiles of Africa*, Pasold Research Fund, Bath, 1980, p. 189; G. P. C. Thomson, «Continuity and Change in Mexican Manufacturing», en I. J. Baou, ed., *Between Development and Underdevelopment*, Librairie Droz, Ginebra, 1991, p. 275; Robert A. Potash, *Mexican Government and Industrial Development in the Early Republic: The Banco de Avío*, University of Massachusetts Press, Amherst, 1983, p. 27; H. G. Ward, *Mexico*, H. Colburn, Londres, 1829, p. 60; y Robert Cliver según cita tomada de Prasannan Parthasarathi, «Global Trade and Textile Workers», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 570.

23. Véase la carta de Gisborne a Joshua Bates, Walton, 15 de octubre de 1832, House Correspondence, HC 6.3, India and Indian Ocean, 1, ING Baring Archive, Londres, *loc. cit.*; así como Ralph W. Hidy, *The House of Baring in American Trade and Finance: English Merchant Bankers at Work, 1763-1861*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1949, p. 104; carta de los Hermanos Baring de Liverpool a los Hermanos Baring de Londres, 1 de agosto de 1836, House Correspondence, HC 3.35, 2, ING Baring Archive, Londres, *loc. cit.* Los hermanos Brown también invirtieron en la exportación de artículos manufacturados. Véase D. M. Williams, «Liverpool Merchants and the Cotton Trade, 1820-1850», en J. R. Harris (comp.), *Liverpool and Merseyside: Essays in the Economic and Social History of the Port and Its Hinterland*, Frank Cass and Co., Londres, 1969, *op. cit.*, p. 197; junto con John A. Kouwenhoven, *Partners in Banking: An Historical Portrait of a Great Private Bank, Brown Brothers Harriman and Co., 1818-1968*, Doubleday and Co., Garden City, 1967, p. 41; véase también el *Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1852-53*, *op. cit.*, p. 24; Letterbook, 1868-1869, en Papers of McConnel and Kennedy, record group MCK, box 2/2/23, Biblioteca John Rylands, Manchester; Letterbook, de mayo 1814 a septiembre de 1816, en Papers of McConnel and Kennedy, record group MCK, box 2/2/5, Biblioteca John Rylands, Manchester; carta de Dotter a los Hermanos Fielden, Calcuta, 17 de octubre de 1840, en Correspondence Related to Commercial Activities, mayo de 1812 a abril de 1850, en Record Group FDN, box 1/15, papers of Fielden Brothers, Biblioteca John Rylands, Manchester.

24. Stephen Broadberry y Bishnupriya Gupta, «Cotton Textiles and the Great Divergence: Lancashire, India and Shifting Competitive Advantage, 1600-1850: The Neglected Role of Factor Prices», *Economic History Review*, vol. 62, n.º 2, mayo de 2009, p. 285; Jim Matson, «Deindustrialization or Peripheralization? The Case of Cotton Textiles in India, 1750-1950», en Sugata Bose (comp.), *South Asia and World Capitalism*, Oxford University Press, Nueva York, 1990, p. 215.

25. Cámara de Comercio de Bombay, *Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1852-53*, *op. cit.*, p. 23; J. Forbes Watson, *Collection of Specimens and Illustrations of the Textile Manufacturers of India (Second Series)*, Museo de la India, Londres, 1873, en Library of the Royal Asiatic Society of Bombay, Bombay; Parte A, n.º 1, noviembre de 1906, 1, Industries Branch, Department of Commerce and Industry, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi. Puede encontrarse una argumentación muy similar en R. E. Enthoven, *The Cotton Fabrics of the Bombay Presidency*, s. l., Bombay, 1897.

26. «Report on the Native Cotton Manufacturers of the District of NingPo», China, en *Compilations*, vol. 75, 1887, Compilation n.º 919, Revenue Department, Archivos del Estado de Maharashtra, Bombay; *The Thirty-Fifth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures at Manchester, for the Year 1855*, James Collins, Manchester, 1856, pp. 10-11; Contract Book, George Robinson and Co. Papers, record group MSf 382.2.R1, en Manchester Archives and Local Studies, Manchester; Broadberry and Gupta, «Cotton Textiles and the Great Divergence», *op. cit.*, p. 285; Matson, «Deindustrialization or Peripheralization?», *op. cit.*, p. 215; Karl Marx y Friedrich Engels, *Aufstand in Indien*, Editorial Dietz, Berlín, 1978 [1853], *op. cit.*, p. 2; Konrad Specker, «Madras Handlooms in the Nineteenth Century», en Tirthankar Roy (comp.), *Cloth and Commerce: Textiles in Colonial India*, AltaMira Press, Walnut Creek, California, 1996, p. 216; T. G. T., «Letters on the Trade with India», en *Asiatic Journal*, septiembre-diciembre de 1832, p. 256, según cita tomada de Edward Baines, *History of the Cotton Manufacture in Great Britain*, H. Fisher, R. Fisher y P. Jackson, Londres, 1835, *op. cit.*, pp. 81-82. Resulta interesante señalar que Baines cita en tono de aprobación la actitud de esos comerciantes bengalíes. No ofrece la fuente de la que obtiene esta carta, y tampoco menciona el nombre de ninguno de los 117 comerciantes a los que alude. Véase también Arno S. Pearse, *The Cotton Industry of India, Being the Report of the Journey to India*, Taylor, Garnett, Evans, Manchester, 1930, *op. cit.*, p. 20.

27. Guha, «The Decline of India's Cotton Handicrafts», p. 56, según cita tomada del *Times of India*, Overland Summary, 8 de Julio de 1864, p. 4; *Times of India*, Overland Summary, 29 de octubre de 1863, p. 1; véase también J. Talboys Wheeler, vicesecretario del Gobierno de la India, «Memorandum on the Effect of the Rise in Cotton upon the Manufactured Article», 15 de diciembre de 1864, reimpreso en *Times of India*, Overland Summary, 13 de enero de 1865, p. 3.

28. Carta de A. J. Dunlop al secretario de la Cámara de Comercio de Bombay, Camp Oomraoti, 6 de noviembre de 1874, p. 4, Actas, Parte B, noviembre de 1874, n.º 5, Fibras and Silk Branch, Agriculture and Commerce Department, Revenue, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi; V. Garrett, *Monograph on Cotton Fabrics in the Hyderabad Assigned Districts*, Residency Government Press, Nueva Delhi, 1897, p. 3; Informe de E. A. Hobson, en Actas, Parte B, n.ºs 22-23, noviembre de 1887, Fibras and Silk Branch, Department of Revenue and Agriculture, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi, *loc. cit.*; Rivett-Carnac, *Report of the Cotton Department for the Year 1868-69*, *op. cit.*, p. 35.

29. *The Thirty-Ninth Annual Report of the Board of Directors of the Chamber of Commerce and Manufactures at Manchester, for the Year 1859*, Cave and Sever, Manchester, 1860, *op. cit.*, pp. 22-23.

30. Nitya Naraven Banerjei, *Monograph on the Cotton Fabrics of Bengal*, Bengal Secretariat Press, Calcuta, 1898, pp. 2, 8; «Final Report on the Famine of 1896/97 in the Bombay Presidency», en 1898, Compilations, vol. 8, Revenue Department, Archivos del Estado de Maharashtra, Bombay.

31. Véase Donald Quataert, «The Ottoman Empire, 1650-1922», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 480. Para una mayor información sobre China véase el brillante trabajo de Jacob Eyferth titulado «Women's Work and the Politics of Homespun in Socialist China, 1949-1980», en *International Review of Social History*, 2012, pp. 9-10; junto con D. C. M. Platt, *Latin America and British Trade, 1806-1914*, Adam and Charles Black, Londres, 1972, p. 16; Lars Sundström, *The Trade of Guinea*, Håkan Ohlssons Boktryckerei, Lund, 1965, p. 160; Parte A, n.º 1, noviembre de 1906, p. 1, Industries Branch, Department of Commerce and Industry, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi, *loc. cit.*

32. Specker, «Madras Handlooms in the Nineteenth Century», *op. cit.*, p. 185; Cámara de Comercio de Bombay, *Report of the Bombay Chamber of Commerce for the Year 1852-53*, *op. cit.*, p. 27; Report, Parte C, n.º 1, marzo de 1906, Industries Branch, Commerce and Industry Department, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi, *loc. cit.*; Tirthankar Roy, «The Long Globalization and Textile Producers in India», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 266; M. P. Gandhi, *The Indian Cotton Textile Industry: Its Past, Present and Future*, G. N. Mitra, Calcuta, 1930, p. 82.

33. Véase Beinin, «Egyptian Textile Workers», *op. cit.*, p. 181; así como Quataert, «The Ottoman Empire, 1650-1922», *op. cit.*, pp. 479-480. Para una mayor información sobre África, véase Marion Johnson, «Technology, Competition, and African Crafts», en Clive Dewey y A. G. Hopkins (comps.), *The Imperial Impact: Studies in the Economic History of Africa and India*, Athlone Press, Londres, 1978, p. 267; Parte A, n.º 1, noviembre de 1906, p. 3, Industries Branch, Department of Commerce and Industry, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi, *loc. cit.*

34. Robert Cliver, «China», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 111.

35. Carta al secretario del Departamento de Ingresos, Fort Saint George, 21 de noviembre de 1843, Revenue Branch, Revenue Department, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi, *loc. cit.*

36. Petición de los tejedores de distrito de Chingleput en la que se quejan del impuesto a los telares que acababa de decretarse en la presidencia de Madrás, 8 de junio de 1844, Revenue Branch, Revenue Department, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi, *loc. cit.*

37. Roy, «The Long Globalization and Textile Producers in India», *op. cit.*, p. 259; Guha, «The Decline of India's Cotton Handicrafts», *op. cit.*, p. 55; y Matson, «Deindustrialization or Peripheralization?», *op. cit.*, p. 215.

38. Documentos relativos al cultivo del algodón en la India, MSS EUR F 78, 106, Wood Collection, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.* Puede encontrarse un relato de los acontecimientos muy similar en el *Times of India*, Overland Summary, 24 de agosto de 1863, p. 1. Véase también el Memorando que envía el Departamento de Agricultura, Ingresos y Comercio, Negociado de Fibras y Sedas, al Departamento del Interior, Calcuta, 24 de junio de 1874, en Revenue, Agriculture and Commerce Department, Fibres and Silk Branch, junio de 1874, n.º 41/42, Parte B, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi, *loc. cit.*; junto con el *Times of India*, Overland Summary, 27 de abril de 1864, p. 5; 13 de noviembre de 1864, p. 3; y 28 de noviembre de 1864, p. 1; Peter Harnetty, «The Imperialism of Free Trade: Lancashire, India, and the Cotton Supply Question, 1861-1865», *Journal of British Studies*, vol. 6, n.º 1, noviembre de 1966, p. 92; *Times of India*, 5 de julio de 1861, p. 3; Edward Mead Earle, «Egyptian Cotton and the American Civil War», *Political Science Quarterly*, vol. 41, n.º 4, 1926, p. 521; y Timothy Mitchell, *Rule of Experts: Egypt, Techno-Politics, Modernity*, University of California Press, Berkeley, 2002, p. 66.

39. Véase Orhan Kurmus, «The Cotton Famine and Its Effects on the Ottoman Empire», en Huri Islamoglu-Inan, *The Ottoman Empire and the World-Economy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, *op. cit.*, pp. 165, 166, 168; junto con Alan Richards, *Egypt's Agricultural Development, 1800-1980: Technical and Social Change*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1982, *op. cit.*, p. 55; y Mitchell, *Rule of Experts*, *op. cit.*, p. 60-64.

40. Rivett-Carnac, *Report of the Cotton Department for the Year 1868-69*, *op. cit.*, p. 132; John Aiton Todd, *The World's Cotton Crops*, A. and C. Black, Londres, 1915, pp. 429-432. David Hall-Matthews, «Colonial Ideologies of the Market and Famine Policy in Ahmednagar District, Bombay Presidency, c. 1870-1884», *Indian Economic and Social History Review*, vol. 36, n.º 3, 1999, *op. cit.*, pp. 303-333; Samuel Smith, *The Cotton Trade of England, Being a Series of Letters Written from Bombay in the Spring of 1863*, Effingham, Londres, Wilson, 1863, pp. 12-13; Allen Isaacman y Richard Roberts, «Cotton, Colonialism, and Social History in Sub-Saharan Africa», en Allen Isaacman y Richard Roberts (comps.), *Cotton, Colonialism, and Social History in SubSaharan Africa*, Heinemann, Portsmouth, New Hampshire, 1995, pp. 32, 34; Meyers, *Forge of Progress*, *op. cit.*, p. 126; y Jorge Raul Colva, *El «Oro Blanco» en la Argentina*, Editorial Calidad, Buenos Aires, 1946, p. 15.

41. Datos sacados del «Index Numbers of Indian Prices 1861-1926», n.º 2121, Government of India Central Publication Branch, Calcuta, 1928, Summary Tables III and VI, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.* Para una mayor información sobre las nuevas incertidumbres que provocó la integración de los mercados internacionales, véase también A. E. Nelson, *Central Provinces District Gazetteers, Amraoti District*, vol. A, Claridge, Bombay, 1911, *op. cit.*, p. 226, en record group V/27/65/6, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; junto con Hall-Matthews, «Colonial Ideologies of the Market and Famine», *op. cit.*, pp. 307, 313; Memorando del Departamento de Agricultura, Ingresos y Comercio, Negociado de Fibras y Sedas, al Departamento del Interior, Calcuta, 24 de junio de 1874, Actas, Parte B, junio de 1874, n.º 41/42, Fibres and Silk Branch, Agriculture and Commerce Department, Revenue, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi, *loc. cit.*; Frenise A. Logan, «India's Loss of the British Cotton Market after 1865», *Journal of Southern History*, vol. 31, n.º 1, 1965, p. 46. Véase también el comentario de Iltudus Thomas Prichard, que cita a sir Trevelyan al señalar que este dijo en la presentación de los presupuestos del año 1863 que «la demanda de productos exportados solo podrá satisfacerse dedicando a su producción un gran porcentaje de la tierra anteriormente dedicada al cultivo de cereales», según cita tomada de Iltudus Thomas Prichard, *The Administration of India, From 1859-1868*, vol. 1, Macmillan, Londres, 1869, p. 9. Para saber más acerca de Egipto, véase E. R. J. Owen, *Cotton and the Egyptian Economy, 1820-1914: A Study in Trade and Development*, Clarendon Press, Oxford, 1969, *op. cit.*, p. 159. Para saber más sobre Brasil, véase Luis Cordelio Barbosa, «Cotton in 19th Century Brazil: Dependency and Development», tesis doctoral, University of Washington, 1989, pp. 31, 95-102, 105-108 y 142. Véase igualmente el *Official Report of the International Congress, Held in Egypt, 1927*, de la Federación Internacional de Asociaciones de Maestros Hilanderos y Manufactureros, International Federation of Master Cotton Spinners' and Manufacturers' Associations, Manchester, 1927, p. 99.

[42.](#) Véase Rivett-Carnac, *Report of the Cotton Department for the Year 1868-69*, *op. cit.*, p. 52.

43. Barbosa, «Cotton in 19th Century Brazil», p. 105. Sandip Hazareesingh, en «Cotton, Climate and Colonialism in Dharwar, Western India, 1840-1880», *Journal of Historical Geography*, vol. 38, n.º 1, 2012, p. 16, también destaca el vínculo existente entre la hambruna y la generalización de la agricultura algodonera. Para mayor información sobre las hambrunas del siglo XIX en general, véase también Mike Davis, *Late Victorian Holocausts: El Niño Famines and the Making of the Third World*, Verso, Nueva York, 2001, p. 7; junto con Nelson, *Central Provinces District Gazetteers, Amraoti District*, vol. A, *op. cit.* «La causa de la penuria padecida entre los años 1896 y 1897 ha de atribuirse a los elevados precios y no a la pérdida de las cosechas», señalará el subcomisionado del Distrito de Akola (en Berar) en el informe que eleve a la Comisión para el estudio de la hambruna india. Véase Indian Famine Commission, «Appendix, Evidence of Witnesses, Berar», *Report of the Indian Famine Commission*, s. e., Calcuta, 1901, pp. 43, 53. Para más información sobre las cifras de mortandad registradas, véase Indian Famine Commission, «Appendix, Evidence of Witnesses, Berar», *Report of the Indian Famine Commission, op. cit.*, pp. 54, 213. Entre los meses de diciembre de 1899 y noviembre de 1900 el índice de mortalidad fue, en total, de un 84,7%. Véase igualmente Sugata Bose, «Pondering Poverty, Fighting Famines: Towards a New History of Economic Ideas», en Kaushik Basu (comp.), *Arguments for a Better World: Essays in Honor of Amartya Sen*, Oxford University Press, Nueva York, 2009, p. 428.

44. Mitchell, *Rule of Experts*, *op. cit.*, pp. 63-64. Para saber más acerca de este tipo de disturbios, véase Neil Charlesworth, «The Myth of the Deccan Riots of 1875», *Modern Asian Studies*, vol. 6, n.º 4, 1972, pp. 401-421; Deccan Riots Commission, *Papers Relating to the Indebtedness of the Agricultural Classes in Bombay and Other Parts of India*, Deccan Riots Commission, Bombay, 1876; *Report of the Committee on the Riots in Poona and Ahmednagar, 1875*, Government Central Press, Bombay, 1876; Roderick J. Barman, «The Brazilian Peasantry Reexamined: The Implications of the Quebra-Quilo Revolt, 1874-1875», *Hispanic American Historical Review*, vol. 57, n.º 3, 1977, pp. 401-424; Armando Souto Maior, *Quebra-Quilos: Lutas sociais no outono do império*, Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1978. Los campesinos egipcios también padecieron la presión de unas cargas fiscales cada vez mayores —hasta el punto de que su imposición les hizo perder los beneficios que habían conseguido acumular a lo largo de la guerra de Secesión estadounidense—. Véase Owen, *Cotton and the Egyptian Economy*, *op. cit.*, p. 144; junto con la carta de W. H. Wyllie, Agente del gobernador general de la India Central, al Departamento de Ingresos y Agricultura, 9 de septiembre de 1899, en *Proceedings*, Parte B, n.ºs 14-54, noviembre de 1899, Famine Branch, Department of Revenue and Agriculture, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi, *loc. cit.*; Wady E. Medawar, *Études sur la question cotonnière et l'organisation agricole en Égypte*, A. Gherson, El Cairo, 1900, pp. 16, 20-21; William K. Meyers, «Seasons of Rebellion: Nature, Organisation of Cotton Production and the Dynamics of Revolution in La Laguna, Mexico, 1910-1916», *Journal of Latin American Studies*, vol. 30, n.º 1, febrero de 1998, p. 63; y Meyers, *Forge of Progress*, *op. cit.*, pp. 132-134.

45. La importancia que tuvo el discurso relacionado con el algodón en la política anticolonial puede calibrarse igualmente en File 4, Correspondence, G. K. Gokhale, 1890-1911, en Servants of India Society Papers, Nehru Memorial Library, Nueva Delhi; Correspondence, sir Pheroza Shah Mehta Papers, Nehru Memorial Library.

12. El nuevo imperialismo algodonero

1. Department of Finance, 1895, *Annual Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, Koide, Tokio, s. f., p. 310; Department of Finance, 1902, *Annual Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, Koide, Tokio, s. f., p. 397; Department of Finance, 1920, *Annual Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, Parte I, s. I., s. f., p. 397; Tohei Sawamura, *Kindai chosen no mensaku mengyo*, Miraisha, Tokio, 1985, p. 112; «Chosen ni okeru menka saibai no genzai to shorai», s. f., mimeografía, Asian Reading Room, Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, Washington, D. C. En Carter J. Eckert, *Offspring of Empire: The Koch and Kims and the Colonial Origins of Korean Capitalism, 1876-1945*, University of Washington Press, Seattle, 1991, p. 134, puede encontrarse una explicación ligeramente distinta de los orígenes del proyecto que habría de llevar a Japón a intentar aumentar el cultivo de algodón en la Corea colonial.

2. *Dai-Nihon boseki rengokai geppo*, n.º 173, 25 de enero de 1906, pp. 1-2; *Annual Report for 1907 on Reforms and Progress in Korea*, H. I. J. M.'s Residency General, Seúl, 1908, p. 84; Eckert, *Offspring of Empire*, *op. cit.*, pp. 134-135.

3. Véase Eckert, *Offspring of Empire*, *op. cit.*, p. 134; así como el *Annual Report for 1912-13 on Reforms and Progress in Chosen*, Gobierno General de Chosen, Keijo, 1914, p. 153; Department of Finance, 1909, *Annual Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, Koide, Tokio, s. f., p. 629; Cotton Department, Toyo Menka Kaisha Ltd., *The Indian Cotton Facts*, s. e., Bombay, s. f., Japanese Cotton Spinners Association Library, Universidad de Osaka.

4. Rinji Sangyo Chosa Kyoku (Departamento Especial de Investigación Industrial), *Chosen ni Okeru Menka ni Kansuru Chosa Seiseki* [La investigación algodonera en Corea], agosto de 1918, p. 1; Eckert, *Offspring of Empire*, *op. cit.*, p. 134; No-Shomu Sho Nomu Kyoku (Ministerio de Agricultura y Comercio, Departamento de Agricultura), *Menka ni Kansuru Chosa* (La investigación algodonera), No-shomu sho noji shikenjyo, Tokio, 1905, pp. 1-3, 76-83, capítulo 2; Chosen soto kufu norinkyoku, *Chosen no nogyo*, Chosen soto kufu norinkyoku, Keijo, 1934, pp. 66-73.

5. Nihon mengyo kurabu, *Naigai mengyo nenkan*, Nihon mengyo kurabu, Osaka, 1931, pp. 231, 233; *Annual Report for 1912-13*, *op. cit.*, pp. 145, 153; *Annual Report for 1915-16*, *op. cit.*, p. 107; *Annual Report for 1921-22*, *op. cit.*, p. 263; Department of Finance of Japan, *Monthly Trade Return of Japan Proper and Karafuto (Sagalien) with Chosen (Korea)*, s. e., Tokio, 1915, pp. 24-25.

6. Para saber más acerca de este cambio en el concepto de soberanía, véase Henry Sumner Maine, *Ancient Law: Its Connection with the Early History of Society, and Its Relation to Modern Ideas*, Henry Holt and Company, Nueva York, 1864. Para un interesantísimo debate relacionado con estas cuestiones, véase también Doreen Lustig, «Tracing the Origins of the Responsibility Gap of Businesses in International Law, 1870-1919», artículo inédito, Tel Aviv University Law School, mayo de 2012, en poder del autor. Resolución adoptada por la Asociación para el Suministro de Algodón de Manchester, reimpresa en *Merchants' Magazine and Commercial Review*, vol. 44, n.º 6, junio de 1861, p. 678; Arthur Redford, *Manchester Merchants and Foreign Trade, 1794-1858*, Manchester University Press, Manchester, 1934, pp. 217, 227; Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, *Baumwoll-Expedition*; Asociación de Empresarios del Sector Algodonero de Nueva Inglaterra, *Transactions of the New England Cotton Manufacturers' Association*, vol. 73, s. e., Waltham, Massachusetts, 1902, p. 182.

7. Para un análisis del aumento de los precios y una excelente investigación de todos estos acontecimientos y su trascendencia, véase Jonathan Robbins, «The Cotton Crisis: Globalization and Empire in the Atlantic World, 1901-1920», tesis doctoral, University of Rochester, 2010, pp. 41-54; véase también Edmund D. Morel, *Affairs of West Africa*, William Heinemann, Londres, 1902, p. 191; Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, «Unsere Kolonialwirtschaft in ihrer Bedeutung für Industrie, Handel und Landwirtschaft», texto manuscrito, R 8024/37, Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, Various Letters, 1914, Berlín, Bundesarchiv. Para saber más acerca de la idea de una «segunda hambruna del algodón», véase Christian Brannstrom, «Forest for Cotton: Institutions and Organizations in Brazil's Mid-Twentieth-Century Cotton Boom», *Journal of Historical Geography*, vol. 36, n.º 2, abril de 2010, p. 169.

8. Morel, *Affairs*, *op. cit.*, p. 191; Edward B. Barbier, *Scarcity and Frontiers: How Economies Have Developed Through Natural Resource Exploitation*, Cambridge University Press, Nueva York, 2011; John C. Weaver, *The Great Land Rush and the Making of the Modern World, 1850-1900*, McGillQueen's University Press, Montreal, 2003.

9. Véase Muriel Joffe, «Autocracy, Capitalism and Empire: The Politics of Irrigation», *Russian Review*, vol. 54, n.º 3, julio de 1995, p. 367. La cita de Rosen se encuentra en Mariya Konstantinovna Rozhkova, *Ekonomich eskaia politika tsarskogo pravitel'stva na Srednem Vostoke vo vtoroi chetverti XIX veka i russkaya burzhuaziya*, Izd. Akademii Nauk SSSR, Moscú, 1949, p. 100. Para mayor información sobre las anteriores esperanzas de que el Asia Central se convirtiera en tierra de abastecimiento de algodón para Rusia, véase también Pavel Nebol'sin, *Ocherki torgovli Rossii s Srednei Aziei*, Tipografia Imperatorskoi Akademii Nauk, San Petersburgo, 1855, pp. 18, 22, 25, 27; el manufacturero textil Aleksandr Shipov ya resaltaba en el año 1857 lo importante que era poder acceder al algodón del Asia Central: véase Aleksandr Shipov, *Khlopchatobumazhnaia promyshlennost' i vazhnost' eco znacheniiia v Rossii*, otd I, T. T. Volkov and Co., Moscú, 1857, pp. 49–50; véase también Charles William Maynes, «America Discovers Central Asia», *Foreign Affairs*, vol. 82, n.º 2, marzo-abril de 2003, p. 120; junto con Mariya Konstantinovna Rozhkova, *Ekonomiceskie svyazi Rossii so Srednei Aziei, 40-60-e gody XIX veka*, Izdvo Akademii nauk SSSR, Moscú, 1963, pp. 54-55, Tablas 9-10.

10. Cita tomada de Rozhkova, *Ekonomicheskie, op. cit.*, pp. 64-65, 150152. En 1861, un pud de algodón asiático (es decir, la unidad de medida rusa equivalente a 16 kilos) se vendía a 7,75 rublos, pero en 1863 el precio había aumentado hasta superar los 22 rublos. Véase P. A. Khromov, *Ekonomicheskoe razvitie Rossii v XIX-XX vekakh: 1800-1917*, Gos. Izd. Politicheskoi Literatury, Moscú, 1950, p. 183. En algunas regiones, como la de Ereván (en el Cáucaso), la producción de algodón casi se decuplicó durante la guerra de Secesión estadounidense, pasando de los 30.000 puds de 1861 a los 273.000 de 1870 (o de 480 toneladas a 4.360). Véase también K. A. Pazhitnov, *Ocherki istorii tekstil' noi promyshlennosti dorrevolyutsionnoi Rossii: KhlopchatoBumazhnaya l'no- pen' kovaya i shelkovaya promyshlennost*, Izd. Akademii Nauk SSR, Moscú, 1958, p. 98; Rozhkova, *Ekonomicheskie, op. cit.*, pp. 55-61. Para un debate sobre la expansión de la agricultura algodonera en el Asia Central rusa, véase Joffe, «Autocracy», *op. cit.*, pp. 365-388; junto con Julia Obertreis, *Imperial Desert Dreams: Irrigation and Cotton Growing in Southern Central Asia, 1860s to 1991*, manuscrito inédito, 2009, capítulo 1, *op. cit.*, p. 23; *Moskva*, 1 de febrero de 1867. El día 8 de enero de 1866, el zar Alejandro II recibió un memorando redactado por el ministro de Economía en el que se abogaba en favor del ejercicio de una mayor influencia en el Asia Central. Entre otros apoyos, el proyecto contaba con el aval de un grupo de capitalistas rusos, entre los que destacaban los nombres de los propietarios de empresas algodoneras tan relevantes como la compañía de Ivan Khludov e Hijos, la de Savva Morozov e Hijos, la de Vladimir Tertyakov, y la de D. I. Romanovskii: véase N. A. Khalfin, *Prisoedinenie Srednei Azii k Rossii: 60-90 gody XIX v*, Moscú, Nauka, 1965, p. 211. Para saber más acerca del debate general sobre el imperialismo ruso, véase Andreas Kappeler, *The Russian Empire: A Multiethnic Empire*, Longman, Harlow, 2001, pp. 175, 193; Dietrich Geyer, *Der russische Imperialismus: Studien über den Zusammenhang von innerer und auswärtiger Politik, 1860-1914*, Vandenhoeck and Ruprecht, Gotinga, 1977; Thomas C. Owen, «The Russian Industrial Society and Tsarist Economic Policy», *Journal of Economic History*, vol. 45, n.º 3, septiembre de 1985, p. 598; Brigitte Loehr, *Die Zukunft Russlands*, Editorial Franz Steiner, Wiesbaden, 1985, p. 73; Joffe, «Autocracy», *op. cit.*, p. 372; y Bruno Biedermann, «Die Versorgung der russischen Baumwollindustrie mit Baumwolle eigener Produktion», tesis doctoral, University of Heidelberg, 1907, p. 106.

11. Shtaba L. Kostenko, *Sredni aia Aziia i Vodvorenje v nei Russkoi Grazhdanstvennosti*, Bezobrazova i kom, San Petersburgo, 1871, p. 221; Thomas Martin, *Baumwollindustrie in Sankt Petersburg und Moskau und die russische Zolltarifpolitik, 1850-1891: Eine vergleichende Regionalstudie*, Fachverlag Koehler, Giessen, 1998, pp. 213, 215; Scott C. Levi, *The Indian Diaspora in Central Asia and Its Trade, 1550-1900*, Brill, 2002, Leyden, p. 249; Jeff Sahadeo, «Cultures of Cotton and Colonialism: Politics, Society, and the Environment in Central Asia, 1865-1923», presentación, American Association for the Advancement of Slavic Studies Annual Convention, Toronto, noviembre de 2003, p. 5; George N. Curzon, *Russia in Central Asia in 1889 and the Anglo-Russian Question*, Cass, Londres, 1967, pp. 405-407; Biedermann, «Die Versorgung», *op. cit.*, pp. 40-44. Para saber más acerca de los regadíos, véase también Obertreis, *Imperial Desert Dreams*, *op. cit.*; así como John Whitman, «Turkestan Cotton in Imperial Russia», *American Slavic and East European Review*, vol. 15, n.º 2, abril de 1956, pp. 194-195, 199; Moritz Schanz, «Die Baumwolle in Russisch-Asien», *Beihefte zum Tropenpflanzer*, n.º 15, 1914, p. 8.

12. Véase Obertreis, *Imperial Desert Dreams*, capítulo 1, *op. cit.*, pp. 74 y sigs. La mejor descripción de estos conflictos es la que acompaña a los textos relacionados con el tema del regadío: véase Joffe, «Autocracy», *op. cit.*, pp. 369, 387; así como Whitman, «Turkestan Cotton», *op. cit.*, pp. 194, 198, 201. Entre los años 1887 y 1899. La superficie territorial dedicada a la agricultura del algodón se multiplicó por cinco en las regiones, entonces rusas, del Turkestan, Bujará y Jiva; Anlage zum Bericht des Kaiserlichen Generalkonsulats in St. Petersburg, 26 de diciembre de 1913, R 150F, FA 1, 360, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín. La cita de la «la colonia algodónera del capitalismo ruso» puede encontrarse en I. Liashchenko, *Istoriia Narodnogo Khoziaistva SSSR*, vol. 2, Gos. Izd. Polit. Literatury, Moscú, 1956, p. 542; «Handelsbericht des Kaiserlichen Konsulats für das Jahr 1909», en *Deutsches Handels-Archiv*, segunda parte: «Berichte über das Ausland, Jahrgang 1911», Ernst Siegfried Mittler und Sohn, Berlín, 1911, p. 168; Schanz, «Die Baumwolle», p. 11; Annette M. B. Meakin, *In Russian Turkestan: A Garden of Asia and Its People*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1915, p. v; Ella R. Christie, *Through Kiva to Golden Samarkand*, Seeley, Service and Co., Londres, 1925, p. 204; Karl Supf, «Zur Baumwollfrage», en Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, *Baumwoll-Expedition nach Togo*, s. f., aunque muy probablemente se publicara en 1900, pp. 4-6, archivo n.º 332, record group R 150F, Fonds Allemand 1, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo (L'Administration du Protectorat Allemand du Togo), Archivos Nacionales de Togo, Lomé, copia microfilmada del Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín; Michael Owen Gately, «The Development of the Russian Cotton Textile Industry in the Pre-revolutionary Years, 1861-1913», tesis doctoral, University of Kansas, 1968, p. 169.

13. August Étienne, *Die Baumwollzucht im Wirtschaftsprogramm der deutschen Übersee-Politik*, H. Paetal, Berlín, 1902, pp. 35-37, 41. En su página 42, el *Harper's Weekly* de abril de 2002 publicaba la siguiente información: «fue la guerra de Secesión estadounidense la que generó la fuerte dependencia» que ha desarrollado Uzbekistán respecto del algodón.

14. Étienne, *Die Baumwollzucht*, p. 28.

15. *Ibid.*, p. 13.

16. Véase Biedermann, «Die Versorgung», *op. cit.*, p. 12; «Cotton in British East Africa», *Imperial and Asiatic Quarterly Review*, Tercera Serie, n.º 24, julio-octubre de 1907, p. 84; junto con Robert Ed. Buehler, «Die Unabhängigkeitsbestrebungen Englands, Frankreichs und Deutschlands in ihrer Baumwollversorgung», tesis doctoral, Universidad de Zúrich, 1929, *op. cit.*, p. 57.

17. Asociación de Maestros Hilanderos de Oldham, *Report of the Committee, for Year Ending December 31, 1901*, Dornan, Oldham, 1902, p. 4, en Record group 6/2/1-61m, Papers of the Oldham Master Cotton Spinners' Association, Biblioteca John Rylands, Manchester, *loc. cit.*; Buehler, «Die Unabhängigkeitsbestrebungen Englands», *op. cit.*, p. 68; Asociación Británica para el Cultivo del Algodón, *Second Annual Report, for the Year Ending August 31st, 1906*, Head Office, Manchester, 1906, pp. 8, 10; Correspondence, File 1, Files Relating to the Cotton Industry, British Cotton Growing Association, 2/5, OLD, Papers of the Oldham Textile Employers' Association, 1870-1960, Biblioteca John Rylands, Manchester, *loc. cit.*; Morel, *Affairs*. Para una excelente exposición de las actividades que realizaba la Asociación Británica para el Cultivo del Algodón, véase Jonathan Robins, «“The Black Man's Crop”: Cotton, Imperialism and Public-Private Development in Britain's African Colonies, 1900-1918», *Commodities of Empire Working Paper 11*, The Open University and London Metropolitan University, septiembre de 2009; junto con Asociación de Maestros Hilanderos de Oldham, *Report of the Committee, for the Year Ending December 31, 1901*, Thomas Dornan, Oldham, 1902, p. 4, Biblioteca John Rylands, Manchester, *loc. cit.*; File Empire Cotton Growing Association, 2/6, OLD, Papers of the Oldham Textile Employers' Association, 1870-1960, Biblioteca John Rylands, Manchester, *loc. cit.*; N. M. Penzer, Federation of British Industries, Intelligence Department, *Cotton in British West Africa*, Federation of British Industries, Londres, 1920; carta de John Harris, secretario parlamentario de la Sociedad Británica y Extranjera para la lucha Antiesclavista y la Protección de los Aborígenes a E. Sedgwick, Boston, 10 de noviembre de 1924, Papers of the British and Foreign Anti-Slavery and Aborigines Protection Society, MSS. British Empire S22, G143, Bodleian Library of Commonwealth and African Studies, University of Oxford; carta de John Harris a Maxwell Garnett, 20 de enero de 1925, MSS. British Empire 522, G446, Papers of the British and Foreign Anti-Slavery and Aborigines Protection Society, Rhodes House Library, Oxford; y D. Edwards-Radclyffe, «Ramie, The Textile of the Future», *Imperial and Asiatic Quarterly Review*, Tercera Serie, n.º 20, juliooctubre de 1905, p. 47.

18. Véase Frédéric Engel-Dollfus, *Production du coton*, Paul Dupont, París, 1867. La cita corresponde a un argumento expuesto por el general Faidherbe en 1889: «El cultivo del algodón es el elemento más poderoso con que contamos para llevar a buen puerto el proceso de la colonización»; véase el texto del general Faidherbe titulado *Le Sénégal: La France dans l'Afrique occidentale*, Librairie Hachette, París, 1889, p. 102; junto con el *Annexe au Bulletin No 3: Les cotons indigènes du Dahomey et du Soudan à la filature et au tissage*, de la Asociación Algodonera Colonial francesa, Jean Ganiche, París, 1904; y Charles Brunel, *Le coton en Algérie*, Imprimerie Agricole, Argel, 1910. Para saber más acerca del interés de Francia en el algodón colonial, véase también Ed. C. Achard, «Le coton en Cilivie et en Syrie», en *L'Asie Française*, junio de 1922, Supplement; Documents Économiques, Politiques et Scientifiques, pp. 19-64; *Bulletin de l'Union des Agriculteurs d'Égypte*, n.º 159, marzo de 1925, pp. 73-85; así como el catálogo de la biblioteca de la Sociedad Industrial de Mulhouse, Mulhouse, Francia; y *Zeitfragen: Wochenschrift für deutsches Leben*, 1 de mayo de 1911, p. 1.

19. Véase Sven Beckert, *The Monied Metropolis: New York City and the Consolidation of the American Bourgeoisie, 1850-1896*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001, *op. cit.*, pp. 87-89; así como J. De Cordova, *The Cultivation of Cotton in Texas*, J. King and Co., Londres, 1858, pp. 3, 9, 24; Asociación Nacional de Manufactureros y Plantadores de Algodón, *Proceedings of a Convention Held in the City of New York, Wednesday, April 29, 1868, for the Purpose of Organizing the National Association of Cotton Manufacturers and Planters*, Prentiss and Deland, Boston, 1868; Asociación de Manufactureros de Algodón de Nueva Inglaterra, *Transactions of the New England Cotton Manufacturers' Association*, vol. 73, Waltham, Massachusetts, s. l., 1902, p. 187; Asociación de Manufactureros de Algodón de Nueva Inglaterra, *Transactions of the New England Cotton Manufacturers' Association*, vol. 75, 1903, p. 191; Asociación de Manufactureros de Algodón de Nueva Inglaterra, *Transactions of the New England Cotton Manufacturers' Association*, vol. 79, 1905, p. 159.

20. Véase también Henry L. Abbott, «The Lowlands of the Misisipi», *The Galaxy* 5, abril de 1868, p. 452; Asociación Nacional de Manufactureros y Plantadores de Algodón, *Articles of Association and By-Laws Adopted by the National Association of Cotton Manufacturers and Planters, April 29, 1868*, Prentiss and Deland, Boston, 1968; Asociación Nacional de Manufactureros y Plantadores de Algodón, *Proceedings of the First Annual Meeting of the National Association of Cotton Manufacturers and Planters, Held in the City of New York, Wednesday, June 30, 1869*, Boston, W. L. Deland and Co., 1869, p. 17; F. W. Loring and C. F. Atkinson, *Cotton Culture and the South Considered with Reference to Emigration*, A. Williams and Co., Boston, 1869, p. 3; Asociación de Manufactureros de Algodón de Nueva Inglaterra, *Transactions of the New England Cotton Manufacturers' Association*, vol. 76, 1904, p. 104. Para una mayor información sobre África, véase Allen Isaacman y Richard Roberts, «Cotton, Colonialism, and Social History in Sub-Saharan Africa», en Allen Isaacman y Richard Roberts (comps.), *Cotton, Colonialism, and Social History in Sub-Saharan Africa*, Heinemann, Portsmouth, New Hampshire, 1995, p. 1; junto con las Actas de la Togo Baumwollgesellschaft mbh, Record Group 7, 2016, Archivos Estatales de Bremen, Bremen, Alemania; Laxman D. Satya, *Cotton and Famine in Berar*, Manohar, Nueva Delhi, 1997, p. 55; Thaddeus Raymond Sunseri, *Vilimani: Labor Migration and Rural Change in Early Colonial Tanzania*, Heinemann, Portsmouth, New Hampshire, 2002; Sven Beckert, «From Tuskegee to Togo: The Problem of Freedom in the Empire of Cotton», *Journal of American History*, vol. 92, n.º 2, septiembre de 2005, pp. 498-526; Edward Mead Earle, «Egyptian Cotton and the American Civil War», *Political Science Quarterly*, vol. 41, n.º 4, 1926, p. 520; *Westminster Review*, n.º 84, Edición estadounidense, 1865, p. 228; *Zeitfragen: Wochenschrift für deutsches Leben*, 1 de mayo de 1911, *op. cit.*, p. 1; KolonialWirtschaftliches Komitee, *Deutsch-Koloniale Baumwoll-Unternehmungen 1902/1903*, Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, Berlín, 1903, p. 5.

21. Véase Moulvi Syed Mahdi Ali (comp.), *Hyderabad Affairs*, vol. 3, s. l., Bombay, 1883, pp. 112, 404, 451; junto con el *Manchester Guardian* de 30 de junio de 1882, p. 4; Earle, «Egyptian Cotton», *op. cit.*, p. 544; Edward Roger John Owen, *Cotton and the Egyptian Economy, 1820-1914: A Study in Trade and Development*, Clarendon Press, Oxford, 1969, pp. 89, 130, 141, 213 y sigs., 247.

22. Meltem Toksöz, «The Çukurova: From Nomadic Life to Commercial Agriculture, 1800-1908», tesis doctoral, Universidad Estatal de Nueva York en Binghamton, 2000, pp. 204, 206, 228; Anthony Hall, *Drought and Irrigation in North-East Brazil*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978, p. 4; Roger L. Cuniff, «The Great Drought: Northeast Brazil, 1877-1880», tesis doctoral, Universidad de Texas en Austin, 1970, pp. 79, 83, 87, 88, 89, 91-95; International Institute of Agriculture, Statistical Bureau, *The Cotton-Growing Countries: Production and Trade*, International Institute of Agriculture, Roma, 1922, p. 125.

23. Michael J. Gonzales, «The Rise of Cotton Tenant Farming in Peru, 1890-1920: The Condor Valley», *Agricultural History*, vol. 65, n.º 1, invierno de 1991, pp. 53, 55; Oficina Nacional de Agricultura, *El algodón, instrucciones agrícolas*, Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1897, p. 1; Alejandro E. Bunge, *Las industrias del norte. Contribución al estudio de una nueva política económica argentina*, s. e., Buenos Aires, 1922, pp. 212 y sigs.; Heinz E. Platte, «Baumwollanbau in Argentinien», *Argentinisches Tagblatt*, vol. 20, n.º 1, enero de 1924, p. 19.

24. Véase Toksöz, «Çukurova», *op. cit.*, p. 99; Weaver, *Great Land Rush*, *op. cit.*, p. 4.

25. Para una información de orden general, véase Jürgen Osterhammel, *Kolonialismus: Geschichte, Formen, Folgen*, sexta edición, München, Beck, 2009, pp. 10-11; para datos más concretos, véase Secretaría de Interior de Estados Unidos, *Agriculture of the United States in 1860: Compiled from the Original Returns of the Eighth Census*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1864, p. 185, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 25 de mayo de 2009): http://www.agcensus.usda.gov/Publications/Historical_Publications/1860/1860b-08.pdf; Departamento de Agricultura de Estados Unidos, Servicio Nacional de Estadísticas Agrícolas, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 28 de abril de 2009): http://www.nass.usda.gov/QuickStats/indexbysubject.jsp?Text1=&site/NASS_MAIN&select=Select+a+State&Pass_name=&Pass_group=Crops+%26+Plants&Pass_subgroup=Field+Crops. Dado que no disponemos de cifras que especifiquen con exactitud la extensión concreta del territorio consagrado al cultivo del algodón en 1860, al estimar la cantidad de tierra adicional que se necesitaría para cultivar las cantidades de algodón señaladas he supuesto que el incremento de la productividad evolucionó de forma constante. La superficie del estado de Carolina del sur es de 8.289.580 hectáreas.

26. Véase Gavin Wright, *Old South, New South: Revolutions in the Southern Economy Since the Civil War*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1996, pp. 34 y sigs., 57; Secretaría de Interior de Estados Unidos, *Agriculture of the United States in 1860: Compiled from the Original Returns of the Eighth Census*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1864, p. 185, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 25 de mayo de 2009): http://www.agcensus.usda.gov/Publications/Historical_Publications/1860/1860b-08.pdf; Departamento de Agricultura de Estados Unidos, Servicio Nacional de Estadísticas Agrícolas, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 28 de abril de 2009): http://www.nass.usda.gov/QuickStats/indexbysubject.jsp?Text1=&site/NASS_MAIN&select=Select+a+State&Pass_name=&Pass_group=Crops+%26+Plants&Pass_subgroup=Field+Crops; véase también Charles S. Aiken, *The Cotton Plantation South Since the Civil War*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1998, p. 59; junto con James C. Cobb, *The Most Southern Place on Earth: The Mississippi Delta and the Roots of Regional Identity*, Oxford University Press, Nueva York, 1992, *op. cit.*, pp. viii, 95, 99, 100; Gavin Wright, «Agriculture in the South», en Glenn Porter (comp.), *Encyclopedia of American Economic History: Studies of the Principal Movements and Ideas*, vol. 1, Charles Schribner's Sons, Nueva York, 1980, p. 382; Devra Weber, *Dark Sweat, White Gold: California Farm Workers, Cotton, and the New Deal*, University of California Press, Berkeley, 1994, pp. 17-21.

27. Departamento de Comercio de Estados Unidos, Oficina Censal, *Statistical Abstracts of the United States, 1921*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1922, p. 375; Randolph B. Campbell, *Gone to Texas: A History of the Lone Star State*, Oxford University Press, Nueva York, 2003, pp. 306, 308, 311.

28. Véase Ray Allen Billington, *Westward Expansion: A History of the American Frontier*, Macmillan, Nueva York, 1967, pp. 659, 666.

29. Howard Wayne Morgan, *Oklahoma: A Bicentennial History*, Norton, Nueva York, 1977, pp. 42, 48, 49, 58, 81, 91 y 147; Departamento de Agricultura de Estados Unidos, Servicio Nacional de Estadísticas Agrícolas, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 28 de abril de 2009): http://www.nass.usda.gov/QuickStats/indexbysubject.jsp?Text1=&site/NASS_MAIN&select=Select+a+State&Pass_name=&Pass_group=Crops+%26+Plants&Pass_subgroup=Field+Crops; Departamento de Comercio de Estados Unidos, Oficina Censal, «Agriculture, 1909 and 1910, Reports by States, with Statistics for Counties, Nebraska-Wyoming», *Thirteenth Census of the United States Taken in the Year 1910*, vol. 7, Government Printing Office, Washington, D. C., 1913, p. 381; Eric V. Meeks, «The Tohono O'odham, Wage Labor, and Resistant Adaptation», *Western Historical Quarterly*, vol. 34, n.º 4, invierno de 2003, p. 480; Daniel H. Usner, *Indian Work: Language and Livelihood in Native American History*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2009, p. 55.

30. Para un examen más detallado de estas cuestiones, véase Sven Beckert, «Space Matters: Eurafrica, the American Empire, and the Territorialization of European Capitalism, 1870-1940», artículo en preparación.

31. Günter Kirchhain, «Das Wachstum der deutschen Baumwollindustrie im 19. Jahrhundert: Eine historische Modellstudie zur empirischen Wachstumsforschung», tesis doctoral, Universidad de Münster, 1973, pp. 29-30, 73; Wilhelm Rieger, *Verzeichnis der im Deutschen Reiche auf Baumwolle laufenden Spindeln und Webstühle*, Wilhelm Rieger, Stuttgart, 1909, p. 72. Para una exposición en la que se manejan unas cifras ligeramente inferiores, véase Wolfram Fischer, *Statistik der Bergbauproduktion Deutschland 1850-1914*, Editorial Scripta Mercaturae, St. Katharinen, 1989, p. 403; junto con el *Handbuch der Wirtschaftskunde Deutschlands*, vol. 3, Teubner, Leipzig, 1904, p. 602. De hecho, resulta fascinante comprobar que, en muchos sentidos, la importantísima industria algodonera germana desempeñe un papel tan reducido en la memoria histórica que hemos dado en conservar de la Alemania de finales del siglo XIX. Véase también Karl Supf, «Zur Baumwollfrage», en KolonialWirtschaftliches Komitee, *Baumwoll-Expedition nach Togo*, sin fecha, pero es muy probable que el texto date de 1900, pp. 4-6, file 332, record group R 150F, Fonds Allemand 1, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo (Documentos de la Administración del Protectorado Alemán de Togo), Archivos Nacionales de Togo, Lomé, copia en microfilm conservada en el Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín; Kaiserliches Statistisches Amt, *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, vol. 23, Puttkammer and Mühlbrecht, Berlín, 1902, p. 24. En 1903, el Kolonial-Wirtschaftliches Komitee informó de que en Alemania había un millón de obreros que dependían de la industria algodonera: véase Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, *Deutsch-Koloniale*, p. 5; en 1913, el valor de la producción de la industria algodonera alemana se elevaba a dos mil doscientos millones de marcos, cifra que la convertía en una de las industrias más significativas del país. Véase Andor Kertész, *Die Textilindustrie Deutschlands im Welthandel*, F. Vieweg, Braunschweig, 1915, p. 13. Véase también la publicación de la Kaiserliches Statistisches Amt, *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, vol. 22, s. e., Berlín, 1901, p. 135; junto con Thaddeus Sunseri, «The Baumwollfrage: Cotton Colonialism in German East Africa», *Central European History*, vol. 34, n.º 1, marzo de 2001, p. 35. Para mayor información sobre las estadísticas relativas a las importaciones, véase la Reichs-Enquete für die Baumwollen-und Leinen-Industrie, *Statistische Ermittlungen I*, Heft 1, pp. 56-58; así como Kaiserliches Statistisches Amt, *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, vol. 1, s. e., Berlín, 1880, p. 87; y Kaiserliches Statistisches Amt, *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, vol. 20, s. e., Berlín, 1899, p. 91.

32. Véase, por ejemplo, el trabajo de Ernst Henrici titulado «Die wirtschaftliche Nutzbarmachung des Togogebietes», *Der Tropenpflanzer: Zeitschrift für tropische Landwirtschaft*, n.º 3, julio de 1899, p. 320; junto con Sven Beckert, «Emancipation and Empire: Reconstructing the Worldwide Web of Cotton Production in the Age of the American Civil War», *American Historical Review*, vol. 109, n.º 5, diciembre de 2004, p. 1427; C. A. Bayly, *The Birth of the Modern World, 1780-1914: Global Connections and Comparisons*, Blackwell, Malden, Massachusetts, 2004, *op. cit.*, pp. 161-165; Kaiserliches Statistisches Amt, *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, vol. 15, s. e., Berlín, 1894, p. 45; Kaiserliches Statistisches Amt, *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, vol. 20, s. e., Berlín, 1899, *op. cit.*, p. 91.

33. R. Hennings, «Der Baumwollkulturkampf», en *Zeitschrift für Kolonialpolitik, Kolonialrecht und Kolonialwirtschaft*, vol. 7, 1905, pp. 906-914; Sunseri, «Baumwollfrage», *op. cit.*, pp. 32, 49; «Die Arbeit des KolonialWirtschaftlichen Komitees, 1896-1914», file 579, record group R 150F, Fonds Allemand 1, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo (Documentos de la Administración del Protectorado Alemán de Togo), Archivos Nacionales de Togo, Lomé, copia en microfilm conservada en el Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín. Para mayor información sobre la demanda de algodón colonial que existía en Alemania, véase también Verband Deutscher Baumwollgarn-Verbraucher an v. Lindequist, Reichskolonialamt, Dresden, 22 de octubre de 1910, file 8224, record group R 1001, Documentos de la Sociedad Colonial Alemana, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín.

34. Véase Buehler, «Die Unabhängigkeitsbestrebungen Englands», *op. cit.*, pp. 23, 39; así como Biedermann, «Die Versorgung», *op. cit.*, p. 9; y *Bericht der Handelskammer in Bremen für das Jahr 1904 an den Kaufmannskonvent*, H. M. Hausschild, Bremen, 1905, p. 30.

35. Departamento de Economía, 1920, *Annual Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, primera parte, s. e., Tokio, s. f., p. 397; Buehler, « Die Unabhängigkeitsbestrebungen Englands», *op. cit.*, p. 31; y Supf, «Zur Baumwollfrage», *op. cit.*, p. 8.

36. Véase Supf, «Zur Baumwollfrage», *op. cit.*, pp. 4-6, 8; junto con E. Henrici, «Der Baumwollbau in den deutschen Kolonien», *Der Tropenpflanzer: Zeitschrift für tropische Landwirtschaft*, n.º 3, noviembre de 1899, pp. 535-536. Para saber más acerca de Henrici véase Herrmann A. L. Degener, *Unsere Zeitgenossen, Wer Ist's?: Biographien nebst Bibliographien*, s. e., Leipzig, 1911. En «Einleitung», *Beihefte Zum Tropenpflanzer*, vol. 16, n.ºs 1/2, febrero de 1916, pp. 1-3, 71-73, 175-177 también quedan reflejados algunos llamamientos favorables a la autarquía económica. Véase asimismo Karl Helfferich, «Die Baumwollfrage: Ein Weltwirtschaftliches Problem», *Marine-Rundschau*, n.º 15, 1904, p. 652; Karl Supf, «Bericht IV, DeutschKoloniale Baumwoll-Unternehmungen, 1903-1904», 1904, reimpresso en *Der Tropenpflanzer: Zeitschrift für tropische Landwirtschaft*, n.º 8, diciembre de 1904, p. 615; «Die Arbeit des Kolonial-Wirtschaftlichen Komitees, 1896-1914», *op. cit.*

37. Sunseri, «Baumwollfrage», *op. cit.*, p. 33; O. F. Metzger, *Unsere Alte Kolonie Togo*, Neumann, Neudamm, 1941, p. 242; «Bericht über den Baumwollbau in Togo», anexo al legajo del Gobierno Imperial en Togo, gobernador Zech a la Oficina Colonial del Reich en Berlín, 23 de noviembre de 1909, 1, file 8223, record group R 1001, Documentos de la Sociedad Colonial Alemana, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín; «Der Baumwollbau in Togo, Seine Bisherige Entwicklung, und sein jetziger Stand», borrador sin fecha de un artículo, file 8224, record group R 1001, Documentos de la Sociedad Colonial Alemana, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín; [ilegible] a von Bismark, 26 de marzo de 1890, file 8220, record group R 1001, Documentos de la Sociedad Colonial, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín; Tony Smith, *Pattern of Imperialism: The United States, Great Britain, and the Late-Industrializing World Since 1815*, Cambridge University Press, Nueva York, 1981, pp. 15, 35; Eric Hobsbawm, *The Age of Empire, 1875-1914*, Pantheon, Nueva York, 1987, *op. cit.*, pp. 34-55; Isaacman y Roberts, «Cotton, Colonialism», en Isaacman y Roberts (comps.), *Cotton, Colonialism*, pp. 8-9; Leroy Vail y Landeg White, «“Tawani, Machambero!”: Forced Cotton and Rice Growing on the Zambezi», *Journal of African History*, vol. 19, n.º 2, 1978, p. 244.

38. Kendahl Radcliffe, «The Tuskegee-Togo Cotton Scheme, 1900-1909», tesis doctoral, University of California, Los Ángeles, 1998, p. 16. Para saber más acerca de Ferdinand Goldberg, véase «Baumwollen- und sonstige Kulturen im Togo-Gebiet», *Deutsches Kolonialblatt*, n.º 2, 1891, pp. 320-321; para una mayor información de carácter general sobre el interés de Alemania por el algodón colonial, véase Donna J. E. Maier, «Persistence of Precolonial Patterns of Production: Cotton in German Togoland, 1800-1914», en Isaacman y Roberts (comps.), *Cotton, Colonialism, op. cit.*, p. 81; Peter Sebald, *Togo 1884-1914: Eine Geschichte der deutschen «Musterkolonie» auf der Grundlage amtlicher Quellen*, Editorial Akademie, Berlín, 1988, p. 433; para una exposición más completa de todos estos acontecimientos, véase Sven Beckert, «From Tuskegee to Togo: The Problem of Freedom in the Empire of Cotton», *Journal of American History*, n.º 92, septiembre de 2005, pp. 498-526; para una lista de todas estas plantaciones, véase Kolonial-Wirtschaftliches Komitee to Handelskammer Bremen, Berlín, 23 de julio de 1913, en «Baumwollterminhandel», record group W II, 3, Handelskammer Bremen, Bremen, Alemania; junto con Sunseri, *Vilimani, op. cit.*, pp. 1-25; Gerhard Bleifuss y Gerhard Hergenröder, *Die «Otto-Plantage Kilossa» (1907-1914): Aufbau und Ende eines kolonialen Unternehmens in Deutsch-Ostafrika*, Schriftenreihe zur Stadtgeschichte, Wendlingen, 1993, pp. 43, 59.

39. «Encouragement pour la Culture aux colonies, du coton etc. (1906-1908)», 9 AFFECO, Affaires Économiques, Archives d'outre-mer, Aix-en-Provence; para la cita que aparece en el texto, véanse los Renseignements sur la Culture du Coton, 1917, en 9 AFFECO, Affaires Économiques, Archives d'outre-mer, *op. cit.*; junto con Marie Philiponeau, *Le coton et l'Islam: Fil d'une histoire africaine*, Casbah Editions, Argel, 2009, p. 114; Thomas J. Bassett, *The Peasant Cotton Revolution in West Africa: Côte d'Ivoire, 1880-1995*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001, pp. 51, 52; Richard Roberts, «The Coercion of Free Markets: Cotton, Peasants, and the Colonial State in the French Soudan, 1924-1932», en Isaacman y Roberts (comps.), *Cotton, Colonialism*, p. 222; Vail y White, «“Tawani, Machamero!”...», *op. cit.*, p. 241; Sociedad de Naciones, Economic Intelligence Service, *Statistical Yearbook of the League of Nations 1930/31*, Series of League of Nations Publications, Ginebra, 1931, p. 108, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 3 de agosto de 2009): <http://digital-library.northwestern.edu/league/le0267ag.pdf>; A. Brixhe, *Le coton au Congo Belge*, Direction de l'agriculture, des forêts et de l'élevage du Ministère des colonies, Bruselas, 1953, pp. 13, 15, 19; Secretaría Estadounidense de Interior, *Agriculture of the United States in 1860: Compiled from the Original Returns of the Eighth Census*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1864, p. 185, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 25 de mayo de 2009): http://www.agcensus.usda.gov/Publications/Historical_Publications/1860/1860b-08.pdf.

40. Hutton, seguridad cita recogida en Robins, «The Black Man's Crop», *op. cit.*, p. 15; véase también Cyril Ehrlich, «The Marketing of Cotton in Uganda, 1900-1950: A Case Study of Colonial Government Economic Policy», tesis doctoral, Universidad de Londres, 1958, pp. 12, 13; junto con Buehler, «Die Unabhängigkeitsbestrebungen», p. 122; Asociación Británica para el Cultivo del Algodón, *Second Annual Report, for the Year Ending August 31st, 1906*, Head Office, Manchester, 1906, *op. cit.*, p. 23. Para más información sobre la Asociación Británica para el Cultivo del Algodón véase Robins, «The Black Man's Crop»; Asociación Británica para el Cultivo del Algodón, *Second Annual Report, for the Year Ending August 31st, 1906*, *op. cit.*, p. 32; Sociedad de Naciones, Economic Intelligence Service, *Statistical Year-book of the League of Nations 1930/31*, Series of League of Nations Publications, Ginebra, 1931, p. 108; Secretaria Estadounidense de Interior, *Agriculture of the United States in 1860: Compiled from the Original Returns of the Eighth Census*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1864, *loc. cit.*, p. 185, disponible en la siguiente dirección electrónica, (último acceso, 25 de mayo de 2009): http://www.agcensus.usda.gov/Publications/Historical_Publications/1860/1860b-08.pdf.

41. Véase Josef Partsch (comp.), *Geographie des Welthandels*, Hirt, Breslau, 1927, p. 209; junto con B. R. Mitchell, *International Historical Statistics: The Americas, 1750-1993*, Macmillan, Basingstoke, Reino Unido, 2007, pp. 222, 224, 227, 228; John A. Todd, *The World's Cotton Crops*, A. and C. Black, Londres, 1915, pp. 395 y sigs., 421; Heinrich Kuhn, *Die Baumwolle: Ihre Cultur, Structur und Verbreitung*, Hartleben, Viena, 1892, p. 69; John C. Branner, *Cotton in the Empire of Brazil; The Antiquity, Methods and Extent of Its Cultivation; Together with Statistics of Exportation and Home Consumption*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1885, pp. 23-27; National Association of Cotton Manufacturers, *The Year Book of the National Association of Cotton Manufacturers and Cotton Manufacturers Manual*, 1922, p. 83, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 3 de agosto de 2009): <http://ia311228.us.archive.org/1/items/yearbookofnation1922nati/yearbookofnation1922nati.pdf>; International Institute of Agriculture, Statistical Bureau, *The Cotton-Growing Countries: Production and Trade*, Instituto Internacional de Agricultura, Roma, 1922, p. 127; Sociedad de Naciones, Economic Intelligence Service, *Statistical Year-book of the League of Nations 1939/40*, Series of League of Nations Publications, Ginebra, 1940, p. 122; Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, División de Estadística, *Statistical Yearbook*, vol. 4, Nueva York, 1952, p. 72; United States Department of Agriculture, Foreign Agricultural Service, Tabla 04, Cotton Area, Yield, and Production, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 3 de agosto de 2009): <http://www.fas.usda.gov/psdonline/psdReport.aspx?hidReport=Table+04+Cotton+Area%2c+Yield%2c+and+Production&hidReportD=851&hidReportRetrievalTemplateID=1>; Biedermann, «Die Versorgung», *op. cit.*, p. 3.

42. *Revue des cultures coloniales*, pp. 12-13, 1903, p. 302.

43. Para saber más acerca del Asia Central, véase, por ejemplo Richard A. Pierce, *Russian Central Asia, 1867-1917: A Study in Colonial Rule*, University of California Press, Berkeley, 1960, pp. 135-136; así como Toksöz, «Çukurova», *op. cit.*, pp. 1, 13, 37, 79; y Osterhammel, *Kolonialismus*, *op. cit.*, pp. 17 y sigs.

⁴⁴. Nebol'sin, *Ocherki trgovli Rossii s Srednei Aziei*, *op. cit.*, p. 25; y Kostenko, *Sredniaia Aziia*, *op. cit.*, p. 213.

45. Véase Nebol'sin, *Ocherki trgovli Rossii*, *op. cit.*, p. 25; junto con Rozhkova, *Ekonomicheskiie*, *op. cit.*, p. 68; Whitman, «Turkestan Cotton», *op. cit.*, pp. 199, 200; Schanz, «Die Baumwolle», *op. cit.*, pp. 88, 368; Biedermann, «Die Versorgung», *op. cit.*, p. 72; y Sahadeo, «Cultures», *op. cit.*, p. 3.

46. Biedermann, «Die Versorgung», *op. cit.*, pp. 45, 46, 59.

47. «Handelsbericht des Kaiserlichen Konsulats für das Jahr 1909», en *Deutsches Handels-Archiv*, segunda parte: «Berichte über das Ausland, Jahrgang 1911», Ernst Siegfried Mittler und Sohn, Berlín, 1911, *op. cit.*, p. 168; Whitman, «Turkestan Cotton», *op. cit.*, p. 200; Biedermann, «Die Versorgung», *op. cit.*, p. 70; y Schanz, «Die Baumwolle», *op. cit.*, pp. 10, 50.

⁴⁸. Whitman, «Turkestan Cotton», *op. cit.*, pp. 200, 203; y Schanz, «Die Baumwolle», *op. cit.*, p. 131.

49. Véase «British and Russian Commercial Competition in Asia Central», *Asiatic Quarterly Review*, n.º 7, julio-octubre de 1889, Londres, p. 439; junto con Whitman, «Turkestan Cotton», *op. cit.*, p. 202; y E. Z. Volkov, *Dinamika narodonaselenija SSSR za vosem'desjat let*, Gos. izd., Moscú, 1930, pp. 40, 198-199, 208.

50. Véase el texto del Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, *Baumwoll-Expedition*, *op. cit.*, p. 4. Las afirmaciones de las siguientes páginas se basan y recurren ampliamente al contenido del artículo de Beckert titulado «From Tuskegee to Togo». Véase también la carta de James N. Calloway a Booker T. Washington fechada el 20 de noviembre de 1900, Booker T. Washington Papers, Manuscripts Division, Biblioteca del Congreso, Washington, D. C.; junto con Kolonial-Wirtschaftliches Komitee a Washington, 10 de octubre de 1900 y 11 de diciembre de 1900, Booker T. Washington Papers, *loc. cit.* Para más información sobre los planes relacionados con la «Baumwoll-Expedition», véase igualmente Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, Antrag des Kolonialwirtschaftlichen Komitees auf Bewilligung eines Betrages von M 10,000 zur Ausführung einer Baumwoll-expedition nach Togo, Berlín, 14 de mayo de 1900, octubre de 1898 a octubre de 1900, Band 2, Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, File 594/K81, record group R 8023, Papers of the Deutsche Kolonialgesellschaft, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín. Para saber más acerca de todo este episodio, véase asimismo Booker T. Washington, *Workings with the Hands*, Doubleday, Page and Company, Nueva York, 1904, pp. 226-230; junto con Louis R. Harlan, «Booker T. Washington and the White Man's Burden», *American Historical Review*, vol. 71, n.º 2, enero de 1966, pp. 441-467, 266-295; Edward Berman, «Tuskegee-in-Africa», *Journal of Negro Education*, vol. 41, n.º 2, primavera de 1972, pp. 99-112; W. Manning Marable, «Booker T. Washington and African Nationalism», *Phylon*, vol. 35, n.º 4, diciembre de 1974, pp. 398-406; Michael O. West, «The Tuskegee Model of Development in Africa: Another Dimension of the African/African-American Connection», *Diplomatic History*, vol. 16, n.º 3, verano de 1992, pp. 371-387; Milfred C. Fierce, *The Pan-African Idea in the United States, 1900-1919: African-American Interest in Africa and Interaction with West Africa*, Garland, Nueva York, 1993, pp. 171-197; Maier, «Persistence» *op. cit.*, pp. 71-95; Radcliffe, «Tuskegee-Togo», *op. cit.*; Andrew Zimmermann, *Alabama in Africa: Booker T. Washington, the German Empire, and the Globalization of the New South*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2012.

51. Para una crónica de esta transformación, véase Beckert, «Emancipation», *op. cit.*, pp. 1405-1438.

52. Véase Supf, «Zur Baumwollfrage», *op. cit.*, p. p. 8; junto con Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, *Baumwoll-Expedition*, *op. cit.*, p. 3. Para una exposición similar, véase Hutton, según cita contenida en Robins, «The Black Man's Crop», *op. cit.*, p. 4. Para otros ejemplos en los que también hay afroamericanos que optan por desplazarse a las colonias para ocuparse de proyectos algodoneros, véase Jonathan Robbins, «The Cotton Crisis: Globalization and Empire in the Atlantic World, 1901-1920», tesis doctoral, University of Rochester, 2010, p. 220; así como la carta de Booker T. Washington a Beno von Herman auf Wain fechada el 20 de septiembre de 1900, Booker T. Washington Papers, Manuscripts Division, Biblioteca del Congreso, Washington, D. C.

53. Para la cita de Calloway, véase la carta de James N. Calloway a Booker T. Washington fechada el 30 de abril de 1901, Booker T. Washington Papers, Manuscripts Division, Biblioteca del Congreso, Washington, D. C. Véase también la carta de James N. Calloway al Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, 12 de marzo de 1901, file 8221, record group R 1001, Papers of the Deutsche Kolonialgesellschaft, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín; junto con M. B. K. Darkoh, «Togoland under the Germans: Thirty Years of Economic Development (1884-1914)», *Nigerian Geographic Journal*, vol. 10, n.º 2, 1968, p. 112; carta de James N. Calloway al Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, 3 de febrero de 1901, file 8221, record group R 1001, Papers of the Deutsche Kolonialgesellschaft, Berlín, *loc. cit.*; carta de James N. Calloway a Booker T. Washington, 3 de febrero de 1901, Booker T. Washington Papers; carta de James N. Calloway al Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, 14 de mayo de 1901, file 8221, record group R 1001, Papers of the Deutsche Kolonialgesellschaft, Berlín, *loc. cit.* Esta argumentación general la plantean también, en distintos contextos, Melissa Leach y James Fairhead, *Misreading the African Landscape: Society and Ecology in a Forest-Savanna Mosaic*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996; Kojo Sebastian Amanor, *The New Frontier: Farmer Responses to Land Degradation: A West African Study*, UNRISD, Ginebra, 1994.

54. Carta de John Robinson a Booker T. Washington, 26 de mayo de 1901, Booker T. Washington Papers, Manuscripts Division, Biblioteca del Congreso, Washington, D. C.; carta de James N. Calloway al Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, 13 de junio de 1901, file 8221, record group R 1001, Papers of the Deutsche Kolonialgesellschaft, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín; carta de James N. Calloway a Mr. Schmidt, 11 de noviembre de 1901, file 1008, record group R 150F, Fond Allemand 3, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo (Documentos de la Administración del Protectorado Alemán de Togo), Archivos Nacionales de Togo, Lomé, copia en microfilm conservada en el Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín; carta de James N. Calloway al Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, 2 de septiembre de 1901, file 8221, record group R 1001, Papers of the Deutsche Kolonialgesellschaft; carta de John Robinson a Booker T. Washington, 26 de mayo de 1901, Booker T. Washington Papers; carta de James N. Calloway al Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, 12 de marzo de 1901, file 8221, record group R 1001, Papers of the Deutsche Kolonialgesellschaft, *loc. cit.* En último término, una de nuestras fuentes señala que en el traslado de las carretas hasta las plantaciones intervinieron 105 hombres: véase Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, *Baumwoll-Expedition*, *op. cit.*, p. 24.

55. Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, *Baumwoll-Expedition*, *op. cit.*, pp. 4-5, 26; para la cita de Calloway, véanse las páginas 28 a 36. Véase también F. Wohltmann, «Neujahrsgedanken 1905», *Der Tropenpflanzer: Zeitschrift für tropische Landwirtschaft*, n.º 9, enero de 1905, p. 5; Karl Supf, carta del Kolonial-Wirtschaftliches Komitee al Kolonial-Abteilung des Auswärtigen Amtes, Berlín, 15 de agosto de 1902, file 8221, record group R 1001, Papers of the Deutsche Kolonialgesellschaft, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín.

56. *Der Tropenpflanzer: Zeitschrift für tropische Landwirtschaft*, n.º 7, enero de 1903, *op. cit.*, p. 9. [Debe tenerse en cuenta que la voz alemana «*kultur*» tiene en todos estos casos el doble sentido de «cultivo» como práctica agrícola y de «cultura» como peculiaridad social. (*N. de los t.*)]

57. Véase Isaacman y Roberts, «Cotton, Colonialism», p. 25; junto con el texto del Kolonial-Wirtschaftliches Komitee titulado *Deutsch-Koloniale Baumwoll-Unternehmungen, Bericht XI*, primavera de 1909, 28, file 8224, record group R 1001, Papers of the Deutsche Kolonialgesellschaft, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín; Sunseri, «Baumwollfrage», *op. cit.*, pp. 46, 48; Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, «Verhandlungen der Baumwoll-Kommission des Kolonial-Wirtschaftlichen Komitees vom 25. April 1912», p. 169. Allen Isaacman *et al.*, en «“Cotton Is the Mother of Poverty”: Peasant Resistance to Forced Cotton Production in Mozambique, 1938-1961», *International Journal of African Historical Studies*, vol. 13, n.º 4, 1980, pp. 581-615, también detalla, si bien en un contexto muy distinto, la resistencia de los campesinos, que se negaban a aceptar los proyectos coloniales.

58. Véase Thomas Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, A. M. Kelley, Nueva York, 1968, *op. cit.*, p. 95; junto con «Cotton in British East Africa», *Imperial and Asiatic Quarterly Review*, Tercera Serie, n.º 24, julio-octubre de 1907, p. 85; Ehrlich, «Marketing», *op. cit.*, p. 1; y British Cotton Growing Association, *Second Annual Report, for the Year Ending August 31st, 1906*, Head Office, Manchester, 1906, *op. cit.*, p. 23.

59. Véase Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, «Verhandlungen», *op. cit.*, p. 169; junto con Doran H. Ross (comp.), *Wrapped in Pride: Ghanaian Kente and African American Identity*, UCLA Fowler Museum of Cultural History, Los Ángeles, 1998, pp. 126-149; Agbenyega Adedze, «Cotton in Eweland: Historical Perspectives», en Ross (comp.), *Wrapped in Pride, op. cit.*, p. 132. Las cifras proceden de Maier, «Persistence», *op. cit.*, p. 75; véase también Sebald, *Togo 1884-1914, op. cit.*, p. 30; Metzger, *Unsere, op. cit.*, p. 242; «Der Baumwollbau in Togo, Seine Bisherige Entwicklung, und sein jetziger Stand», borrador sin fecha de un artículo, file 8224, record group R 1001, Documentos de la Sociedad Colonial Alemana, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín; Freiherr von Danckelman, *Mittheilungen von Forschungsreisenden und Gelehrten aus den Deutschen Schutzgebieten*, n.º 3, 1890, pp. 140-141; «Bericht über den Baumwollbau in Togo», anexo al legajo del Gobierno Imperial en Togo, gobernador Zech a la Oficina Colonial del Reich en Berlín, 23 de noviembre de 1909, 1, file 8223, record group R 1001, Documentos de la Sociedad Colonial Alemana, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín; Isaacman y Roberts, «Cotton, Colonialism», *op. cit.*, p. 12.

60. La cita es de John Robinson, y aparece recogida en Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, *Deutsch-Koloniale Baumwoll-Unternehmungen*, 1902, 1903, Berlín, 1903, p. 18; véase también *Zeitfragen: Wochenschrift für deutsches Leben*, 1 de mayo de 1911, *op. cit.*, p. 1.

61. Los comerciantes alemanes de algodón se mostraron particularmente activos en los procesos de creación de estos programas de desmotado y prensado de la materia prima. Los expertos de Tuskegee les ayudaban en el empeño, de modo que en 1902 la Deutsche Togogesellschaft se estableció en Berlín, siendo una empresa privada dedicada a fabricar desmotadoras y a abrir sucursales en Togo destinadas a comprar el algodón local. Véase el artículo titulado «Prospekt der Deutschen Togogesellschaft», Berlín, abril de 1902, archivo privado de Freiherr von Herman auf Wain, Schloss Wain, Wain, Alemania; así como Karl Supf, *Deutsch-Koloniale Baumwoll-Unternehmungen, Bericht IX*, Mittler, Berlín, 1907, p. 304. Véase también la carta de G. H. Pape a la Oficina Regional de Atakpame, 5 de abril de 1909, file 1009, record group R 150F, Fond Allemand 3, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo (Documentos de la Administración del Protectorado Alemán de Togo), Archivos Nacionales de Togo, Lomé, copia en microfilm conservada en el Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín. Durante la campaña agrícola del año 1908-1909, las autoridades coloniales estipularon que el precio mínimo para el algodón desmotado y puesto en situación de ser embarcado en la costa debía de situarse en treinta peniques por libra (es decir, unos sesenta peniques por kilo). Véase Verhandlungen des Kolonial-Wirtschaftlichen Komitees und der Baumwoll-Kommission, 11 de noviembre de 1908, file 8223, record group R 1001, Documentos de la Sociedad Colonial Alemana, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín; junto con el texto del Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, *Deutsch-Koloniale BaumwollUnternehmungen*, 1902, 1903, Berlín, 1903, *op. cit.*, p. 17; y Radcliffe, «Tuskegee-Togo», *op. cit.*, p. 103.

62. Carta de James N. Calloway al Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, 13 de junio de 1901, file 8221, record group R 1001, Papers of the Deutsche Kolonialgesellschaft, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín, *loc. cit.* En 1903, John Robinson informó de que el transporte de algodón desde Tove a Lomé requería de diez a doce días; Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, *Deutsch-Koloniale, op. cit.*, p. 21; Karl Supf, carta del Comité Económico Colonial al Ministerio de Relaciones Exteriores, Kolonial-Abteilung, 10 de mayo de 1902, file 8221, record group R 1001, Papers of the Deutsche Kolonialgesellschaft, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín, *loc. cit.*

63. Los abanderados de los intereses algodoneros alemanes lanzaron un llamamiento al Departamento Colonial del Ministerio de Relaciones Exteriores germano para solicitar que los *Steuerträger*, que en realidad eran braceros obligados a trabajar como tales, se encargaran de llevar el algodón desde Tove hasta la costa sin recibir paga alguna por ello. Véase Karl Supf, carta del Comité Económico Colonial al Ministerio de Relaciones Exteriores, KolonialAbteilung, 15 de noviembre de 1901, file 8221, record group R 1001, Papers of the Deutsche Kolonialgesellschaft, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín, *loc. cit.* Véase también la nota titulada «Station Mangu», n.º 170/11, 8 de mayo de 1911, file 4047, record group R 150F, Fond Allemand 3, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo (Documentos de la Administración del Protectorado Alemán de Togo), Archivos Nacionales de Togo, Lomé, copia en microfilm conservada en el Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín, *loc. cit.*; junto con Supf, «Zur Baumwollfrage», *op. cit.*, p. 12.

64. Radcliffe, «Tuskegee-Togo», p. 107; Verhandlungen des KolonialWirtschaftlichen Komitees und der Baumwoll-Komission (Debates del Comité Económico Colonial y la Comisión del Algodón), 11 de noviembre de 1908, file 8223, record group R 1001, Documentos de la Sociedad Colonial Alemana, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín, *loc. cit.*; Metzger, *Unsere Alte Kolonie*, *op. cit.*, pp. 245, 252. Para un más amplio estudio estadístico sobre la situación de las exportaciones de algodón de Togo tras la primera guerra mundial, véase «Togo: La production du Coton», en *Agence Extérieure et Coloniale*, 29 de octubre de 1925. La expansión de la producción de algodón continuó a lo largo del siglo XX, de modo que entre los años 2002 y 2003, Togo produjo 80 millones de kilos de algodón (es decir, 80.000 toneladas), cifra que multiplica por 19 lo obtenido en 1938 y por 160 lo cosechado en 1913. Véase Reinhart, «Cotton Market Report 44», 23 de enero de 2004, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 30 de enero de 2004): http://www.reinhart.ch/pdf_files/marketreportch.pdf.

65. Véase Maier, «Persistence», *op. cit.*, p. 77. Además, en Togo había zonas muy amplias en las que únicamente había asentamientos dispersos, lo que implica que la población local no se hallaba en condiciones de ofrecer excedentes de mano de obra ni de dedicarlos a la producción de algodón. Véase G. H. Pape, «Eine Berichtigung zu dem von Prof. Dr. A. Oppel verfassten Aufsatz “Der Baumwollanbau in den deutschen Kolonien und seine Aussichten”», file 3092, record group R 150F, Fond Allemand 3, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo (Documentos de la Administración del Protectorado Alemán de Togo), Archivos Nacionales de Togo, Lomé, copia en microfilme conservada en el Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín, *loc. cit.* Para mayor información sobre el intercalado de distintas plantas en un mismo campo, véase Bassett, *Peasant Cotton*, *op. cit.*, p. 57; junto con «Bericht über den Baumwollbau in Togo», anexo al legajo del Gobierno Imperial en Togo, gobernador Zech a la Oficina Colonial del Reich en Berlín, 23 de noviembre de 1909, 2, file 8223, record group R 1001, Documentos de la Sociedad Colonial Alemana, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín, *loc. cit.*; Beckert, «Emancipation», *op. cit.*; y Étienne, *Die Baumwollzucht*, *op. cit.*, p. 39.

66. El comentario del comerciante alemán aparece citado en Adedze, «Cotton in Eweland», *op. cit.*, p. 132. Véase también «Der Baumwollbau in Togo, Seine Bisherige Entwicklung, und sein jetziger Stand», borrador sin fecha de un artículo, file 8224, record group R 1001, Documentos de la Sociedad Colonial Alemana, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín, *loc. cit.*

67. Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, *Baumwoll-Expedition*, *op. cit.*, p. 44; Acuerdo rubricado entre Graf Zech y Freese (en representación de la Compañía Vietor), 1 de marzo de 1904, file 332, record group R 150F, Fond Allemand 1, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo (Documentos de la Administración del Protectorado Alemán de Togo), Archivos Nacionales de Togo, Lomé, copia en microfilm conservada en el Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín, *loc. cit.*; Vail y White, «Tawani, Machambero!», *op. cit.*, p. 241; Roberts, «Coercion», *op. cit.*, pp. 223, 231, 236; Bassett, *Peasant Cotton*, *op. cit.*, p. 66; Isaacman y Roberts, «Cotton, Colonialism», *op. cit.*, p. 16.

68. En *Affairs, op. cit.*, p. 192, Morel defiende igualmente este mismo planteamiento; véase también A. McPhee, *The Economic Revolution in British West Africa*, Cass, Londres, 1926, p. 49; y Marion Johnson, «Cotton Imperialism in West Africa», *African Affairs*, vol. 73, n.º 291, abril de 1974, pp. 182, 183.

69. *Deutsch-Koloniale Baumwoll-Unternehmungen, Bericht XI*, primavera de 1909, file 3092, record group R 150F, Fond Allemand 3, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo (Documentos de la Administración del Protectorado Alemán de Togo), Archivos Nacionales de Togo, Lomé, copia en microfilm conservada en el Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín, *loc. cit.*; James Stephen, según cita tomada de David Brion Davis, *Slavery and Human Progress*, Oxford University Press, Nueva York, 1984, p. 218.

70. Véase Supf, «Zur Baumwollfrage», *op. cit.*, pp. 9, 12; junto con la carta del gobernador de Togo al gerente del distrito de Atakpame, 9 de diciembre (sin indicación del año), file 1008, record group R 150F, Fond Allemand 3, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo, *loc. cit.*; «Massnahmen zur Hebung der Baumwollkultur im Bezirk Atakpakme unter Mitwirkung des Kolonialwirtschaftlichen Komitees», Verwaltung des deutschen Schutzgebietes Togo, file 1008, record group R 150F, Fond Allemand 3, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo, *loc. cit.*; para mayor información sobre el gobernador de Togo véase Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, *Deutsch-Koloniale Baumwoll-Unternehmungen*, pp. 57-59; «Baumwollinspektion für Togo», file 1008, record group R 150F, Fond Allemand 3, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo, *loc. cit.* John Robinson ya había señalado en 1904 que «no es posible modificar de un día para otro los hábitos [de la población de Togo]»; véase «Baumwollanbau im Schutzgebiet Togo, Darlegungen des Pflanzers John W. Robinson vom 26. 4. 1904 betr. die Voraussetzungen, Boden- und Klimaverhältnisse, Methoden und Arbeitsverbesserung, Bewässerung», fragmento, file 89, record group R 150F, Fond Allemand 1, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo, *loc. cit.*

71. Véase la carta de Paul Friebe a la Togo Baumwollgesellschaft, Atakpame, 7 de abril de 1911, File 7,2016, 1, Documentos de la Sociedad Limitada Togo Baumwollgesellschaft, Archivos del estado de Bremen, Bremen, Alemania. En muchos sentidos, la experiencia que vivió en África la Asociación Británica para el Cultivo de Algodón resulta muy similar a la de los alemanes. Para saber más acerca de la historia de esta última asociación véase Robins, «The Black Man's Crop», *op. cit.*

72. Véase «Baumwollanbau im Schutzgebiet Togo, Darlegungen des Pflanzers John W. Robinson vom 26. 4. 1904 betr. die Voraussetzungen, Boden- und Klimaverhältnisse, Methoden und Arbeitsverbesserung, Bewässerung», fragmentos 13 y 49, file 89, record group R 150F, Fond Allemand 1, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo (Documentos de la Administración del Protectorado Alemán de Togo), Archivos Nacionales de Togo, Lomé, copia en microfilm conservada en el Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín, *loc. cit.*; Anson Phelps Stokes, *A Brief Biography of Booker Washington*, Hampton Institute Press, Hampton, Virginia, 1936, p. 13; carta de John Robinson a Graf Zech, 12 de enero de 1904, file 332, record group R 150F, Fond Allemand 1, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo, *loc. cit.*

73. Véase Bassett, *Peasant Cotton*, *op. cit.*, pp. 55, 59; así como Julia Seibert, «Arbeit und Gewalt: Die langsame Durchsetzung der Lohnarbeit im kolonialen Kongo, 1885-1960», tesis doctoral, Universidad de Tréveris, 2012, pp. 186-206; Isaacman y Roberts, «Cotton, Colonialism», *op. cit.*, p. 27; y Vail y White, «Tawani, Machambero!», *op. cit.*, pp. 252, 253.

74. Para un excelente estudio sobre el particular, véase Isaacman y Roberts (comps.), *Cotton, Colonialism*. Los expertos en materia de explotación algodonera seguían contemplando con envidia los éxitos de los ingleses en África; véase, por ejemplo, O. Warburg, «Zum Neuen Jahr 1914», *Der Tropenpflanzer: Zeitschrift für tropische Landwirtschaft*, n.º 18, enero de 1914, p. 9; junto con Polly Hill, *The Migrant Cocoa-Farmers of Southern Ghana: A Study in Rural Capitalism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1963; Sociedad de Naciones, Economic and Financial Section, *International Statistical Yearbook 1926*, Publications of League of Nations, Ginebra, 1927, p. 72; Sociedad de Naciones, Economic Intelligence Service, *Statistical Year-book of the League of Nations 1939/40*, Series of League of Nations Publications, Ginebra, 1940, p. 122; National Cotton Council of America, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 10 de abril de 2013): <http://www.cotton.org/econ/cropinfo/cropdata/country-statistics.cfm>; Etonam Digo, «Togo Expects to Meet Cotton Production Targets as Harvest Avoids Flooding», Bloomberg, 29 de octubre de 2010, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 10 de abril de 2013): <http://www.bloomberg.com/news/2010-10-29/togo-expects-to-meet-cotton-production-targets-as-harvest-avoids-flooding.html>.

75. Véase Isaacman y Roberts (comps.), *Cotton, Colonialism, op. cit.*; así como Bassett, *Peasant Cotton, op. cit.*; Ehrlich, «Marketing», *op. cit.*, pp. 28-33. Para saber más acerca de la Association Cotonnière Coloniale, véase Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, *Deutsch-Koloniale Baumwoll-Unternehmungen, op. cit.*, pp. 66-68, 69-71. Para información sobre el Sudán, véase la carta de Booker T. Washington a Gladwin Bouton, 6 de mayo de 1915, y la carta de Leigh Hart a Booker T. Washington, 3 de febrero de 1904, Booker T. Washington Papers, Manuscripts Division, Biblioteca del Congreso, Washington, D. C.; Radcliffe, «Tuskegee-Togo», *op. cit.*, pp. 3, 133, 135; Karl Supf, *DeutschKoloniale Baumwoll-Unternehmungen, op. cit.*, pp. 295, 297. Los activistas coloniales que procuraban la expansión del cultivo del algodón aludían frecuentemente a las experiencias de franceses, británicos y rusos, véase, por ejemplo, Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, *Deutsch-Koloniale BaumwollUnternehmungen, op. cit.*, pp. 66-71; junto con «Anlage zum Bericht des Kaiserlichen Generalkonsulats in Saint Petersburg», 26 de diciembre de 1913, informe enviado tanto a la Oficina Colonial del Reich como al gobernador de Togo, 360, record group R 150F, Fond Allemand 1, Papers of the Administration of the German Protectorate Togo (Documentos de la Administración del Protectorado Alemán de Togo), Archivos Nacionales de Togo, Lomé, copia en microfilm conservada en el Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín, *loc. cit.*; copia de un memorando de R. B. D. Morier al Secretario de estado, marqués de Salisbury, 12 de octubre de 1889, Compilations Vol. 51, 1890, Compilation n.º 476, «Establishment by the Russian Government of a Model Cotton Plantation in the Merva Oasis», Revenue Department, Maharashtra State Archives, Bombay; Robins, «The Black Man's Crop», p. 16; Ministère des Affaires étrangères, Direction des Affaires politiques et commerciales, n.º 88, Copie M, Verchere de Reffye, cónsul de Francia en Alejandría a M. Pincarem, Alejandría, 30 de agosto de 1912, y Dépêche de Consulat de France, San Petersburgo, 15 de junio de 1912, en 9 AFFECO, Affaires Économiques, Fonds Ministeriels, Archives d'outre-mer, Aix-en-Provence; *The Fourth International Congress of Delegated Representatives of Master Spinners' and Manufacturers' Associations, Held in Musikvereinsgebäude, Vienna, May 27th to 29th, 1907*, Taylor, Garnett, Evans, and Co., Manchester, 1907, p. 306; International Cotton Congress, *Official Report of the International Cotton Congress, Held in Egypt, 1927*, Taylor Garnett Evans and Co. Ltd., Manchester, 1927, pp. 179-189.

76. Para mayor información sobre los esfuerzos que efectuó la Unión Soviética con vistas a incrementar la producción de algodón, véase Obertreis, *Imperial Desert Dreams*, *op. cit.*; así como Maya Peterson, «Technologies of Rule: Empire, Water, and the Modernization of Central Asia, 1867-1941», tesis doctoral, Harvard University, 2011; Christof Dejung, «The Boundaries of Western Power: The Colonial Cotton Economy in India and the Problem of Quality», en Christof Dejung y Niels P. Petersson (comps.), *The Foundations of Worldwide Economic Integration: Power, Institutions, and Global Markets, 1850-1930*, Cambridge University Press, Cambridge, 2012, p. 156; Rudolf Asmis y Dr. Zeller, Taschkent, 10 de abril de 1923, envío de folletos por parte del servicio colonial de correos, Berlín, 7 de mayo de 1923; memorando titulado «Der heutige Stand der Baumwollkultur in Turkestan und das Problem einer deutschen Mitarbeit an ihrem Wiederaufbau»; actas de la reunión de la Baumwoll-Kommission des Kolonial-Wirtschaftlichen Komitees, 28 de junio de 1923; actas de la reunión de la Baumwollbau-Kommission, «Diskonto Gesellschaft», Berlín, 12 de julio de 1923, todo ello en los documentos del Kolonial-Wirtschaftliches Komitee, R 8024/25, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín, *loc. cit.*; *Ekonomitsceskaja Shisnj*, 12 de julio de 1923, traducido por la embajada alemana en Moscú, en Kolonialwirtschaftliches Komitee, R 8024/25, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín, *loc. cit.*; el archivo también contiene documentos que atestiguan que los miembros de un grupo de expertos acusados de no haber hecho lo suficiente para combatir una plaga de langostas en el Asia Central fueron ejecutados.

77. En un contexto muy distinto, Kären Wigen refiere una historia muy similar respecto a la incorporación de determinadas regiones de Japón a la economía nacional y global; véase Kären Wigen, *The Making of a Japanese Periphery, 1750-1920*, University of California Press, Berkeley, 1995.

78. Véase Buehler, «Die Unabhängigkeitsbestrebungen», *op. cit.*, p. 91; junto con Bleifuss y Hergenröder, *Die «Otto-Plantage Kilossa»*, *op. cit.*, p. 39; Pierre de Smet, *Les origines et l'organisation de la filature de coton en Belgique. Notice publiée à l'occasion du 25ème anniversaire de l'Association Cotonnière de Belgique*, Bruselas, 1926, p. 1; Obertreis, *Imperial Desert Dreams*, capítulo 1, p. 67; E. R. B. Denniss, «Government of the Soudan Loan Guarantee», *Parliamentary Debates*, Quinta Serie, vol. 52, col. 428, 23 de abril de 1913.

79. Véase la nota 5 del capítulo 10.

13. La reaparición del sur

1. Kenneth L. Gillion, *Ahmedabad: A Study in Indian Urban History*, University of California Press, Berkeley, 1968, p. 69; Makrand Mehta, *The Ahmedabad Cotton Textile Industry: Genesis and Growth*, New Order Book Co., Ahmedabad, 1982, pp. viii, 33-34, 43, 50, 53; Dwijendra Tripathi, *Historical Roots of Industrial Entrepreneurship in India and Japan: A Comparative Interpretation*, Manohar, Nueva Delhi, 1997, p. 108; Sujata Patel, *The Making of Industrial Relations: The Ahmedabad Textile Industry, 1918-1939*, Oxford University Press, Oxford, 1987, pp. 21-22.

2. Mehta, *The Ahmedabad Cotton Textile Industry*, *op. cit.*, pp. 54, 57; *Times of India*, 12 de junio de 1861.

3. Mehta, *The Ahmedabad Cotton Textile Industry*, *op. cit.*, pp. 6, 8-9, 14, 20.

4. *Ibid.*, pp. 66, 67, 77 y sigs., 80, 85-87, 96-102; Salim Lakha, *Capitalism and Class in Colonial India: The Case of Ahmedabad*, Sterling Publishers, Nueva Delhi, 1988, pp. 64-66; Patel, *The Making of Industrial Relations*, *op. cit.*, pp. pp. 13, 21-24; Tripathi, *Historical Roots of Industrial Entrepreneurship in India and Japan*, *op. cit.*, p. 107; Irina Spector-Marks, «Mr. Gandhi Visits Lancashire: A Study in Imperial Miscommunication», tesina de licenciatura, Macalester College, 2008, p. 23.

5. Véase Stephan H. Lindner, «Technology and Textiles Globalization», *History and Technology*, n.º 18, 2002, pp. 3 y 4; junto con Douglas A. Farnie y David J. Jeremy, *The Fibre that Changed the World: The Cotton Industry in International Perspective, 1600-1990s*, Oxford University Press, Oxford, 2004, p. 23; John Singleton, *Lancashire on the Scrapheap: The Cotton Industry, 1945-1970*, Oxford University Press, Oxford, 1991, p. 11; Douglas A. Farnie y Takeshi Abe, «Japan, Lancashire and the Asian Market for Cotton Manufactures, 1890-1990», en Douglas Farnie *et al.* (comps.), *Region and Strategy in Britain and Japan, Business in Lancashire and Kansai, 1890-1990*, Routledge, Londres, 2000, pp. 140, 147.

6. Farnie y Jeremy, *The Fibre That Changed the World*, *op. cit.*, p. 23; David L. Carlton y Peter A. Coclanis, «Southern Textiles in Global Context», en Susanna Delfino y Michele Gillespie (comps.), *Global Perspectives on Industrial Transformation in the American South*, University of Missouri Press, Columbia, 2005, pp. 153, 155; Gary R. Saxonhouse y Gavin Wright, «New Evidence on the Stubborn English Mule and the Cotton Industry, 1878-1920», *Economic History Review*, Nueva Serie, vol. 37, n.º 4, noviembre de 1984, p. 519. Es importante señalar que los husos japoneses producían un volumen de hilo significativamente superior al de los husos indios.

7. Arno S. Pearse, *The Cotton Industry of India, Being the Report of the Journey to India*, Taylor, Garnett, Evans, Manchester, 1930, *op. cit.*, p. 3.

8. Véase Pearse, *The Cotton Industry of India, op. cit.*, p. 101; junto con Philip T. Silvia, «The Spindle City: Labor, Politics, and Religion in Fall River, Massachusetts, 1870-1905», tesis doctoral, Fordham University, 1973, p. 7; Thomas Russell Smith, «The Cotton Textile Industry of Fall River, Massachusetts: A Study of Industrial Localization», tesis doctoral, Columbia University, 1943, p. 21; William F. Hartford, *Where Is Our Responsibility?: Unions and Economic Change in the New England Textile Industry, 1870-1960*, University of Massachusetts Press, Amherst, 1996, pp. 7-8, 54; John T. Cumbler, *Working-Class Community in Industrial America: Work, Leisure, and Struggle in Two Industrial Cities, 1880-1930*, Greenwood, Westport, Connecticut, 1979, p. 54.

9. Hartford, *Where Is Our Responsibility?*, *op. cit.*, pp. 12, 28; Mary H. Blewett, *Constant Turmoil: The Politics of Industrial Life in Nineteenth-Century New England*, University of Massachusetts Press, Amherst, 2000, p. 183; Massachusetts Bureau of Statistics of Labor, *Thirteenth Annual Report*, Rand, Avery and Co., Boston, 1882, p. 195.

10. Cumbler, *Working-Class Community in Industrial America*, *op. cit.*, pp. 105, 118; Dietrich Ebeling *et al.*, «The German Wool and Cotton Industry from the Sixteenth to the Twentieth Century», en Lex Heerma van Voss, Els Hiemstra-Kuperus y Elise van Nederveen Meerkerk (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers, 1650-2000*, Ashgate, Burlington, Vermont, 2010, p. 227. El Negociado de Estadísticas Laborales de Massachusetts estimaba que una familia necesitaba un mínimo de cuatrocientos dólares al año para pagar el alquiler, el combustible, la comida y la ropa. Véase el *Sixth Annual Report* del Massachusetts Bureau of Statistics of Labor, Wright and Potter, Boston, 1875, pp. 118, 221-354, y especialmente las páginas 291, 372, 373 y 441.

11. Hartford, *Where Is Our Responsibility?*, *op. cit.*, pp. 7-17, 29; Isaac Cohen, «American Management and British Labor: Lancashire Immigrant Spinners in Industrial New England», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 27, n.º 4, 1 de octubre de 1985, pp. 611, 623-624; Blewett, *Constant Turmoil*, *op. cit.*, p. 112; David Montgomery, *The Fall of the House of Labor: The Workplace, the State, and American Labor Activism, 1865-1925*, Cambridge University Press, Nueva York, 1989, p. 163.

12. Véase R. B. Forrester, *The Cotton Industry in France*, Manchester University Press, Manchester, 1921, p. 100; junto con Claude Fohlen, *L'industrie textile au temps du Second Empire*, Librairie Plon, París, 1956, p. 412; David Allen Harvey, *Constructing Class and Nationality in Alsace, 1830-1945*, Northern Illinois University Press, DeKalb, 2001, pp. 3, 64, 65.

13. Véase Ebeling *et al.*, «The German Wool and Cotton Industry», *op. cit.*, p. 228; así como R. M. R. Dehn, *The German Cotton Industry*, Manchester University Press, Manchester, 1913, pp. 71-72.

14. M.V. Konotopov *et al.*, *Istoriia otechestvennoi tekstil'noi promyshlennosti*, Legprombytizdat, Moscú, 1992, p. 179; Dave Pretty, «The Cotton Textile Industry in Russia and the Soviet Union», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, pp. 435-437, 439; Dave Pretty, «The Cotton Textile Industry in Russia and the Soviet Union», exposición oral, Conferencia Textil, Instituto Internacional de Historia Social, Ámsterdam, noviembre de 2004, pp. 17, 33.

15. Andreas Balthasar, Erich Gruner y Hans Hirter, «Gewerkschaften und Arbeitgeber auf dem Arbeitsmarkt: Streiks, Kampf ums Recht und Verhältnis zu anderen Interessengruppen», en Erich Gruner (comp.), *Arbeiterschaft und Wirtschaft in der Schweiz 1880-1914: Soziale Lage, Organisation und Kämpfe von Arbeitern und Unternehmern, politische Organisation und Sozialpolitik*, vol. 2, primera parte, Chronos, Zürich, 1988, pp. 456ff., 464; Angel Smith *et al.*, «Spain», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, pp. 465-467; Elise van Nederveen Meerkerk, Lex Heerman van Voss y Els Hiemstra-Kuperus, «The Netherlands», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 388.

16. Véase T. J. Hatton, G. R. Boyer y R. E. Bailey, «The Union Wage Effect in Late Nineteenth Century Britain», *Economica*, vol. 61, n.º 244, noviembre de 1994, pp. 436, 449; junto con Farnie y Abe, «Japan, Lancashire and the Asian Market for Cotton Manufactures», *op. cit.*, pp. 134, 136; William Lazonick, *Competitive Advantage on the Shop Floor*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1990, pp. 115, 136.

17. Charles Tilly, «Social Change in Modern Europe: The Big Picture», en Lenard R. Berlanstein (comp.), *The Industrial Revolution and Work in Nineteenth-Century Europe*, Routledge, Nueva York, 1992, pp. 54-55; Elise van Nederveen Meerkerk, Lex Heerma van Voss y Els Hiemstra-Kuperus, «Covering the World: Some Conclusions to the Project», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, pp. 773-792.

18. Dehn, *The German Cotton Industry*, *op. cit.*, p. 94; Kathleen Canning, *Languages of Labor and Gender: Female Factory Work in Germany, 1850-1914*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2002, p. 261; Günter Kirchhain, «Das Wachstum der deutschen Baumwollindustrie im 19. Jahrhundert: Eine historische Modellstudie zur empirischen Wachstumsforschung», tesis doctoral, Universidad de Münster, 1973, p. 86; Patricia Penn Hilden, «Class and Gender: Conflicting Components of Women's Behaviour in the Textile Mills of Lille, Roubaix and Tourcoing, 1880-1914», *Historical Journal*, vol. 27, n.º 2, junio de 1984, p. 378; Smith *et al.*, «Spain», *op. cit.*, p. 468.

19. Véase Dehn, *The German Cotton Industry*, *op. cit.*, p. 82; así como Kirchhain, «Das Wachstum der deutschen Baumwollindustrie», *op. cit.*, pp. 159-160. Los salarios anuales crecieron en términos reales (expresados en marcos de 1913), pasando de 563,58 marcos al año a 860. Véase el deflactor implícito de la propiedad privada de la tierra nacional neto en la Tabla A.5, «Cost of Living Indices in Germany, 1850-1985 (1913 = 100)», Apéndice, en P. Scholliers y Z. Zamagni (comps.), *Labour's Reward: Real Wages and Economic Change in 19th- and 20th-Century Europe*, Edward Elgar Publishing, Brookfield, Vermont, 1995, p. 226. Si asumimos que en el lapso de dos semanas se trabajaban doce días, los salarios diarios de la Alsacia de 1870 venían a situarse entre 2,51 y 3,00 francos al día (si los expresamos en francos de 1910), colocándose entre 5,42 y 6,25 francos diarios en el año 1910. Para calcular el valor de los salarios reales, véase la Tabla H1, «Wholesale Price Indices», en B. R. Mitchell, *International Historical Statistics: Europe, 1750-2005*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2007, pp. 955-956. Véase también Smith *et al.*, «Spain», *op. cit.*, p. 469; junto con Smith, «The Cotton Textile Industry of Fall River», *op. cit.*, p. 88. En la década de 1890, los encargados de cambiar las bobinas ganaban 35,92 dólares al día (en dólares de 2011), y 53,72 dólares diarios en 1920. Los técnicos de mantenimiento de los telares pasaron de recibir 42,39 dólares diarios en 1890 a obtener 81,92 dólares por jornada en 1920. Véase la Tabla III, «Classified Rates of Wages per Hour in Each State, by Years, 1907 to 1912», en Fred Cleveland Croxton, *Wages and Hours of Labor in the Cotton, Woolen, and Silk Industries*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1913.

20. Harvey, *Constructing Class and Nationality in Alsace*, *op. cit.*, p. 82; Dehn, *The German Cotton Industry*, *op. cit.*, p. 94; Georg Meerwein, «Die Entwicklung der Chemnitzer bzw. sächsischen Baumwollspinnerei von 1789-1879», tesis doctoral, Universidad de Heidelberg, 1914, p. 94; Beth English, «Beginnings of the Global Economy: Capital Mobility and the 1890s U. S. Textile Industry», en Delfino y Gillespie (comps.), *Global Perspectives on Industrial Transformation in the American South*, *op. cit.*, p. 177; Walter Bodmer, *Die Entwicklung der schweizerischen Textilwirtschaft im Rahmen der übrigen Industrien und Wirtschafts-zweige*, Editorial Berichthaus, Zürich, 1960, p. 397.

21. Beth English, «Beginnings of the Global Economy», *op. cit.*, p. 176; W. F. Bruck, *Die Geschichte des Kriegsausschusses der deutschen Baumwoll-Industrie*, Kriegsausschuss der Deutschen Baumwoll-Industrie, Berlin, 1920, p. 11; John Steven Toms, «Financial Constraints on Economic Growth: Profits, Capital Accumulation and the Development of the Lancashire Cotton-Spinning Industry, 1885-1914», *Accounting Business and Financial History*, vol. 4, n.º 3, 1994, p. 367; J. H. Bamberg, «The Rationalization of the British Cotton Industry in the Interwar Years», *Textile History*, vol. 19, n.º 1, 1988, *op. cit.*, p. 85; M. W. Kirby, «The Lancashire Cotton Industry in the Inter-War Years: A Study in Organizational Chang», *Business History*, vol. 16, n.º 2, 1974, p. 151.

22. Véase Kirchhain, «Das Wachstum der deutschen Baumwollindustrie», *op. cit.*, pp. 95, 166; junto con Gregory Clark, «Why Isn't the Whole World Developed? Lessons from the Cotton Mills», *Journal of Economic History*, vol. 47, n.º 1, marzo de 1987, pp. 145, 148; Hermann Kellenbenz, *Deutsche Wirtschaftsgeschichte*, vol. 2, Beck, Múnich, 1981, p. 406; y Meerkerk *et al.*, «Covering the World», *op. cit.*, p. 785.

23. Gisela Müller, «Die Entstehung und Entwicklung der Wiesentäler Textilindustrie bis zum Jahre 1945», tesis doctoral, Universidad de Basilea, 1965, p. 49; *Deutsche Volkswirtschaftlichen Correspondenz*, n.º 42, Gebrüder Rübling, Ulm, 1879, p. 8; Brian A'Hearn, «Institutions, Externalities, and Economic Growth in Southern Italy: Evidence from the Cotton Textile Industry, 1861-1914», *Economic History Review*, vol. 51, n.º 4, 1998, p. 742; Jörg Fisch, *Europa zwischen Wachstum und Gleichheit, 1850-1914*, Ulmer, Stuttgart, 2002, p. 65; Tom Kemp, *Economic Forces in French History*, Dennis Dobson, Londres, 1971, p. 184; y Auguste Lalance, *La crise de l'industrie cotonnière*, Veuve Bader et Cie., Mulhouse, 1879, p. 6.

24. Departamento de Comercio y Trabajo, Negociado de Manufacturas, y W. A. Graham Clark, *Cotton Goods in Latin America: Part 1, Cuba, Mexico, and Central America*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1909, pp. 6-7, 14; Jordi Nadal, «The Failure of the Industrial Revolution in Spain, 1830-1914», en Carlo M. Cipolla (comp.), *The Fontana Economic History of Europe*, vol. 4, segunda parte, *The Emergence of Industrial Societies*, Fontana, Gran Bretaña, 1973, pp. 612-613; M. V. Konotopov *et al.*, *Istoriia otechestvennoi tekstil'noi promyshlennosti*, Legprombytizdat, Moscú, 1992, pp. 268-269. Para el caso de Atkinson véase Edward Atkinson, *Cotton: Articles from the New York Herald*, Albert J. Wright, Boston, 1877, p. 31.

25. Como queda reflejado, por ejemplo, en las Actas de la Cámara de Comercio de Manchester: véase M8/2/1/16, Proceedings of the Manchester Chamber of Commerce, 1919-1925, Manchester Library and Local Studies, Manchester.

26. Véase el *Times* de 6 de septiembre de 1927, p. 13; véase también la carta de James Watt hijo al señor Richard Bond, 7 de julio de 1934, en DDX1115/6/26, Liverpool Records Office, Liverpool —según la cita que figura en Spector-Marks, «Mr. Gandhi Visits Lancashire», *op. cit.*, p. 44.

27. «Textile Shutdown Visioned by Curley: New England Industry Will Die in Six Months Unless Washington Helps, He Says», *New York Times*, 15 de abril de 1935. Uno de los [tres] hallazgos centrales de un proyecto de investigación de varios años de duración efectuado por el Instituto de Historia Social de Ámsterdam también ha venido a señalar la importancia de los costes salariales en la determinación de la localización geográfica de la producción textil. Véase Meerkerk *et al.*, «Covering the World», *op. cit.*, p. 774.

28. Para mayor información sobre este conflicto entre Europa y Estados Unidos, véase Sven Beckert, «Space Matters: Eurafrica, the American Empire and the Territorialization of Industrial Capitalism, 1870-1940», artículo en preparación.

29. Carlton y Coclanis, «Southern Textiles in Global Context», pp. 160, 167 y sigs.; Alice Carol Galenson, *The Migration of the Cotton Textile Industry from New England to the South, 1880-1930*, Garland, Nueva York, 1985, p. 2; Timothy J. Minchin, *Hiring the Black Worker: The Racial Integration of the Southern Textile Industry, 1960-1980*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1999, p. 9; Robert M. Brown, «Cotton Manufacturing: North and South», *Economic Geography*, vol. 4, n.º 1, 1 de enero de 1928, pp. 74-87.

30. Véase Mildred Gwin Andrews, *The Men and the Mills: A History of the Southern Textile Industry*, Mercer University Press, Macon, Georgia, 1987, p. 1; junto con Galenson, *The Migration of the Cotton Textile Industry*, *op. cit.*, pp. 189-190; Carlton y Coclanis, «Southern Textiles in Global Context», *op. cit.*, pp. 155, 156, 158. Para saber más acerca de la cita sobre la «agitación laboral», véase *Commercial Bulletin*, 28 de septiembre de 1894, según aparece en Beth English, *A Common Thread: Labor, Politics, and Capital Mobility in the Textile Industry*, University of Georgia Press, Athens, 2006, p. 39; así como el *Lynchburg News* de 18 de enero de 1895, según cita tomada de Beth English, «Beginnings of the Global Economy», *op. cit.*, p. 176; y Hartford, *Where Is Our Responsibility?*, p. 54.

31. Véase Elijah Helm, «An International of the Cotton Industry», *Quarterly Journal of Economics*, vol. 17, n.º 3, mayo de 1903, p. 428; junto con Galenson, *The Migration of the Cotton Textile Industry*, *op. cit.*, p. 186; Melvin Thomas Copeland, *The Cotton Manufacturing Industry of the United States*, A. M. Kelley, Nueva York, 1966, pp. 40, 46. Véase también Steven Hahn, *The Roots of Southern Populism*, Oxford University Press, Nueva York, 1983; Gavin Wright, «The Economic Revolution in the American South», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 1, n.º 1, verano de 1987, p. 169. Barbara Fields, en «The Nineteenth-Century American South: History and Theory», *Plantation Society in the Americas*, vol. 2, n.º 1, abril de 1983, pp. 7-27, nos ofrece un relato que explica la relación existente entre la transformación del medio rural del sur de Estados Unidos y el surgimiento de trabajadores asalariados en la región; Steven Hahn, «Class and State in Postemancipation Societies: Southern Planters in Comparative Perspective», *American Historical Review*, vol. 95, n.º 1, 1990, pp. 75-88; *Southern and Western Textile Excelsior*, 11 de diciembre de 1897, según cita tomada de Beth English, «Beginnings of the Global Economy», *op. cit.*, p. 188; Beth English, *A Common Thread*, *op. cit.*, p. 116.

32. Galenson, *The Migration of the Cotton Textile Industry*, *op. cit.*, p. 141; Copeland, *The Cotton Manufacturing Industry*, *op. cit.*, p. 42; Katherine Rye Jewell, «Region and Sub-Region: Mapping Southern Economic Identity», artículo inédito, 36th Annual Meeting of the Social Science History Association, Boston, 2011.

33. Geoffrey Jones y Judith Vale, «Merchants as Business Groups: British Trading Companies in Asia before 1945», *Business History Review*, vol. 72, n.º 3, 1998, p. 372. Para saber más acerca de Portugal, véase Board Minutes, vol. 1, 1888-1905, Boa Vista Spinning and Weaving Company, Biblioteca Guildhall, Londres. Para una mayor información sobre el imperio otomano, véase Necla Geyikdagı, *Foreign Investment in the Ottoman Empire: International Trade and Relations, 1854-1914*, I. B. Tauris, Nueva York, 2011, p. 131; E. R. J. Owen, «Lord Cromer and the Development of Egyptian Industry, 1883-1907», *Middle Eastern Studies*, vol. 2, n.º 4, julio de 1966, pp. 283, 289; Arno S. Pearse, *Brazilian Cotton*, Printed by Taylor, Garnett, Evans and Co., Manchester, 1921, p. 29; Discurso pronunciado en Dresde, los días 17 y 18 de enero de 1916, en la Conferencia de las Asociaciones Empresariales de la Europa Central, Actas de las negociaciones, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1916-1918, registros relativos a las Asociaciones Empresariales de la Europa Central, Ministerio de Relaciones Exteriores Alemán, R 901, 2502, Archivo Nacional de la República Federal de Alemania, Berlín; Michael Owen Gately, «Development of the Russian Cotton Textile Industry in the Pre-revolutionary Years, 1861-1913», tesis doctoral, University of Kansas, 1968, p. 156; Bianka Pietrow-Ennker, «Wirtschaftsbürger und Bürgerlichkeit im Königreich Polen: Das Beispiel von Lodz, dem Manchester des Ostens», *Geschichte und Gesellschaft*, n.º 31, 2005, pp. 175, 177, 178.

34. Daron Acemoglu, Simon Johnson y James A. Robinson también destacan la importancia que tuvieron las instituciones en el desarrollo económico, y por consiguiente en la política, así como los perjudiciales efectos del colonialismo en su artículo titulado «Reversal of Fortune: Geography and Institutions in the Making of the Modern World Income Distribution», *Quarterly Journal of Economics*, vol. 117, n.º 4, noviembre de 2002, pp. 1231-1294. No obstante, el tipo de institución en el que yo estoy centrando aquí mi análisis es diferente.

35. Véase Samuel C. Chu, *Reformer in Modern China: Chang Chien, 1853-1926*, Columbia University Press, Nueva York, 1965, pp. 17, 45-46; así como Albert Feuerwerker, *China's Early Industrialization: Sheng HsuanHuai (1844-1916) and Mandarin Enterprise*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1958, p. 15. Para saber más acerca de Zhang véase también Elizabeth Köll, *From Cotton Mill to Business Empire: The Emergence of Regional Enterprises in Modern China*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2003, pp. 56-62.

36. Yen-P'ing Hao y Erh-min Wang, «Changing Chinese Views of Western Relations, 1840-95», en John K. Fairbank y Kwang-Ching Liu, *The Cambridge History of China*, vol. 11, *Late Ch'ing, 1800-1911*, segunda parte, Cambridge University Press, Cambridge, 1980, pp. 142-201; Feuerwerker, *China's Early Industrialization*, pp. 36-37; Associação Industrial, *Representação dirigida ao exmo. Snr. Ministro da Fazenda*, Río de Janeiro, 1881, pp. 5, 11, según cita tomada de Stanley J. Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture: Textile Enterprise in an Underdeveloped Area, 1850-1950*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1957, p. 82; Manifesto da Associação Industrial, *O Industrial (Orgão da Associação Industrial)*, 21 de mayo de 1881, según cita tomada de Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture*, *op. cit.*, p. 82, véanse también las páginas 83-84.

37. Byron Marshall, *Capitalism and Nationalism in Pre-war Japan*, Stanford University Press, Palo Alto, 1967, pp. 15-16.

38. Carter J. Eckert, *Offspring of Empire: The Koch'ang Kins and the Colonial Origins of Korean Capitalism, 1876-1945*, University of Washington Press, Seattle, 1991, pp. 30, 40; Pearse, *The Cotton Industry of India*, *op. cit.*, p. 3.

[39](#). Pearse, *Brazilian Cotton*, *op. cit.*, pp. 27-28; y Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture*, *op. cit.*, p. 114.

40. Véase Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture*, *op. cit.*, pp. 66-67, 77, 82, 84-85, 98 100-101; junto con Pearse, *Brazilian Cotton*, *op. cit.*, p. 40. La cita del inglés se encuentra en Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture*, *op. cit.*, p. 101.

⁴¹. Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture*, *op. cit.*, pp. 53, 54, 57, 62; Pearse, *Brazilian Cotton*, p. 32; Companhia Brazil Industrial, *The Industry of Brazil*, p. 17.

42. Stein, *The Brazilian Cotton Manufacture*, *op. cit.*, p. 99; Rafael Dobado Gonzalez, Aurora Gómez Galvarriato y Jeffrey G. Williamson, «Globalization, De-industrialization and Mexican Exceptionalism, 1750-1879», National Bureau of Economic Research Working Paper n.º 12316, junio de 2006, *op. cit.*, p. 40; Stephen Haber, Armando Razo y Noel Maurer, *The Politics of Property Rights: Political Instability, Credible Commitments, and Economic Growth in Mexico, 1876-1929*, Cambridge University Press, Nueva York, 2003, p. 128; Clark *et al.*, *Cotton Goods in Latin America*, *op. cit.*, pp. 20, 38; Wolfgang Müller, «Die Textilindustrie des Raumes Puebla (Mexiko) im 19. Jahrhundert», tesis doctoral, Universidad de Bonn, 1977, p. 63; Stephen H. Haber, «Assessing the Obstacles to Industrialisation: The Mexican Economy, 1830-1940», *Journal of Latin American Studies*, vol. 24, n.º 1, febrero de 1992, pp. 18-21; Stephen Haber, *Crony Capitalism and Economic Growth in Latin America: Theory and Evidence*, Hoover Institution Press, Palo Alto, California, 2002, p. 66, Tabla 2.3; Mirta Zaida Lobato, «A Global History of Textile Production, 1650-2000 (Argentina)», Textile Conference IISH, días 11 a 13 de noviembre de 2004; carta de Lockwood, Greene and Co. a Carlos Tornquist, Boston, 13 de agosto de 1924, en Industrias 144-8271, Biblioteca Tornquist del Banco Central de la República Argentina, Buenos Aires; «Producción, elaboración y consumo del algodón en la República Argentina», 1924, en Industrias 144-8271, Biblioteca Tornquist del Banco Central de la República Argentina, Buenos Aires; Carlos D. Girola, *El Algodonero: Su cultivo en las varias partes del mundo, con referencias especiales a la República Argentina*, Compañía Sudamericana, Buenos Aires, 1910.

43. A. J. Robertson, «Lancashire and the Rise of Japan, 1910-1937», en S. D. Chapman (comp.), *The Textile Industries*, vol. 2, I. B. Tauris, Londres, 1997, p. 490.

44. W. Miles Fletcher III, «The Japan Spinners Association: Creating Industrial Policy in Meiji Japan», *Journal of Japanese Studies*, vol. 22, n.º 1, 1996, p. 67; E. Patricia Tsurumi, *Factory Girls: Women in the Thread Mills of Meiji Japan*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1990, p. 35; Thomas C., Smith, *Political Change and Industrial Development in Japan: Government Enterprise, 1868-1880*, Stanford University Press, Stanford, California, 1955, pp. 27, 58.

45. Para saber más acerca de las importaciones, véase Motoshige Itoh y Masayuki Tanimoto, «Rural Entrepreneurs in the Cotton Weaving Industry in Japan», artículo inédito, propiedad del autor, mayo de 1995, p. 6; así como Ebara Soroku, según cita tomada de Fletcher III, «The Japan Spinners Association», *Journal of Japanese Studies*, p. 67.

46. Fletcher III, «The Japan Spinners Association», *op. cit.*, p. 68; Yukio Okamoto, *Meijiki bōseki rōdō kankeishi: Nihonteki koyō, rōshi kankei keisei e no sekin*, Kyōshū Daigaku Shuppankai, Fukuoka, 1993, pp. 157-158, 213-214; Tsurumi, *Factory Girls*, *op. cit.*, p. 42.

47. Takeshi Abe, «The Development of Japanese Cotton Weaving Industry in Edo Period», artículo inédito y sin fecha, propiedad del autor, p. 1; Masayuki Tanimoto, «The Role of Tradition in Japan's Industrialization», en Masayuki Tanimoto (comp.), *The Role of Tradition in Japan's Industrialization: Another Path to Industrialization*, vol. 2, Oxford University Press, Oxford, 2006, p. 9.

48. Naosuke Takamura, *Nihon bōsekigyōshi josetsu*, vol. 1, Hanawa Shobō, Tokio, 1971, p. 63; y Naosuke Takamura, *Nihon bōsekigyōshi josetsu*, vol. 2, Hanawa Shobō, Tokio, 1971, p. 119; Tanimoto, «The Role of Tradition in Japan's Industrialization», *op. cit.*, pp. 4, 12; Farnie y Abe, «Japan, Lancashire and the Asian Market for Cotton Manufactures», p. 119.

49. Fletcher III, «The Japan Spinners Association», *Journal of Japanese Studies*, *op. cit.*, pp. 49-75; Fletcher III, «The Japan Spinners Association», en *The Textile Industry*, p. 66; Farnie y Abe, «Japan, Lancashire and the Asian Market for Cotton Manufactures», *op. cit.*, pp. 118, 126.

50. Véase Farnie y Abe, «Japan, Lancashire and the Asian Market for Cotton Manufactures», *op. cit.*, pp. 121, 128; junto con Takeshi Abe, «The Development of the Producing-Center Cotton Textile Industry in Japan between the Two World Wars», *Japanese Yearbook on Business History*, n.º 9, 1992, pp. 17, 19. Véase también Hikotaro Nishi, *Die Baumwollspinnerei in Japan*, Laupp'schen Buchhandlung, Tübinga, 1911, pp. 71, 88.

51. Takamura, *Nihon bōsekigyōshi josetsu*, vol. 1, *op. cit.*, p. 239. Para una mayor información sobre los envíos por barco, véase William Wray, *Mitsubishi and the N. Y. K., 1870-1914: Business Strategy in the Japanese Shipping Industry*, Council on East Asian Studies, Harvard University, Cambridge, Massachusetts, 1984.

52. Para una visión de conjunto de carácter estadístico, véase Nishi, *Die Baumwollspinnerei in Japan*, *op. cit.*, pp. 78, 84; junto con Farnie y Abe, «Japan, Lancashire and the Asian Market for Cotton Manufactures», *op. cit.*, pp. 136-137; Takeshi Abe, «The Chinese Market for Japanese Cotton Textile Goods», en Kaoru Sugihara (comp.), *Japan, China, and the Growth of the Asian International Economy, 1850-1949*, vol. 1, Oxford University Press, Oxford, 2005, pp. 74, 77.

53. Véase Natsuko Kitani, «Cotton, Tariffs and Empire: The Indo-British Trade Relationship and the Significance of Japan in the First Half of the 1930s», tesis doctoral, Osaka University of Foreign Studies, 2004, pp. iii-v, 5, 49, 65; junto con el texto del Ministerio Británico de Comercio Exterior, *Conditions and Prospects of United Kingdom Trade in India, 1937-38*, His Majesty's Stationery Office, Londres, 1939, p. 170. Véase también Toyo Menka Kaisha, *The Indian Cotton Facts 1930*, Toyo Menka Kaisha Ltd., Bombay, 1930, p. 98.

54. Véase la colección de libros de la Asociación de Hilanderos de Japón, que contiene un gran número de obras sobre cuestiones laborales relativas tanto a Gran Bretaña como a Estados Unidos, Alemania, la India y otros países: Biblioteca de la Asociación de Hilanderos de Japón, Universidad de Osaka. Para una información de carácter más general sobre la mano de obra, véase E. Tsurumi, *Factory Girls*, *op. cit.*; para saber más acerca del vínculo entre el medio rural y el urbano, véase Johannes Hirschmeier, *The Origins of Entrepreneurship in Meiji Japan*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1964, p. 80; junto con Toshiaki Chokki, «Labor Management in the Cotton Spinning Industry», en Smitka (comp.), *The Textile Industry and the Rise of the Japanese Economy*, *op. cit.*, p. 7; Janet Hunter, *Women and the Labour Market in Japan's Industrialising Economy: The Textile Industry Before the Pacific War*, Routledge, Londres, 2003, pp. 69-70, 123-124; Farnie y Abe, «Japan, Lancashire and the Asian Market for Cotton Manufactures», p. 120; Janet Hunter y Helen Macnaughtan, «Japan», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 317; Gary Saxonhouse y Yukihiro Kiyokawa, «Supply and Demand for Quality Workers in Cotton Spinning in Japan and India», en Smitka (comp.), *The Textile Industry and the Rise of the Japanese Economy*, *op. cit.*, p. 185.

55. Hunter, *Women and the Labour Market*, *op. cit.*, p. 4; Jun Sasaki, «Factory Girls in an Agrarian Setting circa 1910», en Tanimoto (comp.), *The Role of Tradition in Japan's Industrialization*, *op. cit.*, p. 130; Tsurumi, *Factory Girls*, *op. cit.*, pp. 10-19; y Nishi, *Die Baumwollspinnerei in Japan*, *op. cit.*, p. 141.

56. Hunter y Macnaughtan, «Japan», pp. 320-321. Véase también, Gary Saxonhouse y Gavin Wright, «Two Forms of Cheap Labor in Textile History», en Gary Saxonhouse y Gavin Wright (comps.), *Techniques, Spirit and Form in the Making of the Modern Economies: Essays in Honor of William N. Parker*, JAI Press, Greenwich, Connecticut, 1984, pp. 3-31; Nishi, *Die Baumwollspinnerei in Japan*, pp. 143, 155; Farnie y Abe, «Japan, Lancashire and the Asian Market for Cotton Manufactures», p. 135.

57. Farnie y Abe, «Japan, Lancashire and the Asian Market for Cotton Manufactures», *op. cit.*, p. 125; Takamura, *Nihon bōsekigyōshi josetsu*, vol. 1, *op. cit.*, p. 308. Para saber más acerca de la extensión (y los límites) de la acción colectiva de los hilanderos, véase W. Miles Fletcher III, «Economic Power and Political Influence: The Japan Spinners Association, 1900-1930», *Asia Pacific Business Review*, vol. 7, n.º 2, invierno, 2000, pp. 39-62, especialmente, p. 47.

58. Saxonhouse y Kiyokawa, «Supply and Demand for Quality Workers», *op. cit.*, p. 186; Chokki, «Labor Management in the Cotton Spinning Industry», *op. cit.*, p. 15; Nishi, *Die Baumwollspinnerei in Japan*, *op. cit.*, p. 147.

59. La tabla de la página 408 se basa en la información que aparece en Nishi, *Die Baumwollspinnerei in Japan*, op. cit., pp. 55, 84; Ministerio de Economía de Japón, 1912: *Annual Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, Insetsu Kyoku, Tokio, s. f., p. 554. Para la evolución de los años 1913-1915, véase Ministerio de Economía de Japón, 1915: *Annual Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, primera parte, Insetsu Kyoku, Tokio, s. f., p. 448; junto con Ministerio de Economía de Japón, 1917: *Annual Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, primera parte, Insetsu Kyoku, Tokio, s. f., p. 449; Ministerio de Economía de Japón, 1895: *Annual Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, Insetsu Kyoku, Tokio, s. f., p. 296. Para información sobre el año 1902, véase Ministerio de Economía de Japón, *December 1902: Monthly Return of the Foreign Trade of the Empire of Japan*, Insetsu Kyoku, Tokio, s. f., p. 65; así como Tōyo Keizai Shinpōsha (comp.), *Foreign Trade of Japan: A Statistical Survey*, Tokio, 1935; 1975, pp. 229-230, 49.

60. Para saber más sobre la expansión de esta industria, véase Sung Jae Koh, *Stages of Industrial Development in Asia: A Comparative History of the Cotton Industry in Japan, India, China, and Korea*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1966; así como Takamura, *Nihon bōsekigyōshi josetsu*, vol. 2, *op. cit.*, p. 121; Nishi, *Die Baumwollspinnerei in Japan*, *op. cit.*, p. 1; Takeshi Abé y Osamu Saitu, «From Putting-Out to the Factory: A Cotton Weaving District in Late Meiji Japan», *Textile History*, vol. 19, n.º 2, 1988, pp. 143-158; Jun Sasaki, «Factory Girls in an Agrarian Setting circa 1910», en Tanimoto (comp.), *The Role of Tradition in Japan's Industrialization*, *op. cit.*, p. 121; Takeshi Abe, «Organizational Changes in the Japanese Cotton Industry During the Inter-war Period», en Douglas A. Farnie y David J. Jeremy (comps.), *The Fibre That Changed the World: The Cotton Industry in International Perspective, 1600-1990s*, Oxford University Press, Oxford, 2004, *op. cit.*, p. 462; Farnie y Abe, «Japan, Lancashire and the Asian Market for Cotton Manufactures», *op. cit.*, p. 146; Johzen Takeuchi, «The Role of “Early Factories” in Japanese Industrialization», en Tanimoto (comp.), *The Role of Tradition in Japan's Industrialization*, *op. cit.*, p. 76.

61. François Charles Roux, *Le coton en Égypte*, Librairie Armand Colin, Paris, 1908, pp. 296, 297; Robert L. Tignor, *Egyptian Textiles and British Capital, 1930-1956*, American University in Cairo Press, El Cairo, 1989, pp. 9, 10; Owen, «Lord Cromer and the Development of Egyptian Industry», *op. cit.*, pp. 285, 288, 291, 292; Bent Hansen y Karim Nashashibi, *Foreign Trade Regimes and Economic Development: Egypt*, National Bureau of Economic Research, Nueva York, 1975, p. 4.

62. Véase Tignor, *Egyptian Textiles and British Capital*, *op. cit.*, pp. 12-14; junto con Joel Beinin, «Egyptian Textile Workers: From Craft Artisans Facing European Competition to Proletarians Contending with the State», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 185; Hansen y Nashashibi, *Foreign Trade Regimes and Economic Development*, *op. cit.*, pp. 3-4. Para información sobre la cita, véase Robert L. Tignor, «Economic Planning, and Development Projects in Interwar Egypt», *International Journal of African Historical Studies*, vol. 10, n.º 2, 1977, pp. 187, 189.

63. Véanse las *Statistical Tables Relating to Indian Cotton: Indian Spinning and Weaving Mills*, Times of India Steam Press, Bombay, 1889, p. 95; así como Misra Bhubanes, *The Cotton Mill Industry of Eastern India in the Late Nineteenth Century: Constraints on Foreign Investment and Expansion*, Indian Institute of Management, Calcuta, 1985, p. 5; R. E. Enthoven, *The Cotton Fabrics of the Bombay Presidency*, Bombay, s. f., aunque la publicación debió de aparecer, aproximadamente, en 1897, p. 4; Pearse, *The Cotton Industry of India*, *op. cit.*, p. 22. Para una mayor información sobre el crecimiento de la industria algodonera india, véase también el texto del Departamento de Información y Estadísticas Comerciales de la India titulado *Monthly Statistics of Cotton Spinning and Weaving in India Mills*, Calcuta, s. f., 1929; y la carta de Atma'ra'm Trimluck a T. D. Mackenzie, Bombay, 16 de junio de 1891, Departamento de Ingresos, 1891, n.º 160, Archivos del Estado de Maharashtra, Bombay.

64. Enthoven, *The Cotton Fabrics of the Bombay Presidency*, *op. cit.*, p. 6; *Statistical Tables Relating to Indian Cotton*, p. 116; *Report of the Bombay Millowners' Association for the Year 1897*, Times of India Steam Press, Bombay, 1898, p. 3; Amiya Kumar Bagchi, *Private Investment in India, 1900-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 1972, p. 9; Helm, «An International Survey of the Cotton Industry», p. 432.

65. «Statement Exhibiting the Moral and Material Progress and Condition of India, 1895-96», p. 172, en 1895, SW 241, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.* En *Imperial and Asiatic Quarterly Review and Oriental and Colonial Record*, Tercera Serie, n.º 58, julio-octubre de 1904, p. 49, se ofrece una cifra ligeramente superior. Para los argumentos de carácter general, véase Tirthankar Roy, «The Long Globalization and Textile Producers in India», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, pp. 266-267. Toyo Menka Kaisha, *The Indian Cotton Facts 1930*, Toyo Menka Kaisha Ltd., Bombay, 1930, p. 162, Apéndice A, Progress of the Cotton Mill Industry; Enthoven, *The Cotton Fabrics of the Bombay Presidency*, *op. cit.*, p. 7; Eckehard Kulke, *The Parsees in India: A Minority as Agent of Social Change*, Editorial Weltforum, Múnich, 1974, pp. 120-125.

66. Morris D. Morris, *The Emergence of an Industrial Labor Force in India: A Study of the Bombay Cotton Mills, 1854-1947*, University of California Press, Berkeley, 1965, pp. 101, 103, 114; Manmohandas Ramji, presidente de la Asociación de Patronos Textiles de Bombay, palabras pronunciadas en su Reunión General Anual de 28 de abril de 1910, en *Report of the Bombay Millowners' Association for the Year 1909*, Times of India Steam Press, Bombay, 1910, p. v. Carta del secretario en funciones del Gobierno de la India, Ministerio de Asuntos Internos de la India, Departamento (judicial) de Ingresos y Agricultura, n.º 12-711, fechada el 2 de mayo de 1881, en Departamento de Ingresos, 1881, n.º 776, Acts and Regulations, Factory Act of 1881, en Archivos del Estado de Maharashtra, Bombay; Shashi Bushan Upadhyay, *Dissension and Unity: The Origins of Workers' Solidarity in the Cotton Mills of Bombay, 1875-1918*, Center for Social Studies, Surat, julio de 1990, p. 1; Dietmar Rothermund, *An Economic History of India: From Pre-colonial Times to 1991*, Routledge, Londres, 1993, p. 51; M. P. Gandhi, *The Indian Cotton Textile Industry: Its Past, Present and Future*, Mitra, Calcuta, 1930, p. 67; *Report of the Bombay Millowners' Association for the Year 1906*, Times of India Steam Press, Bombay, 1907, p. ii; «Memorandum on the Cotton Import and Excise Duties», pp. 5-6, en L/E/9/153, Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*

67. Rothermund, *An Economic History of India*, p. 37.

68. Tripathi, *Historical Roots of Industrial Entrepreneurship in India and Japan*, *op. cit.*, pp. 14, 139.

69. Albert Feuerwerker, «Handicraft and Manufactured Cotton Textiles in China, 1871-1910», *Journal of Economic History*, vol. 30, n.º 2, junio de 1970, p. 338.

70. Ramon H. Myers, «Cotton Textile Handicraft and the Development of the Cotton Textile Industry in Modern China», *Economic History Review*, Nueva Serie, vol. 18, n.º 3, 1965, p. 615; Katy Le Mons Walker, «Economic Growth, Peasant Marginalization, and the Sexual Division of Labor in Early Twentieth-Century China: Women's Work in Nantong County», *Modern China*, vol. 19, n.º 3, julio de 1993, p. 360; R. S. Gundry (comp.), *A Retrospect of Political and Commercial Affairs in China and Japan, During the Five Years 1873 to 1877*, Kelly and Walsh, Shanghai, 1878, Commercial, 1877, p. 98; Feuerwerker, «Handicraft and Manufactured Cotton Textiles in China», p. 342; H. D. Fong, «Cotton Industry and Trade in China», *Chinese Social and Political Science Review*, n.º 16, octubre de 1932, pp. 400, 402; United States Department of Commerce y Ralph M. Odell, *Cotton Goods in China*, Government Printing Office, Washington, D. C., 1916, pp. 33, 43; M. V. Brandt, *Stand und Aufgabe der deutschen Industrie in Ostasien*, August Lax, Hildesheim, 1905, p. 11. En 1902, el 55% del valor de las importaciones de algodón que llegaban a China encontraba su origen en Gran Bretaña, el 26,8% procedía de Estados Unidos, y solo el 2,7% era imputable a Japón. En 1930, Japón había captado ya una cuota de mercado del 72,2%, viéndose Gran Bretaña reducida ahora al 13,2% y Estados Unidos a un minúsculo 0,1 %. Para una mayor información sobre estas estadísticas, véase Kang Chao y Jessica C. Y. Chao, *The Development of Cotton Textile Production in China*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1977, p. 97.

71. Köll, *From Cotton Mill to Business Empire*, pp. 36-37; James R. Morrell, «Origins of the Cotton Textile Industry in Chin», tesis doctoral, Harvard University, 1977, pp. 1, 147-175.

72. Myers, «Cotton Textile Handicraft and the Development of the Cotton Textile Industry», *op. cit.*, pp. 626-627; Feuerwerker, «Handicraft and Manufactured Cotton Textiles in China», *op. cit.*, p. 346; Fong, «Cotton Industry and Trade in China», *op. cit.*, pp. 348, 370-371, 411, 416; Shigeru Akita, «The British Empire and International Order of Asia, 1930s-1950s», ponencia leída en el Vigésimo Congreso Internacional de Ciencias Históricas, Sydney, 2005, p. 16; Shigeru Akita, «The East Asian International Economic Order in the 1850s», en Antony Best (comp.), *The International History of East Asia, 1900-1908*, Routledge, Londres, 2010, pp. 153-167; Abe, «The Chinese Market for Japanese Cotton Textile Goods», *op. cit.*, p. 83; Robert Cliver, «China», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 116; y Ralph M. Odell *et al.*, *Cotton Goods in China*, *op. cit.*, p. 158.

73. Feuerwerker, «Handicraft and Manufactured Cotton Textiles in China», p. 346; Loren Brandt, *Commercialization and Agricultural Development: Central and Eastern China, 1870-1937*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, p. 6; Robert Cliver, «China», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 116; Bruce L. Reynolds, «The Impact of Trade and Foreign Investment on Industrialization: Chinese Textiles, 1875-1931», tesis doctoral, University of Michigan, 1975, p. 64; Chong Su, *The Foreign Trade of China*, Columbia University, Nueva York, 1919, p. 304; Department of Overseas Trade y H. H. Fox, *Economic Conditions in China to September 1, 1929*, Londres, 1929, p. 7, según cita tomada de Akita, «The British Empire and International Order of Asia», *op. cit.*, p. 17.

74. Odell *et al.*, *Cotton Goods in China*, *op. cit.*, pp. 161, 162 y sigs., 168, 178, 179; Fong, «Cotton Industry and Trade in China», p. 376; *Report of the Bombay Millowners' Association for the Year 1907*, *Times of India Steam Press*, Bombay, 1908, p. ii.

75. Fong, «Cotton Industry and Trade in China», *op. cit.*, p. 376; Jack Goldstone, «Gender, Work and Culture: Why the Industrial Revolution Came Early to England but Late to China», *Sociological Perspectives*, vol. 39, n.º 1, 1996, p. 1; Robert Cliver, «China», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, pp. 123-124.

76. Chu, *Reformer in Modern China*, *op. cit.*, pp. 19, 22, 24, 28; Marie-Claire Bergere, *The Golden Age of the Chinese Bourgeoisie, 1911-1937*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, pp. 51-60; Cliver, «China», *op. cit.*, pp. 126, 194; Albert Feuerwerker, *China's Early Industrialization*, *op. cit.*, pp. 20, 28, 44. Véase también Ching-Chun Wang, «How China Recovered Tariff Autonomy», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 152, n.º 1, 1930, pp. 266-277; Frank Kai-Ming Su y Alvin Barber, «China's Tariff Autonomy, Fact or Myth», *Far Eastern Survey*, vol. 5, n.º 12, 3 de junio de 1936, pp. 115-122; Kang Chao *et al.*, *The Development of Cotton Textile Production in China*, *op. cit.*, p. 102; Abe, «The Chinese Market for Japanese Cotton Textile Goods», *op. cit.*, p. 96; Feuerwerker, «Handicraft and Manufactured Cotton Textiles in China», *op. cit.*, p. 343; y Akita, «The British Empire and International Order of Asia», *op. cit.*, p. 20.

77. Farnie y Abe, «Japan, Lancashire and the Asian Market for Cotton Manufactures», *op. cit.*, pp. 138, 139. Las fábricas textiles japonesas radicadas en China se contaban entre las más eficientes del mundo. Véase Hunter *et al.*, «Japan», pp. 316-317; United States Tariff Commission, *Cotton Cloth*, Informe n.º 112, s. e., Washington, 1936, p. 157. Para saber más acerca del incremento de salarios, véase también Takamura, *Nihon bōsekigyōshi josetsu*, vol. 2, *op. cit.*, p. 209; junto con Abe, «The Chinese Market for Japanese Cotton Textile Goods», *op. cit.*, p. 95; Charles K. Moser, *The Cotton Textile Industry of Far Eastern Countries*, Pepperell Manufacturing Company, Boston, 1930, p. 87; y Fong, «Cotton Industry and Trade in China», *op. cit.*, p. 350.

78. Richu Ding, «Shanghai Capitalists Before the 1911 Revolution», *Chinese Studies in History*, vol. 18, n.ºs 3 y 4, 1985, pp. 33-82.

79. Véase R. L. N. Vijayanagar, Asociación de Patronos Textiles de Bombay, *Centenary Souvenir, 1875-1975*, The Association, Bombay, 1979, p. 29, en Asiatic Society of Mumbai; *Report of the Bombay Millowners' Association ... 1909*, p. vi; *Report of the Bombay Millowners' Association ... 1897*, p. 80; *Report of the Bombay Millowners' Association for the Year 1900*, Times of India Steam Press, Bombay, 1901, p. 52. Véase también el *Report of the Bombay Millowners' Association for the Year 1904*, Times of India Steam Press, Bombay, 1905, p. 156; *Report of the Bombay Millowners' Association ... 1907*, p. xiii; Resolución de la Primera Conferencia Industrial India celebrada en Benarés el 30 de diciembre de 1905, en Parte C, n.º 2, marzo de 1906, Industries Branch, Department of Commerce and Industry, Archivos Nacionales de la India, Nueva Delhi; Morris, *The Emergence of an Industrial Labor Force in India*, *op. cit.*, p. 38.

80. Véase Mehta, *The Ahmedabad Cotton Textile Industry*, *op. cit.*, p. 114; junto con *The Mahratta*, 19 de enero de 1896, 2 de febrero de 1896 y 9 de febrero de 1896; «Memorandum on the Cotton Import and Excise Duties», 6, L/E/9/153, en Oriental and India Office Collections, Biblioteca Británica, Londres, *loc. cit.*; Gandhi, *The Indian Cotton Textile Industry*, *op. cit.*, p. 66; carta de G. V. Joshi a G. K. Gokhale, File 4, Joshi Correspondence with Gokhale, Biblioteca Conmemorativa Nehru, Nueva Delhi.

81. *Report of the Bombay Millowners' Association for the Year 1901*, Times of India Steam Press, Bombay, 1902, pp. 17-18.

82. *The Mahratta*, 15 de marzo de 1896; Mehta, *The Ahmedabad Cotton Textile Industry*, *op. cit.*, pp. 117-119, 131; Tripathi, *Historical Roots of Industrial Entrepreneurship in India and Japan*, *op. cit.*, p. 115; A. P. Kannangara, «Indian Millowners and Indian Nationalism Before 1914», *Past and Present*, vol. 40, n.º 1, julio de 1968, p. 151. Bomanji Dinshaw Petit, dueño de una fábrica textil de Bombay, argumentaba que «los japoneses no solo están ardientemente imbuidos del espíritu de la Swadeshi, sino que se han dotado del poder necesario para hacer valer ese espíritu y conseguir que se materialice en su máxima extensión y con el mayor de los beneficios». *Report of the Bombay Millowners' Association ... 1907*, p. xii. Para un planteamiento diferente, véase Kannangara, «Indian Millowners and Indian Nationalism before 1914», *op. cit.*, pp. 147-164. Para un parecer contrapuesto, véase Sumit Sarkar, *Modern India, 1855-1947*, Macmillan, Nueva Delhi, 1983, p. 132; *Report of the Bombay Millowners' Association ... 1906*, p. iii.

83. Véase la *Sydenham College Magazine*, vol. 1, n.º 1, agosto de 1919; junto con *The Mahratta*, 11 de octubre de 1896, 3 de mayo de 1896; borrador de las Actas de una reunión de los Comerciantes de Algodón celebrada en Surat el 13 de abril de 1919, en File n.º 11, sir Purshotamdas Thakurdas Papers, Biblioteca Conmemorativa Nehru, Nueva Delhi; carta de Purshotamdas Thakurdas a la Asociación de Patronos Textiles de Ahmedabad, 22 de marzo de 1919, en *ibid.*; *Report of the Bombay Millowners' Association ... 1904*, p. 158. Véase también el *Report of the Bombay Millowners' Association ... 1907*, pp. iv y viii; y el *Report of the Bombay Millowners' Association ... 1909*, p. iv.

84. Gandhi, *The Indian Cotton Textile Industry*, *op. cit.*; Lisa N. Trivedi, *Clothing Gandhi's Nation: Homespun and Modern India*, Indiana University Press, Bloomington, 2007, p. 105. En sir Purshotamdas Thakurdas Papers, Biblioteca Conmemorativa Nehru, Nueva Delhi, también puede detectarse el vínculo existente entre los indios que poseían fábricas textiles y el movimiento nacionalista: véase, por ejemplo, la carta de sir Purshotamdas Thakurdas a la Asociación de Patronos Textiles de Ahmedabad, 22 de marzo de 1919, en sir Purshotamdas Thakurdas Papers, File n.º 11, Biblioteca Conmemorativa Nehru, Nueva Delhi, *loc. cit.*; véase también el borrador de las Actas de una reunión de los Comerciantes de Algodón celebrada en Surat el 13 de abril de 1919, en *ibid.*; junto con «The Cotton Association», en *Sydenham College Magazine*, vol. 1, n.º 1, agosto de 1919, en *ibid.*; y carta de sir Purshotamdas Thakurdas a la Asociación de Patronos Textiles de Ahmedabad, 22 de marzo de 1919, en *ibid.*

85. Gandhi, *The Indian Cotton Textile Industry*, *op. cit.*, pp. 71, 123. Para los vínculos con los propietarios de las fábricas textiles, véase Makrand Mehta, «Gandhi and Ahmedabad, 1915-20», *Economic and Political Weekly*, n.º 40, 22 a 28 de enero de 2005, p. 296. A. P. Kannangara, «Indian Millowners and Indian Nationalism before 1914», *Past and Present*, vol. 40, n.º 1, julio de 1968, p. 164; Visvesvaraya, *Planned Economy for India*, Bangalore Press, Bangalore, 1934, pp. v, 203; Ding, «Shanghai Capitalists Before the 1911 Revolution», *op. cit.*, pp. 33-82. Para saber más acerca de la India véase también Bipan Chandra, *The Writings of Bipan Chandra: The Making of Modern India from Marx to Gandhi*, Orient Blackswan, Hyderabad, 2012, pp. 385-441.

86. Bagchi, *Private Investment in India*, *op. cit.*, pp. 5, 240, 241.

87. Véase «The Cooperation of Japanese and Korean Capitalists», según cita tomada de Eckert, *Offspring of Empire*, op. cit., p. 48; junto con Mehta, *The Ahmedabad Cotton Textile Industry*, op. cit., p. 121; *Report of the Bombay Millowners' Association for the Year 1908*, Times of India Steam Press, Bombay, 1909, p. vi; carta de Ratanji Tata a G. K. Gokhale, Bombay, 15 de octubre de 1909, en *Servants of India Society Papers*, File 4, correspondence, Gokhale, 1890-1911, Segunda Parte, Biblioteca Conmemorativa Nehru, Nueva Delhi; File n.º 24, sir Purshotamdas Thakurdas Papers, Biblioteca Conmemorativa Nehru; Dietmar Rothermund, *The Global Impact of the Great Depression, 1929-1939*, Routledge, Londres, 1996, p. 96; *A Brief Memorandum Outlining a Plan of Economic Development for India*, 1944, reimpresso en Purshotamdas Thakurdas (comp.), *A Brief Memorandum Outlining a Plan of Economic Development for India*, 2 vols., Penguin, Londres, 1945.

88. Véase Joel Beinin, «Formation of the Egyptian Working Class», *Middle East Research and Information Project Reports*, n.º 94, febrero de 1981, pp. 14-23; Beinin, «Egyptian Textile Workers», *op. cit.*, pp. 188-189.

89. Fong, «Cotton Industry and Trade in China», *op. cit.*, pp. 379, 381; Hung-Ting Ku, «Urban Mass Movement: The May Thirtieth Movement in Shanghai», *Modern Asian Studies*, vol. 13, n.º 2, 1979, pp. 197-216.

90. Morris, *The Emergence of an Industrial Labor Force in India*, *op. cit.*, pp. 105, 178, 183; R. L. N. Vijayanagar, Bombay Millowners' Association, *Centenary Souvenir, 1875-1975*, The Association, Bombay, 1979, pp. 63 y 29, en Asiatic Society of Mumbai; Mehta, *The Ahmedabad Cotton Textile Industry*, *op. cit.*, p. 113; Makrand Mehta, «Gandhi and Ahmedabad, 1915-20», *Economic and Political Weekly*, n.º 40, 22-28 de enero de 2005, p. 298; Roy, «The Long Globalization and Textile Producers in India», *op. cit.*, p. 269.

91. Véase Jacob Eyferth, «Women's Work and the Politics of Homespun in Socialist China, 1949-1980», *International Review of Social History*, vol. 57, n.º 3, 2012, p. 13; junto con Prabhat Patnaik, «Industrial Development in India Since Independence», *Social Scientist*, vol. 7, n.º 11, junio de 1979, p. 7; Paritosh Banerjee, «Productivity Trends and Factor Compensation in Cotton Textile Industry in India: A Rejoinder», *Indian Journal of Industrial Relations*, n.º 4, abril de 1969, p. 542; Gobierno de la India, Ministerio de Trabajo, *Industrial Committee on Cotton Textiles*, Primera Sesión, Summary of Proceedings, Nueva Delhi, enero de 1948; Lars K. Christensen, «Institutions in Textile Production: Guilds and Trade Unions», en Van Voss *et al.* (comps.), *The Ashgate Companion to the History of Textile Workers*, *op. cit.*, p. 766; y Hansen y Nashashibi, *Foreign Trade Regimes and Economic Development*, *op. cit.*, pp. 7, 19-20.

92. Eyferth, «Women's Work and the Politics of Homespun», *op. cit.*, p. 21.

14. De tramas y urdimbres: epílogo

1. «Liverpool. By Order of the Liverpool Cotton Association Ltd., Catalogue of the Valuable Club Furnishings etc. to be Sold by Auction by Marsh Lyons and Co., Tuesday, 17th December 1963», Greater Manchester County Record Office, Manchester.

2. Douglas A. Farnie y Takeshi Abe, «Japan, Lancashire and the Asian Market for Cotton Manufactures, 1890-1990», en Douglas Farnie *et al.* (comps.), *Region and Strategy in Britain and Japan, Business in Lancashire and Kansai, 1890-1990*, Routledge, Londres, 2000, pp. 151-152; John Singleton, «Lancashire's Last Stand: Declining Employment in the British Cotton Industry, 1950-1970», *Economic History Review*, Nueva Serie, vol. 39, n.º 1, febrero de 1986, pp. 92, 96-97; William Lazonick, «Industrial Organization and Technological Change: The Decline of the British Cotton Industry», *Business History Review*, vol. 57, n.º 2, verano, 1983, p. 219. Resulta irónico que la década de 1960 fuera también la escogida por los historiadores británicos para empezar a restar importancia al peso de la industria algodonera en la Revolución Industrial.

3. John Baffes, «The “Cotton Problem”», *World Bank Research Observer*, vol. 20, n.º 1, 1 de abril de 2005, p. 116.

4. Para saber más acerca de la India, véanse las Official Indian Textile Statistics 2011-12, Ministerio de la Industria Textil, Gobierno de la India, Bombay, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 5 de junio de 2013): <http://www.txcindia.com/html/comp%20table%20pdf%202011-12/compsection1%2011-12.htm>. Para Pakistán, véase Muhammad Shahzad Iqbal *et al.*, «Development of Textile Industrial Clusters in Pakistan», *Asian Social Science*, vol. 6, n.º 11, 2010, p. 132, Tabla 4.2, «Share of Textiles in Employment». Para China, véase Robert P. Antoshak, «Inefficiency and Atrophy in China's Spinning Sector Provide Opportunities of Others», *Cotton: Review of World Situation*, n.º 66, noviembre-diciembre de 2012, pp. 14-17.

5. Véase el informe del National Cotton Council of America titulado «The Economic Outlook for U.S. Cotton, 2013», disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 17 de septiembre de 2013): <http://www.cotton.org/econ/reports/loader.cfm?csModule=security/getfile&PageID=142203>. Véase también el texto del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, Servicio Agrícola Extranjero, «Cotton: World Markets and Trade», Serie de circulares, abril de 2013; junto con Oxfam, «Cultivating Poverty: The Impact of US Cotton Subsidies on Africa, 2002», disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 15 de marzo de 2012): <http://www.oxfamamerica.org/files/cultivating-poverty.pdf>. Para una mayor información sobre la superficie de terreno que se dedica al cultivo del algodón en el mundo, véase International Cotton Advisory Committee, *Cotton: Review of World Situation*, n.º 66 noviembre-diciembre de 2012, *loc. cit.*, p. 5; International Cotton Advisory Committee, «Survey of Cotton Labor Cost Components in Major Producing Countries», abril de 2012, Prefacio. La estimación de los 350 millones de personas procede del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 1 de abril de 2010. Para los extremos más generales de la argumentación, véase Naoko Otake, «Global Economic Crisis, Gender and Employment: The Impact and Policy Response», ILO Employment Working Paper n.º 74, 2011, p. 8; así como Clive James, «Global Review of Commercialized Transgenic Crops: 2001, Feature: Bt Cotton», *International Service for the Acquisition of Agri-Biotech Applications*, n.º 26, 2002, p. 59. David Orden *et al.*, «The Impact of Global Cotton and Wheat Prices on Rural Poverty in Pakistan», *Pakistan Development Review*, vol. 45, n.º 4, diciembre de 2006, p. 602; John Baffes, «The “Cotton Problem,”», *World Bank Research Observer*, vol. 20, n.º 1, 1 de abril de 2005, p. 109.

6. Sabrina Tavernise, «Old Farming Habits Leave Uzbekistan a Legacy of Salt», *New York Times*, 15 de junio de 2008; «Ministry Blames Bt Cotton for Farmer Suicides», *Hindustan Times*, 26 de marzo de 2012; David L. Stern, «In Tajikistan, Debt-Ridden Farmers Say They Are the Pawns», *New York Times*, 15 de octubre de 2008; Vivekananda Nema, «In India, GM Crops Come at a High Price», *New York Times*, India Ink Blog, 16 de octubre de 2012, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 2 de abril de 2013): http://india.blogs.nytimes.com/2012/10/16/in-india-gm-crops-come-at-a-high-price/?_r=0.

7. Amy A. Quark, «Transnational Governance as Contested InstitutionBuilding: China, Merchants, and Contract Rules in the Cotton Trade», *Politics and Society*, vol. 39, n.º 1, marzo de 2011, pp. 3-39.

8. Nelson Lichtenstein, «The Return of Merchant Capitalism», *International Labor and Working-Class History*, n.º 81, 2012, pp. 8-27, 198.

9. *New York Times*, 1 de abril de 1946, p. 37; International Cotton Association, History Timeline, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 15 de abril de 2013): <http://www.ica-ltd.org/about-us/our-history>.

10. John T. Cumbler, *Working-Class Community in Industrial America: Work, Leisure, and Struggle in Two Industrial Cities, 1880-1930*, Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1979, p. 139.

11. Kang Chao, *The Development of Cotton Textile Production in China*, East Asian Research Center, Harvard University, Cambridge, Massachusetts, 1977, p. 269.

12. *Ibid.*, p. 267; Alexander Eckstein, *Communist China's Economic Growth and Foreign Trade: Implications for U. S. Policy*, McGraw-Hill, Nueva York, 1966, p. 56.

13. Véase «China's Leading Cotton Producer to Reduce Cotton-Growing Farmland», *China View*, 25 de diciembre de 2008, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 10 de septiembre de 2013): http://news.xinhuanet.com/english/2008-12/25/content_10559478.htm; National Cotton Council of America, Country Statistics, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 15 de diciembre de 2012): <http://www.cotton.org/econ/cropinfo/cropdata/country-statistics.cfm>; Zhores A. Medvedev, *Soviet Agriculture*, Norton, Nueva York, 1987, pp. 229 y sigs.; Charles S. Maier, «Consigning the Twentieth Century to History: Alternative Narratives for the Modern Era», *American Historical Review*, vol. 105, n.º 3, 1 de junio de 2000, pp. 807-831; Carol S. Leonard, *Agrarian Reform in Russia: The Road from Serfdom*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011, p. 75.

14. Véase Maier, «Consigning the Twentieth Century to History», *op. cit.*, pp. 807-831.

15. Véase Oxfam, «Cultivating Poverty: The Impact of US Cotton Subsidies on Africa, 2002», *New York Times*, 5 de agosto de 2003, p. A18 y 13 de septiembre de 2003, p. A26. En el transcurso de la última década, las subvenciones que ha desembolsado el gobierno estadounidense para sostener la economía algodonera se sitúan en una horquilla con un límite mínimo de mil millones de dólares anuales y una cota máxima superior a los cuatro mil. Véase también John Baffes, «Cotton Subsidies, the WTO, and the “Cotton Problem”», World Bank Development Prospects Group and Poverty Reduction and Economic Management Network, Policy Research Working Paper 566, mayo de 2011, p. 18; junto con Michael Grunwald, «Why the U. S. Is Also Giving Brazilians Farm Subsidies», *Time*, 9 de abril de 2010; Realizing Rights: The Ethical Globalization Initiative, «US and EU Cotton Production and Export Policies and Their Impact on West and Central Africa: Coming to Grips with International Human Rights Obligations», mayo de 2004, p. 2, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 20 de enero de 2013): http://www.policyinnovations.org/ideas/policy_library/data/01155/_res/id=sa_File1/.

16. Véase Akmad Hoji Khoresmiy, «Impact of the Cotton Sector on Soil Degradation», ponencia, Cotton Sector in Central Asia Conference, School of Oriental and African Studies, Londres, días 3 y 4 de noviembre de 2005; así como International Crisis Group, Joint Letter to Secretary Clinton regarding Uzbekistan, Washington, D. C., 27 de septiembre de 2011, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 20 de enero de 2013): <http://www.crisisgroup.org/en/publication-type/media-releases/2011/asia/joint-letter-to-secretary-clinton-regarding-uzbekistan.aspx>; International Crisis Group, «The Curse of Cotton: Central Asia's Destructive Monoculture», Asia Report n.º 93, 28 de febrero de 2005, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 20 de enero de 2013): <http://www.crisisgroup.org/en/regions/asia/central-asia/093-the-curse-of-cotton-central-asias-destructive-monoculture.aspx>.

17. Véase David Harvey, *The Geopolitics of Capitalism*, Macmillan, Nueva York, 1985.

18. Véase Xi Jin, «Where's the Way Out for China's Textile Industry?», *Cotton: Review of World Situation*, n.º 66, noviembre-diciembre de 2012, p. 10.

19. Véase Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991*, Nueva York, Vintage, 1994. Para un argumento similar, véase también Aditya Mukherjee, «What Human and Social Sciences for the 21st Century?: Some Perspectives from the South», ponencia leída en el Congreso Nacional celebrado en torno a la pregunta «What Human and Social Sciences for the 21st Century?» en la Universidad de Caen, Francia, el 7 de diciembre de 2012.

20. Véase Environmental Farm Subsidy Database, 2013, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 25 de septiembre de 2013): <http://farm.ewg.org/progdetail.php?fips=00000&progcode=cotton>.

21. Para una mayor información sobre la situación en que se encontraban los hogares chinos en la década de 1950, véase Jacob Eyferth, «Women's Work and the Politics of Homespun in Socialist China, 1949-1980», *International Review of Social History*, vol. 57, n.º 3, 2012, p. 2. Para saber más acerca de los actuales gastos domésticos de la familia estadounidense, véase Departamento de Trabajo de Estados Unidos, Oficina de Estadísticas Laborales, Consumer Expenditures 2012, publicado el 10 de septiembre de 2013, disponible en la siguiente dirección electrónica (último acceso, 17 de septiembre de 2013): <http://www.bls.gov/news.release/pdf/cesan.pdf>; junto con el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* de 13 de noviembre de 2009, p. 25.

* También llamado nitrato de celulosa o fulmicotón, el algodón pólvora es un compuesto altamente inflamable utilizado originalmente en la elaboración de explosivos. Se usa también en la fabricación del celuloide cinematográfico, hallándose igualmente presente en tintas, selladores, lacas y barnices. (*N. de los t.*)

* Se trata de la *Boehmeria nivea*, una planta de 1 o 2 metros de altura, emparentada con la ortiga y originaria del Asia oriental. Su fibra es basta y se utiliza principalmente en la producción de telas resistentes. (*N. de los t.*)

* El «chintz», generalmente sustituido en español por el término «quimón», es una tela recubierta de una fina capa de cera que le confiere una apariencia lustrosa. Es característico que aparezca decorada con coloridos estampados de flores, frutas o pájaros. Su nombre procede de la palabra sánscrita «*chitra*», que significa «brillante». «Jaconet» resulta de la modificación de la voz hindú «*jagannathi*», derivada a su vez de Jagannath, un puerto de mar de la India desde el que se exportaba este tipo de tejido. (*N. de los t.*)

* En la tradición jurídica británica se celebraban localmente cuatro audiencias trimestrales en el año —fundamentalmente entre 1388 y 1707—. Eran fechas coincidentes con las fiestas religiosas próximas a los solsticios y a los equinoccios y dedicadas a la contratación de funcionarios, el inicio de los ciclos escolares y el pago de los impuestos, entre otras cosas. (*N. de los t.*)

* Fecha en la que se firma el Tratado de Rijswijk que pone fin a la guerra de los Nueve Años, una contienda en dos escenarios —europeo y americano— en la que se habían enfrentado Inglaterra y Francia, entre otras potencias, por el control de las colonias de ultramar. (*N. de los t.*)

* Método habitualmente empleado en las subastas. En lugar de permitir que las pujas se prolongaran por tiempo ilimitado, se encendía una vela al comenzar la venta de cada lote y cuando se había consumido una pulgada del cirio se asestaba el martillazo que cerraba la venta. (*N. de los t.*)

****** El algodón de seda, llamado también algodón rojo o kapok, es una fibra producida por un tipo de árboles tropicales originarios del África occidental, el subcontinente indio y el sureste de Asia. La ciudad de Ouidah —conocida como Whyday o Whydah por los ingleses, Judá o Juidá por los franceses y Ajudá por españoles y portugueses— es un puerto atlántico situado en el actual Benín. *(N. de los t.)*

* Agente. (*N. de los t.*)

* Las primeras hamacas se tejían con fibras de corteza de árbol. Empezaron a emplearse en tiempos precolombinos en toda la América Central y del Sur debido a que prevenían la transmisión de enfermedades, picaduras de insectos o mordeduras de animales. Fue precisamente Cristóbal Colón quien las introdujo en Europa, al traer varias de lo que hoy son las Bahamas. (*N. de los t.*)

* Hay dos tipos de producción en general, llamados en inglés «*pull production*» y «*push production*». El autor se refiere aquí a una modalidad denominada «*putting-out*», que es una variante de la «*push production*». Con este método, la fábrica se esfuerza en producir al máximo de su capacidad para almacenar las mercancías y tenerlas disponibles ante los eventuales pedidos. La otra posibilidad, la del sistema de «*pull production*», se limita a producir en función de los pedidos que recibe la empresa. (N. de los t.)

* Suelo fértil, característicamente constituido por roca sedimentaria de origen continental. (*N. de los t.*)

* Compromiso alcanzado en 1787 entre los delegados del sur y el norte durante la convención constitucional de Estados Unidos. Con él se zanjó el debate relacionado con el modo de contabilizar a los esclavos en la determinación de la población total. Además de ir ligada a los impuestos, la cuestión tenía importancia porque la cifra demográfica de los estados determinaba también la de escaños en la Cámara de Representantes. Esta cláusula dio a los esclavistas del sur un tercio más de escaños en el Congreso y un tercio más de votos electorales de los que de otro modo les hubieran correspondido, lo cual permitió que los intereses esclavistas dominaran la gobernación del país hasta 1865. (*N. de los t.*)

* En referencia, probablemente, a la llamada «podredumbre seca», producida por distintas especies de hongos. (*N. de los t.*)

* Había dos sistemas de trabajo en tiempos de la esclavitud. De acuerdo con el «sistema de tareas», que era el menos brutal, se asignaba a cada esclavo una ocupación específica que debía completar en el transcurso del día. Una vez finalizada esa labor, el esclavo podía emplear el tiempo restante en sus propios quehaceres. La otra forma, conocida con el nombre de «sistema de cuadrillas», era mucho más dura, ya que obligaba a los esclavos a trabajar en grupo hasta que el capataz les indicara que ya habían terminado, circunstancia que, por regla general, les permitía muy poco descanso.

* Promulgada en 1854, la Ley Kansas-Nebraska dio carta de naturaleza jurídica a ambos territorios y revocó el Compromiso de Misuri de 1820 que permitía a los varones blancos determinar por votación popular si debía aceptarse o no la esclavitud en esos estados. Kansas se vio entonces inundada por una avalancha de personas a favor y en contra del esclavismo que degeneró en una serie de enfrentamientos sangrientos.

Solo tres años después, la histórica decisión judicial del caso Dred Scott declaraba que los afroamericanos —esclavos o libres— no eran ciudadanos ni podían apelar al Tribunal Federal. El esclavo negro Scott intentó pleitear por su libertad, pero la justicia le cerró el paso. En los estados del norte, este fallo prendió la mecha de un vehemente abolicionismo que actuó como catalizador de la guerra civil. (*N. de los t.*)

* Recuérdese la distinción que hace el feminismo marxista entre el trabajo productivo y el trabajo reproductivo. El primer tipo se efectúa en el ámbito público y se concreta en bienes o servicios compensados con un salario. El segundo se asocia con la esfera privada y con labores cotidianas sin remuneración, tradicionalmente asignadas a las mujeres, cuyo trabajo ha sido históricamente reproductivo y no remunerado. En este sentido, la explotación femenina se convierte en un método barato de sustentar la reproducción de la fuerza de trabajo del obrero. (*N. de los t.*)

* Movimiento de los trabajadores textiles ingleses contrarios a las nuevas tecnologías fabriles, activo entre 1811 y 1816. El origen del nombre es incierto y se halla parcialmente envuelto en leyendas similares a las de Robin Hood, pero se atribuye en ocasiones a un joven llamado Ned Ludd, supuesto inductor de la revuelta. (*N. de los t.*)

* Denominado así por estar cerca de una calle de ese nombre y junto a un fuerte inglés cuya puerta principal, que da a esa avenida, recibía también el nombre de «Puerta de Apolo». (*N. de los t.*)

* Dique o espolón. (*N. de los t.*)

* Se llamaban «Hong» a las grandes empresas de negocios radicadas en el puerto de Cantón, así como en otros lugares de China, y más tarde de Hong Kong. Todas ellas ejercían una gran influencia en los patrones de consumo, el comercio y la industria manufacturera. Los «Hong» constituían *de facto* un gran gremio de comerciantes que monopolizaba las operaciones de importación y exportación. (N. de los t.)

* Se trata de una alusión bíblica: «Sois, pues, unos malditos y nunca dejaréis de servir como leñadores y aguadores de la casa de mi Dios», Josué, 9, 23. Véase también, Josué, 9, 21 y 27, o Deuteronomio, 29, 11. (*N. de los t.*)

* Alusión a la coalición política de propietarios blancos conservadores a la que se dio el nombre de «Redentores» (*Redeemers*). Como explica el autor, se trataba de una facción pro-empresarial del Partido Demócrata que se propuso arrebatarse el poder a la coalición republicana y radical de los libertos, considerados meros «aventureros» o «bribones». Entre los años 1870 y 1910 conseguirían dominar la política en muchos estados del sur. (*N. de los t.*)

* Nombre común que se da en la India al mijo perla. (*N. de los t.*)

* O de Quebra-Quilos en portugués, en alusión al hecho de que uno de los elementos que desencadenó el levantamiento fue la propuesta de adopción del sistema métrico decimal —que empeoraba todavía más las condiciones de vida del campesinado. (*N. de los t.*)

* El nombre del centro hace honor a su más conocido director, que fue, además, educador y líder de la comunidad negra estadounidense. (*N. de los t.*)

El imperio del algodón

Sven Beckert

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Empire of Cotton. A Global History*

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Private collection, Stapleton Collection- Bridgeman Art Library /ACI

© Sven Beckert, 2014

© de la traducción, Tomás Fernández de Aúz y Beatriz Eguibar, 2016

Mapas de Mapping Specialists

© Editorial Planeta S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.ed-critica.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2016

ISBN: 978-84-9892-932-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com